

2 vols

Complete

HISTORIA GENERAL

DE

LAS MISIONES.

I.

VIAGE PINTORESCO A LAS CINCO PARTES DEL MUNDO.

HISTORIA GENERAL

DE

LAS MISIONES

DESDE EL SIGLO XIII HASTA NUESTROS DIAS

POR EL

BARON DE HENRION

DE LA ACADEMIA DE LA RELIGION CATÓLICA, DE LAS ACADEMIAS Y SOCIEDADES REALES DE METZ Y DE NANCY; CABALLERO DE LA ÓRDEN DE LOS SANTOS MAURICIO Y LÁZARO; COMENDADOR DE LA ÓRDEN DE SAN GREGORIO EL GRANDE; AUTOR DE LA HISTORIA GENERAL DE LA IGLESIA, ETC., ETC.

DEDICADA AL CARDENAL DE BONALD.

OBRA RECOMENDADA POR SU SANTIDAD PIO IX

TRADUCIDA AL CASTELLANO, AMPLIADA, ANOTADA Y ADICIONADA EN LO PERTENECIENTE Á ESPAÑA

por los Sres. Carbonero y Sol, Magan y Caballero.

BAJO LA CENSURA

DEL Dr. D. SALVADOR MESTRES.

TOMO PRIMERO

PRIMERA SÉRIE

BARCELONA.

LIBRERÍA DE D. JUAN OLIVERES, EDITOR, IMPRESOR DE S. M.,

PREMIADO POR S. S. PIO IX

ESCUDILLERS, NUM. 57.

1863


HISTORIA de las
MISIONES CATOLICAS
por el BARON HENRION
DEDICADA AL
CARDENAL de
BONALD

HISTORIA GENERAL DE LAS MISIONES

DESDE EL SIGLO XIII HASTA NUESTROS DIAS,

POR

EL BARON DE HENRION

de la Academia de la Religion Católica; de las Academias y Sociedades Reales de Metz y de Nancy; Caballero de la Orden de los Santos Mauricio y Lázaro; Comendador de la Orden de S. Gregorio el Grande; Autor de la Historia general de la Iglesia, etc.

DEDICADA AL CARDENAL DE BONALD.

OBRA RECOMENDADA POR S. S. PIO IX.

Traducida libremente al castellano, ampliada, anotada, y adicionada en lo perteneciente á España,

POR LOS

Sres. Carbonero y Sol, Magan y Caballero.

Bajo la censura

DEL Dr. D. SALVADOR MESTRES.

ESPLÉNDIDA EDICION

ADORNADA CON **300** LÁMINAS FINAS,

RETRATOS, MAPAS GEOGRÁFICOS Y TOPOGRÁFICOS, ETC., ETC.

PROSPECTO.

He aquí una obra de provechosa enseñanza, de vasta erudicion, de importancia suma y de utilidad inmensa, como todas las que se inspiran en el espíritu religioso, orígen inagotable y divino, que desde los dias del pueblo hebreo hasta los nuestros, ha creado esa pléyade, mas numerosa que las estrellas del cielo, de santos mártires, confesores y escritores ilustres. Ese espíritu, unido á la sabiduría del Hombre-Dios, fué del que se inspiraron esos padres de la Iglesia, así griega como latina, esos genios gigantescos, de corazon ardiente y de imaginacion oriental, aparecidos providencialmente como faros luminosos de ciencia, de fervor y caridad, en medio del abatimiento mas vergonzoso de los espíritus, en un imperio gobernado por eunucos, é invadido luego por los bárbaros.

¿Qué doctrina, sino la del Evangelio, enseñó á un Atanasio á soportar con mansedumbre los destierros y persecuciones de sus enemigos, y á resistir las iras de Constancio? ¿Quién dá el poder divino á su palabra y escritos, para que, desde las vastas soledades del Egipto, sin que el *simoun* las lleve ni la abrasadora arena las borre, se esparzan y lleguen hasta los confines del Oriente; dando aliento a los caidos, fé á los cristianos, y espanto á sus perseguidores?

¿Qué musa prestó sus armonias al grande S. Basilio y rodeó de poéticos encantos la austeridad de su vida? ¿Quién le inspiró aquella regla, la mas sábia entre todas las constituciones, y le dotó de aquella elocuencia enérgica, apasionada, conmovedora, en favor del indigente? ¿Quién, sino el espíritu religioso, le hizo comprender y enseñar que la igualdad social existe únicamente en la caridad cristiana?

¿Quién dió aquella elocuencia ardiente y semidivina al Nazianzeno; quién pudo influir en el corazon de un Crisóstomo para esponer á la faz de cristianos, paganos y judíos, y en medio de la sábia y voluptuosa Byzancio, los deberes de la moral mas rígida, y para atacar con varonil esfuerzo los vicios de su pueblo, la molicie y el fausto de los grandes, la licencia de las mugeres y el orgullo de los filósofos?

San Ambrosio, cuyos lábios destilaban miel, ¿en nombre de qué principio y con qué superior fuerza defendió la Basilica Portia, y prohibió en ella la entrada al poderoso conquistador Teodosio, al ver su púrpura cubierta con la sangre de súbditos inocentes?

¿Quién dió la verdadera ciencia á S. Agustin; quién desarrolló ese genio vastísimo que todo lo abarca, y que, á pesar del transcurso de los siglos, llega hasta nosotros, llenándonos de asombro?

No fué por cierto el mundo profano, que en su tiempo llegó al colmo del envilecimiento y de la degradacion, el que le prestó sabiduría; lo fué, sí, una religion que proscribe la esclavitud y devuelve al hombre su dignidad y libertad perdidas; lo fué, una religion que pasó desde las catacumbas al trono de los césares; lo fué, en fin, el cristianismo, asistiendo á la agonía del Imperio; el cristianismo, transformando completamente la sociedad, suavizando y amoldando á sus leyes y doctrinas, la doctrina y las leyes de los bárbaros; el cristianismo, consuelo de todos los dolores, solucion de todos los problemas, fuente de toda vida, y que, á la igualdad estéril ante la ley, añade la fraternidad del corazon, y dá los tesoros de la caridad á la plebe hambrienta y menesterosa. Hé aquí el elevado objeto que alimentó la mente del sabio de Hipona, y que le dió aquel talento de concentracion profunda y sentimental de concepcion sublime y de dulces fruiciones, que solo esperimenta el que con amor puro é ideal solo quiere reinar entre los espíritus.

Citadnos otros nombres que llenen con mas justicia tan brillantes páginas en la historia religiosa, y con decir religiosa, se entiende la historia de la civilizacion. Citadnos reputaciones mas universalmente estendidas y admiradas, consagradas por el juicio inapelable y desapasionado de la sucesion de los tiempos. La gloria de los sabios, el valor de los guerreros y la fama de los conquistadores se eclipsan ante la de estas columnas firmísimas de la Iglesia, y es porque la verdad religiosa tiene un interés mas general, mas inmediato y de un órden superior a todos los intereses creados.

Pues ahora bien: entre los diversos medios humanos de que la Providencia se vale para aumentar y difundir el conocimiento de nuestra religion augusta, las misiones católicas son sin duda el mas eficaz, á la par que el mas penoso y meritorio. Ellas hacen mas perceptible el carácter universal del catolicismo con las poderosas fuerzas de la caridad en las regiones pobladas por la ignorancia y la barbárie, infiltrándose como los raudales cristalinos en las profundidades de la tierra; ellas, con sus incesantes tareas, con sus sacrificios, y hasta con el martirio, ilustran y santifican al mundo, aumentando la poblacion de la celeste morada. ¡Ah! seguid con los ojos del alma, ya que no podeis acompañarles, porque os rendiria el cansancio y la fatiga; seguid en sus largos viages, al través de los mares, ó por los desiertos que no ha hollado planta humana, á esos infatigables misioneros, á quienes no detienen en su marcha bienhechora los rigores de las estaciones y los climas, lo largo y áspero de los caminos, la evidencia del peligro, ni la multiplicidad de los obstáculos. Vedlos esparcidos por toda la haz de la tierra, en las vastas soledades y sombríos bosques de América, en las mortíferas costas ó abrasados arenales del Africa, en las inmensas sabanas del Asia y en los desconocidos paises de la Oceania; ved el órden y la tactica de ese ejército del amor divino, de esas invencibles cohortes de la caridad cristiana. El primero que en ellas se distingue, es el sacerdote como padre y legislador de la humanidad; lleva la cruz por única bandera, como signo de la

redencion, y como árbol precioso, bajo cuyas ramas pueden cobijarse todos los pueblos. Siendo su esclusivo objeto el alma del hombre, y no pudiendo esta conquistarse con la fuerza ni sujetarse con grillos ni cadenas, no tiene otras armas para conseguir la victoria, que las de atraccion, de afecto, de ciencia, de mansedumbre, de sufrimiento y de persuasion; como su principal objeto es el religioso, su vida es una contínua lucha que se encuentra frente á frente, y á cada paso, con creencias absurdas, errores inveterados y abominables prácticas; como los bienes materiales son el objeto secundario, el mismo sacerdote se convierte luego en agricultor, que rompe con el arado las entrañas de un suelo vírgen; en operario, que construye, antes que la choza, el altar, antes que su propia morada, la iglesia. ¡Oh! ¡qué superiores son, ó mejor dicho, qué punto de comparacion tienen bajo el aspecto religioso y social las mal llamadas misiones protestantes con las verdaderamente católicas! Nótase desde luego en estas el espíritu de santidad que las guia; precédelas siempre la Cruz; y esta no es un signo que halaga los sentidos, es un instrumento de martirio y de muerte, es la imágen de un suplicio. Las misiones católicas no transigen con prácticas ni creencias opuestas á nuestra religion santa; las misiones católicas no fundan factorías, sino que levantan templos á Dios, como otros tantos castillos para combatir el error; no se crean amigos con la tolerancia, sino enemigos con el consejo, ó hermanos con la correccion y el ejemplo; las misiones católicas no temen el enojo de la soberbia, ni los brutales instintos de la barbárie; las misiones católicas, como avanzadas religiosas, solo viven y alientan con el peligro, penalidades y tribulaciones; cánsales el reposo, y apenas han convertido á un pueblo, cuando le dejan regido por una constitucion regular y duradera, y buscan luego espacios nuevos y desconocidos á sus interesantes empresas; diríase que temen con el reposo quedar demasiado adheridas á la tierra, y procuran llegar pronto al término de este mundo, como principio dichoso del cielo.

Tanto heroismo, tanto desinterés terrenal, tanta abnegacion y sacrificio, tanta sangre derramada, y tanta verdadera ilustracion difundida, forman el cuadro de la presente historia, que ofrecemos al público, rica en hechos prodigiosos, y hasta novelescos en su verdad misma; tierna, grave, de variedad suma é importante bajo todos conceptos; que, mas que *Historia de las Misiones*, debiera llamarse historia de la humanidad ó de la civilizacion de los pueblos. Tal es la que, con copiosa erudicion, amenidad y elegante estilo, ha escrito el baron de Henrion, y la misma que hoy, aumentada é ilustrada con nuevos datos y observaciones, presentamos á nuestros lectores, para fomento de su religiosa piedad, á la par que como medio de ilustracion y recreo.

Encarecer el mérito de este trabajo fuera inútil, cuando es tan conocido su autor, y tanto se ha acreditado en otras producciones, ya notorias en nuestro pais, y que en él han merecido la mas favorable acogida.

Pero si bien la publicacion en nuestro idioma de la *Historia de las Misiones*, y la idea de popularizar y poner al alcance de todos, los triunfos de nuestra religion santa, y los heróicos sacrificios de los adalides de la fé, es en todo tiempo lectura útil y provechosa á todas las clases de la sociedad, tanto mas cuanto que á aquella vá unida una instruccion la mas variada y fecunda, ¿qué dirémos de la oportunidad de esta historia en la época presente? Hoy, que la indiferencia religiosa viene á secar en el corazon del hombre los gérmenes del bien y las mas nobles aspiraciones del alma; hoy, que el grosero materialismo que nos circuye, destruyendo las fuerzas intelectuales con asuntos poco elevados, las enerva y esteriliza para los mas importantes y dignos objetos para que fuimos criados; en este período ingrato, que si no desconoce, olvida los legados de la historia; en esta era revolucionaria, que pone sus manos en las mas santas instituciones, que quebranta las leyes y conculca los mas constituidos derechos; en esta época en que tenemos que oir por desgracia defensas y elocuentes apologías de principios que nunca debieron ser atacados; en esta época, ahora repetimos, como antídoto y correctivo de semejantes ideas, juzgamos mas que nunca oportuna la publicacion de las misiones. Refresquen su memoria, ó si no, revuelvan los anales, los que han olvidado ó desconocen el principio religioso, y háganle la justicia que tan dignamente se merece. No pedimos mas. ¿Pero pedimos demasiado? ¿será nuestra súplica voz perdida en el desierto? No; no somos los únicos que volvemos por los fueros de la verdad. Podrá esta oscurecerse por algun tiempo; pero el triunfo á la larga es suyo. Por providencial designio sale la vindicacion de la boca de los mismos hombres del mundo. Entre el tumulto de las luchas de los partidos, entre el goce y embriaguez de los intereses mundanales, se alza la voz severa de la verdad con las formas de la mas elevada elocuencia. Un hombre político ha dicho: « Todo cuanto nace y crece, y resplan-

«dece y dura, y queda en la historia, hasta el siglo XVI, tiene el principio religioso por ge-«nerador y á la iglesia cristiana por madre amorosa y fecunda. De ella son todas las grandes «obras de la paz, todas las colosales empresas de la literatura, todas las maravillas de las ar-«tes, todos los descubrimientos en la ciencia, y todos los progresos y adelantos de la legisla-«cion, de la enseñanza y de la política...» Pues bien; leed la *Historia de las Misiones*, y sabreis la parte que les toca en esa larga y prodigiosa elaboracion, en esa regeneracion social. Leed y meditad sus interesantes páginas, y si no conoceis individualmente á esos soldados de la fé, á esos mártires de la caridad cristiana, destinados á abrir senderos transitables en este valle de lágrimas, haciéndole fructífero con su sangre, relegando su existencia y terminándola en paises los mas apartados del lugar que los vió nacer, conocereis colectivamente esa milicia celestial que dilata todos los dias los horizontes del mundo civilizado, y que ansiosa de otra patria, término de su terrena peregrinacion, redime con sus trabajos las fragilidades de la vida, comprando con el olvido de los hombres la sola gloria de un Dios. Abrid el libro y leed; si sois hombres de corazon, sentid y llorad; si sois hombres de pensamiento, estudiad, aprended, aprovechaos; si sois superficiales, y no buscais mas que un honesto recreo, tambien lo encontrareis en esta obra, que lo abraza todo. La fotografía y el grabado, con sus adelantos y prodigiosos esfuerzos, contribuirán por su parte á haceros mas amena su lectura. Ellos ilustrarán en exactos y completos cuadros los pasages mas interesantes del texto, os ofrecerán copias y exactas vistas de paisages, ciudades, monumentos y antigüedades de las cinco partes del mundo, y por medio de las cartas geográficas y derroteros, os trazarán el camino y las ásperas y dilatadas sendas y distancias, que, regadas las mas veces con su sangre, han recorrido paso á paso los apóstoles del Crucificado, y por último, para perpetuar su memoria, y trasparentar, por decirlo así, en sus rasgos fisionómicos el alma y caridad ardiente que animó á aquellos héroes del cristianismo, numerosos retratos auténticos de los misioneros mas notables, así como de otros personages insignes, completarán el ornamento de esta publicacion, que bajo todos aspectos ha sido considerada por todas las naciones europeas, como uno de los monumentos literario-religiosos que mas han descollado en el siglo XIX. Todas le han apadrinado, todas le han vertido en su respectivo idioma. La España no debe quedarse atrás en popularizar esa obra: nosotros se la proporcionamos, sin que nos arredren los obstáculos y sin escasear sacrificios. Respecto al material interés, no miramos el resultado; atendiendo á su moral provecho, solo pensamos llevarla á cabo, y no dudamos de su buen éxito.

Condiciones de la suscripcion.

La primera entrega de esta importante y magnífica obra, se dá gratis á los Sres. que se suscriben.

Formará dos grandes tomos de 700 páginas, conteniendo TRESCIENTOS grabados sobre acero, retratos, mapas geográficos y topográficos, representando los lugares, trages, usos y costumbres de los paises, y la situacion geográfica de cada uno de ellos.

A fin de que todas las clases de la sociedad puedan adquirir insensiblemente este precioso libro, se publicarán dos entregas semanales (con toda exactitud), conteniendo diez y seis columnas de texto, de impresion y papel superior, dos grabados en una sola hoja, y con una hermosa cubierta de color, á **UN REAL** la entrega en toda España, *porte franco*. Mas adelante la publicaremos con mas rapidez, si fuese del gusto de la mayoría de los Sres. Suscritores.

Los dos tomos contendrán la materia de VEINTE VOLÚMENES en 8.°, y se darán gratis todas las entregas que escedan de las páginas que calculamos debe tener.

En puntos donde no haya corresponsales, puede hacerse la suscripcion remitiendo al editor el importe de veinte ó mas entregas, sea en libranzas del Giro-Mútuo ó en sellos de franqueo (certificando la carta), y las remitiremos á correo seguido.

Los prospectos se dán gratis, y las primeras entregas y láminas que adornarán la obra, se hallan de manifiesto en los siguientes

Puntos de suscripcion.

BARCELONA — Librería del editor de esta obra, **D. JUAN OLIVERES**, calle de Escudillers, n.° 57, al cual deberan dirigirse los pedidos y reclamaciones. En las de *Brusi. — Subirana. — Plá. — Puig. — Piferrer. — Lopez. — Manero. — Plus-Ultra — Barau — Bastinos — Roca. — Miralles. — Sauri. — Gaspar — Ribet. — Vives — Mañá — Font — Rubió. — Gorchs. — Sierra. — Ginesta. — Mayol — Verdaguer — Riera. — Sala — Cerdá. — Pujal. — Lluch. — La Châtre. — Cervantes. — Campañá.*

MADRID — Librería de *D. Antonio de S. Martin*, calle de la Victoria, n.° 9, y en las principales de los demás puntos del Reino y de América.

BARCELONA — Establecimiento tipográfico de D. Juan Oliveres, impresor de S. M., calle de Escudillers, n.° 57.

AL EMINENTÍSIMO

SEÑOR CARDENAL DE BONALD,

ARZOBISPO DE LYON.

MONSEÑOR:

«Cuando á la voz de la sabiduría eterna salió el mundo cristiano de las espesas nubes en que le envolvia la antigua ley, la palabra que le hizo surgir del seno de estas oscuridades, fué una palabra de Caridad y un precepto de amor: *Amarás á tu prójimo como á tí mismo* (Matth., XIX, 9.) El corazon del hombre regenerado, esa admirable creacion del poder y de la misericordia de un Dios, llegó á ser desde ese momento *aquella tierra nueva y aquel cielo nuevo* de que hablan los profetas. Inundado por todas partes de raudales de una luz sobrenatural, y consumido hasta en sus mas delicadas fibras por los ardores de un fuego casi desconocido, nada vió alrededor de sí mas que hermanos queridos, no aspiró á otra felicidad que á consolarlos y nutrirlos, aun á espensas de su vida; y si hacía algun voto en favor del prójimo, ese voto no se limitaba á los goces de un solo dia, sino que, por un impulso mucho mas noble, se elevaba hasta la felicidad que no pueden alcanzar ni el tiempo, ni las pasiones. El Redentor habia inspirado un soplo de vida sobre esta imágen de Dios: y ese soplo creador le infundió la compasion hácia el desgraciado, la solicitud heróica en favor de los intereses de la humanidad, la abnegacion de sí mismo, la mas pródiga beneficencia y el mayor celo por la salvacion.

«Desde entonces, la Caridad, *recorriendo sus caminos con pasos de gigante* (Act. XVII, 28), esparce sus maravillas á manos llenas. Preguntadle, qué es lo que la mueve y la preocupa, y ella os mostrará, sentados á la sombra de la muerte, á esos pueblos numerosos que pasan sus tristes años sumergidos en los horrores de la barbarie, y á quienes bastaria un rayo de verdad para transformarlos en prodigios de sabiduría, de virtud y santidad; rayo divino que la Caridad quiere hacer brillar sobre todos los séres infortunados, transformacion dichosa por cuya realizacion se agita en vehementísimos deseos. Sondead sus mas reservados designios, y ella señalará á vuestros ojos asombrados el vasto plan de sus conquistas, y trazará con mano firme y vigorosa el itinerario de sus viages apostólicos. A nada menos aspira, que á arrojar la supersticion de los tronos que se le han erigido en las orillas del Ganges y en el *celeste Imperio*, y siguiendo, desde estos territorios ya sometidos á Jesucristo, su marcha triunfal por los desiertos de la Tartaria, quiere penetrar en las regiones septentrionales de Europa, para atacar frente á frente al cisma y á la heregía. Despues de haber restablecido la unidad victoriosa en esos reinos, desgarrados por tantos y tan diversos errores, penetrará, sin entregarse al descanso, en las tribus de los negros del África y les anunciará al Redentor, que ha roto las cadenas de la esclavitud y proclamado en la tierra la libertad de los hijos de Dios.

«Ni aun en estas playas abrasadoras agotará todo el ardor que la devora. Sedienta siempre de la salvacion de las almas, vogará la Caridad, bajo el pabellon de la Cruz, dirigiendo su marcha hácia los bosques del Nuevo Mundo, donde la esperan nuevos y no menos gloriosos triunfos; y despues de haber difundido la semilla de la divina palabra sobre las montañas y las orillas de los lagos, desde el pais de los Esquimales á la Tierra de Fuego, medirá con un ojo santamente codicioso el espacio que separa á la América de la Oceanía, y con la rapidez del rayo volará á los archipiélagos de esa quinta parte del mundo, para hacer de un pueblo de caníbales un pueblo de santos. La mision de la Caridad no podria ser comprendida por todas las inteligencias, y su paso sobre la tierra no seria tan bien acogido por las almas agobiadas con el peso de los cuidados del mundo, si no apareciera en medio de las naciones, mas que para hablarlas de los intereses del cielo y para despertar solamente en los corazones el deseo de las cosas que no se ven. Pero no debemos olvidar que ella es eminentemente bienhechora y que quiere que *todos los bienes vengan con ella* (Sap., VII, 11.)

«Se consagrará sin duda y ante todo, á tratar del importante negocio de la sal-

vacion; pero depositando siempre un gérmen de civilizacion, allí donde ha levantado su enseña religiosa. La civilizacion por la fé: tal es el fin de sus esfuerzos, de sus viages, de sus fatigas y de sus martirios.

«Si cubre á las almas despojadas de la gracia con los vestidos de la justicia y de la inocencia, tambien cubre al mismo tiempo el desnudo cuerpo del salvaje, á quien instruye, con el manto, que ocultando su vergüenza, le enseña á respetarse á sí mismo. Si se espatría para ofrecer al infiel el pan de la inteligencia, tambien enseñará á sus manos á trazar los surcos de que han de brotar para su familia la abundancia y las riquezas, y á amasar con aquellas ese pan material, que debe alimentar su vida. Si instruye al hijo del desierto para que dentro de sí mismo levante un templo al Espíritu-Santo, tambien le dá lecciones para que construya el techo que le ponga á cubierto de la intemperie de las estaciones y le permita entregarse con seguridad al reposo de la noche: en una palabra, enseñar al hombre *á buscar el seno de Dios, dándole todo lo demás en creces* (Matth., VI, 33), es decir, la poca felicidad de que podemos disfrutar en la tierra, y la industria necesaria para atender á sus necesidades, hé aquí la mision de la Caridad en este mundo y la obra que se ha encargado realizar, esparciendo por todo el universo el divino fuego que Jesucristo vino á encender sobre la tierra (Luc., XII, 49).

«Por estos rasgos, con que hemos intentado delinear la caridad cristiana y sacerdotal, habreis reconocido la obra admirable de la propagacion de la fé. En ella está efectivamente personificada la Caridad.

«Objeto es de eterna admiracion cuanto hace en el mundo por la gloria de Dios y desenvolvimiento del misterio de la redencion de los hombres. Por sus conquistas, por sus victorias y sus mártires podemos considerarla como continuadora de la mision de Jesucristo sobre la tierra.

«Sus magníficos destinos, su hermosa participacion en la economía de la salud del género humano, le asignan un puesto muy elevado entre las obras del catolicismo, y la hacen en cierto modo tan necesaria para la religion, que el reino que sostenga esta institucion de vida y de fé, tiene derecho á esperar en cambio una señalada proteccion y especiales bendiciones, el dia en que invoque el brazo del Señor para defensa de su honor y de su existencia. Como en los tiempos en que el Dios de Israel hacia pactos con su pueblo escogido, parece que ha mediado una convencion entre el Redentor y el pueblo que se ha encargado de continuar con sus liberalidades y su celo, el trabajo de la redencion. Sea fiel nuestra patria á su vocacion, y Dios lo será tambien á sus promesas: que comprenda lo que puede por la Caridad, por la fé católica y por la

dicha del mundo, y la gloria de sus triunfos pasados no será sino un pálido reflejo de otra gloria mas sólida y efectiva, de esa gloria que los apóstoles alcanzaron, libertando á los pueblos con la Cruz, civilizándoles por medio de la Religion y haciéndolos pasar de las tinieblas á la luz con el auxilio de sus doctrinas.»

Meditando las hermosas palabras del edicto publicado por V. Eminencia en 1843, sobre la Obra de la propagacion de la fé, he comprendido, que como cristiano y francés, importa estimular el celo de todos los amantes del cristianismo y de la civilizacion en favor de la asociacion, cuya cuna es Lyon, la Roma de Francia. El mejor medio de interesar en el sosten y desarrollo de una obra, auxiliar tan útil de los misioneros, es presentar el cuadro de los beneficios debidos á las misiones católicas, y hé aquí porque he intentado trazar su historia. Dígnese V. Eminencia permitirme la publique bajo la proteccion de un nombre tan ilustre, con lo que tendré además la dicha, no solo de pagar un tributo de admiracion á la ciudad de Lyon, que ha visto nacer la Obra de la propagacion de la fé, cuyo pontífice sois; sino de rendir un público homenage al generoso interés, al esforzado celo, y al noble carácter que han suministrado tan hermosas páginas á los anales de la Iglesia.

Soy con la mas profunda veneracion y respetuoso reconocimiento,

MONSEÑOR,

DE VUESTRA EMINENCIA,

muy humilde y sumiso servidor,

BARON HENRION.

AL LECTOR.

Existen relaciones particulares de diferentes misiones; pero la literatura no posee ninguna relacion general, que trate de todas, por el órden cronológico de sus progresos y en su magestuoso conjunto.

La historia general de la Iglesia abraza en su plan los trabajos apostólicos de los misioneros; pero la estension de este mismo plan no la permite hablar, mas que de una manera secundaria y reducida, y solo ofrece é indica su historia, dejando al lector el sentimiento de no poder contemplar este rico y hermoso cuadro en sus convenientes proporciones.

Hace mucho tiempo que los católicos deseaban ver lleno este vacío. Ya ha llegado el instante de satisfacer su anhelo, pareciéndonos que nunca podria publicarse una historia especial de las misiones con mas oportunidad que en la época, en que bajo el impulso de un soberano pontífice, que ha elegido por nombre papal el del fundador de la Propaganda, y que ha sido prefecto de esta congregacion, antes de ser sucesor de Gregorio XV, vemos multiplicarse los apóstoles de la fé católica de una manera tan consoladora, y llevar á los pueblos infieles la antorcha del cristianismo y de la civilizacion.

La oportunidad de esta publicacion, es aun mas perceptible á vista de los redoblados ataques de la falsa filosofía y de la concurrencia, aunque estéril, del protestantismo. A los sofistas, que no ven en la religion católica mas que una *forma envejecida*, les mostraremos la savia que en los paises mas lejanos, lo mismo que en nuestra Europa, hace brotar al árbol del cristianismo, verdes y robustas ramas, á cuya sombra se acogen las muchedumbres, y cuyos frutos de salud comunican á los pueblos la vida del alma y la de la inteligencia.

A los protestantes, que ven á la religion católica siguiendo con gloria la carrera de sus triunfos sobre la idolatría, les invitaremos á que nos digan, porqué las iglesias separadas carecen de fuerza y de energía, cuando la iglesia romana está dotada de una fecundidad tan prodigiosa.

Es muy digno de admiracion, que habiéndose publicado en nuestros dias tantas y tan bellas páginas sobre la civilizacion, no haya aparecido ninguna *Historia general de las Misiones*.

Los misioneros tienen por fin, procurar, no solo la felicidad eterna, sino la temporal de

los pueblos que evangelizan. Impulsados de un noble ardor por la cultura y desarrollo de las inteligencias, y abrasados en santo celo por la salvacion de las almas, arrancan á la barbarie á los infelices que se entregan á la supersticion, civilizándolos, por lo mismo que los inician en el conocimiento del verdadero Dios, de los deberes del hombre para con su Criador, para consigo mismo y para con sus semejantes. La *Historia de las Misiones Católicas* no es propiamente mas, que la historia de la civilizacion de los pueblos infieles, por la fé.

Para presentar el cuadro de la propagacion de la fé y de la influencia ejercida por el cristianismo sobre la civilizacion de los pueblos, la era moderna, comenzando desde el siglo XIII nos servirá de punto de partida. La cristiandad estaba fuertemente constituida; y abiertas el África y el Ásia por las guerras santas á los cristianos de Europa, fueron los misioneros á admirar y á convertir á los infieles que las Cruzadas aun no habian podido dominar. La América se abrió tambien á su vez ante estos heraldos pacíficos de la religion, y despues de recorrerla, marchan en nuestros dias á plantar la Cruz sobre las playas mas distantes de la Oceanía.

Mr. de Chateaubriand ha dicho en su *Genio del Cristianismo*: «Regenerada ya la Europa, y viendo en ella estos predicadores de la fé una gran familia de hermanos, volvieron los ojos hácia aquellas remotas regiones, en donde aun perecian tantas almas en las tinieblas de la idolatría. Movidos de compasion al ver esta degradacion del hombre, se sintieron con un deseo inmenso de derramar su sangre por la salvacion de aquellos pobres estrangeros. Los antiguos filósofos jamás abandonaron los jardines de la Academia, ni las delicias de Atenas, para ir, movidos por un impulso sublime, á humanizar los salvages, á instruir al ignorante, á curar á los enfermos, á vestir al pobre, y á sembrar la concordia y el pan entre pueblos enemigos; solo los religiosos cristianos han hecho esto y lo repiten todos los dias. Los mares, las borrascas, los hielos del polo, el fuego del trópico, nada les detiene. Viven con el esquimal en su cueva hecha con pieles de vaca marina; se nutren como el groelandes con aceite de ballena; recorren la soledad con el iroqués ó el tártaro; cabalgan en el dromedario del árabe ó siguen al cafre errante en sus abrasados desiertos; el chino, el japonés y el indio han llegado á ser neófitos suyos; no hay escollo en el Océano que haya podido escaparse á su celo, y falta tierra para su caridad, como antes faltaron reinos para las ambiciones de Alejandro.»

Cada mision tiene un carácter que le es propio, y los apóstoles de la fé, segun la diversidad de estas misiones, han seguido vias diferentes; vias de sencillez, vias de ciencia, vias de legislacion, vias de heroismo. Es justo motivo de orgullo para las naciones, á quienes pertenecen los misioneros, ver todos los años salir de su seno hombres que van á hacer brillar en las cinco partes del mundo los milagros de las artes, de las leyes, de la humanidad y del valor.

«Los que no creen en la religion de sus padres, añade Chateaubriand, confesarán á lo menos, que si el misionero está firmemente persuadido de que no hay salvacion fuera de la cristiana, el acto por el cual se condena á males inauditos para salvar á un idólatra, es el mayor de cuantos sacrificios puede hacer la humanidad.

«Que un hombre, á la vista de todo un pueblo, á la de sus padres y amigos, se esponga á la muerte por su patria, nada tiene de estraño: trueca algunos dias de vida por siglos enteros de gloria; ilustra su familia, la adquiere honores y riquezas, y hace brillar su porvenir. Pero un pobre misionero, cuya vida se consume en el centro de los bosques; un misionero, que acaba sus dias con una muerte espantosa, sin espectadores, sin aplauso, sin ventajas para los suyos; oscuro, menospreciado, tratado de loco, de necio y de fanático, y todo esto por dar una felicidad eterna á un salvage desconocido, ¿con qué nombre podrá distinguirse esta muerte, y tan estraño sacrificio?»

Por lo tanto establecemos la utilidad de la *Historia general de las Misiones*, considerándola: 1.°, como complemento de todas las historias de la Iglesia. — 2.°, como justificacion de la religion católica contra los ataques de la falsa filosofía y del protestantismo. — 3.°, como la mejor y mas terminante prueba de que el cristianismo es el mas seguro, ó mejor dicho, el único y verdadero conductor de la civilizacion de los pueblos.

En época como en la actual, en que abundan tantas y tan injustas prevenciones contra los institutos religiosos, conviene hacer resaltar su valor y utilidad, como demostracion perentoria de lo necesarias que son, é inestimables bienes que reportan semejantes asociaciones, principal núcleo y semillero de los obreros evangélicos. Dedíquense los hombres preocupados á leer en estas páginas, y verán lo que han sido y lo que han hecho los franciscanos, los dominicos y los jesuitas precursores de los hijos de S. Vicente de Paul y de otros fundadores de misiones estrangeras, y no tememos asegurar que cesarán sus preocupaciones, concibiendo en su lugar afectuosa admiracion en favor del misionero, que solo con su crucifijo y breviario, realiza para la felicidad de sus semejantes, cosas mas admirables de las que intentan con sus planes de civilizacion los individuos mas sábios de las academias científicas.

La *Historia general de las Misiones* será además útil bajo otro punto de vista; es decir, como escitacion á la piedad por el ejemplo de la sublime abnegacion de los misioneros, y ferviente religiosidad de los pueblos convertidos. La tibieza no podrá resistir á la influencia poderosa del celo y del heroismo de los apóstoles, unida al angélico fervor y docilidad de los neófitos. Semejantes cuadros despiertan la edificacion en el alma del lector, alentándole á perseverar con nuevos brios en la carrera de la vida cristiana.

Nuestra obra se remonta al orígen de cada mision, descubre sus progresos hasta el dia, y una vez que se la dé lugar en las bibliotecas cristianas, se tendrá en los *Anales de la propagacion de la fé* su continuacion permanente. Los elementos de este libro han sido tomados de las relaciones de los antiguos misioneros, de las historias particulares de muchas misiones, de las *Cartas edificantes*, y para los últimos tiempos, de los *Anales* publicados en Lyon, de los manuscritos que poseen las bibliotecas de Paris y de las cartas inéditas que debemos á la benevolencia con que se nos han ofrecido. Aunque formada de estos elementos, adquiridos en los orígenes mas auténticos, no es la obra que ofrecemos al público una reproduccion de las cartas de los misioneros; sino una narracion, para la que estas han servido de base, á fin de que recibiera una forma regular y la precision de una obra histórica.

Al mismo tiempo que edificar é instruir al lector, nos hemos propuesto interesarle bajo

otro punto de vista. Los detalles sobre la religion y las costumbres de los pueblos, á donde los misioneros han llevado la antorcha de la verdad, los relativos á la historia, situacion y producciones de los paises que han recorrido, abundan en este libro hasta tal punto, que al título de *Historia general de las Misiones* se le puede agregar como complemento, el de Historia general de los viages.

En efecto, no se trata de otra cosa, que de un viage hecho con la cruz en la mano, durante los seis últimos siglos, en todos los puntos del globo en que reinaban las tinieblas de la infidelidad y de la idolatría.

Así nos hemos propuesto reemplazar con esta, á esas publicaciones pintorescas, que han estado últimamente tan en boga, pero que presentando un alimento variado á la curiosidad del lector, no escaseaban con prudencia detalles de costumbres que deberian ocultar á la juventud, y que tenian además el inconveniente de chocar con la fé de los católicos.

Al contrario de aquellas obras, la nuestra utiliza los datos comunicados por los principales viageros, respetando siempre la religion y las costumbres. Hemos incluido en esta historia que se vá á leer, el resultado de concienzudas y laboriosas investigaciones; nuestros deseos son, que en medio del laborioso desarrollo de las inteligencias, y de esa nueva efusion del espíritu de caridad que caracteriza á nuestra época, sea mas y mas amado el cristianismo, único principio civilizador, única base del órden social.

Acompañan á esta *Historia general de las Misiones* grabados de acreditados artistas, á fin de que la religion y el arte se reunan para facilitar su acceso á todas las familias, siguiendo el gusto de la época, y mezclando, en variedad amena, la sólida instruccion, con el honesto recreo.

HISTORIA GENERAL DE LAS MISIONES.

INTRODUCCION.

«Id, enseñad á todas las naciones... Hé aquí que yo estaré siempre con vosotros hasta la consumacion de los siglos.» (Math. XXVII, 19, 20). La mision que Jesucristo ha conferido en estos términos á sus apóstoles para instruir y bautizar á los pueblos, se estiende á todos los tiempos; el celo apostólico no se estinguirá jamás en la Iglesia y durará en tanto que haya sobre la tierra infieles que convertir. Nosotros vamos á limitarnos á bosquejar en esta introduccion, el cuadro de la propagacion de la fé, desde la predicacion de S. Pedro hasta el siglo XIII.

La Iglesia es la única que tiene el honor, el poder y el derecho de las misiones. Sin el papa no hay Iglesia. Apenas descendió el Espíritu-Santo sobre el cenáculo, se confirió la solicitud universal al romano pontífice, y Pedro, delante de los once, fué el primero que anunció la verdad á los judíos que acababan de sacrificar á la Verdad viva.

«Los israelitas, dice Mr. de Marguerye, obispo de Saint-Flour, separados de la masa corrompida de los pueblos idólatras y encerrados en los estrechos límites de una nacion, no habian sido aun elevados á la perfeccion de esa caridad espansiva y universal que dilata el corazon de la esposa de Cristo y á la que «han cabido en herencia todos los pue-«blos de la tierra.» (Psalm. II, 8). Por otra parte, la mision providencial de los hijos de Jacob, era mas bien de conservar fielmente el depósito sagrado de las antiguas creencias y promesas, y ponerlas al abrigo del impuro contacto de los estúpidos adoradores de los falsos dioses, que esparcir la doctrina de la verdad y ofrecer la luz de las revelaciones á ojos enfermos, cuyo brillo no hubieran podido soportar. A escepcion de este pueblo, objeto de las predilecciones divinas, ¿qué otra cosa vemos en los anales de la humanidad, mas que el reinado del frio y desolador egoismo, que comprime los corazones, divide á los hombres, engendra la opresion y conduce á la anarquía para crear en último análisis esa culpable adoracion del *yo mismo*, única divinidad que tuvo siempre su culto y sus altares?

«Pero á la sombra de la cruz tutelar, plantada en el mundo como un signo de paz y de alianza, el género humano ha sido llamado á la unidad de la familia. «En Jesucristo, sal-«vador de todos los hombres, no hay ni judío, «ni gentil, ni griego, ni bárbaro.» (Rom. X, 12), y sobre la cima de la santa montaña, desde donde estiende sus divinos brazos para estrechar sobre su corazon á la humanidad regenerada en su sangre, se realiza el oráculo del anciano Simeon, que saludó á la aurora «de «la luz que debia alumbrar á todos los pue-«blos» (Luc. II), cumpliéndose esta palabra

del divino Libertador de todas las naciones: «Cuando esté elevado entre el cielo y la tierra, «todo lo atraeré hácia mí.» (Joan., XII, 32).

Entonces empieza esa maravillosa regeneracion de las naciones, llamadas á la nueva vida, que el profeta Isaías habia cantado tantos siglos antes, cuando esclamaba con su entusiasmo divino: «Levántate, brillando con «celestes claridades; levántate, Jerusalen; «dilata tus entrañas hechas doblemente fecun-«das, y abre tus brazos á los hijos y á las «hijas, que de todos los puntos del globo, «te saludan con el nombre de madre.»

Desde el momento que el Salvador trazó á sus apóstoles la via sangrienta en que les escitaba á seguirle, el mundo asombrado se abrió con rapidez ante los pasos de estos heraldos de la gran nueva. De la Judea á Roma, el cristianismo no dió mas que un paso, y en el mismo instante se vieron salir de este inmenso foco, torrentes de luz que llevaron el conocimiento de la verdad hasta las estremidades de la tierra. Aquel fué el tiempo de los martirios y de todo género de sufrimientos. La Iglesia, engendrada en la muerte de su divino Esposo, debia acabar de recibir su acrecentamiento con la sangre de sus primeros hijos, y este magnífico período se prolongó hasta el momento en que la cruz triunfante brilló en fin sobre la diadema de los césares y sobre las vencidas colinas de la ciudad eterna. Al haber concedido Dios el imperio del universo á esa Roma, que llegó á ser nuestra madre, despues de haber derramado con tanta profusion la sangre de sus mártires, reunió por lo mismo al universo entero con los vínculos de una misma familia; y la reina del mundo auxilió desde su orígen á los primeros predicadores de la fé, en la obra de la propagacion del Evangelio. Sometidos á las mismas leyes, y formando un solo imperio, los diferentes pueblos de la tierra, no opusieron á los misioneros de aquella época las dificultades que otros encontraron, cuando la fé no reclamó una difusion tan rápida.

Todos los territorios tenian entonces relaciones con el centro del imperio, y la fé romana se aprovechaba de ellas para difundirse en todas las partes de este gran cuerpo. Los navíos que iban á las estremidades del mundo á pedir á las naciones el tributo de su suelo y de su industria; los ejércitos que llevaban la gloria y el terror del pueblo rey; las conquistas del lujo, como las de las armas, todo vino á ser para la divina madre de los cristianos, un medio de dar á conocer á Jesucristo y de fundar iglesias. Entonces, como en nuestros dias, donde quiera que habia un soldado, un comerciante, un conquistador, allí se encontraba un cristiano, un apostol; y cuando era necesario, un generoso mártir. Los misioneros se esparcieron pues en todo el mundo, y la Iglesia así fortificada y engrandecida, pudo bien pronto decir con Tertuliano, que nacida ayer, llenaba ya los ejércitos, el senado, los foros, las ciudades y las campiñas del imperio, sin que nada quedase á los paganos, mas que sus templos. La Iglesia podia decirles, que si todos sus hijos salieran del imperio, los señores del mundo se horrorizarian al ver la soledad á que quedarian reducidos. Por fin llegó el dia en que el heredero del trono de los perseguidores, rompiendo con las tradiciones de lo pasado, vino á proclamar, que el Dios de los cristianos iba á ser para siempre el Dios del imperio; y que los vanos simulacros del paganismo estaban condenados á volver al polvo de la nada, de donde habian salido.

Desde entonces, se realizó un gran hecho social y religioso. Se cumplieron los destinos de Roma pagana, y de sus manos debia caer el cetro del mundo. La tempestad se hace oir en sus fronteras mas lejanas, y en vano quieren defenderlas sus innumerables legiones.

Dios retira su mano, y con ella, la fuerza invencible que ha destrozado tantas naciones. Levántanse los pueblos, rompen sus cadenas, y vienen y se lanzan los bárbaros sobre el imperio conmovido: el coloso de Roma no tiene ya ningun fin sobre la tierra. En lo sucesivo no habrá en el mundo mas monarquía universal, que el reino de Jesucristo; el mismo emperador acabará de cumplir la mision que

Dios le ha confiado, abandonando á esa Roma, cuyas murallas van á conmoverse, y cediendo su lugar al soberano pontífice, quien levantará en ella un nuevo trono á la sombra de la tumba del Pescador.

La Iglesia, en paz bajo Constantino, no debia disfrutar por mucho tiempo de una paz que en este mundo no se ha hecho para ella. Bien pronto el impío Juliano, denigrado con el nombre de Apóstata por la justicia de la historia, va á esforzarse para destruir en el Imperio, la cruz de Jesucristo, sustituyéndola con los dioses vencidos del Capitolio; pero poblando el cielo con nuevos mártires, contribuirá mas y mas á difundir en el mundo el convencimiento de las verdades cristianas. Tambien se levantarán enemigos de otro género para combatir al Señor y á su Cristo. Las doctrinas impías de Arrio turbaron la paz de las iglesias desde el imperio de Constantino; pero una protesta memorable, será el resultado de la reunion solemne de Nicea, á la cual concurrieron representantes de todas las partes del mundo Arrio, condenado por los padres, no se considerará vencido, y el Occidente, agitado por los esfuerzos de sus sectarios, nos haria casi dudar de las promesas divinas, si semejante pensamiento pudiera concebirse sin incurrir en blasfemia. Despues vendrán Macedonio, Nestorio, Eutiques, todos airadamente conjurados para destrozar el seno de la Iglesia que los ha criado.

Entonces, como siempre, triunfó Dios de sus enemigos. La Iglesia tuvo mucho que sufrir en medio de esos desastres, que se estendieron á las mas bellas provincias del imperio; pero la asistencia divina la hizo superior á los terribles sucesos, que por de pronto la destrozaron cruelmente. Sus hijos se aumentaron, en vez de disminuirse, por efecto de estas desolaciones; porque sus conquistas empezaron á estenderse sobre los vencedores de Roma, cuya orgullosa frente se inclinó bien pronto delante de la cruz.

El arrianismo ponia en cuestion el fondo mismo del cristianismo, puesto que negaba la divinidad de Jesucristo; pero en el momento en que, segun la espresion de un santo padre, se asombra el mundo de ser arriano, empieza á manifestarse la mision especial de la Francia en la obra de la propagacion y conservacion de la fé. (1) « Cierto dia, dice el P. Lacordaire, no léjos de las orillas del Rhin, travaba un gefe bárbaro batalla con otros bárbaros; sus tropas se replegan, y de repente se acuerda que su muger adora á un Dios, cuyo poder ella misma le habia encomiado. El gefe bárbaro invoca á este Dios, invoca al Cristo, al rey de los reyes, al Dios de los

(1) Aunque no podemos dejar de reconocer la vasta erudicion, la elevacion de miras y la reconocida maestria del historiador, con todo creeriamos faltar á nuestro deber, y á lo que pueden esperar de nosotros nuestros lectores, si de vez en cuando nos vemos en la precision de modificar algun pasage, ó completar alguna idea, sin pretension alguna de atenuar la autoridad y el respeto que de otra parte nos merece el célebre escritor. Hecha esta salvedad, nos ocurre indicar ahora, que la espresion de S. Gerónimo no tiene á nuestro entender el sentido que le dá el autor; lo que en nada rebaja su mérito indisputable, pues que varios otros grandes eruditos han sido del mismo parecer.

Ursacio y Valente, comisarios del emperador, arriano, viendo que no podian atraer á su heregia á los obispos católicos del Concilio de Rimini, trataron de recurrir á la astucia. Temiendo sus tretas y sus embustes algunos prelados ortodoxos, que ya en otra ocasion habian esperimentado su carácter perversamente mañoso, se separaron de la asamblea, en número de veinte. Quedaron en Rimini ochenta arrianos, con mas de trescientos católicos. Menos linces estos que sus veinte compañeros mencionados, cayeron en el lazo preparado por Ursacio y Valente de aprobar una forma, ó profesion de fé, capciosa en su redaccion, de manera que podia interpretarse tanto en sentido herético, como católico.

Llegados apenas á la corte los comisarios imperiales, un edicto anunció á todo el cristianismo, que los obispos católicos del Concilio de Rimini habian abrazado la heregía, y sus autores pretendian probarlo, interpretando en sentido arriano, las palabras de la forma que aquellos prelados habian firmado de buena fé, en sentido católico. *Tunc*, dice S. Gerónimo refiriendo aquellos hechos, *universus orbis ingemuit, ac se arrianum esse miratus est.* Prorumpió entonces el mundo entero en un quejido de dolor, indignado de la artimaña de que habia sido víctima, y quedó asombrado de que oficialmente se le declarase arriano, siendo católico. En efecto: si el arrianismo hubiese sido su religion, léjos de *gemir*, se babria alegrado; y de ningun modo podia *asombrarse* de lo que, en la suposicion contraria, ya sabia de antemano.

Por tanto, aquellas palabras de S. Gerónimo, en lugar de probar los exagerados estragos de la secta arriana, demuestran al contrario, cuanto florecia el catolicismo, á pesar de haber inficionado la heregia á mas de un monarca y á muchos ambiciosos, pues que el dolor arrancó un gemido « á todo el mundo.» *Universus orbis ingemuit.*

A este espíritu de catolicismo, pues, debe atribuirse esclusivamente el haber sido paralizados los embates de los arrianos en tan críticas circunstancias (en 359), y de ningun modo á la conversion de Clodoveo (no nacido aun), verificada ciento treinta y ocho años despues, (en 497).

Convenimos, sin embargo, en que mas tarde la conversion del francés Clodoveo contribuyó á desvanecer las esperanzas del arrianismo, así como despues la del español Recaredo le dió el golpe de gracia, cuando ya desacreditado y moribundo se retorcia en sus últimas convulsiones.

ejércitos, y suya es la victoria; y despues de la victoria, fiel á sus promesas, corre á prosternarse delante del obispo, ministro del Dios de Clotilde.» «Apacible Sicambro, le dice «S. Remigio; adora lo que has quemado: «quema lo que has adorado.» Y Clodoveo recibió el bautismo, y con él sus guerreros todos. ¿Quiénes son, pues, ese rey, esa reina, ese obispo y esos soldados?.. Somos nosotros, son la nacion francesa...

«No os asombreis al escuchar esta palabra. El cristianismo nos ha hecho á todos unos en Jesucristo, y á todos nos ha confundido en una misma y sublime solidaridad.

«Habia una nacion católica, la nacion francesa, y no soy yo quien hace este elogio magnífico de mi patria, es el pontificado. Así como Dios dijo en la eternidad á su Hijo: «tú «eres mi primogénito,» de la misma manera, el papado ha dicho en su tiempo á la nacion francesa: «tú eres mi hija primogénita.» Aun hay mas; para espresar el pontificado con mas energía lo que pensaba de la Francia, la llamó *Christianissimum regnum*.

«Primogenitura en la fé, escelencia en la fé; hé aquí nuestros títulos. Aun no habia ninguna nacion, que como tal sirviera á Dios y á su Iglesia, y entonces fué cuando nuestro abuelo Clodoveo recibió el bautismo de manos de S. Remigio, que arrojando á las turbas arrianas, aseguró el triunfo de la fé.

«Luego que el franco fué desposado con la Iglesia y armado caballero de Dios, los pontífices, escribe el benedictino Pitra, recitaban en sus preces, en los dias mas solemnes del año, estas proféticas palabras, que de nuestros misales galicanos pasaron á la liturgia romana, donde se conservan: «Roguemos «tambien por los reyes cristianísimos, á fin «de que nuestro Señor haga que les estén «sometidas todas las naciones bárbaras, para «nuestra paz perpétua.» Y en otra parte: «Omnipotente y eterno Dios que habeis es«tablecido el imperio de los francos, para ser «en el mundo instrumento de vuestra santí«sima voluntad, espada y baluarte de vues«tra santa Iglesia, os rogamos, Señor, que «favorezcaiz siempre y en todo lugar, con «celestial luz, á los hijos suplicantes de los «francos, á fin de que vean cuanto sea nece«sario hacer por vuestro reino en este mun«do y sean fortificados en valor y caridad.»

«La Santa Sede tuvo sus proféticas complacencias acogiendo en sus brazos á estos nuevos hijos. Clodoveo, al salir del baptisterio de Reims, ofreció á la Confesion de S. Pedro, en homenage y como en símbolo de su soberanía, una corona que se la llamó *Regnum*; y conocidas son tambien las felicitaciones que Anastasio II le dirigió. El papa Vigilio, cautivo en Byzancio, combatiendo contra los ardides de la astucia griega, llamaba á su glorioso hijo Childeberto, á quien, segun dice, consideraba adherido con entera veneracion á la Santa Sede, correspondiéndole impedir que nada turbase el reposo de la iglesia católica, porque es digno y conveniente que siendo él, rey católico, defienda con toda generosidad á la fé y á la Iglesia en que Dios ha querido sea bautizado, pues escrito está: «Yo glorificaré á quien me glorifique.» San Gregorio el Grande saludó aun con mas entusiasmo esta inauguracion de la Francia, diciendo á los hijos de Brunegilda: «Así co«mo la dignidad real se eleva sobre los de«más hombres, así domina sobre todos los «reinos de los pueblos la preeminencia de «vuestro reino. Ser rey, como tantos otros, «no es una cosa estraña; pero ser rey católi«co, cuando los otros son indignos de serlo, «esa es la mayor grandeza. Como un faro lu«minoso brilla por su esplendor en la sombra «de una noche oscura, así resplandece el es«plendor de vuestra fé al través de las tene«brosas perfidias de otras naciones.» No es aislado este homenage; es como una parte de ese concierto contínuo de proféticas alabanzas, de preces y bendiciones que consagran la mision católica de la Francia y hacen de ella un nuevo pueblo de Dios.»

La conversion de las naciones del Norte es una de las épocas mas notables de las misiones realizadas por la Iglesia en el seno de los infieles. Al clero secular, único propagado,

en sus principios del cristianismo, han venido á asociarse las órdenes religiosas, útiles auxiliares, que acabarán por ponerse á la cabeza de esta obra de solicitud evangélica.

Los monasterios que S. Atanasio construyó en Milan y en Tréveris, durante su destierro en Occidente; los que S. Eusebio de Vercell fundó en su diócesis; los que S. Hilario y S. Martin edificaron en las Galias, todos seguian la regla de los de Oriente. San Benito escribe la suya, y este patriarca de los monges de Occidente, muerto en 543, deja una familiar cuyos individuos, tan sufridos como intrépidos, se consagraron á instruir y á civilizar á los bárbaros y á crear entre ellos ese espíritu general y ese génio fraternal, que distinguen á los católicos. De los monasterios de Irlanda, que han tomado su regla de la de S. Basilio y de los monges orientales, salió S. Colombano, muerto en 615, autor de otra regla diferente que siguieron la mayor parte de los monasterios de Francia, hasta el reinado de Carlomagno. Así es como el clero regular se organiza y se desenvuelve en el Occidente, con aprobacion de la Iglesia, de quien será por espacio de mucho tiempo, instrumento casi único de la grande obra del apostolado esterior y de la estension del reino de Dios. Bástanos consignar la intervencion de los regulares en esta obra, porque seria demasiado largo indicar los principales civilizadores, que la familia benedictina prodigó al mundo bárbaro é infiel, al que convidaron á participar de los frutos de la redencion, patrimonio comun de la humanidad. Aun hoy mismo, la empresa social y religiosa de los misioneros benedictinos, no puede menos de escitar la admiracion de esos modernos campeones de la causa de los pueblos.

La pluma espiritual del cardenal Giraud los llama « sábios de grandes concepciones, que ven á la humanidad como á un solo hombre marchar con un paso constante, aunque desigual, hácia un término indefinido de perfeccion, y cuyas simpatías cosmopolitas, alejando las ideas demasiado esclusivas de nacionalidad y patria, abrazan el mundo entero en sus planes de regeneracion universal. Admitiendo que el catolicismo no basta á la realizacion de los nuevos destinos que nos preparan, y de ese porvenir encantado que nos auguran los estudiosos observadores del camino y estaciones del género humano, reconocen al menos, que el cristianismo ha sido un progreso incontestable hácia la perfeccion, en favor de las pobres naciones que ocupan el último grado en el órden de la escala social. Los falsos profetas que anuncian, que el catolicismo toca á su fin, confiesan que su vigorosa juventud y su fecunda virilidad han sido honradas con los servicios de los hijos de S. Benito.

Faltos de fé, no comprenden, que el proselitismo de los misioneros tenga ante todo por fin, hacer partícipes á todos sus hermanos en Adan de los beneficios de la redencion, y de formar un solo rebaño, y bajo un solo pastor, de la multitud de pueblos de todas lenguas y tribus, de atraer en fin á Jesucristo todas las naciones que le han sido dadas en herencia. Pero si pierden de vista este fin sublime del apostolado, alaban á los misioneros, por haber sabido transformar el sér casi material, degradado por la idolatría, en el sér moral y social de la sociedad cristiana, capaz de vivir á la vez en el órden y en la libertad.

En tanto que los monges van á cambiar la faz de la Europa septentrional por su enseñanza moral y civilizadora, Mahoma hace renacer la idea de Arrio con la punta de su cimitarra. Reconoce sí, que Jesucristo es un gran profeta, pero como su predecesor, niega la divinidad del Salvador.

Le parece que Arrio no habia hecho bastante en favor de la corrupcion, y él hace mucho mas; y considerando aun insuficiente este medio, desencadena y pone en movimiento todos sus ejércitos. La Siria, la Palestina, la Armenia, la Persia, el Egipto, y aun la España, ven la cruz cubierta con los ultrages de la heregía, desterrada y humillada por el mahometismo. La media luna cerca á la Iglesia, el islamismo ataca por todas partes á la cristiandad; pero la invasion musulmana encuentra en 732, en los campos de Poitiers,

un dique, contra el cual se estrella. Esto dique fué el célebre Carlos Martel.

El pueblo que ha vencido á Arrio con Clodoveo y á Mahoma con Carlos Martel, se prepara á hacer importantes servicios á la Iglesia. Es necesario que esta sea independiente y libre de las influencias y dominacion de los reyes de la tierra, la es indispensable una soberania temporal, y á su gefe, que una el cetro á la tiara.

La Francia se encarga de ponerle en manos de la Iglesia; se lo dan graciosamente Pipino y Carlomagno, y sus sucesores hasta el dia, se lo conservan y protegen.

La derrota del arrianismo, la destruccion del islamismo y la ereccion de un trono estable para el pontificado, hé aquí las tres primeras coronas de esta reina de las naciones católicas.

Carlomagno, bajo cuya mano se reconstituye la sociedad, sostenida en su ruina por la Iglesia, impone á los pueblos del Norte con el yugo de su poder, el yugo suave de Jesucristo; ¡servidumbre dichosa, que poco á poco les libertó de sus propias violencias! Ya que nos ocupamos de este misionero rey, muerto en 841, conviene citar esta reflexion del conde José de Maistre.

« Todo príncipe que emplea sus fuerzas en la propagacion del cristianismo legítimo, es infaliblemente recompensado con grandes hechos; con un largo reinado; con una reputacion inmensa, ó con todas estas cosas reunidas. Ni hay, ni habrá, ni puede haber escepcion sobre este punto; Constantino, Teodosio, Alfredo, Carlomagno, S. Luis, Manuel de Portugal, Luis XIV, etc., todos los grandes protectores del cristianismo legítimo, se distinguen en la historia por todos estos caractéres. Desde que un príncipe se asocia á la obra divina y la dá impulso, segun sus fuerzas, podrá sin duda pagar á la triste humanidad su tributo de imperfecciones y desgracias: pero no importa, su frente estará señalada con un signo que reverenciarán todas las edades; por el contrario, todo príncipe, que habiendo nacido en la luz, la desprecie ó se empeñe en estinguirla, y que sobre todo, se atreva á poner su mano sobre el romano pontífice, ó á afligirle sin consideracion, puede estar seguro de que alcanzará un castigo corporal y visible. Reinado corto, desastres humillantes, muerte violenta ó vergonzosa, mal renombre durante su vida y memoria mancillada despues de su muerte, tal es la suerte que en mayor ó menor grado le espera. Desde Juliano Apóstata hasta Felipe el Hermoso, existen escritos los testimonios de esta verdad, y en cuanto á los ejemplos modernos, el hombre prudente, en vez de publicarlos, debe esperar á que el tiempo los haya depositado en la historia.»

Mientras que el Evangelio se propagaba en Occidente, el Oriente por el contrario se preparaba al cisma deplorable que todavia le destroza. « Fecunda hasta el momento de su rompimiento con el centro de unidad, la Iglesia de Constantinopla, dice el obispo de Hesebon, habia atraido algunas naciones á la fé. Las invasiones de los bárbaros la habian proporcionado, como en Occidente, la ocasion de someter una parte de aquellos á la ley del Salvador. Pero llegó el tiempo en que el orgullo debia consumar en su seno la obra de iniquidad por tan largo tiempo meditada.

« Fócio, muerto en 891, y Miguel Cerulario, en 1059, no temieron romper con la Iglesia, madre y maestra, á quien Jesucristo confió el depósito de las divinas verdades; y el Oriente entero, seducido por sus palabras de mentira, levantó el estandarte de la mas funesta rebelion. Desde entonces se estinguió toda la vida en la iglesia separada, se marchitó la hermosura de su frente, y heridas sus entrañas con la esterilidad, dejaron de producir hijos de luz para la celestial Jerusalen.» El conde de Maistre dice tambien: « Al papa y á sus ministros pertenece la obra de las misiones, porque el cristianismo no tiene accion esterior sino por los soberanos pontífices. Todas las iglesias separadas del papa se dirigen entre sí, como mejor pueden, pero nada pueden hacer para la propagacion de la luz evangélica. La obra del cristianismo no puede adelantar nada por medio de ellas, y justamente

estériles desde su divorcio, tampoco pueden recuperar su fecundidad primitiva, sino reuniéndose al esposo.» Hablando en particular de las iglesias orientales y de las que de ellas dependen, ó que con las mismas forman causa comun, añade lo siguiente: «Ellas mismas se hacen justicia. Penetradas de su impotencia, han concluido por hacer de su apatía una especie de deber, y se considerarian ridículas si se dejáran apoderar de la idea de avanzar á las conquistas del Evangelio y por ellas á la civilizacion de los pueblos.»

El islamismo, levantando de nuevo la cabeza, amenazó por segunda vez á toda la cristiandad, y la mision de la Francia se manifestó nuevamente en la obra de la conservacion y propagacion de la fé. «¿Quién pensó, pregunta el padre Lacordaire, en reunir la Europa alrededor de la cruz para precipitarla sobre este indómito enemigo? ¿Quién tuvo la primera idea de las Cruzadas? Un papa francés, Silvestre II, muerto en 1003. ¿Dónde fué inaugurada? En un concilio nacional, en Clermont, en 1095; en una asamblea nacional, en Vezelay, en 1146.

Despues tuvimos dos siglos de caballería y de sangre derramada sobre la Tierra Santa; dos siglos que coronó gloriosamente S. Luis. La Francia, Carlos Martel, Luis el Jóven, Felipe Augusto, S. Luis; hé aquí nuestros padres defendiendo á la Iglesia contra el mahometismo; si dudais de ello, preguntad al Oriente; aun se acuerda de ellos, nuestro nombre está allí vivo todavía.»

NOTA DEL TRADUCTOR ESPAÑOL.

Creemos deber completar las bellas páginas de esta introduccion, en las que el autor ha trazado con su reconocida maestría el grandioso cuadro de la influencia, que en el sosten y propagacion del cristianismo ha tenido la Francia, con lo que la historia nos ofrece bajo este concepto, por lo que respecta á nuestra patria.

Privilegiada la España en su iniciacion del cristianismo por la predicacion y apostolado de Santiago el Mayor y de sus siete discípulos, y favorecida con la singular proteccion de la purísima Madre de Dios, que en carne mortal se apareció en Zaragoza á aquel Santo Apóstol, designándole el lugar, donde habia de erigirse el primer templo cristiano, cabe por esto solo á este reino un lauro inmarcesible, de que no puede gloriarse otra nacion alguna.

Mas que en ninguna parte, y con mayor rapidez, se propagó el cristianismo en nuestra península ibérica, en términos de que, no obstante las persecuciones de Tiberio, Neron y Domiciano, ya en el siglo II de la Iglesia, el grande Tertuliano dijo de la España, que la religion del Crucificado ya abrazaba *Hispaniarum omnes terminos, et Galliarum diversas nationes*, ó lo que es lo mismo: que ya en ese siglo, todos los reinos de España eran cristianos, mientras que en las Galias (hoy Francia) solo lo eran diferentes naciones. En el III, ya estaban establecidas las mas de las sedes episcopales, quienes comunicaban con el soberano pontífice; y por último, en el IV, la persecucion de Diocleciano, á pesar de hacer correr á torrentes la sangre de los mártires, no hizo mas que aumentar el número de fieles, que saludasen la aurora de la paz, que proporcionó á la Iglesia la conversion de Constantino.

Un español, el grande Osio, obispo de Córdoba, la gran lumbrera del cristianismo, el alma de los concilios de Nicea y de Sárdica, el pacificador de la Iglesia, el destructor por fin de la heregía de Arrio, como amigo y consejero del primer emperador cristiano, contribuyó en gran parte á tan gloriosa y admirable transformacion.

La vida de Osio, como dice un historiador, no es precisamente la historia de la España cristiana en la primera mitad del siglo IV; es la historia general de la Iglesia en aquella época: Osio preside el primer concilio ecuménico; Osio es el distinguido por los pontífices, es el maestro favorito de Constantino; Osio es el mas temible adversario del arrianismo, y Osio, en fin, un español, es quien prepara el triunfo del cristianismo y el sucesivo desprestigio de la religion gentílica, y el que en su persona, reasume las glorias todas de la Iglesia española hasta la venida de los bárbaros.

La invasion de estos, derrocando hasta sus cimientos el imperio occidental de los césares, cambió la faz de las naciones y dió al cristianismo nuevos triunfos, despues de anteriores persecuciones y desastres, sujetando aquel á su yugo y á su civilizacion á ese enjambre de desbandadas hordas, que cubrieron y talaron la Europa, cual plaga de langosta.

La España, al verse inundada por las hordas de godos, visigodos, suevos, alanos y vándalos, si bien no padeció tanto como las Galias y el Africa, tuvo sin embargo que sostener dos luchas á un tiempo; la lucha de la heregía y la lucha de las supersticiones paganas, que nuevamente se la vinieron encima. Por unos y otros errores habia sufrido persecuciones en otros tiempos, por unos y otros, iba de nuevo á verse perseguida. La supersticion pagana se presentaba acompa-

ñada de barbárie; la obstinacion arriana resucitaba aun mas temible, porque dominaba en la política. Críticos eran los momentos; pero la iglesia de España añadió nuevos triunfos y nuevas glorias á sus crónicas, llevando á término su proyecto: la conversion de idólatras y arrianos.

La Providencia designó á Recaredo para verificar esa feliz trasformacion, y la España cristiano-goda no es menos notable que la romana.

Los concilios de Toledo, esas asambleas religioso-políticas, únicas y originales en su especie, el rito muzárabe, y los escritos de S. Isidoro, S. Julian y S. Ildefonso, quien mereció ser revestido por la misma Vírgen con un celestial ornamento, son el mas grande testimonio de esta verdad.

Pero en medio de esas flores, sobrevino luego la cizaña; á la virtud y religiosidad antigua de los príncipes godos, sucedió el vicio y el escándalo; los súbditos siguieron su mal ejemplo y corrupcion, y el cielo, que privilegió á esta nacion en sus favores, como en otro tiempo á los hijos de Israel, la privilegió igualmente, como á aquella, en ejemplares castigos, que acrisolando su fé, la hiciesen de nuevo renacer con mas vigor y lozanía.

Los hijos de Mahoma sirvieron de azote divino para llevar á cabo esta mision, y al principiar el siglo VIII, con la derrota del Guadalete, la España godo-cristiana se convirtió en España árabe; el árbol de la monarquía fué arrancado de cuajo, y solo alguna de sus raices quedó brotando, para perpetuarle en lo mas fragoso de las sierras de Asturias y de Cantábria.

Aquí comienza otra nueva era y nueva propagacion del cristianismo en España, era de fatiga y sufrimiento, y mision de nueva especie, á la que precisamente, la victoria y la reconquista habian de preceder á la ereccion de la Cruz en el suelo restaurado. Mas de setecientos años de gigantesca lucha fueron menester para reconstruir en su totalidad el edificio, que en pocos meses arruinaron las huestes de Tarif y Muza, y en ese tiempo, ¡qué cuadro tan glorioso el de la España, que puede llamarse militante, y cuán grande su influencia sobre los destinos de la Europa cristiana! ¿Quién sino ella, entregada á sí misma, con solo sus esfuerzos, fué en determinadas y azarosas épocas, el dique que contuvo á la morisma, de la parte acá del Pirineo, humillando sus huestes, aumentadas con los ausilios del África, en los campos de las Navas y de Benamarin ó del Salado? ¿Qué nacion, sino la España, convertida en cruzada contínua y permanente, presenta mas ejemplos de caballerosidad cristiana, en reyes, como Alfonso VIII, Jaime el Conquistador y Fernando III, el Sto.; en caudillos, como el Cid y Guzman el Bueno, y en guerreros, como los célebres Almogavares y los que pelearon bajo los pendones de las cuatro órdenes militares?

Si buscamos adalides de otro género y mas inmediatos propagadores de la religion, ahí están los españoles Sto. Domingo de Guzman y sus hijos, antorcha del cristianismo y cuya milicia se estiende por todo el orbe, y Pedro Nolasco y sus redentores, que rompiendo las cadenas de los cautivos, llevaron su fé y su caridad hasta las mazmorras de los infieles.

Tanta abnegacion y tamaño sufrimiento, y sobre todo, una pureza de fé nunca desmentida en el espacio de catorce siglos, habia de tener su recompensa; á la unidad religiosa habia de seguirse la política, y España llegó á ser grande, cuando sus monarcas lograron el renombre de Católicos. Entonces, á un estrangero, á un genovés inspirado se le ocurrió el regalar un nuevo mundo á Castilla; Isabel I lo acepta; Colon le descubre y se lo entrega, y España, por su fé, llega á ser la primera nacion del universo: y mientras que en el siglo XVI, impíos y orgullosos sectarios introducen el cisma y la heregía en Alemania, Inglaterra y Francia, y causan bajas y defecciones en las filas del catolicismo, la España, incólume de esos errores, con centuplicada usura las cubre, haciendo cristiana la América y á sus multiplicados imperios; y si la faltan operarios para esa mies tan abundante, y para reducir á la fé de Jesucristo á tantos millones de almas, otro español, un soldado de Loyola crea una *compañía*, que se encarga de esa empresa, y de ser además el mejor y mas fuerte baluarte del catolicismo, combatiendo sin tregua á la incredulidad y á la ignorancia. Los hijos de S. Ignacio han correspondido y corresponden siempre á los sábios designios de su santo maestro. A España se debe esa institucion inimitable. La presente *Historia de las Misiones Católicas* está llena de sus hazañas, predicaciones y martirios.

A España igualmente se debe el gran número de misiones, que de las demás órdenes religiosas han salido en los tres últimos siglos, para reducir al rebaño de Jesucristo á tantos idólatras de Asia, África y Oceanía: díganlo sinó, la contínua mision de Filipinas, las constantes de Tierra Santa, y las modernas, de California, Mesopotamia y Nueva-Holanda, fundadas y sostenidas por varios pobres esclaustrados.

De todo lo enunciado, resulta, la importancia inmensa y el influjo grande de nuestro católico reino en la propagacion y adelantos del catolicismo. Conservando siempre, y por especial proteccion divina, su unidad religiosa, y sin haber dado jamás carta de naturaleza al cisma y la heregía, ha sido en todo tiempo, y sin escepcion de épocas, grey escogida del rebaño de Jesucristo, guiada por el supremo pastor de la Iglesia y sucesor de Pedro; y si es de fé, que esté, como asentado en piedra firme, es el cimiento de la Iglesia universal, *contra lo cual no prevalecerán las puertas del infierno*, y si lo es tambien, como lo afirma el mismo Henrion, que el reino, que esté unido con indisoluble lazo á esa misma piedra angular, y que fomente con generoso celo la propagacion de la fé, que es la salvacion de las almas, ha de triunfar de sus enemigos, y se le prometen dichas y terrenal grandeza, á nadie mejor que á nuestra CATÓLICA ESPAÑA le cabe ese privilegio. Ejemplos mil antiguos y modernos presenta la historia de la realizacion de esa promesa. Siga esta nacion como hasta aquí, y así como en la actualidad los vé recientes, la generacion que nos suceda disfrutará los venideros.

LIBRO PRIMERO.

DESDE EL ESTABLECIMIENTO DE LAS ÓRDENES DE SAN FRANCISCO Y SANTO DOMINGO, HASTA EL DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

CAPITULO I.

Celo de san Francisco y santo Domingo por la conversion de los infieles. — Primeras misiones de franciscanos y dominicos. — Rescate de cautivos por los religiosos trinitarios y de la Merced.

Los religiosos Menores y Predicadores aparecieron en el mundo cuando las Cruzadas abrieron el Oriente á los cristianos de Europa. Hijos de S. Francisco y Sto. Domingo, empezaron á comunicar á los infieles la doctrina evangélica, no sin haber deseado sus fundadores llevar por sí mismos las luces de la civilizacion y de la fé (1).

San Francisco arrastrado por su celo se embarcó para la Siria, pero los vientos contrarios le dirigieron á Esclavonia, en donde esperó por espacio de algunos dias la llegada de algun buque; mas no habiéndose presentado ninguno, el santo, reputado como un pobre, fué recibido de limosna por los marineros que iban á Ancona. En 1214 marchó á Marruecos, con el designio de dar á conocer la palabra de Dios al Miramamolin y á sus súbditos, que profesaban el islamismo. La palabra *Miramamolin*, que significa gefe de los creyentes ó rey de las naciones, era un título que se daban los primeros soberanos mahometanos de Africa (1). Aunque la salud de S. Francisco era entonces muy débil, su celo por la salvacion de las almas le hacia marchar á pasos agigantados, teniendo además tal ansiedad para llegar á donde se proponia, que adelantaba á todos los que le acompañaban. Dios, sin embargo, le obligó á detenerse en España por causa de una enfermedad, y los asuntos de su órden le obligaron despues á marchar á Italia.

Apesar de que no se conocian, existia ya una armonía maravillosa entre S. Francisco y Sto. Domingo. Ambos residian en Roma, en tiempo del cuarto concilio de Letran, sin que el nombre del uno hubiera llegado á oidos del otro. Estando una noche orando Sto. Domingo, segun tenia de costumbre, vió á Jesucristo irritado contra el mundo, y á su Madre que le presentaba dos hombres para mitigar su enojo. Santo Domingo se reconoció á sí mismo en uno de aquellos dos hombres; pero ignoraba quien fuese el otro, cuya imágen quedó profundamente grabada en su memoria. Al dia

(1) Los franciscanos ú órden de los *Menores*, fueron instituidos por S. Francisco de Asis, italiano. Esta órden fué aprobada por Inocencio III en el cuarto concilio Lateranense, y despues por Honorio III. Consta de muchas familias, siendo la mas numerosa la de observantes, que se divide, en conventuales de la comun observancia, llamados los claustrales, á quienes es permitido poseer bienes, y en hermanos de la estrecha observancia que hacen profesion de absoluta pobreza. Los dominicos ú orden de Predicadores, fueron instituidos en 1215 por el español Sto. Domingo de Guzman, canónigo de Osma, de la órden de S. Agustin, y primer maestro del sacro palacio. Inocencio III confirmó esta órden en el concilio cuarto Lateranense, año 1215, y despues la aprobó tambien Honorio III. Al tiempo de la esclaustracion habia en España 1175 conventos, pertenecientes á diversas familias de la órden de S. Francisco, y 351 de la órden de Predicadores.

(1) El gran Abderrahman III, hijo de Mohamad, denominado el Muktal (el asesinado) porque su padre el rey Abdallah, le mandó matar, siendo la esperanza del reino, fué el primero que en España llevó el augusto título de Amir-el-Mumenin ó Príncipe de los Creyentes, habiéndose contentado sus antecesores con llamarse solamente Amires, segun se vé en todos los monumentos arqueológicos de aquella época, y en el historiador árabe Aben-Alabar, cuyas palabras se copian en el tomo v de Memorias de la Academia de la Historia.

siguiente, vió en una iglesia, no se sabe cual, cubierta con pobres vestidos, y apariencia de mendigo, la misma figura que le habia sido revelada la noche anterior, y dirigiéndose á este pobre, le estrechó entre sus brazos, diciéndole con ternura: « vos sois mi compañero, vos marchareis conmigo; estemos siempre unidos, y nada podrá prevalecer contra nosotros.» Desde esta época se estrecharon ambos con los vínculos de una santa é inalterable amistad, dividiéndose el mundo que su celo aspiraba á salvar y á regenerar (1).

Es admirable, dice un escritor antiguo, ver á dos hombres, pobres, mal vestidos y sin influencia alguna, dividirse entre sí el mundo entero, y acometer la empresa de vencerle; y le han vencido por la ciencia y el amor, reconciliados por sus abrazos. Francisco y su órden, encendidos con el fuego de los serafines, derramaron en el mundo los torrentes del amor; Domingo y sus hijos, revestidos con el esplendor de los querubines, propagaron y difundieron la verdad. Dos monumentos imperecederos se conservan de la union de estas dos órdenes religiosas; el primero, en las tiernas y patéticas ceremonias celebradas en comun, en la solemne festividad de estos dos patriarcas, los cánticos pronunciados en su honor, los perfumes quemados sobre sus tumbas; el segundo, consiste en una magnífica carta dirigida á todos los religiosos de ambas órdenes, por Humberto, general de los dominicos, y por S. Buenaventura, general de los franciscanos, exhortándolos á auxiliarse mútuamente para el mayor servicio de la Iglesia.

Estas dos familias no se han separado nunca de tan piadosas enseñanzas; juntas han orado, juntas se han dedicado á los trabajos apostólicos, juntas han sufrido, y mas de una vez se ha mezclado su sangre, derramada en unos mismos suplicios. Por esto escribia Sixto IV lleno de admiracion: « Estas dos órdenes, como los dos primeros rios del paraiso de las delicias, han regado la tierra de la Iglesia universal con su doctrina, con sus virtudes y sus merecimientos, haciéndola cada dia mas fértil y mas fecunda. Son dos serafines, que arrebatados en alas de una contemplacion sublime y de un amor angelical sobre todas las cosas de la tierra, con el cántico constante de las divinas alabanzas, con la manifestacion de los beneficios inmensos que Dios, obrero supremo, ha confiado al género humano, aumentan sin cesar, en los graneros de la Iglesia católica, las mieses abundantes de la pura cosecha de las almas, rescatadas por la preciosa sangre de Jesucristo. Estas dos órdenes son en fin las dos trompetas de que se sirve el Señor para convocar á los pueblos al banquete de su evangelio santo.

Despues del capítulo general de las *esteras*, llamado así porque los 5,000 religiosos que á él concurrieron se hospedaron en cabañas formadas de esteras, alrededor del convento de la Porciuncula, S. Francisco envió misio-

(1) Monsieur Juan Hareille, actual director de la escuela de Soréze, departamento de Tarn, trae en su Vida de Santo Tomás el siguiente párrafo notable sobre estas dos órdenes religiosas, y sus admirables fundadores: « Al encumbrarse en el trono universal el pontífice, penetró mas hondamente todavia las aflicciones y los peligros de la Iglesia. Hé aqui, que cierta noche, en sueños, sobre cuya significacion simbólica destella una luz triste, vió la antigua basilica de Letran, metrópoli de todas las iglesias cristianas, bambolear sobre sus cimientos y próxima á arruinarse. Pero el sueño cambia súbitamente de aspecto: la basílica es sostenida por dos firmes columnas; y esas dos columnas del templo recuerdan perfectamente su fundacion, infundiendo en los corazones cristianos el consuelo y la esperanza: una de ellas es un mendigo italiano, rudo y seglar; y la otra es un sacerdote español, voluntariamente desprendido de sus riquezas y honores. Estos hombres comprendieron igualmente la debilidad del celo evangélico en el aislamiento, y sintieron la necesidad de comunicar á las almas simpáticas sus ideas y aspiraciones, con igual objeto apareció uno al pié de los Alpes, y el otro al pié de los Pirineos; y ambos reunieron algunos hermanos, con el atractivo del sacrificio, y formaron los primeros cuadros de la santa milicia, que sin demora vá á levantarse en el mundo para la defensa de la religion. Las diferentes tendencias de sus almas se formularon ya en los primeros ensayos de su noble empresa; el uno marcha mas directamente hácia las brillantes visiones del espiritu; el otro hácia el generoso entusiasmo del corazon: pero solo, bajo la fecunda influencia de la iglesia romana, llegan uno y otro á la perfeccion. Una vez trazado su plan, ambos acudieron á la capital del mundo cristiano. Presentándose en actitud de la mas profunda meditacion, un desconocido, un estrangero se pasea lentamente bajo el pórtico de una iglesia de Roma; viste la augusta librea del sacerdocio, y sale á su encuentro un pobre tan profundamente abismado como aquel en la meditacion. Abrázanse mútuamente, los que se abrazan, eran los dos grandes elementos de la vida, las dos fuerzas eternas de la religion, la inteligencia y el amor. El primero se llamaba Domingo de Guzman, y el segundo Francisco de Asis. »

neros á diversos paises, y especialmente á Africa, reservándose para sí la mision de Siria y de Egipto, donde esperaba encontrar la corona del martirio. El hermano Gilles y sus compañeros, enviados á Túnez, no pudieron conseguir nada de la obstinacion musulmana; tal rumor se suscitó contra ellos, que los mercaderes cristianos, temerosos de la persecucion, los condujeron á sus navios y les obligaron á salir para Europa, á escepcion del hermano Eleu y otros, que se habian dirigido á diferentes puntos para anunciar la palabra del Señor. San Francisco, embarcado en Ancona con once religiosos, en 1219, arribó á la isla de Chipre, y al cabo de algunos dias, volvió á hacerse á la vela, deteniéndose en el puerto de Ptolemaida, ó de S. Juan de Acre, en Palestina, y dejando en ambos puntos á diez de sus compañeros. En aquella época, los cristianos que componian la sesta cruzada (1), tenian sitiada á la antigua Damieta, en el Egipto, donde hoy está la villa de Ishbé, pues la moderna está situada á mas de dos leguas de la boca del Nilo, llamada por los antiguos Phanitica. El sultan de Damasco ó de Siria tenia á su vez sitiados á los cristianos en sus mismos atrincheramientos, sostenido por un ejército numeroso, que habia traido el sultan de Egipto ó de Babilonia, ciudad situada en frente de Memfis, cerca del Nilo, y cuyas ruinas han servido para formar el gran Cairo. Francisco, acompañado del hermano

(1) Achaque comun de los escritores estrangeros, es enaltecer cuanto á su pais se refiere, y olvidar cuanto interesa á la gloria de nuestra nacion. La verdad y la imparcialidad históricas, siempre necesarias, y mucho mas en una obra de carácter religioso, ya que no el pundonor y aun el orgullo nacional, nos imponen el deber de hacer en este lugar una declaracion importante.

El baron Henrion guarda en este lugar, lo mismo que en su introduccion, un profundo silencio, al tratar de las Cruzadas, sobre la participacion que en ellas, y desde la primera, tuvieron los españoles, y si bien el laconismo de esta introduccion no le permitia dar muchos detalles, tampoco le escusaba hacer al menos una ligera indicacion, para dar á conocer, que no ignoraba los errores, en que, sobre esta materia, habian incurrido otros escritores.

Permítasenos en gracia de nuestros buenos deseos dar á esta nota mas estension de la que en las demás nos proponemos.

Prescindiendo nosotros del orígen de nuestras luchas con los árabes, luchas, que solo el espíritu religioso pudo sostener por espacio de siete siglos, prescindiendo tambien de los esfuerzos hechos por los muzárabes para conservar su rito, olvidando las pretensiones galicanas y hasta los ardides sugeridos para variar el rito nacional y *allá vayan leyes dó quieren reyes*; olvidándonos en fin, si olvidarnos pudiéramos, de tantos y tantos hechos gloriosos do nuestros prelados S. Leandro, S. Isidoro, S. Ildefonso y otros y otros cien en favor de la propagacion del cristianismo, vamos á demostrar la participacion de la España en la primera y ulteriores cruzadas.

Paulo Emilio en su tratado de *rebus gestis francorum*, lib. 4; Sueyro, en los Anales de Flandes, t. 1, p. 128; Sandoval, en la Historia de los reyes de Castilla y especialmente en la de D. Alonso VI; Vertot, en la Historia de Malta, no esclayen á nuestra nacion de la cooperacion real, efectiva y poderosa que prestó á las Cruzadas, si bien, suponiendo que la necesidad de atender á sus combates con los árabes, escusaba á los reyes de Aragon, de Castilla y de Navarra de intervenir en esta empresa. Grandes eran en verdad las necesidades á que tenian que atender; pero no por eso dejaron de ofrecer muchos de sus hijos para que esmaltáran su pecho con la enseña gloriosa de la cruz enrojecida.

El conde de Tolosa, D. Ramon, que con otros caballeros distinguidos pelearon en España contra los moros, en las tropas auxiliares, enviadas por el rey de Francia á D. Alonso VI de Aragon, pasó á Francia, despues de haber contraido matrimonio con doña Elvira, hija de aquel monarca español.

Despues de celebrado el concilio de Claramonte, al que convocó Urbano II á los principales magnates y prelados de Occidente, fué el conde de Tolosa uno de los primeros que se alistaron en la santa Cruzada y pasó los Alpes con cerca de cien mil hombres, muchos de ellos catalanes y de los demás reinos de España, segun se lee en Malimbourg, *Histoire des Croisades* y la Conquista de Ultramar, en que se refiere su arribo al Asia.

No nos esforzaremos en investigar, si el arzobispo de Toledo D. Bernardo fué ó nó uno de los muchos españoles que acompañaron á la condesa doña Elvira en su espedicion á Palestina; pero sí es un hecho inconcuso, que este prelado con otros personajes españoles asistió al concilio de Claramonte, lo cual basta para probar la representacion que España tuvo en él.

En 1092 habia partido para Tierra Santa, Raimundo Berenguer, conde de Barcelona, acompañando á Guillermo IV, conde de Toledo.

Entre los muchos españoles que acompañaron á doña Elvira, se distinguieron en estas espediciones, y en las luchas con los infieles, los aragoneses: Guillen, conde de Cerdania; Guitardo, conde de Rosellon, y Guillen de Canel: la insigne dama Azolaida, en la espedicion de 1104, Guillermo Ramon, en la do 1110, Arnoldo Valgario en 1116, S. Olegario, obispo de Barcelona, en 1124, su sucesor Arnoldo en 1143, y antes, y en este intermedio, otros muchos que seria molesto enumerar.

El reino de Castilla, recuerda al conde D. Rodrigo Gonzalo Giron, el que construyó en Jerusalen el fuerte llamado Toron; Galicia, al conde D. Fernando, y en las piedras de Antioquía está escrito aun el nombre de Golfan de las Torres, de Juan de Mesa, de Pero Gonzalez Romero y otros mil y mil. No puede bastar una nota para ilustrar esta materia, pero sí para subsanar una omision con indicaciones que pueden verse mas esplanadas en la España sagrada y Reinas católicas de Florez; en Mariana; en Escalona, historia del monasterio de Sahagun; en Pisa, Historia de Toledo; en Zurita, Anales de Aragon; en Capmany, en Campillo, en Rebullosa, en Berganza, etc., etc.

La sesta cruzada fué conducida en 1248 por S. Luis á Egipto. Los cruzados tomaron á Damieta; pero despues fué recuperada por los musulmanes, quedando cautivo el rey, que despues fué rescatado por una gran suma.

Iluminado, habia llegado en esta ocasion al campo de los cruzados, donde tuvo revelacion de que no alcanzarian victoria, si daban la batalla á los infieles, procurando disuadirlos de que vinieran á las manos. Los cristianos desoyeron sus consejos, y saliendo de sus atrincheramientos, el 29 de agosto, para atacar al enemigo, fueron rechazados con pérdida de seis mil hombres. Mientras que los ejércitos estaban en presencia uno de otro, no era posible alejarse del campamento sin peligro, porque los musulmanes habian prometido un bezante de oro á todo el que les presentase la cabeza de un cristiano. Francisco no se intimidó por esto; con un solo compañero se dirigió á los infieles, y habiendo encontrado en el camino dos ovejas: «valor, hermano mio, le dijo el santo, valor y confianza en el que nos envia como ovejas en medio de los lobos.» Los musulmanes corrieron á ellos, les dieron de palos, y los llenaron de injurias. «Yo soy cristiano, les dijo Francisco con firmeza, llevadme á presencia de vuestro señor.» El sultan de Egipto, ante quien en efecto los condujeron, preguntó á los dos religiosos, quién era el que los enviaba. «Soy enviado, respondió el santo, no por los hombres, sino por Dios Altísimo, para mostraros á vos y á vuestro pueblo los caminos de la salvacion, anunciándoos las verdades del Evangelio.» El sultan se admiró á la vista de su firmeza, y animado por sentimientos mas humanitarios, invitó á Francisco á que permaneciera cerca de él: «Consiento con mucho gusto, replicó el hombre de Dios, con tal que vos y vuestro pueblo querais escuchar la palabra divina; mas si vacilais entre Jesucristo y Mahoma, haced encender una gran hoguera, y yo entraré en ella junto con los doctores de vuestra ley, á fin de que Dios, criador de los elementos, os manifieste cuál es la fé que debeis seguir.» El sultan manifestó no creer que hubiese doctor alguno de su ley, que aceptase el desafio y se espusiera á los tormentos en gracia de su religion; y asi fué en efecto, porque uno de los imanes mas antiguos habia desaparecido, solo al oir la proposicion del santo. «Pues bien, dijo Francisco, yo solo entraré en el fuego, si me prometeis haceros cristiano con vuestros súbditos, en el caso de salir ileso de las llamas.» El sultan replicó, que temia se levantase una sedicion, si empeñaba su palabra; ofreció muchos presentes al santo, que rehusándolos, se hizo mucho mas venerable á sus ojos, y le envió, custodiado por una escolta, al campo de los cristianos, diciéndole: «Rogad á Dios por mí, para que me haga conocer la religion verdadera, y me dé valor para abrazarla.» Desde entonces, se manifestó mas favorable á los cristianos, y no faltan autores que aseguren recibió el bautismo, poco tiempo antes de su muerte.

Bossuet, en su panegírico de S. Francisco de Asis, despues de enaltecer el generoso y triunfante entusiasmo del cristianismo, se espresa en estos términos: «Corre al martirio como un insensato, sin que detengan su ardor, ni los rios, ni las montañas, ni el vasto espacio de los mares; vá al Asia, al Africa, á todos los paises donde cree que es mayor el odio contra el nombre de Jesus, predica á estos pueblos la gloria del Evangelio y les descubre las imposturas de Mahoma, su falso profeta. Estas impugnaciones tan vehementes ¿cómo es que no escitan la ira de estos bárbaros contra el generoso Francisco? Al contrario; admiran su infatigable celo, su invencible firmeza, su prodigioso menosprecio de todas las cosas del mundo, y le rinden mil homenages de honor. Francisco, indignado de verse tan respetado por los enemigos de su Maestro, reproduce las invectivas contra su monstruosa religion: pero, ¡estraña y maravillosa insensibilidad! nada consigue sino mayores muestras de deferencia. Viendo este bravo atleta de Jesucristo, que no podia merecer el don de que le diesen la muerte, decia á su compañero: «Salgamos de aquí, hermano mio, huyamos, huyamos lejos de estos bárbaros, demasiado humanos para nosotros, puesto que no podemos obligarlos, ni á adorar á nuestro Maestro, ni á perseguir á los que, como nosotros, somos servidores suyos.»



¡Oh, Dios mio! ¿cuándo mereceremos el triunfo del martirio, si nos vemos honrados, aun entre los pueblos mas infieles? Ya que Dios no nos juzga dignos de la gracia del martirio, ni de participar de sus gloriosos oprobios, marchémonos, hermano mio, y vayamos á acabar nuestra vida en el martirio de la penitencia, ó busquemos algun otro sitio de la tierra, en que podamos beber hasta las heces la ignominia de la cruz.» San Francisco marchó á la Palestina y á la Siria. Los frailes de la observancia deben el que les hayan confiado la custodia de los Santos Lugares, á la piedad que movió á su santo patriarca, á ir á buscar al Oriente los trabajos del apostolado y la corona del martirio. De este modo alcanzó el privilegio concedido á su órden de orar y morir entre la cuna y el sepulcro de Jesucristo. Aun hoy mismo, estos buenos religiosos, cuyo hábito respetan los mismos infieles, y cuya hospitalidad bendicen numerosos peregrinos, tienen un techo y un altar en Jerusalen, en Belen, en Nazaret, en Jaffa; por todas partes en fin, donde la redencion ha dejado un recuerdo.

Luego que S. Francisco volvió á Italia supo con alegría el fin glorioso de sus cinco hermanos Berardo, Pedro, Othon, Ajut y Acursio, que encargados por el fundador de ir á predicar el Evangelio á los mahometanos de Occidente, habian empezado su mision por los moros de Sevilla. Un cristiano, en cuya casa pasaron ocho dias entregados al rezo y á las obras de mortificacion, pidiendo á Dios les diese valor para el martirio, quiso apartarlos de su proyecto, temiendo que su celo perjudicára al comercio y comunicacion que se conservaba entre cristianos é infieles. Los religiosos abandonaron su morada y se dirigieron sucesivamente á dos mezquitas, de donde fueron lanzados con violencia. Despues se presentaron á la audiencia del gefe de los moros, como embajadores, que le eran enviados de parte de Jesucristo, rey de reyes; y de seguro hubieran sido sacrificados en el acto, si el hijo del príncipe no hubiera mitigado el enojo de su padre, el cual se contentó con encerrarlos en una torre. Desde ella anunciaban á los hombres la palabra de Dios; pero fué interrumpido su apostolado metiéndolos en lo profundo de un calabozo. Pasados cinco dias, el gefe de los mahometanos los hizo comparecer á su presencia, prometiéndoles muchos favores, si renunciaban á su fé: «Plegue á Dios, respondieron, que vos quisierais haceros á vos mismo la gracia que nos ofreceis, abandonando vuestros errores, para conseguir la salvacion, por la luz del evangelio de Jesucristo. Vos podeis destruir nuestros cuerpos; pero enviareis nuestras almas al cielo, porque estamos seguros, que con la muerte conseguiremos la inmortalidad.» Viendo el príncipe su constancia les permitió embarcarse para Marruecos, en un buque que conducia á Berbería á muchos cristianos descontentos.

La Berbería es esa parte de Ard-el-Magreb ó tierra del poniente, que comprende lo largo del Mediterráneo, la zona cultivable llamada Tell ó Tierras Altas. Marruecos pertenece á Magreb-agssay ó poniente lejano, la Argelia á Magreb-aussath, ó poniente medio. Túnez y Trípoli ocupan el Alfyqyah de los árabes. Marruecos comprende una parte de la Mauritania Cesariense, y de la Mauritania Tingitana.

Habiendo pasado estos territorios, como todo el resto del Africa septentrional, del poder de los romanos al de los vándalos, y de estos al imperio griego y á los árabes, las diferentes dinastías de estos últimos se disputaron su dominacion hasta que Muley-Ali-Scherif, descendiente de Mahoma, colocó en el siglo XVI á su familia sobre el trono, que hasta el presente no ha dejado de ocupar. El reino de Fez, situado al norte del Marbeya; el de Marruecos, al sur de este rio; el de Sus; la provincia de Darah, y el reino de Tafilete, volvieron á estar comprendidos en los límites de este estado. La gran ciudad de Marruecos está situada en una llanura fértil, que es al mismo tiempo un plano elevado cerca de 250 toesas sobre el nivel del mar. (Pl. I, n.º 1.)

La capital está rodeada de acueductos, algunos de los cuales tienen de diez á doce piés

de profundidad, pero están arruinados casi todos. Estos conductos de agua, que se prolongan hasta el pié del Atlas, algunos, á distancia de veinte millas, son signos evidentes de un conocimiento muy avanzado en las artes y de una poblacion mucho mas numerosa, que la que existe desde el siglo XIII. En un rádio de veinte y ocho millas, y al sud-sudeste de Marruecos, se eleva el Miltsin, la cima mas alta del Atlas, cuya altura absoluta es de 1,782 toesas. Hácia el sud-este, y como á distancia de 18 millas, se ven ruinas inmensas llamadas por los indígenas Tassremont; despojos de fuertes y espesas murallas de piedra tallada, de baños, de bóvedas, etc., que han pertenecido probablemente á alguna ciudad romana ó cartaginesa, refiriendo la tradicion popular, sobre la destruccion de esta ciudad antigua, circunstancias análogas á las que intervinieron en la caida de Troya.

En Argelia se levanta la antigua Cirtha, hoy Constantina, patria de dos poderosos reyes de Numidia, Massinissa y Jugurta, la cual fué despues capital de la Mauritania Cesariense. El puente sobre el Rumel ó Sufegmar, construido por los romanos, las cuatro puertas, llenas de elegantes esculturas, el arco de triunfo, el bajo relieve que hay cerca del puente, muchas piedras sepulcrales, gran cantidad de ruinas de templos, de acueductos y de columnas, recuerdan las magníficas construcciones de esta ciudad, que fué en otro tiempo una de las mas importantes del Africa.

En la parte superior, el Ouad-el-kebir (1) sale de un subterráneo y forma una gran cascada. Este punto se eleva 600 piés sobre la llanura.

Aun se ven en la Argelia los restos de Hippona, ciudad episcopal de S. Agustin, cuyas ruinas eran en el siglo VIII, emblema fiel de las pérdidas sufridas por el cristianismo y de la civilizacion en esta tierra de Africa, que ilustraron en otro tiempo los trabajos de tantos santos doctores. Dos prelados que han hecho la peregrinacion á Hippona, hacen la siguiente descripcion de su caida y de sus ruinas.

« El imperio de Occidente mutilado por la pérdida de Roma, caia por todas partes hecho pedazos, dice M. Donnet: los godos reinaban en la mitad de Italia, los vándalos desolaban la España, los francos destruian las fronteras de la Galia, los hunnos se habian puesto en marcha para arruinar á un tiempo á los pueblos bárbaros y á los civilizados, y el Africa no podia libertarse de tantas calamidades. Los vándalos pasaron el mar en 428, y agitados por un espíritu de fanatismo, que servia de pretesto á sus rapiñas y á sus furores, espantaban á los pueblos tímidos, reducian á cenizas las iglesias y los monasterios, saqueaban toda la costa de Africa, cubierta de ciudades florecientes, y llegaron á las puertas de Hippona con Genserico á su cabeza.

« En medio de estas escenas de horror, S. Agustin, asentado en su ciudad episcopal, que nunca quiso abandonar, prodigaba ejemplos de resignacion y de valor; cuidaba de los heridos y de los combatientes, los animaba con su fé, y los sostenia por su caridad. Su nombre era una *muralla inespugnable* y se veian realizadas en su persona estas palabras del profeta de los dolores: *Yo te presentaré á este pueblo como un muro de bronce, un muro inespugnable; se levantarán contra tí y no prevalecerán.* Jeremias, XV, 20). Los bárbaros atacaron largo tiempo, sin éxito favorable, los muros defendidos por la presencia del santo pontifice; pero al tercer mes de asedio, consumido por inquietudes y dolores, murió á la edad de setenta y seis años, con el corazon destrozado por los males de sus hijos, y con los ojos clavados en la ciudad celeste, cuya historia maravillosa habia escrito.

« Hippona fué tomada y arruinada. La célebre iglesia de Africa, teatro de tantos combates y de tanta gloria, que se estendia desde

(1) Palabras árabes que significan Rio Grande.

En España hay un rio del mismo nombre desde que los árabes la dominaron, á muchas de cuyas ciudades, pueblos, términos, rios y lagos pusieron los nombres de los puntos que recordaban de su país. Por esta razon llamaron Hemesa á Sevilla, y aun conserva el nombre de Guadalquivir, el hermoso rio que baña sus murallas.

Cartago hasta el desierto, desapareció con sus trescientos obispos. San Agustin habia sido el último grande hombre de esta parte del mundo, y la barbárie empezó despues de él.

« Los vándalos que habian turbado sus últimos dias, amenazaron igualmente su tumba, y fué preciso ocultar los restos mortales del glorioso defensor de la fé. Los prelados, que sobrevivieron á S. Agustin, llevaron su cadáver á Cerdeña, no queriendo, al tomar el camino del destierro, dejar á merced del arrianismo perseguidor, los despojos del que por tan largo tiempo fué su guia, su padre y su modelo. San Fulgencio de Ruspe, uno de los mas venerables proscriptos, descendiente de una familia senatorial, fué el encargado de cumplir esta mision. La lectura de un sermon de S. Agustin le habia movido á renunciar al mundo, y era natural que procurase custodiar lo que quedaba de su ilustre maestro.

« La Cerdeña, que tan pronto tuvo la dicha de conmoverse al oir la palabra evangélica, y cuyos hijos habian confesado la fé bajo el hacha de los verdugos, merecia el honor de servir de asilo á los restos mortales de San Agustin. Dos siglos despues, los sarracenos, que acababan de dejar huellas sangrientas de su paso por el mediodia de Francia y de Italia, se hicieron dueños de la Cerdeña y se apoderaron del cuerpo de S. Agustin. Un piadoso rey lombardo, Luitprando, rescató estos sagrados restos, y en Pavía encontraron un abrigo digno de su gloria.

« Los huesos de S. Agustin, arrojados sucesivamente de su sepulcro por el arrianismo y por el islamismo, han participado tambien de los destinos del catolicismo en Oriente. »

M. Sibour describe en estos términos su visita á Hippona:

« Atravesamos el Abu-Djemma (Padre de la Iglesia) por un puente romano, el mismo que con tanta frecuencia pasaron S. Agustin y su amigo Alipio. Saliendo del puente, tomamos á la derecha un camino con diversos árboles, y nos encontramos en el límite de la antigua ciudad. La sombra de S. Agustin parecia levantarse llorando para acompañarnos al través de las ruinas y de la soledad de su querida Hippona.

« Las primeras ruinas que se presentan son las de la basílica de la Paz, situada en la llanura, entre el montecillo y el mar, y consisten en una gran parte de un gran arco y puerta con bastidor unido lateralmente á un reducto circunscrito en tres lados por un muro regular, coronado de una bóveda semicircular, y en otros grandes trozos destruidos de obra de albañilería.

« Debajo de la cima de una de las dos colinas, sobre las cuales estuvo en otro tiempo Hippona, se ven las vastas *cisternas* llamadas de *S. Agustin*. Son dos grandes paralelógramos abovedados, divididos transversalmente por muros espesos, en grande número de salas, que forman la mas considerable de las ruinas que visitamos. Hácia la mitad de la altura del muro que separa los dos paralelógramos, y en su mismo espesor, se conserva un paso ó especie de galería, y además varias aberturas circulares hechas en la bóveda, de trecho á trecho, y que parece servian para conducir el agua al interior de las cisternas. En un estremo de esta estrecha galería fueron escondidas, segun la tradicion, las reliquias de S. Agustin, despues de la invasion de los bárbaros. Los musulmanes, que de cierto en cierto tiempo blanquean con cal este sitio, no entran en él, sino despues de haberse purificado, con el sacrificio de un gallo, encendiendo cirios y quemando incienso los viernes en honor del marabut Rumi-el-Kebir (1), como llaman á S. Agustin. La providencia ha querido, que el que en su vida habia sido honrado por los paganos, lo fuese tambien despues de su muerte por los infieles.

« La hermosa colina y sus alrededores están cubiertos de olivos, en su mayor parte silvestres, de higueras, de azofaifos y algarrobos, viéndose tambien algunos áloes. Detrás de Hippona se estiende un ancho y ame-

(1) Palabras árabes que significan el Gran Sacerdote Cristiano.

nísimo valle rodeado de altas y frondosas montañas, regado por las aguas del Abu-Djemma, estendiéndose hasta la costa de Constantina.»

Las ruinas de Hippona, tan tristes en el siglo XIII, alcanzarán un dia de consuelo. Despues de la muerte de S. Luis, en Túnez (1) brotaron de su lecho fúnebre muchas semillas para la civilizacion de Africa, y las cenizas del gran obispo saltaron de gozo en el santuario de Pavía. La Francia, que nunca dice *basta*, cuando hay gloria que conquistar, plantará su bandera sobre la plaza africana, acabará la obra de S. Luis, haciendo mas de lo que hizo Cárlos V, preparará la tumba de S. Agustin en Hippona, y abrirá la única puerta por la que pueda volver á entrar la civilizacion en sus antiguos dominios. Obispos fugitivos y proscriptos han atravesado el mar con el depósito sagrado, á quien rehusaba una tumba la tierra natal. Obispos libres y dichosos por su mision, surcando el mismo mar, volverán á S. Agustin á su patria y la restituirán al culto de imitacion y de amor de su sucesor inmediato.

Túnez está situada en una altura que se eleva desde el fondo de una gran laguna llamada Boghaz. Hácia el nord-este de la península, formada por esta laguna y el Mediterráneo, construyeron los fenicios la soberbia Cartago, rival de Roma, y señora por mucho tiempo del comercio de estos mares. Una triple muralla de treinta codos de altura y flanqueada por muchas torres, ceñia en gran parte á la ciudad propiamente dicha, denominada Megara.

En el interior de las murallas habia dos grandes pisos abovedados, sirviendo el uno para alojar trescientos elefantes y cuatro mil caballos, y el otro, para depósito del pienso, provisiones, arneses, etc., teniendo además cuadras, que podian contener veinte mil hombres de infantería y cuatro mil de caballería. La ciudadela, llamada Birsa, estaba situada en la parte superior de una colina que aun existe. El puerto, construido artificialmente, al cual dieron el nombre de Coton, estaba dividido en dos partes, una para la marina mercante, y otra para la de guerra. El palacio del almirante estaba situado en el centro, y desde él, no solo se veian los buques que salian y entraban, sino que alcanzaban sus vistas á la alta mar. Esta ciudad, incendiada y demolida, cuando sucumbió á los esfuerzos de los romanos, fué reconstruida y llegó á ser capital de una de las provincias romanas del Africa.

San Cipriano tuvo en ella su cuna y su silla. Despues de haber sufrido mucho con la invasion de los vándalos, cayó á fines del siglo VII en poder de los árabes, que la dieron el golpe mortal. Antes de S. Luis, no existia mas que un pequeño castillo, una torre y algunas casas esparcidas entre las ruinas. No son hoy raros en el suelo de Cartago y sus alrededores, los restos de la antigüedad, como templos, teatros, inscripciones, etc. El monumento mas importante es un acueducto de setenta piés de elevacion, que partiendo de Zawan y de Zungar, á cincuenta millas de la ciudad, proveia de aguas á todos sus habitantes. Los restos de las cisternas públicas ofrecieron á M. Chateaubriand un golpe de vista imponente. Forman una série de bóvedas, que se enlazan unas con otras, corriendo por todas ellas, y en toda su estension, una especie de anden. Cada casa tenia su cisterna, y en los antiguos arrabales, se distingue, en el espacio de cerca de tres millas, una série de aljibes dispuestos para recibir el agua de las lluvias, precauciones contra la sed, que era natural multiplicar en un pais tan cálido y de tanta aridez. Esta observacion nos obliga á hablar de la temperatura de este pais, en que se goza de un clima delicioso. El invierno ofrece la imágen de la primavera; los campos están cubiertos de verdor y esmaltados con mil flores, desde el mes de enero, sosteniéndose ordinariamente el termómetro á diez ó doce grados, y no subiendo regularmente mas que á quince ó diez y seis. El viento del nor-

(1) San Luis murió de la peste durante la séptima cruzada que se verificó en 1270.

te, que se desencadena algunas veces con violencia, levanta tempestades en la costa, hace peligrosa la navegacion y siempre anuncia lluvias, que empiezan á caer en octubre y continúan, con alguna interrupcion, hasta fines de abril.

Cuanto mas abundantes son, tanto mayor es la esperanza de una cosecha abundante. Las nubes desaparecen á principios de mayo, y el cielo se conserva sereno hasta la vuelta del invierno. En los meses de junio, julio y agosto, la temperatura es, á la sombra, de veinte y cuatro á treinta grados. Estos calores abrasadores del estío serian insoportables, si no fueran mitigados por un viento fresco, que se levanta hácia las nueve de la mañana, viniendo de la mar, aumentándose mientras que el sol sube sobre el orizonte, y disminuyéndose en proporcion que el astro desciende, calmándose enteramente á la llegada de la noche.

Entonces reina en la naturaleza una calma absoluta. Los vapores acuosos, levantados y esparcidos por la atmósfera por el calor del dia, caen en rocíos abundantes y esparcen sobre la tierra árida y sedienta, una frescura deliciosa. Millares de estrellas resplandecen sobre un cielo azul, que lanzan fuegos mas vivos y mas brillantes que en los climas templados. Tal es el de que disfrutaba esa Cartago, de la que apenas descubre la vista mas que tristes despojos, sin que, á escepcion de las cisternas, se vea monumento alguno anterior á la dominacion romana.

En la region de Trípoli, la magnífica Cirene ha dejado sobre el llano de Bargach, numerosos vestigios de su eclipsado esplendor. La Necrópolis (1) atrae principalmente todas las miradas, y sus tumbas abiertas en la roca, y suntuosamente decoradas, atestiguan el respeto que los cireneos profesaban á sus muertos.

Despues de haber descrito esta region del Africa septentrional llamada Berbería, vamos á presentar á los intrépidos hijos de S. Francisco, procurando volver á encender en ella el fuego, por tanto tiempo estinguido, del cristianismo.

(1) Palabra compuesta de dos griegas, que significan: ciudad de los muertos.

Pedro, infante de Portugal, se habia retirado á Marruecos, á causa de algunas diferencias con su hermano el rey Alfonso II. El castellano Fernando de Castro le presentó á los cinco religiosos, que acababan de llegar de Sevilla, enterándole de lo que les habia sucedido con los moros de España.

El príncipe les aconsejó, que moderáran su celo, para que no sufrieran en Africa la misma suerte; pero desde el amanecer del dia siguiente, se pusieron á predicar á los musulmanes, donde quiera que los encontraban. Estando un dia Berard, que sabia el árabe mejor que sus compañeros, rodeado de un gran grupo, á quien queria atraer al cristianismo, pasó el Miramamolin, y su presencia, lejos de intimidar al misionero, contribuyó á que fueran sus exhortaciones mas animadas. El Miramamolin, que no comprendia un celo tan ardiente, creyó que Berard estaba loco, y mandó que los franciscanos fuesen conducidos á pais cristiano. El infante les dió guias que los condujeran á Ceuta, plaza situada en una peninsula, á la estremidad oriental del estrecho de Gibraltar, y que tiene un mal puerto. (Pl. I, n.º 2.) Los misioneros se separaron de sus conductores en el camino, y á su vuelta á Marruecos, continuaron sus predicaciones en la plaza pública. El Miramamolin mandó encerrarlos en un calabozo, con órden de que allí se les dejara morir de hambre; pero habiéndose multiplicado las enfermedades de una manera repentina, por efecto de los escesivos calores, los volvió á poner en libertad, haciéndolos marchar á un puerto. Los franciscanos volvieron á escaparse y á aparecer en Marruecos, confiando que las verdades del evangelio encontrarian espíritus mas dóciles. Temiendo los cristianos de esta ciudad, que el ardor de un celo tan generoso suscitase nuevas persecuciones, los obligaron á hospedarse en la morada del infante, y acompañaron al príncipe portugués en una espedicion contra las tribus rebeldes del interior del Africa. El ejército volvió victorioso; pero ade-

más de estar estenuado por una marcha de tres dias, á través del desierto, se sentia afligido por los tormentos de la sed; mas Dios manifestó su poder á los ojos de los infieles por medio de un humilde discípulo de S. Francisco. Los anales de la órden refieren, que Berard, como un nuevo Moisés, dió un golpe en la arena ardiente, haciendo salir de ella un manantial abundante. Los franciscanos, luego que volvieron á Marruecos, continuaron su predicacion, y el Miramamolin mandó que fuesen decapitados.

El que recibió esta órden, habia sido testigo de aquel milagro, y confiando poder mitigar el enojo del príncipe, se contentó con poner presos á los misioneros. El carcelero, cristiano renegado, no economizó ultrage de ningun género. Como la cautividad no disminuia ni su valor, ni su celo por la conversion de los moros, al fin fueron entregados á sus verdugos.

Se les azotó con tanta crueldad, que quedaron con las costillas descubiertas, se derramó sobre sus heridas aceite hirviendo y vinagre, y se les arrastró sobre pedazos de cacharros rotos. Durante su suplicio, no cesaron de cantar alabanzas á Dios, fortificados interiormente por el espíritu de los consuelos. El Miramamolin mandó traerlos á su presencia, y estando en ella, los solicitó un musulman para que abrazaran la religion de Mahoma. Othon, para indicar el horror que le causaba la apostasía, escupió sobre la tierra, por cuya demostracion recibió una gran bofetada; pero él presentó al momento la otra megilla, rogando á Dios perdonara á su enemigo. El Miramamolin preguntó á los misioneros, luego que los vió: «¿Sois vosotros esos impíos, que desprecian la verdadera fé, esos insensatos, que condenan al profeta de Dios?» «Nosotros, replicaron, no despreciamos la verdadera fé; dispuestos estamos á morir en su defensa; pero sostenemos, que la vuestra es falsa, y detestamos á Mahoma, su inventor.» El príncipe les ofreció oro, é hizo venir mugeres ricamente ataviadas, creyendo cederian á la seduccion, los que resistian á los tormentos: «seguid la ley de Mahoma, les dijo, y os daré esas mugeres por esposas con cuantas riquezas deseeis.» — «Guardaos vuestros bienes y vuestros falsos placeres, respondieron los confesores, nosotros no queremos mas que á Jesucristo; atormentadnos con los mas crueles suplicios, que ellos servirán para que veamos colmados nuestros deseos.» Furioso el Miramamolin por la ineficacia de los esfuerzos empleados para conmover su constancia, cogió su cimitarra, y con su propia mano, les partió la cabeza á 16 de enero de 1220. El infante de Portugal hizo recoger ó rescatar sus reliquias, que fueron conducidas á Coimbra (1), y depositadas en la iglesia de Santa Cruz. Sisto IV canonizó á estos santos religiosos en 1481, y sus nombres fueron inscritos en el martirologio romano.

Al año siguiente, se embarcaron siete religiosos de la misma órden en un puerto de Toscana para dirigirse á Marruecos, proponiéndose, como los cinco mártires anteriores, anunciar el nombre de Jesucristo á los musulmanes. Sus nombres eran: Daniel, Samuel, Angel, Donato, Leon, Nicolás y Hugolin; el primero, provincial de Calabria, á quien los demás miraban como padre. A su llegada á Ceuta, predicaron por espacio de tres dias en el arrabal de dicha ciudad, habitado por mercaderes cristianos de Pisa, Génova y Marsella. El sábado, 2 de octubre, se prepararon al martirio con la recepcion de los sacramentos, y se lavaron mútuamente los piés á ejemplo de Jesucristo, que antes de su pasion lavó los de sus discípulos. Al dia siguiente, domingo, entraron en la ciudad y se dirigieron á los infieles, llevando la cabeza cubierta de ceniza y el corazon abrasado con el fuego del espíritu divino. Desde el momento que se les oyó proclamar, que Jesucristo era el único Dios verdadero, y que no habia salvacion mas que en él,

(1) Este mismo infante, que aquí se cita, fué el que personalmente las condujo, y por su intercesion se libró de la activa persecucion del Miramamolin en su fuga de Marruecos, habiéndole valido además tan precioso tesoro el perdon de su hermano el rey de Portugal. Hay tambien de particular en este suceso, que la llegada de estas santas reliquias movió á S. Antonio de Padua, á la sazon agustino de Coimbra, á pasar á la religion franciscana para poder ir á predicar á los infieles.

fueron prendidos, golpeados y conducidos á la presencia del gefe mahometano. Al ver este príncipe su trage grosero y su cabeza rapada, los tuvo por locos, y mandó fuesen encerrados en una oscura prision, donde los atormentó de diferentes maneras. Desde el fondo de su calabozo tuvieron medios para dirigir al capellan de los genoveses, así como á un franciscano y á un dominico, la siguiente carta, espresion de su júbilo y de sus esperanzas. «Bendito sea el padre de nuestro señor Jesucristo, el padre de las misericordias y el Dios de toda consolacion, que nos sostiene en nuestro sufrimiento, y que preparó al patriarca Abrahan la víctima para el sacrificio, á Abrahan, que ha obtenido con justicia el título de amigo de Dios, porque salió de su tierra, y marchó en el mundo lleno de confianza en las órdenes del Señor; así pues, hágase loco el que es sabio, para llegar á ser sabio; porque la sabiduría de este mundo es locura delante de Dios, que nos ha dicho, «id «á predicar el Evangelio á todas las criaturas, «y enseñad, que el siervo no debe ser mas que «el Señor.»

«Si sois perseguidos, considerad que yo tambien lo fui.» «Nosotros, pequeños é indignos siervos, hemos dejado nuestro pais y hemos venido á predicar el evangelio á las naciones infieles, siendo para unos, olor de vida, y olor de muerte para otros. Delante del rey y de su pueblo, hemos predicado la fé de Jesucristo, y nos han cargado de cadenas. Sin embargo, consolados estamos en nuestro Señor, y confiamos en que recibirá nuestra vida como un sacrificio agradable.» Habiéndose apercibido el gefe mahometano de la dicha de que gozaban en su prision, los hizo comparecer, y tentó su fé con ofertas de riquezas, que ellos despreciaron. El príncipe, creyendo que aislándolos, lograria mas fácilmente reducirlos, los mandó separar, uniendo las promesas á las amenazas; pero los confesores, con una constancia igual, despreciaron los tormentos y rehusaron los vanos placeres de la tierra.

Un musulman, enagenado de cólera, descargó un golpe de cimitarra sobre la cabeza de Daniel, á quien otro mahometano queria hacer apostatar, para evitarle una suerte mas terrible. El generoso franciscano le respondió, invitándole á que él mismo se convirtiera, para que no fuera al infierno, donde ya estaba Mahoma y á donde el Alcoran le conducia. Los demás religiosos se echaron á los piés de Daniel, dando gracias á Dios de que su superior cogiera las primicias del martirio, de que todos esperaban participar. El confesor los abrazó y los bendijo diciendo: «gocémonos; el cielo nos está abierto, los ángeles vienen delante de nosotros, y este dia será el de nuestra victoria.» Viendo su firmeza el príncipe mahometano, pronunció contra ellos decreto de muerte. Con las manos atadas á la espalda, perseguidos por las injurias de los musulmanes, pero radiantes de alegría, marcharon al suplicio, celebrando las misericordias del Señor, que los llamaba á sí. El 10 de octubre de 1221, presentaron llenos de gozo sus cabezas á los verdugos, quienes, despues de haberlas cortado, destrozaron los cuerpos de estos mártires, de los que hace mencion el martirologio romano el 13 de dicho mes. Los mercaderes de Génova, Marsella y Pisa, recogieron sus restos mutilados.

Del mismo modo que S. Francisco, Sto. Domingo no cesó de pedir á Dios por el renacimiento espiritual de los pueblos, sentados en la sombra de la muerte. Habia hecho del ministerio de la palabra el fin principal de su instituto, y su mas vivo deseo hubiera sido ir á evangelizar á las naciones bárbaras. «El santo padre, dice Fontana, para dar á sus hijos el ejemplo de las buenas obras, pensó en conseguir la conversion de los moros y de otros gentiles, por la predicacion del evangelio. Por esta razon, habiendo confiado el cuidado de la órden al P. Mathieu, francés, que fué el primero y el último abad en este instituto, resolvió marchar á Africa, para unir á la predicacion de la verdadera fé, la palma del martirio. Pero Dios, que le habia destinado para que hiciera mayores servicios á la Iglesia, no permitió que el santo pusiera en ejecucion su proyecto.»

Habiendo mandado el papa Honorio, que enviase algunos religiosos entre los mahometanos de España y de Africa, escogió para este apostolado á hermanos recomendables por su doctrina y costumbres, y cuyas predicaciones y preces hicieron entrar en el seno de la Iglesia á una multitud de infieles. La presencia en Ceuta de un fraile dominico, uno de aquellos, á quienes los siete mártires franciscanos habian escrito la carta, de que antes hemos hecho mencion, prueba que los dominicos penetraron en Marruecos. Entre los discípulos que Sto. Domingo envió al norte y al este de Europa, se distinguen S. Jacinto, el taumaturgo de su siglo, Pablo de Hungría, y Sadoc. Honorio, lleno de ardor por la propagacion de la fé, quiso que los obispos designasen cuatro frailes dominicos, ó al menos dos, en las provincias en que estaban establecidos, de entre los que fuesen mas aptos para el ejercicio de las misiones, y los hicieron marchar á Roma. Este papa les encargó fuesen con los franciscanos á llevar la palabra de la salud á las naciones bárbaras. El padre Jordan, que fué elegido general de los dominicos, en el capítulo celebrado despues de la muerte de Sto. Domingo, siguiendo las intenciones del fundador, exhortó á sus hermanos para que se ocuparan de la conversion de los infieles, invitando á los que quisieran hacerlo, á que lo manifestáran, prosternándose en tierra. Todos, á escepcion de algunos impedidos por el peso de los años, se arrodillaron diciendo: « Padre mio, enviadme; » palabras que pronunciaron, derramando abundantes lágrimas, como muestra inequívoca de que el celo por la salvacion de las almas inflamaba sus corazones. Jordan, enagenado de alegría, viendo el entusiasmo con que sus hijos procuraban, con peligro de su vida, la conversion de los infieles, escogió los que eran mas á propósito para el ministerio apostólico, distribuyéndolos en el norte, el oriente, y principalmente en Tierra santa. Ya Sto. Domingo habia encargado á Xuron, de Milan, que se dirigiese con algunos compañeros suyos á evangelizar la Palestina y la Siria, formando en ella residencias, mision que habia desempeñado perfectamente, regenerando á muchos infieles con el agua del bautismo. Brochard, enviado por Jordan á la Palestina con muchos hermanos, estableció en Damasco el primer convento, fundando en seguida otros en Nazareth, Belen y otros lugares, en términos, que á los pocos años, los dominicos poseian ya diez y ocho casas en Tierra santa. En el norte de Europa, la órden de predicadores pagó los frutos de salud, que habia producido entre las naciones bárbaras, con la vida de mas de noventa hijos suyos, unos degollados, otros muertos á flechazos ó á lanzadas, y otros consumidos por el fuego.

Los dominicos y franciscanos, que se encontraban en Marruecos, recibieron del papa Honorio la dispensa de la observancia de aquellos estatutos de su órden, á los cuales no podian conformarse, sin inconveniente para la conversion de los infieles; por esta razon, se les permitió dejar el hábito regular, comer carne, leche, etc.; se les concedió además, para toda el Africa, la facultad de predicar, bautizar y confesar, absolviendo de todas las censuras reservadas á la silla apostólica; fulminar escomuniones contra las heregías que pudieran suscitarse, y en una palabra, hacer todo cuanto fuera necesario para propagar el evangelio entre los infieles, y para defenderle contra la perfidia de los apóstatas. Para asegurar mas entera libertad al ministerio de los dominicos, decidió el mismo papa, que los legados no pudieran conferirles, contra su voluntad, comisiones apostólicas. Jordan, en el capítulo general de 1226, manifestó los progresos que los frailes dominicos hacian entre los bárbaros, y la necesidad que habia de ausiliarles. Un gran número se manifestó dispuesto á aceptar el apostolado, y el vicario general eligió á los mas capaces, enviándolos al norte de Europa, hácia el Africa y la Palestina.

Marruecos, regado con la sangre de los cinco franciscanos, cuyas cabezas habia cor-

tado el mismo Miramamolin, no se mostró siempre tan hostil al cristianismo. El príncipe mahometano, que habia visto los estragos que el hambre y la peste habian hecho en sus estados durante cinco años, y que estas calamidades se habian mitigado por la intercesion de los mártires, cuyo ausilio se habia invocado para ello, permitió la predicacion de la fé en todos sus dominios, y el que se estableciese un obispo en Marruecos, con tal que fuese de la órden de S. Francisco. El establecimiento de esta silla episcopal, fué determinado por el papa, no solo en consideracion á las conquistas evangélicas entre los mahometanos, sino á la necesidad de proveer de una manera permanente al pasto y cuidado espiritual de los cristianos que existian en esta capital. Mármol Carvajal dice, en efecto, que habia en Marruecos dos grandes palacios en que moraban los cristianos muzárabes (1), de los cuales se servian los reyes para la guerra, permaneciendo con ellos sus mugeres y sus hijos. Jacob Almanzor, los llevó de España para custodia de su persona: su número era regularmente el de quinientos, que estaban muy bien pagados. Como se les permitia vivir en su religion, tenian en el mismo cuartel una iglesia, á la que iban á oir misa. Así permanecieron largo tiempo, hasta que D. Juan I, rey de Castilla, los hizo volver á España, haciéndoles cuantiosas donaciones y otorgándoles muchos privilegios. El hermano Agneau fué el primero que ascendió á la silla episcopal de Marruecos, en la que tuvo despues muchos sucesores. Contrasta admirablemente con estas

(1) Sin negar nosotros que hubiera en aquella época algunos cristianos naturalizados en Marruecos, á quienes se diera el nombre de muzárabes, creemos necesario advertir, que eran distintos de los descendientes de la raza goda, que habiendo conseguido de los árabes la libertad de su culto y la conservacion del rito de S. Isidoro, quedaron en Toledo despues de la conquista. Los árabes llamaban generalmente muzárabes, no solo á los cristianos, que entre ellos vivian, sino á todas las razas de orígen estrangero, que se naturalizaban en su pais. Por esta razon llamaron tambien muzárabes, y aun las llaman hoy, á las tribus de Beni-Kaleb, ó hijos de Kaleb, descendientes de Cais-Ailan de Aduan, el cual procedia en linea recta de Ismael, hijo de Abraham, á quienes los árabes dan el nombre de padre de los *muzárabes* á estrangeros naturalizados; como *mezclados con los árabes*, que es lo que propiamente significa aquella palabra introducida en la lengua árabe, despues de la conquista de Toledo.

El baron Henrion incurre en un error digno de rectificar, en obsequio al lustre de aquella raza, á que tenemos el honor de pertenecer; como lo es, el de suponer que los muzárabes volvieron á España en compañía de Jacob Almanzor.

Las nuevas que Jacob Almanzor recibió de las ventajas obtenidas en España sobre los muslimes, y la carta que le remitió el rey D. Alonso, de tal modo exasperaron su enojo, que le devolvió la misma al citado rey, escribiendo en el respaldo estas palabras, dictadas por su hijo Cid-Muhamad: « Dijo *Alá* omnipotente: revolveré contra ellos, y los haré polvo de podredumbre, con ejércitos que no han visto, y que no podrán evitar ni escapar de ellos, y los sumiré en la profundidad y los desharé. »

Para cumplir estas amenazas y entusiasmar el fanatismo mahometano, mandó sacar el pabellon rojo y la espada grande: y á su voz acudieron gentes de todas provincias, hombres, mujeres y niños. ¿Es creible que viendo los cristianos esta proclamacion de la *guerra santa* tomasen parte en ella para venir á combatir á sus hermanos, á su patria yá su misma religion? Prueba *evidente*, de que los llamados muzárabes, no eran cristianos naturalizados, ni mucho menos de la raza goda, que es á quienes propiamente se dá aquel nombre.

Por fortuna nos han trasmitido los historiadores árabes los detalles mas minuciosos de las tribus y razas, que vinieron de Africa en esta espedicion. Hé aqui lo que dice uno de ellos, describiendo su llegada á España:

« Cuando llegó el campo á Alc'zar Alger (Algeciras) fueron pasando las taifas unas en pos de otras: la primera que pasó el mar fué de las tribus árabes, luego las zenetas, masamudes, gomaras, los voluntarios de las kabilas de Almagreb y otras de algiazazes, despues la ballesteria; los almohades, guardias de servicio, pasaron y se acamparon en las playas de Algezira, Alhadrâ, y entonces pasó Amir Amuminin detras de ellos con numerosa compañia de xekes, almohades, visires y alfakies de Almagreb, y quiso Dios que pasase con mucha felicidad, y en muy breve tiempo acampó en Alhadrâ. »

El historiador árabe no hace mencion de los muzárabes, circunstancia que por haber sido cierta, no habria omitido, para dar mas importancia á las manifestaciones del entusiasmo producido por la proclamacion del Alhiged ó guerra santa.

No nos parece menos aventurado, lo que en seguida añade el baron Henrion, diciendo, que los muzárabes pertenecieron al servicio de los principes de Marruecos, hasta que D. Juan I de Castilla los hizo volver, concediéndoles grandes privilegios. Prescindamos del silencio, que sobre esta materia, guardan algunos historiadores, que nos son familiares, y prescindamos tambien, de si eran aquellos solamente cristianos naturalizados; pero sí debemos asegurar, que no eran muzárabes toledanos de la raza goda.

Si asi hubiera sido, constarian los privilegios que se dice les fueron concedidos. Nosotros hemos leido todos los otorgados á nuestra raza, desde D. Alfonso el VI hasta D. Juan I, y aun hasta Felipe V, último que los favoreció con sus concesiones, y no encontramos ninguno relativo á este hecho, pudiendo decir, que D. Juan el I no concedió á los muzárabes mas que un solo privilegio, y este no de cosa nueva, sino de confirmacion de los ya otorgados por sus antecesores. Su fecha es en Burgos á 30 de setiembre de 1379, está escrito en pergamino, y contiene el privilegio dado por D. Alfonso el VI en Toledo, á 20 de marzo, año 1101, el cual es el origen de todos los demás, y la confirmacion de D. Enrique II, dada en Toro á 15 de octubre de 1371.

disposiciones favorables de los mahometanos, el martirio que los hermanos Hugues, Leon y Domingo, sufrieron en Marruecos hácia el año 1232.

Poco tiempo antes, y en otro punto de Berbería, habia alcanzado tambien la corona del martirio el hermano Eleu; el cual pasó á Túnez con el hermano Gilles, y despues de haber predicado en otra ciudad, durante algunos años, fué perseguido por varios musulmanes. Viendo que acudian á él sumamente enfurecidos, se puso de rodillas, tomó su regla en la mano, pidió la absolucion á su compañero, y entregando el cuello á sus verdugos, recibió la palma en recompensa de su celo. Estas alternativas de tolerancia y de persecucion, no desalentaron á los franciscanos, y en tanto número acudieron al suelo de Africa, que llegaron á formar una provincia de su órden. Gregorio IX escribió en 1235 al gefe mahometano de Túnez, que tratase con consideracion al hermano Juan, provincial de Berbería.

La crueldad de los moros de España era igual á la de los mahometanos de Africa. Los franciscanos Juan y Pedro, que habiendo ido á Valencia á predicar el Evangelio, fueron conducidos ante el príncipe, y puestos en alternativa de renegar de Jesucristo, ó de morir, prefirieron perder la vida, antes que la fé. En el acto de conducirlos al suplicio, en 1231, manifestaron su gratitud al gefe de los musulmanes por la gracia que les hacia, y pidieron á Dios, se dignase concederle la conversion en recompensa. Dios oyó esta sublime súplica: el perseguidor se hizo cristiano, y Vicente (este era el nombre del convertido), despues de la conquista de Valencia por el rey de Aragon, quiso donar á los hermanos de aquellos, á quienes antes de ser cristiano, habia martirizado, el palacio que se le habia señalado para su residencia (1). El celo de Gregorio IX por la conversion de los infieles, y para la reunion de los cismáticos, le impulsó á enviar á muchos franciscanos á diferentes partes del mundo. Uno de estos mensajeros, puso en manos del sultan de Damasco una carta, en que el papa le exhortaba á recibir la fé de Jesucristo, cuya esposicion le hacia, invitándole á que acogiese bien á los franciscanos, quienes le esplicarian los medios de alcanzar la salvacion. «Si, lo que Dios no permita (añadia el pontífice), despreciais abrazar y conservar esta fé, que ha sido probada por testimonios tan auténticos, y por milagros tan evidentes, jamás podreis encontrar escusa alguna para vuestro pecado, ante los ojos de aquel soberano, que ha de venir con todo el esplendor de su poder y de su magestad á juzgar al mundo por el fuego. Por lo demás, nosotros no vamos en busca de vuestros bienes, sino de vos mismo, y todo nuestro deseo se reduce á procurar la salvacion de vuestra alma; tampoco pretendemos disminuir en nada, ni vuestro dominio, ni vuestra gloria; al contrario, deseamos que una y otro se acrecienten.

«Este aumento sucederá por la gracia de Jesucristo. Si ejecutais lo que os dirán estos nuncios de paz, llegareis á ser las primicias de los fieles en Jesucristo, por el conocimiento de su fé, del mismo modo que sois el gefe y el príncipe de vuestros súbditos por el vigor de vuestra inteligencia, en que tanto os distinguis de ellos. Otros soberanos han tenido la misma dicha; instrumentos han sido de salvacion para su pueblo, por medio de sus creencias, y en vez de disminuir por esto la gloria temporal de sus estados, la han cimentado, mereciendo recibir de Dios el reino de los cielos, que nunca se acaba.» El franciscano Jacobo de Russano, que volvia de Africa, refirió á Gregorio IX la abundante cosecha de estos territorios, pidió mas obreros evangélicos, y el papa le envió con muchos compañeros, para que pudiesen recorrer la tierra de los musulmanes,

(1) Consta que se lo dió realmente, y es el convento de franciscanos, llamado el Grande. Este rey se llamaba Azoto, y es muy tierna la narracion, que del martirio de esos santos, y de la conversion de Azoto, así como de la donacion del palacio, hace S. Antonino de Florencia. Dos ó tres años atrás se descubrió en Valencia, en el mismo convento, ex-palacio, el sepulcro de Azoto.



entregándole una carta dirigida al rey de Georgia, en que le recomendaba los misioneros. Otros frailes franciscanos llevaron cartas, semejantes á las que habian sido dirigidas al sultan de Damasco, para el califa de Bagdad y para el Miramamolin de Marruecos.

Una feliz rivalidad estimulaba á los hijos de S. Francisco y de Sto. Domingo, igualmente escogidos por Gregorio IX, para la regeneracion de tantos pueblos, en las tres partes del mundo entonces conocido. Los dominicos, habian establecido una mision en el reino de Nápoles, para separar de las supersticiones del islamismo á los musulmanes que permanecian aun en Nocera, inteligencias obcecadas, que no tardó en alumbrar la verdad católica, y los franciscanos habian sido llamados para realizar y desenvolver la conversion de los pueblos del norte.

No podemos menos de indicar en este lugar los admirables trabajos de S. Jacinto, sobrino de Ives de Konski, obispo de Cracovia. Despues de haber recibido en Roma el hábito, de mano de Sto. Domingo, con su hermano S. Ceslas, y reanimado la fé en Polonia, fué á combatir los restos obstinados de la idolatría en Prusia, en Pomerania, en Dinamarca, en Suecia, en Gothia, en Noruega, en la Rusia *Roja* y *Negra*, en el Archipiélago griego y entre los Comeranos. Su celo abrazó el Asia entera, recorrió despues la Gran Tartaria, penetró en el Tibet, y llegó hasta la China, de donde volvió á Polonia, señalando cada dia con una victoria sobre el paganismo, sobre la infidelidad musulmana, ó sobre el cisma ó la heregía.

La Tierra santa habia sido ya erigida en provincia dominicana, y Jordan habia manifestado en el capítulo general de 1235, la intencion de ir á aquellos paises, para ver los frutos abundantes de la solicitud de sus hermanos. En 1236, se embarcó efectivamente con muchos compañeros suyos, pero sorprendidos por una tempestad, cerca de Ptolemaida, ó S. Juan de Acre, perecieron todos á vista de los lugares que iban á visitar. Las aguas, despues de calmada la tempestad, arrojaron sus cadáveres á las playas. Felipe, prior de los dominicos en Tierra santa, logró atraer á la unidad al patriarca de los Jacobitas, que por desgracia no tardó en volver á apostatar. Tancredo, nombrado por Jordan vicario de los conventos de Tierra santa (y que despues llegó á ser provincial) obtuvo mejores resultados, atrayendo, por el fuego de su palabra, á una multitud de hereges, judíos y mahometanos.

Los dominicos de la mision de Africa, consiguieron que un nieto del gefe musulman de Túnez, abrazára la fé católica, pero al ser conducido á Roma para ser bautizado por el romano pontífice, fué hecho cautivo por los sicilianos. La amenaza de las censuras eclesiásticas le volvieron la libertad, y al fin pudo conseguir, que el padre comun de los fieles le administrara el bautismo y la confirmacion.

Otros dominicanos se dirigieron á Georgia, desolada por los tártaros, para hacerla entrar en el seno de la iglesia romana. Los bárbaros tenian sitiada á Kiew, capital de ambas Rusias. San Jacinto, que habia fundado en ella un convento, se halló en medio del incendio y de los arroyos de sangre producidos por el asalto, y con el copon en una mano y con una imágen de la santa Vírgen en la otra, atravesó las llamas. (Pl. III, n.º 1.) San Ceslas, su hermano, habia enviado veinte y siete dominicos á predicar la fé y á recibir la corona del martirio. Él mismo se consagró á evangelizar la Silesia, y con los habitantes de Breslau, se retiró á la ciudadela por causa de la invasion de los mongoles. Ya se preparaban estos bárbaros á escalar los muros, cuando el humilde hijo de Sto. Domingo, que acababa de celebrar los misterios divinos, renovó los prodigios de Elias y Eliseo. Apenas se presentó, cayó del cielo, en el campo de los infieles, un globo de fuego que esparció el terror y la confusion entre los tártaros, quienes viéndose al mismo tiempo atacados por los sitiados, renunciaron á su empresa. El hermano Pablo, dominico tambien, convirtió á un gran número de idólatras en Croacia, Esclavonia, Transilvania, Valaquia, Moldavia, Bosnia y Servia; llevando además la

antorcha de la fé á los habitantes de la Comania, mision que los dominicos desempeñaban en union con los franciscanos. El hermano Pablo y noventa religiosos de su órden, sufrieron el martirio en 1242, despues de haber invadido los tártaros el territorio, en que aquellos habian ejercido su celo con tanto fruto. Unos fueron quemados, otros decapitados y otros muertos á flechazos ó á lanzadas.

En tanto que franciscanos y dominicos se consagraban á estas obras de misericordia espiritual, dos nuevas órdenes, en las cuales se personificaba la caridad católica de la manera mas tierna, se dedicaban á las obras de misericordia corporal, en favor de los cristianos cautivos por los mahometanos. Gloria es de la Francia haber sido patria de sus fundadores.

San Juan de Mata y S. Félix de Valois fueron fundadores de la órden de la santísima Trinidad, cuyos individuos, dedicados al rescate de los cristianos cautivos entre los infieles, se proponian, con esta buena obra, no solo la libertad del cuerpo, sino la salvacion de las almas espuestas al peligro de la apostasía (1). Las costas de Berbería y de España, ocupadas por los moros, eran teatro del celo de los trinitarios, cuando S. Pedro Nolasco, francés tambien, como S. Juan de Mata y S. Félix de Valois, fundó, con el concurso de S. Raimundo de Peñafort, la órden de la Merced (2). «No está exento de misterio, dice la historia de esta militar órden, el hecho de haber nacido Nolasco el dia 1.° de agosto, consagrado á S. Pedro *Ad-Vincula*; ni el de que recibiera el nombre de Pedro en el bautismo, que le fué administrado en una parroquia dedicada á S. Pablo. Dios quiso señalar por todas estas circunstancias, que Nolasco estaria en algun dia cargado de cadenas por los turcos, como S. Pedro su patrono lo habia sido por Herodes, y que seria la piedra fundamental del edificio espiritual de una nueva órden, en la cual, á ejemplo de S. Pablo, llegaria á ser cautivo de Jesucristo por su mucha caridad. La divisa de este santo era: *Vincula me manent*. «Las ca-«denas de los cautivos me pertenecen, la escla-«vitud es mi herencia.» El rescate de 2120 cautivos le preparó al establecimiento de la órden de la Merced. «La Francia, añade la historia de este instituto, se enorgullecerá eternamente con haber sido cuna de S. Pedro Nolasco, y este se glorificará, sin menoscabo de su humildad, de haber empleado los primeros treinta y seis años de su vida en prodigar á los cautivos su ternura y su caridad.»

Como no bastaba rescatar á los esclavos, y como frecuentemente enfermaban los cristianos rescatados, á causa de las consecuencias de la esclavitud y de las penalidades del camino, los conventos de la Merced fueron tambien, desde 1238, hospitales para la curacion de estos y otros enfermos pobres. Dos religiosos, á quienes por su ocupacion, se dió el nombre de redentores, iban á los paises infieles á socorrer y rescatar á los cautivos cristianos. San Pedro Nolasco, despues de haber ejercido este cargo en las costas de España, partió para Argelia, donde tuvo mucho que sufrir y donde fué cargado de cadenas por la fé de Jesucristo. La violencia no pudo enfrenar su lengua, y tanto era su deseo de alcanzar el martirio, que á pesar de todas las prohibiciones, continuó todo el tiempo que duró su cautividad, combatiendo los errores de los infieles.

(1) La órden de la Trinidad fué fundada en 1198, y aprobada por Inocencio III en el mismo año. Contaba en España al tiempo de la esclaustracion, ochenta y cinco conventos. Fué reformada por el español Juan Bautista de la Concepcion, que cursó en la universidad de Toledo. Clemente VIII aprobó la reforma, y contaba en España en 1835, veinte y ocho conventos.

(2) La órden de la Merced, no fué fundada en los términos que dice el baron Henrion; lo fué en Barcelona, en 1218, por el rey D. Jaime I de Aragon, y si bien no puede negarse que en ello influyó el consejo de S. Pedro Nolasco y S. Raimundo de Peñafort, tampoco debe quitarse á D. Jaime la gloria de haberlo aceptado y realizado. Gregorio IX aprobó esta órden en 1218, y en 1835 contaba en España noventa y siete conventos.

Sobre la reforma de esta órden, hecha tambien por españoles en 1603, hé aquí lo que dice el P. M. Florez: «La reforma de mercenarios descalzos, tuvo su orígen en la córte de nuestros reyes católicos. Diéronla principio el dia 8 de mayo de 1603, cuatro religiosos de heróica y calificada virtud, con la direccion y asistencia del maestro general de la observancia, fray Alonso de Monroy, y auxiliados de la Excma. Sra. Doña Beatriz Ramirez de Mendoza, condesa de Castellar. Tiene esta reforma por patronos generales y fundadores de muchas casas á los Excmos. Sres. Duques de Medina-Sidonia.»

Siguieron las huellas del fundador muchos intrépidos religiosos, entre los cuales merecen especial mencion, el P. Serapion, inglés, y el español S. Ramon Nonato.

El primero, enviado como redentor á Argel, consiguió la libertad de muchos cautivos, quedándose él en rehenes; reanimó la fé vacilante de otros, y aun convirtió á muchos mahometanos, por lo cual fué apaleado y preso. Fué condenado despues á una muerte tan cruel, como ignominiosa, pues completamente desnudo, se le espuso á las iras del populacho. Se pusieron dos palos clavados en la tierra, á distancia conveniente, y se le suspendió de ellos, atándole una mano y un pié, formando una cruz, ó mejor dicho, una haspa, y por último, los verdugos multiplicaron sus dolores cortando á trozos su cuerpo. Serapion, durante tan horrible suplicio, no cesó de bendecir á Dios, y de exhortar á los cautivos á que sufrieran con resignacion. (Pl. III, n.º 2.)

San Ramon Nonato, enviado á Berbería, consiguió de los argelinos la libertad de gran número de esclavos. Luego que se le acabaron los fondos, se entregó á sí mismo, en rescate de aquellos cristianos, cuya situacion era mas penosa, y cuya fé estaba mas espuesta. El sacrificio generoso que hizo de su libertad, irritó á los musulmanes, y le trataron con tanta inhumanidad, que hubiera perecido entre sus manos, si el temor de perder la suma estipulada para su rescate, no hubiera movido al cadí á ordenar, que se le perdonase. Aprovechándose del permiso que se le concedió para salir, visitó y consoló á los cristianos, logrando tambien convertir á varios judíos y musulmanes. El gefe mahometano de Argel, luego que supo los resultados de su celo, mandó que fuese empalado; pero los interesados en percibir el precio del rescate, alcanzaron se le conmutase la pena, con el castigo de los palos. Ni aun este nuevo suplicio disminuyó su ardor, figurándose que nada habia hecho, en tanto que estuviesen sus hermanos en peligro de perecer por toda una eternidad. « Aun cuando se diera á los pobres tesoros inmensos, decia con S. Juan Crisóstomo, esta buena obra no llega ni con mucho, á la del que contribuye á la salvacion de un alma. Esta limosna es preferible á la distribucion de diez mil talentos, y vale mas que el mundo entero, por grande que parezca á nuestra vista, porque un hombre es mas precioso que todo el universo. » No solo volvió á exhortar á los cristianos, sino á instruir á los infieles. El gefe mahometano, irritado al ver su perseverancia, mandó fuese azotado en las esquinas de todas las calles de la ciudad. En medio de la plaza pública se le horadaron los labios con hierros encendidos, poniendo en los agujeros una cadena, que no se le quitaba, sino para darle de comer cada tercer dia; por último, se le cargó de hierro y fué metido en un oscuro calabozo. Allí permaneció por espacio de ocho meses, al cabo de los cuales, fué rescatado por los padres de la Merced, con el dinero remitido por S. Pedro Nolasco. Puesto en libertad, solicitó se le permitiera vivir entre los esclavos, que tenian gran necesidad de sus ausilios; pero se vió obligado á marchar, obedeciendo las órdenes de su general. A su llegada á España, fué nombrado cardenal, sin que esta dignidad modificase sus sentimientos, ni método de vida, cubriendo su púrpura con el velo de la humildad. Al dirigirse á Roma, á donde el papa le llamaba, murió en Cardona, provincia de Barcelona, el 31 de agosto de 1240, á la edad de treinta y siete años, dejando un ejemplo admirable de caridad cristiana.

En 1242, se dirigieron á Argel los hermanos Raimundo de S. Victor y Guillermo de S. Leonardo, francés, los cuales, despues de haberse librado de un naufragio, cayeron en manos de los mahometanos, que se apoderaron del dinero que llevaban para la redencion de los cautivos. Otros musulmanes los detuvieron en Andalucía, cuyo gefe, irritado por el desprecio que los generosos confesores hacian del Alcoran, mandó cortar sus cabezas en la prision. La muerte de estos dos religiosos aumentó los deseos, que S. Pedro Nolasco te-

nia, de morir en manos del verdugo, ejerciendo el cargo de redentor; pero Dios se contentó con la vehemencia de ese deseo, sin permitir llegára á verse realizado en los muchos viages emprendidos por el fundador.

Un franciscano alcanzó tambien la corona del martirio. Pedro de S. Denis, que se ocupaba en Túnez en el rescate de los cautivos, y en consolar la miseria de los demás esclavos, se puso á predicar públicamente las verdades de la fé, tan opuestas á los groseros errores del islamismo; pero acusado de impiedad, fué entregado al furor de los soldados, y despues de mil ultrages, le cortaron la cabeza en 1247 y arrojaron su cuerpo á las llamas. La historia de la órden de la Merced hace notar sobre esto, las tres siguientes circunstancias: 1.ª, que los mercaderes cristianos ofrecieron dinero para el rescate de su vida; 2.ª, que el confesor de Jesucristo prometió en este acto, que en el caso de que no le diesen muerte, pasaria el resto de sus dias en Túnez, para servir y consolar á los cautivos; 3.ª, que el santo religioso no dejó de pronunciar el nombre de Jesus, hasta que exhaló el último suspiro, á pesar de los palos que sus enemigos le daban en la boca, para privarle de este consuelo.

Al año siguiente escribió Inocencio IV al Miramamolin y á los gefes mahometanos de Túnez, de Bugía, etc., invitándolos á que no se opusieran á la mision del segundo obispo de Marruecos. Despues de la muerte del hermano Agneau, eligió el romano pontífice á su hermano Lope Fernando Dain, aragonés, revestido por Inocencio IV con la dignidad episcopal de Marruecos, que aceptó por obediencia; y en vez de dirigirse á Levante, para donde anteriormente se le habia destinado, tomó el camino de Africa con muchos hermanos suyos. Allí ejerció su cargo con gran celo y algun fruto; pero viendo al cabo de algunos años, que los musulmanes se obstinaban en su error, rogó al romano pontífice aceptára su dimision. Los dominicos, como los franciscanos, recibieron testimonios de la proteccion de Inocencio IV, que concedió á los frailes de Tierra santa, encargados de evangelizar á los jacobitas, nestorianos, gregorianos, armenios, griegos, maronitas y otras naciones semejantes, el privilegio de comunicar con los escomulgados, y el de absolverlos de las censuras, caso de que volvieran á la iglesia romana. De la enumeracion que acabamos de hacer, es fácil deducir que se habia estendido por el oriente gran número de dominicos, ocupados en la conversion de cismáticos y hereges, además de la de los idólatras é infieles.

CAPÍTULO II.

Misiones y embajadas de dominicos y franciscanos entre los tártaros.

Las irrupciones de los tártaros, de que hemos hablado en el capítulo anterior; nos mueven á tratar de las misiones establecidas por la solicitud de los romanos pontífices en favor de estos pueblos. Para considerar á la Tartaria en su mayor dimension, es preciso tirar una línea desde la embocadura del Oby hasta la del Dnieper, siguiéndola por el lado del este, á través del Ponto Euxino, comprendiendo la península de Crimea, prolongarla, siguiendo el pié del Cáucaso, por las riberas de Kur y de Arras, hasta el mar Caspio. Partiendo despues de la ribera opuesta de este mar, se sigue el curso del Djhyun y la cadena opuesta del Cáucaso hasta el Imans; se continúa la línea mas allá de la gran muralla de la China y del pais de Yetso, pasando las fronteras de Persia, de la India, de la China y de Corea, pero comprendiendo una parte de la Rusia y todos los paises situados entre el mar glacial y el mar del Japon. De Guignes nos presenta un cuadro magnífico de esta vasta region. La describe como un edificio imponente, cuyos pilares son una miltitud de filas de colinas magestuosas, que tienen por cúpula una montaña colosal, que los chinos llaman *celeste*, y cuyos lados están bañados por grandes rios. Si el edificio es de una magestad tan asombrosa, el pais que le rodea tiene una estension proporcionada, sien-

do aun mucho mas admirables sus variadas riquezas. Tiene paises incrustados en hielo, y otros abrasados por un cielo de fuego y cubiertos con lava. Aquí encontrareis espacios inmensos, ocupados por desiertos arenales é impenetrables bosques; allí jardines, alamedas y prados perfumados, que regados por arroyos sin número, esmaltan además variadas flores y sazonados frutos. Del este al oeste, se encuentran muchas grandes provincias, que son planos de las mas altas montañas del mundo, ó al menos del Asia, y que se les tendria por valles, comparándoles con las elevaciones que los dominan. En algunos puntos de esta region estraordinaria se disfruta de un clima tan delicioso como el de Grecia, Italia y la Provenza; otros tienen la misma temperatura que la Inglaterra, la Alemania ó el norte de la Francia; pero las regiones hiperbóreas no son recomendables por su belleza, al menos en el estado actual de la temperatura del globo. Hácia el sur, sobre las fronteras del Iran, están los hermosos valles de Soghd y las famosas ciudades de Samarcanda y de Bokhara: en las del Tibet, los territorios de Kachghar, Khoten, Chegnyl y Khata, célebres por sus perfumes y belleza de sus habitantes: en las de la China, el pais de Tchyn, que fué en otro tiempo un reino poderoso, cuyo nombre como el de Khata ó Kathai, ha sido dado en los tiempos modernos á todo el imperio chino.

No debemos pasar en silencio el hermoso territorio de Tangut, conocido por los griegos con el nombre de *Serica*, y que consideraban, como la estremidad mas apartada del mundo habitable por la parte del oriente.

La palabra *Scythia* parece ser la denominacion general dada por los antiguos europeos á toda la porcion de este estenso pais, que les era conocido; pero los nombres *Scythia* y *Tartaria* no son los que los habitantes usan para designar esta region, ni tampoco los de *India*, *China*, *Persia* y *Japon*, son denominaciones usadas en lengua del pais. La Tartaria, que segun Plinio, comprendia una multitud de naciones, que subyugaron en diferentes épocas el resto del Asia y de Europa, es llamada, segun las diversas figuras que han ocurrido á la imaginacion de los historiadores, *la gran colmena de los enjambres del norte*, *el semillero de legiones irresistibles*, y como metáfora mas atrevida, *fábrica del género humano*.

Fácil es suponer, que las infinitas agregaciones de tártaros, establecidos, ya en grandes poblaciones, ya en llanuras, ya en habitaciones movibles que trasportaban en busca de pastos, debian diferenciarse por sus facciones, tanto como por sus dialectos; se distinguen sin embargo, los tártaros, que no han emigrado, ni se han confundido con otra nacion por cierto aire de familia y principalmente en los ojos, en el aire del cuerpo, y en esta forma de delineamientos que llamamos fisonomía tártara. En general, estos pueblos carecian de literatura; y en esta parte están contestes todas las autoridades; los turcos no tenian caractéres, y los hunnos, segun Procopio, ni aun habian oido hablar de ellos. El magnífico Gengis-Khan, cuyo imperio comprendia una estension de noventa grados cuadrados, no encontró entre sus mongoles un solo hombre que pudiera leer sus despachos; ni aun Tamerlan, salvage dotado de una gran fuerza de inteligencia, sabia escribir, ni leer. No debe estrañarnos que los idiomas de los tártaros, del mismo modo que los de América, hayan estado en una fluctuacion contínua, ni que las numerosas tribus, establecidas entre Moscou y la China, hablen cincuenta dialectos diferentes. Cierto es, que se ha celebrado mucho en Tartaria el código llamado Yacag, que se cree haber sido promulgado de nuevo por Gengis-Khan, del mismo modo que sus instituciones fueron despues adoptadas por Tamerlan; pero estas leyes fueron mas bien que otra cosa, una especie de derecho comun y tradicional, y es probable que no han sido escritas, sino luego que Gengis-Khan conquistó á alguna nacion que supiera escribir. Caso de haber sido cultivadas las ciencias en las regiones del norte de la India, debieron serlo en el Oighur el Kachghar, el Kathar, el Tehyn, el Tangut y otros paises de la Tartaria china, si-

tuados entre los 35 y 45 grados de latitud septentrional, que fueron deudores de sus luces á la proximidad de la India y de la China. Podemos creer á los que nos lo aseguran, que las tribus de tártaros errantes, eran muy hábiles en aplicar las plantas y los minerales para los usos de la medicina, y que se tenian por muy sabios en la mágia. Hé aquí ahora cual parece haber sido el carácter general de esta nacion. Los tártaros eran cazadores ó pescadores de profesion, y moraban por consiguiente en los bosques, ó á las orillas de los grandes rios, en tiendas groseras ó en carros que sus caballerías conducian de un lugar á otro; eran arqueros diestros, escelentes ginetes, intrépidos combatientes que fingian huir en desórden, para renovar el combate con ventaja; bebian leche de yegua, comian su carne y gustaban mucho de licores espirituosos.

Abul-Ghazy refiere, que la adoracion pura de un solo Dios dominó en Tartaria durante las primeras generaciones de Jafet, y que cesó antes del nacimiento de Oghuz, por quien fué restablecida en sus estados; que algunos siglos despues los mongoles y los turcos cayeron en la mas grosera idolatria, pero que Gengis-Khan era theista, y que en una conversacion con doctores mahometanos, convino en que no se podian refutar sus argumentos en favor de la existencia y de los atributos de la divinidad, negando al mismo tiempo la verdad de la mision de su profeta. Antiguos autores griegos nos enseñan, que los massagetas adoraban al sol, y la relacion de la embajada que Justino envió al khagan ó emperador, que residia entonces en un hermoso valle, cerca del nacimiento del Irtich, hace mencion de una ceremonia, con la cual fueron purificados los embajadores, haciéndolos pasar entre dos fuegos. Se representa á los tártaros de aquel siglo, rindiendo adoraciones á los cuatro elementos y creyendo en un espiritu invisible al que sacrificaban toros y carneros. En las solemnidades de muchas tribus tártaras, se derramaba sobre las estátuas de los dioses algunas gotas de un licor consagrado, y en seguida uno de los servidores arrojaba por tres veces un poco de lo que quedaba, hácia el sur, en honor del sol; hácia el oeste, en honor del aire y del agua, y hácia el norte, en honor de la tierra, que encerraba los restos de sus antepasados.

Es preciso recordar que los antiguos no conocian nada del norte de Asia, y que ni aun sospechaban la existencia de los vastos territorios que terminan al este. Las nociones, que sobre el oriente, trasmitieron á los pueblos modernos de Europa, se borraron en cierto modo, ó fueron de inútil aplicacion, por la decadencia rápida del imperio de los califas. Habian desaparecido ciudades antiguas; se habian fundado y engrandecido otras; se habian difundido nuevas lenguas; se habian acreditado nuevas dominaciones, mientras que los pueblos de Europa, hechos presa de la invasion de los bárbaros, divididos por sangrientas luchas, y sumergidos en las tinieblas de la ignorancia, se habian hecho cada vez mas estraños los unos á los otros, y aun al resto del mundo. Dos grandes acontecimientos, las cruzadas y las conquistas de Gengis-Khan, contribuyeron á principios del siglo XIII á destruir este aislamiento. Las cruzadas obligaron á las diversas naciones europeas, á reunirse bajo unas mismas tiendas, á formar parte de la misma confederacion, y á considerarse en cierto modo, como individuos de una misma familia; les fué en fin preciso aprender á conocer esas comarcas orientales, que invadian con sus ejércitos. Las hordas de Gengis-Khan, inundaron repentinamente el Asia y Europa, y el terror que produjo su irrupcion, desde la Corea y el Japon, hasta Polonia y Silesia, se propagó por Alemania, por Italia y aun por la misma Francia. Por la primera vez en Europa, se llegó á formar conjeturas sobre la vasta estension de las llanuras del norte de Asia, que la antigüedad designaba con el nombre de Scythia. Los grandes y ricos territorios que terminaban, al oriente, esta parte del mundo, salieron en cierto modo, para los pueblos de occidente, del seno del Océano, en que los sistemas de los geógrafos antiguos los habian sumergido. En me-

dio de este súbito acrecentamiento del poder mongol, objeto de un terror tan universal, buscó la santa sede, en union con muchos príncipes cristianos, los medios de estender la religion católica hasta las estremidades del Asia, y de procurarse un socorro eficaz contra los musulmanes, que estaban á punto de arrebatar á los cruzados las conquistas, que habian costado tanta sangre y tantos tesoros. Algunos misioneros piadosos, encargados de inspirar á los feroces conquistadores de Asia los intereses del cristianismo, se dirigieron á los príncipes mongoles, que fluctuaban entre el islamismo y sus antiguas creencias.

El sobrenombre de Preste-Juan habia sido atribuido á muchos grandes khanes de los mongoles Kerastes (1) porque eran cristianos nestorianos y sacerdotes. Sabido es que Nestorio enseñó, que habia en Jesucristo dos personas, Dios y el hombre; de donde se seguia, que entre la divinidad y la humanidad de Jesucristo no habia una union sustancial, sino solamente una union de afecciones, de voluntades y de operaciones. La profesion de fé nestoriana de estos gefes mongoles Kerastes, data desde fines del siglo VIII y principios del IX, en que Timoteo, patriarca de los nestorianos, que residia en el monasterio de *Bet-Aba* en Asiria, envió á muchos de sus religiosos á predicar entre los tártaros, próximos al mar Caspio, logrando hacerse escuchar y establecer iglesias hasta en Kathai. El sobrenombre de Preste-Juan se aplicó á Ung-Khan, desde el tiempo de Alejandro III.

Felipe, médico del papa, que acababa de recorrer la Tartaria, manifestó á este pontífice, que el príncipe nestoriano estaba inclinado á abrazar la fé de la santa sede, y con este motivo escribió Alejandro á Ung-Khan (1177) confirmándole en su resolucion, y exhortándole, enviára diputados á Roma, donde veria la verdad en su mismo orígen. El poder de Ung-Khan se eclipsó en 1203, ante el del terrible Gengis-Khan; pero el contacto de los nestorianos, que hicieron conocer á sus vencedores el cristianismo, aunque de una manera imperfecta, debió fortificar la rivalidad que existia entre tártaros y mamelucos, por la diferencia de su religion y costumbres. La oposicion á las naciones musulmanas, que era comun á mongoles y cristianos, movió á unos y á otros á combinar sus esfuerzos, y despues de la division del gigantesco imperio fundado por Gengis-Khan (muerto en 1226), (1) sus sucesores, sometidos á las ordinarias vicisitudes de la política y de la guerra, concluyeron por apreciar todas las ventajas de la alianza con los francos.

Batchu, nieto de Gengis-Khan, llevó la desolacion á Rusia, Polonia, Hungria y Bulgaria. Inocencio IV, desde el mes de marzo de 1245, antes de la apertura del primer concilio general de Leon, que no tuvo lugar hasta el mes de julio, se determinó á enviar misioneros en-

(1) No seria muy aventurado encontrar la etimologia de este nombre, en la palabra árabe Kharedjitas, que significa rebelde, con que designan los musulmanes á todos los que se sublevan contra su legítimo príncipe.

La analogia de ambas voces, y su aplicacion á los individuos, que separándose de la unidad católica, se rebelaron contra la cabeza de la Iglesia, son hechos que autorizan nuestras conjeturas.

(1) Sobre el orígen de esta palabra hé aqui los datos curiosos que leemos en Anquetil.

Despues de otras victorias, renovó Ternugin la misma inauguracion á la cabeza de su ejército, con ceremonias de menos pompa, pero mas enérgicas en su sencillez. Se sentó en una silla, sin adorno alguno, colocada en una eminencia formada de césped, y desde allí, arengó á la junta con una elocuencia, quo le era natural. Concluido su discurso, se sentó en el suelo sobre un paño negro, y el orador que tenia el encargo de hablar, hizo este breve discurso: « Por grande que sea, oh, príncipe, vuestro poder, le teneis del cielo. Dios echará su bendicion á vuestros designios, si gobernais á los vasallos con justicia. Lo contrario sucederá, si abusais de vuestro poder: os vereis negro como el paño en que estais sentado, es decir, miserable y reprobado. » Recibido este buen consejo, le levantaron con respeto siete kanes, le colocaron en el trono, y le declararon cabeza de todo el imperio del Mogol. Se halló á propósito uno de sus parientes, llamado Kokja, que por su rigorosa práctica en las obligaciones de su religion, pasaba por hombre inspirado. Este se llegó al príncipe, y le dijo: « Vengo de parte de Dios á deciros, que desde hoy os llamais Ghengnis-Kan, y mandeis que en adelante os den vuestros vasallos este nombre. » Debe advertirse que esta palabra significa el mayor de los Kanes. Se le ratificó esta denominacion con las mas grandes espresiones de alegría; y como los mongoles creyeron la falsa revelacion, empezaron á mirar el resto del mundo como una propiedad perteneciente al gran Kan, por derecho divino; en este concepto, no respiraban ya mas que guerra; y aun la resistencia de los príncipes, que emprendian la defensa de sus estados, les parecian delito contra el cielo.

tre los tártaros, para tratar de dulcificar la ferocidad de estos pueblos, escogiendo para esta mision á varios dominicos y franciscanos.

Cuando el prior de los dominicos de Paris anunció el establecimiento de misiones para Tartaria, todos se prestaron á inscribirse, llenando la sala capitular de sollozos, y pidiendo unos con lágrimas ser destinados á aquellas, y afligidos otros, con la idea de las inmensas fatigas, y de la muerte cierta, que iban á arrostrar sus queridos hermanos. Unos lloraban de gozo, porque se les habia concedido el permiso de marchar, y otros de dolor, porque no habian podido obtenerle. Estos detalles, transmitidos por los historiadores de la órden, prueban cuán grande era la caridad de los hijos de Sto. Domingo en favor del prógimo; cuán grande el deseo por la salvacion de las almas, y cuán grande el ardor de que estaban animados por la estension de la fé católica.

Los dominicos escogidos por Inocencio IV, fueron: Nicolás Ascelin, gefe de la legacion, Simon de S. Quintin, Alejandro, y Alberto; á los cuales se reunieron despues, en el camino, Ricardo de Crémona y Andrés de Lonjameau. Esta embajada siguió el sur del mar Caspio, atravesó la Siria y la Persia, y llegó en el mes de agosto de 1247, dia de la traslacion de Sto. Domingo, al ejército de Nuian Batchu, uno de los primeros gefes mongoles, que estaba acampado con sus nómadas en el Chowarezem.

Batchu envió á su principal consejero y á sus intérpretes, para que preguntáran á los religiosos quiénes eran. Los dominicos respondieron que se presentaban en calidad de embajadores del papa, el mas elevado en dignidad entre los cristianos, y á quien todos honraban como á su padre. Sorprendidos los tártaros, al oir esta respuesta, preguntaron á los misioneros, si no sabian que el khagan *era hijo del cielo*, título chino, que significa emperador, y que nuestros historiadores han traducido por *hijo de Dios*. Los bárbaros se admiraron, cuando Ascelin replicó que el papa no sabia lo que era el khagan, y se aumentó su asombro, al ver que, contra el uso constante de los embajadores en Asia, estos no traian ningun presente, y que los religiosos rehusaban prosternarse delante de Batchu, especie de homenage, que este gefe, como lugar-teniente del *hijo del cielo*, exigia en testimonio de la sumision del papa. Cuando los dominicos, despues de haber deliberado entre sí, ofrecieron rendir á Batchu los honores que reclamaba, con la condicion de que se hiciera cristiano, montaron en cólera sus enviados y llenaron de injurias á los religiosos. Batchu, á quien se dió noticia de lo ocurrido, quiso condenar á muerte á los embajadores, con desprecio del derecho de gentes, aconsejándole algunos oficiales suyos desollára al gefe de la embajada, llenara su piel con paja, y se la entregára á sus compañeros, para que se la llevaran al papa. La mas antigua de las seis mugeres de Batchu, y los oficiales encargados de los negocios de los embajadores, se opusieron á este acto de barbarie, haciendo ver á su gefe, que de esta manera se dificultaba para lo sucesivo la introduccion de embajadores, y por consiguiente el interés de recibir presentes; que se podia tomar en represalia á sus propios enviados, y en fin, que el khagan habia ya manifestado su disgusto, cuando, en una ocasion semejante, se arrancó el corazon á un embajador. Batchu consintió en dejar vivir á los misioneros, pero quiso que fuesen á la *orda* (habitacion) imperial, llamada por los mongoles *syra orda*, á fin de que pudiesen ver la magnificencia y gloria del khagan. Ascelin declaró, que su mision se reducia á unirse al primer ejército de los tártaros, y sin duda fué esta manifestacion de firmeza, causa de que no se les diese por todo alimento, mas que un poco de pan y agua, y alguna vez algo de leche. Despues de muchas dilaciones, fueron traducidas en persa las cartas del papa, por intérpretes turcos y griegos; luego se vertieron del persa al tártaro por los de Batchu, y se trató de despedir la embajada, y de enviar al romano pontífice nuevas órdenes del kha-

gan, que los tártaros llaman *ca tas del cielo*. Ascelin nos las dá á conocer, en la relacion de su viage, traducida por Bergeron, el cual califica sencillamente de *barones tártaros* á los oficiales de Batchu. Dos enviados tártaros llevaron la respuesta á Inocencio IV, en el estío de 1248, época de la vuelta de Ascelin. Esta respuesta fué traducida tres veces, de lenguajes desconocidos, á otros mas conocidos, en proporcion que los enviados se aproximaban á las comarcas occidentales. Hé aquí el tenor de esta respuesta: « La palabra de Batchu es transmitida por la divina disposicion del gran khan. Vos papa, sabed, que vinieron á nosotros vuestros mensajeros y nos trajeron vuestras cartas. Nos han dicho palabras maravillosas, y no sabemos, si vos les habeis encargado que nos hablen así, ó si lo han hecho ellos por su voluntad. Vuestras cartas contenian entre otras palabras, las siguientes: « Ma- « tais y perdeis á muchos hombres; » pero el mandato de Dios firme y estable, y que se estiende sobre toda la faz de la tierra, nos lo previene así: Todo el que oiga esta órden, que permanezca en su propia tierra, y ponga su fuerza y su poder en manos del que contiene todo el universo; el que no la oiga, que sea para siempre perdido y esterminado.

« Os remitimos este mandato y ordenanza, y si quereis permanecer tranquilo en vuestra tierra, vos papa, venid personalmente á nos, á encontrar al que contiene toda la faz del universo; si no escuchais el mandato firme y estable de Dios, no sabemos lo que sucederá: Dios solo lo sabe. Antes de disponeros á venir, es necesario, que nos envieis embajadores, para que nos digan si lo hareis ó no, y si deseais estar en armonía con nos, ó ser contrario nuestro. No dejeis de darnos respuesta pronta á este mandato, que os remitimos por manos de Aibeg y Sargo, fecha el dia 20 de la luna del mes de julio en las cercanías del castillo de Sitiens. » Aunque los embajadores llegados con Ascelin, ó poco tiempo despues, viniesen á intimar al papa las órdenes de sumision al khagan, Inocencio IV, valiéndose de una política prudente, los recibió con señales de la mas alta distincion, les dió trages de púrpura, bordados de oro, les habló diferentes veces, por medio de intérpretes; testimonios todos muy á propósito, para disponer á los mongoles á recibir bien á otros misioneros.

Hemos dicho, que además de los dominicos, encargó el romano pontífice á algunos franciscanos para que fueran á exhortar á los tártaros á que cesasen en sus devastaciones y abrazasen la fé cristiana.

Fray Lorenzo de Portugal fué nombrado gefe de esta mision. Inocencio IV escribió al gran khan, esponiéndole los misterios de nuestra fé, y el deber, que como vicario de Jesucristo, tenia de velar por la salvacion de todos los hombres; y añadia, que no pudiendo ir en persona, enviaba á Fr. Lorenzo y á sus compañeros, hombres sabios y prudentes, para que les instruyeran en todas las verdades que necesitaban conocer; y por último, que habia escogido á estos religiosos, que hacian una profesion particular de la humildad del redentor, porque habia creido, que semejantes enviados serian mas agradables para él, que otros de mayor dignidad. Fray Lorenzo, penitenciario del papa, fué nombrado legado en oriente, con poder absoluto para Grecia, Armenia, Iconia, Turquía, griegos de Chipre, y del patriarcado de Antioquía, y maronitas y nestorianos del patriarcado de Jerusalen, y justificó, en el empeño de estas funciones, la reputacion que habia adquirido de prudencia y santidad.

Inocencio IV, envió tambien al gran khan á Fr. Juan de Plan-Carpin, en compañía de otros franciscanos. Era este hombre de gran virtud, de vasta sabiduría y muy propio para tratar con los tártaros. Nació en el distrito de Perusa, cerca de Asis, fué compañero de S. Francisco, custodio de Sajonia y provincial de Alemania, y propagó su órden en Bohemia, Hungría, Noruega, Dacia, España, y aun en Berbería. La carta que le dió el papa, no se diferenciaba de la dada á Fr. Lorenzo, mas,

sino en que Inocencio IV invitaba en ella al gran khan á tratar de la paz con Juan de Plan-Carpin, y los motivos de la guerra, que hacia á los cristianos, de quienes no habia recibido daño alguno. Plan-Carpin nos ha dejado la relacion de las circunstancias de esta mision, en la que se llama legado de la sede apostólica, y embajador enviado á la Tartaria y otros pueblos del oriente.

Acompañado de Esteban de Bohemia, salió de Leon el 16 de abril de 1246, y en Breslan, encontró al otro compañero suyo, Benito de Polonia, que debia servirle de intérprete Se dirigió á Rusia, cuya capital Kiew, dependia entonces de los tártaros; pero Esteban de Bohemia no pudo pasar de Kaniew, primera aldea sometida á estos terribles conquistadores. Plan-Carpin atravesó la Comania y el mar Negro, y llegó al *Ulus* ó campamento de Batchu, nieto de Gengis-Khan.

Despues de haber sufrido grandes privaciones, durante una cuaresma, en que no comió mas que maiz, ni bebió mas que nieve derretida, los franciscanos tuvieron necesidad de someterse á pasar entre dos fuegos, para purificarse ante los tártaros de toda sospecha de maleficio.

Se les previno tambien se inclinaran por tres veces, con la rodilla izquierda, delante de la puerta de la tienda del príncipe, teniendo cuidado de no tocar al umbral. Batchu estaba con una de sus mugeres, en una silla elevada á manera de trono; sus hermanos, sus hijos, y los principales gefes, estaban en medio, sentados en un banco; todos los demás se hallaban colocados detrás, los hombres á la derecha, y las mugeres á la izquierda. Los enviados del papa se sentaron á la izquierda, como se hacia con los embajadores, en la audiencia de su recepcion; pero en la de despedida, se sentaban, á la derecha. Cerca de la puerta habia una mesa con copas de plata y oro, y ningun gefe tártaro las llevaba á sus labios, sin que se hiciese oir el ruido de los cánticos y de los instrumentos. Batchu despidió á Plan-Carpin y á Benito, para el khagan de Oktas, pasando al pais de los bisermines y de los naymanes, y llegaron el 22 de julio de 1246 á la orda imperial.

Oktay habia fallecido. Su viuda Turakina, investida de la regencia, hasta la eleccion de sucesor, queria que su hijo Kasuk fuese proclamado en el *kurillai* ó asamblea general. Como Kasuk no se mezclaba ostensiblemente en los asuntos, antes de la eleccion, no recibió entonces la embajada, limitándose á hacerla hospedar, y á enviarla, pasados algunos dias, á su madre la emperatriz regente. Turakina, que ocupaba una magnífica tienda de seda blanca, dispuesta para las audiencias solemnes, estaba rodeada de una empalizada de madera; en su parte interior se reunian los gefes tártaros para tratar de la eleccion, y mas allá de la empalizada, se colocaban el pueblo y los estrangeros. (Pl. IV, n.º 1.) Allí habia reunidos mas de cuatro mil diputados, ya portadores de tributos, ya cargados de presentes, gefes; que venian á prestar sumision, ó gobernadores de provincias. Todos los príncipes estaban en este dia vestidos de seda blanca, al siguiente de la llegada de Kasuk, de seda encarnada; al tercero, de seda azul, y el último, de las mejores sedas de Bagdad. Los mongoles, dice M. d'Avezac, acostumbraban en sus solemnidades vestirse todos del mismo color, cambiando de trage de piés á cabeza, en cada uno de los cuatro dias que duraba la fiesta; lo cual se esplica muy bien, sabiendo que todos estos vestidos eran regalos, que el soberano les hacia con este motivo. Los mismos religiosos pusieron sobre sus humildes trages, ricos vestidos de baldakin (brocado de seda y oro). Cuatro dias permanecieron en este lugar, llamado *sira-orda*, que los historiadores orientales presentan como un campo de dos mil tiendas blancas. Plan-Carpin cree, que allí se hizo la eleccion del nuevo emperador, aunque no fué proclamado, sino despues de algun tiempo, y el hermano Benito asegura, que la eleccion se verificó en el dia en que los tártaros estaban vestidos con trages encarnados. Cada vez que Kasuk salia de su tienda, era saludado con

cánticos, inclinando delante de él las colas ó insignias del mando supremo.

Todo el acompañamiento salió de *sira-orda*, dirigiéndose á caballo á otro campamento, distante unos tres cuartos de legua, cuyo nombre significa la *orda de oro*. La tienda imperial destinada para la proclamacion de Kasuk, estaba sostenida por pilares cubiertos de oro, el interior estaba cubierto de baldakin, y el esterior de otras telas preciosas. Aunque estaba señalada la inauguracion para el 15 de agosto, no pudo verificarse hasta el 24, á causa de las granizadas. Las ceremonias que la precedieron y siguieron, ofrecen una mezcla estraña de magnificencia y grosería, y caracterizan bien á un pueblo, que alcanzaba los primeros grados de la civilizacion.

Bergeron, traductor de Plan-Carpin, dice lo siguiente. «Todos los señores y barones reunidos en aquel lugar, pusieron en medio de ellos una silla dorada, sobre la que hicieron sentar al príncipe, diciendo: «Queremos, os rogamos y mandamos que tengais poder y dominacion sobre todos nosotros.» El príncipe respondió. «Si quereis que sea vuestro rey ¿estais dispuestos y resueltos á hacer todo lo que yo os mande, á venir cuando os lo prevenga, á ir donde quiera enviaros, y á matar á cuantos yo os diga?» Todos respondieron, sí. «Pues entonces, replicó, de aquí en adelante, mi palabra me servirá de machete;» á lo cual todos asintieron. Despues, pusieron un cojin sobre la tierra, en el cual le sentaron, diciéndole. «Mira á lo alto y reconoce á Dios, y mira el asiento que tienes sobre la tierra. Si gobiernas bien á tu estado, si eres liberal y benéfico, si haces reinar la justicia, si honras á tus príncipes y barones, á cada uno segun su rango y dignidad, dominarás con todo esplendor y magnificencia, la tierra toda te estará sometida y Dios te concederá todo cuanto desees. Pero si haces lo contrario, serás miserable, despreciado y vil, y tan pobre, que ni aun tendrás dominio sobre el cojin en que te sientas.» Despues hicieron sentar á la muger de Kasuk, sobre el mismo cojin, y levantándoles en alto (Pl. IV, n.º 2.) proclamaron á ambos, emperador y emperatriz de todos los tártaros. Concluida esta ceremonia, presentaron al nuevo emperador gran cantidad de oro, de plata, de piedras preciosas y otras riquezas, que Oktus habia dejado despues de su muerte, y sobre las que le dieron un poder absoluto, haciendo con ellas el emperador diversos regalos á todos los príncipes y señores presentes, y guardando el resto para sí. Despues, y siguiendo su costumbre, se pusieron á beber hasta la llegada de la noche, en que trajeron carretas cargadas de carnes cocidas sin sal, de las cuales se dió un trozo á cada uno de los oficiales, y en el interior de la tienda del khan, se distribuyó carne y otros alimentos condimentados con sal. En esta orda de oro se verificó la primera recepcion de Plan-Carpin, siendo introducido en ella por el canciller, al mismo tiempo que los demás embajadores, que presentaron ricos y magníficos regalos, entre los cuales era notable un quita-sol, guarnecido de piedras preciosas. Kasuk era hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años, de estatura pequeña, de aspecto grave, y que jamás escuchaba ni respondia, sino por medio de su primer ministro.

De la orda de oro, pasaron á otra residencia, en la que fueron admitidos los religiosos dentro de la tienda imperial, que era de púrpura, y tenia sobre un estrado circular un trono de marfil maravillosamente esculpido y guarnecido de oro y pedrería, obra de un artífice ruso llamado Como. De este lugar, marchó la emperatriz por un lado; y el khagan por otro para administrar justicia, se procedió á la ejecucion de muchos criminales, entre los cuales se encontraba una tia del emperador, acusada de haber envenenado á Oktai. El gran duque Jaroslaw de Sindad, pereció al mismo tiempo, víctima de un envenenamiento, perpetrado por la emperatriz madre, que escribió á Rusia, para que viniera el Gran duque Alejandro, bajo el pretesto de darle la investidura de sus dominios paternos; pero no aceptó esta peligrosa invitacion. Jaroslaw habia puesto en manos de Plan-Carpin, por medio de uno de sus conse-

jeros, el compromiso formal de entrar en la iglesia romana. Luego que Khaink supo que los franciscanos habian sido conducidos por sus guias á la residencia imperial, los envió á su madre, porque no queria fuesen testigos de otra ceremonia, que consistia en levantar una gran bandera al lado del occidente, agitándola y amenazando entrar á sangre y fuego en los pueblos de esta comarca, si no se le sometian con toda la tierra. Los religiosos volvieron algunos dias despues, sufriendo por espacio de un mes mucha escasez de víveres, y entonces tuvieron no poco que agradecer al platero Como, que les instruyó de todas las particularidades relativas al khagan. Tambien recibieron instrucciones y noticias de muchos rusos y húngaros, sacerdotes y seglares, que sabian el francés y el latin, y que habia mucho tiempo que vivian entre los tártaros.

En las audiencias concedidas por el Gran-Khan á los embajadores, usó este de un tono amenazador con los del Califa; despidió con desprecio los de los ismaelitas ó assessinos, pero trató con consideracion á los del papa. Al presentarse al khan, todos debian doblar cuatro veces la rodilla izquierda, cuidando de no tocar el umbral de la puerta; se les registró cuidadosamente, para asegurarse que no llevaban armas escondidas, y despues, se les introdujo en la tienda por la puerta del oriente, porque solo el emperador puede entrar por la de occidente, uso que siguen en sus tiendas todos los caudillos principales. Los franciscanos preguntaron á Kaink, por qué destrozaban al mundo sus ejércitos, y respondió «que Dios habia mandado á sus abuelos y á él, castigar á los naciones criminales.» Los religiosos añadieron, «que el papa deseaba saber si el khagan era cristiano,» y les respondió, «que Dios lo sabia, y que si el papa tenia gana de enterarse mas, podia él mismo venir á averiguarlo.» Kaint, hijo de un nestoriano, tenia á su servicio algunos cristianos, entre ellos un ministro y un secretario suyos. Delante de su tienda se veia una capilla, á la que aquellos asistian para oir el oficio divino, tolerancia que no autorizaban los gefes inferiores al khagan.

Juan de Plan-Carpin da sobre la religion de los mongoles los siguientes detalles. «Creen en un solo Dios, criador de todas las cosas visibles é invisibles, que premia y castiga á los hombres, segun su mérito; pero á pesar de todo, no le rinden adoraciones, alabanzas, ni ninguna clase de servicio ni ceremonia. Tienen algunos ídolos hechos de fieltro, con figuras de hombres, colocados en las puertas de sus habitaciones, y debajo de los cuales ponen ciertos bultos de telas, que creen influyen en la custodia de sus rebaños y en el aumento de las crias. Tienen además otros ídolos de seda, á quienes rinden grandes honores, colocándolos algunos sobre hermosos carros cubiertos, delante de las puertas de sus casas, y es condenado á muerte todo el que tome alguna cosa de ellos. Los caudillos de mil hombres, y aun de cien, colocan estos ídolos en el centro de sus moradas, les ofrecen la primera leche de sus ganados, y nunca comen ni beben sin haberles ofrecido antes el alimento ó la bebida. Cuando maten algun animal, presentan al ídolo el corazon de la bestia, puesto en un plato, donde le dejan hasta la mañana siguiente, que le cuecen para comérsele. Uno de estos ídolos está colocado delante del palacio del emperador, y, además de otros presentes, le ofrecen caballos, que nadie puede despues montar. Tambien ofrecen otros animales, y asan los que han de comer, sin romper nunca sus huesos, que queman al fuego. Adoran al sol, á la luz y al fuego, al agua y la tierra; les ofrecen las primicias de lo que comen y beben, y muy especialmente por la mañana, antes de desayunarse. Aun cuando no tienen ninguna ley, por lo que respecta á la justicia, ó para preservarse de pecado, conservan ciertas tradiciones, de cosas que consideran pecaminosas, tales, como poner un cuchillo en el fuego, sacar la carne con el cuchillo, del puchero hirviendo, partir madera con un hacha, cerca del fuego, apoyarse en el látigo que usan para acarrear los caballos, porque nunca llevan

espuelas; cojer los pájaros nuevos, castigar al caballo con la brida, romper un hueso con otro, derramar sobre la tierra, leche ú otra clase de comida ó bebida, y otras supersticiones, que seria difuso referir; pero matar á los hombres, invadir los paises agenos, injuriar á los demás, y contravenir á los preceptos de Dios, son cosas de las cuales no son muy escrupulosos. Aunque no saben en qué consiste la felicidad ó desdicha de la vida eterna, creen, que despues de la muerte, gozarán de otra vida, en que tendrán rebaños, bebiendo, comiendo y haciendo todo cuanto hacen en esta. Son muy dados á las adivinaciones, augurios y otros encantamientos, y cuando el diablo les dá alguna contestacion, la reciben, como si viniera del mismo Dios. Llaman al diablo *Itoga*, es decir, emperador, le temen y reverencian mucho, y le hacen ofrendas, segun las respuestas que les comunica. Siempre que tienen que emprender alguna obra nueva, dan principio á ella en la luna nueva ó en la luna llena, y á este astro llaman emperatriz y gran reina, rindiéndola preces y adoraciones. Cuando alguno cae enfermo, colocan en su habitacion una lanza rodeada de fieltro negro, señal que denota la prohibicion impuesta á los estrangeros de penetrar en aquel lugar. Todos abandonan al moribundo, desde el momento que empieza á agonizar, porque todo el que se encuentre presente á su fallecimiento, está impedido de entrar en la morada del emperador y del capitan, antes de la luna nueva. Si el difunto es de los hombres principales, se le entierra sigilosamente en su casa de campo, colocándole sentado delante de una mesa, sobre la cual ponen un plato lleno de carne, y una taza con leche de yegua. Tambien entierran con él á su yegua, á su potranca y á su caballo embridado y ensillado. Despues se comen otro caballo, cuya piel llenan de paja, levantándola sobre cuatro palos, para que el muerto tenga en el otro mundo medios de proveerse de leche, y de multiplicar sus ganados. Así mismo entierran con él, todo su oro y plata, rompen el carro de su uso, abandonan su morada, y nadie puede pronunciar su nombre hasta la tercera generacion. Tienen además otro modo de enterrar á los grandes personages, que consiste en llevar secretamente el cadáver á la campiña, en arrancar todas las yerbas y hasta las raices, y en hacer una gran fosa, en la que meten debajo del cadáver al criado á quien mas apreciaba, sacándole cuando apenas puede ya respirar, y repitiendo esta operacion por tres veces distintas. Si el criado sale con vida de ella, consigue la libertad, hace todo lo que quiere, y se le considera como uno de los principales de la horda.

«En otra fosa abierta, al lado de la primera, es enterrado el cadáver con todas las cosas que antes hemos referido. Tienen dos lugares destinados para la sepultura, sin que nadie pueda acercarse á estos cementerios, sino aquellos á quienes está encomendada su custodia. Si alguno hiciese lo contrario, es prendido y castigado con severidad. Nosotros entramos en este recinto vedado, ignorando su prohibicion, y empezaron á tirarnos flechas; pero como éramos embajadores, que ignorábamos las costumbres del pais, nos dejaron marchar, sin causarnos otras vejaciones.

«Los parientes del muerto y todos los que con él moraban, están obligados á purificarse por medio del fuego, cuya ceremonia hacen del modo siguiente: encienden dos hogueras, y al lado de cada una, ponen lanzas, con una cuerda que las une por lo alto, por debajo de la cual, hacen pasar, por entre ambos fuegos y lanzas, á los hombres y á los animales que deben ser purificados, y á uno y otro lado, hay dos mugeres que les echan agua, pronunciando algunas palabras. Si al pasar se rompe algun carro ó se cae alguna cosa, los adivinos se apoderan de ello y lo conservan como cosa suya. Si el muerto lo hubiese sido por un rayo, es preciso que todos pasen tambien por el fuego, y nadie podrá tocar á la casa, lecho, carros, vestidos, ni demás objetos de la pertenencia de los que así falleciesen, porque todo es rechazado como cosa inmunda.»

Todos estos detalles prueban, cuán necesaria

era entre los tártaros la presencia de los misioneros católicos.

Plan-Carpin añade, que estaba admitida en estos pueblos la pluralidad de mugeres, y que cada hombre podia tener tantas, cuantas pudiera mantener. Se casaban hasta con sus mas próximos parientes, escepto sus madres, sus hijas, y sus hermanas de padre ó madre. El hermano mas jóven estaba obligado á casarse con la viuda de su hermano mayor. Escogian sus mugeres, segun mejor les parecia, y las compraban muy caras á sus parientes. Las mugeres eran castas y reservadas en sus palabras y en su conducta. La ley de los tártaros permitia matar á los hombres y á las mugeres, sorprendidos en adulterio, disposicion que se estendia, cuando un padre y una hija cometian este horroroso crímen. Los hombres no se dedicaban á trabajo alguno, sino á hacer flechas, á guardar rebaños, á cazar, y á ejercitarse en el tiro de ballesta; todo el peso del trabajo gravitaba sobre las mugeres, que montaban á caballo, y manejaban el arco con la misma destreza que los hombres. Plan Carpin nos pinta la Tartaria como la patria de hombres de mediana estatura, de cara ancha, de mejillas abultadas, de nariz corta y chata, de ojos pequeños y rasgados, de cejas muy separadas y de poca barba: retrato por cierto tan exacto, que un naturalista moderno no le haria mejor, tratándose de las facciones que distinguen á los mongoles. Los tártaros se visten, durante el invierno, de ricas pieles, y en el verano, de púrpura ó baldakin. Las mugeres casadas llevan la cabeza adornada con un peinado elevado, que se parece al que usan nuestros cauchoises. (Pl. V, n.º 1.)

El medio de que se valian los tártaros, para pasar los rios y los torrentes, que encontraban al paso de sus espediciones, está tambien minuciosamente descrito por Plan-Carpin. «Cuando quieren intimidar á sus enemigos, dice, preparan maniquíes, que sujetan á los caballos, para hacer creer que el número de los combatientes es mucho mayor. Matan á sus prisioneros de guerra, dividiéndolos en centenas, y solo reservan, los que destinan á la esclavitud.» (Pl. V, n.º 2.)

Limitamos á estas observaciones el estracto de la relacion de Juan de Plan-Carpin, libro curioso, cuya autoridad no puede disminuir la escesiva credulidad que el autor ha manifestado en algunos pasajes. Cuando el buen religioso refiere, que los tártaros, han descubierto en el desierto un pueblo monstruoso, en que los hombres tenian figura de perro; cuando habla de cinocéfalos, de hombres con cabeza de perro y piés de buey; cuando admite, sin crítica, la existencia de hombres (en la Armenia), que con un solo pié, corren mas que un caballo á todo galope, y que no teniendo mas que un brazo en medio del estómago, era preciso que se reunieran dos para tirar el arco, no puede uno menos de reirse, al verle aceptar estos delirios de la imaginacion de un pueblo grosero; pero el escrúpulo, que se los hace reproducir, para no omitir ningun detalle, garantiza bastante su exactitud sobre todo lo demás, pudiendo prescindirse de todo lo que cuenta de oidas, y creer en todo cuanto dice haber visto y presenciado. M. d'Avezac añade á estas reflexiones lo siguiente: «Estos cuentos no están desnudos de todo valor, á los ojos de aquellos, que además de los hechos reales, quieren estudiar la forma con que los reviste la tradicion popular. El cuento del narrador de buena fé, no es una invencion aislada, forjada para abusar de su credulidad; es mas bien una opinion recibida, una especie de mito acreditado, cuya existencia repite; y bajo este punto de vista, el cuento, debe llamar la atencion del hombre reflexivo, como monumento de la historia intelectual del pueblo, que con él adorna sus anales.» No tenemos ni tiempo ni espacio para desenvolver este asunto; pero para justificar nuestra asercion, sobre el carácter tradicional de las fábulas referidas por Plan-Carpin, nos basta hacer notar, que aquella, por ejemplo, la de un pueblo compuesto de mugeres y de perros, se encuentra testualmente en la relacion armenia del rey Hetum, del mismo modo, que en la

...et de.

... habitations des Tartares.

Trages y [illegible] de [illegible] Tartaros

enciclopedia china Santhasai-thouhoei, citada por Klaproth.

Los misioneros partieron en el mes de noviembre, llevando al papa cartas escritas en tártaro, árabe y latin. Kiauk se habia propuesto enviar embajadores con los franciscanos; pero temiendo estos, que el espectáculo de las disensiones que dividian á los cristianos, escitase á los tártaros á venir á atacar á la cristiandad de Europa, les obligó á rechazar esta proposicion. Turakina regaló á cada uno de los misioneros, en el acto de su despedida, una hermosa piel de zorro, guarnecida de algodon finísimo, y un kaftan de honor. Los franciscanos se volvieron á su pais por el mismo camino que llevaron. Como esto sucedió en invierno, dormian ordinariamente sobre la nieve. Entraron en Kiew en 9 de junio de 1247, y Plan-Carpin vió entonces realizadas las proposiciones, que á su marcha para Tartaria, habia hecho á los príncipes y obispos rusos, para que procediesen á su reunion con la iglesia romana. Atravesó en seguida la Rusia, la Polonia, la Bohemia, la Alemania; pasó el Rhin, se dirigió á Colonia, continuó su camino por Liege y la Champagne, y luego que llegó á Leon, entregó la carta de Kaiuk al papa Inocencio IV.

Este pontífice quiso, que por espacio de tres meses, permaneciera á su lado el valeroso franciscano, que habia arrostrado tantas fatigas y peligros, para el mejor desempeño de su mision. En esta ocasion, vacó la silla de Antivari, metrópoli de la Dalmacia, á la que fué elevado Fr. Juan Plan-Carpin, diciéndole el romano pontífice: « Bendito seas por el Señor y por mí, su vicario, porque en tí veo cumplida esta palabra de la sabiduría: *Como copo de nieve en tiempo de siega, así el mensajero, fiel á aquel que lo envió, hace descansar su alma.* (Prov. xxv, 13.) *Puesto que has sido fiel en cosas pequeñas, yo te confiaré otras mayores.* » (S. Mateo, xxv, 23.) El nuevo arzobispo desempeñó, algun tiempo despues, una mision importante cerca de S. Luis; pero no sobrevivió apenas, á su vuelta de oriente, y le sucedió en la silla de Antivari, Fr. Lorenzo de Portugal, que habia sido encargado de una mision entre los mongoles.

La Europa entera estaba conmovida, con las desolaciones de los tártaros. San Luis, viendo á su madre, la reina Blanca, aterrada por esta irrupcion, la dijo: « Madre mia, invoquemos el consuelo del Altísimo; si vienen los tártaros, ó los haremos entrar en el *tártaro*, de donde han salido, ó nos harán disfrutar en el cielo de la dicha prometida á los elegidos. » Este juego de palabras, atribuido á Luis IX, se encuentra en casi todos los escritos de aquella época. Esta es quizá la verdadera causa de la alteracion introducida por los occidentales en la palabra *tataros*, y *tartari*, *imo tartarei*, como los llamaba él emperador Federico, espresion que estuvo mucho tiempo en boga. Efectivamente, se habia difundido la opinion, de que los mongoles eran demonios enviados para castigar á los hombres, es decir, que tenian comercio con el diablo; sentimiento que acreditaban los fuegos y los torbellinos de humo, que artificialmente, segun se dice, sabian escitar en las batallas; pero que solo eran efecto de las piezas de artillería, y de la pólvora inflamable, de que, segun la historia china, se servian los mongoles en esta época. Al principio del año 1247, y en el momento en que Luis IX celebraba una asamblea de grandes del reino, y se disponia á marchar á Egipto, llegó una órden del nuyan Batchu, en la que le exigia sumision, como súbdito del kagan; pero Luis no se cuidó mucho de este incidente, cuyas consecuencias confió á los designios de la providencia. El santo rey, que se habia embarcado en Aigues-Mortes, el 25 de agosto de 1248, llegó poco despues á la isla de Chipre, donde tambien arribaron enviados de Ilchi-Katai, sucesor de Batchu en el mando de los ejércitos del mediodía. Como la espedicion de los franceses contra los musulmanes, estaba en armonía con los intereses de los mongoles, debian concertar entre todos un plan de ataque comun. El dominico Andrés de Loujumeau, que

hacia poco habia vuelto con Ascelin del campamento de Batchu, reconoció á David, uno de los enviados, á quien habia visto entre los tártaros, y vertió al latin la carta de Ilchi-Kathai al rey de Francia, traducida al francés por Bergeron, en estos términos: « Por el poder del gran Dios, hé aquí las palabras de Ilchi-Kathai, enviado por el rey de la tierra Kan, al gran rey de muchos paises, valiente y belicoso, espada del mundo victorioso, entre los cristianos, defensor de la fé apostólica, hijo de la ley del evangelio y rey de Francia, que Dios aumente su poder, le conserve largo tiempo en su reino, y haga que se cumpla su voluntad. »

Despues de haber saludado á S. Luis, añadia el gefe tártaro: « Nosotros hemos venido con poder y encargo de librar á todos los cristianos de todo tributo, de todo gravámen y servidumbre. »

Estaba en armonía con la carta de Ilchi-Kathai, la dirigida al rey de Chipre por el condestable de Armenia. Los embajadores, para asegurarse mas de la cooperacion de Luis IX, aseguraron, pero faltando á la verdad, que Kaiuk, con sus principales gefes, profesaban ya la religion católica; que Ilchi-Kathai estaba bautizado, y que los tártaros se proponian la libertad y triunfo de los cristianos. Como su designio era atacar al califa, pidieron que el rey cayese sobre el Egipto, para impedir que los egipcios socorrieran al gefe mahometano. De este modo se debia realizar la espedicion del santo rey, en armonía con los tártaros, por quienes tenia seguridad de ser sostenido.

Para corresponder á las demandas de Ilchi-Kathai, Luis IX hizo marchar de Nicosia, el 27 de enero de 1249, una embajada, compuesta de tres dominicos, de dos clérigos seculares, y de dos oficiales del rey.

Andres de Lonjumeau, que era el gefe de la legacion, llevaba cartas de S. Luis, y del legado del papa, en las que se invitaba á Ilchi-Kathai, y al khagan, á perseverar en la fé católica, debiendo tambien presentar, al primero, un pedazo de madera de la verdadera cruz, y á Kaiuk otro trozo, con todos los ornamentos necesarios al culto divino, y una tienda ó capilla de escarlata, con otras piezas ricamente bordadas, en que se habia representado con aguja, toda la pasion de N. S. Jesucristo. Luis IX, esperaba poder inspirar al khagan, por este medio, mayor afeccion, y mas vivos sentimientos de benevolencia en favor de la religion católica. La embajada, despues de haber atravesado la Persia, llegó á la corte mongola, para ponerse en inteligencia con Ilchi-Kathai. Kaiuk habia muerto á la sazon, y la regente, Ogul-Gaimisch, recibió á los enviados, interpretando su llegada y aceptando sus presentes, como un testimonio de la sumision de Luis IX, á la autoridad que el khan se atribuia sobre todos los soberanos de la tierra. Para corresponder á estos dones, envió diferentes objetos, entre los que se encontraba, conforme á los usos chinos, una pieza de paño de seda; les entregó tambien cartas, y los despidió con honor; pero sin conseguir nada sobre el objeto principal de su viage, es decir, la conversion de los mongoles principales. Los embajadores vinieron á encontrar á S. Luis dos años despues en la ciudad de S. Juan de Acre.

Tambien fué dominico el designado en 1251 por el santo rey para la embajada enviada á los assessinos ó ismaelitas, cuyo gefe era Ala-Eddin, en quien, hacia trece años, recaian sospechas de haberle querido matar, y el cual habia tenido la audacia de exigir un tributo de sumision, por medio de enviados, dirigidos á S. Luis, á las puertas mismas de Acre. Los emires del Viejo de la Montaña, desconcertados por la firmeza del rey, no tardaron en traerle presentes de parte de su amo, y á su vuelta, fueron acompañados por Ives el Breton, de la órden de predicadores. Ningunos frutos obtuvo el dominico en su mision; pero merece ser señalada, como una prueba del celo de Luis IX, por la estension del cristianismo. Ives dió al rey detalles muy curiosos sobre Ala-Eddin, que era sectario de Alí, y

cuya doctrina, modificada por el mas bárbaro egoismo, aseguraba el paraiso á todos los que fuesen ciegos ejecutores de sus órdenes. Este mónstruo, se complacia en la fanática credulidad de los servidores que le rodeaban, hasta el estremo de hacerlos subir á lo mas alto de una torre, desde la cual, á una señal hecha por su mano, se precipitaban al suelo haciéndose pedazos. «A pesar de la religion del Viejo, dice el P. Ives, encontré en la almohada de su cama un libro, en que estaban escritas por su mano, muchas de las palabras que N. S. Jesucristo dijo á S. Pedro. Entonces esclamé: «Bien por Dios; leed con frecuencia este libro; son palabras muy buenas «y muy hermosas.» — «Así lo hago, respondió el Viejo, yo quiero mucho al Sr. S. Pedro, porque, en el principio del mundo, el «alma del justo Abel, pasó al cuerpo de Noé, «de este, al de Abrahan. y en fin, de patirarca en patriarca, vino á vivificar á S. Pedro, «que aun existe en este mundo.»

«Al oir esto, continúa Ives, quise instruirle en la fé, demostrándole el error de su creencia; pero el Viejo no quiso creerme. Pocos años despues, aquel tirano, cuyo solo nombre hacia estremecer á los reyes sobre su mismo trono, fué precipitado del suyo por una conjuracion tramada en su mismo palacio, sucediéndole su hijo Rokn-Eddin, que habia sido objeto de su mas brutal encono. Los tártaros no tardaron en arruinar todos sus estados, y el nombre del Viejo de la Montaña, fué borrado para siempre del catálogo de los soberanos orientales.»

A pesar del disgusto que causó al rey de Francia la falsa interpretacion que dió Agul-Gaimisch á su embajada, se decidió á hacer una nueva tentativa, con el fin de introducir la religion católica en la Tartaria. Nunca podrá ser bastante encomiado el piadoso celo de Luis IX, que no contento con esponer su vida y la de los suyos para la reconquista de la Tierra santa, quiso establecer estas misiones religiosas en paises tan lejanos y tan peligrosos. Guillermo de Rubruk, nacido en el Brabante, hacia 1220, y Bartolomé de Crémona, enviados del rey, creyeron deber poner á cubierto el honor de este, suponiendo, que no habian recibido órdenes, mas que de sus superiores. De Acre, marcharon á Constantinopla, sometida entonces á los franceses, y Rubruk, predicando en Sta. Sofia, anunció se habia convenido, que él fuese á la Tartaria á anunciar la fé á los infieles, siguiendo los estatutos de los franciscanos. Los embajadores se embarcaron, el dia 7 de mayo de 1253, en un barco, que los condujo á Soldaya, no pudiendo menos de sorprenderse, á su llegada á esta ciudad, al oir se sabia ya que eran enviados por S. Luis. Rubruk se proporcionó ocho carros cubiertos, dos de los cuales debieran servir de cama, y cinco caballos de silla para su comitiva, compuesta de dos religiosos, un intérprete, un guia, y un criado. Despues de dos meses de marcha, por los terrenos que separan el Dnieper del Tanais (el Don) los misioneros llegaron al campamento de Scacatay, para quien les habia dado cartas de recomendacion el emperador de Constantinopla. Desde entonces, empezaron las observaciones interesantes de Rubruk, que completan las de Juan de Plan-Carpin. En seguida atravesaron el Tanais, para dirigirse donde estaba Sartak-khan, que se encontraba á tres jornadas mas acá del Volga.

Este príncipe tenia allí un campamento considerable, y sus seis mugeres, su hijo mayor, y las dos ó tres mugeres de este, contaban para su habitacion con mas de doscientos carros.

Rubruk describe así las moradas de los tártaros: «Las casas que tienen para dormir, están construidas sobre ruedas ó pedazos entrelazados de madera, que en su parte superior terminan con una abertura á manera de chimenea, cubierta de fieltro blanco, vestido de cal, de tierra blanca, ó polvos de huesos, para que reluzca, y aun algunas pintadas de varios colores. Delante de la puerta, colocan un fieltro tejido de colores, representando cepas, árboles, pájaros y otros animales: algunas de estas casas tienen mas de veinte piés

de distancia, de una rueda á la otra, siendo tiradas las mayores por veinte y dos ó mas bueyes apareados. El eje de las ruedas es tan grande como el mástil de un navío, y á la puerta, se coloca un hombre encargado de dirigir los bueyes. (Pl. VI, n.º 1.) Hacen tambien otras, con la figura de grandes cajones, formados de piezas pequeñas cuadradas de madera, teniendo á un lado y á otro una pequeña ventana. Estas casas están cubiertas con fieltro barnizado de sebo de oveja, para que no pueda penetrar la lluvia, y aun las adornan con pinturas y otras galas. Allí encierran todos sus utensilios, tesoros y riquezas, sujetándolo todo sobre las ruedas, y destinando camellos que tiren de estos trenes, para atravesar los grandes arroyos. Jamás quitan estas casas movibles de encima de sus carros, y cuando las paran en cualquier sitio, las colocan de manera, que la puerta, mire al mediodia. En este caso, la primera de las mugeres, establece su pequeña casa al lado del occidente, y lo mismo hacen todas, menos la última que se halla al oriente. El lecho del señor, está siempre situado hacia el septentrion; la habitacion de las mugeres, al oriente, y la de los hombres, al occidente. Al entrar en sus casas, suspenden sus arcos, y carcax, al lado opuesto al en que se encuentran las mugeres. Sobre la cabeza del señor, hay colocada una imágen, ó muñeco hecho de fieltro, llamado *hermano del dueño de la casa*, y otro sobre la cabeza de la muger, llamado *hermano de la dueña*. Entre estos dos, y mas elevado, ponen otro, muy delgado, que consideran como *el guardian de la casa*. La dueña suele poner á su lado derecho, en un lugar elevado, al pié de la cama, una piel de cabra, llena de lana ú otra materia, y junto á ella, una imágen pequeña, que mira á sus mugeres y criados. Cerca de la puerta, y al mismo lado de la muger, hay otra imágen para las mugeres, encargadas de ordeñar las vacas, ocupacion que solo se encarga á ellas, y del otro lado de la puerta, hácia donde están los criados, hay otro pequeño ídolo para los que cuidan de los jumentos. Cuando se reunen para beber, lo primero que hacen, es rociar con la bebida, la imágen que está sobre la cabeza del dueño de la casa, y despues, ejecutan sucesivamente lo mismo con todas las demás.»

Una de las primeras preguntas dirigidas á los misioneros, por el oficial de Sartak, al cual habian sido presentados, se dirigia á saber, cuál era el señor entre los francos, ó cristianos occidentales. Rubruk dijo, que el emperador; á lo cual se le contestó, que no; porque lo era mucho mas el rey de Francia. Sin duda alude Bergeron á esta respuesta, cuando dice en su prefacio de la *Relacion de los viajes en Tartaria*, lo siguiente: «Es muy digno de notar, para honra y gloria de esta nacion, que los tártaros, tan formidables para todo el resto de la tierra, no temiesen á ningun pueblo, tanto como al francés.» En muchos lugares de estas relaciones, puede verse la estimacion en que le tenian, el aprecio que hacian de su disciplina militar, que ellos decian, querian aprender, lo cual podia proceder, sino de la fama que tenian los franceses de ser los mejores hombres de armas, los mas apuestos y gentiles caballeros; así lo atestigua tambien el gran emperador Federico Barba-Roja, en la cancion que compuso en alabanza de todas las naciones de Europa en lengua provenzal, y que tan en boga estuvo en todas las cortes de la cristiandad, y empieza:

« Plas mi cavalier francéz, etc. »

Se habia difundido en el oriente, la noticia de que Sartak era cristiano. Rubruk lo habia llegado á saber, y diciéndole que se guardase de usar esta espresion, replicó, que Sartak, no era *cristiano* sino mongol. Así se tomaba el nombre de cristiano, como si fuera el de un país; especie de desprecio, bastante propio para desconcertar á los misioneros, segun las ideas que se habian formado de la conversion de los príncipe tártaros. A pesar de todo, Sartak tenia consigo sacerdotes nestorianos, que celebrabaa los oficios, segun el rito particular de su secta, y manifestó deseos, de que los religiosos, al presentarse en



[illegible]

[illegible]

su audiencia, llevasen sus libros y su capilla. Rubruk, en la carta dirigida á S. Luis, refiere así esta presentacion solemne. « Me revestí de los ricos ornamentos y capas que teníamos, llevando en una mano la hermosísima biblia, que V. M. me habia regalado, y en la otra, un salterio, riquísimo presente de la reina, lleno de hermosas viñetas: mi compañero, llevaba el misal y la cruz, y nuestro asistente, vestido con otros ornamentos, tomó el incensario, y nos dirigimos á Sartak. Levantaron una antepuerta de fieltro, que estaba suspendida delante de la puerta, y mandaron al asistente, y al intérprete, doblaran tres veces la rodilla, ceremonia que no exigieron de nosotros. Despues nos advirtieron con mucho encargo, cuidásemos de que ni al entrar, ni al salir, tocásemos al umbral de la puerta, y que cantásemos algunas preces de bendicion en favor de su señor. Entramos efectivamente, cantando el *Salve Regina*. A la misma puerta, habia un banco, sobre el cual habian puesto tazas, y *cosmos*, ó leche avinagrada de yegua. Acudieron todas las mugeres, y estos mongoles ó tártaros, nos empujaban mucho al entrar con nosotros. Coyat, nestoriano adicto al príncipe, tomó en su mano el incensario, y lo presentó á Sartak, que le miró mucho al vérsele manejar; despues le enseñó el salterio, que examinó tambien en compañía de su muger, sentada á su lado; luego se le manifestó la biblia; preguntó si era el evangelio, y yo le respondí, que este libro contenia toda la sagrada escritura. Al ver una imágen, preguntó si era la de Jesucristo, y yo le dije que sí; porque es necesario hacer notar, que los cristianos armenios y nestorianos, nunca ponen en sus cruces la imágen de Jesucristo, lo cual dá á sospechar, que no creen en la pasion del Hijo de Dios, ó que se avergüenzan de confesarlo. Despues de esto, mandó retirar á todos los que estaban alrededor de nosotros, para examinar mejor todos nuestros ornamentos, concluido lo cual, nos fuimos á desnudar, y vinieron intérpretes con Coyat, para traducir las cartas. »

Sartak mandó que los misioneros fuesen conducidos al campamento de su padre Batu. Este príncipe les exijió esplicaciones sobre el fin de su viage, y Rubruk, al que se obligó á ponerse de rodillas, (Pl. VI, n.º 2.) levantando su pensamiento á Dios, dijo: que rogaba al Señor, que habia dado á Batu todos los bienes de la tierra, le concediese tambien los del cielo; bienes que el príncipe no podia adquirir, sino abrazando el cristianismo, porque Dios mismo tiene dicho: « el que crea y sea bautizado será salvo, y el que no crea, se condenará. » Al oir estas palabras, hicieron los tártaros un ruido amenazador, que en nada alteró la serenidad de Rubruk. Luis IX pedia para los religiosos el permiso de permanecer en Tartaria, á fin de que en ella predicasen la fé; pero Batu no quiso concedérselo por sí mismo, y contestó á los misioneros, debian obtener esta autorizacion de Mangu, hecho khagan, en 1250; y se les exhortó á que continuaran su viage, para lo cual, se les proveyó de víveres y medios de trasporte.

Los franciscanos, casi siempre á pié, y frecuentemente privados de alimento, siguieron las orillas del Volga por espacio de cinco semanas.

El 16 de setiembre se separaron de este rio, y se dirigieron al Jaik (Ural). Les dieron vestidos de mas abrigo que los que tenian, porque ya se hacia sentir el frio, y se les proveyó de caballos, que no mudaban mas que dos ó tres veces al dia, aunque caminaban al menos treinta leguas de las de Francia. Durante su camino, no comieron mas que maiz cocido en agua, y leche agria de yegua. El 27 de diciembre, llegaron al campamento de Mangu, y el 1.º de enero, de 1254, fueron conducidos á la habitacion del khagan. Rubruk describe así el modesto aposento, y la sencillez del monarca, cuyos ejércitos iban á abrazar muy pronto casi toda la estension del Asia. « Entramos en su morada, despues de haber levantado el fieltro que estaba delante de la puerta, y como todavía estábamos en tiempo de navidad, empezamos á cantar el himno: *A*

solis ortus cardine, concluido el cual, empezaron á registrarnos, para ver si llevábamos armas escondidas, obligando al intérprete á que entregára al portero el cinturon, y el cuchillo. A la entrada de este lugar habia un banco con vasijas de leche agria. Nos sentaron en frente de las damas, dejando que nuestro intérprete permaneciera en pié. Este lugar estaba tapizado de telas de oro, y en el centro, habia un brasero, lleno de fuego de espinas y raices de agenjos, arbusto que allí crece en abundancia. El fuego estaba encendido con estiércol de buey. El gran khan estaba sentado sobre un pequeño canapé, y vestido de un rico trage forrado y lustrado, como la piel de una vaca marina. Era hombre de mediana estatura, de nariz pequeña y chata, y de edad de cuarenta y cinco años. Su muger, que era una jóven muy hermosa, estaba tambien sentada á su lado con una de sus hijas, llamada Cyrina, bastante fea, y próxima á casarse, y en otro asiento, estaban sentados sus demás hijos. El khan nos preguntó, si queríamos beber vino ó cerasina, que es un brevaje hecho de arroz ó *carascosmos*, compuesto de leche pura de vaca, ó *ball*, que se hace de miel, bebidas todas de que usan en el invierno. Yo respondí, que no éramos gentes que gustasen de beber mucho, pero que sin embargo, haríamos todo lo que fuese del agrado de su grandeza.

« En seguida mandó se nos diera cerasina hecha de arroz, bebida tan clara y dulce como el vino blanco; yo la probé por condescendencia, pero nuestro intérprete, que se habia sentado con el repostero, con gran sentimiento nuestro bebió tanto, que ni sabia lo que hacia, ni lo que decia. El khan hizo tambien traer muchos pájaros de presa, que puso sobre su puño, mirándolos con mucha atencion. Despues de mucho tiempo nos mandó hablar. Tenia por intérprete á un nestoriano. Despues de habernos puesto de rodillas, le dije: « que « dábamos gracias á Dios, de que se hubiese « dignado traernos desde tan lejos, para ver y « saludar al gran Mongu-Khan, á quien habia « dado un gran poder sobre la tierra; pero « que suplicábamos tambien á nuestro Señor « Jesucristo, por quien todos vivimos y morimos, que se sirviese dar á S. M. una vida « larga y dichosa (porque todo su deseo se « reduce á que se ruegue por su vida): » dije tambien, « que nosotros habíamos oido asegu- « rar en nuestro pais, que Sartak era cristia- « no, noticia que habia alegrado á todos los « cristianos y especialmente el rey de Francia; « el cual, por esta razon, nos enviaba á él, « con cartas de paz y de amistad; y para acre- « ditarle quienes éramos, y con el fin de que « nos permitiera detenernos en su pais, puesto « que, por los estatutos de nuestra órden, es- « tábamos obligados á enseñar á los hombres « á vivir segun la ley de Dios. Que Sartak nos « habia enviado á su padre Batu, y Batu á S. M. « imperial, á quien, ya que Dios le habia con- « cedido un gran reino sobre la tierra, supli- « cábamos nos permitiera permanecer en sus « reinos y señoríos, para que en ellos se cum- « plieran los preceptos de Dios, y para rogar « por S. M. y por su familia. Que no teníamos « ni plata, ni oro, ni piedras preciosas, sino so- « lamente nuestro ministerio y nuestras preces, « que constantemente elevaríamos á Dios en fa- « vor suyo; que al menos le suplicábamos nos « permitiera permanecer allí, hasta que pasara « el rigor del frio. »

« El khan respondió, « que así como el sol esparce sus rayos por todas partes, así se estiende tambien su poder y el de Batu. » Nada mas pude entender por nuestro intérprete, sino que estaba embriagado, lo cual tambien sospeché de Mongu-Khan. Despues de algunos cumplidos, nos alejamos de su presencia con sus secretarios; y uno de sus intérpretes, que dirigia á una de sus hijas, se vino tambien con nosotros, deseoso de saber noticias de Francia, preguntando si habia muchos bueyes, carneros y caballos, como si estuvieran próximos á venir, y á llevárselo todo. Obligado me ví mas de una vez, á disimular mi cólera y mi indignacion, diciéndoles, « que en Francia, habia muchas cosas buenas, y que ellos po-



dian ver, si se aficionaban á ir por ellas.»

Los dos franciscanos vieron en la corte del Mangu gran número de sacerdotes nestorianos. No solo se les daba en todas las fiestas solemnes un lugar preferente, sobre los imanes de los musulmanes, y sobre los bonzos, sino que con frecuencia asistia el príncipe á sus oficios, acompañado de su familia, sentándose con la emperatriz sobre un canapé dorado, que habia colocado en frente del altar. Desde la iglesia nestoriana envió á buscar á los misioneros, á quienes invitó á que cantaran; y los franciscanos entonaron el *Veni Sancte Spiritus*. Examinó con curiosidad su breviario y su biblia. Toleró que los misioneros siguieran procesionalmente á la cruz, cantando en alta voz, el himno *Vexilla Regis prodeunt*. No hay que deducir de aquí, que Mangu se inclinase al cristianismo, pues su conducta no era mas, que resultado de una completa indiferencia religiosa, creyendo solo en prácticas supersticiosas, consistentes en la adivinacion por medio de huesos quemados. Siempre que queria emprender alguna cosa, mandaba traer tres huesos, y teniéndolos en sus manos, examinaba si podia ó no realizarla. En seguida los entregaba para que los quemasen, y luego que habian estado al fuego y se hallaban ennegrecidos, se los volvian á traer para que viese si estaban enteros, en cuyo caso, el negocio debia tener un éxito feliz; pero no, si estaban rotos, lo cual obligaba al emperador á desistir de su propósito.

Los misioneros acompañaron á Mangu-Khan á Karakorun, ciudad situada al pié de las montañas de este nombre, sobre la orilla izquierda del rio Urquh, y de la cual dice Rubruk, que era inferior á la de Saint-Denis de Francia. Tenia doce templos de idólatras, de diferentes naciones, dos mezquitas de musulmanes, y una iglesia nestoriana. Esta ciudad estaba rodeada de murallas, en que habia cuatro puertas; en la de oriente, se vendia el maiz y los demás granos; en la de occidente, las ovejas y las cabras; en la del mediodia, los bueyes y los carros, y en la del norte, los caballos. Los franciscanos, á su llegada entre los tártaros, no podian figurarse, que habian de encontrar en Karakorun un platero de Paris, llamado Guillermo Boucher, que habia ejecutado en el palacio imperial una obra ingeniosa, destinada á servir en los dos festines, que el emperador daba por pascuas y en el estío.

Consistia esta obra, segun Rubruk, en un gran árbol de plata, á cuyo pié habia cuatro leones tambien del mismo metal, cada uno de los cuales tenia un recipiente ó gran tazon. Sobre cada uno de estos, habia caños en forma de serpientes doradas, cuyas colas rodeaban el cuerpo del árbol. De una de ellas corria vino, de la otra *caracosmos*, de la tercera ball, y de la última cerasina. Sobre la cima del árbol, y entre los cuatro tazones, habia un ángel de plata, con una trompeta en la mano, que se hacia sonar por medio de los esfuerzos de un hombre escondido en la parte interior. Las ramas, las hojas y los frutos del árbol, todo era de plata. Cuando querian beber, el repostero daba voces al ángel, para que tocara la trompeta; el hombre escondido soplaba por el conducto correspondiente, y el ángel la hacia sonar. Los criados, advertidos por el sonido, hacian correr la bebida, que era recibida en vasos de plata y presentada á los convidados. Este gran árbol, estaba colocado al mediodía de palacio, en cuya direccion tenia este tres puertas, estendiéndose del norte al mediodía, y siendo, en su forma interior, parecido á una iglesia; pues tenia una nave céntrica, separada por dos órdenes de pilares, de las naves laterales. Al lado del norte habia un estrado con dos escaleras, situado en frente del árbol de plata, en que comia el khagan y recibia los presentes de los embajadores. Los hombres se colocaban á la derecha, hácia el occidente, y las mugeres hácia el oriente. Una sola de las mugeres del khagan se sentaba cerca de él, pero no á nivel suyo. (Pl. VII, n.º 1.) Además del árbol de plata, habia construido el industrioso artífice una cruz con un crucifijo del mismo metal, lo cual irritó mucho á los sacerdotes nestorianos, que no

gustaban de crucifijos; tambien habia esculpido una imágen de la santa Virgen, y grabado alrededor la historia del evangelio. Este platero poseia algunos ornamentos, que presentó á los franciscanos, para que los bendijeran, regalándoles un hierro para hacer hostias y un copon de plata, para custodiar el santísimo sacramento. El jueves santo y el domingo de pascua, celebró Rubruk los santos misterios en el baptisterio de los nestorianos, y dió la comunion al pueblo.

Mangu-Khan quiso que los misioneros disputasen con los sacerdotes de las falsas religiones, en presencia de tres secretarios suyos. Rubruk no tuvo que trabajar mucho para confundirlos; pero estas conferencias no produjeron mas resultado, que suscitar murmuraciones contra el emperador, porque ninguno de sus predecesores, segun se decia, habia permitido descubrir los secretos de la religion.

Mangu-Khan no tardó en mandar que Rubruk viniera á su presencia y empezó á hablar, haciendo una especie de profesion de fé. «Nosotros los mongoles, dijo, creemos que no hay mas que un Dios, por el cual vivimos y morimos, y al cual se dirigen nuestros corazones; que asi como habia muchos dedos en las manos, asi tambien habia dado á los hombres muchos caminos para ir al cielo; que habia dado la escritura santa á los cristianos, pero que no la observaban, y que habia concedido adivinos á los mongoles, que hacian lo que aquellos les mandaban, por cuya razon vivian en paz; por último, dijo, que los misioneros habian permanecido en su imperio demasiado tiempo, y que debian marcharse sin tardanza.» Desde entonces no volvió á tener Rubruk ocasion de instruir á este príncipe en las verdades de la fé cristiana.

Los adivinos de que hablaba Mangu, eran los sacerdotes de los tártaros, cuyas órdenes se cumplian sin dilacion.

Su gefe estaba siempre hospedado en la habitacion del khagan, y tenian bajo su custodia los carros destinados para la conduccion de los idolos. Como estaban versados en la prediccion de los eclipses, esplotaban en estas ocasiones la credulidad del pueblo, que viendo realizada su prediccion, les presentaba abundancia de provisiones. Tambien anunciaban los resultados felices ó desgraciados para toda clase de asuntos; no se emprendia, sin consejo suyo, ningun levantamiento de hombres, ni espedicion militar, y eran los que esclusivamente presidian á la purificacion, por el fuego, de los hombres y de las cosas. En el noveno dia de la luna de mayo, tenian costumbre de reunir todas las yeguas blancas que habia en sus haras, para inmolarlas á sus dioses, y entonces distribuian las primicias del kumis nuevo. Los sacerdotes nestorianos tenian la debilidad de asistir, y aun de participar de esta ceremonia, á la que concurrian con sus vestidos sacerdotales. (Pl. VII, n.º 2.) Tambien se llamaba á los adivinos, en el nacimiento de los hijos, para que profetizaran su destino; decidian en caso de enfermedad, si era natural ó resultado de un sortilegio, y para curar al enfermo, se valian de sus pretendidos encantos; se reclamaba su intervencion contra la violencia del frio; y antes que confesar su impotencia, señalaban como causa de ese mal, á algunos desgraciados, á quienes su mentirosa acusacion costaba la vida. Vanagloriándose algunos de tener un horrible comercio con el espíritu de las tinieblas, le evocaban por la noche, para conseguir respuestas á las preguntas que el khagan les hacia y deseaba saber su solucion. Despues de haber colocado en medio de la casa, pedazos de carne cocida, se agitaban, tocando un tamboril, exaltándose á este ruido, y á fuerza de contorsiones, haciéndose despues ligar, en ese estado, decian los adivinos, venia el demonio á ellos, les hacia comer las carnes preparadas, y les daba la respuesta que pedian. A tal estado de degradacion moral habia llegado el pueblo, que los misioneros querian civilizar por medio del cristianismo.

Mangu, al despedirlos, les exigió que aceptasen tres vestidos, entregándoles una carta para S. Luis, en la que, el príncipe mongol, se daba el título de hijo del cielo y soberano se-

ñor, y en la que desmentia á David, enviado de Ilchi-Kathai, y á la regente Ogul-Gaimisch, previniendo al rey de Francia, que si queria merecer sus bondades y obtener su amistad, debia seguir exactamente las leyes del sucesor de Gengis-Khan.

Rubruk se vió obligado á partir solo con un guia y un criado, porque Bartolomé de Crémona no quiso volver á pasar el desierto para restituirse al campamento de Batu. Los únicos frutos de su mision apostólica están reducidos al bautismo de cierto número de niños.

Despues de dos meses de marcha, encontró á Sartak, que se dirigia al lado de Mangu. Si no es cierto, que este príncipe tártaro estaba bautizado, segun anunció á Inocencio IV un sacerdote llamado Juan, que se denominaba capellan suyo, es incontestable, que por sus órdenes, se construia en aquel tiempo una iglesia sobre la orilla occidental del Volga. Este príncipe, tuvo mucha satisfaccion en volver á ver al misionero, á quien entregó dos vestidos de seda, uno para él y otro para el rey de Francia. Rubruk envió ambos vestidos á S. Luis. Luego que llegó al campo de Batu (16 de setiembre de 1254) se apresuró á comunicarle la carta escrita por el khagan á Luis IX, segun le habia prevenido; y despues de un mes, consiguió permiso para marchar. Rubruk atravesó el Cáucaso, la Armenia, la Siria, y llegó á Trípoli el 15 de agosto de 1255, y desde Acre, dirigió al rey de Francia el informe detallado de su viage.

CAPÍTULO III.

Estudio de las lenguas orientales — Sociedad de los hermanos viageros por Jesucristo.— Los papas aumentan los misioneros.— Disposiciones adoptadas por los príncipes tártaros con respecto al cristianismo.

La mision de Rubruk entre los tártaros, nos ha hecho descender hasta el año de 1255: remontándonos á los años anteriores, debemos indicar muchas disposiciones adoptadas, con el fin de procurar la conversion de los infieles.

San Raimundo de Peñafort, de quien ya hemos hablado, despues de haber admitido el cargo de vicario general de los dominicos, procuró realizar diversos proyectos, concebidos con el fin, ya de conservar la pureza de la fé entre los cristianos de Europa, cuyas relaciones con los mahometanos pudieran perjudicarles, ya para hacer anunciar con fruto las verdades del cristianismo á los musulmanes, á los judios, y á los hereges. El P. Touron, dice de este santo «que sus misiones eran continuas en diferentes provincias de España, donde existia un gran número de sarracenos, y persuadió á sus hermanos, para que siguieran su ejemplo en la costas de Africa.

«Para dar nuevas armas á los propagadores de la fé, y hacer así mas eficaces sus predicaciones, empleó dos medios, que produjeron grandes resultados en favor de los progresos del evangelio.

«Rogó á Sto. Tomás de Aquino, cuya reputacion era ya tan grande en la Iglesia, á que escribiera una obra, en que se encontrara una esposicion clara y metódica de las verdades de la religion cristiana, con sus pruebas, y las respuestas á los argumentos de los infieles. El santo doctor, tomó al momento la pluma y escribió sus cuatro libros *de la fé católica*, ó Suma contra los gentiles; (1) obra

(1) El principal objeto que S. Raimundo de Peñafort se proponia con esta obra, era, el de que sirviera á los religiosos encargados de la conversion de los moros y judios espareidos por España. El P. Posevin considera esta obra, como la mejor y mas escelente de cuantas en su género haya podido escribir ningun escritor antiguo ni moderno. La Suma contra los gentiles puede considerarse, como el ensayo importantísimo de la gran Suma teológica. Como existen algunos adversarios, ú hombres demasiado preocupados, que miran como una profanacion, la traduccion de las obras de Sto. Tomás, necesario es consignar aqui un hecho importantísimo, y en el cual se contiene la contestacion mas satisfactoria; tal es la de haber sido traducida la Suma contra los gentiles, en griego y en hebreo, segun se cree, por los cuidados de S. Raimundo de Peñafort. Aun lo ha sido, y en muchos mas idiomas, la Suma teológica, puesto que Máximo Planudes la tradujo en griego, cuya version se conserva en las bibliotecas del Vaticano, en la nacional de Paris, y en la de Venecia. Marsilio Ficco y Demetrio Cydonio hicieron otra version al mismo idioma de otras obras del mismo santo. El P. Rugli la tradujo en chino, De Marande, Hautville, el P. Griffon, Genoude, el abate Drouix y otros, en francés. Nicolás Antonio habla en su *Biblioteca española* de una traduccion castellana; el P. Echad hace mencion de un es_

que S. Raimundo de Peñafort, recibió como un presente del cielo.

«Estaba ademas persuadido, que para alcanzar todas las ventajas que se proponia, era necesario, que los que anunciaban el evangelio á los judios y á los moros, pudieran entender y hablar su lengua, y leer y examinar los escritos de sus doctores. San Raimundo se valió de la confianza con que le honraban los reyes de Aragon y de Castilla, para sugerirlos fundaran dos colegios de Sto. Domingo, uno en Túnez, y otro en Murcia. Aun los infieles favorecieron sus deseos, porque segun dice un autor antiguo, la reputacion de su santidad, era tan grande, que los príncipes moros, y en particular el rey de Túnez, procuraban ser amigos suyos. San Raimundo, por su parte, se aprovechaba de todo, para la propagacion de la fé. Eligió á los maestros mas acreditados de las lenguas orientales, y los religiosos que destinó para este estudio, se dedicaron á él con ardor, haciendo grandes progresos. Con este nuevo elemento, fueron muy considerables los frutos de sus predicaciones y de sus conferencias. Como si los progresos de la religion hubieran estado en cierto modo unidos al conocimiento de las lenguas, se observaba con placer, que en proporcion que nuestros predicadores eran mas instruidos en ellas, hacian gustar mas, y abrazar con mas facilidad todas las verdades que la religion nos enseña. Por esto dijo luego despues el papa Clemente VIII, que S. Raimundo, al establecer el estudio del árabe y del hebreo en las casas de su órden, habia igualmente contribuido á la gloria de España y á la de la Iglesia, con la conversion de una gran multitud de gentiles.

«El siervo de Dios, escribiendo en 1256 al P. Humbert, quinto general de su órden, no temia anunciar, que habia ya mas de diez mil sarracenos, entre los cuales existian muchos distinguidos por su saber, que habian pedido la gracia del bautismo. Siguiendo este ejemplo, y tomando por modelo los establecimientos de que acabamos de hablar, mandó el concilio general de Viena, celebrado en el siglo siguiente, «que en lo sucesivo hubiera «en el colegio romano, y en las universida-«des de Paris, Oxford y Salamanca, profe-«sores públicos, encargados de la enseñanza «de las lenguas orientales, para facilitar la «conversion de los infieles.»

Juan el Teutónico, cuarto vicario general de los dominicos, no se limitó á dispensar toda su proteccion á los establecimientos formados por S. Raimundo de Peñafort en los estados de Murcia y de Túnez, para iniciar á los jóvenes religiosos en el estudio de las lenguas orientales; sino que influyó, para que en la provincia de España se estableciera un curso especial de árabe. Efectivamente, el capítulo general de los franciscanos, celebrado en Toledo en 1250, decretó el establecimiento de una cátedra de árabe, en el convento de dominicos de Mallorca, á fin de que todos los religiosos, que se destinaban á las misiones, se familiarizasen con la lengua de los pueblos que debian evangelizar. Los franciscanos, aplicándose desde entonces al estudio de este idioma, pudieron esponer, sin necesidad de intérpretes, las verdades del cristianismo á los pueblos mahometanos, y á que fuesen aceptadas por otros muchos infieles (1).

Inocencio IV, en 1252, tuvo el pensamiento de formar un cuerpo de misioneros, cuyos individuos sacados de las dos familias de S. Francisco y Sto. Domingo, fuesen siem-

(1) El baron de Henrion, que tan pródigo se muestra en espresar las citas de donde ha tomado las noticias, con que enriquece su admirable trabajo, pudo hacer mencion del autor, de quien en nuestro concepto, ha tomado las relativas á la proteccion dispensada al estudio de las lenguas orientales para la propagacion del cristianismo. El P. Cañes, franciscano español, tan célebre por sus trabajos apostólicos en las misiones de Damasco, como por su profundo conocimiento en la lengua y literatura árabe, nos dá en su prólogo al Diccionario español-latino-arábigo, cuantos datos pudieran desearse, sobre el estudio de los idiomas orientales, en las casas de su órden y en las universidades de España.

critor anónimo, que tradujo al mismo idioma la primera parte de la Suma, y en Italia y otros muchos paises, son conocidas las traducciones, que poseen de la Suma y otros tratados de Sto. Tomás. Solo en España no se ha publicado un trabajo tan importante.

pre tan numerosos, como llenos de celo. Este cuerpo recibió un nombre, que espresaba su fin: tal fué el de *Sociedad de los hermanos viageros por Jesucristo*, y tuvo en su seno obispos y arzobispos, á quienes la santa sede confirió grandes facultades.

Los religiosos inscriptos, debian esparcirse en las tierras de los idólatras y musulmanes, para predicar en ellas la fé católica. De los diplomas espedidos por diversos pontífices, consta la manera admirable con que desempeñaron su mision.

A ruegos de S. Luis, que buscaba con ardor todos los medios de propagar el cristianismo, ordenó Inocencio IV, en 1253, que un gran número de religiosos marcharan al oriente, á fin de instruir á los paganos, y á los mahometanos, hacer volver á la unidad á los hereges, y sostener la fé de los cristianos cautivos. Encargó á su legado, el cardenal Odon, eligiera de las dos órdenes, de franciscanos y dominicos, hombres de piedad y de saber, que fuesen elevados al episcopado, y estuviesen revestidos de la autoridad necesaria, para conceder á los cristianos de la Tartaria, las dispensas convenientes sobre ayuno y matrimonio. Además de las instrucciones dadas al legado, encargó el papa á los generales de ambas órdenes, remitieran al oriente gran número de misioneros, y confirió á estos apóstoles, diversos privilegios, tales, como promover á las funciones de acólito, dispensar irregularidades, absolver á los asesinos sacrílegos, fundar iglesias, rehabilitar las profanadas, nombrar servidores para ellas, y autorizar á los infieles y cismáticos convertidos, para la conservacion de sus esposas. Exhortó especialmente al provincial de los dominicos de Polonia, para que enviara un gran número de sus hermanos, entre los rutenos, los daneses, los búlgaros, los comanes, los sirios, los iberos, los alanos, los gazares, los godos, los jacobitas, los nubianos, los nestorianos, los georgianos, los armenios, los indios, y demás pueblos paganos, para que se dedicáran á su conversion. Los dominicos, fieles á su vocacion, se dispersaron al punto en el norte de Europa y de Asia.

Inocencio IV autorizó á los misioneros de Polonia, para que llevaran el sombrero, el calzado, y los guantes, de color encarnado, del mismo modo que los cardenales, á quienes ya habia concedido el sombrero de color rojo en el concilio general de Leon; emblemas elocuentes con que significaba, que los dominicos polacos, estaban prontos á derramar su sangre por la Iglesia, y que estaban abrasados del mayor celo por la propagacion del evangelio. El dominico Fr. Benito y sus compañeros, recogieron gran cosecha espiritual entre los comanes, á donde fueron enviados por disposicion del capítulo general celebrado en Buda, en 1254. No fueron menores los resultados que obtuvieron otros dominicos en Tracia y en Georgia. Fray Anselmo, revestido con el título de legado, penetró en el fondo de la Persia, con otros muchos compañeros, donde, despues de haber convertido á muchos idólatras, fueron presos y degollados en 1255, ejercitando su ministerio apostólico.

Alejandro IV, escribió en el año siguiente al provincial de los dominicos de España, para que enviara hermanos suyos á las tierras de los musulmanes, y á Túnez, en África, concediendo muchos privilegios á los misioneros que se encargaran de esta empresa. Los deseos del soberano pontífice quedaron realizados con la remision de dominicos, tan sábios como virtuosos, á Murcia, Granada, etc., y aun á Berbería, diciendo de ellos las crónicas de la órden, «que brillaron como estrellas, en medio de las tinieblas de la infidelidad.» La conversion de diez mil musulmanes, resultado de sus esfuerzos, es el mejor testimonio de la fecundidad permanente de la Iglesia. Además de esto, atrajeron á su seno á muchos apóstatas, y sostuvieron la fé de los cristianos esclavos de los mahometanos. Estanislao de Cracovia, provincial de los dominicos de Polonia, recibió de Alejandro IV, las mismas instrucciones que el provincial de España.

Este papa, de tal modo se interesaba por

la estension del reino de Jesucristo, que sin cesar estimulaba el celo de franciscanos y predicadores, por medio de la concesion de nuevos privilegios. Los religiosos, á quienes así abria la carrera de las misiones, se lanzaron á ellas con un ardor generoso, felicitándose de las fatigas y tribulaciones que soportaban por la gloria de Dios.

Del diploma conferido en 1258 á los franciscanos, consta, que sus misioneros se encontraban en todas partes al lado de los dominicos, porque el papa encabeza así este diploma. « A nuestros muy queridos hijos de la órden de S. Francisco, en las tierras de los sarracenos, de los paganos, de los griegos, de los búlgaros, de los comanes, de los etiopes, de los siros, de los iberos, de los alanos, de los gazares, de los godos, de los ziques, de los ruthenos, de los georgianos, de los nubios, de los nestorianos, de los jacobitas, de los armenios, de los indios, de los mostelitas, de los tártaros, de los húngaros, de la gran Hungría, de los turcos, y de las demás naciones infieles del oriente, ó en cualquiera otro territorio: » enumeracion que nos enseña cuántos paises diferentes abrazaba el celo por la propagacion de la fé.

Los tártaros eran los pueblos mas poderosos, de los mencionados por Alejandro IV.

Hulagu, hermano de Mangu-Khan, enviado al Asia occidental en 1255, se señaló por la destruccion de los ismaelitas y por la toma de Bagdad, que puso fin, en 1258, al poder de los califas. Estaba casado con una nestoriana, y trataba bien á los cristianos. En su propio campamento de la llanura de Mughan, habia erigido un oratorio, que servia para la celebracion de los oficios de armenios, siros y georgianos. El campamento de Hulagu, llegó á ser en la Persia un centro de gobierno, casi independiente del gran imperio Mongol.

Otro tanto puede decirse del campamento de Bereka, sucesor de Batu, y por quien fué horriblemente asolada la Polonia. Sadoc, enviado por Sto. Domingo para predicar á Jesucristo en la Hungría, gobernaba una piadosa colonia de hermanos suyos en Sandomir, cuando se verificó en 1260 esta segunda irrupcion de los tártaros. Bzovio refiere, que la gloriosa prueba reservada á estos dominicos, les fué revelada de la manera siguiente. El novicio, que en la víspera de su muerte, leia el martirologio en el refectorio, vió grabadas en él, con letras de oro, estas palabras. « En Sandomir, el suplicio de cuarenta y nueve mártires. » Vacilando si las leería ó nó, concluyó por pronunciarlas en alta voz. Asombrados Sadoc y los demás padres, quisieron ver el libro; pero las letras se desvanecieron entre sus manos; el prior dijo entonces á sus religiosos: «Hermanos mios, estas letras, divinamente trazadas, son un aviso del cielo, y no han sido puestas en vano ante los ojos de este inocente novicio. El autor de la vida y de la muerte, nos invita así, á que nos preparemos para ganar mañana la vida que no concluye; ninguno deje, pues, de fortificarse para recibir el dulce y santo viático. El tártaro nos quitará la vida, pero una vida mortal, pasagera, llena de dolores; y en cambio nos será concedida por Jesucristo, rey de los mártires, una vida eterna y llena de felicidad. » Al dia siguiente, los tártaros tomaron por asalto á Sandomir. Sadoc reunió en la iglesia á todos sus hermanos; cantaron la antífona *Salve Regina* y los bárbaros los sacrificaron, en el momento en que celebraban las alabanzas de Dios, que los habia hecho dignos de la palma inmortal. (Pl. VIII, n.º 2.)

Sadoc y sus cuarenta y nueve compañeros fueron en seguida honrados como mártires; Alejandro IV aprobó su culto, para la ciudad de Sandomir, y Pio VII le hizo estensivo para toda la órden de dominicos. No fué menos gloriosa la muerte de otro misionero. Era un príncipe de Hungría, que habiendo llegado á una edad avanzada, y fatigado con el peso de las dignidades humanas, cambió las insignias de la soberanía por el hábito de Sto. Domingo, y se consagró á predicar el evangelio entre las naciones bárbaras. El prior del convento, donde residia este anciano misionero, viendo que



Les quarante neuf martyrs de [illegible]



los tártaros invadieron la Hungría, pensó en alejarse con sus hermanos como medio de evitar la muerte. El buen religioso le rogó le permitiera quedarse para custodia del convento y de la iglesia; añadiendo, para vencer su oposicion, que ya era un viejo, y que si los tártaros venian á matarle, la muerte de un anciano inútil no podia perjudicar en nada á la órden. Sus instancias triunfaron de la resistencia del superior. Se dedicó á fortificar en la fé á los fieles de la ciudad; á administrarles los sacramentos, disponiéndolos tambien á recibir, por amor de Dios, y sin temor, la muerte que les podrian causar los enemigos de la religion católica. Algunos dias despues volvieron sus hermanos al convento, y encontraron al santo anciano tendido delante del altar mayor, bañado en sangre, con los brazos cruzados, con el cuerpo atravesado á lanzazos, y toda la cabeza destrozada. (Pl. VIII, n.° 2.) Los mongoles, testigos de tanto heroismo, se mostraron insensibles. Bereka acabó por abrazar el islamismo con una parte de sus pueblos, y haciéndose cada vez mas enemigo de los cristianos, persiguió á los príncipes de su sangre, que mandaban en el mediodía y seguian la antigua creencia de los tártaros, preparándoles así á aliarse con el sultan de Egipto. Despues de la muerte de Mangu-Khan, Kublai, hermano de este emperador y de Hulagu, fué proclamado khagan, en 1260; el cual unió el Mangy, es decir, la China meridional, al Katay ó norte de la China. Tambien ensayó este príncipe la conquista del Japon, pero sin obtener mas resultados que la destruccion de su flota. Mas felices fueron los que obtuvo en otros puntos, pues hizo tributarios al Tong-King, á la Cochinchina, al Pegú; dominó el Tibet y los paises que separan el curso del Ganges, de los rios del Asia oriental. Nada nos puede dar á conocer mejor á Kublai y á su imperio, que el viage del veneciano Marco Polo, del cual daremos algunas noticias, tomadas de Klaproth.

El comercio, origen de la prosperidad veneciana, atrajo á Constantinopla á Nicolás y á Marco Polo, hácia los años de 1250. En 1256 se dirigieron al khan de los tártaros, que ocupaba las riberas del Volga; pero la guerra los obligó á dejar precipitadamente el territorio de Bereka, y pasaron á Boccara, hácia el sud-este del mar Caspio. Su comercio los hizo detenerse en este territorio, por espacio de tres años; estudiaron la lengua y costumbres de los tártaros, y se decidieron á marchar cerca del Kublai.

Marco Polo nació algunos meses antes que Nicolás y Marco marchasen de Venecia, y cuando volvieron á su patria, despues de veinte años de ausencia, el jóven veneciano, que perdió á su madre desde su infancia, conoció por primera vez á su familia. Como los dos viageros manifestaron la necesidad de volver al Asia, Marco Polo quiso seguirlos. Este penoso viage de los venecianos duró tres años, pues no llegaron á la residencia de Kublai sino hasta fines de 1274.

Marco Polo fué destinado al servicio de khagan; los intereses del imperio y los grandes viages, ocuparon los mejores años de su vida. Despues de haber recorrido las islas y riberas del mar de las Indias, volvió á Europa en 1295, y contribuyó, junto con los misioneros, á llamar la atencion de los occidentales sobre regiones, que ningun europeo habia observado antes que ellos. Al pintar las costumbres de Kublai, Marco Polo describe tambien las de todos los pueblos tártaros. La caza es la primera diversion de esta nacion guerrera. Los tártaros adiestran á los halcones y otras aves de presa, para que persigan á los animales mas débiles; traillas numerosas de perros acometen á los jabalíes, á los osos y á los ciervos; hacen lo propio con los leones y los tigres, y aun se les enseña á combatir á otros animales. Los camellos conducen los bagages al campo. En sus ejércitos, introducen los elefantes cogidos al enemigo, y el soberano toma de los pueblos vencidos, los medios de aumentar sus fuerzas. El reino de Kublai, ofrece un fenómeno muy notable. Se veia al soberano de una gran parte del Asia, mandar á la vez á las naciones, que estaban mas civi-

lizadas y á las que estaban mas degradadas; proteger aqui las artes de la paz, sostener allí toda la actividad guerrera, dulcificar á unos pueblos vencidos, y desencadenar contra otros sus ejércitos victoriosos.

Los progresos de la civilizacion, estaban contrariados sin cesar por las costumbres primitivas, que solo podia corregir la religion católica; asi es, que el contacto de estas tribus, semi-errantes y belicosas, con una nacion pacifica, y en cierto modo culta, jamás pudo producir la fusion de ambos pueblos. Los tártaros conservaron sus armas y sus costumbres, en medio de las nuevas conquistas; pero respetaron los usos de los vencidos, adoptaron una parte de sus goces, protegieron el ejercicio de las artes que ellos no cultivaban, y se creyeron interesados en mantener la prosperidad del imperio, que habian sometido. El khagan dividió en nueve gobiernos el territorio de Mangu, y confió tres provincias á sus hijos, las demás á sus principales gefes, y Marco Polo estuvo, por espacio de tres años, encargado de desempeñar uno de estos gobiernos. Este elevado empleo le facilitó los medios de conocer todos los resortes de la administracion y todos los recursos del imperio, de una parte de los cuales, se ocupa en su obra. Indica el sistema monetario, adoptado en los estados del khagan, consistente en monedas de corcho, que eran las mas usadas, empleándose tambien en muchas provincias, para los cambios, el oro, la plata, las conchas, y pedazos de sal. Tambien habla de los trabajos emprendidss para abrir comunicaciones entre todas las partes del imperio, ya abriendo canales, que unian entre si á los grandes rios y prolongaban la navegacion interior, ya haciendo caminos, que partian de la capital á los paises lejanos, y en los cuales habia casas construidas de distancia en distancia, con tiros dispuestos ya para los correos ó enviados, á quienes el gran khagan encargaba alguna mision, ó ya para los que se dirigian á él

Para el paso de los rios, habia establecido barcas. Kubly mandó plantar árboles en los caminos; y en los desiertos estériles, hizo poner hitos de piedra que fueran señal de la direccion. Velaba por las necesidades de los territorios desvastados por un azote cualquiera, y distribuia provisiones á los pobres de de su capital; recogia anualmente mas de veinte mil niños abandonados, de cuya educacion se encargaba, haciendo que los ricos adoptaran una parte, y destinando los demás á su inmediato servicio ó al ejército. Los impuestos sobre el comercio, formaban la parte principal de las rentas del khagan, y además recibia otros tributos, que le ofrecian los gefes, en señal de homenage, en las principales festividades del año. Caballos, ricas telas, piedras preciosas, todo cuanto el afecto ó la ambicion pueden ofrecer al soberano, ya en testimonio de celo, ya por conseguir su privanza, aumentaban los recursos durante la guerra, ó contribuian al esplendor de su corte. El monarca, á su vez, esparcia los tesoros recibidos, y este cambio de servicios y de liberalidades, llegó á ser el primer vínculo de la obediencia y del poder. Las descripciones de Marco Polo, son mas detalladas respecto de las capitales de Kathay y de Mangy. Hace notar en la primera, todas las costumbres de un pueblo conquistador, y en la segunda, todas las relativas á las artes de la paz. Quinsay está situada á la orilla de un gran rio, cortado por numerosos canales, estendiéndose por lo interior un gran lago, en que sin cesar circulan gran números de barcas. Toda la industria de Mangy se refleja en esta capital, habitada por un pueblo disipado, que echando de menos la independencia que no ha sabido conservar, procura, ó sacudir su yugo, ó ganar á sus vencedores con la esperanza de conseguir la libertad, si puede hacer á sus dueños partícipes de sus costumbres. Kublai, despues de haber conquistado un estado floreciente, procuró no destruir sus riquezas; favoreció las relaciones del comercio, y las estendió á las provincias del mediodia, que eran las mas industriosas y fértiles, hácia las islas productoras de especias, hácia la ribera de la Co-

chinchina, y hácia la península de Malaca. Cuando Marco Polo recorrió estos territorios, se presentaron á sus ojos otras muchas producciones, que no consistian en verdad, en pieles variadas, riqueza propia de las comarcas del norte, sino en tisúes de seda y oro, obras maestras de la industria oriental, y porcelana finísima, esmaltada con las mas vivas pinturas. Una naturaleza fecunda, ha cubierto con preciosos vegetales las riberas y las islas del mar de las Indias; el vino está sustituido por el jugo de un árbol; la palma dá su leche, el árbol del pan, nutre á los habitantes que se embriagan con las hojas del betel (1), refrescan con la goma de la almáciga, y aumentan el sabor de los alimentos, con el uso de estimulantes variados. Todo cuanto puede servir para escitar el gusto, abunda en estos climas, de los cuales lo estraen todos los pueblos, difundiéndose en las naciones civilizadas. La tierra, revestida con tan ricos ornatos, en estos territorios equinocciales, encierra tambien en su seno nuevos y multiplicados tesoros. El topacio, la amatista, y la esmeralda, están allí confundidos con los záfiros de Ceylan, con los diamantes de Golconda, con los rubíes de las montañas del nacimiento del Ganges; la perla, en fin, se pesca en las playas de Ceylan y de Ormuz. Todas estas producciones del mar, y de la tierra, son importadas á otros paises, estendiéndose el comercio de la India, como una cadena inmensa, por los estados de Kublay, riberas del golfo Pérsico, del mar Rojo, costas de Africa y de Madagascar. Marco Polo señala esta isla como límite de la navegacion de los asiáticos de la edad media (2). En muchos lugares de su tránsito observó el fenómeno de los monzones (1), que ya le arrastraban hácia los lugares que queria recorrer, ya le obligaban á suspender por algunos meses la ruta que se habia propuesto. Sin llegar hasta Madagascar, entró en el golfo Pérsico, desde las riberas del Indus, por que sabia, que haciendo vela á esta isla, los buques navegan con mas rapidez que á su vuelta, y que serian conducidos hácia el mediodía por una corriente mucho mas impetuosa, si avanzáran mas allá de Madagascar; observacion que esplica muy bien la razon de el por qué los antiguos navegantes no llegaron á descubrir la parte meridional del Africa (2). Una infinidad de pruebas habian dado á conocer, que los barcos arrastrados al mediodía de Madagascar, no habian encontrado tierra alguna en esta direccion, y que delante de ellos se abria un abismo inmenso. Los que escaparon de los riesgos de esta navegacion, y á quienes el monzon de la primavera hubiera podido atraer hácia las Indias, desanimaron á los viageros, que deseaban arrostrar estos peligros. Los procedimientos, la navegacion, y las diferentes clases de buques conocidos de los asiáticos, están indicados en las observaciones de Marco Polo. Los que bogan en el lago de Quinsay, y en los rios ó canales de Mangy, son botes anchos y sin carena, y calan poco fondo; los que frecuentan las riberas del imperio, en el mar de las Indias, tienen cuatro mástiles y nueve velas, y un doble puente para el alojamiento de los pasageros, con capacidad para trescientos hombres. Los buques de Ormuz, calan menos agua; su forma es mas ligera; no tienen mas que un mástil y una vela; sus piezas están unidas por tiras de corteza, y se destrozan con mas faci-

(1) Betel, planta de la familia de las enredaderas, que es muy cultivada por los indios, á causa del frecuente uso que hacen de sus hojas. Continuamente las están masticando por el buen olor y hermoso color, que prestan á los lábios, habiendo venido tal vez de esto, la costumbre en que están, de no presentarse nunca en sus visitas de cumplimiento y respeto, sin llevar estas hojas en la boca y en las manos, y de ofrecerlas, en señal de obsequio, á las personas que se ausentan, metidas en bolsitas de seda. Dicen que sirve tambien para fortificar el estómago y las encías.

(2) Los genoveses y venecianos, segun refiere Chateaubriand, hacian el comercio de la India y de la China en carabanas que partian por diferentes caminos. Pegoletti nota con la mayor prolijidad las paradas de una de las rutas seguidas en 1353. Despues de Marco Polo, florecieron Oderico, Mandeville, Clarifo, Josafat, Bárbaro, y otros que acabaron de descubrir el Asia.

(1) Viento reglado y periódico, que sopla en algunos mares, particularmente en el de la India, algunos meses de una parte, y los demás de la opuesta. — (Diccionario de la Lengua.)

(2) La obra de Marco Polo, fué en su tiempo la guia de todos los mercaderes del Asia y de todos los geógrafos de Europa.

lidad en el curso de su navegacion. Marco Polo, hace mencion de muchos lugares del mar de las Indias, en que no se vé la estrella del norte, guia de los navegantes; designa los lugares en que aparece; los en que se eleva mas ó menos sobre el horizonte; indica aproximativamente algunas latitudes, pero no hace mencion de la brújula; silencio que podria dar lugar á creer, que los orientales no conocian su uso, por mas que la tradicion les haya atribuido este descubrimiento, con que los pueblos del occidente han querido honrar tambien á un habitante de Amalfi.

El veneciano, antes de terminar sus relaciones marítimas sobre estas islas, en que las ocupaciones de la pesca separan á los hombres y á las mugeres, durante una parte del año, pinta las emboscadas de los piratas contra los navegantes en los mares de Guzurate; describe las playas de Socotora, en que gran número de hombres se dedica á la pesca de la ballena. En esta parte de su obra, se encuentran algunas tradiciones fabulosas sobre objetos, que él no habia observado por sí mismo. Así, coloca al mediodia de Madagascar, el pájaro roc, cuya fuerza exagera, haciendo superior la estension de sus álas á la de las del condor, que parece haber servido de tipo para esta descripcion. Las maravillas del norte corresponden á las del mediodia, en cuyo aire nebuloso levantan su vuelo los grifos, y se precipitan sobre su presa. Los tenebrosos inviernos de las regiones boreales, están representados como si fueran una noche eterna: hordas vagabundas acuden á despojar á sus habitantes; la miseria de estas comarcas salvages, ó el miedo que hay de penetrar en ellas, las hace inaccesibles, y la credulidad las ha considerado como el pais de los mónstruos, en tiempos en que se adoptaban sin exámen estas narraciones maravillosas. De estas tradiciones inverosímiles, que Marco Polo refiere sin garantizarlas, pasa á ocuparse de los sucesos históricos de los últimos tiempos que pasó en el Asia, sucesos que mas vivamente debian interesar á sus contemporáneos. La Europa veia un principio de seguridad para ella, en las guerras y revoluciones que destrozaban la inmensa familia de los tártaros.

CAPÍTULO IV.

Religiones de los paises situados al mediodia, conquistados por el emperador Kublai: 1.º Religion de la India.

Kublai, desde su advenimiento al trono, se fijó en la eleccion de la religion que intentaba hacer abrazar á todos sus pueblos. Para comprender mejor la conducta de este príncipe, cuyas conquistas se estendieron á la India y la China, debemos primeramente echar una mirada sobre las creencias dominantes en estos paises. Hablaremos de la India, en que una nueva escuela, desdeñando el testimonio del *Génesis*, y fijando en otro lugar la cuna de la humanidad, ha pretendido encontrar el origen de las antiguas tradiciones, el foco de la civilizacion primitiva, y el principio de todas las religiones.

M. Guigniaut, dice: «Si hay algun territorio sobre la tierra, que con justicia pueda reclamar el honor de haber sido cuna de la humanidad, ó al menos teatro de una civilizacion primitiva, cuyos desenvolvimientos sucesivos hubieran llevado á todo el mundo antiguo, y quizá mas allá, el beneficio de las luces, que es la segunda vida de la humanidad; si hay alguna religion, que se esplique, como por sí misma, por las impresiones poderosas de la naturaleza, y por las libres inspiraciones del espíritu, cuyas formas sencillas y sublimes, cuyas concepciones simples, y al mismo tiempo profundas, cuyo vasto y atrevido sistema espliquen á su vez, y con cierto éxito, los dogmas y los símbolos religiosos de la mayor parte de los demás pueblos, esta religion es seguramente la de la India: religion, que aparece viva aun, sobre las orillas del Ganges, con sus sacerdotes, sus altares, sus libros sagrados, sus poesías, sus usos y sus doctrinas. La India, siempre antigua y siempre nueva, está de pié sobre sus propias ruinas, como un foco eternamente luminoso, en que vienen á con-

centrarse los rayos esparcidos, que durante mucho tiempo han ilustrado ó fascinado el mundo.» M. Panthier, dice tambien: «La India, con su lengua sanscrita, tan sábia y tan metafísica, con su idea religiosa, tan profunda y tan sublime, con su pensamiento filosófico tan abstracto y tan atrevido, con su imaginacion tan poética y tan gigantesca, con su naturaleza tan maravillosa y tan fecunda, se nos presenta como el grande y antiguo foco del pensamiento humano, como el punto central y radiante de este vasto círculo de ideas filosóficas y religiosas, de idiomas admirables en consanguinidad, que ha envuelto la alta Asia, y que ha concluido por abrazar casi á todo el mundo antiguo. Efectivamente, sobre las elevadas llanuras del Asia, es donde ha sido primitivamente arrojado el enigma del género humano; de allí es de donde ha partido el gran rio de la civilizacion, antes de cubrir la Europa, y antes de dejar detrás de sí inmensos desiertos de arena.» Segun este autor, la cadena del desenvolvimiento humanitario «tiene su último anillo en la India, y hasta allí es á donde la ciencia humana ha podido remontarse.» De estos pasages se podria deducir, lo que proclaman los protestantes panteistas de Alemania, á saber: que los dogmas fundamentales de la religion católica son restos mal comprendidos de la mitología hindúa. Los estudios orientales, que han disipado las objeciones suscitadas por el siglo XVIII, reducen á su justo valor estos enmascarados recuerdos de Voltaire y de Bailly, obras impotentes de un sistema gastado, que se pretende resucitar. M. de Valroger, dice: «La revelacion primitiva ha sido demostrada por la universalidad de las tradiciones, como el mundo primitivo lo ha sido por los fósiles: las naciones muertas, las literaturas sepultadas, se han levantado de su polvo; la palabra ha sido devuelta á los pueblos mudos, y la vida á los siglos muertos; y todos han venido á deponer con unanimidad en favor de la antigüedad y veracidad de nuestras santas escrituras, rindiendo homenage al Dios eterno de la cruz.»

La hipótesis que coloca en la India la cuna del género humano, y que hace proceder del brahmanismo la civilizacion de casi todos los pueblos, se apoya únicamente en las analogías y semejanzas que existen entre los usos, las doctrinas, las mitologías, etc., de los hindos y los de las demás naciones. M. de Valroger, dice: «Pero estas analogías y estas semejanzas se esplican muy bien de otra manera; no suponen mas que la unidad de orígen de todos los pueblos, la identidad del espíritu humano en todos los puntos del globo, y algunas comunicaciones sucesivas. Las familias patriarcales, que se esparcieron por el globo, despues de la confusion de Babel, no perdieron la memoria y llevaron consigo un fondo comun de usos, de creencias y de tradiciones históricas y religiosas. Este fondo primitivo debió conservarse y modificarse en todas partes, casi de la misma manera, y bajo la influencia de las mismas inclinaciones intelectuales y morales. Si añadimos á esto las relaciones de todo género, que en distintos tiempos, han tenido los diversos pueblos, no tendremos necesidad alguna de suponer, contra todos los monumentos históricos mas seguros, que el Indostan es el centro primitivo, que ha irradiado á todo el género humano en todos sentidos, con una antigüedad quimérica.» No puede dudarse, que la region septentrional de la India fué principalmente poblada por los descendientes de Japhet. La tradicion de la creacion, la del diluvio, y el conocimiento del verdadero Dios, debieron conservarse entre ellos de raza en raza, pero al fin se debilitaron y oscurecieron. Es tambien cierto, que los hijos de Cham han poblado la region meridional, y estos fueron los que alteraron los dogmas primitivos, mucho mas que los de Japhet, y los que agregaron á las tradiciones de los antiguos patriarcas, el culto y las fábulas de la idolatría. El brahmanismo es un resto del protestantismo antiguo, y por consiguiente, su sustancia primitiva emana de esta religion patriarcal, cuyo desenvolvimiento, es el catolicismo. No es pues de estrañar, que conserve aun algun vestigio de los dogmas de la palabra y del culto, trasmiti-

dos de Adan á Noé y de Noé á todos los pueblos, del mismo modo que las heregías modernas, en su fondo, contienen mas ó menos los dogmas, la moral y el culto católico, tristemente desfigurados. Si un pueblo primitivo como los hindos, no hubiera conservado ningun recuerdo de la religion revelada desde el orígen del mundo, los racionalistas se hubieran apresurado á deducir, que esta religion no ha iluminado la cuna de la raza humana, como nosotros lo creemos.

El cuerpo completo de la teología índica, de sus leyes y literatura, está contenido en los *Vedas*. Los cuatro libros maravillosos de que consta, son obra, dicen, del dios Brahma, que los escribió por su propia mano sobre hojas de oro, y cuya inteligencia reveló á los cuatro famosos *munys*, ó penitentes, á quienes los confió, encargándoles que los esplicaran á los brahmanes. Vaisampayana, el primero de estos personages, recibió el Yajur-Veda; Paila, el Rig-Veda; Jaimini, el Sama-Veda, y Sumantu, el Atharva-Veda. No podemos fijar con precision la época de estos libros, y solo sabemos que han sido citados en el *Ramayana*, que el sábio Gaspar Gorresió hace subir el siglo XIII antes de Jesucristo. Los Vedas son muy voluminosos, están escritos en el estilo mas metafórico y elevado, y en muchos pasages, son confusos y contradictorios en apariencia. El brahma Ram-Mohon-Roy, de quien es este juicio, añade, que hace mas de dos mil años (por consiguiente, nada mas que dos siglos, antes de Jesucristo), que Uyasa, reputado el mas grande de los teólogos, de los filósofos, y de los poetas hindos, reflexionando sobre las perpétuas dificultades que nacian de estos orígenes, hizo un compendio completo del todo, conciliando tambien los textos, que parecian estar en contradicion. Dió á esta obra el nombre de *Vedanta*, palabra compuesta de otras dos sanscritas, que significan *la solucion ó el fin de todos los Vedas*. El *Vedanta* continuó siendo muy reverenciado por todos los hindos; y en vez de reproducir los argumentos contenidos en los Vedas, se le está siempre dando la misma autoridad. Como este libro está envuelto en las espesas ondas de la lengua sanscrita, y como los brahmanes se reservan su esclusiva interpretacion, ha sido muy poco conocido del público, aunque haya sido frecuentemente citado, y desde entonces, solo un pequeño número de hindos se conformó con sus preceptos (1). Los hindos, segun ya hemos dicho, tuvieron en su orígen, como todos los pueblos que mas tarde fueron idólatras, un conocimiento del verdadero Dios; pero este conocimiento, privado de la antorcha de la revelacion, se oscureció poco á poco, concluyendo por llegar á ser inperceptible, en medio de las tinieblas del error, de la depravacion y de la ignorancia. Confundiendo al criador con la criatura, se formaron divinidades quiméricas y monstruosas, á quienes se rendian homenages dignos de los atributos estravagantes con que su imaginacion les habia dotado. Los brahmas modernos son tanto mas acreedores á la reprobacion, cuanto que han hecho todo lo que les ha sido posible para desfigurar la religion primitiva, cuyos depositarios se constituyeron, y que por imperfecta que aquella fuera, estaba lejos de tener ese carácter de monstruosidad, que adquirió en manos de sus avaros é hipócritas intérpretes. Esta religion no es mas que una palanca, de que se sirven con destreza, para concitar á su placer las pasiones de un pueblo crédulo, y hacerlas servir en provecho suyo. La imagi-

(1) El estudio del sanscrit y de los dialectos asiáticos, á que, con éxito tan feliz, se han consagrado en este siglo muchos hombres eminentes, nos han dado á conocer los monumentos literarios de la India, por medio de la publicacion de sus libros de religion, poesía, artes, etc. El Dr. Max-Muller ha publicado, bajo la proteccion de la compañia de las Indias, la edicion completa del Rig-Veda, ó Veda de los himnos; M. Langlois, miembro del Instituto, ha publicado en Paris, en 1848, 49 y 50, el Veda poético, con la traduccion francesa; MM. Wilson y Stevenson han dado á luz en Inglaterra, el Sima-Veda ó Veda de los cantos litúrgicos; lo mismo ha hecho en Leipsik, M. Benfey; y M. Roth, profesor en Gotinga, ha ofrecido al público, en 1848 y 49, los repertorios de Exégesis mitológicas; indispensables para la interpretacion de los Vedas. Aun pudiéramos citar otros muchos trabajos de este género, como la traduccion del Yadjur-blanco, debida á Weber, profesor de la universidad de Berlin. Sensible es que en España no haya cátedra de sanscrit, y que estén tan poco concurridas las de las demás lenguas orientales.

nacion de los hindos, es de tal temple, que solo puede ser movida por móntruos; los objetos comunes no hacen la menor impresion en su espíritu; y para llamar su atencion, es preciso crear gigantes ó pigmeos. Los brahmas, que han estudiado profundamente el carácter é inclinaciones de sus conciudadanos, han conocido, que todo cuanto es raro y estraordinario, que todo lo que traspasa los límites naturales, era lo mas propio para satisfacer sus afecciones, y nada han economizado para emplearlas en su obsequio. En vez de amoldar las costumbres nacionales al yugo de la religion de sus antepasados, han forjado un simulacro de religion, acomodado á esas mismas costumbres.

«He observado, dice Ram-Mohon-Roy, que muchos europeos, en sus escritos y en sus conversaciones, esperimentan el deseo de paliar y dulcificar las formas de la idolatría índica, y que han llegado á creer, que todos los objetos del culto son considerados por sus adoradores, como representaciones emblemáticas de la divinidad suprema: si así fuera, yo examinaria este asunto; pero la verdad es, que los hindos de nuestros dias, y lo mismo puede decirse de los del siglo XIII, no consideran esto de la misma manera, sino que creen en la existencia real de dioses y diosas innumerables, que poseen, en sus distintas atribuciones, un poder entero é independiente. Para que les sean propicios estos dioses, y no el verdadero Dios, han erigido sus templos y practican las ceremonias de su culto. No ofreciendo esto duda, resta solo probar, que cada rito se deriva de la adoracion alegórica de la divinidad verdadera, pero esto está hoy completamente olvidado, y aun es una heregía, en concepto de la multitud, pronunciar su nombre.» Ram-Mohon-Roy, para defender la fé de sus antepasados, desnaturalizada por la práctica particular de la idolatría índica, se ha dedicado á hacer notar la verdadera significacion de los libros sagrados de la India. Segun él, el *Vedanta*, que es la obra mas célebre y mas reverenciada de la teología brahmánica, establece, que el ser supremo es uno, y que él solo, es el objeto de la veneracion y del culto. Nosotros vamos á citar estas últimas líneas:

«El *Veda*, (se llama indiferentemente, el *Veda ó los Vedas*, como se dice, la escritura santa ó las santas escrituras) empieza y acaba con los tres misteriosos y particulares epítetos de Dios, á saber: 1.º *Om*; 2.º *Tat*; 3.º *Sat*; el primero significa: «*Este*, Ser, «que conserva, destruye y crea; el segundo «*Esto*, Ser, único, que ni es macho, ni hem«bra; el tercero, el Ser verdadero.» Los términos colectivos afirman simplemente, que el *ser único, verdadero, desconocido, es el creador, el conservador, y el destructor del universo.*»

El *Manava-Dharma-Sastra*, ó libros de las leyes de Manu, que segun Chezy, y Loiseleur-Deslongchamps, datan del siglo XIII antes de Jesucristo, es verdaderamente el libro de la ley, como lo entendian los antiguos pueblos; porque comprende todo lo respectivo á la conducta moral y religiosa del hombre. Además de las materias, que son ordinariamente objeto de un código, se encuentran reunidas en él, un sistema de cosmogonía, ideas de metafísica, reglas numerosas, relativas á los deberes religiosos, á las ceremonias del culto, y á las espiaciones; reglas de purificacion y de abstinencia, máximas de moral, nociones de política, del arte militar y del comercio; una esposicion de las penas y recompensas para despues de la muerte, así como de las diversas transmigraciones del alma, y de los medios de llegar á la bienaventuranza. Un Dios único, eterno, infinito, principio y esencia del mundo, Brahma ó Paramatma (la gran alma), bajo el nombre de Brahma, rige el universo, cuyo creador y destructor es á la vez.

Vichnu y Siva, á quienes las colecciones posteriores de las leyendas llamadas *Puranas*, presentan como dos divinidades iguales, y aun superiores á Brahma, no hacen ningun papel, ni aun secundario, en el sistema de creacion y destruccion del mundo espuesto por Manu.

Todos los dioses por él mencionados, no son mas que personificaciones del cielo, de los astros, de los elementos y de otros objetos de la naturaleza; sistema mitológico, que parece tener las mayores relaciones con el de los *Vedas*, cuya autoridad es invocada sin cesar en el *Manava-Dharma-Sastra*. Este sistema, es una mezcla informe del monoteismo, que es antiguo en el mundo, y del politeismo que es nuevo. El hombre no ha empezado por el error, como quiere la escuela del progreso, sino por la verdad.

Nos detendremos algo en el fragmento en que Manu espone su cosmogonía. Considerando solo la forma de esta narracion, se descubre en ella el sello de una gran antigüedad, pero inferior á la del *Génesis*, cuya brevedad magestuosa contrasta con la fraseología sutil é inconexa de Manu. Moisés no diserta, ni se detiene en esplicar lo que es Dios; le nombra y refiere sus obras «Dios dijo, que la luz sea; y la luz fué.» Manu, al contrario, espone y parafrasea: «Aquel, á quien el espíritu solo puede percibir, que se escapa á los órganos de los sentidos, que no tiene partes visibles, el Eterno, el alma de todos los seres, que nadie puede comprender, desplegó su propio esplendor, y resplandeciendo con el brillo mas puro, apareció y disipó la oscuridad.» Aquí se descubre el reflejo de una era filosófica, de una época, en que la reflexion se une ya á la tradicion, mientras que el *Génesis* presenta un carácter mucho mas sencillo y mas intimamente primitivo.

Pasando de la forma al fondo, es imposible desconocer la identidad de las tradiciones índicas, y de las tradiciones bíblicas. Por ambas partes, vemos un Dios único, eterno, existente por sí mismo, inmaterial ó al menos invisible, ordenador, regulador y soberano dueño de todas las cosas. Manu concibe á Dios, como distinto del mundo, pero su nocion es menos pura que la de Moisés, porque el *Manava-Dharma-Sastra* presenta al mundo, como en cierto modo preexistente, coeterno á Dios, quien no creó la materia, pero la organizó, despues de haberla sacado del sueño y hecho perceptible. Hay un principio de panteismo en este Dios, que despues de haber acabado su obra de organizacion, desaparece, absorto en el alma suprema, en que se disuelven á su vez todos los seres animados, simples formas de que nuestra alma se despoja, y de que sucesivamente se reviste. Si la reflexion humana habia oscurecido, hasta este punto, la revelacion primordial, no quedaban sin embargo menos vestigios preciosos de la revelacion hecha al padre del género humano. En Manu, como en Moisés, el primer estado de las cosas, es el caos y las tinieblas; la primera manifestacion del poder divino, es la produccion de la luz; en Manu, como en Moisés, todo ha salido del seno del elemento húmedo y el espíritu de Dios *se mueve sobre las aguas*. En el *Génesis*, la palabra de Dios es la fecunda, en el *Manava-Dharma-Sastra*, Dios *formó el cielo y la tierra por el pensamiento solo*. Nosotros podríamos llevar este paralelo mucho mas adelante, y señalar quizá en los diez maharchis (*maha*, gran; *richi*, santo), producidos por el criador de todas las cosas, cuando deseó dar nacimiento al género humano, á los diez patriarcas anteriores al diluvio; Adam, Seth, Enos, Cainan, Malaeel, Jared, Enoch, Mathusalen, Lamelch y Noé.

«Los hindos, dice Dubois, reconocen cuatro edades del mundo, que designan con el nombre de *yugas*, dando á cada una tal duracion, que haria remontar la creacion del universo á muchos millones de años. La primera se llama *Krita-yuga*, y la hacen durar 1.728,000 años; la segunda, *Treta-yuga*, tiene una cuarta parte menos, y su duracion es de 1.296,000 años. La tercera, *Dvapara-yuga*, tiene una tercera parte menos que la segunda, y ha durado 864,000 años. La última, en fin, que es en la que vivimos, se llama *Kaly-yuga*, ó edad de la desgracia, que debe durar la mitad menos que la tercera, es decir, 432,000 años. El año 1825 de la era cristiana corresponde al 4,926 del *Kaly-yuga*, y segun este cálculo, el mundo cuenta ya

3.892,926. No creo sea necesario probar que las tres primeras edades son enteramente fabulosas (1); los hindos mismos parece que las consideran como tales, puesto que en el comercio de la vida, no hacen mencion alguna de estas yugas, al paso que todos sus cálculos, todas sus épocas, lo mismo que los monumentos mas antiguos, auténticos, que entre ellos se encuentran aun, datan siempre del principio de *Kaly-yuga*. Estas pretensiones de tan alta antigüedad han sido la quimera favorita de los antiguos pueblos civilizados, que al caer en la idolatría, olvidaron las tradiciones de sus antepasados, relativas á la creacion del mundo, y creyeron darse importancia, atribuyéndose un orígen, que se pierde en la noche de los tiempos imaginarios. Conocido es el estremo á que llevaron esta manía los chinos, los egipcios y los griegos, y es muy propio del carácter de los hindos, dejar á todos atrás en el terreno de las exageraciones. Al fin de cada yuga, se verificó una revolucion universal de la naturaleza, sin que quedara en la siguiente vestigio alguno de la anterior. Los dioses mismos han participado de las alteraciones debidas á aquellos trastornos. Vichnu, por ejemplo, que era blanco en las yugas anteriores, se convirtió en negro en otra posterior. La mas desgraciada de todas estas yugas es la *Kaly-yuga* en que vivimos, verdadera edad de hierro, y época de infortunio y de miseria, en que todo ha degenerado sobre la tierra; elementos, duracion de la vida, caractéres de los hombres, todo está cambiado. El fraude ocupa el lugar de la justicia, y la mentira el de la verdad; estado de degeneracion, que debe durar siempre y aumentarse sucesivamente hasta el fin de la yuga. De todo esto se deduce, que la verdadera era de los hindos, es decir, su *Kaly-yuga*, se remonta poco mas ó menos, hasta la época del diluvio, suceso bien conocido de estos pueblos y perfectamente marcado en sus libros, donde está designado con el nombre de *djalapraleyam*, que significa *diluvio de agua.* »

Los poemas hindos contienen la historia del último diluvio, y Loiseleur-Deslong-Champs, dá un estracto de ella, tomado de un episodio del *Mahabharata*. Vaivaswata, es el nombre patronímico del séptimo Manu, y quiere decir hijo del sol. «Este santo monarca, dice el poema, se entregaba á las mas rigurosas austeridades. Estando un dia cumpliendo sus prácticas devotas á las orillas del Virini, un pez pequeño le dirigió la palabra, rogándole le retirara de la orilla, donde probablemente seria víctima de otros peces mayores. Vaivaswata le cogió, le puso en un vaso lleno de agua, en el que engordó tanto, que el vaso no podia contenerle. Manu tuvo necesidad de pasarle á un lago, despues al Ganges, y por último al mar, porque el pescado engordaba cada vez mas, y siempre Manu le llevaba á otro lugar; y á pesar de su magnitud, se le conducia sin trabajo, y sin que ofendiera ni al tacto ni al olfato. Luego que el pescado estuvo en el mar, dijo este al santo personage: « Dentro de poco será destruido todo cuanto existe «sobre la tierra; hé aquí el tiempo de la sumersion de los mundos; ya ha llegado para «todos los seres movibles ó inmovibles, el «momento terrible de la desolacion. Construirás una gran nave, pertrechada de lo necesario, en que te embarcarás con los siete «Richis, llevando contigo las provisiones indispensables. Me esperarás en tu nave y vendré á tí, trayendo un cuerno sobre mi cabeza para que puedas reconocerme. »

«Vaivaswata obedeció; construyó una nave, se embarcó, y pensó en el pescado, que no tardó en presentarse. El santo ató un grán cable al cuerno del pescado, el cual hacia bogar la nave con la mayor rapidez, á pesar de la impetuosidad de las olas, y la violencia de la tempestad, que no permitian distinguir la tierra ni las regiones celestes. El pescado arrastró así el barco por espacio de muchos años, haciéndole en fin, llegar á la cima del monte Himavot (Himalaya), en que mandó á los Ri-

(1) La prueba de que estas edades son puramente cosmogónicas y no reales, la dá el abate Gorresio en el prefacio del Ransayana, tom. II, pág. 35.

chis atracar la nave. «Yo soy Brahma, señor «de las criaturas, dijo entonces, ningun ser «es superior á mí; bajo la forma de un pes«cado, os he salvado del peligro; Manu, que «está aquí, va ahora á obrar la creacion.» Concluidas estas palabras desapareció, y Vaivaswata, despues de haber practicado sus austeridades, se dedicó á crear todos los seres (1).» Ninguno de los autores profanos, que han conservado la tradicion del diluvio universal la ha indicado de una manera mas clara, ni que mas se aproxime á la narracion de Moisés.

M. el abate Dubois, vé en los siete Richis libertados de la catástrofe, á los siete hijos de Japhet, algunos de los cuales, en la época de la dispersion de los hombres, debieron venir á establecerse en la India por la via de la Tartaria, llegando á ser el tronco de los brahmas, y los legisladores de las familias que poblaron esta parte del globo. Los siete Richis, despues de haber sido en la tierra ejemplo de todas las virtudes, fueron á brillar al cielo, donde son las siete estrellas de la osa mayor. Esta opinion de los indios sobre el primer orígen de los brahmas, está confirmada por la conducta recíproca que guardan entre sí. Los del norte de la India, se consideran mas nobles y de un rango mas elevado que los del sur, en atencion, á que estando menos distantes de los lugares de su antiguo orígen, es mucho menos dudosa la realidad de su filiacion directa.

Al mismo tiempo que los libros hindos contienen su orígen histórico, indican otro fabuloso, cuando refieren, que de la cabeza de Brahma, á quien atribuyen la creacion, nacieron los brahmas, del mismo modo que los kchatrias ó rajahs salieron de sus espaldas; los veissias, de su vientre, y los sudras de sus piés; fácil es comprender el sentido alegórico de esta tradicion, en la que están distintamente marcados los grados de subordinacion que existen entre las tribus ó castas. Los brahmas, destinados á desempeñar las funciones elevadas y espirituales del sacerdocio, y enseñar á los hombres los caminos de la salud, debieron salir de la cabeza del criador; la fuerza, patrimonio de los kchatrias, destinados por su nacimiento para las fatigas de la guerra, debió tener su orígen de las espaldas y de los brazos de Brahma; los veissias, ocupados en recoger cuanto sirve para alimentar, vestir y satisfacer las demás necesidades del hombre, tuvieron que nacer del vientre de este dios; y los sudras, destinados para la esclavitud y trabajos mas penosos de la agricultura, salieron de los piés. La necesidad de señalar á cada uno, de una manera especialísima, el puesto que debia ocupar en la sociedad, hizo despues necesaria la subdivision de cada tribu principal en otras muchas, cuyo nú-

(1) Para hacer notar á nuestros lectores las diferencias que existen, entre el estracto hecho por el baron Henrion, y la narracion integra sobre el diluvio, contenida en el libro Calapatha-brahmana, déposito de tradiciones y mitos, que es el verdadero germen de la poesia épica de los indios, vamos á ofrecer á nuestros lectores el párrafo integro de este libro indico tomado de la traduccion de Weber; dice así:

1. Por la mañana temprano llevaron á Manu agua para lavarse, del mismo modo que se hace hoy; y luego que se lavó, apareció en sus manos un pescado.

2. Y el pescado le dijo: Cuida de mi; yo te salvaré. ¿De qué me quieres salvar? Un diluvio va á destruir á todas las criaturas, y yo quiero que tú no perezcas en él: ¿Y de qué modo he de cuidar de ti?

3. Y el pescado dijo: Mientras que somos pequeños nos rodean muchos peligros de muerte, porque un pescado se traga á otro pescado; lo primero que debes hacer, es guardarme en un vaso, y luego que yo no quepa en él, me pondrás en un estanque, y despues que tampoco quepa en él, me arrojarás al mar, porque ya podré arrostrar todos los peligros.

4. El pescado (Djhascha) llegó á su última magnitud, y dijo á Manu: En tal año sucederá el diluvio; debes hacer una nave y rendirme homenage. Cuando suban las aguas del diluvio, y hayas entrado en tu nave, yo te salvaré.

5. Durante el diluvio, el pescado empezó á nadar hácia Manu, el cual ató un cable á su cuerno, con cuyo ausilio pasó la montaña del norte (Uttaranugirim).

6. Y el pescado dijo: Ya te he salvado; atraca la nave á un árbol, para que no te lleve el agua, aun cuando estés en la cima de la montaña. A medida que el agua baje, tú bajarás tambien poco á poco. Manu bajó insensiblemente, y por esto se llama á la montaña del norte, *descanso de Manu*. El diluvio arrastró á todas las criaturas: Manu solo ha sobrevivido.

7. Manu vivió orando y mortificándose, deseoso de posteridad, y entonces cumplió el sacrificio llamado *paka*. Hizo ofrenda á las aguas, de manteca clarificada, de leche cuajada, de leche sin cuajar, y de ambas cosas reunidas. Al cabo de un año, salió una muger destilando gotas de la manteca, y con ella vinieron al mismo tiempo Mitra y Varuna.

8. Estas dos *devas* la dijeron: ¿Quién eres? La hija de Manu. La nuestra, habla. No, dijo ella, yo soy de aquel que realmente me ha engendrado, etc.

mero no es fácil conocer, porque esta subdivision varía segun las localidades, y porque la casta que existe en un punto, no se encuentra en otras partes. La tribu en que están mas multiplicadas las categorías, es la de los sudras, á quienes está encargada la mayor parte de las profesiones mecánicas, y casi todos los trabajos manuales. No pudiendo ningun hindo, segun las preocupaciones del pais, ejercer dos profesiones á la vez, no debe estrañarse que los numerosos individuos de que esta tribu se compone, estén repartidos en tantas ramas distintas. La costumbre de dividir la poblacion en tribus, como en la mayor parte de las naciones antiguas, debia ser tambien adoptada en la India, cuyos legisladores conocian demasiado bien el genio del pueblo que debian gobernar, para dejar al arbitrio de cada uno el ejercicio de las diversas profesiones necesarias á la conservacion y al bienestar de la sociedad. Partiendo del principio, que á nadie es permitido ser inútil al estado, vieron que se las tenian que haber con una nacion naturalmente indolente, cuyo clima favorecia además la inclinacion á la apatía, y que si no asignaban á cada uno su empleo, la sociedad no tardaría en caer bien pronto en la anarquía, y despues en la barbárie. Queriendo establecer reglas duraderas é imprescriptibles entre las diversas castas, adoptaron, como medio mas seguro, anteponer la religion, como principio y fin de todos los usos y costumbres, de tal suerte, que la manera de saludarse, de vestirse, la forma de los trages, de las joyas y demás adornos; los detalles del peinado, y cuanto se refiere al tocador; el modo de edificar las casas, el de acostarse, el de dormir; las reglas de la educacion, en una palabra, todo, está arreglado por la supersticion, y como las costumbres están íntimamente unidas á la religion, han llegado á ser por consiguiente tan sagradas y tan invariables como ella. El abate Dubois, sin omitir los inconvenientes de esta distribucion por castas, la considera, sin embargo, como la obra maestra de la egislacion india. «Podemos juzgar, dice, de lo que serian los hindios, si no estuvieran contenidos en los límites de los deberes sociales por los reglamentos de las castas, al ver lo que son los pueblos próximos á ellos, de este lado de la península, y del otro lado del Ganges hasta la China. En este último pais, el clima templado de que goza la nacion, dotada de un gobierno particularmente acomodado al genio del pueblo, que no se parece á otro ninguno de la tierra, ha producido el mismo efecto, que la division de las castas entre los indios. Reflexionando bien sobre la causa que ha podido impedir á los hindos caer en el estado de barbárie, en que aun viven las naciones que los rodean, así como casi todas las que están esparcidas en las regiones próximas á la zona tórrida, no encuentro otra mas, que la division en castas, que, marcando á cada individuo su empleo y su profesion, y perpetuando este sistema por la sucesion de padres á hijos, y de generacion en generacion, hace imposible, que ninguno de los individuos de la sociedad, ni sus descendientes, salga de la condicion que le ha sido asignada, y ocupe otra distinta.

«Semejante institucion, era quizás el único medio humano que la prudencia mas previsora pudo inventar para sostener la civilizacion en un pueblo como el de la India, formado con estas disposiciones naturales. Considerando lo que son los parias (1) de la India, que no conociendo freno alguno moral, pue-

(1) El paria es un indio de casta tan infame, que puede matarle cualquiera á quien él se haya aproximado. El indio que entra en su habitacion, no puede penetrar en ninguna pagoda por espacio de nueve lunas, y para purificarse, es preciso que se bañe nueve veces en el Ganges, y que otras tantas se lave de piés á cabeza con orines de vaca. En el Zenda Vesta de Zoroastro, se refiere así el orígen de la infamia de los parias. «Un príncipe del Indostan, dice, llamado Schoparia, predicó, á persuasion de sus sacerdotes, un edicto muy severo, prohibiendo comer carne de vaca, y no habiendo querido obedecerle una parte de la nacion, la declaró abominable; y de estos transgresores descienden los parias...» Pero aun hay en el Malabar otra casta en mas lastimoso estado de humillacion, que es la de los *pulchis*, á quienes prohibe la ley, no solo toda comunicacion, sino hasta el levantar cabaña para habitar, viéndose precisados á construir en los árboles una especie de nidos; y si por acaso, cuando han bajado al suelo, para recoger el sustento, sienten algun indio, se tienden boca abajo, para que no se hagan impuros, mirándoles

den entregarse á sus inclinaciones naturales, llegaremos á formarnos una idea de lo que habrian llegado á ser los hindos, si no hubieran estado contenidos en los límites del deber por los reglamentos y policía de los castas. Todo el que haya examinado la conducta y las costumbres de la ínfima clase de sus individuos, la mas numerosa de la India, convendrá, en que un estado compuesto de tales ciudadanos, no solo no podia subsistir, sino que debia caer muy pronto en la barbárie. En cuanto á mí, que me he hecho familiar con esta casta, que conozco sus pasiones y sentimientos, estoy íntimamente persuadido, que una sociedad de parias independientes, llegaria á ser en poco tiempo mucho peor que las hordas de antropófagos, que vagan en los vastos desiertos del Africa, y concluiria por devorarse los unos á los otros. No estoy menos convencido, de que si no fuera por las razones anteriores, los hindos no tardarian en asimilarse á los parias, la nacion entera seria víctima de la anarquía mas espantosa, y antes de estinguirse la generacion actual, este pueblo seria contado en el número de los salvages que existen sobre la tierra.»

Salidos de la cabeza de Brahma los brahmas, brahmanes ó brac-manes, toman de él su nombre. Las demás tribus, precedentes del mismo padre, podian aspirar tambien á recibir esta denominacion; pero los brahmas se han abrogado este derecho esclusivo, ya por que han sido producidos los primeros, ya por que han salido de la parte mas noble del padre comun, ya por que á ellos solos pertenece el conocimiento de Brahma, ya por que dicen tener sobre este gran ser, las ideas mas sanas y claras, y ya por último, por que ellos solos están investidos de la mision de dar á conocer sus perfecciones y atributos á los demás hombres. Tan celosos son del derecho de leer los *Vedas*, ó por mejor decir, tan interesados están en impedir que las demás castas tengan conocimiento de lo que estos libros encierran, que han llegado á hacer creer, que si un individuo de cualquiera otra tribu, lee el título solo, se dividiria su cabeza en dos pedazos. El reducido número de brahmas que hoy dia, puede leer estos libros en el original sanscrit, no lo hace nunca sino en voz baja y en secreto; y el que se atreviera á esponerlos á las miradas de los profanos, seria por lo menos escluido de su casta para siempre.

Brahma, Vichnu y Siva, son las tres principales divinidades reconocidas por los hindos, á quienes se representa, ya separadamente, con sus símbolos particulares, ya reunidas en un solo cuerpo con tres cabezas. Bajo esta última forma reciben el nombre de *Trimurty*, que significa, *los tres cuerpos y las tres potencias*, es decir, la *creacion*, atributo especial de Brahma; la *conservacion*, atributo especial de Vichnu, y la *destruccion*, atributo especial de Siva. Aunque muchos indios consagran su culto, ya á Siva, ya á Vichnu, sin embargo, cuando los dos están unidos á Brahma, no formando mas que un solo cuerpo con tres cabezas, adoran á los tres, sin consideracion alguna á los puntos particulares de doctrina que los divinizan.

Segun Dubois, esta representacion emblemática de tres dioses reunidos en un solo cuerpo, es la de los tres elementos mas sensibles á la vista: la tierra, el agua y el fuego. Los fundadores de la teogonía hinda, quieren dar á entender de esta manera, que el concurso de estos tres seres primitivos era indispensable para la produccion y reproduccion de todos los cuerpos secundarios. Otros autores deducen del Trimurty, que los pueblos de la India han tenido desde su orígen algun conocimiento de la Trinidad. «Estos tres dioses, dicen los libros indios, no son mas que uno solo. Siva es el corazon de Vichnu, y Vichnu, es el corazon de Brahma; es una lámpara en que se han encendido tres luces.» Efectivamente, parece que estas proposiciones indican un dios en tres personas, y aunque el augusto misterio de la Trinidad esté horriblemente desfigurado bajo la forma y los atributos de Trimurty, sin embargo, dá de él cierta nocion.

La religion de la India admite, como uno de sus puntos fundamentales, el sistema de la metemsícosis ó transmigracion sucesiva de las almas á otros cuerpos, sistema que parece no haber sido inventado mas, que para justificar, por medio de una alegoría grosera, la conducta del ser supremo en la dispensacion de los castigos y de las recompensas. Al través del tejido de estravagancias, en que abunda el sistema de la metemsícosis, brillan algunas pálidas luces de la verdadera religion, trasmitida por los patriarcas á sus descendientes, porque independientemente de las recompensas y castigos, que segun ellos, se esperimentan en la tierra, en premio del bien, ó en castigo del mal que se ha hecho en el curso de una generacion anterior, reconocen estos pueblos la existencia del paraiso y del infierno. El infierno, llamado *naraca* ó *patala*, cuyo rey es Yama, está dividido en siete moradas principales; pero sus penas no son eternas. Hay cuatro lugares principales de beatitud, en que son recibidas las almas de los que han espiado sus faltas por regeneraciones repetidas, y por la práctica de las virtudes; el *Svarga*, en que preside el dios *Indra*, y al que van á habitar las almas virtuosas sin distincion de casta ni de secta; el *Veiconta*, paraiso de Vichnu, en que son admitidos sus sectarios; el *Keslassa*, paraiso de Siva, reservado á los fervorosos adoradores del lingam, símbolo obsceno de este dios; el *Sattia-Loca*, lugar de la verdad, paraiso de Brahma, en que solo tienen derecho á entrar los brahmas virtuosos. En estas diferentes moradas no se disfruta mas que de placeres corporales y temporales; pero cuando el alma está tan pura como el oro, por la penitencia y la práctica de la virtud, entonces, vá á Para-brahma, ó á reunirse el alma universal, como la gota de agua vuelve á caer en el mar donde ha salido; felicidad suprema, á que los hindos llaman *mokctam*, libertad, *mukty*, último fin. A pesar de esta tendencia de la idolatría, para corromperlo todo, ha respetado al menos ciertas verdades fundamentales grabadas en el corazon de todos los hombres, y cuyo conocimiento parece indispensable para la estabilidad de toda sociedad civilizada. Así es, que los pueblos de la India, sumergidos desde tiempo inmemorial en las tinieblas del error, por la avaricia y la ambicion de los ministros de su culto, conservan aun nociones positivas, aunque desfiguradas, sobre un ser supremo previsor, bueno y justo; sobre la inmortalidad del alma; sobre la necesidad y la existencia de otra vida y sobre las penas y recompensas.

De todo esto es preciso deducir, que jamás se borrarán sobre la tierra estas verdades sagradas. Vanos serán los esfuerzos del ateo y del materialista, por mas que amontonen sofismas sobre sofismas, para oscurecer su brillo y ocultarle á los ojos de las naciones. Estas verdades están grabadas en los corazones con caractéres indestructibles, y germinarán y fructificarán, mientras haya sobre la tierra criaturas racionales y pueblos civilizados.

Brahma, Vichnu y Siva han engendrado una multitud de dioses, que los hindos, consiguientes al sistema de exageracion, hacen llegar hasta el número de 330.000,000.

Daremos algunos detalles sobre los principales, sin detenernos en las monstruosas contradicciones del politeismo índico.

Brahma, autor y criador de todas las cosas, dispensador de todos los dones y de todas las gracias, árbitro del destino de todos los hombres, salió, segun la fábula, de una flor de *tararai*, especie de lirio de agua ó nenufar (*nymphoca lotus*). Nació con cinco cabezas; pero Siva, ultrajado por él en su honor conyugal, le cortó una al dios adúltero; quien por lo tanto, no está representado sino con cuatro; por lo que le llaman muchas veces el *dios de las cuatro caras*. Tiene por cabalgadura un cisne, y por emblema un lirio. Sarasvatty, su propia hija, es al mismo tiempo su esposa. Esta, ya sea por haber violado las leyes de la naturaleza, con semejante enlace, ó ya por haber incurrido en la maldicion de un célebre penitente, que fué irreverentemente recibido en su paraiso, carece de templo, sacrificio y cultos.

Vichnu, redentor y conservador de cuanto existe, se llama *Perumat*. En el mediodía de la península, situada á este lado del Ganges, es invocado por sus sectarios con el nombre de *Narayana*, además de otra multitud de sobrenombres, dispuestos en forma de letanías, formadas por los brahmas, de quienes es el dios favorito. Se le representa con cuatro brazos, por lo que se le suele llamar el *dios de cuatro brazos*, montado en el pájaro *garuda*, teniendo en la mano, como símbolo característico, una especie de tridente llamado *nahmau*, cuya figura estampan sus sectarios sobre su frente. Vichnu, en su cualidad de conservador, ha tomado diversas formas designadas por los hindos con el nombre de *avataras* ó encarnaciones. Debemos hacer notar en este lugar, que la encarnacion de la segunda persona de la Trinidad, es decir, la venida de un libertador, de un santo, de un dios, habia sido predicha á Adan, como lo atestigua el *Génesis*, y esta promesa, renovada despues á los patriarcas, fué conocida de todo el género humano; por consiguiente, no es de estrañar, que las naciones consignáran en sus libros encarnaciones divinas, anteriores al nacimiento de Jesucristo, pero posteriores á la promesa de su venida. Los indios enumeran diez principales encarnaciones de Vichnu; 1.ª, en pescado; 2.ª, en puerco; 3.ª, en tortuga; 4.ª, en mónstruo, mitad hombre y mitad leon; 5.ª, en brahma enano; 6.ª, en la persona de Parasu-Rama; 7.ª, en la persona del héroe conocido con el nombre de Rama; 8.ª, en la persona de Bala-Rama; 9.ª, en la persona de Bahuda; 10, en figura de caballo que será el que venga al concluir el reino del pecado, que empezó con el *Kaly-yuga*. Hay además, la famosa encarnacion de Vichnu, en la persona de Krichna; el *Bagavatta* ó purana 18 le está propiamente consagrado; del mismo modo que la 7.ª encarnacion en la persona de Rama, es el objeto del *Ramayana*, poema épico muy célebre en la India y del cual vamos á dar los siguientes datos tomados del abate Gorresio.

«El objeto del *Ramayana* es muy sencillo, como el de todos los poemas de las edades primitivas; es la guerra de una antigua raza del norte de la India, probablemente de orígen jaféfico, una de esas razas numerosas y fecundas, salidas del Iran, que se precipita sobre otra raza enemiga del sur, de orígen chamítico, y que procura dominarla, imponiéndola sus leyes, su civilizacion y sus creencias. Los guerreros del norte de la India, reunidos en gran parte de las regiones mas montañosas de este territorio, son conducidos á la conquista del sur, por Rama, avatara de Vichnu, salido de la estirpe de Ayodhya, raza muy ilustre, que se remonta hasta Manu, organizador de la civilizacion índica. Los pueblos que Rama quiere esterminar, reciben en el poema el nombre de *Racsasi*; pero es probable, que sea mas bien una palabra despreciativa, que verdadero nombre propio. El gefe mas temible de los racsasi, y el enemigo mas grande de Rama, es Ravana, que tenia el asiento de su dominacion en la isla de Ceilan, pero cuyo imperio se estendia por una gran parte de las regiones meridionales de la India.

«El *Ramayana*, es la narracion épica de esta gran lucha, cuya victoria decisiva se presenta al fin del poema, recayendo en favor de Rama y sus guerreros. La historia, sin embargo, parece estar en contradiccion con el triunfo de que habla la epopeya, porque algunos siglos despues, vuelven á aparecer los racsasi tan poderosos como lo eran antes. El *Ramayana*, á pesar de su sencillez, no tiene menos de 50,000 versos, es decir, dos veces mas que la Iliada y la Odisea reunidas. La razon de esto es, que este poema tuvo su orígen en un pueblo lleno de tradiciones, de toda especie, de símbolos, de doctrinas y sistemas, de recuerdos de antiguas luchas; en un pais, en que el lujo de la naturaleza supera á todo cuanto la imaginacion puede concebir, y cuyos detalles todos procuró describir Valmici, el Homero indio, su autor. Bajo este aspecto, podemos comparar su obra á una gran capa geológica, que cubre los fósiles de las edades mas remotas, así como bajo el aspecto de las bellezas

literarias, se pueden asimilar sus grandes cuadros de poesía á esas masas de gigantescas rocas que componen el Himalaya.

«El *Ramayana*, es sin disputa, uno de los monumentos épicos mas magníficos de las naciones antiguas y modernas.» El abate Gorresio, protegido por el rey Carlos Alberto, ha publicado el testo sanscrit de este poema, trabajo tan notable por su crítica como por su erudicion. Continuemos ocupándonos de los dioses de la India.

Siva, á quien se dan tambien los nombres de *Isvara*, *Roudra*, *Sadasiva*, *Mahadeva*, *Paramesvara*, etc., etc., está representado por una forma horrible, aludiendo al poder que tiene de destruirlo todo, haciéndose aun mucho mas espantoso su aspecto, porque cubren su cuerpo de cenizas. Su larga cabellera está raramente trenzada; y sus ojos, de una magnitud desmesurada, se presentan como agitados por un continuo furor.

Sus orejas, en vez de zarcillos, tienen serpientes que rodean además su cuerpo. Este dios está montado sobre un toro, y armado con el tridente, denominado *trisula*. El *lingam*, destinado al principio para recordar la fuerza reproductora de la naturaleza, es el símbolo característico de este dios. Algunos de sus sectarios, en lugar de llevar consigo el lingam, como signo de respeto á Siva, se frotan la frente y otras partes de su cuerpo con cenizas de estiércol de vaca: así como, en vez del nahman, los sectarios de Vichnu, se pintan en la frente una línea roja perpendicular.

Para demostrar que no han sido desconocidas á los hindos las virtudes morales mas sublimes, nos ofrece el abate Dubois el siguiente retrato de un verdadero *guru*, (sacerdote de la secta de Siva) retrato tomado del *Vedanta-Sara*.

«Un verdadero guru, es un hombre familiarizado con la práctica de todas las virtudes; que con la espada de la sabiduría ha derribado las ramas y arrancado las raices del pecado; que con la luz de la razon, ha disipado la sombra espesa en que está envuelto; que, aunque sentado sobre la montaña de los pecados, opone á sus invasiones un corazon tan duro como el diamante; que en todo se conduce con dignidad é independencia; que tiene entrañas de padre para todos sus discípulos; que no hace distincion entre amigos ni enemigos, apreciando á todos de la misma manera; que vé el oro y las piedras preciosas con la misma indiferencia que pedazos de hierro ó de cacharros, haciendo el mismo caso de unos que de otros; y que pone todo su esmero en disipar las tinieblas de la ignorancia, en que está sumergido el resto de los hombres.

«Es un hombre, consagrado á todas las prácticas de devocion, que tienen por objeto á Siva, sin omitir ninguna; que no reconoce otro dios que á él; que ni lee ni oye mas historia que la suya; que, en medio de las nubes espesas que le rodean, brilla como el sol; que medita sin cesar en el lingam; que por todas partes publica las alabanzas de Siva; que aleja de sí la idea de toda accion, aunque sea poco criminal; que solo practica actos de virtud; que conociendo todos los caminos que conducen al pecado, conoce tambien los medios de evitarlos; que observa en fin, con escrupulosa exactitud, las reglas de recato en honor de Siva. Es un verdadero sabio, que posee perfectamente el *Vedanta*.

«Es un hombre, que ha hecho peregrinaciones á todos los lugares santos, y que ha visto con sus mismos ojos á Cassy, Kidaram, Kantchy, Ramessuaram, Strirudram, Sringuery, Gocarnam, Calastry, y otros célebres lugares consagrados á Siva.

«Es un hombre, que ha hecho sus abluciones en todos los rios sagrados, como el Ganges, el Yumna, el Sarasvaty, el Sindu, el Godavery, el Krichna, el Nerbonda, el Carery, etc., y que ha bebido sus aguas santificantes.

«Es un hombre, que se ha lavado en todos los manantiales y estanques sagrados, tales como el Suria-Puchkarany, Tchendra-Puchkarany, Indra-Puchkarany, y otros, en cualquier parte que se encuentren.

«Es un hombre, que ha visitado todos los

desiertos y bosques sagrados, como el Neimiss-Arania, Badarie-Arania, Dandac-Arania, Goch-Arania, etc., y que en ellos ha dejado estampadas las huellas de sus piés.

«Es un hombre, que conoce todas las prácticas de penitencia ó *sramas*, recomendadas por los mas ilustres devotos, conocidas con los nombres de Narayana-Srama, Vamana-Srama, Geotma-Srama, Vachichta-Srama; que se ha familiarizado con estos ejercicios, y que ha saboreado sus frutos.

«Es un hombre, que conoce perfectamente los cuatro Vedas, el tarca-sastram, (la lógica), el buta-sastram, el mimansa-sastram, etc.

«Es un hombre, versado en el conocimiento del vedanga, del djotchia-sastram (la astronomía); del veiddia-sastram (la medicina); del dharma-sastram; del kavianahacam (la poesía), etc.; que sabe perfectamente los diez y ocho puranas y los sesenta y cuatro calais, (estos comprenden toda clase de conocimientos profanos).

«Tal es el carácter del verdadero guru; tales las cualidades que debe poseer, para poder enseñar á los demás los caminos de la virtud y apartarlos de los del vicio.»

Es muy estraño, que se exijan estas nociones de moral, precisamente en un guru de la obscena secta de Siva. Esta moral, pasa dificilmente de la teoría á la práctica, porque es imposible, que el carácter de depravacion que se nota en todas las instituciones religiosas de los hindos, no influya de una manera deplorable sobre las costumbres sociales. El dominio de la práctica de las virtudes es enteramente imposible en un pais, en que los vicios de los hombres están legitimados por los vicios de sus dioses.

Vignesvara, el dios de los obstáculos, llamado tambien *Ganesa*, *Pulleyar*, *Inahika*, etc., es hijo de Siva y de Badra-Cali, la cual, la primera vez que le vió, redujo su cabeza á cenizas por el esplendor de sus miradas. Siva, deplorando tener un hijo sin cabeza, mandó á sus criados fuesen á cortársela al primer ser que encontráran durmiendo con la cara vuelta al norte. El primero que hallaron en esta posicion, fué un elefante, y despues de haberle cortado la cabeza, se la acomodaron al cuello de Vignesvara.

Esta cabeza y el raton representado á los piés del dios, son probablemente emblemas de la sagacidad, y de la prevision que los hindos le atribuyen. El ídolo de Ganesa, es uno de los mas venerados por los hindos de todas las sectas.

Estos pueblos, despues de los dioses del primer rango, colocan en la cima del órden gerárquico, á los Achta-dikg-palagas, es decir, á Indra, y á los otros siete dioses, que presiden con él á las ocho principales divisiones del mundo de que son custodios. Indra está montado en un elefante, y tiene por armas el *vadjira*, especie de tranchete, ó el rayo.

Como las religiones idolátricas, descansan sobre las bases del interés y el temor, el pagano considera, como digno de culto, todo cuanto puede serle útil ó perjudicial; por consiguiente, los hindos dan á casi todas las criaturas vivas, honores calculados, ó por los favores que de ellas esperan, ó por el miedo que les inspiran; y en este concepto, colocan en primera línea, y dan solemne culto al mono, al toro, al pájaro *garuda*, y á las serpientes. Estos brahmas, que despliegan tanta ternura en favor de los reptiles, de los monos, y de las aves de rapiña, se muestran frecuentemente insensibles á los males y á las necesidades de sus semejantes; y los alimentos que prodigan á animales viles, los rehusarian desapiadadamente á un infeliz, estraño á su casta, aunque le vieran morir de hambre. Canter encontró, cerca de una pequeña pagoda, dos toros brahminas, cuya grosura contrastaba mucho con las escuálidas fisonomías de las poblaciones inmediatas; y en tanto que la raza humana sucumbia, diezmada por el hambre, los animales consagrados á Siva, estaban hartos, hasta de los manjares mas delicados. No puede mirarse, sin un movimiento de indignacion, la cruel indiferencia con

que los brahmas contemplan algunas veces las miserias de sus compatriotas, al paso que se apresuran á ofrecer á seres irracionales, alimentos que bastarian para salvar de la muerte á familias numerosas. Los toros brahminas llevan estampado en el anca el emblema del dios Siva. Tal es la veneracion que se profesa á estos animales, que está prohibido castigarlos, impedir que pasten donde quieran, ó comer todo lo que encuentren. Se les ve recorrer los bazares, comer el grano tendido para la venta, trastornarlo todo á su paso, con gran perjuicio del mercader hindo, que todo lo soporta con paciencia en obsequio del toro sagrado.

No pudiendo apreciar la idolatría, los designios de la providencia sobre estas alternativas del bien y del mal que esperimenta la especie humana, se ha imaginado que las afliccion·s son producidas por espíritus invisibles y maléficos, á quienes es preciso apaciguar por medio de adoraciones y sacrificios; en la India, por consiguiente, se practica el culto de los demonios (*Butams*, *Pichachas*, *Dehias*), pero este culto directo está mas estendido en las comarcas montañosas, agrestes, ó distantes de las grandes poblaciones, donde la supersticion está en razon directa de la ignorancia.

Para que el número de los dioses llegase á 330 millones, era preciso, dice Dubois, que los brahmas pusieran en contribucion á los tres reinos de la naturaleza. Entre las sustancias inanimadas, que reciben las adoraciones de los indios, está en primera línea la piedra *salagrama*, (concha fósil del género de los *cuervos de Ammon*, ó marisco), la yerba *darba* (de la familia de las borragíneas), el árbol *asnata* (higuera de las pagodas, *ficus religiosa*, el árbol de Dios de la *historia de los viages*).

Estos detalles sobre las divinidades de la India, prueban que no conoce límites la locura de un pueblo idólatra. Aun hay que añadir un último rasgo al cuadro de los estravíos de los hindos. Tanto en los tiempos antiguos, como en los modernos, han sido degollados los hombres sobre los altares de los dioses de la India. El *Kaly-Purana* recomienda espresamente estos infames sacrificios; describe las ceremonias con que deben hacerse, y enumera los beneficios que de ellos resultan. La presencia de los mahometanos, y despues de los europeos, ha contribuido á su abolicion. El *Kaly-Purana* indica tambien el modo de proceder en los sacrificios de los animales, designando las especies y cualidades de las víctimas, y las divinidades á quienes son aceptables estos homenages sangrientos. Jamás pueden los brahmas presidir ni participar de sacrificios de esta naturaleza.

Estos brahmas tan meticulosos, que dan tanta importancia á la vida del insecto mas vil; que se llenan de piedad y de indignacion al ver degollar una vaca, contemplan con la sangre fria de los caníbales, y lo que es mas, con un regocijo atroz, el sacrificio de las viudas, que movidas por sus hipócritas y bárbaras sugestiones, suben con una resignacion lastimosa á la hoguera en que se queman los cuerpos de sus difuntos maridos. Efectivamente, una costumbre antigua, que tuvo su orígen en la noble tribu de los kchatrias ó rajahs, y que fué propagada por razones de una gloria tan falsa como vana, impone á las viudas, que no tienen hijos jóvenes, el deber de quemarse sobre el cadáver de sus esposos. Cuando una muger ha declarado que quiere ser quemada con el cuerpo de su marido, no puede retractarse, y aun cuando lo hiciera, seria conducida por la fuerza al lugar del sacrificio. Los brahmas, que dirigen todos los actos de esta tragedia, y los parientes de la víctima, vienen sucesivamente á felicitarla por su heroismo, y por la gloria inmortal que va á conseguir; y llegado el dia fatal, adornada con sus mas ricos vestidos, se la conduce á la hoguera, alrededor de la cual da tres vueltas antes de precipitarse al fuego. Cuando un marido tiene muchas mugeres legítimas, lo cual es muy frecuente en la tribu de los kchatrias ó rajahs, se disputan á veces el honor de ser quemadas con su difunto esposo, y los brah-

mas deciden, cual es la que debe obtener la preferencia. Despues de la muerte, se hace una especie de apoteosis de estas víctimas desgraciadas; se recogen religiosamente los restos de sus miembros, que no han sido consumidos por las llamas; se erigen en el mismo lugar pirámides monumentales, para trasmitir á la posteridad la memoria de su fidelidad conyugal, homenage tanto mas noble, cuanto que el uso de los mausoleos es casi desconocido en la India; se coloca á estas heroinas entre las divinidades, y los hindos supersticiosos acuden de todas partes para ofrecerlas sacrificios y solicitar su proteccion. La mayor parte de las castas de los sudras, y los hindos, adscritos á la secta de Siva, entierran á sus muertos, en vez de quemarlos, y no faltan ejemplos de mugeres que han consentido en ser enterradas vivas con sus maridos. Respecto de estas, sucede lo mismo que lo que ya hemos indicado, acerca de las que se queman con sus esposos.

Hemos presentado la religion primitiva sucesivamente alterada por falsificaciones; y el culto antiguo, reemplazado por las prácticas supersticiosas y detestables de los brahmas, innovaciones todas que debian producir protestas, como la escision ocurrida con el motivo del establecimiento del *ekiam*, sacrificio en que ordinariamente era inmolado un carnero. Los disidentes tomaron el nombre de *djeinas*, y formaron una asociacion compuesta de brahmas, de kchatrias, de veissias y de sudras. Largo tiempo sostuvieron la lucha, pero la mayoría no adoptó las innovaciones, y los antagonistas, privados de toda libertad religiosa y política, se vieron precisados á sucumbir y aun á desaparecer de muchas provincias de la India.

La reaccion que ha dejado huellas mas marcadas y numerosas, es la del budhismo, cuyo orígen se remonta, segun Dubois, á la novena encarnacion de Vichnu en la persona de Bahuda. Este sabio misionero afirma que los brahmas no rinden culto á Budha, ó á Vichnu, bajo este avatara, circunstancia que se esplicaria por la esclusion violenta que hicieron del budhismo.

El año 619 antes de Jesucristo, segun los singhalais, nació de los sakyas de Kapilavastu, de una familia de kchatrias, un jóven príncipe, que renunciando al mundo á la edad de veinte y nueve años, se hizo asceta bajo el nombre de *sakyamuni* (el penitente de los sakyas), y el de sramana (asceta) *gotama*. Tambien se le llama Sakyasinha, es decir, el leon de los sakyas; su palabra, considerada como victoriosa, se denomina el rugido del leon.

«Su doctrina mas moral que metafísica, dice M. Burnot, cuya ciencia ha levantado el velo que cubria la historia del budhismo, en su orígen, descansaba sobre una opinion admitida como un hecho, y sobre una esperanza presentada como una certidumbre. Esta opinion es, que el mundo visible está en un perpétuo movimiento; que la muerte sucede á la vida, y la vida á la muerte; que el hombre, como todo cuanto le rodea, rueda en el círculo eterno de la trasmigracion; que pasa sucesivamente por todas las formas de la vida, desde las mas elementales, hasta la mas perfectas; que el lugar que ocupa en la vasta escala de los seres vivos, depende de sus acciones en este mundo, y que así, el hombre virtuoso, debe por consiguiente renacer despues de esta vida con un cuerpo divino; y el culpable, con un cuerpo de reprobado; que las recompensas del cielo, y las penas del infierno, no tienen mas que una duracion limitada, como todo cuanto existe en el mundo; que el tiempo destruye el mérito de las acciones virtuosas, y el demérito de las malas, y que la fatal ley del contínuo cambio presenta sobre la tierra, al salvado, y al condenado, para ponerles de nuevo á prueba, y que recorran otra serie de transformaciones sucesivas. La esperanza que Sakyamuni daba á los hombres, era la posibilidad de escapar de la ley de la transmigracion entrando en lo que llama el *nirvana*. La muerte era el signo definitivo de este anonadamiento. Un signo precursor anunciaba, des-

de esta vida, al hombre predestinado para esta suprema felicidad, que consistia en la posesion de una ciencia ilimitada, ó del conocimiento de las leyes físicas y morales, y en la práctica de seis perfecciones transcendentales: la limosna, la moral, la ciencia, la energía, la paciencia y la caridad. La autoridad en que el religioso de la raza de sakya fundaba su doctrina, era enteramente personal, y se componia de dos elementos, uno real, y otro ideal; el primero, consistia en la regularidad y santidad de su conducta, por medio de la castidad, de la paciencia, de la caridad y de otras virtudes; y el segundo, en la pretension que tenia de ser *Budha*, es decir, ilustrado, y como tal, el poseer una ciencia y un poder sobrehumanos. Con su poder hacia milagros; con su ciencia, descubria clara y completamente el pasado y el porvenir. Podia contar todas las acciones del hombre en sus anteriores existencias, y afirmaba tambien, que un número infinito de seres habia llegado como él, por medio de la práctica de las virtudes, á la dignidad de Budha, antes de entrar en el anonadamiento completo; por último, se presentaba á los hombres como su salvador; les prometia que su doctrina no pereceria con él, sino que, por el contrario, debia durar un gran número de siglos, y que cuando hubiese cesado su accion saludable, vendria al mundo un nuevo Budha, que él designaba por su nombre, y á quien, segun las leyendas, habia consagrado por sí mismo en el cielo, en calidad de Budha futuro, antes de descender sobre la tierra.»

La predicacion fué el medio empleado por Sakyamuni para convertir al pueblo á su doctrina; medio, tanto mas digno de atencion, cuanto que era desconocido en la India antes de este reformador, y que produjo el efecto de poner al alcance de todos, ideas, que antes eran patrimonio esclusivo de las castas privilegiadas. Sakyamuni admitia la gerarquía de las castas, pero las hacia iguales entre sí, confiriendo indistintamente á sus individuos la investidura de aquella dignidad, con el rango de asceta. Además, reemplazó el sacerdocio hereditario de los brahmas, por medio de una asociacion de religiosos, consagrados al celibato, que reclutaba de todas las clases de la sociedad. Si las castas inferiores, fundadas sobre una division del trabajo, que perpetuaba el nacimiento, podian subsistir bajo la proteccion del sacerdocio búdhico, que acogia á sus miembros en sus filas; los brahmas, por el contrario, debieron resentirse, y mostrar su aversion á una reforma, que destruia su monopolio.

Para ser religioso budhista, bastaba profesar la fé contenida en Budha, y declarar el propósito de seguirla. Despues, se cortaban la barba y los cabellos del neófito, vistiéndole una especie de túnica y un manto formado de diversas piezas teñidas de amarillo. Un tapiz para sentarse, y un vaso para mendigar, componian todas sus riquezas. «El asceta de la clase brahmánica, dice M. Burnouf, llevaba mucho mas allá su desprendimiento, cuando vivia enteramente desnudo, sin pensar en cubrir su cuerpo, que consideraba haber domado, lastimando por este medio un sentimiento de pudor, que existe en todos los hombres, despues de haber perdido su inocencia primitiva. Sakyamuni, por el contrario, dió en su moral mucha mas importancia al pudor; aun parece que quiso fuera la valvaguardia de la castidad, que exijia de sus discípulos. Llenas están sus leyendas de las reprensiones que dirige á los mendigos que viven desnudos, y el espectáculo repugnante de su grosería, forma un gran contraste con el cuadro de castidad que presenta una reunion de religiosos vestidos con decencia.» Despues de la obligacion de observar las reglas de castidad, no hay otra mas imperiosa para el asceta budhista, que la de vivir de la caridad pública. Viviendo de los dones que otros le ofrecen, jamás, en cambio, puede rehusar á un huésped el auxilio de que pudiera necesitar, prescripcion fundada en las ideas que los orientales tienen sobre los deberes de la hospitalidad. Los budhistas, por un efecto de su predileccion por

los sentimientos morales, han hecho una aplicacion especial de estas ideas, adoptándolas para la práctica de la vida religiosa, que presentan como el ideal de la vida del hombre en este mundo. «Allí, dice M. Burnouf, aparece el carácter propio del budhismo, doctrina en que domina la moral práctica, y que se distingue del brahmanismo en que, en este, ocupan un lugar mas estenso, no solo la especulacion filosófica, sino la mitología.»

Este carácter, propio del budhismo, es aun mas notable, por la institucion de la confesion. «La ley fatal de la transmigracion, dice aquel sabio, señala premios para las acciones buenas, y castigo para las malas, y establece la compensacion de unas y otras, ofreciendo al culpable el medio de rehabilitarse por la práctica de la virtud, en lo cual está el orígen de la espiacion, tan importante en la ley brahmánica, porque el pecador, además del interés de su rehabilitacion presente, desea recojer en la otra vida los frutos de su arrepentimiento. Esta teoría, que el budhismo ha adoptado junta con otros muchos elementos constitutivos de la sociedad india, ha tomado una forma particular, con que ha modificado su aplicacion práctica. Los budhistas han continuado en creer, con los brahmanes, en la compensacion de las acciones malas con las buenas, porque admitian con ellos, que estas eran fatalmente recompensadas, y aquellas fatalmente castigadas; pero como no creian en la eficacia moral de las torturas y penitencia, con que el culpable podia borrar su crímen, segun los brahmas, la espiacion quedó naturalmente reducida á su principio, es decir, á la idea del arrepentimiento; y por lo mismo, la única forma que recibió en la práctica, fué la de la confesion.»

Al cuerpo de ascetas mendicantes, siguió el de los religiosos, igualmente mendicantes, para cuya admision se observan las mismas reglas: y además de estas dos órdenes, que constituian el fundamento de la asamblea de Sakyamuni, las leyendas hablan de los fieles que hacian profesion de creer las verdades reveladas por Budha, sin profesar la vida ascética.

El reformador, segun estas leyendas, iba siempre seguido de un número mas ó menos considerable de religiosos, que mendigaban en pos de él. Cuando las lluvias dificultaban las comunicaciones entre las campiñas y los pueblos, se dispersaban estos religiosos, hospedándose en las casas, cuyos dueños sabian que les habian de recibir con benevolencia, donde predicaban ó se consagraban á las meditaciones, y terminados estos cuatro meses de retiro, se reunian en una verdadera asamblea religiosa. Un solo paso hay de esto, al establecimiento de los *viharas*, especie de monasterios, situados en bosques ó jardines, y á que asistian en comun para oir la enseñanza del maestro. Los religiosos llamados *sravakas* ú oyentes, con relacion á este último, tomaban el nombre de *áryas* ú honorables, con relacion á los demás miembros de la sociedad india.

El viage de la China á Ceylan, hecho por los años de 400 á 414 de la era cristiana, por un sacerdote budhista, llamado Fa-hian, sirve de base á la teoría de Sykes y de Manpied, que creen, que el budhismo ha precedido al brahmanismo, por el cual ha sido suplantado. El abate Gorresio refuta esta nueva teoría en pocas palabras: «De lo que Fa-hian ha escrito sobre el budhismo y sobre su estado floreciente en la India, muchos siglos antes del viage de aquel chino, pretende inferir M. Sykes, que el budhismo es anterior en la India al brahmanismo. No me detendré mucho para probar, que los principios fundamentales del budhismo presuponen ya las doctrinas del brahmanismo; solo indicaré algunos pasages de la disertacion de M. Sykes, ó por mejor decir, del budhista chino, á quien ha reasumido y tomado por guia. M. Sykes escribe que, un discurso pronunciado en Benarés por el budha Sakyamuny, tuvo por oyentes á los *brahmas* y *al mismo Brahma*. Despues, entre los adversarios del budhismo, contra quienes Sakyamuni tuvo que combatir, hace mencion de los sectarios de los *Vedas*, *monumento fundamental del brahmanismo*, y de los sectarios de la doctrina *vaisesica*, y de la doctrina *san-*

kya, sistemas todos *nacidos del brahmanismo*.

«Tambien está citada la leyenda de un brahma estenuado de hambre, á quien Budha dió á comer su propia carne, y otra, en que se cuenta, que Brahma é Indra, divinidades *brahmánicas*, acompañaron á Budha en el viage que hizo al cielo para ver á su madre. No añadiré mas citas, y dejaré al cuidado de los hombres juiciosos para que vean, si de las que he reproducido, puede deducirse que el Budha Sakyamuni y su doctrina son anteriores al brahmanismo.»

Despues de haber espuesto el orígen del budhismo, conviene decir algo sobre su apreciacion. Como esta doctrina, profesada hoy por una cuarta parte del género humano, es en todos los paises, en que está propagada, casi la misma, que en la peninsula Malaise, nos valdremos para este juicio de la autoridad del abate Bigadet, misionero del seminario de las misiones estrangeras de Paris en dicha península.

El budhismo, dice, es un sistema absurdo en alto grado; no reconoce ninguna primera causa, ni puede dar idea alguna clara y exacta sobre el último fin del hombre. Despues de haberle hecho girar en un círculo casi infinito de existencias diferentes, le transporta fuera de la esfera de cuanto existe, para arrojarle en el vacío, donde se pierde, desaparece, y se anonada. La mayor parte de las virtudes morales, enseñadas por el cristianismo, están consignadas en el *Tripitaka*, gran coleccion dividida en tres partes; el *Sutra-pitaka*, ó discursos de Budha, el *Vinaya-pitaka*, ó la disciplina, y el *Abhidarma-pitaka*, ó la metafísica), sin que de aquí pueda deducirse, que este sistema se aproxime á la perfeccion, ni que merezca las alabanzas que ciertos incrédulos le han prodigado, en odio de la religion de Jesucristo; porque esto equivaldria á decir, que una estátua sin piés ni cabeza, era una obra maestra. La tierra, en el sistema budhista, que no admite creador, ha sido formada por el resíduo y sedimento de las aguas; el mundo que habitamos, y otros cien mil que existen por sí mismos, están sujetos á ser destruidos, despues de cierto tiempo, pero son reproducidos por una fuerza desconocida, inherente á la materia, y que es con poca diferencia lo que nuestros incrédulos decoran con el nombre vago y abstracto de naturaleza.

El budhista, no tiene verdadera nocion de Dios, sino de un *Phra* (sinónimo de Budha), es decir, de un ser, que durante muchas series de existencias diferentes, ha trabajado para adquirir una cantidad prodigiosa de méritos. Cuando los ha obtenido, se dice que está maduro el *phra-laong* (ó *bodhisattva*), es decir, el ser, capaz de llegar á ser Phra ó Budha. En este estado, se le comunica súbitamente un poder estraordinario; su espíritu abarca lo pasado y lo presente; sus oidos perciben todos los sonidos; su alma conoce á fondo todos los seres, las relaciones que existen entre sí, y las leyes que rigen al mundo físico y moral. Esta ciencia profunda, le dá á conocer la fé, que ha de ser predicada á los diferentes seres; su simpatía para sus miserias, le mueve á anunciársela, para escitarlos á libertarse del principio productor de todos los males, y á dirigir sus miradas hácia el *neiban* (sinónimo de *nirvana*), que es la falta de todo sentimiento de pena y de placer, la ausencia de las vicisitudes de la existencia, y en resúmen, el aniquilamiento del ser. Luego que un Phra ó Budha ha cumplido con esta mision, cae precipitado en el neivan ó nirvana. La idea de Phra ó Budha, no despierta la de un Dios eterno, creador y conservador de todas las cosas, autor de la gracia, juez de las acciones de los hombres, etc.; el budhismo refleja solamente de una manera vaga la idea de un redentor, conservada en medio de las familias esparcidas por el género humano.

Este sistema monstruoso, en vez de ser teista, como se ha creido, es ateo. Cierto es, segun hace notar M. Burnouf, que una escuela, poco numerosa, y relativamente reciente entre los budhistas, admite un dios, esencia inteligente, que bajo el nombre de Adibudha, es, para unos divinidad única, y

para otros, primer término de una dualidad, cuyo segundo término es el principio material, que es co-existente y co-eterno á él; pero aunque estos teistas reconozcan una esencia inmaterial y un Dios, niegan su providencia y su imperio sobre el mundo; y aunque se dirigen vagamente á Dios, como el autor de los bienes de la existencia, consideran la union de la virtud y de la dicha, mientras existe, como absolutamente independiente de Dios. Creen, que el hombre no puede llegar á ella mas que por sus propios esfuerzos, por medio de las austeridades y de la meditacion; y piensan que estos esfuerzos pueden hacerlo digno de ser honrado sobre la tierra como un Phra ó Budha, y elevarle, despues de su muerte, al cielo, para participar de los atributos y de la dicha del supremo Adibudha. La idea de Dios no ha echado por consiguiente profundas raices en esta escuela, introducida en la India en el siglo x de la era cristiana.

Todos los seres que existen, están clasificados por los budhistas en treinta y un estados ó regiones diferentes, partiendo del grado inferior al superior: 1.°, cuatro estados de castigos; 2.°, el estado del hombre; 3.°, seis moradas de seres dotados de cuerpo y alma, que habitan los cielos inferiores, y que vuelven á la tierra, despues de haber agotado la suma de goces que les ha sido asignada en recompensa de sus buenas obras; 4.°, los diez y seis cielos materiales, habitados por los brahmas y por seres muy avanzados en la perfeccion; 5.°, los cielos inmateriales, morada de los seres mas perfectos, que no tardarán en alcanzar el neiban, es decir, el salir de la escala de los seres, puesto que mas allá de los cielos inmateriales, no existe mas que el vacio. Nacer y morir, en el sistema budhista, es lo mismo que pasar constantemente de una de las treinta y una moradas á la otra, ó quedar siempre en el mismo estado, ocupando un lugar mas ó menos dichoso. Como no puede haber en este cambio de moradas ninguna accion providencial, puesto que este sistema no reconoce la existencia de Dios, la causa que hace pasar á los seres de un estado á otro, no es mas que la influencia de los méritos y faltas, que obra por si sola, y sin la intervencion de ningun agente esterno.

Hemos dicho antes, que en este sistema, en que no hay creador, la tierra habia sido formada por el resíduo de las aguas, y ahora debemos añadir cómo llegó el hombre á ella. Luego que la tierra salió de las aguas, algunos de los seres que habitaban en la morada de los brahmas dejaron los cielos para habitar este globo. Entre estos nuevos habitantes no se conocia sexo. Los rayos de luz, que emanaban de sus personas, alumbraban todos los cuerpos, sobre los cuales se reflejaban. Estos brahmas, que saborean las mas puras delicias, no usaban alimento alguno; pero despues esperimentaron la necesidad de tomarle, y entonces, por virtud de la gloria, inherente á sus personas, apareció una especie de cuerpo craso, que tenia el mismo gusto que un panal de miel, del cual tomaron un poco con la estremidad del dedo, y lo pusieron sobre la lengua. A este cuerpo craso, sucedió una especie de rama tierna y delicada, que satisfacia el apetito, y vino luego el *Ça le tsan*, especie de arroz, sin cáscara, con que los hombres se alimentaron.

Como este alimento es grosero, las secreciones se hicieron indispensables, los sexos aparecieron en el esterior, y en el interior se dejaron sentir las llamas de la concupiscencia. Los hombres avergonzados de su estado, desgajaron del árbol *padeca* los vestidos que en él están suspendidos, y con los cuales cubrieron su cuerpo: antes de este momento podian subir y bajar de la tierra al cielo, pero despues de haber comido el funesto *Ça le tsan*, perdieron este precioso privilegio, y ya adheridos á la tierra, prorumpen en inútiles gemidos, suspirando por la morada de que se veian escluidos. Desvanecidos los rayos luminosos, que brillaban sobre sus personas, piden luz desde el seno de la oscuridad, y hé aquí que el sol apareció por la vez primera. Al ponerse en el horizonte, vuelven á lamentarse de la oscuridad, hasta que saliendo la luna de una espesa

nube, vino á consolar á los hombres con su presencia. Las estrellas y los planetas vinieron tambien á adornar el firmamento, y el dia, la noche, los meses y los años, empezaron sus evoluciones periódicas. La concupiscencia ingerta en el hombre por el *Ca le tsan*, engendró las pasiones, verdaderos azotes de la humanidad; nacieron *lo mio* y *lo tuyo*, estallan las disputas, se hace sentir la necesidad de una autoridad; los habitantes de la tierra eligen un gefe, que tenga poder sobre las personas y sobre las cosas de todos, dándole en tributo la décima parte de todas las producciones, y desde entonces, en fin, quedó organizada la sociedad. En esta historia de la aparicion del hombre, se ven sin duda algunas reminiscencias evidentes de la tradiccion primitiva, sobre su caida y sus consecuencias, y sobre el principio del órden social.

Aunque los budhistas y sus libros sagrados, afirman en algunos lugares la existencia de la libertad del hombre, se deduce necesariamente de sus principios, que está muy distante de ser un agente libre. El hombre tiene en sí tres pasiones distintas, la concupiscencia, la cólera y la ignorancia, orígen de todas sus faltas; y tres pasiones opuestas, que son, por el contrario, el principio de los merecimientos. La voluntad es casi el juguete de estas influencias, que sin cesar están en oposicion como dos encarnizados enemigos. Cuando el principio bueno es el dominante, la voluntad se inclina al bien, y por el contrario, al mal, cuando el principio malo es el que vence. La dicha, la desdicha, la prosperidad, y la miseria, son resultado de la influencia de los méritos y de las faltas; y por consiguiente, si un hombre nace con alguna imperfeccion, esta es debida á las faltas cometidas en una existencia antecedente; así como si nace rico ó poderoso, debido es tambien á las buenas obras practicadas en una existencia anterior. La evidencia del libre albedrío, obliga á proclamarle, pero el espíritu sistemático subordina la libertad á la ley de los méritos y de las faltas. Los buhdistas, no admiten diferencia esencial entre el animal y la naturaleza del hombre, sino en el mayor ó menor número de las perfecciones de ambos, como consecuencia de los merecimientos; uno y otro pertenecen á la misma familia, y solo se diferencian en cuanto á su condicion. Los animales, que no están dotados de razon, pueden ser considerados como seres, en un estado de castigo, y avanzan progresivamente á un estado mas dichoso, cuando se va debilitando la influencia de las faltas anteriores. El ser que ha alcanzado la naturaleza humana, es únicamente, porque ha hecho mas progresos en la vía de los merecimientos, que el ser reducido al estado animal. Esta nocion esplica la aversion de los budhistas por la destruccion de los animales, crímen igual al homicidio, del que solo se distingue, en razon de la gravedad, puesto que el animal, es un ser menos noble y elevado que el hombre.

Este paso contínuo de una existencia á otra, ó metemsícosis, dogma fundamental del budhismo, es un verdadero mal, porque la dicha de que se goza en un estado, está siempre mezclada de amarguras, y de aquí deducen los budhistas, que la única cosa digna de la ambicion de los hombres, es el no existir, ó verse libre de las desgracias y vicisitudes de la existencia. En resúmen, la ley de Budha enseña, que la concupiscencia, con las otras dos pasiones compañeras suyas, son el principio del mal, y que destruyéndolas, es como puede llegarse al nirvana. «Para combatir la concupiscencia,» dice el abate Bigandet, el budhista, está abandonado á sus fuerzas naturales, sin que tenga que esperar ningun auxilio superior, porque para él, no existe actualmente dios alguno. El griego y el romano, creyendo en sus dioses, se veian escitados á obrar, considerando que, desde lo alto del olimpo, contemplaban aquellos sus esfuerzos y los alentaban con sus aplausos. El amor, ese poderoso resorte del corazon humano, es una palabra vacía de sentido, cuya influencia no ha sentido nunca el budhista. Imaginándose, que no puede haber sinceridad en el goce, y que la felicidad no puede existir sin su contrapeso,

la desgracia, tampoco le agita el deseo de la dicha, que impulsa al hombre al heroismo y le sostiene en medio de las mayores dificultades. El budhista, desesperado, solo suspira por la exencion de los goces y de las penas, ó lo que es lo mismo, por un reposo, que equivale á la destruccion del ser; así es, que podemos compararle al infeliz agoviado con el peso de todas las miserias reunidas, y que viendo la ineficacia de sus luchas y de sus esfuerzos, pone sus ojos en la muerte, como único medio de salir de ese abismo de calamidades. Por esta razon suspira por el neiban, ó cesacion de la existencia, único medio de salir de esa rueda sucesiva de placeres y disgustos, tanto mas, cuanto que la suma de estos, supera infinitamente á la de aquellos.»

Cuando el mundo que existe, esté próximo á concluir su revolucion, Lauka-biu-ha, descenderá de los cielos inferiores, en medio de los hombres, trayendo en su mano un ramillete encarnado, y exhortándolos á la práctica de la ley. Los hombres, teniendo siempre presente este gran suceso, observan con puntualidad los preceptos que les impone. Transcurridos cien mil años, despues del advenimiento de Lauka-biu-ha, se verificará el fin del mundo, sin que lo determine ninguna causa esterior, y despues de haber recorrido la série de millares de centurias, que le fueron asignadas, llegará á su término, como el sol, que al concluir su curso diario, desaparece sobre el horizonte. El fuego, el agua y el aire, concurrirán sucesivamente á la destruccion de nuestro planeta, y de una parte de los cielos que cubren su superficie. Los seres que han llegado á la morada de los brahmas, permanecerán sanos y salvos; los que están en los cielos inferiores, conseguirán por sus constantes súplicas, elevarse hasta la morada de los brahmas; los demás seres, aunque no merezcan actualmente un lugar en los cielos superiores, le alcanzarán, sin embargo, en esta ocasion, por la influencia de sus buenas obras en las existencias precedentes; y en cuanto á los seres que padecen en el infierno inferior, pasarán al infierno correspondiente á los mundos no sujetos á esta revolucion, donde continuarán sufriendo las mismas penas. Tal es el fin de los seres animados; los inanimados, como las plantas, los árboles etc., serán consumidos por el fuego, sin ulterior reproduccion.

El Budha, su ley, y la asamblea de los justos, son el triple y verdadero objeto de la veneracion del budhista, y se considera como un crímen digno de castigo, toda palabra ó accion que directa ó indirectamente tienda á despreciar *estos tres preciosos tesoros*. Las súplicas ó preces de los budhistas, se dirigen siempre á estos tres objetos, y á ellos se refiere tambien la triple postracion que hacen en sus pagodas, ó cuando van á visitar á los sacerdotes de Budha. La profunda veneracion que se rinde á Sakyamuni, es solo en su cualidad de Phra ó Buda, no debiendo perder de vista, que los honores y las alabanzas que se le prodigan, no se dirigen á él, como si tuviera una existencia real, sino como el ser, que, siendo antes Phra ó Buda, tenia las mas escelentes cualidades, y se dedicaba á la reforma del género humano por la promulgacion de su ley.

Esta ley eterna é inmutable, y como nuevamente creada por el génio omnipotente de Phra ó Budha, es el segundo objeto de la veneracion de los budhistas, que la dan las calificaciones mas elevadas, representándola, como capaz de lavar las manchas del alma.

El budhista, en tercer lugar, honra la asamblea de los justos, es decir, de los mas avanzados en la práctica de la ley. En el primer lugar están los sacerdotes, sucesores y representantes de Phra ó Buda, guardianes de su ley, y encargados de hacerla conocer á los demás, por cuya razon se les profesa una veneracion, superior á todo cuanto puede imaginarse. Despues de los sacerdotes, están los *aryas*, que practicando los preceptos de la ley, en un grado muy elevado, no tendrán que atravesar mas que una ó dos existencias, para completar su santificacion, y para llegar al neivan, saliendo así de la escala de los seres.

Comunmente se divide á estos justos en ocho clases, que son honrados á causa de su virtud, y de su proximidad á la perfeccion de Budha. Bien pudiera decirse, que lo que se honra en estos justos imaginarios, es la virtud y la perfeccion consideradas en abstracto.

Preciso era que el autor del budhismo estuviese convencido de la vanidad del culto de los ídolos, para no ofrecer á la veneracion de sus partidarios, mas que ideas abstractas de virtud y de desprendimiento de cuanto existe, sin presentarles uno ó muchos objetos, que merecieran esclusivamente el culto real de la idolatría. El politeismo brahmánico con sus estravagancias, habia suscitado esta reaccion, que llegó hasta el ateismo, en vez de elevarse al reconocimiento del ser supremo, perfecto y único, digno de las adoraciones de todas las criaturas; pero el alma del hombre tiene tanta necesidad de un objeto de adoracion, como el cuerpo de aire para vivir, y de alimento para sostenerse. Si no adora al creador, se prosterna delante de la criatura, rindiéndola homenages, que se ve precisado á tributar á una cosa que esté fuera de él. Los discípulos del fundador del budhismo, no carecieron pues, de ídolos, y adoraron, desde luego, la representacion figurada de Sakyamuni. La imágen de Budha, no tiene entre aquellos, un número exagerado de atributos, como las de Vichnu y de Siva, ni se multiplica por medio de ese lujo de encarnaciones que hacen salir del mismo dios una infinidad de personas diferentes. Solamente representa la imágen de un hombre sentado, en actitud de meditar ó enseñar. El transcurso del tiempo asoció otros objetos de adoracion á las reliquias de Sakyamuni, como lo fueron, en primer lugar, las estátuas de los Phras ó Budhas, por quienes decia aquel habia sido precedido en el período actual; y en segundo, las de otros Phras (Boudhas) ó Phra-laongs (Bodhisattvas) mitológicos, que se remontan á millares de siglos. De esta manera, la invasion de la mitología, desenvolvió el culto búdhico. Lo importante, es saber, si la adoracion del budhista, es relativa ó absoluta. Decir que tiene intencion de referir su culto á Sakyamuni, es engañarse groseramente, como dice el abate Bigandet, puesto que el budhista, sabe bien, que Phra ó Budha ha desaparecido ya, y que para nada entra en los negocios de este mundo; mal puede por consiguiente ser objeto de adoracion aquello que no existe. Se concibe muy bien, que pueden adorarse algunas divinidades, que se cree erróneamente existir en algun lado, pero jamás puede admitirse haya quien refiera su culto á una imágen, á un prototipo, que está seguro no se encuentra en ninguna parte, ni bajo forma alguna. Los budhistas adoran, pues, verdadera y escrictamente hablando, los ídolos presentes á sus ojos, y nada mas allá, á diferencia de los católicos, que no se sirven de los objetos visibles, mas que para elevarse á los invisibles y sagrados que representan, y á quien refieren el honor rendido por medio de la imágen. Los budhistas no creen que el ídolo pueda dispensarles favor alguno: tampoco suponen que tenga vida ni inteligencia; pero prosternándose delante de ellos, consideran sus postraciones y sacrificios como actos buenos, prescriptos por la ley, y por cuyo cumplimiento les están señaladas grandes recompensas. Del mismo modo que creen obtener este ó el otro merecimiento, de los enumerados en el libro de la ley, por una buena obra, así creen tambien, que fabricando un ídolo, construyendo una pagoda ó presentando ofrendas á las estátuas, podrán obtener los premios señalados en la ley.

Las reliquias de Sakyamuni, recogidas sobre la pira que consumió sus restos mortales, fueron encerradas en ocho cajas de metal, sobre las cuales se levantó un número igual de *stupas*, ó montones de piedras reunidas con argamasa, reliquias que fueron distribuidas, destruido el mausoleo, algunos siglos despues, en diferentes puntos. Aunque los budhistas no creen que las imágenes de Sakyamuni tengan alguna virtud particular, suponen que sus reliquias, como parte de un cuerpo dotado de

las mas altas perfecciones, han conservado algunas virtudes secretas, por medio de las cuales, se verifican grandes maravillas en las pagodas que encierran estos preciosos restos, estando algunas veces, segun ellos, llenas de luz durante la noche, y aun, segun dicen, se las ha visto cubiertas repentinamente de oro. Segun la leyenda mas auténtica, las reliquias de Phra ó Budha eran poco considerables, pero el interés y la ignorancia las han multiplicado tan estraordinariamente, que apenas hay pagoda algo célebre que no se vanaglorie de poseer algunas, y no faltan charlatanes, que pretenden tambien ser dueños de alguna parte de ellas.

Los homenages esteriores, que los budhistas rinden á los ídolos, consisten en postraciones y ofrendas de perfumes, de flores, de banderas y de quitasoles blancos ó dorados. No se conocen ni sacrificios sangrientos, ni ofrendas trasmitidas por medio del fuego; lo primero, porque uno de los principios fundamentales de la moral búdhica, es no matar á nada de lo que vive, y lo segundo, porque la teoría del *Veda*, segun la cual, los dioses se alimentan de lo que se ofrece al fuego, que es su mensagero sobre la tierra, es radicalmente incompatible con las ideas de los budhistas, cuyo culto no se dirige ni á un dios único, ni á esa multitud de seres divinos, que la imaginacion del brahman entrevé, ya ocultos en la naturaleza, ya dispersos en los elementos. En las cuatro fases de la luna, y principalmente en los novilunios y plenilunios, es cuando las pagodas y las casas de los sacerdotes reciben ofrendas de toda especie, siendo aquellas mas ó menos importantes, en proporcion de la fortuna ó de la piedad de los que sufragan los gastos. Los libros sagrados conceden grandes recompensas á los que hacen ídolos ó construyen pagodas; y como nada dicen en favor de los que las reparan, rara vez se ve á los budhistas emprender restauraciones, cuyos beneficios, segun ellos, redundarian en provecho del primer fundador.

En las pagodas, y delante de los ídolos, se dedican á recordar rasgos de la vida de Phra ó Budha, á celebrar sus virtudes y sus triunfos sobre las pasiones, y sobre los enemigos que se oponian á su marcha hácia la perfeccion, haciendo tambien citas numerosas y grandes elogios de la ley, y celebrando las alabanzas de los aryas, ó de los justos, que cumplen sus preceptos con mas exactitud. Jamás sale de boca de los budhistas, espresion alguna que indique, solicitar favores, ó ser librados de peligros, y por consiguiente nada hay que despierte la idea de la plegaria ó súplica propiamente dicha. El budhista, fiel á su principio de fatalidad, dice siempre: «Ojalá que «pueda yo practicar tal virtud, como Budha «la ha practicado.»

Todo está en contradiccion en las mitologías de la India, así es que, despues de haber dado la nocion del Budha, que entra en su neiban y que sale de la escala de los seres, debemos mostrar á Budha, encarnado en otro tiempo en la persona de Sakyamuni, tomando de nuevo el privilegio de la encarnacion para perpetuar su doctrina. Apenas murió, volvió á aparecer, y llegó á ser sucesor de sí mismo, no muriendo ya desde entonces, mas que para volver á nacer. Los primeros patriarcas, herederos del alma de este Budha, vivieron siempre en la India y en la corte de sus reyes, de quien eran consejeros espirituales; pero sin tener funcion alguna particular que ejercer. El dios, cuya intencion primitiva habia sido reclutar el sacerdocio búdhico en todas las castas, se recreó en renacer, ya en las castas de los brahmas, ó en la de los guerreros, ya entre las de los mercaderes ó labradores. Tan variado es el lugar de su nacimiento, que apareció sucesivamente en el norte y en el mediodía de la India, en Candahar, en Ceylan, conservando en la nueva vida el recuerdo de lo que habia sido en las existencias anteriores. Cuando la mayor parte de estos pontífices llegaban á una edad avanzada, ponian por sí mismos fin á las miserias de la vejez, y aproximaban, subiendo sobre la pira, el momento en que debian volver á gozar de los placeres de la infancia.

Las colonias judías, establecidas entre los hindos, debieron despertar en ellos los recuerdos tradicionales, estinguidos en la noche del paganismo que acabamos de describir. «El año 719, antes de Jesucristo, dice el abate Maupied, Salmanasar, rey de los asirios, se apoderó de Samaria y trasportó á sus habitantes á las ciudades mas lejanas de la Media.

«En 676, antes de Jesucristo, Assaharaddon dispersó los restos de los reinos de Siria y de Israel, por la Persia, por la Media y por las mas remotas regiones del oriente. El año de 606, antes de Jesucristo, empezó la cautividad de Babilonia; Nabucodonosor llevó á su reino, que se estendia hasta la Media, la mayor parte de los judíos, y sobre todo gran número de príncipes, sacerdotes y profetas. Los israelitas de las diez tribus, y los de la Judea, participaron de las desgracias de la cautividad, confundieron allí sus lágrimas, y puede decirse que este fué el fin del cisma. En esta época, los libros de los judios contenian el Pentateuco, el libro de Job, el de los Jueces, los libros Sapienciales, la mayor parte de los Salmos, y á Isaias, que empezó á profetizar en 735, y murió antes de la cautividad por él anunciada, y aun todo Jeremías, que empezó á profetizar en 629, casi en el momento de la cautividad, y cuyos escritos fueron trasportados á Asiria. Recogieron tambien durante la cautividad las profecías de Daniel y de Ezequiel, que profetizaron en Asiria despues del año 606. Los judios, pues, poseedores de estos libros, y mas apegados que nunca á las doctrinas que contenian, se esparramaron por todo el oriente, por la India y por la China, pasando de la Persia, por la Bactriana y el Tibet, para dirigirse á la China. La India septentrional y central no está separada del Tibet mas que por las montañas del Nepal. Los judios llegaron pues á la India en el momento de la dispersion, es decir, en el siglo VII, antes de nuestra era, y no fueron solamente algunos judios, fué la nacion entera, la que se vió obligada, por la cautividad, á dedicarse al comercio y á hacer el *colportage* de todos los pueblos del Asia. Todo cambió desde entonces. Los judios llevaron consigo sus doctrinas y sus libros, cuyo fondo se tomó, pero mezclando las fábulas locales y adoptándole al espíritu y las costumbres de los pueblos. Los judios, esparcidos á la vez en todos estos territorios, hicieron renacer las creencias antiguas.» Todo esto está confirmado por hechos exactos. Claudio Buchanan, dice, en sus *Investigaciones sobre los cristianos de Asia*, publicadas en 1812: «Es un hecho demostrado por monumentos históricos y por la tradicion judía, que los judios negros se establecieron en la costa de la India, mucho tiempo antes de la era cristiana. Hubo tambien otra colonia de ellos, en Rajapur, territorio de los Mahrattas, que aun no se ha estinguido, puesto que en la actualidad existen oficiales y soldados, judíos indígenas, al servicio de Inglaterra. Todo esto nos hace sospechar que son los restos de los judíos dispersos en la primera cautividad de Babilonia. Además, hay otras muchas familias que se han establecido en Persia, donde no hay duda alguna sobre su orígen hebreo, en Arabia, en la India septentrional y en la China, sin que fuera muy difícil descubrir todos sus diversos lugares de residencia, siéndolo ya con toda certidumbre hasta el número de cincuenta y seis. Estos emigrados, y principalmente los que pasaron el Indus, se asimilan mucho á los usos y costumbres de los territorios en que viven, pudiendo cualquier viagero encontrarlos, sin adivinar fácilmente que son judíos. La poca semejanza que hay entre estos judíos y los de Europa, indica que se separaron del tronco principal de la Judea muchos siglos antes que los que se difundieron por el occidente. Viene á confirmar esta opinion el hecho de encontrarse algunos, que no se llaman judios, sino beni-israel ó israelitas, porque el nombre de judío se deriva de Judá, mientras que los antepasados de estas tribus negras estaban sometidos al rey de Israel, y no al de Judá. Poseen en muchos lugares, el Pentateuco, el libro de Job y los Salmos, pero conocen poco las profecías. Habiendo perdido algunos el Pentateuco, saben que son israeli-

tas, solo por la tradicion y por la observancia de los ritos particulares. Los sabios desearon por largo tiempo una copia de las partes de la escritura, que poseen los judíos de oriente, de quienes no se puede sospechar tuvieran comunicacion alguna con los de occidente. En una sinagoga de judíos negros del interior del Malayala (Malabar) se ha encontrado un ejemplar del Pentateuco, escrito en un rollo de cuero, de cerca de cincuenta piés de longitud. Creen algunos judíos, que este rollo vino originariamente de Sennaar, en Arabia, y otros que fué traido de Cachemira. Los judíos cabules, que hacen todos los años el viage al interior de la China, dicen, que en algunas de sus sinagogas, se encuentra el Pentateuco en un rollo de cuero muy flexible, preparado con pieles de cabras, y teñido de color rojo, lo cual conviene con el rollo antes mencionado.» Los judíos blancos de Cochin, llamados así por oposicion á los anteriores, dan sobre su orígen una esplicacion confirmada por los antiguos anales de Malabar, y por los anales mas modernos de los musulmanes, cuyos padres, segun dicen, salieron de Jerusalen despues de la destruccion del segundo templo, y vinieron á la India con sus hijos, sus mugeres, sus doctores, y sus sacerdotes, á quienes un rey de la India señaló para morada la ciudad de Cranganor y les otorgó diversos privilegios.

Como prueba de este hecho, conservan y enseñan á los estrangeros una plancha de cobre, llena de antiguos caractéres malabares, y la traduccion hebrea, en que se encuentra la carta que les fué concedida, firmada por otros siete reyes de los paises inmediatos. La traduccion hebrea, aunque poco inteligible, aun para ellos mismos, parece estar en armonía con esta narracion. Poco tiempo despues de su establecimiento en estas comarcas, se les unieron otros judíos salidos de Jerusalen, y mas tarde llegaron de España y de otros puntos, muchos que oyeron hablar de la prosperidad de que aquellos disfrutaban. Las discordias intestinas, suscitadas entre ellos, fueron causa de que llegasen á ser presa de un rey indio que destruyó á Cranganor, sacrificando y cautivando á sus habitantes, que solo en muy pequeño número, pudieron refugiarse en la ciudad de Cochim, donde les encontró Buchanan. De la llegada de los judíos á la India, y especialmente, de la de los negros, en una época tan remota, se puede deducir que los antiguos indios pudieron conocer, por este medio, al verdadero Dios, y adoptar las prácticas judías; en lo que no hay duda es, en que al reformador Sakyamuni, muerto en el año 543 antes de Jesucristo, obedeciendo á la influencia judía, se declaró contra el politeismo de los brahmas, reaccion que tuvo por resultado el ateismo, en lugar de dar á conocer en la India al Dios de Israel y de Judá. El P. de Bourzes asegura, que en algunos paises de la costa de Malabar, celebraban los gentiles la libertad de los judíos bajo Esther, y que daban á esta fiesta el nombre de *Yuda Tirunal* (fiesta de Judá).

Una profecía hinda prueba lo que dice S. Pablo, que Dios no ha dejado á los gentiles sin testimonio; y habiendo mostrado que estos pueblos tenian conocimiento del Redentor, se encuentra tambien justificado el sentido de las siguientes palabras de la profecía de Jacob: «Él será la espectacion de las gentes.» En un monumento tomado de los antiguos libros, están tan marcados los caractéres del Redentor, que no se puede dudar del enlace íntimo, que tiene con las santas escrituras, ni desconocer el orígen de donde se ha tomado. El poema llamado *Barta-Sastra*, en el tercer volúmen, que tiene por título *Arania-Parva*, ó libro en que se cuentan las aventuras de la floresta, despues de un largo detalle de los desórdenes y desgracias del Kaly-yuga, es decir, de la cuarta edad del mundo en que vivimos, refiere, que Maraudeya, sabio hindo, dirigió la palabra á Darma-Raja, uno de los mayores reyes de la India, diciéndole: «Entonces, quiero decir, al fin del Kaly-yuga, «nacerá un brahma en la villa de Sambhala.

Este brahma será *Vichnu iesu* (1) que po-

(1) Nombre de nuestro Redentor, conservado con bastante integridad.





« seerá las divinas escrituras y todas las ciencias, sin haber empleado para aprenderlas « mas que el tiempo que necesita para pro- « nunciar una sola palabra ; por esto se le dará el nombre de Sarva-Budha, esto es, el « que sabe perfectamente lo que son todas las « cosas.

« Este *Vichnu iesu*, brahma, conversando « entre los de su raza, será el único que purgará la tierra de pecadores, que hará reinar « en ella la verdad y la justicia, que ofrecerá el « sacrificio del caballo, y someterá á los brahmas el universo entero. Cuando haya llegado á la ancianidad, se retirará al desierto, « para hacer penitencia, y establecerá el órden entre los hombres ; fijará la verdad y la « virtud entre los brahmas, hará que las cuatro castas se contengan en los límites de sus « leyes, y entonces será cuando aparezca la « primera de las edades. Este rey supremo « hará el sacrificio tan comun en todas las naciones, que ni aun desconocido será para « las soledades. Los brahmas no se ocuparán « mas que de las ceremonias de la religion y « de los sacrificios ; florecerán entre ellos la « penitencia y las demás virtudes que van en « pos de la verdad, y difundirán por todas « partes el esplendor de las divinas escrituras. « Se sucederán las estaciones con un órden invariable ; las lluvias inundarán en su tiempo las campiñas, las cosechas harán reinar « la abundancia, la leche correrá á raudales, y « la tierra, dotada de la prosperidad de la edad « primera, ofrecerá á todos los pueblos delicias inefables. »

No nos detendremos en comentar esta profecía, anterior al advenimiento del Salvador, tan claramente anunciado en ella.

Despues de realizada la salvacion del mundo, los apóstoles S. Bartolomé y Sto. Tomás, escogieron la India para teatro de su celo. Eusebio, refiere, que S. Bartolomé penetró hasta la estremidad de las Indias, y que llevó el evangelio de S. Mateo, escrito en hebreo moderno ó en siro-caldeo, lengua de los judíos despues de la cautividad. La tradicion de los primeros tiempos de la Iglesia atestigua la predicacion de Sto. Tomás. Efectivamente, hé aquí como responde S. Gregorio Nazianceno á la objecion que se le hace de ser estrangero. « ¿Pues qué los apóstoles eran estrangeros ? ¿ Qué tenian de comun, Pablo con las naciones, Lucas con la Acaya, Andrés con el Epiro, Juan con Efeso, *Tomás con la India*, Marcos con la Italia ? » S. Gerónimo dice que Sto. Tomás murió en Calamina, ciudad de las Indias, y aun suponiendo que esta página no sea del ilustre doctor, sino de Sofronio, y añadida por los griegos, siempre es una prueba de que ni Sofronio, ni los griegos, ponian en duda el hecho de la predicacion de Sto. Tomás en la India. Por lo demás, tal era el sentimiento de S. Gerónimo, puesto que al hablar de la inmensidad del Salvador, considerado como Dios, se espresa en estas palabras, de cuya autenticidad no respondemos : « El hijo de Dios, durante los cuarenta dias que siguieron á su resurreccion, se encontraba al mismo tiempo con los apóstoles ; con los ángeles en el seno de su padre, y mas allá de los mares. Estaba presente en todos los lugares, con *Tomás en la India*, con Pedro en Roma, con Pablo en Iliria, con Tito en Creta, con Andrés en Acaya, con cada apóstol y cada predicador del evangelio, en todas las regiones que recorrian. » Theodoreto, hablando de la predicacion de los apóstoles, dice tambien, que estos « hicieron recibir la ley del crucificado, no solo á los romanos, y á los que vivian bajo su imperio, sino á los escitas, á los persas, á los seros, á los hircanios, á los bretones, á los cimerianos, á los germanos, y en una palabra, á todos los hombres y á todas las naciones. » Santo Tomás, pues, es el único á quien se ha atribuido siempre la mision de las Indias, y Baronio hace observar, que únicamente á él son aplicables las palabras de Theodoreto.

Nicéforo tiene tambien á Sto. Tomás como apóstol de los indios, y Gaudencio, del mismo modo que Sofronio, aseguran, que murió en Calamina, en la India, ciudad que se cree

ser Meliapur, á poca distancia de Madras. La tradicion que presenta á Sto. Tomás penetrando hasta las Indias y predicando el evangelio, está aun viva en los reinos de Maduré y Carnate, glorificándose además muchos pueblos de que sus antepasados fuesen ilustrados por este apóstol. Se cree en Meliapur, que Sto. Tomás murió en un montecillo próximo á la ciudad, cuya tumba visitan sus habitantes todos los años. El P. Pons, jesuita, dice, habia brahmas que aseguraban existir, entre los libros de que era depositaria la academia de Cangipur, obras de historia muy antiguas, en que se hablaba de Sto. Tomás, de su martirio, y del lugar de su sepultura, escritos que los brahmas no rehusaban comunicar á los misioneros, pero á costa de sumas que no podian satisfacer. Muchos hechos referentes á la época de la conquista portuguesa, corroboran la tradicion sobre el apostolado y muerte de Sto. Tomás en las Indias. Alfonso de Alburquerque, denominado el Grande, por sus hazañas, se apoderó de Goa en 1510, y quiso poner este lugar á cubierto de los ataques del enemigo, por medio de nuevas fortificaciones. Al abrirse los cimientos de estas, se descubrió, entre las ruinas de los edificios destruidos, una cruz de bronce en que estaba la imágen de Jesucristo crucificado, la cual mandó colocar en la iglesia que se edificaba, para dar gracias á Dios por el buen éxito de sus empresas. La invencion del cuerpo de Sto. Tomás tuvo lugar en Meliapur, el año de 1521. Bajo las ruinas de una antigua iglesia, y á gran profundidad, se encontró un sepulcro que contenia osamentas muy notables por su blancura, el hierro de una lanza aun engastado en su palo, un pedazo de baston con cabo de hierro, y un vaso de arcilla lleno de tierra. Como este descubriento coincidia con la tradicion local sobre la presencia del cuerpo de Sto. Tomás en Meliapur, los portugueses no concibieron duda alguna sobre el hallazgo del cuerpo del santo apóstol. Sus restos fueron depositados en una caja, guarnecida de plata, que conducida despues á Goa, fué colocada en la iglesia edificada en honor de Sto. Tomás. (Pl. XII, n.º 1.) El P. Du-Jarric, jesuita, refiere, segun Osorio, historiador de D. Manuel, y obispo de Silves, en Algarbe, que hácia el año de 1543, fué presentada á Martin Alfonso de Sousa, lugar-teniente general de las posesiones de Portugal, una lámina de cobre, en que estaban grabadas letras borradas ya por el tiempo, y que nadie podia leer. Un judio, versado en los idiomas y antigüedades de la India, pudo conocer, que hablaban de la donacion, que el rey, que vivia en tiempo de Sto. Tomás, hacia al santo apóstol del terreno para levantar un templo al verdadero Dios.

Du-Jarric añade, que hácia el año de 1548, siendo Juan de Castro gobernador de las Indias, quisieron algunos portugueses construir una capilla en el mismo sitio en que se decia que el apóstol habia sido muerto por los brahmas. Al hacer las escavaciones, se encontró una piedra de dos piés de longitud y pié y medio de latitud, que tenia esculpida en relieve una cruz, cuyas cuatro estremidades estaban adornadas de flores y lises abiertas, y en cuya cima estaba colocada una paloma en actitud de picarla; notándose en la cruz, y en ciertos sitios de la piedra, algunas manchas de sangre, que tocadas con un lienzo, dejaban en él su huella. El altar de la nueva capilla fué colocado encima de este monumento, y Dios hizo por medio de esta cruz innumerables prodigios. (Pl. XII, n.º 2.) El 18 de diciembre, al celebrar los santos misterios, en el momento mismo en que se leia el evangelio, empezaron á caer de esta cruz gotas de sangre, que continuaron corriendo hasta que se concluyó la misa; milagro que se renovó despues, casi todos los años en el mismo dia, y en el mismo acto del santo sacrificio, segun lo refieren testigos dignos de fé. El capitan y el vicario de la ciudad de Meliapur, queriendo saber lo que significaban ciertas letras que habia grabadas al rededor de la cruz, se dirigieron á un brahman: del reino de Narsinga, célebre por su saber, el cual respondió: que eran signos geroglificos que decian: «Desde que



apareció en el mundo la ley de los cristianos, treinta años despues, el 25 del mes de diciembre, murió el apóstol Sto. Tomás, en Meliapur, donde se dió á conocer al verdadero Dios, y donde se obró el cambio de la ley y la destruccion del demonio. Dios nació de la vírgen María, bajo cuya obediencia estuvo por espacio de treinta años, y era un Dios eterno. Este Dios enseñó su ley á doce apóstoles, y uno de ellos vino á Meliapur, con un báculo en la mano, y edificó una iglesia. El rey de Malabar, el de Coromandel, el de Pandi, y otros, de diversas sectas y naciones, se decidieron de buena voluntad y se convinieron en someterse á la ley de Sto. Tomás, hombre santo y penitente. Llegó el tiempo en que Sto. Tomás murió á manos de un brahma, y con su sangre hizo una cruz.» De otro pais lejano se hizo venir otro brahman, que sin estar de acuerdo con el primero, y sin conocer su interpretacion, dió otra igual en su fondo. El obispo de Cochin, envió en 1562, al cardenal Henrique, entonces infante, y despues rey de Portugal, testimonios auténticos de todos estos hechos, reconocidos por el historiador Osorio, y en los que convienen todos los historiadores portugueses. El P. Tachard, jesuita, en una carta del 18 de enero de 1711, habla de dos cruces que se ven en el monte Chico y en el monte Grande, montañas próximas á Meliapur, ó Sto. Tomás, que es el nombre dado por los portugueses á esta ciudad. Como los monumentos descritos en 1711 por el misionero confirman la tradicion antigua sobre el apostolado de Sto. Tomás en la India, vamos á presentar un estracto de su carta.

«El monte Chico, dice, es una gran roca, muy escarpada por tres de sus lados, teniendo en el de sud-oeste una pendiente bastante suave. (Pl. XI, n.º 1.) En la parte del norte, que mira hácia Madras, y en el centro mismo de la montaña, está la iglesia de Ntra. Señora. Debajo del altar hay una caverna, de cerca de catorce piés de latitud, y de unos diez y seis de profundidad, á la que se desciende por una escalera estrecha labrada en la misma peña, sin que se haya creido conveniente ni embellecerla, ni cambiar en nada su forma, porque se cree que esta gruta es el lugar solitario á que se retiraba Sto. Tomás para hacer oracion. En la estremidad oriental de la gruta, han levantado un altar los misioneros, y es tradicion popular, que una especie de ventana, como de dos piés y medio, colocada al sur, y que dá una luz bastante oscura á toda la gruta, fué hecha milagrosamente, y que por ella se salvó el santo apóstol de manos del brahman, que le atravesó con la lanza, yendo á morir en el monte Grande, que está como á media legua de distancia hácia la parte del sud-oeste. Sin embargo, no todos convienen en este hecho, pues hay quienes aseguran que el santo fué herido en el Gran monte, estando en oracion delante de la cruz, que él mismo habia tallado en la roca, y que se conserva todavía.

«De la iglesia de Ntra. Señora se sube á la cima de la montaña, en que nuestros Padres han levantado un edificio, no sin haberles costado bastante trabajo allanar algun tanto el terreno, para mayor comodidad de esta pequeña ermita. Hácia el sud de la hospedería, está la iglesia de la Resurreccion, en la que se encuentra una cruz de la altura de un pié, metida en una roca, sobre la que está el altar de la iglesia; tambien es de relieve, y muy parecida á la cruz del monte Grande. En este sitio se observan los mismos prodigios, y por decirlo así, los mismos síntomas milagrosos, pues cuando la cruz del monte Grande cambia de color y suda sangre, se observa lo mismo en la del monte Chico, aunque no de una manera tan abundante. El P. Silvestre de Sousa, misionero de la compañía, en la provincia de Malabar, y que permaneció largo tiempo en el monte Chico, me ha asegurado que ha sido testigo ocular de este prodigio.

«Se sube á la iglesia de la Resurreccion por una gran escalera de piedra, de una pendiente bastante áspera, tomando despues el pié occidental de la montaña hasta una esplanada cuadrada, practicada delante de la puerta de la iglesia. Al lado del altar, hácia la parte del

sud, hay una abertura hecha en una roca, que tiene cinco ó seis piés de longitud y de cinco á seis de profundidad, y se la dá el nombre de fuente de Sto. Tomás. Es tradicion, muy comun en el pais, que el santo apóstol, vivamente afectado de que los pueblos, que venian en multitud á oir sus predicaciones, sufriesen las angustias de la sed, porque no se encontraba agua sino á gran distancia, se puso de rodillas en el lugar mas elevado de la montaña, dió con su baston en la roca, y al momento saltó un manantial de agua clara, que curaba las enfermedades, cuando la bebian con confianza, y por la intercesion del santo...

«El monte Grande no dista mas que media legua del pequeño, y aunque no he medido su altura, me parece á la vista, tres ó cuatro veces mas elevado y mayor que el otro...

«La iglesia de Ntra. Señora está construida en la cima de la montaña, y es sin contradiccion, el monumento mas célebre, y mas frecuentado por los cristianos de las Indias, y especialmente por los cristianos denominados de Sto. Tomás. Estos, que habitan las montañas de Malabar, vienen de mas de doscientas leguas...

«La cruz tallada en la roca por Sto. Tomás, está colocada sobre el altar mayor de la iglesia antigua, la cual fué despues embellecida por los armenios ortodoxos y cismáticos, y se llama ahora la iglesia de Ntra. Señora del Monte. Desde el momento en que los buques portugueses ó armenios la ven desde el mar, la saludan siempre con una salva de artillería. Esta cruz tiene cerca de dos piés cuadrados y como una pulgada de relieve, y los indios, ya cristianos, ya idólatras, creen que es obra de Sto. Tomás, y que al pié de esta misma cruz fué muerto de un lanzazo, que le dió un brahman gentil. Manifestar tener otros sentimientos sobre la mision y muerte de este gran apóstol, seria esponerse á la indignacion y á los resentimientos de los cristianos de toda la India, que la creen como tradicion constante.

«Tampoco puede negarse, que se verifican continuos milagros en Ntra. Señora del Monte; y en esta iglesia, como en las de Europa, en que hay imágenes milagrosas, se ven diferentes señales de la piedad de los fieles, que han sido curados de diversas enfermedades (1). Ocho dias antes de navidad, celebran los portugueses, con gran pompa, la fiesta llamada la Espectacion de la Santísima Vírgen, sucediendo frecuentemente en esta ocasion un prodigio, que contribuye mucho á la veneracion que profesan los pueblos á este lugar santo; prodigio tan averiguado, tan público, y tan examinado por los católicos y protestantes, que acuden en este dia á la iglesia, que ni aun los mas incrédulos de entre estos, pueden dudar de su exactitud, segun puede verse por los detalles siguientes, tomados de uno de nuestros misioneros, que en union de mas de cuatrocientas personas, entre las que se encontraban muchos ingleses, á quienes no hemos de suponer crédulos sobre este asunto, ha sido por dos veces testigo de estos prodigios.

«Hace cerca de siete ú ocho años, que durante el sermon de la fiesta de la Espectacion, y que la iglesia estaba llena de gente, se oyó gritar por todas partes: ¡milagro! ¡milagro! El misionero, que estaba próximo al altar, no pudo menos de repetir el grito de los demás. Efectivamente, me aseguró, que esta santa cruz, hecha de piedra tosca y sin pulimento, de un color gris que tira á negro, empezó á enrojecerse; despues se puso negra; luego tomó un color blanco sumamente brillante; se cubrió despues de manchas negras, que la ocultaban á nuestra vista, y que se disipaban por intervalos, y que por último, empezó á destilar un sudor abundante, que caia sobre el altar. Los cristianos tienen devocion en conservar paños ó lienzos empapados en esta agua milagrosa.

«El misionero, cediendo á los ruegos de muchas personas respetables, y por asegurarse mas de la verdad del prodigio, subió al altar, y empapó en el sudor de la cruz, siete ú ocho

(1) Convendria mucho que se hiciese en este lugar una distincion entre los monumentos que acreditan los verdaderos milagros, y los *ex-votos*.

pañuelos, despues de haberla enjugado antes. Es muy de notar, que esta cruz, formada de un pedazo de piedra durísimo, y en todo semejante á la roca que tiene á sus lados, destilaba el agua en abundancia, al paso que el resto de la roca permanecia completamente seco, y que el dia era sumamente caluroso por los ardores del sol. Muchos ingleses protestantes, no pudiendo negar lo que veian con sus propios ojos, visitaron el altar, y examinaron escrupulosamente todas sus partes interiores y esteriores, para averiguar si habia algo con que se quisiera sorprender la credulidad de los pueblos. Despues de muchas pesquisas inútiles, se vieron obligados á confesar, que nada habia de natural en este suceso, y que por el contrario, era sobrenatural y divino. Se persuadieron; pero no se convirtieron. Luego que cesó el sudor de la cruz, el rector de Sto. Tomás, envió un misionero al monte Chico, á fin de examinar lo que sucedia, y me aseguró, que encontró la cruz, que tambien está tallada en la roca, toda mojada del mismo modo que la hendidura en que estaba colocada.

«Hace muchos años, que no ha vuelto á suceder este prodigio en el monte Grande. Los portugueses, acostumbrados á referirlo todo á su pais, me han asegurado, que cuando ocurria este fenómeno, era presagio de que la nacion estaba amenazada por alguna desdicha, poniendo diversos ejemplos de sucesos ocurridos en el siglo pasado, y anunciados por esta cruz milagrosa.

«Hé aquí todo cuanto puede decirse con certeza sobre las maravillas de estos dos santuarios tan célebres en la India.»

Las *Investigaciones inéditas sobre la India*, se anticipan á ciertas objeciones. «Si se supone, dicen, que diversos autores hablan de traslaciones de reliquias de Sto. Tomás á otras ciudades, nosotros responderemos con Baronio, que estas ciudades han podido muy bien poseer alguna parte de los restos del santo apóstol; pero ninguna presentará títulos que destruyan los de Santo Tomé ó Meliapur. Se dice tambien, para debilitar el testimonio de los autores que hablan de la predicacion de Sto. Tomás en las Indias, que los antiguos daban este nombre á todos los pueblos orientales. Veamos las pruebas de una asercion tan estraña. Desde la espedicion de Alejandro, y por efecto de las relaciones comerciales sostenidas con las Indias, desde el tiempo de aquel conquistador hasta nuestros dias, nunca se ha considerado á la India, como si por este nombre se entendiera todo el oriente. Aun suponiendo, que hablando de una manera vaga, se haya dado algunas veces el nombre de indios á los orientales en general, no puede decirse ciertamente, que se haya hecho así, cuando se hablaba detalladamente; cuando se hacia enumeracion de los pueblos de oriente, ó se designaba de una manera particular á los etíopes, persas, circasianos, indios, etc.»

M. Coquebert-Montbret, habla tambien de la conversion de los indígenas de la India, por Sto. Tomás. «Esta opinion, dice, tiene á su favor la tradicion mas constante y el sufragio de la mayor parte de los católicos. Cierto es, que ha sido combatida por La-Croce, segun el cual, tomaron por Sto. Tomás, á un eclesiástico nestoriano, llamado Mar Tomás; pero á pesar de todo, está en boga lo primero, aun entre los protestantes, así como se ve apoyada la opinion favorable al santo, en la disertacion de M. Holemberg y en la obra de M. Claudio Buchanan, si se han de interpretar las siguientes palabras de este autor en un sentido favorable. «Estoy convencido, que hay tantas razones para creer que Sto. Tomás murió en la India, como para afirmar que S. Pedro murió en Roma.»

Ya que la predicacion y muerte de Sto. Tomás en las Indias, están atestiguadas por la tradicion y por monumentos irrecusables, recordaremos, que los hindos, que hacian el comercio con Alejandría, tuvieron con este motivo ocasion de conocer á S. Panteno, padre de la Iglesia, que estaba á la cabeza de la escuela de los cristianos, antes del año 179, y á quien rogaron los hindos, pasara á su pais, para que combatiera la doctrina de los brah-

mas, predicando la de Jesucristo. Panteno cedió á sus ruegos, dejó su escuela, y marchó á las Indias, con permiso de Demetrio, obispo de Alejandría, en 189, y el cual le nombró predicador del evangelio para las naciones orientales. Al llegar á la India, encontró destellos de la fé, que antes habia sido predicada, y vió tambien una copia del evangelio de S. Mateo, dejada en este pais por S. Bartolomé, y que se llevó consigo, luego que algunos años despues se restituyó á Alejandría.

Despues de S. Panteno, viajó por la India el obispo Museus. Este fué á Ceilan, y llegó hasta el continente. Nosotros añadiremos, que un prelado, llamado Juan, firmó en el año de 325, como obispo de la India, las actas del concilio de Nicea; que muchos religiosos venian de la India á Jerusalen en tiempo de S. Gerónimo, en 385, lo cual prueba que ya existian monasterios en aquellos paises; que el monge Cosmas encontró cristianos en la India en el siglo VI; que la ciudad de Calliana, hoy Calianapur, era entonces silla episcopal; que los sacerdotes cristianos habian levantado sus altares hasta en las playas de Ceilan, con un éxito tanto mas feliz, cuanto que el budhismo habia abolido el culto de los brahmas; y por último, que Alfredo el Grande, rey de Inglaterra, en el siglo IX, remitió presentes á la tumba de Sto. Tomás, en la India.

Los discípulos de este apóstol conservaron por mucho tiempo la fé que les habia predicado, pero la doctrina de los hindos, que tenian mas comunicaciones con el Egipto y la Grecia, que con la ciudad en que Jesucristo estableció el foco de la verdad y el centro de su Iglesia, degeneró poco á poco, por sus relaciones con estos volubles orientales, sometidos á la influencia del cisma y de la heregía. Las iglesias nestorianas, establecidas en Persia, eran bastante numerosas, y estaban regidas por eclesiásticos, que á pesar de su heregía, conservaban bastantes grados de luz; y estas iglesias fueron las que enviaron sus misioneros á la India, y sobre todo á la isla de Ceilan. Los pueblos los escucharon con ciega docilidad, se sometieron á ellos, y quedaron bajo la dependencia del patriarca nestoriano. Segun Canter Wisscher, que durante cinco años ha residido en Cochin, en calidad de misionero protestante, y que asegura haber recibido sus datos del obispo nestoriano Mar Gabriel, el número de cristianos llamados en Santo Tomás, nazarini, siro-caldeos y simplemente siriacos, estaba reducido á sesenta y cuatro familias, cuando el patriarca envió, de Bagdad, de Nínive y de Jerusalen algunos individuos de ambos sexos, por medio de un comerciante llamado Tomé, acompañado de algunos eclesiásticos. Estos colonos consiguieron del soberano de Cranganor, el permiso de establecerse en su pais, de cultivar las tierras que se les concedieran, y de dedicarse al comercio. Construyeron muchas iglesias y casas, en su mayor parte tiendas de comercio, hasta el número de cuatrocientas setenta y dos. Desde el siglo IX, se multiplicaron en las montañas de Malabar y en todo el litoral.

El Malabar se estiende desde cabo Dilly al cabo Comorin, que termina magestuosamente la cadena y cordillera de Gatos. Su cima, sumamente elevada y cubierta de risueño verdor, domina á una hermosa cascada y á una llanura llena de bosques. (Pl. XI, n.º 2.) Este pais, que reune montañas tan altas, costas tan prolongadas, y tan hermosas campiñas, ofrece el golpe de vista mas variado y agradable. Se dice, que el rey de todo el Malabar, llamado Sarama Pereimal, se hizo cristiano, y marchó para Jerusalen; pero otros suponen que abrazó el islamismo, y que despues de abdicar, se fué á pasar el resto de sus dias en la Meca; pero, sea de esto lo que quiera, es lo cierto, que antes de partir, hizo la division de sus estados entre sus mas próximos parientes; uno de ellos, á quien profesaba particular cariño, reinó en el pais de Calicut, con el título de Samorin, al que estaba unida una especie de supremacía, sobre las demás desmembraciones del reino. Cupo en parte al segundo, el estado de Cananor, y el tercero, fué nombrado rey de Colam, con la cualidad

de gran Brammi y de Cobrisim, que equivale á sumo pontífice; pero despues los cobrisines trasladaron su residencia á Cochin, de donde aquel gefe tomó el título de rey.

El rajah Sijak Rawisti sucedió á Pereimal en el gobierno de esta ciudad, el cual concedió á los cristianos de Santo Tomás numerosos privilegios, ya para estender por medio de ellos el comercio de su capital, ya para aumentar el número de sus partidarios. Se sabia que este acto solemne habia sido grabado en planchas de metal, pero desaparecieron estos preciosos monumentos, ignorándose qué habia sido de ellos, hasta que Maccaulay, inglés, residente en Travancore, tuvo la suerte de encontrarlos. En 1807, permitió á Claudio Buchanan que sacara un *facsímile*, que segun se dice, depositó este en la universidad de Cambridge, así como los de otras dos planchas del mismo género, que poseen los judíos de Cochin. Entre los privilegios concedidos á los cristianos de Santo Tomás, era uno el de permitirles tuvieran un gefe, ó como se decia en la edad media, un rey de su nacion.

Se hace mencion de uno de estos gefes, llamado Beliarte, que transmitió esta dignidad á sus descendientes; pero habiéndose estinguido su raza, pasó aquella al rey de Diamper, adoptado por el último descendiente de Beliarte, y de Diamper, al rey de Cochin, tambien por título de adopcion. Desde entonces, quedaron los cristianos de Santo Tomás privados de tener reyes de su nacion, y sometidos á los de los estados en que residian.

En cuanto á sus gefes espirituales, continuaron recibiéndolos del patriarca nestoriano, denominado de Babilonia, que residia sucesivamente en Nínive y en Seleucia, y despues, del patriarca jacobita de Nínive, prestando además obediencia á un obispo enviado ya por uno, ya por otro, y el cual tomaba el título episcopal de Augamale. Su grosera ignorancia, no les permitió distinguir los símbolos contrarios de Eutiques y Nestorio, á quienes alternativamente admitian sin comprenderlos.

Los obispos, no menos indiferentes que el pueblo y clero, se contentaban con profesar esteriormente la doctrina del patriarca que les habia sido enviado.

El P. Francisco de Sousa, Canter Wisscher, y Claudio Buchanan, dan sobre los cristianos de Santo Tomás detalles, con que M. Conquebert-Montbret ha formado un cuadro interesante. En el Malallala, que nosotros llamamos Malabar, están cubiertas las alturas de bosques de teac (*tectoria grandis*); los valles producen pimienta, canela, casia, diversas resinas y gomas aromáticas. El P. Sousa habla de Augamale, como del sitio mas notable de la cordillera de Gatos, y dice que las iglesias son bastante grandes, pero mal cuidadas y peor adornadas. Buchanan afirma, que las mas antiguas se parecen á las antiguas parroquias de Inglaterra; que están cubiertas de techos inclinados, á la europea; que sus muros son de piedra rojiza, que se endurece al aire, y que sus ventanas son todas de figura ogiva. En las principales, se ven colocados, al lado del altar, los sepulcros de los obispos. El enmaderado está descubierto en la parte interior, pero adornado; y el coro y la parte del santuario, son los únicos trozos que están construidos en forma de bóveda. Estas iglesias tienen campanas, y algunas bastante grandes, con inscripciones en lengua malabar y en siriaco; todos los individuos del clero recibian el nombre de *cassanares*; pero cuando se habla de sacerdotes y de diáconos en particular, se les da el de *cachicas* y *chomchanas*; los eclesiásticos todos, y aun los obispos, podian casarse y contraer segundas nupcias, despues de la muerte de sus mujeres. Los cristianos de Santo Tomás comian de pescado los miércoles y los viernes, y sus ayunos eran tan multiplicados como los de la iglesia griega, sin olvidar la continencia de los esposos. Uno de estos ayunos duraba tres dias, y se llamaba el ayuno de Jonás, porque este profeta, considerado como tipo del Salvador, permaneció sin comer, por espacio de tres dias, en el vientre de la ballena. Estos cristianos tomaban el viernes santo, el abysinto, en memoria de

la hiel que los judíos presentaron á Nuestro Señor. Sousa dice, que aunque pagaban tributo á los reyes del pais, no reconocian en lo espiritual ni en lo temporal, mas jurisdiccion que la de su obispo, el cual nombraba los jueces encargados de sentenciar las diferencias ó pleitos civiles, no pudiendo en la parte criminal imponer mas castigo que multas. Los sacerdotes llevaban regularmente calzoncillos muy anchos de tela blanca, que llegaban hasta la rodilla, un jubon bastante corto, y un bonete regularmente negro; iban con los piés desnudos, con una larga caña en la mano, y con un rosario de cuentas negras, pendiente del cuello.

Los cristianos de Santo Tomás no se diferenciaban en sus vestidos de los demás habitantes del Malabar, y consistian en un manto, cogido algunas veces por la cintura con un pañuelo. Los que Sousa vió en las montañas, iban desnudos hasta la cintura, vestidos de un jubon de tisú de seda, con aretes de oro y piedras preciosas, con brazaletes en el morcillo del brazo, y como signo distintivo de su religion, un rosario con una cruz de oro ó de plata; los ancianos, los célibes, y sobre todo, los que habian hecho la peregrinacion á Meliapur, que por ello afectaban una devocion particular, tenian los cabellos cortados. El vestido de las mugeres era muy honesto, y su conducta correspondia á su modestia esterior; un manto blanco ó azul, las cubria de piés á cabeza. Cuando el obispo entraba en la iglesia, iban todas las mugeres á besarle la mano con tanto órden y recogimiento, como pudieran hacerlo unas religiosas. Los matrimonios se celebraban con gran pompa: el marido ponia una cinta en el pecho de su esposa, y esta, para manifestar su consentimiento, se cubria con un velo el rostro y la cabeza, entregándose despues mútuamente algunos granos de oro. El sacerdote tomaba la décima parte de la dote, sin que percibiera otra especie de diezmo. Los hijos varones se presentaban á la iglesia á los cuarenta dias despues de su nacimiento, y las hembras á los ochenta, siendo conducidos por sus madres, las cuales no podian entrar en el templo antes de esta época. Estos cristianos tenian en general grandes pretensiones de nobleza; se consideraban como de la clase de los nairas, es decir, de los nobles, y del mismo modo que los de esta casta, jamás salian á la calle sin llevar el sable en la mano, ni se unian con los individuos de las clases inferiores, ni comunicaban con ellos, aunque hubieran abrazado el cristianismo. Aunque siempre iban armados, dejaban sus armas al entrar en la iglesia. Tan buenos y caritativos, como valientes y belicosos, trataban á sus esclavos con dulzura, y habia algunos, que al morir, dejaban sus bienes á los esclavos nacidos en sus casas. Dotados de gran inteligencia, aprendian fácilmente á escribir y hablar en diferentes idiomas, y hábiles en el manejo de los negocios, entendian bien las reglas del comercio, y especialmente el de la pimienta, que era casi esclusivamente suyo. Sus habitaciones, eran muy miserables, y estaban diseminadas en diferentes grupos, formando ciento cuarenta villas y ascendiendo á cerca de 22,000 almas, antes de la conquista portuguesa, época en que ya poseian 127 iglesias. Necesario ha sido consignar detalladamente los hechos que acabamos de esponer; porque si las tradiciones primitivas fueron llevadas á la India por los descendientes de Noé; si los judíos se establecieron allí siete siglos antes de Jesucristo; si Sto. Tomás predicó allí el evangelio desde el nacimiento de la Iglesia, y si desde entonces, el judaismo, el cristianismo y la religion de los hindos no han cesado de estar en contraposicion, fácil será concebir que esta religion ha debido participar de las de los judíos y cristianos (1).

(1) En estas últimas lineas se halla compendiado el fundamento del juicio crítico de la naturaleza del brahamismo y demás sectas idólatras. Una mezcla confusa y monstruosa de errores, sugeridos por una imaginacion estraviada, y de doctrinas verdaderas (que todos recibieron por medio de los descendientes inmediatos de Noé, y algunos por su contacto con judíos y cristianos), aunque desfigurados, forman la esencia de todas estas falsas religiones.

A este propósito, son muy interesantes las siguientes palabras: «Casi en todas las creencias de los idólatras hay algun

CAPÍTULO V.

Religiones profesadas en los paises del modiodia conquistados por el emperador Kublai. — Religion de la China y del Tibet.

Aunque Kublai no haya estendido sus conquistas por toda la India, hemos debido hablar del brahamanismo del Hindostan, para llegar á la esposicion del budhismo, que obraba contra el politeismo de los brahmas, y que se estableció despues en todos los paises, en que el emperador mongol hizo, en una época posterior, reconocer su autoridad. Antes de decir cómo invadió la China este sistema religioso, conviene hacer notar los caractéres de civilizacion patriarcal que presenta el imperio chino.

Esta colonia, probablemente jafética, ha vivido separada de los otros pueblos del continente asiático, y en su aislamiento, se ha estendido y prosperado bajo la influencia de sus propias tradiciones, respetando con mas fidelidad sus instituciones políticas y civiles. Despues de haber entrado en relaciones con los pueblos estrangeros, ha sabido conservar el fondo primitivo en que estaban originariamente basadas su organizacion y sus costumbres. Para establecer la antigüedad de los pueblos chinos, basta recordar la lengua, la gramática, y la escritura de esta nacion singular. Efectivamente, una lengua, que ha logrado conservarse pura y sin mezcla; que no cuenta mas que un número muy pequeño de palabras radicales, todas monosílabas, no puede menos de estar en armonía con la idea que nos formamos de una lengua primitiva. El sistema gramatical de los chinos tiene tanta sencillez, y se aleja tanto de las formas gramaticales adoptadas sucesivamente por los demás pueblos, que debemos reconocer en ella un resto precioso de la primitiva civilizacion. En cuanto al sistema gráfico, los chinos no han traspasado el límite, que separa la escritura geroglífica de la escritura alfabética, y á diferencia de los babilonios, asirios, persas y egipcios, que muchos siglos antes de la era cristiana comenzaron á usar este último modo de escribir, los chinos han quedado casi en el mismo punto en que verosímilmente estaban los hombres, cuando acometieron la empresa de construir la torre de Babel.

El carácter primitivo, tan profundamente grabado en la fisonomía de la nacion china, resalta mucho mas, cuando dejando la parte material, nos fijamos mas en la moral. Remontándonos mas allá de la época que ha marcado el principio de los grandes imperios, es un hecho indudable, que en el centro del Asia, es donde se encuentran las instituciones patriarcales, únicas que conoció el género humano, instituciones que fueron el punto de partida de todas las naciones, y que rigieron durante mucho tiempo la mayor parte de las tribus que se estendieron sobre la tierra. Cuando la humanidad se encontró reducida á una sola familia, Noé, concentrando en su persona todos los poderes, se constituyó rey, pontífice y juez. La supremacía paternal, origen de este antiguo realismo, arregló su transmision con una autoridad soberana; el

simbolo de la Trinidad. Minerva, saliendo de la cabeza de Júpiter, el Brahma, Vischnu y Siva de los indios; el Osiris, Isis y Oros de los antiguos egipcios; el Om, Ha, Hum del Tibet, etc., son una prueba incontestable de ello. Una escuela francesa, á la cual perteneció Lammenais, pretende, que la existencia del misterio do la Trinidad puede probarse por estas tradiciones, porque siendo universales (no lo son, no teniéndolas el islamismo), pertenecen al consentimiento universal de los hombres.

« Esta consecuencia es falsa y errónea. De esta y de muchas otras verdades del cristianismo, se hallan vestigios en casi todas las creencias. Asi, limitándonos á la sola teogonia griega, vemos indicada la creacion del hombre en la estátua de Prometeo; el Paraiso terreno en la edad de oro; el pecado do nuestros primeros padres y sus consecuencias, en la caja de Pandora; el diluvio de Noé, en el de Deucalion y Pirra; la torre de Babel en los esfuerzos de los Titanes; la redencion, en las víctimas de sus sacrificios; la remision de los pecado , en sus oblaciones, etc. Pero esto prueba únicamente, que al dispersarse los hombres por la tierra, poseian verdaderos conocimientos religiosos, comunicados por Noé, y que por lo tanto, debian quedar algunos vestigios de los mismos al traves de los siglos, y de la supersticion y de la fábula, de sus degenerados descendientes. Conservaron estos vestigios no conociendo su significado. Propónganse á los mismos, que los conservan, el misterio de la Trinidad, el de la Redencion, etc., y se verá que los ignoran completamente. (*Mestres*, Compendio de Historia sagrada, parte 2.ª, leccion 10.)

patriarca designaba á su sucesor, que era casi siempre el mayor de sus hijos; pero su voluntad hacia ley, siempre que tenia por conveniente derogar la supremacía inherente á la primogenitura. La religion era la piedra angular de este edificio; la bendicion del patriarca moribundo, consagraba en cierto modo al que, despues de él, debia entrar en posesion de las prerogativas patriarcales. En este poder de bendecir y maldecir, cuyo ejercicio era delegado de lo alto, y ratificado en el cielo, habia una cosa infinitamente superior á la nocion del realismo moderno. Por lo demás, la religion era muy sencilla, y las costumbres recordaban, en muchos puntos, la fraternidad original de todos los hombres. La poligamia estaba admitida en estas edades, en que la propagacion del género humano, era la suprema ley; se profesaba gran respeto á los antepasados, y se honraba la memoria de los finados con un duelo solemne. El pueblo chino, que se considera como una inmensa familia, presenta precisamente el fenómeno de un régimen puramente doméstico. La administracion pública no tiene mas base, que los deberes de padre y de hijos; el emperador lleva el nombre de padre y madre del imperio; el rhig ó virey, es el padre de la provincia que manda, y el mandarin lo es de la ciudad que gobierna. El sacerdocio no ha estado nunca separado de la autoridad suprema, y el emperador, gran sacerdote de la nacion, con esclusion de otro, es el único que tiene derecho de sacrificar públicamente al cielo, porque los chinos adoran á *Tien* (el cielo) y á *Changty* (el supremo señor), palabras que en su orígen designaban quizás al Dios uno y verdadero, pero que recibieron una acepcion diversa, luego que prevaleció la supersticion. Durante mucho tiempo, han sido interpretadas por los misioneros en sentidos diferentes; unos, creyendo que estas palabras se referian siempre al Dios único y verdadero, y otros, que no eran aplicables mas que *al cielo material*, y *al espíritu del cielo*, considerado como una divinidad local. Los chinos adoran tambien, pero con un culto subordinado, á espíritus inferiores que presiden á las ciudades, á los rios, á las montañas, etc., rindiendo además culto á sus antepasados, absteniéndose de toda funcion pública, durante el duelo de los parientes, que es muy prolongado. El imperio es hereditario; el hijo mayor, nacido de la muger que lleva el título de emperatriz, sucede al padre, con preferencia á sus hermanos; sin embargo de que el padre puede designar en vida á cualquiera otro de sus hijos. Entre las analogías de las costumbres chinas y de las patriarcales, nos limitaremos á señalar el uso de la poligamia, con la circunstancia singular, de que cuando la esposa ha perdido toda esperanza de fecundidad, ella es la que elige á la compañera de segundo rango que debe dar hijos á su marido. No debemos pasar en silencio la predileccion que los chinos tienen por la agricultura, y que aseguran ser tan antigua como el imperio.

Si los hombres que, no sabiendo apreciar en su justo valor la tradicion mosáica, se entregan á hipótesis imaginarias sobre el estado primitivo de las sociedades humanas, consintieran en estudiar al pueblo chino segun estos datos, de seguro que ni tendrian la osadía de colocar en primer órden un período de embrutecimiento indefinido, como punto de partida del género humano, ni dirian, que el hombre ha pasado del estado bruto al de salvaje, de la semi-civilizacion de los bárbaros, á la civilizacion griega y romana; y dejarian de sostener, al hablar del sentimiento religioso, que este se manifestó primero por el fetichismo, de donde el hombre llegó sucesivamente á la idolatría, al sabeismo, y luego á una concepcion mas pura de la divinidad. La contemplacion del pueblo chino, que se remonta hasta los tiempos próximos á la gran catástrofe, cuya huella ha conservado la historia, y cuyos vestigios nos ofrece la naturaleza, hace que esta hipótesis sea inadmisible, y prueba, que los habitantes de la China, despues de tener una verdadera nocion de Dios, cayeron, en cuanto al dogma, en una

teoría panteista, y en cuanto á la moral, en un abismo de corrupcion (1).

Tres religiones principales son las que existen en la China; la de los Tao-sse (*Tao-Kiao*), que consideran á Lao-tseu como fundador de su doctrina; la de los letrados (*Ju-Kiao*), cuyo culto tiene por base los honores hechos á Kong-fu-tse (Confucio), y el budhismo, ó religion de Fo (*Chi-Kiao*). La cuna de Lao-tseu, que nació hácia el año de 604 antes de Jesucristo, está rodeada de inmensidad de fábulas; se dice que la madre de este filósofo le llevó en su vientre nueve veces nueve años, que vino al mundo con los cabellos blancos, y que por esto se le dá el nombre de Lao-tseu, (el niño anciano); que hácia el fin de su vida salió de la China y viajó por los paises lejanos del occidente. «Sabemos por un testimonio digno de fé, dice Abel de Remusat, que vino á Bractriana, y no es imposible que llegase á la Judea y aun á la Grecia. La existencia de un chino en Atenas, ofrece una idea repugnante á nuestras opiniones, ó por mejor decir, á nuestras preocupaciones sobre las relaciones de las naciones europeas. Creo, sin embargo, que debe uno acostumbrarse á estas singularidades, no porque pueda demostrarse, que nuestro filósofo chino haya penetrado hasta la Grecia, sino porque nada destruye la posibilidad de que él ú otros vinieran en la misma época, y que los griegos los confundieran con el nombre de estos escitas ó hiperbóreos, que se hacian notar por su cultura y por la elegancia de sus costumbres. Cuando uno se detiene esclusivamente en la investigacion de los hechos, apenas se concibe, que el deseo de saber pudiera ser el móvil de viages tan penosos; pero esta era la época de los viages filosóficos, en que se arrostraba todo por ir en busca de la sabiduría. El amor á la verdad, hacia entonces á los hombres acometer empresas, que no hubiera arrostrado el deseo de adquirir riquezas. En estas lejanas escursiones, se descubre algo de novelesco, que nos las presenta como increibles; porque apenas podemos imaginar, que en tiempos, en que tan atrasada estaba la geografía, hubiera filósofos que impulsados por una laudable curiosidad, dejasen su patria y recorrieran, atravesando mil obstáculos, paises desconocidos y partes considerables del antiguo continente, lo cual pudiera inducirnos á creer, que los obstáculos no eran tan grandes, ó las regiones no tan desconocidas. La hospitalidad, que es la virtud de los pueblos bárbaros, dispensaba á los viageros de mil precauciones, que son necesarias entre nosotros, y la religion favorecia esos viages, que no eran, en cierto modo, mas que una larga peregrinacion de templo en templo, y de escuela en escuela. El comercio ha tenido siempre sus caravanas, y en el Asia se han conocido, desde la mas remota antigüedad, caminos trazados que se han seguido hasta que el descubrimiento del cabo de Buena-Esperanza, cambió la direccion de los viages. En una palabra, se ha creido que las naciones civilizadas del antiguo mundo, estaban mas aisladas y en menos comunicacion de lo que realmente sucedia, y es porque nos son desconocidas sus relaciones recíprocas; así atribuimos á ignorancia suya lo que es un resultado de la nuestra.» Estas juiciosas observaciones, esplican el modo con que la tradicion primitiva, destruida por la idolatría, en diferentes pueblos, pudo reanimarse en ellos, por las comunicaciones con la Judea.

Lao-tseu, pudo finalmente adquirir muchos de sus conocimientos, de los judíos de las diez tribus, dispersos en el Asia, por las conquistas de Teglath-Phalassar, anteriores al año 730, y por las de su hijo Salmanasar, en 719, antes de Jesucristo. El abate Sionnet, no encuentra dificultad en decir, que la accion del filósofo y de sus sectarios sobre sus compatriotas, fué un ensayo de purificacion de las doctrinas materialistas de la China, ensayo inspirado por el judaismo y ejecutado bajo su influencia. Esta proposicion está apoyada en un triple hecho: 1.°, que los mas antiguos fragmentos de los chinos, no contienen nada que se aproxime á la doctrina de los libros santos; 2.°, que no se encuentran rasgos de semejanza con

(1) Véase la nota final del capítulo IV.

esta doctrina mas que en autores que han escrito doscientos años despues de la dispersion de las diez tribus, y 3.°, que todos estos autores han pertenecido á la secta de Lao-tseu. Este filósofo eleva la cadena de los seres al que él llama *Uno*, despues á *Dos*, despues á *Tres*, quienes, segun dice, han hecho todas las cosas. Platon adoptó posteriormente este dogma, que temió comunicar á los profanos; pero Lao-tseu no se anduvo en rodeos, y lo que mas claro hay en el *Libro de la razon y de la virtud*, en que espone su doctrina, es la formacion del universo, por un Dios trino, siendo muy de notar, que dá á este ser el nombre hebreo algo alterado, esto es, el mismo nombre con que nuestros libros santos designan *al que ha sido*, *al que es*, *y al que será*, Jeho-Vah (J. H. V.), hecho que no permite dudar de las relaciones del filósofo chino con los judíos. Lao-tseu admite por primera causa á la *Razon*, ser inefable, increado, que siendo tipo del universo, no tiene mas tipo que á sí mismo; considera las almas humanas, como emanaciones de la sustancia etérea, á la que se reunen por su muerte, y rehusa á los malvados la facultad de entrar en el seno del alma universal. La perfeccion, segun él, consiste en no tener pasiones, para contemplar mejor la armonía del universo; su filosofía respira dulzura y benevolencia; solo aborrece á los hombres violentos y de corazon duro. Lao-tseu recibió la visita que le hizo Kong-fu-tse, á quien hechó en cara su adhesion por las máximas de los antiguos chinos. Del mismo modo que ha sucedido á otros fundadores, no pudo prever la direccion, que discipulos indignos darian á sus opiniones despues de su muerte, ocurrida en 523. El estado pasivo, el estado perfecto del alma, á que querian llegar estos discípulos, estaba turbado sin cesar por el temor de la muerte, y publicaron que podia inventarse un brevage que haria inmortales á los hombres. El deseo de librarse de la tumba, atrajo á la nueva secta una multitud de partidarios, 140 años antes de Jesucristo. Los hombres opulentos, los grandes, las mugeres sobre todo, y todos aquellos, que estaban mas apegados á la vida, abrazaron la religion de *Tao-sse*. La práctica de los sortilegios, la invocacion de los espíritus, el arte de adivinar los sucesos futuros, hicieron rápidos progresos en todas las provincias; los emperadores mismos dieron el ejemplo en su corte, y se vió inundada esta de una multitud de doctores, á quienes se dió el título de *thien-sse* (doctores celestes). Esta secta se propagó en Cochinchina, en Tong-King y en el Japon.

Lao-tseu habia fundado su doctrina sobre los impulsos primitivos de la inteligencia humana, y por la forma de su enseñanza, llegó á ser en la China el padre del racionalismo; pero Kong-fut-se, contemporáneo suyo, en vez de ayudar á este filósofo á romper el hilo de las tradiciones chinas, se empeñó en reanudarle. Así es, que este, cuando perdió á su madre, obedeciendo á las leyes antiguas, ya casi olvidadas, y que prohibian á los hijos el ejercicio de todo empleo público, despues de la muerte de sus padres; cesó de desempeñar las funciones de mandarin, y practicó los antiguos ritos funerarios, que la nacion adoptó de nuevo, siguiendo su ejemplo. En estos honores hechos á los antepasados, se distinguen, el culto solemne, y el culto sencillo. Las ceremonias del culto solemne, tienen lugar en tres épocas distintas: 1.°, antes de la sepultura, y cuando el cuerpo está todavia espuesto; 2.°, cada seis meses, en la sala particular de la casa, llamada *sala de los antepasados*; 3.°, al principio del mes de mayo de cada año, en las tumbas colocadas fuera de las poblaciones, y no pocas veces en las montañas. Llegado el dia del sacrificio, se reune la familia, cuyo gefe, asistido de muchos criados, elige y prepara la víctima. En seguida, se aproxima respetuosamente á las mesas en que se cree que ha de venir á reposar el espíritu de cada difunto, y prosternado, del mismo modo que todos los asistentes, las inciensa repetidas veces. Durante el tiempo de la ceremonia, se queman perfumes delante de las mesas de los antepasados á quienes se dirige, para mani-

festarles, que esperan de ellos, favores y prosperidades temporales. La asamblea se prosterna y se levanta por tres veces, luego que el maestro de ceremonias evoca á los espíritus, para que vengan al seno de la familia y acepten sus dones. Despues invita tambien al sacrificador, para que haga postraciones delante de los espíritus, cuya presencia anuncia, y á quienes aun hay que ofrecer el vino (líquido preparado con arroz) y las viandas del sacrificio. Un criado presenta el vino al sacrificador, el cual le derrama sobre una figura de forma humana, dispuesta de antemano, y la concurrencia se hinca cuatro veces de rodillas; entonces se ofrece la cabra y demás viandas, que se ponen sobre las mesas, el sacrificador levanta el vaso lleno de vino, y bebe este licor, «prenda de todos los bienes y de todas las prosperidades.» La reunion se arrodilla otras tres veces, los criados llevan las mesas á su lugar ordinario, y las cubren con un velo de seda. Las viandas se distribuyen entre los concurrentes, y el maestro de ceremonias asegura en alta voz, que el sacrificio hará benévolos á los antepasados, y que todos los que le han ofrecido alcanzarán gracias temporales; esta seguridad es tambien ratificada por el sacrificador. Ultimamente, queman una cantidad de papel cortado en forma de moneda, y preparado antes fuera de la sala, porque segun los chinos, el uso del dinero, es tan necesario en el otro mundo como en este, y creen subvenir por este medio á las necesidades de los muertos, para quienes, segun dicen, se convierte el papel en moneda verdadera. El culto simple, de que nos resta hablar, consiste en colocar en las casas, tablillas con el nombre del difunto, cuyo espíritu creen reposa en dicho sitio, y á quien ofrecen súplicas y sacrificios en las épocas marcadas en los rituales, practicando lo mismo, al tiempo de los funerales sobre los sepulcros, y en los dias reputados mas propicios.

Kong-fu-tse no se limitó á los ritos funerarios, que, segun hemos visto, constituyen una verdadera idolatría; emprendió restaurar todos los usos antiguos, de cuya práctica dependian las virtudes políticas y sociales, y puso en órden los seis *king*, libros sagrados, que contenian los mas antiguos monumentos escritos de la China. La palabra *king*, significa un libro, que contiene una doctrina emanada de un orígen infalible y sin defectos, doctrina que no puede sufrir mudanza alguna. Todas las sectas chinas tienen sus *kings*; pero no hablaremos aquí mas que de los siguientes, que pertenecen á la secta literaria ó Ju-kiao, á saber: 1.°, el Y, á que se refieren los demás, como la rama de un árbol á su tronco; 2.°, el *Chu*; 3.°, el *Chi*; 4.°, el *Li*; 5.°, el *Yo*; 6.°, el *Tchun-tsieou*. *El Li*, (libro de los ritos), y *el Yo*, (libro de la música), son los libros que han perecido.

El *Y-king* ó libro canónico de las mudanzas, dice el padre Visdelou, jesuita, es como la enciclopedia de los chinos, pudiendo sin embargo reducirse sus materias á la metafísica, á la física y á la moral. En la metafísica habla muy superficialmente del primer principio. Allí se lee, que *Taiki* ha engendrado dos efigies *Yan* é *Yn*; estas dos efigies han engendrado cuatro imágenes, y estas, los ocho trigramas; enigma interpretado por los filósofos, en sentido de que *Taiki*, la razon primitiva, engendró el cielo y la tierra, estos, los cinco elementos, y estos otros, en fin, á todas las cosas. El *Y-king*, se estiende mas sobre la física, pero no contiene mas que ciertas nociones generales, y en cuanto á la moral, nada olvida de lo que pertenece á la vida del hombre, considerado como individuo, como padre de familias y como hombre de estado. Es además el libro de las suertes, y como tal, ha servido para las predicciones desde la mas remota antigüedad; porque Kong-fu-tse, no solo aprueba las suertes, sino que enseña el modo de deducirlas. Este filósofo ojeaba sin cesar *Y-king*, y deseaba ver su vida prolongada, para adquirir un conocimiento perfecto de este libro, que enriqueció con comentarios, divididos en diez capítulos, á los cuales se llamó, las diez alas con que el *Y-king* volaria á la posteridad.

El *Chu-king*, que comprende la historia antigua de la China, es un libro de moral. Kong-fu-tse tuvo por principal objeto, el conservar los principios del antiguo gobierno y las máximas fundamentales de la moral política, reuniendo en una misma obra los discursos y las reglas de conducta de los emperadores, de los ministros y de los filósofos mas antiguos. El *Chi-king*, es una coleccion de canciones usadas en los diferentes reinos de la China, que tenia entonces muchos reyes tributarios del emperador. El *Tchun-tsieou*, comprende los anales del reino de Lu, patria de Kong-fu-tse, desde el año 712, antes de Jesucristo, hasta la muerte de este filósofo, ocurrida hácia el año 479.

La admiracion de Kong-fu-tse por la teoría panteista del *Y-king*, nos hará leer sin sorpresa estas palabras del padre Longobardi, jesuita: «En el libro llamado *Kialu*, se dice, que Confucio, queriendo en una ocasion librarse de la importunidad de sus discípulos, que no cesaban de preguntarle sobre los espíritus, sobre el alma racional, y sobre lo que sucede despues de la muerte, resolvió darles una regla general, que fué el raciocinar y disputar cuanto quisieran sobre las cosas comprendidas en las seis posiciones, es decir, que son visibles ó están en el mundo visible, con tal que sus disputas no diesen márgen á las dudas; pero en cuanto á las cosas que no están en esas seis posiciones, quiere que se les deje tal y como están sin disputar sobre ellas, ni aspirar á profundizarlas.» Esto era lo mismo que reducir á los letrados chinos á no pensar mas que en las cosas palpables, y á ponerlos en peligro de incurrir en el ateismo.

El respeto hácia Kong-fu-tse, restaurador de la doctrina tradicional de los chinos, llegó á ser tal en este pueblo idólatra, que se le erigieron templos públicos, en los que, en la primavera y otoño de cada año, se le ofrecia un sacrificio solemne, á que debian concurrir el mandarin de cada ciudad y los letrados de su distrito. El llamado á presidir el sacrificio, debia prepararse desde la víspera con el ayuno y la continencia. Sobre mesas dispuestas al efecto, se colocaban las telas que debian quemarse, y los frutos, arroz y otros objetos que debian servir para ofrenda en el dia siguiente. El nombre del filósofo, escrito sobre una tablilla, estaba colocado sobre un altar, ricamente adornado con telas de seda. El encargado de desempeñar las funciones de sacerdote, preparaba delante del templo, un lugar rodeado de cirios y braseros con perfumes, y él era el que examinaba los puercos y demás animales que habian de ser inmolados. Derramaba vino caliente en las orejas de estos mismos animales, admitia como propios para el sacrificio, á los que sacudian la cabeza, y desechaba á los demás. El sacrificador hacia en seguida una inclinacion profunda; se inmolaba un puerco á su presencia, y volvia á prosternarse; por último, se raia la piel de la víctima, se cogian sus intestinos, y se guardaba su sangre para el dia siguiente. Al cantar el gallo se dá la señal. El sacrificador y los servidores, se dirigen al templo, donde cada uno escribe sobre un papel, cortado en redondo, caracteres chinos, invitando al espíritu de Kong-fu-tse á que venga á recibir las ofrendas preparadas. El sacrificador se lava las manos, enciende los cirios, echa perfumes en los braseros, los músicos empiezan á cantar, y el maestro de ceremonias pronuncia estas palabras: «Que se ofrezca la sangre y el pelo de los animales muertos.» El sacrificador, levantando sobre el altar la fuente en que está esto colocado, sale procesionalmente, llevándola en sus manos, para hacer la ofrenda en el recinto preparado delante del templo, en cuyo lugar se descubren las carnes de las víctimas. El maestro de ceremonias grita de nuevo: «Que descienda el espíritu de Kong-fu-tse,» y el sacrificador derrama el vino sobre una imágen de forma humana, dirigiendo una súplica al espíritu del gran maestro, despues de haber tomado la tablilla colocada sobre el altar; en cuyo acto se arrodillan y levantan sucesivamente los asistentes. El sacrificador, despues de haberse lavado otra vez las manos, recibe el vino que le presentan en un vaso y





un pedazo de seda en una fuente; se aproxima al trono de Kong-fu-tse, se arrodilla, y ofrece el vino y la pieza de seda, levantando ambas manos. Despues se quema el pedazo de seda, y el sacrificador dirige algunas preces á Kong-fu-tse, para que acoja las ofrendas favorablemente. El sacrificador, dice entonces: «Poneos de rodillas, sacad de vuestro pecho la tablilla de marfil, aproximaos al trono de Kong-fu-tse y bebed el vino de la felicidad,» y todos beben. Uno de los servidores pone en sus manos la carne del sacrificio, y despues de haber sido ofrecida, se distribuyen á los concurrentes las demás ofrendas consagradas. (Pl. XVII, n.º 1.) Además de este culto solemne, rendido á Kong-fu-tse, se disponian otros honores, á que se daba el nombre de culto simple, por los mandarines, al entrar en el desempeño de las funciones de su cargo, y por los letrados, al tiempo de recibir sus grados. Los mandarines gobernadores de las ciudades de las tres primeras clases, iban á saludar y á incensar la imágen de Kong-fu-tse, así como la de *Ching-hoang*, espíritu protector de la ciudad. Cada virey ó mandarin que por primera vez se presentaba en público, iba por la mañana á incensar y adorar la imágen de Kong-fu-tse, al mismo tiempo que la del espíritu de las murallas de la ciudad; despues de lo cual, hacia juramento de portarse con arreglo á los principios de la justicia y de la equidad. Los letrados practicaban las mismas ceremonias, al tiempo de recibir sus grados.

No nos proponemos esponer los vestigios de los dogmas revelados, relativos á *Dios uno y trino*, al *estado de la inocencia*, al del *pecado* y *á la naturaleza reparada por medio de los sufrimientos de un hombre-Dios*, vestigios introducidos en los libros chinos, ya por la enseñanza de los patriarcas, como han creido los jesuitas, ya por las comunicaciones posteriores con los judíos, como opina el abate Sionnet; solo diremos que el mismo Kong-fu-tse ha repetido muchas veces en sus escritos, que debia nacer al occidente un santo, á quien los justos esperaban hacia mas de tres mil años; un santo, el mayor de los santos. «Vasto y estenso, dice, como el cielo; profundo como el abismo; será respetado por todo el pueblo, todo el mundo creerá en su palabra y todos aplaudirán sus acciones, su nombre y su gloria se estenderán por todo el imperio, se difundirá entre los bárbaros del norte y del mediodía, por todas partes en que anden carros y donde arriben buques, donde quiera que puedan penetrar las fuerzas del hombre, en todos los lugares que el cielo cubre y que la tierra tiene, en todos los sitios iluminados por el sol y la luna, y fertilizados por el rocío y la escarcha. Le honrarán y amarán todos los seres que respiran y tienen sangre; él es igual á *Tien* (el cielo)» ¿No es esto, pregunta el abate Sionnet, un eco débil pero fiel del lenguage de los profetas? ¿quién sino los judíos podian haber enseñado á Kong-fu-tse el lugar del nacimiento del salvador, y la gloria reservada á su nombre? Quizá desde el siglo séptimo, anterior á la era cristiana, existian judíos en el mediodía de este imperio, y esto sin tener en cuenta las relaciones establecidas fuera de la China, entre muchos chinos é israelitas, á quienes Dios dispersó entre las naciones, para darlas á conocer su nombre y preparar los caminos del Mesías. Muchos de estos judíos ó *Tia-kin-kiao* fueron colocados en los primeros puestos militares, y aun hubo algunos que llegaron á ser gobernadores de provincia, ministros de estado, bachilleres y doctores. Estos mensageros de la verdad no faltaron á su mision, y «hablaron tan alto, segun el abate Sionnet, que el año 65 de nuestra era, el emperador Ming-ti envió al Si-yu (al occidente) una embajada para buscar al santo, que debia haber aparecido en el Thiant-cho (territorio del occidente). Estos embajadores encontraron en el pais de los Yue-chi, dos *cha-men* (budhistas), ó religiosos de *Fo* (Sakyamuni); y creyendo, que el dios que estos adoraban era el objeto de su viage, los llevaron consigo. El emperador y sus cortesanos reconocieron que la doctrina de estos cha-men, no era la del santo que les habia

sido anunciado; abandonaron á estos impostores, y el príncipe de Tchu fué el úniso que se declaró partidario suyo, pero ya no se trató mas del Dios recien nacido, ni de mandarle otra embajada, contentándose Ming-ti con recomendar á sus súbditos el estudio de los *kings* y otros libros sagrados. ¿Quién no reconocerá en esta indicacion del lugar y de la época del nacimiento del Salvador, la enseñanza de los judíos, hermanos de aquellos que pocos años antes instruian, en el mismo Thian-tcho, á los Magos, conducidos á Jerusalen, por semejante comunicacion, y por un aviso particular del cielo, de que habian pasado los tiempos señalados por los profetas y que el Mesías debia nacer en Bethlen?

Hemos probado que el apóstol Sto. Tomás evangelizó la India, y la tradicion asegura, que llevó tambien á la China la antorcha del cristianismo; hecho fundado en la mencion que de esto se hace en el breviario caldeo de la iglesia de Malabar. El cánon del patriarca Teodosio habla del metropolitano de la China, cualidad que formaba parte del título episcopal del prelado, que gobernaba la cristiandad de Cochin, cuando los portugueses llegaron á las costas de Malabar. Además de esto, Arnobio cuenta á los Seros, habitantes de Tangut, entre los pueblos que en su tiempo abrazaron la fé. Sin embargo, la primera predicacion del cristianismo en la China, atestiguada con monumentos, es la de O-lo-pen en 635, el cual vino del gran Thsin, es decir, del imperio romano, segun la denominacion china, ó de la Judea, segun la aplicacion contenida en la inscripcion hallada en 1625 en Si-gan-fu, ciudad de la provincia de Chen-si. El nombre de O-lo-pen, tal y como los chinos nos lo han trasmitido, parece atestiguar un orígen siriaco, y de Guignes veia en las dos primeras sílabas el nombre de Eloho, Dios, en siriaco. El emperador Thai-tsung, fundador de la dinastía de los Thang, envió á sus oficiales cerca del misionero, hasta un arrabal occidental de Si-gan-fu, capital del imperio, á los cuales alojó en su palacio, mandando traducir al chino los libros santos que O-lo-pen habia llevado. El emperador, despues de haberlos examinado, creyó que la doctrina era buena, y que podia publicarse, y en la inscripcion está citado el decreto dado con este motivo. No usa del lenguaje de una persona verdaderamente convertida al cristianismo, sino del de un filósofo chino, dispuesto á creer que todas las religiones son buenas segun los tiempos y los lugares. Este modo de pensar, que la historia atribuye efectivamente á Tahi-tsung, debe unirse á otras señales de autenticidad contenidas en la inscripcion. El emperador permite en ella, que en el arrabal de Yining se erigiera un templo á la manera de los del gran Thsin, es decir, una iglesia, para cuyo servicio nombró á veinte religiosos ó sacerdotes. El número de las iglesias, y el de las personas que abrazaron la ley del gran Thsin, se aumentó bajo los sucesores de Thai-tsung por los cuidados de los sucesores de O-lo-pen. No puede dudarse que este último fundó una cristiandad en la capital del imperio chino, y así lo atestigua de una manera irrecusable la inscripcion de Si-gan-fu, en la que se encuentra la historia de esta cristiandad, desde la llegada de O-lo-pen, en 635, hasta el año 781, época de la inscripcion. Voltaire quiere á todo trance hallar defectos en este monumento, y aun se ha acusado á los jesuitas de haberle supuesto, pero Abel de Remussat ha probado su autenticidad de la manera mas sólida. La piedra, que tiene diez pies de altura, sobre cinco de ancho, fué encontrada por operarios chinos, al sacar los cimientos de una casa particular; el gobernador la colocó en un pedestal de un templo próximo, habiéndose sacado facsímiles de todos los caractéres de la inscripcion, y héchose de ella un grabado, que se conserva en la biblioteca real de Paris. (Pl. XVII, n.º 2.)

Los sacerdotes cristianos tomaron el nombre y probablemente tambien el traje de los *bonzos*, ó sacerdotes budhistas de la China, quienes, despues de su entrada fraudulenta en este imperio, año 65 de Jesucristo, hicieron en él rápidos progresos.

Sakyamuni previno las persecuciones contra sus sectarios y rompió el monopolio hereditario de los brahmas, formando su sacerdocio de individuos de todas las castas. Las persecuciones sin embargo fueron tan violentas en el siglo v que el Budha, hijo de un rey de Mabar en la India meridional, salió del Hindostan para no volver mas, y fué á fijar su residencia en la China. En esta época llamaban *Bodhidharma* á Dios, y los chinos, le nombraron Tamo. El budhismo, proscripto en el pais que le vió nacer, perdió insensiblemente el mayor número de sus partidarios, al paso que aumentó rápidamente las filas de los suyos en la China, Siam, Tong-King y el Japon, que fueron su patria adoptiva. La religion de *Fo*, designacion china de Sakyamuni, de tal manera fué admitida en la China, en union con las de Tao-sse y la de los letrados, que las estátuas de *Fo*, de Lao-tseu, y de Kong-fu-tse, fueron colocadas en un mismo altar, y honradas con un culto mismo en los templos de la union de estas tres sectas. Las tres divinidades estaban de pié, cogidas por la mano, y Kong-fu-tse estaba en medio de las otras dos. Sobre la puerta de estos templos se leia esta inscripcion: *San-kiao-tang*, es decir. «Santuario de las tres leyes y de los tres legisladores.» Los patriarcas budhistas, una vez establecidos en la China, recibieron diferentes títulos, y entre otros los de *grandes maestros*, y *príncipes espirituales de la ley*, cuyo orígen se remonta al año 706. Los príncipes mongoles que abrazaron el budhismo, siguiendo el ejemplo de los emperadores chinos, admitieron en su corte, como directores de conciencia y gefes de negocios espirituales, á los *maestros del reino*, que se preciaban de estar animados por los espíritus divinos, aunque subordinados al Budha viviente. La existencia precaria y dependiente de los patriarcas del budhismo, se prolongó en la China hasta el reinado del emperador Kublai.

El rey del H'lassa, en el Tibet, pais donde tambien penetró el budhismo, hácia el año 65 de Jesucristo, envió en 632 á su primer ministro al Hindostan para estudiar allí la doctrina de Sakyamuni; erigió en H'lassa el templo principal, estableció conventos, y fundó escuelas en los mejores sitios. Cuando en 1260, resolvió Kublai elevar al Budha viviente al rango de los reyes, siendo un tibetano el primero que se vió honrado con esta dignidad, se le asignaron para su dominacion los territorios del Tibet; y la palabra *lama*, que en su lengua significa sacerdote, empezó á adquirir cierta celebridad. La fundacion de la gran silla *lamaica* de Pontala, no tiene otro origen mas que esta circunstancia fortuita, ni se remonta tampoco á una época mas atrasada. Así se destruyen las suposiciones de Voltaire, de Volney, de Baïly y de Langles, que de la semejanza de algunos símbolos esternos del culto de los lamas, con las formas del católico, dedujeron que el cristianismo habia descendido de las montañas del Tibet; hipótesis que implicaba la alta antigüedad del pontificado y de las prácticas lamaicas, siendo así que, por el contrario, las instituciones de los lamas habian sido calcadas sobre las nuestras. La presencia simultánea de los sacerdotes cristianos establecidos por O-lo-pen y de los patriarcas budhistas en la capital de la China, hasta que una persecucion suscitada por los bonzos destruyó esta cristiandad; el establecimiento de los sacerdotes nestorianos en todas las partes de la Tartaria próximas al Tibet, anterior á la época en que los patriarcas budhistas se fijaron en este pais; los viages, en fin, de los misioneros católicos enviados por el papa y por el rey de Francia, misioneros, que llevaban consigo ornamentos y celebraban las ceremonias de la religion á presencia de los gefes mongoles, dieron ocasion á los budhistas para que admiraran todo el aparato del culto cristiano; católicos, cismáticos, idólatras y musulmanes, todos vivian confundidos en la corte de los emperadores mongoles. Los tártaros abrazaban fácilmente la fé, pero con la misma facilidad renunciaban á ella, para volver á caer en la idolatría. Habiendo sido fundada en el Tibet, y en medio de estas variaciones, la

nueva silla de los patriarcas budhistas, no es de estrañar, que interesados en aumentar el número de sus sectarios, y ocupados con este fin en dar mas magnificencia á su culto, se apropiasen algunos usos litúrgicos, algunas de esas pompas cristianas, que atraian á la multitud; ni que introdujeran, en su organizacion y en su gerarquía, algo de las instituciones del occidente, que los misioneros les daban á conocer, y que las circunstancias les movian á aceptar. La coincidencia de los lugares y de las épocas, autoriza esta conjetura, que convierten en demostracion, infinitas particularidades. Los budhistas y mongoles, no imitaron solamente el culto cristiano, puesto que la vida de Sakyamuni, tal como nos la ha dado Klaproth, segun sus libros, es, en muchos de sus lugares, una asimilacion del evangelio.

CAPÍTULO VI.

Predicaciones y muerte gloriosa de varios misioneros de las órdenes de Sto. Domingo y de S. Francisco.

En tanto que Kublai estendia por el oriente sus conquistas, se dejaban sentir en el Asia occidental los efectos de la division del imperio mongol, resultando de esto un cambio favorable en las relaciones de los tártaros de la Persia con los francos. El primer misionero, que encontró un gefe mongol, corrió los mayores peligros, puesto que este quiso desollarle, y enviar su piel llena de paja al *apóstol*, es decir, al romano pontífice. Los diversos misioneros, enviados por S. Luis, habian sido tratados con menos barbárie, aunque recibidos con orgullo. Las victorias obtenidas por los mamelucos, cambiaron estas disposiciones.

Los padres predicadores, que evangelizaban á Damieta y territorios inmediatos, perecieron en 1261, víctimas de la crueldad de los musulmanes. Estos doscientos confesores de la fé, fueron precursores gloriosos de ciento noventa dominicos, que ejerciendo el apostolado en Hungría, Bosnia y Dalmacia, murieron en estos paises, martirizados por sus habitantes.

Bibars, sultan de Egipto, tomó á los cristianos el castillo de Safet, en 24 de junio de 1265, y con menosprecio de la capitulacion, hizo saber á la guarnicion, que optára entre el islamismo y la muerte. Los franciscanos, Santiago de Podio, y Jeremías, animaron á los cristianos, para que prefirieran el martirio á la apostasía; y en efecto, los valerosos confesores de Jesucristo, en número de mas de seiscientos, presentaron sus cabezas á las cimitarras de los mahometanos. El tirano, para castigar á los franciscanos, por haber fortificado á estos héroes en la fé, los hizo desollar vivos, así como al prior de los templarios; en seguida se les apaleó, y conducidos al lugar en que los otros habian sido decapitados, recibieron allí la misma corona del martirio y con el mismo suplicio (Pl. XVI, n.° 1.)

El año 1268, se apoderó Bibars de muchas ciudades de Siria, y hasta de Antioquía, en cuya última ciudad habia dos conventos de dominicas y franciscanas. El patriarca, que era de la órden de predicadores, reunió á todas las religiosas en la casa de las hijas de Sto. Domingo, tan pronto como tuvo noticia de la aproximacion de los infieles, creyendo ponerlas así mas fácilmente al abrigo de los insultos, pero inculcándolas el designio de sufrir la muerte antes que sucumbir á impuros ultrages; inspiradas por el Espíritu Santo, resolvieron desfigurarse cortándose la nariz, para librarse de este modo de los peligros que amenazaban á su pudor. Los bárbaros al verlas, cambiaron su lúbrica pasion en furor, y las sacrificaron sin piedad. (Pl. XVI, n.° 2.) El patriarca, por su parte, revestido de pontifical, se prosternó delante del altar mayor de su iglesia, para encomendar á Dios á su pueblo, y allí fué degollado por los musulmanes con otros cuatro dominicos. Todos los franciscanos, que se encontraban en los conventos de la ciudad y de la montaña Negra, vieron sus iglesias destruidas, y fueron hechos cautivos; y mas de doscientos dominicos de la provincia de Tierra santa, fueron tambien martirizados en el curso de aquel año.

Fray Guido Longimel, dominico de gran



santidad, y lleno de celo por la salud de las almas, anunciaba el evangelio á los mahometanos, y recibió, con otro compañero suyo, la corona del martirio, en 1270, época de la cruzada de S. Luis contra Túnez (1). Fray Raimundo Martin, residente en el convento que los dominicos tenian en esta ciudad, hombre muy versado en las lenguas árabe y hebrea, habia procurado la conversion de muchos musulmanes, y habia escrito una vigorosa refutacion del Alcorán. El gefe mahometano de Túnez, no le estimaba menos que los reyes de Francia y Jaime de Aragon. Este favor dispensado por Mohamed á un predicador del evan-

(1) Algunos historiadores franceses cuentan, que el rey D. Jaime de Aragon, fué convocado para esta jornada, y que para el apresto de su armada, le anticipó el rey de Francia, 30,000 marcos de plata, y alguna gente el rey de Castilla, su yerno; pero que habiéndose embarcado él mismo, y sufrido una horrible tormenta, se vió precisado á regresar á Barcelona, cumpliendo despues su empeño, con enviar algunas tropas auxiliares. No falta escritor estrangero, que se propase á injuriar la buena memoria de aquel ilustre monarca, atribuyendo á una pasion criminal y vergonzosa, el regreso á sus estados, y la mudanza del propósito de ir á la Tierra santa, con el pretesto de que conocia no era agradable á Dios este viage, y que le dispensaba de hacerlo, oponiéndole tantos obstáculos y contradicciones. Hallamos en esta narracion, tan confundidos unos hechos, y tan equivocados otros, por ignorancia, ó por malicia, que hemos creido conveniente ilustrar esta parte de nuestra historia, con presencia de algunos diplomas y documentos inéditos, tomando el asunto desde tiempo anterior, para dar mejor á conocer la conducta noble y generosa del rey D. Jaime, respecto á las cruzadas de ultramar. No pudo auxiliarlas en los primeros años de su reinado, segun el espíritu de aquel tiempo, por lo mucho que le ocuparon los negocios de su reino, y la conquista de Mallorca. Resuelto despues á hacer la guerra á los moros del reino de Valencia, publicó en Monzon, el año de 1232, la bula de la cruzada, otorgada por el papa Gregorio IX, á todos los que saliesen cruzados á esta jornada para el año inmediato. Con este llamamiento y aliciente, concurrieron muchos caballeros y gente de Granada, de Aragon y Cataluña, de quienes hacen honrosa mencion nuestros historiadores, con cuyo auxilio, sitió D. Jaime á Valencia, obligando á Zayen, rey moro de aquella ciudad, á capitular, firmando un tratado en 28 de setiembre de 1238, por el que le cedió además, todo el territorio, desde el Júcar, para levante. Así pudo el rey de Aragon, entrar triunfante con su ejército en la ciudad, el 9 de octubre, dia de S. Dionisio, segun antigua tradicion, y continuar en los años siguientes la conquista y reducion de lo restante de aquel reino. Apenas habia descansado de tan gloriosas fatigas, cuando ya comenzó Inocencio IV á instarle para que contribuyese con sus fuerzas á la reconquista de la Tierra santa, concediendo indulgencia plenaria, á todos los vasallos suyos que coadyuvasen á esta empresa, como consta del breve espedido por aquel papa á 25 de enero de 1245, año segundo de su pontificado; pero otras atenciones muy graves, ya domésticas, ya de sus súbditos, y ya de los principes comarcanos, que le ocuparon de contínuo en los años sucesivos hasta el de 1266, en que verificó la conquista de Murcia, no le dejaron por entonces acudir á aquel llamamiento. Entre tanto, su hija tercera, la infanta doña Sancha, pasó en peregrinacion á visitar los Santos lugares, el año de 1251, y murió en el hospital de S. Juan de Jerusalen, habiendo residido en él mucho tiempo, en trage desconocido, sirviendo á los enfermos con indecible caridad y amor.

Ni del corazon de su padre, faltó jamás el ánimo de verificar aquella empresa, como lo manifestó, cuando supo el buen recibimiento que habian tenido sus embajadores del soldan de Babilonia, con cuya amistad y auxilio contaba para llevarla á efecto; y con iguales miras habia enviado á Juan Alarich, con embajada al gran Kan, emperador de los tártaros, para entender su voluntad y determinacion, acerca do la conquista de Jerusalen, y certificarse de su poder y forma que tenia en esta jornada. Resolvió al fin ejecutarla, hallándose en Toledo, á fines de 1268, para asistir á la primera misa de su hijo el infante D. Sancho, arzobispo de aquella iglesia metropolitana; porque allí supo la llegada á Cataluña de dos embajadores de aquellos príncipes de oriente, y recibió al mismo tiempo las instancias del emperador de Constantinopla, Miguel Paleologo, para quo no retardase la ejecucion de su empeño, el cual, tomó desde entonces con tal calor, que no pudieron apartarle de él, ni las reflexiones de su yerno, D. Alonso el sabio, ni las instancias y lágrimas de sus hijos. Viéndole, pues, tan resuelto y obstinado, prometió ayudarle D. Alonso con 100,000 mrs. de oro, y con 100 caballos; y se ofrecieron á servirle tambien en esta jornada, D. Pelayo Perez Correa, maestre de Santiago, con 100 caballeros de su órden, y D. Gonzalo Pereira, lugar-teniente general de la de S. Juan, en los reinos de España. La ciudad do Barcelona contribuyó para los gastos con 80,000 sueldos barceloneses, y los naturales de Mallorca, con 50,000 sueldos do plata, habiendo pasado el rey D. Jaime á aquella isla, con solo una galera y un bergantin, así para proveer lo conveniente á su gobierno y defensa, como para recoger las naos y otras provisiones con que le sirvieron los isleños en esta ocasion.

Desde el mes de mayo habia celebrado en Barcelona, varias contratas con muchos caballeros y otros particulares, para que á mediados de agosto se presentasen allí, unos con los soldados, caballos y armas á que respectivamente se comprometieron, y otros con las embarcaciones armadas y equipadas que se necesitaban para la espedicion. Componíase la escuadra de 30 naves gruesas y 12 galeras, todas catalanas, además de muchos bergantines y fragatas, y se embarcaron 800 hombres do armas con tres caballos para cada uno, los almogávares tambien de á caballo, y la demás gente de á pié, en número, segun fué fama, de 20,000 infantes. Embarcóse tambien el rey, y dió la vela de la rada de Barcelona, el 4 de setiembre; pero hallándose sobre Menorca, sobrevino tan furiosa tempestad, que dispersó el convoy, de manera que una parte corrió hasta la Siria, parte arribó á Cerdeña, con pérdida de algunos buques, y parte aportó á las costas de Languedoc, muy maltratada, con gran peligro de aquel soberano. Este desembarcó en el puerto de Aguas-muertas; y dirigiéndose á Montpeller, regresó por tierra á Cataluña. Las naves que llegaron á Acre, pudieron animar y abastecer de víveres á los cristianos, que acababan do tener grandes pérdidas, y padecian suma carestia; pero viendo al cabo de algun tiempo, que ni parecia el rey, ni las tropas do sus aliados los emperadores de la Tartaria y de Constantinopla, regresaron á Barcelona, tocando antes en las islas de Creta y de Sicilia, y habiendo dejado en Acre, muchos militares do á caballo, y otros ballesteros y hombres de armas, con las provisiones y caudales necesarios para su socorro y el de los embajadores aliados, que habian trasportado, para que regresasen á su pais.

Tal fué el éxito desgraciado de esta espedicion. (Memorias do la Academia.—T. V.)

gelio, disponia á mirar como sinceras las promesas que trasmitió á S. Luis, al saber que se hacian en Francia preparativos de una cruzada. Sus embajadores dieron á entender, que agitado en sus creencias, no estaba distante de abrazar la fé de Jesucristo. Nada podia ser mas grato á Luis IX que semejante noticia. «¡Oh Dios, esclamó, qué consuelo tan grande ser padrino de un rey mahometano!» La embajada tunecina, á la que el rey prodigó los mayores honores, asistió el dia de S. Dionisio al bautismo de un judío, de quien el rey era padrino en las fuentes bautismales, y concluida la ceremonia, dijo á los enviados de Mohamed: «Asegurad á vuestro señor, el rey de Túnez, que deseo con tanto ardor la salvacion de su alma, que consentirió en pasar el resto de mi vida en poder de los sarracenos, con tal que él recibiera el bautismo, en union de su pueblo, con tanta sinceridad como este judío.» Por desgracia no se realizaron las esperanzas del rey.

No presentaremos el cuadro que ofrece S. Luis, espirando sobre un lecho de cenizas, asistido del obispo de Túnez; de aquel héroe, cuya magestad jamás brilló con mas esplendor que sobre este trono de penitencia, de ese héroe en fin, por cuya muerte alcanzó la Francia el privilegio de regenerar al Africa. «Tratemos por Dios, decia, antes de exhalar el último suspiro, tratemos de hacer que el evangelio sea predicado en Túnez. ¡Oh! ¿á quien se podria enviar allí?» Y pronunció el nombre de un dominico, que en otra ocasion habia evangelizado en esta ciudad. Aun se ven en las orillas del mar, algunos restos, y muros muy espesos, y en algunos lugares, muy elevados, que servian de circuito á un espacio cuadrado de trece á catorce, mil toesas, en que estuvo sin duda aposentada la guardia real, y colocados los equipages y almacenes. En medio de esta plataforma, se construyó, en el siglo XV al XVI, una torre semicircular, llamada por los musulmanes: *torre de S. Luis*, como si su construccion se remontára á la época de este principe.

Cuando despues de la muerte de Luis IX, los reyes Felipe de Francia, Carlos de Sicilia, y Teobaldo de Navarra, ajustaron una tregua con los tunecinos, se estipuló como condicion espresa de la suspension de armas (1), la li-

(1) Bien sabido es el celo y empeño con que S. Luis, rey de Francia, procuró contribuir á sostener la guerra santa de ultramar, solicitando para la segunda espedicion, que dispuso con este intento, la alianza y los auxilios de otros principes cristianos. Sus vínculos y relaciones con los que dominaban en España, le facilitaron tenerlos enteramente á su arbitrio y devocion. Por una parto, su primogénito Felipe III de Francia, estaba casado con doña Isabel, hija del rey D. Jaime de Aragon, y hermana de doña Violante, muger de D. Alonso el Sabio; y por otra, sus dos hijas doña Blanca y doña Isabel habian contraido matrimonio, la primera, con D. Fernando de la Cerda, infante y heredero de los reinos de Castilla y Leon, como hijo de D. Alonso X, y la segunda, con Teobaldo II de Navarra. Para unirse este principe con su suegro en aquella empresa, aprestó allí muchas tropas, y á su ejemplo, tomaron la insignia de la cruz para seguirle, muchos señores, vasallos y dependientes suyos de Navarra y de Gascuña, y algunos de Castilla y Aragon. Entre los primeros, cita Alesoná los señores de Agramunt, con los de su bando; de la parte de los vascos, y de las montañas, el señor de Lusa, con los suyos: D. Corbaran de Lebet, con su casa y parientes: D. Juan de Ureta, con los suyos: el señor de Monteagudo y D. Diego Velazquez de Rada: el señor de Aybar, con las gentes de la ribera. D. Iñigo Velez de Guzman, y D. Ladron de Guevara su bermano: D. Iñigo do Avalos, con los de la divisa: D. Martin de Avalos, señor de Leyva: D. Aznar de Torres, señor de Cortes: D. Diego Fernandez de Ayanz: D. Pedre Perez de Losada: D. Iñigo Velaz de Medrano. D. Sancho Ramirez de Arellano, señor de la casa de Vilaurreta y tierras de la Solana, y otros muchos nobles y caballeros de no menor calidad, con D. Juan Gonzalez de Agoncillo, alferez. Garibay nombra, entre los de Castilla, á D. Juan Nuñez de Lara, hijo mayor del conde D. Nuño Gonzalez de Lara; y como el primogénito del rey de Francia llevó consigo en esta espedicion á su muger, hija del rey D. Jaime, es natural tambien que mucha parte de la comitiva y servidumbre de aquella princesa, se compusiera de señores y caballeros aragoneses. Salió la espedicion de los puertos de Marsella y Aguas-muertas, á principios de julio de 1270, en buques, cuya marineria, por ser la mayor parte de genoveses, fué mal recibida en Caller de Cerdeña, cuya isla dominaban los pisanos, sus émulos naturales. Reparados allí de los descalabros y fatigas de las borrascas que sufrieron en la navegacion, trataron del objeto de su jornada, y adoptado al fin el dictámen de S. Luis, se dirijieron á Túnez, donde desembarcaron despues do mediado el mes de julio, quizá demasiado confiados en las promesas é ideas favorables de aquel rey mahometano. Mas enterados de su perfidia por dos soldados catalanes que huyeron de los reales de los moros; debilitado el ejército al cabo de tres meses con los continuos reencuentros y batallas, con el progreso de las enfermedades, de que fueron victimas el mismo S. Luis y otros caudillos principales, y con la intemperie del pais en tan rigorosa estacion, se vieron precisados los cristianos á quitar treguas con los infieles, y á embarcarse para Europa, tan perseguidos de la mala fortuna, que por efecto de las terribles tormentas que sufrieron en esta travesía, perdieron diez y ocho naves grandes, además do otras menores, y en ellas, como cuatro mil personas de ambos sexos, logrando los principes de Francia y de Navarra, salvarse con gran trabajo en el puerto de Trapana, donde falleció Teobaldo á 5 de diciembre de 1270, de resultas de tantas fatigas y contratiempos. Su muger, la reina doña Isabel, murió cuatro meses despues en

bertad de la predicacion evangélica; tratado que abrió las puertas de este pais á franciscanos y á dominicos, y que garantizaba á los infieles que se convertian al cristianismo, la facultad de recibir el bautismo con toda seguridad; tratado, en fin, que rompia las cadenas de los cristianos cautivos.

La muerte de S. Luis, y la audacia y el poder de los musulmanes, entonces tan esparcidos por el Asia occidental, contribuyeron á que Guillermo de Trípoli, nombrado nuncio apostólico de Tartaria, no pudiera penetrar en estos paises. Habia nacido este, en Trípoli de Siria, hácia el año de 1220, tomó el hábito de Sto. Domingo en San Juan de Acre, y se dedicó al estudio de las lenguas orientales, para glorificar mas á Jesucristo con la conversion de los infieles, esfuerzos que vió recompensados con la de mas de mil musulmanes, segun dice en uno de sus libros, compuesto para refutar el islamismo, é intitulado: *Del estado de los sarracenos*. Thibaut, arcediano de Lieja, edificado de sus virtudes, contrajo con él estrecha amistad. Este arcediano, que llegó á ser papa con el nombre de Gregorio X, quiso utilizar el perfecto conocimiento que aquel tenia de los asuntos del oriente, y le nombró nuncio del gran Khan. Entonces se dirijian á San Juan de Acre los venecianos Polos, y debemos á uno de ellos, los principales rasgos de la descripcion de la China y de la India, en esta época. Guillermo de Trípoli y Nicolás de Vicenza, fueron asociados á ellos por disposicion del mismo sumo pontífice; pero al entrar Guillermo en la Armenia, se encontró cercado por las tropas de Bibars, y tuvo necesidad de retroceder á la Palestina, en donde continuó sus trabajos apostólicos hasta su fallecimiento. El deseo de procurar la conversion de los infieles, era tan general y tan ardiente en los dominicos, que Pedro Fulques, nombrado gran penitenciario de Gregorio X, rogó al romano pontífice, en 1273, se dignára aceptarle la dimision, á fin de marchar á Tierra santa.

Los mongoles de Persia, empezaron por este tiempo á enviar embajadores al papa y á los reyes cristianos. Abaka, sucesor de Hulagu, deseando contraer amistad con los príncipes de Europa, paras ostenerse contra los musulmanes, envió hasta diez y seis embajadores al segundo concilio general de Leon (1), en el que griegos y latinos cantaron unidos el símbolo, gracias á los esfuerzos de los nuncios franciscanos, enviados á Constantinopla. Gregorio de Ascoli, que llegó á ser papa, y los demás nuncios de la órden de S. Francisco, introdujeron á los embajadores tártaros, á quienes se colocó cerca de los patriarcas. El 16 de julio de 1274, recibieron tres de ellos el bautismo, y Gregorio X les regaló telas preciosas. Abaka envió otros embajadores á Juan XXI, á cuya vuelta fueron acompañados de los franciscanos Gerardo de Prats, Antonio de Parma, Juan de

Hieres en Provenza, y el rey Felipe, habiendo atravesado la Italia y la Francia, hasta S. Dionisio, depositó allí las reliquias del santo rey su padre.

Memorias de la Academia de la Historia.

(1) El papa Gregorio X procuró pocos años despues fomentar y dar vigor á la guerra de la Tierra santa, con cuyo objeto, y el de unir á la iglesia griega con la latina, juntó concilio en Leon de Francia, año de 1274, y allí trató con el rey de Aragon de los aprestos que serian necesarios contra el Soldan, y para defender las fortalezas que conservaban los cristianos en Asia. Ofrecia el papa ir personalmente á esta jornada, y D. Jaime, despues de dar su voto y manifestar su opinion, añadió que acompañaria tambien con su persona á la del sumo pontífice en esta espedicion, sin embargo de su vejez, siguiéndolo con un buen ejército; y que en el caso de que no fuese su santidad, enviaria 1000 caballos muy escogidos, pagados por todo el tiempo que durase la guerra. Espresó tambien los servicios que habia hecho á la religion cristiana, conquistando tres reinos de moros, é introduciendo en ellos la fé católica, en cuya consideracion pedia que su santidad le coronase por su mano, con las ceremonias acostumbradas en tales casos: pero negándose á ello el papa, si primero no renovaba la promesa de pagarle el censo, en que su padre habia grabado su reino, en favor de la santa sede, no solo se escusó D. Jaime de contestar á esta demanda, prefiriendo su propio honor y el bien de su pueblo á una satisfaccion tan estéril, sino que se despidió del pontífice con mucha sequedad, perdiendo este entonces, por su falta de condescendencia, los socorros que habia procurado y consentido reunir para la jornada de ultramar. Apenas murió Gregorio X, cuando su sucesor, Inocencio V, á causa de la guerra promovida por el rey de Fez y Marruecos, que ayudaba á los moros de Murcia y Granada contra el rey D. Jaime, mandó al arzobispo de Sevilla, D. Raimundo Losana, en el año de 1276, pasase al reino de Aragon á publicar la cruzada contra infieles, por la plena confianza que tenia de su virtud y de la pericia de su fé.

V. Tomo 5.º de Memorias de la Academia de la Historia.

Santa Agata, y Mateo de Arezzo, á quien Nicolás III habia enviado á la corte de Kublai, para que se dedicara á la conversion de los mongoles. La barbárie de los tártaros, la indiferencia de los chinos, las prevenciones de los idólatras y la rivalidad de los nestorianos, opusieron obstáculos al celo de estos misioneros, que sin embargo, no fué del todo infructuoso. Nicolás III, creyó conveniente establecer un obispado entre los mongoles, mediante á que los franciscanos habian hecho un gran número de conversiones.

Don Jaime, rey de Aragon, llamado el Conquistador, que falleció en 1276, dió á Jaime II, su segundo hijo, la isla de Mallorca y sus adyacentes, con los condados de Rosellon y de Montpeller, y este príncipe, aconsejado por el célebre Raimundo Lull ó Lulio, estableció en el convento de franciscanos de Mallorca, un curso especial de lenguas orientales, en favor de aquellos que debian iniciarse en el conocimiento del árabe, para emprender la conversion de los infieles. Lulio, nacido en Palma, senescal, y mayordomo del rey, se habia separado de su muger y de sus hijos, dejándoles una parte de sus bienes, y distribuyendo el resto entre los pobres, para retirarse, á la edad de treinta y dos años, á la montaña de Randa, en una cabaña construida por sus manos. El ermitaño de la órden tercera de S. Francisco, segun él mismo se llamaba, se preparó en aquel lugar á trabajar en la conversion de los infieles, y sobre todo de los sectarios de Mahoma. Se dedicó á los estudios gramaticales y científicos, que consideraba como indispensables para el cumplimiento de su generoso proyecto, aplicándose con un ardor particular al idioma árabe, que queria saber hablar y escribir, para poder atacar las falsas doctrinas de los musulmanes, con el doble ausilio del raciocinio y de la palabra. Despues de nueve años de retiro, empezó á realizar su pensamiento. Para familiarizarse mas con el árabe, tomó á su servicio á un africano, que no conocia mas lengua que la de su pais, el cual, viendo que su amo queria servirse de este medio contra la ley de Mahoma, concibió el proyecto de asesinarle, tirándole una puñalada. Raimundo detuvo el golpe, y se contentó con desarmar al homicida; pero no pudo impedir que se le prendiese, y el africano, desesperado de no haber podido quitar la vida á un hombre, que pensaba destruir el islamismo, se suicidó, ahorcándose en la misma prision. Lulio, sin intimidarse por este incidente, se dirigió á Roma, para conseguir el establecimiento de otros colegios iguales al que Jaime II habia fundado en Mallorca, para lo cual contaba con el celo de Honorio IV, que habia mandado organizar en Paris, la enseñanza de las lenguas orientales, y para lo cual habia escrito á Juan Cioletti, cardenal, con el título de Santa Cecilia, y legado apostólico en Francia. Despues de la muerte de este papa, Lulio estuvo dedicado á la enseñanza en Paris y Montpeller, en donde recibió cartas patentes del general de los franciscanos, para que enseñara en las casas de la misma órden. De Montpeller, marchó á Génova y despues á Roma, para determinar á Nicolás VI, á que fundara colegios para el estudio de las lenguas orientales; pero no pudiendo ver realizados sus votos, porque el papa estaba ocupado en otras atenciones, volvió á Génova, y de aquí partió á Túnez, con todos los libros que habia compuesto en refutacion del islamismo. Su primer cuidado fué buscar á los hombres mas sabios de la ley de Mahoma, para discutir con ellos, convencerlos de la verdad de la religion cristiana, y formar un núcleo de discípulos. Aunque ocupado en sus predicaciones, que se le dejaban hacer con libertad, tuvo tiempo y tranquilidad bastante para componer su *Tabla general de las ciencias*; pero esta calma no duró largo tiempo. Fué acusado de haber atacado á la religion establecida, y puesto en una prision, donde se le hubiera quitado la vida, á no haber mediado un sabio doctor árabe, que le habia oido discurrir con interés sobre el cristianismo, el que logró que se le conmutase la pena en un simple destierro. Rodeado de un populacho, que le tiraba piedras, salió de la ciudad, con prohibicion de volver á ella; se em-

barcó para Génova, y en seguida partió para Nápoles (1).

Las fundaciones que Raimundo Lulio deseaba multiplicar, hacian mas fácil y mas provechoso el apostolado de los misioneros, que el general de S. Francisco enviaba sin cesar al Africa y al Asia.

Los que evangelizaban los territorios en que reinaba Abaka, se vieron espuestos á graves y frecuentes peligros, despues que este rey de

(1) La decadencia y la ruina del imperio de los cristianos en Asia, y el deplorablo estado á que los habian reducido, á fines de este siglo, la imprudencia y la division do sus caudillos, dando márgen á que los mahometanos dilataran su poder, con la victoria y buen éxito de sus armas, exaltaron el ardiente celo dol célebre Raimundo de Lulio, que despues de haber ofrecido á la santa sede y al colegio de cardenales, su Arte general, en 1288, y de haber merecido en Paris el aprecio del famoso Escoto, y la aprobacion de aquella universidad, volvió á Montpeller, y de alli pasó á Génova y á Roma, dondo en el año de 1290, propuso al sacro colegio un plan para destruir el paganismo y dilatar la religion católica, conquistando la Tierra santa, el cual contenia : 1.° Que en cada provincia se fundase un colegio, donde hombres doctos y celosos estudiasen su Arte general, y las lenguas de los paganos, para predicarles el evangelio. 2.° Que de todas las religiones militares se formase una sola, que tuviese por cabeza un príncipe ó persona real, y quo se ocupaso de continuo en guerrear contra los infieles, que no aceptasen la predicacion. 3.° Que las décimas de la Iglesia, quo su santidad tenia concedidas á los principes cristianos, se gastasen en los apreslos de esta guerra, hasta que se recuperase la Tierra santa de Jerusalen. Propuso además, que el sumo pontífice probibiese á los cristianos navegar á Egipto para la compra de los aromas y especias; con cuya providencia, el Soldan quedaria dentro de seis años empobrecido, y los genoveses y catalanes se ingeniarian para ir á buscarlas á Bagdad y á la India en derechura; proyecto que presentó despues en un libro titulado : *de Fine*, escrito en 1305, y que era enteramento conforme con el que en el año siguiente de 1306, manifestó tambien á Marino Sanuto, patricio veneciano, despues de haber recorrido como observador la Palestina, las islas del archipiélago y el Egipto. Inflamado con estas ideas, partió Lulio para la Armenia; peregrinó por la Palestina; pasó á Chipro, atravesó el Egipto, y de alli, por tierra, caminó á Túnez, predicando en todas partes, y facilitando los caminos para hay cer revivir el espiritu de las primitivas cruzadas, ya muamortiguado en su tiempo, y contribuir á la que nuevamente meditaba. Vuelto á Roma, solicitó de Bonifacio VIII su autoridad para la conversion de los infieles, presentándole con este objeto un tratado que habia concluido en 1296; pero no habiendo lugar su propuesta, se retiró á Génova, donde la nobleza le ofreció mucba cantidad de dinero para la conquista de la Tierra santa. De allí pasó á Montpeller, á verse con el rey D. Jaime de Mallorca, de quien habia conseguido anteriormente la fundacion de un seminario en aquella isla para la enseñanza de la lengua arábiga, volvió á Paris y obtuvo de Felipe el Hermoso largos ofrecimientos para su proyectada espedicion, sobre lo cual despachó este rey un embajador al papa. Con el mismo empeño y diligencia, vino á España, y habiéndole oido los soberanos de Castilla y Aragon, enviaron tambien sus embajadas al sumo pontifice con iguales ofrecimientos; pero todo se desvaneció por la dificultad de concertarse entre sí aquellos principes. Lulio, sin embargo, inflexiblo á todos los contratiempos, peroró en público consistorio sobro la obligacion de recuperar los santos lugares, pintó la miseria que ya padecian los cristianos de Armenia, y anunció, que si se retardaba el socorro, en breves dias se veria la Grecia presa y esclava de los turcos, como en efecto sucedió. Ni el retiro, ni la ocupacion de escribir varios tratados podian entibiar su celo ni apartarle de su propósito. Marchó nuevamente al Africa, y en Bona, en Túnez, y en Bugia predicó el Evangelio con algun fruto, pero con mayores trabajos. Restituido á Roma, insistió en su proyecto favorito, y desesperanzado de efectuarlo, salió para España, y poco despues marchó á Paris, donde el rey de Francia le prometió, entre otras cosas, dejaria encargado en su testamento á los que le sucedieran, que acordando con la santa sede la conquista general de las provincias infieles, promoviesen eficazmente su ejecucion. Celebrábaso por aquel tiempo un concilio general en Viena; y aprovechándose Lulio de esta oportunidad, presentó en él su plan para la empresa de una nueva cruzada, y para el establecimiento de escuelas en toda la cristiandad, con el objeto de enseñar en ellas las lenguas de los infieles; y logró que el concilio determinase, á persuasion suya, que en las universidades de Roma, Paris, Bolonia y Salamanca, se fundasen cátedras de las lenguas bebrea, arábiga y caldea. Satisfecho con esto, volvió á Mallorca, y de alli emprendió nuevo viage á Egipto, y por la costa del mar, á Jerusalen, á donde llegó cerca del año 1314; y continuó su peregrinacion por la Armenia, la Siria, la Bohemia y la costa de Bretaña, hasta parar en Inglaterra. Volvió otra vez á España, visitó de nuevo todos sus reyes y provincias, se retiró á Mallorca, donde escribió varios tratados sobre los caminos que podrian tomarse para ir á Jerusalen, con muchos discursos militares para hacer la guerra santa con buen éxito; pero cansado de ver que no se cumplian sus deseos, ni se tomaba buena resolucion en un asunto, en que él creia vinculada la gloria y la dilatacion de la cristiandad, marchó al Africa con el fervor de un apóstol, y allí, por resultado de sus predicaciones, padeció con heróica constancia sol trabajos y la muerte de los mártires. El celo infatigable de Lulio, por despertar en todas partes el espíritu de las primitivas cruzadas, solo puede compararse al del ermitaño Pedro de Amiens, que promovió la primera, con sus exhortaciones y su ejemplo, y al de S. Bernardo, que predicó la segunda con sumo fervor y devocion por diversos paises de Francia y Alemania; pero estos tuvieron la satisfaccion de ver cumplido sus planes y lleno el objeto de sus predica iones, mientras que Lulio halló siempre mayor tibieza ó dificultad en los príncipes y en los caudillos que podian ejecutar sus ideas. Tal debia ser el resultado de los desengaños y escarmientos adquiridos en el espacio de dos siglos, en que, á la sombra de la religion, se hizo del Asia la morada de la ambicion, de la discordia y de la corrupcion de costumbres, el sepulcro de millones de hombres, y la sima de innumerables riquezas y propiedades. Los príncipes cristianos, ocupados en estender sus dominios, y en afirmar su autoridad, consideraron prudentemente, que unos establecimientos tan lejanos de Europa, rodeados de naciones guerreras, y animadas de un celo no menos exaltado que el de los mismos cruzados, estaban continuamente espuestos á su próxima destruccion; y en tales circunstancias, no era de esperar que las exhortaciones de Lulio pudiesen mas, que los desengaños y que los intereses mejor entendidos de los pueblos.

Pero por grandes que apareciesen en aquellos siglos los males que ocasionaban las cruzadas, no tiene duda que fueron mas generales, y de mayor consideracion y trascendencia, las ventajas que produjeron para lo sucesivo.

(Navarrete. — Disertacion sobre las cruzadas. Pág. 93.)

los mongoles de Persia, fué muerto por su hermano, que abrazando el islamismo, se declaró ciego perseguidor de los adoradores de Jesucristo, y principalmente de sus ministros. Entre los franciscanos, víctimas de la persecucion, citaremos á Fr. Antonio, que predijo su muerte, y sufrió el martirio en Salmastra, en Persia; á Fr. Aldobrandino, de Florencia; á Fr. Conrado y á Fr. Voisel, y á otros dos, uno viejo y otro jóven, á quienes los mahometanos ataron á un poste y desollaron sus cabezas; tambien citaremos á otro Fr. Conrado, sajon, y al húngaro Fr. Esteban, muertos por los cismáticos, cerca de los puertos Caspios. Las crónicas de los franciscanos dicen, que una muger piadosa, en cuya casa estaban alojados, vió en sueños á dos halcones con plumas doradas y de estremada belleza, que levantaban su vuelo al cielo. Al dia siguiente, encontró la esplicacion de esta vision, porque los religiosos salieron á ejercer su apostolado en medio del pueblo, como dos generosos halcones, dicen las crónicas, para arrebatar almas á la infidelidad; y los cismáticos, celosos de su éxito, los asaltaron y castigaron cruelmente. Gozosos en sufrir por Jesucristo, murieron pronunciando su nombre, y se alzaron al paraiso, en alas de la caridad. Dios, á quien se elevó la sangre de los mártires, pidiendo misericordia, permitió que el príncipe, autor de todo el mal, sucumbiese despues de dos años de tiranía.

Su sobrino Argun, hijo de Abaka, hizo reconstruir las iglesias, al mismo tiempo que destruia las mezquitas. Este príncipe envió embajadores al papa, y entre ellos al obispo Barsanmas, con cartas en que espresaba su deseo de bautizarse, pero despues que hubiese recuperado á Jerusalen, á fin de ser regenerado en la misma ciudad, en que se habia cumplido la salvacion del género humano; añadiendo, que entre tanto favoreceria á los cristianos de sus estados; que dos princesas de su familia habian recibido el bautismo, y que muchos obispos orientales cismáticos, habian vuelto á la unidad romana por el ministerio de los franciscanos. En el mes de abril de 1288, Nicolás IV, acogió con las mayoresdistinciones á los enviados del rey mongol, al que exhortó por medio de ellos, para que no dilatára recibir el bautismo. Tambien invitó á las dos princesas, para que perseveráran en la fé, y á los obispos reunidos, para que procuráran atraer á los demás; por último, confirió diversos privilegios á los franciscanos dispersos en Tartaria, y felicitó por su celo á los intérpretes, que secundaban el de estos religiosos.

No debemos omitir, al hablar de la embajada de Argun, un hecho que demuestra hasta qué punto se habian modificado las disposiciones de los mongoles, con respecto á los príncipes cristianos. Tan orgullosos y menos sutiles que el Tebano Ismenias en la corte del gran rey, los enviados franceses, que se dirigieron al de Persia, en 1288, rehusaron saludar á este príncipe, posternándose delante de él, segun exigia la etiqueta, porque, segun decian, habrian faltado á lo que se debian á sí mismos, rindiendo un homenaje semejante á un rey, que no era cristiano. El príncipe tártaro sufrió este desaire sin indignacion, y dirigió á Felipe el Hermoso, quejas aunque sentidas, moderadas. Si el rey de Francia decia, ha mandado á sus embajadores que obren así, queda completamente satisfecho, porque de su agrado es todo lo que pueda agradar á este príncipe; pero si envia los mismos ú otros mensageros, en adelante, ruega á Felipe el Hermoso, que los mande hagan al rey de Persia tal reverencia y honor, como es uso y costumbre en su corte, *sin pasar fuego*. Estas últimas palabras significan, que por la amistad que profesaba al rey de Francia, se dispensaria á sus enviados de la ceremonia usada entre los tártaros, que consistia en hacer pasar á todos los estrangeros, viageros, embajadores y reyes, entre dos hogueras encendidas, para purgarlos de las malignas influencias que hubieran podido traer. La omision de esta precaucion diplomática, es una nueva prueba del crédito de que gozaban los franceses en la corte de los mongoles de Persia.

Nicolás VI, ocupado de la conversion de los infieles, no solo encargó á los dominicos y franciscanos, la de los idólatras de la nacion de los Comanes, sino que los envió á anunciar la fé á los pueblos mas remotos del oriente, concediéndoles muchos privilegios. Waddingo refiere, en el año 1288, el martirio de muchos franciscanos, los de Monaldo de Ancona, Francisco de Pitriolo, ó de Formo, y el de Antonio de Milan, en Erzingan, en Armenia; el de Felipe de Puy, en Auvernia; el de 2,000 soldados cristianos, en el castillo de Azot, en Palestina, y el de Fr. Francisco de Spoletto, en Damieta de Egipto.

Monaldo de Ancona, Francisco de Pitriolo, y Antonio de Milan, escogieron principalmente el viernes, dia del Señor, entre los mahometanos, para anunciarles el evangelio en presencia del cadí de Erzingan. Este último los despidió encolerizado, viendo al pueblo conmovido por la palabra de los tres apostóles, que se manifestaban dispuestos á sellar la fé con su sangre. El viernes siguiente, segundo de cuaresma, volvieron al mismo lugar y renovaron su generosa predicacion. El cadí creyó confundirlos, oponiéndoles un antiguo doctor de su ley, pero esta discusion, que produjo un resultado contrario al que se proponia, confundió á los mahometanos, y escitó una viva conmocion entre los mas fanáticos; mas á pesar de todo, el cadí dejó marchar á los misioneros. Habiendo reunido á los ancianos imanes, conferenció con ellos sobre el partido que deberia tomar, y todos convinieron, en que se debia obligar á los franciscanos á hacer una reprobacion pública de su doctrina. Al cuarto viernes de cuaresma, se condujo á los tres misioneros á la presencia del consejo; pero en lugar de renegar de Jesucristo exaltaron su santo nombre, é hicieron notar las imposturas de Mahoma. Entre los concurrentes se encontraba uno que era ciego, y esto dió ocasion al cadí para decir á los confesores: «Vosotros pretendeis que vuestra fé ha sido confirmada por milagos; pues bien, haced que este ciego vea, y creeremos lo que decís.» «Dios es omnipotente, replicaron los religiosos, y si su voluntad es dar la vista á este ciego, lo hará.» En seguida oraron por algunos momentos, é hicieron la señal de la cruz sobre los párpados del ciego; de ellos salió agua y sangre, y se abrieron de nuevo á la luz; milagro, que lejos de convencer á los que lo presenciaron, endureció mas sus corazones; así es que hicieron retirar al ciego, y todos á una voz condenaron á muerte á los franciscanos. Los tres religiosos fueron conducidos inmediatamente al suplicio, inundados de alegría y felicitándose de ver sus votos cumplidos. Luego que llegaron al sitio designado, se arrodillaron, levantando sus manos al cielo, y los musulmanes, que los rodeaban con espada en mano, empezaron á darles terribles golpes. Un mahometano, que movido por un sentimiento de compasion natural se atrevió á dirijir algunas reconvenciones á los homicidas, murió tambien victima de su furor. Las crónicas de los franciscanos compararon á estos mártires á corderos destrozados por lobos rabiosos. Los cristianos de la ciudad, horrorizados de la rábia de los musulmanes, se dispersaron, y ocultaron para no ser víctimas de ellos. Los tres franciscanos espiraron el viernes al mediodía, y sus cuerpos, hechos cuatro pedazos, fueron espuestos en las puertas de la ciudad y demás parages públicos, quedando custodiados por centinelas, para que los cristianos no cogiesen estas preciosas reliquias, que fueron despues arrojadas para pasto de los perros y de las aves de rapiña. Un sacerdote armenio, que se habia declarado en favor de los religiosos, durante la discusion que sostuvieron con los mahometanos, fué tambien apresado con otro compañero suyo, le despojaron de sus vestidos, y con una de las cuerdas que los franciscanos llevaban por cíngulo, colgaron á su cuello la cabeza de uno de los religiosos, y despues se le azotó por las calles de la ciudad. Luego que recobró la libertad, se dedicó y logró recoger los restos que pudo de los mártires, que fueron igualmente venerados por los griegos, por los latinos y los armenios.

No debe admirarnos la simpatía de este sacerdote en favor de los misioneros, puesto que hacia mucho tiempo que franciscanos y dominicos evangelizaban su patria, segun veremos en el capítulo siguiente.

El martirio de Felipe de Puy, fué predicho por S. Antonio de Padua á su madre, cuando le llevaba en su seno. Este hijo bendito, vivió con la pureza de un ángel, se hizo franciscano, emprendió por devocion la peregrinacion á la Tierra santa, y se encontró en Azot, cuando la traicion arrebató esta ciudad á los cristianos, que fueron condenados á muerte en número de 10,000. Los musulmanes, abrigando la esperanza de que Felipe renegaria de Jesucristo, accedieron desde luego á las súplicas que les hizo de ser martirizado el último; pero el santo no se aprovechó de este plazo mas que para alentar á sus compañeros, que, fortificados con la esperanza de alcanzar la corona que les anunciaba, suspensa sobre su cabeza, entregaron sucesivamente su cuello á la espada de los verdugos. El sultan, luego que supo la conducta observada por Felipe, mandó que se le cortaran una á una todas las articulaciones de los dedos, á presencia de los cristianos, á quienes no dejó por esto de exhortar á cojer la palma del martirio, de tal suerte, que animados por su ejemplo, despreciaron igualmente las riquezas ofrecidas para tentar su fé, y los suplicios desplegados para conmover su constancia. El sultan, irritado de la constancia de este religioso, le hizo desollar vivo hasta la parte inferior del cuerpo, y mandó que le cortaran la lengua. La serenidad con que soportó estos tormentos, inflamó á la vez la rábia musulmana y los corazones de los cristianos, tanto mas dispuestos á aceptar la muerte, cuanto mas invencible era la firmeza con que se la veian sufrir. No permitiéndole hablar ya su lengua mutilada, exhortaba á sus compañeros con el gesto y con los movimientos espresivos de su cuerpo ensangrentado. Por último, fué decapitado con los demás. Aunque los cadáveres de tantos cristianos, quedaron arrojados en las calles por espacio de muchos dias, lejos de exhalar mal olor, salia de ellos un grato perfume, signo de la santidad y gloria de los mártires.

Francisco de Spoletto, esponia las verdades del evangelio á los musulmanes de Damieta; y estos, cuyo espíritu se abria á la luz, pero cuyo corazon se inclinaba á la ley de Mahoma, tan favorable á sus pasiones, preguntaron al misionero, qué pensaba sobre el Alcorán, y el celoso religioso no pudo ocultarles, que esta falsa doctrina arrastraba la desgracia eterna de sus sectarios. Denunciado y preso, no tardó en ser condenado á pena capital. Los musulmanes, que fueron á buscarle á su calabozo, le dijeron: «Piénsalo bien, porque es preciso, ó que al instante abjures tu fé, para hacerte mahometano, ó que pierdas la vida.»—«Yo, respondió Francisco, elijo gustoso la muerte por amor de Jesucristo, y considero como la mayor de las gracias poder dejar esta vida tan llena de miserias, para volar al cielo, donde se vive siempre feliz; mi único sentimiento es dejaros sumergidos en los groseros errores y en los culpables placeres, que autoriza vuestra falsa ley, que os conducirá al lugar de los suplicios eternos, en que ya está vuestro depravado Mahoma.» Los musulmanes, al oir estas palabras, pronunciaron un grito de muerte, y uno de ellos le dió un golpe tan fuerte de cimitarra, que le partió en dos pedazos. Francisco invocó el nombre de Jesucristo, que le abria las puertas del cielo, y entró por ellas triunfante, cubierto con la púrpura de los mártires.

CAPÍTULO VII.

Misiones de los dominicos y franciscanos en Armenia

Es bastante difícil hacer una descripcion exacta del territorio de Armenia, el cual, segun M. Eugenio Bore, es igual, con poca diferencia, á la estension de la Francia, si se incluyen en él todas las provincias de que constaba en el tiempo de su mayor prosperidad. La Armenia está cortada en todas direcciones

por los cien brazos de la inmensa cadena del Taurus. Aquí y allí se elevan picos gigantescos, cubiertos de hielos y nieves perpétuas, que alimentan grandes corrientes. El invierno reina todo el año en el plano superior de las montañas, y los hielos, no ceden en los valles, mas que á los rayos de un sol abrasador é intolerable. Algunas llanuras, como la de Erzingan, de que hemos hablado en el capítulo anterior, se distinguen por su fertilidad, y son consideradas como los graneros de reserva para la poblacion. El resto del suelo es mas á propósito para los rebaños que para el hombre. En ciertas provincias, como la de Vasburagan, es preciso marchar muchos dias seguidos, antes de poder encontrar un miserable abrigo en que meter la cabeza; el encuentro de un arbolillo es un fenómeno escepcional al paso del viagero. El laberinto fugitivo, y sin fin de estos valles, no ofrece, de distancia en distancia, mas que algunos sáuces y yerbas inútiles, secadas por el sol y por los vientos.

Si la Armenia ha sido el lugar del paraiso terrenal, como creen ciertos comentadores de la Escritura, porque allí se encuentra el nacimiento de los cuatro rios, que como el Eufrates, está testualmente designado en el *Génesis*, preciso es conocer al mismo tiempo, dice M. Bore, que la maldicion atraida por el hombre culpable pesó con toda su fuerza sobre la naturaleza que habia sido testigo y ocasion de su caida, y esta será la razon por que conserva un carácter imponente de tristeza y de desolacion. No es inútil citar con este motivo, el nombre que los armenios dan á la morada primitiva de la felicidad y de la inocencia, que llaman *trakhel*, palabra, que como la voz *derakht* del persa actual y de las lenguas hermanas de la armenia, tiene la significacion de *árbol*; de este modo, una sola palabra del idioma del pueblo, cuyo pais fué quizá cuna de la humanidad, ó el mas próximo á ella, conserva y perpetúa el recuerdo del *árbol misterioso de la ciencia del bien y del mal*. El *Génesis* señala á la Armenia como el lugar, en que Noé y sus hijos salieron del arca, la cual se detuvo en las montañas de Ararat. Sin examinar cuál es el anillo de la cadena del Taurus, al que es preciso aplicar la designacion de la Escritura, recordaremos con Mr. Bore, que las antiguas tradiciones de los pueblos están unánimes en señalar á esta comarca del Asia, como la primera patria del género humano. La llanura de Sennaar, en que se fundaron las primeras poblaciones, y en que Nemrod estableció su dominacion, no está en verdad muy distante de la Armenia, y se puede asegurar, que este pais fué habitado desde la mas remota antigüedad. El nombre de la nacion armenia no conviene propiamente mas que á la raza conquistadora, traida de Babilonia por Haig, hijo del patriarca Thorgom, en el año 2107, antes de Jesucristo.

La religion primitiva de la Armenia, basada en la tradicion que Thorgom habia recibido de los primeros patriarcas, consistia en la adoracion del verdadero Dios, en el arrepentimiento de la falta original, y en la esperanza del supremo reparador. La oracion y el sacrificio cruento eran los fundamentos del culto. El padre de familia, rey y pontífice á la vez, ofrecia al altísimo las preces y las víctimas, dirijia con equidad á los individuos de la familia y terminaba las diferencias. Los hijos de la raza maldita de Cham, no tardaron en hacer renacer en cierto modo la depravada y anti-diluviana de Cain, y turbaron la armonía que reinaba entre los descendientes de Sem y de Jafet. Abandonando desde muy luego, la tradicion de sus padres, para seguir los caminos de la concupiscencia y del orgullo, sustituyeron, al culto del verdadero Dios, honores dispensados á seres secundarios de la creacion, como los astros y las fuerzas superiores de la naturaleza. La Caldea, cuyo pueblo manifestó siempre una inclinacion irresistible á leer los secretos del cielo y sus destinos terrenales, en la escritura misteriosa de los astros, dió orígen al sabeismo; Babilonia llegó á ser el foco de la idolatría, y la colonia traida por Haig, de esta ciudad, á la Armenia, sintió los efectos de la revolucion religiosa de la metrópoli. Efectiva-

mente, el amor á las conquistas, consecuencia del despotismo inaugurado en Babilonia, al mismo tiempo que la idolatría, puesto que á la opresion del hombre por el hombre, se sigue su resistencia á obedecer á la divinidad, lanzó fuera de la Caldea á los asirios, dominadores de la Armenia, en 1725, antes de la era cristiana. La religion y el culto de la Caldea, se propagaron durante los diez siglos, que este pais estuvo sometido al imperio de Asiria. Cuando el rey Anuschavan, vencido el año de 1725, ofrecia sacrificios bajo los plátanos de la antigua Armavir, su capital, el estremecimiento de las hojas agitadas por un viento ligero ó impetuoso, servia ya á los sacerdotes, para hacer pronósticos mas ó menos favorables. Despues que Nabucodonosor llevó los judíos á Babilonia, y obligó á algunos á emigrar á Armenia, Sempad, gefe de la familia de los Pagratides, de orígen judío, se presentó delante del rey Erovant I, quien le persiguió cruelmente, porque rehusaba rendir adoraciones á los ídolos. La Armenia, libertada por la caida del imperio asirio, fué arrastrada, en el concepto religioso, por el movimiento de la Asiria y de la Media, conquistadas por Ciro. El sabeismo ó la idolatría pura, cedió á los ataques poderosos del magismo, ó culto del fuego, regenerado por Zoroastro. La religion sensual y propiamente pagana de Alejandro el Grande, y de los conquistadores griegos, rodeada del seductor acompañamiento de las divinidades del Olimpo, trabó una lucha bastante débil, con el culto mas serio y mas intelectual de la Persia. La modificacion, obrada en las ideas religiosas de los armenios, llegó á ser mas sensible bajo el poder de los romanos, cuya política obligaba á los vencidos á aceptar sus divinidades y sus leyes; pero este cambio no fué completo ni radical, porque los armenios preferian unir los elementos heterogéneos del politeismo y del dualismo. La India, intentó tambien ejercer una influencia religiosa sobre la Armenia, pero su accion fué muy restringida. El evangelio cambió el estado de las creencias de este pueblo, y modificó afortunadamente su posicion social é intelectual.

Segun la tradicion, Abgaro, rey de Edesa, intruido por la fama de los milagros de Jesucristo, le envió á pedir su curacion; súplica que el Salvador oyó, porque habia sido hecha con fé y con humildad. Tadeo, uno de los setenta y dos discípulos, y que fué el que curó á Abgaro, arrojó la primera semilla del cristianismo en Edesa. El apóstol S. Bartolomé, á quien la India, la Arabia, y la Persia, veneran como su primer misionero, vino tambien á esta ciudad, y desde aquí marchó con Tadeo, á recorrer la Armenia, la Capadocia y la Albania. Desde el principio de la mision de los apóstoles, vemos ya que los gérmenes de la fé, fueron depositados en Armenia; gérmenes que no se aumentaron ni fructificaron, hasta que S. Gregorio vino á fecundizarlos con sus sudores y su sangre. El título de *iluminador*, fué dado á este verdadero civilizador de la Armenia, porque alumbró con la luz del evangelio, á sus habitantes sepultados en las tinieblas de la idolatría. El santo, para darla un golpe mortal, levantó la iglesia patriarcal de Echmiatzin (Utch kilisseh) ó *Tres iglesias* de los turcos. (Pl. XXI, n.º 1.) En el recinto del claustro que la rodea, ha encontrado M. Bore, fustes y capiteles de columnas, cuyo estilo bello, á pesar de su rudeza, pertenece á una época muy remota. *Las cartas edificantes*, dicen que este monasterio era la ordinaria residencia del patriarca armenio. «Está compuesto, añaden, de cuatro grandes habitaciones, formando un vasto recinto, mas largo que ancho, y en el cual está la iglesia patriarcal, construida con una forma sólida y antigua. Esta disposicion de las habitaciones y la estructura de la iglesia, está en armonía con la antigüedad. Eusebio, que nos da la descripcion de la iglesia construida en Tiro, por S. Paulino, la coloca en un gran centro, rodeado de habitaciones para hospedar al obispo, al clero y á sus dependientes. Echmiatzin, significa *descension del hijo único*, porque segun una tradicion antigua, fué el lugar en que Jesucristo se apareció á S. Gregorio el iluminador, apóstol de la Armenia,



y á quien la iglesia está dedicada. Tiénese tambien por cierto en el pais, que Tiridates, primer rey cristiano de Armenia, tenia su palacio en este sitio, que se le cedió á S. Gregorio, y que este palacio estaba situado en el centro de una gran ciudad, capital del reino, llamada Vagharchabad, de la que ya no queda vestigio alguno. La iglesia de este monasterio es oscura, pero muy rica en vasos sagrados y ornamentos, porque siendo el objeto principal de la veneracion de los armenios, el pueblo, naturalmente devoto, contribuye generosamente á su decoracion. Siempre hay en Echmiatzin un buen número de prelados y versabietos (nombre de sus doctores ó predicadores), que viven como los monges, es decir, con mucha frugalidad. Los monges cultivan grandes y hermosos jardines y todas las tierras de alrededor. Las otras dos iglesias de este monasterio, están fuera de su recinto, una dedicada á Sta. Cayena, y otra á Sta. Rhypsima. Estas dos santas, segun la tradicion, eran nobles vírgenes romanas, que para sustraerse de la crueldad de Diocleciano, se refugiaron á Armenia con otras veinte y tres compañeras suyas, donde no pudieron evitar la de Tiridates, otro perseguidor, que despues se hizo cristiano por la misericordia de Dios, misericordia, que, siempre propicia á nuestros verdaderos intereses, puso la palma del martirio en manos de estas vírgenes.» Aunque las revoluciones políticas hayan anonadado los monumentos literarios de la Armenia, la biblioteca del monasterio de Echmiatzin posee aun de cinco á seis mil manuscritos.

San Gregorio fué el primer patriarca de la nacion Armenia; pero despues de haber constituido su iglesia naciente, se retiró al monte Sebuh, cuyas colinas, formadas de pisos graduados, están dominadas por un pico, cuya cabeza resplandece coronada de nieves. (Pl. XXI, n.º 2.) Los armenios señalan con orgullo este pico, como al verdadero Macis ó Ararat, primer refugio de la última familia humana, salvada del diluvio universal. En el retiro del santo, está construido el monasterio de Lusavoritch, que siempre ha llamado la atencion de los curiosos que le han visitado. La casa no tiene apariencia de convento, y solo puede llegarse á ella por una estrecha senda. La iglesia se parece á una granja, y sus tres modestos altares, es lo único que nos dá á conocer que este lugar sea un templo. Uno de estos altares, segun la tradicion, cubre la fosa donde el santo fué depositado por los ángeles, y de donde le sacó el anacoreta Arnug, advertido por una vision sobrenatural. Tambien asegura la tradicion, que la fuente de Parchamtchur, es decir, *de agua sabrosa*, que está á algunas toesas de la iglesia, tenia las aguas amargas, hasta que el santo las dulcificó bendiciéndolas. Una modesta obra de albañilería defiende este manantial, trasparente como el cristal mas puro, brotando en abundancia de un suelo pedregoso. La fuente de S. Gregorio, cuya claridad estrema admiró M. Bore, y cuyas aguas le parecieron sumamente frescas y deliciosas, merece ser distinguida entre todos los raudales que corren con profusion de las montañas de Armenia, y que todos tienen un sabor escelente, que la naturaleza ha rehusado á los de los territorios inmediatos. Por una cuesta rápida y resbaladiza se llega á la cueva, que fué asilo del patriarca, hecho anacoreta. A sus lados, hay una gruta estrecha, en la que encontró á Sta. Mané, moribunda, cuando vino á tomar posesion del lugar en que pasó tantos años entregado á la oracion, al silencio y á las maceraciones. ¡Qué morada, dice M. Bore, qué roca esta, en que los hielos del invierno no se derriten mas que por los fuegos de la canícula, y que forma como un asilo suspendido sobre un valle mudo y muerto, por una naturaleza trastornada como el caos! Ni un árbol existe allí, cuyo verde follage recuerde la vida; ni un torrente, cuyo eco modifique la perpétua uniformidad de los dias y de las noches. El águila, cuyo grito parece como una queja lanzada en estas soledades, es el único ser viviente, que se eleva sobre las alturas. El viagero, sentado en el lugar en que el anacoreta velaba y oraba, siente una

gota de agua helada que cae de la bóveda, y que segun la leyenda, es la lágrima, que la roca vierte constantemente, desde el dia en que S. Gregorio, fué arrebatado por los ángeles y depositado en la fosa de que ya hemos hablado. Esta gota, que se desprende de dia y de noche, á intervalos, mas exactos que las divisiones del tiempo en un reloj, no cae en un lugar fijo, y rehusa tocar al peregrino, que está sin pecado. La sencilla creencia de los armenios, demuestra así en una gota de agua, la prueba de los juicios de Dios. Tambien se enseña en el fondo del valle, un enorme pedazo de piedra, partida, segun se dice, por la espada de Tiridates, príncipe, cuya penitencia le ha elevado, en la iglesia armenia, al rango de los santos, y el cual vino á visitar al solitario, á quien debia su conversion, para consultarle sobre los destinos de su pueblo. S. Gregorio, segun la leyenda, tomó la espada, la misma que Tiridates recibió de Constantino el Grande, en premio de su valor, y dejándola suspendida en el aire, por el efecto milagroso del signo de la cruz, dijo al rey: «Vendrá una nacion valiente, esta nacion será la de los francos, y todo el mundo se reunirá á ella.» La alianza de los cruzados, con los reyes armenios de la Cilicia, inspiró sin duda, y pareció realizar esta profecía, á cuyo cumplimiento contribuiria la preponderancia de la Francia, tan deseada en el oriente.

En S. Gregorio empieza esa série de otros patriarcas, que sin interrupcion se suceden hasta nuestros dias. Consagrado el primero por S. Leon, obispo de Cesarea, el gefe, por consiguiente, de la iglesia armenia, habia quedado bajo la dependencia de aquella silla; pero el patriarca Sahag no quiso ir á Cesarea á recibir la investidura, y esta disposicion enojosa, rompia ya algunos de los lazos de la unidad, y hacia presagiar un rompimiento mas tenaz. La Armenia habia caido bajo el yugo de la Persia, y estaba agravada por las exacciones de los *merzbans* ó sátrapas. La impaciencia con que soportaba la tirania, dió á los reyes de Persia ocasion para sospechar, que los cristianos de este pais rechazaban á sus dominadores, no solo como á enemigos políticos de su nacion, sino como idólatras contrarios á su fé. Causa fué esta de la persecucion por aquellos suscitada, y de que corriera á torrentes la sangre de los mártires. La fidelidad inviolable, y la fé vigorosa de los armenios, brillaron en esta ocasion, saliendo de la lucha mas fuertemente adheridos á sus creencias. No era su enemigo mas peligroso la Persia, cuyos hierros habrian roto á la larga, sino el espíritu racionalista de los griegos, que descomponia su fé, hasta entonces tan pura. Nestorio, que, con la iglesia, reconocia dos naturalezas en Jesucristo, se habia separado de la *ortodoxia*, deduciendo, de la dualidad de las naturalezas, la dualidad de las personas; y Eutiques, adversario del nestorianismo, sosteniendo la unidad de personas, habia defendido la unidad de naturaleza; heregía mas sutil y peligrosa que la otra, porque pareciendo glorificar la divinidad de Jesucristo, producia la negacion de su humanidad. Los defensores de la unidad de naturaleza, fueron generalmente designados con el nombre griego de *monophysitas*. El concilio de Calcedonia, cuarto ecuménico, condenó la doctrina de Eutiques, en 451, y sus partidarios, reunidos á los de Dioscoro, se esparcieron en Asia, propalando que esta asamblea habia admitido la dualidad de las personas y renovado los errores de Nestorio. La nacion Armenia, mal dispuesta con los griegos, que habian intervenido en sus asuntos á mano armada, y cuya política suspicaz era tan detestable como la de los persas, acogió con avidez los falsos rumores esparcidos contra el concilio de Calcedonia y el papa Leon. El patriarca Abraham I, reunió en Tovin á los obispos de Armenia, en número de diez, y anatematizaron al concilio. Así fué como se impulsó á los armenios á un cisma, marcado por las alternativas de su adhesion y de su separacion de la unidad. Una nueva prueba del espíritu de individualismo de la iglesia armenia y de su alejamiento de cuanto pertenecia á la comunion de las demás iglesias, es que al reformar su

liturgia, quiso tener su era propia; pretension vituperable, puesto que todas las iglesias cristianas, tenian la de la venida de Jesucristo. El patriarca Moisés II, fijó la era armenia en el año 551, y este modo particular de contar, no produjo mas efecto que confusion y oscuridad en la cronología. Recordando que la lengua armenia, tuvo como la griega y la caldea, en la primitiva iglesia, el derecho de formular una liturgia propia, notaremos con M. Bore, que esta variedad ha engendrado y favorecido los cismas, las heregías y las vanas disputas filosóficas. Separadas del catolicismo, que adoptando por órgano especial la lengua latina, se ha asegurado la condicion filológica de la universalidad, estas comuniones disidentes parece continúan llevando la pena impuesta á los orgullosos constructores de la torre de Babel; pena que el progreso de la redencion en el mundo, debe disminuir, hasta que los hombres lleguen al estado dichoso de glorificar á Dios y á su iglesia, en una lengua única, espejo de la unidad de Dios y de esta iglesia santa. La tierra presentará la imágen de lo que será una de las primeras y de las mas dulces felicidades de los cielos, luego que la liturgia y dogmas católicos hayan triunfado de las liturgias y de los dogmas parciales profesados por las lenguas reducidas y variables de las sectas protestantes. Esta observacion nos conduce á reproducir otra de M. Bore. Las preocupaciones comunes al amor propio de cada nacion, que se vé impulsada, como el individuo, á creerse mas noble ó mas antigua, ó dotada de cualidades mas escelentes que el resto de la humanidad, han contribuido á hacer, que algunos sostengan que la familia armenia posee la lengua anti-diluviana. Hoy, que el estudio de los idiomas, procediendo por medio de síntesis y comparaciones, busca y se afana por encontrar el lazo que une á los diversos dialectos de las principales ramas de la especie humana, no es posible imaginar opiniones contrarias á la autoridad tradicional de los libros santos. El testimonio del *Génesis* nos obliga á creer, que la malicia progresiva de los hombres, determinó al Todopoderoso á separarlos poco tiempo despues del diluvio, confundiendo su lenguaje; es decir, sustituyendo á la unidad primitiva de la palabra, una variedad de sonidos y de fórmulas, correspondiente al número de los gefes de tribus, que existian en la sociedad. La providencia, en sus miras misericordiosas, quiso prevenir de esta manera los efectos de una corrupcion opuesta á su accion reparadora. Los trabajos recientes de la filología, así como los de las demás partes de la ciencia, tienen de admirable y satisfactorio para la fé, que en lugar de contradecir sus testimonios, los confirman, y estos trabajos demuestran, que la lengua armenia, aunque estampada con un sello particular, está abierta sobre el tallo de todas las demás, sin poder ocultar su orígen, aunque tiene, como todos los hijos de un mismo padre, una fisonomía y caractéres diferentes, sin poder desconocer su orígen comun. Lejos de enorgullecerse, de tener una lengua esclusivamente propia y estraña á la de las demás naciones, seria preciso lamentarse de ello, como si por este hecho se hubiera rechazado del seno de la humanidad, que la religion y la ciencia nos previenen creer, que aquella tuvo radicalmente una, semejante y homogénea. Lejos de hacer alarde de este triste privilegio, convendria confesar la insuficiencia de nuestras luces, y esperar á aquellas, que necesariamente debe procurarnos el progresivo desenvolvimiento de los conocimientos ethnográficos. Llegará un tiempo, en que los idiomas que parecen mas distantes, serán coordinados, y así como las razas, puestos en armonía con un tipo único y primitivo. Este bello descubrimiento, será el comentario de las palabras bíblicas que espresan una simple division, una simple mezcla en el lenguaje humano, en la época de la dispersion de los hombres.

Es muy de notar, que las tres sectas de armenios, nestorianos y jacobitas, den respectivamente á su patriarca el nombre impropio y contradictorio de *católico ó gefe universal*; como si no hubieran conservado del catolicismo mas que esta palabra, espresando por ella

el error que se le hizo perder. La veneracion de las reliquias fué siempre muy profunda entre los armenios, cuyo pais está cubierto de iglesias antiguas, que se honran de poseer los restos de los santos, que evangelizaron ó robustecieron su fé. Pero, como observa M. Bore, cuando el cisma alteró el dogma, la parte del culto, que se dirige á los santos, perdió esa rectitud admirable, que en la iglesia católica separa la *latría* de la *idolatría*; así es, por ejemplo, que el derecho mismo del primado se apoyó en la iglesia patriarcal de Echmiatzin por la posecion de las reliquias de S. Gregorio. Sis y Agthamar, que sucesivamente llegaron á sustraerlas, creyeron legitimar por este medio la usurpacion del poder espiritual. El brazo derecho de S. Gregorio, trasladado de Sis á Echmiatzin, y restituido despues, le habia devuelto el derecho de preeminencia, perdido momentáneamente por esta silla, cuando en 1113, y con motivo de haber vuelto á la unidad el patriarca Gregorio III, un monge cismático se llevó furtivamente dicha reliquia y se declaró patriarca de Agthamar.

El que lo era de Echmiatzin, empleó todos los medios imaginables para recuperar este depósito; pero cuando Agthmar fué desposeido de él, sus prelados hicieron valer, como derecho el patriarcado, la posesion de otras reliquias. El monasterio de Agathamar, residencia del pretendido patriarca, está situado en una pequeña isla del *mar de Van*, gran lago, azul y salado. El símbolo y la liturgia de esta iglesia, que ha hecho cisma del cisma, son exactamente los mismos que los de la iglesia de Echmiatzin.

«Las dos comuniones están separadas de la iglesia verdadera, dice M. Bore, porque rechazan el concilio de Calcedonia, y no es porque sostengan toda la doctrina de Eutiques, puesto que le anatematizan, como cómplice de Apolinario, en cuanto que niega que nuestro Señor Jesucristo es hombre como nosotros. Pero despues de admitir, que el Salvador es Dios y hombre perfecto, que ha sufrido segun la carne, y no segun la divinidad, no quieren sin embargo reconocer que haya dos naturalezas en su persona, participando así, del error de los sirios jacobitas, de los coftos y de todos los monosophitas. La unidad de naturaleza los conduce á decir, que no hay en Jesucristo mas que una sola voluntad y una sola operacion. Es muy digno de atencion, que el error, despues de haber puesto á una iglesia fuera del seno de la católica, agotára al momento en ella todos los orígenes de la fé y de la caridad; es decir, que en primer lugar, en vez de ser desenvuelta la doctrina por las luces de una enseñanza legítima, quedó inerte y como herida de esterilidad teológica; y en segundo lugar, que el foco de actividad, que siempre va dilatándose en el catolicismo y siempre reproduciéndose, bajo las mil invenciones del espíritu evangélico de sacrificio, está yerto por esta primera negacion; de suerte, que su fuego divino se retira, aun de aquellas instituciones en que ordinariamente se manifiesta. El culto armenio cismático nos servirá de ejemplo.

«El santo sacrificio de la misa, de que la iglesia católica es tan santamente pródiga, como del milagro mas grande de bondad celeste, y como el medio mas propio para la santificacion del hombre, se ha hecho raro, como una escepcion, y su celebracion llega á ser cada vez mas difícil. En primer lugar, es preciso separar los dias de ayuno, tan numerosos en el rito armenio, y en segundo, el hecho de que nunca se celebran dos misas en un dia y en la misma iglesia, y jamás sobre el mismo altar.

«El espíritu de los sacramentos está falseado en su aplicacion, y así el bautismo no se administra á los niños, sino al octavo dia despues de su nacimiento; y si muere en este intervalo, prefieren, para justificarse, negar implícitamente el pecado original, antes que confesar el defecto de su liturgia. La confirmacion se administra á los niños despues del bautismo, arrogándose el simple sacerdote la facultad de conferir este sacramento.

«La eucaristía se administra bajo ambas especies, y los fieles la reciben de pié delante de la sagrada mesa.

«El sacerdote no consagra mas que una sola hostia, que divide en tantas partes, cuantos son los comulgantes; así es, que el santísimo sacramento no está siempre presente en las iglesias. Aun debemos añadir, que ya sea por un espíritu de rigorismo insensato, ya por una indiferencia culpable, las comuniones son sumamente raras, no solo entre los simples fieles, sino aun entre los obispos y los vertabietos, que apenas celebran una vez al año. ¿Quién podria además concebir el esceso de orgullo de estos últimos? Un doctor creeria menoscabar su dignidad, si recibiera al Hijo del Eterno de manos de un sacerdote inferior, ó si se arrodillára á sus piés para ser absuelto.

«La estrema-uncion, administrada por algunos en estado de salud, así como durante la enfermedad, es enteramente suprimida por otros, como pudiendo favorecer la relajacion; porque ofrece al moribundo, segun ellos, un último medio de salud; ¡estraña interpretacion de la prevision misericordiosa de la Iglesia, que nos favorece con sus gracias hasta en los brazos de la muerte!

«El sacramento del órden es el que mas conserva sn integridad primitiva, y como esta iglesia recibió sus ceremonias de S. Gregorio, su rito es casi igual al de la iglesia romana. Una diferencia esencial distingue al sacerdocio armenio; tal es la facultad conferida, y aun el deber impuesto al simple sacerdote, para contraer matrimonio. Todos los *derders*, que forman la clase de los ecónomos, que equivalen entre nosotros á la de vicarios y curas, tienen sus *eretsgnin*, tal es el nombre dado á la esposa del sacerdote. El matrimonio obliga al pobre derders á trabajar con sus manos para atender á la subsistencia de su familia; y efectivamente, despues de haber rezado sus preces al amanecer, vá á arar ó á apacentar sus ganados, cuando no está ocupado en otras faenas domésticas, hasta la hora de vísperas, que reza al ponerse el sol, y que compone la segunda parte obligatoria de su breviario. Carece de tiempo y de medios para estudiar, y parece resignarse á la necesidad humillante de su ignorancia, abandonando la lectura y la instruccion á los vertabietos, que viven en el celibato, así como á los demás eclesiásticos superiores, quienes tratan á estos sacerdotes inferiores con tal desden, que jamás les permiten, ni aun sentarse en su presencia.

«El matrimonio está sometido á impedimentos mas severos que en ninguna otra parte; pero cuando las reclamaciones dirigidas al patriarca van acompañadas de algunos dones, se encuentran medios para legitimar hasta el divorcio.

«Los armenios son llamados los grandes ayunadores del oriente, y son muy acreedores á este nombre, porque, durante los dos tercios del año, observan una abstinencia rigurosa, que les prohibe el uso de la vianda, del pescado, del aceite y del vino. Este espíritu de mortificacion, en sí verdaderamente laudable, degenera en un orgullo farisáico, en virtud del cual, acusan de relajacion á la iglesia romana. Fácil es conocer, que la intencion de S. Gregorio el iluminador, al instituir estos ayunos, era santificar por la religion, las privaciones que la naturaleza hace necesarias. El pan, la leche, y la carne de las ovejas, son los únicos alimentos posibles en el pais, y todo lo demás es lujo. Las frutas y la uva no maduran mas que en cuatro ó cinco lugares privilegiados. El pescado que se coje con mas abundancia en el lago de Van, y solo en dos meses del año, se reduce á dos únicas especies. La abstinencia de la carne es ya tan corta privacion para los armenios, que la mayoría del pueblo no la come ni aun en los dias en que está permitida. La vida sedentaria de las mugeres, continuamente encerradas y sentadas, y la indolencia de los hombres, esplican esta posibilidad de grandes abstinencias. En cuanto al aceite, es tan raro en el pais, que el patriarca y los obispos se ven obligados á usar el de sésamo ó alegria (1), y aun de la

(1) Planta ánua de un pié de altura, con los tallos y hojas ve-

manteca, para las unciones de la liturgia.»

Entre las comuniones disidentes del oriente, no se acostumbra formar el signo de la cruz como en la iglesia católica. Los armenios le hacen arbitrariamente, y de la misma manera que los griegos. Los jacobitas se persignan con un solo dedo, de izquierda á derecha, espresando así, segun dicen, su fé en la unidad de la naturaleza del Salvador, y en la traslacion de la gracia, pasando del lado izquierdo, que es el del pecado, al lado derecho, que figura el perdon. Los nestorianos, por el contrario, se persignan con dos dedos, de derecha á izquierda, símbolo de la dualidad de la naturaleza y de la aparicion de la fé, partiendo de la derecha ó del buen principio, victorioso de la izquierda, ó del mal principio. Los disidentes gustan mucho de este género de interpretaciones, y las aceptan como un artículo de fé. Dicen tambien, que si no puede celebrarse el santo sacrificio de la misa, mas que una vez cada dia en un mismo altar, es porque este altar, representa el sepulcro en que fué depositado el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo una sola vez despues de su muerte.

M. Bore, dispensa á los armenios ciertos elogios, asegurando, que entre todas las sectas del oriente, son los que mas cuidado ponen en la conservacion de la casa del Señor; aunque se hallen reducidos á la última pobreza, el altar está siempre ricamente adornado, lo cual prueba un espíritu nacional, íntimamente religioso. El pueblo no participa de las preocupaciones ni de los ódios de sus gefes espirituales, y no necesita mas que ser instruido para abjurar sus errores.

Despues de haber indicado las revoluciones religiosas de Armenia, bastarán pocas palabras para apreciar las vicisitudes de su fortuna política. Al pié del monte Ararat, que levanta su cabeza consagrada por las tradiciones primitivas, corre el Araxe, y no lejos de él, existen seis ciudades, decoradas con el título de capitales, que atestiguan la instabilidad de los armenios. (Pl. XVIII, n.º 1.)

El monte Ararat es tan célebre, que creemos deber transcribir lo que sobre él dicen las *Cartas edificantes*. «Los armenios le tienen en tanta veneracion, que al punto que le ven se prosternan y besan la tierra. Dan á esta montaña el nombre de *Mesesnat*, es decir, *montaña del arca*. Su cima está dividida en dos puntas, siempre cubiertas de nieve, y casi siempre rodeadas de nubes y de nieblas, que la ocultan á la vista. Al pié de la montaña, hay arenas movedizas, con algunas yerbas que sirven para pasto de los ganados, y en la parte superior, tiene rocas negras, amontonadas unas sobre otras, en que se crian tigres y cornejas, y donde no se puede llegar, sino con mucha dificultad, á causa de la gran pendiente, abundancia de arena y falta de agua. Cuando los rayos del sol iluminan la doble cima del monte Ararat, su aspecto imponente aparece con toda su magestad. El viagero fija su mirada respetuosa sobre sus hielos resplandecientes, y se dice á sí mismo, que independientemente de la autoridad de las sagradas letras, los pueblos han debido naturalmente ser movidos á colocar en este monte alguna gran escena de la humanidad, á causa de su forma única, de su aspecto severo y religioso, y sobre todo, á causa de su altura, superior á la del monte Blanco.»

Entre las ciudades tituladas capitales de la Armenia, es preciso nombrar en primer lugar á Armavir, la Armorica de Ptolomeo, y que fué corte de los soberanos hasta el siglo primero de la era cristiana. Situada en el estrecho de Archarnni, hácia la embocadura del Khasag, está á la sombra de aquellos árboles sagrados, á cuyas hojas movidas con los vientos, se consultaban los misterios de la adivinacion.

Erovantachad, situada frente la embocadura de Akurean y Vagharchabad, consagrada por el paganismo á la diosa Diana, se disputan tambien el honor de la residencia real, y los reyes habitaron la última hasta el siglo IV de nuestra era. Cerca de Erovantachad, habia

llosos y la flor blanca, y que produce una cajilla, dentro de la cual se contienen cuatro semillas ovaladas, que se usan para condimento y en algunas partes para sacar aceite.



un canton llamado *Pakrevant*, es decir, pais de los ídolos, á cuyo lugar se habian trasladado las estátuas de los dioses venerados en Armavir; y Erovaz, hermano del rey Erovant, era el gran sacerdote. Tambien tenia el magismo sus altares, y el rey de Persia, Ardachir, restaurador del culto de Zoroastro, habia mandado, que se conservara un fuego perpétuo; este fuego fué estinguido por el agua bautismal, que S. Gregorio, el iluminador, derramó sobre la cabeza de los habitantes, y el templo llegó á ser una iglesia, dedicada á S. Juan Bautista. En la confluencia del Araxe y del Mazamor, estaba el antiguo Ardachad, otro foco del magismo. En la época de la dispersion de las tribus, que tomaron la direccion de la Parthyene y de la Media, se fijó allí una colonia israelita, y los ejércitos del rey sasanidés, Chapur II, la saquearon, y destruyeron nuevecientas casas judías. Despues de la llegada de la poderosa familia de los Pagratidas, los privilegios políticos que se concedian á los júdios, atrajeron á la Armenia muchas emigraciones de este pueblo. Ocho mil casas de israelitas pueblan aun á Zarehuan, ciudad vecina al canton de Pakrevant. De Nagar-Chavad, los reyes fueron á Tovin, al norte de Ardachat, sobre el Mazamor. Esta ciudad fué la residencia de los últimos Arsacidas, y de los Merzvans, ó *guardas de la frontera*, bajo la soberanía de la Persia, así como de los gobernadores, propuestos por los califas de Bagdad y de Damasco. Los emires musulmanes la destruyeron, al mismo tiempo que á Ani, ciudad situada sobre el Arpatchai, y cuyas ruinas ha visitado últimamente Mr. Ker-Porter. Al norte y al este, está Ani, rodeada por una doble fila de elevadas torres y murallas. La superficie del terreno, no presenta mas que capiteles rotos, columnas y frisos de un trabajo esquisito, conservando aun algunos restos de la antigua magnificencia, muchas iglesias y otras partes de la ciudad.

A la estremidad occidental, está el palacio de los antiguos reyes de Armenia, magníficamente decorado en su interior y esterior, sin que pueda darse una idea exacta de la variedad y riqueza de las esculturas que se encuentran por todas partes, ni de los adornos en mosáico de su pavimento, y de sus innumerables salones. La solidez de la construccion corresponde á la escelencia del trabajo de los edificios de Ani.

Al norte de Ararat, es decir, de esta provincia, que se estiende en círculo hasta el interior de la monarquía armenia, y hácia las montañas que se unen á la cadena de Tcheldir (*montes caldeos* de los antiguos geógrafos), está Kars, sinónimo de puerto. Esta plaza, es efectivamente el lugar de entrada y de salida de los que se dirigen hácia los reinos de Armenia y de Georgia.

Para completar esta lista de capitales, se podrian aun añadir los nombres de Van, de Khelad, de Amid, de Miafarekin y de Sis, en Cilicia. Van, sobre el lago de este nombre, ocupa un lugar distinguido en la antigüedad, porque Semíramis, despues de haber unido la Armenia á sus conquistas, quiso fundar en ella su residencia imperial, y ejecutó trabajos dignos de una reina de Asiria. Moisés de Khorene habla de una montaña artificial, situada al norte de la actual poblacion, y sobre la cual estaba edificado el palacio. M. Schulz visitó este pais en 1827, y encontró la colina, formada de enormes pedazos de roca, en direccion de este al oeste, y en cuyo interior hay inmensas cavernas y habitaciones abovedadas, en que Semíramis pasaba el estío. No es raro encontrar bajo estas bóvedas fragmentos de estátuas y monumentos antiguos; pero escitan mayor interés las inscripciones que cubren la entrada y costados de la montaña. La única de estas inscripciones cuneiformes que se ha podido leer, contiene el nombre de Xerces, hijo de Darío; de donde resulta, que los reyes de Persia, posteriores á Ciro, adoptaron el gusto de los antiguos monarcas de la Asiria para la residencia de Van. (Pl. XVIII, n.º 2.)

La enumeracion de estas capitales, nos suministra la indicacion completa de las alteraciones del poder vacilante del Asia.

La historia de Armenia, prueba además, que la posicion geográfica de los pueblos, influye directamente en sus destinos. Este reino, aislado, en medio de las naciones que han constituido sucesivamente las grandes monarquías del Asia, no ha tenido jamás bastante fuerza ni union social suficientemente compacta, para libertarse de la tutela ó del yugo de sus vecinos; ha sido perpétuamente un campo abierto á la ambicion, y como la via pública, que han hollado todos los triunfadores del oriente, dice M. Bore. Los babilonios han grabado en caractéres indelebles, sobre la roca de la fortaleza de Van, el recuerdo de su conquista; y despues de ellos, vinieron los medos y los persas, de quienes, los curdos, recibieron las provincias meridionales, como una herencia de sus antepasados. Alejandro el Grande, envió á uno de sus generales para que fuera á someter la Armenia; los romanos enviaron sus cónsules, y los griegos de Bizancio, la sugetaron en diversas ocasiones. Separándose de la iglesia romana, y de la iglesia griega ortodoxa, se privó, no solamente de la civilizacion de Roma y Constantinopla, sino de la proteccion que hubiera podido alcanzar contra el poder invasor de los árabes. El mahometismo tenia una alta mision que cumplir, y debia dar una correccion sangrienta y ejemplar á los pueblos de oriente, primeros depositarios de la fé cristiana, á la que hicieron traicion de la manera mas deplorable, por efecto de las disputas teológicas, inspiradas únicamente por una vanidad pueril, que rechazaba la supremacía de la santa sede. Las provincias de Siria, y el reino de Armenia, separadas de la unidad católica, esperimentaron tambien las primeras invasiones del islamismo, ejemplo que siguieron los griegos, y que despues se vieron obligados á sufrir su yugo. Dios sacó de los desiertos de la Arabia, y despues, de las llanuras del Asia septentrional, pueblos bárbaros á quienes entregó los prevaricadores, como abandonó en otro tiempo á los israelitas que le habian olvidado, á la espada de los filisteos y de los monarcas de Babilonia. Tal ha sido, bajo el aspecto religioso y político, el reino, en que los franciscanos y dominicos ejercieron su celo, afanándose por atraerle á la santa sede, con el mismo ardor que empleaban para la conversion de los infieles. Los dominicos habian hecho ya muchas conquistas sobre el cisma, cuando el rey Hetun I, se dirigió, en 1275, al capítulo general de la órden, para alcanzar que se enviase á otros misioneros encargados de sostener y reanimar la fé católica en sus estados, demanda á que accedió el capítulo, disponiendo el establecimiento de una casa de dominicos en Armenia.

El año 1289, encargó Nicolás IV, al franciscano Juan de Montecorvino, cartas para Hetun II, á quien daba gracias por la acogida favorable dispensada á los franciscanos; escribiendo al mismo tiempo á una hermana del príncipe, llamada Maria, recomendándola los religiosos destinados para ser instrumentos de una union tan deseada. Habiendo pedido el rey de Armenia, al general de los franciscanos, que enviase nuevos misioneros á sus estados, marcharon los PP. Raimundo, Tomás de Tolentino, Pedro de Macerata, Angel de Cingoli, Marcos de Montelupone, y un tal Pedro, á todos los cuales dispensó Hetun II, las mayores demostraciones de veneracion. Tanta fué la confianza que les otorgó, que cuando solicitó recursos, contra los musulmanes, de Nicolás IV, y de los reyes de Francia y de Inglaterra, acreditó, en calidad de embajadores, á Tomás de Tolentino, y á Marcos de Montelupone. Su afecto hácia la órden de S. Francisco, se manifestó mucho mas, cuando, despues de la abdicacion de Hetun I, para hacerse despues premostatense, en cuya órden entró luego otro príncipe Hetun, llamado el historiador, su sucesor, vistió el hábito de esa seráfica religion.

CAPÍTULO VIII.

Continuacion de las misiones de Africa y de Asia. — Ereccion de la metrópoli de Kan-Balikh (Pekin).

Nicolás IV, era el mismo Gerónimo de As-

coli; nuncio en otro tiempo en oriente, y que en el segundo concilio general de Leon, fué introductor de los embajadores de Abaka. El jóven Conrado, su hermano, dotado del don de profecía, se prosternaba algunas veces delante de Gerónimo, siendo aun niño, honrando así las llaves del cielo, que veia de antemano depositadas en sus manos. Conrado de Ascoli entró tambien en la órden de S. Francisco, y llegó á ser un gran misionero. Habiendo obtenido de Gerónimo, entonces vicario general de la órden, permiso para ir al Africa, se adelantó hasta el interior, al mediodía de la Berbería, y recorrió diferentes territorios del centro. Por su dulzura, por sus virtudes, y por sus milagros, se atrajo las simpatías de los infieles, y ganó muchos millares de almas para Jesucristo. Su vida era muy austera, pues cubierto de un pobre vestido, andaba con los piés desnudos; no se alimentaba mas que de pan y agua: ayunaba cada ocho dias, y meditaba sin cesar en la pasion del Salvador. Vuelto á Europa, por disposicion de sus superiores, profesó teología en Paris. Nicolás IV, queria honrar la púrpura haciendo entrar al B. Conrado en el sacro colegio, al mismo tiempo que este antiguo apóstol del Africa interior, moria en Ascoli, el 29 de abril de 1289. Pio IV autorizó el culto de este santo misionero.

La mision de Marruecos, fundada por los franciscanos, llamaba la atencion del papa, que habia salido de esta órden. En 1289, puso fin á la vacante de la iglesia, que habian gobernado Fr. Agneau y Fr. Lope, dándoles por sucesor á Fr. Rodrigo, á peticion de los cristianos del pais, y de los reyes de Castilla y Portugal. Este nuevo obispo de Marruecos, á quien Nicolás IV concedió muchos privilegios, fué tambien nombrado legado apostólico de toda el Africa.

El celo de las órdenes religiosas, consagradas á la redencion de cautivos, se ejercia sin cesar en la costa de Berbería; y en la imposibilidad de recordar todos los héroes de la caridad, hablaremos únicamente de S. Pedro Armengol. Descendiente de los condes de Urgel, familia célebre en Cataluña, pasó su juventud en la disipacion; pero Dios movió su corazon, y entró en 1258, en la órden de la Merced, donde hizo una penitencia tan rigurosa, que sus superiores le enviaron á la redencion acompañado de otros religiosos. Luego que llegó á Granada, se sintió vivamente conmovido, á vista de la miseria de los esclavos, y con tal entusiasmo se consagró á aliviarlos, que edificó á los mismos musulmanes. Sus superiores, informados de su ardiente celo, le enviaron á Argel, donde rescató 346 cautivos; y de Argel, pasó á Bujía, donde rescató tambien á 119, así como á muchos religiosos, que estaban en rehenes. En el momento de embarcarse, se enganchó por 18 niños, que sus amos iban á sacrificar á su brutalidad, y prometió 1,000 ducados por la libertad de estos desgraciados, á quienes envió á Cataluña. Durante su permanencia en Bujía, no solo consoló á los cautivos, sino que convirtió y bautizó á muchos mahometanos, conversiones que provocaron el ódio de los musulmanes, y que le acusasen ante el cadí, quien le mandó prender. Viendo los que le habian entregado los 18 niños, que habia espirado el plazo señalado para su rescate, le persiguieron con tanto furor, que habiéndole denunciado como á un espía, hicieron fuese condenado á morir ahorcado. La sentencia se ejecutó con la misma precipitacion con que habia sido pronunciada, y el verdugo le dejó suspenso de la horca, creyéndole muerto. Seis dias despues de esta cruel ejecucion, llegó con los 1,000 ducados el P. Florentin, compañero del santo.

Al recibir el dinero, le ocultaron su muerte; pero luego que tuvo noticia de ella, solicitó con vivo interés permiso para retirar el cuerpo de la horca y enterrarle. Así se le concedió, pero en vez de encontrar un cadáver, halló un mártir todavía vivo, el cual le dijo, que Dios, por intercesion de la santísima Virgen, no habia permitido que el cordel le estrangulase. Muchos mahometanos, que

acompañaban al P. Florentin, se convirtieron á vista de este milagro. En la ciudad de Bujía, todos querian ver al santo, y algunos musulmanes, fueron en secreto á pedir les administrára el bautismo. Aquel acto de crueldad, obligó al P. Florentin á reclamar los 1,000 ducados de las personas que los habian recibido; y el divan, á título de reparacion, compró con este dinero, veinte y seis esclavos, que S. Pedro Armengol condujo á Barcelona. Para acreditar el milagro, permitió Dios, que durante el resto de su vida, tuviese el cuello torcido, y el semblante pálido. En los diez años que vivió despues, no cesó de dar gracias á Dios y á la santísima Virgen, redoblando sus austeridades para aumentar el mérito del martirio que habia sufrido en Africa. Predijo su muerte cinco dias antes; espiró el 27 de abril de 1304, é Inocencio XI, permitió á la órden de la Merced, el culto del santo (1). Los cristianos estaban aun en posesion de la Palestina, cuando el dominico Brocardo, fué enviado á Tierra santa en 1232, pudiendo penetrar en lugares donde antes era imposible hacerlo. Este religioso, ha dividido su relacion en muchos viages particulares, siendo la ciudad de Acre, el punto comun de su partida. Fija su atencion sobre todos los objetos que pueden escitar la curiosidad del viagero; los vé bien, los observa con sagacidad, los describe con exactitud, y lo que dice de muchos vegetales, estraños á los territorios frios de Europa, es tan claro y tan preciso, que se les reconoce sin trabajo, aunque no esprese sus nombres. Su relacion fué impresa por primera vez, en una especie de historia universal, traducida en francés gótico, con el título de *Mar de las historias*, á la que se ha unido una carta de la Tierra santa, grabada en madera, quizá la mas antigua que se conoce.

La ciudad de Acre, punto de partida de sus viages, cayó en 4 de mayo de 1291, en poder de Melik-Aschraf, sultan de los mamelucos de Egipto, que con esta conquista, dió un golpe mortal á la dominacion cristiana en Palestina. Muchos dominicos y franciscanos fueron sacrificados, desempeñando las funciones de su ministerio, en medio de los muertos y de los moribundos. San Juan de Acre, vió el sacrificio de las vírgenes de Antioquía, renovado en sus muros, bajo la inspiracion especial del Espíritu Santo. Habia en esta ciudad un monasterio de religiosas de Sta. Clara, y la superiora, al saber que los musulmanes estaban ya en la plaza, temió menos por su vida, que por su castidad y la de sus hermanas, á todas las cuales reunió en capítulo, diciéndolas: «Este es el momento en que vamos á presentarnos á nuestro esposo, y agradable le será el sacrificio que le hagamos de nuestra vida si morimos puras en el alma y en el cuerpo; haced, pues, lo que me veais hacer.» Al acabar estas palabras, se cortó la nariz; su rostro se llenó de sangre, y las demás siguieron su ejemplo, desfigurándose de diversas maneras. Cuando los mahometanos penetraron con espada en mano en el monasterio, no pudieron menos de asombrarse; pero la ira sucedió á su admiracion, y sacrificaron á todas estas víctimas voluntarias. «Así fué, dice el P. Touron, como estas vírgenes sabias conservaron la castidad, por una accion, que célebres autores llaman ilustre, porque suponen fué inspirada por el Espíritu santo.» El dominico Nicolás de Hanaps, de la diócesis de Reims, patriarca de Jerusalen, legado apostólico en Chipre, Siria y Armenia, y que gobernaba al mismo tiempo la iglesia de San Juan de Acre, no cesó de exhortar á los sitiados á que defendieran la ciudad, mientras que hubo alguna esperanza de victoria, y espuso su persona cuando fué tomada la plaza, con el fin de facilitar la fuga á una parte de la poblacion; siendo preciso llevarle, como por fuerza, á una lancha para entrar en la galera que estaba próxima. Muchos cristianos se precipitaban en el mar, y nadando, se dirigian hácia su embarcacion, y él los alargaba sus manos,

(1) San Pedro Armengol nació en Cataluña, en el lugar de la Guardia de los Prados. Una pequeña diferencia encontramos entre lo referido por el autor francés y lo que dicen las crónicas del santo, pues segun estas, no se llamaba Florentino, sino Gullermo, el que lo descolgó del árbol, y no de la horca.

recibiendo con bondad á todos cuantos se presentaban ; pero su número era escesivo , y el bote se sumergió en el fondo. Así murió, en el ejercicio de la caridad, el último patriarca latino de Jerusalen, residente en el pais, porque no han tenido mas que el título los que despues han sido nombrados por los papas.

Raoul de Granville, francés, como Nicolás de Hanaps, gefe de los misioneros dominicos, y provincial de Tierra santa, habia animado el valor de sus hermanos hasta la toma de San Juan de Acre. La predicacion del evangelio fué desde esta época mirada por los musulmanes, con mas ódio que nunca, y los misioneros esperimentaron la crueldad de los bárbaros de muchas maneras. Desde el momento que cogian alguno, le degollaban sin piedad ; y si dilataban el suplicio, era para hacerle mas prolongado y penoso. Raoul de Granville volvió á Italia, ya para informar á sus superiores del triste estado de las religion en Palestina, ya para dar lugar á que se mitigase un poco la persecucion y el furor de los infieles, en aquellos momentos tan poco favorables para escuchar la palabra de salvacion.

El mismo dia de la toma de San Juan de Acre, el capítulo de dominicos, celebrado en Palencia, en España, recibió de Sancho el IV, rey de Castilla, nuevos medios para la propagacion de la fé. La esperiencia habia hecho conocer, que para trabajar con éxito en la conversion de los judíos, y de los mahometanos, que tanto abundaban en España, era necesario saber el hebreo y el árabe. Sancho escitó al capítulo, para que aceptára la fundacion de tres nuevos conventos que se encargaba de establecer ; pero con la condicion, de que, en el de Játiva, en el reino de Valencia, se enseñáran siempre las lenguas orientales. El capítulo general de la misma órden, celebrado en Metz, en 1298, encargó á los provinciales exhortaran á los religiosos á marchar entre los infieles para anunciarles á Jesucristo, y que entregaran á los que quisieran consagrarse á este ministerio, cartas patentes, remitiendo la nota respectiva al vicario general. Una multitud de dominicos pidieron estas cartas patentes á sus provinciales, tan pronto como de ello tuvieron noticia ; pero los superiores, limitándose á escoger los sugetos mas á propósito para las misiones, los diseminaron en los paises idólatras del nord-este de Europa, y de los infieles de ultramar. Estos celosos misioneros, no ambicionaban otra suerte que la de Andrés de Perouse, á quien, en el año de 1300, cortaron la cabeza, despues de haber hecho muchas conversiones. Los rayos luminosos que resplandecieron sobre el cuerpo de este mártir, prueban cuán preciosa habia sido á los ojos de Dios, la muerte de este valiente atleta de Jesucristo. El capítulo celebrado en Tolosa, en el año de 1304, concedió á todos los religiosos destinados á evangelizar los infieles, la facultad de tomar por compañeros, en el ejercicio de este ministerio apostólico, á los dominicos que voluntariamente quisieran asociárseles, á escepcion de los de las provincias de Grecia y Tierra santa, cuya presencia era tan necesaria en estos paises, para el fomento de los intereses católicos. Gran número de dominicos se consagraron, en virtud de esta disposicion, á ejercer el apostolado en las naciones que no conocian al verdadero Dios.

Benedicto XI, de la órden de predicadores, elevado á la santa sede, el 22 de octubre de 1303, llamó de oriente al dominico Ricold de Montecroix, por cuyo medio queria instruirse de ciertas cosas relativas á la fé de los pueblos, á quienes este misionero habia anunciado el evangelio. Los escritos de este santo y sabio religioso, han servido para formar la historia de su vida. Nacido en Florencia, pasó los primeros años en el estado eclesiástico antes de recibir el hábito en el convento de dominicos de Sta. Maria la Nueva. En uno y otro estado emprendió largos y penosos viages por motivos diferentes; primero, con el único deseo de conocer á los sabios de su tiempo y de aprovecharse de sus luces, y consagrado despues en el retiro del claustro, á la meditacion de las santas escrituras, se sintió abrasado

del celo mas puro, y no pensó en hacer valer sus talentos, mas que para gloria de Dios y la salvacion de sus hermanos. «Cuando empecé, dice en su *Itinerario*, á reflexionar sériamente en la bondad infinita de Dios, que por un esceso de su amor se dignó hacerse semejante á nosotros, y aparecer sobre la tierra para enseñar á los hombres el camino del cielo, y acordándome que yo habia sufrido con gusto las mayores fatigas, ya para satisfacer mi curiosidad, ya para aprender lo que es permitido ignorar, concebí un grandísimo deseo de consagrar mis fuerzas y el resto de mis dias al servicio de Jesucristo, por medio de la predicacion del evangelio. El mandato de mis superiores, favorecia este designio, y ya no dudé de la voluntad de Dios. Despues de haber recibido la obediencia de nuestro P. General, con las instrucciones y las bendiciones del papa, partí para el oriente, y me dirigí á San Juan de Acre.» La descripcion que hace Ricold de los santos Lugares, y del estado en que entonces se encontraba Jerusalen, Belen, Nazaret, etc., es una prueba de que se detuvo algun tiempo en la Palestina, donde quiso empezar su mision. En seguida, se internó mas entre los infieles, y despues de muchos peligros y fatigas, llegó á Bagdad, sobre el Tigris, á una jornada de la antigua Babilonia. Los musulmanes tenian en esta ciudad una escuela célebre, y el misionero se detuvo para aprender el árabe, de que se sirvió para refutar el Alcorán, y para predicar el evangelio á sus ciegos partidarios. No solamente disputó con los doctores musulmanes, sino que acometió la empresa de traducir su ley, con el fin de dar á conocer mejor sus errores á los predicadores de la fé, que no entendian el árabe; pero disgustado de tantas estravagancias, no concluyó esta traduccion; y en lugar de una simple version de la última parte del Alcorán, escribió unas reflexiones ó comentarios sobre este libro, que dirigió despues en forma de cartas á las iglesias cristianas. Ricold compuso otras muchas obras, además de esta *Defensa de la fé católica, contra las impiedades de los sarracenos y las mentiras del Alcorán*. La primera obra titulada: *Generosa confesion de la fé cristiana, hecha en presencia de los sarracenos*, está llena del espíritu apostólico. La segunda, esplica y refuta, al mismo tiempo, la doctrina de los judíos, de los mahometanos y de los idólatras, haciendo notar los errores característicos de estas diferentes sectas: Ricold la dirigió á todos los pueblos orientales. Las continuas predicaciones del misionero, entre los enemigos de la cruz, sus disputas con los doctores musulmanes, y los escritos que compuso en oriente, fueron causa de las persecuciones que suscitaron contra él los cismáticos, los judíos, los mahometanos y los idólatras. Pero la divina providencia multiplicó en su favor los milagros de la proteccion, y su ministerio, útil para muchos, no le proporcionó la gloria del martirio. El celo de la salvacion de las almas, y la obediencia que debia á sus superiores, le habian empeñado en una larga y penosa mision, y estos mismos motivos le hicieron volver á Europa, despues de veinte y cinco ó treinta años de trabajos. Estando ya en su patria, y bajo el pontificado de Benedicto XI, escribió en latin su *Itinerario*, que es su última obra, y la emprendió en favor de aquellos que la providencia condujera á los paises que él habia recorrido, para llevar la luz del evangelio, á fin de que, instruidos préviamente de todo lo que debian saber, pudiesen combatir con mas facilidad el error, y predicar con fruto las verdades del cristianismo. Contiene esta obra una descripcion de todas las comarcas del oriente, de sus leyes, costumbres, opiniones, dogmas, heregías, y sectas de sus diversas naciones, en el siglo XIII; en una palabra, todo lo que era digno de notarse en su religion, en su organizacion y en su vida social. Este libro, tan á propósito para ilustrar la geografía de la edad media, fué traducido al francés, á mediados del siglo XIV, por Juan de Ipres, monge de S. Bertin. Ricold, despues de haber edificado á sus hermanos por espacio de muchos años, murió en el Señor el 31 de octubre de 1309.

Benedicto XI, desde el principio de su corto pontificado, envió algunos dominicos á Persia, para que reconocieran el estado religioso y moral de este pais, así como los sentimientos de los obispos que se encontraban en él, con respecto á la santa sede. No tardó el sumo pontífice en recibir diputados de Jaballaha, patriarca de los nestorianos, los cuales le presentaron una profesion de fé ortodoxa, reconociendo el primado de la silla apostólica, y solicitando la comunion por la iglesia romana. El patriarca hablaba en nombre suyo, y en el de su clero, disposiciones por desgracia demasiado variables entre los orientales.

Tambien vinieron embajadores tártaros cerca de Benedicto XI. El poder de los francos en Siria se habia eclipsado, pero podian las nuevas cruzadas restaurarle en un instante. Para conseguirlo, apelaron á la súplica los tártaros, que en otro tiempo empleaban el lenguaje de la injuria y de la amenaza, y uniendo ahora sus exhortaciones á las de los georgianos, armenios, griegos y cruzados refugiados en Chipre, procuraban encender en Italia, en España, en Inglaterra y en Francia, el fuego de las guerras santas. Es una circunstancia tan singular, como poco notada hasta ahora, que las instancias para empeñar á los reyes cristianos á emprender el rescate del santo sepulcro, surgian de las cortes de los reyes idólatras. Cuando Clemente V predicó la gran cruzada, que debia poner la Palestina en manos de los francos, vió en Poitiers enviados mongoles, que le dieron noticia de la paz general, ajustada entre todos los príncipes de la Tartaria, desde la gran muralla de la China, hasta las fronteras del pais de los francos. Esta paz, permitia al rey de Persia, en 1305, poner á disposicion de Felipe el Hermoso, para una espedicion de Siria, 200,000 caballos, 200,000 cargas de trigo y 100,000 ginetes tártaros, que ofrecia conducir en persona. Los archivos del reino poseen aun la carta en que se contenian estas proposiciones, que es un rollo de 18 pulgadas de alto por 9 de ancho, escrito en lengua mongola. La diplomacia oriental, dice Abel de Remusat, tiene sus reglas de conveniencia y de minuciosa etiqueta, sin que puedan dejar de parecernos estrañas. Los asiáticos dan mucha importancia á la longitud, latitud, y al grueso del papel, al grandor de los márgenes, y á la anchura y disposicion de las líneas. Todo esto está en proporcion, y puede decirse en razon compuesta, de la dignidad del príncipe que escribe y de aquel á quien se escribe, y mucho mas aun frecuentemente, en razon de la necesidad que el primero tiene del segundo, y de los servicios que de él se promete conseguir. Las primeras misivas de los tártaros, eran simples billetes para intimar al papa, al rey de Francia y al emperador, á que sin dilacion le rindieran en tributo las rentas de sus estados. La forma de estas orgullosas comunicaciones correspondia á su contenido; pero la carta dirigida á Felipe el Hermoso, era tan honrosa, cuanto podia desearse. Un rollo de 9 piés de longitud, era el mas glorioso testimonio de consideracion que un rey de los francos podia esperar de un soberano mongol.

Un suceso mucho mas memorable debe principalmente formar época en los anales de la historia de las misiones de la China. Queremos hablar de la ereccion de una silla arzobispal en el centro mismo de la dominacion de los tártaros, medida preparada por los trabajos apostólicos del franciscano Juan de Montecorvino.

Este misionero, á quien Nicolás IV habia dado cartas para el rey de Armenia, era uno de los apóstoles, que la órden de S. Francisco tenia en oriente hacia ya muchos años. Luego que el papa supo por él las disposiciones favorables, no solo de los armenios, con respecto á la unidad católica, sino de los diversos príncipes mongoles, con respecto al cristianismo, no vaciló en enviarle cerca del emperador Kublay, gefe supremo de los tártaros, y á quien los embajadores de Argun habian presentado como dispuesto á recibir misioneros. Le dió cartas para el khagan y para el rey mongol de Persia; para Denis, que era obispo de Tauris;

para un tal Pisano, llamado Joló, cuya activa cooperacion secundaba en oriente el celo de los apóstoles de la fé; para los gefes de los nestorianos, y para los reyes de la India. Revestido con el título de legado y nuncio de la santa sede, partió Juan de Montecorvino para Persia, á fin de entregar al rey Argun la carta del soberano pontífice. Despues de haberse detenido algun tiempo en la residencia real de Tauris, salió de esta ciudad, en 1291, para pasar á la India; por espacio de trece meses estuvo en compañía del mercader Pedro de Lucalongo, y del dominico Nicolás de Pistoya, el cual murió en Meliapur, habiendo sido enterrado en una iglesia de Santo Tomás. Juan de Montecorvino bautizó allí á una centena de personas, é internándose mas en el oriente, con el compañero que le quedaba, vino á Catay ó China septentrional, y entregó al emperador mongol la carta del papa, en que le escitaba á abrazar el cristianismo. Conviene recordar, que á ejemplo de los reyes antiguos de la China, y de muchos príncipes tártaros y emperadores chinos de la dinastía de los Tang, el khagan habian creado un pontífice budhista con el título de *maestro del reino*, título que confirió á un jóven tibetano, cuya familia ejercia desde tiempo inmemorial el cargo de gran sacerdote de los reyes del Tibet. Por medio de este pontífice se continuó la sucesion de los antiguos patriarcas budhistas, y empezó la de los grandes lamas, y por su medio tambien, el lamismo ó budhismo reformado llegó á ser la religion comun de los mongoles. Pero como la adopcion de un nuevo culto era para Kublay, un asunto de política, mas bien que de persuasion; y como este príncipe, del mismo modo que Mangu-Khan, seguia la falsa máxima, de que en el fondo no hay mas que una religion, cuya forma han hecho variar los sabios de diversos paises, segun los tiempos y los lugares, no dejó de acojer á los misioneros católicos, tanto mas, cuanto que habia ya dispensado antes á los cristianos muchas gracias, y particularmente á los nestorianos, cuyos progresos en estas comarcas hemos indicado antes. Juan de Montecorvino, tuvo mucho que sufrir por sus envidias, pues se oponian á que los cristianos de otro rito tuviesen aun el mas pequeño oratorio, y á que predicasen otra doctrina distinta que la suya. Estos cismáticos, con el fin de desacreditar al misionero, le presentaron como un aventurero, que se llamaba enviado por el papa; le acusaron de haber matado en la India á un embajador que traia magníficos presentes para el khagan, y presentaron testigos falsos, que depusieron sobre esta impostura. El legado hubiera sucumbido bajo el peso de sus acusaciones, si la providencia no hubiera permitido que el emperador reconociera su injusticia.

Juan de Montecorvino, iba ya á ser condenado al último suplicio, cuando la confesion de uno de los falsos testigos ilustró á Kublay, el cual desterró á los calumniadores y á todas sus familias. Once años despues de la llegada de Juan de Montecorvino, se unió á aquel misionero el franciscano Arnold de Colonia, que habia tardado seis años en construir una iglesia en la ciudad de Kan-Balikh, palabra que significa residencia real (1). Juan de Montecorvino, construyó además el campanario, en que se colocaron tres campanas, que se tocaban á todas horas para los oficios divinos; bautizó cerca de 6,000 personas, compró 150 niños menores de once años, hijos de paganos, que no conocian ninguna religion, los instruyó en la fé católica, les enseñó las letras griegas y latinas, escribió para ellos, salterios, himnos, y dos breviarios, con cuyo auxilio, cantaban estos niños el oficio, como se practica en los monasterios, complaciéndose mucho el emperador en oirlos cantar en el coro, al que asistia en presencia, y en ausencia de Montecorvino. Aun alcanzó otras muchas ventajas para la religion, con la conversion de un príncipe mongol, de la tribu de los Keraitas, llamado Jorge, y descen-

(1) Constando como consta que los emperadores tártaros Kublay y Temour, contemporáneos del misionero, residian en Yan-Kin, hoy dia Pekin, esta ciudad, sin duda alguna, es la misma que corresponde al término mongol de Kan-Balikh.

diente, segun él, de aquel Vug-Kan, á quien las relaciones de la edad media designan con el nombre de Preste-Juan de las Indias. Jorge, vestido con las insignias reales, servia algunas veces á Juan de Montecorvino en el altar. Una gran parte de los gefes subordinados á este príncipe, adictos antes al nestorianismo, siguieron su ejemplo, y perseveraron en la unidad católica hasta la muerte de Jorge, acaecida en 1299. La mayor parte de estos, sucumbieron, despues de esta época, á las seducciones de los nestorianos, compañeros suyos; y el misionero, que se encontraba cerca del gran Khan, ni pudo impedirlo, ni enviar á nadie que se opusiera á esta defeccion. El aislamiento en que se encontraba, le movió á escribir á los religiosos de su órden, en 8 de enero de 1305, pidiendo cooperadores, y que le enviaran, entre otros auxilios, un antifonario, la leyenda de los santos, un gradual, y un salterio. En esta carta, que nos ha conservado Waddingo; anunciaba Juan de Montecorvino, que habia aprendido la lengua de los tártaros, es decir, el mongol; que leia, escribia, y predicaba en este idioma; que habia traducido á esta lengua, el nuevo testamento y los salmos, escritos con el mayor cuidado en los caractéres propios; y que si el rey Jorge, hubiera vivido mas, hubiera acabado la traduccion de los libros necesarios, para propagarlos en todas las tierras de la dominacion del gran Khan. En otra carta, escrita al año siguiente, habla de la bondad con que este soberano le trataba, de los honores que hacia se le rindieran como enviado de la santa sede, y del nuevo favor que le habia concedido, permitiéndole construir una segunda iglesia, á un tiro de piedra del palacio imperial, y tan cerca de la cámara misma del príncipe, que podia oir los cánticos de los que celebraban los oficios; añadia tambien, que para instruccion de los mas ignorantes, habia mandado hacer viñetas del antiguo y nuevo Testamento, con inscripciones ilustrativas en caractéres latinos, *társicos* y persas, á fin de que todos pudiesen leerlos. Las letras *társicas* son las de los oighurs, á cuyo pais las relaciones de esa época dan el nombre de *Tarse*, de una palabra tártara, que significa *infiel*, y que parece haber sido sucesivamente aplicada en la Tartaria, á los sectarios de Zoroastro y á los cristianos nestorianos. Clemente V, instruido de los progresos de Juan de Montecorvino, erigió á Kan-Balikh en metrópoli, el año 1307, y encargó al vicario general de los franciscanos, eligiera á siete religiosos, para que se unieran al arzobispo electo, á todos los cuales hizo obispos antes de partir, á fin de que á su llegada consagrasen al metropolitano de quien habian de ser sufragáneos. El papa, concediendo grandes prerogativas á á la metrópoli de Kan-Balikh, en vista de la importancia que pudiera tener en los progresos del cristianismo, en las estremidades del oriente, confirió á Juan de Montecorvino y á sus sucesores el derecho de instituir y consagrar obispos, de ordenar, en todas las provincias orientales, de presidir en ellas á todos los prelados, con la condicion de reconocerse siempre sometido al romano pontífice, y de recibir de él el *pallium*. La bula que contenia estas disposiciones, recomendaba á Juan de Montecorvino hiciera pintar en las iglesias nuevamente construidas, los misterios del antiguo y nuevo Testamento, para atraer por este medio á los pueblos bárbaros al culto del verdadero Dios. De los siete obispos sufragáneos, tres murieron durante su viage á la India, el cuarto volvió á Italia, pero Gerardo, Peregrino, y Andrés de Perusa, llegaron en 1308 cerca de Juan de Montecorvino, al que consagraron obispo, y llevaron cartas del papa para Timur, entonces emperador. Clemente V, además de estos sufragáneos, nombró otros tres para el arzobispado de Kan-Balikh; tales fueron los franciscanos Tomás, Gerónimo y Pedro de Florencia.

El pontífice, en la bula en que los instituyó, hace los mayores elogios del metropolitano de la China, y de sus cooperadores.

Los cinco franciscanos, Francisco, Angel, Tomás, Juan y Monaldo de Ancona, fueron

tambien enviados á oriente, en 1307, para sostener la fé de los cristianos, y procurar la conversion de los infieles. Angel, que se dirigió á Tartaria, murió mártir de los búlgaros; Monaldo y Francisco recibieron tambien el martirio, el primero, predicando, y el segundo, celebrando los santos misterios; otros muchos franciscanos se dirigieron hácia Jerusalen.

Un diploma pontificio, concedió grandes facultades á los misioneros de la familia de S. Francisco, y entre otras, la de conferir las órdenes menores y el sacramento de la confirmacion.

Raimundo Lulio seguia con perseverancia la ejecucion de sus proyectos, para la enseñanza de las lenguas orientales, con cuyo fin, fué hasta Chipre, en el año de 1300; de allí volvió á Armenia, y despues de haber recorrido este pais, bajó á la Palestina, donde anunció el cristianismo á los mahometanos, esforzándose para atraer á la unidad católica, á los nestorianos y jacobitas. Despues volvió á Berbería, donde sufrió toda clase de oprobio en el pueblo de Bujía, logrando convertir, sin embargo, á 70 filósofos, partidarios de Averroes, que consideraban á la fé, como opuesta á la razon. Habiéndose dirigido tambien á Argel, atrajo al cristianismo á gran número de infieles; y habiendo sido preso por los imanes, procuró instruir aun á aquellos á quienes estaba confiada su custodia; para impedir lo cual, le pusieron una mordaza, privándole además de todo alimento por espacio de muchos dias. Por último, le pasearon ignominiosamente por toda la ciudad, y despues de haberle golpeado terriblemente, le desterraron, amenazándole con pena de la vida. Aunque ya se habia pronunciado contra él una sentencia igual en Túnez, no vaciló en volver á esta ciudad, favoreciéndole para ello, la alteracion que la edad habia producido en sus facciones, puesto que ahora tenia 71 años, y la primera vez que fué, no tenia mas que 53. Entre los doctores musulmanes, con quienes tuvo conferencias sobre materias religiosas, habia un filósofo árabe, que, confundido por la lógica de Lulio, tomó el partido de hacerle meter en un calabozo, en el que sin duda hubiera perecido, á no ser por los auxilios que le prestaron unos mercaderes genoveses, quienes lograron además, fuera trasladado á una prision menos mal sana, en la que aun permaneció por mas de seis meses, y en la que fué visitado por sabios del pais, atraidos por su elocuencia y por la facilidad con que se espresaba en árabe. «Los doctores de la ley de Mahoma, dice Mr. Delecluze, en un estudio lleno de interés sobre Raimundo Lulio, empeñados en probarle la verdad de su religion, y en hacérsela confesar, no omitieron ninguno de los medios con que creian poder alcanzar esta importante victoria sobre el anciano cristiano. Reflexiones, súplicas, amenazas, esperanzas lisongeras, todo fué puesto en juego para convencer, para intimidar ó para seducir á Raimundo Lulio, pero el *doctor iluminado* (1), permaneció firme en su fé. Las razones en favor de las dos creencias se habian multiplicado hasta el punto, de que el órden escolástico no podia reinar ya en las discusiones, y convinieron, en que cada uno desenvolviera metódicamente sus argumentos por escrito. Entonces el infatigable Raimundo Lulio, á quien un volúmen de teología no costaba mas trabajo que hacer un viage de Europa á Africa, se puso á componer un libro; pero en el momento en que su obra estaba casi concluida, el soberano del pais, temiendo los efectos de la discusion, hizo abrir las puertas de la prision, y le arrojó de la ciudad, como perturbador del reposo público. Lulio, dejando con sentimiento el pais en que se prometia hacer una guerra intelectual á los sarracenos, se embarcó con todos sus libros en una nave genovesa; pero asaltado por una tempestad, á diez ó doce millas de Pisa, naufragó, salvándose en una tabla, en la que encontró medio de colocar todos sus libros.»

Lulio, tan ardiente propagador del estudio de las lenguas orientales, vió con alegría, que Clemente V habia fundado en Roma, en 1310,

(1) Véase la nota final del capítulo VIII.

cátedras para las lenguas hebrea, árabe y siriaca, como medios eficaces para la propagacion de las misiones. El ejemplo del papa fué seguido por Aimery, vicario general de los dominicos, disponiendo, que en un convento de cada provincia, se enseñasen tres idiomas, cuyo uso fuera necesario, para alcanzar la conversion de los judíos, de los infieles y de los idólatras. El concilio general de Viena, realizando los votos de Raimundo Lulio, prescribió el establecimiento de cinco colegios para el estudio de los idiomas orientales; el primero, en Roma, el segundo, en Bolonia, el tercero, en Paris, el cuarto, en Salamanca, y el quinto en Oxford, costeados á espensas del papa, y de los obispos de estas iglesias, á escepcion del de Paris, que el rey de Francia se encargó de fundar y establecer. En este mismo año, de 1312, se erigió por la órden de dominicos, una congregacion particular en Africa, para la conversion de los infieles; y como los padres franciscanos de España, estaban familiarizados con el conocimiento del árabe, se les escogió con preferencia para este apostolado.

Aunque Raimundo Lulio tenia ya cerca de ochenta años, se lanzó con nuevo ardor á la carrera de las misiones. Despues de haber desembarcado en Egipto, partió á Jerusalen, y luego á Túnez, á donde llegó en 14 de agosto de 1314, donde, á pesar de la sentencia capital, fulminada contra él, visitó á los discípulos, á quienes antes habia instruido en la religion cristiana, exhortándolos á la perseverancia, y enseñándoles con su ejemplo á despreciar la muerte, para gloria de Dios y triunfo de la fé. Luego que reanimó su valor, se dirigió á Bujía, donde tambien estaba condenado á pena capital. Por espacio de algunos dias, adoptó todas las precauciones que aconsejaba la prudencia para asegurarse de que los cristianos de esta ciudad habian permanecido firmes en sus creencias, y despues, saliendo de los lugares en que se ocultaba, volvió á presentarse á los infieles, predicando en las plazas públicas al hijo de Dios encarnado. El populacho, luego que le vió y oyó proclamar la fé católica, le llenó de injurias y de golpes. Rodeado por una multitud, Raimundo Lulio, estrechado cada vez mas, retrocedió hasta la playa, logrando contener el furor de los musulmanes, por su venerable aspecto, por la firmeza de sus palabras, y sobre todo, por el desprecio de los peligros. El soberano del pais, supo, no sin inquietud, la serenidad heróica con que Raimundo hablaba al frenético populacho, y alentando á los habitantes que habian permanecido indiferentes, les representó la injuria que se hacia á la ley de Mahoma, resultando de aquí, que todos los musulmanes fanáticos de Bujía, se dirigieron á la playa en que estaba Lulio, derribándole á pedradas, y dándole tantos golpes, que le dejaron por muerto. Ninguno de los cristianos de Europa, residentes en Bujía, durante esa escena terrible, se atrevió á defender á Raimundo, temiendo comprometer sus relaciones mercantiles; pero sin embargo, no permanecieron insensibles á la suerte del confesor de Jesucristo.

Algunos mercaderes genoveses, creyéndole ya cadáver, y deseando hacer á su cuerpo los honores de la sepultura, vinieron de noche en una barca para recojerle, y cuando se disponian á ejecutar este piadoso deber, conocieron que aun estaba vivo. Luego que le recogieron, lo llevaron á su buque, y se dirigieron á Mallorca, su patria; pero Lulio, no sobrevivió mucho, porque estando ya á vista de la isla, rindió su alma á Dios, en 29 de julio de 1315, y á la edad de ochenta años. El virey y los principales de la ciudad, vinieron á recoger su cuerpo, que fué colocado en la tumba de la familia de Lulio, en Sta. Eulalia, de donde fué trasladado á la iglesia de franciscaños, por reclamacion suya, y en cuyo lugar se le venera como á un mártir. Tal es el cuadro de la vida de Raimundo Lulio, en el cual, no hemos presentado mas que al hombre apostólico, sin decir nada de los trabajos del filósofo, que para probar que los misterios de la fé no son opuestos á la razon, formó un árbol de las ciencias, cuya raiz y cuya cima era la teología, puesto

que todas sus ramas se dirigian á la ciencia divina. Cuando se reflexiona, dice M. Delecluze, en la infatigable actividad corporal que empleó este piadoso sabio en cruzar los mares y en recorrer el mundo, nos parece maravilloso el número de sus libros. Efectivamente, compuso 486 tratados, á saber: 60 sobre el arte demostrativo de la verdad; 7 sobre gramática y retórica; 22 de lógica; 4 sobre la memoria; 8 sobre la voluntad; 12 de móral y de política; 8 sobre el derecho; 32 de filosofía y física; 26 de metafísica; 19 de matemáticas; 20 de medicina y anatomía; 49 de química, y 212 de teología (1). El órden de este cuadro sinóptico, formado por M. Delecluze, además de indicar la marcha y encadenamiento de ideas de Raimundo Lulio, caracteriza el espíritu enciclopédico que animó y arregló los trabajos intelectuales de los hombres distinguidos del siglo XIII.

CAPÍTULO IX.

Misiones en la Persia, en la India y en la China.—Ereccion de la metrópoli de Sultanieh y del obispado de Ceyton. — Mártires de Tana.

El celo apostólico del franciscano Juan de Montecorvino, habia preparado la ereccion de la metrópoli de Kan-Balikh en China, y el del dominico Franco de Perusa, preparó el establecimiento de la silla arzobispal de Sultanieh en Persia.

Franco, natural de Perusa, al abrazar el instituto de Sto. Domingo, hácia el año de 1270, pareció lleno del espíritu del santo patriarca. A principios del siglo XIV, y despues de haber ensayado sus talentos en Italia, fué destinado, segun sus deseos, á las misiones estrangeras; y pasó al oriente, donde los armenios, los persas y los tártaros, se aprovecharon de sus predicaciones. Ayudado de muchos hermanos suyos, combatió con éxito las supersticiones paganas; destruyó los ídolos de las naciones, y sus templos profanos, levantó altares al verdadero Dios, y purificó en las aguas del bautismo, á muchos millares de nuevos discípulos de Jesucristo. La mayor parte de estas conversiones se verificaron en la Persia, sometida entonces á los mongoles, y en los territorios inmediatos.

Esta parte del Asia obedecia sucesivamente á Ghazan-Khan, á Oldjaitu, y á Abu-Said. El primero, sea que fuese idólatra ó cristiano, antes de determinarse á abrazar el islamismo, por miras puramente políticas, no ocultaba su predileccion en favor de los cristianos, y se le puede considerar como el primer monarca persa, que manifestó deseos de ayudarlos en la conquista de la Palestina. Oldjaitu, que segun se dice, fué bautizado con el nombre de Nicolás, se hizo musulman despues de la muerte de su madre. Este príncipe, fué el primero de su raza que exigió tributos á los judíos y á los cristianos, obligándoles á llevar un trage particular, para que se distinguieran de los mahometanos. En el año de 1303, fundó en Irak-Agemi, y acabó en dos años, la ciudad de Sultanieh, en la que fijó su residencia, que no tardó en ser el centro del comercio entre la Europa y las Indias, y en la cual hacia cada dia nuevas conquistas espirituales Franco de Perusa. Abu-Said, que sucedió á su padre Oldjaitu, en 1317, no le puso tampoco obstáculos; de suerte, que la religion católica estaba cada dia mas floreciente. Tanto se multiplicó el número de cristianos en Sultanieh, que tuvieron veinte y cinco iglesias, entre las cuales era notable la de los dominicos, por su estraordinaria belleza.

(1) Lo mas admirable de aquel varon portentoso, es que compuso casi todas sus obras, en medio las fatigas de sus azorosos viages. El pobre religioso terciario de S. Francisco llevaba en su zurron recado de escribir, y sentado sobre la cubierta del buque, ó bajo la sombra de un árbol, componia algunos capítulos en los ratos que él llamaba de descanso

La edad media dió el nombre de doctor con algun calificativo á sus ingenios mas estraordinarios, así como la antigua Grecia dió el de *sabio* á los suyos. La religion franciscana, aquel gran semillero de santos y de sabios, á mas del *doctor iluminado* (Raimundo Lull), tuvo el *irrefragable* (Alejandro de Ales), el *seráfico* (S. Buenaventura), el *sutil* (Juan Duns Scoto), el *invencible* (Guillermo Ockam), el *sólido* (Ricardo de Mediavilla) y el *admirable* (Rogerio Bacon).

Este Raimundo Lull, el *doctor iluminado*, no debe confundirse con el herege Raimundo Lull de Terraca, llamado *el neófito*, cuyos errores condenó la santidad de Gregorio XI.

Franco envió á Europa al dominico francés Guillermo Adan, para que informara al vicario de Jesucristo del estado de la mision, y para pedirle auxilios. Veia con alegría, abierta la puerta al evangelio en las Indias, y en la Abisinia; porque segun Fontana, ocho dominicos hicieron en estos paises, en 1316, una cosecha abundante. « Despues de haber besado los piés de Juan XXII, dice este autor, dejaron á Roma, fueron á visitar la Tierra santa y el santo Sepulcro, pasaron á Egipto, y sufriendo grandes fatigas, penetraron entre los etíopes y abisinios, donde no solo predicaron el evangelio, sino que dieron muchos hábitos de Sto. Domingo, especialmente á un príncipe de sangre real, que despues de su profesion, fué nombrado guardian de la fé de los nuevos convertidos. » Franco no dudaba, que si se aumentaba el número de los obreros evangélicos, seguirian nuevos pueblos la direccion dada á tantas y tan diversas naciones. Así lo creia tambien Juan XXII.

Con el fin de consolidar la religion en la Persia, dirigió, en 1.º de mayo de 1308, á Franco de Perusa, un breve, en que erigía en metrópoli á la ciudad de Sultanieh, y en que nombraba su arzobispo á este celoso misionero. El papa no se limitó á encargarle la administracion de esta iglesia, sino la instruccion, el gobierno y la salud de todos los fieles que se encontraban, ya en la mayor parte de las tierras ocupadas por los mongoles, en el occidente de Asia, ya en los diversos reinos de las Indias, y hasta en la Etiopía. Para auxiliar al prelado, cuya jurisdiccion se estendia sobre este inmenso territorio, le dió seis obispos, tambien dominicos, en calidad de sufragáneos, tales fueron: Gerardo de Calbi, Guillermo Adan, Bartolomé de Podio, Bernardino de Plasencia, Bernardo Moreti y Bartolomé Abaliati. Una bula particular autorizaba tambien al arzobispo electo, para que escogiera misioneros apostólicos, y para la consagracion de otros obispos, si lo consideraba necesario para la propagacion de la fé. El papa disponia tambien, que, en el caso de que los prelados que falleciesen, no pudiesen ser inmediatamente reemplazados, las comunidades de dominicos quedaban encargadas del cuidado y direccion de las iglesias que carecian de pastores. « Esto suponia, dice el P. Turon, que la órden de Sto. Domingo, tenia ya muchas casas en la Persia, en Armenia y en Etiopía, ó que nuestros obispos y predicadores, se aprovecharon desde entonces de las disposiciones favorables de los pueblos y de los príncipes, para hacer en estas provincias del Asia, lo mismo que S. Jacinto habia hecho en casi todos los reinos del norte, para asegurar el fruto de sus misiones. Obtenido ya el gran número de conversiones de que hemos hablado, no era dificil, al arzobispo de Sultanieh, construir monasterios y llenarlos de individuos, puesto que, no siendo aun mas que un simple religioso, y un desconocido entre los bárbaros, habia dado una idea tan alta de su virtud, de su doctrina y de sus talentos, que se habia hecho en cierto modo dueño de las inteligencias y de los corazones. De tal manera estaba persuadido Juan XXII, que la presencia de Franco era necesaria en un pais, que le consideraba como un apóstol, que prescindiendo de la antigua costumbre, segun la cual, debian los nuevos metropolitanos ir en persona cerca de la santa sede, para recibir la consagracion, quiso que el arzobispo de Sultanieh la recibiese en aquellos lugares, así como la imposicion de manos y el *palio*, segun ya se habia hecho con Juan de Montecorvino. Guillermo Adan, consagrado en Aviñon, fué encargado de cumplir esta ceremonia, y de llevar las cartas apostólicas á su metropolitano. Franco de Perusa dimitió bien pronto su silla, ya para poder consagrarse con mas reposo á la oracion y á la contemplacion de las cosas celestiales, ya para llevar mas lejos la luz del evangelio, y trabajar con mas libertad en la propagacion de la fé, en los diferentes territorios del Asia. El breve de Juan XXII, fechado en Aviñon á 1.º de julio de 1323, y por el cual aceptó la cesion voluntaria del siervo de Dios, favorece este úl-

timo sentimiento. El papa, permite á Franco llevar siempre las insignias de la dignidad que dimite, dar la bendicion episcopal á los griegos, y á los demás pueblos, « entre los cuales, dice el romano pontífice, trabajó en la salvacion de las almas, y en los progresos de la fé católica. » Guillermo Adan, sufragáneo de Franco de Perusa, le sucedió inmediatamente, como metropolitano de Sultanieh.

En el número de los misioneros que secundaron el celo de Franco, debemos hacer mencion de Jordan Catalani, francés, entusiasta por su patria, porque en la descripcion que ha dejado de las *maravillas de una parte del Asia*, se espresa así:

«Creo que el rey de Francia, sin ausilio de nadie, podria subyugar y convertir al mundo entero.» Este religioso nació en Severac, probablemente en la Bouergue, que es hoy tan fecunda en apóstoles de la fé. Entró en la órden de predicadores, y fué destinado á las misiones de Levante, y especialmente en la Persia, donde aprendió el idioma de este pais. El 12 de octubre de 1321, se encontraba en Caga ó Khunuk, puerto de la Persia, en el golfo Pérsico, de donde escribió á los predicadores y franciscanos, residentes en Tauris, en Tongan ó Djagorgan y en Marogo ó Merga, indicándoles, como estaciones propias para recibir misioneros, á Supera, Paroco, y Columbum, lugares situados en la India. Jordan quiso ir á difundir la palabra de Dios hasta el Kathay, para lo cual se unió con cuatro franciscanos: Tomás de Tolentino, que ya habia evangelizado la Armenia, Santiago de Pádua, Pedro de Sienne y el lego Demetrio, de Tiflis, georgiano de nacion, y tan versado en las lenguas orientales, que servia de intérprete á los predicadores de su órden. Estos franciscanos permanecian en Tauris; pero la esperanza del martirio, y el deseo de propagar la fé entre los musulmanes y los idólatras, aun á costa de su sangre, les movieron á embarcarse con Jordan en el puerto de Ormuz. Se hicieron á la vela para Columbum (Colam, en la costa del Malabar) y contaban con ir á visitar la iglesia de Santo Tomás en Meliapur; pero la tempestad, ó mas bien la mala voluntad del piloto, los condujo, en el mes de abril de 1322, á Tana, en la isla de Salcetta, donde fueron acogidos por los nestorianos. Estos les rogaron, para que designaran á uno de ellos, á fin de que se dirigiera á Paroco (Baróch, sobre el Nerbeedha, en el Guzerate) y bautizara á algunos cristianos, pero que lo eran solo en el nombre, residentes en aquel pais. Jordan fué nombrado, por unanimidad, para esta mision, porque sabia la lengua persa mejor que sus compañeros.

Habiéndose suscitado una desavenencia entre los que hospedaban á los franciscanos, la muger de uno fué á quejarse de su marido al cadí, añadiendo, que podia presentar el testimonio de los cuatro religiosos. Luego que el cadí supo por este medio su permanencia en Tana, mandó que se le presentasen, como lo verificaron, Tomás, Santiago y Demetrio, quedando solo Pedro en la casa para custodiar los ornamentos y demás objetos que consigo habian llevado. Interrogados sobre materias religiosas, por sugestiones de un musulman de Alejandría, llamado Yusuf, los tres franciscanos proclamaron la divinidad de Jesucristo, pero como se les exigiera manifestáran su opinion sobre Mahoma, Tomás contestó, que este impostor acarreaba la perdicion eterna de los que seguian su falsa ley. Furiosos los musulmanes, emplearon sucesivamente las amenazas y las promesas para conseguir una retractacion; pero viendo que los franciscanos rehusaban apostatar, y permanecian firmes en la fé, les arrancaron las capuchas y los ataron á unos postes, esponiéndolos al ardor del sol, cuyos rayos ardientes en esta época, no era posible soportar durante una hora, sin perder la vida. Sin embargo, los tres religiosos permanecieron así, desde la hora de tercia hasta la de nona, viniendo de tiempo en tiempo un suave rocío á mitigar los ardores del sol. El asombro y la rábia de los perseguidores, les hicieron inventar un nuevo suplicio. El cadi y el gobernador, dis-

pusieron se hiciera en la plaza pública una gran hoguera, á la que fueron conducidos los religiosos, diciéndoles, que si su fé era verdadera, no serian abrasados; pero, que si por el contrario, era falsa, quedarian reducidos á cenizas. «Prontos estamos, respondieron, á entrar en esa hoguera, y á sufrir todos los tormentos por amor de Jesucristo; pero si el fuego nos consume, en castigo de nuestros pecados, no por eso será nuestra fé menos verdadera, porque trae su orígen de la verdad misma; y si salimos sin lesion, se lo deberemos á la clemencia divina.» Tomás reclamaba el privilegio de la edad para ser el primero que entrara en la hoguera, pero cuatro musulmanes, á vista de un pueblo inmenso, llevaron primero á Santiago, el mas jóven de los religiosos. Escudado con el signo de la cruz, penetró en medio de las llamas, con los brazos abiertos y los ojos levantados al cielo, glorificando á Dios y á Jesucristo, su único hijo, é invocando á la vírgen Maria. Así permaneció preservado milagrosamente, hasta que se consumió todo el fuego, sin que faltase al religioso ni un cabello de su cabeza, ni un hilo de sus vestidos. El pueblo, conmovido á vista de este prodigio, se inclinaba á favor del cristianismo, y proclamaba la santidad de los siervos de Dios, ministros de una religion verdadera y vivificante; pero el cadí, levantando la voz, protestó, que ni eran santos ni siervos de Dios, ni ministros de la religion verdadera; y que Santiago habia sido preservado por su vestido, tejido de lana de la tierra de Abrahan, que el Señor habia bendecido. En seguida mandó preparar una hoguera dos veces mayor que la primera, en la que echó aceite y resina, y haciendo desnudar al mártir, dispuso se lavase su cuerpo, para quitarle todo preservativo mágico, untándole despues con aceite y manteca. En presencia de gran número de idólatras, muchos de los cuales adoraban al fuego; de muchos musulmanes, de algunos cristianos, y de otros religiosos, que prosternados, invocaban á Dios con fervor, entró Santiago en esta segunda hoguera, con la misma libertad de espíritu, permaneciendo en ella, y saliendo ileso, protegido por la misma virtud divina. La multitud, sobrecogida de asombro, gritó á una voz, que estos hombres eran justos y santos. El gobernador, al ver las disposiciones del pueblo, abrazó á Santiago, que ya se habia puesto sus hábitos, haciendo lo mismo con los demás franciscanos; hizo grandes elogios de su religion, les prometió su amparo, pero les rogó, que con el fin de burlar la malicia del cadí, y de librarse de todo engaño, pasaran el brazo de mar, que separa á la isla de Salcetta de tierra firme. Los franciscanos se lo prometieron así, protestando que no huian, ni de las emboscadas, ni de la muerte que pudieran sufrir por amor á Jesucristo. El nestoriano, dueño de la casa en que se hospedaban, los condujo al continente, dejándolos en la de un idólatra amigo suyo. A la noche siguiente, fué el cadí á buscar al gobernador, y á quejarse de la injuria hecha á Mahoma, cuya ley abandonaria todo el pueblo para aceptar la fé de los cristianos. El gobernador se resistió á sus insinuaciones, y alegó la inocencia de los mártires; pero el juez inícuo hechó mano de las amenazas, y el gobernador, débil, temiendo la desgracia del príncipe, dispuso que cuatro satélites fueran á perseguir á los siervos de Dios, y que se prendieran á todos los cristianos de la ciudad. Los verdugos buscaron en vano la morada de los tres franciscanos, pero habiéndose levantado á media noche para rezar maitines, fueron al fin descubiertos. Luego que se apoderaron de ellos, los llevaron al pié de un árbol, donde les digeron: «Encargados estamos de quitaros la vida, y no lo hacemos sin pesar, sabiendo que sois buenos y santos, pero debemos obedecer, para no perder la nuestra, y la de nuestros allegados.» Los religiosos recibieron esta noticia con la mayor alegría, y se exhortaron para recibir el martirio. El primero, á quien se dirigieron los satélites, fué á Santiago, cuya cabeza partieron hasta los ojos de un golpe de cimatarra. Otro de los mismos

cogió por la barba á Fr. Tomás, cuya edad le hacia mas venerable, metiéndole la espada por su costado, y otro le degolló, viendo que en su caida invocaba el nombre de Maria santísima. Demetrio recibió muchas heridas, y al fin murió atravesado por una espada. Los satélites cortaron en seguida las cabezas de los tres mártires, y destrozaron sus cuerpos de una manera horrible. En este momento, la noche, que estaba demasiado oscura, se iluminó de tal modo, que parecia de dia; los relámpagos, el granizo y el trueno, se sucedieron de una manera amenazadora, y el buque que habia traido los mártires á Tana, pereció con sus mercancías y marineros en este puerto, ordinariamente tranquilo y seguro, en medio de una tempestad, tal, cual nunca se habia conocido en este pais. Los verdugos se dirigieron despues al primer asilo de los franciscanos, y apoderándose de Fr. Pedro, á quien encontraron en oracion, lo llevaron delante del cadi, el cual le prodigó promesas y amenazas para obligarle á apostatar; pero el fiel siervo de Dios solo contestó pronunciando anatemas contra Mahoma. Al dia siguiente, volvieron á hacerle comparecer, con el fin de que pronunciara una sola vez la pa'abra *Ilat Allah*, sinónimo de *un solo Dios* (1). No pudiendo lograr que Pedro la pronunciase, se le golpeó cruelmente, y con una cuerda se le colgó de un árbol, donde permaneció dos dias sin ser estrangulado, alabando á Dios, exhortando á los neófitos á que permanecieran firmes en la fé, y procurando convertir á los infieles. Descolgado fué despues por órden del gobernador, y decapitado fuera de la ciudad. Pasado algun tiempo, se aparecieron los cuatro mártires juntos, á un cristiano de Tana, que viéndolos rodeados de un vivo esplendor, les preguntó si vivian, á lo que contestaron, que gozaban en el paraiso de una vida de delicias exenta de pesares y contradicciones, y que en aquel momento, Jordan, compañero suyo de viage, entraba en el puerto.

Efectivamente, Jordan, que habiendo salido para Paroco, se habia detenido quince dias en Supera (Sefer), donde supo la prision de los franciscanos de Tana, retrocedió á este lugar para interceder en favor suyo, ó para participar de su corona; pero á su llegada, tuvo noticia de que los cuatro religiosos habian sido ya sacrificados. Con el ausilio de un jóven genovés, residente en Tana; se ocupó de recoger los cuerpos de los mártires. El de Pedro, no pudo ser hallado, y los de Santiago, Tomás y Demetrio, yacian aun en el lugar del suplicio, sin que nadie se hubiera atrevido á darles sepultura, por temor al cadí, siendo de notar, que exhalaban un olor suave, y que estaban tan frescos como en el dia de su muerte. Jordan los llevó reservadamente á Supera, y los depositó honoríficamente en una iglesia.

No quedó impune el suplicio de los mártires, y el gobernador que lo habia ordenado, ó permitido, espió su crímen. Estando durmiendo una noche, se le aparecieron los cuatro franciscanos, colocados en los cuatro ángulos de su cama, blandiendo espadas de fuego, y amenazando matarle, sino trataba á los cristianos con mas humanidad. Espantado de esta vision, prorrumpió en grandes gritos, y á la mañana siguiente, por consejo del mismo cadí, rompió los hierros de los cristianos cautivos, llamó á los que estaban desterrados, pidió perdon á todos, y por medio de un edicto público, prohibió, con pena de la vida, causar la menor ofensa á los adoradores de Jesucristo; distribuyó muchas limosnas entre los pobres, y erigió cuatro oratorios, consagrados á los cuatro mártires. Estas nuevas disposiciones, secundaron la conversion de gran número de idólatras y musulmanes, que fueron bautizados por Jordan, el cual, en virtud de la libertad concedida al ministerio apostólico, determinó permanecer en Tana; y en una carta, dirigida en el mes de enero de 1323, á los

(1) Creemos que lo quo se le haria pronunciar, no seria solamente la palabra Ilat, sino la conocida forma alcoránica *la illah-illa illah wa Mohamad rasula-ilah*, que significa, no hay mas que un solo Dios, y Mahoma es el enviado de Dios, fórmula fundamental de la creencia mahometana, enteramente contraria al misterio de la Trinidad y á la divinidad de Jesucristo.

superiores de los dominicos y franciscanos de la Persia, les pedia le proveyesen de los ausilios necesarios. Las reparaciones del gobernador fueron insuficientes, pues Dios quiso, que el príncipe de los mahometanos, fuese el instrumento de su justicia, respecto del perseguidor. Así es, que este príncipe le hizo venir, y fundando su sentencia contra el gobernador, en que habia despreciado los milagros de Dios, y condenado sin piedad á hombres, á quienes recomendaban tantas maravillas, le condenó á muerte, así como á toda su familia. Las reliquias de los mártires franciscanos fueron trasladadas del Hindostan á la China, por el B. Oderic, natural de Pordenone, en el Friul, donde nació, hácia el año de 1286, habiendo entrado en la órden de predicadores en Udina. Siempre llevaba un cilicio pegado á la carne; siempre marchaba con los piés desnudos, cubierto de una simple túnica, y nunca tomaba mas alimento que pan y agua. Rehusó todas las dignidades que se le ofrecieron en su órden. Amigo de la soledad y de la oracion, obtuvo licencia de sus superiores, para dedicarse á la vida eremítica, en la cual hizo tantos progresos en virtud y santidad, que logró gran número de conversiones, y Dios le concedió tambien el don de los milagros. Hácia el año de 1314, se dedicó á las misiones lejanas del Asia. Fué á Constantinopla, atravesó el mar Negro, desembarcó en Trebisonda, se dirigió por la Armenia, sobre Ormuz, y se embarcó en este puerto para la costa de Malabar. En Tana, tuvo noticia de la muerte gloriosa de los cuatro franciscanos, y recogió las reliquias de estos, que estaban depositadas en Supera; visitó las islas de Ceylan, de Sumatra, de Java y de Borneo; y por la enumeracion de las dificultades que tuvo que vencer, para llegar á la China, se puede suponer que penetró en ella por los pantanosos territorios de Pegu y de Ava. En Zeyton, ó Siven-Tcheu, fué donde Oderic dejó su precioso depósito, circunstancia que nos hace recordar lo que hicieron los primeros sufragáneos de Juan de Montecorvino.

Por espacio de cinco años recibieron los misioneros de Kan-Balikh, para el mantenimiento de ocho personas, el *alafá*, ó pension anual, que el khagan concedia á los enviados de los grandes, á los embajadores, á los guerreros y á los artistas. Cerca del océano, estaba situada la gran ciudad llamada Zeyton, en persa, y en la cual acababa de edificar una iglesia una armenia rica, que por instancias suyas, la erigió en catedral el arzobispo Juan de Montecorvino; despues se la cedió á Gerardo, que fué enterrado en ella, y cuyo sucesor fué Peregrino. Habiendo querido establecerse en Zeyton Andrés de Perusa, el emperador Temur le dió una escolta de honor para que le acompañara. El prelado, con el ausilio del alafá, que se le continuaba préstando, construyó en un bosque inmediato á la ciudad, una iglesia y un convento para veinte y dos religiosos. Este edificio, además de las habitaciones regulares, tenia cuatro departamentos cómodos para residencia de los obispos. Ningun convento de la provincia de Perusa podia entrar en paralela con este, por su hermosura y comodidad. Habiendo muerto Peregrino, en 1322, el arzobispo encargó á Andrés el cuidado de la iglesia de Zeyton. En la carta, que en 1326, escribió al guardian del convento de Perusa, dice: que en el vasto imperio de los tártaros, habia hombres de todas sectas y naciones; que se permitia, que cada uno siguiera su religion; que los misioneros podian predicar la fé con toda libertad; que no se convertia ningun judío ni mahometano, al paso que muchos idólatras recibian el bautismo, pero que despues no vivian como cristianos; y por último, hace mencion esta carta del martirio de los cuatro franciscanos de Tana, cuyos preciosos restos poseia la ciudad episcopal.

El B. Oderic, atravesó la China del sur al norte, y permaneció tres años en Kan-Balikh. Por su testimonio sabemos, que los franciscanos eran muy honrados en la corte del gran Khan. «Yo asistia frecuentemente á las fiestas reales, dice en su relacion, en las cuales estaba reservado un lugar particular para los franciscanos; nosotros marchábamos siempre

los primeros, y dábamos la bendicion al emperador.» Oderic, á instancias del khagan, partió para Europa, para reclamar misioneros, atravesando el pais en que habia reinado Ung-Khan, la provincia de Kassan, el Tibet, etc. A su vuelta á Italia, dictó, por órden de sus superiores, el resúmen de su viage, á Guillermo de Solagna, y el 14 de enero de 1331, murió en su convento de Udina. La humildad de Oderic, le hizo suprimir en su libro, la relacion de sus triunfos; pero esto no obstante, se sabe, que bautizó á mas de 20,000 infieles, muchos de los cuales ocupaban una posicion elevada en la córte del gran Khan. Es muy digno de notar, que el itinerario de este apóstol de la fé, es el mismo que el del inglés Juan de Mandeville, que copia páginas enteras de la relacion del religioso italiano, y cuyas observaciones, aun cuando no las copie, tienen siempre por objeto las mismas particularidades.

CAPÍTULO X.

Misiones de los franciscanos y de los dominicos en Tartaria, en Crimea, en Lituania, en Armenia y en Georgia —Ereccion de los obispados de Caffa y de Maraga, de la metrópoli de Nakchivan, y del obispado de Tiflis.

El pontificado de Juan XXII, es una época brillante en la historia de las misiones, porque la solicitud infatigable de este papa, multiplicó los apóstoles de la fé en todos los puntos, entonces accesibles, de las tierras de los infieles.

Algunos franciscanos, que evangelizaban los diversos territorios del oriente, vinieron para darle cuenta de su mision, y le hablaron de las disposiciones de muchos pueblos, para abrazar el cristianismo, y de las de muchos cismáticos, para entrar en el seno de la iglesia. El papa, en virtud de estos informes, encargó á los franciscanos atrajeran á la unidad á los georgianos cismáticos, y á que se repartieran en seguida entre los tártaros; renovó á favor suyo todos los privilegios que les habian sido concedidos por Gregorio IX, Alejandro IV, y Urbano IV, y les entregó cartas para diferentes príncipes. Los religiosos Pedro y Santiago, que desde el interior de la Tartaria, habian venido tambien cerca del papa, volvieron á marchar, colmados de gracias espirituales, y con breves para los gefes mongoles.

La órden de S. Francisco abrazaba en su celo la gran península de Crimea, á la que se dá de 70 á 80 leguas de longitud por 50 de latitud. Su figura se parece á la de un triángulo, cuya base, por la parte del mediodía, presenta una cadena de altas montañas, que se internan mas de ocho ó diez leguas, siendo sus dos lados grandes llanuras muy abiertas, en que reinan dos vientos furiosos. Los genoveses tomaron á los griegos la ciudad de Caffa, es decir, la Teodosia del Chersoneso Táurico de los antiguos, la cual conservaron, hasta que se la arrebataron los turcos bajo Mahometo II.

Los franciscanos establecieron en esta ciudad los dos conventos de Sta. Maria y S. Francisco, y en 1320, la erigió Juan XXII en silla episcopal. Fr. Gerónimo, que ya habia evangelizado el Asia oriental, como sufragáneo de Juan de Montecorvino, fué su primer titular; pero habiéndole alejado de su silla los malos tratamientos de los genoveses, el papa le envió á la Tartaria septentrional, acompañado de cuatro franciscanos. Un dominico fué el sucesor de Gerónimo en la silla de Caffa, porque entre los siete sufragáneos de Guillermo Adan, creado arzobispo de Sultanieh, en 1323, se nombra al dominico Tadeo, entonces obispo de esta ciudad, y el arzobispo y sufragáneo suscribieron en un ejemplar de la bula de canonizacion de Sto. Tomás de Aquino, conservado en la casa de su órden de Tívoli.

En el norte de Europa, los franciscanos y los dominicos propagaban la fé entre los lituanos, los cuales adoraban á Per-Kun, dios del trueno y del rayo, y á diferentes animales, tales como serpientes y lagartos. Un dominico, llamado Vitus, fué consagrado primer obispo de Lituania, en 1252; pero el príncipe Mindowe, despues de haber obtenido del papa el título de rey, se convirtió en persegui-

dor de la religion, y la idolatría volvió allí á recobrar su imperio. Cuando se presentaron los nuevos misioneros, se les permitió edificar conventos, y los franciscanos construyeron dos; pero á la tolerancia sucedió la persecucion, y durante el año de 1325, hubo 36 mártires franciscanos en Lituania. Juan XXII, designaba incesantemente obreros apostólicos, entre los dominicos y franciscanos, á vista de los progresos que hacian en Tartaria, en Armenia, en Persia y en la India. Ya hemos hablado de la congregacion de *Peregrinos de Jesucristo*, formada de individuos de las dos familias de S. Francisco y Sto. Domingo, y á la cual, es preciso añadir ahora, que Juan XXII la dió nueva vida. En 1324, escitó al vicario general de los dominicos, á designar los misioneros de su órden, que formasen parte de la asociacion, bajo la direccion de un vicario general, el cual tendria facultades para enviarlos á aquellos paises, cuyas necesidades espirituales reclamáran mas su presencia. Tan grande fué el número de los dominicos asociados, que quedaron como despobladas las provincias de la órden, causando en cierto modo perjuicios á sus conventos. El vicario general lo puso en conocimiento de Juan XXII, en el año de 1325. Este pontífice, admirando el celo, y ardiente caridad de los dominicos esclamó: « Verdaderamente, son como antorchas brillantes en la iglesia de Dios; » pero escribió á los que estaban reunidos en el capítulo de Venecia, para que no permitieran que tantos religiosos se dedicáran á la predicacion del evangelio, y que solo admitieran al ministerio apostólico, á los que obtuvieran cartas especiales de sus superiores, para escoger entre ellos, á los mas aptos y sabios, y para enviar á los demás á sus conventos. La órden tenia entonces en el arrabal de Pera, cerca de Constantinopla, y en la isla de Chio, casas, ó pequeños conventos llamados vicarías. El capítulo general dispuso, que estas vicarías, pertenecientes á la provincia de Grecia, fuesen erigidas en conventos, donde se recibiera á los religiosos dedicados á las misiones de los infieles, para remitirlos despues á sus diversos destinos. Dos casas fueron asignadas á la provincia de Tierra santa, la una en Rodas, y la otra en Armenia, pais que vivificaban los trabajos del B. Bartolomé.

Este religioso, descendiente de una noble familia de Bolonia, habia abrazado, desde muy jóven, el instituto de los dominicos, en el célebre convento de S. Nicolás de su ciudad natal. Tan elocuente predicador, como hábil teólogo, fué aun mas recomendable, por el ardor de su caridad, y por la vehemencia de su celo para la salvacion de las almas, que por las brillantes y sólidas cualidades de su inteligencia. Cuando empezaba á recoger los primeros frutos de sus predicaciones, y cuando su reputacion era cada dia mayor en las diferentes provincias de Italia, el espíritu de Dios le inspiró ir á buscar mas lejos á la oveja estraviada, procurando la conversion de los cismáticos, de los hereges y de los infieles. Hácia el año 1318, vino á Aviñon, por disposicion de Juan XXII, quien destinándole para ser el gefe de las misiones de los dominicos en Armenia, le consagró obispo de Maraga. Esta ciudad, en que el conquistador Hulagu habia construido el observatorio, que ha ilustrado el autor de las *tablas astronómicas*, fué patria de Abulfaragio, denominado Bar-Hebrœus, que redactó su sabia crónica, en la rica biblioteca reunida por el nieto de Djengis-Khan.

Este pais, en que los musulmanes, mezclados con los idólatras y cismáticos, dominaban por el número y la influencia, era un teatro digno del celo de Bartolomé. Luego que aprendió el idioma del pais, espuso á sus habitantes las verdades de la salvacion. Los idólatras fueron las primicias de su cosecha espiritual, y los mahometanos empezaron despues á ceder, al doble ascendiente de su palabra, y de los milagros con que esta era apoyada. Se edificaron iglesias, en que con toda libertad se celebraban los divinos misterios; y Bartolomé, erigió además, sobre la montaña, un humilde monasterio, cuyos vestigios

se ven aun. Las celdas practicadas en la roca, eran el asilo de la penitencia y de la oracion, y á este lugar se retiraban todas las tardes el obispo y sus compañeros, para cantar alabanzas á Dios, durante una parte de la noche. Despues de celebrado el oficio de la mañana, volvian á consagrarse al ejercicio de la predicacion. Los religiosos, llamados de S. Basilio, muy numerosos en Armenia, no habian conservado en este pais, ni la pureza de la fé, ni la santidad de su instituto; sino que erraban, menos por obstinacion, que por ignorancia, como lo prueba la conducta de Isaias, superior general de los monges armenios, que habia conferido el grado de doctor á 370 monges, por solo la entrega del libro y del baston segun uso del pais. Isaias, á quien todos los religiosos de S. Basilio consideraban como á su maestro y á su oráculo, sabiendo las maravillas que Dios obraba por ministerio del obispo de Maraga, encargó á Juan, superior de un monasterio de la ciudad de Chernac, fuera á buscar al prelado, examinára su modo de vivir y predicar, y se informára de lo que era preciso creer, con respecto á aquellas conversiones que tanto ruido hacian en la Armenia. Juan, despues de cuatro dias de camino, llegó á donde estaba Bartolomé, año 1328, deteniéndose cerca de seis meses, é instruyéndose á fondo de la creencia y de los usos de los latinos. Persuadido de la necesidad de abandonar el cisma, se ocupó de los medios de lograr que tambien se separaran sus hermanos. El obispo de Maraga compuso, y Juan tradujo en armenio, muchas instrucciones, en que se esponian con claridad y se probaban con solidez, todos los puntos de la doctrina ortodoxa, oscurecidos ó contrariados por los cismáticos. Para completar la obra, se convocó á asamblea general, á los principales religiosos y á todos los superiores de las casas de S. Basilio, en la ciudad de Chernac. El príncipe Jorge, tio de Juan, los trató, por espacio de un mes, con tanta caridad como magnificencia.

Esta especie de sínodo, al que habia acudido el obispo de Maraga, con uno de sus compañeros, examinó de buena fé el orígen y los desgraciados progresos del cisma; quedaron proscriptos, y fueron abjurados todos los errores que aquel habia producido; quedó decidida, por unanimidad, la vuelta á la unidad romana, y así se verificó, sin oposicion alguna, en el año de 1330. En testimonio de alegría y reconocimiento, echó el príncipe Jorge los cimientos de una nueva iglesia, que unió al monasterio de Chernac. Bartolomé, por su parte, cuidadoso de consolidar la obra de la reunion, prolongó su permanencia en la comunidad de Chernac, y tradujo en armenio diferentes libros, con el fin de dar un conocimiento mas exacto de los misterios, tanto á los que estaban encargados de la instruccion de los pueblos, como á los fieles nuevamente convertidos. Además de una suma de casos de conciencia, y de algunos pequeños tratados sobre los sacramentos, que compuso para aquellos, tradujo, con la ayuda de un compañero suyo, y de Juan, el Salterio, los cuatro libros de Sto. Tomás contra los gentiles, y la tercera parte de su Suma teológica. En tanto que Bartolomé se ocupaba en estos trabajos, Juan XXII, le nombró obispo de Nakchivan, una de las ciudades mas antiguas de la Armenia, al pié del monte Ararat. De tal modo se grangeó la confianza de los armenios, en esta nueva silla, que tuvo el consuelo de ver abrazada la verdadera fé por grandes y por pequeños, honrada de todos, y públicamente profesada en esta provincia; desterró el cisma y el islamismo; corrigió las costumbres, afirmó y perpetuó las conversiones hechas, y construyó iglesias y monasterios. Tal fué el orígen de la cristiandad de Nakchivan, que se resistió á frecuentes revoluciones políticas, y cuya silla, adscripta á la órden de Sto. Domingo, desde que la ocupó el B. Bartolomé, fué en lo sucesivo provista por medio de la eleccion hecha por los superiores de los ocho conventos, que componian esta pequeña provincia dominicana, y por los ocho principales habitantes de otras tantas ciuda-

des, en que se conservó la religion católica. El santo fundador, dispuso tambien, que en el momento en que se verificase la eleccion de un nuevo arzobispo, iria el electo á presentarse á la santa sede, para recibir su confirmacion.

Esto nos conduce á hablar en este lugar, de una modificacion introducida en los religiosos armenios de S. Basilio, cuya relajacion afectó al B. Bartolomé. Ayudado del abate Juan, se dedicó el siervo de Dios á persuadirles, que en vano habrian renunciado al cisma y á la heregía, si rehusaban vivir segun el evangelio, y en armonía con su santo estado. La mayor parte se rindieron á sus solicitaciones, y desde entonces, empezó un nuevo instituto, llamado la congregacion de los *Hermanos unidos*, cuyos individuos recibiendo el hábito de Sto. Domingo, hicieron profesion de vivir en adelante como verdaderos religiosos, siguiendo la regla de S. Agustin, y las constituciones de los dominicos. Como no sabian mas idioma que el armenio, el celoso reformador, ayudado del dominico Juan, inglés de nacion, y del abad de Chernac, tradujo, para su uso, la regla, los estatutos, el breviario, y el misal de su órden.

Bartolomé solo tuvo la satisfaccion de ver inaugurada su reforma, porque llamado para el cielo, cuyo camino habia enseñado á tantos pueblos, descansó en el Señor el 15 de agosto de 1333. Dios glorificó con gran número de prodigios la tumba del misionero, visitada con respeto por cristianos y musulmanes. Los primeros, rindieron un culto religioso á este amigo de Dios, continuando honrándole como á su apóstol; los segundos, sin dejar de ser infieles, pidieron y obtuvieron algunas veces, por su intercesion, la curacion de sus enfermedades; pareciendo así, que el santo predicador, aun despues de su muerte, anunciaba por milagros las verdades, que durante su vida habia predicado con tanto celo.

Al mismo tiempo que los dominicos fundaban de esta manera su mision de Armenia, los franciscanos continuaban allí mismo, entregados á sus trabajos apostólicos. A instancias de Zacarías, arzobispo de S. Tadeo, el general envió á la gran Armenia nuevos franciscanos, sacados de la provincia de Aquitania, nombrando gefe de esta mision á Fr. Vital Saurat, llamado por otros Gonsalve, y el cual hizo muchas conversiones, tanto por su predicacion, cuanto por medio de los libros que tradujo al armenio En 1333, partieron otros franciscanos para la Armenia, dirigidos por Fr. Roger Guerin, que al marchar á su destino pasó por el Egipto, y obtuvo del Sultan, que los franciscanos pudiesen permanecer en algunos santuarios de Tierra santa.

Juan de Florencia, luego que convirtió á los georgianos, estableció su silla en la ciudad de Tiflis, poco tiempo despues, y antes de la fundacion de la iglesia de Nakchivan, que el B. Bartolomé, de quien era compañero, hizo abrazar el cristianismo y abjurar el cisma y la heregía, á los habitantes de Maraga.

Juan, cuyo nacimiento era oscuro, ejercia la profesion de cordonero, cuando tomó el hábito de lego dominico, en el convento de Sta. Maria la Nueva de Florencia. La pureza de sus costumbres, su modestia, su tierna solicitud por complacer siempre á sus hermanos, le conciliaron el afecto de los superiores, y estos le dedicaron al estudio. Sus progresos en las letras divinas y humanas, correspondian á los que hacia en la virtud y en la piedad, y se le elevó á las órdenes sagradas. Asociado en su ministerio al B. Bartolomé, predicó con gran fruto en Toscana y Lombardía. Luego que Juan XXII se persuadió de que su celo podria ser mas útil en oriente, que en Italia, Juan de Florencia mereció ser nombrado, el primero entre los misioneros elegidos, y puestos á disposicion del obispo de Maraga, quienes durante muchos años, trabajaron unidos en la gran Armenia, para destruir la idolatría y el islamismo, para estirpar la heregía, y para reunir á los cismáticos; pero la estension del pais, y la multitud de aquellos á quienes debian evangelizar, les obligó á separarse. Bartolomé continuó su mision entre los armenios, y Juan

fué á llevar á la Georgia la antorcha de la fé.

« La doctrina de los georgianos, dice el P. Touron, no era mas ortodoxa, ni sus costumbres menos corrompidas que la de los armenios, pudiendo fácilmente conocer, por lo que ya hemos dicho sobre los errores de estos, cuánto habia que trabajar para hacer que fueran verdaderos cristianos aquellos. Tenian aun vicios y prácticas que les eran propias, se les acusaba de rendir á las imágenes un culto idolátrico y supersticioso, haciendo constituir en él, la base fundamental de su religion. La venganza, era el vicio dominante, entre estos pueblos guerreros y supersticiosos, y la primer cosa que acostumbraban pedir á sus imágenes, en recompensa del culto que las rendian, era la muerte de sus enemigos, es decir, de aquellos que les habian robado, ó que les querian mal. Sus sacerdotes, tan poco instruidos, y ordinariamente mas interesados que los legos, favorecian todas sus pasiones y prácticas supersticiosas. El fraude, la simonía, la impostura, no eran para ellos crímenes de que debieran sonrojarse, ni consideraban tampoco la mas crasa ignorancia, como un defecto capaz de escluirlos de las funciones del sacerdocio. Tales eran, y mayores aun, los abusos ó los vicios, que Juan de Florencia tuvo que combatir. »

Juan XXII le escribió desde Aviñon, el 19 de octubre de 1329, diciéndole: « Hace algun tiempo, que el deseo de estender la fé cristiana y el culto del santo nombre de Dios, nos ha hecho concebir el designio de erigir un nuevo obispado en Tiflis, ciudad considerable del reino de Georgia. Al mismo tiempo hemos puesto nuestros ojos en vos, para poneros en esta nueva silla, sabiendo como sabemos, que una larga esperiencia os ha enseñado todo lo que puede interesar á estos pueblos y paises, en que se asegura, que por la influencia de vuestras predicaciones, habeis hecho entrar gran número de personas en el conocimiento de la verdad y en los senderos de la justicia.»

Juan de Florencia, durante un episcopado de diez y nueve años, se hizo amar de los georgianos y de los infieles, de quienes estaba rodeado, sirviéndose del ministerio de muchos religiosos de su órden y de la de S. Francisco, para atraer á unos y otros á la verdadera fé. Hecho gefe de las misiones de Armenia y de Georgia, despues de la muerte del B. Bartolomé, fué considerado por los *religiosos unidos*, como protector y principal apoyo de la reforma naciente. El abad de Chernac, al volver de Italia á oriente, renovó su profesion religiosa en manos del santo obispo de Tiflis, comisionado al efecto por el papa. Lo mismo hicieron todos sus hermanos, y Juan de Florencia, les permitió elegir á este abad, en calidad de primer provincial de su congregacion. Los religiosos reformados, se contentaron con tomar la regla, la constitucion, el breviario, el misal y el hábito de los dominicos; pero el abad de Chernac, luego que fué nombrado superior, procuró que la union fuese mas íntima. « Puesto que somos deudores, decia, á los religiosos de este instituto, de nuestra vuelta á la Iglesia, de la que nos habíamos separado por cisma, y de la reforma de nuestros monasterios, justo es, que los honremos siempre como á nuestros padres, como á nuestros maestros y fundadores; queremos, pues, que nada se haga en nuestra congregacion sin conocimiento suyo, y que todos nuestros capítulos se celebren siempre á su presencia. Procuraremos tambien que haya algunos dominicos en nuestras casas, en las que serán principalmente atendidos, y siempre que se susciten dificultades relativas á la fé ó á la doctrina, seguiremos su opinion, si no hubiere facilidad de acudir á la santa sede. » La nueva reforma difundió un olor de vida en todo el pais, y *los religiosos unidos*, empezaron á ser útiles. El obispo de Tiflis los recibió en Georgia, donde le prestaron grandes ausilios para desarraigar las supersticiones. Mas allá del mar Negro, se edificaron monasterios para ellos, y Caffa les proporcionó un colegio, de donde salieron muchos hombres eminentes. Los turcos, por desgracia, no dejaron subsistir estos establecimientos preciosos, de suerte, que los

religiosos unidos, concluyeron por encontrarse de nuevo encerrados en la pequeña provincia de Nakchivan, en la que, aunque rodeados de infieles y cismáticos, conservaron la pureza de fé y los ritos de la iglesia romana. Juan de Florencia, despues de haber predicado el evangelio á los orientales, por espacio de mas de treinta años, murió en 1348, en el convento de dominicos de Pera, cerca de Constantinopla.

CAPÍTULO XI.

Continuacion de las misiones, especialmente en la India, y entre los alanos. — Ereccion de los obispados de Semiscante y de Colam, de la metrópoli de Vospro y de los obispados de Cherson y de Serai.—Nuevos mártires.

Juan XXII, á fin de apresurar la conversion de los infieles, escribió al capítulo general de dominicos, celebrado en Tolosa, en 1328, para que escogiesen cincuenta individuos, por lo menos, que consagrándose voluntariamente á esta obra, fueran á plantar la viña del Señor, en los territorios incultos. Las súplicas de los dominicos fueron tan vehementes, que fué preciso escoger mas de ciento, que se dirigieron á las diferentes partes del mundo. El papa, informado de la fama de sus predicaciones, dió en su favor las letras apostólicas de 1329, en las cuales recordaba los trabajos de los dominicos, arzobispos, obispos y simples sacerdotes, les concedia muchos privilegios y les exhortaba á continuar sus generosos esfuerzos para la mayor gloria de Dios. Entre los nuevos prelados de esta órden, haremos mencion de tres, instituidos en 1328: Tomás, para la iglesia de Semicante, en la pequeña Armenia; Guillermo Ligius, para la de Tauris, en Persia; Jordan Catalan, para la de Colam, en la India. Juan XXII encargó á este último, viniera desde el Malabar á Francia, para que llevara el pálio á su metropolitano, el dominico Juan de Cor, nuevo arzobispo de Sultanich.

Jordan, al volverse á la metrópoli de la Persia, pasó por el estrecho de Mesina, por la Grecia, donde visitó á Tebas, y por la gran Armenia, que atravesó casi toda. En su *Descripcion de las maravillas de una parte del Asia*, no cita, entre las ciudades de la Persia, y antes de Sultaniech, mas que la de Tauris, que presenta como muy poblada, y despues á otra ciudad muy rica, que pretende ser Ur de Caldea, patria de Abrahan. Se limita á decir de la Persia, que es pais abundante en seda y lapiz-lazuli, que los persas no saben preparar; y que tampoco saben estraer el oro en que abundan sus rios.

Jordan, se dirigió, desde la Persia, á la India, embarcándose sin duda en un puerto del golfo Pérsico. Llama *India menor*, á la parte de la India á que se dirigia; habla de las conversiones que hizo entre idólatras y musulmanes; indica algunas curiosidades naturales, y refiere que las mugeres se queman en las piras de sus maridos, lo cual ha presenciado muchas veces. La otra parte de la India, que llama *India mayor*, y que fué el término y objeto de su viage, es la península de esta parte del Ganges, y describe las producciones del pais y las costumbres de sus habitantes, segun lo que él mismo ha visto; refiriéndose á otros en sus narraciones, acerca de las islas de la Sonda; de la tercera division de la India (*India tertia*), y del imperio del gran Khan.

El objeto de la mision del prelado, no era solamente trabajar en la conversion de los indios y de los mahometanos, sino atraer á la unidad á los nazarini ó cristianos de Santo Tomás. Juan XXII invitaba á estos hereges á que abjuraran sus errores, en cartas apostólicas dirigidas á Jordan, con fecha 9 de abril de 1330.

El obispo de Colam, aunque mas ocupado de la salud de las almas, que de los objetos temporales, no dejó sin embargo de fijar su atencion en la historia natural del pais que habitaba. Reuniremos las indicaciones que hace, empezando por el reino animal. Todo cuanto dice de los elefantes, de su fuerza, de su sagacidad, y del modo de cazarlos y domarlos, está en armonía con lo que se sabe por otros conductos; hace mencion de murciélagos tan grandes como gatos, que vió estando en Colam; habla de pájaros, cuya pluma es muy

variada, y especialmente de los papagayos, que los hay de todos colores, menos negro. Un pájaro, muy semejante al milano, que tiene la cabeza y el vientre blancos, y la parte superior del cuerpo roja, es tan voraz y tan atrevido, que se lanza sobre los pescados que llevan los pescadores ú otras personas y se los arranca de las manos; hay gran número de serpientes, y muchas de ellas enormes, pero es muy raro que sean maléficas; los demás insectos de que habla Jordan, son abispas bastante fuertes para atacar y matar grandes arañas, que llevan á sus asilos, abiertos en la arena, donde es imposible descubrirlas. Con respecto al reino vegetal, dice, que la India mayor produce toda clase de especias, particularmente pimienta; la planta que la produce es rastrera como la yedra, y tiene racimos parecidos á los de la cepa silvestre. La pimienta, aunque verde, ennegrece al madurar, sin necesidad de la accion del humo ó del agua caliente, como algunos han creido, observacion que hace tambien Juan de Marignoli. Jordan cita tambien el gengibre, y en cuanto al cinamomo, se contenta con decir, que es la corteza de un gran árbol, cuyas flores y frutos son parecidos á los del giroflo ó clavero. Quizá, dice M. Coquebert-Montbret, una residencia mas dilatada, y un ministerio menos sobrecargado de atenciones, hubieran permitido al prelado reunir mayor número de datos del mismo género.

Las persecuciones que sufrió por parte de los mahometanos, le obligaron á retirarse; pero ignoramos la época y las circunstancias de su marcha, las de su vuelta, y los lugares que habitó desde entonces. Hay motivo para sospechar, que el obispo de Colam volvió á Europa, por la Arabia, el Asia menor y la isla de Chio. El título *Mirabilia*, que tiene su relacion, era muy ordinario en la edad media, para escitar mas la curiosidad del lector. El estilo de Jordan, no es inferior al de algunas otras obras de la misma época; y aun puede colocársele en la misma linea que la traduccion latina de los viages de Marco Polo, pudiendo creerse, que los que componian estos libros, evitaban usar de un latin mas puro, temiendo no ser comprendidos de lectores poco familiarizados con un latin elevado y correcto. En cuanto á la falta de órden, y á los vacíos que se notan en la relacion de Jordan, no se puede hacer responsable de ellos á un religioso profeso, perteneciente á una órden célebre por la instruccion que daba á sus individuos, y que deseaba propagar; á un religioso, sobre todo, tan distinguido, que mereció ser elevado al episcopado, pues nosotros creemos con M. Coquebert-Montbret, que no nos quedan mas que fragmentos de la obra primitiva, mutilada por una mano poco hábil, que habrá separado todo lo que no consideraba bastante sorprendente para ser colocado entre las *Mirabilia*.

Juan XXII no se limitó á instituir un obispo para Malabar; envió, en 1330, á muchos religiosos de Sto. Domingo y S. Francisco, para que ayudaran á este prelado. Fontana habla de un dominico, llamado Teclaimanot, que anunció el evangelio en la India, que fundó muchos conventos de su órden, que convirtió á un rey, que bautizó á sus súbditos mahometanos, y que murió en 1336.

Juan de Cor, nuevo arzobispo de Sultanieh, á quien su sufragáneo Jordan llevó el pálio, asistió á los funerales de Juan de Montecorvino, arzobispo de Kan-Balikh, que falleció hácia 1330.

El viage que hizo á la China le dió ocasion para redactar un documento curioso, titulado: *Del estado y del gobierno del gran khan de Cathay, soberano emperador de los tártaros, y de la disposicion de su imperio y demás príncipes*, etc. El santo arzobispo de Kan-Balikh, durante su larga y laboriosa mision, convirtió á mas de 30,000 infieles.

Luego que Juan XXII tuvo noticia de su muerte, nombró por sucesor á Fr. Nicolás, religioso de la misma órden, que recibió como ausiliares veinte franciscanos sacerdotes y seis legos, dándole además el papa cartas, fechadas en Aviñon, en octubre de 1333, para Leon IV, rey de Armenia, y para el khagan.

Es digno de notarse que Fr. Nicolás, habia sido profesor de teología de la facultad de Paris, y que era un francés el elegido para ser segundo arzobispo de Pekin.

La precaucion que tuvo Juan XXII, de autorizar á este prelado con cartas de recomendacion, no la omitió para ninguno de los numerosos misioneros de las familias de S. Francisco y Sto. Domingo, que enviaba al oriente. Su correspondencia con los diferentes gefes mongoles, así como con los príncipes, que eran tributarios suyos, servia para proporcionar á los apóstoles de la fé una acogida mas favorable, y para afirmar su autoridad en el ejercicio de su ministerio.

Entre los mas ilustres apóstoles de la órden de dominicos, es preciso hacer mencion del P. Pablo, que, enviado á oriente, desde el convento de Perusa, trabajó en Grecia y Constantinopla, para atraer á los griegos á la unidad, y predicó la palabra de Dios en Crimea, en el Asia menor y en Chipre. Tambien debe ser recordado el P. Nicolás de Perusa, que recorrió toda la Palestina, afirmando á los cristianos en la fé, y regenerando por el bautismo á muchos infieles. De los dominicos, que el convento de Pera, próximo á Constantinopla, enviaba á las diversas naciones del Asia, eran entonces los principales, Francisco, natural de Camerino, en la Marca de Ancona, y Ricardo, de nacion inglés, consagrados ambos á la conversion de los pueblos situados al norte del mar Negro. Los principales gefes de los zicos y alanos cismáticos, que habia en estos paises, encargaron á Francisco y á Ricardo, llevâran el acta de su sumision á la santa sede. Al atravesar Constantinopla, procuraron estos misioneros preparar los espíritus para que aceptáran la reunion. Por último, llegaron á Roma, y la relacion que hicieron al papa de los triunfos y esperanzas de la religion en oriente, llenó su corazon de alegría. El 22 de mayo de 1333, escitó Juan XXII al capítulo de dominicos reunido en Dijon, para que proporcionára á esta parte del mundo un número de misioneros, bastantes para atender á todas sus necesidades. El capítulo no se limitó á satisfacer los deseos del pontífice, pues con el fin de facilitar la obra de las conversiones, se habia decretado ya, que el vicario general dominicano de la sociedad de *Peregrinos de Jesucristo*, estableceria el estudio de las lenguas orientales en las principales casas sometidas á su cuidado. Despues del capítulo de Dijon, se señalaron de una manera especial, dos conventos, uno de Pera y otro de Caffa, para que los misioneros se consagráran especialmente al estudio de aquellos idiomas. Francisco y Ricardo eran muy versados en los de oriente, y capaces de consagrarse á su enseñanza; pero Juan XXII les dió un destino mas elevado, instituyendo al primero arzobispo de Vospro, ciudad situada en el estrecho que los antiguos llamaban Bósforo Cimerino, é instituyendo al segundo obispo de Cherson, ciudad marítima del Cherseneso Táurico. En calidad de nuncios apostólicos, aparecieron en Constantinopla; pero la obstinacion del clero cismático, defraudó sus esperanzas, y si bien no lograron atraer á los griegos, ilustraron á los idólatras y musulmanes. Desde Vospro y Cherson, constituidos puntos de partida de sus frecuentes misiones, enviaron á todas partes obreros evangélicos, que diferentes órdenes les suministraban, para la propagacion del evangelio.

Así como habia alanos cismáticos, habia tambien idólatras. Bruzen de La Martimére, hace observar que estos pueblos nómadas, establecidos antiguamente mas allá de los orígenes del Jaik (Ural), se habian estendido, desde las llanuras de la Armenia, y las lagunas Meotidas, hasta las montañas próximas á la India. Vivian en tiendas, que trasportaban á los lugares de aposentamiento que convenian á sus rebaños, únicas riquezas de los alanos, acostumbrados á nutrirse con carne y leche. Los niños, las mugeres y los viejos, permanecian en sus tiendas, en tanto que los hombres vigorosos, hacian escursiones en los territorios inmediatos, porque la guerra era su única ocupacion. Desde muy niños, acostumbraban á montar á caballo, y aspiraban á

señalarse en los combates; consideraban como vergonzoso, envejecer y morir en paz; envidiaban la suerte del que moria con las armas en la mano, sobre montones de cadáveres que hubiera sacrificado, y eran sumamente respetados los guerreros, cuyos caballos iban adornados con las cabelleras arrancadas á los de los enemigos. Un sable desnudo, clavado en tierra, era el único objeto de sus homenages, y por medio de varetas ó palillos, intentaban presagiar las cosas venideras. Klaproch señala los restos de estos alanos, y de los azos de la edad media, en los osetas, que residen en Circasia, independientes y aun enemigos de los rusos. Sea de esto lo que quiera, nuevas tribus de los alanos, que no habian abrazado el cristianismo, pidieron misioneros; y Juan XXII encargó al obispo Tomás, dominico, y á algunos otros religiosos de su órden, la mision de evangelizarlos. Los franciscanos tenian á su cuidado anunciar á otras tribus las verdades del cristianismo.

Entre este gran número de ministros de la palabra divina, que se difundian por el oriente, para atacar á la idolatría y al islamismo, habia muchos, á quienes la gracia hacia triunfar de los asaltos dados á su fé y á sus costumbres, y á quienes la crueldad de los infieles proporcionaba la corona del martirio. Debemos citar en primer lugar á Guillermo, franciscano inglés, muerto á sablazos hácia el año de 1335, por los mahometanos de Salmastra, en Persia; y al húngaro Fr. Domingo, que fué desollado vivo en Tartaria, por amor de Jesucristo. *Las Crónicas de los franciscanos*, dicen, hablando de Guillermo, que esponia las verdades cristianas, cuando los musulmanes le interrumpieron para preguntarle, qué pensaba de su ley y de su profeta; á lo cual solo contestó el misionero: «Creo en Jesucristo.» Vuelto á interpelar para que manifestára el sentir de los cristianos sobre Mahoma, no pudo menos de decir, que este órgano de la mentira, no habia promulgado mas que una ley falsa. Al oir estas palabras, le encadenaron los piés y las manos, y le metieron en un oscuro calabozo, publicándose en toda la ciudad que el vil *puerco*, (así llamaban al confesor,) habia proferido atroces injurias contra el islamismo. Luego que el pueblo estuvo reunido, propusieron al mártir la alternativa de apostatar ó morir; pero este renovó con valor su profesion de fé, y á los gritos de los musulmanes, cayó atravesado por la espada de uno de ellos. Guillermo, poniendo la mano sobre la llaga, esclamó, que moria contento en defensa de la verdad, y que detestaba los errores de Mahoma; muchos golpes de cimitarra cortaron entonces los últimos lazos que tenian su alma cautiva, y voló á entrar en el seno de Dios. Si habia muchos misioneros que triunfaban de la persecucion, tambien hubo algunos, dice el P. Touron, que se dejaron vencer, ó por el terror de los suplicios, ó por el atractivo de los placeres. La misericordia del Señor no abandonó enteramente á los que así se habian olvidado de su deber; y despues de haber hecho una triste esperiencia de su propia debilidad, tuvieron la dicha de saborear la fuerza victoriosa de la gracia. «El franciscano Estéban, húngaro tambien como Domingo, nos suministra un ejemplo admirable de este esforzado arrepentimiento. Si el espíritu de las tinieblas, supo transformar á este discípulo de S. Francisco en esclavo de Mahoma, la virtud mas poderosa de Dios, hizo del renegado un confesor de Jesucristo, y del penitente, un glorioso mártir.

Diremos algunas palabras sobre el estado de las misiones en el imperio de Kaptchak, en que reinaba una de las ramas de los mongoles Djenghuyz-Khanides, por haber sido el lugar en que ocurrió este suceso memorable.

Uzbek-Khan, soberano de Kaptchak, subió al trono en 1313, y es de notar, que los monarcas tártaros que se hicieron mahometanos, se mostraron mas tolerantes con los cristianos, que los demás soberanos musulmanes. Estéban, franciscano, como el mártir de que vamos á hablar, habia sido nombrado obispo de Serai, capital de Uzbek, en cuya ciudad se predicaba con toda libertad, se esplicaban los divinos

misterios, se celebraban públicamente, y con solemnidad, los divinos oficios; se empezaban á cantar con fervor las alabanzas de Jesucristo; se sabia su ley, y se observaban sus preceptos. No era necesario tanto para alarmar al espíritu de las tinieblas y para promover persecuciones contra la Iglesia. Despues de muchas tentativas inútiles, los enemigos de la religion procuraron persuadir á muchos oficiales de Uzbek, que el sonido de las campanas, de que se hacia uso para reunir á los fieles, era de mal agüero entre los tártaros. Estos oficiales, mas supersticiosos que mal dispuestos, comunicaron sus temores al príncipe, el cual publicó inmediatamente un edicto para prohibir, no la predicacion del evangelio, ni la celebracion de los oficios divinos, ni las reuniones ordinarias de los fieles, sino solamente el sonido de las campanas, que creia anunciaban alguna cosa triste y funesta para su imperio. El obispo de Serai tranquilizó á los cristianos, alarmados con esta medida, y los exhortó á que continuáran pidiendo por la prosperidad del khan. A fin de disipar las nubes que se habian formado en Kaptchak, escribió Juan XXII á Uzbek-Kkan, en 28 de marzo de 1318, dándole gracias por los favores concedidos hasta entonces á los misioneros, exhortándole á que abrazára el cristianismo, y rogándole que revocára el edicto dado sobre el uso de las campanas. Diez y seis años habian pasado despues de esta carta del papa, cuando un franciscano consternó con su caida, pero consoló luego por su admirable conversion, á todos los misioneros y á la nueva cristiandad de Kaptchak.

Estéban, natural de Grand-Waradin, ciudad episcopal de la alta Hungría, tomó muy jóven el hábito de franciscano y fué elevado á sacerdote. A la edad de veinte y cinco años, residia en el convento de S. Juan, á tres millas de Serai. Su primitivo fervor no tardó en debilitarse; y conducido á esa indiferencia, que nos hace, sino despreciar, olvidar al menos nuestros deberes, sintió bien pronto vacilar su fé, y concluyó por olvidarse de todo lo que habia creido. No fué, sino despues de grandes luchas, cuando sucumbió á las sugestiones del enemigo tentador. Recluso en una ocasion por una falta de disciplina, intentó fugarse; pero rechazando el pensamiento de desercion, se recomendó á las súplicas de los religiosos. Próximo estaba otra vez á caer en la tentacion, cuando viendo la cruz del campanario de la iglesia, esclamó: «¿Podré yo ofender hasta este punto á aquel que sufrió por mí el mas cruel suplicio?» A la mañana siguiente, se recomendó de nuevo á las oraciones de sus hermanos, y les rogó velaran por él. Sus superiores resolvieron enviarle al convento de Caffa; pero logró escaparse burlando la vigilancia de su compañero; en seguida entró en Serai, y manifestó á los musulmanes sus designios de abrazar su falsa ley. El cadí, juez civil, y en algunos casos, eclesiástico, recibió esta noticia con la mayor emocion, y acogió á Estéban, comprendiendo cuán importante era para el islamismo, la adhesion de un sacerdote cristiano, individuo de una órden religiosa, cuyos progresos eran tan notorios, y cuya ciencia era igual á su virtud. Desde la mañana del siguiente dia, en que los musulmanes celebraban con pompa la fiesta llamada *Mereth*, y que en este año de 1334, desgraciadamente coincidia con el viernes santo, fué conducido el apóstata á la mezquita, donde abjuró el cristianismo, aceptando públicamente la doctrina del Coran. El mismo cadí le despojó de su hábito religioso, que en señal de desprecio, holló con sus piés, revistiéndole un trage de escarlata y de tela de oro. A presencia de una multitud inmensa, porque la mezquita podia contener cerca de 10,000 musulmanes, escitó á Estéban á la apostasía, prometiéndole honores y riquezas, haciendo difundir la noticia de que un gran sacerdote de los cristianos acababa de convertirse á Mahoma. El pueblo acudió en tropel, y Estéban, en medio de los principales habitantes, marchaba sobre un caballo ricamente enjaezado, precedido de estandartes, y especialmente de su hábito religioso, que en señal de triunfo, llevaban suspendido de la punta de una lanza. El acompañamiento recorrió toda

la ciudad al sonido de las trompetas, para alegría de los mahometanos y confusion de los católicos, y sobre todo de los religiosos, que anegados en lágrimas, se alejaron de esta multitud embriagada de la gloria, que creia recibir en el oprobio del nombre cristiano.

Pero el que despues de la triple negacion de S. Pedro, hizo con una sola mirada brotar de sus ojos lágrimas de penitencia, dirigió tambien los suyos hácia nuestro Estéban, el cual, viendo la consternacion de los cristianos, y la postracion de sus hermanos, los hijos de S. Francisco, sintió alterado el fondo de su corazon en medio de tanta pompa. Los musulmanes, para hacerle confesar la unidad de Dios, que implica en ellos la negacion de la santísima Trinidad, querian que levantase un dedo en el aire; pero él persistió en levantar tres, indicando así, que la unidad de Dios se concilia con la Trinidad de las personas. Estéban no tocó á ningun manjar en el festin espléndido que sucedió á esta cabalgata, y en el cual sufrió las angustias de su espíritu y el remordimiento por la falta cometida.

Cuando los musulmanes le dirigian alguna pregunta sobre su situacion, contestaba que estaba lleno del espíritu de Mahoma. Despues fué conducido á la casa que se le tenia preparada, con un iman, encargado de instruirle. En el mismo dia, y en el siguiente, recibió y humedeció con sus lágrimas cartas llenas de uncion, escritas por los religiosos, hermanos suyos, reprendiéndole su crímen. «He pecado como Judas, respondió á uno de ellos, llamado Miguel, pero no me entregaré como él á la desesperacion; por la misericordia de Dios, he reconocido mi falta y me arrepiento de ella. Si podeis ocultarme, sin comprometeros ni comprometer á los cristianos, pronto estoy á sufrir una prision perpétua; si no podeis hacerlo, deseo al menos que vengais á prepararme con la administracion de los sacramentos, para la prueba del martirio, porque así como estrepitosamente he renegado de Jesucristo, públicamente quiero reconocerle por mi Dios y Salvador.»

La casa de un cristiano fué la señalada para la entrevista, y al dia siguiente, se presentaron en ella el guardian Pedro de Bolonia con otros religiosos, y Estéban, prosternado en tierra, pidió el perdon de su crímen con lágrimas y sollozos, suplicando se le admitiese á penitencia y á la comunion de los fieles, con tal efusion de corazon, y con tan vivo arrepentimiento, que todos los concurrentes derramaron copiosas lágrimas. Efectivamente, recibió el sacramento de la penitencia, así como la absolucion de sus pecados y del crímen de apostasía, deseando aparecer ante los musulmanes revestido con el hábito religioso, que habia conservado en su morada, detestar de su perfidia, y declararse públicamente cristiano, porque no creia poder espiar su crímen mas que dando la vida por Jesucristo, cuya religion habia ofendido con semejante oprobio. El guardian creyó mas conveniente, que Estéban cubriese su hábito de religioso con el trage de los musulmanes, para que despues de haber hecho pública profesion de fé delante del cadí, le rasgase y apareciese por su vestido y por sus palabras, como verdadero hijo de S. Francisco, y confesor de Jesucristo.

Al dia siguiente, vestido de la manera que queda dicha, entró Estéban en la mezquita, donde se habian reunido cerca de 10,000 musulmanes. Con esforzado valor, y lleno del Espíritu Santo, subió á la tribuna, é impuso silencio con la mano; y en el momento en que se esperaba oirle proferir algunas blasfemias contra Jesucristo, dijo con tono firme. «He sido cristiano durante veinte y cinco años; he examinado el cristianismo, y es la verdadera religion y la única en que podemos salvarnos. Durante los tres dias, que como apóstata, he vivido entre vosotros, no he conocido en vuestra religion mas que supersticiones y mentiras, asegurándome mas de que Mahoma no es mas que un impostor y un falso profeta. Confieso, pues, que Jesucristo es el verdadero hijo de Dios, y el Salvador del mundo; reconozco que su Santa Madre es vírgen, y abjuro y detesto vuestra falsa religion.» En seguida rasgó su trage de





escarlata, y apareciendo con el humilde hábito de S. Francisco, manifestó que estaba pronto á morir por Jesucristo. Accion tan atrevida le hubiera hecho víctima del furioso auditorio, si el cadí, interponiendo su autoridad, no hubiera anunciado, que no libraba á Estéban de su furor, mas que para hacerle sufrir la pena del fuego establecida por la ley. En seguida, fué conducido el franciscano con las manos atadas á casa del cadí, donde sufrió nuevos tormentos. Habiéndole interrogado el juez, y encontrándole firme en la fé, le entregó á disposicion del verdugo. Ya debilitado por la tortura y por una abstinencia de tres dias, fué golpeado con sacos de cuero, llenos de plomo y arena, de una manera tan violenta, que cayó medio muerto. Los satélites le suspendieron en seguida de un pié y de una mano atados en un palo, y en los miembros opuestos cargaron piedras de enorme peso, en cuya postura permaneció toda la noche. (Pl. XXIV, n.º 1.) Al dia siguiente, le desataron sus verdugos, sorprendidos de encontrarle vivo, y le permitieron tomar algun alimento, enviado por la princesa, muger de Uzbek-Khan. Como en nada se habia disminuido su constancia en la fé, le golpearon de nuevo con los mismos sacos de cuero, y le suspendieron por los piés, separados violentamente á mucha distancia, y poniéndole en la cabeza un enorme peso.

Los musulmanes, que tambien le encontraron vivo al dia siguiente, le descolgaron, y le propusieron, eligiera, ó la ley de Mahoma, ó sufrir en aquella noche la muerte mas horrorosa. Con valor invencible contestó, que nada podia serle mas grato ni dulce, que sufrir la muerte por Jesucristo. Llegada que fué la noche, le castigaron como antes, y atándole una cuerda al cuello, le colgaron de lo alto, encendiendo á sus piés una hoguera bastante grande, en la cual arrojaron gran cantidad de estiércol, para que el humo le ahogara, al mismo tiempo que era pasto de las llamas. Los verdugos, luego que pasó cierto tiempo, y creyéndole muerto, le arrojaron como cadáver á un rincon de la prision. Dos mugeres mahometanas, admiradas de cuanto se decia del valor de este mártir, y de la impotencia de los tormentos que habia sufrido, tuvieron la curiosidad de ir á ver en qué estado se encontraba su cuerpo. Grande fué su asombro cuando vieron á Estéban arrodillado, haciendo oracion, rodeado de un globo de luz, y teniendo sobre sus hombros dos blancas palomas. (Pl. XXIV. n.º 2.) El cadí, luego que tuvo noticia de este hecho, y á presencia del prodigio, vaciló sobre el partido que debia tomar, temiendo que si sometia á Estéban al suplicio del fuego, podria librarle el cielo por un milagro semejante, cuyo resultado seria la conversion de todo el pueblo, y que si le dejaba libre, confesaba su derrota y la de Mahoma. El orgullo venció por fin; pero no fué sino para proporcionar una nueva manifestacion de la omnipotencia de Dios. El cadí mandó encender una grande hoguera en la plaza pública, é hizo anunciar que Estéban iba á ser quemado vivo. Para asegurarse de su muerte, mandó tambien que se encendiera un gran hornillo, donde fuera introducido el mártir, quedando cerrada la puerta. Así se hizo, y el cadí se retiró luego que consideró que el cuerpo estaria ya hecho cenizas. Al dia siguiente por la mañana, abrieron los satélites la puerta del horno, y encontraron á Estéban en oracion, cubierto de un sudor ligero, como si saliera de un baño. El cadí, profundamente conmovido, esclamó, que aquello era un milagro, y que era preciso dar libertad al franciscano; pero los musulmanes, que se mostraban tanto mas tenaces, cuanto mayores y mas manifiestos eran los prodigios del cielo, amenazaron quemar al mismo cadí, si libraba á un hombre, que habia blasfemado de Mahoma. El cadí se lo entregó, y el mártir fué conducido á la prision de los condenados.

A la noche siguiente, se dirigió á ella una multitud armada, que rompió las puertas, y propuso á Estéban la apostasía ó la muerte. El mártir, respondió, que preferia mil muertes, y protestó que era sacerdote de Jesucristo, cuya ley era la única que podia salvarnos, al

paso que la de Mahoma no era mas que superstición y causa de ruina. Uno de los musulmanes al oir estas palabras, descargó sobre su cabeza un fuerte hachazo, causándole una herida mortal; otro le atravesó el vientre con su espada, echándole fuera las tripas, y el resto de los musulmanes pedia se le reservase para el suplicio del fuego establecido por la ley. El cadí, que acudió al tumulto, propuso á Estéban la curacion de sus heridas, darle á su propia hija en casamiento, llenarle de riquezas, y concederle honores; á todo lo cual contestaba el franciscano: «Haced de mi cuerpo lo que querais.» El juez pronunció la pena capital del fuego.

Al dia siguiente, sesto de este horrible martirio, sacaron al atleta de Jesucristo, le despojaron de sus vestidos, y enteramente desnudo, le ataron á la cola de un caballo, para conducirle á la hoguera. El poder de Dios, se reveló en este momento para confusion de los infieles, porque este hombre, privado de alimento durante tantos dias, teniendo dos heridas en la cabeza y en el vientre, pero sostenido y animado con la esperanza de una recompensa próxima, se lanzó con el vigor de un jigante, y cantando salmos y cánticos espirituales, adelantaba en la carrera al caballo á que iba atado. Los cristianos veian en esto un nuevo milagro, y los musulmanes, cada vez mas enfurecidos, sometieron al mártir á nuevas flajelaciones, con que destrozaron todo su cuerpo. Uno de los concurrentes, le cortó una oreja, y la arrojó al fuego; pero del centro de la hoguera saltó al seno de un cristiano, que la llevó al convento de los franciscanos. Estéban, encadenado y próximo á la hoguera, pidió á Dios, que antes de su muerte, pudiera hacer con su propia mano la señal de la cruz; las ligaduras se rompieron instantánea y milagrosamente, y fortalecido con la señal de la cruz, é invocando á Dios, se lanzó espontáneamente al fuego, que se apagó al contacto de su cuerpo. Los satélites, enfurecidos, trajeron leña seca, derramando en ella materias inflamables, así como sobre el cuerpo del mártir, cuyas manos ataron de nuevo. Tambien esta vez se rompen las ligaduras, por virtud del signo de la santa cruz, y por segunda vez, tambien se estingue el fuego sin tocar á su cuerpo. El poder divino se manifestaba de una manera demasiado sensible, para no escitar el reconocimiento del mártir, quien, reprobando la ley de los musulmanes y á su falso profeta, exaltó la misericordia y el poder de Dios, y desafió á los infieles, asegurándoles, que no le quemarian mientras estuviera vivo. Furiosos los mahometanos, y armados de mil maneras diferentes, se lanzaron sobre él, y le hicieron trizas, consumando por una muerte gloriosa este martirio de seis dias.

El cuerpo de Estéban, que vivo, habia resistido á las llamas, quedó reducido á cenizas despues de su muerte, si bien los cristianos lograron salvar algunos huesos, que Dios quiso honrar despues por medio de muchos milagros. Los fieles, los judíos, y los musulmanes, fueron á la noche siguiente testigos de un hecho estraordinario, que el cielo permitió, para consuelo de unos y conversion de otros, pues todos vieron cuerpos luminosos y brillantes, sobre el lugar mismo en que Estéban recibió el martirio, quien rindió el alma á Dios á 22 de abril de 1334.

Uzbek-Khan, cuya capital fué teatro de los gloriosos combates de este héroe, dió á los franciscanos, que evangelizaban el imperio de Kaptchak, un terreno en una ciudad que entonces se construia. Benedicto XII le dió las gracias, en 1338. El soberano tártaro de Kaptchak, se apoderó de Chirwan, en 1335, quitándosela á los mongoles de Persia, cuyo rey, Abu-Said, murió en el mismo año, no dejando mas que un hijo, que los gefes de las hordas no quisieron reconocer, constituyéndose cada uno en pequeño soberano. El año de la muerte de Abu-Said, fué el del nacimiento de Timur-Beig, descendiente por línea femenina del famoso Djenguyz, y mas conocido aun con el nombre de Tamerlan.

Bien pronto no habrá mas que confusion,

no solo entre los mongoles, que desde Hulagu, han dominado la Persia, la Armenia, la Mesopotamia, y una parte del Asia menor, sino entre los que, desde Batu, dominaban con el nombre de imperio de Katchak los paises al norte del mar Negro y del mar Caspio, casi toda la Rusia y una parte de la Polonia; y por último, entre aquellos, que bajo el nombre de imperio de Tchagatay, ocupan el Mawar-el-nahr ó Transoxan, el Karizme, el Mongolistan y muchos paises al este y al sur de los rios Djibun y Sihun (el Oxus y el Jaxartes); pero Timur-Beig, levantándose del medio de estos últimos, sabrá reunir todos estos despojos en un monton formidable.

CAPÍTULO XII.

Nuevos misioneros dominicos. — Misiones de los franciscanos en China y en Tartaria. — Descripcion del Sinaí. — Misiones en la India y en Livonia.

El capítulo general de los dominicos, celebrado en 1337, dispuso que todos los priores provinciales enviaran seis religiosos recomendables por su ciencia y costumbres á las provincias de Grecia y Tierra santa, y á la sociedad de *Peregrinos de Jesucristo*. Como la órden poseia entonces diez y siete provincias, llegó á ciento y dos el número de los padres, que inflamados de santa caridad, se dirigieron en este año, á anunciar la palabra de Dios, á los pueblos que la desconocian.

Benedicto XII, cuya esperanza se fundaba en el celo de los dominicos por la propagacion de la fé, supo al año siguiente, por la embajada, que desde el centro de la China llegó á Aviñon, cuál era el estado de la religion en este imperio tan lejano. El franciscano, Fr. Andrés Franco, y otros quince religiosos, llevaron á Benedicto, al principio de 1338, cartas del Khagan, en las que se denominaba emperador de los emperadores, y en las que suplicaba al papa se acordára de él, invitándole á enviar misioneros para establecer relaciones entre la silla apostólica y la corte imperial, y recomendándole, en fin, á los alanos cristianos súbditos suyos. Bergeron hace observar, que estas cartas del Khagan, estaban fechadas en el *año del raton*, indicacion que esplica así. El emperador, en el primer dia del año, fijaba mucho su atencion sobre el objeto que desde luego se presentaba á sus ojos, atribuyéndole una influencia misteriosa en los sucesos del año, siempre que fuese un objeto animado. Como en el presente año, fué un raton lo primero que se presentó ó sus ojos, tuvo de aquí ocasion para designar el año con el nombre de este animal.

La embajada llevó tambien cartas de los príncipes alanos, que pagando un tributo de reconocimiento á la memoria de Juan de Montecorvino, se quejaban de que aun no hubiese llegado su sucesor, y de estar privados del primer pastor hacia ya ocho años. Si es cierto, que en la época en que estos príncipes escribieron al papa, aun no habia llegado á su ciudad metropolitana Fr. Nicolás, segundo arzobispo de Kan-Balikh, resulta de las letras de Benedicto XII, que este prelado y sus compañeros se encontraban en el imperio de Tchagatay, en el que contribuian mucho á los progresos de la fé.

Ily-Balikh, en los últimos confines de este imperio, era el centro de una mision franciscana, de la que formaba parte Pascual de Vitoria. Este franciscano español, que escribió en 1.° de agosto de 1338 al guardian y religiosos del convento de Vitoria, la relacion de su viage, acompañado de Fr. Gonsalve de Transtorna, dejó á Aviñon, con la bendicion de su general, para ir á Asia á ganar la indulgencia. De allí pasó á Venecia, se embarcó en el Adriático para Constantinopla, y despues en el mar Negro para Tartaria.

En cuanto llegó á Serai, se dedicó á aprender la lengua de los tártaros, pudiendo predicar, sin intérprete, tanto á los musulmanes, como á los cristianos, cismáticos, y hereges. Durante su permanencia en Serai, sufrió Estéban de Hungría su glorioso martirio. Continuó sus viages por rios y por tierra, atravesó una ciudad, que dice ser Ilus, donde moraba

Job, y entró en Tchagatay, entonces conmovida por revoluciones políticas. En un lugar, en donde, con ocasion de una fiesta de los musulmanes, se habian reunido mucho pueblo y muchos imanes, empezó á predicar á Jesucristo, y se hospedó en frente de la mezquita. El iman principal, disputó con él por espacio de veinte dias sobre las doctrinas del Coran, y tan activa fué la discusion, que apenas tenia tiempo para comer una vez cada dia, un poco de pan, y beber agua. La victoria coronó sus esfuerzos, y movió á sus adversarios á que confesaran el dogma de la santa Trinidad. Con el fin de seducirle, se le ofrecieron riquezas, honores, y placeres; pero rechazando con firmeza estas sugestiones, le apedrearon dos veces, quemaron su rostro y sus piés, y le arrancaron la barba, sin que consiguieran otra cosa que el que diera gracias á Dios, que se dignaba permitir sufriera estos tormentos y estas injurias por su santo nombre. Su viage de Hus á Ily-Balikh, duró cinco meses, sin que dejara de llevar el hábito de su órden, ni de predicar en público. «Amados hermanos mios, (decia al concluir), mi ministerio es anunciar la palabra de Dios á las naciones, y el enseñar á los pecadores á que se separen de sus pecados y entren en los caminos de la salvacion; pero solo á Dios pertenece conceder la gracia de la conversion.» El gefe de la mision de Ily-Balikh, era Fr. Ricardo de Borgoña, obispo de esta ciudad, que al ir á tomar posesion de su título, escogió por compañeros á los hombres mas doctos y celosos de su órden. Además de Pascual de Vitoria, debemos hacer mencion de los sacerdotes Francisco de Alejandría, y Raimundo Ruffi; á los legos, Pedro Martel de Narbona, y Lorenzo de Alejandría. Entre ellos, habia tambien un negro, llamado Juan de las Indias, que convertido por los franciscanos, se habia suscrito en la órden Tercera de S. Francisco, y servia de intérprete al arzobispo de Kan-Balikh. El gefe de los mongoles de Tchagatay, se encontraba enfermo al tiempo del establecimiento de esta mision en su capital. Francisco de Alejandría, que tenia algunos conocimientos quirúrgicos, logró curarle de un cáncer y de una fístula, curacion que le valió la completa confianza del príncipe, á quien llamaba su padre, eligiéndole por consejero suyo. La superioridad de talentos, y mas aun, la pureza de costumbres, y el completo desinterés de los misioneros, hicieron creer al príncipe mongol, que los hombres que se conducian así, tenian por móvil principios muy santos. No atreviéndose á abrazar por sí mismo una religion que le parecia tan bella, entregó á un hijo suyo, de edad de ocho años, para que Francisco le educára en el cristianismo. Efectivamente, este jóven príncipe recibió el bautismo y el nombre de Juan. Semejante ejemplo atraia diariamente nuevos prosélitos á la fé, y es de presumir, que se hubiera propagado en todo el Tchagatay, á no haber sobrevenido una catástrofe política. El soberano, que tan favorable se habia mostrado á los misioneros, y que puso á disposicion del obispo, un terreno, en que se construyó una hermosa iglesia, fué envenenado por un príncipe mahometano de su familia. Irritado el usurpador, del celo con que los franciscanos estirpaban la idolatría y el islamismo, publicó tres edictos, previniendo que todos los cristianos, bajo pena de la vida, renunciáran á Jesucristo y se hicieran musulmanes. Estas órdenes, que eran generales, comprendian por consiguiente á los siete misioneros. Se les propuso hicieran una abjuracion pública y solemne de su religion; pero habiéndolo rechazado, fueron atados todos á una larga cuerda, y espuestos á los insultos del populacho, que los azotó, abofeteó y acuchilló, cortándoles la nariz y las orejas, hasta que viendo, que ni los oprobios ni los tormentos hacian vacilar á estos valerosos apóstoles, cuya voz no cesaba de anunciar el cristianismo y mostrar la falsedad del Coran, les cortaron las cabezas en el mes de junio, de 1342. El populacho en seguida se precipitó sobre el convento de los franciscanos, que fué incendiado y saqueado. Los demás cristianos, ó tuvieron que huir, ó cedieron á la violencia de la persecucion, ó

sufrieron la cautividad y la miseria, hasta que Dios entregó su perseguidor á otro tirano, que le hizo sufrir la muerte mas cruel.

En el momento en que Fr. Pascual de Vitoria, trasmitia á España los detalles de su viage, desde Aviñon á Ily-Balikh, los embajadores del Khagan volvian de Francia á China. Benedicto XII, que con benevolencia los habia acogido, los despidió en el mes de julio de 1338, colmándoles de presentes. Este pontífice les dió cartas para el emperador de los tártaros y príncipes alanos, con una fórmula de fé, y rogó á los reyes de Sicilia y de Hungría, así como al dux de Venecia, para que los trataran bien en su territorio. En el mes de setiembre dispuso marcharan, en cualidad de nuncios apostólicos, revestidos de los mayores poderes, los cuatro franciscanos, Nicolás Bonet, profesor de teología, Nicolás de Molano, Juan de Florencia y Gregorio de Hungría, dándoles cartas para el Khagan, para los soberanos de Kaptchak y de Tchagatay y para cuatro príncipes alanos. Cuando los nuncios llegaron á Ily-Balikh, abrió la carrera de las persecuciones, la muerte del monarca protector de los cristianos; pero en los estados directamente sometidos al Khagan y á los que se dirigian los nuncios, hacian rápidos progresos la fé católica y la órden de S. Francisco. El numero de cristianos ortodoxos se aumentaba sin cesar, y los franciscanos, con su doctrina, prudencia y santidad, hacian una impresion profunda en los pueblos, y multiplicaban sus residencias. Los que habitaban el convento de Kan-Balikh, construido por Juan de Montecorvino, junto al palacio imperial, eran tan honrados, que el emperador los admitiá frecuentemente á su mesa, y ninguna noche se acostaba sin recibir antes su bendicion. Además de las residencias fijas de los franciscanos, en toda la estension de la Tartaria, tenian otras movibles, pues no solamente habitaban las ciudades, sino que tenian casas rodadas que trasportaban en esas inmensas regiones por todas partes, en que las necesidades espirituales de las poblaciones, y las felices probabilidades de las conversiones reclamaban su presencia. La estimacion y el ascendiente de que gozaban los franciscanos, se aumentaron con la llegada de Juan de Florencia, y de sus compañeros, que por el tiempo de diez años, estaban revestidos con la cualidad de nuncios apostólicos. El emperador habia facilitado, por medio de un nuevo edicto, el ejercicio de su ministerio, autorizando la predicacion de la fé católica en su imperio, y previniendo á los demás príncipes del oriente, dispensaran á los misioneros la acogida mas honrosa. Juan de Florencia, gefe de la legacion, armándose de un crucifijo, para combatir al espíritu de las tinieblas, que cegaba á estos pueblos, les predicó intrépidamente el nombre de Jesucristo A su voz, levantaron los convertidos nuevas iglesias, y la fé católica penetró victoriosa en diferentes partes del imperio. Sin duda, fué en compañía de los nuncios de Benedicto XII, con quienes, el franciscano Juan del Marignoli de San Lorenzo, marchó por Serac é Ily-Balikh al Katai, á donde llegó en 1342, y desde donde volvió á Aviñon por la India, la Palestina y Chipre. Entonces fué nombrado obispo de Bisiguano y capellan del emperador Cárlos IV, que le encargó, hiciera un resúmen de las antiguas crónicas de Bohemia, y encontró medios de consignar en su redaccion fragmentos de su viage al oriente.

Ozbek, gefe de los mongoles de Kaptchak, siguió el ejemplo del Khagan dirigiendo una embajada al papa, compuesta de dos tártaros católicos y del franciscano Elías de Hungría, á quien el príncipe Djanibek, hijo mayor del Khan, amaba mucho. Estos embajadores ofrecieron presentes á Benedicto XII, quien por medio de ellos, invitó á Ozbek y á Djanibek á que abrazaran el cristianismo; á que favorecieran á los cristianos de sus estados, y á que respetáran las fronteras de Polonia y de Hungría, entonces amenazadas por los tártaros. La irrupcion de los mongoles, conjurada en vano, llegó á ser para muchos franciscanos y dominicos, ocasion de un fin glorioso, porque la espada de los bárbaros los inmoló en

ódio de la fé de que eran apóstoles. Fray Elías de Hungría, que gozaba de todo el afecto de Djanibek, vino en 1343 á decir al papa, entonces reinante, que la predicacion del cristianismo no estaba prohibida por el Khan en el imperio de Kaptchak, y que allí disfrutaba de libertad la religion católica. El soberano pontífice escribió al príncipe tártaro por medio de este franciscano, dándole gracias por su venturosa tolerancia é invitándole á que continuára dispensando sus beneficios á los cristianos.

La Persia, en 1340, suministró un héroe mas al ejército de los mártires en el B. Gentil de la órden de S. Francisco. Nació en el arrabal de Matélica, en la Marca de Ancona, y siendo aun muy jóven, tomó el hábito de S. Francisco. Despues de haber terminado sus estudios, permaneció por espacio de muchos años, en el convento de Monte Alberno, en Toscana, donde, en un éxtasis que tuvo S. Francisco, imprimió un seráfin, en las manos, en los piés y en el costado del santo patriarca, las llagas de nuestro Señor Jesucristo. La santidad del lugar, los buenos ejemplos de los religiosos, y las felices disposiciones del jóven franciscano, le elevaron bien pronto á la práctica de las virtudes mas sublimes. Su celo por la gloria de Dios y por la salvacion de las almas, le hizo concebir el designio de anunciar el evangelio, en Egipto y en la Persia. Pasó el mar, y se dedicó á aprender el árabe, pero le engañaron sus deseos, porque nada adelantó en el estudio de este idioma; y despues de inútiles ensayos, decidió volverse á Italia. Cuando ya estaba para partir, se le apareció el Señor, y le dijo: «He puesto mis palabras en tu boca, irás donde te envie, y dirás á estos pueblos infieles, todo lo que yo te mande.» Despues de este suceso milagroso, se notó que Gentil poseia perfectamente la lengua persa, y que predicaba con gran facilidad en este idioma. Convencidos por su doctrina, por sus milagros repetidos, y por su admirable virtud, corrian los persas en tropel á pedirle les administrára el bautismo. Llegó al número de 10,000 el de los infieles que le debieron su conversion, y cuando se les preguntaba cuál era su fé, respondian: «La de Fr. Gentil.» El afecto que le profesaban, les movió á ofrecerle sumas y terrenos considerables; pero observador exacto de la pobreza evangélica, se contentaba con un frugal alimento y con un pobre vestido, sin reservar, de las limosnas presentadas, mas que lo rigorosamente necesario para sus necesidades del dia, y disponiendo que el resto fuera distribuido á los pobres.

El veneciano Marco Cornaro, que habia sido enviado por su república en cualidad de embajador, cayó gravemente enfermo en Persia. El bienaventurado le predijo su curacion, la dignidad de Dux, la muerte de su padre, de su muger y de sus amigos, y por último, la prision y el cautiverio; predicciones todas que despues se realizaron. Cornaro, á quien acompañaba Gentil, quiso ir á la Arabia á venerar la tumba de Sta. Catalina, en la península de Sinaí, cuya descripcion creemos deber hacer en este lugar.

Tirando una línea de Suez al Akabah, sobre las crestas de la cadena de Thyh, dice Mr. Leon de Laborde, se forma un triángulo, cerrado al norte por el desierto, y al este y al oeste, por los dos golfos del mar Rojo. Tal es la península de Sinaí. Esta lengua de tierra, está formada de una manera, que nada hay comparable á ella en ningun pais del mundo. Composicion y disposicion de las rocas, formacion de los valles, altura de las montañas, todo es nuevo y particular en este pequeño rincon del globo. Una capa de rocas cubre todo este espacio, que el geólogo divide en dos grandes partes, una de formacion primitiva, que se estiende al sur, desde el Akabah, hasta el Wadi-Mokatteb y Magara, y otra, que está secundariamente compuesta de mármoles y piedras calcáreas, que ocupa la parte del norte. Su disposicion es igual en todas partes, y se parece á un gran mar, que por el impulso de una tempestad, levanta sus olas al cielo, y abre profundos abismos. Allí

es como una cascada de saltos violentos, mas allá como un avalanche amenazador; por un lado es un rio desbordado, por otro parecen verse los efectos de un temblor de tierra. Supongamos este estado violento, de repente, fijo, helado petrificado en masa de mármol negro de granito, y de pórfido, y tendremos alguna idea del cuadro que presenta á la vista, cuando se ha llegado á la cumbre de las montañas mas elevadas, tales como el Sinaí, el Serbal, el Salef, el Jorah, ó el Ganne sobre la cadena de Thyh Desde este punto, es un océano furioso de piedras silenciosas, un caos amenazador, pacífico y reposado. En el fondo de los valles, parece verse la corriente rápida del torrente mas violento, súbitamente detenido. Aquí no hay arena, y el pais está completamente desnudo. Se diria que el viento del desierto ha despojado la montaña, y presetado á nuestros ojos este vasto cuerpo sin vegetacion alguna, que parece no haber conservado mas que su trabazon huesosa, su esqueleto gigantesco, y sus articulaciones esparcidas. Al norte de la línea que hemos trazado, se descubre una aridez general; al sur, un verdor fecundo en el fondo de los valles, que riega todos los años la venida periódica de las lluvias.

Los caminos que conducen al valle situado al pié de la roca que comprende al Sinaí, (Tur-Sina), Horeb (Shuyreb) y la montaña de Sta. Catalina, están entre dos lados de masas de granito, que se elevan perpendicularmente hasta quinientos y á mil piés de altura; hay tambien caminos gigantescos y barrancos, que parecen ser callejuelas adyacentes.

Hay en la península del Sinaí, una montaña por escelencia, y sobre la cual dió Dios la ley á Moisés. Si nosotros no poseyéramos otros datos, nuestros ojos buscarian las cimas mas elevadas; el monte de Sta. Catalina ó Om-Schomenar; pero la tradicion señala un pico de menor altura, que aunque no el mas elevado, es sin embargo una alta montaña. Situada exactamente en el centro de la península, es la única á cuya cima puede llegarse para dominar todo el territorio, sin obstáculo alguno; es la mas atrevida en sus formas, y la mas grandiosa por la composicion granítica y basáltica de sus rocas. Desde este punto central, como un foco de luces, parten en todos sentidos, los valles que vierten sus aguas en ambos golfos. Por lo demás, se ha dicho con razon. «El Sinaí-Horeb, el Sinaí propiamente dicho, y el Sinaí Sta. Catalina, son una misma montaña por la base, pero se separan en su cima. El monte Horeb es una roca desnuda en sus formas, que domina á un valle, y que sirve, por decirlo así, de sosten ó fundamento á una masa de granito doble, mas alta, llamada el Sanaí. Esta masa de granito, de granos gruesos, que se eleva detrás del monte Horeb, está igualmente desnuda; pero es mas redonda y está cortada en líneas casi perpendiculares hácia el mediodía. Al sud-oeste del Sinaí, se levanta, en formas redondeadas, la montaña de pórfido de Sta. Catalina, cuya altura es 8452 piés sobre el nivel del mar Rojo.»

El P. Sicard, jesuita, ha descrito la roca de donde brotó el agua con abundancia, cuando Moisés, por órden de Dios, la tocó con su vara. Este prodigio, realizado en el sitio que Moisés llamó *Tentacion*, «es tan evidente, dice el misionero, que no hay ateo, que considerando con atencion lo que nosotros hemos visto, no se vea obligado á reconocer un ser soberano y omnipotente, único capaz de obrar tan gran maravilla. Hácia el centro del valle Rafidim, y á mas de cien pasos del monte Horeb, se descubre, marchando por un gran camino bastante escarpado, una alta roca, entre otras muchas mas pequeñas, la cual, por el transcurso de los tiempos, ha sido separada de las montañas próximas. Esta roca, es una gran masa de granito rojo, con la figura redondeada por un lado, y plana por el que mira á Horeb. Su altura y espesor es de doce piés, es mas ancha que alta, y su circuito es de cincuenta piés. Está atravesada por veinte y cuatro agujeros, y cada agujero tiene un pié de longitud, y una

pulgada de latitud. El lado plano de la roca, tiene doce agujeros, y otros doce el lado plano opuesto, todos colocados horizontalmente á doce piés del borde superior de la roca, y sin que los de un lado comuniquen con los del otro. Es muy importante notar, que esta, y las demás rocas, están situadas en un terreno muy seco y estéril, y que no se descubre en ninguno de los alrededores, rastro ni apariencia de manantial, ni de otra clase de agua. Esplicada así la situacion de esta roca, vamos á ocuparnos de las circunstancias, que prueban manifiestamente el milagro del autor de la naturaleza: 1.°, se nota fácilmente un pulimento en el lábio inferior de cada agujero hasta la tierra; 2.°, este pulimento no se vé mas que á lo largo de una pequeña reguera ó canaleta, abierta en la superficie de la roca, y que sigue la canaleta de un cabo al otro; 3.°, los bordes de los agujeros y de las canaletas están tapizados, por decirlo así, de un pequeño musgo verde y fino, sin que aparezca en ninguna otra parte de la roca ni una sola yerva. Toda la superficie de la roca, tanto en los bordes de los agujeros, como de las canaletas, es pura piedra. Hechas estas tres observaciones, pregunto yo: ¿qué nos significan este pulimento de los lábios inferiores de los agujeros, estas canaletas, igualmente pulimentadas de alto á bajo, este pequeño musgo, que no crece mas que en las estremidades de los agujeros y á lo largo de las canaletas, sin que en 3,000 años que han transcurrido hayan sufrido cambio alguno? Todas estas señales sensibles, son otras tantas pruebas incontestables, de que en otro tiempo salió de todos estos agujeros un agua abundante y milagrosa.»

No puede dudarse, que desde el paso de los israelitas, hasta la era cristiana, el Sinaí y todos los valles que le rodean, han sido objeto de una veneracion sostenida en mucha parte por las tradiciones. En los primeros siglos del cristianismo, se construyó un monasterio al pié del Sinaí y varias capillas en su cima. La emperatriz Elena, madre de Constantino, y despues Justiniano y Teodora, su muger, embellecieron este monasterio, le ensancharon y fortificaron con arreglo á sus necesidades. Su recinto llegó á ser bien pronto demasiado estrecho para contener á los que, movidos por la piedad, concurrian al Sinaí, y entonces, se edificó en el monte Horeb, un convento dedicado á Elías, y en el lugar mismo en que se habia escondido en una gruta. En el valle, en que Moisés hizo brotar la fuente Wady-Arabeyn (1), se edificó tambien otro monasterio de mucha mas estension. No bastando tampoco estas construcciones, se formó un vasto conjunto de edificios, protegidos por los picos elevados, que reunen el Serval al monte de Sta. Catalina y al Sinaí. En la hoya profunda del monte Serval se levantó otro monasterio, y los religiosos, con la perseverancia característica de las asociaciones, hicieron fértiles estos alveolos de los torrentes, en que crecen hoy los manzanos, los almendros y los granados que plantaron. Por medio de muchos millares de gradas, destruidas hoy en parte, hicieron accesibles á los peregrinos, que afluian de todas partes, los oasis perdidos en las montañas, asegurando además el paso contra las rocas amenazadoras, ya derribándolas, ya afirmándolas.

El monasterio del Sinaí, fué establecido bajo la advocacion de la Transfiguracion, y á este título aluden todos los documentos relativos á su fundacion, y los monumentos edificados en aquella época. Despues fué dedicado á Sta Catalina. La tradicion dice de esta vírgen, que fué atormentada en una rueda, y que la cortaron la cabeza en Alejandría de Egipto, bajo la dominacion del emperador Maximino, y que su cuerpo, arrebatado por los ángeles, fué trasportado á la montaña mas alta de la península del Sinaí, llamada desde entonces montaña de Sta. Catalina. Los religiosos del monasterio de la Transfiguracion, situado al pié del pico del Sinaí, recogieron su cuerpo, y vivieron desde entonces bajo el patrocinio de la gloriosa santa (2).

(1) Palabras árabes que significan fuente ó valle de los árabes.

(2) Al visitar el P. Degeramb la biblioteca del monasterio

De aquí procede, que los peregrinos de la edad media que visitaban el Sinaí, como Marco Cornaro, no hablen mas que del convento de Sta. Catalina. El monasterio de la Transfiguracion se eleva á 5,420 piés sobre el nivel del mar Rojo, pero el pico del Sinaí, le domina 2,032 piés, porque su altura total es de 7,452 piés so're el nivel del mar. Mientras Cornaro subia á la santa montaña, Gentil desapareció repentinamente de su vista, y no se unió á él, hasta ocho dias despues. Obligado á decir dónde habia estado, y qué habia hecho en este tiempo, contestó, que habia asistido à la muerte de su padre, que acababa de espirar en Matelica, y que habia presidido á sus funerales, y arreglado los asuntos de su familia. Efectivamente, á la vuelta de Cornaro á Italia, atestiguaron los habitantes de Matelica, que Gentil habia hecho todo lo que dijo en aquellos ocho dias, conforme á la promesa, que por una inspiracion profética, hizo á su anciano y afligido padre, antes de marchar á la Persia.

Los milagros y las predicaciones de este santo misionero, le hicieron célebre en oriente, pero le señalaron al ódio de los feroces sectarios de Mahoma, irritados por las numerosas conquistas espirituales y por los prodigios que hizo en Trebisonda y Salmastra, así es, que Gentil fué martirizado, el 5 de setiembre del año 1340.

El veneciano Nicolás Quirini, compró sus reliquias y fueron trasladadas á Venecia. Cornaro, que tantas razones tenia para venerar al B. Gentil, adquirió su cabeza, que donó despues á los franciscanos. Despues se edificó una capilla, en honor del mártir, en el convento de S. Gerónimo, y en ella se depositaron sus reliquias. Los milagros que se obraron en esta traslacion, y las gracias que se obtenian sin cesar, por la intercesion del bienaventurado, son testimonios de su santidad.

del monte Sinai le enseñaron los monges el libro, album ó especie de registro, en que anotan sus nombres cuantos visitan el monasterio. Entre las muchas firmas y notas que allí vió, cita la de un español, que dice lo siguiente: « El capitan D. Manuel Valdés Alquer, al servicio de S. M. el rey D. Fernando VII, rey de las Españas é Indias, ha visitado estos santos lugares con la mayor satisfaccion en el mes de febrero de 1824. Confiesa que con la mayor admiracion ha sentido en su alma las cosas maravillosas que Dios se ha dignado hacer por medio de su servidor Moisés. » « Viva el rey de quien soy vasallo. » — Degeramb, Viage á Tierra santa, cap. 32, párrafo 5. (N. del trad.)

Fontana, en el año de 1340, habla de dos dominicos, llamados Felipe y Thaclavaret, ambos de sangre real, que recibieron tambien la corona del martirio, por haber reprendido á los reyes de la India, la impureza de sus costumbres.

La sangre de los apóstoles, esparcida en Asia, hacia germinar la fé en los paises idólatras de Europa.

Ulrico y Martin, que recorrian los lugares próximos al mar Báltico y golfo de Finlandia, para difundir en ellos la palabra de Dios, se detuvieron en un lugar fortificado del ducado de Livonia. Al mismo tiempo que Martin celebraba los santos misterios, Ulrico, con un crucifijo en la mano, se presentó en la plaza pública, exhortando animosamente à los paganos á que abandonáran sus ídolos y adoráran al verdadero Dios, criador del cielo y de la tierra. Enfurecidos los bárbaros, se precipitaron sobre él, y le llevaron á la presencia de su duque, (Pl. XXVIII, n.º 1.) quien oyéndole glorificar á Jesucristo, dispuso le metiesen en una prision, y le diesen una muerte cruel. Ulrico, conducido fuera de la ciudad, continuó predicando la fé. Le cortaron las manos y los brazos á trozos, y despues la nariz y las orejas, atando su cuerpo al tronco de un árbol y colmándole de injurias. Un milagro, obrado en este momento por la mediacion del siervo de Dios, convirtió á muchos idólatras que estaban presentes, y tambien se les sacrificó como á aquel, arrojando al rio los cadáveres mutilados; pero Dios permitió que sobrenadasen, y que las aguas los llevaran á una tierra de cristianos. Waddingo, dice, que una columna de fuego fija sobre el cuerpo de Ulrico, indicaba de una manera especial los despojos de este mártir, y los depositaron en un lugar mas honroso que en el que fueron enterrados los demás. Fray Martin, atormentado á su vez, confesaba á Jesucristo con la misma constancia que el bienaventurado Ulrico. Entre otros tormentos, le

hicieron pasar por el gaznate, una larga tira de tisú de seda, que sacaron despues con violencia, llevando consigo una parte de los intestinos. (Pl. XXVIII, n.º 2.) Por último, colgaron al mártir, y entregaron su cuerpo para pasto de los perros y de las fieras, pero estas le respetaron; y una hermana del duque, cismática cristiana, le dió sepultura en el monasterio de que era religiosa. Los livonienses idólatras, martirizaron á otros cinco franciscanos, cuatro de los cuales murieron al filo de la espada, y al quinto, que era el guardian, le cortaron las manos, los piés, y la parte superior de la cabeza, y despues le arrojaron al rio, cuyas aguas, por espacio de doscientas leguas, le llevaron con vida á tierra de cristianos, donde apenas fué recogido, exhaló el último aliento.

CAPÍTULO XIII.

Los franciscanos son constituidos guardianes de los santos lugares.

El patriarca del órden seráfico, cuya sangre fecundó tantas y tan diferentes comarcas, mereció, que se confiase á sus hijos la custodia de los santos lugares. Cuando los príncipes cristianos mandaban en oriente, nada era mas comun, que ver en la Tierra santa, prelados, sacerdotes, seculares y religiosos de todas las órdenes; pero cuando los musulmanes arrojaron de aquellos sitios á los cristianos, todo cambió de aspecto. Sin embargo, desde que S. Francisco por su santidad, sus milagros, y trabajo apostólico, fundó la provincia franciscana de Siria, jamás sus discípulos la abandonaron. Gregorio IX aprobó su residencia, ordenando á los patriarcas de Antioquía y de Jerusalen, á los legados de la sede apostólica, y demás prelados y pastores de almas, que favoreciesen y apoyasen la construccion de iglesias y conventos, que por sí, ó por consideracion suya erigiesen los franciscanos en ese territorio, sin impedirles el uso de la predicacion, bendicion de cementerios, etc. Los pontífices romanos que sucedieron á Gregorio IX confirmaron los mismos privilegios, en especialidad Calixto III, que concedió á los hijos de S. Francisco, que residian en Jerusalen y en toda el Asia, el que para siempre conservasen los lugares, en cuya posesion se encontraban; el que adquiriesen otros de nuevo, y en particular, que pudiesen erigir convento en el Sinaí. Los franciscanos permanecieron constantemente en Asia, y sobre todo en Jerusalen, predicando la palabra de Dios, tanto á los cristianos, como á los infieles, y correspondiendo cumplidamente con su celo á las comisiones que la santa sede les encargaba. Los musulmanes, profanaron y devastaron luego los santuarios, que quedaron en el mayor abandono, hasta que el hermano Roger Guerin, que pasó por Egipto, al dirigirse á Armenia, en 1333, obtuvo del sultan, el que algunos de sus hermanos, pudiesen permanecer en varios de los santos lugares de la Palestina. Resulta de los monumentos de la órden, que en 1336, el príncipe de los mahometanos confió á ocho franciscanos, la custodia del santo Sepulcro, cuando aun ningun privilegio pontificio, les habia concedido hasta entonces tan singular gracia; pero su antiguo derecho á esa custodia, data de dos diplomas de Clemente VI, en 1342, espedidos á instancias de Roberto, rey de las Dos Sicilias, y de la reina Sancha, su esposa; habiéndose el primero interesado, de una manera especial, en calidad de rey titular de Jerusalen, en favor de la Tierra santa; y siendo por otra parte aquel, hermano de S. Luis, obispo de Tolosa, que era franciscano, como miembro de su Tercera órden, tenia el mayor afecto á ese instituto. Resultó de tan eficaz proteccion, que el cenáculo del Monte-Sion, el santo Sepulcro, y el pesebre de Belen, fueron encomendados en depósito á la órden de S. Francisco.

«Terminadas las cruzadas, dice un antiguo documento, la augusta casa de Francia, reinante en Nápoles, en la persona de Roberto de Anjou, nieto de S. Luis, hizo una piadosa obra, que la elevó sobre todas las monar-

guías de la cristiandad. No pudiendo sufrir este buen rey Roberto, que los santos lugares, en que habian tenido su cumplimiento los augustos misterios de nuestra redencion, estuviesen profanados por los griegos cismáticos y herejes, tomó á su cargo el arrojarlos, y superando á fuerza de dinero, cuantas dificultades oponian, tanto los sarracenos, como el mismo emperador griego, pudo lograr, que los griegos cismáticos fuesen desposeidos de todos los santuarios é iglesias de Jerusalen, Belen, Nazaret, y otros, ocupando su puesto los religiosos de S. Francisco. »

Habiendo ya de antemano concedido el sultan de Egipto, á costa de grandes empeños y cuantiosas sumas de métalico, que los franciscanos pudiesen habitualmente morar en la iglesia del santo Sepulcro, y celebrar allí los divinos oficios, y posteriormente otorgado el mismo príncipe al rey y á la reina el cenáculo del Señor, sobre el monte Sion, Sancha mandó edificar para los religiosos un monasterio, en el cual quedase comprendido el mismo cenáculo.

Los franciscanos, ya mas animados por la piadosa princesa, se repartieron en ambos lugares para servirlos con igual solicitud, provistos de todo lo necesario para el culto, y para su manutencion. Clemente VI, á peticion de Sancha, sancionó todas estas disposiciones por su primer diploma, y por el segundo, ordenó al ministro general de la órden, que eligiese, entre los religiosos mas piadosos y capaces, algunos, que por cuenta del rey y de la reina, pasasen á Tierra santa, con la circustancia, de que una vez constituidos allí, quedasen bajo la obediencia y direccion del guardian del convento de Monte-Sion. A esto debemos añadir una bula de Gregorio IX, que permitió á los franciscanos edificar en S. Nicolás, cerca de Belen.

Juana, reina de Nápoles, y nieta de los ya mencionados Roberto y Sancha, obtuvo, en 1360, del sultan de Egipto, los santos lugares del valle de Josafat, donde deseaba que los franciscanos estableciesen un convento, y en virtud de nuevas concesiones de Inocencio VI, y de Urbano V, que allanó todas las dificultades, aquellos religiosos tomaron posesion pública y legal de la iglesia del valle de Josafat, por escritura otorgada en 30 de marzo de 1392. Despues, Martino V, les dió el convento de Beyrut, que comenzaron á habitar al cuarto año de su pontificado. Varios prelados del oriente, acreditaron y asintieron á este derecho, que cada vez se fué haciendo mas incontestable, hasta que, bajo el pontificado de Urbano VIII, la antigua posesion de los Menores de S. Francisco, sobre los santos lugares, fué de nuevo sancionada, é impuesto perpétuo silencio á cuantos se la disputaban.

Para apreciar como se debe el destino y organizacion de los franciscanos de Tierra santa, vamos á estractar un documento en que se contienen sus cargos y obligaciones.

« Los religiosos de S. Francisco, dice, son los destinados á la custodia de los santos lugares, donde se verificó la redencion de los hombres.

« Estos, se sacan ordinariamente de la familia de Tierra santa. Esta familia se compone de religiosos de todas la naciones cristianas, como franceses, alemanes, españoles, italianos, polacos, flamencos, y otras.

« Aunque de diferentes naciones, esta familia siempre ha estado, y está aun, bajo la proteccion de la corona de Francia, y así, no conocen otro protector que su rey, por quien todos los viernes del año se celebra una misa en el Calvario.

« La familia de Tierra santa está gobernada por tres naciones, Francia, España, é Italia. Los demás estados, aunque mandan religiosos suyos, para el servicio de Tierra santa, no tienen parte alguna en el gobierno.

« El P. guardian de Jerusalen, se llama Custodio de la Tierra santa; tiene el carácter y rango de comisario apostólico en el Levante; confiere el sacramento de la confirmacion, y oficia con báculo y mitra. El vicario de Tierra

santa, es siempre francés (1), y el procurador, español. Cada uno de estos superiores, tiene un asistente ó discreto de su nacion, para gobernar toda la familia de Tierra santa, nombrar superiores para los demás conventos, y curas y capellanes consulares, arreglándose todo por consejo y autoridad de seis religiosos que constituyen un cuerpo directivo, al que se llama discretorio de Jerusalen.

«Los cargos de los religiosos de la familia de Tierra santa, son: 1.º, conservar y proveer de lo necesario, con la decencia correspondiente, á los santos lugares, y de dia y noche cantar el oficio divino; 2.º, servir de párrocos en todos los pueblos de Levante, donde existe convento establecido; 3.º, servir de capellanes en las capillas ú oratorios consulares; 4.º, instruir en la religion á los niños de familias cristianas, y enseñarles á leer, escribir y rezar.

«Las cargas y obligaciones de los religiosos de Tierra santa, son: 1.º, pagar las contribuciones anuales, y los sueldos de los intérpretes; 2.º, acoger *gratis* á todos los peregrinos que van á visitar los santos lugares; 3.º, mantener á sus espensas á los niños cristianos pobres, hasta que se hallen en estado de ganar su sustento; 4.º, rescatar, de vez en cuando, algunos cautivos cristianos, para impedir que abjuren de su religion; 5.º, pagar las deudas de pobres cristianos, para estorbar que se hagan musulmanes, vestirles, cuando acaece que han sido despojados por los árabes, dotar á pobres doncellas cristianas, antes que, abusando de su miseria, los musulmanes las compren y retengan por esposas, y por último, suministrar medicinas y otros remedios á los cristianos, en sus enfermedades, y aun á los mismos musulmanes, para conservar mejor la paz con ellos.»

Hé aquí en compendio las funciones y cargos ordinarios de los religiosos que componen la familia de Tierra santa.

(1) Desde que la Francia ha arrojado de su seno las órdenes monásticas, este cargo está confiado alternativamente á italianos y á españoles.

Con el fin de que mejor se comprenda el gran mérito, que ante Dios y los hombres, contraen estos sufridos religiosos, y fieles guardianes, espuestos á tantos peligros y vejaciones, sin que por eso se amortigüe su celo en la conservacion del precioso depósito que se les ha confiado, reuniremos en un mismo cuadro ó conjunto, todos estos santuarios venerables. Pero al penetrar en ellos, al pisar esa tierra de los milagros, no hay que mirar ni oir, con los ojos y con los oidos materiales; no se debe escuchar mas que la voz secreta que habla al corazon, contemplando aquellos sitios, testigos mudos de la vida y muerte de un Hombre-Dios, con los ojos del alma, y con las luces de la fé, y de la piedad cristiana.

CAPÍTULO XIV.

Descripcion de los santuarios de Nazaret, de Belen y de S. Juan del desierto.

El misterio de la encarnacion tuvo su cumplimiento en Nazaret, pueblo perteneciente á la Galilea, que se divide en alta y baja. Nazaret, situado sobre una montaña, á veinte y ocho leguas de Jerusalen, era una aldea poco considerable, perteneciente á la tribu de Zabulon, de la cual, el judío Nathanael decia á S. Felipe: «¿Acaso puede venir de Nazaret algo bueno?» Pero desde que el Verbo divino se hizo allí carne, y desde que el Hombre-Dios residió allí mismo, por espacio de treinta años, preparándose para su mision, esa aldea, antes despreciada, ha llegado á ser para todos los cristianos, objeto de la mas profunda veneracion.

El pueblo actual, no presenta á la vista mas que algunas casas, irregularmente agrupadas en la falda y pié de la montaña, que se eleva en forma de anfiteatro y le domina. (Pl. XXIX, n.º 1.) En lo bajo del monte, y donde pasó la sublime escena de la Anunciacion, estaba construida la casa de la santísima Virgen. Santa Elena mandó edificar á todo su alrededor, una magnífica iglesia. En la

VERBUM CARO HIC FACTUM EST

época de los reyes cristianos de Jerusalen, Nazaret fué sede metropolitana de un arzobispo, que tenia por su sufragáneo al obispo de Tiberiade, y cuyo palacio, unido á la iglesia, sirvió despues para convento de los franciscanos. El 25 de marzo de 1251, S. Luis, rey de Francia, visitó á Nazaret. Mucho antes de apercibirla, se apeó de su caballo y besó la tierra, y entrando luego en la gruta misma donde encarnó el hijo de Dios, recibió allí la sagrada eucaristía. Pudo así mismo el santo rey ver aun, delante de esta misma gruta, la casa que formaba la parte anterior de la habitacion de nuestra Señora, y que Dios, posteriormente quiso sustraer á los trastornos de que Nazaret se iba á ver amenazado, bajo la dominacion de los infieles, transportándola milagrosamente á Dalmacia, el 9 de mayo de 1291, y despues, á Loreto, donde al presente existe.

Despues, en el siglo xvi, los musulmanes quitaron la vida á algunos franciscanos, que habitaban á la sazon el antiguo palacio del arzobispo, y haciendo luego lo mismo con casi todos los cristianos de Nazaret, los religiosos que quedaron custodiando este santo lugar, tuvieron que huir á Jerusalen, dejando las llaves del convento y de la iglesia, á un cristiano llamado Issa, del cual, consta, que por el año 1570, cuidaba de alimentar dos lámparas encendidas en el santuario, con el aceite que le proporcionaba el P. guardian de Monte-Sion. Se consumó al fin la ruina de todos estos edificios; pero en 1620, el hermano Tomás de Novarra, obtuvo permiso para restaurar estos lugares, de los que tomó posesion en noviembre. La habitacion que habia sido del obispo, fué restaurada poco á poco, para servir de asilo á los franciscanos, y hoy dia se ha convertido ese convento, en una especie de ciudadela, á la que no se entra sino por una puerta estrecha, y cerrada con una reja de hierro. Los religiosos, al descombrar las ruinas, encontraron los restos de la antigua basílica, y los cimientos en que se apoyaba la casa de la santa Virgen, ya transportada á Loreto. En su lugar edificaron una iglesia contigua á la gruta de la Anunciacion. La envidia y desconfianza de los musulmanes no permitió que el templo se concluyese, tal cual se habia proyectado, y así resulta hoy dia una gran desproporcion entre su anchura y longitud, que choca á primera vista. «El vaso, ó interior de la iglesia, dice el conde José d'Estourmel, está arreglado al buen gusto de las iglesias de Roma; la bóveda, se halla sostenida por cuatro arcos; pero la nave es muy corta. A la misma entrada, se divisa una larga y doble escalera, que, de una parte, conduce á la capilla de la Anunciacion, y por la otra, se sube al altar mayor; de forma, que el templo está dividido en tres pisos: el del coro, superior al del altar mayor, la nave de piso llano, y la gruta subterránea. Despues de haber bajado algunos escalones, se vé en el centro, un pavimento de mármol, que cubre justamente los cimientos de lo que fué casa de la Virgen, y varias capillas ocupan los costados. Descendiendo aun otros dos escalones, se entra en una gruta, en cuyo fondo hay un altar de mármol con delicadas esculturas. Este altar no tiene frontal, y sobre su mesa, entre vasos de flores y lámparas, que siempre están ardiendo, está incrustado un roseton del mismo mármol, que contiene cinco pequeñas cruces, y que indica el lugar mismo en que Maria Santísima se arrodilló, cuando se le apareció el arcángel. Por encima se lee esta inscripcion, cuya sublimidad confunde nuestra razon: *Verbum caro hic factum est.* «Aquí el Verbo se hizo carne;» concepto el mas enérgico para domostrar el infinito amor de Dios á los hombres. A la izquierda del altar, un poco adelante, allí donde sobresale de la tierra un trozo de columna, fué pronunciado el *Ave Maria.* La madre de Constantino, habia adornado este oratorio con tres columnas de granito encarnado. La que llaman del Angel, se rompió por la mitad, y el trozo que cayó al suelo, fué robado por los musulmanes, creyendo encontrar allí un tesoro; el pedazo restante, que penetraba

en la bóveda, aun subsiste, suspendido de ella.» (Pl. XXIX, n.º 2.)

El abate Ponson, lazarista, dice así, al hablar de esta gruta de la Anunciacion: «Esta santa gruta, tan diferente hoy dia, de lo que era en tiempo de la santa Virgen, á escepcion de la bóveda, toda está revestida de preciosos mármoles: los ojos recorren su contorno, pero muy luego pierden de vista cuanto les rodea, para fijarse esclusivamente, y con el mayor enternecimiento á que puede entregarse un cristiano, en aquellas sencillas palabras, escritas sobre la mesa del altar: *Hic Verbum caro factum est.* A pesar de toda mi sangre fria, continúa, no pude menos de derramar abundantes lágrimas, cuya dulzura á nada puede compararse. Creí ver en aquel momento, al mensagero divino presentarse ante la mas humilde de las vírgenes, para anunciarla la nueva mas sorprendente que se ha anunciado jamás; escuchar luego la respuesta de Maria, y ver, por su aquiescencia á los designios de Dios, desgarrado y hecho nulo el decreto de muerte, lanzado desde el paraiso á todos los hijos de Adan. Estas primeras impresiones se renovaron con mas sensibilidad aun, cuando, en la procesion que se hace diariamente en este santo lugar, despues de vísperas, oí cantar á un niño con una voz de ángel, y señalando con el dedo el lugar de la Encarnacion: *Hic Verbum caro factum est.* La gruta de Nazaret, es la que me ha causado mas dulce emocion, de cuantos santos lugares he recorrido.»

Detrás del altar de la Encarnacion, hay como dos aposentos formados en la roca misma, que hacian parte de la habitacion de S. José: el segundo, comunica con el primero, por una escalera ancha y desigual. En este se vé, sobre el altar, un cuadro que representa á la sacra familia, y sobre el cual se lee: *Hic erat subditus illis.* «Aquí vivia el Salvador, bajo la obediencia de ellos.» Los PP. latinos disfrutan solos la posesion de este santuario, y no mezclados como en otros, con los herejes y cismáticos, por cuyo motivo, los oficios divinos se hacen con mas solemnidad, recogimiento y edificacion, pareciendo al que asiste á ellos que, en aquel sagrado recinto, se respira un ambiente particular, que inclina á la devocion y compostura del corazon, puesto que aquí el Dios de los cristianos, se hace en cierto modo sensible, y bajo la forma del amor, mucho mas que en otra parte.

«Detenido por las lluvias en Nazaret, dice Mr. d'Estourmel, habito al presente, en el lugar mismo en que Jesus vivió humilde y sufrido, por espacio de treinta años, y varias veces, en mis oraciones, repito este versículo del salmo: «He deseado una sola cosa, y se la pediré al Señor, y es permanecer en su casa todos los dias de mi vida.» Al anochecer, aguardamos á que el convento esté en reposo, y cuando, despues de una hora, no se oye ruido alguno en los corredores, salimos de nuestras celdas, á buscar la escalera que guia sobre la bóveda, á la entrada del coro. Despues de haber orado ante su altar, bajamos los treinta escalones que conducen á la capilla subterránea, donde arden treinta lámparas. Arrodillados allí mismo, donde el ángel anunció á la Virgen su maternidad y su gloria, pedimos á Maria llena de gracia, á Maria, bendita entre todas las mugeres, que guie á los peregrinos, y les conduzca á sus hogares. Por el dia, la iglesia se nos presenta bajo otro aspecto no menos edificante. Es preciso estar aquí, para ver la fé con que ora todo este pueblo, que desde la misma aurora llena la santa gruta. Aquellas hermosas mugeres, con su velo alzado, y su ceñidor encarnado sobre una larga túnica azul, me recordaban el traje, y á veces creí ver á las vírgenes de Rafael, en las de Nazaret. Cuando las lluvias nos dejaban algun intervalo, subia á los terrados del monasterio, y desde allí, abrazaba con mi vista las montañas todas que rodean el pueblo. Estos lugares no han cambiado: estas rocas, son las mismas sobre las cuales tantas veces se fijó la mirada de Jesus. Una pequeña linterna se eleva en medio de la principal terraza, ella indica el punto céntrico de

la iglesia, es el lugar mismo que ocupa la santa casa. »

A ciento cuarenta pasos del citado convento de franciscanos, en cuyo recinto está el santuario, donde se cumplió el mas grande de los misterios de nuestra redencion, se vé el sitio donde se cree, que el esposo de Maria, ejercia el oficio de carpintero, que hoy tiene el nombre de *Taller de S. José*. Transformado en iglesia, los musulmanes le destruyeron en parte, y solo queda una capilla, donde se celebra misa diariamente. Mr. d'Estourmel, lo encontró todo renovado, escepto un trozo de muro, que creyó ser resto de la antigua construccion. En este *Taller de S. José*, es donde el hombre-Dios, dió el ejemplo del trabajo, sujetándose al humilde oficio de carpintero. Ya en los tiempos de S. Cirilo, obispo de Jerusalen, en 337, se enseñaba allí una especie de canal ó tubo de madera, que la piadosa tradicion creia obra del divino artesano.

No lejos de aquí, una sala abovedada, sirve de capilla á los griegos unidos. Aquí estuvo la sinagoga en que Jesucristo hizo la lectura del profeta Isaias, y donde escitó la cólera de los judios, al recordarles, que si bien hubo viudas y leprosos en Israel, en los tiempos de Elias y Eliseo, tambien el primero fué enviado por el Señor á la casa de una viuda de Sarepta, en el pais de los sidonios; y el segundo, curó á Naaman, que era siriaco. Los judíos, en su rábia, arrojaron al Salvador del pueblo, y le llevaron al mediodía de Nazaret, hasta la cumbre de la montaña, para precipitarle. El sitio mismo de este lugar, llamado Precipicio, es imponente. Al pié de la roca, está un altar, donde los franciscanos, en dia señalado, celebran allí una misa, en la que se lee el evangelio que narra este pasage, tomado del de S. Lucas, cap. IV, V, vers. 16 y 30. En el lugar en que Maria, afligida, perdió de vista á su hijo arrastrado por la multitud, á la parte superior de las rocas, Sta. Elena la dedicó una bonita iglesia, bajo la denominacion de Ntra. Sra. del Susto, y ya no quedan mas que ruinas de un monasterio que allí tambien habia de religiosas. Algunos escombros designan el sitio, donde Jesucristo se escondió, para evadirse del furor de los judíos.

A trescientos pasos de la sinagoga, hay una capilla, en la cual se vé un trozo de roca de forma irregular, de doce piés de ancho, y nueve de largo, en su mayor dimension, y contiene una inscripcion latina, en que se advierte al peregrino, que sobre aquella piedra, el Salvador, en compañía de sus discípulos, tomaba á veces alimento: « Es una tradicion constante, y no interrumpida, entre todas las naciones del oriente, que esta piedra, llamada Mesa de Cristo, es la misma, sobre la cual hizo su frugal comida con sus discípulos, antes y despues de su resurreccion gloriosa. Aunque los evangelios no digan espresamente, que despues de su resurreccion, el Salvador se apareciese en Nazaret, el hecho no puede ponerse en duda, puesto que en el de S. Mateo, y en el de S. Marcos, se dice, que el ángel anunció á las santas mugeres, que Jesus se adelantaria á sus discípulos en Galilea y en el de S. Juan, se le pone á orillas del lago de Tiberiade, proporcionando una pesca milagrosa.

El agua es muy escasa en Nazaret y sus cercanías. Por un camino bordeado de árboles frutales, y largo de un cuarto de legua del pueblo, se llega á un pozo, donde la Virgen iba á proveerse del agua que necesitaba para su consumo. El agua de este pozo, que hoy dia está dentro de una iglesia de griegos cismáticos, que cerca de él, han erigido un altar, se mezcla con la de otro manantial inmediato, que la aumenta constantemente, hasta derramarla en un depósito cuadrado, y de fábrica, construido cien pasos mas allá, con una escalera de piedra á uno de sus costados, que de tiempo inmemorial se llama la *Fuente de Maria*.

San Joaquin y Sta. Ana, habitaban en Safuri, la antigua Sephoris ó Dio-Cesarea, situada á una hora y media de Nazaret. La

iglesia que se erigió sobre el solar de su propia casa, no presenta hoy mas que pintorescas ruinas.

A una legua, al sud-oeste de Nazaret, en una miserable aldea, se ven los restos de una iglesia, edificada sobre la que fué casa del Zebedeo, padre de los apóstoles Santiago y Juan. Al ver aquellos pobres habitantes mal vestidos y ennegrecidos por el sol: «Hé aquí, se dice uno á sí mismo, lo que eran Santiago y Juan, en el momento de su vocacion. Un pobre aldeano, sin mas instruccion que la que recibió del cielo, llegó á ser de repente el mas sublime de los evangelistas, y el mas profundo de los teólogos. Solo con este rasgo se conoce y prueba la mision celestial, y la divinidad del que le dijo: «Sígueme.»

Todos los años, la comunidad franciscana de Nazaret, va en peregrinacion al monte Tabor, (*luz*), montaña calcárea, aislada, de la forma de un cono truncado, y cuyas pendientes están cubiertas de encinas, terebintos y algarrobos. Ciento treinta años antes de Jesucristo, los judios elevaron allí una fortaleza, que dominaron hasta los tiempos de Vespasiano; pero la estension de la cumbre de la montaña, que tiene una media legua de circunferencia, y el recuerdo de la ciudadela, cuyas ruinas están muy distantes de cubrir toda aquella estension, en nada debilitan la tradicion constante, que coloca la sublime escena de la transfiguracion sobre el Tabor. «Desde lo alto de esta santa montaña, dice Mr. d'Estourmel, se descubre el mas magnífico panorama histórico y religioso, que abraza toda la Galilea. El Tabor está justamente situado entre Nazaret y el lago de Tiberiade, por lo cual, la vista, de un golpe, abarca treinta y dos años de la vida de Jesucristo. Si del nuevo Testamento nos remontamos al antiguo, y en este, hasta los mas remotos tiempos de la Biblia, se ven á nuestros piés, el llano de Esdrelon; Betulia, con su historia de Holofernes y Judith; Eudor, con la Pitonisa y Saul; la aldea de Debora, con la profetisa de ese nombre, y la de Dothaim, nos recuerda la esclavitud de José... Frente de nosotros, al mediodía, las montañas de Samaria terminan el orizonte. Hácia la izquierda, y mas cercanas, las de Gelboé, dominan á Jesrael, la ciudad de Achab; y sobre la derecha, se despliegan hasta el mar las vastas llanuras del Carmelo, testigos de los milagros de Elias. En medio de estas sublimes escenas, está la cumbre del Tabor, y la mas sublime aun, donde el Redentor, en su misteriosa transfiguracion, manifestó á tres predilectos discípulos su naturaleza divina.» La piedad de Sta. Elena, erigió una iglesia en el mismo sitio, en que el evangelista refiere, que Pedro, en su turbacion, propuso á su divino Maestro, el que se alzasen tres tiendas. De los templos, y del monasterio, llamado de los *Tres tabernáculos*, obra de aquella princesa, no quedan mas que tres capillas redondas, dispuestas en forma de cruz: la de la derecha está dedicada á Moisés, la de la izquierda á Elias, y la del centro á Jesucristo, en la que hay un altar (1). Se enseña tambien una gruta, en la que el Salvador, al descender de la montaña, se detuvo, para recomendar el secreto de lo que habian visto, á los apóstoles.

Hemos hablado primero del santuario de Nazaret, porque tuvo allí lugar el misterio de la redencion. Los franciscanos tienen tambien un convento en Belen, donde nació el Verbo encarnado para redimir al mundo.

«Y tú, Bethlem (*casa del pan*), Ephrata (*fecunda*) pequeña, entre las villas de Judá; pero de tí saldrá el que debe reinar en Israel, y cuya generacion es desde el principio, y en la eternidad.» Así hablaba el profeta; y S. Pablo, aludiendo á la significacion de los dos nombres que se dan á esa villa de la tribu de Judá, esclama: «Yo te saludo, Bethlem, *verdadera casa del pan*, donde nació el pan que descendió del cielo; te saludo, Ephrata, tierra *fecunda*, en la que un Dios ha nacido.» Tambien se llama á Belen, ciudad de

(1) La iglesia de la Transfiguracion que aquí habia, y el convento de la órden de S. Benito, todo ha desaparecido, y los religiosos todos, sufrieron el martirio en 1113, segun dice Castillo, en su Devoto peregrino (N. del Trad.)



David, quien nació allí, y fué pastor de rebaños, y uno de los antepasados ó ascendientes de Jesucristo.

Sobre la gruta donde nació el Salvador, los primeros cristianos edificaron una capilla, que Adriano sustituyó con un templo de Adónis. «Habia además allí, dice S. Gerónimo, un bosque consagrado á Thamnus, es decir, Adónis, inmediato á nuestra villa de Belen, lugar el mas augusto del universo, del cual dijo el profeta: «La verdad salió de la tierra;» y se adoraba al favorito de Vénus, en la misma cuna donde habian salido el primer lloro de Jesucristo recien nacido.» Santa Elena reparó el escándalo, y dedicada á Maria, mandó construir en este sitio una magnífica iglesia, en forma de cruz, con una fachada al oriente, y muros revestidos de los mas preciosos mosáicos. San Gerónimo se retiró á Belen, y aun se enseña una sala abovedada y sostenida por seis columnas de mármol, en la cual se dice estableció una escuela el santo doctor, el cual se cree tambien, que fué el que plantó un grueso naranjo ágrio, que se vé en el patio del convento, y cuyo fruto es objeto de devocion. Imitando á S. Gerónimo, Sta. Paula, y Sta. Eustochia su hija, de la familia de los Gracos y Escipiones, olvidando las delicias de Roma, vinieron á este punto para vivir, practicando las virtudes mas sublimes, en varios monasterios de mugeres, que ya han desaparecido, no quedando mas que algunos restos. San Eusebio de Crémona, discípulo de S. Gerónimo, fué abad de uno de los monasterios de Belen. Esta villa fué tomada por los musulmanes, al mismo tiempo que Jerusalen, y despues de reconquistada por los cruzados, fué enriquecida por la piadosa munificencia de los reyes cristianos. Los mahometanos la devastaron mas adelante, en 1263, y despues despojaron la iglesia de cuantos mármoles preciosos contenia; despojo, cuyas tristes consecuencias trató de reparar el rey de España Felipe IV, con la donacion de 30,000, ducados que mandó para ese efecto, pero que no fueron suficientes para devolver á ese templo su primitiva grandeza.

Belen, llamada hoy dia Beyt-el-Lahm, está edificada á tres leguas de Jerusalen, sobre un montecillo que domina un ancho valle, y su conjunto le forma una confusa agregacion de edificios, donde habita la miseria y la esclavitud. Las casas son cuadradas, la escalera está por de fuera, y el techo carece de tejado.

Los santos lugares de Belen, están divididos entre los católicos latinos, y los griegos y armenios cismáticos; y estos tienen la mejor parte, injustamente usurpada á sus primeros propietarios. El monasterio, es un edificio muy vasto, y se divide en tres partes, que ocupan los armenios, los griegos, y los católicos. Al ver la elevacion y espesor de sus muros, cualquiera creeria ver una fortaleza, y mejor aun, al entrar por la puerta, que es tan estrecha y baja, que es precirso agacharse para pasar por ella; precauciones todas indispensables contra la rapacidad de los infieles, y exigencias de los bethlemitas, que cuando se ven agobiados con algun nuevo impuesto, quieren obligar á los religiosos á que lo paguen en su lugar. En 1834, durante el sitio de Jerusalen por los árabes, un violento temblor de tierra destruyó casi en su totalidad esa especie de castillo gótico que formaba el convento. El patio, que está intacto, se halla contiguo á la iglesia. (Pl. XXX, n.º 1.)

El templo, erigido por Sta. Elena, aunque muchas veces reparado, conserva aun la índole de su orígen griego. La nave mas larga, ó si se quiere, el pié de la cruz, no está abovedada, sino sostenida por cuarenta y ocho columnas de mármol de órden corintio, dispuestas en cuatro líneas, que sostienen el friso, y la techumbre de madera de cedro. Doubdan, en 1652, vió aun esta techumbre, cubierta esteriormente de plomo, que los religiosos iban reponiendo, á medida que las planchas caian, ó eran robadas por los árabes para hacer balas; pero esta cobertura se fué degradando hasta tal punto, que Mr. de Chateaubriand, cuando la vió, creyó que jamás

habia estado completa. Los muros, con sus grandes ventanas, no conservan mas ornato, que algun fragmento de mosáico, y alguna pintura en tabla, interesantes para la historia del arte. Esta nave, aislada del coro, y de los brazos laterales de la cruz, por un gran muro, pertenece á los armenios, que celebran en ella sus oficios Al otro lado del muro, y en el coro, un poco mas elevado que la nave, se vé un altar dedicado á los reyes Magos, en el sitio en que la tradicion supone, que se apearon para rendir sus homenages al Salvador. Por bajo del altar, está puesta una estrella de mármol, que corresponde segun la misma tradicion, al punto del cielo en que se detuvo la milagrosa estrella que guió á estos tres reyes, la cual está perpendicular al sitio de la iglesia subterránea, donde nació el Salvador. Los griegos ocupan este coro y santuario de los magos, así como los brazos laterales de la cruz, donde no se oficia jamás. Este mismo coro, da entrada, por medio de dos escaleras de caracol, de quince gradas cada una, á la iglesia subterránea.

Los católicos que están escluidos de la iglesia de Sta. Maria, tienen junto á esta, una pequeña, dedicada á Sta. Catalina, por la que pasan para ir á la santa gruta, á la que se baja por una estrecha y oscura escalera, iluminada por dos lámparas, colocadas una delante de un cuadro de la Virgen, y otra delante de otro de S. Francisco, patriarca de los doce religiosos menores, guardianes de la cuna del Salvador. A la derecha, un corto tránsito conduce al altar de S. Eusebio, y á otros tres, dedicados á S. Gerónimo, Sta. Paula, y S. Eustaquio, y un poco mas lejos, se vé la gruta de S. Gerónimo, transformada en oratorio. « Desde aquí, dice Mr. de Chateaubriand, vió el santo doctor la caida del imperio de occidente; allí fué, donde recibió á aquellos nobles patricios, errantes y fugitivos, que al abandonar los palacios de la tierra, se creyeron muy dichosos con compartir la celda de un cenobita... Aun se vé, en este oratorio de S. Gerónimo, un cuadro al óleo, en que el santo todavía conserva el aire y la espresion que le dieron el Carrachio y el Dominiquino. Otro cuadro contiene las imágenes de Paula y Eustoquia. Estas dos herederas de los Escipiones, están representadas como muertas, y yaciendo en un mismo ataud. El pintor dió á ambas santas una fisonomía igual; pero el aire de juventud, y el velo blanco, distinguen á la hija de la madre; la una caminó en pos de la otra por la senda de la vida, pero ambas llegaron al puerto en idéntico momento. »

Retrocediendo desde el oratorio de S. Gerónimo, se pasa delante de un altar, bajo el cual está el sepulcro de los Stos. Inocentes, tiernos hijos de Belen, que inmoló Herodes, á fin de envolver en su suplicio, al nuevo rey de los judíos. Al mediodía de su tumba, se vé una gruta dedicada á S. José, donde parece que se retiró el santo durante el parto de la purísima Virgen. Ya desde aquí, no hay mas que algunos escalones para estar dentro de la santa gruta. Tiene esta treinta y ocho piés de larga, por once de ancha, y nueve de altura. Este lugar, siempre reverenciado por el nacimiento del Salvador, está cortado y labrado en la misma roca, sus paredes se ven revestidas de mármol, y otro mas precioso cubre el pavimento. Esta iglesia subterránea, no recibe luz alguna del esterior, y solo la comunican interiormente treinta y dos lámparas, siempre encendidas, regalos de diferentes príncipes cristianos. En su fondo, hácia el oriente, está el sitio en que la inmaculada Virgen Maria, dió al mundo al Verbo encarnado en sus entrañas. Este lugar, está señalado por un mármol blanco, incrustado de jaspe, y rodeado de un círculo de plata, radiante como un sol; y en su circunferencia, se lee esta inscripcion: *Hic de virgine Maria Jesus Christus natus est.* « Aquí nació Jesucristo de la Virgen Maria. » Encima de este círculo, apoyada contra la roca, y sostenida por dos columnas, una tabla de mármol sirve de altar. A siete pasos de distancia, hácia el mediodía, se desciende por dos escalones al Pesebre, que no está al nivel con el resto de

la gruta. Consiste en una hendidura socabada en la misma roca, cuya bóveda es muy baja, y la sostienen tres pequeñas columnas de pórfido. En lugar de la cuna primitiva de madera que allí habia, y que hoy posee la basílica de Sta. Maria la Mayor, en Roma, una como artesa de mármol blanco, de una sola pieza, elevada un pié del nivel del suelo, designa el sitio mismo en que el Soberano del cielo fué acostado sobre la paja. A un lado, está un pequeño altar y un banco de piedra, sobre el que se cree que los Magos colocaron sus ofrendas. En el fondo, un cuadro movible, con marco de plata, representa la adoracion de los pastores, y cubre la superficie misma de la roca, la cual, separando aquel, queda completamente desnuda por aquella parte, el dia de Navidad, para que la veneren los fieles, y el guardian de S. Francisco la limpia, recogiendo, con el mayor respeto las partículas ó granos que de ella se desprenden. A tres pasos, está el espacio donde Maria se sentó con el divino infante en sus brazos, cuando los Magos vinieron á adorarle. Este sitio de la adoracion de los Magos y el Pesebre, pertenecen á los católicos; pero el santuario de la Natividad, está en poder de los griegos y de los armenios. (Pl. XXXII, n.º 1.)

San Basilio pone en los labios de Maria estas palabras dirigidas á su hijo recien nacido: « ¿Cómo os debo llamar, hijo de mis entrañas? ¿Un mortal? No, porque os he concebido por obra divina..... ¿Un Dios? Pero si teneis un cuerpo humano, ¿cómo he de obrar, respecto á vos? ¿He de presentarme ante vos con el incienso en la mano, ú os debo ofrecer para alimento la leche de mi seno? ¿He de emplear con vos los mas tiernos cuidados de una madre, ó postrada en tierra, os he de servir como una esclava? ¡Maravilloso contraste! ¡El cielo es vuestra eterna morada, y os mecen ahora mis rodillas! ¡Vos estais sobre la tierra, sin estar separado del cielo, y el cielo mismo está con vos! »

« Cuando prosternado ante el lugar en que nació el Redentor del género humano, dice el P. Degeramb, dirijo mi vista á esas palabras, *Hic de virgine Maria Jesus-Christus natus est.* « Aquí Jesucristo nació de la Virgen Maria, » siento una cosa completamente diferente de la impresion, que en mí producen otros actos de piedad cristiana. La palabra *aquí*, tiene para el fiel cristiano un encanto, un atractivo, una dulzura, que nunca puede sentirse, ni comprenderse, sino en presencia del sitio mismo. El corazon, el alma, sus facultades todas, se detienen en esta palabra, que se repite mil veces, y se vuelve á repetir otras tantas, y sin cesar se encuentra sobre los ardientes labios que enardecen el reconocimiento y el amor... Ya sabeis con qué pompa y alegría se celebra la fiesta de Navidad, y la misa del gallo en todo el mundo católico... Juzgad, pues, por eso mismo, lo que deberá ser semejante fiesta y esa misma misa, celebrada á media noche en la gruta de Belen, en el sitio mismo en que Jesus quiso nacer. Nada os diré de los ricos tapices que cubren los mármoles, ni de los melodiosos acentos de la música, en armonía con la dulzura y sublimidad del misterio; ni de la inmensa cantidad de cirios, que arden, no solamente sobre el altar, sino en todo el interior de la capilla; ni de la pompa que rodea al R. P. guardian de Tierra santa, en el ejercicio de sus funciones; ni de los ornamentos cubiertos de oro y pedrería, magníficos presentes de príncipes católicos de épocas pasadas; solo os haré fijar la atencion en una ceremonia augusta y edificante, que en parte alguna puede tener lugar sino aquí; y es, una procesion solemne y tierna, sobre el santo Pesebre, por la que comienza el oficio. Al marcar el reloj la media noche, hora de salud para el género humano, en que todas las iglesias católicas del universo tributan homenages á Jesus recien nacido, el R. P. guardian rompe la marcha, y se adelanta á paso lento y con los ojos bajos, llevando respetuosamente en sus brazos al niño Jesus; vienen en pos de él los bethlemistas y los árabes católicos; despues, los peregrinos de todas las naciones, todos con cirios encendidos. Llegados el cele-

brante y el acompañamiento todo al lugar mismo de la Natividad, el diácono, con profundo recogimiento, canta el evangelio del dia, y al llegar á estas palabras: «Y habiéndole envuelto,» recibe el infante de manos del que oficia, le cubre con unos pañales, le deposita en el pesebre, se prosterna y le adora... Entonces circula por el alma una cosa sobrenatural, inesplicable; toda ella se convierte en amor, en reconocimiento; faltan la voz y las palabras, y el sentimiento no se habla, se espresa únicamente, por la mirada tierna, por los suspiros, y por abundantes lágrimas.» (Pl. XXXII, n.º 2.)

Desde el terrado del monasterio, se vé distintamente la granja de los pastores, á quienes se apareció el ángel para anunciarles el nacimiento del Redentor. En el sitio donde esto pasó, hay plantados mas de sesenta olivos, y hoy está rodeado de un muro, que le defiende de cualquiera profanacion. En su centro, está una gruta, en la que Sta. Elena arregló una capilla dedicada á la Virgen. Esta capilla y el recinto de los pastores, que pertenecian antes á los latinos, han sido adjudicados á los griegos, en perjuicio de aquellos. En la granja ó caserío inmediato, habitado por griegos y católicos, cada casa, como generalmente todas las del pais, no es mas que un conjunto de piedras, puestas unas sobre otras, sin órden, ni argamasa, con huecos irregulares, que sirven de puertas y ventanas. A la entrada, se vé una cisterna, llamada el *Pozo de la Virgen*. porque, segun la tradicion, aquí venia la Virgen á lavar los pañales de su divino hijo, cuando antes de la huida de Egipto, la santa Familia tuvo que ocultarse en una cueva llamada *Gruta de la leche*, á doscientos pasos de Belen. Esta, no es mas que un pequeño hueco de una cantera, al que se desciende por seis escalones, y que sostienen tres pilares. Asegura la tradicion, que aquí, dando de mamar la Virgen á su hijo, cayeron en la tierra algunas gotas de leche, de donde tomó esta gruta el nombre con que se la designa. Motiva tambien la devocion á este lugar, el que se atribuye á las piedras de esta cantera, la virtud de dar leche á las madres que no pueden lactar. Se mandan polvos de esta piedra, que es muy floja y deleznable, á España, Portugal, Grecia, Armenia y Rusia, y aun los musulmanes mismos la transportan á Turquía y al interior del Africa. «No me meteré en disertar sobre la causa y orígen de la virtud de esta piedra, dice el P. Degeramb; pero puedo asegurar como cierto, que un gran número de personas han obtenido, por su medio, el efecto que deseaban, y el mismo que se la atribuye.» Hay en esta *Gruta de la leche,* un altar labrado en la roca, en el que se celebra á veces el sacrificio de la misa, y se van á cantar las letanías. Otra iglesia que antes habia, inmediata á esta, llamada de S. Nicolás, ya no existe. Una capilla arruinada, indica, doscientos pasos mas allá, el solar de una casa, que, se dice, pertenecció á S. José.

Si hemos de creer la opinion comun, el trage actual de los habitantes de Belen, es poco mas ó menos el mismo que se usaba en tiempo de Jesucristo. El de las mugeres, fué el que mas llamó la atencion del P. Degeramb. «Están vestidas, dice, de la misma forma que se pinta á la santa Virgen, en los cuadros que la representan. No es solo la forma del trage, sino los mismos colores; manto azul y túnica encarnada, ó túnica azul y manto encarnado, y un velo blanco en la cabeza. La primera vez que ví de lejos á una bethlemita, llevando en sus brazos á un tierno infante, no pude menos de estremecerme; me pareció ver á Maria con el niño Jesus. Otra vez, ví á un anciano, con barba y cabello blanco, guiando á un asno á lo largo de la montaña, sobre la que Belen está situada; le seguia de cerca una jóven, vestida de encarnado y azul, y con su velo blanco. Creí en aquel momento hallarme en el tiempo de César Augusto. Ambos personages eran para mí José y Maria, que venian á Belen para hacerse empadronar, obedeciendo al edicto. El trage de los campesinos reproduce la misma ilusion; es en todo semejante al de los pastores de la época del nacimiento del

Salvador, cuya data se acerca á dos mil años. Consiste en una especie de camisa ó túnica, sujeta al cuerpo por una ancha correa, y un manto por encima. No usan calzado, pues ordinariamente van con los piés desnudos.»

La poblacion de Belen se compone de unos mil ochocientos católicos, otros tantos griegos, sobre unos cincuenta armenios, y ciento cuarenta musulmanes. Unos y otros trabajan contínuamente en hacer rosarios, cruces y modelos del sepulcro de Ntro. Señor, que venden á los peregrinos; todo esto se fabrica, ya de madera, ó de hueso, con embutidos de nácar.

En la direccion de Jerusalen, se encuentra un pozo profundo, á cuyo alrededor hay algunos estanques ó albercas, que sirven de abrevaderos, y esta es la cisterna, cerca de la cual, los reyes Magos descansaron. A mitad del camino, se veia antes un viejo terebinto, bajo el cual, segun la tradicion, la Virgen reposó un poco, al llevar á Jesucristo al templo; pero como el afan contínuo de cortar ramas de este árbol venerado, era causa de que los peregrinos echasen á perder un sembrado, que pertenecia á un árabe, propietario del terreno, este le quemó en el siglo XVII, y las piedras hacinadas, que por largo tiempo indicaron el sitio que ocupaba, hoy dia han desaparecido. Mas lejos, sobre un pequeño vallado, á poca distancia del camino, los cristianos habian elevado un monumento, sobre el terreno que ocupó la casa S. Simeon, y del cual apenas quedan restos.

Con los recuerdos de la sacra Familia, se confunden los del Precursor. La aldea, llamada de S. Juan del Desierto, está al norte de Belen, y á dos leguas de Jerusalen, de modo que forma, con estas dos poblaciones, un triángulo. Esta aldea, llamada Ainkaren en árabe, está situada en un sitio agradable y ameno, en medio de valles y montañas pobladas de vegetacion. La gruta en que nació el santo Precursor, es grande y poco profunda. Esta hacia parte de la casa de Zacarías, y se encuentra en la misma iglesia del convento de franciscanos. Este monasterio, situado en medio del pueblo, sobre una plataforma, que le hace divisar desde muy lejos, es un edificio notable. La iglesia, despues de haber sido profanada por los mahometanos, quedó por largo tiempo arruinada; pero restaurada despues por Luis XIV de Francia, es hoy dia una de las mas bellas de Levante. Sostiénenla cuatro pilares; en el fondo está el órgano, y al frente, el altar mayor, entre dos capillas cerradas con sus rejas. A la derecha, se conserva una roca, sobre la cual S. Juan predicaba; á la izquierda, se baja por una escalera de mármol al santuario de la natividad del santo, que está dispuesto poco mas ó menos como los de Nazaret y Belen. La parte superior del altar, en el que diariamente se celebra misa, está adornada con cinco medallones de mármol, que representan la Visitacion, el nacimiento de S. Juan, el bautismo de Jesucristo y la degollacion del Precursor. Un poco adelante, se lee en el pavimento sobre un mármol circular: *Hic Precursor Domini natus est.* «Aquí nació el Precursor del Señor.» Al poniente de la aldea, y á un cuarto de legua de distancia, en una agradable soledad, está el lugar de la *Visitacion.* La tradicion refiere, que Maria fué primero á la casa en que ordinariamente vivia Sta. Isabel, en la poblacion; pero que no encontrando allí á su prima, pasó á la casa de campo, en la que la madre de S. Juan estuvo oculta, durante los seis primeros meses de su preñez, como dice el evangelio. En el sitio mismo de esta casa, sobre la pendiente de una colina, Sta. Elena mandó construir una bonita iglesia. Quedan de ella ruinas considerables, entre las cuales se alzan grandes y copudos árboles. (Pl. XXX, n.º 2.) «Examinando estos restos, cuyo aspecto es verdaderamente pintoresco, encontré, dice el P. Degeramb, una especie de capilla abierta, en cuyo fondo estaba un altar, toscamente formado de piedras puestas unas sobre otras, y supe por el guia que me acompañaba, que los religiosos de S. Juan vienen aquí una vez al año, á cele-

brar el sacrificio de la misa el dia de la *Visitacion*. Esta capilla, si tal puede llamarse, está en el lugar mismo en que Sta. Isabel salió al encuentro de la que llevaba en su seno al Salvador del mundo, y á quien el Espíritu Santo inspiró el admirable cántico, cuyas proféticas palabras, repetidas de generacion en generacion, resuenan despues de diez y ocho siglos en todas las solemnidades de la iglesia cristiana. Sobre el altar, ví dos vasos de barro, llenos de flores, que comenzaban á marchitarse; eran sin duda ofrendas de algunos pobres cristianos de S. Juan. Quise á mi vez hacer lo mismo, y recorriendo la campiña, encontré algunas flores silvestres, con las que formé un ramillete, que respetuosamente puse sobre el altar, y para dar libre curso á los sentimientos de que estaba poseido, entoné el *Magnificat* en voz alta, y le canté hasta su fin, deteniéndome en cada versículo, para saborear el consuelo y el placer espiritual que disfrutaba.»

De la casa de la *Visitacion*, caminando siempre hacia el poniente, por espacio de una hora, se vé un torrente de agua cristalina, que brota debajo de una enorme roca, junto á la cual sigue una senda, á cuyo pié mide la vista un espantoso precipicio. Aquí fué la retirada de S. Juan Bautista; aqui el desierto, donde permaneció oculto hasta el momento en que debia presentarse al pueblo, aquí, donde se mantuvo, por gran número de años, con langosta y miel silvestre; aquí donde oyó la palabra de Dios, y desde donde el Espíritu divino le condujo á las orillas del Jordan, para predicar el bautismo de la penitencia. Desde tan agreste sitio, se divisa un profundo valle, que se alarga hacia el norte. Este es el valle de Terebinto, célebre por la victoria del jóven David contra el gigante Goliat. Al poniente está la villa de Mo lin, fortaleza de los ilustres hermanos Macabeos, y lugar de su sepultura. La entrada de la gruta de S. Juan Bautista, es baja y estrecha. Frente á ella hay un banco de piedra donde descansaba el Precursor y que hoy sirve de altar á los franciscanos, cuando, el dia de su fiesta, vienen á inmolar, sobre él, la víctima de propiciacion. La gruta tiene nueve piés de longitud, de norte á sur, cinco ó seis de anchura, y ocho de elevacion, y recibe por una abertura la luz del poniente. A la puerta, el ramage de un árbol dá sombra á los peregrinos, que no dejan de beber en el manantial, que serpenteando entre las flores se precipita en cascadas hasta el valle. A un cuarto de legua, dos bóvedas antiguas, y de desigual altura, restos de una capilla, indican el sepulcro de Sta. Isabel.

La tradicion fija el punto en que Jesucristo fué bautizado por S. Juan, á algunas leguas de la embocadura del Jordan, por frente de Jericó. El Jordan, (*rio del juicio*), toma su orígen en el Anti-Libano, y desagua en el mar de Galilea, que no es salado, y atravesándole de norte á mediodia, vá despues de una corriente de ciento treinta millas, á perderse en el mar Muerto ó lago Asfáltico. En el sitio en que el Precursor vió al Espíritu Santo descender en forma de paloma, y reposarse sobre el Verbo hecho carne (Pl. XXXI, n.° 1.), las dos orillas del rio, están pobladas de sáuces, tamarindos y otros árboles, en que las tórtolas y otras aves hacen sus nidos en verano. Jericó, (Luna), hoy dia *Ryhah*, tiene su asiento en una llanura; el Jordan, aunque de lejos, corre á su izquierda entre dos montecillos llenos de espinos silvestres, de cuyas flexibles ramas, cubiertas de largas y fuertes puas, se hizo, segun se cree, la corona que ensangrentó la frente del Salvador (1). Hácia la derecha, pero en parte oculto por el promontorio de Segor, se aparece el fúnebre aspecto del mar Muerto. «Sus solitarios alzimos, dice Mr. de Chateaubriand, no alimentan ningun ser viviente; jamás ha surcado sus ondas barco alguno; en sus orillas, sin árboles ni verdura, no reposan las

(1) Segun la tradicion latina en Jerusalen, la corona de Jesucristo se sacó del árbol espinoso *Lycium spinosum*. Pero el sabio botánico Halssequist, cree que se empleó para esta corona la nabka de los árabes. Chateaubriand, Viag. (N. del Trad.)

[illegible]
[illegible] dan [illegible]



Mont Sion. [illegible] du [illegible]
Monte [illegible] [illegible] del [illegible]   Monte [illegible] [illegible] del Cenáculo



aves; y sus aguas amargas, cual si fuesen corrompidas, son tan densas y pesadas, que el mas impetuoso viento, apenas puede levantarlas... Josefo, sirviéndose de una espresion poética, dice, que desde las orillas del lago, se apercibian las *sombras* de las ciudades destruidas. Estrabon dá sesenta estadíos de circunferencia á las ruinas de Sodoma. Tácito, habla tambien de sus restos.» Jericó, cuya situacion acabamos de fijar, no es mas que un conjunto de cabañas de tierra y junco, cubiertas por defuera con una especie de fango. Sus célebres muros, están reemplazados por vallados, formados de maleza, que apenas sirven para resguardar á los ganados, de las embestidas de las fieras. A una legua de esta ciudad, se eleva una masa de rocas escarpadas, y de difícil acceso; y este fué el monte donde Jesucristo se retiró, durante cuarenta dias. Santa Elena transformó en capilla la gruta de la Cuarentena. Pero volvamos á S. Juan del Desierto.

Saliendo de este pueblo, hácia Jerusalen, se vé en el camino un monasterio, que pertenece á los georgianos, que le llaman de Santa Cruz, porque, segun una piadosa tradicion, se hallaba en este sitio el árbol que precipitadamente cortaron los judíos para hacer la cruz, suplicio del Salvador. La iglesia es bastante buena, y su capilla mayor tiene algun adorno, aunque hayan desaparecido los frescos que cubrian sus muros. La piedra de mármol que sirve de altar, ocupa el lugar, segun la misma tradicion, del Olivo en el que fué enclavado el Hombre-Dios, para rescate de la humanidad.

Del santuario de Nazaret, donde se realizó el misterio de la Encarnacion, y del de Belen, donde tuvo lugar el nacimiento del Salvador, el órden de los hechos nos conduce á Jerusalen, teatro sangriento del misterio de la Pasion.

CAPÍTULO XV.

Descripcion de los santuarios de Jerusalen.

Jerusalen fué fundada por Melquisedec, mil novecientos años antes de Jesucristo, á doce leguas del Mediterráneo, y se llamó en un principio Salem (Paz). Ocupaba esta ciudad la colina de Acra, parte baja de la poblacion actual; el profundo valle de Mello, la separaba al nord-este del monte Gihon, y al sud-este, del monte Moria, ahora inhabitado. Desde su principio, fué dedicada al culto del Señor. Melquisedec, como gran sacerdote, recibió el diezmo de los bienes de Abraham, y cuando este patriarca debió inmolar á Isaac, se transportó al territorio de Moria. Los descendientes de Jebus, hijo de Canaan, se apoderaron de Salem, cincuenta años despues de Abraham, y edificaron sobre el monte Moria la ciudadela de Jebus, de aquí tomó la ciudad el nombre de Jebus-Salem, modificado luego en el de Jerusalen (Vision de paz).

Josué, despues de ponerla sitio, no pudo apoderarse mas que de la ciudad baja: los jebuseos quedaron dueños de la alta, cerca de quinientos años, hasta que David, de vuelta de su espedicion de Hebron, la tomó al fin por asalto. Una vez dueño de toda ella, la engrandeció, y fortificó con nuevas murallas, y edificó un palacio para su morada. El monte Moria aun pertenecia al Jebuseo, y el piadoso monarca le compró para elevar allí un templo al Señor.

Salomon rebajó este monte, agrandó su superficie plana, y fortaleció sus costados con inmensas construcciones, á fin de edificar allí el templo. El valle de Mello, terraplenado enteramente, se convirtió, en una gran calle; se hizo además una cortadura, para aislar el palacio de la hija del rey de Egipto, esposa de Salomon, quedando solo un puente para comunicacion de aquel con el templo. El hijo de David hizo tambien la piscina *probática* ó bethsaide (*casa de efusion*), único monumento que nos queda de la primitiva arquitectura judáica, en Jerusalen. Los gabaonitas acudian allí á bañar los animales destinados á los sacrificios, y los levitas repetian la misma ceremonia con las víctimas, en el estanque interior del templo, antes de inmolarlas. Construyó

igualmente Salomon las piscinas de Siloe (*el Enviado*, nombre de una poblacion inmediata), desde donde Ezequias condujo el agua á Jerusalen por un acueducto subterráneo. Cuando el rey sabio, trastornado por las mugeres, edificó un *alto lugar* á los ídolos estrangeros, le colocó sobre una pequeña colina, dependiente del monte Olivete, lo que motivó que con justicia se denominase este, por semejante destino, monte del Escándalo.

Bajo el reinado de Roboan, hijo de Salomon, Sesac, rey de Egigto, tomó á Jerusalen, y saqueó los tesoros del templo. En tiempo de Amasias, rey de Judá, el rey de Israel, despojó por segunda vez la casa de Dios, destruyendo además, gran parte de los muros de la ciudad. Ezequias los reparó, ensanchando su recinto hasta *Ophel*, (lugar oscuro), y se hizo un nuevo cuartel ó barrio, situado entre los montes Sion y Moria. Los asirios se apoderaron de Jerusalen, reinando Manases, 696 años antes de Jesucristo, y el 580 Nabuzandan la destruyó completamente, incendiando el templo que habia subsistido en pié, cuatrocientos setenta años, seis meses y diez dias. A consecuencia de la libertad dada á los judios el 535, Zorobabel reedificó la ciudad y el templo. Alejandro el Grande, ofreció sacrificios en sus aras. Ptolomeo Philadelfo, regaló para el mismo, una mesa y dos copas de oro, y 50 talentos para comprar vasos sagrados. Antioco Epifanes, por el contrario, colocó en él la estátua de Júpiter Olímpico; Judas Macabeo, despues de arrasar la fortaleza que los sirios habian edificado en el monte Acra, terraplenó el valle que separaba á este del monte Moria. Simon, restableció las murallas, y en el ángulo nord-este del templo, situó la ciudadela llamada Baris, (*Casa fuerte*), empezada por él, y concluida por su hijo Hircano. Pompeyo, destruyó de nuevo los muros de Jerusalen; Craso, la saqueó, juntamente con el templo; pero Cesar, habiendo asegurado el pontificado á Hircano, y el gobierno de la Judea á Antipatro, permitió que se reedificasen las murallas. Herodes, hijo de Antipatro, ya rey de Judea, adornó á Jerusalen con teatros, anfiteatros, colegios y un palacio suntuoso. Edificó además una torre cuadrada de treinta codos de altura, desde la cual se veia el Mediterráneo, á la que dió el nombre de su amigo Hippicos, y otras dos además, la torre Phasael, y la torre Mariamme, en recuerdo de su hermano y de su esposa; reparó la ciudadela de Baris, que mudó su nombre en el de torre Antonia, en honor de Marco-Antonio su favorecedor. Por último, reconstruyó por entero el templo de Zorobabel, rodeándole de torres y murallas, y acababa de estar concluido este soberbio edificio, cuando Jesucristo vino al mundo. Reputábase entonces Jerusalen como una de las mejores ciudades del oriente, segun el testimonio de Plinio. A aquella sazon, comprendia los montes Sion y Moria; pero el Gihon, del que dependia el Calvario, estaba fuera del recinto, á la parte del nord-este. El cuartel llamado de Bezetha (*Ciudad nueva*), situado al norte, habia sido añadido por Herodes, separándole un foso profundo, de la torre Antonia. El plano de la ciudad santa, formaba un cuadrilongo en la direccion de norte á mediodía; su longitud era de novecientas cincuenta toesas, y su ancho, la mitad. Las principales puertas de Jerusalen eran: al este, la puerta Dorada, por la que se entraba al pórtico del templo; la de los Ganados, frente á la montaña de los Olivos, llamada así, porque por ella entraban las víctimas destinadas al sacrificio; la de Efrain, al nord-este; la de Damasco, al oeste; la Judiciaria, que daba salida al Calvario, bajo cuyo arco, á los criminales que salian para el suplicio, se les notificaba su sentencia, que se fijaba despues en una columna, empotrada hoy en el muro; la de Hierro, al mediodía, que conducia de Acra al Calvario; la Esterquilinaria, que daba salida á todas las inmundicias, y por último, la puerta de Sion ó de David, por la que se iba, de la montaña de Acra, á la de Sion, atravesando el muro, que dividia la ciudad alta de la baja.

Jesucristo, cuando entró en Jerusalen, pa-

ra realizar el gran misterio de la Pasion, siguió el camino que guia á la conjuncion del monte Olivete, con el monte del Escándalo. Al bajar por la pendiente, se detuvo en una roca, que figura una plataforma saliente, desde donde se descubre la ciudad toda, cuyo sitio tomó el nombre de roca de la Predicacion. Un poco mas lejos, á la derecha del huerto, que dependia de la hacienda de Gethsemani (Molino de aceite), se veia aun en 333 una palmera, de la cual se arrancaban palmas, que servian para la fiesta del domingo de Ramos. Frente al mismo Gethsemani, y muy cerca, estaba la puerta Dorada, por la que entró el Salvador, que se dirigió en seguida al templo, cuya descripcion vamos á hacer.

Ocupaba esta casa del Señor, un espacio de 774 toesas, sobre el monte Moria, y la rodeaban espaciosas galerías. Los pórticos estaban adornados de ricas tapicerías; flores de oro serpenteaban alrededor de las columnas, y los repliegues de una parra figurada, sobrecargada de hojas y racimos del mismo metal unian los capiteles entre sí. Las puertas, eran tan macizas, que veinte hombres apenas podian cerrarlas; estaban cubiertas de planchas de plata. El primer recinto, llamado pórtico de los gentiles, tenia cuatro de aquellas que miraban á los cuatro puntos cardinales, siendo las principales, la Dorada, única chapada con láminas de oro, al este, y la puerta Bella, al occidente. El interior de este recinto, que tenia quinientos pasos de circuito, no estaba enlosado. Por todo su alrededor, corrian galerías que tenian un estadio de longitud, treinta piés de anchura, y mas de cincuenta de elevacion. Las sostenian ciento sesenta y dos columnas de mármol, tan gruesas, que tres hombres apenas las abarcaban. Su altura era de veinte y siete piés, sin las basas y capiteles. Aquí era donde los gentiles podian comerciar; aquí fué, donde los fariseos condujeron ante Jesus á la muger cogida en adulterio.

El segundo recinto, ó patio de los judíos, era menor que el primero; su pavimento era de mármol, y tambien le rodeaban pórticos con columnas, bajo los cuales, así como en los salones contiguos, se reunian los doctores de la ley. Siendo niño Jesus, se sentó en medio de ellos, y veinte años despues, los mismos que tan tranquilamente le escucharon su moral, resolvieron emplear la fuerza material para perderle.

La tercera parte del templo, ó patio de los sacerdotes, enlosada con ricos mármoles, estaba rodeada de edificios, que servian de habitacion á aquellos, y de almacenes para guardar los vasos sagrados. En el centro, sobre un zócalo, se elevaba el altar de los holocaustos, de forma cuadrada, teniendo cada uno de sus lados diez codos de altura, por veinte de ancho. A su lado, dos grandes estanques ó pilas de bronce, sostenidas por doce bueyes del mismo metal, servian para lavarse los piés y manos los sacrificadores. Sobre el altar de los holocaustos, ardia un fuego perpétuo, destinado á consumir las víctimas despues de sacrificadas. Aquí se hizo la presentacion de Jesucristo en el templo.

A la estremidad del patio de los sacerdotes, comenzaba el templo propiamente dicho, donde no se permitia entrar sino á los sacerdotes que estaban de servicio. Un vestíbulo, de veinte codos de largo por diez de ancho, conducia al santuario, en cuyo centro se alzaba el altar de los perfumes, enriquecido de oro. Estas dos partes, el vestíbulo y el santuario, estaban á cielo abierto. Al frente del santuario, se abrian dos grandes puertas de madera de olivo, doradas, y detrás de ellas, un gran velo de finísimo lino, de color de escarlata y de jacinto, separaba el patio de los sacerdotes del *Sancta Sanctorum* (Santo de los Santos), donde estaba el arca de la alianza. Allí no entraba mas que el gran sacerdote, y eso una vez al año.

Segun la costumbre de los judíos, el *Sancta Sanctorum*, estaba al oeste, y la puerta del templo al este. Los cristianos, por el contrario, pusieron el coro de sus iglesias á levante, y la entrada á poniente.

La piscina probática, vasto depósito de agua de 150 piés de largo por 40 de ancho, rodeada de cinco grandes pórticos embovedados, se encontraba cerca del muro del templo, al nord-este. Como el agua de este estanque, milagrosamente agitada por un ángel, en cierta época del año, curaba al primer enfermo que bajaba á ella, todos los pórticos inmediatos estaban llenos de dolientes, que con los ojos fijos en las aguas, espiaban la menor de sus ondulaciones con el cuidado y esperanza de su curacion. Fuera de la ciudad, al pié del monte Sion, estaban las piscinas ó baños de Siloe, cuyo manantial, partiendo de mayor altura, se recogia en dos grandes estanques revestidos de un triple muro.

Tambien fuera de Jerusalen, y á trescientos pasos de la puerta de Sion, en la pendiente de la montaña de ese nombre, se veia un edificio aislado de dos pisos, llamado despues el Cenáculo del Señor. Pasado el recibidor, la primera sala amueblada con banquetas, segun el uso de oriente, servia de comedor; y en la segunda, mas pequeña, Jesucristo lavó los piés á sus discípulos. Igual distribucion tenia el piso segundo, donde los apóstoles durmieron. Aquí fué, donde el Salvador hizo la última Pascua, é instituyó el sacramento de la Eucaristía; aquí se apareció á sus discípulos, despues de su gloriosa resurreccion, y por último, aquí mismo descendió el Espíritu Santo sobre los apóstoles. El santo Cenáculo llegó á ser el primer templo cristiano del mundo. Santiago el Menor, fué allí consagrado primer obispo de Jerusalen; en él se celebró el primer concilio de la Iglesia, y desde su recinto, partieron los apóstoles, pobres y desvalidos, á sobreponersese á los tronos todos de la tierra.

Un camino, que mas puede llamarse senda, de poco mas de un cuarto de legua de distancia, conduce desde el Cenáculo al huerto de Gethsemani. El valle de Josafat y el torrente de Cedron, separaban al este, á Jerusalen del monte Olivete, cuyos tres picos, dispuestos en línea recta, de norte á sur, reciben á un tiempo los rayos del sol naciente, y cada uno de ellos tenia su nombre particular. La cima del norte, se llamaba *Viri Galilei*, porque los galileos tenian allí una posada ó fonda. La del medio, llamada propiamente monte de los Olivos, ú Olivete, tiene por nombre hoy dia, monte de la Ascencion, porque á doscientos ó trescientos pasos de su cumbre, al nord-este, Jesucristo dejó la tierra para subir al cielo, y la del mediodía, es el monte del Escándalo, por las construcciones que ya dijimos dedicó aquí Salomon á los falsos dioses, y que destruyó Josias. Este monte, está separado del de los Olivos ó de la Ascension, por el camino de Bethania (*Casa de afliccion*, hoy dia de Lázaro) que se encontraba al otro lado de la montaña. Aun existen cerca de Bethania los restos de una iglesia edificada sobre la casa de Simon el leproso. Tambien están próximas las ruinas de la de Lázaro, y su sepulcro, gruta de veinte piés de largo por cinco de ancho socabada en la roca, y á la que se baja por veinte y cinco escalones. Los restos de la casa de Maria Magdalena, están á la izquierda del sepulcro; los de la de Marta, cien pasos mas allá.

Antes de entrar en Bethania, Jesucristo descansó, sobre una piedra aislada, de granito, de tres piés de larga, por dos de ancha, y está vedado tomar el menor fragmento de ella, bajo pena de escomunion. En el mismo camino de Bethania, está Bethphage, aldea donde Jesucristo mandó á buscar su humilde cabalgadura. Al este de Gethsemani, despues de haber atravesado el camino, se encuentra la roca de la Prediccion, de la que ya hemos hablado, y casi en frente, al sud-este, el sitio en que el divino Maestro enseñó la oracion dominical á sus discípulos. El olivo, junto al cual profetizó el juicio final, está á treinta pasos, hácia el norte. En el jardin ó huerto de las Olivas, por bajo de Gethsemani, y á doce toesas al norte, se vé la gruta de la Agonía, cavidad casi redonda, de quince piés de diámetro, tallada en la roca y sostenida por tres gruesos pilares, recibiendo luz por la

puerta y por una abertura circular que rompe la bóveda. Al nord-este del huerto, está el sitio sobre el que se durmieron los apóstoles Pedro, Santiago y Juan, que forma como un lecho natural, de una piedra algo roja, con unas prominencias calcáreas, que pudieron servir como de almohadas. La puerta de este huerto, en que el Hijo del hombre fué entregado por Judas, no dista sino diez ó doce pasos.

Aquí comienza la série de estaciones llamada *Via de la cautividad*. Algunas huellas de manos y de piés, impresas en la roca, indican que los verdugos de Jesucristo, le arrastraron al fondo mismo del torrente del Cedron, que á la sazon estaba seco (1). Subiendo luego por el monte Sion, y dando vuelta al esterior del muro del templo, entraron en Jerusalen por la puerta Esterquilinaria, y siguiendo por la calle que habitaban los alfareros, llegaron á la casa de Anás el sacrificador, que estaba cerca de la puerta de David. En el claustro de la iglesia construida en este sitio, se vé aun el tronco de un olivo, al que Jesus fué atado (2). Desde aquí, le condujeron á casa Caifás, situada á doscientos cincuenta pasos de la de Anás, y á sesenta de la puerta de Sion. Se entraba en ella, por la parte del oeste, por una puerta muy baja, y el tribunal se constituyó en una sala del piso bajo. Mientras duró el juicio, Jesus, segun dicen, esperó el resultado en una pieza del lado. Segun una tradicion armenia, el gallo, cuyo canto recordó á S. Pedro su culpa, y la profecía del Señor, se posó en una de las dos columnas del esterior de la puerta, de las que una existe todavía en su propio sitio, y la basílica de S. Juan de Letran, posee la otra. San Pedro, lloroso y arrepentido, se retiró á una gruta que lleva su nombre, y que está en la bajada del monte Sion, cerca del muro de la ciudad.

De la casa de Caifás, fué trasladado Jesus al palacio de Pilatos, que distaba cerca de mil trescientos pasos, edificado al nord-este del monte Moria, y á ciento cincuenta pasos de la puerta de Efrain (1). Se subia á la puerta de entrada de este palacio, por una escalera de veinte y ocho gradas de mármol blanco, que, trasladada á Roma, hoy se venera allí, con el nombre de *Escala santa*. Un corredor abovedado, conducia, desde la sala del pretorio, á una galería cubierta, que atravesaba la calle como un puente cubierto, teniendo en medio un gran balcon, llamado en hebreo *gabbatha*, en griego, *lithostrotos*, en latin *Xistus*. Este pasadizo, que servia de tránsito para ir desde la casa de Pilatos á la torre Antonia, se llama hoy día, el arco del *Ecce-homo*. Desde el palacio de Pilátos, Jesus, siguió al oeste, por una pequeña calle, que estaba ciento cincuenta pasos del Pretorio, hasta el palacio de Herodes, cuya habitacion, suntuosa en su interior, estaba rodeada en el esterior, de una muralla de treinta codos de altura, flanqueada de torreones (2). Al salir de aquí, volvió por otro camino, á la del procurador romano.

La sentencia de Pilatos, que condenó á Jesus á ser azotado, nos la ha conservado la tradicion en estos términos: «Que Jesus de Nazareth, acusado por los pontífices y principales de su nacion como sedicioso, sea desnudado, atado, y azotado. Al lictor, que prepare las varas.» Frente al mismo Pretorio, en la otra acera de la calle, á cuatro toesas de la escalera del palacio, estaba la sala donde se hizo la flagelacion (3). En medio de ella, se

(1) Segun S. Bernardo, cuando Jesucristo fué atado en el huerto, á mas de las cuerdas, fué empleada una cadena de hierro, con la que se hizo un collar para arrastrar al Redentor. San Luis le trajo á Francia, y enriqueció con él el tesoro de la santa capilla. —Aranda, de Imit. J. C., Lib. II, cap. 7. (N. del Trad.)

(2) El local de la casa de Anás, contiene un convento de religiosas ancianas, bajo la inspeccion de los armenios del convento de S. Jaime; visten estas religiosas un paño grosero y un velo negro. — Goujon, Ramillete sagrado. (N. del Trad.)

(1) La casa de Pilatos ha servido de habitacion á los bajaes que han gobernado el pais. Los antiguos cristianos, convirtieron el pretorio en iglesia y los aposentos en capillas; pero todo lo antiguo está destruido, y apenas quedan algunos trozos.

(2) Este Herodes, fué el llamado Antipas, hijo de Herodes Ascalonita, y el que hizo cortar la cabeza á S. Juan Bautista. Fué desterrado á Lyon de Francia con Herodiada, por el emperador Calígula, y murió de miseria, el 37 año de Cristo. — Bergier, Dic. Teolog. (N. del Trad.)

(3) En 1618, el hijo del bajá, proyectó convertir la iglesia

alzaba una gruesa columna de dos piés y medio de alto, coronada de un gran anillo de hierro, por él que pasaban las manos del condenado. Esta columna, se trasladó, en 1233, por el cardenal Juan, legado de Honorio III, á la iglesia de Sta. Práxedes, en Roma. Otra columna mas alta, que sostenia la sala, y que tiñó en mucha parte la sangre de Jesucristo, fué colocada por Sta. Elena en la iglesia del Monte-Sion, y hoy se encuentra trasladada á la del Salvador, no pudiendo verla y adorarla los fieles, sino en la tarde del viernes santo.

Despues de la flagelacion, los soldados trasladaron á Jesus al mismo Pretorio, de donde le habian sacado, y en el patio del mismo, le hicieron sentar sobre un trozo de columna, de dos piés de altura, llamada del *improperio* (ó de las injurias), donde le coronaron de espinas. Este trozo de columna se vé en la iglesia del Santo sepulcro. Luego Pilatos presentó á Jesus al pueblo, desde el arco del Pretorio (1).

El decreto que condenó al Salvador á morir crucificado, fué concebido en estos términos... Que Jesus Nazareno, por provocador del pueblo á la rebelion, por despreciar al César, y llamarse falsamente el Mesías, como lo prueba el testimonio de los ancianos de su nacion, sea condenado á morir sobre la cruz, y con el irrisorio aparato de rey, sea crucificado entre dos ladrones. Al lictor, que prepare las cruces.» Para la que habia de servir al Hombre-Dios, se mandó hacer además, una plancha de cedro, en la que se escribió con minio, en griego, en latin, y en hebreo, una inscripcion que dijese: «Jesus Nazareno, rey de los judíos.» Esta plancha se conserva en Roma, en la iglesia de Santa Cruz.

Aqui principia el *Camino de la Cruz* ó la *Via dolorosa* (1). En la esquina que formaba

que habia en este lugar de la flagelacion, edificada alli por los primeros cristianos, en una caballeriza, haciendo sobre ella una habitacion para si; pero indignado Dios por semejante profanacion, derribó la obra comenzada y no acabada, en 14 de enero de 1619. El hijo del bajá, no dándose por entendido, dispuso se volviese á emprender, y á la mañana siguiente á la noche que habia mandado poner alli sus caballos, los encontró todos muertos, y entonces abandonó el proyecto. Ya en 1670, no presentaba ni interior ni esteriormente forma de iglesia, y hoy dia es un corral inmundo, como dice de Geramb, en que apenas se puede sentar el pié. Cuando le vió Doublan, habia alli carneros encerrados. Siguió asi este local profanado, hasta 1838, que los religiosos, á fuerza de pasos y dinero, consiguieron la propiedad de este sitio, y construyeron sobre las ruinas de una antigua iglesia que alli habia, una nueva que hoy existe, bastante linda y graciosa. (N. del T.)

(1) Gonjon, en su Ramillete sagrado, dice estas palabras: «He visto la piedra sobre la cual estaba el Señor, cuando Pilatos le presentó al pueblo, desde este arco, en el cual, en caractéres antiquisimos, se verán todavia cuatro letras, á saber: E..H...MO.» Castillo, en su Devoto peregrino, dice tambien, que la ventana por la que fué asomado Jesus para que le viese el pueblo, estaba dividida por una columna que la partia en dos, y añade estas palabras, como testigo ocular: «Esta columna, estando yo en Jerusalen, un turco, persona grande, vino á visitar todas las plazas y fuerzas de la Siria y Palestina, por órden del gran Señor, casado con una hermana suya; y porque el guardian de los franciscanos, luego que llegó, no fué á besarle la mano y llevarle un gran presente, le mandó llevar á la mezquita de Omar.» (N. del Trad.)

(1) El baron de Henrion, no marca claramente las estaciones de la Via Crucis, tal como se hacen, y asi creemos, nos agradecerá el lector, que detallemos un poco mas, su verdadera situacion.

La primera estacion, empieza realmente en el Lithostrotos, dicho en hebreo Gabbata, que era una azotea, galeria, ó especie de balcon, embaldosado de mármol, desde el cual, Pilatos pronunció la sentencia de muerte. Estaba contiguo al pretorio, mas hoy dia está comprendido dentro del ámbito de la habitacion del gobernador. Como las avenidas están guardadas por esbirros musulmanes, se hace esta primera estacion, en el pórtico de la escalera, situada á la parte mas baja de Jerusalen. En el palacio que tienen en Sevilla los duques de Medinaceli, edificado á la manera árabe, por el marqués de Tarifa, que hizo la peregrinacion á Tierra santa, en el siglo XIV, hay un balcon á la entrada de la puerta principal, á la derecha, que se llama vulgarmente el *balcon de Pilatos*, y se cree ser una imitacion del que habia en el pretorio, y que quizá pudo ver el marqués, y copiarle en esa casa, que por eso conserva hoy dia el nombre de *casa de Pilatos*. Dicho palacio es notabilisimo, porque el piadoso marqués quiso al construirle, comenzar desde él un Via Crucis, que efectivamente, principia desde el interior de la casa y termina en la Cruz del Campo; y dentro de esa casa, hay la estacion de la casa de Anás, la de Caifás, y la del pretorio de Pilatos, siguiendo las demás, desde fuera de la casa en adelante. Dicho palacio está perfectamente reparado por el actual duque, y es una de las joyas de Sevilla. Juan de Mena, que sin duda acompañó al marqués de Tarifa en su peregrinacion, escribió la relacion de ella, que se imprimió despues en el siglo XVI, cuya edicion, muy rara, y que se conserva en la biblioteca Colombina, hemos visto, asi como el palacio ó casa de Pilatos, repetidas veces.

La segunda estacion, corresponde al parage en que Jesus, entregado á sus implacables enemigos, fué arrastrado hasta el lugar en que le cargaron la cruz, que era un edificio separado, donde estaban depositadas las cruces para los condenados, y donde estaria alli mismo preparada la de Jesus. Desde aqui á la tercera estacion hay veinte y seis pasos.

La tercera estacion, se halla cerca de un baño turco, donde es á una columna derribada. Antiguamente se construyó alli una iglesia, para recordar la primera caida de Jesus debilitado. Cuarenta pasos mas adelante, se entra en una calle, que termina en

la calle que venia de Damasco, á ciento setenta pasos del Pretorio, Simon Cirineo, encontró á Jesus, con su cruz á cuestas (1). Torciendo la calle, hácia el norte, pasó delante de la casa del rico avariento (2); en seguida, volviendo al oeste, está el sitio, donde encontró á las santas mugeres. A cien pasos, antes de llegar á la puerta Judiciaria, estaba la casa de Berenice, honrada hoy con el nombre de Verónica (*Vera icon*, verdadera imágen) (3). La parte inferior de la puerta Judiciaria por la que salió Jesucristo, está al presente tapiada, á mas de la mitad de su altura (4). El Salvador, despues de pasarla, siguió, á su izquierda, un largo trecho entre el monte Gihon y el muro de la ciudad, y despues, una senda tortuosa le condujo al lugar del suplicio.

El Gólgotha ó el Calvario (*sitio de los cráneos*), no era mas que una roca saliente, que hacia parte del monte Gihon, elevada sobre doce piés del camino. La cabeza de Adan, segun una antigua tradicion, fué allí depositada, en prueba de lo cual, una de las capillas de la iglesia del Santo sepulcro, se llama aun la capilla de Adan. Mientras que se hacia el hoyo ó agujero para colocar la cruz, sirvió de prision á Jesus una pequeña cavidad, hecha en la roca misma, y despues de su muerte, las tres cruces, y demás instrumentos del suplicio, se arrojaron, mezclados y en monton, á una fosa natural y profunda, de la misma peña, procedente de una cantera abandonada.

El pié del Calvario estaba ocupado en la parte de mediodía, por el jardin de José de Arimathea. Este, segun la costumbre de los hebreos ricos, habia hecho labrar para sí, en esta roca, en el valle que separa el Calvario del monte Sion, un sepulcro, cuya puerta de entrada, que miraba á oriente, no tenia mas que cuatro piés de alto, y la piedra, sobre la que Jesucristo fué embalsamado, estaba al lado del sepulcro.

Completaremos la descripcion de los santos lugares de Jerusalen, como estaban en la época de Jesucristo, describiendo el estrecho y profundo valle, que separa aquella ciudad del monte Olivete; el *Génesis*, le llaman valle de Melquisedec; el libro de *los Reyes*, valle

la Via Dolorosa, donde antes habia una iglesia, dedicada á la Sta. Virgen, que Sta. Elena hizo construir, bajo el título del Pasmo, y es la cuarta estacion. Allí se cree que Maria Santísima, rechazada por los soldados, encontró á su hijo, arrastrando penosamente el madero de la cruz. Cuando los turcos la demolieron, el P. guardian compró á buen precio, una piedra que habia delante del altar, sobre la cual se suponia haber caido la dolorosa madre. (N. del Trad.)

(1) Sesenta pasos mas allá de la estacion anterior, es donde principia la quinta estacion, á donde Jesus, debilitado por el peso de la cruz, cayó al suelo, y los judíos obligaron á Simon Cirineo, á ayudar al Salvador á llevar la cruz. Este sitio está marcado con una piedra, que besan los peregrinos, y reverencian con mucha devocion, por mas que esté en medio de la calle, y á la vista de los infieles que se mofan de ellos. Sobre el modo que tuvo el Cirineo de ayudar á Jesus, y como debe representársele, véase á Bastus, Semana santa en Jerusalen y Roma, pág. 283. (N. del Trad.)

(2) Muchos han tenido esta historia del Rico avariento por una mera parábola, pero los SS. PP. cuya autoridad es de mucho respeto, como Tertuliano, Orígenes, S. Ireneo, el Crisóstomo, S. Ambrosio, etc., están en que la tradicion es verdadera; y la misma tradicion ha conservado la memoria de su lugar determinado. En 1616, el P. Cuaresmio, habla de esta casa, y dice que existia, aunque no la habitaba ni entraba nadie, á pesar de que no se cerraba por la preocupacion general, de que habia en ella duendes. — Lib. IV, cap. 3. (N. del Trad.)

(3) A ochenta pasos de la estacion anterior está la sesta estacion, en donde está el sitio de la casa de la Verónica, del cual han desaparecido hasta las ruinas, habiendo hoy en su lugar, una habitacion ocupada por una familia griega. Esta tiene la puerta principal muy baja, y elevada sobre el piso de la calle dos escalones. (N. del Trad.)

(4) A unos cien pasos de la casa de la Verónica, está la puerta Judiciaria, por la que salió Jesus al Calvario, y á los ochenta pasos de esta puerta está la séptima estacion, indicada por una incision hecha en una piedra en la muralla. El valle que seguia á la puerta Judiciaria y se interponia con el Calvario, se llamaba Valle de los cadáveres, y era el cementerio de los ajusticiados. La octava estacion estaba á unos sesenta y ocho pasos de la precedente, y está designada con una gran columna, colocada al frente de una puerta de poca importancia, que está tapiada. Allí habló Jesucristo á las hijas de Jerusalen, que derramaban lágrimas sobre su muerte. La novena estacion es en la que por tercera vez cayó el Señor, y en tiempo de Adricomio estaba marcada con una piedra, que tenia impreso el signo de la cruz, y asegura que se veia en su tiempo. Sobre esta estacion, hay que decir, que ya no existe el camino, por el cual se subia antiguamente al Calvario, pues cuando Adriano reedificó á Jerusalen, quedó incluido dentro del recinto de la ciudad. En el dia, ese camino, santificado con los pasos del Redentor, está cubierto de casas, entre las cuales se encuentra esta novena estacion, indicada por una gran columna, en la cual, el fanatismo turco amontona toda especie de inmundicias para que su acceso sea desagradable, y alejar de allí á los peregrinos; así es, que para subir hoy á la santa montaña, el peregrino debe tomar un nuevo camino, distante cincuenta pasos del verdadero. La décima estacion, hasta la décima cuarta, están ya dentro de la iglesia del Santo sepulcro. (N. del Trad.)

del Rey y de Cedron, y Josefo, valle de *Siloe*. En su fondo corre el torrente de Cedron (*Desolacion*) que seco en el estío, se acrecienta despues con las lluvias. Entre las notables tumbas que pueblan sus orillas, se distinguen las de Absalon, del profeta Zacarias, y del rey Josafat, que ha dado su nombre al valle. « El valle de Josafat, dice Mr. de Chateaubriand, parece haber servido siempre de cementerio á Jerusalen; encuéntranse allí monumentos fúnebres de los siglos mas remotos y de los tiempos mas modernos; judíos procedentes de las cuatro partes del mundo vienen á morir aquí, y son capaces de comprar á un estrangero, aunque sea á peso de oro un poco de su terreno para poder cubrir su cuerpo en el campo de sus abuelos. Los cedros, que Salamon plantó en ese valle, la sombra del templo que le cubria, el eco de los lúgubres cánticos que allí compuso el rey profeta, y de las lamentaciones que pronunció Jeremias, le hicieron a laptable á la tristeza y á la paz de las tumbas. Jesucristo, le consagró desde luego al dolor, dando principio á su pasion en este lugar solitario, y en él derramó este inocente David, para borrar nuestros crímenes, las lágrimas que vertió el culpable para espiar sus propios delitos; hay ciertamente pocos nombres que despierten en el alma mas ideas, tiernas, á la par que aterradoras, como el del valle de Josafat, valle tan lleno de misterios, que segun el profeta Joel, la humanidad entera ha de comparecer allí en su dia ante el supremo y justiciero juez de vivos y muertos... « Está muy en la razon, « dice el P. Nau, que sea públicamente reparado el honor de Jesucristo en el propio lugar donde se le fué quitado con oprobio é ignominia tanta, y que juzgue con justicia á los que tan injustamente le han juzgado...» Al ver la tristeza de Jerusalen, de donde no se vé salir ni aun humo; donde no se oye apenas ruido; al ver la soledad de las montañas, donde no se apercibe un ser viviente; al reparar en el desórden y abandono de todas estas tumbas derrumbradas, destruidas, y medio abiertas, dirá cualquiera que acaba de sonar la trompeta del final juicio, y que los muertos se van á levantar en el valle de Josafat.

Por bajo de él, al este, se vé una especie de cisterna rodeada de doce arcadas. « Aquí fué, prosigue Mr. Chateaubriand, donde los apóstoles compusieron el primer símbolo de nuestra creencia. Mientras que el mundo entero, á la faz del sol, adoraba á miles de divinidades vergonzosas, doce pescadores, ocultos en las entrañas de la tierra, daban á luz la profesion de fé del género humano, reconociendo la unidad de Dios, creador de esos astros, de cuyos resplandores tenian aun que ocultarse para proclamar su existencia. Si algun romano de la corrompida corte de Augusto, hubiere casualmente pasado por este subterráneo, y visto á esos doce judíos que redactaban esa obra sublime, ¡qué desprecio no hubiera manifestado, hácia esta obra, en su concepto supersticiosa! ¡con qué desden é indiferencia hubiera hablado á sus conciudadanos de estos primeros fieles! Y sin embargo, estos hombres, tenidos en tan poco, iban á echar por tierra los suntuosos templos de ese romano, á destruir la religion de sus padres, y á cambiar de lleno las leyes, la política, la moral, la razon, y hasta el pensamiento mismo de todos los hombres.»

Por medio de dos puentes se pasa el Cedron, uno al norte, frente la puerta de S. Esteban y otro al mediodía, frente al monte Moria, que fué el que pasó Jesucristo, al ir del Cenáculo al huerto de las Olivas.

Detrás del monte Sion, al mediodía, á una media legua del monte del Escándalo, se abre el valle de los hijos de Hinnon, en el mismo valle de Josafat. La gruta en que los apóstoles estuvieron escondidos, durante el sangriento drama de la Pasion, se encuentra cerca de este valle, al mediodía de las piscinas de Siloe. Esta profunda cueva se divide en muchas partes, enetrándose en cada una de ellas por una abertura baja, parecida á la boca de un horno. Al nord-este de esta gruta, y á la derecha del camino de Bethania, un poco mas

abajo del sepulcro de Absalon, está el sitio donde Judas el traidor se ahorcó; pero no existe la higuera que sirvió á su suicidio, por haberla destruido los judíos. En este mismo valle, al sur de Jerusalen, está el Hacel-Dama ó campo de sangre, comprado con los treinta dineros, precio de la traicion de Judas (1). La vírgen Maria iba á tomar el agua que necesitaba, en este mismo valle, al oeste de un manantial, cuya entrada es parecida á la de una caverna. Habia que bajar veinte y cinco escalones, por una bóveda oscura, para llegar á esta fuente, que brotaba pura y cristalina de la misma roca. Por esto recibió el nombre de *Fuente de la Virgen*, y por último, en los flancos de la montaña, llamada *Viri Galilei*, al norte del huerto de las Olivas, habiéndose reunido con su divino hijo en los cielos, la madre del Salvador, á los 59 años de la era cristiana, el vacío sepulcro de Maria, semejante al de Jesus, fué labrado cuidadosamente en aquel sitio, entrándose en él por dos pequeñas puertas una al oeste, y otra al norte.

Las crueles persecuciones, que se suscitaron contra los cristianos, desde el primer siglo de la Iglesia, no pudieron impedir á los primeros fieles el reverenciar estos lugares consagrados por los diferentes acontecimientos de la vida de Jesucristo. El Gólgotha y el monte Olivete, estaban entonces fuera de la ciudad, lo que hacia mas fácil el poder orar en ellos, y aunque informes y apenas apercibidos, hubo, desde el principio, pequeños oratorios, sobre la roca de la Prediccion, en la gruta de la Agonía, en el Calvario, etc. Con tanta mas razon se debe creer la existencia de estos santuarios en Palestina, cuanto que los fieles los poseian en la misma época, aunque con grandes precauciones, en el mismo Roma y en casi todas las provincias del imperio.

El emperador romano Tito, instrumento de la justicia de Dios, al envolver como en una red á la ciudad deicida, puso el campamento de la novena legion romana, cerca de la roca de la Prediccion. A pesar de que este príncipe mandó cortar todos los árboles, que existian en toda la circunferencia de Jerusalen, los actuales olivos del huerto de Gethsemaní, no por eso dejan de ser procedentes de los mismos que existian en tiempo de Jesucristo; porque notorio es, que ese árbol se reproduce de sus mismas raices, que no consta se arrancasen. Despues de la casi total destruccion de la ciudad culpable, los cristianos de Jerusalen, retirados á Pella, en las montañas, al mediodía del lago de Genesareth, volvieron, despues de la catástrofe, á establecerse sobre sus ruinas, siendo imposible, el que hubiesen podido olvidar, en el corto espacio de algunos meses, la posicion de sus santuarios, que por encontrarse los mas fuera del recinto de los muros, debieron sufrir menos de los horrores del sitio.

Mas adelante, Adriano, aunque no en su sitio antiguo, reedificó á Jerusalen, bajo el nombre de *Ælia Capitolina*, é incluyó en su nuevo recinto, por una providencia especial, los montes Gihon y el Calvario, pero escluyendo de él al cuartel antiguo, llamado Bezetha, y una parte del monte Sion, y así, esta nueva ciudad quedó en forma cuadrilonga, en la direccion de este á oeste. Al restaurar á Jerusalen, el emperador idólatra, quiso borrar, en cuanto le fué posible, las indelebles huellas que allí existian de la religion cristiana, que él calificaba de locura; pero locura que le convenia ocultar, y al efecto, colocó la estátua de Júpiter sobre el Gólgotha, y la de Vénus sobre el Santo sepulcro, profanaciones, que lejos de hacer perder la memoria de la situacion de esos santuarios, la grabaron mas en la mente, sirviendo de señales fijas los ídolos mismos que allí se veneraban. Así permaneció todo hasta los tiempos de Cons-

(1) Este campo, llamado vulgarmente del *Alfarero*, fué destinado para cementerio de los estrangeros. La creencia comun entre los judíos, es que Judas fué enterrado en él. Santa Elena le hizo cercar de pared. Los armenios, que actualmente le poseen, venden á los peregrinos el derecho de enterrarse en él. Sirve igualmente de cementerio á los caraitas, secta particular de los judíos. Graves autores han escrito, que la tierra de este campo tenia la virtud de convertir los cuerpos en polvo á las 24 horas; pero el P. Naud, que reconoció detenidamente este sitio, vió cuerpos enteros, sin haberse consumido, á pesar del mucho tiempo que hacia que estaban allí. (N. del Trad.)

tantino, que cambió la faz del mundo, y dió tantos dias de alegría á la Jerusalen cristiana.

Su madre Sta. Elena, llevó á cabo la restauracion. Por su disposicion, se hizo la gran escavacion en el Calvario, y aparecieron las tres cruces, y un milagro de todos conocido, hizo distinguir la de Jesus de las otras dos. Una parte del sagrado leño, fué enviada en seguida á Constantinopla; el resto quedó en la iglesia del Santo sepulcro (1). La corona de espinas, hallada al propio tiempo, se quedó en la capilla de los emperadores de Oriente, hasta que Balduino III se la donó á S. Luis (2). El 14 de setiembre de 335, se elevó é inauguró una basílica sobre el Gólgotha, por órden de Constantino, que recibió por su primer nombre Martirion (*Testimonio*); mas S. Cirilo, que ya predicó en ella el 347, la dá tambien el nombre de iglesia de la Resurreccion. Las palabras de este santo Padre, dan á entender, que el Calvario y el Santo sepulcro estaban incluidos en un mismo edificio. «Con el fin de arreglar el plano de la montaña para poder edificar alli un gran templo, sus primeros fundadores, dice Brucen de la Martiniere, se vieron obligados á terraplenar muchos puntos de la roca, y á rebajar unos, mientras que elevaban otros. Sin embargo, al hacer esta nivelacion, se tuvo mucho cuidado en no cambiar ni disminuir la montaña, con especialidad en los puntos en que se creyó que habia tenido lugar alguno de los actos de la Pasion de Nuestro Señor. Por esto, ha quedado intacta la superficie del Calvario, en que Jesucristo fué crucificado, de forma que, no obstante la esplanacion, aquel sitio ha quedado en la elevacion de diez y ocho escalones sobre la parte baja de la iglesia, y el Santo sepulcro, que fué en su tiempo una bóveda, labrada en la misma peña, bajo de tierra, ahora se presenta como una gruta aislada al descubierto, habiéndose cortado y desmontado la roca por todo su alrededor.» Eusebio, Niceforo, Sócrates, Teodoreto, Jozomemo, y el autor del *Itineraire de Bourdeaux á Jerusalen*, atestiguan la magnificencia y esplendor de la basílica de Constantino, aunque no entren en minuciosos detalles sobre su descripcion. Además de esta, los santos Lugares son deudores á Elena y á Constantino de otros piadosos monumentos, hoy dia arruinados en su mayor parte; tales son: una capilla en el monte Olivete; una iglesia sobre el sepulcro de la Virgen; una capilla en la gruta de los apóstoles, cubierta de hermosos frescos, que los representaban; otra gran iglesia sobre el solar del santo Cenáculo, conservando en ella la distribucion que tenia el primitivo edificio en tiempo de Jesucristo; el templo, llamado de la Ascension, que la víspera de su fiesta se iluminaba con la mayor brillantez, y por fin, otra iglesia dedicada á S. Pedro, en el sitio mismo de la casa de Caifás, en recuerdo de su negacion y sus lágrimas.

En vano el impio Juliano, apóstata, declarándose enemigo del Galileo, y protector de la idolatria, permitió á los judios reedificar su templo, para desmentir así las profecías y la palabra del Salvador. «Del seno de la misma tierra, y de los mismos cimientos que escombraban, salieron globos de fuego, dice Ammiano Marcelino, escritor coetáneo, que abrasaron á los obreros que trabajaban, é hicieron

(1) Despues de muerto Jesus y descendido de la cruz, los verdugos, arrancaron precipitadamente, tanto aquella como las de los ladrones, y junto con los demás instrumentos del suplicio, lo arrojaron todo á un sitio lleno de inmundicias y bastante profundo, en la vertiente del Calvario; pero no creyéndolas alli bastante seguras de la curiosidad, las separaron mas del Calvario, y las echaron en una cisterna vieja, sin agua, ocultándolas con tierra, piedra y estiércol, que echaban de arriba, y en esta conformidad, quedó la Santa Cruz perdida, por espacio de 296 años. Pero esta traslacion no se hizo con tanto disimulo, que muchos judios no lo supieran, asi que, habiendo presentido Sta. Elena, quo uno de los mas antiguos de la sinagoga, llamado Judas, quo despues se bautizó y llamó Siriaco, obispo de Jerusalen, tenia alguna noticia del paradero de la cruz, le obligó, con imponentes amenazas, á que revelase el secreto, como lo hizo, despues de una resistencia que tan solo puede superar el amor á la vida, y sus declaraciones fueron la causa de poderse encontrar, lo que con tanto afan se buscaba por la santa emperatriz. — Naud, Ram. Sag. (N. del Trad.)

(2) San Luis hizo trasladar esta corona á Francia, como dice Mr. Henrion. Al llegar á Paris, el mismo rey salió á recibirla, y por los años de 1230, hizo edificar una iglesia para guardarla, la cual existe todavia con el nombre de la Santa Capilla, precioso monumento de arquitectura gótica, que se ha restaurado en estos últimos años con la mayor perfeccion.

inaccesible el sitio para cuantos quisieron repetir la operacion (1). »

En el siglo iv, afluian á Jerusalen, peregrinos de la India, de la Etiopia, de la Bretaña, y de la Hibernia, segun lo atestigua S. Gerónimo. A todos se les daba hospitalidad, en un gran hospicio, edificado cerca del Calvario, que tomó el nombre de S. Juan el Limosnero, servido por los religiosos benedictinos, (2) un monasterio inmediato llamado de Santa Maria la Latina. Cerca de este, hizo construir Sta. Paula otro hospicio para mugeres, y la iglesia de Santa Maria Magdalena. Los peregrinos tenian además un cementerio para ellos, fuera de las puertas de la ciudad.

(1) Ammiano Marcelino, era un oficial del ejército de Juliano, y contemporáneo del hecho. Wagemell, en su *Tela ignea Satanæ*, pág. 231, cita tambien el testimonio de dos rabinos sobre el particular, cuyas palabras copia; y uno de ellos dice: « Al dia siguiente cayó mucho fuego del cielo, que derritió los fundamentos de este edificio y quemó un grandísimo número de judios. » El mismo Juliano, en la coleccion de sus obras, por Spanein, pág. 293, se espresa así: « ¿Qué dirán ellos, (los judios), de su templo, cuando despues de haber sido destruido tres veces, no ha sido todavia reedificado? Por esto no es mi ánimo infamarles, porque *yo mismo he querido reedificar este templo, tanto tiempo hace arruinado, en honor del Dios que era en él invocado.* » No le falta decir mas que « y no he podido, » pero no es estraño que oculte el acontecimiento que se lo impidió. Tres santos Padres de la Iglesia, contemporáneos de Juliano, refieren el milagro como un hecho público, que son, S. Juan Crisóstomo, en sus Homilias contra los judios, S. Ambrosio, en su carta 40, y S. Gregorio Nacianceno, en su oracion 4.ª, lo refiere con todas sus circunstancias. (N. del Trad.)

(2) Mr. de Henrion padece aquí una grande equivocacion en decir, que este hospicio estaba servido por religiosos benedictinos, siendo así, que habla del siglo iv, y la órden de S. Benito, no tuvo principio hasta el siglo vi, en que el santo dió la primera regla, que mereció la aprobacion de la silla apostólica para el monasterio de Monte-Cairus que fundó. Los religiosos que aquí habria pertenecerian á uno de los diferentes institutos de monges que ya se conocian en el siglo iv, fundados y estendidos por S. Pacomio, S. Eustasio, S. Basilio, y sobre todo S. Gerónimo, que difundió la vida monástica en Oriente, y de aquí la trasplantó á Occidente. Todos los monges de estos monasterios, como dice el mismo S. Gerónimo, eran legos en aquel tiempo, y vivian de 30 ó 40 juntos en cada casa. A mediados del siglo iv, estaba ya tan estendido el instituto monástico por todo el Oriente, en especial en el Egipto y Siria, que se contaban los monges por millares. Todos los monasterios reconocian un gefe, llamado abad, para gobernarle, cada casa, un superior y un prepósito, y cada diez monges un decano, y dependian enteramente de los obispos, y en su principio no hubo regla alguna fija hasta las primeras que dieron S. Pacomio y S. Basilio, en el Oriente; S. Agustin para sus institutos monásticos de Africa, y S. Casiano, S. Cesareo, S. Columbano y otros, para los monasterios de Occidente, las cuales cesaron desde que S. Benito promulgó la suya, la mas admirable segun elogio de S. Gregorio, y á la que voluntariamente se sujetaron todos los monges de Occidente. (N. del Trad.)

Eudoxia, hermana de Teodosio el Jóven, que despues de dos peregrinaciones á los santos lugares se retiró á Jerusalen, dió á la iglesia del Santo sepulcro una renta perpétua de mil denarios, cuatrocientos, para asignacion á los coristas, y diez mil medidas de aceite para el alimento de las lámparas, que dia y noche ardian en este santo lugar. Antonio de Plasencia, cien años despues, menciona ya esta contínua iluminacion, así como hace mérito del oro y piedras preciosas, con que la piedad de los príncipes habia enriquecido el Calvario.

El emperador Justiniano, bajo cuyo reinado el obispo de Jerusalen fué elevado á la dignidad de patriarca, hizo servir al esplendor del culto cristiano los restos del judío, restituyendo á Jerusalen los vasos sagrados del antiguo templo que Tito habia llevado á Roma, robado despues Genserico, y recobrados mas tarde por Belisario, en Cartago.

Cosroes II, rey de los persas, se apoderó en 613, de la ciudad santa, quemó sus iglesias y llevó consigo el santo madero de la cruz. Cuatro años despues, le rescató el emperador Heraclio y lo devolvió á Jerusalen, llevándolo sobre sus hombros; reintegro solemne, que motivó la fiesta de la Exaltacion de la santa Cruz. El obispo Modesto, reparó la iglesia del Santo sepulcro.

Jerusalen cayó en poder de los mahometanos, llevando á su frente al califa Omar, el 636; pero este dejó á los cristianos el libre ejercicio de su culto. Al año siguiente de posesionado de la ciudad, hizo descombrar el monte Moria, y construyó, en el lugar del gran templo judáico, una mezquita, que hoy existe, y á la que llamó: Gumeat-el-ak'sa (*la distante* comparativamente á la Meca), y la cual sus sucesores agrandaron y embellecieron. Harum-al-Raschid, cedió á Carlomagno, la propiedad del Santo sepulcro, el 804. Con este motivo, el hospicio de los peregrinos, recibió de la Francia, el don de una biblioteca, y los patriarcas de Jerusalen acudieron en sus necesidades diferentes veces á sus soberanos, y así consta, que Elias III, escribió, en 905, á

Carlos el Gordo, pidiendo recursos para restablecer las iglesias de Judea.

Hakem, califa fatimita de Egipto, y violento perseguidor de los cristianos, mandó destruir en parte, el edificio del Santo sepulcro. Los dos monasterios latinos, las habitaciones del patriarca y de los canónigos, quedaron comprendidos en este espacio, en el que se labró una mezquita.

En 1045, obtuvieron los cristianos, á ruegos del emperador Constantino Monomaco, el permiso de restaurar la basílica, ya muy deteriorada; pero no permitiéndoles su pobreza emprender una reconstruccion completa, se limitaron á erigir sobre cada estacion, un oratorio separado.

El 16 de julio, de 1099, entraron victoriosos los cruzados en Jerusalen. Godofredo de Bullon, primer soberano cristiano (1), restableció la iglesia del Santo sepulcro, comprendiendo en ella el Calvario y la piedra de Uncion. Veinte canónigos, y otros muchos capellanes y cantores, se encargaron del servicio divino. La mezquita del templo fué transformada en iglesia, y se la agregaron igual número de sirvientes. Se construyó el monasterio de Santa Ana, sobre la casa de esta santa, y sobre la gruta en que nació la Virgen sin mancilla, cerca de la piscina probática. Otro monasterio se alzó cerca del sepulcro de Maria. El Cenáculo fué concedido á los religiosos (1), á condicion de sostener cincuenta caballeros para la defensa de la Tierra santa. La espada de Godofredo, larga y pesada, cuya empuñadura retiene aun alguna señal de su dorado, se conserva en la sacristía del Santo sepulcro, resguardada por un estuche de tafilete encarnado.

Jerusalen tenia entonces, segun el testimonio de Benjamin de Tudela, tres recintos de murallas y cuatro puertas principales: al oriente, las de Sion y David; al norte, la de Abrahan, y al este, la de Josafat. Cerca de la puerta de David estaba la torre, llamada de Tancredo. En el ángulo nord-este de la ciudad, se veia la ciudadela, llamada antes de David, y luego de Castel-Pisano, á causa de la parte que los de Pisa tomaron en el sitio. Bajo el reinado de Foulques de Anjou, cuya esposa Melisenda, fundó el monasterio de Bethania, un legado de Inocencio II hizo la solemne dedicacion del gran templo, y una cruz de oro macizo, reemplazó á la media luna de la cúpula.

La descripcion del nuevo reino de Jerusalen, trazada por el abate Guenee, es digna de mencionarse. « Este reino, dice, se estendia desde el mar Mediterráneo hasta el desierto de la Arabia, de poniente á levante, y desde el fuerte de Darum, á la otra parte del torrente de Egipto, hasta el rio que corre entre Bento y Biblos, de norte á mediodía. De esta manera, comprendia por de pronto las tres Palestinas, cuyas capitales eran: de la primera, Jerusalen; de la segunda, Cesarea, y de la tercera, Bathsan, despues Nazaret; comprendiendo además todo el pais de los filisteos,

(1) Sobre el titulo que Henrion dá aquí á Godofredo, de primer rey de Jerusalen, hay que advertir, que este religiosísimo caudillo, despues que por la voluntad general y llevado en hombros de sus soldados, fué proclamado rey de Jerusalen; sin embargo, nunca quiso ceñirse la corona, diciendo, que en aquella ciudad santa, en la que el autor de la salvacion del género humano había llevado sobre su cabeza una corona de espinas, no debia ningun hombre ceñirse otra corona. Por esta causa varios autores no le enumeran en el catálogo de los reyes latinos de Jerusalen, y entre ellos S. Antonino de Florencia en la parte 2.ª de su historia, tit. 16, cap. 13, en que dice: « Para mi, aunque Godofredo no esté en el catálogo de los reyes, le tengo no solo como rey, sino como el mejor de ellos, y luz y espejo de los demás, y debemos creer que prescindió de su coronacion y consagracion, para renunciar humildemente á toda la pompa del siglo y conseguir mejor asi la corona inmarcesible del cielo.» Como prueba de esto, en el epitafio que se puso á su sepulcro, despues que falleció al año siguiente de la conquista, no se le menciona como tal rey. Dicha tumba está en la iglesia del Santo sepulcro y capilla llamada de Adan, y tiene esta inscripcion: « Hic jacet inclitus *Dux* Godefridus de Bullon, qui totam istam terram aquisivit cultui cristiano. Cui anima: regnet cum Cristo. Amen.» El sepulcro de su sucesor Balduino I, que ya se intituló rey de Jerusalen, y que está al lado del anterior, tiene este otro epitafio: « Rex Balduinus Judas alter Machabeus, spes patriæ, vigor Ecclesiæ, virt.. hujusque quem formidabant, cui dona, tributa ferebant Cædar, et Egipt. Dan. ac homicida Damascus. ¡ Proh dolor ! in modico clauditur hoc tumulo.» (N. del Trad.)

(1) Estos religiosos que aquí cita Henrion pertenecian probablemente á los de la órden de S. Benito, que ya estaba estendida por todo el mundo, y podrian ser ó hijos de la casa de Cluni ó mejor aun de la del Cister, fundada por S. Roberto, abad de Molismo, en 1098, en una selva llamada de *Citeaux*, en el ducado de Borgoña. (N. del Trad.)

la Fenicia, con la segunda y tercera Arabia, y algo de la primera.

«Este estado, tenia dos gefes independientes, el patriarca, en lo espiritual, y el rey, en la parte temporal. El patriarca estendia su jurisdiccion sobre los cuatro arzobispados de Tiro, Cesarea, Nazaret y Krak, teniendo por sufragáneos á los obispos de Belen, de Lidia y de Hebron. De él dependian además, las seis abadías de Monte-Sion, de la Latina, del Templo, del monte Olivete, de Josafat, y de San Samuel; el priorato del Santo sepulcro, y las otras tres abadías de Ntra. Sra. la Grande, de Santa Ana y la del Buen Ladron. Los arzobispos tenian por sufragáneos, el de Tiro, á los obispos de Berito, Sidon, Paneas y Tolemaida; el de Cesarea, al de Sebaste; el de Nazaret, al de Tiberiades y al prior del monte Tabor; y el de Krak, al obispo del monte Sinai. Los obispos de San Jorge de Lidia, y de Acre, tenian bajo su jurisdiccion: el primero, á las dos abadías de San José de Arimatea y de San Habacuc, y los dos prioratos de San Juan Evangelista y de Sta. Catalina del monte Gisart, con la abadía de las Tres-Sombras, y el segundo, la Trinidad y las Arrepentidas.

«Todos estos obispados, abadías, cabildos, y conventos de ambos sexos, debieron poseer grandes rentas, á juzgar por las tropas que estaban obligados á suministrar al estado. Tres órdenes, sobre todo, religiosas y militares á la vez, eran las que mas se distinguian por su opulencia, siendo propietarias de terrenos inmensos, villas, lugares y fortalezas.»

Pero desgraciadamente, en 1188, el sultan Saladino, se apoderó de Jerusalen, y se la quitó á Guido de Lusiñan, su último rey. Las magníficas iglesias, fueron devastadas; el templo, se convirtió en mezquita; un colegio de faquires se estableció en el monasterio de Santa Ana, y el agá se alojó en la torre de Castel-Pisano, que despues sirvió de alcázar al gobernador de la ciudad.

A los dos años, en 1190, los cristianos sirios, rescataron el Santo sepulcro por una suma considerable, y como los francos no contribuyeron con nada para esto, quedaron escluidos del servicio del lugar santo, hasta que, en 1192, Huberto de Salisburry, compañero de cruzada de Ricardo Corazon de Leon, pudo conseguir, por órden del sultan, que fuesen admitidos dos sacerdotes, y dos diáconos latinos. Algo mas respiraron los cristianos, cuando el emperador Federico, para asegurar los derechos de un hijo suyo, y de Isabel, hija de Juan de Brienne, último heredero de los reyes de Jerusalen, estipuló con los mahometanos, que estos no reservarian para sí de los santos lugares de Jesusalen, mas que el templo y una parte del monte Moria, entrando los fieles en posesion del resto de la ciudad, y además, de los santuarios de Belen, de Nazaret y otros lugares santos; pero poco despues de este convenio, en virtud del cual, Federico, ciñó sus sienes con la corona real sobre el altar del Santo sepulcro, murió su hijo, y quedó sin efecto lo acordado.

En 1242, el emir de Damasco, que estaba en guerra con el sultan de Egipto, entregó Jerusalen á los cristianos; mas esta desgraciada ciudad, fué tomada y saqueada luego por dos veces por los kharizmis. En vano aguardó su salvacion de los europeos, que aun luchaban en Palestina contra los infieles, y aun aquellos mismos, que pudieron socorrerla, fueron definitivamente arrojados de la Tierra santa, en 1291.

Ya dejamos dicho, que los franciscanos obtuvieron, en 1333, del sultan de Egipto, por la mediacion del hermano Roger Guerin, y el fuerte apoyo de Roberto y Sancha, el privilegio de guardar los santos lugares, privilegio sancionado por Clemente VI, en 1342. Todo esto no fué bastante para que mas de una vez no fuesen molestados por la envidiosa instigacion de los judíos, en la posesion de su principal establecimiento de Monte-Sion. Como se halla en este lugar el sepulcro del rey profeta, los israelitas no podian tolerar que quedase en manos de los cristianos, lo que consideraban de su pertenencia; pero todos

sus esfuerzos é intrigas no dieron resultado por entonces.

La ciudad santa, cambió el yugo de los mamelucos por el de los turcos, que se hicieron dueños de ella en 1517, reinando Selim I, quien añadió desde entonces á sus anteriores títulos el de señor y servidor de Jerusalen. Sus murallas, desmanteladas en parte por Isa, nieto de Saladino, fueron restablecidas por Soliman II, hijo de Selim, y al saber este príncipe que el arquitecto encargado de construir este recinto, no habia comprendido dentro de él al Monte-Sion, le hizo cortar la cabeza.

Continuamente asediados los franciscanos por las pretensiones de los judíos, que hallaron mejor eco bajo la dominacion de los turcos, que en la de los mamelucos, y por la codicia de los santones, vieron con dolor arrebatárseles el Cenáculo, y ser convertido en mezquita el lugar donde bajó el Espíritu Santo sobre los apóstoles, y desde donde salió el cristianismo para conquistar el universo. (Pl. XXXIII, n.º 2.) Francisco I, rey de Francia, escribió á Soliman I, con objeto de que se restituyese el Cenáculo á los PP. de S. Francisco; en consideracion á la alianza que habia contraido con él; pero el sultan contestó al monarca, que no pudiendo complacerle en eso, porque segun la ley de Mahoma, á ningun lugar erigido en mezquita, puede en adelante dársele otro destino, dejaria á los franciscanos la posesion del monasterio inmediato. Esta promesa fué desmentida por los hechos despues de la muerte de Francisco I. Completamente despojados, tanto del convento como de la iglesia del Cenáculo, los PP. menores se retiraron al monasterio de S. Salvador, en la pendiente del monte Gihon, á doscientos pasos de la iglesia del Santo sepulcro, entre la puerta de Damasco y la de Belen, donde ya, desde entonces, permanecen, habiéndoles concedido Pio IV, por un diploma de 25 de diciembre de 1559, todos los privilegios, gracias, indulgencias y favores, que los anteriores papas, habian otorgado á los religiosos y á los santos lugares de Monte-Sion, en cuyo recuerdo, el superior de S. Salvador, conservó el primitivo título de guardian de Monte-Sion.

Tiene la entrada este convento de PP. latinos por una calle abovedada, unida á otra mas larga y mas oscura, la cual termina en un gran patio, donde están la tahona, carnicería, almacenes, y otras oficinas del convento. Una escalera que está á la derecha, conduce al claustro ó corredor alto, que recibe luz del patio. Al oriente de este claustro, una puerta dá á un vestíbulo, que comunica con la iglesia, que es bastante buena, con su coro y sillería correspondiente, bajo una esbelta nave con su altar á la romana, cimborrio y un pequeño órgano sobre una tribuna, todo ello contenido en un espacio de veinte pasos de longitud sobre doce de ancho. Al occidente del claustro, otra puerta conduce al interior del convento. Doubdan, en su descripcion, tan exacta como sencilla, se espresa así: « Este convento es del todo irregular, edificado á la antigua, sin órden en los pisos, ni en el nivel de las habitaciones, que son pequeñas, oscuras, y mal trazadas, y tiene dos, que llaman jardines, de los que el mayor tiene una estension regular, con vistas á la muralla. Hácia la parte occidental, hay otro patio y algunas habitaciones para los peregrinos. Lo único que tiene de bueno este convento, son las hermosas vistas que disfruta, y que sirven de recreo. Hé aquí en pocas palabras el plan y distribucion de esta casa, que imita hasta el estremo, la sencillez y pobreza del que en este mismo lugar, *propterecos egenus factus est, cum esset dives*, (del que siendo rico, se hizo pobre por nosotros. II ad Cor., 8.) » El P. Geramb confirma estos detalles, añadiendo, que las celdas de los religiosos son reducidas y faltas de lo necesario, inclusa la del P. guardian. La única pieza tolerable y mas decente es el divan ó sala de respeto, donde la comunidad se reune y el guardian recibe á las personas que van á visitarle. Para las personas que se quiere distinguir, hay dos ó tres aposentos igualmente pobres, y desnudos de ornato; los demás se alojan en una hospedería separada.

Los PP. de Tierra santa, son tanto mas dignos de mérito, cuanto que prodigan á los peregrinos de Jerusalen la caridad de Jesucristo, reservándose para sí propios su cruz. Su mesa es sobremanera frugal; á mas de la cuaresma ordinaria, guardan otra, desde el 1.° de noviembre hasta Navidad, santificando además el resto del año con piadosas y frecuentes austeridades.

Deshayes, embajador de Luis XIV, en Constantinopla, en 1621, habiéndosele confiado la mision de visitar la Tierra santa, de establecer un cónsul en Jerusalen, y de sostener á los religiosos latinos en la posesion de los santos lugares, nos ha dejado una descripcion, que es muy conveniente citar, á pesar de su estilo anticuado.

«El Santo sepulcro, y la mayor parte de los santos lugares, dice, están servidos por religiosos franciscanos, que se renuevan de tres en tres años, y si bien los hay de todas naciones, pasan todos por franceses ó venecianos, y están bajo la proteccion del rey. Hace unos sesenta años que habitaban fuera de la ciudad, sobre el monte Sion, en el lugar en que Nuestro Señor hizo la última cena con sus discípulos; pero habiendo sido convertida en mezquita su iglesia, se trasladaron al interior de la poblacion en el monte Gihon, donde tienen su convento, llamado de San Salvador. Allí vive el guardian con el cuerpo de la Familia, que provee de religiosos á todos los lugares de Tierra santa, que tienen de ellos necesidad. La iglesia del Santo sepulcro dista del monasterio unos doscientos pasos.... Esta es de fábrica fuerte, pero irregular, por haberse tenido que sujetar su construccion á los diferentes lugares que en ella se han querido incluir. Guarda la forma de cruz, y tiene ciento veinte pasos de larga, sin contar la bajada de la capilla de la invencion de la cruz, y setenta de anchura. Hay tres domos ó cúpulas, sirviendo de nave á la iglesia, la que cubre el Santo sepulcro. Esta tiene treinta pasos de diámetro, y está abierta por arriba como la Rotonda de Roma; si bien es verdad que no tiene bóveda, pero el techo está sostenido por grandes vigas de cedro traidas del monte Líbano. Antes se entraba en esta iglesia por tres puertas; pero hoy dia no hay mas que una, cuyas llaves guardan con cuidado los turcos, para que no entre peregrino alguno que no pague los nueve zequies ó treinta y seis libras en que han fijado la tasa, entendiéndose esto con los que vienen de paises cristianos, porque los súbditos del Gran señor no abonan mas que la mitad. Esta puerta está siempre cerrada, sin mas que una pequeña ventana con reja, por la cual, los de la parte de afuera, suministran los víveres necesarios á los que están dentro, que son de ocho naciones diferentes (1).

«La primera es la de los latinos ó romanos, á quienes representan los religiosos franciscanos. Estos guardan el Santo sepulcro, el lugar del monte Calvario donde Jesus fué crucificado, el sitio donde fué hallada la verdadera cruz, la piedra de la Uncion y la capilla, donde Nuestro Señor se apareció á la Vírgen despues de su resurreccion.

«La segunda nacion, es la de los griegos, que tienen el coro de la iglesia, donde ellos ofician, y en medio del cual, hay un pequeño círculo en el pavimento que ellos dicen que es el centro del mundo.

«La tercera nacion, es la de los abisinios, y tienen la capilla donde está la columna del *Improperio*.

«La cuarta, es la de los coptos, que son los cristianos de Egipto: estos tienen un pequeño oratorio, cerca del Santo sepulcro.

«La quinta, es la de los armenios, que tienen la capilla de Santa Elena, y la que se llama de la Reparticion y sorteo de los vestidos de Jesucristo.

(1) El oficial del Gran señor que guarda las puertas del Santo sepulcro se llama intendente. Él retiene las llaves y las confia á una persona de calidad, la cual tiene el derecho de estar presente á la abertura. Este derecho es hereditario, acordado por el califa Azumar, á esta familia, cuando conquistó á Jerusalen. Esta ilustre y antigua casa se llama de Beyt-Elasonad, (la casa del negro) y participa del dinero que los peregrinos deben pagar antes de entrar en el templo. (N. del Trad.)

« La sesta nacion, es la de los nestorianos, procedentes de Caldea y de Siria, y tienen un pequeño oratorio, próximo al lugar en que Nuestro Señor se apareció á la Magdalena, que por eso se llama la capilla de la Magdalena.

« La séptima, es la de los georgianos, que habitan entre el mar Mayor, (*mar Negro*), y el mar Caspio, y les pertenece el lugar del monte Calvario, en que fué elevada la cruz y la prision provisional en que estuvo Jesus, mientras se hizo el hoyo para fijarla.

« Y por último, la octava nacion, es la de los maronitas, que habitan en el monte Líbano. Estos reconocen al papa, como nosotros lo hacemos (1).

« Cada nacion de estas, además de los lugares citados, que son especiales de cada una, y que sus respectivos peregrinos pueden libremente visitar, tiene, ya sea en las bóvedas ó en algunos otros rincones ó sitios de esta iglesia, un local particular para celebrar el oficio divino, segun su costumbre ó rito, por que los religiosos ó sacerdotes que allí entran, permanecen ordinariamente lo menos dos meses sin salir, hasta que vienen otros de afuera que les reemplacen, y no podrian permanecer dentro por mas tiempo, aun estando sanos, porque corre poco aire, y porque las bóvedas y las murallas producen una frialdad insalubre; sin embargo, nosotros tropezamos con un buen ermitaño, que ha tomado el hábito de S. Francisco, que llevaba veinte años sin salir de la iglesia, ocupado incesantemente en cuidar de doscientas lámparas que allí arden, y en limpiar y asear todos los lugares santos, trabajo contínuo, que apenas le dejaba reposar cuatro horas al dia.

« En entrando en la iglesia, se encuentra lo primero, la piedra de la Uncion, sobre la cual fué ungido con mirra y aloe, el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, antes de depositarle en el sepulcro. Unos dicen, que esta piedra es del mismo monte Calvario, mientras otros creen que fué llevada allí por José y Nicodemus, discípulos secretos del Salvador, que quisieron hacerle ese piadoso obsequio. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es, que ha habido necesidad de cubrirla con un mármol blanco, y rodearla de un pequeño balaustre de hierro, á causa de la indiscrecion de algunos peregrinos, que la iban rompiendo para llevarse los pedazos. Tiene esta piedra ocho piés menos dos pulgadas de longitud, y dos piés menos una pulgada de anchura, y arden ocho lámparas á su alrededor.

« El Santo sepulcro, está á treinta pasos de esta piedra, justamente en el centro de la gran cúpula de que ya he hablado. Es como un pequeño gabinete, labrado y socabado en la peña viva, á golpe de cincel. La puerta de él, que mira á oriente, tiene cuatro piés de altura, y dos y un cuarto de ancha, de forma que hay que agacharse bastante para entrar. El interior del sepulcro es casi cuadrado, tiene seis piés menos una pulgada de largo, y seis piés menos dos pulgadas de ancho, y ocho piés y una pulgada de altura hasta la bóveda. Hay además dentro, una plancha ó losa suelta de la misma piedra, que fué allí dejada al labrar el resto, y tiene esta dos piés cuatro pulgadas y media de alto, y llena la mitad del sepulcro, porque tiene seis piés menos una pulgada de larga, y dos piés y dos tercios y medio de ancha. Sobre está piedra fué colocado el cuerpo de Nuestro Señor, con la cabeza hacia el occidente, y los piés al oriente; pero ha sido preciso, á causa de la supersticiosa devocion de los orientales, que creen, que habiendo dejado sus cabellos sobre esta piedra, Dios jamás les abandonará, y tambien porque los peregrinos iban cortando

(1) «Cosa estraordinaria, esclama el P. Degeramb. Los católicos, los griegos, los armenios, todos los pueblos cristianos de todas las comuniones, tienen representantes en la iglesia del Santo sepulcro, cuyas voces, con el incienso, se elevan hácia el Dios que sacrificó su hijo único por salvar al mundo entero; ¡una sola voz no murmura el nombre de Jesucristo!... ¡esta es la voz protestante!» Verdaderamente es estraño, que en mas de 300 años la reforma no se haya acordado del centro de la fé y de los misterios que ella misma confiesa. Hace pocos años, avergonzada de su indiferencia, ó mas bien por motivos de política y de proselitismo, ha mandado la iglesia anglicana á Jerusalen, un obispo con su mujer y sus hijos, y gracias á Dios hasta el presente, no ha tenido resultado su mision. (N. del Trad.)

pedazos de ella, cubrirla de mármol blanco, y sobre ella se celebra hoy dia el sacrificio de la misa. Cuarenta y cuatro lámparas arden contínuamente en este santo lugar, y á fin de que salga el humo, ha sido preciso hacer tres respiraderos en la bóveda. La parte esterior del sepulcro, está tambien revestida de mármol, y adornada con columnas, y una cúpula por encima.

«A la entrada de la puerta del sepulcro, se vé una piedra de pié y medio en cuadro, y alta de un pié, que es de la misma roca que lo demás, la cual sirvió para apoyar la otra mas gruesa que cerraba la puerta del sepulcro. Sobre esta piedra, estuvo el ángel que se apareció á las tres Marias, despues de resucitado Jesus, y tanto á causa de este misterio, como para no entrar desde luego en el Santo sepulcro, los primeros cristianos hicieron aquí una pequeña capilla llamada la *capilla del Angel*.

«A doce pasos del Santo sepulcro, hácia el septentrion, se encuentra una gran piedra de mármol gris, que podrá tener cuatro piés de diámetro, puesta allí, para señalar el sitio en que Nuestro Señor se apareció á la Magdalena, en forma de jardinero.

«Mas adelante, está la capilla de la Aparicion, donde cree la tradicion, que Nuestro Señor se apareció primeramente á la Virgen, despues de su resurreccion. En este lugar celebran sus oficios los religiosos franciscanos, y es por donde se retiran, pues de allí, pasan á varios aposentos, que no tienen mas salida que esta capilla.

«Continuando la vuelta de la iglesia, se encuentra una pequeña capilla abovedada que tiene siete piés de larga, por seis de ancha, que se llama la *Prision de Nuestro Señor*, porque fué retenido en aquel lugar, mientras se hacia el agujero para fijar la cruz. Esta capilla es la opuesta al monte Calvario, de suerte que estos dos lugares forman el crucero de la iglesia, porque el monte está en el medio, y la capilla al septentrion.

«Muy próxima á esta, se vé otra capilla de cinco pasos de longitud, por tres de anchura, que es el mismo lugar en que Jesucristo fué despojado por los soldados, y sus vestidos repartidos, y jugados á la suerte.

«En saliendo de esta capilla, se encuentra, á mano izquierda, una gran escalera, que corta el muro de la iglesia, por la que se desciende á una especie de cueva, labrada tambien en la roca. A los treinta escalones, hay una capilla, á mano izquierda, llamada vulgarmente la *capilla de Santa Elena*, á causa de que allí estuvo la santa orando, mientras se buscaba la Santa Cruz. Se bajan aun despues, otros once escalones para llegar al lugar mismo donde se encontró aquella, junto con los clavos, la corona de espinas, y el hierro de la lanza, habiendo estado allí todo oculto por mas de trescientos años.

«Próximo á la entrada de la dicha escalera, en la direccion del monte Calvario, está una capilla, que tiene cuatro pasos de larga, y dos y medio de ancha, sobre cuyo altar, se vé una columna de mármol gris beteada de negro, que tiene dos piés de altura, y uno de diámetro, y se llama la *columna del Improperio*, porque sobre ella hicieron los soldados sentar á Nuestro Señor, para coronarle de espinas.

«A diez pasos de esta capilla, se encuentra una escalera muy estrecha, cuyas gradas son de madera y piedra, en número de veinte, y por ellas se sube al plano del monte Calvario. Este lugar, antes tan ignominioso, como santificado despues por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, fué para los primeros cristianos, objeto de cuidado y predileccion especial, quienes, despues de haber quitado todas las inmundicias, y tierra que le cubria, le rodearon de una muralla, en términos, que hoy dia, es una especie de capilla alta, incluida en el recinto de esta grande iglesia. Por dentro está revestida de mármol, y dividida en dos partes, por medio de una arcada. La que está hacia el septentrion, es el sitio en que Nuestro Señor fué enclavado en la cruz, y arden aquí siempre treinta y dos lámparas, mantenidas por los franciscanos,

que celebran diariamente la misa en este santo lugar.

«La otra parte, que mira al mediodía, es en la que fué fijada y elevada la cruz, y se vé aun el agujero, tallado en la misma piedra, de un pié y medio de hondo. El sitio donde estaban las cruces de los dos ladrones, está próximo al anterior, la del buen ladron, estaba al septentrion, y la del réprobo, al mediodía, de manera, que el primero, estaba á la mano derecha del Salvador, que tenia su rostro vuelto hácia el occidente, y su reverso á la parte de Jerusalen, que estaba al oriente. Cincuenta lámparas arden contínuamente dia y noche en este santo lugar.

«Por bajo de esta capilla, están los sepulcros de Godofredo de Bullon, y de Balduino su hermano...

«El monte Calvario, es la última estacion de la iglesia del Santo sepulcro, porque á veinte pasos de él, se encuentra la piedra de la Uncion, que está justamente á la entrada del templo.»

Doubdan, que visitó la Tierra santa en 1652, menciona esta circunstancia omitida por Deshayes: «La abertura que se hizo en la roca del Calvario, cuando Jesus exhaló el último suspiro, tiene de corte mas de un pié de largo, entre el sitio de la Santa cruz y la del mal ladron, de la cual no dista mas que un buen pié. Ordinariamente está cubierta esta hendidura de un alambrado de hierro, para que no se la pueda sondear. Los cristianos tienen gran devocion á este santo lugar, donde se postran por largo tiempo para besarla, y meter en ella la cabeza y brazos hasta los codos.» Addison cuenta, que un viagero inglés, que era deista, al visitar á Jerusalen, hacia por poner en ridículo las esplicaciones de los católicos sobre los santos lugares; pero al ver la hendidura de la roca, se desconcertó, y despues de haberla examinado con cuidado, esclamó: «Ya comienzo á ser cristiano.» Y dirigiéndose á un amigo, que le acompañaba: «He hecho, continuó, un gran estudio de la física y de las matemáticas, y no me queda duda que este rompimiento de la roca, no ha podido producirse por un temblor de tierra ordinario y natural. Un trastorno semejante, hubiera separado unas de otras las diversas capas de que la masa granítica se compone, y esto hubiera sido siguiendo las venas que las distinguen, y rompiendo su trabazon por los puntos mas débiles. Esto es lo comun en los temblores de tierra, y nada mas verdadero y conforme á las leyes de la naturaleza; pero aquí, sucede todo lo contrario; la piedra está partida transversalmente, y la ruptura cruza sus venas de una manera estraña y sorprendente. Veo claramente demostrado, que esto se ha hecho por puro efecto de un milagro, que ni el arte, ni la naturaleza han podido producir. Por lo mismo, doy gracias á Dios de haberme conducido aquí para contemplar este monumento de su maravilloso poder, monumento que pone muy en claro la divinidad de Jesucristo.»

Mr. de Chateaubriand, despues de haber reproducido la descripcion de Deshayes, añade: «Se vé desde luego, que la iglesia del Santo sepulcro, está compuesta de tres iglesias diferentes: la del Santo sepulcro, la del Calvario, y la de la Invencion de la Santa Cruz. La iglesia propiamente llamada del Santo sepulcro, está edificada en el valle del monte Calvario, y sobre el terreno en que consta fué sepultado Jesucristo. La capilla misma del Santo sepulcro, no es en realidad sino la gran nave principal del edificio, y es circular como el Panteon de Roma, no recibiendo luz sino por la cúpula, bajo la cual se encuentra el Santo sepulcro. Diez y seis columnas de mármol adornan y sostienen á la vez esta rotonda, y sobre sus diez y siete arcadas, corre una galería superior, que soporta otras tantas columnas y arcos mas pequeños, sobre los que corre la cornisa general. Por encima del friso de la galería superior, se alzan las pechinas correspondientes á las arcadas, y el gran domo ó cúpula, arranca sobre el anillo circular. Estas pechinas se veian antes decoradas con mosáicos, representando

los doce apóstoles, Sta. Elena, el emperador Constantino, y otros personajes desconocidos.

« El coro de la iglesia del Santo sepulcro, está al oriente de la nave ó rotonda del sepulcro, y es doble como en las antiguas basílicas con una sillería baja en el centro para los sacerdotes, y detrás, una especie de santuario mas retirado, y elevado dos gradas sobre el primero. En derredor de este doble santuario, corren las alas del coro, y en ellas están sitas las capillas descritas por Deshayes, y de la misma manera que él dice. Detrás del coro, se abren dos escaleras en sentido inverso, que conducen, la una á la iglesia del Calvario, y la otra á la de la Invencion de la Santa Cruz. La primera, sube á la cima del Calvario, la segunda, desciende sobre el Calvario mismo, puesto que la cruz se alzó sobre la cumbre del Gólgotha, y se encontró por bajo de esta montaña. En resúmen, la iglesia del Santo sepulcro, está edificada al pié del Calvario, y toca por su parte oriental, é incluye dentro de sí á este monte, sobre el cual, y debajo del mismo, se han construido otras dos iglesias agregadas, unidas por medio de altos muros y escaleras abovedadas é interiores, al principal monumento.

« La arquitectura de la iglesia es indudable que pertenece al siglo de Constantino : el órden corintio es el dominante. Los pilares son de desigual grosor, y su diámetro generalmente no guarda proporcion con su altura. En algunas columnas agrupadas, que sostienen el friso del coro, se nota un estilo mas correcto. La iglesia no tiene peristilo; se entra desde luego por dos puertas laterales, de las que no hay mas que una abierta, lo que hace creer, que el monumento jamás ha tenido decoracion esterior, ni era fácil que la tuviese, encontrándose por otra parte encerrado por grandes murallas, y por los conventos griegos unidos á aquellas.

« El pequeño monumento de mármol que cubre el Santo sepulcro, tiene la forma de un catafalco, ornado de arcos semi-góticos, que se alzan con elegancia bajo la cúpula que le esclarece ; pero pierde mucho de su belleza por una capilla cerrada, que los armenios obtuvieron permiso de edificar en una de sus estremidades, lo que le quita el aislamiento. El interior de este catafalco, presenta una tumba de mármol blanco muy sencilla, apoyada de un lado al muro del monumento, y que sirve de altar á los religiosos católicos. Esta es la tumba de Jesucristo »

Pero esta iglesia del Santo sepulcro, primeramente edificada por Sta. Elena y Constantino, conservada y restaurada tantas veces por la piedad de los cristianos, este templo, el mas augusto y respetable del universo entero, y que era la admiracion y asombro de todas las naciones, aun las mas lejanas, fué devorado por las llamas, el 12 de octubre de 1808. El P. Degeramb, ha estractado los detalles de esta gran catástrofe, de una relacion del mismo incendio, hecha por un religioso italiano, testigo ocular de tan deplorable acontecimiento, que se espresa en estos términos.

« En la noche del 11 al 12 de octubre, sobre las tres de la mañama, comenzó á manifestarse el fuego en la capilla de los armenios, que está sobre la galería ó terrado de la grande iglesia del Santo sepulcro. El subsacristan de los religiosos de S. Francisco, que iba á recorrer las lámparas de la capilla del Calvario, fué el primero que lo notó ; pero como allí no hubiese mas que un pobre sacerdote armenio, y anciano, á quien la vista del fuego habia perturbado la razon, corrió desde luego á buscar socorro. La rapidez y voracidad del fuego los hacia todos inútiles, porque cuando vino este, las llamas habian invadido la capilla de los armenios y su habitacion, así como la de los griegos, construida en mucha parte con madera seca y pintada al óleo.

« Los PP. franciscanos se habian ido á descansar despues de los maitines. Despertados por el estraordinario ruido, que oyen en la grande iglesia, se levantan precipitadamente; pero ¡cuál es su espanto !... A pesar de todo, vuelan al lugar del fuego... La puerta está cerrada, y lo que colma su desesperacion, es

el ver pocos instantes despues, que las llamas que salian del lado de los griegos, armenios y jacobitas ó eutiquianos, amenazaban ya la cúpula del gran templo, construida de enormes vigas cubiertas de plomo, y elevadas perpendicularmente sobre el monumento que contiene el Santo sepulcro. Las vigas de que acabo de hablar, habian sido traidas á gran costa del monte Líbano, á principios del siglo pasado, cuando los príncipes cristianos hicieron construir esta cúpula, verdadera obra maestra por lo atrevido de su formacion.

«Todos huyeron... Quedaron solos los PP. franciscanos, y faltos como estaban de los útiles é instrumentos necesarios para cortar un fuego, se procuraron un paso por una pequeña ventana, para avisar al monasterio de San Salvador y á las autoridades del gobierno turco. En el intervalo, los jóvenes árabes católicos se precipitan hácia al interior para salvar algo, si es posible, sin arredrarles el inminente peligro que corrian. Pero en este mismo momento, el fuego gana la cúpula, los altares de la santa Virgen, el órgano; y la iglesia se convierte en una inmensa hoguera. Muy luego caen con estruendo las pilastras, y con ellas los arcos y columnas que circuian el Santo sepulcro, y su rotonda queda inundada con una lluvia de plomo derretido. El fuego es tan activo, que hiende y hace pedazos las mas gruesas columnas de mármol, que quedan calcinadas, así como el pavimento y todo el mármol que cubre el monumento. Por último, entre cinco y seis de la mañana, cae y se desploma de un golpe la gran cúpula con espantoso ruido, arrastrando en pos de sí las agigantadas columnas y pilastras, que aun sostenian la galería de los griegos, asi como las habitaciones de los turcos inmediatas al domo. El Santo sepulcro queda sepultado bajo una montaña de fuego, que parece debe aniquilarle para siempre, y la iglesia ofrece el espectáculo de un volcan en el furor de su erupcion.

«Despues de la relacion de un infortunio tan grande, me complazco en poder consolar vuestra piedad refiriéndoos las maravillas de la divina providencia, en favor de los religiosos de S. Francisco.

«Sin embargo de haber alcanzado el fuego á la puerta de madera, que separa el altar de Maria Magdalena de la capilla del coro de la grande iglesia, ha respetado la sacristía con cuantos objetos contenia. Nada ha padecido, ni el pequeño monasterio de estos venerables PP., ni las celdas que encierra, ni la capilla; nada de esto, se resiente del menor daño.

«Ninguno de cuantos mármoles están colocados en el sitio en que Jesucristo, despues de su resurreccion, se apareció á Maria Magdalena, ha sido maltratado, á pesar de la gran actividad del fuego en aquella parte, donde quemó el órgano y calcinó el mármol que tenia á su alrededor.

«Las capillas del Santo sepulcro, servidas por los PP. franciscanos, por mas que se hallasen debajo de la cúpula, y de consiguiente en el centro mismo del fuego, y sepultadas entre las llamas, no han sufrido detrimento en su interior. Se han encontrado intactas las ropas de seda con que estaban adornadas, así como los cordones de las lámparas. El escelente cuadro de la Resurreccion, pintado en el lienzo que cierra la puerta del Santo sepulcro, quedó intacto, al mismo tiempo, que la capilla de los Dolores, perteneciente á los coptos, que estaba pegada al monumento, ha quedado reducida á cenizas.

«La capilla del Angel, que está á la entrada del Santo sepulcro, no ha tenido otra pérdida que la mitad del terciopelo que la servia de adorno. Ni sus paredes, ni el pavimento, han recibido el mas mínimo deterioro.

«En la capilla del Calvario, ha podido salvarse intacta, la hermosa estátua de Ntra. Sra. de los Dolores, donativo del rey de Portugal, que estaba entre el altar de la Purificacion y el de la exaltacion de la Sta. Cruz.

«El sitio en que fué crucificado Nuestro Señor Jesucristo, que pertenece á los católicos, ha sido muy poco maltratado. No puede decirse otro tanto del en el que fué elevada la cruz, que es de los griegos, y lo mas no-

table es, que á pesar del viento fuerte que soplaba, y de la inmediacion de una ventana, que podia favorecer los progresos del incendio, la capilla contigua y esterior de Ntra. Sra. de los Dolores, no padeció nada. Esta capilla, construida en el mismo parage en que se hallaba la Sta. Virgen con las otras Marias, cuando los judíos clavaron á su hijo en la cruz, ha quedado ilesa, lo mismo que el cuadro que la representa, que aunque tan cercano al fuego, en nada le alcanzó.

« A las seis, la violencia del fuego empezó á ceder, y á las nueve, ya no era peligroso, ni amenazador. Cuando al dia siguiente, pudieron quitarse los escombros, se descubrió, con nueva sorpresa, que la santa piedra que cubre la de la Uncion estaba intacta, cuando todos la creian calcinada.

« Nadie ha perecido; solo algunos religiosos están heridos. »

El *Diario del gobierno*, (es decir el de los *Debates*), al referir esta catástrofe, casi en los mismos términos, añade algunas particularidades que es curioso recoger.

« Encontrándose la capilla del Santo sepulcro enterrada bajo los ardientes escombros, restos de grandes columnas rotas y calcinadas, y bajo una masa candente de metales fundidos, no tenia defensa alguna para evadirse de un fuego tan terrible, y no hubo uno solo que no la creyese totalmente consumida; pero ¡ cual seria la admiracion general, cuando despues de haber cesado el fuego, la puerta misma de la capilla, que era de madera, no solo se halló intacta, sino hasta sin calor! El interior del monumento no padeció la menor alteracion, lo mismo que el altar de mármol, y el cuadro de la Resurreccion. Las llamas respetaron igualmente, las capillas del Calvario, la de la Crucificacion y la de los Dolores, servidas por los católicos. Los mismos turcos han considerado como milagrosas estas circunstancias. Solo un poder sobrenatural ha podido libertar de una completa destruccion el Santo sepulcro en medio de las llamas, que por do quiera le rodeaban Cuarenta y cuatro lámparas que ardian contínuamente en su corto recinto, que por sí solas dan un calor y un tufo que oprime la respiracion, y las tres aberturas practicadas en la bóveda para hacer salir el humo, daban un libre y natural acceso á las chispas de fuego, y aun á las mismas llamas, para penetrar en su interior; el plomo derretido ha estado cayendo durante muchas horas sobre la puerta de madera, y un rio de metales fundidos corria sin cesar sobre esta misma puerta; pero este rio, como si una mano de hielo le detuviese, se cuajaba al tocarla, dejándola fria, y á la capilla intacta, en medio de los ardientes torbellinos. »

« Al dia siguiente del acontecimiento, dice el P. Degeramb, los PP. de S. Francisco, fueron, como de costumbre, al Santo sepulcro á rezar el rosario, que las lágrimas y sollozos no les permitieron acabar. El 14, celebraron el santo sacrificio de la misa, y á pesar de las ruinas, que no les permitian fijar sus piés, en nada interrumpieron sus oficios ni sus acostumbradas procesiones. Marchaban sobre los escombros, sin dejar de cantar por eso las misericordias del Señor. »

La pobreza de los PP. latinos, les ha obligado á ceder el honor de la reconstruccion de la basílica á los griegos y armenios, que como mas ricos, han podido sufragar los gastos para ello, que no han bajado de cinco millones de francos, contando en esto los regalos que han tenido que dar para obtener los firmanes necesarios.

La ig'esia actual del Santo sepulcro, tal como se ha reedificado, está sobre el plano y los cimientos mismos de la antigua, mas sin embargo, no es sino una grosera imitacion de aquella. La gran nave, enteramente reparada, es de mala arquitectura, y nada tiene de bello y de elegante. A las magníficas columnas de mármol alzadas por Constantino, han sucedido unos macizos y toscos pilares cuadrados, y su revoque está cubierto de pinturas tan vulgares, como sus toscos materiales. La antigua cúpula aérea, que cubria el templo como una corona suspendida, se ha reemplazado por otra

nueva, parecida á las que se ven en las principales mezquitas de las ciudades de oriente. Esta cúpula, resguardada al esterior por piedra cubierta de estuco, descansa sobre treinta y seis pilastras macizas, separadas cada una por sus arcadas. Estas, están cerradas, menos cinco que sirven de entrada, y en las otras han construido habitaciones para los griegos y armenios. Por encima de los arcos, corre una galería circular, cuya continuidad interrumpe el coro de los griegos. Toda la parte del norte y el oeste pertenece á los latinos, separados por un muro de los armenios, propietarios actuales del resto de esta galería. El Santo sepulcro, colocado como un catafalco de mármol en medio de la iglesia, demuestra en su ornato lo fútil y mezquino del gusto de los griegos modernos. La pedantería griega no se demuestra menos, ni con mas audacia, en la inscripcion que se lee interiormente, encima de la puerta de entrada á la basílica: «De un soplo, un habitante de Mytelene, arquitecto, reconstruyó esta iglesia que estaba en ruinas y reducida á cenizas, en el año 1810.» La entrada del templo está al mediodía. Al lado de su fachada, está una torre cuadrada, de la misma altura que el templo, que no tiene campanario. El pórtico es una plaza de veinte y cinco piés de longitud sobre veinte de anchura, que tiene al norte la iglesia, las cárceles públicas al mediodía, la iglesia y convento de los griegos, al oeste, y el de los abisinios al este. Por esta parte se encuentra la pequeña capilla de Ntra. Sra. de los Dolores, contigua á la gran iglesia.

Los cismáticos se cobraron con usura el gasto de la reedificacion, apoderándose del Santo sepulcro (Pl. XXXIII, n.º 1.), del Calvario, y de la piedra de la Uncion (Pl. XXXIII, n.º 2.) Reducidos los franciscanos á las capillas de la Virgen y de la Magdalena, recurrieron al embajador de Francia en la Puerta, y al cabo de nueve meses, pudieron celebrar de nuevo los santos misterios en el lugar de la Crucificacion y en el sepulcro de Jesucristo, cuya posesion ha sido mas disputada que la de los mas grandes tronos de la tierra (1).

M. el conde de J. d'Estourmel, dice, hablando de la actual iglesia del Santo sepulcro: «El interior comprende muchos conventos, ó llámense al menos casas para habitacion de los religiosos de las diferentes comuniones, latinos, griegos, armenios y coptos. Los siriacos acuden alguna vez en peregrinacion; pero á la sazon, ni uno solo de ellos tiene actualmente residencia en el Santo sepulcro. Los georgianos y los abisinios, nada poseen en él, y los maronitas se alojan y ofician con los PP. latinos, por pertenecer á una misma comunion, de forma, que de las ocho naciones que, en tiempo de Mr. Deshayes, se dividian la iglesia y sus dependencias, han quedado reducidas á cinco, y aun la parte de los coptos y siriacos está limitada á muy pocas piezas. Las comunidades latina, griega y armenia de Jerusalen, suministran al Santo sepulcro un contingente respectivo de sus religiosos, para que sirvan al culto y habiten allí. Los católicos tienen seis sacerdotes y cuatro hermanos legos, que se reemplazan cada tres meses: un italiano y un español ejercen alternativamente la presidencia. En cuanto á los griegos y los armenios, segun ellos mismos me han informado, sus sacerdotes están fijos en el templo, sin ser re-

(1) Las pretensiones de los griegos, babian pasado mas adelante. Su ambicion, los habia sugerido echar á los PP. franciscanos y quedarse con el Santo sepulcro; pero afortunadamente no faltan celosos cristianos que se interesan por la casa del Señor y santos lugares. En estos últimos tiempos, se han instalado en Francia varias comisiones, para reunir fondos en alivio de los cristianos de Tierra santa, y el fuego eléctrico de la caridad, pasó á Saboya y á Ultramar, y ya en 1844, la naciente empresa produjo 20,197 francos. La comision central, residente en Paris, está á la mira de todas las tentativas de los griegos cismáticos, para neutralizar sus efectos; asi como de los que emplea la propaganda inglesa, por medio de un obispo protestante que ha puesto en Jerusalen, para introducir la heregía en Tierra santa, desplegando todo su poder para impedir su progreso. La disputa sobre la propiedad del Santo sepulcro, ha quedado terminada, pues, el gobierno francés, consiguió del sultan, que de los gastos de reparacion de la iglesia del Santo sepulcro, que habian anticipado los cismáticos, los latinos abonaran la mitad, con lo cual, se ha garantizado el derecho de los PP. de Tierra santa á poseer como antes el Santo sepulcro. Constan estas noticias del estracto del manifiesto que la misma sociedad, de que aqui se hace mérito, dió á la comision central, el 3 de julio de 1843. (N. del Trad.)

novados. En mi tiempo habia en él cinco caloyers, ó monges griegos, y cinco legos para servirlos. Cada comunion cuida de sus peregrinos, que á veces son en gran número, y se alojan en sus establecimientos respectivos, por lo cual, es preciso decirlo, aunque á mi pesar, que el lugar mas santo del mundo, en que debió habitar esclusivamente el recogimiento y el mas profundo silencio, por la fuerza de las cosas, ha llegado á ser una especie de posada ó fonda.»

El peregrino recibe impresiones diferentes en el templo del Santo sepulcro. Compuesto este de muchas iglesias, edificado en un terreno desigual, y alumbrado por multitud de lámparas, le pareció á Mr. de Chateaubriand, singularmente misterioso, y la oscuridad que allí reinaba, muy propia para la piedad y el recogimiento del alma. El órgano del religioso latino, los címbalos del abisinio, la voz del caloyer griego, y la especie de lúgubre quejido del monge copto, hieren á la vez vuestros oidos, sin saber de donde parten tan desiguales conciertos. Se aspira el humo del incienso, sin ver la mano ni el fuego que lo quema. Únicamente alguna vez veis pasar y ocultarse tras el macizo de un pilar, y perderse en la sombra del templo, al ministro de Dios, que vá á celebrar el mayor de los misterios en el sitio mismo donde tantos se verificaron. «Desafío á la imaginacion mas escéptica y menos religiosa, añade este escritor, á que no se conmueva, al encuentro de tantos pueblos, en la tumba de Jesucristo, y al oir esas preces, pronunciadas en cien idiomas diferentes, en la ciudad en que los apóstoles recibieron del Espíritu Santo, el don particular de hablar todas las lenguas de la tierra.» Las impresiones del misionero no están acordes con las del poeta, y segun el abate Ponsu, lazarista, la iglesia de Jerusalen, la mas augusta, sin disputa, que existe en el mundo, no es sin embargo la mas adecuada para escitar la piedad y el recogimiento. «A todas horas, de dia y de noche, dice aquel, se oye un ruido desacorde, que distrae, por la confusion de sonidos y estrañas voces, que hasta llegarian á escitar la risa, si no estuviese uno continuamente alumbrado y sostenido por la antorcha de la fé, ocupando un lugar, en que todo recuerda los mas profundos misterios. El latino, hace sonar la campana y el órgano; el griego, dá golpes y redobles sobre una plancha de madera suspendida, que resuena como un tambor; el armenio, agita su bonete chino, y el copto toca el cuerno. El canto grave de los latinos, el nasal de los griegos, con sus centenares de *Kiries*, pronunciados con una rapidez poco edificante; el sordo y bajo murmullo de los armenios, y la voz chillona de los coptos, tal es la música, que, mezclada, resuena sin cesar bajo estas santas bóvedas, y esto se entiende en el curso natural del año; pero llegando el tiempo pascual, y sobre todo en los tres últimos dias de la semana santa, es todavía peor. Los numerosos peregrinos que allí se reunen de todos los puntos del imperio turco, se entregan en estos dias á desórdenes tan grandes, que aun muchos de entre los infieles quedan escandalizados, con grave perjuicio del cristianismo. Este desórden, verdaderamente, no lo ocasionan los católicos romanos, y sí dan á ello márgen los cismáticos griegos, con su pretendido milagro del fuego nuevo, que dicen salir todos los años el sábado santo, del fondo del sepulcro de Nuestro Señor.»

Hé aquí segun el P. Sicard, jesuita, la historia de este supuesto fuego santo: «Foulcher de Chartres, limosnero de Balduino I, segundo rey de Jerusalen, refiere un milagro, del que fué testigo todo el pueblo de Jerusalen, en su tiempo, junto con el mismo que lo cuenta, y es, que el sábado santo, víspera de Pascua, queriendo Dios honrar el sepulcro de Jesucristo, y animar la fé de los cristianos, hizo que visiblemente descendiese del cielo una llama de fuego al Santo sepulcro, y que esta, por sí sola, encendiese las lámparas apagadas que habia dentro, segun el rito y costumbre de la iglesia, en el viernes santo, y á veces, aun las demás que estaban repartidas por el templo, y añade, que aun viviendo el rey Bal-

duino su señor, el mismo Dios, queriendo probar la fé de los cristianos, ó mas bien castigar su relajacion, retardó algunas horas la realizacion del milagro, que no se cumplió, sino el mismo dia de Pascua, y despues de una procesion solemne de rogativa en el templo de Jerusalen, á la que asistió el rey, á la cabeza de todos los fieles, descalzo, como estos, y orando en alta voz con lágrimas y gemidos. Baronio y Spondano mencionan este milagro, como un hecho indudable, pero cuyo verdadero principio y fin se ignoraban, sabiéndose solo, que continuó durante el reinado de Balduino II. Otros muchos autores han dicho lo mismo que Baronio, y no han tenido inconveniente en creer en este fuego prodigioso, parecido al de que hablan las Escrituras, que bajaba tambien milagrosamente para consumir los holocaustos, ó para castigar á los impíos. El papa Urbano II, tambien lo debió creer, cuando en su arenga, pronunciada en el concilio de Clermont, el 1095, escitaba por este milagro á los príncipes cristianos, á fin de unir sus armas para reconquistar una tierra que Dios honraba con semejante prodigio. Hay apariencias de que esto cesó poco despues de los primeros reyes de Jerusalen, habiéndose entibiado el celo de los príncipes cristianos, y degenerado los fieles de la piedad de sus mayores.

«Los católicos confiesan de buena fé la cesacion de este milagro; pero los cismáticos han tenido y tienen un gran interés en perpetuarle en la opinion de los pueblos. Los sacerdotes, los obispos, y aun el mismo patriarca griego, son los primeros que abusan de la credulidad del vulgo, y la esplotan en su favor; porque la esperanza de unos, y curiosidad de otros, de ver descender ese supuesto fuego del cielo, atrae la concurrencia de siete ú ocho mil peregrinos, que vienen de todas partes á Jerusalen, para ser espectadores del milagro, y esto es un recurso seguro y permanente, que produce á estos gefes cismáticos fondos suficientes para subsistir y pagar además al turco el tributo ordinario, y otros regalos además, con que se grangean una especial proteccion.

«Desde el viernes santo, por la tarde, se abren las puertas de la iglesia del Santo sepulcro, y van á porfía, á quien entra el primero, para escojer sitio, sobre las esteras que consigo llevan, para pasar allí la noche de la mejor manera posible. El gentío y la confusion se aumentan el sábado por la mañana, puesto que desde que asoma el dia, una inmensa turba de artesanos, obreros y aldeanos, no bien han puesto el pié en el templo, que se ponen á correr, saltar, cantar y danzar alrededor del Santo sepulcro. Como esto fácilmente origina disputas, y hasta riña las mas veces, tiene que intervenir el guardian turco, y con un grueso baston, dá palos á derecha é izquierda para aquietar la gente. El tumulto cesa por de pronto, y vuelve á renacer, hasta que comienza la ceremonia de la procesion. Llegada la hora, sale el clero del coro de los griegos con gran órden. Abren la procesion muchos pendones y estandartes, parecidos á los nuestros; aparece en seguida, el clero de inferior órden, con altos y gruesos cirios apagados, llevando túnicas de diferentes colores con sus colas arrastrando. Siguen luego los diáconos, con las insignias de su órden, luego los sacerdotes, y despues los obispos y arzobispos revestidos todos con magníficas capas de diferentes telas bordadas de oro y cerradas por delante, segun el uso antiguo de las iglesias de oriente. El clero griego, como el mas noble y numeroso, vá el primero. Síguenle, el clero armenio, en el propio órden, y despues de él, van el siriaco, el copto, el georgiano, y el abisinio, cerrando y presidiendo la procesion el patriarca de los griegos. Este lleva una larga túnica, sembrada de flores de oro, y encima de ella, una riquísima capa, sostenida por dos obispos, que van á sus costados. Lleva tiara en la cabeza, aunque un poco mas baja que la de nuestros soberanos pontífices. Con la mano izquierda coje el báculo pastoral, y con la derecha bendice continuamente al pueblo con una cruz pequeña que tiene en su mano. Muchos obis-

pos y diáconos le inciensan sin cesar. Despues de haber recorrido la procesion, en este órden, la vuelta á toda la iglesia por tres veces, los asistentes cantan en alta voz, repitiendo solamente estas palabras: *Eleison*, *Eleison*, y luego el patriarca de los griegos y un arzobispo armenio, comisionado por su patriarca, entran los dos solos dentro del Santo sepulcro y cierran la puerta detrás de ellos. Varios genízaros están pagados para guardar esta puerta y evitar su acceso al infinito pueblo, que se aprieta é interpone, con cuanta fuerza puede, para ver desde mas cerca el fuego que debe aparecer. Los diáconos y los sacerdotes, detenidos en la puerta del Santo sepulcro escitan á los concurrentes á gritar y á cantar muy alto. Las voces y el bullicio se redoblan, y en tanto el patriarca y el arzobispo, que están dentro, sin que nadie les observe, se aprovechan del tumulto y clamoreo, para sacar de un pedernal, sin que nadie pueba oir los golpes, el supuesto fuego del cielo, con el que encienden inmediatamente las lámparas del Santo sepulcro. Entonces se abre la puerta y aparecen el patriarca y el arzobispo, llevando en sus manos paquetes de cerillas encendidas. El patriarca sube sobre una especie de trono cerca del sepulcro, los diáconos le sostienen los brazos, y todos se apresuran á participar del milagroso fuego. En un momento quedan encendidas infinidad de velas y cirios de todos tamaños, en medio del estruendo y aclamaciones de la multitud, que resuenan por todas partes. Todos reverencian y adoran este fuego, que creen bajado del cielo, y á este primer falso milagro, quieren aun añadir otro parecido. «Este fuego, dicen, alumbra pero no quema.» Sin embargo de esto, tienen buen cuidado de alejarle de sus barbas, y á pesar de la precaucion, algunas veces se las vé arder.

«Hé aquí la historia de ese famoso fuego del cielo, que los cismáticos quieren que lo creamos como un articulo de fé, y del cual, los turcos se burlan los primeros, sin que á pesar de eso, y de tantas pruebas de una impostura tan grosera y palpable, se abran los ojos de ese ciego y fanático pueblo, víctima de su lastimosa, aunque culpable ignorancia.»

Hay en esto una circunstancia muy digna de notarse y es, que cuando el gobernador de Jerusalen se halla presente á esta farsa, la maravillosa operacion no comienza hasta que él ha dado la señal. ¡Hecha esta, el cielo obedece, y Dios, para enviar el fuego pascual á sus protegidos, se digna esperar á que un musulman, le dé permiso para ello!

En justificacion de los católicos, debemos decir, que no toman parte alguna en semejantes desórdenes. Los que de esta comunion van á Jerusalen, tienen buen cuidado de hacerse con un certificado de catolicidad, á fin de que, como tales, los reconozcan los religiosos latinos. Estos les administran los sacramentos, y en todo se comportan con la mayor edificacion.

La gravedad y el digno respeto con que los franciscanos celebran los divinos oficios, son muy conducentes para escitar en ellos estos sentimientos. Como muestra únicamente, nos limitaremos á describir las ceremonias de la Semana santa, en la que se cumplieron en Jerusalen los últimos y mas dolorosos misterios de la misericordia del Señor.

El domingo de Ramos los franciscanos, los peregrinos de todas naciones, y aun muchos mahometanos, llenan toda la iglesia del Santo sepulcro. Infinidad de palmas traidas la víspera de Gaza, segun la costumbre, se amontonan junto á un altar provisional, que se coloca cerca de la puerta del sepulcro. El padre guardian, bendice y distribuye las palmas; la procesion dá tres vueltas alrededor del mismo sepulcro, y á ella sigue la misa, en la que se canta la Pasion sobre la tumba del Hombre-Dios. La escasez de fondos que hoy reciben de Europa, no permite hoy á los franciscanos comprar el permiso, como otras veces, de representar de una manera mas sensible la marcha triunfal de Jesucristo. Antiguamente, despues de haber hecho la procesion alrededor

del sepulcro, y de haber subido al Calvario, donde se cantaba la Pasion, y se terminaba el oficio en el santo lugar de la Crucificacion, todos tomaban una corta colacion en el monasterio de San Salvador. En seguida, se dirigian á Bethfage, sobre la vertiente oriental del monte Olivete, desde donde se venia á Jerusalen, reproduciendo, con una piadosa imitacion, el solemne triunfo de Jesucristo y su entrada en la ciudad santa, cuando fué recibido y aclamado por el pueblo con las voces de «¡Hossana al hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor!» Cuando se llegaba al sitio mismo en que Jesus mandó á dos de sus discípulos á buscar su humilde cabalgadura, todos se paraban, y el diácono cantaba el evangelio: «Como Jesus se aproximase á Jerusalen, etc., » y al llegar á estas palabras: «Él envió á dos de sus discípulos, etc.,» el P. guardian, revestido con la estola y representando la persona del Hombre-Dios, llamaba á dos de sus religiosos, y arrodillados estos ante él, les dirigia estas palabras del mismo evangelio: «Id á esa aldea que está delante de vosotros, y al llegar á ella, hallareis una asna atada y un pollino con ella; desatadla, y traédmelos, y si alguno os dijese alguna cosa, responded, que el Señor los há de menester, y luego los dejarán.» Mientras los franciscanos iban al lugar, de donde la asna fué traida á Jesucristo, se esplicaba el misterio del dia á la multitud, en un sermon que enternecia, aun á los mismos enemigos de la fé, y en seguida de este, cuando los religiosos estaban de vuelta con la asna, que habian pedido prestada, aparejaban la dócil cabalgadura con sus hábitos, y subia en ella el P. guardian, y entonaba con voz dulce estas palabras del misal romano: «Los hijos de los hebreos, etc., gloria, alabanza y honor, etc.» Los peregrinos contestaban en alta voz, cada uno en su idioma, «¡Hosanna, Hosanna, al hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor!» y arrojaban por el camino sus mantos y turbantes, ó flores, palmas, y ramos cogidos en los campos vecinos, teniendo á gala de que sus vestidos se rompiesen ó estropeasen bajo los piés de la asna, que apenas podia andar, obstruido el paso por la multitud inmensa. La marcha triunfal se detenia en el punto en que Jesus, al apercibir á Jerusalen, desde una altura, lloró sobre ella, y entonces el diácono cantaba el evangelio que refiere este hecho, y al llegar á estas palabras del Señor: «Jerusalen, Jerusalen, cuántas veces he querido reunir tus hijos, etc., » todos prorumpian en lágrimas y gemidos, á la vista de la desolacion, causada por el endurecimiento de los judios. La procesion seguia su camino, y entraba en la ciudad por la puerta de Monte-Sion, pues los musulmanes, por un secreto juicio de Dios, han tapiado la puerta Dorada, por la que Jesucristo entró. Cuando se aproximaban al monasterio de San Salvador, salian al encuentro los franciscanos que allí estaban, revestidos con sus ornamentos sacerdotales, su cruz al frente, y con cirios encendidos y palmas en sus manos, y en esta forma, recibian con todo respeto al P. guardian, cantando el *Te-Deum*, y ya dentro de la iglesia, el rezo de la colecta del dia, y la bendicion, terminaban la solemnidad.

El lunes santo, los peregrinos, escoltados por un destacamento de tropa mahometana, bien pagada, para que les proteja contra los ataques de los árabes, se dirijen á las orillas del Jordan. El martes, por la mañana, temprano, los soldados de la escolta forman un semicírculo, para contener la gente, y en medio de él, se erige un altar portátil por los franciscanos, en el lugar mismo en que se cree que Jesucristo fué bautizado por S. Juan. El P. guardian celebra allí la misa y dá la comunion á los que la piden. En tanto, la mayoría de los cristianos orientales, se mete en el rio, hasta medio cuerpo, bebe con avidez el agua del Jordan, y se lleva despues una parte en vasijas que traen al efecto, para conservar en sus casas una agua santificada por el contacto del cuerpo inmaculado del Hijo de Dios. Muchos de estos orientales, aplazan su bautismo hasta esta época, en la falsa creen-

cia de que, administrado el sacramento en el Jordan, les será mas provechoso, que en otra parte. Despues de la misa, los peregrinos entran en Jericó, donde se les inscribe, y donde completan el pago del tributo. Durante este tiempo, los PP. franciscanos suben con trabajo hasta la cumbre del monte de la Cuarentena, cuyo acceso es muy difícil, penetran en la gruta en que Jesucristo, por espacio de cuarenta dias, sufrió el hambre y la sed, junto con las tentaciones del demonio, en espiacion de nuestros pecados. Allí se ofrece la hostia santa sobre la misma piedra que sirvió al Salvador de lecho, y despues, trayendo consigo por devocion, algunos pedazos de la roca, bajan por la montaña, donde aguardan los peregrinos, y todos juntos, con la escolta, se vuelven á Jerusalen. Esta peregrinacion al Jordan ocupa el lunes y el martes santo, y la mayor parte de sus dos noches.

El miércoles santo, á las tres de la mañana, los franciscanos se trasladan al valle de Josafat, y huerto de Gethsemaní, para detestar allí la traicion de Judas, y meditar sobre la oracion del Salvador y su sudor de sangre, en la misma gruta en que esto sucedió. Antes se entraba en esta á pié llano, hoy hay que bajar unos siete ú ocho escalones toscamente labrados. (Pl. XXXIV, n.º 2.) En su fondo, y por cima de su altar, se leen estas palabras: *Hic factus est sudor ejus, sicut guttæ sanguinis decurrentis in terram.* «Aquí fué cubierto de un sudor de sangre, que cayó en gotas hasta la tierra.» Antiguamente los franciscanos ofrecian el santo sacrificio, los unos, en esta gruta de la Agonía, y otros, en una iglesia inmediata, que encierra el sepulcro de Ntra. Sra. Situada frente á frente del huerto de Gethsemaní, y al lado de la gruta de la Agonía, es en sí misma una cripta inmensa, tanto mas notable, cuanto que está labrada en peña viva. Se baja á ella por cincuenta escalones de mármol, largos de quince piés. A la mitad de la escalera, sobre la izquierda, está la tumba de S. José, y las de S. Joaquin y Sta. Ana á la derecha. El sepulcro de María está en el fondo, en una pequeña capilla, alumbrada por lámparas de oro y plata, y el altar en que se dice la misa, tiene sobrepuesta una pequeña cúpula. Los latinos poseian antes esta iglesia, que ahora es esclusiva propiedad de los griegos y armenios, y asi los franciscanos ya no van allí el miércoles santo.

En este gran dia, se celebra una misa solemne en la gruta de la Agonía, donde el Hombre-Dios, tuvo su alma triste hasta la muerte. Se canta allí la Pasion y se derraman abundantes lágrimas al oir las palabras que Jesucristo pronunció en este lugar. Cuando se llega á estas: «Se cubrió de un sudor de sangre, que corrió hasta la tierra,» todos se prosternan, veneran y besan aquella misma tierra, impregnada del sudor divino; la humedecen con sus lágrimas, y mezclan allí su propia sangre; puesto que terminado el oficio, muchos se castigan con una rigurosa disciplina, mientras que otros recitan salmos, y otras oraciones. De vuelta á Jerusalen, los franciscanos se encierran en la iglesia del Santo sepulcro y cantan el oficio de tinieblas con el mayor recogimiento y solemnidad. Antes se cantaba este oficio en el lugar de la Crucificacion, y para celebrarlo hoy dia, se forma un coro con bancos delante del Santo sepulcro.

El jueves santo, aniversario de la institucion de la santa Eucaristía, de la del sacerdocio, y de la del lavatorio de los piés, es designado en Palestina, mas particularmente, con el nombre de *Dia de los misterios*. El oficio se hace con una dignidad, una pompa, una magnificencia y una piedad, que conmueve el alma de los concurrentes, hasta el mayor grado, dice el P. Neret. Los altares están llenos de regalos de todos los príncipes cristianos, y *ex-votos* de los fieles, obras todas de rara belleza y de riqueza inmensa. Despues de la misa solemne, seis religiosos, con capas brillantes de oro y plata, vienen con un magnífico palio para recibir, bajo de él, al R. P. guardian, que con grande pompa lleva el santísimo sacramento al sepulcro, sigue la procesion dando tres veces la vuelta al monu-

mento, y el cuerpo de Jesucristo, que José y Nicodemus depositaron inánime en la tumba, entra ahora vivo en ella misma. Un tabernáculo portátil de plata, colocado sobre el mármol del sepulcro, recibe y guarda la hostia santa. Despues de una corta refaccion, el P. guardian, arrodillado, lava los piés de sus hermanos y los de los peregrinos latinos, los enjuga humildemente, hace sobre ellos la señal de la cruz y los besa con la mayor caridad y grande admiracion de los orientales, que presencian la ceremonia. Durante el resto del dia y de la noche, los franciscanos, turnando de dos en dos van sucesivamente á pasar una hora de adoracion y vela en la santa tumba, cuyo acceso está prohibido á los frailes legos, y aun á los peregrinos que no son religiosos.

El viernes santo se hace el oficio, de la manera mas tierna, en el Calvario, donde el autor de la vida quiso sufrir el poderío de la muerte. En este dia, toda la comunidad franciscana, con el P. guardian á la cabeza, despues de terminado el oficio de la mañana, come en el refectorio de rodillas, y no se sirve mas que pan, agua y algunas hojas de ensalada. A la caida de la tarde, tiene lugar una procesion, en la que todos los religiosos y sacerdotes, con sobrepelliz, y los concurrentes con un cirio en la mano, y los piés descalzos, van recorriendo los santos lugares, para hacer en ellos las estaciones. En cada una de ellas, uno de los religiosos lee una meditacion referente al misterio de la Pasion, que en cada sitio se recuerda; pero á fin de grabar mas profundamente en los corazones los sentimientos de compuncion, reconocimiento y amor, los PP. franciscanos hacen una ceremonia en todo conforme al génio de los orientales, que se impresionan mejor por las cosas esteriores, ceremonia de la que no se hallan ejemplos, mas que en las misiones de Africa, que probablemente la habrán tomado de lo que se practica en Palestina. Por medio de una figura en relieve de estátua natural, cuya cabeza y miembros son flexibles, y se prestan á los diferentes movimientos que quieren dársele, representan la Crucifixion, el descendimiento de la cruz, y la sepultura de Jesucristo. «Los padres de Tierra santa, dice el P. Degeramb, reunidos en la capilla de la Virgen, salieron á las seis, yendo á la cabeza, el que llevaba el gran crucifijo, escoltado por dos jóvenes árabes del monasterio. Los religiosos y fieles marchaban lentamente en dos hileras, con una hacha en la mano, rezando en tono penetrante y sentido, ya el *Miserere*, ya el *Stabat Mater*. La procesion se detuvo primeramente en el altar de la *Division de vestidos*, y en seguida, en el del *Improperio*, para dar lugar á algunas palabras sencillas, pero llenas de uncion, que un padre español dijo en cada uno de estos sitios, relativas á las dolorosas escenas de la Pasion, que ellos recuerdan. En seguida, continuó su marcha sin interrupcion hasta la cima del Gólgotha. Allí, el religioso que llevaba el crucifijo, le depositó respetuosamente al pié del altar, y el padre español, prosiguió su discurso en presencia de la multitud enternecida y bañada en lágrimas, refiriendo los lamentables sufrimientos é ignominias del Salvador, hasta el momento en que fué crucificado. En este instante, cesó su discurso, y despues de poner la imágen de Jesus sobre la cruz, y sujetarla con los clavos que se llevan al intento, se eleva el crucifijo en el sitio y agujero mismo en que fué fijada la verdadera cruz sobre la que se consumó la salvacion del género humano. El padre, entonces, con una voz interrumpida y sofocada por los gemidos, recordó las últimas palabras y postreros momentos de la augusta víctima, inmolada en este mismo lugar para espiar nuestros pecados, y reconciliarnos con su Padre. Pero cada vez era mas dificil poderle entender. La multitud violentamente escitada por lo que habia precedido, ya no atendia mas que á lo que veia, y las palabr. s apenas alcanzaban á ella, en medio de los gritos, sollozos y lágrimas.

«Despues de un cuarto de hora concedido al dolor, para darle tiempo de aliviarse, uno de los padres, con tenazas y martillo, subió

por una escalera á lo mas alto de la cruz, quitó la corona de espinas de la sagrada cabeza, y mientras que dos frailes sostenian el cuerpo, con bandas blancas pasadas por los brazos, arrancó los clavos de manos y piés, y pronto la efigie del crucifijo fué bajada, casi del mismo modo que lo habia sido Jesucristo. El celebrante primero, y en seguida toda la comunidad, se adelantan en silencio, se prosternan y besan con respeto la corona y los clavos, los cuales son inmediatamente presentados á la veneracion de la multitud. Muy luego la procesion sigue su marcha, guardando el mismo órden anterior. Un religioso trae en una bandeja de plata, la corona y clavos, otros cuatro toman la efigie, y la llevan, como á un difunto, á quien se vá á enterrar. Se detienen en la piedra de la Uncion, para imitar sobre ella la piadosa accion de José de Arimathea, de Nicodemus, y de las santas mugeres. Preparado todo con anticipacion, la piedra, cubierta con una tela blanca muy fina, con los vasos de perfumes en los cuatro estremos, se coloca sobre ella el cuerpo envuelto en un sudario, descansando la cabeza en una almohada. El preste le rocía con esencias, hace quemar inciensos, y despues de estar en oracion algunos instantes en silencio, manifiesta luego al pueblo en pocas, pero sentidas palabras el motivo de esta estacion. Desde allí se prosigue el camino hácia la iglesia; la santa efigie se deja sobre el mármol del Santo sepulcro, y concluye la ceremonia con un discurso.» Los religiosos se van sucediendo dos á dos toda la noche, para velar la sagrada tumba, y á la madrugada, todos los religiosos se mortifican con una dura flagelacion.

El sábado santo, el P. guardian y sus religiosos, celebran los divinos misterios con toda la solemnidad que requieren este lugar venerable, y la solemnidad del acto, que contrasta por su piedad, por su modestia, y por su gravedad, con el empleo que dan á ese mismo dia los cismáticos griegos, esplotando, como arriba dejamos dicho, la credulidad de sus correligionarios.

Todo es augusto en el oficio del santo dia de Pascua. La iglesia del Santo sepulcro, dice el P. Neret, jesuita, se vé colgada con los mas ricos tapices de Persia, y alumbrada por multitud de luces. El altar brilla con la inmensa cantidad de alhajas de plata que le adornan. Hay entre otras, una gran cruz, regalo de los reyes de Francia, y de un trabajo esquisito. Los reyes de España tambien han regalado á esta iglesia muchas lámparas riquísimas dignas de esta monarquía (1). Los ornamentos que sirven para los oficios de ese dia son de tisúes de oro y plata. Imaginaos, pues, un templo de un grandor inmenso, iluminado en todas sus partes con un gusto y magnificencia estraordinarios; diez á doce mil peregrinos, vestidos con sus mejores trajes, con hachas encendidas en sus manos; las mugeres y los niños, ocupando los vastos espacios de las galerías, igualmente con sus cirios, y todos á un tiempo, haciendo retumbar por aquellas sagradas bóvedas el glorioso grito de *Alleluya*, mientras que los celebrantes cubiertos de oro y pedreria, precedidos de turiferarios, que embalsaman el paso con

(1) Entre los muchos títulos que comprueban la munificencia de que dieron brillantes testimonios en otros tiempos, los soberanos y príncipes de Europa á los establecimientos religiosos de Tierra santa, merecen citarse como notables unas cartas patente de Enrique VIII, fechadas en 1516, quince años antes de que, de defensor del catolicismo, se transformase en su mas furioso perseguidor. En ellas, les señala una pension de mil escudos de oro, y hace de los PP. franciscanos los mayores elogios. El original de este documento curioso consta en los archivos del convento de S. Isidro de Roma. El P. Wadingo le copió en sus anales con el número 52, donde puede verse el lector.

Dejando á un lado la generosidad de los príncipes cristianos de otras naciones, nos concretaremos á la de España, que es la mas notable. Isabel I, además de las joyas de que se desprendió ella misma para que adornasen el Santo sepulcro, asignó á los religiosos una pension de mil escudos de oro. Cárlos V, hizo reparar á sus espensas la iglesia que amenazaba ruina. Felipe II, regaló un ornamento muy rico para el viernes santo con muchas perlas finas. Felipe III y la reina Margarita, asignaron á los PP. una renta anual de 300 ducados, y además regalaron multitud de alhajas de plata y oro, multiplicando sus larguezas hasta tal punto, que en el monasterio era proverbial el decir; S. M. Católica ha tomado á Jerusalen por su Escorial, y la reina Margarita es la sacristana del Santo sepulcro. Pero Felipe IV se escedió á todos sus predecesores. En 1628, hizo un donativo de 300 ducados para reparaciones, y de 1640 á 1652, las limosnas que de él recibieron los PP. latinos fueron tan abundantes, que se decia de él, que depositaba sus tesoros en el sepulcro de Nuestro Señor. (N. del Trad.)

el incienso, y seguidos de un gran número de sacerdotes, con capas blancas ricamente bordadas, dan la vuelta al Santo sepulcro, con el órden y puesto asignado á cada nacion, cantando himnos y cánticos en honor del que ha triunfado de la muerte, con su resurreccion. «Imaginaos, digo, semejante espectáculo, dice el P. Degeramb, y calculad, si podeis, la impresion que debió producir en mi alma, y en la de cualquiera que hubiera sido testigo de ello. De mí, puedo decir, que borró hasta el recuerdo de las escenas dolorosas que poco antes me habian entristecido. *¡Alleluya! ¡Alleluya!* gritaba en los trasportes de una alegría, cuyos fervores me era imposible moderar. *¡Alleluya! ¡Alleluya!* repetia, y bendecia al Dios de las misericordias, por haber dirigido mis pasos á Jerusalen, y concedido la gracia de unir mis gritos de júbilo, á los de los piadosos cristianos que tenian la dicha de celebrar la victoria de su divino Hijo, en el mismo sitio en que este Hijo habia triunfado.» En este dia, el guardian de Monte-Sion celebra de pontifical el santo sacrificio, y ofrece al Padre Eterno, el Hombre-Dios, vencedor de la muerte, á la puerta misma del Santo sepulcro, donde se erige un magnífico altar, pomposamente cargado de cuanto puede realzar el brillo de la solemnidad. En seguida, y por sí mismo, dá la comunion á numerosos fieles y peregrinos, los cuales, de dos en dos, y con entero recogimiento, se acercan á la santa mesa, terminando el oficio con una bendicion solemne.

Hemos dicho que Sta. Elena mandó edificar una iglesia, en el lugar en que Jesucristo resucitado, dejando la tierra, con magestad admirable, se elevó lentamente hacia las moradas eternas, perdiéndole de vista una nube resplandeciente. Segun atestigua S. Gerónimo, nunca se pudo cerrar la bóveda en el sitio en que el Salvador subió triunfante á los cielos. Sobre el terreno que ocupaba este templo, se alzó luego una mezquita de forma octógona, y en su centro, en una especie de capilla, se vé la huella que dejó impresa en la roca el pié del Hombre-Dios, en el momento de abandonar la tierra. Antiguamente, la huella del otro pié se veia tambien; pero se asegura que los mahometanos la han quitado para colocarla en su mezquita del templo (1). Sea de esto lo que quiera, el dia de la Ascension, los PP. franciscanos, despues de haber purificado la mezquita del monte Olivete, celebran allí con toda solemnidad los santos misterios. Cuando el diácono llega al pasage del evangelio, en que Jesucristo anuncia su ascension á su Madre, á sus apóstoles y demás discípulos, el P. guardian, que representa al Salvador, se aproxima á la planta sagrada, y coloca allí el cirio pascual, que la Iglesia conserva hasta aquel dia, en memoria de la resurreccion, y mientras que canta por tres veces con voz grave estas palabras del evangelio: «Yo me voy con mi Padre y vuestro Padre, con mi Dios y vuestro Dios,» palabras que el coro de los religiosos repite otras tantas, el simbólico cirio, por medio de un mecanismo, se vá elevando poco á poco, hasta que desaparece por la abertura superior de la capilla. El diácono acaba entonces el evangelio; el oficio termina, y todos regresan con el mayor órden y silencio á Jerusalen, los franciscanos representando á los apóstoles, y los peregrinos á los discípulos.

A estos detalles sobre las principales solemnidades, nos resta aun añadir algunos otros, sobre la manera de conferir la órden militar del Santo sepulcro, muy antigua en la cristiandad, y antes muy estendida en Europa. El P. guardian de Monte-Sion, tiene únicamente el derecho de conferirla. «El honor de ser caballero de Jerusalen, dice el P. Neret, jesuita, no se concede sino á las per-

(1) La existencia de la huella del otro pié de Jesus, que los moros han arrancado y trasladado á la mezquita de Omar, está confirmada por el dicho del príncipe Radzivil, en su viage á la Tierra santa, que dice, que la vió él mismo, colocada á distancia de cuatro codos de la puerta. El texto latino dice así: *Illud pedis alterius vestigium, divisa petra, turcæ ad templum Salomonis translulisse dicuntur. Nobis in portis hujus Moscheæ stantibus fuit concessum sacrum hoc signum intueri, quod ab ipsa porta cuatuor circiter cubitis est remotum.* (N. del Trad.)

sonas distinguidas por su nobleza, ó por especiales servicios que hayan prestado á los santos lugares, ó bien por las considerables limosnas que hayan hecho al Santo sepulcro.» El P. guardian de Jerusalen, en su discurso al postulante, eleva á esta órden sobre todas las demás, esceptuando solo la del *Toison de oro*, cuya preferencia confiesa. Instruye luego al caballero en sus nuevas obligaciones, y le recomienda particularmente el buen ejemplo, y el celo por la defensa y conservacion de los santos lugares, y la ceremonia se termina con una procesion solemne alrededor del Santo sepulcro. Mr. de Chateaubriand, que fué honrado con esta particular distincion, nos refiere cómo fué admitido caballero. «Salimos, dice, á la una, del convento, y entramos en la iglesia del Santo sepulcro, y ya en ella, pasamos á la capilla especial de los PP. latinos; se cerraron cuidadosamente las puertas, á fin de que los turcos no apercibiesen cosa de armas, pues esto pudiera costar la vida á los religiosos. El guardian se revistió de sus ornamentos pontificales, se encendieron las lámparas y los cirios, y todos los religiosos presentes formaron círculo á mi alrededor, con los brazos cruzados sobre el pecho. Mientras que en voz baja cantaban el *Veni creator*, el guardian subió al altar, y me puse de rodillas á sus piés. Se sacaron de la sacristía del Santo sepulcro, las espuelas y la espada de Godofredo de Bouillon, y dos religiosos que estaban á mi lado, tenian en sus manos los trofeos venerables. El oficiante rezó las preces del ritual, y me hizo las preguntas de costumbre. En seguida me calzó las espuelas, y por tres veces, con la espada me dió el espaldarazo, con lo que quedé hecho caballero. En seguida, los religiosos entonaron el *Te-Deum*, mientras que el guardian pronunciaba una oracion sobre mi cabeza. Todo esto no es mas que la antigua memoria de costumbres que ya no existen; pero cuando recuerdo, que entonces me encontraba en Jerusalen, en la iglesia del Calvario, á doce pasos de la tumba de Jesucristo, y á treinta de la de Godofredo de Bouillon; que acababan de calzarme la espuela del libertador del Santo sepulcro; y que tocaba con mis propias manos esta ancha y larga espada de hierro, que habia tenido en las suyas un príncipe tan generoso y tan leal; y añadiendo á esto las circunstancias de mi vida aventurera, y de mis viages por mar y tierra, creerá cualquiera sin trabajo, que debí necesariamente conmoverme en aquel momento. Por lo demás, esta ceremonia para mí no era un vano simulacro; yo era francés; Godofredo de Bouillon era compatriota mio, y sus antiguas armas, al tocar á mis espaldas, me comunicaron un nuevo amor por la gloria, y por el honor de mi patria. Estaba muy lejos de ser un caballero *sin tacha*, pero á todo francés puede decírsele *sin miedo*. (1)»

Independientemente de la iglesia del Santo sepulcro, hay algunas otras diseminadas en Jerusalen. Los PP. latinos de Tierra santa, que poseian antes la casa de Caifás, convertida en una bella iglesia, servida al presente por los armenios cismáticos, han conservado el derecho de celebrar en ella la misa una vez al año. Esta iglesia está incluida entre cuatro muros gruesos y elevados, que la dan el aspecto de una prision, mas que de un templo. Se entra en ella por una puerta de hierro, que dá á un pequeño patio, y un naranjo que en él se vé plantado, y al que llaman *árbol de manzanas de oro*, señala el sitio en que estaba S. Pedro calentándose al fuego con los

(1) El tocarse aquí incidentalmente la órden del Santo sepulcro, nos obliga á hacer mencion de todas las demás órdenes religiosas y militares, que con el mismo objeto de la defensa y guarda de ese sagrado depósito se han creado en la cristiandad. Que hayamos podido averiguar, son doce las que se han fundado y son: la de los Templarios; la Teutónica; la de San Lázaro; la de Santa Catalina del Monte Sinaí; la de Monte-Gaudio; la de San Juan de Ancona ó Aconense; la de Santo Tomás; la de San Gereon; la de San Blas; la de Penitencia de los santos mártires. La órden del Santo sepulcro, y la de San Juan Bautista de Jerusalen, despues de Rodas, y posteriormente de Malta. Estas dos últimas son las únicas que existen, las demás han desaparecido. El lector que quiera instruirse en cada una de ellas, que consulte, á mas de los diccionarios que se han escrito de las órdenes religiosas y militares, la obra de Quaresmio, *Elucidarium Terræ Sanctæ*, lib. 2, cap. 31 y siguientes, donde las hallará todas individualmente esplicadas.

criados del pontífice, cuando negó á su Maestro. Cerca de la puerta por donde se entra á la iglesia, se nota á la derecha una columna, sobre la cual, segun la tradicion, cantó el gallo. Los muros de la iglesia están interiormente revestidos de una especie de estuco. El altar le constituye una gran piedra, la misma, dicen, que cerraba la entrada del Santo sepulcro, y que los príncipes y sacerdotes tuvieron buen cuidado de sellar. Únicamente se ven los cuatro ángulos, lo demás está cubierto de fábrica. En el santuario, y lado de la epístola, bajándose mucho, se entra en un pequeño oratorio, en el que apenas caben cuatro personas, y esta es la prision en que se puso al Salvador, la noche misma en que fué preso. Los religiosos armenios cismáticos, están en posesion de la casa de Anás, convertida en una iglesia con la advocacion de los *Santos Angeles*. Venérase allí sobre todo, el lugar donde resonó la sacrílega bofetada, cuyo eco promovió la insolente risa de los enemigos de Jesus. Aquí tienen los armenios además, un vasto y magnífico convento, del que es dependiente la iglesia, edificada sobre el sitio en que Santiago el Mayor, fué martirizado. Despues de las basílicas del Santo sepulcro y la de Belen, esta es una de las mas hermosas y mejor adornadas de toda la Palestina. A la derecha, interiormente, hay una pequeña capilla, con un altar, bajo el cual, un mármol encarnado indica el sitio en que le fué cortada la cabeza al santo Apóstol. Los sirios jacobitas poseen una pequeña iglesia, construida sobre el terreno que ocupó la casa de Maria, madre de Juan Marcos. A esta casa fué donde se retiró S. Pedro, cuando los ángeles le sacaron de la cárcel en la que Herodes Agrippa le hizo encerrar. Esta cárcel estaba cerca del Calvario, de la cual quedan restos de fuertes y gruesas murallas, y se enseñan aun algunas argollas de hierro pendientes de aquellas; pero la *puerta férrea* no existe, y tan solo se indica su sitio (1). Muy cerca de la prision de S. Pedro, los griegos tienen la iglesia de San Juan Evangelista, llamada vulgarmente *Casa del Zebedeo*, padre del discípulo predilecto y de Santiago el Mayor. Está edificada en forma de cruz, y presenta un buen aspecto. Sobre el lugar donde habitó Sto. Tomás, se ha construido otro pequeño templo dedicado al santo.

Si los musulmanes toleran á los religiosos el vivir en medio de ellos, y si permiten la conservacion de los santos lugares, no es solamente por lo caro que han comprado los cristianos el derecho de celebrar los santos misterios en Jerusalen, sino porque la tolerancia de los mahometanos, les rinde constantemente considerables provechos, que halagan su codicioso instinto. Ocupándose solo de los religiosos latinos, un documento inédito que tenemos á la vista, y citado ya otras veces, se espresa así: « El rey Roberto, gran favorecedor, y puede decirse primer instalador de la órden de S. Francisco, en estos santos lugares, dejó en su tiempo para su sostenimiento una renta perpétua, garantida por su patrimonio real, que bastaba en aquella época para la conservacion de las iglesias, y manutencion de los religiosos, por lo poco que habia que pagar de contribucion á los soldanes de Egipto, soberanos á aquella sazon de la Palestina; pero habiéndoles sucedido los otomanos, estos aumentaron los tributos anteriores, y crearon otros estraordinarios de una manera desmesurada. » Además de la contribucion anual que paga el monasterio de los franciscanos, « es preciso, dice Degeramb, sufrir y satisfacer las particulares exigencias de los pachás, gobernadores y otros empleados, y comprar por sumas arbitrarias, una tranquilidad pasagera y de corta duracion. No se pasa mes, sin que dejen de oirse voces de muerte, alrededor de la casa santa; hoy es la peste que á nadie perdona; mañana, una sublevacion; otro dia guerras

(1) Junto á esta cárcel, segun el padre Naud, jesuita, estuvo el primer hospicio de los caballeros Templarios, que era una parte del palacio que les cedió Balduino II. Existe todavia la enfermería y otras piezas, pero completamente abandonadas. (N. del Trad.)

entre los pachás, y luego las indispensables estorsiones de los vencedores; luego las vejaciones, las piraterías de los árabes, etc. En una palabra, el religioso de S. Francisco que está allí, es un varon de dolor, que no puede esperar sobre la tierra otra felicidad que la de llevar con valor y resignacion su cruz, siguiendo con ella á Jesucristo hasta el Calvario.» Con fecha 27 de diciembre de 1805, el P. guardian y los superiores de Tierra santa, escribieron una carta á M. Horacio Sebastiani, embajador á la sazon de Francia en Constantinopla, y entre otras cosas le decian: «Desde el 1762, al pachá de Damasco, que era al mismo tiempo gobernador de Jerusalen, no se le daban mas que 7,000 piastras (1), con otras 7,000 mas por particulares servicios que habia hecho á la Tierra santa, y así ha continuado, hasta que en 1783, Mahomet-Djezar, que le sucedió, nos ha obligado á pagar á la fuerza 25,000 piastras, además de las que habia costumbre de dar anteriormente. Esto se ha solventado por espacio de siete años, sin contar otras socaliñas que contínuamente se inventaban. Todas nuestras quejas á la Puerta, han sido infructuosas, no habiendo querido obedecer el pachá á los firmanes de S. A., y lo peor es, que los demás pachás sus sucesores han seguido su ejemplo, en términos, que en 1797, el pachá Abdala-Eb-Neladian, nos exigió por fuerza 30,000 piastras mas, sin contar las cargas anuales. Nuestras reclamaciones fueron inútiles, y á mas de eso, los turcos del partido contrario al del pachá, se apoderaron de nuestro monasterio, nos llevaron á la cárcel, y espuestos allí á un peligro contínuo de muerte, tuvimos que darles 700 bolsas (2), para acallar la persecucion que los griegos, habian suscitado contra nosotros, y además otras 24,000 piastras al mufti Seick-Hassan-Elasnad, nuestro enemigo mortal, y para colmo de desgracia, despues de tantas pérdidas, ha venido el pachá Emad-Abumarah, que en el corto tiempo que ha estado en Jerusalen y Jaffa, nos ha sacado tiránicamente 300 bolsas y otras 200 mas por via de préstamo, del que, ni hemos cobrado, ni cobraremos un cuarto, á pesar de todas nuestras instancias.» Sigue así la carta enumerando otra multitud de estorsiones, las mas inícuas y exhorbitantes, que ascienden á muchos miles de piastras en corto tiempo, y continúa: «Dios sabe cómo acabará esto, y nos faltan palabras para describiros nuestros sufrimientos; todos, hasta los santones del Monte-Sion nos exigen dinero, y nos impiden enterrar nuestros muertos, tanto religiosos como seglares católicos, sino les gratificamos largamente, etc.»

Durante la guerra que hubo entre los pachás de Acre y de Damasco, en 1826, habiendo sitiado el primero á Jerusalen, los pobres franciscanos, durante el asedio, no solo tuvieron que mantener á todos los católicos, que se habian refugiado en el monasterio, para sustraerse á las violencias de los turcos, sino que se les obligó á pagar sumas tan enormes, que les fué preciso empeñar hasta los vasos sagrados; pero ni esto, ni otros mayores sufrimientos, que seria largo enumerar, consumen la inalterable y constante paciencia de los hijos de S. Francisco. «Nada, dice, Mr. de Chateaubriand, les puede hacer abandonar la tumba de Cristo, ni las exacciones, ni los malos tratamientos, ni las amenazas de muerte. Sus cánticos, dia y noche, resuenan bajo aquellas bóvedas sagradas. Despojados de todo por la mañana por un gobernador turco, se les encontrará por la noche al pié del Calvario, pidiendo á Jesucristo por la salud de los hombres, sin esceptuar á sus mismos perseguidores. Sin fuerzas y sin soldados, protegen pueblos enteros contra las iniquidades. Las mugeres, los niños, los ancianos, acosados por el palo ó por el sable, encuentran asilo y refugio en sus claustros solitarios. ¿Quién

(1) La piastra es una moneda arbitraria, que el bajá fija unas veces en doce cuartos, otras á menos, y otras á mas, segun le place. (N. del Trad.)

(2) En Turquía se llama *bolsa* la cantidad de 500 ducados, así como en España se dice que una talega son 1000 pesos fuertes. (N. del Trad.)

impide entonces al malvado con armas, el perseguir su presa y atropellar tan débiles defensas? La caridad de los monges, que se privan hasta de los últimos recursos de la vida, para rescatar á sus protegidos. Turcos, árabes, griegos, cristianos, cismáticos, todos buscan el amparo de unos pobres religiosos, cuando apenas pueden defenderse ellos mismos.» Aquí, hemos de confesar con Bossuet, que «manos alzadas hácia el cielo, vencen mas batallones que manos armadas con instrumentos de guerra.»

El P. Degeramb, rinde tambien su homenage á la caridad de los franciscanos. «No puedo menos de detenerme, dice, en hablaros de estos fervientes misioneros franciscanos, que vienen por doce años á oriente para entregarse tan de lleno á la salvacion de las almas; y que, lo mismo que en Jerusalen, en el Cairo, en Alejandría, en Chipre, en Belen, en Nazaret, en Jaffa, en Damasco, en Alepo, en Constantinopla, etc., llenan su mision con el mismo celo, con la misma caridad, y con una edificacion dignas de los primeros tiempos de la Iglesia, añadiéndoos, que los PP. de Tierra santa cuidan constantemente de los católicos que están en la indigencia, y principalmente en tiempos de calamidad, en que se hacen superiores á todo elogio, pagando sus alquileres de casa, y las multas y derechos que los turcos, sin consideracion, les exigen; distribuyendo pan á los necesitados, sopa á los hambientos, ropas á los que no las tienen, y médicos y remedios á los enfermos, siendo objeto especial de su paternal solicitud las viudas, y los huérfanos desvalidos. Lo mismo se practica en todos los demás hospicios de Tierra santa, ya sean de Palestina, de Egipto ó de Siria. A mas de esto, los PP. de Jerusalen hospedan y sostienen, durante un mes, á cuantos peregrinos se presentan, á escepcion de los griegos y armenios, etc., que tienen asilo en los monasterios de su respectiva nacion. En todos los puntos donde tienen convento, sostienen á su costa una escuela para enseñar á la juventud árabe la religion, antes de todo, y luego, la lectura, escritura y lengua italiana, y á tan inestimable beneficio, añaden el de mantener á los niños pobres, que reciben sus lecciones.

«Hé aquí el uso que hacen los franciscanos de Tierra santa de las limosnas que reciben, reservándose de ellas, para sí, lo mas estrictamente necesario.» Añade luego algunos detalles sobre lo que se practica por los misioneros en tiempo de peste, y prosigue: «En cada monasterio de Palestina, reside habitualmente el cura del pueblo inmediato. Este, instruido suficientemente en la lengua árabe para ejercer con mas fruto las funciones de su ministerio, en el momento que la peste se declara, se aloja fuera del convento para estar mas á la mano de los que necesiten su auxilio. Él los visita, los consuela, los alienta y les procura todos los alivios corporales que de él dependen y que están á su alcance; él les administra los sacramentos, y además, conocedor de los principales preservativos que la medicina ha descubierto, los emplea para sí, y para los demás. Sin embargo, es muy raro, que á pesar de todas las posibles precauciones, deje de ser víctima de su celo, el que con él, ha salvado antes á tantos otros.»

Observada desde lo alto del monte Olivete la ciudad santa, se aparece al espectador en toda su estension, y nada oculta á la avidez de la vista, que de un golpe quiere descubrir los monumentos todos, que Jerusalen encierra. Desde este sitio, el mas favorable para un panorama, se distinguen: el valle de Josafat y la ciudad, asentada sobre las pendientes de los montes Moria, Sion y Gólgotha. El templo y su vasto pórtico, ocupan el primer término. (Pl. XXXIV, n.° 1.) «Jerusalen, dice el P. Neret, jesuita, no es ya aquella ciudad de David, que encerraba en sus muros el trono y el templo de Salomon, la gloria y la corona de la nacion judía. El Dios de las venganzas, por la ingratitud de un pueblo tan colmado de sus beneficios, ha permitido, que todas las naciones, cada una por su parte, hayan contribuido, como de comun acuerdo, á la deso-



lacion de esta ciudad tan culpable. Pero como su justicia no ejerce jamás sus derechos, sin que su misericordia no ejerza tambien los suyos, ha querido, que una nueva Jerusalen, alzada sobre las ruinas de la primera, conservase los sagrados monumentos de la Pasion y de la muerte de su Hijo, para hacer ver á los hombres de todos los siglos el esceso de su amor para con ellos, y la necesidad en que estaban de que viniese un tan poderoso y benéfico libertador. Estos santos monumentos, que la providencia divina ha tomado bajo su conservador cuidado, son los solos y únicos objetos que merecen ser vistos en Jerusalen.» La ciudad no tiene nada de hermosa, ni está poblada. «Las casas de Jerusalen, segun Mr. de Chateaubriand, son como torreones macizos, cuadrados, muy bajos, sin chimeneas ni ventanas, y terminan en azoteas ó terrados planos, y así, mas que habitaciones para vecinos, parecen cárceles ó sepulcros, y todo apareceria bajo un mismo nivel, si los campanarios de las iglesias, los minaretes de las mezquitas, ó alguno que otro ciprés ó nogal, no rompiesen la uniformidad del plan. Al ver estas casas, hechas de piedra, y encerradas en un paisage tambien de piedras, cualquiera duda si lo que vé, son confusos monumentos de un vasto cementerio, puesto en medio de un desierto. Entrad en la ciudad; nada os consolará de la tristeza de su esterior: os perdereis en un laberinto de callejuelas cortas y sin empedrar, que suben y bajan en un terreno desigual, y caminareis siempre, ó entre nubes de polvo, ó sobre guijarros sueltos, donde no podreis afirmar el pié. Toldos, que cubren las calles de una parte á otra, aumentan la oscuridad; bazares abovedados é infectos, acaban de quitar la luz á esta poblacion desolada, y algunas mezquinas tiendas, de entre las pocas que están abiertas, no presentan á la vista mas que la miseria y desaliño. A nadie se vé por las calles; á nadie salir por las puertas. Por todo ruido, se oye por intervalos en la ciudad deicida el galope del caballo del desierto, esto es, el genízaro, que lleva la cabeza del beduino y que vá á cobrar su precio.»

Se cree que Jerusalen podrá contener sobre veinte y cinco mil habitantes; en su recinto podrian caber seis veces mas; gran parte de sus montuosas calles están deshabitadas. Recorriendo estos lugares desiertos, no vé uno mas que malezas y arbustos silvestres, que crecen á su albedrío, sin que nadie les mutile ni los inquiete. La enredadera guarnece las paredes esteriores de los grandes muros, y el áloe crece con toda seguridad en los terrados y en las quebraduras de las rocas. La palmera, olvidada en los jardines, se lanza hasta dominar las mas elevadas cornisas, y su fruto, despreciado por el hombre, sirve de alimento al ave solitaria, ó al insecto que lo encuentra en tierra. El alma se penetra de una tristeza profunda al contemplar tamaña desolacion. El espectáculo de miseria, que el viagero por doquiera advierte, le dice en lenguaje mudo, que está en una tierra de reprobacion, donde se ha cometido un gran crímen, crímen que la cólera celeste persigue despues de mil ochocientos años. Cree ver la mano de Dios, que pesa sobre esta ciudad desgraciada, y la obliga á sufrir la sentencia, que la condena á vivir en una prolongada agonía. Hay momentos en que el viagero se imagina estar asociado á tan funesta suerte, y entonces, le parece que no tiene los precisos elementos de vida el aire que su pulmon aspira. Jerusalen no es mas que una tumba colocada en un desierto, que parece respirar aun la grandeza de Jehovah y los estremecimientos de la muerte.

«En toda la Judea, para servirnos de las espresiones de Mr. de Chateaubriand, se ven fenómenos estraordinarios, que revelan por todas partes, una tierra sembrada de milagros: el sol ardiente, la impetuosa águila, la higuera estéril; toda la poesía, todos los cuadros de la escritura se encierran aquí. Cada nombre es un misterio, cada gruta declara el porvenir, cada altura resuena con los acentos de un profeta. Dios mismo ha hablado en estos lugares; los torrentes, ya secos, las rocas hendidas, las tumbas entreabiertas, atestiguan

el prodigio; el desierto parece que aun está mudo de terror, y se diria, que, desde el instante en que oyó la voz del Eterno, no se ha atrevido á romper el silencio »

La Palestina, sea dicho de paso, no puede ser incrédula. Así se vé, que tres pueblos, los mas enemigos entre sí, y los mas opuestos en costumbres y en creencias, unidos, se confunden alrededor de las rocas del Gólgotha, demostrando todos por ellas una veneracion de que no hay ejemplo en otra parte. Los judios están apegados á Jerusalen por un instinto, del que no pueden darse cuenta; los musulmanes miran su mezquita de Omar, como un lugar tan sagrado, que, segun ellos, los *infieles* jamás en él pueden penetrar, y los cristianos, arrodillados ante la santa tumba, ven, en el estado actual de Jerusalen, el cumplimiento de todas las profecías y el sello de las eternas verdades, de las que ellos solos son los depositarios. Basta y sobra para matar el escepticismo.

Los PP. latinos de Tierra santa, guardianes del triunfante y Santo sepulcro de Jesucristo, preguntan á esa tumba con S. Pablo: «¡Oh, muerte! ¿dónde está tu victoria? ¿Dónde tu aguijon?» Con esta noble actitud del cristianismo, que tiene á la muerte vencida y encadenada en este monumento, Mr. de Chateaubriand hace el contraste, con la presente abyeccion del judaismo: «Mientras que la nueva Jerusalen, dice, sale así del desierto, brillante de claridad, volved la vista á este otro pequeño pueblo, que aislado, vive con separacion de los demás habitantes de la ciudad. Blanco por do quiera del desprecio, humilla su cabeza sin quejarse; sufre todas las vejaciones sin demandar justicia; se deja apalear, sin emitir una queja; se le pide por un capricho su cabeza, y la entrega á la cimitarra. Si algun miembro de esta sociedad proscrita, exhala su último suspiro, un pariente ó un amigo, irá, durante las tinieblas de la noche, cargado con un cadáver á enterrarle furtivamente en el valle de Josafat, ó á la sombra del pueblo de Salomon. Examinad por dentro las moradas de este pueblo, y en lo general le encontrareis en una asquerosa miseria, ocupado en leer un libro misterioso á sus hijos, para que estos, á su vez, lo hagan con los suyos. Lo mismo que hacia hace cinco mil años, hace este pueblo ahora. Él ha contemplado por diez y siete veces la ruina de Jerusalen, y á pesar de eso, nada es capaz de impedirle que fije sus miradas en el Monte-Sion. Sorprende á la verdad, el ver á los judíos, dispersos sobre la faz de la tierra, sin formar jamás nacion, conforme á la palabra de Dios; pero para que la sorpresa sea mayor, y casi sobrenatural, es preciso encontrarlos en la misma Jerusalen, es preciso ver á estos, naturales y legítimos dueños de la Judea, esclavos y estrangeros en su propio pais; es preciso verlos, esperando aun, despues de tantas opresiones, á un rey que debe librarlos. Aplastados, por decirlo así, por el peso del árbol de la cruz que les condena, y que está implantado sobre sus cabezas: ocultos cerca del templo, del que ya no queda piedra sobre piedra, permanecen sin embargo en su deplorable ceguera. Los persas, los griegos, los romanos, con sus colosales imperios, han desaparecido de la tierra, y un pueblo pequeño, cuyo orígen precedió en mucho al de esos otros grandes pueblos, existe aun, sin mezcla, sentado sobre los escombros de su patria. Si hay algo entre las naciones que tenga el carácter de milagro, creemos que ese milagro se encuentra aquí. Pues acaso, ¿hay algo que sea mas maravilloso, aun á los ojos del filósofo no cristiano, que este encuentro y roce mútuo de la antigua y de la nueva Jerusalen al pié del Calvario: la primera, afligiéndose al aspecto del sepulcro de Jesucristo resucitado; y la segunda, consolándose cerca de otra gran tumba que estará siempre cerrada, sin devolver su contenido hasta la consumacion de los siglos!»

CAPÍTULO XVI.

Monasterios de franciscanos de la familia de Tierra santa en Palestina, en Siria y en Egipto

Habiendo ya dado noticia circunstanciada

de los conventos que los padres de Tierra santa poseen en Nazaret, en Belen, en San Juan del Desierto y en Jerusalen, para completar el cuadro de sus establecimientos, debemos añadir los demás, que el guardian de Monte-Sion tiene bajo su jurisdiccion.

Los franciscanos poseian antiguamente un convento en Anathot, patria del profeta Jeremias. El P. Roger, recoleto, dice, que en el mismo sitio en que estuvo la casa del profeta, existia en su tiempo una iglesia de muy buena construccion, con dos órdenes de columnas que sostenian la bóveda. Mucho tiempo despues, ya no se veian mas que las ruinas de este monasterio, habitado antes por la familia de Jerusalen, que abandonó este lugar, porque á fines del siglo xv, los árabes, asaltaron la casa, y degollaron á los franciscanos que allí habia; y despues de haber robado la iglesia y el convento, pusieron fuego á todo, y el templo del Señor ya no sirvió mas que de abrigo á los ganados de Anathot.

El convento de Rama, ciudad que sucedió á la bella Arimathea, hace datar su orígen de la época de Felipe el Bueno, duque de Borgoña. Esta poblacion, situada en el centro de la hermosa y fecunda llanura de Saron, lindante al poniente con el mar, al levante, por las montañas de Judea, y rodeada de mucha vegetacion y arbolado de todas clases, hoy dia, despues que fué antes tan notable y floreciente, no es mas que una aldea, cuyas casas construidas de piedras sobrepuestas y sin reboque, parecen grandes cabañas. El convento que aqui existe de franciscanos, está edificado sobre los restos de la antigua casa de José de Arimathea, y al lado de la de Nicodemus, á quien la iglesia está dedicada (1).

Sobre el solar de la casa de Simon el Zurrador, en la que estuvo alojado S. Pedro, se halla edificado el hospicio que los religiosos de Tierra santa tienen en Jaffa, la antigua Joppe, ciudad á la que se refieren muchos recuerdos del Antiguo y Nuevo Testamento. Con efecto, á su puerto llegaban los barcos cargados de madera, mármoles, y otros efectos, que Hiram, rey de Tyro enviaba luego á Salomon para la construccion del templo de Jerusalen; y el profeta Jonás, declinando la mision que Dios le llamaba á cumplir en Ninive, se embarcó en este mismo puerto para Tarsis, en Cilicia. San Pedro resucitó á Tabitha en Joppe, y aquí mismo le fué anunciada su vocacion á los gentiles por la vision que tuvo de aquel mantel lleno de animales inmundos, y por la voz del cielo, que por tres veces le convidó á este festin, diciéndole: «No llameis, pues, impuro, lo que Dios ha purificado.» Arruinada Joppe por los musulmanes, que se apoderaron de ella, S. Luis la hizo reedificar, pero estando trabajando en eso, los infieles sorprendieron á los obreros, y los mataron á todos. «Al saber esta infausta noticia, dice el P. Naud, jesuita, el santo rey vino desde San Juan de Acre, donde estaba, y al ver aun insepultos los cuerpos de estos pobres cristianos, á pesar de su estado de putrefaccion, mandó enterrarlos con la decencia debida, y para ello, él mismo dió el ejemplo, cargando sobre sus hombros uno de esos cadáveres, para depositarle en la fosa.» ¡Gran ejemplo de caridad y de humilde abnegacion, dado por un rey cristiano sobre la tierra en que el Hijo del Hombre vino á enseñar esas mismas virtudes á los hombres! El hospicio de la familia de Tierra santa en Jaffa, era antes pequeño, oscuro, y mal repartido; la iglesia, mas bien que un templo cristiano, parecia una bodega. Pero los franciscanos, han demolido recientemente todo el antiguo edificio, y construido en su lugar un hermoso y grande convento de piedra, y una iglesia muy decente y capaz, donde los divinos oficios se celebran con bastante magestad. Estas nuevas construcciones se han hecho con materiales traidos de Cesarea, y así, las mismas piedras que sirvieron á Herodes para fundar una ciudad en honor de Augusto, se han aprovecha-

(1) En el monasterio de Rama, hay una cisterna debida á la munificencia de la madre del gran Constantino, á cuyo fondo conducen treinta escalones. Su interior es muy vasto y perfectamente construido. — Degeramb. (N. del Trad.)

do para edificar un templo al Dios cuyo nacimiento causó á aquel príncipe tanto recelo, que quiso á todo trance hacerle perecer, envolviéndole entre inumerables é inocentes víctimas. Este monasterio, aunque de nuevo reedificado, se parece y guarda el mismo órden que todos los de Tierra santa. Su esterior parece una fortaleza del siglo x. No tan grande como los otros monasterios armenio y griego cismáticos que le acompañan en la misma ciudad, disfruta sin embargo de la ventajosa situacion de aquellos, y las alegres vistas de sus terrados dan al mar. Auvergne, arzobispo de Icona, al hacer mencion de la casa de Simon el Zurrador, dice: « Se distingue aun el sitio que ocupaba esta casa, sobre una roca, cerca del mar, precisamente en el interior del convento de Tierra santa. Con el tiempo, se edificó allí una capilla dedicada á S. Pedro, la cual está hoy en mal estado. En la parte superior, donde se cree que tuvo lula famosa vision del santo apóstol, se ha edificado en su memoria una iglesia. » (1).

Mas al norte, sobre el litoral, tienen los franciscanos otro convento en San Juan de Acre, ciudad notable que hemos mencionado muchas veces, y que quedó muy decaida despues de las cruzadas (2).

Poseen tambien los mismos PP. una residencia en Saida, la antigua Sidon, capital de la Fenicia que tomó su nombre de Sidon, el mayor de los hijos de Canaan, y que tan célebre fué en la antigüedad por sus colonias de Tiro y Cartago. Los sidonios se hicieron notar por sus invenciones en las artes; ellos hicieron los primeros el vidrio y las delicadas telas de hilo. Como los mas hábiles carpinteros, fueron empleados en cortar y labrar los cedros destinados á la construccion del templo de Salomon, y del que los judios reedificaron á su regreso de la cautividad de Babilonia. Sidon es el punto estremo, hácia el norte, como Belen lo es hácia el mediodía, del estrecho espacio en que se reconcentró la palabra divina, que debia resonar luego por todo el universo. « Tiene la gloria esta ciudad, dice Brucen de la Martiniere, de haber visto al Hijo de Dios, y de haberle oido alabar la fé de la Cananea, concediéndola lo que deseaba. En un jardin de la poblacion, á la parte de oriente, se encuentra un notable monumento. Consiste este en una columna de pórfido caida en tierra y abandonada. » Segun una tradicion, Jesucristo descansó sobre una montaña que esta á media legua de la ciudad, y las tres Marias le adoraron en este sitio. Hay en ella además, sobre unos treinta olivos que se remontan á esa época, y que los cristianos han señalado con pequeñas cruces, en muestra de veneracion. Saida se vió honrada con la presencia de S. Pablo, y los cristianos que en ella habia, hicieron un buen acogimiento al santo apóstol, cuando se le hizo pasar por esta ciudad para ser conducido á Roma. Vista Sidon desde el mar, tiene una gran apariencia, pero el interior no corres-

(1) Jaffa, antes Joppe, se tiene por una de las ciudades mas antiguas delmundo. La tradicion cree que Noé entró en ella en el arca. Despues de la retirada de las aguas, el patriarca señaló en parte á Sem, su hijo, todas las tierras dependientes de la ciudad fundada por su tercer hijo Japhet. En fin, Joppe, segun las tradiciones del pais, es el sepulcro del segundo padre del género humano. (N. del Trad.)

(2) San Juan de Acre es la antigua Ptolemaida. Por las ruinas puede estimarse su antigua hermosura, no menos que sus fortificaciones. En lo antiguo se llamó esta ciudad Acon. San Gerónimo dice, que su antiguo nombre era Eoth. Jamás estuvo bajo la dominacion de los israelitas. En las guerras santas, Acre fué tomada en 1104 por Balduino I, ayudado por los genoveses. En el 1188, el sultan Saladino se la quitó à los cristianos, defendiéndola los caballeros de San Juan como leones, por espacio de dos meses; pero Guy de Lusiñan la recobró de sus enemigos el 1191, despues de un sitio de dos años. Habiendo vencido aquel príncipe mahometano al rey y héchole pris onero, se hizo dueño de Acre en tres dias. Los reyes Ricardo y Felipe echaron de ella nuevamente à los infieles. El 1250, S. Luis, libre de la prision, la fortificó. Fué, en fin, definitivamente tomada por los infieles el 1290, al mando de Seraf, hijo de Malec-Messor, sultan de Egipto, que la sitió con ciento sesenta mil hombres. La causa de la pérdida de esta ciudad, principal baluarte del cristianismo en Oriente, fué la division que se introdujo entre mas de quince diferentes naciones que la habitaban, sin querer someterse las unas á las otras, teniendo cada una su cuartel y gefe diferentes. El rey de Chipre, el patriarca de Jerusalen, el príncipe de Antioquia, el conde de Tripoli, los franceses, ingleses, alemanes, venecianos, genoveses, toscanos, armenios, tártaros; los hospitalarios, los templarios, todos tenian allí su parte. Allí reinaban toda especie de pecados, de suerte, que un historiador ha dicho con mucha verdad, que era inevitable la pérdida de Acre, porque Dios la habia de abismar, caso de no haberla entregado á los sarracenos. (N. del Trad.)

ponde á la idea que el golpe de vista del esterior hace concebir al viagero. La iglesia de los PP. de Tierra santa, está situada en uno de esos paradores, que se llaman khans, ó grandes edificios cuadrados que contienen un gran patio interior, y que pueden servir de fortalezas en circunstancias difíciles (1).

A seis leguas de Sidon, al norte, los PP. de Tierra santa tienen otro establecimiento en Beyruht, la antigua Beryto, ciudad colocada en una gran vega á la orilla del mar, y al sud del desagüe del Nahr-el-Sahib. «Los romanos, dice el P. Nachi, jesuita, tenian allí una colonia, y sus habitantes gozaban del derecho de ciudadanía. Fué muy embellecida por el anciano Herodes; y enriquecida despues, con pórticos, baños, teatros y otros muchos edificios públicos, á cual mas grandiosos, por el rey Agrippa. Pero lo que mas honra á esta ciudad, es el poseer un célebre crucifijo, que la constante tradicion dice haber sido obra de S. Nicodemus, poseido despues por Gamaliel, y enviado á Beyruht dos años antes de la toma de Jerusalen por Tito y Vespasiano. San Atanasio, ya hace elogios de este crucifijo, en su sermon relativo al segundo concilio de Nicea. La sangre que brotó de esta imágen, en el acto que fué medio cortada por la impía mano de un judio, conserva aun hoy dia su color propio, que el tiempo no ha podido borrar. Este precioso monumento, arqueológico, á la par que religioso, está colocado en un subterráneo de la iglesia de San Salvador, de la que los turcos han hecho una mezquita, y tanto los musulmanes como los cristianos, recurren con sus oraciones, en caso de enfermedad ú otras necesidades, al amparo de esta sagrada y milagrosa imágen de Jesus crucificado. La misma tradicion, asegura, que el Mesías llegó á predicar el evangelio hasta las puertas mismas de Beyruht, pero sin entrar por ellas, consecuente á la prohibicion que habia hecho á sus apóstoles de ir á las tierras de los gentiles. Pero el Salvador del mundo, que derramó su sangre por la salvacion de todos los hombres, mandó, despues de aquel tiempo, predicar su santa ley lo mismo á los gentiles que á los judios.»

Cuando el comercio con el oriente tomó la direccion de Alepo, y por consiguiente tuvieron que variar de domicilio los negociantes cristianos, que sostenian con sus limosnas á los PP. de Tierra santa, estos se vieron obligados á abandonar á Beyruth, donde se estableció despues una mision de capuchinos (1).

La rada de Beyruht, está dominada por el Líbano, cordillera que separa la Palestina de la Siria, y cuyo célebre monasterio de Larisa, habitado por la familia de Tierra santa, ocupa uno de sus puntos mas elevados El nombre de *Líbano*, que significa *blanco*, que se dá á estas montañas, proviene sin duda de la mucha nieve que contienen y que constantemente se vé en sus cimas. Presenta esta cordillera en su longitud la forma semicircular de una herradura. Se llama de una manera mas especial, Líbano, á la parte occidental de la montaña,

(1) Sidon es célebre en la Escritura santa por sus virtudes y vicios. Es notable por su antigüedad, pues se atribuye su fundacion al hijo mayor de Canaan, que la llamó Sidon. Otros quieren que se la llame asi de la palabra *Sayd*, que en lengua hebrea y árabe significa pesca ó caza, por ser abundante de una y otra. En tiempo de los israelitas, se gobernaba por reyes. Jezabel era hija de un rey de Sidon llamado Etkaal. Los sidonios fueron uno de los pueblos que Dios reservó para que sirviesen de prueba á los israelitas, para hacerles guerreros, y uno de los azotes para castigarles y apartarles de sus desórdenes, por medio de la opresion. Nabucodonosor les hizo la guerra, como á los demás, y condujo cautivos á Babilonia. Alejandro tambien les domó, se apoderó de la ciudad y privó del gobierno á Straton, que mandaba á nombre de David. La mayor parte de los escritores están contestes, contra lo que dicen Henrion y Brucen de la Martiniere, que Jesucristo no estuvo en esta ciudad, ni por consiguiente se hizo allí el milagro de la Cananea, pues S. Mateo y S. Marcos dicen que pasó *in partes Tyri et Sidonii, in fines Tyri et Sidanii*, lo que se interpreta, cerca de esa ciudad y no dentro de ella, y segun enseña la tradicion, pasó por la montaña de S. Elias. Además, el cap. 10 del mismo evangelio de S. Mateo, donde se lee: *Ay de ti, Carozain: ay de ti, Bet-Saida: Si en Tiro y en Sidon se hubiesen obrado las prodigias*, etc., parece nos quita toda duda. En las guerras santas, Balduino I tomó esta ciudad á los sarracenos, en 1109. Estos la volvieron á recobrar, y los sultanes de Egipto y de Damasco la arruinaron casi completamente en 1253, matando 800 cristianos. San Luis la restableció poco tiempo despues. Los templarios, tomada Acre, se refugiaron á ella para defenderse en su castillo; pero amenazados por una poderosa armada, tuvieron que retirarse á Chipre. (N. del Trad.)

(1) En Beyruht se ven aun los restos del palacio Facardin ó Facredin, célebre emir que se titulaba descendiente de Godofredo de Bouillon, conquistador de Palestina. (N. del Trad.)

que está mas aproximada al mar, y á veces tan cercana á sus playas, que apenas deja paso, alejándose de aquel en otros puntos á lo mas tres leguas. Esta cadena se estiende desde Trípoli hasta las cercanías de Damasco. A la parte oriental, que se prolonga mas allá de Damasco, y que se estiende hasta la Arabia, se la llama Anti-Líbano. Entre el Líbano y el Anti-Líbano, se abre el valle de Becao, la antigua Cœlo-Siria ó Siria-Honda propiamente dicha. Su disposicion y encajonamiento profundo, que hace que allí se reunan las aguas todas de las vertientes de las montañas, ha hecho de este valle uno de los cantones mas fértiles de la Siria; pero al mismo tiempo, tan caluroso, aun mas que el Egipto, á causa de la reconcentracion de los rayos del sol en aquella profundidad. El aire, sin embargo, no es mal sano, sin duda por estar contínuamente renovado por el viento norte, y porque, las aguas que contiene el valle, son vivas y no estancadas. El circuito total de las dos cadenas enunciadas oriental y occidental, que los europeos confunden con la general denominacion de Líbano, es de cien leguas. Estas montañas, elevadas unas sobre otras, presentan cuatro zonas muy diferentes. El terreno de la primera es abundante en granos, y en muchos puntos se vé cubierto de árboles frutales. La segunda, es una cintura de desnudas é improductivas rocas. A pesar de su elevacion, la tercera, ofrece el aspecto de una vegetacion siempre verde, y por lo benigno de su temperatura, y por sus jardines y huertos, llenos de los mejores frutos de la Siria, y cristalinos arroyos que la riegan, está reputada por los escritores y viageros como una especie de paraiso terrestre. La cuarta se pierde en las nubes y la hacen inhabitable, y en ciertas épocas del año, inaccesible, las contínuas nieves y el rigor del frio consiguiente á ellas (1). Sobre una de estas cumbres, se encuentran los famosos cedros de que habla la Escritura santa, y que gozan de tanta nombradía. El terreno que los contiene y que guarda una forma elíptica, cuyo eje mide mas de mil metros, está rodeado de altas montañas, que sirven como de muros de defensa á este mismo jardin. Al oeste, se corta la cadena de estos montes, para dejar entrever el mar, y al sur y al norte, algunos otros árboles de diferente especie, y aislados, parecen estar allí puestos espresamente para mejor hacer resaltar la prodigiosa altura de los cedros. Estos están plantados sobre doce pequeñas eminencias ó colinas, de las cuales, la mas elevada ocupa precisamente el centro, formando así como otros tantos grupos ó familias, dependientes de una, que aparece como superior á todas, lo que dá lugar á encontrar la esplicacion al pasage del *Ecclesiástico*, que dice: «La reunion de los hermanos alrededor del gran pontífice, será como una plantacion de cedros sobre el monte Líbano.» Es muy digno de notarse, que en ninguna otra parte del Líbano, se encuentran mas cedros, que los que hay en este recinto. La madera de este árbol es dura é incorruptible, y en verano sobre todo, despide un perfume delicioso; su hoja y su fruto se parecen á los del pino, y como este, se eleva ordinariamente en forma de cono regular. Algunas de las ramas inferiores de algunos de estos cedros, tienen mas de cincuenta piés de longitud. Los árboles mayores están del lado del este, y hay muchos, y en no corto número, que miden treinta ó cuarenta piés de circunferencia. El mas elevado podrá tener sobre trescientos piés de elevacion. Si á todas estas circunstancias se añade la multitud de ellos, pues pasa de cuatrocientos cada grupo, se habrá de confesar que esto es sin duda un objeto de digna curiosidad, aun cuando los recuerdos religiosos que estos mismos cedros encierran, no constituyesen por sí solos uno de los principales ornamentos del Asia. Trein-

(1) En todo el monte Líbano habrá como unos seiscientos pueblos habitados todos por una nacion, que llaman maronita, cristianos católicos y muy obedientes al papa. De estos maronitas, tendremos ocasion de hablar mas adelante, y con mayor estension, así como de los drusos, que viven igualmente en estas montañas. (N. del Trad.)

ta mil obreros mandados por Salomon, vinieron á estos sitios á cortar gran parte de estos cedros, destinados á la construccion del templo de Jerusalen, y es indudable, que entre los que restan hoy, quedan algunos contemporáneos de esa época tan remota. Cuando sentado el viagero á la sombra de sus inmensas ramas, eleva sus miradas á lo último de sus copas, escucha, entre el mayor silencio, y cree oir la voz sublime del profeta, que dice: «He visto al impío elevado sobre la tierra, como los cedros del Líbano, pasé, y ya no existia.» (Salm. XXXI, vers. 35). Otras veces oye la voz del Señor, que hiere su oido, «la voz del Señor, que troncha los cedros,» y este grande y bello espectáculo, que ante sí se le presenta, le inspira las ideas mas elevadas del poder y magestad del Todopoderoso. Por último, aquí está la bella imágen, bajo la cual el Espíritu Santo quiso pintar él mismo la gloria y la exaltacion de María, que deja en el corazon un encanto que no puede describirse: «Yo he sido elevada como un cedro sobre el Líbano.» (1).

(1) Acerca de los cedros del Líbano estractaremos algunas otras noticias, que se encuentran en otros autores. Los cedros mas notables y principales son veinte y tres. Estos son altos, gruesos, anchos y frondosos, uno de los cuales tiene el tronco tan grande, que seis hombres no le pueden abarcar. La hoja del cedro es parecida á la del romero, pero mas estrecha y menos larga, y reunida en pequeños ramos, en el centro de los cuales, hay una piña como la de los pinos, pero su corteza es mas delicada, mas unida y menos abierta. Acostumbrados los viageros á poner sus nombres en los parajes que visitan, han hecho profundas incisiones en la superficie de los cedros mas grandes, para esculpir en ellas el suyo. Por estas incisiones mana un escelente bálsamo en forma de goma, con el cual se secan admirablemente las llagas. Con objeto de conservar los cedros mas antiguos, y de prevenir los accidentes que pudieran influir en su pérdida, ha creido el patriarca maronita que debia fulminar escomunion al que se atreviese á cortar la mas mínima rama, sin preceder su formal permiso. Por desgracia, esta censura no ha sido bastante poderosa para prevenir las contravenciones, de modo que, segun dice Degeramb, solo una especial providencia de Dios es la única que ha hecho, que despues de tantos siglos, se conserváran estos árboles. Al pié de los cedros mayores, hay cuatro altares de piedra. En el dia de la Transfiguracion del Señor, el patriarca de los maronitas, acompañado de mucho séquito y de mas de cinco á seis mil fieles de esa nacion, se trasladan allí para celebrar la fiesta, que llaman de los Cedros. Aunque los maronitas la celebran en ese dia, no es porque crean, como han dicho sin fundamento algunos historiadores, que la Transfiguracion acaeció en esta montaña. El oficio que los mismos rezan en este dia, dice espresamente que se verificó en el monte Tabor. (N. del Trad.)

En uno de los mas retirados sitios de estas montañas, se encuentra el pintoresco monasterio de Larissa, construido á la manera y con el gusto de los conventos italianos. «Su posicion es deliciosa, dice el P. Degeramb, y la perspectiva admirable. Tiene á su frente el mar, que viene por decirlo así á bañar el pié de la montaña, por medio de una bahía cubierta de barcos que entran, ó se dan á la vela; á la derecha, valles tapizados de viñas, y uno mas profundo, en el que se ven salpicadas aquí y allí casas aisladas rodeadas de olivares; mas adelante, hácia la playa, la pequeña aldea llamada de Jonás, porque el profeta fué allí arrojado por la ballena que le habia tragado; á la izquierda, á una distancia de seis leguas, está Beyruth, su rada y los buques que allí flotan, y por último, completan este paisage, multitud de alquerías y casas de campo, y un espeso bosque que le rodea. Pero mas aun que la mar, la bahía, la rada y los barcos, llama aquí principalmente la atencion, el cielo de Larissa, ese cielo puro, sereno, sin nubes casi siempre, y sus deliciosas noches, en que la vista recogida, y sin nada que la distraiga, contempla con asombro, á la dulce claridad de la luna, esos millones de estrellas que tapizan ó recorren silenciosamente la inmensa bóveda del firmamento; esos mundos sin número, que aunque situados á una distancia infinita, al pasar ante la pupila, señalan su presencia con un punto luminoso superior en brillo al del mas puro diamante. Cuando se contempla este esplendor, este lujo de la omnipotencia de un Dios, ¡hasta qué punto el alma conmovida se traslada al seno del que la dió el ser! Que venga á Larissa, que venga, sea el que quiera, que haya tenido la desgracia de dejarse seducir por los sofismas vanos de la incredulidad; que venga á respirar el aire puro, etéreo de la montaña, á contemplar desde ella, en una de esas noches que no conoce el occidente, los pabellones de azul de que al parecer penden esos millones de astros, como otras tantas antorchas, para disipar la oscuridad; que venga á

presenciar el desfile, de ese grande ejército celeste, y al aspecto de su bello órden, y marcha regular, tan constante y armoniosa; al considerar sobre tanta maravillosa grandeza, caerá de rodillas confundido ante Aquel, que á la demostracion de su sola voluntad, en el instante, creó todas estas cosas; y de su corazon ya conmovido y penetrado de admiracion, de reconocimiento y de amor, saldrán, á pesar suyo, y pronunciarán sus labios las palabras de alabanza, con las que el rey profeta proclamaba la gloria del Hacedor Supremo: «Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus mamos.» (Salm. XVIII, vers. 1.°)

Así como Beyruth, Trípoli, está situada al pié del monte Libano. Llámase tambien, *Tres ciudades*, porque se compone efectivamente de tres poblaciones poco distantes una de otra, perteneciendo la principal á los tirios. Trípoli está regada por el Nahar-Kadisha, rio cuyas aguas distribuidas, sirven para el consumo interior y regàdio de los campos. Su puerto tuvo en otro tiempo mucha importancia. El convento que aquí tiene la familia de Tierra santa, nada tiene de notable, á no ser el patio que es bastante grande, enlosado de mármol, y una hermosa fuente en el centro. El jardin llama la atencion por sus muchos árboles, y por un pequeño bosque, tan espeso, que el sol no puede penetrar (1).

Latakia, la antigua Laodicea, que hoy es uno de los depósitos comerciales de Alepo, está indicada por el Mr. el conde d'Estourmel, como una de las residencias de los franciscanos (2).

Mas al norte, poseen otro establecimiento en Alejandretta, *Scanderum* de los turcos, que se llamaba antes la pequeña Alejandría, para distinguirla de la del Egipto. El nombre de esta ciudad, que es el puerto de Alepo, ha hecho creer que Alejandro el Grande, aportó aquí con su flota cuando marchó á la conquista del Asia. El aire es mal sano en Alejandretta, y en toda la costa; pero permaneciendo embarcado, no se siente su influencia (1).

Alepo, llegó á ser por su posicion, un centro de comercio importante entre Europa y una parte de Levante, por lo que la familia de Tierra santa, sostenia hasta doce franciscanos, en el monasterio contiguo á la iglesia, que allí está abierta para la asistencia espiritual de los católicos del rito latino; pero la retirada de los venecianos en la época de su guerra con los turcos, obligó á reducir su número, hasta el punto de no quedar en Alepo, mas que un religioso sacerdote, capellan de la nacion francesa, y con título de comisario apostólico. Esta ciudad, cuya poblacion se eleva á doscientas mil almas, está situada en un valle profundo, regado por el Koik, y tiene una forma oval, y cerca de seis millas de circuito. Está defendida por un muro de regular espesor, flanqueado de torreones de trecho en trecho, y un foso, en parte cegado. Tiene diez puertas, y algunas de ellas, de bella construccion. Bajo una de ellas, se vé una

(1) Trípoli es ciudad muy antigua, y célebre por su puerto, del que se habla en el libro segundo de los Macabeos, cap. XVI, 1. Los turcos la llaman Tarabolos. Además del convento de franciscanos, que aquí cita Henrion, hay otros dos, uno de capuchinos y otro de carmelitas descalzos. Esta ciudad y su pais adyacente fué conquistado, cuando las cruzadas, por Balduino, hermano de Godofredo, y fué erigido en condado de Trípoli, que poseyeron sus sucesores hasta el siglo XIII, que cayó la ciudad nuevamente en poder de los musulmanes. (N. del Trad.)

(2) La antigua Laodicea ya no existe; sus ruinas están á un cuarto de legua de Latakia, donde se ven grandes ruinas de murallas, edificios, iglesias y otros monumentos grandiosos. Fué fundada en su principio por Seleuco Nicanor, y se hizo célebre en la antigüedad; pero las guerras y la dominacion de los turcos la redujeron á la nada. Posteriormente se reedificó, aunque en diferente sitio, y hoy dia es una de las ciudades mas florecientes de la costa. Su restablecimiento se debe á Coplan-Agá, rico comerciante turco. Los restos mas notables que quedan de la antigua Laodicea, segun dicen los viageros, son los de un magnífico templo, que se dice hizo construir Sta. Elena, el cual parece que estaba en el centro de la ciudad. Se ven tambien ruinas de baños y de templos gentílicos. (N. del Trad.)

(1) Alejandretta, á la que los turcos llaman hoy Scanderum, está fundada en el golfo de Ajaccio, á la orilla del mar y á 22 leguas de Alepo: todavía conserva una gran torre, donde se ven aun las armas de Godofredo de Bullon. La ciudad no es mas que una confusa mezcla de casas habitadas por griegos, que hospedan á los marineros y gente pobre. Los comerciantes y personas acomodadas se reunen en otra especie de ciudad, que poco á poco se ha ido creando á dos millas de la antigua Alejandretta, donde las casas son mejores y el aire mas sano que en aquella. (N. del Trad.)

como cueva profunda, alumbrada de contínuo por muchas lámparas encendidas, en honor al profeta Eliseo, á quien segun se dice, esta caverna sirvió de morada un cierto tiempo. Las casas de la ciudad son de mampostería y piedra labrada, y cubiertas de hermosos terrados. De las mezquitas que aquí hay, la mejor fué en su principio, una iglesia que se cree haber sido erigida por Sta. Elena (1). El comercio de Alepo, perdió mucho, cuando se halló medio de ir por mar á la India, pero las frecuentes y numerosas caravanas sostienen aun su actividad.

« Estas se componen, dicen las *Cartas edificantes*, de un gran número de viageros de todas naciones, casi todos comerciantes, que llevan consigo sus camellos cargados de mercancías. Cualquiera de estas caravanas vista de lejos, parece un cuerpo de ejército ordenado en marcha. Cada una lleva su respectivo gefe, que la conduce y gobierna. Este arregla y distribuye las horas de camino, de comida y de descanso, y es el juez que dirime sin apelacion, cualquiera disputa entre los viageros. Estas caravanas, tienen su parte de cómodo y de molesto. Desde luego, es mucha comodidad para los viageros que van en la caravana, encontrar allí cuanto les pueda ser útil ó necesario, tanto para su subsistencia, como para todo lo demás, durante un tan largo viage; cada caravana tiene sus cantinas y vivanderas, que llevan toda clase de provisiones para vender. Pero el mayor beneficio de la caravana, es para los comerciantes, que llevan consigo sus riquezas, con la seguridad de estar libres de los robos de los árabes, ladrones de profesion, que no viven mas, que de lo que pueden quitar al viagero, esto lo impide una fuerte escolta que acompaña á la caravana, lo cual no estorba que alguna vez no deje de ser sorprendida esta en una emboscada, y logren en parte su objeto, y no poca parte de botin los árabes que están en acecho, y que despues de hecho su negocio, huyen desbandados á la montaña La parte de molestia de las caravanas, consiste, y no poco, en la falta de tranquilidad, y aun del necesario reposo que falta al viagero, en medio de tan grande aglomeracion de hombres, mugeres, niños y animales de toda especie, que apenas dejan descansar en todo el camino, con el incesante ruido que promueven, y que es imposible acallar. Sin embargo de todo, es mucho mas ventajoso y preferible, viajar con ellas, que ir solo.

« La mas nombrada de todas las caravanas, es la que sale todos los años de Damasco ó de Alepo, para la peregrinacion al sepulcro de Mahoma, y es el en mes de julio. Al aproximarse el tiempo, afluyen diariamente los peregrinos de Persia, del Mogol, de la Tartaria y de otros paises que siguen el mahometismo. Algunos dias antes de la salida de la caravana, los peregrinos hacen una procesion general, que se llama la procesion de Mahoma, para obtener por su intercesion un dichoso viage. En el dia de esta procesion, los peregrinos de mayor rango, y mas distinguidos por su nacimiento ó riquezas, se ponen sus mejores trages, y se presentan montados en caballos ricamente enjaezados, seguidos de sus esclavos, que traen de respeto otros de mano, y los camellos con todo su ornamento. La procesion principia al salir el sol, y las calles están ya obstruidas por una muchedumbre de espectadores. Rompen la marcha los peregrinos, que se dicen ser descendientes de la raza misma de Mahoma, con sus particulares distintivos. Despues de estos, van los camellos con sus jaeces y

(1) Los turcos llaman á Alepo *Aalab*. Está situada á 22 leguas de Alejandretta y del mar de Siria. Los árabes se apoderaron de ella el año 637 de Cristo, bajo el reinado de Heraclio, emperador de Constantinopla. En la mezquita que aqui cita Henrion, y que antes fué iglesia cristiana, edificada, segun se dice, por Sta. Elena, dice La Martiniere que existe una cosa notable, y es una piedra de dos ó tres piés en cuadro, empotrada en un muro, en que se vé de relieve un cáliz con una hostia encima de él, que figura estar cubierta con un velo, cuyas puntas caen sobre los bordes de la boca del cáliz. Muchos cónsules, añade, han querido comprarla, y alguno ha ofrecido hasta dos mil escudos; pero los bajás de Alepo no han querido jamás venderla. Próximo á Alepo, al lado de Levante, se vé una casa de un dervis ó santon, que fué antiguamente un célebre convento de S. Basilio. En Alepo hay muchos cristianos de todas comuniones. Los católicos romanos, además de la iglesia y convento de franciscanos, tienen otras tres, servidas por los capuchinos, jesuitas y carmelitas descalzos. (N. del Trad.)

plumas de todos colores, precedidos de dos timbaleros. Los demás peregrinos de la caravana siguen luego, tambien á caballo, en filas de seis en seis, seguidos de literas llenas de niños, que sus respectivos padres deben presentar al profeta. Rodean á estas literas bandas de cantantes, que hacen, al mismo tiempo que entonan sus canciones, infinidad de contorsiones y posturas ridiculas y estraordinarias, á fin de que se les crea inspirados. Van despues de estos, doscientos ginetes, vestidos de pieles de osos, precediéndoles algunas piezas de artillería, montadas en sus cureñas, y que hacen de hora en hora sus descargas, que aumentan la alegría y el griterío de todo el pueblo. Escoltan á estos cañones otra compañía de ginetes, cubiertos con pieles de tigres en forma de corazas, y esto, añadido á su largo bigote, su bonete tártaro, y gran sable pendiente de la cintura, les dá un aire imponente y belicoso. Cuatro soldados de á pié, vestidos de verde, y cubierta su cabeza con una especie de mitra azul, preceden al mufti. Este vá acompañado de muchos doctores de la ley, y gran número de cantores, y lleva por delante el estandarte de Mahoma, que es de seda verde bordado de oro, y por escolta doce ginetes armados de cota de malla, y grandes mazas de plata, acompañados de trompeteros y otros que tocan platillos de bronce. Aparece en seguida el dosel ó pabellon, que se ha de presentar en el sepulcro de Mahoma. Lo llevan tres camellos, cubiertos de plumas verdes y planchas de plata. Este pabellon es de terciopelo verde, y fondo encarnado, con muchos bordados y pasamanería. Por último, cierra la procesion el pachá de Jerusalen, precedido de tambores, trompetas y otros instrumentos turcos, y terminada aquella, cada uno no piensa mas que en su viage. La Meca es el término de este peregrinacion.

Este afan de los musulmanes en visitar, en Arabia, la Meca, donde nació, ó Medina, donde murió Mahoma, su falso profeta, es muy propia para estimular la devocion de los cristianos y su celo por el Pesebre de Belen y el Santo sepulcro de Jerusalen, lugares ciertamente venerables por el nacimiento y muerte del Hombre-Dios, cuya religion parodió y quiso destruir Mahoma. A la descripcion, pues, de Belen y de Jerusalen, haremos suceder aquí, por contraposicion, las de la Meca y Medina.

La Meca, es una gran ciudad, situada en medio de las montañas de la Arabia en un desierto estéril. En ella no puede, ni entrar, ni aun poner el pié en sus cercanías, ninguno que no sea musulman. La principal mezquita de la ciudad se llama *Bethou'llah* (Casa de Dios), ó el *Haram* de la Meca, edificio que nada tiene de notable sino el Ka'aba que contiene; pues en otras capitales de oriente, hay mezquitas tan grandes, y aun mas bellas que esta. Segun la tradicion mahometana, en la Meca fué donde Adan y Eva, despues de su pecado y penitencia, obtuvieron de Dios su perdon. Dicen tambien, que en la Meca fué donde se estableció Ismael, hijo de Abrahan, cuando arrojado de la casa de su madre Agar, por los celos de Sara, tuvieron que huir, y que dió orígen á la tribu de los kovaichites, á la que pertenecia Mahoma. Abrahan, dicen los musulmanes, visitó allí muchas veces á su hijo querido, y elevó en su honor el templo de la Ka'aba, que los árabes ya venian á visitar, aun antes de aparecer su falso profeta. Este impostor, no quiso abolir tan respetada costumbre; antes por el contrario, ordenó como ley á todos sus sectarios el hacer, una vez en su vida, la peregrinacion á la Meca. El Ka'aba, así llamado, á causa de su forma cuadrada, tiene treinta y cuatro piés de alto, por veinte y siete de ancho. Se sube, por una escalera de madera portátil, á su única puerta, situada á la parte del norte, y que no se abre mas que tres veces al año, una para los hombres, otra para las mugeres, y la restante para asear el edificio. Esta puerta está revestida de plata, y con adornos dorados. Cada noche se colocan á su umbral algunas bugías encendidas y braserillos con perfumes. Al esterior, cerca de la puerta, y al ángulo nord-este de la

Ka'aba, se vé incrustada en la pared, la famosa *piedra negra*, con un gran marco de plata. La costumbre tan contínua de besar y tocar esta piedra, la ha pulimentado completamente, y aun disminuido en su superficie por algunas partes. Dicen los musulmanes, que el ángel Gabriel, trajo por sí mismo esa piedra á Abrahan, cuando edificaba este templo, y que ella, subiéndose y bajándose á voluntad de aquel, le servia de andamio, colocándose sobre ella, á fin de que no se hiciese agujero alguno en el muro. A la parte del oeste de la Ka'aba, y á dos piés, por bajo de la cúpula esterior del edificio, está el mizab ó gran canalon, de oro macizo, por el que sale toda el agua de la lluvia, que cae sobre el techo de la mezquita. En el centro de ella están señaladas las sepulturas de Ismael y de su madre Agar, con dos grandes losas de mármol verde, y los peregrinos creen hacer una obra meritoria, recitando allí algunas preces y prosternándose sobre ellas. Los cuatro muros de la Ka'aba están entapizados de kesua, especie de tela de seda negra, que se renueva todos los años, dejando solo en ella dos aberturas, una para la piedra negra y la otra al sud-este para otra piedra comun, que no sé porqué tienen devocion de tocar. Estas colgaduras contienen en su mismo tejido, varias oraciones y sentencias del mismo color de la tela, lo que las hace difíciles de leer. A sus dos tercios de altura, en una larga banda, se ven bordadas en oro, otras sentencias del Koran, y la conocida formula de la ley del islamismo: «No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.» La parte de colgadura que cubre la puerta, está bordada de plata. Desde la estincion de los califas de Bagdad, y caida de los sultanes mamelucos de Egipto, el Gran señor es el encargado de regalar todos los años esta tapicería al templo, que envia con la caravana del Cairo. Sobre el pavimento de mármol, alrededor de la Ka'aba, se alzan treinta y dos pilares de bronce dorado, ligados entre sí por barras de hierro, de cada una de las cuales penden siete lámparas, que se encienden diariamente al ponerse el sol. Mas allá de estos pilares, una como capilla contiene el *pozo de Zemzem*, el cual, segun la tradicion musulmana, encontró Agar en el desierto, en el momento en que su hijo Ismael se moria de sed. Los peregrinos beben con avidez de su agua, y se llevan botellas que la contienen. Otros varios departamentos de grandor y formas diferentes están destinados á los imanes que dirigen la oracion, ó contienen objetos, que por otras circunstancias, llevan consigo una supersticiosa veneracion. Todo lo hasta aquí referido, está encerrado y circunscrito en un espacio ó recinto, de doscientos cincuenta piés de longitud, y doscientos de anchura, rodeado por fuera de una columnata que sostiene pequeñas cúpulas, y se llama á este conjunto con el nombre genérico de Mezquita sagrada. Al ponerse el sol, dice Burckhardt, que en nuestros dias penetró en la Meca, así como Seetzen y Badía, se reune gran número de musulmanes, para la oracion del anochecer, y se prosternan, colocados en círculos, como alrededor de un centro comun, delante de la Ka'aba. La Meca es el único lugar del mundo en que el mahometano puede mas convenientemente dirigir su vista á todos los puntos del orizonte para hacer sus preces. Un iman se sitúa cerca de la puerta de la Ka'aba, y sus genuflexiones son imitadas por toda la multitud, que acude de los paises mas lejanos. Los peregrinos van tambien por devocion al monte Arafat, no muy distante de la Meca, y al valle de Mina.

La peregrinacion al sepulcro de Mahoma, es un acto meritorio: los musulmanes van á venerar esta tumba en Medina, situada en el gran desierto; cerca de la cadena de montañas que atraviesa la Arabia de norte á mediodía. Edificada esta ciudad en la parte mas baja de una vega, se halla rodeada de jardines y bosques de palmeras, mezclados con campos cultivados. Su principal mezquita, llamada *el Haram*, como la de la Meca, es mucho mas pequeña que aquella. El sepulcro del falso profeta, está al ángulo del mediodia, cercado de una reja de hierro pintada de verde, y tra-

bajada á la manera de la filigrana. Tiene entrelazada una inscripcion en letras de cobre, que el vulgo cree ser de oro. Entre esta reja y la tumba, está suspendido un dosel parecido al de la Ka'aba. Abubekre y Omar, los dos primeros sucesores de Mahoma, están sepultados cerca de él.

Al volver de la caravana, los peregrinos entran en posesion de los privilegios que el islamismo concede á los que han visitado los sagrados lugares de la Arabia. De todos estos privilegios, el mas apreciado por muchos, es la impunidad de cualquier crímen, por el que la justicia musulmana les hubiese condenado; la peregrinacion á la Meca les pone á cubierto de toda persecucion, y de criminales que eran antes, se convierten en hombres de bien. Pero no es solo al peregrino al que se le conceden exenciones; el camello que ha tenido la singular honra de llevar la ofrenda imperial, tiene tambien las suyas, que consisten en no ser tratado de alli adelante como un animal cualquiera; sino con toda la consideracion que se merece, el quedar ya espresamente consagrado á Mahoma Esto le exime de todo trabajo público, y del servicio de los hombres. Se le construye una especial cabaña para su morada, y allí, bien cuidado y mantenido, vive con sosiego el resto de sus dias.

Dejamos dicho que la caravana sale todos los años de Alepo y de Damasco. Los padres de Tierra santa poseen en esta última ciudad un monasterio, servido hoy dia por ocho franciscanos. Damasco ha tenido la gloria de ser reputada desde los primeros siglos, como la capital de la Siria, lo que tambien atestigua el profeta Isaias. A tres ilustres fundadores debe su antiguo orígen. El primero, Hus, hijo de Aran y nieto de Sem; el segundo Damascus, intendente ó mayordomo de la casa de Abrahan, que renovó la ciudad, y la dió su nombre, y el tercero, Coré, hijo de Esau, por el que recibió una nueva forma. Nabucodonosor que la conquistó y arruinó, no la reedificó en el mismo sitio antiguo, porque se encontraba muy dominada por las montañas; quiso mejor colocarla en el valle, que riegan el Barrady y sus ramificaciones. (1) « La situacion de Damasco, dice el P. Rouset, jesuita, es una de las mejores del mundo. Situada en una llanura, que no tiene mas pendiente que la precisa para que corran las aguas, estas son tan abundantes, que puede decirse que ninguna ciudad está mejor provista de ellas, que Damasco. Toda su vega está regada por la subdividida canalizacion del rio. Esta reparticion del agua en siete brazos ó separaciones, es una obra admirable del arte, por su solidez é ingeniosa manera de construccion, cuya verdadera época, aunque muy remota, nadie á punto fijo me la ha sabido señalar. Por medio de esta gran cantidad de agua que entra en la ciudad, cada casa tiene la suya en abundancia, tanto para los usos domésticos, como para los jardines y fuentes que adornan la parte interior y esterior de las habitaciones. Para conducir estas aguas á los diferentes cuarteles, ha sido necesario construir canales y viaductos subterráneos á costa de inmensas sumas. Estos viaductos son caminos cubiertos, por los que dos ó tres personas pueden andar de frente, y de una fábrica elegante y sólida. Los demás brazos del rio, que se reparten por la llanura, riegan infinidad de huertas que producen frutos variados, y en tanta cantidad, que puede

(1) La palabra *Damascus*, en hebreo *Dammosek*, significa, segun los intérpretes, *Saco de sangre*. Algunos sabios, ateniéndose á esta etimología, han pretendido esplicarla por una antigua tradicion, que dice haber sido fundada cerca del sitio en que Cain mató á su hermano Abel; pero esto no tiene apoyo alguno. Damasco fué capital de la Siria y la Fenicia, hasta que Seleuco Nicanor hizo edificar á Antioquia, trasladando á ella la corte. No cesó de ser tributaria de los judios, sino despues de la muerte de Salomon. Alejandro la conquistó. Pompeyo envió sus lugartenientes contra ella, los cuales la ocuparon y agregaron al imperio romano. El 636 de Jesucristo, fué invadida por los musulmanes, mandados por Omar, y los califas la poseyeron tranquilamente hasta que, atacada por los cristianos cruzados, en 1148, resistió varios asaltos, y al fin no pudieron tomarla. En 1306, Tamerlan la arrebató á los sarracenos, la arruinó y convirtió en cementerio. El sultan Selim, se apoderó de ella en 1517, y la dejó á sus sucesores. Ultimamente, Ibrahim-Bajá, hijo del virey de Egipto, la conquistó en julio de 1832, y hasta el dia pertenece al nuevo reino de Egipto. Tal es en compendio la historia de esta célebre ciudad, que por tantas vicisitudes ha pasado, y que ha sido teatro de tantos acontecimientos sagrados y profanos. (N. del Trad.)

asegurarse que no hay pais en el mundo que produzca mas, ni que sea mas delicioso.» Damasco tenia en lo antiguo un triple recinto de muros flanqueados por torreones muy próximos entre sí. Aquellos están casi arruinados, y estos, los que el tiempo ha librado de la destruccion, conservan aun sus almenas y parapetos. La ciudad forma casi un cuadrado perfecto, cuyos lados tendrán una media legua de longitud. De los muchos arrabales que antes habia, no queda sino uno, que se estiende de norte á occidente. Las casas no tienen vistas á la calle, y sí solo á los patios y jardines interiores, y su construccion es de madera. Todo lo mezquinas y de mala apariencia que manifiestan ser por su esterior, son bellas, cómodas y ricamente adornadas de pinturas, dorados, muebles y porcelanas, en su parte interior. Cada casa tiene su divan ó salon de recibo para las personas de fuera, ó donde los magistrados tienen su consejo y administran justicia (1). La mayor parte de las habitaciones, tienen sus jardines cercados de muros muy altos y poblados de árboles frutales. La gran calle mayor de Damasco, llamada en latin *Via recta*, (calle derecha) se estiende, desde la parte oriental, hasta la opuesta occidental, atravesando toda la poblacion, incluso el arrabal. Su longitud es de cerca de una legua. A derecha é izquierda, hay grandes tiendas ó bazares, donde se venden todas las riquezas y productos de toda especie, que las caravanas traen anualmente de Europa, Africa, Armenia, Persia y de las Indias. Las mezquitas son los mejores edificios de la ciudad, y se cuentan doscientas de estas, para una poblacion de ciento cuarenta mil almas. La mas bella de todas hoy dia, es la que fué antiguamente una célebre iglesia cristiana, dedicada á S. Zacarias, padre de S. Juan Bautista. Los damasquinos, dicen, que allí se conserva, en un plato de oro, la cabeza del santo profeta, que además está allí enterrado, y la dicha cabeza, segun ellos, está en una gruta interior. A la izquierda de la nave del centro, se vé como un pequeño aposento de madera, muy pintado y dorado con arabescos, y aquí dicen que está la tumba. La mezquita está precedida de un gran patio cerrado por galerías que le dan vuelta. Todas las diferentes partes de este edificio, están construidas con tal arte, que abiertas las grandes puertas, á un golpe de vista, se puede contemplar todo el interior de la mezquita. Entonces no pueden menos de causar admiracion el bello y simétrico órden de las columnas que sostienen la bóveda, así como el rico trabajo de los capiteles y cornisas, que corren por toda la nave con sus relieves y dorados. Los católicos, á la vista de este gran monumento, erigido en otro tiempo por la piadosa liberalidad de sus antepasados, recuerdan con lágrimas, que ese templó, en que antes resonaban nuestros cánticos sagrados, es hoy dia eco de las plegarias musulmanas (1).

Damasco nos interesa mucho por sus recuerdos religiosos. El cementerio de los cristianos, por fortuna aun se conserva en el propio sitio en que S. Pablo fué aterrado y precipitado de su caballo por la mano del Señor (2).

(1) Por esta razon, el ministerio ó gran consejo del Gran señor, se llama el *Divan*, como por imitacion, en las naciones europeas, se dice el *gabinete* de Madrid, de Paris, Lóndres, etc.

(1) El pueblo damasceno es el peor y el mas fanático del imperio turco. Tal vez, no contribuirá poco á este orgullo intolerante, la casualidad de haber pasado el miserable impostor y falso profeta Mahoma, una parte de su vida en esta ciudad de la Siria, primero en calidad de mayordomo de una rica viuda de un comerciante, con la cual al fin casó á los veinte y ocho años de su edad, teniendo ella ya sus cuarenta; y porque fué tambien allí, donde le dió la epilepsia, que aprovechó para suponer que eran éxtasis, empleados con el ar ángel Gabriel para suscitar su religion, cuya farsa comunicó primero á su muger, luego á su primo Alí, y hasta el número de nueve personas. (N. del Trad.)

(2) El antiguo camino de Jerusalen á Damasco se halla entre dos montes, ambos circulares en su base, subiendo hasta terminar en punta. Distan entre sí como unos cien piés. El mas inmediato á la carretera, se llama aun *Kaukac*, es decir, luz celestial ó astro luminoso. Dióscle este nombre por la brillante luz que circundó á S. Pablo. La otra montaña se llama *Medauar-el-Kaukac*, es decir, círculo de luz. En medio de esta montaña existe un antiguo monasterio, el cual no conserva mas que una cueva muy estrecha. Entre estas dos montañas, fué donde el hombre predestinado por Dios, para llevar su nombre á las naciones estrangeras, yendo por el camino de Damasco, le rodeó un resplandor de luz del cielo, y cayendo en tierra, oyó una voz que le decia: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* Él dijo: *¿Quién eres, Señor?* Y aquella: *Yo soy Jesus, á quien tú*

Cerca de la puerta oriental, en la calle mayor, está la casa que perteneció á un judío, llamado Judas, y donde se alojó el santo Apóstol despues de su conversion. En esta casa se vé una especie de celdilla ú aposento, que no tiene mas de cuatro piés de largo, y dos de ancho. La tradicion, cuenta, que encerrado allí S. Pablo, despues de pasar tres dias sin tomar alimento alguno, tuvo la admirable vision que él mismo describe en su segunda epístola á los corintios. Tambien fué en este mismo, que se puede llamar emparedamiento, donde recobró la vista por la imposicion de las manos del discípulo Ananias. Este discípulo, que habia recibido órden de Dios, de ir á buscar á Pablo, desde Tarsis, tenia su habitacion en aquella misma gran calle, cerca de una fuente, de donde tomó el agua para bautizar al Apóstol de los gentiles. Los cristianos de Damasco beben de esta agua por devocion, y se la llevan á sus casas. Sus antepasados habian erigido una pequeña iglesia en el sitio mismo en que estuvo la casa de Ananias, á cuarenta pasos de la de Judas. Actualmente está convertida en mezquita. Saliendo de Damasco, por la parte oriental, se vé una ventana ó especie de tronera en la muralla, por la cual los fieles de la ciudad, advertidos de que los judios querian matar á S. Pablo, le descolgaron por allí, metido en una canasta, facilitando la evasion un soldado cristiano, abisinio de nacion, que á instancias, y aun á precio de dinero de los mismos judíos, fué luego condenado á muerte por semejante accion, y mandada tapiar la ventana, porque era esta, segun aquellos, un testimonio público de su infidelidad, mientras que en el órden de la providencia, fué aquel acto por sí solo una prueba sensible de la proteccion divina sobre el Apóstol. Los cristianos pudieron recoger el cuerpo del soldado mártir, y le erigieron un sepulcro rodeado de una balaustrada que sostenia una pequeña cúpula que cubria la tumba, y tanto los cristianos, como, lo que es mas sorprendente, los infieles mismos, visitan este monumento con respeto. La gruta donde S. Pablo se refugió, libre ya de sus enemigos, está á poca distancia de la ciudad, cerca del cementerio de los cristianos, donde los franciscanos van á orar el dia de la conmemoracion de los difuntos. Al salir de la ciudad, se unen en procesion con los demás sacerdotes católicos de Damasco; se detienen un instante en el punto mismo desde el en que S. Pablo fué descolgado del muro, y en seguida se van al cementerio, á terminar el oficio del dia.

persigues: dura cosa es cocear contra el aguijon (Hechos de los apóstoles, cap. IX, 3, 4 y 5). Aturdido Pablo por esta reconvencion, y repuesto de su espanto, se retiró á la cueva que se acaba de decir, sin salir de ella, hasta que se fué á Damasco, en obedecimiento de la voz que le declaró lo que debia hacer. La tradicion del pais es, que algun tiempo despues, habiendo salido de la ciudad, vino á refugiarse á este mismo asilo de la cueva, para sustraerse á los furores de los judios. (N. del Trad.)

Los religiosos de Tierra santa están tambien establecidos en la isla de Chipre, una de las mayores del Mediterráneo, pues tiene doscientas veinte millas de longitud y cerca de seiscientas de circuito. Está atravesada de levante á poniente por una cadena de montañas, cuyo punto culminante, llamado monte de Santa Cruz y situado en el centro de la isla, manda á diferentes puntos sus cadenas ó ramificaciones secundarias, que forman los cabos mas salientes á lo largo de la costa. Las ciudades importantes que contiene la isla, son: Nicosia y Larnaka, puerto marítimo que mira á Egipto. En las residencias de los franciscanos que aquí existen, con sus grandes claustros medio derruidos, se ven grabadas por todas partes las armas de Jerusalen.

Tambien tienen convento en Rosetta los franciscanos, lo mismo que en el Cairo, en Alejandría y en Egipto, pais sobre el cual debemos dar algunos detalles.

CAPÍTULO XVII.

Monasterio de los franciscanos de la familia de Tierra santa en Egipto.

El Egipto está situado entre el mar Mediterráneo, al norte; el istmo de Suez y el

mar Rojo, al este; la Nubia, al sud; y los desiertos de la Arabia, al oeste. «Los griegos le han llamado, dice el P. Sicard, jesuita, ya *Aïguptos*, ya *Potamitis* ó *Metambolis*, nombres todos derivados de ser este pais regado por las aguas del Nilo, y abonada su tierra por el limo ó sedimento, que sobre ella deja. Casi todos los pueblos antiguos le conocieron, bajo la denominacion de *Tierra de Cham* hijo de Noé, espresion de que David se ha valido en los salmos, ó con el nombre de tierra de Mersraïm, hijo ó descendiente de Cham.»

Volney nos dá la siguiente descripcion del Egipto: «Alejandría, dice, por su posicion, fuera del Delta y por la naturaleza de su suelo, pertenece al desierto de Africa. Sus cercanías son una campiña de arena, estéril, sin árboles, ni mas produccion que la planta que dá la sosa, y una línea de palmeras, que sigue la corriente de las aguas del Nilo, por el Kalidji. Hasta llegar á Rosetta, puede decirse, que no se entra verdaderamente en Egipto. Aquí cesan ya las arenas, y se pasa á una tierra negra, grasa y ligera, que forma el carácter distintivo de la de este país, y entonces, por primera vez, se ven las aguas del Nilo, cuyo alveo está encajonado á bastante profundidad. Los bosques de palmeras que le bordean; los huertos y jardines que sus aguas riegan y fecundizan, y la gran variedad de árboles, que crecen en sus orillas, dan una especie de encanto particular á Rosetta, que se acrece á medida que se recuerda á Alejandría, y se compara con el mar que se deja. Lo que se encuentra mas allá del Cairo, contribuye á fortificar la idea. En este viage, que se hace remontando el rio, se comienza á tomar una idea general del terreno, del clima y de las producciones de esta célebre comarca. Se ven bosques, no muy espesos, de palmeras y de sicomoros, y algunas aldeas situadas sobre elevaciones ficticias. Todo este terreno guarda un nivel tan igual y tan bajo, que cuando se llega por mar, ya se divisa á tres leguas de la costa, el horizonte con las palmeras y la arena que las produce; de aquí, subiendo mas por el rio, se eleva este por una pendiente tan dulce, que no hace correr al agua mas de una legua por hora. En cuanto al cuadro de la campiña, este presenta poca variacion, siempre palmeras aisladas, ó reunidas, y mas escasas, á medida que se adelanta rio arriba, y una planicie sin limites, que segun las estaciones, ó es un mar de agua dulce, ó un pantano fangoso; un tapiz de verdura ó un campo de polvo, pero por todas partes, un horizonte lejano y vaporoso; por último, en la union de los dos brazos del rio, se comienzan á descubrir en el estío, las montañas del Cairo, y hácia el sur, inclinadas al oeste, tres grandes masas aisladas, que, por su forma, al punto se reconoce ser las pirámides. Desde este momento, se entra en un valle que sube hácia el mediodía, entre dos cadenas de montañas de altura paralela. La de oriente, que se estiende hasta el mar Rojo, merece el nombre de montaña por su brusca y rápida elevacion, y el de desierto, por su desnudo y salvage aspecto; pero la del poniente, que no es mas que una cresta de rocas cubiertas de arena, está muy bien definida, llamándola dique ó calzada natural. Para decirlo de una vez, y para representar al Egipto, no hay mas que figurarse; de una parte, un mar estrecho y grandes rocas; y de la otra, inmensas llanuras de arena, y en medio un rio que corre por un valle de doscientas diez leguas de largo, por ciento veinte de ancho, el que, al aproximarse á treinta leguas del mar, se divide en dos brazos, y subdivide luego en ramales, que corren, y en sus períodos, inundan á su placer un terreno llano, sin obstáculos y casi sin pendiente.

La historia de los egipcios está ligada, desde los tiempos mas remotos, á las de todos los grandes pueblos del Africa y del Asia; pero habiendo desaparecido para siempre, y sin esperanza de encontrarlos, los anales de la mayor parte de estas naciones, es preciso, limitándonos al Egipto, interrogar á sus monumentos escritos, cuya llave nos ha dado Champolion el

Jóven, al alzar el velo que cubria la naturaleza y mecanismo del sistema gráfico. Sabemos pues en la actualidad, que este sistema empleaba simultáneamente *signos de ideas* y *signos de sonidos*; que los caractéres phonéticos, del caracter mismo que nuestro alfabeto, formaban la parte mas considerable de los testos escritos, representando en ellos los sonidos y las articulaciones de palabras peculiares á la lengua, ó idioma que se hablaba; que la lengua egipcia antigua en nada se diferenciaba, esencialmente de la que hoy vulgarmente se llama copta; que las palabras escritas en caractéres geroglíficos, sobre los mas antiguos monumentos de Tebas, y en caracteres griegos, en los libros coptos, tienen un valor idéntico y no se diferencian casi, sino por la falta de ciertas vocales mediales, omitidas, segun el método oriental, en la ortografia primitiva; y bajo todas estas bases, los caractéres simbólicos se han hecho cada vez mas comprensibles con la ayuda de estas nociones, y se han podido afianzar las leyes de sus combinaciones, llegando hasta el punto de conocerse ya todas las formas y anotaciones gramaticales espresadas en los testigos egipcios.

El conocimiento del Egipto importa mucho para los estudios profanos. Tebas, la antigua ciudad real de las cien puertas, la *Diospolis magna*, de los griegos, situada en el alto Egipto, bajo las dinastías de los Faraones XVIII, XIX y XX, es decir, entre los años 1222 y 1300, antes de Jesucristo, tenia mas de treinta millas de circunferencia, y rebosaba en riquezas, de las que Cambises se apoderó, para embellecer con ellas los palacios de la Persia. Devastada mas tarde por Ptolomeo-Philometor, y destruida completamente el año 28, antes de Jesucristo, por Cornelio Galo, primer prefecto romano de Egipto, ya no se alzó mas de su caida, y no presentó desde entonces mas que ruinas, las mas antiguas y las mas sorprendentes que existen en el globo. Luqsor, Karnak, y Med-Amund, á la derecha del Nilo; Medynet-Abu, Gournak y otras miserables aldeas, á la izquierda, están esparcidas sobre su primitivo asiento. Limitándonos solo á hablar de las ruinas de Karnack, son un conjunto de palacios, templos, y otros grandiosos monumentos, que cubren ellos solos una superficie inmensa. El alma se empequeñece y se anonada, bajo el peso de la grandeza egipcia, y es preciso contemplar con el silencio de la admiracion y del pasmo, sus creaciones magestuosas. Pero no es solo como creaciones maravillosas del arte, como escitan el interés esas imponentes ruinas; llaman mas la atencion, considerándolas como archivos existentes de la historia de Egipto; pues los cuadros históricos, que ellas encierran, esculpidos en los palacios de Tebas, nos hacen presenciar, en cierto modo, como si á nuestra visita pasasen, aquellas grandes espediciones militares ejecutadas en Asia, en épocas remotísimas, de las que solo un recuerdo confuso nos han dejado los anales de los hombres, conservándonos además, los nombres propios y sucesion de los monarcas egipcios, autores de tan colosales empresas. Esos bajos-relieves presentan al propio tiempo á nuestra curiosidad, las denominaciones de los pueblos asiáticos, rivales del Egipto, en aquel antiguo mundo político, que la historia tenia ya abandonados hasta aquí á las poéticas ficciones de los mitos heróicos. Ellos nos suministran las mas exactas y precisas nociones, sobre las razas humanas á que pertenecian aquellas naciones, sobre su grado de civilizacion, y hasta de sus usos, costumbres, religion y mecanismo de su vida pública y privada. Esto se podrá juzgar mejor aun, examinando despacio las largas inscripciones esculpidas en las murallas de los palacios de los reyes, que contienen los mas circunstanciados detalles de las espediciones militares, y hasta el peso de las pedrerías, y de los diversos metales impuestos de contribucion al enemigo, y la enumeracion de todo lo que el pais conquistado debia entregar al vencedor. Además, el estudio de los monumentos y de los textos egipcios, que á ellos están adheridos, al presentarnos el estado político y religioso del viejo imperio de los Faraones, bajo su verdadero

punto de vista, nos conduce además al orígen de las primeras instituciones de la Grecia, y demuestra el orígen egipcio de una parte muy importante de los mitos y prácticas religiosas de los helenos, sobre los cuales nos quedaba tanta oscuridad é incertidumbre.

Pasando de la historia al arte, se reconoce en las galerías de Karnak, y en las catacumbas ó hypogeos de Beni-Hasan (*Speos Artemidos*), ejecutados por los egipcios, mucho antes del famoso sitio de Troya, el orígen evidente de la arquitectura dórica de los griegos, puesto que, examinando sin prevencion los bajos-relieves históricos de Tebas y de la Nubia, cualquiera se convencerá que las esculturas egipcias, fueron los primeros modelos del arte de los griegos. Estos, partiendo ya de ese principio, fueron poco á poco modificándole, y adoptando otro en que jamás pensaron los egipcios, que fué la obligada y exacta reproduccion de las mas bellas formas de la naturaleza, y alejándose así mas y mas de la sencillez primitiva, se fué elevando por sí mismo el arte griego, á una sublimidad, á que no han podido llegar los esfuerzos de los modernos. La interpretacion de los monumentos del Egipto, pone tambien en evidencia el orígen egipcio de las ciencias y de las principales doctrinas filosóficas de la Grecia. El platonismo y el pitagorismo salieron de los santuarios de Sais.

No menos importa el conocimiento del Egipto á los estudios de la Biblia. Los recuerdos del Antiguo Testamento, abundan en esta comarca hasta tal punto, que es curioso aplicar á ellos los descubrimientos de Champolion. Este sabio ha demostrado, que ningun monumento egipcio, aun el que se crea mas remoto, es realmente anterior al año 2,200, antes de la era cristiana, antigüedad grande sin duda; pero que lejos de contrariar en nada las tradiciones sagradas, las confirma en todos sus puntos. Con efecto, adoptando la cronologia y la sucesion de los reyes, que nos presentan los monumentos escritos del Egipto, es como se vé la concordia admirable de la historia de este pais, con los libros sagrados de Moisés. Así por ejemplo, Abrahan llegó á Egipto hácia el año 1,900, antes de Jesucristo, esto es, bajo la dinastía de los reyes Pastores, pues los soberanos de raza egipcia no hubieran permitido á un estrangero entrar en sus estados. Igualmente, bajo el reinado de uno de esos reyes Pastores, fué cuando José llegó á ser ministro é intendente general en Egipto, y estableció allí á sus hermanos, lo que tampoco hubiera podido tener lugar, bajo un príncipe indígena. El gefe de la dinastía de los Diospolitanos, que es la décima octava, es el *rey nuevo que no conocia José*, el de la Escritura santa; monarca ya de raza egipcia, que no debia ni tenia motivo para conocer José, ministro de reyes usurpadores, y este fué el que redujo á los hebreos á esclavitud. Esta cautividad, duró y fué seguida por casi todo el tiempo de la décima octava dinastía ya citada; y fué probablemente, bajo el reinado de Ramsés II, hácia la mitad del siglo XV, antes de Jesucristo, cuando Moisés libertó á los hebreos. Esto pasó en la adolescencia de Sesostris, que sucedió inmediatamente á su hermano, y que hizo sus conquistas en Asia, mientras que Moisés, conduciendo al pueblo de Israel, erraba durante cuarenta años por el desierto, por lo cual los libros sagrados no han debido hablar de este conquistador. Todos los demás reyes de Egipto, nombrados despues en la Biblia, se encuentran sobre los monumentos egipcios marcados en el mismo órden de sucesion, y en las mismas precisas épocas que la santa escritura los colocó, y Champolion, añade aun, que en la Biblia, están aun mucho mejor escritos los verdaderos nombres de estos soberanos, que como lo hicieron los historiadores griegos. Atrás dejamos dicho, que Serac saqueó á Jerusalen, bajo el reinado de Roboan, hijo de Salomon. El ilustre arqueólogo, que nos sirve de guia, buscó sobre los muros de Tebas el nombre de Sesac, ya reconocido en Paris por simples dibujos, y no solamente no tardó en encontrar el *cartucho* ó nombre encuadrado de este príncipe, escrito en muchos puntos en las columnas de los geroglíficos de las facha-

das del antiguo palacio de Karnak, sino que además, sobre estas mismas fachadas, distinguió un bajo-relieve, representando al Faraon vencedor, dibujado bajo una forma colosal, y teniendo encadenados á sus piés, á los reyes sometidos por él en sus lejanas espediciones. Los príncipes vencidos se ven en los bajos-relieves, colocados detrás de grandes escudos, que indican, por medio de geroglíficos phonéticos, los nombres de los paises donde estos mismos príncipes reinaban y sus diversas calificaciones. El escudo de uno de esos reyes, cuya figura es marcadamente judía, y bella por cierto, aunque con una mirada orgullosa y altanera, presenta clara y distintamente escrita en grandes geroglíficos, la calificacion de *Jeudah* (Juda) *Melek* (rey) colocada por encima de otro geroglífico de *pais montañoso*, símbolo que demuestra y quiere figurar las numerosas montañas en que abunda la Judea. De esta manera, el retrato de Roboam, reproducido en Egipto, en memoria y testimonio de su caida, atestigua aun, despues de tres mil años, este gran suceso bíblico. La lectura é interpretacion de los geroglíficos egipcios, es uno de los acontecimientos mas grandes de este siglo, tan fecundo sin embargo en sorprendentes revoluciones, porque era imposible el prever los grandes secretos que la muerte tenia reservados, y cuyo descubrimiento la ha sido arrancado puede decirse á la fuerza.

El Egipto ha sido uno de los principales teatros del poder de Dios y de su inmediata accion sobre los hombres. Los incrédulos restos de la filosofía burlona y enciclopedista del siglo XVIII, se verian ahora confundidos, si se les presentase como descubierta, y claramente referida, la historia de los sucesos que menciona la sagrada Biblia, bajo el nombre de las *diez plagas de Egipto*, y nada podrian oponer tampoco al testimonio de los escritores egipcios, que contasen con todos sus detalles el desastre de Faraon, en el mar Rojo. Todo esto debe haber sido escrito, como lo han sido otras cosas, y estos documentos existen probablemente aun, y si existen, estamos ya á punto de conocerlos y palparlos. En el siglo pasado, se ha querido hacer hablar á la ciencia contra Dios, y hé aquí, que en el presente, Dios suscita testigos de sus verdades en todas las partes del mundo, y que devolviendo por decirlo así la vida á los cadáveres, les obliga á su pesar á que vengan á deponer de su veracidad: manifestacion nueva de su misericordia, así como de su poder, que nos presagia una época venidera, en la que las inteligencias todas se reunirán por el lazo comun de la fé.

Los mas tiernos y notables recuerdos del Nuevo Testamento, se refieren tambien al Egipto, así como los del Antiguo. On, la ciudad del sol, cuyo nombre fué cambiado despues en el de Heliópolis, bajo los reyes griegos, sucesores de Alejandro, fué la patria de Asenet, hija de Putifar, sacerdote del sol, que casó con el patriarca José. Los judíos refugiados allí, cuando la persecucion de Antíoco Epifanes, obtuvieron de Ptolomeo-Philometor, el permiso de elevar al verdadero Dios un templo, que duró y estuvo abierto hasta los tiempos de Tito y Vespasiano. Pero sobre esto, para la consideracion y respeto de los cristianos, es sobre todo célebre Heliópolis, por la residencia que allí tuvo la Santa familia, cuando la crueldad de Herodes la obligó á huir de la Judea. On, hoy dia *Mataryeh*, es una poblacion pequeña, que está á una legua y media del Cairo. Allí se vé, en medio de un vasto jardin, ó mejor dicho, de un bosque de naranjos, un sicomoro, bajo cuya sombra el niño Jesus, Maria y José descansaron. Algunas ramas de las mas considerables, parecen haber sido injertas sobre su enorme tronco, que tiene mas de seis brazas de circunferencia. A cincuenta pasos de este árbol hospitalario, Dios hizo brotar milagrosamente un manantial para apagar la sed del divino Infante, Maria y su esposo José, y por esto se llama hoy *Fuente de la Virgen*; su agua es fina, dulce y agradable, al paso que la de los demás manantiales es muy gruesa y de mal gusto. La Santa familia, despues de su descanso bajo el dichoso sicomoro, se dirigió hácia Memphis,

segunda córte ó residencia de los Faraones, edificada sobre la orilla izquierda del Nilo, y cuyos restos se encuentran entre las miserables aldeas de Bedrecheim, Mit-Rahineh y Menf. Cambises habia ya destruido la mayor parte de sus edificios, pero su total desaparicion se debe á los musulmanes en el año 640 de la era cristiana. Sin entrar en Memphis, dejándola á la izquierda, la Sagrada familia se detuvo, y fijó su residencia en el sitio donde está hoy el Viejo Cairo. Semíramis, á fin de tener siempre en jaque á Menphis, mandó construir sobre la orilla derecha del Nilo, una fuerte ciudadela, que guarneció con soldados babilonios, de donde tomó el nombre de Babylone aquella fortaleza. Los babilonios que quedaron permaneciendo en Egipto despues de la conquista de Cambises, se establecieron en la antigua Leté, y como Leté, al estenderse, se encontró muy pronto comprendida en el mismo recinto que la ciudadela antes citada, el nombre de Babylone quedó comun para Leté y para la fortaleza. Hoy dia se aplica la denominacion de Viejo Cairo á este sitio, en el que permaneció viviendo la Santa familia, hasta la muerte de Herodes. Su morada está incluida dentro del área del monasterio de San Sergio, llamado por otro nombre *Deir-el-Nassara*, y cuyos muros, por su elevacion y espesor, recuerdan los de un castillo de la edad media. En el interior, la iglesia es pequeña, pobre, y sin mas adornos que algunas lámparas de barro ó madera, suspendidas á la bóveda por una cuerda. A cada lado del altar mayor, hay una escalera de doce gradas, por la que se desciende á una gruta subterránea, de veinte piés de larga por doce de ancha. Allí seguramente habitaron Jesus, Maria y José. Por bajo del altar de esta capilla, se vé un cuadro muy antiguo, que representa la Santa familia, sobre la orilla izquierda del Nilo. Este cuadro, sirve de puerta de entrada á una segunda gruta mas pequeña, á la que los religiosos dan el nombre de *horno*, porque tiene en cierto modo la forma de tal, y tambien hacia parte de tan humilde asilo. El P. Sicard, jesuita, habla tambien de la capilla subterránea de San Serapio, y dice: «La tradicion antigua y constante del pais, es que aquí estuvo la morada, en que Jesucristo, Ntra. Sra. y S. José, habitaron todo el tiempo que estuvieron en Egipto, para ponerse á cubierto de la persecucion de Herodes, y así todos los cristianos acuden á visitarla con devocion. Esta iglesia está en poder de los religiosos franciscanos de Jerusalen» Segun Mr. Pousson, lazarista, hoy pertenece á los coptos hereges, pero los PP. de Tierra santa, han conservado el derecho de poder celebrar la misa en la gruta.

En el año 60 de Jesucristo, S. Marcos Evangelista, vino á Egipto enviado por el príncipe de los apóstoles, á predicar la religion cristiana, y fundó la primera de las iglesias patriarcales en Alejandría, que en aquella época era la segunda ciudad del universo. El comercio grande que allí habia, y cuyas ganancias atraian á los escitas, bactrianos, persas, indios, etc., habia hecho de su inmensa poblacion, que constaba de mas de setecientas mil almas, una monstruosa mezcla de todos los errores, y de todas las supersticiones. Pero bien pronto se formó allí una célebre escuela cristiana, que ilustraron los Pantenos, los Clementes, y los Orígenes, contra la cual no podia entrar en lucha la pagana. «El patriarcado de Alejandría, dice el P. Sicard, jesuita, comprendia siete metrópolis, y cerca de ochenta obispados, en el Egipto solo, porque las provincias Pentapolimina, la Libia segunda, la Nubia y la Abisinia, se comprendian tambien bajo este patriarcado. Aunque el tiempo por un lado, y la devastacion musulmana por otro, hayan destruido la mayor parte de estas ciudades episcopales, ó reducídolas á miserables villorrios, se puede muy fácilmente, en medio de ese caos, descubrir el nombre y situacion de cada sede, y distinguir el departamento de cada metrópoli. Los bellos monumentos del cristianismo que aun nos quedan en Egipto, se reducen á ochenta monasterios enteros, y mejor ó peor conservados.

Los que pertenecian á la Tebaida, que hacian un paraiso terrestre de aquellos inmensos desiertos, existen en su mayor parte, así como los de Scete, Tabienne, y Sinaí, y ocupan poco mas ó menos el propio lugar que los antiguos. Entre estos asilos de anacoretas, que en su tiempo fueron la admiracion del mundo, los mas notables son los de San Antonio, en el desierto; de San Antonio, sobre el Nilo; de San Pablo, primer ermitaño; de San Macario, de los siros, y de los griegos; de San Pacomio, San Arsenio, San Paese, en Sceta; de San Paese, en la Tebaida; de San Ennodio; del abad Hor, del abad Pithynon, del abad Apolon; el de la Pulla, sobre el Nilo; de Antinoe, de la Cruz, de los Mártires, del Pronóstico, de San Juan, en Egipto; de San Paphnucio, de San Damian de Sinaí, y de Raïta, etc. »

Dioscoro, patriarca de Alejandria, al declararse protector de Eutiques, arrastró casi todo el Egipto á su heregia, consumando esta obra de perdicion, el monge Jacobo, por sobre-nombre Zanzalo, que la arraigó mas, y propagó, tanto en Egipto como en Siria. Este Jacobo, consagrado secretamente arzobispo, á su vez luego, ordenó muchos obispos, y su nombre cobró tal reputacion, y fué tan respetado por los eutiquianos de Egipto y Siria, que cambiaron el dictado de su secta, por el de *Jacobitas*, dando en cambio á los católicos romanos, el de *Melkitas*, que significa *Realistas*, de la palabra *Melk*, rey. Como luego despues, los emperadores griegos, esceptuando muy pocos, emplearon su autoridad en hacer que se adoptasen y recibiesen por los disidentes las decisiones del concilio de Calcedonia, de aquí provino que los que les obedecian y seguian la misma fé que aquellos príncipes, fueron denominados realistas. En cuanto á los *Jacobitas*, su nombre, corrompido despues por los mahometanos, se fué alterando, y acabaron por llamarse *Coptos*, como se dicen hoy dia, contraccion de su primitivo nombre.

La heregía naturalmente, cuando la autoridad la es contraria, conduce inmediatamente á la rebelion, y así los Jacobitas, despues de haber fatigado á los emperadores católicos con sus frecuentes sediciones y levantamientos, debilitando así la fuerza contra el enemigo comun, facilitaron á los musulmanes la conquista del Egipto. Mahoma, hábil político, recomendó á sus sectarios, el que sostuviesen una activa correspondencia con los Jacobitas egipcios. Estos suscribieron á las miras de aquel falso profeta, y recogieron el fruto de su obediencia; porque despues que el califa Omar sometió á su yugo la Siria, su lugarteniente Amru, atacó el Egipto. En seguida, se apoderó de la Babilonia egipcia, y trasformándola, hizo de ella una ciudad nueva á la que llamó *Fostat* (pabellon), y cerca de la cual, Djawar, general del califa Moezz-Ledin-Allah, echó, en 969, los cimientos de Al-Kairah, (la Victoriosa), ciudad nueva, que hoy se denomina el Cairo. La Babilonia antigua, ó séase *Fostat*, ó el viejo Cairo, que los árabes llaman tambien Bulak, se cree fué reconstruida desde el primer siglo de la Egira, así como los dos puertos de Al-Kahirah, ó el Cairo propiamente dicho. Estas tres partes distintas, cuya área toda comprendia la antigua y famosa Babilonia, están distantes unas de otras como una media legua. El Cairo está al norte de Bulak, y el viejo Cairo, al este. Amru, prosiguiendo sus conquistas, se apoderó de Alejandria, el 642, y la posesion de esta capital, le hizo en breve dueño de todo el reino. A los ruegos del célebre Juan el Gramático, estuvo para perdonar de la destruccion á la célebre biblioteca de Alejandria, pero consultando sobre ello al califa, este le dió aquella contestacion célebre: « Si todos esos libros no contienen mas que lo que dice el Coran, son inútiles; y si contienen otra cosa, son peligrosos; y así, que se quemen todos. » Efectivamente, todo aquel inmenso depósito de ciencia, reunido despues de tantos siglos, y que se elevaba, dicen, á mas de 7000 volúmenes, por espacio de seis meses, sirvió para calentar los hornos y los baños públicos, que-

dando reducidos á cenizas, glorioso resultado de la traicion de los Jacobitas.

El califa pidió á su lugar-teniente una descripcion del estenso y rico pais que acababa de someter, para que él, sin verle, pudiese formarse de él una idea aproximada, y Amru le contestó, con una reseña, que es curioso reproducir, tal cual la refiere Volney: «¡Oh, Príncipe de los creyentes! Imaginaos un desierto árido, y una campiña magnífica, en medio de dos montañas, de las cuales, la una tiene la forma de una colina de arena, y la otra, la de un vientre de un caballo flaco, ó el cuello de un camello: hé aquí el Egipto. Todas sus producciones y sus riquezas, le vienen de un rio bendito, que corre con magestad por sus tierras. El período de la subida y del descenso de sus aguas, es tan fijo, como el curso del sol y de la luna. Hay una época marcada en el año, en la que todas las corrientes de agua del universo, afluyen á este rey de los rios con el tributo que la providencia les ha asignado para él, y entonces, su creciente se aumenta, se desborda, y cubre toda la superficie del Egipto, para dejar sobre la tierra un fango que es su mas productor abono. No hay mas comunicacion de un punto á otro, que la que proporcionan ligeros barcos, tan numerosos como las hojas de una palmera. Cuando llega el momento en que las aguas dejan de ser necesarias para fertilizar la tierra, este dócil rio entra en su antiguo cáuce y límites, que el destino le ha prefijado, para dejar á los hombres que recojan libremente el tesoro de abundancia que ha dejado oculto en las entrañas de la tierra. Un pueblo protegido del cielo, y que como la abeja, no parece destinado sino á trabajar para otros, sin aprovecharse él mismo del fruto de sus sudores, remueve ligeramente la tierra ya naturalmente preparada, arroja en ella la semilla, y espera tranquilo su desarrollo; ¡beneficio de aquel sér que hace germinar y crecer las plantas! De esta manera, ¡oh, príncipe de los creyentes! el Egipto presenta á la vez la imágen de un desierto estéril y arenoso; de un plano líquido plateado; de un pantano fangoso y negruzco, y de una amenísima pradera verde como una alfombra; de un parterre lleno de flores variadas y de colores vivos, ó de un sembrado cubierto de mies espesa y frondosa. ¡Bendito sea el Criador de tantas maravillas! Tres cosas, príncipe de los creyentes, contribuirian esencialmente á la prosperidad del Egipto, y á la felicidad de sus dichosos moradores; la primera, el no agravarles mucho con impuestos ni exacciones arbitrarias, hijas de la codicia; la segunda, emplear á lo menos la tercera parte del producto de los tributos que se le impongan, en la conservacion de los canales, puentes, y diques, y la tercera, no imponer contribucion alguna que no sea en especie, sobre los frutos que la tierra produce. Salud.»

Los consejos de moderacion que con tanto acierto Amru dió al califa, no fueron seguidos por sus sucesores en el mando del Egipto; de aquí, el progresivo estado de degradacion y de desgracia á que ha llegado, bajo la dominacion musulmana, ese pais antes tan rico y floreciente, nuevo y justo castigo de la traicion de los sectarios cismáticos y hereges, que hicieron causa comun con los infieles.

Benjamin, pseudo-patriarca de Alejandría, á quien el emperador Heraclio habia desterrado, volvió á aprovecharse del favor y proteccion de los conquistadores; pero esta proteccion, como comprada por la traicion, no pudo ser duradera. Con efecto, apenas habia transcurrido un medio siglo, y ya los musulmanes hicieron caer el peso de su yugo sobre los jacobitas. Cada vez mas oprimidos y vejados, á mediados del siglo IX, se sometieron vergonzosamente estos sectarios de Eutiques á la práctica de la circuncision, ú obligados por la fuerza, para obedecer á sus tiranos, ó voluntariamente, para ayudarles por una criminal política de condescendencia. De ésta manera, viéndose ya en adelante confundidos en cierto modo con los mahometanos y los judíos, dice el P. Bernat, jesuita, para distinguirse de unos y otros, se marcan sobre la piel del bra-

zo una cruz, picándose con una aguja, y echando sobre las picaduras polvo de carbon, lo cual hace que la marca jamás pueda borrarse, y la cual enseñan, para demostrar que son cristianos. Algunos sabios hacen derivar la palabra coptos, del verbo griego, que significa *cortar*, queriendo entender con esto, que este nombre les proviene á esos sectarios de la circuncision á que se sujetaron; pero el orígen que mas arriba hemos dado á esa palabra, es el mas verosímil, tanto mas, cuanto que el nombre de *coptos* es mucho mas antiguo que la época en que los cismáticos ó hereges eutiquianos adoptaron la circuncision.

El error mas propio y peculiar de estos hereges antiguos y modernos, que es comun á los armenios, á los jacobitas de Siria, á los coptos de Egipto, y á los etíopes, consiste en negar que hay dos naturalezas en Jesucristo, y en sostener además, que las dos naturalezas, desde su union, ya no forman mas que una, y que multiplicar las naturalezas, para ellos, es como multiplicar las personas, que era el error de Nestorio. Aunque sus doctores se han dedicado, y han hecho lo posible para ocultar este error de fé, contrario al dogma cristiano, ellos mismos se contradicen y se descubren á las claras por su terquedad en venerar á Dioscoro como á un santo; en condenar al papa S. Leon y al concilio de Calcedonia, en el que se anatematizó la doctrina de Eutiques, y en desechar absolutamente la espresion católica de las dos naturalezas de Jesucristo. En lo demás, los jacobitas están fuertemente adheridos á los dogmas y santas prácticas que la iglesia católica cree y defiende contra los demás hereges, y asi, ellos creen la presencia real del cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía, y la adoracion de este sacramento; la devocion á la madre de Dios, que llevan al punto que se puede llevar; el culto de los santos; la veneracion de las imágenes; la necesidad de la confesion secreta y detallada de los pecados; el purgatorio, si bien mezclan en este último dogma algunas fábulas, pero conservando el fondo de la creencia; convienen en que los siete sacramentos fueron instituidos por Jesucristo, y de ellos conservan tambien la materia y formas esenciales, y únicamente hay disputa entre ellos y los misioneros católicos, respecto al vino que emplean para la consagracion, que está sacado de uvas pasas, no tan secas, y algo mayores, que las que se comen en Europa, las cuales meten en agua para que se ablanden y embeban, y espuestas al sol, las prensan en seguida, y el jugo que destilan, despues de reposado, es el vino que consagran. Un respeto mal entendido, y el temor de una profanacion, ha hecho cesar entre ellos la costumbre que se observa, no solamente en la iglesia romana, sino entre todas las demás diferentes comuniones de los cristianos de Oriente, de guardar y conservar la sagrada Eucaristía en los sagrarios de las iglesias, porque dicen, « que una culebra halló una vez, por descuido, ocasion de comerse el pan eucarístico, sobre cuyo estraño acontecimiento, consultado el patriarca, dispuso que el reptil fuese muerto y dividido en pedazos, y que cada uno de los sacerdotes, que habian consagrado aquel pan, comiese uno de aquellos trozos; de cuyas resultas, como el animal era venenoso, murieron todos, y desde entonces, los demás no han querido esponerse á un riesgo semejante. » Han mezclado además otros abusos en la práctica de los sacramentos, y el mas considerable y peligroso, es la dilacion ó aplazamiento del bautismo. Ellos no bautizan jamás fuera de la iglesia, y si el niño está en peligro próximo de muerte, de manera, que no pueda llegar á ser bautizado en el templo, creen suplir el bautismo con ciertas unciones; además, á los varones recien nacidos no los bautizan hasta los cuarenta dias, y á las hembras, hasta pasados los ochenta, y á veces dilatan aun mas este sacramento. Tambien mencionaremos una costumbre introducida aqui en recuerdo del bautismo de Jesucristo. Los coptos tienen, en las mas de sus iglesias, unas grandes pilas ó de-

pósitos, que llenan el dia de la Epifania; el sacerdote la bendice, y mete allí á los niños, y muchos adultos tambien entran dentro del agua, contentándose algunos con lavarse las manos y la cara. En el campo, y á las orillas del Nilo, la bendicion de las aguas, se hace desde la misma orilla; el pueblo se baña en seguida, y algunos mahometanos hacen lo propio, á imitacion de los cristianos.

«Los coptos dice el P. Duvernat, jesuita, así como todos los cristianos del oriente, son grandes observadores del ayuno, guardando cuatro cuaresmas al año. La primera, que llaman la gran cuaresma, es la misma que la nuestra, en cuanto á la época; pero el ayuno es mas largo y riguroso que el nuestro, porque es de cincuenta dias, comenzando desde el lunes de sexagésima. Como los sábados, escepto el de la víspera de Pascua, y los domingos no es dia de ayuno para los coptos, estos cincuenta dias de su gran cuaresma quedan reducidos á cuarenta de ayuno. Durante este tiempo, les están prohibidos la carne, el pescado, huevos y leche, constituyendo todo su alimento las legumbres. Además, están sin comer, beber, y lo que les es mas dificil, sin fumar, hasta despues del oficio divino, ú hora de nona, es decir, tres horas despues de medio dia; pero en el Bajo Egipto, por condescendencia, aquel se adelanta y concluye á la una y media. A esta hora, cada uno come, bebe y fuma á discrecion, mas la costumbre ordinaria es el hacer en seguida una colacion ligera y reservarse para otra comida mas amplia al ponerse el sol. A las dos de la noche se entiende que principia el ayuno para el dia siguiente. La segunda cuaresma es de cuarenta y tres dias para el clero, y de veinte y tres solamente para los demás fieles, y es en la época de adviento. La tercera, tambien desigual para eclesiásticos y seglares, pues para estos, no es mas que de trece dias, es antes de la fiesta de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, y el clero la comienza desde la víspera de la semana de Pentecostés, y así varía de duracion segun la Pascua cae mas ó menos avanzada. La cuarta cuaresma, es antes de la fiesta de la Asuncion de la Santa Virgen y es de quince dias. Hay además otra pequeña cuaresma de tres dias, que precede á la grande, en memoria de los tres que Jonás estuvo en el vientre de la ballena.

«En todas estas cuaresmas, por decirlo así estraordinarias, no hay la misma regularidad que en la de antes de Pascua, porque además de que en estas, el pescado es permitido, no hay hora fija para las comidas, y la costumbre ha hecho que toda la privacion se reduzca, á lo que nosotros llamamos abstinencia, comprendiendo sí en ella los huevos y la leche Sin embargo, la mayor parte ayunan de una manera muy austera en la cuaresma de la Asuncion, privándose del pescado y contentandose con pan, lentejas y algunas frutas. Muchos, por devocion, la anticipan y la hacen de veinte dias, de treinta, etc. Los coptos guardan la antigua costumbre de ayunar los miércoles y viernes, es decir, guardar abstinencia como en las pequeñas cuaresmas.

«Por último no hay entre ellos edad fijada para comenzar á ayunar, y los niños, así que tienen resistencia para soportar el ayuno, están á él sometidos, como los adultos. Unicamente se dispensa este precepto en las enfermedades, y eso cuando absolutamente no se pueda prescindir por otro punto. No se puede esplicar hasta qué grado encarecen los orientales sus ayunos y cuaresmas.

«Jamás ayunan ningun sábado, y si las grandes fiestas, como las de Navidad, Epifania, S. Pedro y S. Pablo, la Asuncion, etc., caen en domingo, sus vísperas no se ayunan.

«Respecto á la sangre de los animales, y carne de los que han sido ahogados ó sofocados, se abstienen de ella, como los judíos, los unos, sin mas razon que así lo han visto practicar desde su infancia, otros porque reputan este alimento mal sano, y otros, por creer, que el precepto de los apóstoles que se refiere en el capítulo XV de los Actos (v. 28 y 29), se estiende hasta el tiempo presente.»

El clero copto está compuesto de un patriarca, con el título de patriarca de Alejandría, aunque tenga su residencia en el Cairo; de once ó doce obispos, y de muchos sacerdotes, diáconos, clero inferior, etc., añadiendo á esto las comunidades de los célebres monasterios de San Antonio, San Pablo y San Macario. Despues de la muerte del patriarca, los obispos, los sacerdotes y los principales de la nacion, se reunen en el Cairo para darle sucesor, y como el que obtenga esta dignidad, es preciso que guarde una completa castidad, se escoge entre los monges. Si hay discordancia en la eleccion, en términos que haya dos ó mas que tengan una igual mayoría de votos, los nombres de estos, que hayan obtenido estas mayorías, se ponen mezclados bajo el ara de un altar, en el que por tres dias se celebra misa, pidiendo á Dios haga conocer el mas digno para ser elevado á la cátedra de San Márcos. Pasados los tres dias, un niño de los ordenados, saca una de las cédulas, y el monge en ella designado es el declarado patriarca. Se le vá en seguida á buscar al monasterio donde reside, y despues de haber sido instalado en su dignidad en el Cairo, se le traslada á Alejandría, y coloca en la cátedra de San Márcos. Por lo comun, hay mucha resistencia por su parte, en el monge que se elige para dejar su desierto, y aceptar la dignidad patriarcal.

Los coptos han conservado los obispos, pero en pequeño número, y en cuanto á sus facultades, apenas conservan mas que el nombre de tales. Los obispos están en una estrema dependencia del patriarca, que los elige á su gusto, y si nombra á uno que ha estado casado, queda por esto obligado á la continencia en adelante, sin que por eso se entienda disuelto el matrimonio. En las provincias, estos dignatarios de la iglesia, tan caracterizados en la latina, son una especie de recaudadores del diezmo, destinado para el sostenimiento del patriarca, y cada uno sabe lo que ha de cobrar. El obispo de Jerusalen, cuando ocurre vacante, es el administrador del patriarcado. Este reside igualmente en el Cairo, porque hay pocos coptos en Jerusalen, y se contenta con presentarse en la ciudad santa una vez al año, y celebrar allí los santos misterios.

Los simples sacerdotes pueden ser casados, y no están obligados á guardar la continencia; sin embargo, hay algunos entre aquellos, que ni lo han sido ni lo son. Los sacerdotes coptos casados, no demuestran mucho entusiasmo por su esposa, y á veces hay que obligarlos á que la reciban en su casa. Este alejamiento de sus mugeres, se le inspira el temor de la pobreza. Como generalmente los sacerdotes se sacan de la parte del pueblo, que no subsiste sino de su trabajo, creen que su nuevo ministerio les absorverá mucha parte del tiempo que necesitarian emplear en otra cosa, para el sosten de la familia, tanto mas, cuanto que la iglesia apenas les dá nada por su cargo.

Por esto podrá cualquiera formarse una idea de la ilustracion del sacerdocio copto, sacado de hombres que dejan un oficio á la edad de trienta años, para ser, sin otra instruccion, ministros de Jesucristo. Como sepan leer el copto, esto basta para ordenarles de sacerdotes, porque el oficio divino se hace en esa lengua que casi ninguno de ellos la entiende. De aquí procede, que en los misales, el árabe está en la misma hoja, al lado del copto, y las epístolas y evangelios de la misa se leen tambien en árabe. La necesidad les obliga luego á volverse á ocupar en su antiguo oficio, y siguen en su trabajo, y mejor aun, si les es posible, no esponerse durante él á la vista del público, y hay algunos que no tienen inconveniente en mostrarse sin reserva alguna en su taller, escusándose con que S. Pablo recomienda el trabajo manual á los sacerdotes; pero no piensan, al mismo tiempo, en otras consideraciones de decencia, que estos sacerdotes se dispensan á sí mismos de guardar. Hay entre estos muchos, sin embargo, que esclusivamente se emplean en la instruccion de niños, á los que enseñan

á leer en árabe, y en copto, si pueden. y les hacen aprender el catecismo; pero ninguno sabe anunciar públicamente la palabra de Dios, ya sea por incapacidad, ó ya por timidez; jamás se les vé en el púlpito, y así no hay mas predicadores en Egipto, que los misioneros.

Apesar de ser tan escaso el mérito y darse tan poca dignidad, los sacerdotes coptos son generalmente respetados, y las personas mas distinguidas de la nacion se inclinan al encontrarles, les besan la mano, y les ruegan la pongan sobre su cabeza. Aunque los sacerdotes son escogidos de la clase de artesanos, no quiere decir esto que de un lego ó seglar se haga de repente un sacerdote. Antes del presbiterado, se les confiere el órden de diáconos, lo que algunas veces se hace á niños de seis á ocho años, y como estos están obligados á asistir á la celebracion de la misa, estos pequeños diáconos están siempre dispuestos á eso, y otros servicios que prestan á la iglesia, mientras que los grandes se ocupan en ganar su vida.

Los coptos, así como los griegos, no reconocen mas órdenes sagradas, que el episcopado, el sacerdocio y el diaconado. Los subdiáconos no entran en el santuario, y se están á la puerta, cuando leen las profecías y las epístolas; de aquí viene, el que á estos se les llame comunmente diáconos epistolarios, á diferencia de los otros que se dicen diáconos evangelistas. De las restantes órdenes menores que reconoce la iglesia latina, los coptos no tienen mas que la de lector. De todos modos, la iglesia copta tiene eso de edificante, y es, que el órden gerárquico se conserva perfectamente en ella. Los obispos están sometidos al patriarca, y los sacerdotes á los obispos. El cisma no ha podido hacer borrar enteramente el respeto á la iglesia romana. El patriarca se gloría de ser sucesor de S. Márcos; reconoce que el papa es el sucesor de S. Pedro, y anualmente solemnizan los coptos una fiesta de la superioridad de S. Pedro, sobre los demás apóstoles. Toda la nacion honra al sacerdocio, y la autoridad del patriarca es tan grande y respetada, que él por sí, termina todos los asuntos eclesiásticos.

Los monasterios se llenan de monjes, que renuncian quizá por afeccion á los bienes y goces de la tierra; pero de hecho, los que allí entran, á poco ó nada tienen que renunciar. Los monasterios de religiosas, propiamente hablando, no son sino hospicios, ó especies de retiros para mugeres pobres, viudas la mayor parte, que no tienen con qué subsistir en su casa. Todos estos monasterios no tienen mas fondos que las limosnas de los fieles; pero estas son mayores de lo que corresponde á la condicion y estado de los que las hacen, y por otro lado, la vida es muy frugal en los monasterios, y acarrea poco gasto.

A estos detalles sobre los coptos, añadiremos algunas palabras sobre los melquitas. Los primeros pretenden injuriar á los segundos, apellidándoles con ese nombre, que significa que estos no tienen mas religion que la del príncipe que les manda. Los melquitas están enteramente adheridos por la doctrina y por los ritos á la religion de los griegos, cuya lengua usan en el oficio divino. Su especial patriarca, con el título de patriarca de Alejandría, reside en el Cairo, donde no tienen además ningun otro obispo. Únicamente, como ellos poseen el célebre monasterio de la Transfiguracion, en el monte Sinaí, el abad de esta casa tiene el título de arzobispo, y se cree independiente del patriarca.

Los coptos se anuncian en el Egipto, como los indígenas del pais, descendientes de los antiguos egipcios, que tuvieron por reyes á esas séries de Faraones, y que en adelante, sufrieron el yugo de los persas, griegos y romanos, de los emperadores de Constantinopla, y últimamente de los musulmanes; pero lo mismo hay egipcios de pura raza entre los melquitas, que hay griegos de puro orígen entre los coptos. Porque verdaderamente, no puede admitirse, que en la agitacion en que el Egipto se encontraba despues del concilio

de Calcedonia, todos los griegos precisamente, y sin escepcion, se declarasen á favor del concilio, y los egipcios solos, en contra. Esta unanimidad de los griegos en Egipto, seria tanto mas admirable, cuanto que en las demás provincias del imperio, y aun en la Grecia misma, no habia acuerdo entre ellos. Los primeros patriarcas jacobitas, así como sus mas entendidos doctores, fueron griegos, y la historia no nos presenta el mas ligero vestigio, de esta pretendida division, entre el modo de pensar de ambas naciones. Por lo tanto, la distincion entre melquitas y coptos debe referirse, no á la diversidad de orígen, sino á la de los sentimientos y creencias; y el nombre de coptos, así como el de melquitas, no es mas que un nombre de secta, sin diferencia de razas.

Así pues, los PP. de Tierra santa, párrocos natos de todos los europeos católicos, que residen en Egipto, se encuentran establecidos en Damieta, Rossetta, Alejandría, y en el Cairo, luchando siempre con la heregía eutiquiana de los coptos, y con el islamismo intolerable de los musulmanes, siendo de notar, que así como los demás establecimientos católicos de oriente, están bajo la proteccion de la Francia, el monasterio del Cairo, lo está bajo la del Austria. La familia de Tierra santa ha llegado á poseer en oriente, hasta veinte y cuatro conventos, ó establecimientos, comprendiendo la capellanía de embajada de Constantinopla. De casi todos ellos hemos dado razon en esta estadística, que basta á nuestro entender, para hacer ver los inmensos servicios, que han hecho y hacen á la religion, los humildes hijos de S. Francisco, y terminamos este cuadro, con el origen de los religiosos que pueblan. en este momento que escribimos, las residencias de Palestina y Siria. En Nazaret, Belen y en Jerusalen, los religiosos que allí hay, son italianos y españoles; esclusivamente españoles, en San Juan del Desierto, en Rama, Jaffa y Damasco. En los demás puntos, son italianos.

CAPÍTULO XVIII.

Mártires en Egipto y en Siria. — Misiones en Anatolia, en China y en Armenia. — Persecucion contra la familia franciscana de Tierra santa.

Despues de la reseña general que en los cinco capítulos anteriores hemos hecho, sobre las misiones de Tierra santa, vamos á reanudar la relacion cronológico-histórica de los acontecimientos, que dejamos pendientes en el 1342, en que nos detuvimos, para agrupar en un solo cuadro, el conjunto de los principales detalles sobre los Santos lugares. Aun tendremos ocasion, en sus respectivas fechas, de aclarar algunos hechos, y de añadir algunos rasgos á la anterior descripcion, que hemos dejado imperfecta. Pero haremos ver sobre todo, que los franciscanos, en presencia del islamismo, del cisma y de la heregía, han rendido á la verdad católica el testimonio público de su sangre. Un ejemplo de esto nos lo dará el año 1345.

El hermano Adan, religioso de la provincia franciscana de Francia, y predicador célebre, contribuyó con sus exhortaciones á que el hermano Livin abrazase el instituto de S. Francisco. Grandes progresos hizo en poco tiempo el discípulo, en ciencia y en piedad, bajo la direccion de semejante maestro; pero al honor que se le propuso de enseñar la teología, prefirió el constante estudio de las virtudes cristianas, y los mas humildes ejercicios de la vida religiosa. Habiendo acompañado á Adan á Palestina, vivió algun tiempo con él, en el convento de Monte-Sion, en el que su santidad se puso muy en relieve. Una noche, mientras que Livin meditaba con profunda aplicacion sobre el esceso de amor que Jesucristo demostró en el Cenáculo, con la institucion del Santísimo Sacramento, tres globos de fuego, de repente se aparecieron sobre los terrados de la iglesia, dando lugar á creer á los musulmanes, que se habia declarado un incendio en el convento; pero al quererlo averiguar, no se encontró mas, dentro del templo, que al her-

mano Livin extasiado. De Jerusalen, pasó luego al Cairo, para subvenir á las necesidades espirituales de los cristianos que se encontraban en esta capital del Egipto. La santa Virgen, que se le apareció muchas veces, le habia prometido la palma del martirio; pero como á aquella sazon los cristianos vivian pacíficamente tolerados entre los infieles, no podia pensarse que se presentase ocasion de que Livin llegase á derramar su sangre por Jesucristo. El celoso misionero, se puso entonces á discurrir si le seria permitido, sin pasar por suicida, aventurarse á entrar en alguna mezquita, ó predicar en público contra el Alcoran, delitos ambos, entre los mahometanos, que ordinariamente se castigan con la muerte. Meditando sobre ello, compuso sobre esta cuestion un tratado, en el cual, despues de haber discutido las razones en pro y en contra, adoptó la resolucion afirmativa, autorizándose con el ejemplo de muchos mártires, que de propósito, hicieron demostraciones en defensa de la fé, con la seguridad moral de que les costaria la vida, sin creerse por eso homicidas de sí mismos, y fundándose además, que en el caso que él queria ensayar, la sancion mahometana no habia sido aplicada siempre de la misma manera. Despues de haber establecido el punto de doctrina, que sometia al juicio de la Iglesia entró un viernes en una mezquita, y alzando su voz en medio de los infieles que allí habia reunidos, incluso el sultan mismo, Livin les dijo, que sus preces eran inútiles, sin la fé de Jesucristo, y dirigiéndose al sultan, le propuso el misterio de la Santísima Trinidad, y le exhortó á recibir el bautismo, y á detestar la impiedad de Mahoma. Como se espresaba en francés, los musulmanes no le comprendieron; pero no faltaron algunos renegados, que interrogados por el príncipe, le ocultaron la verdad por un sentimiento de compasion hácia Livin. Pero este, de repente, aunque no sabia el árabe, renueva con el mayor fuego su alocucion en esa lengua, inspirado por el Espíritu Santo. Comprendiéndole entonces el sultan, se arrebató en cólera al ver tal atrevimiento, y sobre la marcha le condenó á muerte; pero pensando luego que podria hacer cambiar de idea al confesor de Jesucristo, prometiéndole honores y riquezas, suspendió la ejecucion de la sentencia, y le convidó con las mas brillantes proposiciones, si dejaba su religion, recibiendo la siguiente respuesta de Livin: «Vos me prometeis bienes perecederos si consiento en seguir la ley de Mahoma: yo en cambio os prometo la vida eterna, si quereis creer en Jesucristo.» El trage pobre y humilde del misionero, y la palidez de sus facciones, alteradas por las austeridades, hicieron por un momento creer al sultan, que el hambre y la miseria habian alterado su razon, y consiguiente á esta idea, le entregó á un musulman para que le tuviese en custodia con órden de reparar sus fuerzas por un abundante alimento. En los dos dias siguientes, sábado y domingo, siguió predicando con el mismo celo contra la ley de Mahoma, suplicando á Dios, al mismo tiempo, le diese valor para el martirio. Esta constancia, le valió los mas groseros ultrajes y crueles tratamientos, hasta que llegando para él, el tan deseado momento, le fué cortada la cabeza en la plaza pública. Al saber el martirio de Livin, el hermano Adan, que se hallaba en Jerusalen, tuvo la mayor pena de no participar de la corona de su amado discípulo. Muy luego fué consolado por Livin, que se le apareció cuando estaba orando en la iglesia. El bienaventurado mártir le dió la seguridad de que le seria igualmente concedida que á él la gracia de morir por la fé, y le enseñó un libro, verdadero libro de vida eterna, donde estaban escritos los nombres de todos los franciscanos que ya habian recogido, ó que debian mas tarde recoger la palma del martirio.

El mismo año, y en la misma ciudad, otro franciscano aceptó generosamente la muerte. Fray Juan de Monte-Pulciano, se encontraba en el Cairo, á la sazon que un cristiano genovés renegó del cristianismo, en abril de 1345. El religioso fué al punto á ver en secreto á aquel desgraciado, á quien hizo muy pronto

reconocer su falta, en términos, que de perjuro, el renegado llegó á ser mártir. Despues de haber recibido los sacramentos, retractó este públicamente en la mezquita todo cuanto habia dicho y hecho en menoscabo de su religion. Esta confesion tuvo por inmediata consecuencia, como era de suponer, una série de tormentos, seguida de una sentencia capital. Pero antes de ejecutarla, llegaron á saber los musulmanes, que el hermano Juan habia sido el instrumento de su conversion. Sin mas averiguacion, prendieron al franciscano, juntándole con el renegado convertido, y nada omitieron de promesas y amenazas para hacerles cambiar á uno y otro. Viendo estrellados todos sus esfuerzos en la constancia de ambos confesores, cortaron primero la cabeza al genovés, y dividieron al hermano Juan en dos trozos de alto á bajo. El misionero tuvo así la alegría de ver á su discípulo subir al cielo, y la gloria de seguirle.

La jurisdiccion del sultan de Egipto se estendia sobre la Tierra santa y toda la Siria. En la Anatolia, al frente de Grecia, el poder débil entonces de los turcos otomanos, se iba desarrollando de una manera terrible. Era ya suya Esmirna, ciudad llamada en otro tiempo la *Corona de la Jonia* y el *Ornamento del Asia*. Segun una tradicion embellecida por la fábula, queriendo una vez descansar Alejandro el Grande de la fatiga de una partida de caza, se detuvo sobre el monte Pagus, y contemplando desde su altura el buen punto de vista que desde allí se disfrutaba, resolvió edificar allí mismo una ciudad para los esmirneos, diseminados entonces en la llanura y valles comarcanos. La construccion de esta ciudad, comenzada mas de 300 años antes de Jesucristo, por Antígono, uno de los generales de Alejandro, fué terminada por Lisimaco. Sean estos, ú otros mas anteriores, los fundadores de esta memorable ciudad, lo cierto es, que la situacion llena completamente cuantas ventajas apetecian los griegos para sus poblaciones principales, es decir, un sitio elevado que les protegiese de los ataques de los enemigos; canteras cercanas para la construccion de bellos y fuertes edificios; un plano inclinado, que permitiese construir en forma de anfiteatro, para que así, á un golpe de vista, resaltase la belleza y magnificencia de las casas particulares y de los establecimientos públicos. Hé aquí, segun Estrabon, lo que era Esmirna en tiempo de Augusto: «Una parte de sus casas, dice, y la mas considerable, está construida en la montaña. Sus magníficas calles, tiradas á cordel y enlosadas, se cruzan en ángulos rectos. Esta ciudad, tiene soberbios pórticos, una biblioteca pública y un monumento dedicado á Homero, por creer los esmirneos, que su patria fué la cuna de ese gran poeta. Entre las ventajas que disfruta Esmirna, deben contarse, el Meles, rio que baña sus muros, y su puerto que se cierra y abre á voluntad.» ¡Qué distante está esa descripcion de la ciudad actual! Desde luego, el puerto no está cerrado; pero su entrada se halla defendida por un castillo, bajo cuyos fuegos han de pasar los barcos. No lejos de esta fortaleza, que nada tiene de notable, se elevan á la parte del sud, el monte Mimas, y á la otra estremidad de la rada, el monte Sypilus, tras del cual se oculta Magnesia (Pl. XXXV, n.º 1.) El Meles, tan celebrado por los poetas, corre manso detrás del monte Pagus, se subdivide despues en arroyuelos que fecundizan algunos jardines, y se pierde luego en el mar. Su alveo está seco en los calores del estío. El gimnasio, el templo de Cibeles, la biblioteca, la estátua de Homero, y los magníficos pórticos y grandes calles, todo ha desaparecido, y á escepcion de la de los Francos, las demás calles de Esmirna son mal cortadas, sin empedrar, y tan estrechas algunas, que un camello apenas puede pasar. En la cumbre del monte Pagus, se vé un viejo castillo en ruinas, cuya construccion se remonta, á lo mas al siglo XIII, y en uno de los muros de esta ciudadela se vé empotrado el busto de una muger, que unos bautizan con el nombre de la amazona Esmirna, y otros por una cabeza de Apolo. Al salir de estas ruinas, en la pendiente de la colina,

se vé un solar en que dicen que estuvo una capilla y el sepulcro de S. Policarpo. En cuanto al anfiteatro, donde el santo fué arrojado á las fieras, el tiempo ha borrado hasta sus menores vestigios, que pudieran atraer nuestra veneracion. Unicamente consta por la historia, que la hoguera en que fué quemado el santo, se puso en lo alto de la colina, cuyas llamas, vistas á lo lejos, tenian la apariencia de una vela de navío ligeramente inflada por el viento, que pareciendo descender desde las nubes, envolvian al santo como con una especie de manto.

La iglesia de Esmirna, tuvo probablemente su principio el año 54 ó 55 de la era vulgar, siendo considerado S. Policarpo, discípulo de S. Juan; no solo como su primer patron, sino como el misionero, especialmente encargado por los apóstoles, de predicar el evangelio en aquella célebre ciudad. Algunos creen que este santo no fué el primero, sino el quinto obispo de Esmirna, cuya opinion se concilia con la de gran número de autores, para quienes el santo es el *Angel* de esta iglesia que S. Juan menciona en su Apocalipsis. Lo que sí es cierto, y es un título de gloria para esta iglesia, es, que de los siete obispos de Asia, á los que Jesucristo habló por la boca de su discípulo querido, el *Angel* de Esmirna es el único á quien no dirige algun reproche. Los *diez dias de sufrimientos* predichos á esta ciudad, fueron interrumpidos, por la conquista que de ella hicieron los cristianos, recobrándola de los turcos el 1344, y entonces se purificaron sus templos profanados, y se celebró en ellos el oficio divino. Esmirna fué el último teatro del celo apostólico de Venturino, nacido en Bérgamo, en 1304, uno de los mas ilustres predicadores del órden dominicano. Despues de haber anunciado con gran éxito la cruzada contra los turcos, anunció el evangelio á diferentes pueblos del oriente, acercándose á algunos príncipes, entre otros, al rey de Rascia (Servia), invitándoles con razones á que abandonasen el cisma y se reuniesen á la iglesia romana, despues de lo cual pasó á Esmirna, en compañía del primer arzobispo latino de aquella ciudad, al que siguieron otros ocho del mismo rito, desde 1346 á 1365, que volvió á entrar en poder de los turcos. Cuanto mas espuesta se hallaba aquella poblacion recien conquistada al furor de los bárbaros, mas acreció el celo de Venturino para fortificar á sus habitantes en la fé. No contento con darles el pan de la divina palabra, les servia por su mano en sus enfermedades, y noche y dia se le veia cerca de los enfermos, dispensándoles y proveyéndoles á sus necesidades espirituales y temporales. Tanto trabajo, unido á la consiguiente falta de salud, abreviaron los dias de su vida, que terminó el 28 de marzo de 1346. Los fieles honraron su memoria, dándole culto como á santo, el que continuó, segun dicen, hasta que Esmirna recayó en poder de los infieles. Llegado este caso, los franciscanos llevaron allí su celo. Los hermanos Pedro de Fano y Ponce Santareli, quedaron allí para consolar y fortificar á los cristianos.

Los prósperos sucesos de los cristianos en Anatolia, sugirieron en Siria, al gobernador egipcio de Damasco, la idea de acusar de traicion á los cristianos de esa ciudad, suponiendo que habian conspirado para hacerse dueños de ella. Unido esto á las riquezas que les procuraba el comercio, y que escitaron la codicia del gefe musulman, recurrió, para apoderarse de ellas, á la mas horrible persecucion, hija de una calumnia. Habiendo él mismo, ú otro por su órden, puesto fuego á dos cuarteles de la ciudad, en 1351, imputó á los cristianos este incendio, á favor del cual, decian, los fieles, contaban apoderarse de Damasco. La violencia de los tormentos arrancó á algunos, aunque inocentes, la confesion que se les exigia por ese medio tan horrible, y esto bastó para implicar la culpabilidad de todos los cristianos. En situacion tan crítica, sucedió lo que el astuto gobernador habia previsto, pues muchos, para huir de esa responsabilidad de que se les culpaba, se sometieron á pagarle sumas inmensas, que acrecentaban su fortuna. A

otros, que nada ó poco tenian que dar, se les propuso la alternativa de renegar de Jesucristo ó de morir crucificados. Si entre estos hubo algunos apóstatas por cobardía, hubo en cambio muchos mártires, y el especial heroismo de veinte y dos católicos, recuerda el igual de las primeras persecuciones de la Iglesia. Clavados en la cruz, estos confesores de Cristo, vivieron de ella pendientes tres dias, hasta que puestos sobre camellos se les hizo pasear en igual forma varios cuarteles de la ciudad. (Pl. XXXV, n.º 2.) Para mayor tormento, el padre crucificado, tenia delante al hijo renegado, y vice-versa, y los apóstatas solicitaban con lágrimas á su hijo ó padre, mártires, á que se librasen de los tormentos profesando el islamismo; pero estos héroes, viendo que los tentadores eran sus mas próximos parientes, los rechazaban con mas indignacion. «¿Aun no os basta, les decian, la vergüenza y el dolor que nos causa vuestra cobardia, que intentais aun querer arrebatarnos la felicidad eterna, de que vosotros mismos os habeis privado? Nuestro mayor tormento es la suerte que os espera, pues los demás sufrimientos que tenemos, lejos de sentirlos, nos complacemos en ellos, por la semejanza que tienen con los de nuestro Salvador.» Con estos heróicos sentimientos, espiraron estos mártires, á la vista de los infieles, casi enternecidos. El sultan de Egipto, informado despues de la bárbara conducta del gobernador de Damasco, mandó que fuese hecho cuartos.

A fines del año 1353, el franciscano Juan de Florencia, cuyos trabajos y predicacion en la China dejamos atrás mencionados, se presentó al papa Inocencio VI, de parte del Kagan, á pedirle nuevos apóstoles de la fé cristiana, que el príncipe declaraba en sus cartas ser buena y aceptable. Lleno el pontífice de alegria, escribió, en 1354, al capítulo general de los Menores, para que eligiesen algunos religiosos dignos de ser instituidos obispos; pero los disturbios que á poco sobrevinieron en Tartaria, no permitieron tuviese efecto esta mision.

La Armenia reclamaba sin cesar del pontífice romano, ausilios contra la agresion y tiranía de los infieles, y su rey Leon mandó con este objeto á Benedicto XII, dos embajadores, uno de ellos el hermano Daniel, franciscano, y el papa les remitió la lista de los errores que sabia estaban acreditados entre los armenios, disponiendo al propio tiempo, que el Católico y los obispos, se reuniesen para purgar esta iglesia. El rey Gui, envió á su vez á Clemente VI, al franciscano Antonio de Valencia y á Jorge de Segio, á mas de dos obispos, y á Daniel, vicario de los Menores en este pais, para asegurar al pontífice, de que la fé no estaba de todo punto, ni en todas partes alterada. Con el fin de estirpar los errores que la desfiguraban, Clemente VI hizo marchar á la Armenia, en calidad de legados apostólicos, á los franciscanos, Antonio, obispo de Gaeta, y Juan, electo obispo de Coron. El primero murió á su vuelta; pero Juan, presentó al papa en Aviñon una profesion de fé, emanada del Católico, no tan clara, que evitase la necesidad de pedir sobre ella algunas esplicaciones á los prelados orientales.

Mientras que la santa sede se esforzaba por todos los medios en atraer á su redil á la Armenia entera, los hermanos-unidos, reducidos por la incesante persecucion musulmana á un pequeño número, y á la mas estremada pobreza, viendo las consecuencias de su aislamiento, juzgaron que el único medio que les quedaba para sostenerse y ser mas útiles á los progresos de la religion, era el unirse y no formar en adelante mas que un solo cuerpo con la órden de Santo Domingo, con la que les unian tantos lazos de fraternidad. En su consecuencia, enviaron desde el 1355, á dos religiosos, Tomás y Eleuterio, á Roma, á fin de obtener del papa y del general de los predicadores, que este recibiese bajo su jurisdiccion sus personas y sus bienes. Su demanda fué favorablemente acogida, y Simon de Langres, vigésimo primero general de los dominicos, dió su consentimiento con aprobacion del papa Inocencio VI, por bula de 30 de ju-

nio de 1356, que sancionó esta fusion. Eleuterio fué nombrado superior de la congregacion de los hermanos-unidos, como vicario del general, y el papa consagró á Tomás como arzobispo de Nakhivan. Desde entonces, la órden de Santo Domingo, continuó en mandar de tiempo en tiempo algunos de sus religiosos á Armenia, unos en calidad de misioneros, otros para sostener y dirigir á la congregacion, y alguno para ocupar la sede de Nakhivan, y muchos de estos, segun el testimonio del teatino Clemente Galano, despues de innumerables fatigas, han regado esa mies, no solo con sus sudores, sino á veces, con la sangre que han derramado confesando la fé de Jesucristo.

En 1358, y años siguientes, los dominicos, que anunciaban el evangelio entre los infieles, idólatras, mahometanos y cismáticos, tuvieron bastantes mártires. Esta gloria no faltó tampoco en ese mismo año á la familia franciscana de Tierra santa.

Un caballero húngaro, llamado Tomás, por conciliarse el favor del sultan de Egipto, y fomentar así su ambicion, sacrificó á esta su religion, y abrazó el islamismo. El recuerdo de su antigua creencia, le guió á visitar en la semana santa, los santuarios de Jerusalen, en ocasion que una piadosa florentina, llamada Sofia Felipa de los Arcángeles, acababa de dotar un hospicio para los peregrinos, cuya direccion dejó, despues de su muerte, encomendada al guardian de Monte-Sion. Aquí fué donde se hospedó el renegado, y aquí donde el P. Nicolás de Monte-Corvino le habló tan al alma sobre la gloria del paraiso, reservada á los fieles creyentes, y los tormentos del infierno, inevitables para el apóstata, que subyugado y conmovido Tomás, por las razones del franciscano, se convirtió á la fé, y detestó el mahometismo. Preguntándole entonces al religioso, qué reparacion debia hacer para borrar el escándalo de su apostasía, el misionero le contestó con firmeza: «Puesto que públicamente habeis renegado de la religion cristiana, públicamente debeis tambien confesarla, sosteniendo, que Jesucristo es realmente Dios; que el evangelio es verdadero, y que el Alcoran no es mas que un emponzoñado orígen de error.» El caballero objetó, que semejante paso traeria consigo la muerte. «¿No sabeis, repuso el misionero, que debeis morir tarde ó temprano? Dios os concederia el mas insigne favor si perdiéseis la vida, en testimonio de la fé, ¡y quién teme la muerte cuando ella abre las puertas del cielo!» — «Lejos de temerla, ya la deseo, contestó Tomás, únicamente, considerando mi debilidad, temo que mi resolucion no titubee, sino tengo á mi lado persona que me aliente.» Lleno entonces el franciscano, de la caridad mas tierna y mas ardiente, le preguntó de nuevo: «¿Estais resuelto á confesar en público, que Jesucristo es Dios, y su religion verdadera, si por su amor yo os acompaño, y me espongo á igual riesgo que vos?» — «Prometo á Dios, y á vos, contestó Tomás, que si me acompañais valerosamente, confesaré á Jesucristo, y en presencia del sultan, detestaré los impíos errores de Mahoma.» Una vez ambos convenidos, los PP. Francisco y Pedro, religiosos de la misma provincia que Nicolás, animaron mas al renegado convertido, y quisieron acompañarle tambien al Cairo, á fin de sostener su generosa resolucion. La llegada de estos religiosos, alarmo la inquietud de los comerciantes europeos, que al saber el objeto de su venida, les suplicaron encarecidamente se alejasen por no ser causa de una persecucion que envolviese á todos los cristianos del Cairo; pero los hijos de S. Francisco, superiores á ese temor, persistieron en hacer el sacrificio de su vida temporal, por la gloria de Dios ultrajada con la apostasía de Tomás. Como este último era muy conocido del sultan, no tuvo este inconveniente en recibirle, junto con sus compañeros, el domingo de pascua de 1358. «Aunque indigno de la misericordia divina, dijo Tomás al sultan, por haber renegado de Jesucristo, verdadero Dios y hombre crucificado por nuestra salvacion, y aunque me entregué al demonio y á Mahoma; el Señor se ha vuelto á mí en su clemencia, y me ha abierto los ojos á la

luz de la verdad, cuando antes estaba ciego, y así, como sugerido por el mal espíritu, he renegado de mi Dios ante vos; delante de vos mismo, por lo tanto, vengo á declarar mi conversion, añadiendo á la confesion de mis errores, que vuestra ley es falsa, y que la de Jesucristo es verdadera, y el único camino de salvacion.» Asombrado el sultan, y profundamente conmovido con las palabras de un hombre á quien particularmente estimaba, y que deseaba retener en su servicio, se contentó con decirle: «No tengo duda, que estos religiosos que veo aquí presentes, son los que te han aconsejado semejante locura.» El P. Nicolás contestó en seguida con firmeza. «No somos nosotros los que le hemos determinado á dar este paso, ha sido la gracia de Jesucristo por nuestra mediacion.» Y en seguida lleno de fervoroso espíritu, habló por largo tiempo sobre la divinidad de la religion cristiana, y lo falso del islamismo. El sultan le escuchó con tranquilidad, y despues que terminó su esposicion de fé, dirigiéndose á los otros hermanos Francisco y Pedro, les preguntó, qué les parecia todo lo que su compañero acababa de esponer, y ellos contestaron, que la creencia de Nicolás, era la suya, é idénticas sus convicciones. Al punto ordenó el príncipe se pusiese en prision á los tres religiosos; pero á Tomás en un calabozo particular, esperando atraerle á su voluntad, una vez aislado y privado de sus instrucciones y consejos. Promesas, amenazas, todo fué inútil para hacer retroceder de su propósito á Tomás, fortificado interiormente por la gracia de Jesucristo, que los religiosos pedian incesantemente para él desde su calabozo; á todo respondió constantemente que no podia hacer traicion á su Redentor, ni desertar de la verdadera fé, fuese próspera ó adversa la suerte que se le reservase. Pocos dias despues, los cautivos fueron presentados ante el sultan de Egipto, quien dirigiéndose desde luego al caballero, le preguntó si persistia en su resolucion. «Confieso de todo corazon á mi señor Jesucristo, y su evangelio, y abjuro y detesto la maldita ley de Mahoma; contestó Tomás.» El príncipe se volvió hacia los religiosos y les dijo: «Sabed desde ahora, que si no os retractais de cuanto habeis dicho contra el Alcoran y el Profeta, y si no abandonais la creencia de Jesus para abrazar la nuestra, morireis sin remedio, y morireis como la ley prescribe.» Nicolás, lleno de religioso entusiasmo contestó: «Si temiéramos el morir por nuestra fé, no nos hubiéramos presentado ante vos; pero como aquella es verdadera, y nos promete la vida eterna, poco nos importa la muerte temporal, que nos evitará el perpétuo infierno, justo castigo de Mahoma y de sus pertinaces sectarios.» Transportado de furor el sultan, entregó los cuatro confesores al cadí, quien les condenó á ser hechos cuartos, y luego quemados, el 4 de abril de 1358. Los verdugos desplegaron en esta ejecucion una crueldad salvaje, y los mártires la sufrieron con maravillosa constancia. Tomás, fué el primero martirizado; Nicolás de Monte-Corvino, y los otros dos franciscanos, derramaron su sangre despues de él. Los verdugos se opusieron á que los cristianos recojiesen piadosamente los esparcidos miembros de los mártires; pero una luz milagrosa se apareció de repente, que causó tanto espanto á los infieles, que los primeros tuvieron tiempo para reunir y sustraer á la hoguera los sagrados restos de los cuatro atletas de Jesucristo.

La sangre de los franciscanos, no cesó de correr. La crueldad de los musulmanes, atizada por la perfidia de los hereges, multiplicaban los mártires. El 1362, los hermanos Jacobo de Florencia, obispo de Zeiton, y Guillermo, de la Tierra de Labor, fueron inmolados por los mahometanos de la Media; y los hereges nestorianos, en ódio al nombre romano, hicieron perecer á otros dos franciscanos.

Si el fanatismo hacia mártires, su codicia, interesada en atraer peregrinos, y su política, inclinada algunas veces á las concesiones que reclamaban los príncipes cristianos, autorizaron la fundacion de algunos establecimientos útiles, tales como el hospicio, antes mencio-

nado, erigido en Jerusalen por Sofía de los Arcángeles. A ruego de Inocencio VI, se permitió que se transportasen á tierra infiel los materiales necesarios para su construccion, y á peticion de Pedro, rey de Aragon, el papa permitió se edificase un convento de franciscanos en el valle de Josafat, cerca del sepulcro de la Virgen, y de la gruta de la Agonía, y al sancionar Urbano V esta disposicion de su predecesor, autorizó el transporte de materiales, de Europa á Palestina; pero como la Tierra santa obedecia al sultan de Egipto, la reina Juana de Nápoles, y titular de Jerusalen, escribió sobre esto al príncipe musulman. En 1363, le pidió confirmase á los franciscanos la facultad de residir en los santos lugares y la posesion de los santuarios que les habian sido concedidos; así como el permiso de edificar una iglesia cerca del sepulcro de Maria, y celebrar allí los divinos oficios, como tambien, el no impedir á los religiosos ni á los peregrinos que dispusiesen al morir de lo que poseian, y la autorizacion para guardar en sus conventos provisiones de todo género para alimentar á los cristianos como lo hacian los comerciantes en Alejandría. Todo fué otorgado, pero al mismo tiempo, la persecucion contrastó con la tolerancia, y la tranquilidad no fué completa.

En 1364, predicaba en Gaza, ciudad de Palestina, la antigua capital de los filisteos, (contra los que tan cara vendió su vida Sanson) el hermano Guillermo de Castellamare, siciliano. Segun una tradicion, la Virgen residió allí tres dias en la época de su huida á Egipto. Una hermosa pradera de olivos, sirve de avenida á la ciudad moderna, que presenta desde lejos una risueña prespectiva, que se vá desvaneciendo á medida que se acerca. La existencia de la ciudad antigua se vé atestiguada á lo lejos por restos notables de mármoles, jambas y dinteles, y otras piezas, cuya finura y brillo contrasta en la actualidad con las casas de tierra á que están adheridos, especie de chozas sin ventanas y con techos cubiertos de yerba seca y tierra. Esta ciudad, en rigor, no es sino la reunion de varias aldeas esparcidas, que rodean á una mezquita, un bazar, y la casa del jefe mahometano. Fray Guillermo, que residia allí, sufrió una muerte cruel, pues visto que ni promesas, ni amenazas, ni oprobios de todo género, contrastaban su fé, fué descuartizado en presencia de todo el pueblo, y sus restos fueron reducidos á cenizas, junto con su breviario, pero en cambio, muchos musulmanes, al ver su constancia, abrazaron la religion cristiana. La persecucion se acrecentó á causa de la momentánea ocupacion de Alejandría por los cristianos; suceso que está ligado con el nombre del venerable P. Pedro Tomás, mas célebre por su santidad, que por los grandes servicios que prestó en Oriente en sus diferentes legaciones. Pertenecia este, á la órden del Cármen, cuyo orígen ya hemos indicado, cuando dijimos que desde el Tabor se divisaban las verdes colinas del Carmelo.

« Es notorio, dice Auvergne, arzobispo de Icona, el elogio que del Carmelo hacen las divinas escrituras. Situado en la tribu de Issacar, se le llama *Carmelus maris*, ya porque está á orillas del mar, y ya tambien por distinguirle de otra montaña llamada tambien Carmelo, que está cercana al Hebron. El Carmelo de que aquí hablamos, tiene cerca de treinta leguas de circuito, cubierto de árboles siempre verdes, disfruta de numerosos manantiales, que sostienen la vegetacion, y hay en él varias aldeas y muchas cavernas ó cuevas, que en todos tiempo han sido asilos de piadosos solitarios. Situado el Carmelo entre Samaria y Galilea, tiene el golfo de Acre, al septentrion; las alturas de Nazaret, y la vega de Esdrelon, al levante; las montañas de Samaria, al mediodía, y el mar á poniente. Aquí es, segun la tradicion, de esta parte, y á la estremidad del monte, y en el sitio mismo donde está la gruta llamada de Elias, desde donde ese profeta mandó siete veces á su servidor, el que apercibió al fin sobre el mar, como señal de lluvia próxima, una pequeña nube del tamaño de un pié humano, la que muchos intérpre-

tes miran como una imágen aplicable á María, y aquí fué tambien donde el profeta llamó el fuego del cielo, que consumió á dos oficiales y sus soldados. Al pié de la montaña, hay otra gruta, que se dice fué tambien habitacion de S. Elias; es mayor que la primera, su longitud es de veinte pasos, por diez de anchura, y está como la anterior, tallada en roca viva. A ambas se las tiene veneracion, no solo por los cristianos, sino por los mismos infieles, que respetan mucho la memoria de S. Elias. A cierta distancia de estas grutas, no lejos del mar, está la fuente del profeta, que tiene su nombre, por creerse que hizo brotar milagrosamente el agua. A cinco horas de aquí, siempre en el Carmelo, se enseña el lugar mismo en que descendió fuego del cielo para consumir el sacrificio. Terminada que fué su mision, este santo profeta dejó el Carmelo y se fué á Galgala; y á la orilla misma del Jordan, fué elevado al cielo en una nube de fuego. Por respeto á la memoria de Elias y Eliseo, que ambos habitaron en esta montaña, los hijos de los profetas frecuentaban el Carmelo, y si hemos de creer á una piadosa tradicion se establecieron allí mismo, y tuvieron sucesores.» En el oficio romano del 16 de julio, se lee, que los descendientes de estos discípulos de los profetas, fueron los primeros que abrazaron la fé cristiana, cuando los apóstoles, saliendo del Cenáculo, el dia mismo de Pentecostés, predicaron ya en público la resurreccion del Señor; ellos tuvieron ocasion de conversar frecuentemente con la santa Virgen, y ellos, segun la misma tradicion fueron los que erigieron la primera capilla que se ha dedicado en el mundo en honor de la madre de Dios, hecho que se hace remontar al año 83 de Jesucristo. Al comenzar el siglo XIII, un tal Berthold, reunió á los ermitaños del Carmelo, y Brocardo llegó á ser su superior. Este fué el que solicitó las constituciones de la nueva órden, redactadas por Alberto, patriarca de Jerusalen, y que confirmaron luego, con alguna modificacion, Honorio III é Inocencio IV. San Luis visitó la célebre montaña del Carmelo, y dió principio á una iglesia que sus sucesores terminaron, antiguo y venerable edificio destruido en nuestros dias, y que está reedificándose (1).

(1) La regla que antes tenian los carmelitas que habitaban en el Carmelo era propia de ermitaños y solitarios. Inocencio IV la mitigó de modo que con ella pudiesen vivir en los poblados, por bula de 1248. Diez años antes, ya habian pasado desde oriente á Europa con el rey S. Luis, que los estendió por Francia, y de aquí pasaron á los demás reinos. Los que quedaron en el monte Carmelo, tenian un magnífico monasterio, cuyas ruinas se ven hoy dia, no lejos del que actualmente existe. El otro mas antiguo, en que se dice, que S. Alberto recibió del cielo la regla de los carmelitas, estaba aun mas lejos, legua y media del parage que habitan ahora los PP. Allí permanecieron los ermitaños hasta el 1298, en que los mahometanos levantaron una cruel persecucion contra los cristianos, y despues de quitar la vida á todos los religiosos que habia en el Carmelo, arrasaron casi completamente el monasterio y sus capillas y oratorios, quedando todo aquello abandonado. Sin embargo, Lezana, en sus Anales de la religion del Cármen, dice, que algunos monges griegos siguieron viviendo en el Carmelo por algun tiempo; pero ya en el siglo XVII, estaba todo aquello totalmente desierto, y los santones turcos apoderados de las grutas de los antiguos solitarios. Por el año 1629, visitó el sagrado monte Carmelo el P. Felipo de' Espiritu Santo, carmelita descalzo, y al ver aquel abandono y desolacion, determinó fijar allí su residencia y restituir á la órden carmelitana, aquellos sitios consagrados por la presencia de Elias y Eliseo, y de tantos otros profetas. Encontrando muy luego una caverna, que los naturales llamaban aun de S. Elias, la eligió por su habitacion y residencia, dedicándola á S. Onofre. Y dando parte al pontífice Urbano VIII, y buscando la proteccion del señor y dueño de aquel territorio, que se llamaba *Mir-Tarabei* ó príncipe del Carmelo, obtuvo licencia para fundar el convento, que se edificó en seguida en la parte occidental del monte, cerca del pueblo que llaman S. Elias, cuya casa so pobló muy pronto de carmelitas descalzos, y se dedicó á aquel santo profeta, quedando en un todo arreglada en 1633. Fundado el convento, se levantó grande oposicion por parte de los carmelitas calzados, que se creian con mas derecho á la posesion del sagrado monte; pero, al fin, Urbano VIII, por bula de 3 de diciembre de 1633, amparó á los descalzos y les adjudicó para siempre, el esclusivo derecho de permanecer en el Carmelo. Muchas fueron las persecuciones que en un principio tuvieron que sufrir por parte de los moros, pero al fin les dejaron quietos, y cedieron todas las demás grutas y antiguos santuarios del monte, viviendo en él tranquilamente, hasta que en el siglo actual, durante la guerra de los griegos, con la Puerta, Abdallah-Bajá arrasó el monasterio é iglesia bajo el vano pretesto de que los griegos pudieran aprovecharse de él y convertirlo en fortaleza. El Gran señor, conociendo la injusticia mandó al bajá que repusiese el monasterio á su costa, pero esto no se cumplió, y los PP. carmelitas, haciendo una cuestacion en Europa, con los recursos que de ella sacaron, empezaron la obra. El edificio principiado sobre un bello plan, está á la mitad de su construccion, y vista la indiferencia de los cristianos de occidente, es fácil preveer que la obra tardará en concluirse. Sin embargo, ya está bastante adelantado y presenta alguna comodidad.

Con especialidad se dá el nombre de Carmelo á la montaña mas inmediata á Caifa, sobre cuya cumbre está edificado el monasterio y la iglesia dedicada á S. Elias. En ella estuvo mucho tiempo este profeta; en ella reunió al pueblo de Israel, é hizo matar á los profetas de Baal. Dentro de la iglesia, está actualmente la

Tal es la cuna, tal el orígen del órden de carmelitas, que llegó á ser un semillero de celosos misioneros. El hermano Tomás, que fué una celebridad en el siglo XIV, nació en Francia, cerca de Sarlat, en el seno de la indigencia: su mérito le elevó al episcopado, y le fueron confiadas por el pontífice romano legaciones importantes. Habiéndose presentado en Jerusalen, á su vuelta de Chipre, predicó allí públicamente sin que los musulmanes estorbasen su celo. El sultan de Egipto castigó al gobernador por semejante tolerancia, haciéndole cortar la cabeza; mas no pudo hacer lo mismo con el santo, aunque bien lo deseaba, por haber ya dejado á Jerusalen. Nombrado luego despues Pedro Tomás, patriarca de Constantinopla y legado de la cruzada, el 3 de octubre de 1365, fué herido en el sitio de Alejandría, lo que le hace honrar como á mártir, pues esa lesion fué la esclusiva causa de su muerte, acaecida en Famagosta de Chipre, el 8 de enero de 1366. Aunque Alejandría fué abandonada por los cruzados cuatro dias despues de su conquista, la reaccion sin embargo, fué terrible, y la persecucion de los musulmanes contra los misioneros se estendió por toda la dominacion del sultan en Egipto. Doce franciscanos de Tierra santa que estaban en Jerusalen, fueron aprisionados junto con otros cristianos; las incomodidades de este arresto y malos tratamientos consiguientes, causaron su muerte en 1369, á escepcion de uno que les sobrevivió muchos años, pero que, sin que la razon se sepa, los enemigos de la fé le degollaron secretamente. A mas de eso, el hermano Antonio de Rosato, milanés, fué aserrado por medio del cuerpo en Jerusalen. El hermano Francisco, que acababa de confundir á los musulmanes en una controversia pública, en Damieta, confirmó por su martirio la verdad de la fé que habia defendido; la espada de los mahometanos le dividió en dos pedazos.

cueva en que se ocultaba para sustraerse á las persecuciones de Jezabel. Tendrá cerca de quince piés de larga, por doce de ancha. La cueva de Eliseo está un poco mas abajo. Está abierta en la peña, y se dice, que aqui vino la Sunamitis á suplicar al profeta, que resucitara á su hijo. En la parte baja de la montaña hay una caverna, cuya profundidad es de veinte piés, ancha de diez y ocho, y alta de doce. Es de difícil acceso, y se la llama *Cueva de los hijos de los profetas*. Ahora está habitada por un santon. Sobre ella está un campo llamado *de los melones*, por encontrarse allí unas piedras enteramente parecidas á ese fruto, tanto, que parecen melones petrificados. Cuenta la tradicion, que pasando por este campo el profeta Elías, abrasado de sed, pidió al hortelano que los cultivaba, un melon para apagarla. Este hombre no solo se lo negó, sino que le dijo: « Lo que veis y tomais por melones, en realidad no son mas que piedras. » Sobre esto, el hombre de Dios, maldijo el huerto, y desde entonces los melones verdaderos se convirtieron en las piedras de su figura que hoy existen.

Terminaremos esas curiosas noticias que hemos estractado de obras de diferentes autores y viageros, con la etimología de la palabra *Carmelo*. Esta se encuentra diferentemente esplicada por lo intérpretes. Segun unos, significa *Cordero incircunciso*, segun otros: *Campo cortado ó segado*, y otros la traducen, *Viña de Dios ó del Señor*. (N. del Trad.)

CAPÍTULO XIX.

Misiones de los dominicos en Abisinia.

Mucho mas arriba del Egipto, cuyo sultan tan cruelmente perseguia á los cristianos, se estendian vastas comarcas y territorios, cuyo estado moral y religioso vamos á esplicar.

Los antiguos han llamado indiferentemente India y Etiopía á toda la estension de terreno, que está mas allá del Egipto, del uno y otro lado del mar Rojo; y lo mismo que la Arabia ha sido llamada Etiopía oriental ó asiática, para diferenciarla de la Etiopía occidental ó africana; igualmente se ha dado el nombre de India al pais que entendemos hoy dia por Etiopía, es decir, la Abisinia y la Nubia.

Siguiendo la tradicion local, poco tiempo despues del diluvio, Cush, hijo de Cam y nieto de Noé, pasó con su familia por el bajo Egipto, entonces inhabitado, atravesó el Atbara, y llegó hasta las tierras elevadas que separan el pais interior de Atbara de las altas montañas de Abisinia. Si se echa la vista sobre un planisferio se verá una cadena de montañas que principia en el istmo de Suez, que se prolonga como una muralla á cerca de cuarenta millas del mar Rojo, hasta que al llegar á los 13 grados de latitud, se divide en dos ramales. El uno, por las fronteras del norte de Abisinia, atraviesa el Nilo, y se estiende, cortando el Africa, hasta la orilla del Océano

Atlántico. El otro, se dirige á la parte de mediodía y tuerce al este, conservando una direccion paralela al golfo de la Arabia, y en seguida, se avanza hácia el sud, por todo lo largo del Océano Indico. Cush y su familia, habitaron por de pronto las cavernas que les presentaba el flanco de estas montañas. Sabemos por Herodoto, que sus descendientes cultivaron las ciencias desde muy antiguo, y con buen éxito, en la isla de Meroe. Bruce, cree que los cushitas avanzaron desde Meroe hasta Tebas, en Egipto, ciudad en cuyos alrededores, así como en los de Meroe, hay gran número de cuevas, primeras habitaciones de los recien llegados, y que aun son habitadas hoy dia. Mientras que los descendientes de Cush se estendian por el norte y centro de su territorio, sus hermanos, colocados al mediodía, se adelantaban por las montañas, que paralelamente se prolongan al Océano Indico. En todos tiempos fué llamado este pais Saba ó Aziab, palabra sinónima de mediodía, y no es que tuviese ese nombre por estar al mediodía de Jerusalen, sino porque estaba sobre la costa meridional del golfo de Arabia, y que partiendo de la Arabia y del Egipto, era la primera tierra al mediodia que servia de frontera al continente de Africa, entonces muy rico y mas importante y conocido que el resto del mundo. Pasado el trópico del sud, encontraron los cushitas en las cadenas elevadas, llamadas montañas de Sófala, mucho oro y plata, en grano puro, sin mezcla, y que no exigia ninguna preparacion para estraerle. Considerados en la India estos preciosos metales, como los mas adecuados para cambiarse por sus mercancías, hicieron muy bien inclinar la balanza del comercio en favor del Africa. Pero las minas y las especerías no hubieran atraido ventajas á los cushitas del sud, si la providencia no les hubiera proporcionado un mensagero, que cuando menos lo pensaban, encarriló sus productos.

Era este, una nacion vecina, diferente de aquellos, bajo muchos conceptos; sus individuos eran de cabello largo, fisonomía europea, piel tostada, pero no negra, que se llamaba Changalla. Esta, que hoy dia habita así, como sus primeros padres en las cuevas, fué antes un pueblo sabio y culto, que cayó despues en una ignorancia brutal; pueblo degradado, que sus vecinos cazan hoy como una bestia salvage, en los mismos bosques en que antes vivia en el seno de la libertad, de la magnificencia y del lujo. Esta nacion, mensagera de los cushitas, vivia en los llanos; tenia habitaciones fáciles de transportar, cuidaba de numerosos ganados, y el pais que ocupaba se llamó *Barbaria*, por los griegos y romanos, de la palabra *Berber* que significa originariamente *Pastor*; pero los antiguos escritores que nos hablan de los pastores conocen muy poco á los de la Tebaida, y mucho menos los de la Etiopía. La ocupacion de estos nómadas era la de estender por el continente las mercancías del Africa y la Arabia, y con solo este acarreo, llegaron á ser un gran pueblo, porque, á medida que su comercio aumentaba, creció en proporcion el número de sus ganados y estendian su territorio. La parte de terreno llano, que se prolonga por las orillas del Océano Indico y del mar Rojo, era sumamente necesaria á estos pastores para transportar las mercancías á los puertos de estos mares, y de allí á Tebas, y á Menfis, sobre el Nilo; sin embargo, el principal sitio de su imperio, fué esta parte baja y unida del Africa, que se encuentra entre el trópico del norte y las montañas de la Abisinia. El clima, en esos puntos, es tan bueno y tan arregladas las estaciones, tan abundantes los pastos y tan periódicas las lluvias, que tan notorias ventajas naturalmente indujeron al pastor á elegir su residencia en Bedgya y en Athara, y si bien esto le sometia á la necesidad de cambiar alternativamente de sitio, este inconveniente no era grande, porque huyendo de las lluvias, que en época determinada y constante caian al oeste de las montañas, en cuatro horas de tiempo, podia pasar á la parte opuesta del este, y disfrutar de otra estacion y de toda la brillantez del sol. Los mas belicosos de todos

estos pastores fueron los que antiguamente habitaron las montañas, cuya cadena se estiende desde Massanah hasta Suakin, y se fueron poco á poco estendiendo por todo el pais de Tigre, cuya capital es Axum, y estos se designan en gheez, lengua que se habla en el Tigre, con el nombre de *Ag-azi*, hombres libres.

Independientemente de los cushitas y de los pastores, la Abisinia recibió por habitantes otros muchos pueblos de la Siria y de la Palestina, que llenos de terror á la aproximacion de Josué, buscaron un refugio en una nacion, que el comercio mútuo les habia hecho desde mucho tiempo conocer, por lo cual, la palabra Abisinio, dice M. Eiries, viene de *Abbas-Chi*, denominacion árabe, que indica, que esta nacion es de un orígen múltiple ó mezclado. Aquellos á quienes se aplica, no la acceptan de buena gana, y se llaman á sí mismos en sus libros *Itiopiawani* ó etiopes. Se designan tambien por el nombre de su provincias, como tigrios, de la de Tigre; amhareos, de la de Amhra. El Tigre comprende todo lo que se encuentra entre el mar Rojo y el Tacazze, y el Amhra se estiende, del Tacazze á las orillas del Nilo. Por último, esta division de la Abisinia en dos partes, carece de precision geográfica. Hay otras muchas provincias mas pequeñas contenidas en la primera, é independientes por lo tanto del Tigre; y el Amhra, que dá su nombre á toda la segunda mitad del imperio, no constituye sino su mas corta porcion. Se hablan aquí, sin embargo, infinidad de idiomas diferentes, además del ambaric. En Tigre, no se habla mas que el gheez, es decir, la antigua lengua de los pastores.

Hemos hablado de minas considerables de oro y plata en el pais de Sofala. Se encuentran allí tambien, restos considerables de edificios construidos con piedra y cal. Los habitantes del continente de Africa, y los de la península de Arabia, que les es opuesta, están contestes en decir, que este fué el asiento del imperio de la reina Saba, célebre por el viage que hizo á Jerusalen, y sostienen, que los restos de arquitectura que por aquí se ven esparcidos, junto con algunos otros monumentos, pertenecian á la corte, ó á su principal residencia. Añaden además, que todo el oro, la plata, y los perfumes, procedian de su reino de Sofala, que era el *Ofir* que menciona la Escritura, y que este estado llegaba hasta Aziab, estendiéndose á la vez sobre las costas del Océano Indico, y sobre la del mar Rojo. No nos detendremos en probar, con Bruce, que la reina de Saba no fuese árabe, y sí etiópica, y de la raza de los pastores cushitas. Los árabes sabeos, ó los homeritas, que habitaban la costa de Arabia opuesta á Aziab, eran gobernados por reyes y no por reinas, al contrario que los pastores, que no tenian mas que reinas. A mas de eso, los reyes de los homeritas no salian jamás de su pais, y si se les veia en público, se les apedreaba, y un pueblo que trata así á sus soberanos, mal podria sufrir que su reina se hubiese ido á viajar, si realmente hubiese sido gobernado por una muger, lo que no es cierto. El tráfico contínuo é importante de negocios comerciales que los sirios y judíos tenian constantemente con los cushitas y los pastores de la costa de Africa, les habia familiarizado mútuamente. La reina de Saba, soberana de estos paises, concibió naturalmente el deseo de ver por sí misma el uso que se daba á los inmensos tesoros, que por espacio de tantos años, se esportaban de sus dominios, y quiso conocer á Salomon, que los empleó tan magníficamente. Paganos, árabes, moros, abisinios, todos los pueblos comarcanos están contestes en este hecho, y le espresan en los mismos términos que la Escritura santa. Los anales de Abisinia, llenos de curiosos detalles sobre el viage de Makeda, dicen que está reina era pagana cuando partió de Aziab; pero que, asombrada de ver la sabiduría y las obras de Salomon, se convirtió al judaismo en Jerusalen, y que tuvo del rey de los hebreos un hijo llamado Menilek, que fué primer rey de los abisinios. La reina regresó á Saba ó Aziab con su hijo, le tuvo con-

sigo algunos años, y luego se le volvió á su padre para que le instruyese. Salomon nada perdonó para la educacion de este hijo. Menilek fué despues ungido y coronado rey de Etiopía, en el templo de Jerusalen, y tomó el nombre de David. Al regresar á Aziab, llevó consigo á una colonia de judíos, entre los cuales iban muchos doctores de la ley de Moisés, y en particular, uno de cada tribu. Estableció á estos doctores, como jueces en su reino, y de ellos descienden hoy los Umbares actuales, jueces supremos, de los que tres al menos, acompañan siempre al rey. Con Menilek, estaba tambien Azarias, hijo del gran sacerdote Sadoc, el que llevó á Abisinia una copia de la ley, que quedó confiada á su custodia. Azarias recibió, pues, el título de *Nebrit*, (depositario); y aunque ese libro de la ley, ha sido quemado, como se asegura, sin embargo, los descendientes de aquel, son aun Nebrits. Así fué, como la Abisinia se convirtió al judaismo, y su gobierno eclesiástico y político, quedó modelado por el que habia en Jerusalen. Antes de morir Makeda ó Saba, dejó establecida la ley de sucesion á la corona, disponiendo, que la corona fuese hereditaria en la familia de Salomon; que en adelante ninguna muger pudiese subir al trono, y que este se adjudicase al mas próximo pariente varon, con absoluta esclusion de las hembras, aun las mas cercanas. Además, para prevenir las guerras civiles, decidió, que los descendientes varones de la casa reinante, fuesen relegados á una montaña inaccesible, donde permanecerian como presos hasta su muerte, ó bien, hasta que la sucesion á la corona se declarase á favor de algunos de ellos. Despues de haber instituido estas leyes irrevocables para toda su posteridad, murió Makeda, ó lo que es lo mismo, la reina de Saba, el año novecientos ochenta y seis, antes de Jesucristo.

Menilek, que la sucedió, lleva tambien en la série de los monarcas abisinios, el dictado de Ebu-Hakin, (*hijo del Sabio*), circunstancia por la que su filiacion parece positivamente confirmada. El P. Tellez, jesuita, autor de una Historia de Etiopía, en portugués, y generalmente estimada, confiesa, que nunca se atreveria á desechar este orígen de la familia real de Abisinia. El emblema de los reyes descendientes de Salomon, y de la reina de Saba, es un leon rampante en campo de gules, y tiene por leyenda: «El leon de la «raza de Salomon, y de la tribu de Judá, ha «triunfado.» Por último, Salt ha quedado sorprendido de la íntima semejanza que se nota entre muchas costumbres de Abisinia y las del pueblo hebreo antes de Salomon, y á veces le costó trabajo el no creerse, en medio de los israelitas, y aun transportado algunos mil años atrás, estando en la Abisinia actual, y remontando aquellos tiempos en que los reyes eran pastores, y en el que los príncipes de la tierra, armados de honda y lazo, se presentaban á combatir á los filisteos. Menilek ó David I, dejó á Aziab ó Saba, lugar de su primera residencia, para venir despues á habitar á Axum que lleva hoy dia el nombre de *Agheda Dawid* (rama de David), y á poca distancia de la cual se vé una llanura, llamada *Azabo*, en recuerdo de la antigua capital Aciab. El pais que se estiende al este de la Abisinia, y al sud, fué largo tiempo gobernado por un caudillo, llamado *Baher-Negache*, es decir, rey de la mar, ó de la orilla del mar. Otro gefe comandaba en el Yemen, que desde los primeros tiempos perteneció al imperio de Abisinia, y cuyos habitantes, sabeos-paganos en un principio, como los demás súbditos de este imperio, fueron convertidos al judaismo, durante la edificacion del templo de Jerusalen. El nombre del monarca abisinio era *Negusa-Negast* (rey de los reyes).

En Nubia, (Etiopía inferior), donde todas las reinas han llevado el nombre de *Candaces*, como el de Faraon, todos los reyes de Egipto, se estendieron las primeras semillas del evangelio, por el eunuco, que S. Felipe, uno de los siete primeros diáconos de la Iglesia, bautizó en el camino de Jerusalen á Gaza, cuyo eunuco era gran tesorero de la Candaces

entonces reinante. Hetum, citado por Fabricio, dice que Sto. Tomás fué el que evangelizó á los nubios. Pero parece que el cristianismo no echó raices en estos pueblos, si atendemos á una inscripcion encontrada en Axum, por el abate Sapeto, lazarista (1), y la cual hace ver que la Nubia no tomó hasta el siglo vi la fé cristiana de la Abisinia (Etiopia superior), y esta misma la recibió el 341 como vamos á esponer.

Un filósofo, llamado Metrodoro, en el siglo iv, penetró en la Persia y en la India ulterior. A su vuelta, presentó al emperador Constantino el Grande, ya dueño y señor del Oriente, piedras preciosas y otros objetos de curiosidad, recogidos en su viage. Alentado por el buen éxito de Metrodoro, Merope, otro filósofo de Tiro, pero griego de nacimiento, emprendió el mismo viage, llevando consigo á sus sobrinos, Edesó y Frumencio. Detenido su barco, en un puerto de la costa de Abisinia, fué asaltado por sus naturales, y muertos todos sus pasageros, perdonando solo de la general sentencia á Frumencio y Edesó, cuya juventud y belleza les interesaron, y se los presentaron al rey, que habitaba entonces en Axum. Este príncipe les acogió con benevolencia, y reteniéndoles consigo, aquellos aprendieron pronto la lengua y se hicieron querer del soberano, que les profesaba ya la mas tierna afeccion. Edesó fué nombrado guardamuebles de la casa real, cargo, que desde entonces hasta ahora, es desempeñado por un estrangero, y de la misma nacion. Frumencio fué tesorero y ministro de Hacienda. Al morir el soberano, les recompensó de sus servicios y les dió además su libertad. Antes de pasar adelante, conviene decir, que, en Abisinia, aunque las mugeres están escluidas del trono, hay en cambio otra ley ó costumbre, no menos rigurosamente observada que la primera, y es, que la princesa que ha sido coronada en vida del rey, su esposo, llega á ser indefectiblemente, á la muerte de este, regenta del reino, y tutora, mientras vive, del rey menor, su sucesor. Suponiendo pues, que una reina, sea coronada por su cónyuge, y que este muere, dejando un hijo, todos los hermanos y tios de este hijo son desterrados y relegados á la montaña, y la regenta gobierna al rey y al reino, durante la minoría. Además, si este hijo que reina, muere, y es reemplazado por uno de sus hermanos que están en la montaña, ó por algun otro príncipe de los relegados, no pariente de la princesa regente, esta no deja por esto la regencia, hasta que el nuevo rey sea mayor de edad; y arregla absolutamente á su placer, así el reino, como la educacion del rey menor. Ahora bien, á la muerte del monarca, protector de Frumencio y de Edesó, sobrevino una minoría, y los dos griegos, en vez de aprovecharse de su libertad para regresar á su pais, se quedaron para aconsejar á la regenta. Frumencio, que era el que tenia mas influencia en los negocios, deseando dar á conocer el evangelio á los abisinios, que eran todos judíos ó sabeos, convidó á muchos comerciantes europeos á que se estableciesen en el imperio, concediéndoles grandes privilegios, y el primero de ellos, el de procurarles la libertad y medios de profesar su religion. Cuando el príncipe llegó á ser mayor de edad, Edesó, volvió á Tiro, en donde fué ordenado sacerdote; pero Frumencio, cuya constante mira era la conversion de la Abisinia á la fé de Jesucristo, tomó el camino de Alejandría, con el fin de verse con su patriarca S. Atanasio, y encarecerle la necesidad que habia de mandar un obispo al pueblo abisinio, que hallaba muy dispuesto á recibir la palabra de Dios. En el sínodo, que á este objeto, reunió el santo patriarca, todos quedaron acordes en que ninguno era mas apropósito para aquel cargo que el mismo Frumencio, que debia consumar la buena obra que habia comenzado, y este, en su consecuencia, fué nombrado y consagrado obispo

(1) Mr. Sapeto, lazarista italiano, autor de unos estudios inéditos sobre la Abisinia, pais que él acaba de evangelizar como misionero, ha tenido la bondad de comunicarnos estas curiosas noticias, que mas completas se hallarán luego que se publique su preciosa obra, destinada á poner completamente en claro la historia religiosa, moral y política de los abisinios. (N. del autor).

de Axum. Revestido con este carácter, el nuevo prelado, volvió á Abisinia, donde sus virtudes, no menos que sus milagros, atrajeron un gran número de conversiones. Ninguna nacion quizá, abrazó el cristianismo con mas ardor y espontaneidad que la Abisinia. Abreha, sucesor de Melek, y su hermano Azbeha, á quien habia asociado al trono, fueron de los primeros en recibir el bautismo, el 341, y segun Sapeto, contribuyeron mucho por su fervor á propagar rápidamente el evangelio entre los abisinios. En esta época el arrianismo turbaba la unidad cristiana; pero Frumencio quedó siempre unido con S. Atanasio, que huyendo de la persecucion se refugió á Abisinia, por lo cual, el emperador Constante, protector de Arrio, escribió una carta altanera y amenazadora á los reyes abisinios, para que estradicionasen al santo, y le entregasen en manos del patriarca intruso Jorge. Ningun caso hicieron estos piadosos príncipes de aquella misiva, que comunicaron á S. Atanasio, quien la inserta en su *Apología á Constancio*. San Frumencio continuó edificando é instruyendo á sus ovejas hasta su muerte. Los abisinios le veneran como apóstol del pais de los axumitas ó Tigre, que constituye la parte mas importante de su imperio, poniendo igualmente en el martirologio á los reyes Abreha, ó Aizan, y á Atzbeha, ó Sazan, entre el número de sus santos. Un solo hecho bastará para demostrar, que se sostuvo por mucho tiempo el celo de los abisinios por el cristianismo. Entre los años 480 y 528, Tacena, llevó la luz de la fé á la Nubia, y aun al corazon mismo de la Libia, como asegura el abate Sapeto: Caleb, hijo de Tacena, llamado el *Bendito*, estendió su celo por la Arabia, que ya tenia en su seno muchos judíos, cuyo número y riquezas les hicieron dueños absolutos de muchas partes de su península. Habiendo perseguido cruelmente el rey de estos judíos á los cristianos en tiempo de Justino el Mayor, Caleb, invitado por el emperador griego, se dirigió á combatir al perseguidor, y despues de algunos años de guerra sin resultado, abdicó en favor de su hijo; envió su corona á Jerusalen, y se retiró á un monasterio, sin llevar mas consigo que una copa para beber y una estera para acostarse. Muy luego las conquistas de los mahometanos en Arabia, obligaron á los abisinios á abandonarla y retirarse á la costa de Africa, de la que los musulmanes ocuparon aun algunos pequeños territorios que se erigieron en reinos.

Mucho tiempo antes de la colonia judía que siguió á Menilek á Abisinia, y que abrazó el cristianismo á consecuencia de la predicacion de Frumencio, habian arribado á ese pais, desde la época de Nabucodonosor, otros judíos llamados *falachas*, ó emigrados, gobernados por un gefe particular, y los cuales no se convirtieron al cristianismo. Estos falachas dicen, que Makeda ó Saba, vivió en Saba ó Aziab, pais del incienso y de la mirra, situado á orillas del mar Rojo, y que, bajo los auspicios de Hiram, rey de Tiro, y acompañada de su hijo, fué á Jerusalen; que no hizo el viage por mar, ni atravesó la Arabia; sino que de Aziab fué á Palestina, de donde regresó, dando la vuelta por Masanah y Suakin, escoltada por sus propios súbditos los pastores; y que ella en fin se servia para su montura de un camello blanco y de una talla estraordinaria. Los falachas, apenas se diferencian en nada de los abisinios cristianos, creyendo como aquellos en el nacimiento é instalacion de Menilek, y venida de Azarias y de los ancianos y doctores de Israel, negando únicamente que los descendientes de estos abrazasen el cristianismo. Añaden que cuando el comercio del mar Rojo cayó en manos estrangeras, y por consiguiente quedó interrumpido entre Jerusalen y los judíos de Abisinia, los habitantes se retiraron lejos de la costa, quedando las ciudades y villas de aquella parte desiertas, ocupándolas èn su lugar los judíos que siguieron con el comercio, especialmente en el ramo de alfarería, que perfeccionaron en gran manera. Esta clase industriosa se multiplicó prodigiosamente, y ya era muy poderosa en la época de la predicacion de Frumencio, ó como dicen aun los judíos obstinados, de la apostasía, bajo

los reinados de Abreha y Atzbeha. Aunque no por causa de religion, y sí por motivos de ambicion y rivalidad, ambos pueblos se pelearon en muchas ocasiones, y no pudiéndose sostener los falachas en las llanuras de Dembea por falta de caballería, se encastillaron en las escarpadas rocas, de que está erizada la triple cadena del Semen y fundaron su capital en una de esas rocas, llamada despues, por eso, roca judía.

Las tres cadenas de montañas del Semen, que son muy estensas, tienen cada una su fisonomía particular, y presentan el mas bello espectáculo que puede ofrecerse á la vista de un hombre. En su primer plano, las montañas se ven ligeramente empinadas pero compactas, unidas, y tan fuertes, que parecen desafiar á la misma eternidad. La segunda cadena, no menos admirable, se estiende verticalmente, y unida por uno de sus flancos, apareciendo á cualquiera como inaccesible por todos puntos, y elevándose de su centro y costados colosales, pirámides, como asentadas sobre un inmenso pedestal, ó torres gigantescas con chapiteles cónicos, cuyas puntas indican silenciosamente el cielo. Toda la masa de la montaña, en su conjunto, presenta la forma de una vasta fortaleza, por cima de la cual, se han construido formidables defensas para desconcertar todo el poder y los recursos del arte de un enemigo. Detrás de esto, aparece aun mas alta y mas espantable la última cadena, que atraviesa las nubes y se pierde en su oscuridad.

Por los años 979, Gedeon y Judit (nombres adoptados con preferencia por los gefes de los falachas) gobernaban este pueblo. Su hija llamada Ester, se hacia notar por su rara belleza no menos que por su genio intrigante. Habiéndose casado con el gobernador del distrito de Bugna, cercano al de Lasta, paises ambos llenos de judíos, pudo hacerse con un partido tan poderoso, que resolvió, ayudada de él, destruir el cristianismo de Abisinia, y con él la línea cristiana de los descendientes de Salomon. Los hijos de la familia real abisinia, estaban confinados, segun la antigua ley, en la montaña de Devra-Damo en el Tigris, la que MM. Combes y Tamisier tienen por inaccesible: «La cumbre de esta enorme roca, dicen, cortada á pico, por todas partes está cubierta de una capa de tierra vegetal y fértil que se beneficia con cuidado; pero sus productos son insuficientes para abastecer á los habitantes de este monte, que tienen buen cuidado de hacerse con provisiones traidas de fuera. Segun los abisinios, se encuentran en esta planicie ciento cincuenta cisternas, que se llenan del agua llovida, y que jamás se ven secas. Para llegar á la cúspide de la montaña, es menester hacerlo, sujetándose por medio de una cuerda que se arroja desde arriba, de mas de treinta brazas, y ciertas personas no pueden resistir este viage aéreo, sin llegar arriba completamente desvanecidas.» Por inespugnable que pareciese esta roca, Ester la sorprendió, y mandó, una vez dueña de ella, degollar á todos los príncipes que allí habia desterrados, en número de cuatrocientos; pero los nobles de la provincia de Amhara, al saber esta catástrofe, salvaron al príncipe heredero, aun niño, llamado Del-Naad, y le trasladaron al pais fiel de Choa. Judit, por otro lado, taló el pais de Axum, y transportó la residencia del gobierno á Lasta.

La dinastía judía fundada por la cruel Ester, quedó estinguida á la quinta generacion, y la reemplazó una familia cristiana que no era de la línea de Salomon, y uno de sus príncipes llamado Lalibela, comenzó á reinar el 1146. Este fué, el que consta que fundó en Jerusalen un convento de monges abisinios el 1189. Los musulmanes perseguian por ese tiempo en Egipto á los cristianos, ensañándose particularmente con los albañiles y picapedreros, por reputar su oficio como la mayor de las abominaciones. Lalibela abrió generosamente sus estados, á cuantos de estos quisieron en ellos refugiarse, huyendo de la persecucion, y mandó construir muchas iglesias talladas en peña viva, en las grandes

rocas de la montuosa provincia de Lasta, su patria, las cuales aun permanecen intactas hasta el presente. Vénse en su interior grandes columnas aisladas, labradas en la misma roca, y con tanta perfeccion, como las que se ven en edificios hechos esteriormente de mampostería. Por último, uno de los sucesores de Lalibela, á instigacion de Tecla-Haimanut, (*la Planta de la fé*) entonces *Abuna*, (nuestro padre), es decir, obispo, entregó el cetro de Makeda á la raza de Salomon, á quien legítimamente pertenecia, en la persona de Icon-Amlac, descendiente de Del-Naad, que reinaba en Choa, y que en vez de ir á residir á Axum, corte de sus antecesores, habia establecido la suya en Tegulet, entre las comarcas que habian quedado fieles á la familia. Por el tratado concluido en 1268, se asignó al príncipe resignatario, por via de compensacion, el pais de Lasta, como soberanía independiente; y este cedió la tercera parte de este reino al *abouna* ú obispo, para que en adelante pudiese disponer de él á su arbitrio, para las necesidades del clero, y gastos del culto: y á fin de unir mas estrechamente la iglesia de Abisinia con la de Alejandría su madre, se estipuló, en el tratado arriba dicho, que ningun abisinio podria, desde entonces para siempre, ser nombrado obispo; sino que se pediria uno á Egipto, pais que tan desgraciadamente estaba ya sumido en el cisma y heregía de los jacobitas.

Se ha dudado mucho acerca de la época fija en que la Abisinia fué envuelta en esos mismos errores. «La Nubia fronteriza al Egipto, no se pervirtió dicen las *Cartas edificantes*, hasta mediados del siglo XIII. La historia de los jacobitas, nos suministra una prueba cierta, y es, que los patriarcas heréticos de Alejandría, no consagraban aun al obispo de Etiopía, á principios de aquel siglo; y únicamente se vé en dicha historia, como cierta y palpable, la comunicacion de la iglesia etiópica con los patriarcas jacobitas, á principios del siglo siguiente, por lo que se debe suponer que la Etiopía conservó su fé pura, hasta el siglo IX, y no la perdió, sin que este cambio de religion no escitase disturbios. El obispo jacobita, Jacob, enviado por el patriarca de Alejandría, halló resistencia en su admision, y fué desposeido al cabo de algunos años; pero al fin, prevaleció el partido herético, y el abuna jacobita, fué reintegrado en sus funciones. La iglesia etiópica, no podia entonces obtener apoyo alguno ortodoxo de la iglesia griega, inficionada ya y perseguida por los inoclastas.» Hoy dia se tiene por cosa averiguada, despues de las profundas investigaciones del abate Sapeto, que la Nubia y la Abisinia, se pervirtieron en la segunda mitad del siglo VII.

El abuna se escoge de entre los monges coptos; pero el título de obispo de Abisinia no es envidiado por nadie. Debilitado el celo por la salvacion de las almas, y sabiendo el abuna, que su cargo le condena á un destierro perpétuo, y á permanecer hasta su muerte en medio de una nacion, cuya lengua ni aun comprende; mas de una vez ha sido empleada la violencia, para obligar al monge electo por el patriarca, para que acepte el episcopado. El abuna para trasladarse á Abisinia, toma el camino de la Arabia, ó el de Sennaar, y á las duras humillaciones que los musulmanes le hacen sufrir en el tránsito, se suceden las ovaciones desde el punto en que llega á pais cristiano. El abuna Tecla-Haimanut, se hizo célebre, no solo por haber restablecido la línea de Salomon, sobre el trono de Abisinia, como queda dicho, sino por haber fundado el órden de los monges de Debra-Líbanos, en Choa. Estos religiosos tienen por su gefe al *Etchegue*, cuya vigilancia, además se estiende sobre todos los restantes monges del imperio. Los religiosos llamados de S. Eustatio, tienen tambien su superior especial, que lo es el del convento de Mahabara-Selasia, situado al nord-este de Abisinia, cerca de Kuara y del pais de los changallas. Usamos aquí impropiamente de la palabra convento, puesto que los monges abisinios no viven en comunidad en sus monasterios, co-

mo los de Europa, sino en casas particulares pequeñas, que construyen alrededor de sus iglesias, cultivando cada uno de ellos el campo que se le asigna para su sustento. Poncet, dice de estos religiosos: «Por la noche se levantan dos veces para cantar salmos. Fuera de la iglesia, su trage, es casi igual al de los seglares, diferenciándose únicamente por una especie de gorra morada que llevan en la cabeza. Se les respeta mucho en Etiopía.» Tambien se conocen religiosas, y aunque por lo general, las mugeres carecen completamente de educacion en Abisinia, muchas de estas monjas saben leer, y se las encuentra á veces cargadas con enormes libros que llevan metidos en sacos de cuero. Para la bendicion del etchegue, dos sacerdotes suspenden un velo blanco sobre su cabeza, mientras que un tercero reza una oracion análoga á la ceremonia, despues, los tres ponen á un tiempo las manos sobre su cabeza, y cantan algunos salmos. En épocas de revueltas, el etchegue es un personage aun mas importante que el abuna ú obispo. La codicia, la ignorancia, y sobre todo, la falta de firmeza de carácter de los abunas, han hecho decaer mucho la veneracion que antes se tenia por estos prelados. Su mayor ocupacion es la ordenacion de eclesiásticos, que son aun mas ignorantes que aquellos, y á veces de peores costumbres. Han disminuido mucho las pingües rentas que en otro tiempo disfrutaban los abunas; pero en cambio, se desquitan de esa pérdida, con pequeñas retribuciones que exigen á cada uno que se ordena, ó á quien bendicen, costumbre que les hace ser generalmente acusados de simoniacos. Vamos á esplicar, segun el testimonio ocular de MM. Combes y Tamisier, lo que es el clero abisinio, bajo la direccion de semejantes prelados.

«Los jóvenes, dicen, que aspiran al sacerdocio, son generalmente pobres, sin fortuna, y que viven de limosna. Su trage ordinario, consiste en una capa hecha de pieles de cordero negro con la lana por defuera, lo que les hace parecer animales salvages, y muchos de ellos sirven de criados á otros sacerdotes de mas importancia.

«Los diáconos llevan tambien una capa, pero esta es de piel curtida y teñida de negro, y la cierran dos como broches compuestos de correas de cuero de varios colores. Un calzoncillo á la albanesa, que cae sobre las rodillas, completa su trage. Cuando un diácono ha llegado á aprender la lengua sagrada, que por lo comun no comprende, como prueba de devocion, está obligado á salir de su pueblo, y emprender una peregrinacion, que suele ser á Lalibela, á Axum ó á Debra-Líbanos, y si es muy intrépido, llega hasta Jerusalen; pero son muy pocos los que se atreven á emprender tan largo viage.

«Los peregrinos, despues de proveerse de un baston y un saco, se unen con las caravanas, y hacen el viage con ellas. Llegados á cualquiera estacion, van de puerta en puerta á rezar algunas oraciones, y en cambio reciben de los fieles un poco de harina de maiz, ó trigo que mezclan con agua, hervida, la que comen sin otro aderezo. En el tiempo bueno, duermen en las cuadras con las bestias, y cuando arrecia el frio, se les dá sitio en el hogar. Si llegan á un pueblo, en el momento de celebrarse un entierro, se les convida al banquete fúnebre, que dá la familia del difunto. Al presentarse á la puerta de la morada de alguna persona rica, ó de importancia, los peregrinos imploran su caridad en nombre de todos los santos, y si se les niega la limosna, invocan al patron del dueño de la casa, y entonces es muy raro que dejen de obtener algun socorro. Su principal recurso es el de los amuletos. Llevan en su saco muchos de estos, hechos de madera de árbol, al que ha tocado un rayo, y á ellos atribuyen la virtud de curar y preservar de toda clase de enfermedades; y otros consisten en dientes de hiena, ó algunos pedazos de su piel, lo que segun ellos, pone á cualquiera al abrigo de cualquier sortilegio ó encantamiento.

«Cuando estos diáconos han sido elevados al sacerdocio, su existencia es mas tolerable,

y su trage mas rico, que consiste en una túnica de tela de algodon fino; y á imitacion de los abisinios bien acomodados, se dejan crecer la barba, y cortan el caballo, rodeando su cabeza con un gran turbante. Calzan su pié con sandalias, y llevan en la mano un quitasol, que los preserva de sus rayos. Algunos llevan contínuamente en la mano una cruz pequeña, que hacen besar á los devotos que encuentran á su paso. Los de mas importancia y mas ancianos de entre ellos, se apoyan en una especie de cayado ó báculo, que tiene en su parte superior una cruz de hierro.

« Para llegar al sacerdocio, no hay obligacion de haber sido antes peregrino. Desde que cualquiera sabe rezar algunas preces, y leer algun capítulo de los evangelios en copto, se puede presentar al abuna, quien sin hacerle sufrir otra clase de exámen, sin informarse de su moralidad siquiera, le impone las manos, y le transmite el poder de atar y desatar; hasta hay personas, que aun sin saber leer, tienen la destreza de hacerse ordenar de sacerdotes; y para eso aprenden de memoria algunos capítulos de los evangelios de S. Márcos ó de S. Lucas, y tomando un libro abierto en la mano, hacen como que los leen, y esto basta.

« El estipendio de los sacerdotes, se lo pagan los *alacas*, que son una especie de recaudadores de las rentas de las iglesias. Estos por lo comun, son legos y arrendatarios muchos de las tierras que pertenecen al clero. Los sacerdotes de mas importancia están bien retribuidos, pero los inferiores ganan muy poco.

« Los donativos y ofrendas de los fieles, en general son muy pequeñas; pero en cambio, los peregrinos y los sacerdotes llamados *Dabsaras* ó doctores se aprovechan bien de la superstícion de los abisinios, respecto á los amuletos. Consisten estos en tiras largas de pergamino, sobre las que escriben los versículos del evangelio, y en los de mas valor, dibujan imágenes de la Virgen, ó de los santos, los cuales venden caros á los grandes personages que los llevan siempre consigo, enrollados en unos como estuches cilíndricos, de badana verde, y con muchos de estos reunidos, se forman collares, que pesan bastantes libras. El uso de los amuletos no es solo reservado y peculiar á los hombres y mugeres, sino que se aplican igualmente á las mulas, caballos, y otros animales. ¡Deplorable supersticion en la que ha sumido el error á los cristianos degenerados! Y lo mas notable es, que los mismos sacerdotes tienen fé en la maravillosa virtud de esos pergaminos que bendicen, y que luego venden á buen precio.

« La mayor parte de los alacas comprenden la lengua religiosa, y por eso, en sus casas dan lecciones á los diáconos, esplicándoles los testos de los libros santos, y enseñándoles á su manera lo que ellos llaman teología.

« Entre los católicos, un defecto físico ó deformidad notable escluyen del sacerdocio; entre los abisinios no es obstáculo alguno para obtener esa dignidad, y así es muy frecuente ver á sacerdotes contrahechos, y de facha repugnante.

« Apesar de todo lo enunciado, estos eclesiásticos llegan á hacerse respetar. Cuando pasan por las calles públicas, son saludados por los fieles, y cuando se presentan en una reunion cualquiera, todos se levantan, y cada uno se apresura á besarles la mano. Los reyes tienen siempre consigo, como de su servidumbre, varios sacerdotes que disfrutan de gran consideracion, y cuya influencia política es á veces inmensa, tanto, que si un príncipe emprendiese una guerra contra el parecer de esos sacerdotes, el ejército, al saberlo, no se moveria ó se batiria mal. Antes del combate, bendicen á las tropas, para inspirarles valor, y despues de la victoria, las bendicen segunda vez, como en recompensa de su arrojo. » Este respeto al sacerdocio, que se nota en este pueblo herético y semi-bárbaro, es una grande leccion para las naciones católicas civilizadas, que desconociendo el carácter sagrado de los ministros del Señor, los miran con la mas desdeñosa indiferencia, si es que no los ultrajan ó desprecian.

«Con dificultad se hallará pais alguno, dice Bruce, don se hayan edificado mas iglesias que en Abisinia. Aunque el terreno es montañoso y los puntos de vista por consiguiente limitados, raro es aquel, desde el cual no se distingan claramente cinco ó seis iglesias á la vez. Cualquiera persona rica, que durante su vida, ó para despues de su muerte, cuida de levantar un templo, ya cree por ese medio espiar cuanto mal haya podido hacer durante su existencia. El rey erige siempre un gran número de ellos, y cuando se gana una victoria, generalmente se construye una iglesia en medio del campo, infecto aun por el olor de los cadáveres de los vencidos. Los abisinios, cuidan mucho de situar sus iglesias cerca del agua corriente, por la razon de poder así observar mejor y con todo rigor, las leyes mosáicas, en la parte que concierne á las abluciones y purificaciones. Eligen tambien para esos edificios sagrados, las cumbres de las montañas, que rodean luego de bosques de cedros, cuyo conjunto presenta un aspecto magnífico. Todos los templos son redondos, y su techo es de forma cónica ó puntiaguda. Su parte interior está dividida en muchos compartimientos.» Vénse desde luego, dos corredores circulares, como coros, donde los fieles se sientan para orar. En medio está el *Maydas* ó Santo de los santos, que contiene el *Tabot*, ó altar para celebrar el santo sacrificio. Cuantas veces se entra en la iglesia, hay que besar el umbral de la puerta, antes de pasar adelante. Nadie puede penetrar en el Santo de los santos ó presbiterio, como no esté puro. Si no lo está, tiene que quedarse fuera de la iglesia y rezar sus oraciones desde lejos. Las personas de ambos sexos, á quienes, segun los antiguos ritos judáicos, no se permitia la entrada en el templo, se quedan igualmente á una cierta distancia de él, y esceptuando el tiempo de cuaresma, por lo regular hay mas gente fuera de la iglesia, que dentro. En el interior, se ven algunos cuadros ó pergaminos pintados; pero no esculturas, porque esto se considera allí como idolatría. Tambien se ven algunos frescos pintados en los muros esteriores, que representan por lo comun escenas del Antiguo y Nuevo Testamento, imágenes de Jesucristo, de la Virgen, de S. Miguel, ó S. Jorge. A este santo le presentan montado sobre un caballo enjaezado á lo abisinio, armado como los soldados del pais con lanza, escudo y espada en el costado derecho. No hay dibujo ni perspectiva en estos cuadros. Sobre la cúspide del techo se eleva una gran cruz de hierro, de cuyos brazos cuelgan muchos huevos de tortuga. El pavimento es de ladrillos de colores, formando dibujos, y se observa mucha limpieza en todos los templos. Durante sus misas y el oficio divino, los abisinios están incensando contínuamente. Todos los domingos se leen varios pasages de los evangelios; un año no se lee mas que el de S. Juan, otro el de S. Lucas, y así sucesivamente, y por esto, cuando se pregunta á un sacerdote por la época de un suceso pasado, contesta: «Esto fué en el año del evangelio de S. Mateo ó de S. Márcos, etc.» Jamás se predica un sermon, y cuando los fieles están reunidos en la iglesia, todo se reduce á salmodiar himnos ó cánticos. El canto de los abisinios es ajustado y agradable al oido, y mas, cuando le acompañan instrumentos. La melodía del canto en las fiestas de primera clase, es mas complicada y de tono mas elevado, mientras que en los dias comunes ó festividades pequeñas es mas sencillo y moderno. La leyenda reconoce como el autor de esta música sagrada á S. Yared, que nació en el Semen, bajo el reinado de Guebra-Mascal, hijo de Caleb, y á quien dicen fué milagrosamente inspirada.

Los templos tienen el privilegio de servir de asilo, no solo para las personas, sino hasta para las cosas, y así puede depositarse cualquier objeto dentro de su recinto, con toda seguridad de que no será sustraido. Si es cierto, que los templos paganos de Meroe, de Axum, de Aciab, etc., servian en otro tiempo de estaciones á las caravanas, y si la proteccion concedida á las mercancías, que en esos santuarios se guardaban, permitia á los trafican-

tes dar mayor impulso á su comercio, llevando al Egipto el oro, el marfil y los aromas para embalsamar las momias, no lo es menos, que en la actualidad, la religion cristiana, no menos protectora, toma bajo su tutela en Abisinia las vidas y las propiedades. Poncet, hablando del cristianismo desfigurado de los abisinios, dice, que ellos reconocen la Escritura y los sacramentos; que creen en la transubstanciacion del pan y del vino en el cuerpo y sangre de Jesucristo; que invocan á los santos, como nosotros; que comulgan bajo las dos especies y consagran el pan con levadura, como los griegos; que observan cuatro cuaresmas como los demás orientales: la gran cuaresma, que dura cincuenta dias, la de S. Pedro y S. Pablo, que dura mas ó menos, segun cae mas ó menos adelantada la Pascua, la de la Asuncion, que es de quince dias, y la de adviento, que dura tres semanas. En todas estas cuaresmas, no comen huevos, leche, ni queso, y ayunan con el mismo rigor todos los miércoles y viernes del año. A nadie se dispensa de esta obligacion: jóvenes, viejos, y aun los enfermos, la guardan mientras pueden soportarla.

Los abisinios han conservado del rito judáico la circuncision. El niño es circuncidado al séptimo dia de su nacimiento. Esta ceremonia no pasa entre ellos como sacramento, sino como una práctica que se hace, como imitacion á Jesucristo que se sometió á esa ley. Por lo que toca á la circuncision de los varones, nadie la duda por poco versado que esté en la historia del pueblo hebreo; pero en cuanto á la de las mugeres, «es, dice Bruce, por lo que ha podido averiguar, una práctica de gentiles, práctica mucho mas generalmente estendida que la primera, en esta parte del Africa, limítrofe del Egipto y de la Arabia, y á la que mejor que circuncision, se deberia llamar escision.»

Cuando los infantes nacen con débil constitucion, se dan prisa á bautizarlos, pero cuando salen á luz robustos y sanos, no se les administra el sacramento, sino pasados ocho dias, si son hembras, y cuarenta, si son varones. El niño que se lleva á la iglesia para este objeto, primero se le desnuda y se le lava de piés á cabeza con agua bendita, en la que se han derramado algunas gotas del santo Crisma; el sacerdote mete la mano en el agua, y hace una cruz sobre la frente del infante diciendo: «Yo te bautizo en el nombre del Padre; yo te bautizo en el nombre del Hijo; «yo te bautizo en el nombre del Espíritu santo.» El sacerdote pone en seguida un cordon de seda azul, al cuello del nuevo cristiano, y le administra en seguida la comunion y la santa uncion. Despues de esta ceremonia, se reviste al niño con una túnica blanca, y el padrino le toma en sus brazos.

Entre los abisinios, la declaracion de los pecados es muy imperfecta: hé aquí de la manera que la hacen. Se prosternan primero á los piés del sacerdote, que está sentado, y se acusan de ser grandes pecadores, de haber merecido el infierno por sus culpas; pero sin citar jamás circunstancia alguna de los pecados que han cometido. Despues de esta declaracion tan genérica, el sacerdote, teniendo en su mano izquierda el libro de los evangelios, y una cruz en la derecha, toca con esta los ojos, los oidos, la nariz, la boca, y las manos del penitente, recitando algunas preces; lee en seguida el Evangelio, hace muchas veces sobre aquel la señal de la cruz, le impone una penitencia, y le despide. Si el que se confiesa, encuentra al director demasiado riguroso, le dá algunas monedas, y este se encarga de ayunar por él.

«Cuando se dá la comunion, dice aun Poncet, todos los fieles se retiran de la iglesia, no quedando en ella mas que el sacerdote y los que van á comulgar. No sé si los que se van, hacen esto por un sentimiento de humildad, creyéndose como indignos de participar de los divinos misterios.» Los abisinios comulgan bajo las dos especies, con pan, que siempre ha de preparar un hombre, no una muger, y con granos de uvas pasas prensados, de los que resulta, como dice Bruce,

una especie de mermelada ó vino muy espeso parecido á un jarabe que se dá con una cuchara. Es un error creer que no hay vino abundante en Abisinia. Lo hay muy escelente en *Ain-Adegha* (cepa de viña), y si este vino se conservase, habria con él solo, mas que cien veces suficiente para administrar la Eucaristía en toda la estension del imperio. Los trozos de pan consagrado, son de un grandor proporcionado al rango y calidad de los que comulgan. «Yo he visto, dice Bruce, comulgar á personas de categoría, á quienes el sacerdote, para demostrar su deferencia con ellos, les encajaba un pedazo de pan en la boca, tan grueso, que les daba angustia el masticarle, y esto lo hacian con tan poca decencia, y con no menos ruido, que cuando comian en su casa ordinariamente.» Despues de haber recibido el sacramento de la Eucaristía, bajo las dos especies, el comulgante bebe una copa de agua que le presentan, lo cual para algunos es de absoluta necesidad para poder deglutir todo el pan que de una vez se tragan. En seguida despues de comulgar, se retiran á un lado de la iglesia á orar un rato.» En las épocas de ayuno, los sacerdotes administran la Eucaristía, despues de las tres de la tarde, y en el tiempo ordinario, al rayar el dia.

Poncet nos dá igualmente curiosos detalles sobre los funerales. «Cuando muere algun etíope, dice, por todas partes no se oyen mas que gritos y lamentos. Todos los vecinos y amigos se reunen en casa del difunto, y lloran con los parientes que allí se encuentran. Lavan el cuerpo del muerto con un ceremonial particular, y despues de haberle envuelto en una sábana nueva de algodon, le colocan en el ataud, en medio de una sala, con hachas de cera alrededor. Entonces se redoblan los gritos y los lloros con mas fuerza. Los unos, ruegan á Dios por el alma del finado; otros, recitan versos en su elogio, ó se arrancan los cabellos, se pegan de puñadas, y aun se queman la carne para acreditar su dolor, y esta ceremonia, que es triste y algo ridícula, dura hasta que los religiosos vienen á llevarse el cadáver. Despues de haber cantado algunos salmos, y de hacer incensaciones, se ponen en marcha, teniendo cada uno en su mano izquierda una cruz de hierro, y un pequeño devocionario. Los mismos religiosos llevan el cuerpo durante el camino cantando salmos y oraciones. Siguen, haciendo el duelo, los amigos y parientes del difunto con sus esclamaciones y sollozos. Cuando el acompañamiento pasa por delante de una iglesia, se detiene, le rezan algunas preces, y siguen adelante hasta el lugar de la sepultura. Allí se renuevan los incensamientos, se cantan salmos en tono lúgubre, y despues se entierra el cadáver. Las personas de consideracion, son sepultadas en las iglesias, y los demás en los cementerios comunes, donde se plantan cruces en el lugar de las sepulturas. Todos los asistentes al entierro, regresan á la casa del difunto, donde concurren á un festin que está ya preparado. El duelo dura tres dias, por mañana, tarde, y noche, y siempre se está llorando, menos á la hora de comer, lo que se hace siempre en la casa del finado, y no en otra parte. Despues de tres dias, se separa el duelo hasta el octavo, que se vuelve á reunir en la misma casa para llorar dos horas, lo que se sigue practicando durante todo el año, como por via de aniversario. Cuando muere el príncipe heredero, ó alguna otra persona de rango muy superior, el emperador abandona todo el despacho de los negocios, á no ser los mas urgentes, por espacio de tres meses.» Bruce, tocante á esto, habla de una costumbre que concierne á las mugeres, y á la que él llama incision. Esta se observa con mucha frecuencia aun entre los judios, á quienes la ley se lo prohibe espresamente cuando dice: «Tú no te dañarás el rostro por causa de los que están muertos.» (Deuteron., cap. IV, vers. 6.°) En cuanto las abisinias pierden un pariente próximo, se hacen en cada mejilla una incision del grandor de dos cuartos; de forma, que en ese pais es muy comun ver cicatrices en la cara de las mugeres; y en tiempo de peste ó de guerra, antes que se ci-

catricen unas, ya se hacen nuevas incisiones.

La exactitud de las citas de Mr. Poncet, que hasta aquí hemos hecho, está confirmada por otras relaciones. Pero no podemos admitir su testimonio, como igualmente verdadero, sobre un hecho que narra, referente al año 1362. Por esa época, dice, un solitario llamado Philipos, se retiró á una montaña escarpada, desde la cual descubria gran estension de terreno. Su alimento era solo pan y agua. La reputacion de su santidad se estendió por todas partes, y predijo algunos sucesos que á su tiempo se realizaron. Un dia que este solitario se hallaba en contemplacion, se le apareció Jesucristo, y le mandó que edificase un monasterio en el sitio donde encontrase una varita de oro suspendida en el aire. El anacoreta Philipos la encontró, y obedeciendo, erigió este monasterio llamado *Bihen Jesus* (vision de Jesus), á causa de esta aparicion. Bruce y otros, le dan el nombre de monasterio de Bissan. Poncet, no se limita solo á referir la leyenda etiópica, sino que supone, que en la iglesia de ese convento, vió una varita de oro pendiente en el aire, sin apoyo alguno, lo que creyó un verdadero prodigio, respecto á que examinó bien el local y no halló artificio alguno; pero las *Cartas edificantes* de los jesuitas, posteriores á él, han acreditado este supuesto milagro de impostura de parte de los monges, y por consiguiente de falsa, la relacion de Poncet.

Despues de haber habiado de la religion de la Abisinia, diremos algo acerca de los reyes y de las ceremonias acostumbradas en su coronacion en la antigua capital de Axum, cuyo estado presente nos le describen MM. Combes y Tamisier en estos términos: « Axum es la mejor ciudad del Tigre. Tiene su iglesia, la mas notable de la Abisinia, aunque en realidad sea inferior á nuestros mas comunes graneros. Este edificio se halla dominado por árboles muy grandes que dan sombra y frescura. Las casas de Axum tienen la forma de un cilindro cubierto con un cono. Esta ciudad aparece como recostada al pié de una montaña que la resguarda, y todo respira en ella el mas profundo silencio y calma, despues que los reyes la han privado de ser capital. Al este de la iglesia, se nota un árbol gigantesco, haciendo juego con un elevado obelisco, alto esqueleto que contrasta admirablemente con aquel árbol macizo. Algunas otras columnas, que nada tienen de interesante, y algunos otros obeliscos caidos, iguales al que está aun en pié, es todo lo que Axum posee hoy dia de notable, como objetos de antigüedad. » (Pl. XXVI, n.º 1). La forma de las habitaciones, es casi la misma, en Calaat, (Pl. XXVI, n.º 2), en Dixan, (Pl. XXVII, n.º 1), y en Muculla (Pl. XXVII, n.º 2), que hemos indicado como privativa de diferentes puntos de Abisinia.

El dia de la coronacion, segun describe Bruce, el rey, vestido de damasco encarnado, con una cadena de oro al cuello, y la cabeza descubierta, aparece sobre un caballo ricamente enjaezado, en medio de toda su nobleza. Al llegar á la iglesia, le aguardan allí las hijas jóvenes de los umbares ó jueces supremos, y otro gran número de doncellas de las familias mas ilustres. Dos de las mas nobles, le cierran el paso con un cordon de seda, que coje de una parte á otra de la calle. El rey se adelanta, y al estar junto al obstáculo, las doncellas le preguntan quién es. « Soy vuestro rey, el soberano de Etiopía, contesta el príncipe. » Las doncellas, á una vez replican: « Pues no pasareis de aquí; vos no sois nuestro rey. » El rey retrocede, despues se presenta ante el mismo obstáculo, y las doncellas le tornan á preguntar: « ¿ Quién sois vos ? » — « Soy vuestro rey, contesta aquel, el rey de Israel. » Pero las jóvenes reponen: « No pasareis, pues no sois nuestro rey. » El monarca se retira, y avanza por tercera vez con aire mas resuelto. Las doncellas, inflexibles, estirando su cuerda, renuevan la pregunta. « Soy, pues, vuestro rey, el rey de Sion, » dice entonces el príncipe, y sacando su espada, divide de un tajo el cordon en dos. Al punto las jóvenes esclaman: « Esto ya es



verdad, vos sois nuestro rey, el verdadero rey de Sion.» Entonan, en seguida, una aleluya, y su voz es acompañada de todo el acompañamiento real. En medio de estas aclamaciones, el príncipe llega al pié de la grande escalera del templo, edificado sobre una plataforma. Detrás del rey, viene el nebrit ó depositario del libro de la ley, que representa á Azarias, hijo de Sadoc. Aparecen en seguida los doce umbares, sucesores de los ancianos gefes de las doce tribus; luego el abuna, al frente del clero secular; el etcheque ó cabeza de los monjes, presidiendo al clero regular, y por último, el acompañamiento todo pasa por entre los dos cabos del cordon de seda, que el príncipe hubo cortado, y que están caidos sobre el pavimento. Se apea luego el monarca del caballo, y se sienta sobre una piedra determinada que está por dentro de la primera puerta de la iglesia de Axum. «En esta parte del templo, dice Bruce, se encuentran tres pequeños recintos cuadrados y cercados de muros de granito con pequeños pilares octógonos en sus ángulos, lo cual parece todo obra egipcia. Sobre una piedra lisa, colocada en medio de uno de estos recintos, es donde, desde tiempo inmemorial se sienta el rey para recibir la corona, y por debajo del asiento, en el sitio donde apoya sus piés, hay como una pequeña prominencia oblonga, que no es de granito, sino de piedra comun, donde se lee aun en una inscripcion ya un poco borrada: «Ptolomeo Evergetes, rey.» Al monarca, en su coronacion, se le unge con aceite de olivo, que se derrama por cima de su cabeza, que aquel frota con ambas manos, para que penetre por sus largos cabellos. La corona de Abisinia se parece á una mitra de obispo, y es una especie de casco que cubre la frente, las mejillas, y el cuello; su forro es de tafetan azul, y su parte superior toda es de oro y plata, filigranada con bastante arte. En lo mas alto de la corona, está colocado un globo de vidrio encarnado, del cual penden varias campanillas de diferentes colores. Despues de coronado, el monarca, sube la escalera de la iglesia acompañado de los sacerdotes que cantan himnos y salmos. En la misa que despues se celebra, recibe la sagrada comunion. Por último, como complemento de esta ceremonia se dedican catorce dias á ejercicios militares, fiestas y regocijos de toda especie. Siguiendo la antigua costumbre, el monarca está obligado, por su coronacion, á hacer varios regalos, recibiendo otros en cambio. El que le hace el gobernador de Axum, consiste en dos leones y una bandera de seda, en la que está escrita esta divisa: «El leon de la tribu de Judá y de la raza de Salomon ha triunfado.» Cuando el rey concede algunas tierras, esta misma divisa ó lema, sirve de título para la investidura, colocando en la cabeza del donatario una banda semejante, en forma de lazo, y en la cual están escritas las mismas palabras. MM. Combes y Tamisier, nos han hecho observar, que desde que Tegulet ha llegado á ser la residencia real, los soberanos se hacen consagrar, sin pompa ni aparato, en su propio palacio.

Conforme á una antigua costumbre, los soberanos inauguraban con una gran partida de caza, la primera espedicion de su reinado. A esta jornada acompañaban al príncipe, todos los grandes oficiales y dignatarios del imperio cuyo mérito y talento estaban reconocidos, y el rey pasaba revista á toda su jóven nobleza, ataviada de la manera mas brillante, montada en soberbios alazanes, y seguida de gran número de criados. La cita para esta cacería, se fijaba por lo comun en el *Kolla* (ó pais bajo), donde abundaban las fieras mas notables y terribles, como elefantes, rinocerontes, leones, osos, leopardos, panteras, etc., y otra porcion de animales salvages. Desde el momento en que las fieras, hostigadas por los ojeadores, salian de sus madrigueras de los bosques, los cazadores, ya juntos, ya separados, las atacaban de frente, armados de largas picas ó javelinas. El rey, cuando no era muy jóven, rodeado de su servidumbre, veia toda la fiesta desde una eminencia, y se enteraba, ya por sus propios ojos, ya por lo que se le decia, de cuáles habian sido los ca-

zadores mas valientes y afortunados. Cada uno de estos, terminada la batida, presentaba como trofeo, ante la tienda del príncipe, una parte del animal que habia muerto, como la piel de un leon ó de un leopardo, los cuernos de un venado, los colmillos de un elefante, la cola de un búfalo, ó el cuerno de un rinoceronte. Lo mas apreciable para el soberano, eran los colmillos del elefante, de los que se hacia brazaletes y otros adornos que llevaba siempre consigo, para distribuirlos como un obsequio especial, entre los guerreros que mas se distinguian en el campo de batalla, y estos los conservaban como irrecusables pruebas de su valor en la jornada, y cuando habian obtenido del soberano suficientes para cubrir todo un brazo, entonces, tenian derecho, en un dia dado, á presentarse ante los doce jueces, que les espedian un testimonio de ello, el cual les daba derecho á optar al dominio de una tierra, cuyo valor no bajaba de veinte onzas de oro. No todas las reses muertas presentadas se pagaban á un mismo precio. Un elefante, un rinoceronte, ó una girafa, que á causa de su agilidad no podia ser cogida, sino por un hábil caballero; un búfalo, un leon, etc., valian dos brazaletes al vencedor; pero no recibian mas de uno por un leopardo, por dos javalíes jóvenes, ó por otras cuatro fieras de diferentes especies. Graves dificultades se originaban generalmente en estas grandes cacerías; y á fin de cortar las disputas, se nombraba un consejo que las dirimia, oyendo á las partes, presidido por un dignatario llamado el *Dims-hasha*, ó el Bonete colorado, por alusion á una especie de turbante que le cubria la frente, dejando la parte superior de la cabeza descubierta. No duraban mas de quince dias las partidas de caza que acabamos de describir. El rey, despues de haber presenciado el porte y respetuoso valor de sus nobles caballeros, aprovechaba ese conocimiento, para elegir con acierto las personas mas dignas de ocupar los puestos en el ejército, y en seguida, terminada la eleccion, los sacerdotes auguraban por ella, si su reinado seria próspero ó desgraciado.

El Kolla, campamento ordinario de estos ejercicios, está habitado por los changallas, negros de origen, todos paganos, y enemigos naturales de las leyes y gobierno de los abisinios. Sus tribus salvages adoran á diversos árboles, á algunas serpientes, y á la luna y estrellas en diferentes posiciones. Hay entre ellos adivinos; pero á estos mas se les considera como á servidores de un sér malhechor, que como ministros del autor del bien. Estos adivinos no predicen generalmente, sino sucesos desgraciados, y creen tener el poder de quitar la salud á sus enemigos, aunque estén lejanos. Los changallas guardan una costumbre religiosa muy estraña. De cada uno de los animales que matan, sin escepcion, desde el elefante, hasta un lagarto, cojen un poco de su piel, y la rodean á su arco en forma de anillo, y cuando aquel está ya forrado todo de estos anillos, el changalla, á quien pertenece, deja este y toma otro, con el que hace lo propio, hasta llenarle. A su muerte, se pone en su tumba el arco escogido de aquellos, que el difunto mas apreciaba en su vida, con la esperanza de que lo encontrará en el momento que resucite, y entonces, dotado de una superior fuerza, y sin temor de morir otra vez, podrá gozar sin tasa de todos los placeres de la vida, puesto que la resurreccion que estos negros se prometen, es toda física y material. Los changallas de ambos sexos, hasta que no se casan, viven completamente desnudos; pero una vez sometidos á la ley conyugal, se cubren el centro del cuerpo con una tela ligera. La poligamia está entre ellos admitida, y es con el fin, de que acrecentada de ese modo la familia, tenga esta mas medios de resistencia contra los árabes y los abisinios, sus constantes enemigos. Durante la primavera, los changallas no tienen mas abrigo que los árboles, de cuyas ramas, sin cortarlas, doblegándolas, hacen una especie de chozas cubiertas de pieles de animales salvages, en las que viven. Mientras que habitan de esta manera, se ocupan en cazar con la mayor destreza á los



animales mas feroces de los bosques, y una vez muertos, cortan su carne en trozos pequeños y delgados, que secan al sol, para que les sirva de alimento en la estacion de las grandes lluvias, durante la cual abandonan sus chozas, que se hacen inhabitables, y se retiran con sus provisiones á las cavernas que la naturaleza ha formado en las montañas, donde permanecen hasta que el sol ha pasado el cénit, y se adelanta hácia el sud. Luego que el firmamento, oculto por las nubes, resplandece de nuevo con todo el brillo de su azul, los changallas ponen fuego á la yerba, seca por los rayos del sol. El incendio se propaga de una manera increible, inundando de llamas toda la estension del pais, y pasando por los árboles con tal velocidad, que quema su hojas, dejando los troncos y las ramas. Se toman precauciones para que el fuego no se aproxime á las habitaciones, ó á los sitios donde hay agua. Entonces es cuando los changallas arreglan sus tiendas, asilos agradables, pero que fácilmente apercibidos desde las alturas inmediatas, sirven de norte á la persecucion de sus enemigos, para encontrarles fácilmente La segunda espedicion del nuevo rey de Abisinia se dirigia contra estos degraciados, casi asimilados á las fieras, y todos los gobernadores de los territorios vecinos de los changallas, desde el Baher-Negache, h sta el que mandaba en las orillas del Nilo á el occidente, estaba obligado á presentar, como tributo al monarca, cierto número de esclavos arrancados de su suelo natal, de entre aquellos desgraciados. Los menores de diez y ocho años, tanto varones, como hembras, se educaban en la religion cristiana, y pasaban despues al servicio de las primeras casas del imperio.

En otro tiempo los reyes de Abisinia eran muy respetados, tanto por sus enemigos, aun en las guerras mas sangrientas, como por sus mismos súbditos, en caso de guerra civil. Para no esponerles á que por equivocacion fuesen muertos en algun combate ó encuentro, se les invitaba á presentarse en campaña revestidos con los atributos de la monarquía, para ser así mas conocidos, y estos consistian en un caballo blanco, de cuyos jaeces pendian muchas campanillas, un escudo de plata, y una especie de turbante de seda blanca, ó muselina que cubria la frente del príncipe con un doble nudo detrás de la cabeza, flotando sus estremos sobre la espalda.

Antiguamente, jamás se daba al público el rostro del soberano ni otra parte alguna de su cuerpo, á escepcion del pié, que dejaba ver de tiempo en tiempo. El monarca está sentado dentro de una especie de alcoba ó gabinete, cubierto por delante con celosías y cortinas, y cuando tiene que dar audiencia al público, ó administrar justicia, lo hace con la cara tapada. Cuando teme alguna traicion, ó revuelta, su habitacion está completamente cerrada, y se hace entender por un pequeño agujero, junto al que está al oficial de guardia, llamado *Kala-hatzie*, (la voz ó la palabra del rey), y este es el que transmite las palabras del soberano á los jueces, sentados en la sala del consejo. Todo el que se presenta ante el monarca, no solo debe inclinar su cuerpo, sino prosternarse, y esto lo hace dejándose caer primero sobre las rodillas, luego sobre las manos, y en seguida sobre la cabeza, hasta que la frente toque al suelo, y si espera alguna respuesta, ha de permanecer en esta humillante posicion, hasta que el rey se la manda cambiar.

El trono de los reyes de Abisinia, era antes de oro, y parecido á uno de nuestros sofás; se veia cubierto de un tapiz de Persia y de telas de brocado de oro, y estaba asentado sobre varias gradas. Además, habia otro trono portátil, en forma de taburete, tambien de oro, y su forma era parecida á la de las sillas curules, que vemos representadas en las medallas romanas. Se tiene por crímen de alta traicion, sentarse en la silla del rey, y al que lo hiciese, se le castigaria al punto con pena capital, á no probarse que estaba loco.

Un dignatario de palacio, llamado el *Seramassery* (Maestro de ceremonias), tiene el cargo de velar toda la noche á la puerta de la

entrada del palacio del monarca, haciendo chasquear de vez en cuando un gran látigo, con el fin de ahuyentar con su ruido á las fieras que entran en la ciudad durante la noche, y de anunciar al mismo tiempo cuando se levanta el rey, quien antes de desayunarse, se coloca sobre su trono para administrar justicia. A este príncipe, jamás se le vé á pié por la calle, ni pone el pié en tierra en sitio público; y montado á caballo entra en la sala de audiencia, apeándose solo cerca de su trono, ó de la alcoba de su tienda. Cuando entra en campaña, le acompañan muchos jueces, y cuantos rebeldes son cojidos con las armas en la mano, son juzgados al punto por aquellos magistrados. Desde que un preso cualquiera está condenado por un crímen capital, no se le lleva á cárcel alguna, porque esta dilacion se mira como un acto de crueldad, sino que es inmediatamente conducido al sitio de la ejecucion, donde sufre su sentencia. El principal suplicio en Abisinia es la cruz; otro mas terrible aun, consiste en desollar vivas á las víctimas, y llenar su piel de paja, colgándola despues de una horca; tambien se hace morir á los reos apedreándolos. Entre los castigos, debe contarse el de sacar los ojos á los reos, y este es ordinariamente el que se impone á los rebeldes. Algunas veces, se suspende á los criminales de una argolla de hierro, y en esta situacion, se les mata á lanzadas. La degollacion para los hombres, y la horca para las mugeres, son los suplicios mas comunes. Los que roban en las iglesias, se les condena á la amputacion de un miembro, y los verdugos están muy diestros en esta operacion, que ejecutan con un cuchillo de gran filo. Los palos, son castigo para el ladron ó ratero de poca importancia. Los cuerpos de los ajusticiados por crímenes de alta traicion, asesinato, ó violencia, se dejan espuestos en las plazas públicas ó en caminos reales, y rara vez se les entierra, siendo por lo tanto presa de animales feroces durante la noche, que acuden en gran número á devorar estos restos, que arrastran á veces, hasta cerca de las mismas casas, y aun dentro de ellas si pueden penetrar.

Hay la costumbre singular, de que las puertas y ventanas de la morada del rey hayan de estar incesantemente rodeadas de gentes que lloren, se lamenten, y pidan justicia con destempladas voces, pronunciadas en todos los diferentes idiomas del imperio, y verdaderamente, en un pais tan mal gobernado y contínuamente espuesto á los azares y trastornos de la guerra, nada tiene de estraño, que nunca falten individuos que tengan justas razones para quejarse. Pero, cuando las lluvias impiden el acceso á la residencia real, y no hay bastantes que á ella acudan, se alquila por dinero una banda de miserables, que se lamenten y griten alrededor del palacio, como si verdaderamente fuesen víctimas de alguna opresion. Esta costumbre ridícula, dicen que se ha establecido en honor de la monarquía, y para que el soberano no se encuentre solitariamente abandonado en su morada y en tranquilidad ociosa.

El rey come pan de trigo, y no de cualquiera especie, sino del particular que se coje en el pais de Dembea, cuyas producciones todas esclusivamente son destinadas al sostenimiento de la casa real. Los abisinios se sirven, además del trigo, de cebada, judías, lentejas y de otras muchas semillas para hacer pan; pero un cereal particular que tienen, cuyo grano es muy pequeño, es su alimento predilecto; con él hacen lo que llaman la *tabita*, que en la forma se parece á nuestra fruta de sarten; deslien su harina en mucha agua y la hacen fermentar, hasta que esté ágria, y luego cuecen esa pasta al fuego, sobre un plato de barro, volviéndola de arriba abajo. Tienen además otra especie de pan, que imita mucho al nuestro, y al que llaman *cubacha*, y no emplean en él mas que harina de trigo ó cebada; pero como no saben amasar bien, ni conocen los hornos, la pasta sale mal cocida y pesada. Bruce habla tambien de la costumbre de los abisinios, de comer la carne de los animales viva y palpitante aun, y nos describe uno de

estos banquetes. « Se conduce á la puerta de la sala, donde se vá á comer, una vaca ó un toro, segun el número de convidados, y cuando se le han atado bien los piés, le cortan la piel, que cuelga de la parte baja del cuello, cuidando de no romper sino muy pocas venas, para que apenas salgan solamente algunas gotas de sangre, creyendo con esto haber satisfecho á la ley de Moisés, y en seguida, comienza el lento martirio del desgraciado animal, y la sangrienta operacion del destrozo. Principian por arrancarle la piel de las espaldas, y en seguida, metiendo los dedos entre cuero y carne, desuellan hasta la mitad de las costillas, levantando poco á poco el pellejo, para hacer mejor la operacion y sacar la parte de lomo sin tocar al hueso, y hecho pedazos, se vá preparando para comer, sin hacer caso del tormento del triste irracional, que sus crueles asesinos no tienen la generosidad de matar; sino por el contrario, procuran que le dure la existencia hasta que hayan acabado de devorarle. En lugar de cucharas se ponen delante de cada convidado, unas pequeñas tortas redondas y delgadas, hechas de pan sin levadura, y de un gusto un poco ágrio, pero agradable y fácil de digerir Las hay de diferentes colores. Además ponen cerca otros panes ordinarios, que sirven de platos, limpiándose en ellos los dedos despues de comer, y que los criados comen despues. Una vez sentados los comensales, se adelantan tres ó cuatro criados, y traen á cada uno de sus señores pedazos de carne cruda y arrojando sangre aun, y los colocan sobre las tortas, que sirven de platos, y unos á otros los convidados se van sirviendo mútuamente estos trozos condimentados con sal y pimienta, y los devoran con avidéz. Al que se engulle mayores pedazos y mete mas ruido al comerlos, se le tiene por mejor educado y de mas tono, y así hay entre ellos un proverbio: « Los mendigos y los ladrones comen poco á poco y sin que se les oiga. » No se bebe jamás hasta que se ha acabado de comer, y todos lo hacen á la vez. Sigue luego una algazara y alegría general, que á veces suele parar en riñas, y entre tanto, la desgraciada víctima, á cuya costa y tormento se hace este bárbaro festin, muere desangrada quedando en su mayor parte en esqueleto.

Aunque haya autores que no creen que los abisinios comen la carne cortada del animal aun vivo, sin embargo, todos convienen en que este pueblo regala su paladar con carne cruda; añaden tambien, que son muy aficionados á salsas irritantes y cargadas de pimienta y otras especias, y esta aficion se esplica muy bien en un pais tan cálido como este, en el que el cuerpo debilitado siempre por una traspiracion continua, necesita un alimento escitante para no perder su vigor.

Añadiremos por último algunos detalles sobre el trage de los abisinios. La sociedad para ellos se divide en tres clases de hombres, soldados, labradores y comerciantes, y la hechura del vestido es igual para todos. Consiste en un calzon ceñido, que no pasa jamás de la rodilla, un cinturon y una especie de pequeño manto, de tela fina, de mas ó menos valor, segun la importancia ó fortuna de los individuos. Unicamente los soldados se echan sobre la espalda una piel de cordero. Tanto hombres, como mugeres, para tener el pelo suave, le empapan casi de manteca fresca, con la que se untan tambien el cuerpo para suavizar igualmente la piel, é impedir que se arrugue. Con algunas escepciones, casi todos los abisinios van descalzos. Una camisa y un manto de tela componen todo el trage de las mugeres. En un viage, las mas acomodadas llevan un calzon largo, bordado de seda azul y encarnada, y las que han de caminar á pié, arreglan su manto en forma de túnica ó jubon corto, que se ajustan por la cintura. Las princesas usan ricos mantos de brocado, de oro y plata. Cuando se presentan en público, cubren su rostro con un velo, y ciñen la frente con una tira de blonda, y el ocultar la vista, es temiendo el vulgar hechizo que nosotros llamamos *mal de ojo*.

Sin estendernos ya mas sobre el culto religioso, constitucion política, y usos y costum-

bres de la Abisinia, nos ocuparemos en describir los medios de que se ha valido la providencia para difundir el rayo de luz de la verdad católica, en medio de la oscuridad y tinieblas en que, las prácticas del judaismo por un lado, y por otro, el error de los jacobitas, tenian envuelto á este imperio. No ignoramos que por graves autores se ha dudado de la primera mision de los dominicanos en Abisinia; pero para nosotros basta, que en los anales de esta órden se haga espresa mencion de ella, para dejar de omitirla, reservando, sin embargo, sus derechos á la crítica.

Despues de las relaciones que hemos dicho que hubo entre los abisinios con Jerusalen, nada tiene de impro'able, que ocho religiosos dominicos, atraidos al oriente por el natural deseo de visitar el Santo sepulcro, hubiesen penetrado por el Egipto, en la Abisinia, por el año 1316, segun ya hemos apuntado, bajo la autoridad de Fontana, quien se funda en el formal testimonio del historiador de la Inquisicion, Paramo. Reinaba por entonces en ese imperio, Amda-Sion, quien tuvo por sucesor en 1342, á Set-Araaz, que poseyó el cetro hasta el 1370. Paramo, llama Felipe á este príncipe, y dice, era hijo de uno de los reyes sometidos al Negus, á quien los ocho dominicos, habian convertido á la religion cristiana, agregado á su órden, y constituídole guardian de la fé de los católicos abisinios. Por la palabra India, en cuyo pais, dicen el analista Fontana, y Paramo, que en 1336 murieron el dominicano Teclaimanot, y otros dos religiosos de esta órden, llamados, el uno Felipe, como el príncipe convertido, y el otro Tecla-Msawariat, (la planta de los apóstoles), que lograron en 1340 la palma del martirio, debe entenderse especialmente la Abisinia, así como lo indica la forma etiópica de los dos nombres de los misioneros. Por último, Fontana, dice espresamente del segundo, que estaba emparentado con la familia real abisinia, y nada tiene de estraño, que los ocho misioneros primeros que penetraron en Etiopía, además de dar el hábito de Sto. Domingo al príncipe Felipe, hubiesen hecho lo propio con otras personas, como ni tampoco, que aquel á su vez revistiese con el mismo carácter á muchos de sus compatriotas, que abjurando la heregía de los jacobitas, adoptaron la unidad romana. Parece ser que Felipe, dió el hábito de la órden, á la princesa Clara, cuya santidad era tal, dicen, que la concedió Dios el don de revelacion, tanto, que habiendo muerto su padre, uno de los reyezuelos sugetos al Negus, ella le vió subir al cielo coronado de gloria. Esta piadosa dominicana, murió el 2 de julio de 1396, fiesta de la Visitacion de Ntra. Sra., una de las mas célebres de Abisinia; pero el príncipe Felipe, la precedió mucho antes en su fallecimiento. Nada sabemos de los trabajos apostólicos que ocuparon la vida de este ilustre dominico, desde el 1316 al 1366, fecha de su muerte; únicamente Luis de Paramo, refiere su fin glorioso de este modo: «Habiendo procedido á castigar, en virtud de su cargo de guardian de la fé, á un gefe que habia incurrido en el delito de bigamia, este, fingiendo primero que se reconciliaria con la Iglesia, atrajo así su confianza, y aguardándole en una emboscada, le hirió mortalmente hasta acabar con su vida, el 4 de noviembre del dicho año 1316.» Pero si nos es permitido admitir como cierto, que una mision dominicana haya hecho brillar, por espacio de cincuenta años, en el siglo XIV, la verdadera religion en algunos puntos de Abisinia, del mismo modo hemos de asegurar que la muerte de este príncipe mártir, fué el término de los trabajos apostólicos de los misioneros.

CAPÍTULO XX.

Misiones en Bosnia, en Bulgaria, en Rusia, en Servia, en Valaquia, en China, en Tartaria, en Georgia, en Armenia, en Grecia y en la India.— Mártires en Egipto, en Tierra santa, en Granada.— Rescates de misioneros cautivos.

Volviendo la vista desde el Africa á la Europa, de la que hace tanto tiempo está separada nuestra historia, veremos ya misiones

que se desarrollan, é iglesias nuevas, que, fecundadas por la sangre y el sudor de los obreros apostólicos, presentan al cielo frutos de salvacion.

El franciscano Pedro de Aragon, así llamado, por alusion á su pais natal, fué uno de los religiosos de la órden, que mas se distinguió en sus misiones, por su celo contra los hereges, y este concurrió muy especialmente al progreso de la religion católica en Bosnia, pais limitado al norte por la Esclavonia, al oriente y mediodía por la Croacia y Dalmacia, y al oriente por la Servia. Rara vez discutia Pedro con los sectarios, que no atrajese muchos á la fé, por la elocuencia y fuego de su palabra. No habiendo podido convencer un dia á aquellos, á pesar de la fuerza de sus razonamientos, lleno de fé, entró en su presencia en medio de un gran fuego, y se detuvo allí algun tiempo sin sufrir lesion alguna. Este prodigio tocó el corazon de aquellos á quienes la razon y la elocuencia no habian convencido. Ocho años despues de la muerte de este ilustre apóstol, ocurrida en 5 de octubre de 1340, Clemente VI ordenó á los ministros de los franciscanos, y priores de los dominicos de la provincia de Hungría, que evangelizasen por medio de misioneros piadosos é instruidos, á los comanos y á otros infieles que les estaban próximos. El celo de los hijos de Sto. Domingo y S. Francisco, correspondió á la invitacion de la santa sede. Segun Wadingo, los dominicanos fueron los esclusivamente empleados en la importante mision de Bulgaria, cuyos grandes resultados aplica Bzovio en favor de los franciscanos.

La Bulgaria es un pais limitado al norte por el Danubio; al mediodía, por la Romania y la Macedonia; al este, por el mar Negro, y al oeste, por la Servia. En la decadencia del Imperio de oriente, fué conquistado por pueblos venidos de la Bulgaria de Asia, que le dieron su nombre. Habiendo querido su gefe Stratimiro, vasallo de la Hungría, sacudir esta dependencia, el rey Luis se apoderó en poco tiempo de sus estados, que le devolvió en seguida; y desde entonces, Stratimiro empleó toda su actividad en la obra espiritual de la conversion de los búlgaros. A imitacion del rey de Hungría, Luis, y por consejo del franciscano Peregrin, obispo de Bosnia, pais que la Servia separaba de la Bulgaria, el vicario franciscano de la Bosnia, mandó á Stratimiro ocho religiosos franciscanos, cuya mision, recuerda la pesca milagrosa del Salvador, pues apenas echaron el anzuelo de la divina palabra, en ese mar de errores, recogieron en la red de su predicacion, á doscientos mil convertidos á la iglesia católica. Con objeto de que un éxito tan portentoso, llevado á cabo en solos quince dias, no pudiese ponerse en duda, se hizo una lista nominal de todos los convertidos. Al mandar esta los misioneros al ministro general de la órden, el rey Luis escribió, que la multitud de los infieles y hereges que estaban dispuestos á recibir la fé verdadera, era tanta, que eran necesarios al menos, diez mil religiosos para instruirles. El general, en vista de esto, mandó al provincial de la provincia de San Francisco, que publicase estas noticias, el 2 de agosto de 1366, en presencia de todos los hermanos menores, que segun costumbre, se reunian, en gran número, en el convento de Ntra. Sra. de los Angeles, para ganar el célebre jubileo de la Porcíumcula, y que se exhortase vivamente á los religiosos allí congregados, á la cooperacion de una obra tan santa. Los hermanos Juan y Andrés, vinieron á dar cuenta á Urbano V, de los satisfactorios resultados obtenidos por los franciscanos en Bulgaria, en Rascia (Servia), y en Bosnia, y le suplicaron se dignase establecer en estos paises, sacerdotes seculares que cultivasen la viña nuevamente plantada, y siguiesen con el cuidado de las almas, mientras que los misioneros se ocupasen en proporcionar otras conquistas á la fé. «Hé aquí, dice Wadingo, cómo se han portado siempre nuestros religiosos; ellos han vencido y superado las primeras dificultades, y despues han dejado el reposo y el aprovechamiento de sus fatigas, á los pas-

tores ordinarios.» El papa escribió en este sentido, tanto al rey Luis de Hungría, como al arzobispo de Colocz, al obispo de Chonaz y al hermano Peregrin, obispo de la Bosnia.

El órden seráfico no plantó la fé en Bulgaria, sin regarla con su sangre. Diez franciscanos se encontraban en la capital de los búlgaros, situada sobre el Danubio, cuando Busarath, príncipe cismático, que reinaba en la parte allá de ese rio, y que estaba en inteligencia con los cismáticos de la ciudad, la sorprendió y tomó por traicion. Cinco de estos franciscanos, se pudieron con tiempo refugiar en la ciudadela; pero los restantes cayeron en manos del tirano. De estos, tres eran sacerdotes y dos legos. Los primeros se llamaban Antonio de Sajonia, elocuente predicador, Gregorio de Trau, de una grande humildad, unida á un conocimiento profundo de la escritura santa, y celo por la fé, y Nicolás de Hungría, sugeto de tal austeridad, que llevaba contínuamente aros de hierro apretados en los brazos y en las piernas, además de un gran cilicio, y que en diez y seis años no habia tomado mas alimento, que pan y agua. Los dos legos eran: Tomás de Foligno, y Ladislao de Hungría, notables ambos igualmente por sus virtudes. Uno de estos cinco religiosos, fué hecho trizas en medio del primer tumulto, cuando los cismáticos de la ciudad la entregaron á Busarath. Los otros cuatro, presos, y llevados ante el príncipe, é interpelados sobre sus creencias, dieron por contestacion, un completo testimonio de la fé católica, tan sólido y razonado, que los cismáticos quedaron confundidos. Sustituyendo á la razon la violencia, solicitaron estos del príncipe que les condenase; pero ocupado este y los suyos en el pillage, no hizo caso de ese asunto, para él muy secundario. Los sacerdotes griegos cismáticos, entonces, por sí mismos y sin autorizacion, condujeron fuera de la ciudad, á los cuatro confesores de Cristo, á orillas del rio, y allí les cortaron la cabeza el 12 de febrero de 1369. Entonces tuvieron lugar los prodigios que referiremos, fundados en el esplícito testimonio de Wadingo. Sobre la orilla del Danubio, donde yacían los cuatro cadáveres insepultos, apareció un resplandor celeste, y se dejó oir un angelical concierto. Informado de este estraordinario acontecimiento, acudió á cerciorarse el mismo Busarath en persona, y aunque aplicó el aguijon de la espuela al caballo, hasta hacerle sangre, nunca pudo hacerle aproximar á los cuerpos de los mártires. Apeándose, quiso adelantarse él mismo, pero un terrible espectro le estorbaba el paso. Los monges cismáticos, á fin de impedir que se tributasen por los católicos honores y veneracion á esas santas reliquias, hicieron acudir perros de presa hambrientos, para que los devorasen; pero en vez de acercarse estos á devorar su presa, huian, dando espantosos ladridos, como si les castigase una mano invisible. Uno solo de estos llegó á morder un poco á uno de estos venerables restos, y esto no sirvió mas que para helar de espanto á los espectadores de esta impía escena, pues, no bien su colmillo tocó á la sola piel del mártir, que salieron de su boca llamas encendidas, con las que, amenazaba contagiar á los circunstantes. Por último, el Danubio, desbordándose lo necesario, fué á buscar á la misma orilla los cuatro cuerpos, que tantos prodigios habian ya glorificado, y dóciles sus olas á la voz de Dios, los depositaron en cuatro ataudes preparados por los ángeles, que el rio recibió en su seno, para devolverlos en su dia.

Urbano V, impulsado por su contínuo celo por la salvacion de las almas, mandó en 1369, á varios franciscanos á las naciones de la parte de oriente, y del norte de Europa, otorgándoles, además de los privilegios comunes á los demás misioneros de la órden, la facultad especial de citar ante la santa sede, á cualquiera que les impidiese ó coartase en lo mas mínimo el ejercicio de sus funciones apostólicas, de cualquier categoría que fuese. Entre los pueblos que á la familia de S. Francisco, la tocaba evangelizar, idólatras, musulmanes, hereges, indios, alanos, escitas, armenios,

georgianos, nestorianos, jacobitas, griegos, etc., vemos especialmente mencionados á los comanos, los rusos y á los búlgaros. Tales eran las legítimas esperanzas de conversion en las provincias desmembradas del Imperio griego, bajo los nombres de Bulgaria, Servia y Bosnia, que en su vista el hermano Bartolomé de Alvernia, vicario franciscano de este último reino, y Luis, rey de Hungría, enviaron en 1372, al pontífice romano, al hermano Berenguer de Aragon, para reclamar un gran refuerzo de misioneros. El papa les concedió sesenta franciscanos, y autorizó en esos paises la ereccion de varios conventos, para que fuesen centros desde donde irradiasen los apóstoles.

Desde el año 1370, habia ya mandado el pontífice romano á Rusia, Valaquia y Lituania, al hermano Nicolás Melsat, con otros veinte y cinco compañeros elegidos por él mismo. En el año siguiente, considerando que las fatigas de tan penosa mision, habian reducido mucho el número de frailes menores, que bajo la direccion del vicario franciscano de Rusia, trabajaban en convertir los idólatras, y atraer los cismáticos al gremio de la Iglesia, permitió á este vicario que hiciese venir otros treinta ausiliares, sacados de la provincia de la órden que mas le conviniese, sin necesidad de pedir consentimiento á sus superiores respectivos, con tal que los designados fuesen de buena vida y costumbres.

Por este tiempo, en Rusia, las predicaciones de un sacerdote llamado Juan, originario de la diócesis de Silesia, tendian á estraviar las conciencias, creando prevenciones entre los cristianos, con gran perjuicio de los misioneros franciscanos, que allí ejercian su ministerio. Juan, disputaba á estos la facultad de administrar los sacramentos, y sostenia, que era preciso bautizar y absolver de nuevo, á los que de aquellos habian recibido el bautismo, y la absolucion de sus pecados. Sabedor de este escándalo tan perjudicial á la propagacion de la fé, el papa, escribió enérgicamente al arzobispo de Guesne, y á otros obispos, para que en manera alguna impidiesen, antes eficazmente protegiesen el ministerio de los frailes menores, y que empleasen las penas canónicas, si necesario fuese, contra los temerarios que les estorbasen ó pusiesen coto al ejercicio de sus funciones apostólicas.

Los franciscanos prosiguieron su laboriosa tarea, no solamente en Rusia, sino en Valaquia, pais cuya parte inferior ha retenido su antiguo nombre, y la parte superior ha tomado el de Moldavia. La Valaquia, propiamente dicha, está limitada, al norte, por la Moldavia y Transilvania; al occidente, por este último territorio; y al oriente y mediodía, por el Danubio. La Moldavia, confinante al mediodía por la Valaquia, lo está, al norte por la Polonia; al oeste por la Transilvania, y al este, por la Ukrania y Besarabia. No teniendo pues los valacos obispo particular, é impidiéndoles, por otra parte, la diferencia de idioma el recurrir al ministerio de los sacerdotes húngaros, la piedad de los cismáticos convertidos se iba debilitando, al paso que se dificultaba la conversion de los que aun persistian en sus errores. En consecuencia de esto, el pontífice romano mandó, en 1374, á los arzobispos de Estrigonia y de Colocz se entendiesen con el rey Luis, bajo cuyos auspicios se estaban realizando las misiones en los paises limítrofes de la Hungría, á fin de que se erigiese una silla episcopal en Valaquia y se pusiese al frente de ella, si era posible, al hermano Antonio de Spalatro, que estaba en Dalmacia, que comprendia bien la lengua nacional, y cuyas predicaciones habian allí ganado tantas almas á la fé católica. Cuatro años despues, otros dos franciscanos, oponiéndose con celo en la Valaquia propiamente dicha, al insensato culto á los árboles que allí se tributaba, y predicando al verdadero Dios, los idólatras los martirizaron de la manera mas cruel. Por último, la familia de S. Francisco no era la única que cultivaba ese campo, en el que tanta maleza se oponia á que los misioneros recogiesen la cosecha de salvacion. Los hijos

de Sto. Domingo, á quienes el celo del hermano Pablo, de quien hemos ya hablado en el año 1242, habia ya en cierto modo naturalizado en todos estos paises, lograron hacer abjurar el cisma á una gran parte de la poblacion griega, que vivia allí mezclada con los idólatras.

En Lituania, tercera carrera abierta por el papa al celo de la milicia franciscana, que Nicolás Melsat condujo á la conquista de las almas, la idolatría dominaba con toda su fuerza, acompañada de la mayor supersticion que quizá se ha visto en ningun pais del mundo, puesto que no habia apenas animal á quien los lituanios no adorasen. Las serpientes, como ya dejamos dicho en el año 1325, y los áspides eran sus dioses mas favoritos. Tenian estos pueblos un gran respeto por los bosques, y nunca se atrevian á quemar alguno, de miedo de ofender por ello á alguna divinidad desconocida, que allí estuviese oculta. El fuego, consagrado por un sacerdote, y mirado como perpétuo, recibia tambien sus homenages. Cuando el gran duque Jaguellon, enemigo entonces de la Polonia, propuso á los grandes de este reino, el reunir ambos paises por medio de su enlace con su jóven reina Hedwigis, introduciendo de esta manera el cristianismo entre sus propios súbditos, una feliz revolucion se manifestó en Lituania. Consintiendo los polacos en el matrimonio de su soberana con el gran duque, este último recibió el bautismo en Cracovia, y tomó el nombre de Wladislao, y su primo Witoldh, bautizado juntamente con él, y con el nombre de Alejandro, obtuvo del nuevo rey de Polonia, el gobierno de la Lituania. Wladislao encargó en seguida á los franciscanos el que preparasen á los lituanios á recibir el cristianismo, y no contento con eso, él mismo, en compañía de la reina Hedwigis, y del arzobispo de Guesne, se trasladó en medio de ellos para apresurar su conversion. Se estinguió el fuego, reputado perpétuo; se desmontaron los bosques sagrados; fueron muertas las serpientes y lagartos, objetos de un culto estúpido, y se destruyeron los ídolos; y viendo los lituanios que sus impotentes divinidades sucumbian sin vengar su derrota, se inclinaron mas á reconocer al verdadero Dios. Wladislao recorria el pais y suplia con sus propias instrucciones, la parte á donde no alcanzaba el clero polaco, ignorante del idioma local. Se atraia á los neófitos, á quienes se dispensaba el bautismo, con el corto regalo de un trage de lana blanca, y no pudiendo ser administrado el sacramento á cada uno de ellos en particular, á causa de la multitud inmensa de convertidos, se les bautizaba por grandes grupos, dando el nombre de Pedro á todos los hombres de un grupo; el de Pablo á los de otro, y así sucesivamente los de los demás apóstoles; y á su vez las mugeres recibian colectivamente los nombres de Margarita, Catalina y otras santas. Unicamente se bautizaba por separado á las personas de rango superior. En Wilna, capital de la Lituania, era donde los idólatras conservaban aun el fuego sagrado, y despues de estinguido, cuando el cristianismo fué adoptado como religion del estado, se erigió allí una iglesia catedral, dedicada á S. Estanislao, patron de la Polonia, y fué su primer obispo el franciscano Andrés Vasillo, polaco de orígen, y antiguo confesor de Isabel, reina de Hungría.

El cuidado que los papas empleaban para las misiones de Europa, no les hacian olvidar las del Asia. En esta parte del mundo acababa de realizarse un grande acontecimiento, que ejerció una notable influencia sobre la predicacion evangélica. Kublay, á quien ya conocemos como emperador de la China, bajo el nombre de Chi-Tsu, habia fundado la vigésima dinastía china, llamada de los Mongoles ó de los Yuen. Esta, fué destruida en 1368, por Tchu-yuang-tchang, que tomó, como nuevo emperador, el nombre de Hung-wou, es decir: *Fortuna inmensa producida por la guerra.* Esta dinastía nacional, fiel á la política china, se dedicó á impedir toda comunicacion con el estrangero, y desde entonces, la mision católica de la China, perdió su antiguo brillo, sin que por eso se borrasen completamente las hue-

llas del cristianismo en ese imperio, quedando aun mas vivas y permanentes que en ningun otro punto, en Tschang-tchu-fu, octava ciudad de la provincia de Fokien. El conde Baldelli, en su obra de: *Il milione di Marco Polo*, habla de una biblia latina, que hoy se encuentra en Florencia, en la biblioteca Medicea, hallada en la casa de un idólatra de Camxo, provincia de Nanking, al cual, segun su declaracion, le habia sido transmitida de mano en mano por sus antepasados, desde la época de la dinastía de los Yuen ó Mongoles. Dos años despues de la revolucion política que privó del mando á esa misma dinastía, llegó á noticia de Urbano V, que á causa de la muerte de casi todos los franciscanos que sus predecesores habian mandado á ese pais lejano, y de la traslacion del hermano Como á la sede de Serai, los príncipes, y el pueblo chino carecian de ministros de la palabra de Dios, y de su primer pastor. Para remediar esta falta, instituyó inmediatamente á Guillermo de Prato, como arzobispo de Kan-Balikh, y vicario general de los franciscanos del Katai, si es que no le habia. Dió al mismo tiempo por compañeros al nuevo prelado á doce hermanos menores, á los que siguieron otros sesenta mas, encargándoles que de paso fuesen preparando la reunion de la iglesia griega á la latina, y despues mandó partir para el mismo punto á otros ocho, cuyos nombres y patrias nos ha conservado la historia, y fueron: Francisco, de Terni; Antonio y Pablo, del Santo sepulcro; Gonzalo y Alfonso, españoles; Pedro, de Monte-Pulciano; Antonio, de Santángelo, y Bernardo, de Roma. En 1371, Francisco de Podio, por sobre nombre Catalan, recibió el título de vicario general de los hermanos menores de la Tartaria del norte, á donde fué enviado con otros doce compañeros, cuya eleccion se le dió. La edad y las fatigas disminuyeron sucesivamente el número de los misioneros, que ejercitaban su celo entre los tártaros del norte, con tan buen éxito, que mas de diez mil infieles habian ya abrazado la fé católica en solos los montes Caspios. El vicario franciscano de estas regiones mandó como diputados á la santa sede á los hermanos Roger, inglés, y Ambrosio, de Siena, para obtener del pontífice nuevos ausiliares, y el papa le concedió, que escogiese veinte y cuatro de los puntos que mas le acomodase con tal que se fuesen voluntariamente, y que sus respectivos superiores les juzgasen á propósito para este ministerio.

En la época misma en que Urbano V instituia á Guillermo de Prats, arzobispo de Kan-Balikh, envió al franciscano Antonio, ya obispo titular de Melo, y á otros veinte y cinco religiosos de la misma órden, á evangelizar á los georgianos y demás cristianos cismáticos de oriente.

La Georgia, la Armenia y la Tartaria, continuaban siendo el glorioso teatro de la celosa predicacion de los dominicos, á quienes Gregorio XI dirigió hasta ocho cartas para felicitarles por su generoso ardor en la propagacion de la fé y constancia heróica en las fatigas de su mision. Este papa hizo marchar un gran número de ellos hácia el oriente acompañados del P. Elias Petit, franciscano, consagrado obispo, á fin de trabajar en el norte y mediodía del Asia, en la propagacion del cristianismo. El dominicano, Juan de Trevisó, obispo en Armenia, al pasar por Constantinopla con sus compañeros, para verse con el pontífice romano, disputó sobre la primacía de la santa sede, con el antiguo emperador de Constantinopla Juan Cantacuceno, que habia dejado el cetro por la cogulla de S. Basilio. Convencido por sus razones el ex-emperador, se mostró dispuesto á secundar con sus esfuerzos é influencia la reunion de las dos iglesias. Gregorio XI, sabedor de esto, encargó muy particularmente á los dominicos que Trevisó habia dejado en Constantinopla, que no dejasen de la mano al anciano emperador, y que no saliesen de allí sin realizar la union tan deseada. Durante la permanencia de los religiosos en la ciudad imperial, los comerciantes venecianos, que en ella se hallaban establecidos, cedieron en propiedad á la órden de predicadores un

oratorio, con la advocacion de San Márcos, y el terreno suficiente para edificar un convento, donacion que aprobó despues el senado de Venecia. El obispo Máximo, cismático, pero que despues de haber abjurado su error, abrazó el instituto de Sto. Domingo, se ocupó con tanto ardor de la conversion de sus compatriotas, que atrajo un gran número de ellos á la unidad católica, por lo cual, Bonifacio VIII le concedió, para consuelo de los griegos unidos de Constantinopla, el poder cantar en las misas solemnes la epístola y el evangelio en su propia lengua. Poco despues, ese celoso dominicano fué personalmente á Roma, y espuso al papa la necesidad de mayor número de obreros apostólicos en este pais, y en su virtud, se le autorizó para fundar un convento de dominicos en territorio griego. Igualmente trabajó mucho el dominicano Nicolás Nocluri, capellan de Bonifacio VIII, para inculcar á los griegos la doctrina católica, y el papa, para favorecer sus intentos, y ponerle mas en ocasion de prestar mayores servicios á la religion, le concedió la iglesia y el hospital de San Antonio, que estaban situados en el arrabal de Pera, cerca de Constantinopla. Apesar de todos estos esfuerzos y de las conquistas individuales hechas por los misioneros, la reunion colectiva, objeto de los ardientes votos de la santa sede, y de los pasos de tantos legados de la misma, no pudo verificarse, al menos de una manera permanente. El cisma obstinado de los griegos rechazaba con ingratitud las tiernas solicitaciones del vicario de Jesucristo. Por lo mismo, como castigo de semejante rebeldía, los turcos otomanos, instrumentos de la cólera del cielo y de la venganza divina, indicaban su proximidad á la infiel Constantinopla, no perdonando en sus contínuas incursiones, ni las iglesias católicas, ni las personas de los misioneros, como sucedió desgraciadamente en Caffa; pero el papa, alentaba sin cesar á los fieles, por medio de concesion de indulgencias, á que se restableciesen los templos arruinados; animaba con gracias espirituales el valor de los apóstoles de la fé, tales como los hermanos-unidos, que residian en Caffa y Armenia; y por último, cuanto mas de cerca amenazaba á Europa la barbárie musulmana, tanto mas cuidaba de combatirla sin tregua, en el Asia, su cuna, con enjambres nuevos de misioneros que sucesivamente enviaba.

Un documento presentado en justicia en Goa el 1533, y mencionado por Du-Jarric, jesuita, prueba, que el conocimiento de los misterios del cristianismo que llevaron los misioneros á la India, aun no se habia borrado en 1391. Trátase en él de una donacion grabada sobre una plancha de bronce, en lengua canaria, y por la cual, un rey idólatra, llamado Mantrafor, asignaba ciertas rentas á una pagoda. Esta acta, fechada en el año 1391, comenzaba en estos términos: « En nombre de Dios, que es el creador de los verdaderos mundos, del cielo, de la tierra, de la luna, de las estrellas, al cual ellas adoran, y en el que tienen su apoyo, doy al mismo Señor gracias y creo en él que, por el amor de su pueblo, ha querido venir á tomar carne en este mundo. » Al fin del escrito y cerca de la firma, confiesa el rey la Trinidad de las personas divinas en unidad y esencia. El dogma de la Trinidad, y el de la Encarnacion del hijo de Dios, enseñados tanto tiempo hacia y tan esplícitamente por los franciscanos y los dominicos, subsistia aun en el recuerdo de los habitantes de la isla de Goa.

Los últimos años del siglo XIV, presentaron á los sectarios del islamismo, en Egipto, en Tierra santa, y en España, el heroismo y constancia de muchos mártires, á quienes su fé hizo superiores á los mas crueles tormentos y aun á la misma muerte. El primero de estos ilustres confesores, cuyo fin glorioso vamos á referir, recuerda, así por la caida momentánea, como por su pronta y gloriosa reparacion, al hermano Estéban y al caballero Tomás, martirizados como atrás queda dicho, en Serai y en el Cairo. Juan Ethier, tal era su nombre, nació en España, y llegó á ser confesor del infante Fernando de Aragon. El deseo de estender y propagar la religion de Jesucristo,

le hizo tomar la resolucion de ir á Jerusalen, y pasar allí el resto de sus dias, ocupado en fortificar la creencia de los fieles y predicar el evangelio á los mahometanos. A poco de haber llegado á Palestina, fué arrestado de órden del sultan de Egipto y encerrado en una oscura prision, en compañía del franciscano Gonsalve, que sobrevivió poco á su prision, y murió en ella el 16 de mayo de 1370. Este fué el gran momento de peligro para hacer titubear la firmeza de Juan Ethier. Habiendo quedado solo en el encierro, y maltratado de una manera bárbara, sintió debilitarse su fé, y teniendo en mas aprecio la vida, renegó de Jesucristo, cuyo ministro era, y abrazó, sino por conviccion, al menos esteriormente, la ley de Mahoma. Sin embargo, contenido por su carácter de sacerdote, no se atrevió á casarse. Tres años enteros pasó el renegado en su apostasía, combatido sin cesar por el remordimiento, y por el temor de la pena eterna á que se habia hecho acreedor. Por último, al cabo de ese tiempo, el grito de su conciencia fué mas fuerte que todos los intereses de la tierra, y no pudo permanecer por mas tiempo en el horrible estado á que su debilidad le habia conducido. Penetrado de arrepentimiento á la vista de una falta, cuya enormidad conocia, escribió una carta á los franciscanos que estaban en la isla de Chipre, y pintándoles en ella su desgracia, al propio tiempo que su sabia resolucion, les suplicaba que le enviasen al Cairo, donde él entonces se encontraba, á dos de sus hermanos para que le ayudasen en su reconciliacion con la iglesia católica. Desde el momento en que aquella se realizó, hizo públicamente profesion del cristianismo, detestando terminantemente los errores de Mahoma. Como el nuevo convertido espiaba su falta por la penitencia, los musulmanes le apresaron, y desplegaron sobre él toda la rabia que su vuelta á la fé podia inspirar á hombres como ellos, que eran sus enemigos declarados, y despues de haberle apaleado cruelmente y haber derramado sobre sus heridas sal y vinagre fuerte, le clavaron en una cruz con seis clavos, dos en las manos, dos en los codos, y otros dos en los piés. El mártir, que durante los tormentos preliminares se puso pálido, desfigurado y casi cadavérico, se tornó luego su rostro sonrosado y risueño, desde que fué fijado en la cruz; súbito cambio que llenó de admiracion á todos los espectadores de tan sangrienta escena. De este modo, confesando á Jesucristo y anatematizando á Mahoma, espiró tranquilamente el mártir, el año 1273.

El bienaventurado Pablo ó Pauleto, acababa por este tiempo de introducir en la órden de S. Francisco, la reforma llamada de estrecha observancia de la regla, con cuya ocasion vamos á dar cuenta del martirio de cuatro religiosos franciscanos, pertenecientes ya á esta reforma, que son: los hermanos Nicolás de Taulicis, natural de Dalmacia; Donato, de Aquitania; Pedro, de Narbona, y Estéban, de Córcega, todos los cuales componian una mision para evangelizar á los infieles, siendo el gefe de ella, el hermano Nicolás, que ya habia dado muestras inequívocas de su eminente piedad y constancia á toda prueba. Encontrándose los cuatro religiosos en Jerusalen, el Espíritu Santo les inspiró sin duda el pensamiento de entrar, en uno de los dias mas solemnes de los mahometanos, en la mezquita del templo, y de predicar allí mismo las verdades del cristianismo, contra los errores del islamismo. Sorprendidos al pronto los infieles por la inesperada presencia de los misioneros en la mezquita, se enfurecieron luego, cuando les oyeron tratar á Mahoma de impostor, y á su ley, de blasfema. Se arrojaron en tumulto sobre ellos, los llenaron de golpes, y ya medio muertos, los encerraron en una horrorosa prision. En ella pasaron los cautivos tres dias, sin tomar alimento alguno, cantando contínuamente alabanzas al Señor, y exhortándose mútuamente á la perseverancia. Al cabo de ese tiempo, se les sacó del calabozo para obligarles á retractarse delante de todo el pueblo; pero como, en lugar de desdecirse, tornaban á evangelizar con mayor ardor y firmeza, en la plaza pública, los musulmanes,

ciegos de cólera, se lanzaron sobre ellos, y les hicieron pedazos á puros golpes de hachas y alfanges, el 11 de noviembre de 1391. Para consumir los cuerpos santos, los arrojaron en una grande hoguera, pero al tocarlos, esta se apagó de repente. Mas ciegos que antes, arrojaron leña y mas leña constantemente á la pira, nuevamente encendida, durante tres dias, permaneciendo dentro de ella los religiosos, bajo la accion de una llama renovada sin cesar; pero no por eso dejaron de quedar menos intactos los cadáveres, por la milagrosa resistencia á la fuerza del devorador elemento, burlando así la obstinacion de los infieles, hasta que convencidos estos de su impotencia, renunciaron á la idea de quemar estos venerables restos, limitándose á enterrarlos en secreto, á fin de que los cristianos no pudiesen tributarles el respeto de honor y veneracion que como á mártires se les debia.

El martirio de estos cuatro franciscanos de Jerusalen, ocasionó el de otros dos émulos de su gloria, que le sufrieron en Granada. Juan de Cetina, uno de ellos, natural de Aragon, tuvo por padre á Juan de Lorens, y se empleó en sus principios en el servicio de un caballero noble. Muy luego se apercibió, que en ese estado perdia su tiempo, y ni adelantaba en su fortuna, ni hacia progresos en la virtud, y reconcentrándose en sí mismo, se espantó del peligro en que estaba su salvacion. El rayo de luz divina que le tocó, fué tan eficaz, que dejó al punto á su amo, y renunciando á cuantas esperanzas y porvenir le podia proporcionar el mundo, se retiró á la ermita de S. Ginés, cerca de Cartagena. Pasó allí algunos años en el mayor recogimiento, orando asíduamente, y macerando su cuerpo con la mortificacion. Queriendo dar una regla estable á su vida penitente, y unir á sus ejercicios de piedad, el mérito de la obediencia, se volvió á Aragon, y tomó el hábito de S. Francisco, en el convento de Montion. En el momento reconocieron en él sus superiores un gran fondo de virtud, al mismo tiempo que de inteligencia, y pensando en elevarle á las órdenes sagradas, le mandaron á estudiar á Barcelona, donde llegó á ser un gran predicador. Desde que estuvo ya en estado de anunciar el evangelio, se dedicó á la instruccion de los mahometanos y judíos, y no encontraba á uno, que al instante no se pusiese á catequizarle. Habiendo sido mandado á Chelva, en el reino de Valencia, vió allí á los nuevos religiosos franciscanos observantes, cuyo género de vida abrazó al punto, vistiendo su áspero y grosero trage, y caminando con los piés desnudos. Recibióse por entonces la noticia del martirio que los cuatro franciscanos de la estrecha observancia habian sufrido en Jerusalen, y esto inflamó el celo de Juan de Cetina. Se fué á Roma, y solicitó del papa Bonifacio IX, el permiso de ir á predicar en la ciudad santa, donde esperaba recibir la palma de los defensores de la fé. El pontífice, despues de haber probado la firmeza del religioso, le otorgó el poder predicar en Palestina; pero con la condicion de no entrar en Jerusalen, donde sus predicaciones podian causar grave perjuicio á la familia franciscana de Tierra santa, que consevaba los santos lugares, bajo la dominacion de los infieles. Esta restriccion modificó el proyecto de Juan, quien resolvió llevar la luz del evangelio, á los musulmanes de Granada y de la Andalucía. A su vuelta á España, pidió al provincipal de Castilla, Juan Vital, los poderes necesarios para la ejecucion de su proyecto. Este superior, como persona de grande esperiencia, le puso delante los consiguientes riesgos de semejante empresa, añadiéndole, que en presencia de tan inminente peligro, no estaba en el caso de autorizar su mision, sino despues de largas y formales pruebas. Le aconsejó por lo tanto, que emplease primero los ayunos y las fervientes súplicas al cielo, para conocer así la espresa voluntad de Dios, y obtener la gracia suficiente para llevar á cabo tan heróico como generoso designio. Para esto, le señaló su estancia en el convento del Monte, cerca de Córdova, como lugar de soledad y retiro. Juan de Cetina, respetando la voluntad de Dios, en la de

su superior, obedeció con placer, y con ramas de árboles se arregló una estrecha celdilla, en un pequeño valle cercano al convento, donde pasó mas de un año entero entre la oracion y las austeridades. Dios le hizo conocer entonces, por notorias maravillas, que le destinaba á dar público testimonio de la verdad de su evangelio. Habiéndose declarado un incendio en el convento, mediante la intercesion de Juan, no solamente se contuvieron instantáneamente sus progresos, sino que se repararon brevemente sus consecuencias, y no quedó de él la menor huella. Curó además, milagrosamente á Martin Fernandez, bienhechor del monasterio; él solo, y sin esfuerzos, transportó al lugar conveniente una enorme piedra, que muchos obreros juntos no habian podido ni mover. Al ver tan estraordinarios hechos, el capítulo provincial celebrado en Búrgos, decidió que se concediese al fin á Juan de Cetina, tan constante en su celo, y de tan acrisolada fé, el permiso que con tanto ardor solicitaba, dándole por compañero al hermano lego Pedro de Dueñas, natural de Castilla, educado en la corte del rey, y que no tenia mas que diez y ocho años. Una vez recibida por los dos atletas de Jesucristo, la bendicion de sus superiores, se dirigieron hácia Granada. Los primeros mahometanos que encontraron en el camino, les reconocieron al punto por su trage, como religiosos, y les preguntaron cuál era su idea, al tomar aquel camino. Juan y Pedro, contestaron sin rodeos que iban á enseñar á los musulmanes las verdades del cristianismo, y á hacerles ver la falsedad de la religion de Mahoma. Aunque en su tránsito predicaban fuertemente contra las imposturas del Alcoran, nadie les detenia, y aun ni fueron siquiera insultados, hasta que llegaron á Granada el 8 de enero de 1397. Allí encontraron residiendo al franciscano Eustaquio, portugués, capellan de los mercaderes cristianos, á quienes las transacciones comerciales obligaban á permanecer en aquella ciudad. De él se sirvieron los misioneros para aprender á conocer la ciudad, y determinar el sitio mas conveniente para sus predicaciones. Al solo ver el pueblo á los franciscanos recorrer las calles, ya concibió sospechas, y se formó una sorda conmocion. Por anuencia del rey moro que estaba en Málaga, Mahomet-Aben-Balba, el cadí hizo llevar á su presencia á Juan Cetina, y Pedro Dueñas, y les preguntó á qué habian venido; á lo que ellos contestaron, que la causa no era otra, que el anunciar en Granada el evangelio de Jesucristo, y hacer patentes los errores, así como las imposturas de Mahoma, y demás impiedades del islamismo. El cadí, al oir esto, y no queriendo tomar sobre sí la responsabilidad de matarles, se contentó con intimarles, bajo pena de la vida, que en el instante saliesen del territorio de Granada, á lo que Juan le contestó: «Por lo mismo que mandais, dais una gran prueba de la falsedad de vuestra religion, pues tratais de sostenerla con la fuerza material, y no con la razon. Para endureceros mas en vuestra incredulidad, atribuís á la mágia los milagros que Dios ha obrado en favor de la religion cristiana; pero para convenceros, estamos dispuestos á someternos á la prueba mas decisiva. A fin de daros la mas irrecusable del error en que vivís, nosotros entraremos en medio de una gran hoguera encendida, con el mas creyente de vuestros imanes, y el que salga de ella sin quemarse, habrá por ello probado la verdad de su creencia. Creeis que nos concedeis una gracia, con hacernos volver, sin padecer alguna pena, cuando por el contrario, os estaremos muy obligados, si nos haceis sufrir la muerte por Jesucristo.» La proposicion del misionero fué desechada, y el cadí afectó considerar á los franciscanos como insensatos, por no verse obligado á confesar que temia que su creencia fuese demostrada por un milagro. La prohibicion de volver á parecer en la ciudad, se intimó de nuevo á los religiosos. Al dia siguiente, los misioneros, despues de haberse confesado con el hermano Eustaquio, y recibido su bendicion, salieron á predicar intrépidamente por las calles y plazas de Granada. El pueblo amotinado los aprehendió y llevó de

nuevo ante el cadí. Este los condujo inmediatamente á una prision en la que por algun tiempo sufrieron el trato mas inhumano, sin que titubease su constancia, ni se pudiera obtener de ellos la promesa de alejarse. El 17 de febrero, se les sacó de la cárcel, para enviarles á trabajar en las viñas, en compañía de otros esclavos cristianos, los que recibieron un gran consuelo con tener á su lado á unos religiosos que les alentaron en su desgracia, dándoles motivos para poder soportar con paciencia la ruda ocupacion que les imponian los infieles, y los injustos castigos que de ellos recibian. Wadingo, refiere, que durante este tiempo, habiendo tenido el hermano Pedro, que celebrar la misa en un local pequeño, en el que apenas cabrian setenta personas, las paredes se retiraron á su voz, para dar lugar á un número mayor de cristianos que deseaban asistir y ver el santo sacrificio, milagro que sirvió para afianzar en la fé, á los que estaban algo débiles. Teniendo los ilustres confesores que soportar de dia un trabajo fatigoso, y mortificados de noche con las incomodidades de la prision, y añadiendo á esto los ejercicios de su celo, y particulares austeridades, estenuados por todo eso, cayeron sucesivamente enfermos. En este estado, mas sentian el verse alejados del martirio, que el mismo ardor de la fiebre, temiendo morir de un momento á otro por los esfuerzos del mal, y no al golpe de los verdugos, como ellos deseaban. Pero Dios oyó sus súplicas; recobraron la salud, y renovando la fuerza del cuerpo la del alma, comenzaron de nuevo, el segundo domingo despues de Pascua, á predicar á los infieles de Granada, puesto que á los dos meses de trabajar en las viñas, les habian dejado volver á la ciudad. Al encontrar el hermano Juan, en una principal calle de Granada, gran número de musulmanes reunidos, se creyó en deber de esplicarles la parábola del Buen Pastor, y despues de haberles demostrado, por todo cuanto Jesucristo habia obrado por la salvacion de los hombres, que aquel Dios y Hombre, era el verdadero Pastor de las almas, espuso luego detalladamente los engaños de que Mahoma, como verdadero lobo rapaz, se valió para seducir á sus sectarios, terminando con calificar de impostor al falso profeta. Semejantes espresiones, encendieron la cólera de los oyentes, que llevaron su queja al mismo soberano Mahomet-Aben-Balba, que ya estaba de vuelta de Málaga. El sábado, 19 de mayo, hizo comparecer este á su presencia á los dos misioneros, y penetrando por sus mismas contestaciones su firme é invariable resolucion de sostener las verdades del evangelio, y de anatematizar las impiedades de Mahoma, por de pronto les dió un golpe en la cabeza, con su propio baston, diciéndoles: «Vosotros los cristianos os gloriais de que teneis el poder de hacer milagros. Pues bien, yo os voy á hacer cortar la cabeza, y veremos si Jesucristo la reune á vuestro cuerpo. Si sucede esto, soy el primero en creer que vuestra religion es la verdadera.» El pueblo, que se hallaba presente, y que oyó esta proposicion del príncipe, temiendo que los misioneros no la aceptasen, y que un prodigio decidiese de la verdad de ambas creencias, prorumpió en sordo murmullo, y todos á una voz esclamaron, que Mahomet-Aben-Balba, como buen musulman, no debia entrar en trato alguno con los cristianos. El temor de un movimiento popular, hizo cambiar de idea al soberano. Ya no se trató de condiciones, sino de la fuerza, y el gefe musulman, dió otro bastonazo á Juan, que le hizo saltar un ojo de su órbita, y haciendo que le desnudasen, siguió él mismo apaleándole, hasta que se cansó, mandando luego á otros que siguiesen azotándole, hasta acabar con su vida, lo que ejecutaron, hasta el punto de quedar su cuerpo hecho una pura llaga, y vérsele las entrañas. En medio de estos tormentos, el mártir no perdió ni un minuto su presencia de espíritu, y no cesó de alabar al Señor que le habia hallado digno de sufrir por su santo nombre, ni de rogar por la salvacion de sus verdugos. Habiendo apercibido en medio de la turba que le rodeaba, á su lego Pedro Due-

ñas, que con ojo firme y tranquilo, consideraba el detalle de sus torturas, bendijo á su querido compañero, le exhortó á perseverar, y quiso darle el ósculo de paz, lo que no permitió el príncipe. El pueblo impaciente cada vez mas, por la constancia del mártir, instó á su gefe á que terminase el suplicio de Juan, y que reservase á Pedro, de quien se esperaba el poder reducirle á apostatar á causa de su poca edad. Entonces Mahomet-Aben Balba, ocupando el lugar del verdugo, desenvainó su alfange, y de un golpe cortó la cabeza del confesor, y volviéndose en seguida á Pedro, le dijo: «Imprudente, aprende á tener cordura en cabeza agena. La vida, los honores y riquezas, ó la muerte, con estos ó mayores tormentos de los que has visto, están en tu mano, elige, si te arrepientes te colmaré de gracias, pero, si como el otro, te obstinas en tus sentimientos, te haré morir mas cruelmente.» El jóven religioso, animado por el ardor de su fé, le contestó de una manera firme: «¡Piérdanse vuestros tesoros con vos mismo! mas aprecio vuestros suplicios, que vuestros beneficios. Mi compañero ha triunfado de vos en medio de vuestro reino, y ya disfruta á estas horas de la gloria del cielo; mis deseos son de seguirle, y unido á él en la fé, colmareis mi gusto haciéndome participar de su felicidad.—«¿Crees, acaso, repuso el príncipe, que tu compañero está en el cielo? ¿Si es así, por qué no le dices que resucite y vuelva?»—«Nada mas fácil para el poder de Dios seria esta resurreccion, replicó Pedro, pues lo mismo le costaria unir su alma á ese cuerpo ya cadáver, que le costó el colocarla en él por primera vez. No le haré por mi parte esa demanda imprudente, pues ignoro si habrá necesidad de semejante milagro.» Viendo el príncipe que eran inútiles las promesas, recurrió á los tormentos; le hizo azotar cruelmente, y cada vez mas irritado por la invencible constancia del mancebo, le cortó igualmente la cabeza el dia 19 de mayo de 1397. El populacho se apoderó en el momento de los cuerpos de ambos mártires, y los arrastró ignominiosamente por las calles. Sin embargo, los cristianos que residian en Granada, pudieron al fin recoger la mayor parte de sus miembros destrozados, y los catalanes los trasladaron á pais católico. Muchas ciudades de España conservan algunas reliquias de ellos; pero la parte mas considerable de estos despojos, existe en Vich, ciudad episcopal de Cataluña, donde están en grande veneracion (1).

No era dado á todos los misioneros el tener la gloria igual de terminar por el filo de la espada, su útil y gloriosa carrera; mas sin embargo, cada uno tuvo su parte de sufrimiento. De esta manera, el dominicano Juan de Francfort, célebre teólogo, ardiendo en deseos de salvar las almas que se perdian en el rebaño de Jesucristo, fué á anunciar la fé á los infieles, y apresado por los mahometanos de Berbería, por espacio de cinco años, sufrió toda clase de privaciones, sumido en un oscuro calabozo. Instruido el papa Bonifacio IX de su larga cautividad, trató de rescatarle, y siendo muy gruesa la suma que pedian los mahometanos por su libertad, tuvo el papa que acudir á la piadosa liberalidad de los fieles concediendo indulgencias á los que contribuyesen al rescate del misionero, que al fin se verificó. Otros apóstoles, franciscanos, dominicos, y agustinos, quedaban aun cautivos despues de muchos años por los infieles que intentaban obligarles de ese modo á abrazar el islamismo; pero lejos aquellos de dar á los católicos de esos paises el mal ejemplo de una

(1) La existencia de estas reliquias en la catedral de Vich, consta auténticamente por un acta documentada, que es una visita y reconocimiento que se hizo de estas reliquias el 13 de mayo de 1588. En ella se dice, que los huesos de estos santos estaban en una caja en la que se contenia un pergamino de letra antigua, cuyo contenido se mandó traducir y copiar fielmente, y de él aparece que estos santos mártires sufrieron el martirio en Granada, el 7 de junio de 1397, junto á la puerto de Bibarrambla, y que presenciaron en esa ciudad el martirio muchos fieles cristianos, de los que el documento cita algunos con sus nombres. El acta de visita esta firmada por el notario público con todas las formalidades, y existe en el archivo. Dícese tambien en ella que parte de estas reliquias se llevaron tambien á Córdoba y Sevilla. En el documento, al mártir aragones se le llama Juan Lorenzo de Calatayud, y de su compañero, Pedro de Dueñas, se dice ser natural de Toledo. Véase Marcos de Lisboa, *Crónicas de los Menores*; Domenech, *Santos de Cataluña* para 317. (N. del Trad.)

cobarde apostasía, sostenian su fé, y en cuanto les era posible, prodigaban generosas exhortaciones. Benedicto IX, animó á los cristianos por la concesion de indulgencias, á romper las cadenas que impedian á estos ángeles de salvacion procurarla á los mortales. Muchos salieron de sus encierros; no pocos sucumbieron en ellos.

CAPÍTULO XXI.

Los navegantes franceses introducen el cristianismo en las costas occidentales del Africa.

Desde la Berbería, donde Juan de Francfort sufrió la larga cautividad que acabamos de citar, abraza la vista el desierto mas vasto del globo, pues su longitud es de 1100 leguas, y su ancho, por lo menos, de 100 en su parte mas angosta, y con una superficie casi como la mitad de Europa, puede valuarse á casi 230,000 leguas cuadradas. Grandes playas de arena forman su límite en la costa del Atlántico, y los cabos del Agador y Bojador, y el cabo Blanco, célebre por los muchos buques que en él han naufragado, son los mas notables do este litoral. La arena, impulsada por el viento del mar, no solo llena el litoral, sino que invade gran parte de las orillas del mar, haciéndole retroceder, y al lado opuesto del desierto, invade las tierras confinantes. En medio del Sahara, hay espacios habitados y con vegetacion que parecen islas en la misma tierra. Estos oasis interrumpen la monotonía del desierto, cuya atmósfera constantemente abrasada por los rayos del sol, reflejados en la arena, tiene un ardor intolerable. La inmensa claridad deslumbra la vista; el aire, durante una gran parte del año, muestra su color como rojizo que entristece, y á mas de eso, el viagero tiene que temer el ser asaltado en su camino por el simoun, que eleva y traslada de un punto á otro montes de arena en un momento, y cubre los pocos manantiales de agua, que tan raros son en el desierto.

El mahometismo, es la religion de los moros que habitan la parte occidental, así como de los berberiscos que viven en la central y oriental del Sahara, si bien algunas tribus de estos conservan aun la idolatría.

Al sud del Sahara, está la region de los negros de Nigricia. La Nigricia occidental ó Senegambia, comprende el pais situado entre el Sahara occidental, y las costas de Sierra-Leona. La Nigricia oriental marítima ó Guinea septentrional, abraza los paises entre la Senegambia, el Congo, el Atlántico y el Sudan; y la Nigricia central interior ó Sudan, se estiende entre el Sahara, la Guinea, la Senegambia y la region del Nilo. Por último, la Nigricia meridional ó Congo, ó mejor aun, la Guinea meridional, comprende las comarcas situadas á lo largo del Atlántico, desde el cabo Lope, hasta el cabo Frio, y aun se adelanta algo mas por el interior, hácia el oriente.

Si hemos de creer á varios autores, los normandos, particularmente los de Dieppe, ya reconocieron y visitaron las playas occidentales del Africa, desde principios del siglo XIV. Largo tiempo antes de fijarse los normandos en la Neustria, conocian las costas de Francia, España y Portugal. Habituados ya desde el siglo V á los peligros y azares de la navegacion, se hicieron temibles por sus piraterías en las Galias, y á principios del siglo IX aparecieron en ambos mares sus innumerables barcos. Muerto Carlo-Magno, rompieron los diques que contenian sus incursiones y talaron y saquearon todo el litoral, desde el Elva hasta el estrecho de Gibraltar, y hasta la Provenza é Italia. Establecidos los moros en el mediodía de España, estaban en relacion mercantil por medio de su marina, con el Africa, el Egipto y el Asia menor, habiendo progresado en la navegacion así como en las demás artes: progreso y civilizacion cuyas ventajas codiciaban los normandos. Y así fué, que cuando se fijaron definitivamente en la Neustria, dejando de ser la plaga del mundo, conservaron relaciones con los moros á quienes siguieron, penetrando junto con ellos, en las costas de Africa, de donde los españoles, en el siglo XIII, ya

amenazaban arrojarlos; y si bien limitaron desde luego sus escursiones á los confines de la Mauritania, muy luego, ilustrados cada vez mas por los mahometanos, con quienes estaban en contínuo tráfico, y alentados por la esperiencia, quisieron estenderse y reconocer las regiones que veian prolongarse hácia el mediodía. Cárlos V, que fué el que supo apreciar mas las ventajas del comercio, fomentó el de la Normandía, y aprovechando esta proteccion y buenas disposiciones, los dieppeses, en el mes de noviembre de 1374, aprestaron dos navíos que hicieron rumbo hácia las islas Canarias. Por Navidad llegaron á Cabo-Verde, y anclaron delante de Rio-Fresco, en la bahia que aun tenia el nombre de bahia de Francia, en 1666. Despues de haber recorrido la costa de Sierra-Leona, se detuvieron en el sitio, llamado mas tarde por los portugueses Rio-Sestos. Llamándoles la atencion la semejanza que esta situacion presentaba, comparándola con su ciudad natal, la llamaron Petit-Dieppe. Los cambios que realizaron con los naturales del pais, les valió adquirir, por objetos de poco ó ningun valor, cantidades de oro, marfil, especias y otros géneros, de los que reportaron ganancias inmensas á su vuelta en 1365. En el mes de setiembre del mismo año, los comerciantes de Rouen se asociaron con los de Dieppe, y la compañía normanda armó cuatro navíos, de los que dos debian traficar desde el Cabo-Verde hasta Petit-Dieppe, y los otros, ir mas lejos para reconocer las costas. Uno de estos buques, destinados al descubrimiento, se detuvo en el gran Sestre, sobre la costa de Malaqueta, donde encontró gran cantidad de pimienta, de la que cargó el barco. El otro, hizo sus cambios en la costa de los Dientes, y llegó hasta la del Oro, y trajo consigo mucho marfil y algo de oro. No habiendo hecho á los navegantes un recibimiento tan hospitalario los pueblos de estas playas, como lo hicieron los de Malaqueta, resolvió la compañía fijar para en adelante sus establecimientos en Petit-Dieppe y en el gran Sestre, al que los normandos habian llamado en su principio Petit-Paris, en memoria y recuerdo de la capital de su patria. Siguieron las espediciones anuales durante el reinado de Cárlos V, y se crearon en esas costas factorías, llamadas entonces *loges*, para facilitar las relaciones con los indígenas, quienes conservaron por mucho tiempo en su idioma una infinidad de espresiones francesas. La abundancia de especería que de allí sacaban los normandos, disminuyó su valor en el mercado, y este ramo de comercio dejó de producir las ganancias que anteriormente rendia. La compañía, entonces, en el mes de setiembre de 1380, hizo salir de Rouen al navío llamado Ntra. Sra. del Buen Viage, para tratar en la costa del Oro, y formar allí, si era posible, un nuevo establecimiento. El buque llegó efectivamente en el mes de diciembre á los mismos puntos, donde quince años antes, la segunda espedicion habia granjeado cambios ventajosos, y nueve meses despues, regresó á Dieppe con un rico cargamento; y esto fué, dice Bellefont, lo que dió principio al desarrollo del comercio en Rouen. El 28 de setiembre de 1382, se pusieron á la vela, la *Virgen*, *San Nicolás* y *la Esperanza*. *La Virgen* se detuvo en el primer sitio descubierto en la costa del Oro, que fué llamado la Mina, á causa del mucho oro que allí se encontró. El *San Nicolás*, hizo su negocio en cabo Corso y en Moure, por cima de la Mina, y la *Esperanza*, comerció en Fantin, Sabu y Cormentin hasta el Akara. Diez meses despues, la espedicion regresó con cargamento mejor que todos los anteriores. Visto tan brillante éxito, en 1383, salieron otros tres buques con destino á Akara, para desde allí descubrir las costas del mediodia, y llevando consigo materiales de fabricacion, construyeron una factoría en la Mina, donde quedaron diez ó doce hombres. Este establecimiento, acrecentado muy luego, llegó á ser tan importante, que le fué preciso una iglesia. Pero las calamidades y trastornos que sobrevinieron en Francia poco tiempo despues del advenimiento de Cárlos VI, detuvieron los progresos de esta prosperidad creciente; la decadencia del estado

trajo consigo la del comercio, y cuando el soberano llegó á perder la razon, la Francia, entregada al furor de los partidos, llegó á ser presa de la Inglaterra. En esta funesta época, fué poco á poco estinguiéndose, año por año, el comercio de Africa. La factoría de la Mina quedó abandonada antes del 1410, y desde ese tiempo hasta despues de 1450, debemos conjeturar que los normandos no intentaron ya espedicion alguna marítima (1).

Despues de haber indicado los descubrimientos de los franceses, debemos precisar detalladamente el estado moral de los pueblos con quienes por intereses de comercio, se pusieron en relacion.

Los negros que habitaban en ambas costas del Senegal, relacionados en los moros del Sahara profesaban el islamismo, mientras que los mandingos, mas celosos que los otros por su primitiva religion, eran como sus misioneros. El resto de los negros, por lo menos aquellos en quienes los normandos comerciaron, desde el rio Gambia hasta Guinea, eran idólatras á escepcion de los nonos, mas conocidos, bajo la denominacion de sererés ó bandidos, y de algunos otros que no tenian especie alguna de religion. El islamismo, establecido entre los negros, estaba muy desfigurado, lo que prueba la ignorancia de los moros que alli le habian introducido, y el carácter naturalmente libre é independiente de los que le habian aceptado, y si bien sus relajadas costumbres se acomodaban á esta ley carnal, no sucedia lo mismo con sus rigores y privaciones. Sin embargo, el Alcoran les obligaba á ayunar una luna entera, y á esto es á lo que llamaban su Ramadan. Entre los musulmanes, este ayuno no cae siempre en la misma estacion, porque como sus años son lunares, la luna de Ramadan cambia de época anualmente; pero los negros fijaron su ayuno en la luna de setiembre ó del equinoccio del otoño. Desde que esta aparece, la saludan, presentándola sus manos mojadas con saliva, y despues las llevan encima de su cabeza, describiendo círculos á su alrededor. Si observan el ayuno durante el dia, con una escrupulosidad hasta ridícula, en general se desquitan de él ámpliamente por la noche, desde que se pone el sol. Al Ramadan sigue el Tabasket, que corresponde al Bairan de los musulmanes, y es la época de su mayor fiesta y regocijo. La ceremonia de la circuncision es la que mas exactamente observan, pero evitan hacerla durante los grandes calores, en la época de las lluvias, ó en la época del Ramadan, y no esponen á sus hijos para esa operacion, sino á la edad de quince años, para que estén en estado de soportar mejor el dolor, y al mismo tiempo, para que tengan el discernimiento necesario que reclama, lo que creen como una profesion de fé. Cuando un gran número de negros tiene la edad requerida, el rey ó gefe, que tiene entre aquellos algun hijo suyo para cincuncidarle tambien, publica la ceremonia en todo el contorno, á fin de que acudan todos los que estén en el caso de presentar sus hijos. Esta gran concurrencia hace mas notable el acto, y crea al mismo tiempo una especie de confraternidad entre los circuncidados. La supersticion mas comun de los negros es la del *gris-gris*, hechizo ó amuleto, que consiste en ciertos caractéres trazados en un papel. Cada uno de estos, tiene su virtud particular; uno sirve contra el riesgo de ahogarse; otro contra la mordedura de las serpientes, etc. La confianza de los negros es tan ciega en estos preservativos, que muchos, con semejante garantía, se espondrian sin dificultad á esperar de cerca un disparo de flecha, y el mas po-

(1) Por este mismo tiempo que los navegantes normandos hacian sus espediciones á Africa, ya las hacian igualmente los españoles, pues Ortiz de Zúñiga asegura que ya en el siglo XIV se habian traido á Sevilla negros procedentes de aquella parte. Navarrete dice tambien que desde fines del siglo XIV ya frecuentaban los castellanos las costas de Africa y hacian un gran comercio con sus naturales. La navegacion se hacia en carabelas y embarcaciones pequeñas, y dicese que tardaban dos ó tres meses en ir, y siete ú ocho en volver, y apenas llegaban á las costas recien descubiertas, cuando los naturales, que vivian en los campos, dispersos, se juntaban á son de bocina para hacer los rescates; y asi los reyes de Castilla miraron siempre aquellas tierras como propias de sus dominios desde que las descubrieron sus vasallos. Navarrete, *Colec. de viages*, etc, pág. 37, tom I. Mucho mas claro y probado esta esto que los viages de los normandos que cita Henrion. (N. del Trad.)

bre de ellos, al ir á la guerra, llevando un *gris-gris*, que compra al marabut ó sacerdote suyo, ya se cree garantido de cualquier herida; mas si el amuleto falla y carece de poder, los marabuts echan la culpa de su ineficacia al negro que Mahoma no ha juzgado digno de su proteccion. Raro es el negro que no se halle dispuesto á hacerse con un gris-gris de los de primera clase ó virtud superior, y los marabuts fijan á veces un precio tan exhorbitante por ellos, que aun los príncipes mismos no se hallan en disposicion de comprárselos.

La circuncision se practica en casi todos los pueblos de la costa de Guinea, desde Sierra-Leona hasta Benin, aunque los mandingos no han sido los mas propicios para propagar el islamismo. Los negros de Bure, repiten muchas veces en sus oraciones, y al dar principio á muchos de sus actos, los nombres de Abraham, Isaac y Jacob, sin que ellos se den á sí mismos cuenta de cómo han podido conocer estos venerables nombres de los antiguos patriarcas El P. Labat supone, que algun hebreo ensayó el introducir el judaismo entre ellos; mas sea de esto lo que quiera, su religion dominante es una idolatría sin reglas, sin fiestas, ni ceremonias. El número de sus dioses es infinito; la tierra es para ellos un manantial inagotable de divinidades, y cada uno escoje la que se le antoja. A estos dioses llaman *fetiches*. Los unos tienen un cuerno, otros una pata de langosta, aquellos una espina, un clavo, una concha de caracol, una cabeza de ave, ó una raiz cualquiera. Cada negro lleva consigo su divinidad pendiente del cuello, guardada en una pequeña bolsa, y aunque su dios no coma ni beba, no por eso deja de ofrecerle por mañana y tarde lo mejor que tiene para alimentarse, dirigiéndole al mismo tiempo algunas preces.

Los negros de cabo Mezurado, menos esclavos de sus supersticiones, se sirven tambien de fetiches; pero cambian frecuentemente el objeto de su culto. Estos adoran al sol, á quien tributan sacrificios de vino, frutos y animales, y antes le sacrificaban los prisioneros de guerra, hasta que encontraron mas cómodo y ventajoso despues, venderlos como esclavos á los europeos. El gran sacerdote marabut ofrece estos sacrificios. Despues que los animales están degollados, y que se han derramado en tierra, una parte del vino y de los frutos, el marabut se reserva una parte para sí de todo esto, y lo demás se lo reparte al pueblo. De que el nombre de marabut es peculiar de los doctores mahometanos, no debemos deducir que el islamismo se introdujo en Mezurado; los sacerdotes de este pais tomaron aquel nombre por analogía, sin necesidad de que la doctrina de Mahoma se implantase en aquel punto.

La codicia de los feticheres ó sacerdotes, conserva entre los negros de la costa del Oro una idolatría, mezclada de las mas groseras supersticiones. Estos pueblos saben que hay un Dios, creador del cielo y de la tierra, bueno y pródigo en sus bondades con sus criaturas, y á este le llaman el Dios de los blancos. Creen que las almas no mueren; pero suponen, que despues de haber abandonado los cuerpos, tienen aun hambre y sed, y sienten las mismas necesidades de esta vida. En su lastimosa ignorancia, reducen todo su culto al de los fetiches, que son para ellos sus esclusivos dioses; les temen y no los aman; les hacen plegarias para evitar que aquellos les hagan daño, y los que tienen mas luces é inteligencia que el resto del pueblo, convienen en que de ellos no se puede esperar ningun bien. Estos fetiches no tienen forma ni figura determinada, y son á veces un hueso de pollo, una cabeza de mono, una espina de pescado, una piedra, ó cualquiera otra chuchería. Los charlatanes les venden estos dioses ridículos, en cuyo obsequio les imponen ciertas prácticas, y algunas de ellas difíciles y trabajosas, á las cuales se someten aquellos infelices negros, de miedo de morir de repente si faltan á alguna de ellas. Estos fetiches no son mas que para la gente comun; los reyes y los Estados tienen otros, llamados grandes fetiches conservadores del príncipe ó del reino; por ejemplo, una montaña, una gran

roca, un árbol corpulento, ó un gran pájaro. Cualquiera que por casualidad ó de intento matase á un ave de estas, su propia vida estaria en peligro. Si el pájaro fetiche vuela por acaso al jardin ó choza de un particular, este se alegra y lo tiene como un dichoso presagio y no deja de dar de comer bien á este enviado de buen agüero. Los negros respetan tambien á ciertos árboles grandes, á cuyo pié hacen sacrificios, persuadidos que si se cortase uno de estos, todos los frutos del pais se acabarian. Obtienen tambien veneracion de ellos, las montañas elevadas, sobre las que el rayo ha caido varias veces, y las consideran como morada de los fetiches, á quienes, creyéndolos con necesidades como los demás hombres, cuidan de dejar al pié de la montaña reverenciada, arroz, miel, pan, aceite y vino, para que aquellos pobres dioses lo recojan, y se sirvan de ello. El miércoles, que para los negros, es como para los cristianos el domingo, se lavan y visten con mas esmero que los otros dias, y se reunen en la plaza, donde está el árbol del fetiche, (Pl. XIX, n.º 1) á cuyo pié ponen una mesa adornada de flores y llena de manjares, para que el fetiche del pueblo y los particulares de los demás que componen la asamblea tengan buena comida, mientras que ellos cantan y bailan alrededor del árbol, al son de la música bárbara de sus instrumentos. Despues de haber pasado el dia en estos ejercicios, por la tarde se lavan y asean otra vez, y el gefe de la aldea distribuye á toda la asamblea vino de palmera, traido al efecto para esta ceremonia, despues de la cual, cada uno se vá á su albergue para cenar, cuidando de derramar sobre la tierra en ese dia, mas vino que de ordinario para honrar á los fetiches, y hacerles beber. El banquete preparado al pié del árbol, pertenece á los fetícheres, que son los que se aprovechan de él, en vez de los séres fantásticos á quienes se ha ofrecido. Tal es el culto estúpido de estos hombres, criados como los demás á la imágen de Dios. Cuando los europeos les preguntaban la razon de lo que creian, bajando su vista se contentaban con decir: «Vosotros los «blancos sois dichosos en tener á un Dios «bueno que provee á vuestras necesidades, y «que no os hace daño.» Cuando sobrevenia una tempestad, y se dejaba oir el trueno, llenos de miedo se encerraban en sus chozas diciendo: «Que el Dios de los blancos estaba encolerizado.» Ellos creen que su dios es negro, y los fetícheres les aseguran que se les aparece al pié del árbol de los fetiches, bajo la forma de un gran perro de este color. Estos truhanes, esplotando la credulidad popular, venden pequeños cayados de madera, semejantes á los que se usan para atraer á sí las ramas de los árboles, haciéndoles creer que el diablo las ha puesto cerca del árbol fetiche, y que á ellos solos es permitido cogerlos y venderlos á los que los necesiten. Aunque estos cayados sean de la misma forma, cada uno no puede servir sino para una cosa sola: y así, el uno, es para proteger las casas; otro, las tierras sembradas; otro, las palmeras, y así sucesivamente. Todo cuanto se diga es poco para encarecer el inmenso respeto de los pueblos, de sus gefes, y hasta de los mismos reyes de los negros, por los sacerdotes de los ídolos, á quienes colman de regalos para que intercedan con los fetiches, para que les sean favorables, y no les causen mal alguno. Hasta tal punto está arraigada la supersticion, que para ellos los fetiches no faltan nunca; sus adoradores son siempre los culpables. Cuando se les quiere obligar á jurar por sus fetiches, rehusan hacerlo cuanto mas pueden, porque siendo embusteros en sumo grado, temerian morir de repente si hiciesen lo contrario de lo que habian afirmado bajo juramento. La mayor parte no dejaban ir á punto distinto del de su residencia á sus mugeres sin hacerlas jurar primero por el fetiche, que les serian fieles, y para mas comprometerlas, las hacian beber una calabaza de vino de palmera, en la cual habian mojado hojas ó yerbas que habian tocado á los ídolos; precaucion que se renovaba á su regreso. En una palabra, el fetiche era en la cos-


Marvy sc
Marvy

ta del Oro, poco mas ó menos, que la *Boca de verdad* fué antiguamente para otros pueblos. En los negros que dejaban sus casas para ir á comerciar, se notaba otra singular superstición, que era el estornudar al salir, y si al hacer esto, su cabeza se volvia á la derecha, era buen presagio, y malo, si era á la izquierda, en cuyo caso se volvian á entrar dejando el viage para otra dia, que la suerte les fuese mas propicia.

Si los idólatras de otros paises tenian mas de treinta mil divinidades, el pueblo de Wida las tenia por centenares de miles. Sus fetiches se podian dividir en dos clases: la de los pequeños, multiplicados al infinito, y la de los grandes, que se reducian á solos cuatro, á saber: el Agoye, el mar, los árboles, y la serpiente. El Agoye era una monstruosa figura repugnante, de tierra negra, que mas bien parecia un sapo que un hombre. Estaba sentada sobre un pedestal de arcilla roja, y vestida de tela encarnada, con varios dijes. Su cabeza, en lugar de cabello, estaba coronada de lagartos y serpientes, mezcladas con plumas encarnadas, y una luna de plata en su parte superior. Rodeaba el cuello de la figura, una banda de paño color de escarlata, de donde péndian ciertas baratijas. Generalmente se daba á esta estátua, diez y ocho pulgadas de altura, un pié á su corona, y el mismo grandor al pedestal. Este ídolo, objeto de un culto secreto, que no tenia mas testigos que el sacerdote y la divinidad, estaba colocado sobre una especie de altar en casa del gran sacrificador. Como este era el que presidia los consejos, se le consultaba antes de realizar alguna empresa. Los que se creian en necesidad de sus inspiraciones, despues de haber esplicado al sacrificador el motivo de su llegada, ofrecian un regalo al gran ídolo, sin olvidarse de pagar los derechos estipulados para el que le habia de servir de intérprete. Si con esto estaba satisfecho, tomaba unas bolas de tierra, hacia algunos gestos que el suplicante contemplaba con mucho respeto, y las echaba á la suerte de un plato á otro, hasta que el número se encontrase impar en cada plato. Repetia muchas veces esta operacion, y si el número continuaba siendo impar, declaraba que la empresa tendria buen resultado, y aunque este desmintiese al oráculo, los negros, frecuentemente prevenidos en favor del ídolo, en lugar de acusarle como embustero, se atribuian la culpa á sí mismos. Las mugeres eran las que mas acudian á consultar, y daban mas productos al oráculo.

En la estacion de las tempestades, en que el movimiento de las olas impedia la pesca, los negros hacian grandes ofrendas al mar, arrojándole objetos de toda especie; pero los sacerdotes no escitaban mucho á hacer este sacrificio, del que reportaban poca utilidad. Si el temporal continuaba adverso, se consultaba al gran sacrificador, y segun su respuesta, se hacia ó nó una procesion solemne que terminaba con el sacrificio de un buey en la playa. Su sangre se derramaba en el mar; y se lanzaba en ella, lo mas lejos posible, un anillo de oro para apaciguarlo. Este no era muy grande para que se prescindiese de su adquisicion, pero la víctima, toda entera, era para el sacrificador. Además, se hacia cada año otra procesion por las orillas del Eufrates, rio principal del reino de Whida, que pasaba tambien por un fetiche. El gran sacrificador y sus sacerdotes la aguardaban en un punto determinado para recibir las ofrendas que se les daban, y ellos echaban al agua la parte destinada al fetiche, que eran algunos puñados de arroz, maiz y otras semillas, y lo demás se lo reservaban para sí.

Algunos árboles de gran magnitud eran tambien objeto de súplicas y ofrendas. En tiempos de peste, los negros creian que el poder de este fetiche se estendia particularmente sobre toda clase de fiebres. Las ofrendas hechas á los árboles, consistian en arroz, maiz y cosas por el estilo. Al sacerdote incumbia el derecho de colocarlas al pié del árbol, objeto de la confianza del enfermo, despues de lo cual, aquel podia disponer de ellas á menos que se le pagase una cantidad

para que las dejase allí, hasta que los animales hubiesen dado cuenta de ellas.

Pero el principal objeto de la religion de Whida, llegó á ser la serpiente de una especie particular que allí se cria (1). Tiene esta la cabeza gruesa y redonda, los ojos fieros y muy abiertos, la lengua corta y puntiaguda como un dardo, el movimiento muy lento, escepto cuando ataca á una serpiente venenosa, en cuya persecucion parece querer complacer á los hombres. El fondo de su color es un blanco sucio, con mezcla de rayas de varios colores. Estos reptiles tienen una mansedumbre sorprendente; cualquiera puede encontrarlos sin temor, y aunque se les pise no se encolerizan ni se vengan. Estas serpientes tienen ordinariamente á lo mas siete piés de longitud, pero son tan gruesas como la pierna de un hombre. Su culto se introdujo de una manera bien rara. Estando dispuesto el ejército de los de Whida á dar una batalla al de Asdra, salió de en medio de este una gruesa serpiente, que se pasó al otro Lando. Como su aspecto nada tenia de temible, antes por el contrario, parecia mansa y dócil, todos empezaron á acariciarla. El gran sacrificador entonces, la tomó en sus brazos, y la hizo patente á todo el ejército. A su vista los negros se arrodillaron, adorando esta nueva divinidad, y despues, lanzándose al enemigo con estraordinario valor, lograron una victoria completa. Toda la nacion atribuyó este brillante resultado á la virtud de la serpiente, que desde entonces, recibió adoracion, se la edificó un templo, y asignaron fondos para su subsistencia; y muy luego, este último fetiche, se hizo superior á los antiguos, aumentando su culto á proporcion de los favores que creian debidos á su esclusiva proteccion. Se dirigian al Agoye, para los consejos; á la mar para obtener buena pesca; á los árboles, para recobrar la salud; pero á la serpiente, quedaron reservados el comercio, la guerra, la agricultura, la abundancia y la esterilidad, en cuyos importantes ramos intervenia. El primer edificio que se alzó para recibirla, pareció á poco muy pequeño, y se trató de erigirla un nuevo y suntuoso templo, con grandes patios y habitaciones espaciosas. Se establecieron para su culto un gran pontífice y muchos sacerdotes. Todos los años se elegian algunas doncellas, que la estaban especialmente consagradas. Pero aquí lo que hay mas de notable, es, que los negros de Whida no cesaron de creer que la serpiente que adoraban era la misma que se apareció á sus antepasados, y que les habia hecho ganar una importante victoria. La posteridad de este noble animal llegó á ser numerosa, sin degenerar de la bondad natural de su primer padre. Aunque la descendencia fuese menos honrada que su gefe, que aun creian existente, sin embargo, cualquier negro se tenia por muy afortunado encontrando alguna serpiente de esta especie, la que recogia y mantenia en su casa con gran satisfaccion. Además del templo principal, que habia en la capital, hubo otros muchos en diferentes puntos del reino para dar culto á estos reptiles, y nadie pasaba por junto á uno de aquellos asilos, que no se detuviese, para tributar su homenage á estas serpientes. Cada uno de estos templos tenia su sacerdotisa. Era esta, por lo regular, una vieja, que se mantenia de las provisiones que se dejaban á los reptiles, y que respondia en voz baja á las consultas de los adoradores. A unos, aconsejaba, que en tales y tales dias se abstuviesen de comer este ú el otro manjar; á otros, que no bebiesen vino, etc., y estos avisos se guardaban escrupulosamente, de miedo que la serpiente vengase su menor omision ó negligencia. Las

(1) En el culto de la serpiente podriamos recordar el error criminal de los ophitas herejes del siglo II, que adoraban la serpiente que tentó á Eva, diciendo que aquella fué, ó el mismo Cristo ó la sabiduría eterna oculta bajo la forma de aquel animal. Pretendian estos herejes, que al dar á nuestros primeros padres el conocimiento del bien y del mal, se habia hecho el mayor servicio al género humano. Cuando los gefes ó sacerdotes de estos ophitas celebraban sus misterios, una serpiente, que ellos tenian domesticada, salia de su madriguera á una voz que la daban, y poniéndose sobre el altar se enroscaba sobre los objetos ofrecidos en sacrificio. Los impostores deducian de aqui, que el Cristo habia santificado aquellos dones con su presencia y contacto, y los distribuian en seguida á los asistentes como una eucaristia capaz de santificarles. Véase Bergier, *Diccionario de teología*, art. *ophitas*. (N. del Trad.)

fiestas mayores que se celebraban en honor de la gran serpiente, eran dos procesiones solemnes, que se seguian inmediatamente á la coronacion del rey; la madre de este príncipe presidia la primera, y tres meses despues, este dirigia la segunda. Esta era la única vez, en todo el curso de su reinado, que era admitido el sóberano á ver el tan celebrado ídolo, entrando en el santuario reservado y solo accesible siempre al gran sacerdote. A escepcion de algun acontecimiento estraordinario, como lluvias, ó sequía escesivas, una peste, hambre ó cualquiera otra calamidad pública, la gran serpiente se contentaba con el culto diario y regular de sus sacerdotes, que consistia en cantos y danzas con que acompañaban las ofrendas del pueblo que contínuamente acudia.

El ministerio religioso estaba repartido en Whida entre los dos sexos. El gran sacerdocio era hereditario en una misma familia, cuyo gefe unia á esta dignidad suprema, las de grande del reino y gobernador de provincia, y se llamaba siempre *Beti*. Los demás feticheres dependian de él. Su tribu era mas numerosa. Los varones, por derecho de nacimiento, ya eran todos sacerdotes, y se les reconocia por ciertas marcas ó señales, que se les hacian en su cuerpo desde su primera infancia. Aunque su trage comun no se diferenciase del general del pueblo, sin embargo, tenian el derecho de vestirse como los grandes, si sus facultades se lo permitian. Tanto los feticheres como el gran sacrificador, no teniendo, como no tenian, renta fija, ejercian el comercio como los demás negros; pero su fortuna estaba principalmente cimentada en la ciega credulidad del pueblo, que seducian con todo género de supercherías y artificios. Las mugeres elevadas al rango de *Betas* ó sacerdotisas, se honraban con el pomposo título de *hijas de Dios*. Mientras que las demás mugeres estaban sugetas á sus maridos de la manera mas servil, las *betas* ejercian una preponderancia y dominio absoluto sobre aquellos y sobre sus bienes, teniendo derecho á exigir, que sus consortes las hablasen y sirviesen de rodillas. Todos los años se escogian cierto número de doncellas, que separadas de las demás mugeres, se consagraban esclusivamente al culto de la serpiente. Las sacerdotisas ancianas eran las encargadas de hacer este reclutamiento, que verificaban saliendo al campo, y apoderándose de las niñas de ocho á doce años que encontraban, con tal que no entrasen para este fin en el interior de las casas, y si cualquiera se hubiera opuesto á su captura, las feticheres le hubieran muerto sin remedio. Esta especie de furias conducian á las niñas, de esa manera sorprendidas, á sus propias cabañas, donde las tenian encerradas por tiempo determinado para instruirlas y ponerlas la marca de la serpiente, y sus padres, cuando llegaban á saber el estado de sus hijas, lejos de lamentar su suerte, se creian muy honrados en que las hubiese tocado aquel honor. Las sacerdotisas recorrian de esta manera casi todo el reino, empleando ordinariamente quince dias en esta especie de caza, á menos que se llenase mas pronto el cupo de jóvenes que las faltaban para el servicio del templo. Estas aprendian los cantos y las danzas sagradas, que se acostumbraban para el culto de la serpiente, y despues, con una marca hecha áscua, se imprimian en su cuerpo diferentes señales ó figuras de flores, animales, y sobre todo de serpientes. Esta cruel operacion no se hacia, sin sufrir sus víctimas acerbos dolores y gran efusion de sangre, á la que se seguian fiebres peligrosas; pero nada enternecia la dureza de aquellas mugeres, que tranquilamente ejercian su ministerio, seguras de que nadie habia de estorbar tan bárbara ceremonia, por estar prohibido el que alguno se acercase, desde gran distancia á sus casas. Despues de la curacion de las heridas, la piel recobraba su antigua finura, y parecia como de raso negro con flores; pero su principal belleza á los ojos de los negros, era el que esto indicaba una perpétua consagracion á la serpiente, porvenir que aseguraba á esas doncellas cierto rango y privilegios, entre otros, el de estar-

les completamente sometidos los hombres que con ellas se casasen. Terminada ya su instruccion, y ya del todo restablecidas, se hacia creer á estas jóvenes betas, que la serpiente era las que las habia marcado, añadiéndolas además la prevencion, de que si en algun tiempo revelaban los misterios que se les acababan de comunicar, se las quemaria vivas. Pasado cierto plazo, ya podian ver alguna que otra vez á su familia; pero acompañadas siempre, y en una noche oscura. Aquella les recibia naturalmente con alegría, y disfrutaba de aquel placer un corto rato, pero al cabo de algunos dias, las viejas sacerdotisas, reclamaban por semejante favor una remuneracion á su antojo, de la que nada podia rebajarse, so pena, en caso de regateo, de que se duplicase ó triplicase la suma. Estas contribuciones se dividian en tres partes, una para el gran sacrificador, otra para los sacerdotes, y la restante para las sacerdotisas. Cuando las betas llegaban á la edad de la pubertad, que era á los catorce ó quince años, se celebraba la ceremonia de sus bodas con la serpiente. Sus parientes, orgullosos con semejante alianza, las regalaban ricos trages y adornos, conforme á su condicion. Conducidas al templo estas doncellas, se las bajaba por la noche á un subterráneo, oscuro y abovedado, desde donde oian claramente, que se las apellidaba como esposas de la gran serpiente, nombre que debian llevar ya por toda su vida; y desde entonces, eran partícipes de las ofrendas que se hacian á la serpiente su marido. Si algun negro las pedia despues en matrimonio positivo, obtenian su mano facilmente; pero con la espresa condicion de respetarlas lo mismo que á la serpiente, cuyos primitivos cónyuges eran.

Nos hemos detenido algo en esplanar esta supersticion, tan inmoral é insensata, á fin de que se comprenda mejor, que no deja de ser gloria para la Francia, el haber tomado la iniciativa en las esploraciones y el comercio de las playas occidentales del Africa. En esto ha merecido bien de la religion, cuya divina llama, encendida por la compañía normanda en estos paises, comenzó á alumbrarles con los rayos de una luz pura y civilizadora. Pero como ya se ha visto, la compañía no pudo sostener su comercio con el Africa, y la interrupcion de sus relaciones mercantiles, aplazó para otra época los progresos del cristianismo, cuya semilla quedó al menos arrojada en medio de esas naciones, que gemian bajo la esclavitud y el imperio del espíritu de las tinieblas.

CAPÍTULO XXII.

La fé católica se introduce en las islas Canarias.

Los navegantes normandos, que por confesion de Fernandez Navarrete, esploraron la costa occidental del Africa, visitaron tambien el archipiélago de las Canarias. Este archipiélago, situado sobre la costa del Sahara, y que los antiguos conocieron con el nombre de islas Afortunadas, se compone de veinte, entre islas é islotes. Las mas considerables son: al oriente, Lanzarote y Fuerte-Ventura; al occidente, Tenerife, la Gran-Canaria, que ha dado su nombre á todo el archipiélago, Palma, la Gomera, y la del Hierro. Su superficie en general, es montañosa y el pico de Tenerife, que por largo tiempo tuvo la supremacía de ser la mas alta montaña del globo, tiene una elevacion de 1858 toesas, apercibiéndosele á mas de cuarenta leguas desde el mar. El viage á la cúspide de este volcan, no es solo interesante bajo el punto de vista del gran número de fenómenos que se presentan á las investigaciones científicas, sino que lo es mas aun, por el cuadro pintoresco que presenta á los que vivamente impresionan las bellezas de la naturaleza magestuosa, cuyas innumerables maravillas revelan el infinito poder del Criador. La esperiencia ha enseñado á los viageros, que las cimas de las montañas mas elevadas, rara vez proporcionan puntos mejores de vista, que los que se disfrutan desde otras menores elevaciones, cuya altura no ascienda poco mas ó menos, á la del Vesubio, el Righi, ó Puy-de-Dome. Las montañas mas

colosales, como el Chimborazo, el Antisana ó el monte Rosa, abrazan en su horizonte una tan considerable estension, que las fértiles llanuras, aunque cubiertas de una rica vegetacion, apenas se aperciben á tanta distancia, cubriendo todo el paisage una niebla oscura y vaporosa. El pico de Tenerife, por su forma empinada y su posicion local, reune las ventajas que ofrecen las cumbres menos elevadas y las de las montañas mas altas. No solamente se descubre desde su cima un estenso horizonte de mar que se eleva por cima de las mayores alturas de las islas adyacentes, sino que se ven igualmente los bosques de Tenerife, y la parte habitada de las costas, en una proximidad tal, que produce los mas bellos contrastes de formas y colores. Cualquiera diria que el volcan confunde con su masa la pequeña isla que le sirve de base, lanzándose del seno de las aguas á una elevacion tres veces mayor que la que sirve de asiento á las nubes. Si su cráter, ya casi estinguido despues de dos siglos, lanzase llamas ardientes como el de Stromboli en las islas Eolias, el pico de Tenerife, semejante á un faro, serviria de guia al navegante en un circuito de mas de doscientas sesenta leguas.

Hay en las islas Canarias gran número de manantiales y torrentes, peligrosos por sus crecidas en tiempos de lluvias; pero no existen rios. Las montañas y la refrigerante brisa que se eleva del Océano, templan en las costas septentrional y occidental, el estremado calor del clima. Sobre las costas opuestas, reinan vientos de sud ó de sud-este, que detienen la vegetacion, secan los manantiales, y dan lugar á enfermedades contagiosas. El higo, el maiz, la cebada, el algodon, la caña de azúcar, el vino, el aceite, las naranjas, limones, dátiles, y muchas plantas medicinales, son producciones comunes en estas islas. La Gran-Canaria es la mas fértil de todas. La pequeña isla del Hierro, está reputada como uno de los mas importantes puntos de la tierra, por ser el sitio del globo, por el cual los geógrafos todos, desde Ptolomeo, hasta Riccioli, hacian pasar su primer meridiano.

La analogía que existe entre los idiomas que se hablan en los pueblos indígenas del Atlas, con los que usaban los guanchos, antiguos habitantes de las Canarias, indica el origen de estos últimos, que no tuvieron mas que superar una corta distancia para trasladarse del litoral africano, hasta Fuerte-Ventura. Esta palabra *guanchos* se deriva de *guan*, hombre. La mayor parte de estos estaban contínuamente desnudos, aunque algunos se cubrian con pieles de cabras; pero en lo general, se untaban el cuerpo con sebo mezclado con el jugo de algunas yerbas, cuya variedad de colores pasaba entre ellos por un gran ornato. Además, se encontraban tan avanzados al mediodía, que jamás tenian que sufrir el frio. Su alimento ordinario, eran legumbres, carne de lagartos y serpientes, leche de cabra que tenian en abundancia, y algunos frutos, particularmente higos. Como el clima es muy cálido, hacian su recoleccion en los meses de abril y mayo. Sus habitaciones eran grutas ó cavernas, labradas al pié de las montañas. Eran ligeros en la carrera, y ágiles en trepar por los riscos, y en salvar precipicios, saltando de roca en roca, y á veces, á distancias increibles. Su destreza en tirar piedras era tan maravillosa, que tocaban siempre con ellas al objeto que se proponian. Sus armas, además de la piedra suelta ó guijarro, eran mazas en forma de dardos, cuya punta estaba armada con un cuerno, en lugar de hierro, ó estaba endurecida al fuego. Su elevada talla y fuerza muscular, dió motivo á que M. Humboldt, los considerase como los patagones de la geografía clásica.

En punto á religion, unos adoraban al sol, y otros á la luna y á las estrellas, conociéndoseles nueve especies de idolatría. Los sacerdotes guanchos, así como los egipcios, embalsamaban sus muertos de una manera tan artística como estos, y hacian de este arte, un secreto ó misterio religioso. La perfecta conservacion de las mómias, nos recuerda esta costumbre de embalsamar los cadáveres, pe-

culiar casi esclusivamente del Egipto, y los cordoncillos y pequeños discos de barro cocido, que se encuentran con sus mómias tienen algo de semejanza con los famosos quippos de los peruanos, mejicanos y chinos. Existen aun en Canarias, particularmente en la isla de Tenerife, de la que Santa Cruz es capital, (Pl. II, n.º 1) muchas cavernas, en que los guanchos depositaban los cuerpos embalsamados. Cerca de Quimao, se vé una, y otra, entre el Pico y Candelaria, y alli existen aun, en estas cuevas, mómias perfectamente conservadas, colocadas de pié en sus respectivos nichos, que forman varios pisos ó compartimientos. Están aun en un estado de disecacion tan estraordinario y perfecto, que los cuerpos enteros, con tener todos sus tegumentos, no pesan arriba de seis á siete libras, es decir, un tercio menos que el esqueleto de un individuo de su mismo grandor, recientemente despojado de toda su carne muscular. Al examinar por dentro estas mómias, se encuentran restos de plantas aromáticas, entre las que se distingue constantemente el chenopodium ambroisídeo. Golberri nos dá la siguiente descripcion de una momia de hombre: «Desde la punta del cráneo, dice, hasta lo bajo del talon, tenia de altura cinco piés y diez pulgadas. La fisonomía de su rosto, aun estaba comprensible; sus cabellos eran negros, largos y bien conservados, y estaban bien unidos á la cabeza. Las mandibulas, conservaban aun treinta y dos dientes, tan bien fijos en sus alveolos, que era dificil estraerlos sin ayuda de un instrumento; la piel, bien conservada por todo el cuerpo, estaba seca, pero estirada, y de color algo parduzco. La espalda y el pecho estaban cubiertos de pelo, y el vientre y el pecho, llenos de envoltorios de una especie de semilla; blancos y ligeros como la hoja del maiz. Toda la mómia, estaba de arriba abajo fajada como un niño en mantillas, con tres vueltas de tiras largas de piel curtida, de cabra ú otro animal, y anchas de tres pulgadas y algunas líneas.»

Las instituciones políticas de los guanchos, nos recuerdan el sistema feudal de la Europa, en la edad media, el mismo que hemos visto establecido desde tiempo inmemorial, sobre las altas llanuras del Asia media, y el que volveremos á encontrar en casi todas las naciones del mundo marítimo. La religion sancionaba entre estos pueblos el gobierno feudal, que es el que mas facilita y perpetúa las guerras. Una tradicion, inventada sin duda para complacer á los ricos vasallos de los reyes pastores, decia: «El grande espíritu Achaman, creó desde un principio los nobles, ó *achimenceis*, entre quienes distribuyó todas las cabras que existen sobre la tierra. Despues de los nobles, Achaman, creó los plebeyos, ó *achicaxnas*, y esta raza, como mas jóven, tuvo la audacia de pedir tambien para sí cabras; pero el sér supremo, les contestó que el pueblo estaba destinado á servir á los nobles, y por lo tanto, no necesitaba propiedad alguna.» Una ley de los guanchos, que por cierto no recuerda la sencillez de los tiempos homéricos, mandaba, que todo achimencei, que se rebajase hasta el punto de tocar una cabra con sus manos, perdia por solo eso sus títulos de nobleza. El Kaycan ó gran sacerdote, ejercia el derecho de ennoblecer los individuos y las familias. Estos idólatras, además del rey vivo, conservaban el anterior muerto en una caverna puesto de pié, y con el baston de mando en la mano, y un tarro de leche junto á él, para que se mantuviese en el otro mundo. Cuando el nuevo gefe entraba en posesion de la autoridad soberana, los guanchos tenian la costumbre de ofrecerle, no solo su fidelidad y servicios, sino hasta el sacrificio de su vida; y no pocos, de la oferta, pasaban á la ejecucion, precipitándose, á la vista de todo el mundo, despues de varias ceremonias y palabras misteriosas, de lo alto de algun risco. La misma costumbre obligaba al rey en estos casos á tener una consideracion particular con los parientes de los que así morian, distinguiéndolos con honores y beneficios.

Las mugeres de los guanchos no eran comunes entre ellos, como algunos han creido;

pero sí no habia ley que les prefijase número determinado. No tomaban por esposa á una virgen, sin que antes precediese un odioso homenage á su gefe, con el cual se creian muy honrados. Para colmo de depravacion moral, permitian á una muger tener muchos maridos, poliandria, que aun hoy se cree únicamente estar en uso en el Thibet, pero que viageros dignos de fé, como dice Balbi, han encontrado establecida, además, en otras regiones al norte de la India, como en Ceilan; en el Dekan; en China, entre personas pobres; á las orillas del Orinoco, y en algunas otras localidades de la América, y hasta en el centro de la Polinesia.

Los antiguos habitantes de Lanzarote, reputados como los mas civilizados de todos los guanchos, habian edificado, para separar las posesiones de los dos estados rivales, entre quienes se dividia la isla, una gran muralla, que recuerda otras murallas semejantes, construidas por los romanos, al norte de Inglaterra, y en Escocia; por los persas, en la region del Cáucaso; por los egipcios, desde Pelusa hasta Heliópolis; por los peruanos, en la América del sur, y por último, la mas sorprendente de todas las construcciones de este género, la gran muralla elevada por los chinos, para poner su vasto imperio al abrigo de las incursiones de los bárbaros.

El archipiélago de las Canarias, se dividia en muchos pequeños estados, enemigos unos de otros, y á veces, uno mismo se veia sujeto á dos príncipes independientes. A causa de las guerras intestinas, promovidas las mas veces por las naciones comerciantes, un guancho llegaba á ser propiedad de otro guancho, que le vendia como esclavo á los europeos. Si alguno de estos, por el azar de la guerra, le tocaba ser prisionero de aquellos, los isleños no tenian la crueldad de darle la muerte; pero en cambio, por un desprecio que reputaban como el mayor de los castigos, le empleaban en ordeñar las cabras, y en matar las moscas que mortificaban á estos animales (1).

Desde el año 1344, D. Luis de la Cerda, conde de Clermont, que descendia de la casa real de Castilla (1) intentó la conquista de este archipiélago, y Clemente V, coronó á este príncipe en Aviñon como rey de las Canarias, con la sola condicion de introducir y predicar allí el cristianismo (2). Urbano V se ocupó tambien de hacer evangelizar estas islas, como

(1) Segun dice Nuñez de la Peña, los primeros que descubrieron las islas Canarias fueron españoles, en la navegacion de Hannon, cuatrocientos cuarenta y cinco años antes de la Encarnacion de Ntro. Sr. Jesucristo, y estos fueron los que pusieron por nombre á estas islas *Afortunadas*, por los muchos regalos y amenidad de árboles, que en ellas producia la tierra, en donde estuvieron algunos dias y se volvieron á Cartago con Hannon. Españoles fueron tambien los que por segunda vez las descubrieron, que cuenta Plutarco, que arribaron, y dieron noticia de ellas al capitan Sertorio, romano, cuando estaba en Cadiz fugitivo de los romanos; y Lucio Floro afirma, que este pasó á poblar á ellas con algunos romanos y españoles que le siguieron, pasando á la de Tenerife. Juba, rey de la Mauritania, tuvo tambien conocimiento de estas islas, y despues, con la caida del Imperio romano, la noticia de ellas se oscureció y quedaron ignoradas hasta el año 1344, en que una nueva navegacion española las descubrió y dió noticia de ellas á Europa. (N. del Trad.)

(1) Este D. Luis de la Cerda, descendiente del hijo primogénito de D. Alonso el Sabio, cuya rama fué desheredada y privada de la corona de Castilla por el hijo segundo de ese rey, D. Sancho el IV, estuvo casado con D.ª Leonor, hija de D. Alonso Perez de Guzman, el Bueno, y de D.ª Maria Coronel, progenitores de los duques de Medinasidonia, dándole en dote la ciudad del Puerto de Sta. Maria. D. Luis de la Cerda, era hijo de D. Alonso de la Cerda y de D.ª Mahalda de Francia, y tenia titulo de conde de Telamon, como lo tuvo despues de príncipe de las Fortunadas. Parece, segun Ortiz de Zúñiga, que vino á Sevilla con designio de pasar á Africa, á servir á los reyes de Marruecos, al ejemplo de D. Alfonso Perez, que la fama divulgaba haberse hecho poderosisimo; pero aquel le disuadió de ello casándolo con su hija, en quienes tuvo principio la esclarecida casa de los duques de Medinaceli. (N. del Trad.)

(2) El pontifice Clemente VI, es cierto que dió el señorio de las islas Canarias á D. Luis de la Cerda, con titulo de príncipe de la Fortuna, y queriendo poner este en ejecucion su investidura, parece que pidió ayuda á D. Pedro IV de Aragon, al arzobispo de Neopatria y á Rodulfo Loferia, y se le dieron, con lo que pertrechó una escuadra para conquistarlas. Dicen algunos autores que D. Alonso el XI, se opuso á esta donacion, por creer estas islas pertenecientes á su corona, por comprenderse en el obispado de Rubicon, que antiguamente era sufragáneo del de Sevilla; pero en Oderico Rainaldo, que refiere esta donacion, se lee una carta del rey para el pontifice en que le dá gracias de haberla hecho, aunque eran de su soberano dominio. Ya desde estos tiempos se navegaba con frecuencia á estas islas, desde los puertos de Andalucia y desde Sevilla; pero ya por esta contradiccion, ó por otra causa, lo cierto es que el nuevo príncipe D. Luis no llegó á conquistarlas, y se fué á Francia en busca de mayores aumentos, y consta que en este mismo año de la concesion, 1344, pasó por embajador del rey Felipe de Francia, cerca del Pontifice, que tenia su corte en Aviñon, dejando en España á sus dos hijos D. Juan y D.ª Isabel (viudo ya de D.ª Leonor de Guzman), y continuando en servir al rey de Francia, murió en una batalla, el 1246, segun Zúñiga. (N. del Trad.)

lo prueba una bula suya, espedida en Viterbo el 2 de setiembre del sétimo año de su pontificado. En ella se dice: «que dos ciudadanos de Barcelona, habian dado cuenta à este pontífice, que en estas islas, sus habitantes no conocian ley ni religion, y que adoraban al sol y á la luna, à los que se dirigian votos y sacrificios.» En consecuencia de esto, Urbano V, quiso que la provincia dominica de España, mandase allì algunos de sus religiosos para la instruccion de los isleños. Pero la conquista y conversion de las Canarias, estaba reservada al francés Juan de Betancour, baron de Saint-Martin-le-Gaillard, en el condado de Eu, y chambelan del rey Cárlos VI.

La poblacion de las Canarias sufria vejaciones continuas, ya por el comercio de esclavos, ya por las contínuas escursiones de los piratas, lo cual, sabido por el rey Enrique III de Castilla, permitió la conquista de este archipiélago á Roberto de Braquemont, que le habia servido en la guerra de Portugal, y que llegó á ser despues almirante de Francia. Braquemont, encargó esta espedicion, que no queria hacer él en persona, á su pariente Juan de Betancour (1). Este, despues de haber empeñado sus tierras de Normandia á Roberto, con los fondos que pudo recojer, se fué por mar á la Rochela, donde se le asoció á su empresa el caballero Gadaifer de la Salle, su compatriota. Salieron ambos de esta ciudad el 1.° de mayo de 1402, arribaron á España, y despues, hicieron rumbo hácia el archipiélago. Betancour se estableció desde luego en la isla de Lanzarote, cuyos habitantes se distinguian de los demás canarios por algunas trazas de civilizacion. Entre ellos se veian casas construidas de piedra labrada, mientras que los guanchos de Tenerife, como verdaderos trotrogloditas, moraban en las cavernas. Esta superioridad de los de Lanzarote, bajo el aspecto material, no estaba acorde con el aspecto moral, puesto que allì mismo, una muger tenia muchos maridos, que ejercian alternativamente las prerogativas de cabeza de la familia; y un marido, no era reputado como tal, sino durante una revolucion lunar, y mientras que sus derechos eran ejercidos por otros, él quedaba confundido con los criados de la casa hasta que le llegase el turno. Una degradacion semejante, hacia por cierto bien necesario la introduccion del cristianismo, por lo cual, la conversion de los guanchos fué ante todo el objeto principal de Betancour, como lo demuestra la relacion que dejaron escrita de su conquista el franciscano Pedro Boutier y Juan Le-Verrier, sacerdotes ambos, y testigos de sus acciones.

Los franceses, para asegurarse, edificaron un fuerte en Lanzarote, y de aquì pasaron á Fuerte-Ventura. Viendo Betancour, que no eran suficientes sus fuerzas para conquistar todas las islas pidió ausilios à Henrique III, quien le concedió el señorio de las islas Canarias, con la facultad de batir moneda, y de percibir un derecho sobre todos sus productos. Boutier, y Le-Verrier, que rinden homenage, tanto á la dulzura como á la fé de aquellos conquistadores, rechazaron con energía los abusos y violencias cometidas en su ausencia por algunos de sus compañeros sobre los indígenas, violencias que daban lugar á aquellos idólatras á poner en duda la escelencia y verdad de las doctrinas del cristianismo que los sacerdotes les predicaban. Sin embargo, muchos isleños de Lanzarote se hicieron bautizar. Al regreso de Betancour, se sometió el principal gefe de la isla y pidió el bautismo, que Le-Verrier le administró, el 20 de febrero de 1404, y el piadoso conquistador, que fué su padrino, le dió el nombre de Luis. Casi todos los isleños imitaron su ejemplo, y Be-

(1) Este mosen Rubin de Bracamonte, almirante de Francia, es progenitor en España de las casas de los marqueses de Fuente el Sol y condes de Peñaranda. Para hacer válida la cesion que de su derecho hizo à Betancour, suplicó á la reina D.ª Catalina, que gobernaba á Castilla, por muerte de D. Enrique, que confirmase esta donacion, porque él no podia pasar á la conquista por su mucha edad, y la reina, en vista de esto, le otorgó la suplica, é hizo merced al dicho mosen de Betancour de que se intitulase rey de las islas, con tal que él y sus sucesores prestasen vasallage à Castilla, como efectivamente lo hizo en Valladolid, en 25 de junio de 1412, por el señorio de las Canarias, conquistadas y por conquistar, pleito-homenage que repitió mas adelante.

tencour les hizo distribuir un formulario de la fé, compuesto por los misioneros, que contenia los principales puntos y misterios de nuestra creencia. Betencour se propuso ya estender sus conquistas hasta la costa de Africa, y se trasladó al cabo Bojador. Las espediciones de la compañía normanda le habian abierto el camino; sin embargo, se limitó por entonces á recorrer el litoral africano. Varias cuestiones que le suscitó su compañero Gaidefer, le obligaron á venir por segunda vez á España, donde le fueron reconocidos sus derechos. Poco despues, se estableció en Fuerte-Ventura de una manera tan sólida como en Lanzarote, cuyos habitantes todos abrazaron el cristianismo. El 18 y el 25 de enero de 1405, los dos gefes ó reyezuelos de Fuerte-Ventura, recibieron el bautismo en una capilla erigida al efecto y recibieron por nombres, el primero, Luis, y el segundo, Alfonso. Desde entonces, las conversiones se multiplicaron por medio de las celosas predicaciones de Le-Verrier y Boutier. Betencour, marchó á Francia, á buscar nuevos medios para consolidar sus establecimientos, y con ellos trató de subyugar la Gran-Canaria. Los vientos le arrojaron al cabo Bojador, donde no encontró obstáculos; pero la Gran-Canaria resistió á sus esfuerzos. Viendo esto, se dedicó á la conquista de otras islas, y se apoderó de Palma y de la del Hierro. Resuelto á regresar á su patria, instituyó en calidad de gobernador de todo lo adquirido, á su sobrino Maciot de Betencour, encargándole muy especialmente que hiciese construir iglesias, y que tratase á los indígenas con toda consideracion y dulzura, ejerciendo la justicia con arreglo á las costumbres de Francia y de Normandía; recomendándole por último, que á lo menos dos veces al año mandase dos navíos á los puertos de aquella provincia (1). En una última reunion, á la que asistieron los gefes canarios, ya convertidos, pronunció estas bellas espresiones: «Amigos mios, y hermanos cristianos, Dios fué servido de estender su gracia sobre nosotros y sobre todo este pais, unido al presente á la fé católica. Dios, por su especial favor, quiere mantenernos á todos en ella y darnos fuerzas para conducirnos de manera que se procure su gloria y los progresos de su religion. Yo os ruego y encargo, que seais buenos cristianos; que sirvais á Dios, amándole y temiéndole; que asistais á la iglesia, y que os conserveis así, anterin que Dios os haya mandado un pastor, es decir, un obispo, que cuide y gobierne vuestras almas, y si Dios quiere, yo mismo iré á Roma á pedir al papa, que cuanto antes os envie uno.» Despues de esta tierna alocucion, se despidió de todos y partió el 15 de diciembre de 1405 para España, desde donde fué á Roma, y allí obtuvo del papa un obispo para las

(1) Maciot de Betencour que siguió en el señorío á su tio, no se portó en manera alguna tan religiosamente como este se lo habia encargado, pues comenzó á vender esclavos y á cometer grandes tropelías con los naturales, á pesar de ser ya cristianos, sin que le contuviesen las serias amonestaciones del obispo D. Mendo, ni las de los principales españoles que ya poblaban aquella isla, los cuales, y el obispo dieron parte de este abuso al rey de Castilla D. Juan II, que le amonestó sin fruto, y viendo por fin su pertinacia y ninguna enmienda, mandó á las islas á Pedro de Barba, con una escuadra, para que le prendiese y desposeyese de su gobierno; pero Maciot, para evitar la afrenta, traspasó y vendió el derecho que en esas islas tenia por cesion de su tio, al dicho general Pedro de Barba, el cual, con aprobacion del rey, quedó con el gobierno de las islas. Maciot, obrando luego villana y deslealmente, se fué á la isla de Madera, donde el 1426 hizo una nueva venta ó traspaso con el infante de Portugal, D. Enrique, hijo de Juan II, que estaba codicioso de aquellas islas, vendiéndole una propiedad que ya no tenia por algunos dineros y heredamientos en la Madera, venta inválida y nula; sin embargo, atropellando por todo, dispuso una armada para apoderarse de las Canarias, y Pedro Barba, su gobernador, auxiliado de los isleños y españoles que allí habia, por dos veces derrotó á los portugueses, que nunca pudieron sentar el pié en las islas, y siguió la contienda hasta las paces generales que se arreglaron entre España y Portugal, el 1479, en que este renunció todo derecho á las Canarias. No contento con la primera venta, Maciot, hizo otra segunda de las islas al conde de Niebla, D. Enrique de Guzman. Pedro Barba despues de dejar inaugurado el señorio de las islas á la corona de Castilla, trató de vender sus legítimos derechos sobre ellas á Fernan Perez, caballero de Sevilla, como así lo hizo con facultad real, y este, con la misma, las vendió al conde de Niebla, á quien antes sin derecho los habia pasado Maciot. El conde hizo cesion de ellas á Guillen de las Casas ó Casaus, que alcanzó confirmacion del rey de Castilla, en 1433. y despues, Guillen de las Casas, su hijo, las vendió á Fernan Perez su cuñado, vecino de Sevilla, con el mismo título y derecho que sus antecesores las tuvieron, por escritura del 1445. Este conquistó las islas de la Gomera y la del Hierro, y otros sucesores suyos lo hicieron de las restantes. En todo lo relativo á estas islas y su cristiandad, véanse las historias de las mismas que escribieron Viera y Nuñez de la Peña. (N. del Trad.)

cer por los polacos, habian resuelto abandonar su culto y adherirse al del vencedor. Aprovechando estas buenas disposiciones, se les fueron enseñando las verdades de la religion cristiana. Mucho mejor instruido el rey Wladislao, sobre la lengua y costumbres del pais, que los mismos misioneros que le seguian, quiso ser él mismo el primer predicador de la fé entre estos bárbaros. Nicolás Vezik, ayudado de algunos otros dominicanos, continuó, durante muchos años, la obra que el príncipe habia comenzado. Fué tan grande el número de los que renunciaron la idolatría para abrazar el cristianismo, que hubo necesidad de establecer muchas parroquias, y una iglesia catedral en Midnik, antes Warmia. Los sacerdotes de los ídolos hicieron los últimos esfuerzos para entorpecer á los misioneros en su predicacion; pero Dios se sirvió del ministerio de estos para cambiar la idea de los perseguidores y convertir á los mas obstinados. Desde el 1422, bajo el pontificado de Martino V, Nicolás Vezik se vió rodeado de multitud de fieles, á quienes ya habia regenerado con las aguas del bautismo.

Los samogetas por largo tiempo han vivido como los tártaros, errantes en los bosques con sus familias y ganados. Segismundo Augusto, rey de Polonia, último de la raza de los Jaquellones, que se estinguió en el siglo XIV, no sin gran trabajo, pudo persuadirles á que dejando su vida nómada, viviesen en sociedad, construyendo casas, las cuales se redujeron á una especie de chozas, hechas con cañas, tierra y paja, el fuego en el centro, y una abertura arriba, para dar salida al humo. El asesinato, el hurto, y otras malas costumbres, son muy raras en este pueblo, despues que llegó á ser cristiano, y Brucen de la Martiniere, nos habla de una costumbre singular entre ellos. «Las hijas jóvenes, dice, se crian para el gobierno de la casa, y cuando salen por la noche, lo hacen siempre con una tea encendida en la mano, y dos campanillas sujetas á la cintura, á fin de que el padre pueda saber donde están, y lo que hacen.» Los samogetas, tanto varones como hembras, no se casan por lo comun, sino despues de los treinta años.

La ardiente actividad de los franciscanos, no puede hacernos olvidar el celo y abnegacion de los dominicos en este mismo tiempo. Ya dejamos atrás dicho las contradicciones y obstáculos, que un cierto Juan, cura de Limburgo, y sus cómplices, suscitaron á fines del siglo XIV, á los apóstoles de la fé que sostenia la sociedad llamada de los Peregrinos de Jesucristo, compuesta por Inocencio IV, de dominicanos y franciscanos, con objeto de evangelizar á los idólatras y cismáticos, y la misma, que bajo los siguientes pontificados, vió acrecentarse á la vez el número de sus miembros, y el de sus privilegios. Bonifacio IX, en 1399, sabedor de las contradicciones que los misioneros sufrian, les exhortó á que no desalentasen su constancia, y para mas estimularles, á los privilegios anteriores, añadió otros nuevos, para facilitar mas el ejercicio de su ministerio apostólico. Estos privilegios están especificados en dos diplomas, dirigidos, el primero, al ministro general, y á los franciscanos de Rusia, y el segundo, al ministro provincial, y franciscanos de Hungría, que eran los que mas entorpecimiento encontraban de parte de los Ordinarios con gran perjuicio de la conversion de los comanos, de los tártaros, patarinos y otras pueblos idólatras ó cismáticos, que en su vida nómada, recorrian el vasto territorio de este reino. Habiendo revocado el mismo papa el 1403, algunos privilegios de los regulares, surgió de esto una oposicion mas contra los franciscanos de Rusia, tanto que Bonifacio VIII, tuvo que declarar terminantemente, que la revocacion á que se aludia, en nada se referia á los privilegios especiales de la sociedad de los Peregrinos de Jesucristo. Uno de estos franciscanos, el principal, y mas ocupado en la conversion de los rusos, los lituanios, y los tártaros, era el polaco Juan, por sobre-nombre el Pequeño. Viendo este que la epidemia habia disminuido considerablemente el número de los misioneros

pasó en 1410 á Italia, para solicitar del soberano pontífice, ausiliares y nuevos poderes, en el interés de la propagacion de la fé. Es verdaderamente raro, que para esta demanda se dirigiese Juan á Gregorio XII, depuesto á la sazon del papado, y que vivia en Gaeta, bajo la única proteccion del rey de Nápoles; y no á Alejandro V, que habia fijado su residencia en Bolonia. Como la solicitud ó peticion de Juan, implicaba el reconocimiento de los derechos del papado de que carecia Gregorio XII, ya depuesto, este último, sin embargo, le despachó favorablemente, y el franciscano tornó á Rusia.

Los otros dos franciscanos Juan Armandi y Petruccio de Perusa, despues de haber recorrido la Tierra santa, y las islas de Rodas y Chipre, la Rusia, la Bosni, y otros paises, examinando los mejores medios de propagar en ellos la fé, vinieron á esponer por resultado general á Juan XXII, el resultado que habian tenido sus largas y trabajosas investigaciones. El papa alabó su celo, y les permitió en 1413, regresar á Oriente, acompañados de los hermanos Pablo de Hungría, Francisco de Alejandría, y otros seis religiosos á su eleccion. Les dió todos los poderes ordinarios de los misioneros apostólicos; les autorizó á fundar conventos y noviciados, donde los creyesen mas á propósito, y aun, el que se hiciesen acompañar de religiosos de otras órdenes, con tal que estos tuviesen para ello el permiso de sus respectivos superiores.

El año 1420, sus rivales, los observantes se esforzaron á ver si podian despojar á la Órden seráfica de la guarda y posesion de los santuarios de la Palestina. Con este motivo, se siguió un largo proceso en el tribunal pontificio, y Martino V nombró comisarios de investigacion al patriarca de Grado, y á los arzobispos de Nicosia, en Chipre, y de Colocz, en Hungría, para que juntos y separados, procediesen, con espresa órden, de que, si de los informes tomados resultaba una posesion pacífica de los santos Lugares, por espacio de cincuenta años, á favor de los Menores claustrales de S. Francisco, que se la confirmase en virtud de autoridad apostólica. Los hermanos Andrés de Hungría, y Juan de Vizcaya, llevaron el resultado de esta comision á Mántua, y el patriarca, despues de haber reconocido por medio de una informacion jurídica, que los franciscanos poseian los santuarios de Tierra santa sin contradiccion alguna por mas de sesenta años atrás, decidió en su favor. La sentencia fué publicada el 7 de enero de 1421, en la catedral de S. Pedro, en presencia de Juan Francisco Gonzaga, príncipe de Mántua, de Juan, su hijo, del obispo de la ciudad, y de otros grandes personages. El papa confirmó luego esta sentencia, y ordenó á los arzobispos de Candía, de Nicosia, y Colocz para que mantuviesen á los franciscanos claustrales en la posesion de la iglesia y del convento de San Salvador, en Beyruht y sus dependencias; les permitió celebrar la misa en todos estos lugares, dos horas antes de salir el sol, y les concedió otros privilegios respecto á las absoluciones, tanto de religiosos, como de seglares. Como á la sazon se celebraba en Forli el capítulo general de la órden de S. Francisco, Martino V, al cual se habian dado quejas sobre el modo con que los conventuales franciscanos gobernaban la mision de Palestina, mostró su deseo á los vocales, de que un religioso de la nueva observancia fuese nombrado guardian de Monte-Sion. Sin embargo, el Capítulo nombró para ese cargo á un conventual. El papa le obligó á renunciar de su espresa órden, y nombró directamente para aquel cargo al hermano Jacobo Delfin, de Venecia, que pertenecia á la observancia.

Los frutos que la sociedad de Peregrinos de Jesucristo constantemente producia en Rusia, en Valaquia, y en Podolia, debieron hacer que se respetasen los privilegios que la inteligente liberalidad de los pontífices la habian concedido, para asegurar á sus miembros la mayor libertad de accion; sin embargo, el obispo de la iglesia de Moldavia, se opuso á algunas de sus medidas, por lo cual, y en

corona de Castilla, cuyo poseedor titular hacia pleito-homenage, y pagaba servicios y lanzas á su soberano (1). De este *señorío*, el orgullo nacional ha hecho un reino, y era muy natural, que los historiadores franciscanos Pedro Boutier y Juan Le-Verrier, que se llamaban á sí mismos *domésticos* del señor de Betencour, diesen todo el realce posible á su patron. Esta consideracion nos esplica la gran dificultad que han tenido todos los que han querido apurar y desentrañar la sucesion de este supuesto *monarca*, y el cómo se ha concluido su *dinastía*. Todo conduce á creer que si el sobrino del conquistador, Maciot ó Massieu, y su posteridad no disfrutaron mas de la soberanía de las islas, al menos poseyeron en ellas rentas y estados que transmitieron á sus descendientes, puesto que en el siglo XVII, aun se conocian en las Canarias y en las Azores, varias familias, con ese apellido, que pretendian descender del primer conquistador, y cuyas armas son efectivamente las mismas que usaba aquel. Creemos, á lo que parece, que existe aun en la Gran-Canaria y en Tenerife una familia apellidada de Massieu, que dice ser descendiente del sobrino de Betencour, y originaria de Normandía, y allí hay en efecto, en el pais de Caux, otra familia noble antigua, de este nombre, que quizá tenga relacion de parentesco con la otra citada de las Canarias.

CAPÍTULO XXIII.

Obstáculos interpuestos á las misiones entre los tártaros despues de Tamerlan.

Al abrir Dios al celo y perseverancia de los misioneros apostólicos el archipiélago de las Canarias, y las costas occidentales del Africa, compensaba á la Iglesia en cierto modo de las pérdidas que Timur-Beig ó Tamerlan la hacia sentir en el vasto continente del Asia. Tamerlan, á ejemplo de Djeuguyz aspiraba á la monarquía universal. « La tierra, decia, no debe tener mas que un señor, así como no hay mas que un Dios en el cielo. ¿Qué es la tierra con todos sus habitantes para poder colmar la ambicion de un gran principe ? » Despues de haberse hecho proclamar soberano de los tártaros de la Transoxana, y de haber escogido por capital á Samarcanda, que en su tiempo y reinado llegó á ser tan célebre como Bagdad y el Cairo, dió principio á la vasta y no interrumpida carrera de sus conquistas. Victorioso de Bayaceto, cuarto sultan de los turcos otomanos, tuvo con esto un motivo politico para buscar relaciones y amistad con las potencias europeas enemigas de los musulmanes, y así nombró por su embajador, cerca de varios príncipes cristianos, á Francisco Sathru, sin duda uno de los religiosos armenios de la órden de S. Basilio, que entrando en la comunion de la iglesia romana, se habian afiliado, como atrás dijimos, á la órden de predicadores. Francisco, llevó cartas para el rey de Francia, monarca cuyos misioneros, que moraban ó recorrian diferentes estados del Tamerlan, le ensalzaban su poder. Estos mismos misioneros, prevaliéndose de la enemistad comun que reinaba entre los príncipes de Eupa y los mongoles, contra los turcos, para asegurarse mas la consideracion y respeto entre los tártaros, tuvieron buen cuidado que el conquistador no ignorase y supiese los pormenores del valor y decision de los diez mil franceses, que á las órdenes del conde de Nevers, habian salido á aumentar las huestes de Segismundo, rey de Hungría, con las que puso un dique á las ambiciosas pretensiones de Bayaceto, vendiendo aquellos héroes bien caras sus vidas, en la tan célebre jornada de Nicopolis. Despues de la batalla de Ancira, que tuvo por consecuencia la derrota de Ba-

(1) En el año 1393 se juntaron en Sevilla varios sevillanos, vizcainos y guipuzcoanos, mercaderes, y con licencia del rey arreglaron una armada de cuatro ó cinco navios, para pasar á Canarias, y habiendo llegado á su isla, surgieron en Lanzarote, y alborotados los isleños y resistiendo á los españoles, estos tuvieron batalla con ellos, de la que resultó traer prisioneros á España al rey y reina de aquella isla, y otros ciento y sesenta isleños, y con los cueros, animales y cera, de quo sacaron mucha ganancia, volvieron á España é hicieron de ella presente al rey D. Enrique III, y por esta empresa desde entonces la corona de Castilla tomó la posesion de la conquista de las Canarias, que aun no se habia tomado, aunque no quedaron en la isla españoles algunos. (N. del Trad.)

yaceto, quedando él mismo prisionero de Tamerlan, el 21 de julio de 1402; el vencedor, mandó con otra embajada, cerca de Cárlos VI al dominicano Juan, arzobispo de Sultanieh. Recordará el lector la gran estima que los khaqans hacian de los reyes de Francia y de los franceses « á causa, dice Bergeron, de la fama que llevó á todas partes la noticia de las espediciones de Luis el Jóven, Felipe Augusto, y del mismo S. Luis, quien despues de haber hecho personalmente maravillas, fué herido y hecho prisionero, combatiendo con valor y denuedo en el primer viage, y que en el segundo murió santamente en una playa solitaria. La reputacion, pues, del rey cristianísimo, no habia disminuido en Oriente, aun despues de las cruzadas, como lo demuestra la mision de que tuvo encargo el arzobispo de Sultanieh. Los autores de la *Historia de Cárlos VI*, traducida por *Le-Laboreur*, dicen lo siguiente de este año 1403. « Cierto obispo de las partes de Oriente, del órden de los Hermanos Predicadores, vino este año, cerca del rey, de parte de Tamerlan, rey de los tártaros, y le presentó sus credenciales, cuya direccion estaba así concebida: *Al gran rey de Francia, y á los mas poderosos de la cristiandad*. Estas cartas decian, que entre todos los príncipes del Occidente, él, habia particularmente oido hablar mas del rey de Francia, lo que le habia entrado en curiosidad de hacerse informar de la magnificencia de su corte y de su poder. No olvidaba tampoco de vanagloriarse de la conquista de una gran parte del Oriente, y de la prision y derrota de Bayaceto, la cual creia que seria tanto mas agradable á su Magestad, cuanto que aquel, en su cualidad de perseguidor del nombre cristiano, debia ser el enemigo del rey, y de la corona de Francia. » El emperador griego de Constantinopla, y los genoveses de Pera, tambien habian mandado á decir á Tamerlan, que si venia á hacer la guerra á Bayaceto, ellos le podrian ayudar mucho con hombres y galeras, palabra que ciertamente no cumplieron, porque dejaron pasar á los turcos de la Grecia, á la Anatolia, y despues de la batalla de Ancira, transportaron, de la Anatolia á la otra orilla, á los fugitivos, á quienes perseguian los tártaros victoriosos. Rui Gonzalez de Clavijo, uno de los embajadores que Enrique III, rey de Castilla, envió el año de 1403, en compañía de Fr. Alonso Paez de Santa Maria, y Gomez de Salazar, cerca del Tamerlan, y que tres años despues, habiendo regresado desde Samarcanda á Castilla, escribió la relacion de su viage, dice claramente, que la conducta y mala fé de los griegos y genoveses, fué la principal causa de que Tamerlan concibiese mala idea y formase mal concepto de los cristianos (1), lo cual, naturalmente, debia tener malas consecuencias, respecto á los de esta creencia, que vivian bajo su dominacion. El P. Catrou, cree sin embargo, que este príncipe se inclinaba al cristianismo, y el sabio jesuita llega hasta decir, en ocasion de su muerte, acaecida el 1405, cuando estaba para invadir la China, lo siguiente. « No toca á nosotros mas que adorar los decretos del cielo, respecto á un héroe, que conoció la religion cristiana, que la amó, que la protegió

(1) Este curiosísimo viage cuya relacion hizo Rui Gonzalez Clavijo, le publicó Argote de Molina, en Sevilla, el 1582, en fólio, y no encontrándose apenas ejemplares, le reimprimió D. Eugenio Llaguno, el 1784, en 4.º Antes que se verificase este viage de Rui Gonzalez de Clavijo, D. Enrique habia mandado por embajador al gran Tamorlan y turco Bayaceto á Paye Gomez de Sotomayor y Hernan Sanchez de Palazuelos, caballeros de su casa, á quienes el Tamorlan recibió con mucha benevolencia, y teniendo noticia del poder y grandeza del rey D. Enrique le envió muchos dones, y envió con ellos á un caballero de su casa llamado Mahomad-Alcagi con un rico presente de joyas y mugeres, y con una carta muy atenta. De resultas de esta carta y regalos, tornó D. Enrique á enviar de nuevo su embajada con Rui Gonzalez Clavijo, Fr. Alonso Paez de Santa Maria y Gomez de Salazar, á quienes mandó con cartas y presentes al dicho Tamorlan, los cuales salieron de Madrid en 21 de mayo de 1403; y Clavijo volvió á España en 24 de marzo de 1406. Dicho Clavijo reedificó la capilla mayor del convento de San Francisco de Madrid, y tenia allí un gran sepulcro con este epitafio: « Aquí yace el honrado caballero Rui Gonzalez Clavijo, que Dios perdone, camarero de los reyes D. Enrique de buena memoria, e del señor Rei D. Juan su fijo, al cual el dicho señor rei ovo enviado por su embajador al Tamorlan, et finó dos dias de abril, año del Señor de mil e cuatrocientos e doce años.» Este sepulcro, junto con el del famoso D. Enrique de Villena, y el de la reina D.ª Juana, muger de Enrique IV, desaparecieron cuando la construccion de la nueva iglesia y templo de S. Francisco el Grande, y nunca he podido averiguar donde se trasladaron. (N. del Trad.)

siempre, aunque no la profesó jamás.» Antes de Tamerlan, muchos khanes mongoles, tanto de Kaptchak, como de la Persia, habian abrazado el islamismo, é introducídole en sus estados; si bien no todos sus súbditos habian imitado su ejemplo; pero despues de la reunion de estos tres imperios bajo el cetro de un conquistador, el mahometismo se estableció sólida y generalmente entre los tártaros mongoles, á escepcion de los que arrojados de la China, continuaron habitando en sus regiones mas inmediatas. Como Tamerlan seguia la secta de Alí ó de los chytas, y á pesar de esto, hacia la mas cruda guerra al gefe del imperio otomano, y al sultan de Egipto, que pertenecian á otra secta musulmana, la ignorancia que en su tiempo habia en Europa sobre las costumbres, usos, y religiones del Oriente, y algunas relaciones del príncipe mongol con los monarcas cristianos, hicieron creer á los mas, que un soberano que tan enemigo se mostraba de las potencias mahometanas, debia solo por esto, creérsele protector del cristianismo. Pero la sola relacion de sus crueldades en Georgia, por sí sola, hubiera probado lo contrario, si los medios de comunicacion en aquel siglo, hubiesen sido tan fáciles como en el presente. Tamerlan afectaba un gran celo por el islamismo, y tanto, que á la reputacion de su santidad, es á la que los historiadores musulmanes atribuyen sus triunfos sobre Bayaceto, cuya moral y religion, segun ellos, eran muy relajadas; y cuando ya cercano á su muerte meditaba aun la conquista de la China, afectando un dolor y pesar, que no tenia, de haber derramado tanta sangre musulmana, exhortó á sus guerreros, culpables como él, del propio delito, á espiarla purificándose en la de los chinos idólatras, tratándolos á fuego y sangre, y elevando mezquitas sobre las ruinas de sus templos.

La vasta monarquía del poderoso Tamerlan tuvo igual suerte y resultado que los demás imperios fundados sobre el despojo y violencia; la ambicion se apoderó de los miembros de la familia y de sus mejores generales, como aconteció á la muerte de Alejandro. Los timurides conservaron desde luego la Persia, la Transoxana y las provincias septentrionales del Indostan, pero los turcomanos y los uzbeks, quitaron luego aquellos dos primeros imperios á los descendientes de Tamerlan, y uno de ellos, penetrando mas en el interior de la India, fundó el poderoso imperio Mogol, así llamado, de la nacion á que pertenecia el fundador. Este imperio, que tan notable se hizo en la historia del Asia, despues de haber subsistido dos siglos con gloria y esplendor, le hemos visto caer rápidamente en nuestros dias; sucediendo al que se llamó Gran Mogol en otro tiempo, un residente inglés, y una compañía de comercio.

Como verdaderamente puede aquí cerrarse la historia de las antiguas misiones hechas en la Tartaria, cuyos pueblos diferentes se dividen entre el islamismo y la idolatría, aprovecharemos esta ocasion para indicar el nuevo punto de vista, bajo el cual los indiferentes en materia de religion, apreciarán el mérito é importancia de las misiones de los franciscanos y de los PP. Predicadores; y si estos verdaderamente, por circunstancias escepcionales, no lograron arraigar de una manera general y estable la fé católica entre los mongoles, al menos, indudablemente, concurrieron á crear relaciones entre reinos y paises desconocidos antes los unos de los otros, preparando así la gran revolucion moral, que no se hizo esperar mucho tiempo.

Dos eran los sistemas de civilizacion que existian y que se habian estendido y perfeccionado en las dos estremidades del antiguo continente por efecto de causas independientes, sin comunicacion por consecuencia entre sí, ni influencia directa y mútua. Las misiones, unidas á los efectos de la guerra y á la combinaciones de la política, contribuyeron á poner en contacto estos dos grandes cuerpos que por tantos siglos habian estado desunidos. Cerca del gran khan, fueron enviados muchos religiosos italianos, franceses, alemanes y españoles: un franciscano del reino de Nápoles

llegó á ser arzobispo de Peking, y tradujo los *Salmos* y el *Nuevo Testamento*, en lengua mongola, y un profesor de teología de la facultad de Paris le sucedió. Un chantre, llamado Roberto, despues de haber recorrido casi toda el Asia oriental, tornó á acabar sus dias, en la catedral de Chartres. Este celo de los misioneros, despertó, aunque por otros instintos, la aventurera curiosidad de los viageros, y la esperanza del lucro en las especulaciones del comercio; y si las ideas y las artes de Europa iban á asombrar el Asia hasta sus mas retirados confines, en cambio, los conocimientos, y los productos de esta misma Asia, se ponian de manifiesto ante la Europa sorprendida. No hablaremos pues de la brújula, mencionaremos solo la polaridad del iman, observada y aplicada en la China, desde los tiempos mas remotos. La pólvora y uso de proyectiles, arrojados á su impulso, fueron conocidos por los hindos y los chinos, quienes aun antes del siglo x, usaban lo que ellos llamaban *carros del rayo*, que no eran otra cosa que cañones montados, y la misma aplicacion tendrian los *pedreros de fuego*, de que se habla tanto en la antigua historia de los mongoles (1). Por otra parte, la edicion *Princeps* de los libros clásicos, grabada en planchas de madera, es del 952. El establecimiento del papel-moneda y de las casas de cambio, tuvo lugar en la casa de los Sutchim, el 1154, y el uso de la moneda de papel fué adoptado ya entre los mongoles, que se establecieron en la China. Por último, los naipes, sobre cuyo origen tanto han discurrido los sabios, y que han querido que fuese invencion europea, fueron una de las primeras aplicaciones del arte de grabar en madera, é inventado en China, en 1120 (1). La Europa no podia menos de asombrarse con semejantes descubrimientos, y ya comenzó á tener en algo, como dice Abel de Remusat, al Asia, la mas bella, la mas poblada, y la mas antiguamente civilizada de las cinco partes del mundo. Se trató ya de estudiar las costumbres, usos, creencias é idiomas de los pueblos que la habitaban, y hasta se trató de establecer una cátedra de idioma tártaro, en la universidad de Paris. Las relaciones de los misioneros, por otro lado, hallaban eco y difundieron por todas partes, las ideas mas justas y mas variadas. El mundo pareció abrirse como el sol, de la parte de Oriente; el afan y ardor por los descubrimientos, llegó á ser la nueva forma que revistió el espíritu de los europeos, y la idea de otro hemisferio, despues que el nuestro fué mejor conocido, dejó de presentarse á la imaginacion como una paradoja desprovista de toda verosimilitud; y valiéndose de las noticias esparcidas en los viages hechos al Asia, como el de Marco Polo, en busca del Zipango, fué como Cristóbal Colon llegó á descubrir el Nuevo Mundo.

La irrupcion de los mongoles, que sirvió de primera ocasion á las antiguas misiones entre los tártaros, tuvo en el Oriente consecuencias importantes, como fueron: la destruccion del califato de Bagdad, la esterminacion de los búlgaros, de los comanos y de otros pueblos septentrionales; la casi estincion de la poblacion en la alta Asia, tan favorable á la

(1) La artilleria parece habia sido conocida antiguamente entre los chinos, que usaban de máquinas y armas de fuego, algunos siglos antes que se hiciese en Europa el descubrimiento de la pólvora, si bien, cuando los europeos fueron por primera vez admitidos en sus puertos, ya no tenian sino un con cimiento confuso de lo que en esta parte habian sabido sus antecesores. El 1117 ya conocian la pólvora y las armas de fuego los moros y cristianos de España en el sitio de Zaragoza, segun dice Conde. Tambien se citan en 1160 por mar y tierra en el cerco de Mahedia; en 1205, en el de Almahedia; en 1257, en la defensa de Niebla; en el sitio de Cordova, el 1280; el 1306 en el de Gibraltar, y posteriormente en los de Martos, Baza y Algeciras, en 1326 y 1342. Es indudable que los castellanos fueron los primeros que usaron de la artilleria en el mar en el combate naval de la Rochela, el 1371, á pesar de la opinion de Capmany que dice que no se usó en Castilla hasta el 1404. Véase sobre esto á Navarrate en sus Ilustraciones al primer Viage de Colon, pág. 115, tom. I de su obra. (N. del Trad.)

(1) Es opinion corriente que los naipes tuvieron su origen en Oriente como el ajedréz; algunos quieren atribuir su invencion á los egipcios; pero es mucho mas probable, que donde primero se conocieron fué en la India: en cuanto á su primera introduccion en Europa varian los autores; unos dicen que se vieron primero en Alemania, en 1300, y el abate Rive, sienta, que un tal Nicolás Pepin fué el primero que inventó los naipes en España, mientras que otros dan en esto la primacía á Italia, en época mas anterior. Lo cierto es, que el origen de ese juego es una cuestion arqueológica muy difícil de resolver, y que ha sido tratada profundamente por muchos sabios, á pesar de lo frivolo del objeto. (N. del Trad.)

reaccion, por lo cual, los rusos, antes vasallos de los mongoles, han subyugado á su vez á todos los nómadas del norte; la sumision de la China á una dominacion estrangera; el definitivo establecimiento del budhismo en el Tibet y en la Tartaria, así como la formacion de la gerarquía lamáica ó de los pontífices lamas, producida por la fusion entre los restos del nestorianismo, que quedó en aquel pais, y los dogmas de los budhistas. Pero no entra en los límites de nuestro reducido cuadro desenvolver en su debida estension todas estas consecuencias, únicamente insistiremos en el progreso y adelantos, que ha tenido la civilizacion, por las relaciones de los occidentales con los pueblos de la alta Asia, en los siglos XIII y XIV, debidas en su mayor parte á los misioneros. Los descubrimientos hechos en el Asia oriental, estaban ignorados en el Occidente, la comunicacion tuvo lugar, y se prolongó durante siglo y medio, y apenas fué transcurrido otro, que ya todas estas invenciones y adelantos, que aun estaban en su infancia en el pais que las vió nacer, fueron nuevamente desarrolladas, y puestas en práctica con nuevas y mas fecundas aplicaciones por el génio europeo. De aquí, la prodigiosa impulsion que se dió á la inteligencia humana; por lo tanto, si el cristiano admira en los misioneros la abnegacion y el cristiano celo por la salvacion de las almas, que les hace despreciar las distancias y los peligros todos, por la gloria de Jesucristo, el indiferente, al menos, debe considerarlos como primeros conductos, por cuyo medio las ideas se infiltran y se cambian, y á falta de simpatía religiosa por el apóstol, su admiracion y reconocimiento, recae al menos sobre el agente civilizador, que las conduce y estiende.

CAPÍTULO XXIV.

Misiones entre los musulmanes y los cismáticos orientales. — Conquista de Constantinopla por los turcos. — Otras misiones franciscanas y dominicanas.

Al finalizar el siglo XIV y á principios del XV, los pecados de nuestros padres atrageron sobre su cabeza un terrible azote. El cisma, al romper la unidad de la Iglesia, alteró su belleza, y promoviendo obstáculos relativamente á la accion de los misioneros, entorpeció la propagacion de la fé. Estas divisiones interiores de la Iglesia cristiana, perjudicaron y detuvieron el curso de sus conquistas esteriores, sobre el islamismo y la idolatría. Sin embargo, la bondad y sabiduría infinitas de Dios, protegieron el arca santa destinada á transportar á los elegidos sobre la tempestuosa mar del mundo, á las puertas de la celestial patria. El brazo fuerte del Todopoderoso, suscitó sin embargo hombres escogidos para consuelo de los unos y la conversion de los otros.

Entre los dominicanos, en quienes la vocacion al apostolado, la caridad y el celo apareció entonces como siempre, citaremos primero al Beato Baltasar Alvarez de Córdova, español de orígen, á quien su ardor por la salvacion de las almas, condujo á Palestina. Sus discursos, convirtieron gran número de musulmanes, de cismáticos y de malos católicos, y sus ojos derramaron abundantes lágrimas por el endurecimiento de los demás que quedaban sumidos en el error. Muchas mas vinieron á sus ojos, al considerar la misericordia y esceso de ternura, que habian hecho descender al Hombre-Dios, para regar con su sangre estos lugares venerables, poseidos actualmente por los enemigos de su divinidad, y al reflexionar en la ingratitud de los cristianos, que por no haber cesado de manchar la Tierra santa, con el cieno de sus pecados, habian merecido que la justicia de Dios entregase en manos de un pueblo infiel, lo que hubiera podido y debido ser nuestra mas preciosa herencia y dulce consolacion. Alvarez volvió á España por el 1405, donde trabajó con nuevo celo, en reanimar la fé, y Benedicto XIV, estendió el culto de este bienaventurado á toda la órden de Sto. Domingo.

Los misioneros dominicanos que anunciaban la palabra de Dios cerca de Tiro y de

Trebisonda, tambien sufrian mucho de parte de los musulmanes; pero su constancia dominó todos los obstáculos. Las frecuentes incursiones de los turcos cerca de Constantinopla, no alejaron á los dominicos de sus iglesias, y por atraer mas á los fieles á visitar estos templos amenazados, Gregorio XII concedió indulgencias á los que concurrieran á ellos. En Pera, contínuamente se verificaban conversiones; pero como no pocos cismáticos ó musulmanes convertidos, con el discurso del tiempo, recaian en sus errores, ese mismo papa encargó al dominicano Elias Petit, de nacion francés, el que remediase esta desercion lamentable, confiriéndole al efecto los poderes necesarios. La solicitud de la Silla apostólica, por la perseverancia de los ya convertidos, y por la propagacion de la fé, se hizo mas notable respecto á la nacion armenia, que poseia en Roma la casa de Santa Maria Egipciaca, de la cual fué mucho tiempo superior el P. Pedro Stephani, del instituto de los Hermanos Unidos. Este hombre venerable acogió allí á muchos cismáticos, á fin de poder mejor instruirlos, y estos viageros, atraidos por él á la unidad, sirvieron para inducir á muchos de sus compatriotas de Armenia, á que abjurasen sus errores.

En medio de todos los apóstoles de la fé que dió á la iglesia el órden dominicano, quizá no se conozca otro mas ilustre que S. Vicente Ferrer, nacido en España el 23 de enero de 1357, y que desde 1374, llevaba ya el hábito dominicano. Destinado como el doctor de las naciones, á anunciar á Jesucristo á los pueblos y á los reyes, á los servidorés de la fé, como á los infieles, supo hacer respetar su mision, tanto por la santidad de sus costumbres, como por el brillo de sus milagros. Los reyes y los prelados á porfía, consultaban á este varon apostólico, cuyos ejemplos y discursos daban nueva vida á todos los pueblos que tenian la dicha de recibirle en su seno, y hasta un monarca infiel, asombrado de lo que la fama pregonaba sobre los grandes hechos de Vicente Ferrer, le mandó, á fines del 1408 cartas y dos mensageros, para suplicarle viniese á su presencia, protestándole una libertad completa para predicar libremente en todo su reino la fé de Jesucristo. El editor de las *Actas de los Santos*, ha creido que este príncipe musulman, era Mahomet, por sobrenombre Aben-Balba, que ascendió en 1396 al trono de Granada; pero segun la *Historia de España*, Mahomet murió el 11 de mayo de 1408, y Henschenio confiesa que S. Vicente no salió de Francia para ir á Granada, sino á fines de ese mismo año. Es pues probable que la invitacion procedió de Yusuf, hermano de Mahomet, que salió de la prision para ceñirse la corona de su predecesor (1). Sea de esto lo que quiera, viendo S. Vicente una nueva puerta abierta á la predicacion del evangelio, no bien recibió la carta del príncipe musulman, correspondió á sus intenciones. Con este objeto, se embarcó en Marsella, y desde su llegada á Granada, glorificó allí la cruz de Jesucristo en medio de los fanáticos sectarios de Mahoma, y lo hizo con tanta dignidad y celo, que fué aplaudido del monarca y admirado de sus súbditos. Los milagros de Vicente daban mas eficacia á su palabra. Llegó el caso de que muchos abandonaban el Alcoran por recibir el evangelio; y la multitud que reclamaba el bautismo era tanta, y se aumentaba cada dia, hasta el punto que este movimiento engendró ya aprensiones y sospechas políticas; dos principales musulmanes, obedeciendo sin duda á la influencia de los imanes, intimidaron al soberano con una próxima revolucion, si cuanto antes no hacia

(1) Yusuf reinó desde el año 1408 al 1423, y si acaso S. Vicente Ferrer alcanzó á Mahomed-Aben-Balva, fué en el último año de su vida, pues hasta principios de este mismo año, 1408, segun la cronologia que ponen los PP. Bolandistas, estuvo en Leon de Francia, y luego en Aviñon con Benedicto XIII, y á fines de octubre de este año estaba en Aguas Sextas, de forma que no vino á lo menos á España hasta noviembre, que embarcado en Marsella, desembarcó en el reino de Granada. Constando en otra parte, que Mahomed murió en mayo de 1408, como dice Lafuente en su Historia de Granada, t. III, pág. 43, es indudable que S. Vicente no pudo predicar alli durante su reinado, y sí á los principios del de Yusuf, que fué aclamado rey de Granada el 11 de mayo. (N. del Trad.

salir de Granada al predicador cristiano. Algunos historiadores, dicen, que antes de dejar S. Vicente los estados mahometanos, el taumaturgo español, hizo abrazar el cristianismo á los habitantes de dos pequeños lugares, que pertenecieron despues al reino de Valencia. « Jamás podrán ser verdaderamente espresados y conocidos los prodigios que S. Vicente Ferrer obraba diariamente, dice Mariana: él daba la vista á los ciegos, oido á los sordos, movimiento á los paralíticos y resucitaba á los muertos. Se veia siempre alrededor de él, una multitud de enfermos que acudian á impetrar del Santo la curacion y remedio á sus diferentes dolencias. Despues de esto ¿quién se ha de admirar del gran fruto que sacó de sus predicaciones? Dedicado á instruir á los pueblos mas ignorantes y groseros, llevaba por todas partes la luz del evangelio, y disipaba las tinieblas de la ignorancia y del error... En solos los reinos de España, convirtió con la virtud de su palabra mas de ocho mil moros, y sobre treinta y cinco mil judíos, que de él recibieron la gracia del bautismo. » Segun la espresion del P. Touron, « los rabinos en esto hacen mas honor á nuestro santo, que los cristianos mismos, porque en vez de que muchos historiadores, por lo general, no cuentan mas que ocho mil moros convertidos, treinta y cinco mil judios y cien mil malos cristianos reducidos á la fé, los rabinos mismos hacen subir á doscientos mil los de su nacion, que recibieron el bautismo, y esto es, lo que leemos en la *Continuacion de la Historia de los judíos*, tom. III., pág. 305., obra escrita por ellos mismos. Creemos, continúa Touron, que en esto hay mucha exageracion; los rabinos son muy capaces de ello, y nosotros no podemos disimular, que de los judíos que S. Vicente Ferrer atrajo al conocimiento de Jesucristo, no perseveraron todos en la profesion de la verdadera fé; pero la ligereza é hipocresía de algunos no sirvió sino para hacer apreciar mas la fidelidad de los restantes, y la recaida de estos apóstatas en nada disminuye el mérito ni la gloria del santo predicador que habia disipado sus tinieblas (1). » El gran canciller Gerson, escribió desde Constancia el 9 de junio de 1417, á S. Vicente Ferrer: « Lo que la voz pública ha hecho llegar á nuestros oidos sobre vuestras virtudes, y lo que yo por mí particularmente he sabido en mis conversaciones con el R. P. general de vuestra órden, me ha dado tan alta idea de vuestro mérito, que me parece, que segun la significacion misma de vuestro nombre, puede decirse que estais perfectamente representado en aquellas palabras de S. Juan, en su *Apocalipsis*: « Ví aparecerse un caballo blanco; « el que sobre él estaba montado, tenia un « arco, y se le dió una corona; y partió ven- « cedor, para continuar venciendo. » Vicente humilde hasta lo sumo, en medio de su elevacion, jamás hablaba de sí mismo, y si alguna vez lo hacia, era diciendo: « Toda mi vida no es mas que un olor de muerto; yo mismo estoy infecto y corrompido en cuanto al cuerpo, y en cuanto al alma. Todo en mí exhala fetidez, causada por la abominacion de mis pecados y de mis injusticias; y lo que es peor, es, que yo mismo siento que esta corrupcion diariamente se acrecienta en mí, y se renueva de la manera mas deplorable. » El que domaba su orgullo hasta el estremo de tener de sí mismo sentimientos tan bajos y humillantes, se elevó por esta humildad al grado de santidad mas eminente. Vicente Ferrer, muerto el 5 de abril de 1419, fué inscrito por Calixto III, en el número de los santos (2).

(1) A las muchas conversiones de los judios en España, contribuyó tambien un notable acontecimiento, que se verificó á principios del siglo XV. Entre los muchos judios convertidos, habia uno llamado, despues del bautismo, Gerónimo de Santa Fé, el cual propuso desilusionar á sus antiguos correligionarios, con pruebas y razones sacadas de sus propios libros. Aceptada semejante propuesta, se reunió en Tortosa un congreso, en 1413, bajo la presidencia del papa Benedicto de Luna. El éxito de semejantes discusiones religiosas, no pudo menos de ser favorable al cristianismo, pues muchos judios se convencieron, y se hicieron muchas abjuraciones, en tan crecido número, que en diferentes ciudades de los dominios de Aragon, se cerraron espontáneamente varias sinagogas. (N. del Trad.)

(2) San Vicente Ferrer murió en Vannes, en el ducado de Bretaña, en 1419, y su primera sepultura fué en el coro de la

El cielo, que derramó tan abundantes bendiciones sobre su apostolado, hizo fructificar igualmente, en 1413, en la Samogicia, el celo de otro dominicano. La Samogicia es un pais, que confina con la Lituania, al este; con el mar Báltico, al oeste; con la Curlandia, al norte, y con la Prusia real, al mediodía. Tiene setenta leguas de longitud, por cincuenta de anchura, y está todo entrecortado de bosques y montañas casi inaccesibles. Los samogetas creian, que los bosques y montañas eran la morada de los dioses, á quienes daban un culto supersticioso, que estendian hasta algunas aves y fieras. Adoraban además, como á divinidades, al fuego y al rayo, y sus sacerdotes conservaban con cuidado un fuego perpétuo, sobre la cumbre de una alta montaña, por bajo de la cual corria el rio llamado en el pais Nyewiaza. Estos sacerdotes tan estúpidos, y quizá mas corrompidos que lo demás del pueblo, estaban persuadidos que la cólera del cielo vendria sobre ellos, si aquel fuego se estinguiese. La misma amenaza aseguraban, si cualquiera tocaba en lo mas mínimo á los bosques que ellos llamaban sagrados. En la época en que la órden teutónica gozaba de toda su preponderancia, es decir, por el 1401, un gran número de samogetas se habian dejado bautizar por los sacerdotes prusianos; pero el cristianismo no se introdujo formalmente en este pais, sino desde el año 1413, por la influencia y celo de Jagellon-Wladislao, rey de Polonia, y el de Withold, gran duque de Lituania. La ceguedad de estos pobres infieles, y el sentimiento por la pérdida de tantas almas, escitaron el celo de estos dos príncipes, y de Nicolás Vezik, dominico polaco, confesor y predicador ordinario del rey. Los tres fueron á la Samogicia, acompañados de otras personas igualmente sabias y piadosas, y á fin de hacer mas dóciles á los idólatras, para recibir la fé que se les venia á anunciar, se comenzó por demostrarles de una manera palpable, lo vano y ridículo de todo lo que hasta entonces habian creido, bajo la sola palabra de sus sacerdotes. Wladislao subió él mismo á la cumbre de la montaña, donde ardia el fuego que se decia perpétuo, y le apagó en el acto, echando mucha agua. Mandó en seguida á sus soldados, que se estendiesen por todos los bosques de las cercanías, y que cortasen árboles de ellos á discrecion, matando de camino cuantos animales les saliesen al paso. Cumplidas con exactitud todas sus órdenes, los samogetas, que temblaban el mas tremendo castigo por semejantes profanaciones, quedaron asombrados, al ver que ningun mal sobrevenia ni al rey ni á sus soldados, y ya desde entonces, pusieron en duda el poder de sus dioses y la sinceridad de sus sacerdotes. Despues de deliberar sobre lo que acababa de pasar, así como sobre la doctrina que se les anunciaba, encargaron á uno de los mas principales entre ellos, para que declarase á Wladislao, que una vez que sus divinidades habian sido tan cobardes, que se habian dejado ven-

catedral, delante de la silla episcopal. En 1456 se hizo una segunda traslacion á otro sepulcro mas magnífico. En tiempo de Enrique IV de Francia, los valencianos, que estaban de guarnicion en Vannes, quisieron llevarse á Valencia el santo cuerpo; pero se frustró la idea, por el aviso de un ciudadano. Para evitar cualquiera sustraccion, se ocultaron las reliquias en la sacristía de la iglesia, en lo mas hondo de un armario, temiendo tambien la profanacion de los hereges; pero dejando la urna del coro como estaba. Pero habiéndose fundado convento de dominicanos en Vannes, en 1600, y queriendo trasladar los canónigos las reliquias á una capilla nueva que se habia hecho en la catedral, perdida la memoria del escondite de la sacristía, no parecian las reliquias, hasta que al fin se encontraron, y se hizo la tercera traslacion, el 6 de setiembre de 1637, encerrándolas en una arca de plata, donde existen actualmente en la citada capilla. Valencia posee el dedo índice, una canilla, y un hueso de la garganta del santo, que se dieron á los dominicos de aquella ciudad por el obispo de Vannes el 1532. Posee además el convento de predicadores de Valencia, un alba, un báculo, y un pedazo de cilicio del santo, y conserva con gran veneracion, trasformada en capilla, la celda que habitó el santo en dicha casa. Otras muchas reliquias están repartidas por otras partes.

La canonizacion de S. Vicente Ferrer se hizo en Roma, el 3 de junio de 1455, por Calixto III, en la iglesia del Vaticano, con toda solemnidad; pero le sobrevino la muerte á este papa sin espedir el correspondiente breve; Pio II, su sucesor, le espidió, confirmando lo hecho por su antecesor, en octubre de 1458.

Entre las glorias de S. Vicente Ferrer, no debemos dejar pasar desapercibida, la gran parte que tuvo en el célebre compromiso de Caspe, cuando se trató allí de la eleccion de rey de Aragon, entre los varios competidores que se presentaron para optar á la corona. S. Vicente Ferrer, fué uno de los comisionados por Valencia, y hablando el primero, votó por D. Fernando de Antequera, el cual resultó despues elegido, el 24 de junio de 1412. San Vicente predicó el sermon en la funcion, que cuatro dias despues se celebró con este motivo. (N. del Trad.)

cer por los polacos, habian resuelto abandonar su culto y adherirse al del vencedor. Aprovechando estas buenas disposiciones, se les fueron enseñando las verdades de la religion cristiana. Mucho mejor instruido el rey Wladislao, sobre la lengua y costumbres del pais, que los mismos misioneros que le seguian, quiso ser él mismo el primer predicador de la fé entre estos bárbaros. Nicolás Vezik, ayudado de algunos otros dominicanos, continuó, durante muchos años, la obra que el príncipe habia comenzado. Fué tan grande el número de los que renunciaron la idolatría para abrazar el cristianismo, que hubo necesidad de establecer muchas parroquias, y una iglesia catedral en Midnik, antes Warmia. Los sacerdotes de los ídolos hicieron los últimos esfuerzos para entorpecer á los misioneros en su predicacion; pero Dios se sirvió del ministerio de estos para cambiar la idea de los perseguidores y convertir á los mas obstinados. Desde el 1422, bajo el pontificado de Martino V, Nicolás Vezik se vió rodeado de multitud de fieles, á quienes ya habia regenerado con las aguas del bautismo.

Los samogetas por largo tiempo han vivido como los tártaros, errantes en los bosques con sus familias y ganados. Segismundo Augusto, rey de Polonia, último de la raza de los Jaquellones, que se estinguió en el siglo XIV, no sin gran trabajo, pudo persuadirles á que dejando su vida nómada, viviesen en sociedad, construyendo casas, las cuales se redujeron á una especie de chozas, hechas con cañas, tierra y paja, el fuego en el centro, y una abertura arriba, para dar salida al humo. El asesinato, el hurto, y otras malas costumbres, son muy raras en este pueblo, despues que llegó á ser cristiano, y Brucen de la Martiniere, nos habla de una costumbre singular entre ellos. « Las hijas jóvenes, dice, se crian para el gobierno de la casa, y cuando salen por la noche, lo hacen siempre con una tea encendida en la mano, y dos campanillas sujetas á la cintura, á fin de que el padre pueda saber donde están, y lo que hacen. » Los samogetas, tanto varones como hembras, no se casan por lo comun, sino despues de los treinta años.

La ardiente actividad de los franciscanos, no puede hacernos olvidar el celo y abnegacion de los dominicos en este mismo tiempo. Ya dejamos atrás dicho las contradicciones y obstáculos, que un cierto Juan, cura de Limburgo, y sus cómplices, suscitaron á fines del siglo XIV, á los apóstoles de la fé que sostenia la sociedad llamada de los Peregrinos de Jesucristo, compuesta por Inocencio IV, de dominicanos y franciscanos, con objeto de evangelizar á los idólatras y cismáticos, y la misma, que bajo los siguientes pontificados, vió acrecentarse á la vez el número de sus miembros, y el de sus privilegios. Bonifacio IX, en 1399, sabedor de las contradicciones que los misioneros sufrian, les exhortó á que no desalentasen su constancia, y para mas estimularles, á los privilegios anteriores, añadió otros nuevos, para facilitar mas el ejercicio de su ministerio apostólico. Estos privilegios están especificados en dos diplomas, dirigidos, el primero, al ministro general, y á los franciscanos de Rusia, y el segundo, al ministro provincial, y franciscanos de Hungría, que eran los que mas entorpecimiento encontraban de parte de los Ordinarios con gran perjuicio de la conversion de los comanos, de los tártaros, patarinos y otras pueblos idólatras ó cismáticos, que en su vida nómada, recorrian el vasto territorio de este reino. Habiendo revocado el mismo papa el 1403, algunos privilegios de los regulares, surgió de esto una oposicion mas contra los franciscanos de Rusia, tanto que Bonifacio VIII, tuvo que declarar terminantemente, que la revocacion á que se aludia, en nada se referia á los privilegios especiales de la sociedad de los Peregrinos de Jesucristo. Uno de estos franciscanos, el principal, y mas ocupado en la conversion de los rusos, los lituanios, y los tártaros, era el polaco Juan, por sobre-nombre el Pequeño. Viendo este que la epidemia habia disminuido considerablemente el número de los misioneros

pasó en 1410 á Italia, para solicitar del soberano pontífice, ausiliares y nuevos poderes, en el interés de la propagacion de la fé. Es verdaderamente raro, que para esta demanda se dirigiese Juan á Gregorio XII, depuesto á la sazon del papado, y que vivia en Gaeta, bajo la única proteccion del rey de Nápoles; y no á Alejandro V, que habia fijado su residencia en Bolonia. Como la solicitud ó peticion de Juan, implicaba el reconocimiento de los derechos del papado de que carecia Gregorio XII, ya depuesto, este último, sin embargo, le despachó favorablemente, y el franciscano tornó á Rusia.

Los otros dos franciscanos Juan Armandi y Petruccio de Perusa, despues de haber recorrido la Tierra santa, y las islas de Rodas y Chipre, la Rusia, la Bosni, y otros paises, examinando los mejores medios de propagar en ellos la fé, vinieron á esponer por resultado general á Juan XXII, el resultado que habian tenido sus largas y trabajosas investigaciones. El papa alabó su celo, y les permitió en 1413, regresar á Oriente, acompañados de los hermanos Pablo de Hungría, Francisco de Alejandría, y otros seis religiosos á su eleccion. Les dió todos los poderes ordinarios de los misioneros apostólicos; les autorizó á fundar conventos y noviciados, donde los creyesen mas á propósito, y aun, el que se hiciesen acompañar de religiosos de otras órdenes, con tal que estos tuviesen para ello el permiso de sus respectivos superiores.

El año 1420, sus rivales, los observantes se esforzaron á ver si podian despojar á la Órden seráfica de la guarda y posesion de los santuarios de la Palestina. Con este motivo, se siguió un largo proceso en el tribunal pontificio, y Martino V nombró comisarios de investigacion al patriarca de Grado, y á los arzobispos de Nicosia, en Chipre, y de Colocz, en Hungría, para que juntos y separados, procediesen, con espresa órden, de que, si de los informes tomados resultaba una posesion pacífica de los santos Lugares, por espacio de cincuenta años, á favor de los Menores claustrales de S. Francisco, que se la confirmase en virtud de autoridad apostólica. Los hermanos Andrés de Hungría, y Juan de Vizcaya, llevaron el resultado de esta comision á Mántua, y el patriarca, despues de haber reconocido por medio de una informacion jurídica, que los franciscanos poseian los santuarios de Tierra santa sin contradiccion alguna por mas de sesenta años atrás, decidió en su favor. La sentencia fué publicada el 7 de enero de 1421, en la catedral de S. Pedro, en presencia de Juan Francisco Gonzaga, príncipe de Mántua, de Juan, su hijo, del obispo de la ciudad, y de otros grandes personages. El papa confirmó luego esta sentencia, y ordenó á los arzobispos de Candia, de Nicosia, y Colocz para que mantuviesen á los franciscanos claustrales en la posesion de la iglesia y del convento de San Salvador, en Beyruht y sus dependencias; les permitió celebrar la misa en todos estos lugares, dos horas antes de salir el sol, y les concedió otros privilegios respecto á las absoluciones, tanto de religiosos, como de seglares. Como á la sazon se celebraba en Forli el capítulo general de la órden de S. Francisco, Martino V, al cual se habian dado quejas sobre el modo con que los conventuales franciscanos gobernaban la mision de Palestina, mostró su deseo á los vocales, de que un religioso de la nueva observancia fuese nombrado guardian de Monte-Sion. Sin embargo, el Capítulo nombró para ese cargo á un conventual. El papa le obligó á renunciar de su espresa órden, y nombró directamente para aquel cargo al hermano Jacobo Delfin, de Venecia, que pertenecia á la observancia.

Los frutos que la sociedad de Peregrinos de Jesucristo constantemente producia en Rusia, en Valaquia, y en Podolia, debieron hacer que se respetasen los privilegios que la inteligente liberalidad de los pontífices la habian concedido, para asegurar á sus miembros la mayor libertad de accion; sin embargo, el obispo de la iglesia de Moldavia, se opuso á algunas de sus medidas, por lo cual, y en

virtud de queja del vicario franciscano, Marco de Esclavonia, Martino V, nombró en 1421, al arzobispo de Guesne, juez árbitro de esta diferencia.

El poder de los genoveses, que poseian varias plazas fuertes, en muchos puntos de Oriente, tales como Famagosta, en Chipre; la isla de Chio, en el mar Egeo; Pera, en el Bósforo de Tracia; Amastui, en el Ponto; Cembali, Soldaya, Caffa, en la Tartaria menor; Tana, sobre el Tanais (el Don), que separa la Europa de Asia, y la influencia de esta nacion de mercaderes, representada por cónsules en cuantos puntos se conocia un comercio medianamente activo, secundaban útilmente el celo de los apóstoles de la fé. Martino V, á fin de reconocer la abnegacion y evangélicas tareas de los misioneros, cuyo apostolado facilitaban los genoveses, para animarlos á seguir su noble empresa, les confirmó todos los privilegios que sus predecesores habian otorgado á los franciscanos. Su breve, fechado en 1525, se dirige á los guardianes y á los religiosos de las residencias del órden de los Menores, establecidos en Siria, en Egipto, y demás paises de ultramar.

En el mes de agosto de 1426, se apoderó de Chipre el sultan de Egipto, llevándose cautivo á su rey, con otros veinte mil prisioneros. A su regreso, apresó un navio veneciano que volvia de Jerusalen, y en el cual iban muchos peregrinos, y veinte y cinco franciscanos. El sultan mandó matar sobre la marcha á todos los varones, reservándose las mugeres y los religiosos, con el fin de ver si podia obligarles á abjurar su fé. No perdonó medio, promesa, ni amenaza para vencer su constancia, y viendo inútiles todos sus esfuerzos, hizo quitar la vida á todos estos generosos confesores en una isla vecina, quemando luego sus cuerpos, y arrojando sus cenizas al mar.

Ya hacia muchos años que el general de la Observancia, Angel Salvet, habia nombrado al docto y piadoso observante Francisco Spinola, para el cargo de evangelizar, con algunos otros compañeros, las islas de Chio, Pera, Caffa, y los montes Caspios. Sabiendo posteriormente Antonio de Massa, otro ministro general, el fruto que Francisco conseguia en esos paises, le autorizó, en calidad de vicario, sobre todos los observantes del Oriente, del Norte, y de la Rusia. Spinola habia ya adquirido dos conventos en Constantinopla, y en Pera. Martino IV, no solo confirmó ambos establecimientos, en 1427, sino que permitió al misionero fundar aun otros dos en cada uno de los tres vicariatos, á donde alcanzaba su jurisdiccion. Wadingo, dice, de los franciscanos observantes, establecidos en Caffa, cerca de la puerta Cajador, que celebraban el oficio divino, con una devocion tal, que edificaba igualmente á los cristianos, que á los tártaros; que se ocupaban con la mayor solicitud en catequizar á los niños, recogiendo y educando á los que se veian espuestos y abandonados, y por último, que el papa escitó la caridad de los fieles, á fin de procurarles los medios de continuar tan santos ejercicios.

Las frecuentes irrupciones de los turcos alejaban á los pastores de sus ovejas, por lo cual, los franciscanos, Juan Coretye, dálmata, y Blas, esclavos, celosos apóstoles de la fé, en Hungría, se condolieron de la falta de socorros espirituales, que aquejaba á tantos católicos desamparados. Eugenio IV, en 1431, les autorizó á erigir conventos de su órden en las montañas de Hungría, y en algunos otros lugares de Dalmacia, Bosnia y Esclavonia, desde donde podrian administrarse los consuelos de la religion y sus sacramentos á los pueblos abandonados. Los turcos habian quemado hasta diez y seis conventos de franciscanos en Bosnia, y el papa, á fin de recompensar á estos religiosos de la pérdida que habian tenido, les permitió erigir otros siete.

Eugenio IV, uno de los mas grandes pontífices que Dios ha dado á la Iglesia, tuvo la gloria de hacer entrar en la unidad á muchas naciones, cuya sumision, aunque momentánea, fué un solemne homenage tributado á la verdad católica, y á la primacía de jurisdiccion



del vicario de Jesucristo. Los franciscanos fueron los instrumentos de que se sirvió para atraer á los disidentes á esta reunion, para lo cual, en 1435, los hermanos Alberto de Sarzano, y Bartolomé de Llano, ambos observantes, recibieron la mision de conducir á los cismáticos á la unidad, y á los infieles á la fé. Con efecto, los misioneros pudieron al fin determinar á los prelados griegos á concurrir al concilio general de Florencia, en el que la reunion de ambas iglesias oriental y occidental, aunque efímera y breve por desgracia, fué publicada el 6 de julio de 1439.

Dos años antes de esto, Jacobo Primadice, de Bolonia, que era tambien de la Observancia, fué encargado de otra mision, no solamente para Caffa y Pera, sino como se espresa Eugenio IV, en su ardiente deseo de salvar á todos los hombres, para todas las demás naciones que aun no habian abrazado el catolicismo. Jacobo, investido por el papa, con los poderes de vicario del ministro general de la órden para todos estos paises, salió el 10 de julio de 1437, de Bolonia, para trasladarse á Caffa. De allí, acompañado de otros hermanos, se fué á Armenia, consiguiendo que de este reino acudiesen á Florencia sus diputados católicos, quedando terminada la union de la iglesia armenia, con la latina, el 22 de noviembre de 1439.

En el intervalo de estas dos uniones, lleno de confianza en la divina misericordia, Eugenio IV quiso apresurar la vuelta á la unidad, á otros disidentes del Oriente. Desde el 31 de agosto de 1439, encargó otra nueva mision á Alberto de Sarzana, y á otros dos observantes dejándoles libertad de crearse otros adjuntos de su propio instituto. Constituido Alberto como comisario general para Jerusalen, la India, y la Etiopía, y provisto de cartas y recomendaciones para los obispos jacobitas, así como para los negus de Abisinia, y otros príncipes indios, se embarcó en Venecia, y al llegar á Jerusalen, se ocupó de la reunion de los griegos; remitió las cartas del papa á los jacobitas de Siria, y conferenció con Nicodemus, superior del convento que los abisinios poseian desde mucho tiempo en la ciudad santa. Este convento, (sea dicho de paso) recibió muchos dones y acrecentamiento de Zara Jacob, que al subir al trono de Abisinia, el 1434, habia tomado el nombre de Constantino, y al cual los abisinios reputan como otro Salomon, es decir, como el mejor modelo que puede imitar un soberano. El buen recibimiento que los jacobitas de Siria hicieron á Fr. Alberto, alentó á este á pasar á Egipto. En el camino, él y sus compañeros, al pasar el desierto, se encontraron sin ausilio alguno, y próximos á morir todos de hambre y sed En este conflicto, Alberto, recostado en un árbol, y próximo á exhalar el último suspiro, «Señor, esclamó á Dios, vos prometísteis á vuestro servidor Francisco, que jamás dejariais de proveer á las necesidades de sus hijos. Hénos pues aquí, mi Dios, sumidos en la estremidad de perecer de hambre, sin poder ejecutar las órdenes de vuestro vicario sobre la tierra, dictadas para la salvacion de las almas que vos redimisteis, y que se pierden. Señor, tened compasion de nosotros.» No bien habia acabado de pronunciar estas últimas frases, cuando de repente vió delante de sí á un jóven de estremada belleza, que dirigiéndole la palabra en italiano, le presentó alimento, diciéndole, mientras reparaba sus fuerzas: «Jamás os debe faltar la confianza en la misericordia, y en la providencia divina. Yo he sido el que prometí á mi servidor Francisco socorro, en cualquier tiempo oportuno; hasta el presente, á ningun justo de vuestra órden habeis visto abandonado, ni á religioso alguno muerto de hambre.» En aquel instante, el jóven desapareció. (Pl. XXXVIII. n.° 1). Alberto prosiguió su camino hasta el Cairo, y pidió al sultan de Egipto un salvo conducto para pasar á Abisinia y á la India; mas este príncipe, receloso de que se pensase en organizar una liga contra él, se limitó á recibir al legado con honor y distincion. En esta ciudad, habiendo querido Alberto establecer en presencia de los imanes, la verdad de la fé cris-

tiana, y demostrar los errores del islamismo, el sultan le condenó á muerte, bajo pretesto de que habia ultrajado al profeta Mahoma. Los cristianos del Cairo y los mamelucos que preveian las malas consecuencias que tendria para ellos el suplicio del legado, hicieron á fuerza de súplicas revocar esta sentencia: Alberto fué sustraido á la muerte mediante un rescate; el sultan le trató ya con mas benevolencia, y permitió á los religiosos que recorriesen el Egipto y la Siria, pero no el pasar á la Abisinia ni á la India. Estos sin embargo, no se atuvieron á la prohibicion del príncipe infiel, prefiriendo el obedecer á su superior legítimo, á faltar al objeto principal de su viage.

Estando en esto, Alberto cayó gravemente enfermo, y viéndose así por tiempo indeterminado retenido, dió á sus compañeros completa libertad para proseguir su mision, tal cual estaba acordada, encargando particularmente á Tomás de Scarlino, y á otros tres, que llevasen las cartas de Eugenio IV á Abisinia y á la India, ocultándose lo posible, por caminos estraviados, á la vigilancia musulmana. No bien habian comenzado su viaje, fueron hechos prisioneros ambos religiosos, y atestados de golpes; se les empleó en el oficio de remeros, donde padecieron los mas crueles sufrimientos, hasta que por dos veces fueron rescatados por mercaderes cristianos. Otra vez fueron cogidos en las mismas fronteras de Abisinia, y ya entonces, se les quiso obligar á abandonar el cristianismo, prometiéndoles placeres, honores y riquezas, si lo hacian. A semejantes promesas, con valor y constancia rechazadas, se siguieron los mas duros tratamientos. Fueron apeleados, y encerrados luego en una antigua cisterna, donde pasaron veinte dias seguidos sin comer ni beber. Dos de estos eran sacerdotes, y habiendo sucumbido uno de ellos á los sufrimientos, se dejó por algun tiempo su cadáver corrompido en medio de los vivos, para aumentar con su fetidez el horror de su posicion. Por último, confundidos los verdugos al ver su perseverancia, los sacaron de la cisterna para trasladarlos á la cárcel pública de la ciudad. Permitieron á Tomás, que durante el dia, pordiosease por las calles lo preciso para alimentarse, así como á sus compañeros, volviendo por la noche á la prision. El bienaventurado se sometió de buen grado á las burlas, las violencias, los ultrages, y hasta golpes que recibia de las personas á quienes se acercaba á pedir. Un dia fué peor tratado de lo ordinario habiéndole arrojado por el lodo, apaleado y mal herido. Vuelto en esta forma en compañía de sus hermanos, lleno el corazon de una alegria superabundante y maravillosa: «Hoy sí que vengo rico, les dijo, Dios me ha hecho encontrar un tesoro y he ganado mucho para vosotros. Los enemigos de nuestra fé me han tratado con estremada barbarie, y yo les he vencido con la paciencia digna de un cristiano. He aquí las señales de mi victoria; las llevo sobre mi cuerpo estropeado. Demos gracias á Dios por este favor y roguémosle que cure mis heridas si lo cree conveniente para su gloria.» Al verle y al oirle estas palabras, asombrados los dos confesores de la constancia de Tomás se pusieron en oracion y obtuvieron del Señor una curacion tan perfecta de todas sus lesiones, que ni las cicatrices siquiera se conocieron. Esta gracia de Jesucristo alentó mas á su valeroso soldado, y como ya ardia en deseos del martirio, se acercaba á las mezquitas; anunciaba al Salvador á los musulmanes, que entraban en ellas, desafiando por cuantos medios podia á la muerte por la fé. Despreciado unas veces como un loco, herido, abofeteado y azotado otras, llegó á saber en fin, al cabo de un año de sufrimientos, por un renegado de Europa, que acababa de ser definitivamente condenado con sus compañeros á serles cortadas las cabezas. Al momento corrió á participar tan buena noticia á los dos religiosos, que la recibieron con los mayores transportes de alegria; se exhortaron mútuamente al martirio, y dando gracias á Dios que les permitia conseguir semejante victoria, sobre sus enemigos, se prepararon al último

combate. Pero el Señor lo dispuso de otra manera. El bienaventurado Alberto, que por un camino diferente habia hecho penetrar otros religiosos en Abisinia, informado por ellos de su crítica posicion, é instruido tambien por él, Eugenio IV, del peligro que corria su existencia, habian mandado un rescate que felizmente fué recibido antes de ser ejecutada la sentencia de muerte. Tomás Scarlino regresó á Italia con dos compañeros; ya hemos dicho que el cuarto habia muerto de hambre en la cisterna. Los tres religiosos, milagrosamente salvados, se arrojaron á los piés del papa, que los recibió con suma bondad, y colmó de gracias espirituales. Tomás se retiró al convento de Montplan, en el Abruzzo, y escogió para su residencia la capilla llamada de las Llagas de S. Francisco, que él mismo en otro tiempo habia edificado. Llevó allí una vida angélica; pero el contínuo recuerdo de su estancia en medio de los infieles, sin haber conseguido la corona del martirio, le causaba una especie de vergüenza y turbacion contínua. Sin poder resistir mas, resolvió volver á estar entre los musulmanes. Dios se contentó con su deseo y Tomás le entregó su alma el 31 de octubre de 1447, en el convento de franciscanos de Rieti.

Pero ya es tiempo que volvamos atrás á decir los resultados de la mision de Alberto de Sarzana á quien dejamos enfermo. Recobrada la salud, trabajó activamente en oriente en la reconciliacion de los cismáticos. Sin entrar en los detalles de su larga peregrinacion, añadirémos solo, que á su vuelta fué testigo en una ciudad ocupada por los turcos, del martirio de dos cristianos, suspendidos ambos de una percha por cima de un brasero; su carne atacada por la viveza del fuego se iba tostando poco á poco y su grasa derretida caia á chorro sobre los carbones ardientes. Al divisar los mártires á Alberto y sus compañeros que la providencia parecia enviarles para ayudarles á oportar aquel cruel suplicio, les dijeron con voz firme y segura: « No os admireis ni os aflijais por la dura prueba á que estamos sometidos por la fé de Jesucristo, pues apenas sentimos mas dolor que el de los nervios que se contraen con la violencia del fuego. » De esta manera alentaban estos héroes á los que querian consolarles (Pl. XXXVIII, n.º 2). Las entrañas mismas de los religiosos se conmovieron con este espectáculo, y lágrimas de compasion y de alegría al propio tiempo, corrieron de los ojos de los franciscanos, quienes hasta el postrer momento, exhortaron á los generosos atletas á la perseverancia, y despues de terminado con la muerte este glorioso combate, dieron sepultura á los venerables restos que aun no habian sido consumidos por el fuego. Los turcos no pusieron obstáculo alguno á la marcha de Alberto.

Careciendo el patriarca Copto de los medios necesarios para presentarse con la dignidad que á su rango convenia, en el concilio de Florencia, mandó en su lugar á Andrés, abad del monasterio de S. Antonio. En sus cartas, el dicho patriarca se denominaba: « Juan, indigno servidor de los servidores de Jesucristo, obispo de la sede de S. Márcos, de la grande Alejandría, y de todo el Egipto; de la Lybia, de la Etiopía, del África occidental, y generalmente de toda la mision del santo Evangelista; despues de haber pedido al Señor el perdon de mis pecados, me prosterno en tierra ante vos, sapientísimo y santísimo padre y señor Eugenio, papa de la grande Roma, sacerdote y pastor por escelencia, guia segura del camino del cielo, para cuantos peregrinan sobre la tierra en las sombras de este siglo; gefe apostólico de todas las iglesias cristianas; príncipe único, y venerable entre todos los príncipes establecidos en las otras sillas: sea para siempre confirmada por el Eterno la estabilidad de vuestro trono, y por vuestras luces, semejantes á la estrella que apareció á los magos, dirigido y gobernado vuestro inmenso rebaño, siguiendo á vuestra voz cuantos la escuchan, etc. » El decreto de reunion de los jacobitas, fué firmado por Eugenio IV, el 5 de febrero de 1441.

Andrés no representaba solamente al patriarca Copto; era al propio tiempo, junto con el diácono Pedro, embajador de Zara Jacob, Negus de Abisinia. Bruce ha dicho: « En la historia de Zara Jacob es donde vemos por la primera vez una disputa religiosa entre los abisinios y los francos ó frangi... El abad Jorge disputó, segun se dice, delante del rey sobre un punto de religion, y confundió á su antagonista. El nombre de este no se cita, pero se cree que era un pintor veneciano, llamado Francisco de Branca-Leon, que vivió largo tiempo en Abisinia, y murió allí. » Concordando los hechos, debemos deducir que el antagonista del abad Jorje, en lugar de ser confundido por él, triunfó en la conferencia habida en presencia del Negus; puesto que este príncipe acreditó por medio de un representante en el concilio de Florencia su catolicidad, y en este antagonista, cuyo nombre no se cita, debemos creer que fué uno de los franciscanos que Alberto de Sarzano, mandó á Abisinia durante la cautividad de Tomás de Scarlino. No sabiendo Nicomedes, superior del convento de los abisinios de Jerusalen, el convenio que se habia realizado entre el legado y el Negus, mandó tambien por su parte representantes al concilio, á quienes se dió audiencia el 2 de setiembre de 1441. Es indudable que Zara Jacob aceptó con gusto la union concluida en este concilio, pues consta que el franciscano Serafin, de Sicilia, enviado por el guardian de Monte-Sion al papa para informarle del estado de los negocios de Oriente, entregó al pontifice una carta en la que este hecho está positivamente enunciado. El dicho guardian hablaba tambien en ella, de una embajada muy solemne que el Negus acababa de dirigir al sultan de Egipto, para obligarle á que reparase las iglesias cristianas destruidas, y para que tratase mejor á los fieles que vivian bajo su imperio. El modo con que este embajador ejecutó las órdenes de su señor, es bastante estraordinario para que omitamos su relato. Le hizo presente á este enviado, que debia saludar al sultan antes de amanecer, pues tal era la costumbre, mas aquel se negó á hacerlo hasta despues de salir el sol. Él mismo se hizo llevar una silla para sentarse cerca del trono, y presentando al sultan un caballito pequeño de oro, una espada, una lanza, un casco, una coraza, un escudo, un arco, carcax y flechas del mismo metal, le dijo con firmeza en nombre del Negus su amo: « He sabido que has hecho demoler las iglesias de los cristianos y hecho mal á estos hombres inocentes. Tu profeta enseña á hacer mal por mal: segun esta doctrina, yo podria con justicia hacértelo igual; pero como Jesucristo enseña por el contrario, que paguemos con bien el mal, te advierto, é intimo por este presente misterioso, que trates con mas humanidad á los cristianos de tu imperio, y permitas que reedifiquen sus templos, prometiéndote en cambio que haré lo propio con las mezquitas y musulmanes que se encuentren en mis estados, si rehusas hacerlo, todos estos juguetes de oro se convertirán en hierro contra tí. Pondré sobre las armas un ejército terrible, al que serás incapaz de resistir, pues el menor de mis almirantes, aunque inferior á los príncipes que están bajo mis órdenes, te supera en poder y resistencia; anegaré en su propia sangre á todos los musulmanes de mi imperio, que no son pocos; destruiré todas las mezquitas; arrasaré la Meca, y hasta haré variar de curso el Nilo para privarte de sus aguas, y tu y tus súbditos perecereis por el hambre y por el hierro. Si he dilatado esa venganza, ha sido por consideracion á los cristianos que habitan en tus dominios. En suma, elige entre los dos partidos. » Tan eficáz fué la arenga del embajador, que el sultan de Egipto le concedió cuanto pedia. Al entrar este enviado en Jerusalen, los abisinios, que poseian una capilla en la iglesia del Santo Sepulcro, salieron con gran pompa á recibirle, y los demás cristianos le tributaron muchos obsequios y honores. Las puertas de la basílica quedaron abiertas para todos, el tiempo que él quiso, sin pagar el tributo ordinario, y los oficiales del sultan

le pagaron todo su gasto, durante su estancia en Jerusalen.

Ocupado siempre Eugenio IV, en hacer entrar en el redil de la Iglesia, á las ovejas que el cisma habia descarriado, nombró, en 16 de diciembre, de 1440, á Fr. Antonio de Troya, en calidad de comisario apostólico, « cerca de los tártaros, asirios, persas, etíopes, maronitas, drusos, nestorianos, y sirios.» Despues que este legado, concluyó con los maronitas y los drusos las condiciones de su vuelta á la unidad, se fué á noticiarlo al papa, quien le hizo repetir su viage á Oriente, en 1442, á fin de consumar la reunion convenida. Eugenio, continuaba el concilio de Florencia, en Roma, en el palacio de Letran, cuando Fr. Antonio condujo á sus piés á Abdala, arzobispo de Edessa. Este prelado, en nombre y representacion del patriarca Ignacio, así como de los sirios eutiquianos, aceptó, el 30 de setiembre, de 1444, una confesion de fé, por la cual reconocia, que en Jesucristo existian dos naturalezas sin confusion, y dos voluntades sin oposicion, y que el Espíritu Santo, procedia del Padre y del Hijo, como de un solo principio. Elias, obispo de los maronitas, partícipes tambien de los mismos errores de Eutiques, no hizo hasta el año siguiente, una profesion de fé católica, por boca de Isaac, su representante en el concilio. Timoteo de Tarsis, arzobispo de los caldeos nestorianos, se volvió al mismo tiempo á la sana doctrina con todo su pueblo.

El uso que hemos hecho de las dos denominaciones de *sirios eutiquianos*, y de *caldeos nestorianos*, nos obliga á dar una esplicacion, tomada de Couperie, obispo de Babilonia. Despues de haber dicho este, lo funestos que fueron á la religion de los orientales, los siglos v y vi, á causa de las heregías de Eutiques y Nestorio, que en ellos se desarrollaron, proclamando aquella, que habia dos personas; esta, que no habia mas que una naturaleza en Jesucristo; el prelado, despues añade: « Los cristianos entonces, naturalmente, se dividieron en tres clases ó ramas. La primera, que fué la menos numerosa, se llamó de los ortodoxos, es decir, de los que permanecieron fieles á la doctrina antigua y apostólica. La segunda, se llamó de los nestorianos, porque siguió los errores del heresiarca Nestorio, condenado en el concilio de Efeso; y la tercera, se apellidó de los eutiquianos, porque adoptó los errores de Eutiques, condenado en el concilio general de Calcedonia. En este tiempo, fué cuando comenzaron las denominaciones de *caldeos nestorianos*, y de *sirios eutiquianos*, conocidos mejor estos últimos, por el nombre de jacobitas. ¿Y por qué fueron llamados, los unos caldeos, y los otros sirios, siendo así, que en las dos sectas se mezclaron individuos de todas las provincias del Oriente? Creo que esta distincion proviene quizá, de que el gefe de los nestorianos residia por lo regular en la Caldea, es decir, en Seleucia y en Ctsiphon; mientras que el superior de los eutiquianos permaneció casi siempre en la Siria, principiando por Severo, el primero de sus patriarcas, que se apoderó de la sede de Antioquía, en los primeros años del siglo vi, contra todos los cánones de la Iglesia. Esta denominacion característica, se ha conservado hasta nuestros dias, en términos, que todo cristiano oriental, sea persa ó árabe, si hace profesion del nestorianismo, es un caldeo nestoriano; si por el contrario, es eutiquiano ó monosophista, es un sirio jacobita, y si tanto unos como otros llegan á convertirse á la religion católica, entonces se les denominan simplemente caldeos, ó bien sirios, en oposicion á los herejes nestorianos ó jacobitas.»

En el momento en que el hermano Antonio de Troya, retornaba á la Siria, en 1442, Fr. Jacobo Primadice, que acababa de realizar la reunion de los armenios, y á quien, como ya queda dicho, Eugenio IV, confió la gran mision para tan diferentes pueblos, recibió de nuevo el propio encargo. Por último, el buen éxito que habian tenido los franciscanos enviados al Africa, y al Asia occidental, para reunir á los disidentes al centro de la fé, determinó al pontifice romano á encargar en

Europa, á Jacobo Bachia, vicario franciscano de la Bosnia, y á otros religiosos de la Observancia, el apartar de los caminos del error á los cristianos, á quienes las incursiones de los musulmanes en Bulgaria, Valaquia y Esclavonia, habian hecho apostatar, ó al menos, debilitarse en la fé. De esta manera tan universal trabaja Eugenio IV, en restablecer en toda su integridad, la túnica inconsutil de Jesucristo, dividida por el solo orgullo de algunos hombres rebeldes á la autoridad santa de la Iglesia.

No pudiendo sufrir el Espíritu de las tinieblas que por todos lados se le arrancasen por los misioneros tantas almas, que él miraba como sujetas á su imperio, reanimó el fanatismo de los turcos, y de los mamelucos de Egipto, poderosas palancas, con cuyo ausilio contaba el islamismo aniquilar la gran familia católica. Eugenio IV, por su parte, sin dejar de la mano el proyecto que ninguno de sus predecesores habia abandonado, quiso hacer revivir la idea de la guerra santa en el mismo imperio musulman. Al efecto, instituyó á los franciscanos Luis de Siena, y Bartolomé de Yano, vicarios del ministro general, en todas las provincias de Oriente; nombró á Pedro de Ferrara, que residia en el convento de S. Salvador de Beyrut, comisario apostólico, cerca de los maronitas, los drusos, y los sirios; mandó á Gandulfo de Sicilia, guardian de Monte-Sion, á Abisinia y á Egipto, y si bien estos legados, que el papa dirigió á los pueblos cristianos de Oriente, no pudieron, como el deseaba, organizar la cruzada, consiguieron al menos, con su presencia y discursos, reanimar la fé en estas naciones, y en un punto de Africa, bien lejano por cierto del Cairo, los cristianos de marruecos no tardaron en recibir al franciscano Alfonso Pernas por su obispo (1).

Por este mismo tiempo, el portugués, Amadeo Gomez, primero, Geronimiano, despues, minorita, quiso evangelizar á los infieles de Granada y Berberia. Ya hacia diez años que edificaba con su buen ejemplo á los hermitaños del célebre monasterio de Guadalupe, en España, cuando sus superiores le permitieron el ir á ganar la gloriosa carrera del martirio. Creyéndole un espia los musulmanes de Granada, le condenaron á ser azotado, y luego muerto, pero viendo los verdugos, al desnudarle, el estado de su cuerpo, todo llagado con las puntas de un silicio que llevaba siempre consigo, y ceñida además una cadena de hierro, fué tal la compasion que por él sintieron, que á peticion de ellos mismos, fué puesto en libertad despues de una ligera flagelacion. Esta prueba, en vez de contenerle, le animó mas, y esperando hallar en Africa el martirio que no habia podido obtener en España, se embarcó con un buen tiempo. Pero Dios, que le reservaba otro destino, suscitó una tempestad improvisa, que le impidió arribar donde queria. Volvió á su monasterio, y entró despues en el órden de los franciscanos.

Por los privilegios que Nicolás V, concedió á los misioneros, se vé que la solicitud de este papa, por la propagacion de la fé, fué igual ó mayor que la de su predecesor. Sabedor de que los franciscanos, que evangelizaban en Hungría, cerca del mar Negro, y en Tartaria, á los idólatras, acababan de hacerse con varias residencias, las que como puntos de partida, les servian para estenderse entre los infieles, y para desarrollar, por medio de la instruccion, los progresos de la fé, entre los nuevos convertidos, Nicolás V, por su bula de 4 de febrero de 1447, confirmó todos los privilegios que los apóstoles franciscanos habian recibido de diferentes papas, sus antecesores. Esta bula es notable, porque en ella les

(1) Antes de este obispo de Marruecos, estuvo alli como vicario general de la mision, el P. Fr. Martin de Cárdenas, franciscano que fué despues promovido á obispo de Marruecos, por Martino V, el 1419. Despues fuéronse sucediendo otros prelados, y entre ellos el franciscano Alonso Pernas; pero ya estos no residian en Marruecos, sino en Sevilla, como una de las dignidades de la catedral, siendo como obispos in partibus y ausiliares del metropolitano. Duró la série de estos prelados, basta el año 1566, como dice Zúñiga: «en que á peticion del arzobispo de Sevilla, D. Fernando Valdès, Pio V traspasó las rentas y posesiones de aquel obispado al santo tribunal de la Inquisiou, como hoy las goza, quedando estinguida desde ese año la dignidad episcopal de Marruecos.» Zúñiga, Anales, 1560. (N. del Trad.)

concede facultad de conferir el sacramento de la Confirmacion, y el órden de acólito, cuando faltase obispo para hacerlo; de dispensar de muchas irregularidades, y por último, de ejercer otros muchos derechos privativos ordinariamente á los obispos. Los paises, en los que los religiosos Menores acababan de introducirse, eran tan vastos, que se creyó necesario erigir un nuevo vicariato para dirigirlos. Nicolás V, encargó además, dos años despues, á Fr. Antonio de Nápoles, para que con los compañeros que gustase elegir, fuese á predicar á Dalmacia, Bosnia, Croacia, Servia, Albania y Hungría. Wadingo, hace tambien mencion, por el año 1452, de una nueva ratificacion de los privilegios conferidos anteriormente para las misiones del Oriente y del Norte, en consideracion á los grandes progresos que los religiosos observantes habian hecho, y establecimientos que habian fundado.

Mientras que los idólatras abrian sus ojos á la clara y pura luz del evangelio, los griegos cismáticos, á quienes la reunion aceptada en Florencia, parecia haber ya adherido á la Cátedra de S. Pedro, se obstinaban por el contrario en su funesta separacion. El emperador Constantino, asediado ya por Mahomet II, y en vísperas de perder Constantinopla, recurrió sobre esto á Nicolás V. Este le suministró algun socorro, y le mandó dos legados para que le ayudasen á convertir á sus obstinados súbditos, y al mismo tiempo, el papa escribia á los griegos, haciéndoles ver, que despues de tanto tiempo, iban ya apurando la paciencia de Dios y de los hombres; y que segun la parábola del evangelio, aun aguardaria tres años para ver si la higuera, hasta entonces inutilmente cultivada, daba fruto, y si esto no sucedia, el árbol seria cortado hasta la raiz. Con efecto, se cumplió la profecía. Mahomet II, atacó á Constantinopla, en 1453. Ni aun en este conflicto se ablandó el corazon de los cismáticos, á pesar de los esfuerzos del cardenal Isidoro, y del dominicano Leonardo Chio, llegando á tal punto su ceguedad que uno de los primeros senadores, revestido con el cargo de almirante, no se avergonzó en decir: « que valía mas ver la media luna dominar en Constantinopla, que el capelo de un cardenal latino. » Semejantes á aquellos antiguos idólatras que hacian responsables á los discípulos de Jesucristo de las desgracias del imperio, y de la ruina de Roma, los griegos atribuian su decadencia, y su inminente caida á la reunion que algunos de sus soberanos y de sus patriarcas habian contraido con los católicos. «No, les respondió con energía Leonardo Chio, no es por haberos unido á la Iglesia católica, por lo que la justicia divina os castiga con tanta severidad, es porque no lo habeis hecho sinceramente; y porque os gloriais de que así sea. Si es un crímen, el creer lo que cree el vicario de Jesucristo, junto con toda la Iglesia romana, vuestros primeros doctores, y vuestros PP. S. Atanasio, S. Cirilo, S. Basilio, estas grandes lumbreras del cristianismo, cuya santidad tanto reverenciais, serán culpables del mismo crímen; ellos han creido lo mismo que nosotros creemos; llenos de fé y de celo por la unidad de la Iglesia, jamás se separaron de su gefe y cabeza visible, siempre vivieron en su comunion, y murieron en la obediencia de la Santa Sede. ¡Ah! decid mejor, que si vuestra suerte, hoy dia, es semejante á la de los judíos, arrojados de su pais, y dispersos por toda la faz de la tierra, es, porque endurecidos como ellos, habeis imitado fielmente su ciega y criminal obstinacion. Si los hijos de los patriarcas hubieran dócilmente escuchado á sus profetas; si en lugar de perseguirles y darles muerte, se hubieran aprovechado de sus advertencias y consejos, Jerusalen subsistiria aun. Y si vosotros, igualmente, y con la mayor tenacidad, no hubierais cerrado vuestros oidos á la voz del Padre comun, ó á la predicacion de sus ministros, no os veriais al presente víctimas de toda clase de males, con que el cielo visiblemente castiga el orgullo de los unos, y la profunda hipocresía de los otros. En el santo concilio de Florencia, por

no ir mas léjos, vuestros primeros pastores, despues de un largo y sério exámen, han abrazado al fin la verdad comun; han entrado con alegría en la unidad, y han prometido, bajo juramento, permanecer para siempre inviolablemente adheridos á ella. A algunos de estos que se han mostrado fieles á su palabra, los habeis perseguido, arrojado de sus iglesias, y lanzado un anatema. Los restantes, ó por su propia ligereza, ó por miedo á la violencia, cobardemente se han separado de la union, y destruyendo su propia obra, os han dado el mal ejemplo de la desobediencia. Hé aquí su crímen y el vuestro, no busqueis en otra parte el orígen de vuestros desastres.» Como circunstancia notable en la historia de este sitio memorable, debemos notar, que Dios, mas que de los turcos, se sirvió de los apóstatas de su ejército para castigar á la infiel Constantinopla. Renegados de todas naciones, griegos, latinos, húngaros, alemanes, etc., reunidos bajo el estandarte de Mahomet, fueron los que enseñaron á los musulmanes á vencer á los cismáticos. Cuando la ciudad imperial cayó en poder de los turcos, el 29 de mayo de 1453, la muerte ó la esclavitud fueron la suerte que cupo á los misioneros católicos. Diez y siete franciscanos de la Observancia permanecian allí, junto con su vicario. Todos, á escepcion de uno que pereció, fueron hechos esclavos, y su casa sufrió todos los horrores del pillaje. Por medio de limosnas se trató de rescatar á estos héroes de la fé. El hermano Adriano, flamenco, fué uno de los que recobraron así la libertad despues de dos años de cautiverio, y se fué á vivir al convento de Bruges, donde acabó santamente sus dias en una larga y dichosa vejez.

La caridad que rompia las cadenas de los misioneros cautivos, se aunaba con el celo y la firmeza de los superiores franciscanos, que dictaban los mas admirables consejos de abnegacion y perseverancia en medio de las tribulaciones. Los misioneros franciscanos de la Servia, perseguidos tenazmente por los cismáticos griegos, hasta el punto de ser aprisionados y aun muertos algunos, como lo fueron el hermano Jorge Hararvich, sacerdote, y el hermano Adriano, lego, viéndose espuestos á todo el furor de los turcos que dominaban el pais, creyeron ya necesario abandonar sus conventos, y á el pueblo que habian atraido á la unidad á costa de tantos trabajos y peligros. Informado de esta resolucion, Fr. Márcos de Bolonia, les consoló en su afliccion, el 25 de marzo de 1454, y les alentó á sufrir el martirio, antes que desamparar sus ovejas: «Si todos estos males, les dice, suceden por disposicion del que, ni una hoja de un árbol cae en tierra, sin su voluntad, ¿cómo es que vosotros, que mas que otros, debeis desafiar el peligro y la muerte, buscais medios de evitarla? ¿Esta conducta es acaso la que debe seguir un cristiano y servidor de Cristo, á quien aguarda un eterno paraiso? La persecucion cierra los ojos del cuerpo; pero abre las puertas del cielo. El Antecristo y el demonio amenazan; pero Jesucristo protege. Si á la muerte sigue la inmortalidad, ¿por qué temer? ¿porque llorar? ¡Ojalá estuviese yo con vosotros para esponerme á una muerte tan preciosa! No me parece conveniente que abandoneis los conventos, á menos de que la fuerza os obligue á ello, ni que uno solo de vosotros salga del pais, antes de que se celebre el capítulo general, que se tendrá en Bolonia el dia de Pentecostés. Allí mandareis una noticia de la situacion en que os encontrais, y se arreglará lo que sea mas conveniente. Vuestra desercion seria un gran deshonor para la órden. Exhortaos y animaos mútuamente á la paciencia; vuestra corona será tanto mas brillante, cuanto mas largo y cruel sea vuestro combate.» El rescate de los misioneros cautivos, de que antes hemos hablado, era una medida propia para sostener y aumentar el valor de todos los religiosos espuestos, asi como los de la Servia, á caer en manos de los infieles.

El cardenal Isidoro y el dominicano Leonardo de Chio, legados de la Santa Sede, pudieron ser rescatados despues del saqueo de

Constantinopla. El segundo era arzobispo de Mitilene, la famosa Lesbos de los antiguos. Salvado como por milagro, envidiaba el honor de aquellos que merecieron la gracia de morir confesando á Jesucristo. Esta gloria le estaba reservada; pero era en su iglesia, y á la vista de su pueblo, donde debia ser inmolado á manos de los enemigos del nombre cristiano, sellando con su sangre las verdades que la rebelde Constantinopla le habia oido predicar con tanta perseverancia. Los historiadores no están de acuerdo sobre el año de la toma de Mitilene por los turcos; pero debió ser entre el 1458 y el 1462; cuando Mahomet se apoderó de esta isla, cuya posesion aseguró á sus sucesores. La capital, donde Leonardo se encontraba, capituló despues de un rudo asalto. Cateluse, genovés de estraccion, que era su gobernador, habia recibido la promesa de que se le conservaria la vida junto con los suyos; pero no se cumplió la palabra. Despues de haber pasado á cuchillo á una parte del pueblo, Mahomet dispuso que el resto del vecindario fuese trasladado á Constantinopla; pero los principales habitantes, y sobre todo los eclesiásticos, despues de ensayar en ellos diversos géneros de suplicios, sufrieron una muerte cruel. El arzobispo fué uno de los primeros que el cruel príncipe sacrificó á su venganza.

«La isla de Lesbos, de la que acabamos de hablar, no es la misma que era en otro tiempo, dicen las *Cartas edificantes*; ya no manda á la Troada; ya no domina sobre la Eolida... Ya no existen allí, ni el poeta Alceo, ni la sabia Sapho, ni el docto Theophrasto comentador de Aristóteles. Las musas son amigas de la libertad, y en la esclavitud, no es donde por lo comun, florecen las bellas artes. Lesbos fué la patria de Pitaco, uno de los siete sábios de Grecia, vivió allí largo tiempo, y uniendo la sabiduría al valor, libertó su pais del yugo de los tiranos. La isla es estremadamente fértil; contiene mas de 360 poblaciones; tiene tres pequeños puertos, que son: Mitilene, Navagia y Tokmak. Mitilene es como un grande arrabal, ó si se quiere una pequeña ciudad, pero sin murallas. Cúbrela una pequeña montaña, que adelantándose hácia el mar, constituye un pequeño cabo. Sobre lo alto de este monte, hay un gran castillo bien construido; fué obra de los genoveses, cuando eran dueños de la isla. Esta montaña es como una península, y la lengua de tierra, que la une al continente, está cubierta de casas, que forman la actual ciudad. Por ese lado, Mitilene tiene dos puertos, el uno al norte, mediano, porque no está resguardado, y el otro, al mediodía, mejor, porque está al abrigo de los vientos... Los habitantes, en parte son cristianos, y en parte turcos. Los primeros son en mayor número y casi todos del rito griego... Hay un metropolitano en Mitilene y un obispo en Molino.»

En el año 1458, señalado por la muerte del invencible prelado de Mitilene, otro dominicano, Lorenzo Castro, florentin, y famoso predicador en Italia, fué enviado en calidad de obispo á la Acaya. El papa, dice Fontana, quiso «que el *talento* (1) que le habia sido confiado produjese el doble entre los infieles, de los que muchos, convencidos por su elocuencia, abrazaron la fé católica.» El mismo autor habla aun, en este año 1458, de Juan de Dacio, que con otros muchos compañeros, se dedicó á la conversion de los mahometanos, y cuya muerte fué dulce y tranquila.

El establecimiento de los turcos en Constantinopla, amenazaba la libertad y la civilizacion de Europa, y parecia un obstáculo insuperable á los esfuerzos de los misioneros para penetrar en Oriente. Al propio tiempo que los hijos de Mahoma tomaban po esion de la nueva Roma, los mamelucos de Egipto continuaban dominando en Siria y en Palestina. Aquí, al menos, un príncipe francés consoló por su munificencia los santos Lugares, afligidos por su triste dependencia de los servidores de Mahoma. Felipe el Bueno, duque

(1) El talento, era una moneda imag'naria, usada entre los hebreos, y que Jesucristo menciona algunas veces en sus parábolas. El de plata valia 3,000 siclos, y el de oro doce veces otro tanto. Aquí se toma la palabra en dos sentidos, como moneda, y como facultad del alma (N. del Trad.)

de Borgoña, hizo reparar y adornar á toda costa los venerables edificios de Monte-Sion y el convento de Belen, y sus liberalidades dieron orígen al de Rama. El P. Roger, recoleto, dice, que Felipe compró la casa que habia pertenecido á Nicodemus, y edificó en ella una capilla que se dió despues á los religiosos de S. Francisco de la familia de Jerusalen.

Calixto III, cuyo pensamiento único se reconcentraba en la necesidad de arrojar al fondo del Asia á los turcos y mamelucos, que amenazaban la Europa cristiana, escribió á los religiosos de Tierra santa, que los que, en vísperas de la cruzada, no se creyesen con valor para desafiar el martirio, se retirasen de un pais en que los peligros de un momento á otro no podian menos de acrecentarse. Complacíase este pontífice en tratar de sus proyectos contra los infieles, con el franciscano Luis de Bolonia, lego de la Observancia, que atrás dejamos designado, como uno de los compañeros de Jacobo Primadice, en la época de la gran mision confiada á este último. Al recorrer las indias, la Etiopía y la Palestina, Luis de Bolonia se habia instruido de paso de la verdadera situacion de los musulmanes, por lo cual Calixto III, con preferencia á otros, le volvió á mandar á Oriente, para buscar allí auxiliares útiles. El legado debia visitar la Armenia, la Persia y la Abisinia; pero no pudo penetrar en este imperio, ni por consiguiente conferenciar con Zara-Jacob, su gefe. A su vuelta, trajo consigo á dos monges abisinios, que habia encontrado en Egipto, y que deseaban venerar al vicario de Jesucristo en el centro de la unidad. Estos monges habian prometido á Luis el conducirle cerca del Negus. Calixto III le mandó por tercera vez, en 1457, á verse con Zara-Jacob, encargándole al propio tiempo, que procurase cuantas alianzas pudiese contra los musulmanes. Como Luis habia dejado en Oriente al hermano Bartolomé de Foligno, misionero de gran reputacion en materia de negociaciones, el papa, para aumentar el celo de este último, le concedió todos los privilegios de que disfrutaban los religiosos de Tierra santa.

Estos hijos de S. Francisco vieron, no solo confirmados, sino aumentados estos mismos privilegios, en 1458, tales como el de recibir y conservar en sus conventos sumas pecuniarias; comprar por sí, cuanto les fuese necesario, y desacerse de lo inútil ó supérfluo, á condicion de no manejar el dinero; de confesarse con sacerdotes seculares, á falta de religiosos; de no incurrir en irregularidad, si en caso de legítima defensa tuviesen por precision que herir ó matar á alguno; de aprobar los confesores estrangeros, que venian á Jerusalen, y de comunicarles los privilegios de Tierra santa, para el ministerio sagrado, cuando el número de religiosos fuese insuficiente para el de los penitentes. El guardian de Monte-Sion, tuvo el poder de dispensar irregularidades, á reserva de aquellas en que se incurre por la bigamia, mutilacion de miembros, ú homicidio voluntario. Tuvo además, el privilegio de recibir los hermanos y hermanas de la Tercera Órden, y de darles un superior, así como el permiso de decir misa inmediatamente despues de media noche. En fin, se prohibió á todo sacerdote ó religioso, fuese quien fuese, permanecer en pais dominado por los musulmanes, contra la voluntad del guardian, á menos de tener para ello autorizacion espresa de la Santa Sede. Los peligros que revelaban y justificaban estas gracias del pontífice, no eran sino muy reales. Irritados los judíos al ver el sepulcro de David, el mas ilustre de sus reyes, en poder de los cristianos, escitaron á los musulmanes á que despojasen á los PP. de Tierra santa, de la capilla del Espíritu Santo (ó Cenáculo), edificada sobre esta tumba; pero Henrique IV, rey de Castilla, vengó la injuria hecha á la religion con semejante despojo, haciendo demoler cuantas mezquitas poseian los mahometanos en su territorio, represalias que obligaron á que fuese restituido el santuario á los religiosos. Felipe el Bueno, duque de Borgoña, dió mil cuatrocientos escudos para repa-

rarle; mas los judíos, escitaron de nuevo á los musulmanes á recobrarlo.

Pio II, sucesor de Calixto III, habia confirmado la mision conferida á Luis de Bolonia, quien regresó á Oriente, en 1460, trayendo consigo, en su tránsito por la Mingrelia, la Tartaria, la Alemania y Venecia, diferentes embajadores, que muchos soberanos orientales dirigian al papa para entenderse con él, y con los demás príncipes cristianos, para la guerra contra los turcos. Uno de estos, era representante de David Commeno, emperador de Trebisonda, cuya hermana se casó con Uzam-Cassam, rey de Persia, y fundador de la dinastía de los turkomanos, llamados del *carnero blanco*. Ya hacia dos siglos y medio que el imperio de Trebisonda estaba separado del de Constantinopla; pero Mahomet II debia acabar con este tambien. El embajador, pidió al papa que instituyese á Luis de Bolonia, patriarca en el Oriente, á lo que accedió al punto Pio II. En cuanto al resultado político, obtenido por los demás enviados á las cortes de Europa, puede considerársele como nulo. No faltan historiadores que dan por supuestos los embajadores que trajo consigo Luis de Bolonia; pero si así fuese, las relaciones comerciales de los venecianos con el Asia, hubieran descubierto clara y facilmente esa impostura si fuese cierta, y además, si tal como decimos, no hubiera esto sucedido, la Santa Sede no hubiera continuado encargando al hermano Luis, otras misiones importantes, pues vemos á este franciscano célebre, revestido ya con la dignidad de patriarca de Antioquía, negociar en 1465, una alianza entre un príncipe tártaro y Casimiro, rey de Polonia, como lo prueba Wadingo.

El año 1460, es señalado en los anales de los dominicanos, por un célebre martirio, al que se siguieron muchas conversiones entre los mahometanos de Africa. Antonino de Ripolis, florentino, fué recibido en el órden de Sto. Domingo, por S. Antonino, prior entonces del convento de Florencia. Semejante maestro, no pudo menos de comunicarle la piedad y el deseo de la mas regular observancia. Con ardientes deseos de estudiar, obtuvo de sus superiores el permiso de seguir en Palermo, un curso de teología; pero al ir embarcado desde Nápoles, con direccion á aquella isla, fué apresado por los piratas, y conducido como esclavo á Túnez. Reducido á tan triste estado, tuvo el mal pensamiento de abandonar la fé católica; y Dios, cuyos juicios son impenetrables, permitió que abjurase, y con la agravante circunstancia de tomar una esposa. Por este tiempo, los comerciantes de Florencia, que se encontraban en Túnez, le anunciaron la preciosa y santa muerte de S. Antonino, su padre en la religion, que brillaba ya por el esplendor de sus milagros. Llenó, al saber esto, de compuncion el apóstata, por inspiracion del Espíritu Santo, cayó de rodillas, y elevando sus ojos al cielo, esclamó: «Señor, no me trateis segun merecen mis pecados; no me castigueis conforme á mis iniquidades, y olvidad las mias pasadas. Asistidme, Dios y Salvador mio, libradme por la gloria de vuestro nombre.» Terminada esta plegaria, vuela á su casa, distribuye cuanto posee entre los pobres cristianos; devuelve la que habia sido su esposa á su familia, y libre ya de todo lazo humano, se presenta impávido al gefe de los mahometanos, protestándole, que si antes, como un impío, habia renegado de la ley verdadera, santa y divina de Jesucristo, ahora, en espiacion de su crímen, estaba dispuesto á sufrir la muerte. Asombrado de su valor el mahometano, le despide, advirtiéndole, que dentro de tres dias volviese á su presencia, declarándole su resolucion definitiva. Antonino se aleja. Despues de haber pasado esos tres dias en la oracion y penitencia, volvió á aparecer delante del príncipe; le habló con horror de la secta de Mahoma, y por ello, en el acto, es condenado á ser apedreado. El 10 de abril, de 1460, se le condujo á la plaza pública, y arrodillado allí, y mirando hácia el Oriente, detestó en alta voz su crímen, añadiendo: «Señor, en tus manos encomiendo mi alma.»

Y cubierto en el instante con una lluvia de piedras, entregó su bienaventurada alma al Criador diciendo como S. Estéban: «Padre mio, perdonadlos, que no saben lo que se hacen.» (Pl. XXXIX, n.° 1.) Su cuerpo fué arrojado en una inmensa hoguera que estaba preparada al intento, pero el fuego en nada tocó ni á sus cabellos, ni aun á los vestidos, con gran sorpresa de los musulmanes, de los que, algunos conmovidos por semejante prodigio, abrazaron la fé católica. Muchos milagros se verificaron en la iglesia de Túnez, donde honrosamente fué sepultado el santo cuerpo.

El órden de los dominicos vió suprimir en su propio seno, por Marcial Auribelli, la congregacion de los *Peregrinos de Jesucristo*, de que tanto hemos hablado. El P. general Conrado de Aste, sucesor de Auribelli, la restableció de nuevo en 1464, y Pio II, que contribuyó á este restablecimiento, restituyó á la congregacion cuantos conventos la pertenecian ya en Oriente, ya en el Norte. A estos, añadió algunos otros, sacados de las provincias de Hungría y de Polonia. El papa concedió nuevos privilegios, á estos fervientes misioneros, á los cuales dió por superior, al P. Benito de Filicaya, religioso florentino, de la provincia romana, consumado en el ejercicio de todas las virtudes, y celoso por la propagacion de la fé, hasta el punto de desear contínuamente el martirio, para defenderla y propagarla.

Cuanto se podia esperar de la congregacion susodicha, que suprimió Auribelli, sin consultar á la Santa Sede, y luego que recibió una vida nueva bajo el generalato de Conrado, otro tanto se logró con los admirables resultados de la mision de un dominicano de Erfurth, en Rusia, y en Livonia. Pequeñas eran todas las iglesias para contener la multitud de oyentes que le seguian, y así tuvo que predicar al aire libre. Cinco mil idólatras debieron la regeneracion espiritual á este misionero, muerto en 1464. La viña del Señor, plantada con tanta efusion de sangre en Livonia, recibió el asíduo cultivo de los PP. Predicadores, que con toda solicitud cuidaban de preservarla de todo contratiempo. Como no bastaban ellos solos, aunque ayudados por los franciscanos, para llenar su cargo, el gran maestre de la órden Teutonica, patrono de aquel territorio, obtuvo de Paulo II, en 1465, que además de los dos conventos de dominicos que habia en estos límites de la cristiandad, y próximos á los infieles, se fundasen otras tres casas mas de franciscanos.

La invasion de los turcos en Bosnia, que mataron á su rey Estéban, y se apoderaron de sus Estados, causó á los Observantes la pérdida de treinta y ocho conventos, cuyos religiosos, en su mayor parte, fueron asesinados; mas los que sobrevivieron, confirmaron á los católicos en la fé, y les persuadieron á sacudir el yugo de los infieles, por el medio de entregarse á Matías, rey de Hungría. La historia, que no nos ha transmitido los nombres de los hijos de S. Francisco, degollados en Bosnia, nos habla en cambio de la invencible firmeza que demostraron ocho guerreros cristianos, hechos prisioneros en un encuentro con las tropas de Scander-Beg, y enviados por el turco Ballaban á Mahomet II. Cargados de cadenas, los presentaron ante el sultan, quien les intimó que renegasen de Jesucristo, y como no accediesen á sus deseos, ni por amenazas, ni por promesas, los hizo desollar vivos. Pero el que dió el mayor ejemplo de firmeza, que sirvió para fortificar á los cristianos contra la apostasía, fué el bienaventurado Andrés, natural de Chio, y residente en Constantinopla. Falsamente acusado de haber abandonado la religion cristiana, y vuelto á ella despues, todos los medios se emplearon para persuadirle á que se declarase mahometano. A las mas escogidas seducciones, sucedieron los mas bárbaros y refinados tormentos. Diariamente, con un cuchillo, se le iba arrancando un pedazo de carne, y cuando su cuerpo no fué mas que una pura llaga, ó mas bien un sangriento esqueleto, próximo á lanzar el último soplo de vida, entonces se cortó la cabeza al mártir. Asombrado Mahomet del valor de Andrés, permitió que sus restos re-



cibiesen una sepultura honorífica, en una iglesia dedicada á la vírgen, en el arrabal de Galata, y Jorge de Trevisonda, quien preservado de un naufragio inevitable por la intercesion del santo confesor, escribió su historia, y testifica haber visto por sus propios ojos, este cuerpo sin señal alguna de corrupcion despues de muchos años. Con lo que acabamos de decir, queda demostrado el ódio profundo de los turcos, contra el nombre cristiano. Mas este no impidió que el dominicano Serafin Soldano, de Sicilia, tratase de elevar el estandarte de la cruz en medio del pais, ocupado por aquellos feroces conquistadores. Ardiendo en deseos de salvar las almas de los infieles, se embarcó con ese objeto; pero los vientos llevaron su buque á la Grecia, donde predicó á los cismáticos el primado y la autoridad de la Iglesia romana. Logró convertir á muchos disidentes, y despues de largos trabajos, terminó allí gloriosamente sus dias.

CAPÍTULO XXV.

Mision de los franciscanos entre los maronitas y los Drusos, y en la Tierra santa.

Con las escenas de desolacion que la turquía de Europa presentaba al pontífice romano, formaba un consolador contraste el cuadro que ofrecieron á su vista los maronitas, pueblo del que varias veces hemos hablado, pero del que hasta ahora no habiamos detallado ni su orígen, ni sus creencias. Los maronitas, antiguos habitantes de la Fenicia ocupan principalmente la parte de las montañas del monte Líbano, llamada Kesroan, y que comprende poco mas ó menos, toda la vertiente occidental, desde las cercanías de Beyrut, hasta las de Trípoli. Tambien se encuentran maronitas, aunque en mas corto número, en otros puntos de aquellas montañas, y en casi todas sus ciudades y pueblos.

Esta nacion, dice el P. Nacchi, jesuita, toma su orígen y su nombre, del célebre abad Maron, discípulo de S. Zebin, que se hizo notable entre todos los solitarios de su siglo, por la asiduidad en la oracion. Maron, estuvo retirado sobre una montaña inmediata á la ciudad de Cyr. Habiendo encontrado en su retiro un templo de ídolos abandonado, le consagró al verdadero Dios. La reputacion de santidad que se habia justamente adquirido, hizo que fuese elevado al sacerdocio el año 405. San Juan Crisóstomo, concibió de él la mas alta idea, y le escribió desde Cucusa, donde él estaba desterrado, recomendándose á sus oraciones. El Solitario, vivia casi siempre espuesto á todas las intemperies, y rara vez se abrigaba en tiempo de lluvia, en una choza que se habia arreglado con ramas y pieles de cabra. Entregado dia y noche á la oracion, casi siempre estaba de pié, sin otro apoyo que un baston. Hablaba muy poco con los que acudian á visitarle, por no interrumpir el ejercicio de contemplacion que absorvia todos sus pensamientos y sentidos; pero les recibia sin embargo con bondad, y les exhortaba á que permaneciesen el tiempo que gustasen en su compañía. Con el gran número de discípulos que reunió, pudo fundar muchos monasterios en Siria, y Teodoreto, atribuia como fruto de las instrucciones del santo, el gran número de monjes que se estendieron por toda su diócesis. Entre los mas ilustres discípulos de Maron, se cuenta Jacobo de Cyr, que se glorió de haber recibido de aquel, su primer cilicio. Dios se llevó de este mundo al solitario, el 433. Los griegos honran su memoria el 14 de febrero; pero los maronitas hacen su fiesta el 19 del mismo mes. El deseo de poseer su cuerpo, fué orígen de una piadosa contienda entre las provincias inmediatas. Tres fueron los monasterios que llevaron el nombre de S. Maron: el uno, en la diócesis de Apamea; el otro, sobre el Oronte entre Apamea y Emesa; y el tercero, en el Palmyreno. No se sabe de cierto, en cual de los tres se encuentran sus sagradas reliquias; pero se cree mas probable que sea en el segundo, cuya iglesia reedificó el emperador Justiniano (1). Entre el número de los ceno-

(1) No debe confundirse este Maron, con otro Maron mas

bitas de este monasterio se cuenta uno llamado Juan que se distinguió entre sus hermanos por su virtud, fué elegido abad, y en honor de su primer fundador, tomó el nombre de Maron. Este segundo abad, Maron, combatió vivamente á los hereges y cismáticos; convirtió á muchos de ellos, y su nombre se encuentra el primero en la suscripcion á la carta comun; que los maronitas escribieron al papa Hormisdas en 517. El abad Juan Maron, recibió la dignidad de patriarca de manos de la Santa Sede, y los sucesores de este primer patriarca de los maronitas, no faltan hasta el presente, despues de su eleccion, á la costumbre de mandar un diputado al papa, para recibir la confirmacion y el palio. Segun el P. Nacchi, Juan Maron defendió con tan buen éxito á su nacion, contra los ataques del cisma y la heregía, que llegó esta á quedar sola en el Oriente, constantemente adicta á la cátedra de S. Pedro. Esto no quiere decir que algunos de los maronitas, no cayesen en los errores de Eutiques y Nestorio, y por consecuencia, quedasen envueltos en el cisma de los griegos; pero estos nunca pudieron arrastrar á la gran mayoria de la nacion que permaneció ortodoxa.

El patriarca de los maronitas, llamado de Antioquía, tiene bajo su jurisdiccion á cinco metropolitanos, que son: los arzobispos de Tiro, de Damasco, de Trípoli, de Alepo, y de Nicosia y Chipre. Reside en Cannobin, al pié del monte Líbano, y á corta distancia de los famosos cedros, que atrás dejamos mencionados. La iglesia del monasterio, dedicada á la Sta. Virgen, consiste en una vasta gruta, junto á la cual hay otras pequeñas que son las celdas de los religiosos. «Para ir á la iglesia en invierno y en verano, dice el P. Petitqueux, jesuita, es menester esponerse á las injurias del tiempo. Su liturgia es muy antigua: está compuesta en siriaco antiguo, y una pequeña parte en árabe; pero con caractéres siriacos que ellos llaman *Kerchora*. Leen en árabe la epístola y el evangelio. Consagran con pan azimo, y sus ornamentos tienen la misma forma que los nuestros, á escepcion del manípulo, que varia en ciertos dias, á ejemplo de todos los cristianos orientales. Tanto el patriarca como los obispos maronitas que están en su compañía, viven todos en la union mas perfecta y con la mayor sencillez y pureza de costumbres. Las mas ligeras faltas se castigan con la mayor severidad. El convento, pobre como es, recibe caritativamente á los estrangeros y les dá hospitalidad.» El P. Beson, jesuita, dice lo siguiente de Kannobin: «La santidad y sencillez se alojan en estas grutas; la caridad y la hospitalidad reciben á los estrangeros; la pompa y la apariencia están desterradas; la humildad y la religion ocupan allí su trono. El patriarca vive, no en un palacio, sino en una gruta que constituye la principal parte de las habitaciones y la iglesia del monasterio, cuyos religiosos dan á cada paso raros ejemplos de virtud. Tres ó cuatro obispos acompañan al patriarca y tanto estos como los monjes viven en el mas perfecto acuerdo.» A un tiro de piedra de la puerta del monasterio se encuentra una capilla dedicada á Sta. Marina (1). «Todo este pais está lleno del olor de santidad de esta vírgen, dice el P. Petitqueux, y conserva por ella una veneracion estraordinaria. Nadie, hasta ahora, ha puesto en duda lo que los historiadores nos cuentan de su vida. Ellos nos dicen, que esta santa, por una inspiracion divina, ocultó su sexo bajo el hábito religioso, y sirvió á Dios con ese trage por espacio de muchos años. Añaden, que habiendo permitido el Señor que fuese acusada de una falta con una doncella de las cercanías, fué condenada por su superior á sufrir una severa penitencia en la gruta, que es hoy dia la ca-

antiguo, que fué herege monotelita, y que profesaba los errores de Macario, patriarca de Antioquía, condenado en el 6.º concilio ecuménico, en 681. (N. del Trad.)

(1) En ningun parage está mas venerada la vida monástica, que entre los maronitas, donde hasta los infieles la respetan y aprecian. El número de monasterios, es considerable; los hay pertenecientes á diversas órdenes; pero entre ellas ocupa el primer lugar la de S. Antonio. Se les descubre sobre las eminencias mas escarpadas, y siempre distante de parages habitables, viviendo allí los monjes como ocultos, y separados de todo comercio. (N. del Trad.)

pilla donde se la venera; pero que Dios, que mira siempre por el honor de sus escogidos, hizo que se patentizase la inocencia de esta ilustre vírgen, despues de su muerte, y recompensó desde este mundo su poder con muchos notorios milagros, que se obraron por su intercesion sobre su tumba (1). »

El rio Nahr-Gadisha (rio santo) toma su orígen en el Líbano. Corre por un valle muy estrecho, cuyas márgenes están pobladas de pinos, encinas, viñas y otros árboles y arbustos. A treinta pasos de este rio, se vé elevarse una cadena de montañas, todas cubiertas de roca. En ellas se vén profundas grutas naturales, que sirvieron en otro tiempo de otras tantas celdas, donde gran número de solitarios se retiraron para ejercitar allí, sin testigos, los rigores de su contínua penitencia. Sostenidos por la religion entre la tierra y el firmamento sobre estas rocas escarpadas, desde ellas, segun la espresion de Mr. Chateaubriand, elevaban su vuelo al cielo, como las águilas de las montañas, y sus lágrimas fueron las que hicieron llamar *rio santo*, á la corriente de agua de que acabamos de hablar, de la que dice el P. Beson: « El rio que se llama santo tiene orígen al pié de una montaña del Líbano, donde están los tan celebrados cedros, de que he hablado en otra parte. Riega los valles, que en otro tiempo constituian la soledad de gran número de santos religiosos maronitas, cuyas grutas bañaban, por lo que ha quedado con el dictado de Santo. Despues de haber recorrido ya por colinas, ya por llanuras una estension de quince leguas, desemboca en Trípoli. » La vista de estas grutas y de este rio en tan espantoso desierto, inspira compuncion, amor á la penitencia y compasion, al propio tiempo, de aquellas almas sensuales y mundanas, que prefieren algunos dias de alegría y vano placer de la tierra á la sólida felicidad, disfrute de toda una eternidad.

(1) Esta santa, segun los martirológios, floreció en Bithinia, en el siglo VIII, y murió á mediados del siglo. Las reliquias fueron trasladadas, de Constantinopla, á Venecia, el 1230, y en ella, se veneran en una iglesia de su nombre. De ella se hace mencion en el martirológio romano, el 18 de junio, y la fiesta de la traslacion de sus reliquias, se celebra tambien en Venecia, el 17 de julio. Véanse los PP. Bolandistas en este dia. (N. del Trad.)

El catolicismo de los maronitas no pudo quedar dudoso despues del paso que dió el obispo Elías, quien abjuró en Roma, por boca de Isaac, los errores de Eutiques. Pero si bien la fé de este pueblo era pura y sincera, lo raro de sus comunicaciones con el centro de la unidad, y la frecuencia de las mismas con las naciones inmediatas, inficionadas de la heregía, perpetuaron en su seno muchos abusos, que fué llamado á combatir el hermano Griffon, de la órden de S. Francisco.

Este religioso, natural de Bélgica, á los veinte y dos años, tomó el bonete de doctor en Paris, donde enseñó públicamente la teología, durante siete años. Habiendo hecho una peregrinacion á Roma y Asia, le llamó la atencion la regularidad de los Observantes y dejó á los conventuales, para abrazar la estrecha observancia. Su designio era el vivir desconocido, y lo fué en efecto durante algun tiempo. Pero como en una ocasion concurriese en la ciudad de Mantua á un ejercicio público, y notase que la verdad no estaba defendida como debiera, sin poderse contener, tomó la palabra para sostenerla, y lo hizo con tanto brillo y erudicion, que á todos dejó pasmados, y esto le precisó á variar de residencia, para evadirse de las muestras de la estimacion pública que ya por do quiera le rodeaba. Poco despues creyó conseguir su objeto haciendo el viage á Tierra santa. Escitaron allí su compasion los errores en que vió á los orientales tan miserablemente sumergidos, y ya no pensó mas que en ilustrar é instruir á esos pueblos, estraviados á causa de su ignorancia. Siete años empleó el celoso misionero en familiarizarse con las lenguas griega, caldea y árabe, que era preciso comprender bien para hacerse entender de ellos. Cuando ya Griffon creyó poseer, cual deseaba, estos medios indispensables de comunicacion con las inteligencias á quienes queria esclarecer, comenzó á catequizar, ya en secreto, ya en público, en Jerusalen, donde hizo algunas conquistas espiri-

tuales. Estos primeros ensayos inflamaron su ardor, y el 1450, se trasladó entre los maronitas del monte Líbano, acompañado del franciscano, Francisco de Barcelona, para quien, por su larga permanencia en Oriente, los idiomas de Levante eran muy familiares. Los abusos introducidos en el uso de los sacramentos y en las ceremonias de la iglesia, fijaron desde luego la atencion de ambos religiosos. Sus doctrinas y predicaciones tuvieron los resultados que debian esperarse de la rectitud de sus intenciones y de la generosidad de su abnegacion; y así corrigieron muchos errores; reformaron los rituales, hicieron reparar las iglesias; en fin, dieron una faz nueva á esta cristiandad. Pero esta reforma no se hizo sin obstáculos. Sea que ella contrariase los sentimientos, ó lo que es mas probable, disminuyese los intereses del patriarca de los maronitas, lo cierto es, que este se opuso al principio con vigor, y no cedió sino á la evidencia de un milagro. Predicando el P. Griffon, el dia de la Asuncion, delante de este patriarca, obtuvo de Dios la gracia de que confirmase su doctrina de una manera patente, haciendo cambiar de direccion á la luz del sol, en términos, que los rayos que penetraban por la ventana abierta por el occidente, entraron de repente del lado opuesto, al oriente. (Pl. XXXIX, n.º 2.) Tan señalado prodigio, verificado ante una inmensa concurrencia, conmovió de tal manera el espíritu de los maronitas, que desde entonces creyeron con una entera sumision cuanto los religiosos les enseñaban, y consagraron además el recuerdo de tan portentoso suceso con una fiesta anual. Veinte y cinco años permaneció el hermano Griffon entre los maronitas, para instruirles y ponerles en completa armonía con los latinos. En seguida, se fué á Roma, á fin de consolidar esta reunion, y llevó á Paulo II, en 1469, cartas del patriarca Pedro, al que el papa contestó con una esposicion de la doctrina católica sobre la unidad de la naturaleza divina en la trinidad de las personas, y sobre la unidad de persona en las dos naturalezas de Cristo Salvador, y sobre las operaciones humanas y divinas del Redentor, operaciones distintas y que no se contrarian jamás. Es de notar, que Paulo II, en su respuesta, habla de Griffon como de un simple religioso; lo que contradice la opinion de los analistas, segun los cuales, este misionero, desde el pontificado de Calixto III, ya habia sido instituido obispo y patriarca de los maronitas. Sin duda estos autores probablemente escribieron el nombre de Calixto III, en lugar del de Sixto IV, sucesor de Paulo II, puesto que no se puede referir sino al pontificado de Sixto lo que ellos dicen de la elevacion de Griffon á la dignidad de la Sede patriarcal. Los mismos escritores añaden, que el misionero, en lo último de su permanencia en el monte Líbano, admitió al órden seráfico á dos jóvenes maronitas, que envió á Europa á estudiar, y que llegaron á ser tan escelentes sujetos, que merecieron en adelante ser promovidos al episcopado. Despues de haberse consagrado Griffon por espacio de tantos años á la salvacion de este buen pueblo, pensó en recoger otra mies nueva en la Persia. Se embarcó en efecto; pero una maligna dolencia que le sobrevino en la travesía le obligó á arribar á la isla de Chipre, donde murió en 1475, en el convento de franciscanos de Famagosta. Este ilustre misionero, además de un itinerario á la Tierra santa, dejó compuestas muchas obras para instruccion de los maronitas, que él mismo tradujo en siriaco.

Despues de la muerte de Griffon, Fr. Francisco de Barcelona, compañero de sus trabajos y fatigas, marchó á Italia, y dió parte á Sixto IV del satisfactorio estado de la cristiandad del Líbano. El papa se determinó á mandar allí á otro religioso de la misma órden, para perpetuar el bien que allí habia hecho Griffon, y eligió para este cargo al hermano Luis de Ripa, que partió para el Líbano con varios regalos que consistian: en una cruz de plata, una mitra bordada, un báculo, varios ornamentos de tisú de seda y libros en lengua caldaica. Pero este religioso cayó malo en Venecia, y el papa no queriendo retardar la le-

gacion, encargó, el 5 de octubre de 1475, al vicario general de la Observancia que le sustituyese con otro franciscano, y aquel designó á Alejandro Ariosto, de Bolonia, quien desde Jerusalen ya escribió cartas que la historia ha conservado. El pontífice, además, para proveer de una manera mas permanente á las necesidades espirituales de los maronitas, dió poder en 1476 á Pedro de Nápoles, vicario general de la Observancia para que escogiese un nuncio comisario apostólico, revocable á su voluntad, para gobernar este pueblo y mantenerle en la pureza de la fé, para lo cual le conferiria el papa desde luego todas las facultades mas ámplias para absolver y dispensar, sin necesidad de recurso á la Santa Sede.

Los errores mezclados en el cristianismo de los maronitas, si bien al parecer no eran de la mayor gravedad, no dejaban de ser sensibles, y mas, cuando á ellos se agregaban las groseras supersticiones de los drusos, nacion que habita una parte del monte Líbano, en las montañas que están por encima de Sidon y de Balbeck, y el pais de Gebail (ó Gabala), y de Trípoli (1). Los drusos se estienden hasta el Egipto, de donde tuvo orígen su doctrina, pues ellos reconocen como una divinidad á Hakem-Biamr-Allah, sexto califa de la dinastía de los fatimitas, y el tercero de los príncipes de esta casa que reinaron sobre las orillas del Nilo (2).

Este Hakem, á quien debemos dar á conocer, fué proclamado califa, el año 996, es decir, el 386 de la hégira, y dió á conocer desde luego su celo por el islamismo, persiguiendo á los cristianos, el 393. Dos años despues, dice Silvestre de Sacy, á instigacion suya, se proclamó una ordenanza que obligaba á los judíos y á los cristianos el que llevasen precisamente sobre su trage una señal distintiva de su religion, que debia ser de color negro, porque este color era el de los califas abasides. Por otra ley, se amenazaba con penas á los traficantes de esclavos que vendiesen á los judíos esclavos de cualquier sexo. El mismo Hakem, en 398, añadió nuevas vejaciones á las muchas que ya habia causado á los cristianos; se apoderó de los bienes de las iglesias, y los aplicó al fisco; hizo quemar un gran número de cruces á la puerta de la mezquita de Misr, y mandó órdenes á las provincias, para que en ellas se ejecutase lo propio; hizo construir sobre el techo de las iglesias cristianas, pequeñas mezquitas ú oratorios, donde se hacia el *idhan*, es decir, la proclamacion acostumbrada, para anunciar las horas de la oracion á los musulmanes. En 399, destruyó muchas iglesias que estaban en el camino de Maki, é hizo lo propio con otra situada en el Cairo, en el cuartel de los griegos, saqueando antes cuanto contenia. En el año 400, dió el citado Hakem órden de destruir el templo de la Resurreccion en Jerusalen. Quiso que en todas las provincias de su imperio se demoliesen las iglesias, y que fuesen transportados á su palacio, cuantos vasos de oro y plata aquellas poseian. Dió igualmente órden, para que por todas partes se persiguiese á los obispos, y para que nadie pudiese comprar ni vender cosa alguna á los cristianos. A causa de esto, sobre todo, un gran número de estos abjuraron su religion, y

(1) Algunos escritores, han confundido, bajo la denominacion general de drusos, las tres principales naciones de que está poblado el Libano; pero se equivocan, pues se diferencian en religion y orígen, sin tener mas de comun entre sí, que la antipatia contra los turcos, y la sumision á un mismo gefe, que lo es el principe de la montaña, y son conocidos por los motuales; los maronitas, y los drusos, propiamente dichos. Los maronitas cristianos que siguen el rito Sirio, viven dispersos por los valles del centro del Libano, y en los puntos elevados de la mas alta de sus montañas, estendiéndose tambien á los alrededores, en las diócesis de Giblet, Botron y Trípoli, y formando una poblacion de cerca de doscientas mil almas. (N. del Trad.)

(2) Sobre el orígen verdadero de los drusos, se ha hablado mucho, y con variedad. Mr. Henrion confunde aquí á los drusos propiamente dichos, con los que habitando en el mismo Libano se llaman allí motuales, que ocupan la parte inferior de la montaña hasta Balbeck, y son mahometanos de la secta de Alí, primo hermano y yerno del profeta. Alí, debia suceder á su suegro en calidad de califa, y no habiendo podido conseguir la eleccion, se retiró á la Arabia, donde modificó la doctrina de Mahoma, y se hizo con gran número de partidarios, y desde el 656 de Jesucristo, se vió á la cabeza de una poderosa secta opuesta á la de Omar. Las tribus de motualis, establecidas en el Libano, mezclados con los drusos, siguen casi en todo los usos civiles y religiosos de los persas, de quienes descienden. En cuanto á los drusos, propiamente dichos, es su orígen mucho mas incierto. (N. del Trad.)

la mayor parte se quitaron los señales esteriores que les distinguian de los musulmanes, para evitar la vejacion. Hakem prohibió además á los cristianos, el celebrar la ceremonia que se hacia el dia de la epifania en Misr, á las orillas del Nilo; vedó igualmente, el que se celebrase la solemnidad del *Hosanna*, es decir, la del domingo de Ramos, y la fiesta de la cruz. La persecucion llegó á ser todavía mas violenta y general en 403. Se previno á los cristianos, que no usasen trages ni turbantes de color negro, y en su lugar, les mandó que llevasen pendientes del cuello cruces largas de un codo, y de peso de cinco libras, y eso, ostensiblemente, para que todos pudieran verlo; les fué prohibido servirse de caballos para montar, y únicamente de mulos ó asnos con sillas de madera, arreos negros, y estribos de palo de sicomoro sin ningun ornato; les fué vedado tener musulman alguno á su servicio y comprar esclavos de cualquier sexo; se previno á los alquiladores de monturas, que eran mahometanos, que no las alquilasen á ningun judio ni cristiano, y á los marineros ó patrones de mar, que no los recibiesen en sus barcos. Los judíos se vieron obligados á llevar colgadas al cuello y sobre el esterior de su trage bolas de madera, de cinco libras de peso, y tanto á unos como á otros se les impidió ponerse anillos en la mano derecha; todas estas ordenanzas fueron proclamadas á son de campana en Misr y en el Cairo, y por medio de espías, se cuidó de averiguar si judíos y cristianos se conformaban á ellas exactamente, lo que fué causa de que un gran número de una y otra religion abrazasen, aunque en la apariencia, el islamismo. La destruccion de las iglesias tuvo lugar especialmente en el 403, y mas de treinta mil templos y capillas, fueron robados y derruidos hasta fines del 405 en todo el Egipto y la Siria, corriendo la misma suerte las sinagogas de los judíos. En el 404, á las antiguas obligaciones con que ya estaban sobrecargados los judíos y cristianos, añadió Haken, á los primeros, á llevar colgadas del cuello campanillas cuando entrasen en los baños, y que los cristianos, en igual caso, conservasen sus cruces para ser siempre distinguidos de los musulmanes, aun estando desnudos, y hasta señaló á estos, baños particulares para que no se mezclasen con los de los mahometanos, fijando á las puertas de aquellos sitios públicos una bola, ó una cruz, segun para quienes estaban destinados, la cruz en los de los cristianos, la bola en los de los judíos. Durante este mismo año, permitió, tanto á los judíos como á los cristianos que no quisiesen, ni renunciar su religion, para abrazar el islamismo, ni sujetarse á las leyes prescritas para ellos, el que abandonasen el pais sujeto á su dominacion, y se retirasen con cuanto les pertenecia al país de los griegos, á la Nubia, ó la Abisinia, libertad de que hasta entonces no gozaron. Un gran número tomó este último partido y se espatrió del territorio musulman. No cesó el califa de declararse acérrimo protector del islamismo contra los judíos y cristianos, sino hasta el dia, en que por una de las mas impías estravagancias, manifestó claramente sus pretensiones á la divinidad.

Hamza, de orígen persa, fué el que se encargó, á fines del 405, de hacer reconocer la divinidad de Haken. En un principio, enseñó secretamente esta doctrina y tuvo prosélitos. Darazi, persa tambien, ó mas bien turco, y *Dai*, (misionero) de la secta de los Batenis, que creian en la metemsícosis, se hizo discípulo de Hamza, y tomó sobre sí la iniciativa de una manifestacion pública. Desde el año 407, declaró terminantemente, que Haken era el Dios creador del universo, y compuso un libro en el que decia, que el alma de Adan habia pasado á Alí, y que la de Alí habia pasado despues á los ascendientes de Hakem, deteniéndose al fin en este príncipe. Cuando Darozi, elevado ya por el califa á una dignidad eminente, leyó por primera vez este libro en la mezquita del Cairo, el pueblo escandalizado estuvo en poco en no matarle; pero huyó de su persecucion, y Hakem, que no se atrevió á protegerle abiertamente, le suministró se-

cretamente medios para que se retirase á Siria y estendiese su doctrina por las montañas, donde seria mas fácil introducirla entre el pueblo grosero y mas dispuesto á novedades, que en ellas habitaba. Llegado á Siria, Darazi se fué al valle de Teim-Allah, al poniente de Damasco, y no lejos de esa ciudad. Allí leyó su libro á los habitantes de aquella comarca y les invitó á reconocer á Haken por Dios; les distribuyó dinero y otros regalos; les insinuó el dogma de la metemsícosis; les permitió el uso del vino y de la fornicacion, y puso á su disposicion, como de su legítimo dominio, la hacienda y vidas de cuantos rehusasen abrazar su creencia. De esta manera se condujo el discípulo, de quien dijo su maestro Hamza, que habia salido de debajo de la túnica del iman, es decir, que habia violado el secreto que aquel le habia impuesto para arrogarse de la superioridad. Hamza, verdadero autor del sistema religioso de los drusos, declara que Haken manifestó su divinidad en 408, y que él y sus ministros se conformaron con la voluntad del califa y le proclamaron como tal Dios en esta época.

Haken fué asesinado en secreto por los emisarios de su hermana, que creia su honor y vida en peligro, mientras existiese aquel, y como la muerte fué de esta manera, en aquellos primeros tiempos no hubo sino conjeturas sobre el modo y forma en que el pretendido Dios acabó sus dias. Sin esta incertidumbre, Hamza no hubiera podido esperar éxito alguno, del escrito que nuevamente compuso para sostener la confianza de sus sectarios, y en el que les anunciaba, que Haken no habia desaparecido de la tierra, sino á causa de sus pecados, prohibiéndoles ejecutar ni dar el menor paso para seguir sus huellas y descubrir el lugar de su paradero. «Este príncipe, dice Severo de Oschemunein, citado por Silvestre de Sacy, tenia el aspecto mas terrible que un leon; sus ojos eran grandes y feroces, no pudiendo nadie sostener su mirada; su voz era fuerte y aterradora; y á su carácter inconstante, se unian la impiedad, y crueldad, agregadas á la supersticion. Se asegura, que en el curso de su funesto reinado, diez y ocho mil personas fueron víctimas de su ferocidad.» Tal es el Dios que los drusos adoran desde hace mas de ochocientos años.

Al proponer Hamza á la adoracion de los hombres á Haken, no se olvidó de sí mismo, pues él se constituyó como ministro del dios á quien servia y el órgano inmediato de su voluntad soberana para distribuir gracias y ejecutar sus venganzas, y así dijo de su persona: «Yo soy el señor del dia de la resurreccion, y por mi únicamente se han dado los beneficios que se suceden en su intervalo; soy el que abriga las leyes anteriores; el que estermina los discípulos del politeismo y de la mentira; que destruye los dos *Kibla*; que aniquila las dos leyes; que deja abolidas las dos profesiones de fé (es decir el *teuril* ó mahometismo literal fundado por Mahoma, y el *Tawil*, ó mahometismo alegórico, creado por Ali y los imanes de su raza); yo soy, el Mesías de las naciones; de mi fluyen las gracias, y por mi mano caerá la venganza sobre los politeistas... Soy el que comunica la doctrina á los ministros, y que destruye los discípulos del politeismo y de la irreligion. Yo soy el que desenvainó la espada de la religion unitaria, y quien esterminó á todo rebelde fiero é insolente. Soy el gefe del siglo, el poseedor de la demonstracion y el que guia á los hombres á la obediencia del Dios misericordioso.»

Para concluir, Hamza no construyó el edificio de su monstruoso sistema sino sobre ideas y alegorías, las que estaban muy en uso hacia ya mucho tiempo entre los musulmanes, sobre todo, entre los especiales y mas fervientes sectarios de Ali. «No hay términos hábiles, prosigue Silvestre de Sacy, para creer que Hamza hubiese podido, con buen éxito, establecer una creencia tan insensata, á no haber encontrado los espíritus preparados de antemano para adoptar sus dogmas. Pero tal era, en aquella época, la corrupcion y el fanatismo político de los partidarios de

Ali, y tal la mezcla de la abstracta filosofía de los griegos que se habia introducido en la primitiva sencillez de la doctrina del islamismo, que Hamza no tuvo que dar mas que un paso, para reunir alrededor de su infame divinidad á una turba estúpida, y completamente ignorante, dispuesta siempre á ser el juguete de cualquiera que quisiese tomarse el trabajo de seducirla. »

El ilustre orientalista que nos sirve de guia reasume así el sistema religioso de los drusos: « Reconocer á un solo Dios, sin tratar de penetrar la naturaleza de su ser y de sus atributos; confesar, que ese ser no está bajo el dominio de los sentidos, ni puede ser definido con palabras; creer que la divinidad se ha mostrado á los hombres en diferentes épocas, bajo la forma humana, sin participar por eso de ninguna de las debilidades é imperfecciones de la especie humana, y que se dió á conocer en fin, al principio del v siglo de la hégira, bajo la figura de Haken-Biarm-Allalh; que esta fué y será la última de sus manifestaciones, despues de la cual, ya no hay que esperar ninguna; que Haken desapareció del mundo en el año 411 de la hégira, para probar la fé de sus servidores, dar lugar á la apostasía de los hipócritas y de los que no habian abrazado la verdadera religion, sino por el interés de las recompensas mundanas y pasageras; que en su dia, se aparecerá lleno de gloria y magestad para triunfar de todos sus enemigos, estender su imperio sobre toda la tierra, y hacer felices para siempre á sus fieles adoradores; creer que la *Inteligencia universal* es la primera de las criaturas de Dios, y la única produccion inmediata de su omnipotencia; que esta se ha mostrado en la tierra en la época de cada una de las manifestaciones de la divinidad, y que apareció en fin en el tiempo de Haken bajo la figura de Hamza, hijo de Ahmed; que por su ministerio fueron producidas todas las demás criaturas; que Hamza, él solo, es el que posee el conocimiento de todas las verdades, el primer ministro de la religion verdadera, y el que, mediata ó inmediatamente, comunica á los demás ministros y á los simples fieles, aunque en proporciones diferentes, los conocimientos y gracias que directamente recibe de la divinidad, de la que es el único y esclusivo órgano; que él solo tiene inmediato acceso cerca de Dios, y sirve de mediador á los demás adoradores del Ser supremo; reconocer que Hamza es aquel á quien Haken cedió su espada para hacer triunfar su religion, vencer á todos sus rivales, y distribuir las penas y recompensas, segun los méritos de cada uno; conocer á los demás ministros de la religion, y tributarles la obediencia y sumision que á cada uno es debida; confesar que todas las almas han sido creadas por la inteligencia universal; que el número de hombres es siempre el mismo, y que las almas pasan sucesivamente á diferentes cuerpos, y que ellas se elevan, por su adhesion á la verdad, á un grado superior de escelencia, ó se envilecen, prescindiendo de la meditacion de los dogmas de la religion; practicar los siete mandamientos que la religion de Hamza impone á sus sectarios, y que principalmente exigen de ellos la veracidad en las palabras, la caridad para con sus hermanos, y la sumision y resignacion mas completa á la voluntad de Dios; confesar que todas las religiones precedentes no fueron sino figuras mas ó menos perfectas de la verdadera religion; que todos sus preceptos ceremoniales no fueron mas que alegorías y que la manifestacion de la verdadera religion lleva consigo la abrogacion de todas las demás creencias: tal es en compendio el sistema de la religion que enseñan los libros de los drusos, cuyo fundador fué Hamza, y á cuyos sectarios se les llama *unitarios*. »

Hamza y los demás escritores drusos estaban interesados en combatir las opiniones musulmanas, ya fuesen las de los *sunnis*, ó apegados á la letra del Alcoran, ya la de los *Ismaelis*, partidarios del sistema alegórico, rodeados como estaban de mahometanos de estas dos sectas, á quienes causaba horror su

doctrina, y pusieron su empeño en probar, que aquellas dos religiones no eran sino símbolos y figuras de la religion unitaria y que la manifestacion de la realidad, daba por inútiles y nulos esos emblemas. Pero de los cristianos y los judíos, cuya existencia era precaria bajo el jugo musulman, y su número además poco considerable, respecto al de los mahometanos, los unitarios nada tenian que temer y así se encuentran en los escritos de Hamza algunas raminicencias de ambas religiones. Beha-Eddin es el que mas veces entra en polémica con los cristianos. Este misionero del error, contrariado en Siria por los musulmanes del pais, á quienes tambien se unieron los cristianos para oponerse cada uno por su parte, á los progresos de la nueva secta, pretende probar á estos últimos, que habian alterado la verdadera doctrina del Mesías, y falsificado el evangelio, que segun él, contenia los mas claros y precisos anuncios de la doctrina unitaria; para eso, altera casi todos los testos que cita, para plegarlos á la interpretacion que quiere atribuirles. Nada se opone á creer que los drusos acogieron en sus montañas á los restos del ejército de los cruzados, y así puede esplicarse mejor, en esta hipótesis, el porque, á las ceremonias mahometanas, que por tradicion aquellos conservan, se hayan despues agregado máximas y prácticas sacadas del cristianismo, resultando de todo una amalgama monstruosa (1).

Las *Cartas edificantes* dicen de estos pueblos: «Nosotros sabemos, que hay dos clases de drusos, los unos llamados en árabe *Ukhal*, es decir, los *espirituales*, y otros nombrados *Djinkhal*, ó séanse los *ignorantes*. Los espirituales se distinguen de los otros por su trage, que es siempre de color oscuro. Además estos no llevan consigo puñal, ni otras armas en la cintura, y pretenden distinguirse de los otros por su conducta mas arreglada. Rara vez se presentan en público, y retirados en sus grutas, demuestran querer alejarse de los placeres del mundo. Tienen horror á todo lo que sea de pertenencia agena, hasta el punto de rehusar cualesquier don que se les hace, por temor de aceptar cosa que no sea legítimamente adquirida. Mejor reciben cualquier dádiva de un campesino, que de un rico ciudadano, persuadidos de que aquel nada les dará que no sea ganado con el sudor de su frente. Estos *espirituales*, por otra parte, se conforman con el Alcoran, sometiéndose á la circuncision, al ayuno del ramadan, á la abstinencia del puerco, y á otras supersticiones musulmanas. En cuanto á los drusos de la otra clase, ó *ignorantes*, jamás se encuentran en las asambleas de los espirituales, é ignoran el secreto de sus misterios. Puede asegurarse que casi viven sin religion, y por consecuencia, en un libertinage que creen serles permitido, y juzgan llenados todos sus deberes, recitando algunas preces en honor de su legislador Haken, siendo la mas comun, en términos árabes: *Ma fi-Jlah illa hue*; es decir: No hay mas Dios que él. Esta oracion es su profesion de fé. La repiten muchas veces, y sobre todo, cuando dan culto á su estátua, lo que únicamente se vé en dos poblaciones, que son las esclusivas que tienen el honor de poseer el simulacro de su gran legislador. Esta imágen, segun su ley, debe ser de oro ó de plata, y la guardan en una caja de madera, sacándola solo en las grandes ceremonias. Hablando al ídolo creen hablar al Dios mismo; tan grande es su veneracion hácia él. Las dos ciudades en que únicamente se conserva esta estátua, son Bagelin y Fredis, situadas en las montañas. Los gefes de los drusos tienen allí su residencia.»

Mr. Leroy, Lazarista, nos pinta un cuadro aun mas sombrio de las creencias y culto de los drusos: «Su religion es tan infame, dice,

(1) Estos cristianos de que aquí se habla, y los que dan fundamento á una nueva opinion sobre el origen de los drusos, dicen, que se refugiaron á esas montañas bajo el mando del conde de Dreux, y de aquí les vino el nombre de drusos. Añaden las crónicas, que despues de haberse fortificado en el centro de estos desiertos, casaron con las hijas de los habitantes de los lugares vecinos, y que no teniendo ningun sacerdote, fueron insensiblemente olvidando la doctrina católica, acabando por dejar de ser cristianos, sin que por esto se hicieran musulmanes. (N. del Trad.)

que no se atreven á declararla, haciendo de ella un secreto impenetrable. Tienen su palabra de órden ó consigna como los francmasones, y el que la revelase, lo pagaria con la muerte. Sin embargo, hoy dia se sabe que ellos adoran el becerro.» Silvestre de Sacy, habla tambien del culto tributado á Haken bajo la figura de un becerro, y añade que el sábio Adler ha publicado uno de estos monumentos de su supersticion, copiado del museo del cardenal Borgia. Sin embargo, el célebre orientalista cree, que este culto, lejos de estar prescrito, ni aun autorizado por la doctrina primitiva de los drusos, y prescripciones de Hamza, es por el contrario una innovacion introducida en la religion unitaria por el gefe de una secta herética. Antes de Silvestre de Sacy, Ventura habia dicho, hablando de las reuniones de los drusos: «No podemos formar sino ideas vagas de lo que pasa en estas misteriosas asambleas de los adeptos; todo lo que se ha podido descubrir, es que ellos presentan en ellas un becerro de oro; que leen ciertos libros sagrados y que dan una interpretacion cabalística á cuanto en ellos se trasmite por la tradicion. Creo que el becerro, lejos de ser objeto especial de su culto, como se piensa comunmente, no se espone á la vista de los adeptos, sino como emblema de otras religiones dominantes, que han sido destruidas por su legislador, y fundo mi opinion, en sus mismos libros sagrados, que sin cesar reclaman contra la idolatría, y que comparan al judaismo, al cristianismo y al mahometismo con un becerro, y aun con el búfalo.»

La proximidad de los drusos y de los maronitas, justifica los detalles poco mas ó menos como los acabamos de espresar. Los misioneros, que evangelizan en el Líbano, no pueden predicar la verdad católica á estos, sin aprovechar cuantas ocasiones se les presenten de hacerla brillar á los ojos de sus vecinos, condenados por la mas absurda de las idolatrias, á la oscuridad mas lamentable, y con solo demostrar el abismo de la barbárie é ignorancia en que habian caido los drusos, hemos hecho entrever lo inmenso del servicio que han prestado la causa de la humanidad los apóstoles que se han dedicado á convertirles.

Al hablar de las misiones de la Siria, el P. Besson, dice: «Ellas son santas porque han sido consagradas por la mision de Jesucristo, que las ha cultivado. Pueden llamarse tambien divinas, porque sus misioneros tienen el honor de seguir los pasos del Salvador, concluyendo con el ausilio de sus ejemplos y de su gracia, lo que él dejó comenzado. La accion les es absolutamente necesaria para la conversion de los pueblos; los sufrimientos para su propia perfeccion, y la meditacion de los misterios de nuestra salvacion, para mantenerse unidos con la causa principal, que les anima á trabajar y á sostener su valor para las acciones heróicas y un padecer insoportable. Los sufrimientos con especialidad, son el patrimonio, ahora mas que antes, de los PP. de Tierra santa, porque los musulmanes y aun los cristianos de Palestina, habituados á la antigua manera de vivir de los conventuales y acomodándose poco á la estrechez y austeridad de los franciscanos Observantes que les han sucedido, les han prodigado injurias y causado no pocas estorsiones. La sábia conducta del hermano Francisco de Plasencia, guardian de Monte-Sion, puso algun coto á estos desórdenes. Habiendo sido desterrados á Jerusalen, por órden del sultan de Egipto, los dos almirantes Khathibey, y Isbel y viéndose estos, á causa de su desgracia, desamparados aun de sus propios amigos, Fr. Francisco les trató con una caridad enteramente cristiana, y les suministró generosamente cuanto pudieron necesitar. Dios permitió que los misioneros recogiesen el fruto de su humanidad. El sultan reconoció despues la inocencia de los desterrados y les colmó de honores, y habiendo llegado á morir este príncipe, Khathibey le sucedió en el trono. Al saber esta novedad, el guardian de Monte-Sion mandó dos religiosos para felicitarle por su advenimiento. Reconocido el nuevo sultan de Egipto del buen trato

y correspondencia que habia merecido de su superior, les recibió con estremada benevolencia, y constituyó á Isbel, su antiguo compañero de desgracia, protector especial de todos los franciscanos existentes en sus Estados. Este cumplió tan bien su cometido, que no toleró el menor insulto hecho á los hijos de S. Francisco. Habiendo el gobernador de Jerusalen puesto en prision al P. Jacobo de Magnavaca, guardian á la sazon de Monte-Sion, y exigídole cien escudos de oro, el sultan cuando lo supo, encarceló al gobernador en la misma prision de donde fué sacado el religioso; le mandó apalear, y le privó de su cargo. El gobernador del Cairo, por su parte, tampoco permitió que se cometiese injusticia alguna con los franciscanos. Por último, Juan Thomarelli, nombrado guardian de Monte-Sion, aprovechó la buena voluntad del sultan y logró permiso para reparar la iglesia de Belen y del Santo Sepulcro. Como Juan de Navarra, senescal de Jerusalen y conde Palatino, no pudiese por sí solo subvenir á todos los gastos de reparacion de los santos Lugares, se solicitó de todos los príncipes cristianos un socorro para ello, y Sixto V les exhortó por su parte en el año 1476.

Al año siguiente, un celo indiscreto del guardian de Monte-Sion, Alejandro de la Paille, le inclinó á comprar, sin permiso de sus superiores, dos casas de labor en Chipre, para el sostenimiento de los santos Lugares. Apenas supo este hecho Fr. Pedro de Nápoles, vicario general de la Observancia, que le reprendió severamente por el escándalo que acababa de dar, queriendo hacerse propietario, cuando debia estar seguro que Jesucristo, que murió pobre, nunca dejaria de proveer, como lo habia hecho hasta entonces, á las necesidades de los imitadores de su pobreza, y guardianes del Santo Sepulcro. El vicario hizo anular la venta, prohibiéndole cobrar el menor rendimiento, aunque estuviese vencido. Seis dias despues de haberle así amonestado supo el General, que el guardian de Monte-Sion, objeto de sus reconvenciones, al ir á ver al sultan de Egipto para tratar con él algunos negocios, le atacó una dolencia súbita en medio del desierto de la cual espiró, abrazado piadosamente con la cruz, el viernes santo, 20 de marzo de 1477. «Dios permitió, dice Wadingo, que el que habia querido adquirir propiedades muriese fuera de su propia casa.» Los compañeros del guardian difunto, condujeron su cuerpo á Alejandría, donde fué sepultado en la iglesia de S. Marcos. Pedro de Nápoles ordenó entonces al vicario de Jerusalen que se conformase con lo que él habia prescrito al difunto guardian cuya conducta perjudicaba lo mismo á la regla que á la prudencia, pues nunca son mas edificantes los franciscanos, sino cuando guardan estrechamente y en todo su rigor la pobreza; y además, si supiesen los fieles que los guardianes de Tierra santa poseian rentas, su caridad se resfriaria por un lado, y por otro, los musulmanes aumentarian sus impuestos, y mal querria Dios dejar la guarda del Santo Sepulcro á los que no guardaban primeramente su voto. Tal era la razon y la conviccion profunda de los gefes de la Observancia. Las guerras, y la muerte de algunos insignes bienhechores, habian hecho, es verdad, disminuir de una manera notable las limosnas destinadas á la conservacion de los santos Lugares; Inocencio VIII, para suplir esta falta, resolvió establecer una pension sobre los mas pringües beneficios eclesiásticos de España, Francia y Borgoña; pero el vicario general de la Observancia, no pudiendo sufrir que fuese violada la regla en los mismos santuarios donde con tanta exactitud se habia conservado por espacio de dos siglos, obtuvo que el papa no remitiese á su destino los breves, que habia ya preparado con aquel objeto.

Aun reinaba Sixto IV, cuando el franciscano Marin fué enviado en calidad de nuncio de la Santa Sede al reino de Persia y á otros estados de ultramar, con los poderes mas ámplios para procurar la reunion de los hereges y cismáticos de Levante. Por su parte, Cárlos el Temerario, duque de Borgoña, encargó tambien á un religioso franciscano, una mision á

Persia, con objeto de determinar á Uzum-Casan, á que moviese guerra á los turcos, cuya diversion le apartaria del pensamiento el hacerla á los cristianos. Este religioso era Luis de Bolonia, patriarca de Antioquía, de quien Ambrosio Contarini habla en los siguientes términos en la relacion de su embajada en Persia: «El 30 de mayo de 1475, dice, me encontré cerca de Tauris, al hermano Luis, patriarca de Antioquía, acompañado de seis soldados de á caballo. Estuve presente, cuando dió parte de su comision al rey y le ofreció los regalos que el duque de Borgoña le enviaba. Al mismo tiempo tuvimos los dos audiencia de despedida, juntos con Marco, embajador del gran duque de Moscovia, y partimos todos reunidos y acompañados de los embajadores que el Persa enviaba á la república de Venecia, al borgoñon, y al moscovita. A nuestro regreso, Marco, valiéndose de una traicion, hizo arrestar al hermano Luis en Moscovia, donde se le retuvo hasta principios del año siguiente, que yo obtuve su libertad.» Esta es la postrera mencion que se encuentra de este ilustre prelado, que desempeñó tantas misiones importantes en paises los mas remotos del oriente y con tanto provecho de la religion. La Polonia contigua á la Moscovia, donde fué tan indignamente apresado, formaba entonces una provincia de observantes, cuyos religiosos recorrieron con celo la Lituania, la Samogicia, la Rusia, la Valaquia, la Escitia, y la Tartaria, logrando convertir muchos idólatras y cismáticos. Sixto IV, á fin de alentarlos mas, les confirió todos los privilegios concedidos antes á los misioneros de la Bosnia y Tierra santa.

La llegada á Jerusalen, por este tiempo, de un sobrino del rey de Abisinia, fué una gran novedad para la Tierra santa. Este peregrino dejó su patria bajo el reinado de Beda-Marian I, que ocupó el trono, desde 1468 á 1478, y el que renovó la costumbre, ya interrumpida desde el siglo x, de desterrar á los principes sus parientes á una montaña inaccesible, segun atrás dejamos dicho, y escogió esta vez para este objeto las grandes rocas del Dher. «La cumbre del Dher, dicen MM. Combes y Tamisier, se eleva, al unirse con los rios de Uaet y de Cachini, como una torre inmensa sobre los profundos valles y hondonadas que han formado sus corrientes, las que hacen de esa roca una especie de península, cuya posicion es admirable para proteger las fronteras, porque esta montaña no tiene mas que una sola senda practicable, que es imposible pasar á viva fuerza con solos los medios de defensa, conocidos en Abisinia. La cumbre está compuesta de prismas de basamento polígono encadenados unos con otros; y en los puntos en que la tierra vegetal ha desaparecido, esta disposicion natural dá al conjunto, el aspecto de un pavimento artísticamente construido. Para subir á esta roca colosal no hay mas que un tránsito difícil, y á los trescientos veinte piés de elevacion, la montaña ya es inaccesible por estar cortados sus flancos, y aun inclinados hácia dentro. Aunque sea imposible á un hombre llegar hasta la cúspide por otro paso diferente del que ya hemos hablado, las monas y micos sin embargo suben por todas partes para comerse los frutos. La planicie superior está cubierta de praderas y campos cultivados; pero la vegetacion es pobre. Hácia el centro brota un manantial de agua abundante que basta para el consumo de hombres y aniles... En ciertos puntos, las vertientes de la roca están enteramente desnudas, mientras que en otros se alzan algunos árboles, cuyas raíces, como grifos, se agarran á las hendiduras de las piedras donde hay alguna tierra para buscar su jugo.» Tal fué el sitio que se adoptó como lugar de destierro á los príncipes, en vez del antiguo de Devra-Damo. Sin embargo, la órden de relegacion no debió comprender á todos, puesto que uno de ellos pudo venir á Jerusalen. Este, desde su llegada, obtuvo del sultan de Egipto, que durante su permanencia en la ciudad santa, quedasen siempre abiertas las puertas del Santo Sepulcro para todos los cristianos. El se alojó en el convento de los franciscanos de Monte-Sion, y

asistió á todos los oficios de Semana santa y pascuas con todo recogimiento y devocion.

Avisado Sixto IV de este acontecimiento y sabedor además de que el príncipe abisinio deseaba volver á su patria acompañado de algunos franciscanos, autorizó al guardian de Jerusalen para que se cumpliesen sus deseos. Para ello se contaba con que serian bien recibidos del rey Beda-Mariam, favorable á los católicos. Bruce niega que el Negus de Abisinia se inclinase á favor de la iglesia romana; pero él se refuta á sí mismo, refiriendo este rasgo, indicio á la verdad muy marcado de una preferencia por la verdadera Iglesia. Tambien poseia el afecto de Beda-Mariam el pintor veneciano Branca-Leon, á quien Zara-Jacob, antecesor de Beda, estimó mucho por haber decorado, durante su reinado, muchos templos con retratos de diferentes santos de Abisinia. Cuando en esto se hallaba ocupado ese artista, se le ocurrió pintar al niño Jesus en brazos de la Vírgen, cogido, como se acostumbra en Europa, con el brazo izquierdo de María. Pero como en oriente, á la mano izquierda se la mira con un cierto desprecio, tanto, que en la mesa jamás se sirven sino con la derecha, los monjes abisinios, en su ignorancia, se incomodaron mucho con el pintor, que segun ellos trataba al niño Jesus con desdén y poca decencia. Pero enamorado el Negus de la belleza del cuadro, y superior á tan groseras preocupaciones, detuvo la persecucion que se iba levantando contra Branca-Leon, al ver la aprobacion que la obra mereció del príncipe. El cuadro ocasion de tanta disputa, se colocó al fin en el altar de Atrusa-Mariam, iglesia que habia quedado intacta durante la invasion de los musulmanes, bajo los reinados de David III y de Claudio. Tal era Beda-Mariam, que se suponia entonces que existia, cuando el guardian de Monte-Sion nombró para ir á Abisinia á los hermanos Francisco Sagera, español, Juan de Calabria y Bautista de Imola. El primero cayó malo en el camino y volvió á Jerusalen y los otros dos, despues de un trabajoso viage de once meses llegaron á la capital de Abisinia; pero á la sazon, Beda-Mariam ya habia muerto y su hijo Iscander, que reinó desde el 478 al 495, mal-dispuesto en favor de los latinos recibió á los franciscanos friamente

Antes de morir Beda-Mariam, habia enviado dos embajadores á Sixto IV. Estos llegaron en el intervalo del viage de los otros á Jerusalen, donde uno de ellos apostató, abrazando el islamismo. Tomóse entonces el partido de que acompañase al otro Fr. Griffon, eslavo, quien pereció en el camino, víctima sin duda de la perfidia del embajador abisinio ó de algun otro crímen. Su cuerpo, arrojado en medio de una espesa maleza, respetado de la corrupcion y de las aves de rapiña, fué hallado, como dice Wadingo, por medio de una luz celeste que se apareció en el sitio donde se encontraba.

Los hermanos Juan de Calabria y Bautista de Imola, permanecieron tres años en Abisinia, sin recojer gran fruto. Sixto IV que tenia esta mision en su corazon, destinó á otros varios Observantes para que hiciesen aquel viage, el cual no pudo por entonces realizarse por mala inteligencia del general Pedro de Nápoles, que estaba ignorante de lo que el papa habia dispuesto, pero comprendiendo éste, lo mismo que el pontífice, la necesidad que habia de enviar ausiliares á los franciscanos que se encontraban en Abisinia, los mismos que habian designado el papa recibieron esta direccion, dándoles por superior al P. Antonio de Monza, docto religioso y elocuente predicador.

La Abisinia, situada en la costa occidental del Africa habia recibido ya las luces del cristianismo desde muchos siglos atrás. Ahora veremos como la divina antorcha de la fé iluminó á la costa occidental de este vasto continente (1).

(1) Sobre la introduccion del cristianismo en Abisínia por los PP. dominicos en el siglo XIII y XIV, número de monasterios que allí se fundaron, santos y mártires que de ella salieron véase la Historia de los reinos de Etiopia escrita por el Presentado Fr. Luis de Urreto impreso en Valencia por Mey el 1610, libro que se ha hecho ya muy raro y que trae noticias curiosísimas,

CAPÍTULO XXVI.

Viages de los portugueses á la costa occidental del Africa, hasta el Cabo de Buena Esperanza. — Sus primeras relaciones con la Abisinia.

Hemos dejado revindicado para la Francia el honor de haber llevado, la primera, la luz de la fé á la Senegambia, á la Guinea y á las islas Canarias. El reino de Portugal, á su vez puede gloriarse igualmente de las luces que procuró á las vastas regiones del Africa, del Asia y de la América, envueltas en las tinieblas del islamismo ó de la idolatría, hecho tanto mas digno de admiracion, cuanto que considerados los estrechos límites y escasos recursos de este reino, parecia que no fuese capaz de abarcar tan grandes empresas. Pero la providencia que, cuando algunos pueblos se hacen dignos del don de la fé, alterándola por la heregía, sabe transportar ese precioso tesoro á otros paises, colocó al Portugal en situacion de secundar los inescrutables caminos de su sabiduría y misericordia. En lucha abierta y contínua, así como el resto de la península ibérica, contra los moros, Portugal, no solo los arrojó de su seno y los obligó á repasar el mar, sino que reinando Juan I, les persiguió en la misma Africa, y les quitó la importante plaza de Ceuta en 1415, condenando á los musulmanes á permanecer en la defensiva. Desembarazada de este obstáculo la nacion portuguesa, una de las mas pequeñas y oscuras de la Europa produjo entonces héroes, que á fuerza de prodigios de audácia y habilidad adquirieron á su patria un vasto imperio y un eterno renombre, proporcionando al mismo tiempo á los apóstoles de la fé un camino abierto y una tierra casi sin límites para emplear en ella su celo con generoso ardor (1).

Es menester no olvidar por otra parte los medios que la providencia tenia ya preparados de antemano para la realizacion de estas espediciones de ultramar que bajo el mas elevado punto de vista habian de hacer entrar tantos millones de almas en la gran familia cristiana. La invencion de la pólvora y de las armas de fuego aseguró por de pronto á los pueblos civilizados una superioridad decisiva sobre los otros pueblos, degenerados hasta la barbárie, haciendo que las conquistas fuesen tan fáciles como los viages. La imprenta, por otro lado, reproducia las obras maestras que el tiempo y las revoluciones habian perdonado, y proporcionaban á los modernos todos los conocimientos antiguos. La geografía, mucho mas que las otras ciencias, se resentian del fuerte impulso con que la enriquecian espíritus ardientes y vigorosos, y el génio de la navegacion, mas asegurado en sus empresas, por la invencion de la brújula, pudo apoderarse de los mares, y recorrerlos á su antojo.

Enrique, hijo tercero de Juan I, acompañó á su padre al sitio y toma de Ceuta, y allí llegó á entender que los estados del norte de Africa, se enriquecian con el comercio con la Guinea, y desde entonces concibió la idea de asegurar á su patria este medio de prosperi-

que sin duda no consultó Henrion cuando al hablar de esto no cita mas que á Fontana y á Paramo. Véase la pág. 256 de este tomo. (N del T.)

(1) Muerto D. Juan I le sucedió en 1433 D. Duarte su hijo. Su jóven hermano D. Fernando acompañado del otro hermano D. Enrique emprendieron la conquista de Tánger, pero con éxito tan desgraciado que D. Fernando quedó hecho prisionero de los moros y en cambio de su persona, los musulmanes exigieron imperiosamente la plaza de Ceuta. Conducido á Fez el príncipe con algunos servidores leales, aguardaba el resultado de su rescate. La entrega de Ceuta á los moros se iba dilatando pues á ello se oponia el consejo del rey, y despues de seis años de cautiverio, minado por una cruel disentería falleció el infante en su prision el 5 de junio de 1443. Despues que supo el rey moro que habia muerto, desesperado, por haberle faltado la prenda en que confiaba poder lograr la restitucion de Ceuta, mandó desollar el cadáver, y henchido de paja que lo colgasen sobre el muro de la ciudad en la puerta de Beb-el-Cera. Allí permaneció muchos años, segun Mármol, hasta que la fuerza de los temporales lo consumió todo. Los servidores del príncipe sin embargo pudieron conservar el corazon del noble Infante, que fué religiosamente llevado á Portugal por su secretario, y depositado en el monasterio de Batalha donde descansan los restos de la Casa de Avis, en la tumba que el anciano rey D. Juan I habia mandado preparar para sus hijos. Entre los góticos adornos que se enlazan sobre el sepulcro se lee la divisa del Príncipe. « *El bien me agrada.* » De esta catástrofe sacó Calderon de la Barca argumento para una de sus mejores comedias titulada: *El Príncipe Constante.* Hemos creido oportuno adelantar estas curiosas noticias que omite Henrion como preliminar á las empresas portuguesas de Africa.

dad. Sus relaciones con los mahometanos y con los judíos, establecidos en la costa y traficantes muy antiguos en aquellos paises, le esplicaron claramente lo mismo que los viages de los antiguos, y las relaciones modernas le habian hecho conjeturar. Desde entonces ya vió muy probables los itinerarios de Hannon y de Scyllax, y no consideró como una fábula la circunnavigacion de Eudoxio de Cyzico. Animado del deseo de estender las relaciones del Portugal, pensaba además, como católico, y como gran Maestre de la Órden de Cristo, fundada para combatir á los enemigos de la ley de Jesucristo, en propagar por medio de pacíficas conquistas los límites de la cristiandad. Su natural inclinacion le habia hecho cultivar con aprovechamiento el estudio de la geografía, y las demás partes de las matemáticas. Retirado en su palacio de Sagres cerca del Cabo de S. Vicente, donde la vista del mar inflamaba de contínuo sus aspiraciones y esperanzas, fué poco á poco madurando su proyecto, y la casualidad se lo fué desarrollando (1).

Dos caballeros que estaban al servicio de este príncipe, fueron enviados á hacer descubrimientos en 1418, y la tempestad les arrojó sobre una pequeña isla que recibió de aquellos el nombre de Porto-Santo. Al año siguiente, encontraron otra, un poco al sud, la que por su estension, dulzura de su clima, y abundancia de sus producciones, es la mas considerable de la mar occidental. Un inglés, llamado Macham, ya anteriormente habia quedado allí abandonado con un compañero, y habia edificado una capilla, y despues, formándose una especie de lancha con un tronco de árbol pudo ganar embarcándose en ella, la costa de Africa (1). Como esta isla estaba casi toda cubierta de árboles, los portugueses la llamaron Madera. (Pl. XIX, n.º 2.) Para alentar mas al príncipe Enrique, el rey Eduardo su hermano le cedió durante su vida, el señorio y dominio de Porto-Santo, de Madera, y de las demás tierras que pudiera descubrir en la costa occidental del Africa, afectando en particular la jurisdiccion espiritual de la Madera á la Órden de Cristo, con consentimiento del soberano pontífice. En consecuencia de esta donacion, el infante hizo edificar por de pronto en la isla de Madera, dos iglesias, la primera, bajo la advocacion de Ntra. Sra. de la Ascension, y la otra, de Ntra. Sra. de Cagliao. La primera erigida despues en arzobispado, disfrutó por mucho tiempo de la supremacia de las Indias.

El príncipe Enrique, participaba de una preocupacion que corria por entonces, y era el temor de que si los blancos avanzaban hácia el Ecuador, se transformarian en negros; pero esta prevencion general no contuvo á los navegantes portugueses que avanzaron por la costa de África hasta el Cabo Blanco.

Con el fin de poner bajo la proteccion de la Santa Sede, una empresa que tenia por objeto la propagacion de la fé, el príncipe envió á Roma el 1430, á un caballero de la Órden de Cristo, para conferenciar con el pontífice. Admitido en pleno consistorio, á los

(1) Este Cabo Sagrado como le llamaban los antiguos, este punto estremo de nuestro mundo, tambien escogido para ir en demanda de los mundos nuevos, no era solitario ni abandonado como lo está en el dia. El gran Maestre de Cristo que lo habia elegido para su residencia avivaba aquellas desiertas playas y comunicaba una parte de su heróico afan á aquellos pobres marineros que no se ocupan en el dia mas que de sus redes, y que en aquel tiempo, sirviéndonos de la espresion de un poeta antiguo se afanaban por arrojarlas sobre el mundo. El pequeño convento solitario que allí se levantaba mostraba su humilde torre al estremo del Cabo y servia de refugio á los peregrinos que acudian á honrar al mártir cuyo nombre es venerado en aquellas playas. Dos leguas mas allá de Sagres, cuyo nombre recuerda el *Promontorium sacrum* de los antiguos, se alzaba el colegio marítimo del Infante situado á una legua al norte de aquella punta peñascosa donde termina la Europa. Ya nada de esto existe. (N. del T.)

(1) Supone la leyenda que este inglés, Machin queriendo pasar de Inglaterra á España con una mujer robada fué arrojado á esta isla por una tempestad. El puerto donde llegaron se llamó *Machics* á causa de este acontecimiento y como su amiga iba marcada, desembarcó en tierra con algunos. Al cabo de algun tiempo el buque dió otra vez á la vela; pero ella murió de pesadumbre. Machin que la idolatraba construyó encima de su sepulcro una ermita que puso bajo la invocacion de Jesus y antes de marchar grabó en una piedra su nombre y el de su compañera. Llegado á la costa de Africa Machin en la balsa, los moros consideraron este suceso como un milagro, le presentaron al rey del país y éste los envió al rey de Castilla. Tal es en pocas palabras este episodio novelesco que engalanó con su hermoso estilo Francisco Manuel en sus *Epanaphoras*. (N. del T.)

piés de Martino V, el caballero ponderó el celo de Enrique, que por espacio de veinte años, habia hecho un gasto verdaderamente real para descubrir paises inmensos, cuyos habitantes, esclavos del islamismo ó de la idolatria, gemian despues de muchos siglos, bajo el yugo tiránico del demonio. Añadió, que el principal objeto de estos viages era la gloria de Dios, y el acrecentamiento del rebaño del buen Pastor; en cuya empresa los portugueses comprometian sus bienes y aun su vida, por lo cual, reconociendo su celo por la estension de la fé, suplicó al papa que concediese en pleno dominio y soberania á la corona de Portugal, todas las tierras que se descubriesen á lo largo del África, hasta las Indias inclusive, puesto que se debian considerar, como poseedores injustos, todas las naciones infieles que en aquellas se habian establecido, y cuya eterna salvacion se procuraba; y suplicaba además al pontífice que espresamente prohibiese á todos los demás príncipes cristianos, bajo las penas canónicas mas graves, el que estorbasen á los portugueses en sus empresas, y menos que se estableciesen en los paises por ellos descubiertos, y que naturalmente eran suyos; y por último, que como aquí era cuestion del bien de las almas, pedia además al vicario de Jesucristo, que abriese los tesoros de la Iglesia en favor de aquellos, que esponiéndose á merced de un elemento traidor, se esponian á perecer en medio de las olas, lejos de su patria, y privados de todo ausilio espiritual y corporal. Martino V concibió de este discurso grandes esperanzas en lo futuro para la religion, y así espedió una bula en la misma forma y tenor que el infante deseaba. Estas donaciones y privilegios, fueron posteriormente confirmados, y aumentados por los papas Eugenio IV, Nicolás V y Sixto IV. Por esto, ya no debe admirarnos que desde entonces las espediciones de los normandos de Dieppe, que ya no podian hacerse, sino de una manera clandestina, y por decirlo así, como de contrabando, por razon del esclusivo derecho revindicado por los portugueses, hayan dejado menos recuerdos que las anteriores, de que ya hemos dado cuenta. Cuando estas espediciones comenzaron de nuevo, sus antiguos establecimientos se encontraban ocupados por sus rivales, en plena posesion entonces del provecho y honor de los descubrimientos, y así no se presentaron en la costa de África, sino haciéndose temer y con barcos de comercio armados, uniendo á las especulaciones mercantiles, los peligrosos azares de la piratería.

En 1442, por primera vez, el África presentó á la vista de los portugueses el polvo de oro. Al año siguiente, ya doblaron el Cabo Blanco. Con permiso del príncipe Enrique, á quien se pagaba la retribucion que de derecho le correspondia, se formaron compañías particulares para continuar los descubrimientos. Doblóse el Cabo Verde, y se encontró el archipiélago de los Azores, cuya latitud es casi la misma que la de Lisboa. El gran número de aves llamadas *azores*, que se encontró en estas islas, hizo que se diese ese nombre á los tres grupos de aquellas que se descubrieron, que comprenden las de Santa Maria, San Miguel y las Fornigas, al sud-este; las Tercera, Graciosa, San Jorge, Pico y Fayal, al centro; Corvo y Flores, al nord-este. Su aspecto, su forma y naturaleza del suelo, anuncian su orígen volcánico, dice el sueco Hobbe, por eso los temblores de tierra son allí muy frecuentes. Aunque por su elevacion sobre el nivel del mar pueden ser vistos desde muy lejos; sin embargo, como las nieblas las cubren y envuelven en invierno, sucede á veces que no se las divisa sino á pequeña distancia. El clima de los Azores, es mas dulce que el de los demás paises europeos situados en igual latitud, y aun mas saludable. No se conocen allí los rigores del invierno, y no yela sino en Corbo, y sobre las cumbres de las montañas mas altas de las otras islas. Las tempestades, las lluvias y las borrascas, caracterizan el invierno. Los calores del estio son templados por los vientos y las brisas del mar, y la temperatura de la primavera y del otoño, y


Marvy
Marvy

aun de una parte del verano, es deliciosa. Esta benignidad del clima, facilita en lo general el cultivo, que en algunos puntos se hace con mucho trabajo, por la calidad de la tierra y desigualdad del terreno. Encuéntranse allí nabos, patatas y algunos otros vejetales de la zona torrida. Quieren decir que no existe en esas islas ningun animal venenoso. El mar suministra mucho pescado, y las tortugas son muy comunes. Al llegar á Corvo los portugueses, vieron con asombro en esa isla una estátua ecuestre cubierta con un manto pero con la cabeza desnuda, que tenia con la mano izquierda la brida del caballo, y que señalaba al Occidente con la derecha. Por lo bajo de la roca se notaban algunas letras grabadas que no pudieron entenderse; pero se conoció claramente que el signo de la mano miraba hácia la América. Así lo refiere Valkenaer en su historia general de los viages (1).

El archipiélago de Cabo Verde, situado á ciento y veinte leguas al occidente del promontorio de este nombre, fué descubierto despues de las Azores. Este se compone de diez islas principales, que son, al norte y mediodia, San Antonio, San Vicente, (Pl. XX, n.º 1.) Santa Lucía, San Nicolás, la isla de Sal, Boa-Vista, Mayo, Santiago, San Felipe y San Juan. Son estas igualmente que las otras, de naturaleza y orígen volcánico, y San Felipe, ó la isla del Fuego, tiene un volcan en actividad. Los negros Yolofs, originarios del pais, que se estiende entre el Senegal y la Gambia, arrojados sin duda por la tempestad á estas playas, llevaron á esas islas su falsa religion; pero el cristianismo se apareció allí junto con los portugueses para destruirla.

Portugal, bajo el mismo impulso del príncipe Enrique, siguió reconociendo por medio de sus navegantes, la costa occidental del África, desde el cabo de Non, que era el término de la navegacion española, hasta Sierra Leona. El franciscano Alfonso Bolano, retirado á una ermita con cuatro compañeros celosos, se preparó allí para evangelizar los paises nuevamente descubiertos por los portugueses, y el 12 de diciembre de 1462, Pio II le dió comision expedida en Todi, para que trabajase allí en la predicacion del evangelio, concediéndole iguales poderes y privilegios que los otorgados anteriormente al vicario y religiosos de las islas Canarias.

Despues de la muerte del infante D. Enrique, acaecida en 1463, los portugueses continuaron avanzando hácia el Sud. Conociendo por esperiencia Juan II, rey de Portugal en 1481, los grandes aprovechamientos del comercio con la Guinea septentrional, que Alfonso V su padre le habia concedido para el sostenimiento de su casa, pensó en que se construyese un fuerte en esta parte de la costa, donde se hacia el comercio del oro. Diego de Azambusa se apoderó de una eminencia que dominaba las habitaciones de los negros; alzó sobre ella la bandera de Portugal, y erigió al pié de un árbol un altar donde se celebraron solemnemente los santos misterios, como en señal de tomar posesion en nombre de Jesucristo, de estas tierras súbditas del demonio. El rey negro Karamansa, al ver ese aparato, se acercó á la costa, acompañado de gran número de sus vasallos, desnudos todos hasta la cintura, y cubierto el resto con hojas de palma. Todos estaban armados, unos de escudos y javalinas, otros de aros y flechas. Muchos tenian por cascos pieles arrolladas á la cabeza, lo que hacia su aspecto mas ridículo que imponente. Los brazos y las piernas del rey estaban cubiertas de planchas de oro, llevando al cuello una cadena del mismo metal y grandes zarcillos colgando de la barba. Precedíale una turba de músicos con instrumentos de mas ruido que armonia, tales como campanillas y trompetas de cuerno. (Pl. XX, n.º 2.) Si tan estraño cortejo hizo poca impresion en los portugueses, la vista de estos la causó muy grande en los negros.

(1) Varios autores del siglo XVI han hablado de este curioso monumento; pero desgraciadamente no han hecho mas que repetir una tradicion que debemos colocar entre aquellas relaciones del Oriente, al tenor de las cuales, la isla de Salomon está poblada de estátuas simbólicas que indican con su actitud alguna region encantada. (N. del Trad.)

Diego se puso á arengar á Karamansa, diciéndole que su rey Juan II, queria recompensar con un favor señalado la proteccion que concedia á su comercio. «Este beneficio, añadió Diego, consiste en haceros conocer á un Dios Señor y Criador del cielo y de la tierra, remunerador de aquellos que creen en su nombre, y á quien sirven con fidelidad todos los potentados de la Europa, que reconocen la magestad de este Dios, y someten su cerviz al yugo de su ley. Si vos mismo quereis reconocerle y recibir el santo Bautismo, que es la profesion pública de esta ley, el rey mi señor os considerará como á su hermano y aliado, puesto que estará unido con vos con el mismo lazo de religion, participando ambos en el cielo de una felicidad que no tendrá fin. Bajo este concepto, celebrará con vos un tratado de liga ofensiva y defensiva contra nuestros enemigos comunes, y una especie de sociedad de bienes, que hará afluir en vuestros Estados, todas las comodidades y riquezas de los suyos.» Diego concluyó su arenga, diciendo, que el interés de uno y otro exigian que los portugueses tuviesen sobre la costa, un establecimiento sólido y permanente, que fuese á la vez, un abrigo protector y una factoria de comercio. Al elevar este fuerte, los portugueses aprovecharon las antiguas obras de los normandos, y entre sus materiales, al descombrarlos, hallaron una piedra en la cual estaban grabadas las dos primeras cifras del número 1300, sin que pudiesen distinguirse las otras dos. Esta circunstancia reconocida ulteriormente por los holandeses, concurre á demostrar que la Francia fué anterior al Portugal, en el descubrimiento de este pais. En el sitio en que se erigió el primer altar cristiano, Diego hizo edificar una iglesia, que lo mismo que la fortaleza, tomó el nombre y la proteccion de San Jorge.

Desde la muerte del príncipe Enrique el reconocimiento de la costa se adelantó, desde Sierra-Leona hasta el cabo de Santa Catalina. Entre el fuerte San Jorge y este cabo, está el reino de Benin (Pl. IX, n.° 1 y 2), donde los normandos no llegaron á penetrar, y del que por consecuencia aun no hemos tenido ocasion de describir su religion y supersticiones. El reinado de los fetiches se estableció en Benin, así como en Bure, en cabo Mezurado, en la costa de Oro y en Whida. Los negros reputaban aquí por Dios todo lo que veian de estraordinario. Sin embargo, creian en divinidades subalternas que servian de intermediarias entre ellos y Orifa, dios principal, á quien creian inmortal y Todopoderoso. En la persuacion de que este dios principal no tenia cuerpo, miraban como un absurdo representarle con imágenes sensibles. Daban el nombre de diablo á todo lo que era malo; pero sin tener figuras ó símbolos que lo representasen. Creian inútil el honrar á Orifa, porque era esencialmente bueno; mientras que al diablo, que era malo, y que podia hacerles daño, creian preciso apaciguarle con preces y sacrificios. Hablaban mucho de apariciones nocturnas de sus parientes y amigos difuntos para demandarles ciertas ofrendas, las cuales se daban luego que el dia clareaba, y si la fortuna del negro no le permitia hacer ese desembolso, lo pedia prestado á su vecino, antes que faltar á ese deber sagrado. Sus ofrendas mas comunes se limitaban á algunas habas cocidas y mezcladas con un poco de aceite; ofrecian alguna vez un gallo, pero si la sangre era para el fetiche, guardaban la carne para comérsela ellos. Los negros de categoría ofrecian sacrificios anuales con gran pompa, haciendo gastos considerables, matando muchos bueyes, vacas, y otros animales, y el banquete y la fiesta duraban muchos dias á los que asistian los amigos y parientes y se terminaba con mútuos regalos. Los negros de Benin, colocaban el sitio del infierno y el del paraiso en el mar. Creian que la sombra de un hombre era un ser real al que llamaban conductor, y que en su dia debia dar cuenta de la buena ó mala vida de aquel á quien no habia cesado de acompañar. Todas las casas estaban tan llenas de fetiches, que apenas habia algun espacio libre.





Estos ídolos tenian tambien en vez de templos sus chozas particulares, donde los negros iban algunas veces á ofrecerles sacrificios. Los fetícheres ó sacerdotes se atribuian á sí mismos una particular correspondencia y trato con el diablo y el arte de adivinar el porvenir por medio de una olla de barro con tres agujeros con el que hacian ciertos sonidos. Los negros consultaban con el fetiche en todas sus empresas de religion, y se gobernaban por sus decisiones. Estos fetícheres eran muy temidos y respetados de los pueblos, y los reyes, por su propia seguridad, y para garantirse de conspiraciones esteriores é interiores, habian establecido, como ley inviolable, que los sacerdotes, so pena de muerte, no podrian salir del reino sin su permiso, y que los de las provincias, no pudiesen, sin el mismo, entrar en la capital. Los habitantes de Benin temian mucho á una especie de aves negras, á las que, bajo pena de muerte, era vedado matar, y habia especiales ministros del culto para servirlas y llevarlas alimento en un sitio determinado de las montañas, que les estaba especialmente consagrado. El año para ellos, era de catorce meses, y el dia de descanso alternaba cada cinco dias, y se le celebraba con ofrendas y sacrificios; los pudientes inmolaban vacas, carneros ó cabras, mientras que el resto del pueblo se contentaba con sacrificar perros, gatos ó pollos, distribuyéndose á los pobres una parte de las víctimas, para ponerles en estado de tomar parte en la fiesta. Habia otros muchos dias consagrados á la religion. En la fiesta de aniversario, celebrado en honor del último rey muerto, se sacrificaban, no solo un gran número de animales, sino aun víctimas humanas, que por lo regular eran reos condenados á muerte y reservados para esta solemnidad. La costumbre pedia veinte y cinco. Si habia menos, los oficiales del rey recorrian las calles de Benin durante la noche, y aprendian indistintamente á cuantas personas encontraban sin llevar luz. Los ricos podian rescatarse, pero los pobres eran inmolados sin piedad. Este método de cojer hombres al azar, era muy ventajoso para los fetiches, porque recibiendo el precio de los que rescataban su vida, hacian luego creer al pueblo que los prisioneros habian sido muertos en secreto. Pero la fiesta mayor y mas notable de Benin era la que se llamaba fiesta del coral: se celebraba en el mes de mayo, y esta era una de las raras ocasiones en que el rey se dejaba ver en público. Un cordon ó cadena de coral era para los negros una señal de distincion, parecida á nuestras órdenes de caballería. Los que la habian recibido del soberano, estaban obligados á llevarle siempre al cuello, y la muerte hubiera sido el inmediato castigo del que se le hubiese quitado, por un solo instante. Los métodos adoptados para la justificacion de los acusados revelan tambien el espíritu de supersticion de los negros de Benin. Habia cinco pruebas, de las que cuatro se usaban en causas ligeras y de órden civil, y la quinta era para las causas capitales. Por la primera, el acusado era conducido delante del feticher, que con una pluma de gallo le traspasaba la lengua. Si la pluma penetraba con facilidad, era señal de inocencia, la herida se curaba pronto y el reo quedaba absuelto, mas si la pluma se detenia y costaba trabajo hacerla pasar, el crímen se daba por probado. En la segunda prueba, se amasaba un poco de barro, en el cual se introducian siete ó nueve plumas de gallo, que la persona acusada debia sacar sucesivamente; si salian fácilmente, era señal de inocencia, y de criminalidad, si costaba trabajo arrancarlas. La tercera prueba era mas bárbara, y consistia en inyectar en los ojos del acusado el jugo de ciertas yerbas; si no sentia mal alguno, se le ponia en libertad; mas si los ojos se inflamaban y ponian encarnados se le declaraba culpable y pagaba una multa. En la cuarta, el sacerdote tocaba tres ó cuatro veces la lengua del acusado con un anillo de hierro hecho ascua, y su inocencia no se declaraba sino cuando no se quemaba. Por la quinta, al acusado se le conducia á orillas de un rio, al que se le atribuia la propiedad de que sus aguas sostenian sin ahogarle al

inocente, aunque no supiese nadar, mientras que sumergian al mas hábil nadador siendo culpable. Hé aquí las estravagantes y crueles supersticiones con que estaba embrutecido el reino de Benin. Celoso el rey de esta nacion de las ventajas que el comercio con los portugueses reportaba á sus vecinos, fingió inclinarse hácia el cristianismo, y para acreditarlo, mandó embajadores á Portugal, pidiendo misioneros que le fueron concedidos; pero la envidiosa codicia, móvil principal de su demanda, le descubrió muy luego. Despues de haberles hecho bautizar, compraba aun esclavos cristianos y no faltaron portugueses que no tuvieron escrúpulo en vendérselos. Este comercio odioso duró hasta el reinado de Juan III, que le prohibió bajo severísimas penas. Y por esto, dice un historiador portugués, «el cielo, que recompensa ciento por uno, permitió para recompensar la buena accion de este príncipe, que se descubriese por entonces una nueva mina de oro, mas allá de la de San Jorge.»

El soberano de Benin, no era enteramente independiente, pues recibia una especie de investidura de otro monarca, llamado Ogano que reinaba trescientas cincuenta leguas mas allá de su pais, y á quien, de cuando en cuando, enviaba grandes regalos para que le sostuviese en su puesto. Cuando el embajador del monarca de Benin, se presentaba á la audiencia de Ogano, jamás veia á ese soberano, que le contestaba por detrás de una cortina, y descubria solamente uno de sus piés, cuando queria indicarle que estaba concedida su peticion. La investidura consistia, en el don de una cruz larga de cobre, de la forma de las cruces de S. Juan de Jerusalen, y trabajada con esmero. Los portugueses, dedujeron de esta circunstancia, que Ogano era el Preste-Juan, del que ya nosotros hemos hablado, en la persona de Ung-khan, destronado por Djenquiz-khan. «La idea del Preste-Juan estaba ya olvidada desde muchos años atrás, dice Mr. Avezac, y la noticia de su existencia, en el fondo del Asia, se perdió en una incertidumbre mas vaga aun, que las dudosas y oscuras indicaciones de los relatos anteriores. Los progresos del mahometismo; los trastornos políticos que causó la espada de Tamerlan, daban desde luego á entender, que no podia quedar sitio para un gran príncipe cristiano en medio de las naciones infieles. Buscóse, pues, al Preste-Juan en otra parte diferente de donde existió realmente. Karamzine, cita, como encontrada en los archivos de Kœnisberg, una carta de Conrado de Júngingen, gran maestre del órden Teutónico, fechada el 20 de enero de 1407, y dirigida al rey de Abasia ó Preste-Juan, y el sábio historiador ruso, aplica esta denominacion de Abasia, al rey de los Abases, de la region del Cáucaso, y no al rey de Abisinia, como parecia indicarlo la semejanza de ambos nombres. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es, que la idea de la existencia de un poderoso monarca cristiano en la Abisinia, se estendió entre los latinos, á causa de la venida á Jerusalen de los religiosos abisinios que hicieron esa peregrinacion. Juan de Lastic, gran maestre de Rodas, en su carta escrita al rey de Francia, Cárlos VII, el 3 de julio de 1448, habla del *Preste-Juan de la India*, en términos de no dejar duda que por él, entiende al Negus de Abisinia (1).»

No fué solamente con relacion á los embajadores del rey de Benin, por donde los portugueses oyeron hablar de Ogano. Ya anteriormente, estando en el Senegal, habian

(1) El origen de la palabra Preste-Juan, viene de *Joannes Prebister*, nestoriano, que fué Kan de Tartaria, otros dicen quo viene de las palabras persas *Preste Juan* que significan rey apostólico ó rey cristiano. Muller cree, que se dijo primeramente *Preste Cham* que es decir Kan Cristiano ó Emperador de los Cristianos, significando *Cham* rey ó emperador y *Preste* el nombre ordinario de los cristianos en Oriente. Otros dicen que *Preste* significa esclavo y que *Preste Cham* es lo mismo que Rey de los esclavos. Algunos quieren se tome este nombre del Persa *Preschichth*, *Gcham*, que significa el Angel del mundo. La dinastia de los Principes tártaros que llevaron este nombre, terminó de la manera que dice Henrion á manos de Giuglui-Kam, que dejó el título de Preste-Juan por el de Kan del Katay que es la China. Lo que parece pudo haber dado motivo á confundir este rey tártaro con el emperador de Abisinia, es el que estos pueblos llamaban á su soberano *Belul-Giam*, ó Juan Precioso, de donde los latinos modernos formaron las palabras *Pretiosus Joannes* y los portugueses y Españoles *Preste-Juan* como poco versados en la historia en aquella época. (N. del Trad.)

adquirido la certidumbre de la existencia de un príncipe cristiano, en el interior del Africa, independientemente, y sin tener en cuenta el dicho de los peregrinos de Jerusalen, donde ya existia un convento de abisinios.

«Los habitantes de la costa atlántica, dice Bruce, decian, que penetrando en el interior del pais, hácia el este, se encontraban muchas naciones poderosas, que habitaban en grandes ciudades, y que eran regidas por príncipes independientes unos de otros, y que mas lejos, al oriente de estas naciones, existia un soberano, cuyos súbditos no eran paganos ni idólatras; sino mitad judíos, mitad cristianos. Estos detalles, al parecer, procedieron del Senegal, por las caravanas. Ademas, el idioma de los negros, en su orígen, no fué mas que un dialecto del abisinio. Los negros etíopes, que se establecieron mas allá de Tebas, se dedicaron, y pusieron mucho cuidado en las letras. Ellos reformaron los caractéres geroglíficos, y casi no dudamos que fueron los inventores del alfabeto silábico de que se sirven actualmente en Abisinia, y el que verosimilmente fué el primer alfabeto conocido entre estas diversas naciones. En fin, lo cierto es, que los diferentes nombres empleados en el Senegal, son todos abisinios. Senegal, mejor dicho, Sénega, viene de *asenagi*, que en abisinio significa, mensageros y caravanas; *Dengui*, quiere decir, una piedra ó una roca; *Angueah*, es el nombre particular de un árbol del pais; *Anzó*, significa un cocodrilo; y todas estas palabras, son nombres de rios de Abisinia.»

Juan II, logró mas preciosos detalles sobre el Negus; cuando vino á Lisboa Behemoi, príncipe de los Yolofs. Biran, hermano de aquel, le habia designado por su sucesor; pero otro hermano de ambos, llamado Siveta, envidioso de esta preferencia, se vengó, matando á Biran, y apoderándose del poder. Behemoi, secundado por los soldados portugueses que Juan II mandó juntamente con los misioneros, en la esperanza de convertir al príncipe al cristianismo, opuso alguna resistencia; pero los plazos y dilaciones que puso este á su conversion, le hicieron sospechoso á sus ausiliares, que al fin le abandonaron; mas pidiendo de nuevo el príncipe socorro á Portugal, se comenzó por catequizarle, así como á veinte y cuatro yolofs, que vinieron en su comitiva. El obispo de Ceuta le administró el bautismo en diciembre de 1489, y Juan II le dió su nombre. Al dia siguiente, el rey le hizo caballero, dándole por armas, una cruz de oro en campo azul, con la cimera de Portugal. Behemoi, por su parte, le hizo pleito-homenage de los estados que iba á poseer; pero el rey, fundándose en la donacion de la Santa Sede, tomó el título de señor de toda la Guinea. Fiestas brillantes y pomposas se celebraron con este motivo en Lisboa, y Behemoi, junto con su comitiva, dieron á la corte de Portugal, el espectáculo de varias carreras á pié y á caballo, bajando y subiendo con una agilidad sorprendente; galopando de pié sobre el caballo, y haciendo otras pruebas de gimnasia ecuestre. Por último, Juan II despidió á Behemoi con ausilios para restablecerse en el trono, y para edificar un fuerte en el Senegal. Cuando este comenzaba á construirse, el almirante portugués, ya sea por temor de alguna traicion, ó por alguna venganza, hizo matar cobardemente al príncipe Yolof (1).

Los portugueses, persuadidos como hemos dicho, que Ogano no era otro que el Preste-Juan, equiparon de todo lo necesario, en agosto de 1486, varios buques para llegar por mar, dando la vuelta al Africa, á los estados de ese misterioso monarca. En esta travesía, Bartolomé Diaz, gefe de la espedicion, descubrió el Cabo de Buena-Esperanza. En la relacion que este hizo de su viage á Juan II, se estendió mucho sobre las numerosas dificultades que tuvo que superar, para doblar este promontorio desconocido hasta él, aña-

(1) Cuando Juan II, dice un historiador, examinó detenidamente esta bárbara injusticia, halló á tan altos personajes comprometidos en este asesinato abominable, que creyó prudente callar y dejar impunes á los culpados. Véase sobre esto á Vasconcelos, *Historia de Juan II*. (N. del Trad.)

diendo, que le habia puesto por nombre, Cabo de las Tormentas, á causa de las muchas tempestades que allí le habian asaltado; pero el rey cambió ese nombre en el de Buena-Esperanza, persuadido, y con fundamento, de que el paso de ese cabo, abriria el camino de las Indias.

Buscando este camino por mar, no se descuidó buscarle igualmente por tierra. Antes de la salida de Bartolomé Diaz, fué enviado al Oriente, con ese objeto por Juan II, el franciscano Antonio de Lisboa, acompañado de un seglar, llamado Pedro Montaroya; pero no conociendo el árabe, el religioso no pudo pasar de Jerusalen, de donde regresó á Portugal con su compañero de viage. El descubrimiento del Cabo de Buena-Esperanza, hizo revivir aquel proyecto. Covilham y Payva, que sabian bien el árabe, salieron en mayo de 1487, con la doble mision de descubrir los estados de Ogano, así como el pais de donde provenian las drogas y especias, cuyo comercio enriquecia á los venecianos; y de informarse si la navegacion era posible, desde el Cabo de Buena-Esperanza, á las Indias orientales. Al llegar á Aden, ambos se separaron; Covilham, para tomar la ruta de la India, y Payva, para ir á la Etiopía y á la Abisinia. Este último murió; pero el primero, despues de haber visitado la India y la costa oriental del Africa, se fijó en la corte de Negus Iscander. Durante su residencia en ese pais este príncipe envió á Europa á un sacerdote abisinio llamado Lude Marco, que fué primero á Roma, y de allí á Portugal. Los informes que dió, confirmaron las esperanzas de Juan II, y se le despidió honoríficamente con instrucciones para echar los cimientos de mútua relacion y comercio entre las dos cortes (1).

(1) Pedro de Covilham y Alfonso Payva salieron de Santarem el 7 de mayo de 1487. Pasaron á Nápoles; siguieron á Rodas, Alejandría, el Cairo, y aqui se separaron. Alfonso se dirigió hácia la Etiopia y Covilham siguió ruta diferente. Desde Aden desembarcó en Cananor, pasó á Calicut y á Goa, y volvió luego al Cairo donde supo la muerte de Payva, y en su consecuencia se encargó de la mision de este, que era ver al Negus de Abisinia y darle las cartas del rey de Portugal. Llegó efectivamento á ese imperio y á la corte de Abisinia donde reinaba Alejandro Iscander quien recibió con agrado al portugués, teniéndose por dichoso, dice Barros, de tener en su corte á un embajador del príncipe cristiano, pero Alejandro murió poco despues y su hermano que le sucedió obró de un modo muy diverso con respecto al estrangero que por primera vez llegó á visitar aquellas regiones. El nuevo Negus trató á Pedro Covilham con menosprecio y se opuso á que saliese del reino y desde entonces el caballero portugués hubo de quedar desahuciado de volver jamás á Portugal. En compensacion, el Abisinio le dió tierras en aquel pais para que en él se estableciese y nada le faltase, se casó, tuvo hijos, y por un viajero del siglo XVI se sabe que vivia aun holgadamente en 1515 bajo el reinado de David, hijo de Nabud que habia sucedido á su primer protector, del cual daremos en adelante mas noticias. (N. del Trad.)

CAPÍTULO XXVII.

Los dominicos y los franciscanos dan á conocer la religion en el Congo.

Desde el año 1484, Diego Cam, del que ya dijimos atrás, que habia pasado el Cabo de Santa Catalina, habia avanzado mas arriba, remontándose hasta el rio Zaira Este rio limitaba al norte el Congo; así como montañas elevadas, arenosos desiertos, y el rio Dande, le separaban al sud, del reino de Angola. Al oeste, el Congo lindaba con el Océano etiópico; y al este, con los reinos de Fungeno, de Matamba, con las montañas del sol, ó ardientes, y con el rio Congo, que desagua en el lago de Aquelunda. No será fuera del caso manifestar cuales eran las creencias y las prácticas religiosas en los reinos del Congo y Angola, donde apareció por primera vez el cristianismo. En el Congo, la idolatría estaba como en su trono, y exigia sin medida de estos desgraciados negros, el tributo de sus cuerpos y de sus almas. Segun ellos, aunque Dios fuese uno en sí mismo y Todopoderoso, habia otros muchos dioses subalternos, que no merecian menos que aquel, adoracion. Tallaban groseramente en madera las imágenes de estas divinidades, atribuyendo á cada una de ellas la virtud y poder necesarios para curar alguna dolencia. Cuando se llamaba á algun sacerdote de los ídolos cerca de un enfermo, se presentaba aquel provisto de varios de esos simulacros, para estar mas seguro de que llevaba consigo el que habia de curar la enfermedad del

paciente, no alcanzando su ciencia á discernir cuál podia ser. Otras veces se contentaba con dejar los ídolos arrimados á la cabaña, y aunque la contínua esperiencia probaba á los negros que ningun consuelo obtenian con su presencia, los conservaban con respeto, aun cuando el mal se agravase conduciendo al paciente á la tumba. Llamaban ganga-itiqui á aquel de los sacerdotes que tenia el derecho de recibir las ofrendas hechas á los ídolos y de colocarlas en sus altares. Los ídolos, unos tenian la forma de hombres y mugeres, otros de bestias feroces, mónstruos ó demonios, segun el uso diferente de los lugares y de los habitantes. El ganga-itiqui era el que indicaba los dias para los sacrificios solemnes, en los que se practicaban ritos bárbaros y dignos completamente del demonio, á quien se dedicaban; observaba además los momentos favorables para recibir las primeras gotas de lluvia que traia la estacion para dar fecundidad á la tierra; ofrecia una parte de ella á los ídolos y vendia el resto á los negros, que miraban estas primicias de la lluvia como un preservativo contra muchos accidentes.

Si tal era la creencia del mayor número, habia al menos entre ellos una secta que negaba la pluralidad de dioses y no queria reconocer mas que á uno, al que daban los nombres de *Dios solo* y *Dios del cielo*; pero al mismo tiempo atribuia á esta divinidad propiedades tan indecentes que era tan mala ó peor que las otras. ¡Cosa estraña! Cuando los negros se encontraban en un gran peligro, ó que estaban agobiados de penas y enfermedades, prorumpian diferentes veces en esta invocacion ¡Dios del cielo! ¡Jesus mi señor! Tales palabras recuerdan los homenages tributados por los atenienses al Dios desconocido. Nada hubieran admirado, pronunciadas en boca de idólatras á quienes se hubiese anunciado el evangelio; pero dichas por salvajes, que al parecer jamás habian oido hablar del verdadero Dios, ni de Jesucristo su hijo, invocándole así sin conocerle, parece que se dirigian á él por un movimiento de su conciencia, sintiendo una especie de consuelo inesplicable profiriendo estos nombres sagrados, cuya significacion ni valor en manera alguna conocian, recibiendo por eso ausilios que sus impotentes divinidades no habian podido procurarles, despues de tantas preces y sacrificios que las dirigian.

Para estos sacrificios no habia tiempo determinado, escepto el dia de la luna nueva. Ordinariamente el sacrificio se ofrecia en accion de gracias de una victoria ó gran ventaja conseguida de los enemigos, ó de una curacion que se creia obtenida por el valimiento del ídolo. El que deseaba ofrecerle avisaba al sacerdote. Este, lo primero, exageraba el mérito y la importancia de semejante acto, tasando en gran precio el trabajo que tendria que emplear para que se hiciese de una manera agradable á la divinidad; exhortando al negro á que no se mostrase avaro en las ofrendas prescritas, cuya mejor parte le correspondia á él. Le amenazaba con la cólera del ídolo que se vengaria de su mezquindad, obligándole además á tomar por asociados y ausiliares para el sacrificio á otros ministros, cuyos honorarios de antemano estipulaba. El negro ya resuelto, hacia venir los mejores músicos del contorno y publicar el dia y la hora en que iba á tener lugar la ceremonia. En el momento señalado se iba, acompañado de sus parientes y amigos, á casa del sacerdote á quien suplicaba sirviese de mediador para con el ídolo. Este, sentado con sus compañeros, formando un círculo, se levantaba al ver al negro, corria á la puerta, examinaba el honorario presentado, que superaba por lo regular al anteriormente convenido, que ordinariamente consistia en víveres, vestidos, ú otros objetos de esta naturaleza, y si el sacerdote estaba satisfecho decia gravemente al negro que consentia en servirle, y seguido de sus ausiliares iban todos á la casa del ídolo, y revestido con sus ornamentos sagrados, entraba dando palmadas en señal de alegria; decia en alta voz el nombre y calidad de la persona que ofrecia el sacrificio, y número y valor de las ofrendas y

poniendo estas sobre el altar con la apariencia de un profundo respeto, suplicaba al ídolo, conservase en paz, salud y tranquilidad á cuantos le honraban, y especialmente al que ofrecia el sacrificio, que nada perdonaba para demostrarle su celo y afeccion. Finalizada esta plegaria, seguia una algarabia espantosa de voces y discordantes sonidos de los instrumentos músicos, que no cesaban hasta que el ministro daba la señal. Despues de tres ó cuatro horas que duraba este infernal concierto, se retiraban todos de la casa del ídolo, á la habitacion del negro, donde seguia la música y la danza, interrumpida por los contínuos banquetes y frecuentes libaciones por espacio de tres dias y tres noches, pasados los cuales volvia todo el acompañamiento á la casa del ídolo al cuarto dia, que era propiamente el del sacrificio. Llevábanse entonces los hombres y los animales que habian de ser inmolados, y el sacerdote, despues de haberlos presentado á los falsos dioses, los degollaba ante sus aras. El número de víctimas humanas era proporcionado á calidad é importancia del ídolo, cuyo rostro se manchaba con la sangre aun humeante que todos se apresuraban á beber. Luego que dejaba de correr la sangre, se hacian cuartos los cuerpos de hombres y bestias, y puestos al fuego, sin aguardar á que estuvieran asados los devoraban aquellos antropófagos con la mayor ansia, reputando como un alimento sagrado, estas carnes que habian sido ofrecidas á sus dioses. Los pueblos de Quimbondi no comian la carne; se contentaban con beber la sangre y frotarse con ella los rostros; pero los de Haviez, y particularmente todos los demás, como fieras carnívoras, se disputaban la presa y comian con avidez, en particular el hígado, el corazon y los intestinos, haciendo lo propio con todo lo demás del cuerpo, sin tomarse el trabajo de limpiarlo ni ponerlo al fuego. Los convidados, colocados como tales cerca del altar, eran los primeros á participar de este bárbaro festin, y si aun quedaban algunos trozos de carne, los sacerdotes los distribuian entre los curiosos, que sin ser invitados, habian acudido á la fiesta. Cada secta tenia prescripciones particulares para el modo de comer las víctimas, y su omision la mas pequeña era considerada como un crímen. Consumidas todas las viandas, el sacerdote se acercaba al altar, tomaba el ídolo en sus manos y elevándole le exponia á la vista del pueblo. El negro se aproximaba despues con respeto y le hacia una nueva ofrenda de manjares del propio género que los anteriores, que el sacerdote distribuia á los asistentes, previniéndoles que le reservasen con exactitud todos los huesos, reserva que se esplica, porque el sacerdote los vendia luego á los idólatras en gran precio para ciertos usos supersticiosos.

Despues de haber hablado de los ídolos y del culto inhumano que se les tributaba, diremos algo de sus sacerdotes llamados *gangas*. El superior de todos ellos, llevaba el título de chitombe. A este le eran ofrecidas las primicias de todas las cosechas. Ciertos pescados y animales, le estaban espresamente reservados para su esclusivo alimento. En todas las aldeas ó aduares, tenia agentes que en su nombre, cuidaban de todos los negocios religiosos y civiles, pues su poder se estendia hasta estos últimos, inclúsas las elecciones de los sovas, ó gobernadores de distritos. El cargo suyo era superior á todos. Cuando un nuevo gobernador le venia hacer la primera visita, le hacia aguardar mucho y sufrir grandes humillaciones y desprecios, y luego que juraba obediencia á su poder y mandatos, aquel ya podia instalarse en su destino. El chitombe sostenia en su casa un fuego encendido contínuo, que se reputaba como sagrado, y que se compraba muy caro. Los negros creian que este gran sacerdote jamás moria de muerte natural, y que si esto, alguna vez sucediese, se trastornaria toda la tierra. Para sostener en el pueblo esta supersticion, cuando el chitombe caia enfermo, su presunto sucesor se encargaba de hacerle matar de cualquier modo. El ministro que tenia el segundo lugar se llamaba Ngombo, este predecia el porvenir, y curaba las enfermedades por medio de amu-

letos, y estaba perfectamente adiestrado en el arte de fingir convulsiones y grandes pruebas de fuerza. Además de estos principales charlatanes, habia otros muchos con atribuciones especiales; como por ejemplo, los ngosci, que iban siempre acompañados de once mugeres, número misterioso que no podia aumentar ni disminuir, y por cuyo conducto los oráculos daban sus respuestas; los npindi, que gobernaban los elementos; los amolocos, que destruian los maleficios y preservaban del rayo; los mitinu-a-maza, nombre que significa rey de las aguas, que deducian de los rios sus hechizos y sortilegios; el amobuda, que presidia á la conservacion de los granos, y otros, que curaban ciertas enfermedades, vendiendo remedios infalibles. Por último, habia gangas, que se decian invulnerables y dispuestos á esponerse al mayor peligro, para probar el poder de sus encantos. A mas de los gangas, habia otros ministros inferiores que ayudaban á los otros en sus supercherias y engaños. No faltaban tampoco asociaciones misteriosas que reunidas en sitios ocultos en el fondo de los bosques ó profundo de los valles, se entregaban á ceremonias criminales, y orgías abominables, y los negros iniciados en estas asociaciones se llamaban nequiti.

En Angola, los sacerdotes colocaban los ídolos en el centro de los pueblos, y sus imágenes eran monstruosas y ridículas como las del Congo. Los llamados mokisos, eran los intérpretes de esas deidades. El principal culto de aquellos consistia en una danza llamada quimbrara, durante la cual se creia que el mokiso entraba en el cuerpo de uno de sus mas fieles sectarios para responder á las preguntas que se le hacian sobre el pasado y porvenir.

La idolatría era igual en su fondo en el Congo, que en Angola, al sud de Zaire, y en Loango; la diferencia no consistia mas que en algunas ceremonias. Tanto en una como en la otra parte, el uso de ciertos manjares estaba prohibido, y se observaban con el mayor escrúpulo estas abstinencias. La supersticion llamada Kejilla, estaba en vigor en la provincia de Sogno, y esta consistia en una especie de consagracion que los padres hacian de sus hijos. Despues de diversas ceremonias, se prescribia al negro así consagrado, que jamás comiese puerco, cabra ó pollo, y que se abstuviese de ciertas legumbres y bebidas. Jamás desobedecian estas órdenes, persuadidos que su infraccion les causaria inmediatamente la muerte. El modo con que los negros de Loango se hacian instruir en el arte de hacer mokisos ó ídolos, vale la pena de ser indicado. Habia maestros destinados á eso, y cuando un particular se creia obligado á forjarse una nueva divinidad, reunia á todos sus amigos y vecinos. Con ausilio de ellos, se construia una choza donde él se encerraba por espacio de quince dias, guardando el mas profundo silencio. Al fin de este plazo, toda la asamblea se dirigia á una llanura donde no hubiese árbol alguno, llevando un tamborilero, alrededor del cual se trazaba un círculo; este comenzaba á tocar y saltar, y cuando estaba cansado, el ganga ó sacerdote, daba la señal de la danza, y todos bailaban y cantaban alabanzas de los mokisos. El adorador bailaba solo despues que los demás, y continuaba así por espacio de dos dias, sin mas interrupciones que las indispensables del sueño y la comida; por último, el ganga dando gritos, y pronunciando palabras misteriosas, hacia rayas blancas y encarnadas en las megillas, párpados y pecho del adorador, para hacerle capaz de recibir el mokiso. Sea cualquiera la esplicacion que quiera darse al efecto de estos conjuros, el adorador, despues de ellos, se agitaba convulsivamente, hacia movimientos estraordinarios, daba gritos horribles, mordia carbones encendidos, sin sentir ningun mal; otras veces era impelido, á su pesar, á huir á lugares desiertos, donde por muchos dias, ni aun sus amigos podian encontrarle, hasta que oia el ruido del tambor, á cuyo reclamo se venia voluntariamente. Se le transportaba á su casa donde permanecia acostado algunos dias sin movimiento, y como muerto. El ganga,

escogia entonces un momento para preguntarle cual era el compromiso que queria hacer con su mokiso ó ídolo; el espíritu que le poseia, respondia por su boca; pero arrojando espuma, y con señales de una estrema agitacion. Entonces se repetia el baile, y la danza á su alrededor, hasta que este espíritu habia salido de su cuerpo. Por último, el ganga le metia un anillo de hierro alrededor del brazo para recordarle su promesa. Este anillo era un objeto sagrado para todos los negros que habian pasado por la ceremonia del mokiso, y en ocasiones importantes juraban por su anillo, y antes hubieran perdido la vida, que faltar á ese juramento. Otros métodos se conocian para la creacion de los mokisos, pero el que acabamos de describir era el mas misterioso y mas solemne.

Jamás los negros del Congo comenzaban á construir una casa, sin que antes pusiesen sus cimientos bajo la proteccion de algun ídolo, y cuando el edificio estaba acabado, su dueño no era el primero que le habitaba; un ganga le purificaba por dentro y fuera con fumigaciones, y vivia en él algun tiempo, ocupado en este oficio, que le valia no escasa retribucion

La ignorancia de los negros y su natural inclinacion á las supersticiones mas ridículas, les hacian accesibles á los temores mas quiméricos. Cualquier ordinario accidente de la vida, se convertia para ellos en un fatal presagio; un perro que ahullase, el canto de las aves nocturnas, ó el del gallo, fuera de tiempo, les espantaba. Por el contrario, un fuego que chisporrotease mucho, les daba alegria y lo miraban como un buen agüero, le dirigian la palabra como á un ser animado, arrojando sobre la llama harina y otros alimentos para que le sirviese de mantenimiento. Unos llevaban al cuello amuletos en bolsas de cuero, otros conservaban venenos para servirse de ellos en ciertas ocasiones; en algunas provincias del Congo las serpientes eran reputadas como divinidades tutelares, y se las tributaba culto como á un Dios.

Los guerreros negros antes de salir al combate, se arrodillaban al pié de la tumba de sus antepasados, les suplicaban que les comunicasen la fuerza y valor de aquellos que en vida habian sido reputados como héroes, y les tributaban alabanzas y dirigian preces para que les fuesen favorables. Era costumbre de los naturales de la provincia de Bata, consagrar un macho cabrio negro al demonio, antes de dar una batalla. Se le colocaba en primera fila de vanguardia, observando sus movimientos; si estos eran lentos y el cabron demostraba temor, era mal agüero, y por el contrario, bueno, si su andar era seguro y fiero, y la victoria entonces se tenia por segura; mas si acaecia que el animal sagrado sucumbia por las flechas de los enemigos, el ejército huia inmediatamente y se dispersaba. Los gobernadores y principales gefes tenian para el servicio doméstico de la primera de sus mugeres, á una jóven que se llamaba la Chivella. En honra de su virginidad (cosa rara en el pais); se le confiaba la custodia del estandarte, escudo, arco y flechas del caudillo, que estaban colgadas en la alcoba donde ella dormia. Si la jóven dejaba de ser vírgen, todos estos objetos se tenian ya como inmundos y capaces de ocasionar desgracias, y así se arrojaban al fuego.

Para purgarse ó defenderse de cualquiera acusacion, habia tambien sus pruebas supersticiosas. La que se llamaba orioncio, en Angola, consistia en mezclar veneno en una fruta particular y hacerla mascar al acusado. Este, apenas la tocaba el paladar, que su lengua y garganta se inflamaban de una manera escesiva, y moria infaliblemente si el sacerdote no se apresuraba á suministrarle el antídoto. Los que sobrevivian á esta peligrosa operacion, eran declarados inocentes, aunque por muchos dias despues tuviesen que sufrir agudos dolores, y otras malas consecuencias.

La mas vergonzosa poligamia caracterizaba las estragadas costumbres del Congo. El negro tenia tantas mugeres cuantas podia mante-

ner, y vivia algun tiempo con ellas antes de comprometerse al casamiento, con el fin, decian, de conocer entre todas cual les seria mas conveniente para darla el título de esposa. Las mugeres tenian tambien derecho de tener á prueba á sus futuros maridos, y mas inconstantes que los hombres, se aprovechaban de la libertad de que gozaban, para retirarse antes de la celebracion del matrimonio.

Los negros del Congo, creian que el hombre al morir dejaba una vida miserable, para encontrar otra llena de felicidad, y apoyados en esta creencia, no hacian escrúpulo de apresurar la muerte de los enfermos, empleando con ellos toda clase de violencias, cuando estaban persuadidos de que llegaba su agonia, para evitar, decian, al moribundo el dolor de una larga lucha con la muerte, y librarle cuanto antes de las penalidades de la vida terrestre. Cuando moria el enfermo, sus esclavos, parientes y amigos, se afeitaban enteramente la cabeza en señal de luto, y despues de haberse frotado el rostro con aceite, cubrian su cuerpo con pintura de diferentes colores, mezclada con plumas y hojas secas. Esta ceremonia se observaba en las defunciones comunes; pero cuando el fallecido era un príncipe ó gobernador, la parentela se rasuraba solo la parte superior de la cabeza, dejando una especie de cerquillo, y la familia toda se encerraba en su casa por espacio de ocho dias sin salir por motivo alguno. A esta reclusion, los negros del Congo agregaban unayuno y un silencio absoluto de tres dias, contestando á lo que era indispensable por señas, valiéndose de un rosario pequeño que tenian en la mano. En los reinos de Cacongo y de Angoy no permitia la costumbre que se enterrase á un pariente hasta que toda su familia estaba reunida, por separados que estuviesen sus individuos. Los funerales comenzaban por el sacrificio de algunos pollos, con cuya sangre se rociaba la casa por dentro y fuera; en seguida, se tiraba su carcax y flechas por cima del techo, para impedir que el alma del muerto no hiciese el zumbi, es decir, no viniese á atemorizar á sus habitantes con apariciones, porque estaban persuadidos que el que viese el alma de un muerto, caeria difunto el mismo en el instante. Los negros aseguraban que el primer muerto llamaba al segundo, sobre todo, cuando ambos habian tenido alguna cuestion durante su vida. Despues de la ceremonia de los pollos, seguian los llantos sobre el cadáver, y para que las lágrimas fuesen mas abundantes, se introducian en la nariz estimulantes que las hacian brotar mas que quisieran. Despues de haber llorado y gritado, se pasaba de uno á otro estremo, de la tristeza á la alegria, y habia gran francachela á costa de los parientes del muerto, que seguia aun insepulto. Al banquete seguia la danza al son del tambor, y terminado el baile, se sucedian obscenidades que no debemos repetir. Los cadáveres de los pobres se encerraban en un saco ó envoltorio de estera; los de los ricos en una tela de algodon cosida de arriba abajo. Para conducir los restos de un noble á la sepultura, se cubria el camino con hojas y ramas de árboles. El convoy fúnebre seguia exactamente la línea recta, y si se encontraba alguna casa ó pared por en medio, se derribaba, y seguia adelante. Tambien habia ordinariamente costumbre de enterrar con el difunto algunas personas vivas, con provision de víveres y licores, para que nada faltase al muerto. Los cementerios estaban ordinariamente á campo raso. Se adornaban las tumbas segun la calidad del difunto; sobre unas se alzaba un monton grande de tierra; sobre otras, se ponia un vaso, ó el cuerno de alguna bestia estraordinaria; otras estaban bajo la copa de un árbol, cuyas ramas supersticiosamente entrelazaba el ganga. En Matamba, las viudas sobre todo, creian que el alma de sus maridos venia despues de la muerte á cohabitar con ellas, y con mas razon, cuando habian vivido con ellos en union perfecta; y para quitarlas todo motivo de espanto, los ministros de los ídolos sumergian á estas, por muchas veces en el agua, abluciones que las permitian volverse á casar sin temer las reconvenciones y malos tra-

tamientos de sus esposos difuntos. Habia provincias en el Congo, en las que, cuando morian niños de tierna edad, sus madres mismas les enterraban cubriéndoles con muy poca tierra, por la aprehension, de que si la fosa era profunda se quedarian estériles, defecto que es causa de que se desprecie completamente á una muger en casi todos los pueblos de esta parte del Africa.

Tales eran en resúmen los errores y supersticiones que habia en el pais, que Diego Cam descubrió en 1484. Este navegante envió á algunos portugueses con regalos al rey del Congo, y en seguida, sin aguardar su retorno, dirigió el rumbo á su patria, á la que llevó consigo algunos indígenas, que Juan II hizo instruir en la religion. Estos negros, al año siguiente, volvieron al Congo con Diego Cam, que encontró allí los portugueses que habia dejado. Estos, durante su permanencia en aquel pais, habian hecho concebir al rey idólatra tal estimacion y buen concepto de la religion católica, que este príncipe eligió á muchos de sus principales súbditos, y suplicó á Diego que los llevase á Portugal para que allí se bautizasen y volviesen luego al Congo acompañados de misioneros. Estos negros fueron efectivamente bautizados en Beja, siendo padrinos, de su gefe llamado Zacuta, el rey y la reina que le pusieron por nombre Juan, y de los otros, los primeros personages de la córte. Durante su ausencia, un sacerdote, á quien Diego habia dejado en la costa con otros varios portugueses, fué favorablemente acogido por el mani de Sogno, que era tio del rey y que residia en un puerto del interior sobre el rio Zaire; se propusieron á este las verdades del evangelio y abjuró la idolatría. Sabedor el rey del Congo de la conversion de su tio, quiso ver él tambien al sacerdote y no mostró menos deseo é inclinacion por el cristianismo, y así, no solamente prometió abrazarle, sino que escribió al rey de Portugal, reclamando misioneros. El sacerdote informó minuciosamente á Juan II del buen éxito que Dios habia concedido á sus esfuerzos.

A mediados del año 1491, llegaron al Congo tres dominicos acompañados del embajador del rey, ya muy bien instruido en los principios de la fé católica. Estos religiosos acabaron de catequizar al mani de Sogno, quien por su propia mano cortó los árboles que habian de servir para la primera iglesia que se construyó, y en la que se pusieron tres altares. El dia de Pascua, este gefe y su hijo recibieron en ella el bautismo, el primero, bajo el nombre de Manuel, que era el del duque de Beja, hermano del rey de Portugal, y el segundo, con el de Antonio. Un sermon solemnizó esta tierna ceremonia y predispuso al pueblo á seguir el ejemplo de ambos príncipes. Satisfecho el rey de la conversion del mani de Sogno, aumentó el territorio de su dominio, y le permitió destruir todos los ídolos que existian en su demarcacion. Tal era el respeto del nuevo cristiano por el Sacramento del altar, que habiendo causado algunos negros un poco de ruido durante la misa, fuera de la capilla, donde diariamente se celebraba, estuvo en poco el hacerlos morir á todos, creyendo violado el respeto á tan augusto misterio, á no haberse opuesto los religiosos y el almirante Ruy de Souza, y moderado su celo.

Escoltados por gran número de negros y festejados con una banda de músicos, se dirigieron los tres misioneros con el almirante portugués á Banza-Congo, capital del reino. La posicion de esta ciudad es una de las mas sanas del universo. Tiene calles largas y muchas plazas adornadas con palmeras, simétricamente plantadas. Su poblacion es de veinte y cuatro mil almas. La mayor parte de las casas, aunque blanqueadas por el esterior é interior, no son mas que una especie de chozas redondas, con muy pocas escepciones. El nombre de Banza, significa ciudad principal, y á este se añade el del reino ó provincia para indicar la capital: por ejemplo, Banza-Congo: indica la que lo es de todo el reino; como Banza-Longo, la de la provincia de este nombre.

De poblacion en poblacion, se presentaban á los misioneros, negros con víveres y demás



necesario, como si aguardasen al rey mismo, y á tres millas de la capital, toda la corte se adelantó á recibirlos con la mayor pompa. El monarca les aguardaba, sentado á la puerta de su palacio, en un sillon de marfil, colocado sobre unas gradas. Llevaba este príncipe en la cabeza, una especie de mitra tejida de hojas de palma; estaba desnudo hasta la cintura, y el resto del cuerpo, cubierto con un tonelete de algodon que le llegaba hasta los piés; un brazalete adornaba su mano izquierda, y flotaba sobre sus espaldas una cola de caballo, insignia de su mando. Habiéndole espuesto el embajador portugués, el objeto de su mision, el rey se levantó de su asiento, en señal de alegria. Vuelto á sentar, dejó tiempo al pueblo á que espresase la suya con aclamaciones y cánticos. Toda la asamblea se arrodilló tres veces, y levantó el pié, en señal de aprobacion. Entonces los misioneros presentaron al monarca los regalos que le mandaba el rey de Portugal, y los ornamentos de iglesia, cuyo uso le fueron esplicando. (Pl. X, n.° 1.) Este príncipe, alojó en su palacio mismo á los tres dominicos, y escuchó con atencion sus instrucciones. Desde la primera conferencia que se verificó al dia siguiente, quedó resuelto el hacer construir una iglesia, donde se celebrase con toda solemnidad la ceremonia de su bautismo, haciendo preparar el príncipe, todos los materiales de ladrillo, piedra y cal, para que se pusiese por obra al momento; pero la circunstancia de estar en revolucion los anzicos, habitantes de las islas de Zaira, y haber muerto á su gefe, alzando el estandarte de la rebelion, interrumpió por entonces la empresa. Sundi, hijo mayor del rey, en cuyo gobierno se encontraban los insurgentes, marchó enseguida contra ellos; y no bastando este para contenerlos, tuvo que acudir el rey mismo á sujetarlos. La circunstancia de esta espedicion tan próxima, determinó á los misioneros á acortar la duracion de las pruebas, y de la instruccion cristiana, tanto para el pueblo, como para el rey; y no permitiendo la falta de tiempo edificar la iglesia de piedra, se hizo una provisional de madera, dedicada á San Salvador, y en este mezquino y primer monumento de la piedad del príncipe, fué bautizado éste, á presencia de mas cien mil de sus súbditos, que los preparativos de guerra habian alli reunido. En la fuente bautismal, tomó el nombre de Juan, y la reina, el de Leonor, en honra de los soberanos de Portugal. A su ejemplo, se bautizaron igualmente un gran número de gefes negros.

Antes que el nuevo cristiano marchase desde el bautismo al combate, el almirante Rui de Souza, le entregó un estandarte, que Inocencio III, habia enviado á Juan II, y le dió la cruz, para hacerle participante á él, y á los suyos, del mérito de la cruzada publicada contra los infieles. Lleno de confianza salió el rey del Congo, llevando consigo este signo de salvacion, y vencedor de sus enemigos, volvió penetrado de lo que debia á Dios, por el buen éxito de sus armas.

Mani Sundi, su hijo mayor, que estaba en el teatro de la guerra, mientras su padre recibia el bautismo, quiso él tambien recibirle á su vuelta, y tomó en él, el nombre de Alfonso, que llevaba el príncipe heredero de Portugal; pero Mani Pango, segundo hijo del rey, no quiso convertirse. La obstinacion de este en la idolatría, puso en gran peligro á la nueva cristiandad.

«A la verdad, dice el P. Lafitau, la creencia de los misterios de nuestra religion, no habia hecho trabajar mucho el espíritu de estos neófitos, poco acostumbrados á disputar sobre estas materias; los principios de la moral cristiana, les habian parecido muy justos y razonables; pero como la vida del cristiano es una guerra contínua contra las pasiones, se les hacia dificil á estos hombres la necesidad de contrariarlas contínuamente, y de violentarse para conformarse á las máximas que se oponian á sus gustos y placeres. El espíritu de supersticion, no se habia aun en ellos estinguido en las cenizas de sus mokisos y fetiches; aun que con la mejor voluntad los

habian quemado solemnemente, al hacer profesion del cristianismo. El rey mismo, envejecido en antiguos y arraigados hábitos, encontraba mas obstáculos aun que sus súbditos, para sostener la forma y esencia del nuevo personaje que tenia que representar; de forma, que pasadas las primeras impresiones, se fué formando una conjuracion contra la religion naciente, compuesta de los infieles que quedaban aun por convertir, y de los sacerdotes, cuyos intereses se destruian; á cuya cabeza estaban, el hijo del rey, que habia rehusado convertirse, y algunos otros cristianos cobardes, que fueron los primeros en arrepentirse de su ligereza. Animado este centro de oposicion, por los sacerdotes y adivinos del pais, y sostenido por las mugeres y concubinas que el cristianismo habia obligado á repudiar, pusieron á la religion en tal peligro, que por poco no se ahogó en su misma cuna, llegando hasta peligrar la vida de los misioneros y demás portugueses que Souza habia dejado al regresar á Europa.»

Advertido el príncipe negro Alfonso, que habia ya mandado quemar todos los ídolos de sus dominios, y que hacia las veces de un misionero, del gran peligro que corria la religion, acudió al momento á ver á su padre, y á modificar, como lo logró, con su presencia y consejos, las impresiones que se habian forjado en su voluble espíritu. En el momento, la tempestad cayó sobre su cabeza, y por medio de las mas estravagantes calumnias, se trató de malquistarle con el rey, el cual, acogiéndolas como verdaderas, se vió el príncipe en desgracia y privado de la sucesion al trono, hasta que la reina Leonor, su madre, consiguió probar su inocencia. Sin embargo, la conjuracion formada para poner sobre el trono á su hermano Mani Pango, enemigo jurado de los cristianos y de los portugueses, siguió renovando sus acusaciones y calumnias con algun buen éxito, cuando á esta sazon ocurrió la muerte del rey en 1492. Su esposa Leonor, fiel á la fé cristiana, ocultó de intento algunos dias la muerte de su marido, á fin de avisar á Alfonso, cuya prontitud fué increible, pues en el espacio de dos dias con sus noches, llevado en brazos de sus esclavos, hizo un viage de doscientas cincuenta leguas, y asi, gracias á esta ligereza, Banza Congo, supo al mismo tiempo la muerte del rey, y el advenimiento al trono de su primogénito Alfonso.

No obstante, Mani Pango, recurriendo á la fuerza, cayó sobre la capital con doscientos mil hombres. Alfonso no tenia para defenderse, mas que diez mil, entre los que se contaban sobre unos cien cristianos negros, y algunos portugueses. Aterrados los pueblos al ver su desesperada situacion, le aconsejaron que abandonase el cristianismo, y propusiese á su hermano algun acomodamiento. A su firmeza en sostenerse en la fé, se hubiera seguido indudablemente una completa defeccion, si el anciano mani de Sogno, recordándoles su antigua fidelidad, no hubiese hecho que todos se arrojasen á los piés del nuevo rey, jurando defenderle, cambio inesperado, que se consideró por todos como un presagio de victoria. Alfonso, reconocido al verdadero autor de tan súbita mudanza, prometió al cielo trabajar sin descanso, en la propagacion de la fé, y mandó alzar una gran cruz, en memoria de este suceso. Para mas aumentar su confianza en la proteccion divina, una luz estraordinaria hirió de repente su vista, que le hizo postrar de rodillas, llorando de alegria. Sintiendo los demás el propio efecto, quedaron por algun tiempo deslumbrados. Por último, vueltos en sí, vieron todos cinco espadas brillantes como grabadas sobre el rey. Este espectáculo duró mas de una hora. Penetrado Alfonso de tan claros favores del cielo, adoptó estas cinco espadas por sus armas y sello real. Todo lo que esta vision animó al partido real, desalentó al rebelde. Mani Pango, sin embargo, intimó á Alfonso y á sus fieles servidores, á que renunciasen á la nueva religion, y le aclamasen á él como soberano, bajo pena de ser todos pasados á cuchillo. El rey contestó, que su confianza estaba en Dios, y no en las fuerzas humanas, y

exhortó á su vez á Mani Pango en calidad de hermano, á que destruyese sus impotentes ídolos, recibiese el bautismo, y reconociese que el cristianismo y la corona, le habian venido de manos del Supremo Hacedor, quien defenderia ambas cosas con su celeste egira. En seguida, habiendo hecho llevar á su presencia todas sus joyas y mas preciosos adornos, los fué distribuyendo por su propia mano entre los caudillos, defensores de su causa. No obstante, algunos soldados débiles y temerosos, cediendo al miedo, se pasaron aquella misma noche al campo de Mani Pango, quien al rayar el dia comenzó furiosamente el ataque; pero segun dice Pigafetta, tomado de Eduardo Lopez, un poder invisible le rechazó dos veces. Apercibiéndose de esto los sitiados, y aplaudiendo los vanos esfuerzos de los enemigos cada vez mas desconcertados: «No sois vosotros, contestaron los sitiadores aturdidos, los que nos habeis vencido, ha sido una muger vestida de blanco, cuyo gran resplandor nos ha casi cegado, y un caballero que la acompaña, montado sobre su palafren, que lleva una cruz roja al pecho.» Sabedor Alfonso por sus mismos enemigos de ese nuevo prodigio, que ignoraba, hizo advertir generosamente á su hermano, que no se obstinase en vano, en combatir al cielo mismo; que la muger blanca que le defendia, era la Vírgen Santísima, madre del Salvador, cuya religion habia abrazado, y el caballero que la acompañaba era Santiago, y que ambos habian bajado del cielo para socorrerle. Burlándose Mani Pango de este aviso, preparó un doble asalto para la noche siguiente, que tuvo el mismo desgraciado éxito que el primero, y viéndose obligado á la retirada por los mismos á quien sitiaba, se vió atascado en medio de un pantano, en el que habia hecho clavar estacas puntiagudas que cortasen el paso á los sitiados, y fué así víctima él y todos los suyos, de los crueles preparativos que habia dispuesto contra su hermano, que preso y cargado de cadenas por algunos negros cristianos, fué en esa forma conducido en presencia de Alfonso. En lugar de entregarle como rebelde en manos de la justicia, é imponerle segun ella un justo castigo, el piadoso Alfonso le prodigó las mas tiernas atenciones, para ganarle á Jesucristo; pero obstinado y ciego en su idolatría, nada quiso escuchar, la rabia y la desesperacion le hicieron rehusar todo remedio, y murió á causa de sus heridas. Uno de los gefes, llamado Mani-Bunda, cómplice de su usurpacion, tuvo mejor suerte. Pidió ser instruido y bautizado antes de marchar al suplicio. Alfonso al ver su determinacion, le perdonó la vida á condicion que emplearia el trabajo de sus manos, en la construccion de la nueva iglesia de piedra que se iba á edificar, y que se quedaria agregado al servicio de este templo, conduciendo el agua, cuando en él hubiese idólatras que bautizar. Mani-Bunda cumplió exactamente con lo que se le habia impuesto, y murió ejercitando esos actos de piedad, lo que prueba la solidez y sinceridad de su conversion.

La iglesia, cuya construccion se habia dilatado por las razones que hemos dicho, se comenzó á edificar el 3 de mayo, dia de la Santa Cruz, cuya advocacion se la dió. A ejemplo del rey, que llevó sobre sus espaldas las primeras piedras para sus cimientos, y de la reina que hizo lo propio con una espuerta de arena, los principales negros concurrieron religiosamente á construirla con sus manos, y imitando el pueblo el celo de sus reyes y magnates, muy pronto quedó del todo concluida.

Habiendo Alfonso hecho publicar, en todos sus estados un edicto, mandando á todos sus súbditos, que llevasen los ídolos y amuletos á los respectivos gobernadores de las provincias; por todas partes se vieron conducir á su destino, y con una prontitud maravillosa, los animales, reptiles, aves, árboles, plantas, piedras y figuras pintadas ó grabadas, que hasta entonces habian sido objeto de un culto público. Todos estos detestables monumentos de la antigua supersticion, fueron quemados

públicamente en el campo mismo de batalla, en donde fué derrotado y vencido Mani Pango, y cada negro llevó su haz de leña para esta ejecucion. Para reemplazar á estos signos idolátricos, el rey distribuyó una infinidad de crucifijos y sagradas imágenes, que hizo venir de Portugal. Ordenó á todos los gefes de su reino, que mandasen erigir iglesias en la demarcacion de su mando, y que se elevasen cruces. Mas solícito por su capital, que por las demás ciudades, hizo edificar en ella otras tres nuevas iglesias, la una, llamada de S. Salvador, en recuerdo de su última victoria; la segunda, bajo la advocacion de Ntra. Sra. del Socorro, y la tercera, dedicada á Santiago.

El difunto padre de Alfonso, despues que habia dado á los dominicos tierras considerables, y esclavos que las hiciesen valer para su sostenimiento, se las quitó despues de su apostasía, y les persiguió además con tanta crueldad, que todos, mas que á la intemperie del clima, habian sucumbido á causa de los malos tratamientos y miseria á que se les habia reducido. Los nuevos misioneros que sucedieron á aquellos tres primeros apóstoles del Congo, encontraron en Alfonso un generoso bienhechor, y una proteccion decidida.

No están acordes los autores, sobre la calidad y número de los religiosos, que comenzaron la mision evangélica del Congo. Maffei y Dujarric, hablan de tres dominicos; Wadingo, dice, por el contrario, que fueron franciscanos, y que su superior, el que bautizó al rey idólatra, se llamaba Juan, y Antonio, el que hizo lo mismo con la reina. « Por lo que á mi toca, añade Wadingo, yo he creido que en toda esta relacion, debia seguir al historiador de Portugal Garcia de Resende, que escribió una vida de Juan II, de quien fué secretario particular, en el tiempo que tuvo lugar esta mision, y este dice espresamente que fueron franciscanos los que llevaron la luz del evangelio á ese reino. Juan de Barros, que ha escrito tambien las admirables conquistas de los portugueses en Asia, en su dedicatoria al rey Juan III, hijo de Manuel, sucesor de Juan II, confiesa que él no ha encontrado quien le haya podido servir para su historia, mas que á Gomez Eanes, y que este autor no habla mas que de las espediciones de Enrique, infante de Portugal. Por lo visto, Juan de Barros no leyó los escritos de Resende, y por lo tanto ya no me admira que se haya equivocado en su cita, atribuyendo la primera mision del Congo á los dominicos, en vez de atribuirla á los franciscanos. Juan Pedro Maffei, en su *Historia de las Indias*, ha adoptado este error de Juan de Barros, y de otros quizá que bebieron en las propias fuentes que él. Nada hay de estraño en esto, pues ordinariamente los últimos historiadores, siguen ciegamente á los primeros, y para no caer en estos defectos, es menester consultar, al escribir, á los primeros y contemporáneos autores de una historia. Resende existia en el tiempo de esta célebre mision; vivió en la ciudad de donde salieron los misioneros; fué secretario del rey que los mandó, y dice que fueron franciscanos, marcando hasta el nombre de dos de ellos. Los que, como Maffei, mezclan en este asunto á los dominicos, no indican mas que tres, y no sé donde han podido tomar esta noticia. Gerónimo Osorio, que describe largamente toda esta espedicion, nada mienta acerca del órden á que pertenecian los misioneros. Para mí, no envidio glorias agenas, no hago mas que referir sinceramente lo que autores de nota dicen de mis hermanos, y no me agravio porque se les dé compañeros y ausiliares, en esta mision gloriosa. Se que los religiosos de ambas órdenes han sido enviados unidos, á diferentes partes del mundo. « Esto pudo suceder tambien en el Congo. » Fontana, al adoptar la version favorable al órden de Sto. Domingo, dice que la primera cruz fué enarbolada en el Congo, por los dominicos de la provincia de Portugal, de los que muchos penetraron luego en el corazon mismo del Africa, y que no correspondiendo su número á la importancia de su mision, pidieron ausiliares á su provincial,

quien habiendo hablado de esto al rey Juan, este príncipe dispuso, que fuesen allá otros seis misioneros, entre los que se encontraba el P. Alvarez su confesor, y que por último, los PP. predicadores realizaron innumerables conversiones en ese pais y recogieron en él grandes frutos por espacio de cincuenta años (1).

CAPÍTULO XXVIII.

Los españoles, mandados por Cristóbal Colon, aparecen en América.

Hemos manifestado el sucesivo desarrollo del poderío de los portugueses, que siguiendo las huellas de los navegantes normandos, se apoderaron del comercio y relaciones que aquellos habian fundado en la costa occidental del Africa. Desde que Bartolomé Diaz descubrió el Cabo de Buena-Esperanza (Pl. X, n.º 2), ya quedó conocido todo el litoral africano, cuyas estériles playas, en una estension de mas de seiscientas leguas, rechazaban el comercio. En 1488, el capitan Cousin hizo que flotase el pabellon francés sobre el Atlántico con el objeto de buscar el fin de este vasto desierto, y alargándose mucho en el Océano, é inclinándose al oeste sobre una tierra desconocida, vió el desemboque de un gran rio que debió ser el Marañon. Lo que le sucedió á Cousin el 1488, acaeció igualmente á Cabral, doce años despues, cuando saliendo de Lisboa para ir á las grandes Indias, descubrió casualmente el Brasil. Las mismas causas físicas que procuraron á Cabral ese descubrimiento pudieron igualmente habérselo proporcionado anteriormente á Cousin, pues no puede negarse el hecho como improbable, y que la tradicion ha transmitido de que el capitan divisó al oeste una tierra desconocida, hácia la cual, en la latitud que él navegaba entonces, fué arrastrado por una corriente de la mas grande potencia. El mismo navegante que previno, de cuatro años antes, el primer viage de Cristóbal Colon á la América, doblando el Cabo de Buena-Esperanza, y llegado á las grandes Indias, de donde regresó á los dos años á su patria, previno igualmente, con siete años de antelacion, la brillante espedicion de Vasco de Gama, que no se verificó hasta 1497. No seguirémos á Mr. Estancelin, en el desarrollo y enumeracion de las pruebas que aduce en apoyo de las pretensiones de la ciudad de Dieppe á la gloria de este doble descubrimiento, únicamente nos limitarémos á decir, que, así como él, nosotros vemos motivos suficientes para no desechar como inadmisibles y como quiméricas las tradiciones de los dieppeses. Mas adelante hablarémos de la espedicion de Vasco de Gama; ahora nos toca recordar la de Cristóbal Colon, á quien se debe el conoci-

(1) Todo cuanto aquí se refiere sobre el descubrimiento del Congo, conversion de sus naturales, etc., está conforme con lo que dicen los historiadores portugueses, y á mas de ellos, lo refiere el P. Roman en su *Historia de la India Oriental*, obra que se ha hecho tambien rara, impresa en Valladolid el 1603 en fólio. Resta ahora completar las noticias de Henrion con otras posteriores de ese reino. En el año 1644 el Papa Urbano VIII, y Inocencio X en el 1647 mandaron Capuchinos para la mision de Congo, y lograron mucho fruto en las provincias de Sogno y Ovando. La antigua familia de los Reyes del Congo que habia abrazado el Cristianismo se estinguió en el siglo XVII en la persona de D. Diego. D. Alonso su yerno le sucedió y tuvo la desgracia do ver desolado su país por los Sagas del reino de Anzico y por otros soberanos que están al Oriente del Congo. Todo el reino fué talado y saqueado por aquellos bárbaros y aquel desgraciado principe recurrió para que le ausiliase contra sus enemigos al Rey de Portugal D. Sebastian. Este mandó allá una espedicion de portugueses, al mando de Francisco Govea, y su artilleria derrotó á los bárbaros y les hizo volver á los desiertos de donde habian salido. El rey del Congo D. Alvaro, agradecido, ofreció hacerse vasallo del monarca portugués, lo que éste rehusó, exigiendo do él únicamente, que él y sus vasallos perseverasen en la religion cristiana, logrando con este generoso desprendimiento, adquirirse mas predominio y confianza en ese reino, que si hubiese sido su señor. Felipe II, sucesor en la corona de Portugal, siguió la misma conducta y mandó muchos misioneros á ese reino. Volvió luego á la dominacion de los portugueses, cuando estos recobraron su independencia; pero la religion cristiana ha perdido allí mucho de su esplendor desde entonces, pues no habiendo procurado atajar las resoluciones intestinas, solo dependen ya nominalmente de las posesiones portuguesas. Deseando familiarizar á los negros con las formas de la civilizacion europea, han hecho adoptar á los magnates, en vez del antiguo nombre de *Mani*, señor, los titulos de duque, marqués y conde. El reino está dividido en seis provincias, y la capital se llama San Salvador. La provincia de Ovando, que antes dependia del rey del Congo, se ha hecho independiente y se ha puesto bajo la proteccion de los portugueses, y su gefe está honrado con el titulo de duque. No solo la religion cristiana está muy decaida en todo el reino, sino que subsisten aun muchas tribus idólatras y salvages que llevan una vida errante en el seno de los bosques, ó en los desfiladeros de montañas inaccesibles. (N. del Trad.)

miento de un nuevo hemisferio, mas vasto que la Europa, el Asia, ó el Africa, divisiones del antiguo continente.

La América, dividida en dos grandes penínsulas, es notable, no solamente por su estension, que es casi igual á la tercera parte del mundo habitable, sino aun mas por su posicion, que se prolonga desde el círculo polar del norte hasta una latitud muy elevada, hácia el sud, quinientas millas mas allá de la estremidad mas avanzada del continente antiguo, hácia el polo antártico. De esta manera, comprende en su inmensa estension todos los climas apropiados para la vida del hombre y para dar todas las producciones peculiares á las regiones templadas asi como las especiales de la zona torrida.

Despues de la estension del Nuevo-Mundo, lo que mas llama la atencion del espectador, es la grandeza de los objetos que presenta á su vista. La naturaleza, dice Robertson, parece haber trazado allí sus operaciones con mano mas atrevida, y haber mas especialmente distinguido los rasgos de este pais con una magnificencia especial. Las montañas de América, mas elevadas que las demás que dividen el resto del globo, ocultan sus cimas en las nubes, y para servirnos de una comparacion de Mr. Humboldt, los Andes, son respecto á los Alpes, lo mismo que estos, puestos en parangon con los Pirineos. Cuanto hay de mas estraño y sorprendente á las orillas del Saverno, en la Alemania septentrional, en los montes Eugáneos, en la cadena central de la Europa, y sobre la pendiente rápida del volcan de Tenerife; se encuentra todo reunido en las cordilleras del Nuevo-Mundo. Siglos enteros no serian bastantes para observar y describir detalladamente las multiplicadas maravillas que allí ha prodigado la naturaleza, en una estension de dos mil quinientas leguas, desde las montañas graníticas del estrecho de Magallanes hasta las costas aproximadas al Asia oriental. Vénse con frecuencia estallar las tempestades y los rayos por bajo de las cumbres de los Andes, que aunque espuestas de contínuo á la influencia de un sol abrasador están siempre cubiertas de nieves eternas. De estas altas montañas descienden rios de una anchura y estension desmesurada, con los que no puede entrar en comparacion ninguno de los del continente, ni por la longitud de su curso ni por la enorme masa de agua que desembocan en el mar. Los del Missisipi y de San Lorenzo, en la península del norte; los del Marañon, Orinoco y la Plata, en la península del sud, tienen una anchura tal, que aun mucho antes de sufrir la influencia de la marea, mas parecen brazos de mar que corrientes de agua dulce.

No menos son admirables los lagos del Nuevo-Mundo, que las montañas y los rios. Nada se vé en las demás partes del globo que se aproxime siquiera á la prodigiosa cadena de lagos de América septentrional. Mas bien que lagos, pudiera llamárseles, mares mediterráneos de agua dulce. Aun de estos, los que pertenecen á la segunda y tercera clase por su estension, tienen mas circunferencia que el mayor lago del antiguo continente.

Pero lo que sobre todo distingue á la América, de las otras partes de la tierra, es la temperatura particular del clima, determinada allí por leyes especiales que arreglan la distribucion del frio y del calor. Al pasar el viento por las enormes montañas cubiertas de nieve y yelo, situadas á la estremidad del norte, se impregna totalmente de frio, y con tal actividad, que le conserva aun al pasar por los climas mas dulces, sin cambiarse enteramente, hasta el golfo de Méjico. En toda la península septentrional, el viento de norueste, y un frio escesivo, son sinónimos. Aun en la estacion mas cálida, cuando el viento viene de esta parte, su actividad penetrante se hace sentir por un cambio tan súbito, como violento, del calor al frio. Respecte á las modificaciones que la fuerza del calor recibe en las regiones de la América, situadas entre los trópicos, ya se sabe que en toda esta parte del globo, el viento sopla de este á oeste. Despues de haberse impregnado en su curso, de todas las particulas igneas que ha tomado de las abrasadas

llanuras del Africa, se refresca al atravesar el Océano atlántico, y ya llega modificado como una refrigeradora brisa, á lo largo de las costas del Brasil y la Guyana; de forma, que estos paises, aunque contados como los mas cálidos de América, disfrutan de un clima templado, en comparacion de los que están en las correspondientes latitudes de Africa. En avanzando, al través del Nuevo-Mundo, el viento corre sábanas inmensas, cubiertas de impenetrables bosques, ú ocupadas por grandes rios, pantanos, ó aguas estancadas, que no pueden comunicarle un gran calor. Llega por fin á los Andes, que atraviesan todo el continente americano, de sud á norte, y entonces adquiere sobre aquellas cumbres heladas, tal grado de frio, que los paises situados á su proximidad, no sienten el calor de que su posicion debia hacerles susceptibles, y así, mientras que el negro de la costa de Africa, está devorado por el contínuo ardor del clima, el peruano respira un aire dulce y templado, abrigado, por decirlo así, bajo un dosel de nubes que intercepta los rayos del sol, sin debilitar su bienhechora influencia. En las diferentes regiones de la América, desde la Tierra-Firme, al oeste, hasta Méjico, el calor está templado en algunos puntos por la elevacion del suelo sobre el nivel del mar, en otros, por la estraordinaria humedad del terreno, y en todos, por las enormes montañas que por do quiera se encuentran. Las islas del Nuevo-Mundo, que están bajo la zona torrida, son, ó muy pequeñas ó montañosas, y así, están alternativamente refrigeradas por las brisas de mar ó tierra.

Examinando con atencion la constitucion geológica de la América, y el equilibrio de los fluidos que se han estendido sobre la superficie de la tierra, dice Mr. de Humboldt, no puede menos de admitirse, que el nuevo continente salió de las aguas al mismo tiempo que el antiguo. En ambos se observa la misma sucesion de capas de piedra, y las mismas señales en la formacion de las montañas del Perú, que en las de los Alpes en Suiza. El globo entero, parece que sufrió en una misma época, idénticas catástrofes. A una altura que escede en mucho á la del Mont- Blanc, se encuentran suspendidas sobre las crestas de los Andes, petrificaciones de conchas. Huesos fósiles de elefantes, se hallan esparcidos en las regiones equinocciales, y lo que es mas notable, que no se hallan aquellos restos al pié de las palmeras, en las ardientes llanuras del Orinoco; sino sobre los mas elevados planos de las cordilleras. Tanto en el nuevo, como en el antiguo mundo, las generaciones de especies destruidas, han precedido á las que pueblan hoy dia la tierra, el agua, y los aires.

En la época en que arribaron los españoles, las especies de animales, hoy dia peculiares á la América, relativamente existian en corto número de individuos, porque el estado inculto de la tierra, era entonces menos favorable á la vitalidad, que lo que fué despues. Con efecto, se observa, que en todo pais descuidado y sin cultivo, el aire está como estancado en los bosques; las aguas producen vapores corrompidos; la superficie de la tierra sobrecargada de vegetacion informe, no recibe como debiera la purificadora influencia del sol; las enfermedades naturales del clima se aumentan en malignidad, y estas engendran otras no menos funestas que las otras. No se encontraron en las islas americanas al principio mas que cuatro especies de cuadrúpedos conocidos; y de doscientas especies diferentes de cuadrúpedos, que se cuentan hoy estendidas sobre la superficie de la tierra, apenas se halló una tercera parte todo sobre el continente. La naturaleza, menos fecunda, parece que fué aun menos vigorosa en la reproduccion de estos animales indígenas de la América, reducidos á menor tamaño, y mayor debilidad y timidez, por la influencia de su clima. Ningun animal del Nuevo-Mundo puede compararse al elefante ó al rinoceronte, por su grandor; ni al leon ó al tigre, por su ferocidad. El tapir del Brasil, el mayor de los cuadrúpedos de la América, tiene el tamaño

de un becerro de seis meses. El puma, y el jaguar, los que se reputan por mas feroces y carniceros, no tienen ni el valor de los leones, ni la voracidad de los tigres, cuyo nombre se les ha aplicado malamente. Las causas que concurren á disminuir el volúmen y el vigor de los mas grandes animales; por el contrario, son favorables á la propagacion y gran desarrollo de los reptiles, y de los insectos. Estas odiosas familias, hijas predilectas del calor, de la humedad y de la corrupcion, infectan con su presencia, todos los puntos de la zona torrida; pero mas que en otros, se multiplican con mas especialidad y rapidez en América, y sus individuos llegan á tener un grandor estraordinario, porque el principio de la vida, consume allí su actividad en las producciones de esta clase inferior. Las aves del Nuevo-Mundo, no están tan afectadas como los cuadrúpedos, por la influencia de la temperatura. Las de la zona torrida, tanto en América, como en Asia y en Africa, están adornadas de un plumaje que deslumbra por su brillo y sus hermosos colores, y la naturaleza, que parece haberse aquí contentado con embellecerlas con tan buen trage, ha denegado á su mayor parte el melodioso canto que embelesa y recrea el oido, con él que ha dotado á las de las otras zonas. Las aves de los climas templados, en el nuevo hemisferio, lo mismo que en el nuestro, tienen un esterior menos brillante, pero en cambio, su voz es mas dulce y melodiosa. En algunas regiones de la América, la temperatura mal sana del aire, parece haber perjudicado aun á esta parte de la naturaleza animada; vénse allí menos aves que en otros puntos, y el viagero se asombra al contemplar la soledad y silencio que reina en aquellos bosques. Es notable, sin embargo, que la América, cuyos cuadrúpedos son tan tímidos, haya producido el Condor, á quien no puede negarse la preeminencia sobre toda la raza volátil, tanto por su valor, como por el volúmen y la fuerza.

En cuanto al reino vegetal, teniendo en cuenta la diferencia de temperatura, el terreno del Nuevo-Mundo, es por naturaleza, tan rico y tan fértil, como lo restante del globo. Como el pais, en su descubrimiento, no contaba sino con un pequeño número de habitantes poco industriosos, y privados del ausilio de los animales domésticos, de los que las naciones civilizadas crian en tan gran número, la tierra tenia muy poco consumo. Los vegetales, resultado de su espontánea fertilidad, quedaban en su mayor parte intactos, y despues de haberse secado y podrido sobre su superficie, volvian á su seno para darle una superabundancia de materia vegetal. Es sabido que los árboles y las plantas, toman del aire y del agua, una gran parte de su alimento, y si aquellas son destruidas por el hombre ó por los animales, devuelven á la tierra, mas de lo que de ella recibieron, enriqueciéndola cada vez mas, y por eso las tierras inhabitadas de la América, pudieron ir aumentando progresivamente sus jugos durante muchos siglos. El número prodigioso de árboles, y su enorme corpulencia, atestiguan el vigor estraordinario de esta tierra en su estado natural. La exuberancia y la actividad de la vejetacion en su primitiva elaboracion, asombraron á los primeros agricultores europeos, tanto, que en muchos puntos, la industria y la inteligencia del cultivador, tuvo que ejercitarse, mas bien que en aumentar, en disminuir, y casi agotar una fecundidad supérflua, á fin de reducir á la tierra á un estado de fertilidad relativa, y á propósito para el cultivo.

Lo que acabamos de enunciar, respecto al corto número de indígenas de la América, comparado con la inmensidad del territorio que habitaban, no prueba que la existencia del hombre sea mucho mas reciente en el nuevo continente, que en el antiguo. Bajo los trópicos, la fuerza de la vegetacion, la anchura estraordinaria de los rios, y las inundaciones parciales, han sido poderosas trabas para el movimiento y comunicaciones entre los pueblos. En el Asia Boreal, hay paises tan poco poblados, como las grandes sábanas del Nuevo-Méjico, y del Paraguay, y para dar

razon de esto, no es necesario suponer que los territorios mas antiguamente habitados, sean los que hoy presentan mas masa de habitantes; y por lo tanto, es importante demostrar:

1.° Cuan falsa es la opinion de los filósofos, que dan á los americanos un orígen especial, distinto del que han tenido los pueblos del antiguo continente.

2.° Que el estado en que se encontró á los americanos, en el siglo xv, era un estado de degeneracion, y no su estado primitivo.

3.° Que el conocimiento del cristianismo, ya lo tuvieron los americanos, antes de la llegada de los españoles.

Estas tres proposiciones, van á ser sucesivamente examinadas.

CAPÍTULO XXIX.

Falsedad de la opinion de los filósofos, que atribuyen á los americanos un orígen especial y distinto del de los pueblos del antiguo continente.

Tres partes del mundo conocido atestiguaban ya la grandeza de Dios; el descubrimiento de un Nuevo-Mundo, poniendo de manifiesto otras nuevas maravillas, debió aumentar la admiracion del hombre respecto al Autor del universo. Sin embargo, en lugar de exaltar en él el sentimiento del amor y del reconocimiento, la América y sus diferentes naciones sirvieron de pretesto para discutir y poner en duda los principios del cristianismo. El escéptico Montaigne dió sobre esas tribus una de sus ligeras opiniones en estilo medio serio y burlon, y con la apariencia de franqueza y buena fé de que están impregnados la mayor parte de sus escritos, hizo surgir cuestiones sin número, que condujeron á resultados, que ni aquel mismo pudo calcular. Voltaire, despues de él, y los demás filósofos enciclopedistas del siglo xvIII, imitados por algunos naturalistas del siglo presente han empleado los mayores esfuerzos para probar, que los americanos forman en el globo un pueblo aparte, con su orígen propio y distinto del de los indígenas de nuestro hemisferio; que las primeras cabezas de esta familia, nacieron en el nuevo continente; que hay por consiguiente dos especies de hombres en el mundo, y no una sola, como dice el Génesis, que pone á Adan, como á su primer padre, y que por consiguiente, la historia del Antiguo Testamento, no merece crédito ni fé. Esos nuevos filósofos apoyaron ese sistema en el aislamiento de ambos continentes, separados de todas partes por mares, que debian ser un obstáculo insuperable á la traslacion del hombre de uno á otro; además se fundaron en las particularidades de color, de forma, de organizacion, y de lenguage peculiares á los americanos; y por último, sobre la ausencia ó falta de algun hecho ó documento histórico, que probase la unidad de orígen de los aborígenas de ambos hemisferios. Desde la época en que la incredulidad, rebuscaba con avidez en los anales de la ciencia ideas que la sirviesen de argumento contra la fé cristiana, las mismas ciencias, dejándose arrastrar como á remolque por la impiedad, nunca han dejado de protestar ante la faz del mundo, contra las violencias que se las ha hecho sufrir, y cada dia están dando los mas claros testimonios de las imposturas que las ha atribuido la impiedad. Es cosa probada hoy dia, que los indígenas de la América, no son los hijos de la naturaleza, en los términos que los sofistas se han complacido en repetir; sino que son descendientes mas ó menos degenerados de las mismas sociedades del antiguo continente, arrojados, por decirlo así, en el nuevo, en diferentes épocas, ya por medio de emigraciones forzosas ó voluntarias, ya por la fuerza de las tempestades, ó ya por otras causas que nos son aun desconocidas. La gran proximidad de ambos continentes, en las regiones boreales; las imponentes ruinas esparcidas sobre el suelo de la América; los estilos asiático, egipcio y griego, conocidos y adoptados por sus arquitectos, y por último, las relaciones de idioma, de usos y costumbres, de tradiciones religiosas, de calendarios, y de todo lo que se ha descubierto en los anales americanos; todo ello demuestra

que estos indígenas han tenido el mismo y comun orígen que nosotros.

Los judíos, dice la Revista de Dublin, conservan una tradicion, segun la cual, aun en los tiempos ante-diluvianos, las diferentes partes del mundo eran y estaban poco mas ó menos como se vén hoy dia. Ellos pretenden, que los principales continentes, las principales islas, montañas, rios, etc., del mundo antediluviano, estaban situados casi en la misma posicion relativa en que hoy nos lo demuestra la geografía moderna. Para establecer esta teoría se fundan en las palabras de Moisés, que dá á las montañas y á los rios de su tiempo el mismo nombre bajo el cual fueron designados antes del diluvio. Conforme á estas presunciones, los rabinos afirman que la América estaba ya poblada antes del gran cataclismo. Sin discutir su afirmacion, la citada Revista, toma por punto de partida el diluvio, cuya universalidad atestiguan los fenómenos geológicos, así como las tradiciones religiosas de todas las partes del globo. Despues, y á consecuencia de esta catástrofe, los noachides, ó descendientes de Noé se alejaron de las vertientes de las montañas de la Armenia y comenzaron á repoblar los continentes de nuestro planeta. Los descendientes de Sem ocuparon especialmente el Asia; los de Cam, el Africa; los de Jafet, la Europa y las islas occidentales. El flujo principal de la poblacion humana se dirigió siempre de este á oeste, realizándose así la profecía de Noé: «Dios dilatará á Jafet,» cuyo nombre significa *dilatacion*, Bochard dice de su posteridad: «Además de la Europa con su inmensa estension, poseia aquella raza el Asia menor, la Armenia, la Media, la Iberia, la Albania y las vastas regiones hácia el norte, habitadas antiguamente por los escitas, y al presente por los tártaros; así no es imposible, continua, que el Nuevo-Mundo fuese tambien poblado por alguno de sus descendientes del norte, que pudieron penetrar en él por el estrecho de Anian.» Entre los hijos de Jafet, debemos hacer notar á Javan el presunto antepasado de los javanios, jonios ó griegos, pues aunque algunos han supuesto que los javanios ó los jonios fueron los primeros que poblaron la América, fué en Perseo y en Hércules en quienes los griegos descendientes de Jafet, personificaron el afan de los descubrimientos. Dejando á Javan, debemos sobre todo hacer notar á Gomer, otro hijo de Jafet, cuyo nombre presenta mayor y mas sensible relacion con el de su padre, puesto que este significa *estension, inmensidad*, *plenitud*, palabras que implican un grande desarrollo. Este Gomer está representado en el lenguaje de la literatura griega, por Atlas, nombre derivado de una palabra siríaca, que significa *espacio*; y la raza de los gomeritas, para los griegos, es la misma que la de los Atlantes, que se estendieron hasta las regiones mas apartadas del oeste. Esta dilatacion no debe admirarse, tanto mas, cuanto que los noachides, dirigidos por la esperiencia que habia guiado á su gefe en la construccion del arca se ocuparon desde luego en la construccion de barcos, y estudiaron con gran ardor las leyes y reglas de la navegacion, durante el establecimiento de las naciones despues del diluvio Kircher, Landate, y Campanella, han supuesto que ellos ya estaban familiarizados con el uso del compás. Sea de esto lo que quiera, cuando los diferentes pueblos se repartieron la porcion del globo que se les habia designado, al tener que poblar algunas de sus islas, que ya debieron existir despues del diluvio, no pudieron descuidar el arte de la construccion de buques para poder llegar á ellas. Sabemos por las tradiciones de los griegos, que Perseo y Hércules, representantes mitológicos de sus descubrimientos, visitaron las Hespérides, habitadas por la descendencia de Atlas. Tambien parece que tuvieron medios para encontrar la Atlántida, que comprendia, en su orígen, todas las islas del océano Atlántico, así como en nuestros tiempos modernos, la sola palabra Australia, comprende el numeroso grupo de islas que están en el océano Pacífico. Estas islas Atlánticas, ó sea la parte occidental de la Atlántida, que ya Platon describe como situadas

mas allá de las columnas de Hércules ó sea el estrecho de Gibraltar, tenian en su principio una grande estension y ocupaban una considerable parte del espacio comprendido entre la Europa, y la América. Muchos sábios que han examinado con detencion el carácter distintivo de las Canarias, Azores, etc., confirman esta opinion. En este caso, estas islas debieron naturalmente llamar ya la atencion del antiguo mundo, y facilitado la navegacion de los Atlantes, al norte y al sud de la América, formando la parte principal de la antigua Atlántida, que Platon dice ser tan estensa como el Asia y la Europa reunidas. Tal seria probablemente el estado de las cosas, cuando se supone el diluvio de Ogyges y Deucalion, ocasionado quizá por una elevacion de islas volcánicas y el desbordamiento del Ponto Euxino. Esta vasta inundacion que cubrió una gran parte del Atica, se estendió á lo largo del Mediterráneo, y avanzando al través de las columnas de Hércules sumergió una gran parte de las islas atlánticas La *Historia universal* de Muller corrobora esta teoría. «Esta era la opinion de Pallas, dice este escritor, que el Ponto Euxino y el mar Caspio, lo mismo que el rio Ural y muchos otros, son el resto de un vasto mar, que cubrió una gran parte del norte de Asia.» Se ha conjeturado que la abertura del Bósforo fué el camino por donde este océano desembocó del medio del Asia y de la Europa. Como consecuencia de esta gran catástrofe causada por las erupciones volcánicas, cuyos cráteres aun ardian, cuando sucedió el viage de los argonautas, el fondo del Mediterráneo y del Atlántico sufrieron un cambio por algun tiempo. Los antiguos navegantes se quejaban de que muchos bancos y escollos hacian peligroso el paso del océano Atlántico, y sus observaciones tenian, por lo visto, un fundamento probable. Con efecto, Platon, bajo la antigüedad de antiguas tradiciones, que le hicieron conocer los sacerdotes de Sais, en Egipto, habla de una comarca situada al otro lado de las columnas de Hércules, que fué tragada por el mar durante una noche de tempestad, y por lo tanto es posible, que despues de la submersion de este territorio entero, que seria el que reuniria los dos continentes, la navegacion debiese ser muy difícil, hasta que rebajándose poco á poco los terrenos inundados fuesen presentando una mayor profundidad y fondo, y permitido á las aguas alejarse de las costas de Europa. Es tambien por otra parte notable que los navegantes modernos han observado muchos bajos situados poco mas ó menos á una misma línea y que se estienden al través de las Azores, desde la España hasta Terranova. Añadirémos, además, que no es solo Platon el que habla de una region situada por cima del océano Atlántico, y de un gran número de islas situadas sobre sus costas; Aristóteles conocia tambien la tradicion de un continente no menos vasto que el antiguo mundo. Podriamos tambien citar un hecho referido por la *Gaceta Universal de Bogota*; aunque puesto en duda por Mr. Balbi, y es, el que un contemporáneo de Aristóteles pisó el suelo del Brasil. En Dolores, no lejos de Montevideo, se encontró una piedra sepulcral con carácteres desconocidos que cubria una pequeña bóveda de ladrillo, que encerraba en su fondo dos sables antiguos, un casco y un escudo muy deteriorados por el orin, y una anfora de barro de gran dimension. Examinados estos restos por el sábio P. Jesuita Martinez, creyó poder leer sobre la piedra esta inscripcion en carácteres griegos: «Alejandro, hijo de Felipe, fué rey de Macedonia, en la 63ª olimpiada. En estos lugares, Ptolomeo...» El resto faltaba. En la empuñadura de las espadas se veia una efigie, que parecia representar á Alejandro, y sobre el casco, un cincelado, que segun el arqueólogo, figuraba á Aquiles, arrastrando el cadáver de Hector alrededor de los muros de Troya. «Quién sabe, si Ptolomeo, este caudillo tan conocido de la flota de Alejandro, arrastrado por una tempestad, en medio de lo que los antiguos llamaban la gran mar, fué arrojado á las costas del Brasil y señaló allí su paso por este monumento? Suponiendo exacto este hecho hubiera podido ha-

ber apoyado la opinion de la *Revista de Dublin*, de que la poblacion de América se debe á la raza gomerita ó europea.

Esta publicacion periódica, al hablarnos de un monumento, en la apariencia cartaginés, encontrado hace algunos años en los bosques inmediatos á Boston, añade que pudo muy bien suceder, que algunos tirios ó cartagineses hubiesen sido arrojados por la tempestad, sobre estas costas, para ellos desconocidas, y que en la incertidumbre de que estas regiones se descubriesen mas adelante, quisieron antes de abandonarlas, dejar para lo venidero este monumento y recuerdo de sus aventuras. Mr. de Kempe, en una sesion de la sociedad de anticuarios de Londres, ha espresado una opinion mas formal sobre el conocimiento que los fenicios tuvieron de la América, presentando los dibujos de veinte y dos vasos y lámparas pintadas, halladas en las tumbas de los Incas del Perú. La mayor parte eran notables, por su entera semejanza con los utensilios del mismo género, descubiertos en las sepulturas de Egipto. Algunos tenian la forma de los modelos griegos; y otros se parecian á las anforas romanas, lo cual no es de estrañar, puesto que es cosa conocida que los egipcios enseñaron su alfareria, y otras diferentes artes á los griegos, y estos las comunicaron á los romanos. Mr. Kempe no titubea en asegurar que los vasos y lámparas en cuestion, cuyos dibujos presentó, fueron introducidos en la América meridional por los fenicios, atendido á que estos atrevidos navegantes, usaron y poseyeron grandes buques, que por el número y tamaño de sus remos, así como por sus grandes velas, podian impelerles á marchar aun contra viento y marea. La estension de sus grandes conocimientos en astronomía náutica, compensaba su ignorancia de la brújula, y así pudo ser, dice aquel sábio, con efecto posible, el que sino poblado, hubiesen visitado las costas del Perú.

Ya en los tiempos de Salomon, las flotas de Ofir y de Tarsis, penetraban en la estrema mar de Oriente. Los marineros y pilotos ismaelitas y árabes, aunque idólatras, que dirigian estas flotas semi-fenicias y judías, llevaron su culto de los astros, su lengua, su calendario, y sus ciclos, hasta la China, Corea y el Japon, pasando por mares sumamente tempestuosos, que con mucha facilidad pudieron arrastrar sus buques sobre la costa oeste de las dos Américas. Valentin, Kœmpfer y Kotzebue, mas recientemente, citan el hecho de haber sido arrastrados de ese mismo modo, varios juncos japoneses, ó que han sido enviados á la descubierta, y que habiendo llegado á las costas de América, atinaron luego á regresar desde ellas al mismo Japon.

Otros habitantes pudieron tambien, del centro del Asia, penetrar en América, y esto por tierra en gran parte, ya sea pasando por la Siberia y el estrecho de Bering, ya tambien por las islas Kuriles, el Chamtachatka y las islas Aleutinas que se prolongan hasta el norte de la California. Desde mediados del siglo XVIII, Steller y Krachenirnikw, han reconocido perfectamente la realidad de esta fácil comunicacion, é indicado los rasgos de semejanza que existian entre los kamtchatkadales, y otros pueblos del norte del Asia, con los indígenas de la costa opuesta de América. Sorprendido Buffon de la exactitud de sus observaciones, en su discurso sobre las variedades de la especie humana, ha dado por cierto, que los pueblos del nordeste de la América, y aun los de Méjico, debieron venir de la Tartaria, y del Asia central por este camino, que tan fácil han demostrado ya los nuevos descubrimientos de los rusos. Robertson, asegura tambien que los antepasados asiáticos de los americanos, habiéndose establecido en aquellos puntos del Nuevo-Mundo, cuya proximidad al nuevo continente, han hecho constar los rusos, se fueron estendiendo por grados en el resto de la América. «Esta idea del progreso de la poblacion en el Nuevo-Mundo, añade este historiador, está acorde con las tradiciones que los mejicanos tenian sobre su propio orígen, y que por imperfectas que ellas fuesen, habian sido con-

servadas con mas cuidado, y merecian por lo tanto mas confianza que las de los otros pueblos de la América.»

No solamente el estrecho de Bering, y las islas Aleutinas, pudieron servir de fácil transito á los asiáticos, para poblar ó visitar la América, pues á mas de esos, el Dr. Lang, emite la opinion de que sus primeros habitantes, descienden de los isleños de los mares del sud, originarios ellos mismos de Asia, como lo prueba la distincion de castas; la institucion del tabu, admitidas en estas islas, la circuncision, que está en uso en muchos grupos de la Polynesia; la semejanza de los ídolos, con los del Asia oriental; la analogía de la conformacion física, de sus costumbres y lenguas, con las de los malayos, y otra porcion de rasgos. En todas épocas, añade, los malayos han frecuentado el archipiélago indio, visitado las Molucas, y aun establecido pesquerias en la Costa septentrional de la Nueva Holanda, así pues, nada tiene de improbable que este mismo pueblo malayo, navegante y atrevido, despues de haber sucesivamente descubierto todas las islas del archipiélago, y de haber igualmente reconocido, y quizá habitado las islas de Pascuas, hayan podido abordar desde ellas fácilmente, á la costa occidental de la América. Para confirmar esta teoría, el Dr. Lang, trata de probar, que la civilizacion de Méjico y del Perú, en la época de la espedicion de los españoles, tenia un aspecto esencialmente poline.io, y para demostrarlo, aduce una porcion de usos y costumbres, idénticos entre los isleños de la Austrolasia y las tribus americanas, sobre todo los de la Guyana, y cita una gran porcion de nombres de lugares de la América ecuatorial, como esencialmente polinesios, bajo el aspecto finético y ortográfico, y por último, esplica la razon del canibalismo, en ciertas naciones del nuevo continente, por esta inmigracion de razas polinesias en la América, fenómeno en el órden moral, que el Nuevo-Mundo no hubiera conocido, si hubiese sido esclusivamente poblado y colonizado este pais por las tribus del norte del Asia. Por lo tanto, el Dr. Lang está seguro de que no debieron ser los de Kamthatka, que entraron por el estrecho de Bering, los primeros y únicos colonos del nuevo continente; sino que debieron penetrar otros, de diferentes partes y razas, cuando se vén en la América misma carácteres fisiológicos y morales, tan variados y tan diferentes los unos de los otros. Por otro lado, Mr. d'Orbigny ha probado perfectamente que las inmigraciones de los Brasileño-Guaramis, ó por otro nombre, Cáribes, en lugar de proceder del continente del norte al del sud, han sido al revés, de sud á norte, llegando así á las Antillas, donde por primera vez encontraron los europeos á esas tribus.

La opinion de que los aborígenas americanos forman una raza *sui generis*, por estar dotada de un tinte cobrizo y de una complexion particular, ha sido ya refutada en América misma por el médico Mitchell, profesor de Historia natural de New-York, que ha demostrado, que los indígenas de ambas Américas proceden de la misma rama, y pertenecen á la misma familia que los habitantes del norte y del sud del Asia.

Las tribus septentrionales, eran probablemente mas robustas, mas feroces y mas guerreras que las meridionales; los pueblos de latitudes menos elevadas, por lo general, están mas avanzados en las artes, y particularmente en las de fabricarse trages para cubrirse, labrar la tierra y de construir fortificaciones para su defensa. Esta consecuencia importante, y la de que las hordas situadas en latitudes menos elevadas, han subyugado á los habitantes mas civilizados, pero mas débiles de las regiones mas inmediatas al Ecuador, se ha averiguado por un paralelo establecido entre las naciones de Asia y las de la América. Los alanos y los hunnos desolaron la Italia; los chipewas y los iroqueses, destruyeron á los pueblos y establecimientos limítrofes, á las dos orillas del Ohio, y á su semejanza, los tártaros conquistaron la China; los aztecas sometieron á Méjico. Segun el mismo Dr. Mit-

chell, la raza que sobrevivió á estos conflictos terribles, entre las diversas naciones de los antiguos indígenas de la América del norte, fué evidentemente una raza tártara, proposicion fundada á la vez en la semejanza de razas y de fisonomía, afinidad de idiomas y costumbres, y sobre la idéntica especie del perro de Siberia en Asia, y del perro de América. Esta última semejanza, es por si sola un hecho importante, porque el perro, entre todos los animales, es el compañero, el amigo, ó el esclavo de los hombres en todas sus emigraciones, y bajo este punto de vista, continua Mitchell, la historia del perro dá una gran luz, sobre la historia de los hombres y de sus descendientes. El animal que hace veces del perro, entre los indígenas de la Siberia y de la América, difiere mucho del animal doméstico y familiar, que lleva ese mismo nombre en Europa. Este, ó es de una especie diferente, ó pertenece á una variedad muy lejana de la misma especie. Pero la identidad del perro de América, y del *canis sibericus*, está probada por muchas consideraciones. Uno y otro, por lo general son blancos, tienen el pelo largo, el hocico algo afilado y las orejas derechas; son ambos voraces y ladrones, y hasta cierto punto indomables; esconden cuanto encuentran, y atacan á veces aun á sus propios dueños. Son inclinados á gruñir y á enseñar los dientes, y ahullan mas que ladran. En ambos hemisferios, se les hace trabajar, empleándoles en arrastrar fardos, tirar de trineos ú otras obras semejantes, y para esto se les enjaeza como á los caballos.

Despues de haber enunciado que la raza que sobrevivió á los combates de las naciones de la América del norte, es de orígen tártaro, el Dr. Mitchell, añade, que la antigua que fué esterminada en estos conflictos, era á su parecer una raza malaya. Hace ya algunos años que en el Kentuckey, y en el Tennesee, en el fondo de las cavernas de donde se saca el salitre y la caparrosa, se han descubierto cadáveres de estos antiguos indigenas, envueltos con lienzos y ropages. Su conservacion y su disecacion perfecta, les ha hecho recibir el nombre de momias, y estas constituyen una de las mas interesantes antigüedades de la América septentrional. Hablarémos especialmente de un cuerpo humano examinado en 1813, en la caverna de Mammuth, inmenso subterráneo de la pradera sud de Kentuckey, que ha sido esplorado en una estension de catorce millas (cinco leguas y media) en línea recta. El cuerpo en cuestion era de una muger de talla gigantesca, de cinco piés diez pulgadas inglesas. Se le encontró agachado en un hueco de tres piés cuadrados de fondo, tapado con una piedra plana. Las muñecas estaban liadas con una cuerda y plegadas contra el pecho, y tocaban con las rodillas. El cuerpo estaba envuelto en dos pieles de ciervo medio curtidas y sin pelo, sobre las que se habian dibujado sarmientos y hojas de parra. Sobre estas pieles estaba un paño; á los piés, un calzado particular, y una especie de saquillo que contenia los objetos siguientes: siete adornos de cabeza hechos de pluma de águila, ó de otra ave de rapiña, reunidos en forma de abanico y plegados unos en otros; una quijada de oso, arreglada para poder ser llevada como adorno, pendiente del cuello; una garra de águila, destinada para el propio uso. Muchas uñas de gamuza engarzadas como un rosario; varios silvatos hechos de caña, de seis pulgadas de largo y atados juntos; dos grandes pieles de serpientes de cascabel, de las que una tenia catorce anillos sonoros; un peloton de nervios de gamo, para coser sin duda, parecidos á cuerdas de violin; algunos ovillos de hilo grueso de dos ó tres cabos; una bolsa en forma de maleta, que se abria por el medio y á lo largo con dos cuerdas fijas á las estremidades, que pasando por unos ganchos, cerraban esta especie de balija ingeniosamente construida. Tanto el paño, como el calzado, la bolsa, el hilo y los cordones, eran de filamento de corteza, ó corcho trabajado ya en trenza ya como una especie de tejido. El saco tenia un doble bordado de tres pulgadas, que le daba mas fuer-

za. La descripcion de estos objetos encontrados, permite apreciar y conocer algo el trage de las mugeres de esta raza ya estinguida. Esta ocupaba la region situada entre los lagos Ontario y Erie, al norte, y el golfo de Méjico al sud. Muchas circunstancias inducen á creer que esa raza tenia el mismo orígen, y los mismos usos que los habitantes de la Austrolasia, y de las islas del mar Pacífico. La contextura de la tela ó paño que envuelve á las momias, es sin disputa la misma que tienen las telas traidas de Wakash, de las islas de Saudwich y Fidgi, por los modernos navegantes. Existe una semejanza perfecta entre los mantos de plumas, que se encuentran hoy dia en las islas del mar del sud, y las cubiertas que revisten á estas momias. Las plumas de ave que los forman, están entrelazadas ó sugetas por varios hilos, con un artificio especial, y el agua corre por encima sin mojar ni penetrar adentro. Las mallas de estos hilos están muy bien hechas y con igualdad. Los zapatos hechos tambien de corcho, delicadamente trabajado, son el producto de una industria muy notable. En los paises ocupados en otro tiempo por aquellas tribus destruidas, se encuentran aun trozos de escultura antigua que representan diferentes objetos, y en especial cabezas humanas. Vénse tambien atrincheramientos y fortificaciones, dispersas aquí ó allá, sobre la fértil comarca que estos pueblos poseian, y por lo que se vé, puede muy bien suponerse que eran capaces de construir obras mucho mas sencillas y variadas. Por último, las momias presentan el mismo ángulo facial y la misma forma de cráneo, que la raza de los malayos. Todo anuncia pues que aquella ha poblado las islas del grande Océano. Recientemente se ha creido, que llevaron sus inmigraciones hasta las islas Canarias, y que los guanches, sus primitivos habitadores, cuyas momias subsisten, eran una de sus colonias.

Réstanos aun consignar aquí otra hipótesis propuesta por el P. Gumilla, jesuita, en su *Historia del Orinoco*. «Los indios americanos, dice, descienden de Cam, segundo hijo de Noé, de la misma manera que nosotros descendemos de Jafet, por Tubal, que pobló la España, el cual, era nieto de Noé, y vino á esta península ciento treinta años despues del diluvio universal, el 1788 de la creacion del mundo. La Arabia, el Egipto, y el resto de Africa, tocaron á Cam, y algunos de sus nietos ó biznietos, habiéndose embarcado, y siendo arrojados por la tempestad, pasaron desde el Cabo-Verde, al Cabo mas avanzado de la América meridional, que es el de Fernambuco. Yo no busco otra prueba de mi parecer, que la paciencia con que los indios soportan el yugo de la dominacion española, á lo que puede añadirse el envilecimiento y prostitucion de ellos mismos, que les conduce hasta el punto de servir á los negros esclaves de los europeos. Y aun hay mas. Lo que me ha dado mucho que pensar, es el reparar, que sirven aun con mas buena voluntad á un negro esclavo de Angola ó de Mina, que á un europeo de cualquier calidad que sea. Tambien he observado; que por bien que un europeo trate á un Indio, ya sea en vestirle ó en darle de comer, tarde ó temprano abandona á su señor, y se pone al servicio de un negro que le maltrata mucho y alimenta menos, y sin embargo, en lugar de huirle, le sirve con el mayor afecto. ¿Qué misterio encierra esto? Lo que acabo de espresar, pasa al pié de la letra, y no yo solamente, sino otros lo han observado. ¿Cuál puede ser la causa de una conducta tan estraordinaria? Unicamente respondo á esto, que ellos no obran de esa manera, sino para realizar y hacer verdadera y patente la maldicion que Noé pronunció contra Cam, cuando se despertó, diciéndole: (*Gen.*, c. IX, v. 15), *que él seria esclavo de los esclavos de sus hermanos*, y tales son exactamente los indios que cumplen este vaticinio, no por fuerza y á su pesar, sino por gusto y eleccion, para verificar la maldicion. Cuantos europeos han estado, y están en la América, saben que la embriaguez es el vicio mas comun y dominante de los indios, y yo atribuyo tambien al orígen de Cam esta propension uni-

versal, lo mismo que la desnudez en la que viven los pueblos idólatras de la América. Cam, como se dice en el Génesis, se mofó de la desnudez de su padre, y de la deshonesta actitud en que dormia; y por un efecto de la maldicion, lo que en Noé, no fué sino un accidente puramente fortuito, llegó á ser casi natural en los indios, descendientes de Cam, puesto que ellos han quedado inclinados á la embriaguez, y tienen por su mayor placer el ir desnudos. Herrera cita á muchos indios, en sus Décadas, que contaron á los españoles, al principio de sus conquistas, que por una tradicion de sus antepasados, tenian conocimiento del diluvio y de Noé, y que ellos descendian de su segundo hijo, que fué maldecido por haberse burlado de la desnudez de su padre, y que á causa de esta maldicion, ellos vivian desnudos. A esto se me responderá, que los negros siguen la propia costumbre; pero yo tengo por cierto, que los negros descienden igualmente de Cam, con la sola diferencia, que estos tienen el alma menos baja que aquellos, puesto que se vén diariamente indios que voluntariamente se ponen al servicio de los negros, mientras que no hay negro que quiera rebajarse á servir á un indio, y este carácter altanero de éstos, podrá provenir de la diferencia de temperamentos, ó de los alimentos, ó de otras causas desconocidas hasta el dia.

« Digo, en segundo lugar, que las naciones del Orinoco y sus limítrofes, observan muchas de aquellas ceremonias que los hebreos practicaban durante su permanencia entre los gentiles, las cuales siguen ciegamente, y sin poderse dar razon de ello, guiados solo por la tradicion recibida de sus antepasados, de lo que se puede igualmente deducir, que despues que la América fué poblada por los descendientes de Cam, se trasladaron despues á ella un gran número de hebreos, cuando la dispersion de este pueblo ingrato, los cuales enseñaron á sus primeros habitantes, las ceremonias de que yo hablo.

« La circuncision, esta señal distintiva del pueblo de Dios, aunque practicada con cierta variedad, está aun en uso en estas naciones idólatras. Los salivas, en los tiempos que la practicaban, y los que viven en los bosques, circuncidaban sus hijos al octavo dia de nacer, y lo hacian de un modo tan cruel, que morian muchos de ellos. Las diferentes naciones de Cuiloto, de Uru, y de los otros rios que desembocan en el Apuré, practicaban tambien este uso, añadiendo á él, considerables heridas en los brazos, y en otras partes del cuerpo. En 1721, encontré un niño en estos bosques, ya moribundo, cuyas heridas se habian envenenado, y cuyo cuerpo estaba cubierto de un pus corrompido. Para que los niños sintiesen menos esta operacion, se les embriagaba antes. Las señales de la circuncision, no son menos crueles entre los indios guanos y otomacos.

« La poligamia, permitida tambien entre los hebreos, y el repudio, están igualmente, en vigor en estos pueblos, como igualmente, la aversion á la carne del cerdo, prohibida tambien entre los judíos.

« Las unciones y perfumes que empleaban en otro tiempo los hebreos, subsisten aun entre los pueblos del Orinoco en toda su fuerza, y los indios se creen obligados á lavarse el cuerpo tres veces al dia. ¿Quién no vé en todo esto el judaismo de estos pueblos?

« Aun podré ir dando otras pruebas á medida que se me presenten; pero para no amplificar mas este asunto, concluiré protestando, que si el espíritu de codicia y de interés llegase á perderse entre los judíos, se encontraria entre las naciones del rio Orinoco y sus cercanias, cuyo estilo en esta parte es idéntico al de los hebreos. La inconstancia, la ineptitud, la infidelidad, la timidez, y todos los demás vicios que la Escritura Santa atribuye al pueblo judío, se encuentran en los pueblos de que yo hablo, sin esceptuar uno, aunque en diferentes grados; de todo lo que deduzco, que los unos descienden de los judíos que fueron dispersados en los tiempos de Salmanazar, y los otros, han tomado de estos sus usos, costumbres y ceremonias. »

El P. Gumilla, habla además de la manera, con que á su parecer, fué poblada la América, y confirma lo que Diodoro de Sicilia cuenta de los fenicios (1) por un suceso reciente y público. « Encontrándome, dice, en 1731, en el mes de diciembre, en la ciudad de San José de Oruna, capital del gobierno de la Trinidad de Barlovento, situada á doce leguas de la embocadura del Orinoco, supe por sus habitantes, que habia arribado á su puerto un barco, procedente de Tenerife, cargado de vino, conducido por cinco ó seis hombres flacos y descarnados, los cuales, despues de haber hecho provision de pan y otros víveres para cuatro dias, pasaban de Tenerife á otra isla de las Canarias. Sorprendiéndoles la tempestad, se vieron obligados á dejarse correr por los vientos y las olas, por espacio de muchos dias, y habiendo consumido cuantos víveres tenian, se redujeron á no tomar mas que vino por todo alimento. Próximos ya á perecer, por una gracia especial del cielo, descubrieron la isla de la Trinidad, que está frente al Orinoco. Llegaron allí, y dieron fondo en el puerto español con grande asombro de la guarnicion y de sus habitantes, que acudieron todos á presenciar lo que puede llamarse prodigio. Con este reciente testimonio ¿quién podrá ya negar, que esto que ha sucedido en nuestros dias, no haya podido ocurrir en los siglos pasados, y mas, cuando citan hechos de esta clase, autores clásicos? Nada hay mas natural, que despues que fueron pobladas las costas de España, de Africa, etc., muchos barcos de estos paises fuesen arrebatados por el viento y por las olas hácia el poniente, lo mismo que aquel de las Canarias, y tanto mas, cuanto que no es creible, que los descendientes de Noé que poblaron estas costas orientales, olvidasen el arte de la construccion que Dios habia enseñado al santo patriarca. Es verdad que en los primeros tiempos, los hombres no navegaban sino de tierra á tierra, costeando, no conociendo aun la brújula; pero nada impide que á pesar de eso, un viento fuerte arrastrase los barcos á plena mar, y les obligase á seguir el camino de los canarios arriba citados. Mr. de Fer, asegura, en apoyo de esto mismo, que en el siglo xv, un barco vizcaino fué arrojado por la tempestad sobre las costas de la América; pero que no habiendo podido abordar á ellas, á causa de los vientos contrarios, vino á arribar á Madera, donde á la sazon se encontraba Cristóbal Colon, el cual, comparando la relacion del vizcaino, con las ideas que él ya habia concebido, resolvió por fin intentar el descubrimiento de este vasto continente... (1) El mismo S. Agustin dá á entender, que él no dudó de que los paises de ultramar no hubiesen sido poblados de la manera que acabamos de enunciar (2). Aunque la conjetura, ni el entusiasmo poético de Séneca, poco puedan añadir á las pruebas que acabo de alegar, con todo, aun en eso, no puede despreciarse la asercion de un autor tan versado como él, en la antigüedad, para que se le pase en silencio (3), y aquel supone en una de sus comedias, que algunos barcos fueron arrojados por el viento á tierras desconocidas, que él creyó

(1) « Cum Africæ littera legerem ingentibus ventorum procellis ad longicuas in Occeano tractus fuisse abreptos: tandem ad insulam pervenisse ingentis magnitudinis. » (Lib. VI, cap 7.) Nota del Autor.)

(1) El amor propio de los españoles que quisieron atribuirse la prioridad del descubrimiento de la América, en perjuicio del ilustre genovés, ha dado curso á esta historia. En su lugar diremos mejor con el P. Charlevoix, jesuita francés, en su *Historia general de la Nueva Francia*. Tom. I, pág. 6. « Es mucha gloria, dice, para la Italia, que las tres potencias europeas que se han repartido entre si casi toda la América, sean deudoras de sus primeros descubrimientos á los italianos, á saber: los castellanos, á un genovés (Cristóbal Colon), los ingleses, á dos venecianos (Juan Cabot y sus hijos), y los franceses, á un florentin (Verazzano). Yo agregaria á estos hombres ilustres otro florentin (Américo Vespucio), que prestó grandes servicios á los castellanos y á los portugueses en el Nuevo-Mundo, si aquel debiese á su mérito, y no á una superchería indig a de una persona honrada, la gloria que ha tenido de dar su nombre á la mayor de las cuatro partes del mundo conocido. » (N. del Aut.)

(2) « Homines, multiplicato genere humano, ad insulas inhabitandas navigio transire potuisse, quis ambigat? (De Civitate Dei. L. XVI, c. 6.) (N. del Aut.)

(3) Séneca, *actu secundo in Medea*.

Venient annis.
Sæcula seria, quibus Occeanus
Vincula rerum laxet, et ingens
Pateat tellus, tbetyasque novos
Detegat orbes, nec sit terris.
Ultima Thule. (Not. del Autor.)

que corriendo el tiempo, llegarian á descubrirse, como así ha sucedido. »

Completarémos nuestras citas, presentando la opinion de Mr. Alejandro de Humboldt, autoridad, la mas grave y decisiva que podemos invocar en esta materia.

« El problema, dice, de la primera poblacion de la América, no pertenece al dominio de la historia, así como las cuestiones sobre el orígen de plantas y animales, y sobre la distribucion de los gérmenes orgánicos, no son tampoco del dominio de las ciencias naturales. Al remontarse la historia á las épocas mas antiguas, nos presenta casi todas las partes del globo, pobladas por hombres que se creen aborígenas, porque ellos mismos ignoran su filiacion. En medio de la confusion de tanta multitud de pueblos que se han sucedido y mezclado los unos con los otros, es imposible el reconocer con exactitud histórica, la primera base de la poblacion primitiva, posterior á las tradiciones cosmogónicas.

« Las naciones de la América, á escepcion de las inmediatas al círculo polar, forman una sola raza, caracterizada por la confirmacion del cráneo, por el color de la piel, por la escasez de la barba, y por los cabellos lacios y lisos. La raza americana, tiene semejanzas y relaciones muy marcadas con la de los pueblos mongoles, que encierra los descendientes de los Hiong-nu, antes conocidos con el nombre de hunnos, kalkas, kalmukos y burattes. Observaciones recientes me han probado, que no solamente los habitantes de Unalaska, sino tambien otras muchas tribus de la América meridional, indican por los carácteres osteológicos de su cabeza, un paso de la raza americana, á la raza mongola. Cuando hayan sido mejor estudiados los hombres morenos ó cobrizos del Africa, y ese enjambre de pueblos que habitan el interior y el nordeste del Asia, y á quienes viageros sistemáticos y poco observadores, designan vagamente bajo el nombre de tártaros y de tschondes, entonces, las razas caucasiana, mongola, americana, malaya y negra, aparecerán menos aisladas, y se reconocerá en esa gran familia del género humano un solo tipo orgánico, modificado por circunstancias que probablemente por siempre nos serán desconocidas.

« Hasta aquí, ha parecido imposible señalar la época de las comunicaciones entre los habitantes de los dos mundos. Seria temerario el designar el grupo de pueblos del antiguo continente, que presenta mas relaciones de contacto con los toltecas, aztecas, maiscas, ó peruanos, puesto que estas relaciones se manifiestan en las tradiciones, monumentos y usos, que quizá son anteriores á la division actual de los asiáticos, en mongoles, en hindos, en tonguses y en chinos. »

El P. de Charlevoix, jesuita, autor de una escelente disertacion sobre el orígen de los americanos, se admira de que se hayan buscado con afan las huellas de este orígen en los usos, costumbres, religion y tradiciones de los indígenas, y no en la confrontacion de las lenguas. Con efecto, se observa que las antiguas tradiciones se borran de la imaginacion de los que por espacio de muchos siglos no han tenido elementos para conservarlas. Los usos y costumbres, por el comercio y roce con otras naciones, mezcla de pueblos que se reunen, cambios de dominaciones y de formas de gobiernos. degeneran á poco tiempo y con bastante frecuencia; y esta alteracion es mas fácil y sensible en los pueblos errantes convertidos en salvages, que viven sin reglas que les hagan volver á las costumbres antiguas, que no les recuerdan ni la educacion ni la sociedad. Por último, nada sufre mas prontas, frecuentes, y estrañas revoluciones, que la religion, desde el momento en que el hombre, renunciando á la única verdadera, se pierde y se confunde en el laberinto del error. No sucede lo mismo con las lenguas, que no pierden jamás lo que las distingue unas de otras, de modo, que se puede siempre por ellas remontarse á los primeros orígenes, desde los dialectos, hasta las lenguas madres. « El conocimiento de las lenguas principales de la América y su comparacion con las de nuestro hemisfe-





rio, que son consideradas como primitivas, podrian, á fuerza de exámen, conducirnos á algun afortunado descubrimiento, dice Charlevoix, y este medio, el mas inequívoco de todos, no es tan difícil como á primera vista aparece. Hemos tenido y tenemos aun viageros y misioneros, que han trabajado en el estudio de las lenguas que se hablan en todas las provincias del Nuevo-Mundo. No habria necesidad mas que hacer una coleccion de todas sus gramáticas y vocabularios, y compararlas con las lenguas muertas ó vivas del antiguo mundo que pasan por originales. Los mismos dialectos, á pesar de la alteracion que han sufrido, conservan aun bastante de su matriz para suministrarnos grandes luces.» Ya se ha entrado en la senda que indicó el sábio jesuita: y el contra almirante Dumont d'Urville, al hacer constar que se encuentran palabras de tres lenguas, la hebrea, la copta, y la árabe, desde Madagascar hasta las islas mas retiradas y distantes de la Polynesia, transforma la analogía indicada por el Dr. Lang, entre la lengua malaisa y los idiomas americanos, en el punto de una semejanza muy notable. Mr. de Humboldt por su parte, ha hecho patentes analogías entre muchas lenguas del Nuevo-Mundo con las de diversos pueblos del continente de Asia.

Los testimonios que acabamos de apuntar difieren entre sí, sin duda, cuando se trata de determinar los puntos de partida de los primeros habitantes de la América, pero aunque de diversa índole, todos agrupados se reunen para protestar, contra la filosofía volteriana, probando, que los americanos no son una raza aparte, *Sui generis*, que comenzó en el suelo que la vió nacer, y están acordes, á pesar de su divergencia, en proclamar, que desde la mas remota antigüedad han existido comunicaciones numerosas entre ambos continentes, tributando así el mas público homenage al principio de la unidad de orígen de la especie humana.

CAPÍTULO XXX.

El estado en que se encontró á los americanos en el siglo XV, era un estado de degeneracion y no un estado primitivo

Los filósofos y los economistas, los anticuarios y los jurisconsultos, que conformes con Montaigne, negaron toda especie de comunicacion entre la América y el antiguo Mundo, y consideraron á sus habitantes como escluidos de nuestras tradiciones históricas, así como de nuestras creencias religiosas sobre la creacion del hombre y sobre el modo como fué poblado el universo, deducian que no habiendo penetrado jamás la civilizacion entre los americanos, estos habian permanecido siempre en el estado salvage, que era entonces el primitivo del hombre; y los sofistas presentaban á estos pueblos como tipos y modelos á las naciones civilizadas, á las que calificaban como corrompidas y degeneradas fuera del estado natural, tomando falsamente algunos errores y abusos, como sirviendo de fondo á la sociedad europea. Lo poco que ya hemos apuntado acerca de los antiguos monumentos encontrados en América, ya casi bastaba para probar lo contrario de aquella proposicion. Desde luego, muchos indicios nos hacen sospechar que el Nuevo-Mundo, cuando se descubrió, no era tan nuevo como se le creia; poco á poco, la mano del hombre se ha visto claramente descubierta en medio del transcurso de los tiempos, en medio de esos bosques y árboles seculares minados por la vejez. En medio de esas risueñas y verdes praderas se han descubierto huellas indispensables de importantes centros de poblacion; y la naturaleza, con su aire de juventud eterna, se ha asentado y medio encubierto la obra del arte. Pero si en tiempos mas ó menos remotos ha brillado en América una civilizacion mas perfeccionada; si sobre sus estensos territorios, hoy dia desiertos, se ha posado un pueblo amigo de las ciencias y las artes, fuerza es confesar que el estado de las tribus americanas, en el momento de la aparicion de los es-

pañoles, no era un estado primitivo; sino un estado de degeneracion, al que el transcurso de algunos siglos habia bastado para hacerlos descender.

Las numerosas antigüedades, que atestiguan la presencia en el suelo americano, de una civilizacion mas avanzada, que la que presentaban sus indígenas á fines del siglo xv, consisten: en los límites de los Estados-Unidos, en atrincheramientos ó baluartes construidos de tierra ó piedra; en sepulcros de diferentes dimensiones; en utensilios, en ídolos, y en momias.

El mas septentrional de estos atrincheramientos está situado al mediodía del lago Ontario; los otros se encuentran sobre una línea que se dirige al sud-oeste hasta el rio Chenango, cerca de Oxford. Estos monumentos se diferencian mucho entre sí en su forma, altura y dimensiones, pues los hay de forma cuadrada, circular, ú octágona, conteniendo en su recinto de diez á cincuenta acres de tierra y su altura varia de cinco á treinta piés. Estas fortificaciones siempre están situadas en las cercanias de algun rio abundante de pesca, en terrenos fértiles, ó en llanuras elevadas y libres de inundaciones.

Uno de los mas notables es el de Newark, en el estado de Ohio. Allí se vén cuatro recintos fortificados diferentes, á poca distancia unos de otros. El primero de forma circular, contiene un espacio de cerca de veinte y seis acres, sus muros tienen treinta piés de altura y están rodeados de un foso ancho y profundo. El segundo, que es cuadrado, tiene una capacidad de veinte acres y muros de diez piés de elevacion. El tercero, que forma un octágono, contiene espacio de cuarenta acres y los muros tienen ocho aberturas ó entradas de quince piés de ancho, y detrás de ellas, á una distancia de diez piés, se encuentra un fragmento de torreon ó tambor del mismo ancho y altura que el muro principal, escediendo en cuatro piés al ancho de las entradas. Por último, el cuarto recinto, de forma circular, incluye un terreno de veinte acres. Todos estos muros ó reductos están ligados entre sí por una especie de caminos cubiertos, y por ellos se va desde la llanura en que están estos cuatro fuertes hasta la orilla del rio Liking. A las estremidades de este campamento, se notan todavía varias elevaciones artificiales como para servir de observatorios ó atalayas, desde donde se descubriese con la vista todo el pais y pudiese divisarse la aproximacion del enemigo. A escepcion de algunas puntas de flechas, no se ha encontrado en estos recintos objeto alguno que pareciese haber pertenecido á los que los construyeron ó que en ellos se guarecieron.

A cuatro ó cinco leguas de este campo atrincherado se vé en medio de un bosque, y sobre una cumbre elevada, otro muro formado de piedras sin labrar y amontonadas sin órden. Este contiene un espacio de cuarenta acres y es de forma irregular. Dos elevaciones artificiales igualmente de piedras, y terminadas en cono, de quince piés de altura, se encuentran, una en el centro del recinto, y otra á una de sus estremidades. El muro no tiene mas que dos aberturas ó entradas, cerca una de otra, y anchas de diez piés. Delante de una de ellas, á catorce piés de distancia, está un enorme trozo cuadrado de piedra. La otra corresponde á una especie de calzada, que desciende por una suave pendiente al recinto de la llanura inmediata.

Cerca de Marietta, hay otros dos recintos parecidos á los anteriores y con las mismas defensas, que conducen, por medio de una calzada, al rio Muskingum. Para hacerse los americanos con la tierra necesaria para la construccion de estas fortificaciones y alturas artificiales, no practicaron escavaciones; sino que por igual la iban quitando de la superficie del suelo que quedaba nivelado. En todo el alrededor de estos monumentos se encuentran gran número de fragmentos de vasijas de una arcilla muy fina, que conservan señales de que estuvieron barnizadas, y sus cantos son negros y sembrados de puntos brillantes.

Cerca de Circleville, se vé un especie de fuerte de forma circular, rodeado de dos muros concéntricos, entre los cuales corre un foso. El diámetro del fuerte es de sesenta y nueve

toesas y sus muros casi derruidos tenian veinte piés de altura. Este comunica con otra obra de forma cuadrada, cuyos lados tienen una anchura de veinte toesas, y corresponden justamente á los cuatro puntos cardinales. Esta circunstancia, así como la regularidad con que están construidas todas estas obras, prueban que los conocimientos astronómicos y geométricos no eran desconocidos á los antiguos americanos.

Las construcciones que se vén cerca de Chillicote, Porsmout, y sobre las orillas del rio Miami, se parecen mas ó menos á las que acabamos de describir. Hay otras menos considerables que se encuentran algunas veces aisladas, pero siempre no lejos de las primeras, y consisten nada mas que en muros paralelos, cuyo espacio intermediario está endurecido á manera de arrecife. Es difícil decidir si estos eran caminos cubiertos destinados á facilitar las comunicaciones entre diferentes campamentos, ó bien lugares consagrados á ceremonias religiosas ó á juegos nacionales.

Los montecillos ó alturas artificiales, destinadas á servir de sepulturas, constituyen otra especie de monumentos. Su altura varia de cuatro á cien piés. Los hay que tienen de diez á doce piés de diámetro en su base, y otros de mucha mayor dimension. Su forma es por lo comun cónica. Estos se encuentran, desde los Andes de la América septentrional hasta los montes Alleganys, y desde los lagos del Canadá, hasta el golfo de Méjico. Aunque los del norte son menos numerosos y poco elevados, mientras que los del mediodia, son en gran número y de mayores dimensiones, todos ellos anuncian por su forma un mismo orígen.

En uno de estos montecillos, situado cerca de Marietta, se encontró un esqueleto humano, echado de espaldas, en la direccion de nord-este á sud-este, y cubierto de piedras planas y pequeñas ennegrecidas por el fuego, de donde se deduce que el cadáver fué consumido en parte, antes que se le cubriese de tierra. A su lado se encontraron tres planchuelas de cobre con una lámina de plata sobrepuesta que parecian haber sido adornos de un escudo ó de un cinturon. Habia además, fragmentos de una vaina y empuñadura de una espada de cobre y plata, así como otros objetos cuyo destino no se pudo descifrar. Los huesos del esqueleto quedaron reducidos á polvo al contacto del aire. El montecillo, en el momento de demolerle, tenia unos seis piés de altura y cinco de diámetro. Su esterior estaba cubierto de árboles, que á fines del siglo xv debian ya tener lo menos doscientos años.

Otro monumento de este género, inmediato á Cirdeville, contenia dos esqueletos y á su lado gran número de puntas de lanza y flechas; el puño de una espada hecha de cuerno con adornos de plata, y un espejo de vidrio natural (*mica membranácea*) de tres piés de largo sobre diez y ocho de ancho. Los cadáveres parecian haber sido espuestos á un fuego violento que habia consumido algo los huesos. A cuarenta toesas de distancia, habia otra eminencia mucho mas grande y elevada, que sirvió al parecer de sepultura comun, y al demolerla, se encontró gran cantidad de esqueletos de individuos de toda edad y sexo, muchas hachas y cuchillos de piedra así como adornos de diferentes especies. Cuanto mas se avanza al sud-oeste, esta especie de cementerios aumentan en número y estension. Casi todos están situados en la confluencia de dos rios y en terrenos fértiles. La inmensa cantidad de huesos humanos que encierran, dá á conocer que estas regiones antiguamente eran muy pobladas y que sus habitantes tenian moradas fijas.

Las armas y utensilios descubiertos en las escavaciones, se reducen á puntas de lanzas ó de flechas, hechas de cobre, brazaletes y cadenas del mismo metal, hachas de piedra, vasijas de barro cocido, destinadas segun toda apariencia para contener líquidos, y adornos de figuras humanas en relieve; urnas que contienen huesos medio calcinados; y en cuanto á los adornos ó armas de metal, los de plata y cobre son los únicos que se encuentran en estado de conservacion, y los de hierro están del todo oxidados.

Se han descubierto tambien algunas figuras

humanas de barro cocido, que se suponen ser ídolos, y consisten en torsos informes sin brazos, pero con cabeza de un arte muy grosero, y que no pueden dar luz alguna sobre la religion y culto de estos antiguos pueblos.

Las montañas de los Estados de Tennesse y de Kentukey son casi todas calcáreas y llenas de grutas, tales como la caverna de Mammuth, de que ya hemos hablado. Tambien se encuentran en ellas cadáveres humanos en perfecto estado de conservacion, sin que se advierta vestigio ni señal alguna de incision por cuyo medio se hayan podido sacar los intestinos; ni rastro de ingredientes aromáticos que hubieran podido servir para el embalsamamiento. De forma, que la perfecta conservacion de estos cadáveres no puede ser atribuida sino á la índole del terreno, impregnado de ácido sulfúrico, de alumbre y salitre, en el que están colocados. Estos cadáveres, en su mayor parte, tienen una triple envoltura, la primera, de tela groseramente tejida, y las otras dos, de piel de ciervo, quitado su pelo. La de los cadáveres es de color moreno, los dientes son muy blancos y los cabellos rubios.

Á las pruebas de una antigua civilizacion rastreada en el territorio de los Estados-Unidos, añadirémos otras mas numerosas y positivas aun, que nos suministra el reino de Méjico. Allí se encuentran grandiosos restos de la arquitectura gigantesca y misteriosa de las primeras tribus americanas. Todo un mundo antiguo, oculto aun á los ojos de la ciencia, se revela allí á nuestras miradas, consignado de una manera imperecedera, en los monumentos que forman por sí solos un gran museo histórico.

En Tetlama (tierra de piedras), se encuentra un edificio famoso, oratorio, templo ó construccion militar, llamado Xochicalco (Casa de las flores), cuya disposicion y forma es la siguiente: un foso de doce mil trescientos piés de circuito, rodea una colina natural de trescientos sesenta piés de altura (Pl. XLVIII, n.º 1.). Esteriormente, esta colina está revestida de muchos terraplenes, apoyados en muros fabricados de piedra y cal, con la mayor solidez. Sobre la colina, á la que se sube por una calzada de nueve piés de anchura, se vé una plaza rodeada de una muralla de piedras de tres piés de espesor colocadas en andanas. En medio de la plaza se vé un edificio, ó primera base de una pirámide, que tenia cinco cuerpos, de los que no queda sino solo uno de piedra labrada con admirable trabajo. Este primer cuerpo se divide en tres partes desiguales, la primera que sirve de base, está en talus ó declive; la segunda ó el friso, está unida ó vertical; y la tercera ó la cornisa, es saliente, formando todo como un bonito pedestal, revestido de grandes piedras labradas y muy unidas. Lo que hay aquí de mas curioso, y lo que sin duda ha hecho dar al edificio el nombre de Casa de las flores, es el que las tres caras ó faces del pedestal están cubiertas de bajos relieves, tallados, despues de unidas las piedras, que representan un gran número de geroglíficos, de figuras de hombres, animales, plantas, etc. (Pl. XLVIII, n.º 2.). Iguales esculturas se vén sobre las demás partes del edificio, cuyos fragmentos están por tierra. El monumento es de piedra calcárea, que no se encuentra en los alrededores, y se conoce que todo él, en lo antiguo, estuvo pintado de vermellon. Los árboles que allí están plantados, contribuyen naturalmente á destruirle. Por bajo de la colina, antes del primer muro de apoyo, está la entrada de una caverna muy curiosa. En la misma roca viva, se vé horadado un pasillo ó callejon, revestido interiormente de una capa de cal pintada de encarnado, que se prolonga línea recta por distancia de treinta piés, y desemboca en una abertura ó tronera, por donde el aire y la luz pasaban desde lo alto de la colina. Á la izquierda de esta entrada, y á quince piés de su tránsito, está otro callejon bajo la misma forma y condiciones, ancho de seis piés, y largo de ciento ochenta, y á su estremo, por dos aberturas, se penetra en una gran sala labrada igualmente, en la roca que es muy dura. En uno de sus



ángulos, y en todo el espesor de su bóveda, abrieron una especie de cúpula, de forma cónica, de seis piés de ancha, con un tubo á su estremidad central, de nueve pulgadas de diámetro, que servia para la entrada y renovacion del aire. El interior de este pequeño adorno, está revestido de piedras cuadradas colocadas en líneas circulares con la mayor precision. El prodigioso trabajo que debió exigir el labrado de este antiguo subterráneo, cavado en la piedra á fuerza de brazo y de cincel, no deja dudar que sus autores habian conocido el uso del hierro, y sin embargo, hasta el presente aun no se han descubierto instrumentos ni herramienta alguna de ese metal. Pocas son las naciones que pueden poseer, en parangon de este, otros monumentos semejantes, y solo en la mas remota antigüedad, es donde se nota el trabajar de esa manera gigantesca, las montañas y las colinas, para aplicarlas á la decoracion monumental, ó para hacerlas servir á ellas mismas de monumentos.

Muy cerca de Chila, sobre una eminencia llamada la *Tortuga*, se descubren restos de una pirámide cuadrangular muy deteriorada por la vegetacion, y cuya base tiene por cada lado noventa y seis piés de ancho, por sesenta de elevacion, á la que se subia por una escalera que miraba al Oriente. Al pié de la pirámide, hácia el ángulo nor-deste, está la entrada de una sepultura subterránea *en forma de cruz*, revestida interiormente de piedras labradas, unidas por una argamasa de cal, y cubiertas esteriormente de una especie de revoque blanco y brillante. Aun se vén allí en su interior, restos humanos.

Los sepulcros mas notables del reino de Méjico, están en una especie de valle, encerrado entre dos colinas, áridas y dispuestas de una manera semicircular. La nacion Zapoteca llamó *Liuba* á este valle, es decir, sepultura. Cuando los mejicanos la sujetaron á su dominacion, corrompieron este nombre en el de *Miguitlan*, que en su lengua significa infierno, lugar de tristeza, ó lugar de reunion. En medio de esta soledad imponente, se elevan cuatro grandes y magníficas construcciones, llamadas vulgarmente palacio de Mitla, y ejecutadas con un lujo de materiales digno de los romanos. En representándose dos cuadrilongos, que puestos en cruz el uno sobre el otro, forman así una sala cuadrada, y por sus lados, resultan otras salas laterales largas y poco anchas, se concibe en general el plano de cada uno de estos palacios, y aun el de los cuatro edificios separados entre sí. En el centro de estas cuatro construcciones, está una abertura ó pozo que conduce por medio de una escalera subterránea, á la gran sala sepulcral destinada á los reyes ó grandes sacerdotes de la raza zapoteca. Su plano forma una *cruz* de bastante estension. En el punto de interseccion de las dos líneas, se encuentra una columna cilíndrica puesta sobre una piedra cuadrangular, que sostiene la bóveda ó cielo de la sala. Los cuatro costados están fronteros á cuatro nichos cuadrados, donde se depositaban los restos mortales. El todo está pintado de vermellon ú óxido de hierro. Se conjetura, que cuando moria la esposa, un hijo, ó la madre del rey de los zapotecas, éste se retiraba por algun tiempo á este magnífico palacio, que segun lo que hemos indicado arriba, se componia de cuatro grandes pabellones ó cuerpos de edificio, que dejaban una gran plaza en el centro. La magnificencia del esterior, decorado con grecas en bajo relieve, del mejor gusto é invencion, anuncia ya la del interior. El ala principal situada al norte, y que aun subsiste casi entera, contiene una sala larga dividida longitudinalmente de este á oeste, por una fila de seis columnas de granito de una sola pieza, y de tres piés de diámetro por diez y seis de altura. Estas son lisas sin basa ni capiteles, y redondeadas en su parte superior. Hasta ahora se tienen por las únicas halladas en el nuevo continente. (Pl. XXII, n.os 1 y 2.)

Cerca de la ciudad de Mitla, hay dos de estos oratorios con escaleras sobrepuestas, parecidos á otros que se encuentran en algu-

nos puntos del Asia. El primero es cuadrangular, formado de cuatro cuerpos, uno encima de otro, y se sube al mas alto por una escalera que mira á poniente, que arranca desde una plaza cuadrada circunscrita por tres muros hechos de piedra y ladrillo, como todo lo demás, y en medio está un altar de forma cuadrada. El segundo oratorio está construido de ladrillos secados al sol, y puestos de plano, alternando con capas de argamasa, á la manera de las fábricas babilónicas. Por el gran número de estos oratorios ó teocallis que existen, y que exigian un trabajo inmenso, se puede colegir que los antiguos americanos eran muy religiosos.

Lo mas admirable de todos sus trabajos, son los mosaicos, que cubren los muros de los palacios, y la mayor parte de las tumbas. Los artistas zapotecas, han sabido combinar la solidez egipcicia, con la elegancia griega. La vista mas perspicaz no puede descubrir el punto de union de aquellas pequeñas piedras, tan perfectamente reunidas unas á otras, sin argamasa alguna ni otra materia glutinante. Al presente, los estremos de estas piedras, están algo redondeados por la accion del aire y de la lluvia.

A tres cuartos de legua de Mitla, sobre una roca aislada, y que domina á las colinas, se vén fortificaciones construidas segun todas las reglas de la estrategia militar, mas sábia y previsora. (Pl. XXIII, n.° 1.)

Las enormes piedras que han servido para edificar todos estos monumentos, se sacaron de una montaña llamada en lengua zapoteca *Aguilosoé*, que en mejicano quiere decir Belveder, lugar ó sitio de una buena vista ó perspectiva. Esta es una roca viva que se prolonga de este á oeste Su superficie es desnuda y cortada, en grandes trozos paralelos bastante profundos, dispuestos por la naturaleza de tal modo, que el arte ayudado con las máquinas puede fácilmente cortar losas grandes, masas prismáticas y columnas de una dimension estraordinaria. Cerca de esta cantera, se encuentran, aun en tierra, troncos de columna, de mucho diámetro, grandes escalones y enormes arquitraves medio desvastados, y algunos se vén aun adheridos á la roca, y no enteramente separados de los macizos de donde se iban á cortar, como se vé igualmente en Egipto, en aquellas célebres canteras de granito, de donde se sacaban piedras para las figuras colosales y obeliscos. El transporte de estas grandes masas, era la mayor dificultad que habia que superar, puesto que la fuerza de sangre era impotente, para conducir estas piedras desde la cantera á Mitla, dístante una legua, y así una vez que se trasladaron, debió ser con ausilio de poderosas máquinas y aparejos. Los romanos que para esto se valieron de todos los medios mecánicos que inventó el génio de Archimedes, jamás emplearon en sus mas magestuosos edificios, trozos de piedra que puedan compararse á los que se vén en los monumentos de los zacatecas, y á pesar de eso, nuestra ignorancia ó nuestra vanidad, ha rehusado creer por tanto tiempo en la civilizacion de un pueblo, que consiguió los mismos resultados que aquellos señores del mundo, sin tantos elementos ni aparato.

La escultura zacateca debió tener igualmente tan buenos resultados como la arquitectura de esta nacion. Se ha encontrado una cabeza de barro cocido, con nariz de raza caucasiana, carácter marcial, bien diseñado y modelado; la barba, boca y ojos están bien colocados y perfectamente esculpidos; sobre la cabeza está una especie de adorno en forma de abanico, que por los costados aparece como un casco á la griega, con carrilleras muy bien hechas para sujetarle. Citarémos además otras dos grandes estátuas de muger, la una está de rodillas cubriéndose el seno con las manos, y la otra, cubierta por detrás con una especie de manto, y las manos de tal manera colocadas, que se dá cierto aire á la Venus de Médicis. No es en verdad por falta de arte, el que las estátuas de este pueblo representen actitudes, contra las reglas del natural y de lo bello. Debe creerse, que si se han he-



cho así, ha sido en virtud de una ley religiosa, ó por la voluntad del gobierno político.

En la provincia de Tlascala, existe aun sobre la pendiente, de una colina alta y escarpada, un puente antiguo construido sobre un despeñadero profundo, con grandes piedras de desiguales dimensiones, pero perfectamente niveladas y unidas con argamasa. Tiene unos doce piés de altura, y conserva sus antepechos que el tiempo no ha destruido. Este macizo de cuarenta piés de espesor, está cortado por una bóveda de la misma estension, cuya abertura es angular. Esta obra de arquitectura hidráulica, se vé adornada en sus cuatro costados por obeliscos de bella proporcion, construidos interiormente de piedra y cal, y revestidos por el esterior de grandes ladrillos bien cocidos, colocados en hiladas circulares. Estos obeliscos, presentan al viagero un golpe de vista magestuoso, y son al mismo tiempo un sitio de descanso. Tienen sobre cuarenta piés de altura. (Pl. XXIII, n.º 2.)

A tres leguas al oeste de Tehuantepec, sobre el llano de una colina bastante elevada, cuyo nombre en lengua zapoteca quiere decir *piedra grande*, y en medio de ruinas considerables, se elevan dos monumentos de forma piramidal bastante bien conservados. El único que creemos digno de ser descrito, (Pl. XIV, n.º 1.) se compone de dos cuerpos de construccion, que sirven como de base ó pedestal á un edificio superior destinado para habitacion. La escalera principal dá frente al este, y sus dos costados, á norte y á sud. Los ángulos del primer cuerpo, son curvilíneos y bien conservados, y su fábrica es de piedra y cal. El segundo cuerpo, que ofrece un aspecto digno de observarse, se compone de dos frisos paralelos ó cornisas cuadradas, que encuadran grandes planchas de mármol blanco, llenas de geroglíficos en relieve, desgraciadamente bastante deteriorados. El tiempo en su carrera, mina y destruye sin descanso, las obras que el hombre en su orgullo, quiso en vano hacer eternas.

Mucho mas se prueba la civilizacion de estos antiguos indígenas, en presencia de las imponentes ruinas de Palenque, ó mejor dicho, de Culhuacan. Esta ciudad, denominada con propiedad por Mr. Jomard, la Tebas americana, y que tambien puede llamarse la Babilonia del Nuevo-Mundo, está situada cerca del Micol, rio afluente del Tulija, y cuyas aguas se dirigen á Tabasco. Parece, por lo que se ha observado, que tenia de seis á siete leguas de circuito, y sobre la pendiente de una colina poco elevada, y en medio de la naturaleza mas rica y mas brillante, aun ostenta portentosas ruinas de templos, palacios, torres, observatorios, sepulcros, pirámides, puertos, acueductos, fortificaciones, palacios, subterráneos, y casas; monumentos todos sólidos y elegantes, construidos de piedras pulimentadas, ó de sólida argamasa y canteria, revestida al esterior y al interior, de un barniz de vermellon. En medio de estas ruinas, se han encontrado vasos, ídolos, medallas, instrumentos de música, estátuas colosales, y lo que es mas notable, bajos relieves de la mas perfecta ejecucion, bien conservados y adornados de carácteres geroglíficos; todo lo que anuncia, que aquí fué la residencia de un gran pueblo sumamente adelantado en el estudio y práctica de las bellas artes.

No entra en nuestro plan el describir detallada y minuciosamente los admirables restos de Palenque; hablarémos solamente como muestra de ello, de un gran templo, y de un oratorio mas pequeño, donde con sorpresa el viagero advierte el bajo relieve de la *cruz*.

El gran templo, está asentado sobre una base que tiene la forma de un cuadrilongo, y presenta tres cuerpos de construccion, sobrepuestos uno á otro en proporcionada diminucion. Esta base, edificada con piedra, cal y arena, tiene mil y ochenta piés de circunferencia, por sesenta de altura. En medio de la fachada que mira á Oriente, una grande escalera de piedra cortada, conduce á la entrada principal. Toda la construccion, está revestida de una especie de estuco sólido y brillante.

El basamento ó zócalo inferior, está aun cubierto de sillares de piedra, y cada division presenta una cornisa cuadrada muy saliente. El interior, está dividido en gran número de salas, corredores y patios, tan regulares, y bien distribuidos, como en los edificios griegos y romanos. La arquitectura, es sencilla y elegante. Por bajo del templo, existen grandes subterráneos, de los que muchos han sido ya esplorados, y que contenian muchos altares ó mesas de piedra, sobre las cuales, sin duda, se ofrecian los sacrificios. Las murallas del templo, están adornadas de bajos relieves tallados en piedra, y revestidos de un estuco fino; los personages allí representados, tienen de ocho á nueve piés de altura, y guardan todas las proporciones del dibujo, que es siempre de perfil. (Pl. XIV, n.º 2.)

Sobre una montaña de difícil acceso, existe un templo ú oratorio mas sencillo, que no tiene mas que cincuenta y siete piés de largo, por treinta de ancho, y sobre veinte de altura. Como todos los de Palenque, está cubierto de piedras muy unidas, y alrededor de su techo, corre una doble cornisa del mas bello trabajo. (Pl. XV, n.º 1). «En este templo, dice Dupaix, se encuentra un símbolo ó figura *cruciforme*, de la mas grande complicacion que descansa sobre una especie de pedestal. Cuatro figuras de hombre, dos de cada lado, parece que consideran este objeto con cierta veneracion. Las dos que están mas cerca de la cruz, se vén revestidas con trages diferentes de los que hasta aquí hemos visto. El uno de estos personages, mas grande que los otros, y que parece pertenecer á la clase sacerdotal, ofrece sobre sus brázos alzados, un niño recien-nacido; el otro personage, está como en actitud de admiracion. (Pl. XV, n.º 2). Los otros dos, se vén colocados detrás de cada uno de los anteriores. El uno representa á un anciano que sostiene con sus manos elevadas una especie de instrumento de viento, que parece hacer sonar con su boca. La forma del instrumento, es un tubo recto compuesto de diversas piezas reunidas por círculos ó anillos y de su estremidad inferior salen tres hojas, ó mejor dicho, tres plumas que le sirven de adorno. El otro personage, es una figura de hombre, grave y magestuoso, que está como asombrado de lo que contempla. Los trages y adornos de estos bajos relieves, son muy complicados para ser descritos, y es cuanto puede concebir la exaltada imaginacion de un artista ó invéntor. El dibujo del bajo relieve mismo, puede únicamente dar idea de semejante trabajo. Una gran cantidad de geroglíficos acompañan á esta misteriosa representacion, los cuales están colocados, no solamente cerca de la cruz, que es el objeto principal de la composicion; sino alrededor de las figuras laterales que hemos descrito, esculpidos sobre una clase de mármol de grano fino, de color oscuro, y distribuidos por líneas horizontales. Las esculturas precedentes ocupan inmensos espacios de piedra que tapizan los muros interiores de los santuarios.» Al contemplar este monumento, cualquiera se pregunta como en él se ha figurado tan esplicitamente el símbolo cristiano de la salvacion, por un pueblo desconocido, pues basta dirigir solo la vista sobre el dibujo, para asegurarse que representa una verdadera *cruz latina*.

El Dr. Constancio, órgano de la exegesis extra-racionalista, por medio de la cual, la Alemania pretende imponernos una religion simbólica, universal, *Pan* mitológico, en el que todas las inteligencias deben tener fé, revelacion científica, contraria á nuestra revelacion divina y tradicional, ha dado una esplicacion simbólica á la cruz de Palenque, que Mr. de Balbi se ha apresurado á adoptar. Segun él, el cuadro figura el nacimiento del sol, presentado por el Año á un sacerdote de este Dios, para que le diga su horóscopo. Pero muy distante de que el personage que presenta al niño, sea una muger (ó el Año), todo por el contrario conduce á creer, que si en el bajo relieve hay una muger, será el otro personage, que es mas pequeño, y que tiene una gran trenza de cabellos. El dibujo mismo rechaza la arbitraria interpretacion

del Dr. Constancio. Unicamente podria conocer el verdadero sentido de esta representacion, por los geroglíficos que acompañan al monumento, pero estos, aun no han sido objeto de un estudio especial, ni se les ha comparado con los geroglíficos egipcios, chinos y babilonios, y ni aun siquiera se han aplicado para esto los raros y preciosos ensayos que Mr. Humboldt ha consignado en sus obras para la interpretacion de estos signos. En semejante estado de la ciencia, debemos limitarnos á algunas nociones que pongan al lector en camino de entender algo. No por eso pretendemos decidir si el monumento ha precedido, ó si ha sido posterior á la mision de Jesucristo ó de los apóstoles. Por de pronto, si este edificio es anterior á la era cristiana, ya igualmente encontramos la cruz inscrita sobre los monumentos de Egipto, y formando parte de sus geroglíficos, bajo la cuadruple forma de ÷, de +, de x, ó de T. Tambien se encuentra este signo en la China, en la composicion del geroglífico antiguo Tat-tsin, significando el pais de judea, geroglífico en el cual entra la idea de adoracion. La cruz, bajo la forma de T, *thau*, se reproduce muchas veces sobre los monumentos de Palenque, y bajo la misma, es indudable, que era un signo, no de condenacion, sino de salvacion, aun en la época de la antigua ley. Ezequiel nos lo dice en términos espresos, en una de sus visiones: Y el Señor le dijo: « Pasa al través de «la ciudad, en medio de Jerusalen, y señala «con una T, *thau* sobre la frente de los hom«bres que lloran y que gimen, sobre todas «las abominaciones que se han hecho en me«dio de ella. » Y él dijo á los seis hombres: «Seguidle, y pasad por en medio de la ciudad, «y herid; que vuestra vista no perdone nada, «ni tenga alguna piedad; herid al anciano, al «jóven mancebo, á la tierna doncella, al ni«ño, y á las mugeres, herid hasta la muerte; «pero no mateis alguno de aquellos sobre cu«ya frente veais el T, *thau.* » Si admitimos que el bajo relieve de Palenque, sea anterior á la era cristiana, conviene examinar, si entre los diferentes pueblos antiguos, la cruz, instrumento de suplicio, fué tambien considerada en alguno, como signo místico de la redencion, que habia de obrarse en el Calvario; importa igualmente investigar si ella era ó nó, signo de una reparacion que debia realizarse por medio del sufrimiento, tradicion que ya es notorio haber sido general en todas las naciones de la antigüedad. Si el monumento de Palenque, es posterior á nuestra era, debemos apreciar que relacion puede existir entre esta cruz, y la que fué grabada hácia el siglo VII, en Si-gan-fu, en China. Es preciso, en ese caso, cotejar este bajo relieve americano, con la piedra de mármol blanco encontrada sobre el sitio del martirio del apóstol Sto. Tomás, en Meliapur, en la India, sobre la cual estaba tambien grabada una cruz, cuyas cuatro estremidades se veian adornadas de flores de lis, y de una paloma, que picoteaba el brazo superior (1). Estas investigaciones y cotejos, contribuirian á decidir, si el misterioso monumento de Palenque, tiene relacion con la tradicion general de la espiacion impuesta al hombre, ó si él mismo es un monumento cristiano.

Las huellas de una antigua civilizacion se notan igualmente visibles en Copan, en Quirigua, en Tec-pan-Guatemala, en Quiche, en Quesaltenango, en Ocosingo, y en Uxmal. En el estado de Honduras, sobre la orilla izquierda del rio Copan, están situadas las ruinas de este nombre. MM. Stephens y Catherwood, que las han esplorado, atravesando el rio, se dirigieron al través de bosques impenetrables, hasta el pié de una larga muralla que apercibian desde la orilla opuesta.

«Esta muralla, dice el primero, está construida de piedras sillares bien colocadas y en perfecto estado de conservacion. Dos escaleras con anchas gradas, unas enteras y otras partidas, nos condujeron á una terraza cuya forma nos fué imposible determinar, tal era la espesura de vegetacion que la cubria; pero nuestro

(1) Véase lo dicho en el cap. IV. del Lib. I. pág. 86, col. 2.ª

guia nos abrió paso entre aquella maleza y despues de haber pasado por junto á un gran fragmento de piedra esculpida con mucho arte, y cuya mitad ocultaba la tierra, llegamos al angulo de un edificio, á cuyos costados se veian escalones. Estos costados, por lo que los árboles y arbustos nos permitieron ver, parecian los de una gran pirámide. A una cierta distancia de su base, despues que con mucho trabajo pudimos abrirnos paso por entre este espeso bosque, se presentó ante nosotros una columna de catorce piés de altura sobre dos de diámetro; hermosos bajos relieves la cubrian enteramente desde su base hasta lo mas alto. La parte anterior, representaba un hombre vestido con pompa y elegancia. Su faz era grave y severa y en términos de inspirar terror, otros varios dibujos y geroglíficos llenaban lo demás del tronco. Delante de este monumento indescriptible, á una distancia de tres piés, se veia un enorme trozo de piedra labrada con figuras y divisas emblemáticas que pudiera ser un altar. La vista de semejantes restos, para entonces y para siempre, nos quita toda incertidumbre sobre el carácter de las antigüedades americanas, pudiendo asegurar lo interesante de los objetos de nuestras investigaciones, no solo como restos de un pueblo desconocido; sino aun como obra del arte. Todo esto prueba en efecto, asi como los monumentos históricos recientemente descubiertos, que los pueblos que antiguamente habitaron el continente americano no eran salvages y sí muy civilizados. Llenos de una curiosidad é interés, quizá mas grande, que el que sentimos cuando recorriamos las ruinas del Egipto, seguimos á nuestro guia, que despues de mil rodeos, al través de bosques y restos de fábrica medio enterrados, nos condujo á un sitio donde se veian otros catorce monumentos con el mismo carácter y apariencia que el anterior ya descrito. Unos estaban cargados de dibujos elegantes, y otros trabajados con tanto ó mas arte que los monumentos de Egipto mejor concluidos. Algunos habian caido de su pedestal por la fuerza de enormes raices, y la yerba entrelazada los cubrian en mas de su mitad. Otro se elevaba erguido, con su altar delante, en medio de un grupo de árboles que habian crecido á sus costados y que parecian destinados como para resguardarle, cual un objeto sagrado, de toda profanacion; y en medio de este silencio solemne y profundo, se asemejaba al emblema de una divinidad llorando sobre un pueblo que ya no existe. El único ruido que turbaba el reposo de esta ciudad oculta á nuestras miradas, era el silvido de los monos que saltaban con rapidez por encima de nuestras cabezas en bandadas de cuarenta ó cincuenta á la vez, y al verlos cruzando por entre los estraños y respetables monumentos que nos rodeaban, la imaginacion exaltada pudiera tomarles por los espíritus errantes del pueblo que fué, guardando las ruinas de su primera morada.

«Tornando otra vez junta á la base del edificio piramidal, subimos por los escalones de que está rodeada y estos nos condujeron por una puerta á varios recintos interiores unos aislados, otros medio destruidos por los árboles gigantescos, y algunos conservados en su estado primitivo. De aquí pasamos á una terraza cubierta de árboles y maleza, y desde allí, por una escalera, descendimos sobre una plataforma, que despues de un poco desmontada de la vegetacion que la ocultaba, reconocimos que era un gran plano cuadrado con gradas á los costados casi tan perfectas como las de un anfiteatro romano. Todas estas gradas estaban esculpidas de relieves y de la parte del mediodia, hácia el medio, se encontraba una cabeza colosal (que debia ser un retrato) que las raices habian sacado de quicio. Estas gradas nos llevaron á otro largo terrado de cien piés de alto que dominaba el rio y la campiña, el cual todo estaba cubierto de árboles. ¿Qué pueblo seria el que echó los cimientos de esta gran ciudad? Al menos, en las arruinadas ciudades del Egipto, tantos siglos hace destruidas, el estrangero conoce la historia del pueblo cuyos restos le rodean. La América, segun muchos historiadores, fué

poblada por salvages. ¿Pero, qué salvages han podido jamás erigir construcciones semejantes? »

Las ruinas se prolongan por todo lo largo del rio sobre un espacio de mas de dos millas. Todo lo que de ellas resta parece haber pertenecido á edificios públicos. Los materiales de que se componian las habitaciones particulares, de menos solidez probablemente que aquellos, han desaparecido, de modo que no hay medio posible para determinar hoy dia la estension de la ciudad habitada. La ruina mas notable de ella es la que se dice ser un templo; edificio oblongo de proporciones verdaderamente colosales, y cuya fachada se estiende á lo largo del rio, en un espacio de sesenta á noventa piés. Las piedras que entran en su construccion están cortadas con regularidad y tienen de tres á seis piés de longitud por uno y medio de espesor. Los costados de este monumento que aun subsisten en pié son piramidales, y su superficie esterior, la dividen séries de gradas que se van disminuyendo en proporcion de la altura. Seria del todo imposible dar una nocion completa de la forma de este templo; pero podrá formarse una idea de sus proporciones gigantescas, sabiendo que todo su conjunto tiene de circunferencia dos mil ochocientos y setenta piés.

Los ídolos tienen la forma de prismas hechos en piedra, cuadrangulares y macizos, altos de once ó doce piés y cuyas cuatro caras ó faces están esculpidas con mucho arte. Algunos están aun de pié como en su principio, otros por tierra ó inclinados. Uno de ellos, que parecia el mejor ha desaparecido completamente á escepcion de la cabeza y pecho. De otro, no se vén mas que los piés que sobresalen de entre las masas de roca que le cubren. En general, representan una figura humana ricamente vestida. La cabeza la cubre un adorno macizo de los mas complicados y de un dibujo ininteligible. Las orejas por lo comun son muy grandes y fuera del natural. Un ropage bordado con mucho arte, oculta la parte inferior del cuerpo y baja hasta media pierna, esceptuando uno de los ídolos que cuya túnica es muy corta. Un calzado particular cubre sus piés, la barba y los bigotes que se encuentran unidos de una manera graciosa, indican que estos ídolos, si lo son tales, pertenecen al sexo masculino. Sin embargo, la actitud y figura de uno de ellos, el mejor conservado de todos, indican que es una muger. Una espresion de estraordinaria molicie respira en toda su fisonomía, su peinado y adorno de cabeza se hace notar por su riqueza y esmero, sus brazos tienen preciosos brazaletes y un medallon, especie de cabeza de animal, descansa sobre su pecho, sostenido por sus manos. Dos bandas estrechas, llenas de geroglíficos descienden á lo largo de su túnica que es mas corta que la de los ídolos varones. Todos sus rasgos, actitud, carácter y ademan, presentan una grande analogía con las antiguas estátuas de la Diana de Efeso. Las superficies laterales de los ídolos están cubiertas de geroglíficos; pero su espalda ó parte posterior presenta poco mas ó menos el mismo dibujo que la delantera, y asi sucede que uno de estos ídolos tiene, por su frente, la boca abierta, la mirada fija, la vista amenazadora, como inspirando terror, mientras que la espresion de los dibujos que cubren la espalda es dulce y agradable. Una circunstancia muy notable se vé en estos ídolos, y es que sus facciones anuncian una raza diferente de la que representan otras esculturas de Copan y las de Palenque. En estas últimas, la forma cónica de la cabeza, la frente estrecha y aplastada, la nariz prominente, y sobre todo, el grueso repugnante del lábio inferior, cuya fealdad resalta mas por la disposicion de la barba, indican desde luego una raza que ha desaparecido totalmente del nuevo continente. Pero ninguno de los ídolos de que ahora nos ocupamos, representa estas particularidades, la forma de su vista es oval y agradable, la frente llena y bien proporcionada, la nariz con el corte egipcio y lábios graciosos y proporcionados. Delante de cada ídolo se vé un altar. Estos altares, así como los ídolos, son de un solo pedazo de piedra. Todos

los altares no son iguales en el adorno y se diferencian tambien en cuanto á su corte, y sin duda están en relacion especial con los ídolos ante quienes se elevan.

Los restos de Quiriga sin ser tan numerosos y estensos como los de Copan, presentan el mismo carácter general. Las dimensiones de las construcciones piramidales son mas cortas; pero los ídolos son mas altos y se aproximan mas á la forma de obeliscos de los de Copan.

Los indígenas de Tecpan-Guatemala, emplean los materiales de esta antigua ciudad en construcciones modernas, y así ya no van dejando mas indicaciones de su grandeza que los cimientos de sus antiguos edificios.

Creemos innecesario añadir mas descripciones á las ya anunciadas, si bien, hay otros diferentes puntos en ambas Américas, que contienen monumentos tanto ó mas curiosos que los hasta aquí referidos. Unicamente nos limitarémos á decir que en la América meridional, la gran llanura de Tiahua-naco es el centro de una antigua civilizacion, y que allí existen aun, restos de edificios, cuya construccion atribuyen los indígenas á una raza de hombres blancos y barbudos que habitaron, la espalda de las cordilleras mucho tiempo antes de la fundacion del imperio de los incas. Tomando por modelo estos monumentos, que parece que jamás han sido concluidos, los incas construyeron la fortaleza del Cuzco.

Las formas de los edificios de que acabamos de hablar son parecidas y se remontan á la época de aquellos que tuvo el Asia en el primer período de civilizacion, de lo que deduce Mr. Alejandro Humboldt: « Sucede en los rasgos característicos de las naciones, lo que en la estructura interior de los vegetales difundidos por la superficie del globo. En unos y otros se manifiesta el sello de un tipo primitivo á pesar de las diferencias que producen la naturaleza de los climas, del terreno y de otras muchas causas accid ntales. » Mr. de Humboldt hace observar, que al principio de la conquista de la América, la atencion de la Europa se fijó especialmente en las pirámides escalonadas de los mejicanos, en las gigantescas construcciones del Cuzco, y en los grandes caminos trazados en el centro mismo de las cordilleras de los Andes. Es preciso, añade este sábio, haber estado en el terreno mismo, para apreciar como se merecen las relaciones de los primeros viageros españoles, llenas de sinceridad y de un tinte local que las caracteriza. «Pero ese ardor de investigaciones sobre la América, disminuyó notablemente desde el siglo XVII. Las colonias españolas, únicas regiones habitadas en otro tiempo por pueblos civilizados; quedaron cerradas á las naciones estrangeras y recientemente, cuando el abate Clavijero publicó en Italia la *Historia antigua de Méjico*, se tuvieron ya por dudosos, hechos antes atestiguados por testigos oculares, enemigos las mas veces unos de otros. Varios escritores célebres, mas impresionados por los contrastes, que por la armonía de la naturaleza se complacieron en pintar la América como un pais... nuevamente habitado por hordas tan poco civilizadas como los habitantes de la mar del sud. En las investigaciones históricas sobre los americanos, el escepticismo mas absoluto sustituyó á una sana crítica. Se confundieron las declamatorias descripciones de Solis y de algunos otros escritores, que nunca habian salido de Europa, con las sencillas y verdaderas relaciones de los primeros viageros, y todo filósofo, ó que pasaba por tal, se creia en el deber de negar cuanto habia sido observado por los misioneros. Desde fines del siglo último, ya se ha verificado una revolucion dichosa en los estudios históricos y se investiga de otro modo la civilizacion de los pueblos, y las causas que favorecen ó detienen sus progresos. »

Esta reaccion está perfectamente caracterizada por estas palabras de Cárlos Farcy, en sus *Antigüedades americanas*: « A qué viene, y de qué sirve la brillante teoría de la invasion reciente del doble continente americano, teoría basada sobre jóvenes y modernas razas de hombres y sobre sus modernos volcanes aun no estinguidos?... Es menester confes rlo, la

América, por segunda vez, ha llegado á ser un mundo nuevo; y cuando el occidente fué á plantar su estandarte sobre aquella tierra desconocida, el oriente quizá ya habia llevado con antelacion allí la antorcha de las artes y las ciencias.»

De modo, que cuanto mas se remonta la cadena de los tiempos en América, se encuentran cada vez mas pruebas de una civilizacion antigua, y mas se inclina la imaginacion á creer que el estado de los americanos en el siglo XV era un estado de degeneracion (1).

(1) Hablando Mr. de Stephens acerca de las ruinas de la América septentrional y meridional, que examinó por sí mismo con la mayor detencion, lleno de asombro al contemplar los restos de una civilizacion tan notable como oscura, de los antiguos pueblos que erigieron aquellos grandiosos monumentos, de los cuales no queda rastro ni memoria, se espresa en estos términos refiriéndose particularmente á las de Palenque «Lo que teniamos nosotros á la vista, dice en un momento de entusiasmo, eran testimonios materiales de la existencia de un pueblo aparte, que ha pasado por todas las fases del grandor y de la decadencia de las naciones; que tuvo su edad de oro, y ha perecido aislado y desconocido. Los lazos que le unian con la especie humana, han sido rotos, y estas piedras mudas son los solos testimonios de su tránsito sobre la tierra. Nosotros vivimos en las ruinas de los palacios de estos reyes, nosotros esploramos estos templos devastados, y sus derruidos altares y por doquiera que volvemos la vista, encontramos pruebas del gusto, de la habilidad en las artes, de la riqueza y del poder consiguiente de estos pueblos desconocidos. En medio de este espectáculo de destruccion, volviamos la vista á lo pasado, haciamos desaparecer con la imaginacion el dilatado bosque que devora estos respetables vestigios, reconstruiamos con el pensamiento cada edificio, con sus terrazas, sus pirámides, sus adornos de escultura y pintados, y á nuestra vista resucitaban los personages que nos miraban tristemente en medio de sus cuadros; nos los representábamos adornados con ricos trages, realzados con el brillo de los colores y con tocados airosos y elegantes; pareciamos verles pisar aquellos deliciosos terrados, y subir las magnificas escaleras de sus templos, cuyas evocaciones fantásticas realizaban en nosotros las brillantes creaciones de los poetas orientales. En la carrera de la vida, nada me ha causado una emocion mas viva, que el espectáculo de esta ciudad, en otro tiempo vasta y espléndida, y en el dia, derribada, saqueada, silenciosa, encontrada por casualidad, cubierta de una vegetacion que se la absorve, y no habiendo ni aun conservado su nombre igualmente desconocido que su historia; ¡ triste, solemne ejemplo de las revoluciones de este mundo! Las ruinas de Palenque continuan descubiertas y esploradas mucho tiempo antes que otras, que se han encontrado despues en ambas Américas, y encierran una multitud de cosas, así como aquellas otras, que aun son y serán por mucho tiempo un impenetrable misterio para nosotros. Estos restos de una civilizacion desconocida, han ocupado tan poco la atencion de personas conocedoras, que el campo de las antigüedades americanas está virgen y sin beneficiar.»

Segun habrá visto el lector por el relato de Mr. Henrion, acerca de las opiniones sobre los antiguos pobladores de la América, y agentes de la antigua civilizacion que ha quedado oscurecida, y del origen de sus imponentes ruinas, algunos se han aventurado á conjeturas mas ó menos aventuradas, se han hecho cotejos y comparaciones, mas ó menos ingeniosas, entre los monumentos del antiguo mundo con las del nuevo, pero por mas que se esfuercen los ingenios y abunden las teorías, nunca ha podido hallarse analogía verosímil, siquiera, entre unas y otras construcciones. Las ruinas americanas, y despues de cuanto hemos visto y consultado en los diferentes autores y viageros que se han ocupado de ellas; despues de haber examinado y cotejado sus dibujos con los de otros monumentos, no tienen, lo primero, ni el carácter ciclopeo, ni analogía alguna con los monumentos griegos y romanos, ninguna comparacion puede hacerse entre ellos y los de Europa. En cuanto á los monumentos antiguos de la China y del Japon, que han querido compararse con estos, no son bastante conocidos para poder entablar acerca de esto una séria discusion. La opinion de Mr. Humboldt, acerca de la homogeneidad de los pueblos del Asia con los de la América, tambien es aventurada, y, como dice un viagero, que ha recorrido casi todo el Nuevo-Mundo, en todas sus escursiones, no ha encontrado una sola de aquellas cavernas, en las cuales, los hindos, se complacian en colocar el santuario de sus ídolos. En la India, los mas grandiosos templos, están labrados dentro de las mismas montañas, aprovechando los accidentes del terreno que podian favorecer los trabajos de escavacion, mientras que los americanos colocaban sus edificios sobre alturas artificiales, construidas con grande trabajo. En cuanto al Egipto, no parece menos distante la semejanza ó analogía. Se ha querido tomar por base de ella, el sistema piramidal, que como hemos visto, domina tanto en las construcciones mejicanas, y parece adoptado en ambos paises; pero no consideran los que así juzgan, que las pirámides egipcias, difieren esencialmente de las pirámides americanas. Las primeras tienen un carácter particular uniforme; fueron construidas todas con un mismo objeto. Son cuadradas en su base, y sus caras presentan una especie de graderia que vá disminuyendo hasta su terminacion, que es siempre en punta. Las americanas son todas oblongas, redondeadas en sus cuatro ángulos, y revestidas de una pared de piedras muy unidas. En lugar de las gradas corridas, no tienen mas que una escalera en el centro; las pirámides egipcias, además, son huecas, con aposentos interiores, destinados á sepulturas; las americanas, por el contrario, son perfectamente sólidas, sin aberturas ni escavaciones; además, las pirámides egipcias, por último, son completas por sí mismas, y constituyen un todo, mientras que las de América no fueron elevadas mas que para servir de cimiento ó base á otros edificios. Ni una sola pirámide existe en Egipto que tenga un templo ó un palacio, al paso que no hay una en América, que no tenga en su remate un monumento. Añadamos

CAPÍTULO XXXI.

El evangelio fué anunciado á los americanos antes de la llegada de los españoles.

Cuando los españoles se aparecieron en el Nuevo-Mundo, los pueblos mas civilizados, eran los que habitaban las montañas. Hombres nacidos en las llanuras, bajo climas mas templados, siguieron el curso de las cordilleras que se elevan, á medida que se aproximan al Ecuador. En aquellas altas regiones, encontra-

ban plantas, y una temperatura igual á la de su pais natal. Las facultades del alma se desarrollan mas fácilmente en todos los puntos, en los que el hombre, obligado á luchar contra

á esto, que los Egipcios se servian en la construccion de esos edificios, de piedras de dimensiones colosales; en América, los antiguos monumentos están hechos con piedras regulares, y no se hallará en ellos una que fuese digna de figurar en un muro egipcio. La columna que forma el tipo distintivo de los templos que bañan las aguas del Nilo, no existe en América. Hasta el dia, no se ha encontrado una sola columna, propiamente dicha, en las ruinas de Méjico, de Yucatan, de la América central, ni de la del norte. Tampoco se encuentra en ellas el *dromus*, el *pronaos*, y el *adytum*, que caracterizaban asi mismo los templos egipcios. De la misma manera, es imposible sostener que la escultura americana ofrezca ninguna analogia con la escultura de los antiguos habitantes del Egipto, y cualquiera se convencerá, comparando entre si dos bajos relieves de estos dos paises.

De lo dicho se deduce, que los monumentos americanos, no tienen analogia con ningunos otros conocidos. Son de mas absoluta y completa originalidad, modelos sin tradicion, y producto de una civilizacion aislada, desconocida del resto del mundo, y absolutamente indígena. Mr. Waldeck, creo haber reconocido en los edificios de Uxmal, la trompa del elefante asiático, y otros detalles que justificarian, segun este viagero, un origen indiano, pero á juzgar por sus propios diseños, es una conjetura muy aventurada. No vemos, por consiguiente, nada que contrarie nuestra opinion, y así creemos con Mr. Stephens, que el arte americano, es del todo escepcional, sin relacion con las obras de otros pueblos.

En cuanto á la data de estos antiguos monumentos del Nuevo-Mundo, ¿quién es capaz de determinar, si debe remontarse su origen mas allá de los siglos históricos, ó considerarlos como producto de los últimos tiempos de la América independiente? Lord Kinqsboroug, atribuye á una emigracion de judios la antigua civilizacion de la América central, y en esto va acorde con el P. Gumilla, citado por Henrion. Mr. Dupaix dá á estas ruinas un origen antidiluviano, al paso que Stephens, las señala una época comparativamente reciente. Entre ambos sistemas, hay el inmenso intervalo de algunos millares de años, y entre unas y otras opiniones, no hay medio conocido de establecer históricamente, ni aun por simple analogía, la época en que floreció el pueblo que hizo estas grandes obras. Mr. Waldeck opina, y esto parece probable, que la civilizacion y adelantos en las artes que representan los monumentos americanos, son muy anteriores á los que existian cuando la época de la conquista, y que los edificios y construcciones que existian en este tiempo, no eran mas que copias alteradas de los grandes y antiguos edificios de la América central. Los conquistadores europeos, poco versados en general, en los pormenores del arte, pudieron muy bien confundirles, y los confundieron en efecto en sus descripciones, aunque la semejanza no fuese perfecta, y á veces, ni aproximada; pero de sus mismas relaciones, y de las tradiciones mismas de los pueblos americanos, que á aquella sazon existian, resulta que habia entonces, templos, palacios, pirámides y ruinas, que los mismos indígenas las consideraban como verdaderas antigüedades y obra de un pueblo que ya no existia; pero sea cual fuere el punto de vista, bajo el cual se tomen estas cuestiones, el nombre de este pueblo, su patria, sus leyes, sus costumbres, su culto religioso primitivo, todo queda envuelto en un profundo misterio, y lo único que de él se conoce, son las maravillosas huellas que ha dejado en su tránsito, por el continente americano.

Segun las diferentes teorias presentadas por Mr. Henrion, acerca de los primeros pobladores del Nuevo-Mundo, todas son aventuradas, y no pueden dar mas que ideas de verosimilitud, mas ó menos probable, pero en contra de todas, se presentan insuperables objecciones. No podemos reconocer con Blumenbach, la existencia de una raza puramente americana, pues todas las tribus del Nuevo-Mundo, no se asemejan, ni tienen un tipo comun ó sello de origen. Tampoco creemos con Mr. Link, que el Asia, en los tiempos históricos, haya esclusivamente poblado la América; y por consiguiente, que el indígena del Nuevo-Mundo, esté emparentado con el del Mongol, y demás tribus del Asia oriental. Que hayan existido en lo antiguo comunicaciones entre esta parte del Asia, y la costa nor-deste de la América, así como es indudable las ha habido entre los pueblos del norte y la América septentrional, como verá el lector en las notas al capítulo siguiente, es un hecho indisputable, pero suponer otra cosa que emigraciones parciales, que no han podido jamás alterar en su masa la poblacion de los americanos, es darles una importancia muy exagerada. Vénse en ellos, por mas que ciertos autores se esfuerzen en probar lo contrario, ciertas facciones características, que no son comunes en las de los demás pueblos del Antiguo-Mundo. La cara, la frente, la nariz, los dientes, las piernas, piés, y cabello; la barba, color de la piel, y conformacion de la mayor parte de sus cráneos, así como otras particularidades, les distinguen en todo, ó en parte del resto de los hombres del antiguo continente, sin que por esto sequiera suponer que dejen de descender de un tronco comun, y de la primera raza de Adan. Por otro lado, los idiomas americanos han presentado á los filologistas, cierta identidad de palabras, de la que se ha querido inferir identidad de origen. Maltebrun, Humboldt, Charlevoix, y otros muchos que pudiéramos citar, á fuerza de analogias estrañas y violentas; han pretendido trazar lineas de emigracion de algunos asiáticos al continente americano. Mr. Klaproth, ha combatido, y con razon, este sistema, por no ver en estas semejanzas datos suficientes para identificar paises tan fisicamente opuestos. Si la América, dice este mismo sábio, hubiera sido poblada por tribus vecinas del Asia septentrional, deberia ser este acontecimiento anterior á los tiempos históricos, y aun á la grande inundacion que cubrió los lugares menos montañosos de la superficie del globo, pues es imposible que despues hayan podido cambiarse los idiomas de la América, hasta el punto de no hallarse sino poquisimas voces simpáticas en origen, con los idiomas del antiguo continente; pues nadie ignora que el griego, el latin, el sirio, y otras muchas lenguas, conservan sus rasgos característicos, que no se borran tan prontamente. Tambien es escasa prueba, el haber querido ver testimonios de identidad en algunas ceremonias religiosas, y en otros rasgos cosmogónicos de los del Asia, y los de varios pueblos de América, y lo mismo puede decirse respecto de ciertas formas de adorno arquitectónico, ó de figuras fantásticas, que aunque iguales entre los diferentes pueblos, son pruebas insignificantes, respecto á la general poblacion de la América, y si podrán servir para demostrar el hecho de algunas emigraciones parciales de uno á otro continente.

Concluyamos pues, que hasta ahora nada ha podido encontrarse de cierto en esta página importante de la historia, y que los anales primitivos de América, están aun envueltos en el mas profundo misterio, que seguirá siéndolo, hasta que la casualidad ó el asiduo estudio, hagan conocer y descifrar sus escrituras simbólicas ó geroglificos, de la misma manera que lo son en el dia, los de Egipto, y entonces, quizá se encuentren las primitivas monarquias, en cuyo tiempo se erigieron esos antiquísimos y curiosos monumentos de las artes, que en sus mismos relieves tienen su esplicacion escrita, pero que mudos hasta el dia, no han encontrado aun al hombre que los haga hablar y declarar lo que vieron en la remotísima época de su nacimiento y origen. (N. del Trad.)

los obstáculos que le presenta la naturaleza, no sucumbe á esta lucha prolongada. En el Cáucaso, y en el Asia central, las montañas áridas ofrecen un refugio á pueblos libres y bárbaros. En la parte equinoccial de la América, donde sábanas siempre verdes se vén suspendidas por cima de la region de las nubes, no se han encontrado pueblos cultos, sino en el seno de las cordilleras. Aislados sobre esas cumbres, las mas elevadas del globo, rodeados de volcanes, cuyos cráteres están cercados de nieves eternas, parece que no admiran en la soledad de sus desiertos, sino lo que conmueve la imaginacion por la grandeza de las masas. Las obras que ellos han producido, llevan el seno de la naturaleza salvage, de las cordilleras que tan grandes escenas presentan.

Ningun hecho histórico, ninguna tradicion, liga á las naciones de la América meridional, con las que viven en el norte del istmo de Panamá. Pero aun que las tradiciones no indiquen lazo alguno directo entre los pueblos de dos grandes península, su historia no por eso, nos deja de ofrecer relaciones que llaman la atencion, en las revoluciones políticas y religiosas, desde las que data la civilizacion de los aztecas, muyscas y peruanos. Hombres barbudos, y en todo diferentes de los indígenas de Anahuac, de Condinamarca, y del llano del Cuzco, aparecen, sin que pueda indicarse el sitio de su nacimiento. Grandes sacerdotes, legisladores, amigos de la paz y de las artes, á quienes aquella favorece, cambian de repente el estado de los pueblos que les recibieron con gran veneracion. Quetzalcoatl, Bochica, y Manco Capac, son los nombres sagrados de estos seres misteriosos. Quetzalcoatl, vestido de negro, con trage sacerdotal, viene de Panuco, de las orillas del golfo de Méjico. Bochica, el Budha de los muyscas, se aparece en las altas llanuras de Bogota, procedente de las sábanas situadas al este de las cordilleras. La historia de estos legisladores, está sembrada de maravillas, de ficciones religiosas, y de rasgos que revelan un sentido alegórico. Algunos sábios han querido reconocer en estos estrangeros, á algunos europeos náufragos, ó á los descendientes de aquellos Escaudinavos, que desde el siglo XI, visitaron la Groelandia, Terra-Nova, y quizá la misma Nueva-Escocia. Pero á poco que se reflexione sobre la época de las emigraciones toltecas, sobre las instituciones monásticas, los símbolos del culto, el calendario, y la forma de los monumentos de Cholula, de Sogamozo, y del Cuzco, se conoce que no es de aquella parte del norte de Europa, de donde Quetzalcoatl, Bochica, y Manco Capac, tomaron su código de leyes. Todo parece conducirnos hácia el Asia oriental, y hácia los pueblos que han estado en contacto con los tibetanos, los tártaros shamanistas, y los ainos barbudos de las islas de Jesso, y de Sachalin.

Así se espresa Mr. de Humboldt, segun el cual, el cristianismo no influyó en la civilizacion americana, sino despues de haber sido alterado por el nestorianismo y el budhismo. Aludiendo este sábio á los viages de los scandinavos, en el Nuevo-Mundo, nos presenta ocasion de establecer, como principio, que la religion cristiana, llegó con toda su pureza por la mediacion de un obispo católico, á la costa nord-este de América, mucho tiempo antes de presentarse Cristóbal Colon.

Durante los siglos VIII, IX y X, los normandos ó scandinavos, cubrieron los mares con sus barcos, y llevaron consigo la devastacion de la piratería de una á otra estremidad de la Europa. Animados sin embargo algunas veces de pensamientos mas pacíficos, enviaron algunas colonias á paises desconocidos ó inhabitados, como para reparar con esto las desolaciones que causaban en otros, y así, en el siglo IX, consta que abandonaron á la Islandia, donde la nocion del cristianismo ya habia sido comunicada desde la Irlanda, puesto que los colonos noruegos ya encontraron allí cruces de madera, y campanas pequeñas. De la Islandia, los noruegos pasaron, al oeste, navegando sobre una costa de grande esten-

sion, y encontrando esta tierra, para ellos desconocida, cubierta de una agradable verdura, la dieron el nombre de *Groelandia* ó *Tierra Verde*. Allí encontraron, en su parte occidental, un pueblo salvage; que sin duda habia tenido el mismo orígen que los americanos, como puede suponerse, atendiendo á su carácter, usos, costumbres, y traje. Pueblos, mejor dicho, tribus que vivian al norte de la bahia de Hudson, y que en nada se diferenciaban de los groelandeses, habian pasado segun toda apariencia, del norte del estrecho de Davis, al sud de la Groelandia. El noruego Biorn, que se embarcó en Islandia, con direccion á Groelandia, despues de tres dias de navegacion, arrastrándole de repente el viento, en direccion del norte, y perdiendo el camino, á causa de una niebla espesa, descubrió una tierra que le pareció llana, y solo sembrada de algunas pequeñas colinas. Dejando Biorn esta costa á su izquierda, navegó aun dos dias mas, y se encontró con una isla bordeada de rocas desnudas y escarpadas, y de montañas de hielo. Continuando su ruta con el mismo viento, arribó despues de otros cuatro de navegacion á Groelandia, donde muy luego se hizo público su descubrimiento.

Leif, otro noruego, apasionado á los viages y á fundar colonias, armó un navío con treinta y cinco hombres de tripulacion, y llevando consigo á Biorn, dirigió el rumbo hácia aquel nuevo pais, donde llegó en efecto, encontrando una tierra árida y arenosa, que él denominó *Helleland* ó *pais llano*, y en seguida vió otro llano tambien arenoso, pero con árboles, que llamó *Markland* ó *tierra de la madera*. Dos dias despues, aun volvió á ver tierra, y una isla situada al norte. Remontando un rio, hasta llegar á un lugar de donde tomaba orígen, se detuvo, y pasó el invierno en este sitio. Este rio abundaba en pesca, y con especialidad de salmon. Sus orillas estaban guarnecidas de arbustos llenos de frutas sabrosas; la tierra era fértil, y la temperatura dulce. En los dias mas cortos del estio, el sol permanecia ocho horas sobre el horizonte, lo que supone un dia de diez y seis horas. Despues de estas indicaciones, se supone que el sitio de que aquí se trata, situado bajo el 49° de latitud norte. al sud-oeste de la antigua Groelandia, debió ser junto al rio Gander, ó la bahia de las esplotaciones de Terra-Nova, ó alguna parte de la costa septentrional del golfo de San Lorenzo. El aleman Tyrker, que formaba parte de la espedicion, encontró en el bosque una especie de uvas, con las cuales dijo él se hacia vino en su pais. De esto tomó ocasion Leif para llamar á esta nueva tierra *Windland* ó *pais de vino*. No tardó en formarse una colonia en Windland, á la que fué, desde Groelandia, el obispo Eric, en 1121, á fin de convertir á sus compatriotas que allí moraban, y que aun eran paganos. Pasada esta época, ya no se encuentran indicaciones ciertas y positivas sobre el Windland (1).

(1) La historia anti-coloniana de América, ha escitado la curiosidad pública en estos últimos tiempos, y se han encontrado en diversas fuentes, hechos que arrojan una luz inesperada sobre tiempos que eran sumidos para siempre en la noche del olvido. Entre las cuestiones históricas mas debatidas en el mundo sábio, debe contarse la que tiene por objeto saber, si los europeos tenian noticias de la América, antes del descubrimiento de Colon. La sociedad de anticuarios del norte, ha encontrado en la antigua historia escandinava, y en las sagas, ó historias Islándicas, documentos ciertos é indudables del roce y comunicacion entre la Islandia y Groelandia, con la América septentrional ó del norte, y causa admiracion el que hasta nuestros dias se haya olvidado la generalidad de la existencia de unos paises, con quienes se mantuvieron relaciones hasta el siglo XIV; y esto es tanto mas curioso é interesante, cuanto que en ello vá envuelta la introduccion del cristianismo en la América, desde el siglo X, y no del cristianismo procedente del Asia, mezclado con el nestorianismo de que habla Mr. Humboldt en el párrafo anterior, sino de un cristianismo puro, ortodoxo, tal como existia en Noruega y Dinamarca, antes del siglo X. Mr. Rafn, ha sido el primero en descubrir estos tesoros históricos en su *Memoria sobre el descubrimiento de América en el siglo* X, de la cual se hicieron dos ediciones en Copenhage en 1843, y otra posterior en latin y en dinamarqués, en 1845, con todas las observaciones y correspondencia de los académicos sobre ese mismo particular hasta el dia.

« Dice este autor en su prólogo, el descubrimiento de la América, en el siglo X, puede ser mirado como uno de los acontecimientos notables de la historia del mundo, y la posteridad, no puede negar á los escandinavos el honor que por esta causa se adquirieron. Esperamos demostrar los hechos que dán testimonio de estas aserciones, sin embargo, lo que ofrecemos aquí al público, no pasa de un ensayo en compendio de los hechos ocurridos en América, y de noticias que sirvan á dar á conocer la geografía, la hidrografía y la historia natural de esta parte del mundo, datos que se han conservado por nuestros antepasados en los antiguos manuscritos del norte, fuentes auténticas de la



Las colonias noruegas de Groelandia continuaron floreciendo hasta el 1406, época en la cual fué á ellas mandado desde Noruega su último y décimo séptimo obispo. Poco despues fueron abandonadas, lo que en parte se atribuye á las contínuas guerras entre la Dinamar-

historia antigua de América. La Groelandia fué en un tiempo habitada por una poblacion europea bastante considerable durante muchos siglos, y formó una diócesis..... Debemos recordar que el descubrimiento de Islandia á mitad del siglo IX, su ocupacion en 874 por Ingolfo, y la colonizacion de esta isla, en un siglo por familias las mas ricas y poderosas del norte, son acontecimientos que han precedido al descubrimiento de América. Los navegantes, despues de haber surcado en todas direcciones el mar que rodea á Islandia, no podian tardar en reconocer la Groelandia, y cuando se arroja una mirada sobre la inmensa cantidad de manuscritos originales que contienen la colonizacion de Islandia, y la actividad que reinaba entonces en esta lejana isla, el descubrimiento de la América, nos parece una cosa natural de las correrias aventureras, y de los acontecimientos de esta época.» Hasta aqui, Mr. Rafn, y la sociedad de anticuarios del norte, continuando los trabajos de este escritor, ha procurado por todos medios, esclarecer esta época, enriqueciéndola con las Memorias de sus corresponsales que tenemos á la vista, hasta el 1844. Con cuyos preciosos datos creemos nos agradecerá el lector que ampliemos un poco, lo que tan concisamente no hace mas que indicar Mr. Henrion en este capítulo. Para esto, hemos de hacer un estracto de estos sucesos por órden cronológico, con las observaciones convenientes, para su mejor inteligencia.

En 986, Erico, llamado el Rojo de Islandia, pasó su residencia á Groelandia, acompañado de varios, entre ellos, uno llamado Biarun, atrevido navegante, dándose desde allí á la vela por entre la bruma, y con viento del norte, despues de varios dias de navegacion, llegaron á un pais desconocido, tierra montuosa con montañas, y atravesada de colinas, y dejándola á babor y navegando dos dias mas, descubrieron una tierra plana y cubierta de bosques. Volvieron á navegar con viento de sud-oeste, y descubrieron otra tierra elevada, montañosa, y cubierta de hielos. Biarno vió que era una isla, y no quiso saltar á ella. Despues de esto, se volvió á Groelandia.

En 994, Leif, hijo de Erico el rojo, con las noticias de Biarno, compró su bajel, y con 35 hombres emprendió su viage hácia el mismo punto, el año 1000, y desembarcando en el último punto donde Biarno no quiso desembarcar, vieron una tierra llena de rocas, y nieve en las montañas, y pareciéndoles destruida de vegetacion, la llamaron *Hellulandia*. Esta isla, segun todas las conjeturas, es la de Terra-Nova. Dándose á la vela, llegaron á otra tierra llana, cubierta de bosques, y la llamaron *Marklandia* (tierra de bosques). Este pais, ya perteneciente al continente americano, es la Nueva-Escocia, cuya descripcion reciente, está de acuerdo con la de los escandinavos. Reembarcados otra vez al oeste, descubrieron otro pais que era una isla situada al este de la tierra firme, pasando por junto á ella, vieron un rio que terminaba en un lago, entraron por ambos, y en este último echaron el ancla, é hicieron chozas para pasar el invierno. Un aleman llamado Tirker, que iba en esta espedicion esplorando el terreno, encontró parras y racimos de uvas silvestres, y Leif llamó por esto á este pais, *Vindland* (tierra de vino). En la primavera inmediata, se volvieron á Groelandia. Este pais, á que llaman Vinlandia, son hoy dia los Estados de Massa-chussets y Rhode Island, en los Estados-Unidos de América.

En 1002, Thorvaldo, hermano de Leif, que creia poco esplorado aquel pais, estuvo en Vinlandia. En 1004, volvió, trasponiendo un cabo notable que encerraba una bahia, y lo llamó Kiarlanes (cabo de Cod.) Le pareció bello el pais, y apareciéndose muchos habitantes, le hostilizaron á él y á su gente, muriendo de una herida el mismo Thorvaldo, y llamó al punto donde le habian de enterrar, Krosanes (cabo de Cruz), que es hoy la punta llamada de Gurnet, en el Nautucket. Sus compañeros, se retiraron á Groelandia el 1006.

El 1006, Thorfinn y otros hicieron otra espedicion á Vinlandia, en la cual permanecieron, formando un establecimiento, y comerciando con sus naturales, hasta el 1008. Al pasar por Marklandia, (Nueva-Escocia) encontraron cinco esquimales, tomaron dos niños varones, y los llevaron consigo, los enseñaron la lengua del norte, y los bautizaron, y estos muchachos dijeron que su padre se llamaba Vetilldi, y su madre Uvaeque: que los indígenas de ese pais, se gobernaban por reyes, uno de los cuales se llamaba Avaldamon, y otro Valdidiva, y que vivian en cavernas.

En 1011, se hizo otro viage á Vinlandia, y volvieron los groelandeses con un rico cargamento, especialmente de madera de aquel pais, que llamaban *mausur*, y otras dos mercancias que llevaron á vender á Noruega en 1013.

Consta además, por otras relaciones, que el 999 Biorn Asbrandson, perseguido en Islandia, se embarcó para Vinlandia y paises inmediatos del norte de América, en donde se quedó con sus habitantes. Al volver Gudleif Gudlanquson, de Dublin á Islandia, en 1057, los vientos le arrojaron á esta parte de la América, y viéndole los naturales iban á matarle junto con su tripulacion, á no aparecerse de pronto un anciano, de esterior distinguido, cubierta la cabeza con cabellos blancos, y á quien los indígenas respetaban. Este era el mismo Biorn Asbrandson que se habia quedado allí.

Las relaciones entre Groelandia y Vinlandia, subsistieron por mucho tiempo despues de las épocas citadas, y debió allí haberse introducido el cristianismo, puesto que consta por las mismas crónicas escandinavas, que el obispo Erico de Groelandia, arrastrado del deseo de convertir á los colonos, ó de hacerlos perseverar en la religion cristiana, llegó á Vinlandia el 1121. Nada mas se sabe de él. Se cree que fijó allí su residencia, y dió gran impulso al cristianismo, y por lo menos, su viage es una prueba de las comunicaciones que habia entre los dos paises. Tambien se sabe, que en 1166, se hizo otro viage para el descubrimiento de las regiones árticas de América, bajo los auspicios de algunos eclesiásticos del obispado de Gardar, en Groelandia.

Resulta pues, de todo esto, que los escandinavos, durante los siglos X y XI, descubrieron una gran parte de las costas de la América del norte, y que las relaciones de ambos paises, subsistieron por los siguientes siglos. Estas mismas relaciones, y lo floreciente que llegó á estar el cristianismo en Groelandia, pues segun Mr. Cranftz, citando á Torfeo, desde 1121 á 1343, eran ya diez y siete los obispos que habia en ese territorio, los cuales, así como Erico y el Gardar es mas problable que difundiesen la fe cristiana en América.

La despoblacion de la Islandia y Groelandia, por efecto de la peste y otras causas naturales, acaecidas en el siglo XIII, fueron la causa, no solo de que cesasen estas relaciones con la América, sino de que los europeos abandonasen la memoria y recuerdo de estos paises, y de que la América no volviese á figurar hasta el inmortal descubrimiento de Colon; pero de la estancia de los escandinavos en esos puntos, han quedado vestigios en Massachusset y Rhode-Island. Cuando por segunda vez, en 1636, se establecieron colonos en la isla, tanto en su parte septentrional, como en la meridional, donde está situado New-

ca y la Suecia, y además á la prohibicion establecida por Margarita, reina de Dinamarca y Noruega, de navegar en aquellos parages, cuyos colonos la rehusasen el tributo ordinario. La colonia oriental, llamada Oster-Bygd, que contenia cuatro iglesias parroquiales y una centena de aldeas, fué destruida por los Skrœlingos antes de que pudiera socorrerla la otra colonia occidental Esta última que comprendia diez parroquias, dos conventos (1), ciento noventa aldeas y una silla episcopal subsistió hasta el año 1540, en que fué probablemente destruida á causa de una revolucion física, que acumuló enormes masas de hielo en estos parages, entre el grado 60° y el círculo polar. Los reyes de Dinamarca han hecho desde entonces muchas tentativas para volver á encontrar sobre la costa oriental de la antigua Groelandia la colonia noruega, que supone haber estado situada entre los 60 y 61° de latitud septentrional. Los vestigios de la Colonia occidental ya han sido reconocidos por Egede, ministro de Voyen, en Noruega, que alentó á una compañía formada en Bergen á establecer una nueva colonia en Groelandia, bajo el 64° de latitud norte. Con efecto, se trasladó allí en 1721 con cuarenta y seis personas, comprendida en ellas su familia, y permaneció quince dias en esta tierra de desolacion, sin poder descubrir la Colonia oriental, que segun las antiguas relaciones no estaba alejada de la occidental sino doce millas noruegas, al través de tierras inhabitadas, ó de un trayecto de seis leguas por medio de un barco.

Por lo dicho, vemos como subsistió por largo tiempo el cristianismo en Groelandia, en la proximidad del Windland (Labrador ó Terra-Nova, poco importa): pero lo notable es, que de este foco, los rayos del cristianismo llegaron á esclarecer la misma América. La costa nord-este de este continente frecuentemente visitada por espacio de dos siglos por los islandeses y los noruegos, atraidos á aquel punto por la curiosidad ó por el comercio, recibió su benéfica luz mucho tiempo antes que Cristóbal Colon aportase al Nuevo-Mundo. El Dr. Holland, aludiendo á los viages de los venecianos Nicolo y Antonio Zeno á fines del siglo XIV, dice, que la descripcion de un gran pais, llamado *Estotiland*, situado al sud-oeste de Groelandia, y que habia sido ya visitado por los comerciantes islandeses, prueba al menos que el descubrimiento de los navegantes del norte no era enteramente desconocido á los pueblos del mediodia de Europa. Antonio Zeno encontró en Windland, varios libros latinos que allí habia dejado un obispo groelandés á principios del siglo XII. Esta circunstancia confirma lo que dijimos mas arriba sobre la mision del obispo Eric.

Si el jesuita Lafiteau hubiese tenido conocimiento de los hechos que acabamos de anunciar, hubiera dado un poco mas de importancia á lo que el P. Chretien Le-Clercq, recoleto, cuenta de los habitantes de la Gaspesia, pais montuoso, situado á la derecha del rio San Lorenzo.

« La tradicion de los gaspesios, dice este P., es que hallándose el pais afligido y consternado

Port, el mas notable monumento hallado, y que se refiere indudablemente al cristianismo, es un edificio octágono de piedra, que allí vulgarmente es llamado *Molino de viento*, porque los modernos descubridores le emplearon para este fin, el cual, segun los anticuarios dinamarqueses, fué baptisterio de una iglesia; se han hallado además sepulcros, instrumentos de hierro y bronce de trabajo europeo, ruinas de casas y atrincheramientos; y sobre todo, muchos puntos de contacto y semejanza, tanto en el idioma, como en otras circunstancias de los esquimales indígenas de esa parte de América, con los antiguos groelandeses, con quienes estuvieron en contacto. La sociedad de anticuarios del norte, prosigue con el mayor celo y laboriosidad sus investigaciones sobre esta parte de la historia, y hasta el 1845, á donde alcanzan las memorias presentadas, y que tenemos á la vista, son muchas ya las que van arrojando cada vez mas luz sobre esta primitiva colonizacion de América, por la que, con el tiempo, podrán esplicarse otros muchos vestigios del cristianismo que allí se han encontrado, desde el descubrimiento de Colon, correspondientes á épocas anteriores, y que quizá tengan relacion con la mision del obispo groelandés Eric, y las de sus demás sucesores. (N. del Trad.)

(1) Antes del 1395, Nicolás Zeno encontró en Groelandia un convento de dominicos, donde se veian religiosos de Noruega Suecia y otros paises, pero mas particularmente de Irlanda y una iglesia dedicada á Sto. Tomás, situada cerca de una montaña, que lanzaba lava y llamas como el Vesubio y el Etna. Una fuente de agua hirviente servia como de calorífero para la iglesia y la habitacion de los religiosos; para cocer además los alimentos sin necesidad de fuego y para sostener el verdor y vegetacion en su jardin, que aunque situado cerca del polo, producia por medio de aquella estufa natural los frutos y plantas de los paises meridionales. Biogr. univers. art. Zeno. (N. del Trad.)

por una gran epidemia que le redujo á la mayor estremidad, llevándose infinitos á la tumba, algunos ancianos del pais, los mas sábios y de mas importancia, acabados por la laxitud y el sentimiento, se quedaron dormidos pensando en la ruina general y desolacion de la nacion gaspesiana si prontamente no era socorrida por el poderoso ausilio del sol, á quien reconocian por su divinidad. Durante este sueño lleno de amargura, fué cuando dicen que se les apareció un hombre bello por escelencia, con una cruz en la mano que les dijo, que tuviesen valor y esperanza, y que cuando despertasen, que hiciesen cruces semejantes á la que veian, y que las presentasen á los gefes de las familias, asegurándoles, que si las recibian con aprecio y estimacion, indudablemente encontrarian en ellas el remedio á todos sus males. Como los salvages son los mas crédulos á los sueños, hasta la supersticion, no desperdiciaron el aviso, y los ancianos vueltos en sí, reunieron una asamblea general de todo lo que restaba de una nacion moribunda, y todos, á una vez, acordaron que se recibiria con honor el sagrado signo de la cruz que les presentaba el cielo como un término á su miseria y principio de su felicidad, como sucedió en efecto, puesto que la epidemia cesó, y los atacados, que llevaron consigo respetuosamente la cruz, sanaron milagrosamente... y no solo se detuvo por ella todo el torrente de enfermedades y mortalidad que desolaba á estos pueblos; sino que fué además un signo eficaz y anuncio de una sucesiva fecundidad de gracias y de bendiciones. Las milagrosas ventajas que consiguieron, les hicieron esperar otras mas considerables en lo sucesivo, y es por esto, por lo que se propusieron desde entonces el no decidir ningun asunto ni emprender ningun viage sin la cruz.

«Conforme á la resolucion tomada por el consejo general de que todos llevasen consigo el signo de la cruz sin esceptuar los niños, jamás en adelante se hubiera atrevido un salvage á presentarse delante de los demás sin tener en su mano, sobre su carne, ó en el trage, este sagrado signo de salud, y cuando era cuestion de decidir alguna cosa de importancia referente al interés general de la nacion, el gefe de ella convocaba á los ancianos que acudian puntualmente al lugar de la cita de la asamblea, y ya todos reunidos, se elevaba una cruz alta de nueve á diez piés, todos hacian un círculo á su alrededor, cada uno con su pequeña cruz en la mano, dejando la del consejo en medio de la asamblea. En seguida el gefe tomaba la palabra anunciando el motivo de la reunion, y todos estos portacruces daban su voto á fin de que se formase la medida, mas justa y equitativa sobre el negocio de que se trataba. Si era cuestion de mandar algun embajador ó diputado á sus vecinos ó alguna nacion estraña, el gefe nombraba por sí y hacia entrar dentro del círculo al que creia mas apto para la ejecucion de su proyecto, y despues de haber notificado al elegido su nombramiento, y enterándole del objeto para que se le enviaba y la manera de desempeñarle, el dicho gefe sacaba de su seno una cruz, de la mas preciosa hechura y valor, y la mostraba con toda reverencia á toda la asamblea, y por medio de una arenga estudiada, encomiaba los favores y bendiciones que toda la nacion gaspesiana habia recibido por el ausilio de tan sagrado signo; mandaba en seguida al diputado que se acercase y la recibiese de sus manos con toda reverencia, y, poniéndosela al cuello, le decia al mismo tiempo: «Vé á cumplir tu cometido y conserva esta cruz que te preservará de todo riesgo cerca de aquellos á quienes vas de enviado.» Los ancianos aprobaban el acto con sus aclamaciones ordinarias de *hoo*, *hoo*, *hoo*, y todo lo que el gefe habia dispuesto, dando la enhorabuena y deseando el mejor éxito en su viage al diputado que iba á emprenderle para el servicio de la nacion. Este embajador salia en seguida del consejo con su cruz al cuello como señal de honor y distintivo de su mision, y no se la quitaba sino por la noche, y se la ponia debajo de la cabeza, con la idea de que ella ahuyentaria los malos espíritus durante su reposo, y siempre

la conservaba con esmero hasta la terminacion de su cometido, que la ponia en manos de su gefe con las mismas ceremonias y formalidades con que la habia recibido en pleno consejo, y en seguida, ante toda la asamblea, daba cuenta del éxito de su viage y de sus negociaciones.

«Por último, estos pueblos nada emprendian sin valerse de la cruz. El caudillo la llevaba siempre en la mano en forma de baston y en su casa, la colocaba siempre en el lugar mas digno de su cabaña. Si los gaspesianos se embarcaban en sus pequeñas canoas hechas de la corteza de un árbol, ponian una cruz á cada estremo de ellas, creyendo religiosamente que esto les preservaria del naufragio.

«Hé aquí cuales eran los sentimientos de los gaspesianos respecto al signo de la cruz, los que subsisten hoy dia religiosamente en el corazon de los porta-cruces, y no hay uno que no la lleve consigo ó en su trage, ó junto á su cuerpo. Los juguetes y las cunas de los niños, tienen cruces, y lo mismo, las paredes de las cabañas, las canoas, los carros y los muebles. Las mugeres que están en cinta la llevan detrás del paño ó lienzo que cubre su seno, para poner el fruto de sus entrañas bajo la proteccion de la cruz, y todos conservan en particular en sus casas una pequeña de porcelana ó de alguna otra materia preciosa que guardan y estiman como pudiéramos hacerlo nosotros con una reliquia, prefiriéndola á cuanto tienen de mas rico y mas precioso.

«Se conocen los cementerios de estos pueblos por las cruces que plantan sobre sus tumbas, y así, sus asilos de la muerte, mas parecen de cristianos que de salvages. Los sitios destinados para la caza y la pesca se distinguen tambien por las cruces que los señalan, y cualquiera se encuentra agradablemente sorprendido al viajar por su pais, de encontrar de trecho en trecho, á las orillas de los rios, cruces de dos ó tres brazos como las de los arzobispos y patriarcas. En una palabra, tienen tanta fé con la cruz, que cuando van á morir, lo primero que disponen, es que esta sea enterrada con ellos, en el mismo ataud, con la esperanza de que esta cruz les hará compañía en el otro mundo, y les servirá para ser en él reconocidos por sus antepasados, llevando consigo la emblemática marca que distingue á los porta-cruces, de todos los demás salvages de la Nueva-Francia.»

Maltebrun, lejos de calificar esta relacion del P. Le-Clercq, como una piadosa novela, cree, y con no escaso fundamento, que la curiosa tradicion de los gaspesianos, adoradores de la cruz, acerca del personage venerable, que llevándoles ese signo de salud, les libró de una epidemia, se refiere al obispo Eric, atraido al Winland, por el deseo de evangelizar á sus compatriotas aun paganos, y cuya mision se estendió sin duda á los inmediatos indígenas de la colonia noruega. El cristianismo, sembrado y no cultivado, pudo muy bien borrarse y estinguirse entre los gaspesianos, pero les quedó sin duda como único vestigio, su veneracion por la cruz, que como signo sensible les debió quedar mas impreso.

Por último, el P. Lafiteau, asegura, que el signo adorable de la cruz, estaba honrado y reverenciado en la América, antes de la llegada de los españoles, y lo comprueba con los testimonios de Pedro Martin y Lopez de Gomara, que hablan de las cruces que los europeos encontraron en el Yucatan, y en la isla de Cozumel, de las que hablarémos mas adelante. Lopez de Gomara, citado por Lafiteau, dice, que los cumanos conservaban entre otros objetos de su veneracion, una cruz de la forma de la de S. Andrés, y un signo como los de los notarios apostólicos, que son cuadrados y cerrados con cruces de Borgoña, atravesadas unas por otras, lo cual, segun ellos, les servia para preservarse de las visiones nocturnas y fantasmas, y lo aplicaban á los niños al tiempo de nacer.

El P. Antonio Ruiz, citado igualmente por Lafiteau, hace mencion de una cruz milagrosa, que se encontró en esa parte del Paraguay, que se ha llamado despues de Santa-

Cruz, probablemente, en memoria de este descubrimiento. Ruiz considera la cruz, de que él hace mérito, como una de las pruebas que confirman la opinion de que Sto. Tomás apostol anunció el evangelio en el Brasil, en el Paraguay, y en el Perú. La tradicion local atestigua, continúa aquel, que allá en tiempo antiguo, se presentó un hombre blanco, que tenia una gran barba, que vino de la mar para hacer conocer á Dios y que él llevaba por todas partes, esta gran cruz, hecha de una madera singular, que no se encuentra en aquellos paises, y que, á la presencia de aquel signo sagrado, los demonios quedaron mudos y los oráculos cesaron. El santo hombre fué maltratado por los idólatras, que le atribuian el silencio de sus dioses, y le quitaron aquella cruz que él llevaba, la que arrojaron á lo profundo de un lago, donde, segun cree Ruiz, se conservó por espacio de quince siglos, y que sacada de él despues de ese tiempo, estaba en el de ese autor tan entera y tan sólida, que no habia apariencia que jamás hubiera podido corromperse. Sobre esto, dirémos, que el P. Antonio Ruiz, no es el único que habla de la venida del apóstol Sto. Tomás, al Nuevo Mundo. En prueba de esto, el P. Duran refiere, que en la América meridional, los indígenas le dijeron, que *San Sume*, palabra que significa Tomás en su lenguaje, habia profetizado á sus antepasados, que llegaria un dia en que se les presentarian sacerdotes del gran Dios, para renovarles su doctrina, predicándoles el amor mútuo, y enseñándoles á no tener mas que una muger, lo que prueba, dice aquel, que Sto. Tomás estuvo en la India occidental. Los principales caciques de los Guaranis del Paraguay, aseguraron formalmente á los jesuitas Cataldino y Maceta, que ellos sabian por tradicion de sus antepasados, que un santo hombre llamado Pay-Zuma ó Pay-Tuma, habia predicado en su pais la fé del cielo, que muchos siguieron sus preceptos y direccion, y que les predijo al dejarles, que ellos y sus descendientes abandonarian el culto del verdadero Dios, que él les habia hecho conocer. Sea de esto lo que quiera, sino se quiere hacer remontar hasta la época de Sto. Tomás, la milagrosa cruz de que habla el P. Ruiz, puede atribuirse con fundamento esta noticia sin dificultad, á los escandinavos convertidos por el obispo Eric, los cuales, desde el Winland, llegaron hasta el Brasil, y hasta el resto de la América del sud.

Pero respecto al culto de la cruz en América, anterior á la llegada de los españoles, existe un testimonio mas notable aun, que los hasta aquí referidos. Emana este de un autor nacido en el mismo Perú y descendiente de la raza misma de sus soberanos, y que por consecuencia debia estar mejor informado que los estrangeros. «El Inca Garcilaso, dice el jesuita Lafiteau, asegura que los reyes del Perú, sus antepasados, tenian en uno de sus palacios una cruz de un jaspe cristalino, beteado de blanco y encarnado, y de la cual hace el mismo Garcilaso una descripcion exacta, despues de haberla examinado detenidamente en la sacristía de la iglesia Catedral del Cuzco, donde los españoles la trasladaron, despues de hacerse dueños de aquel imperio. Los incas, prosigue, conservaron esta cruz, en una de las habitaciones del palacio llamada *huaca*, en lenguaje del pais, y que era un lugar sagrado. Ellos no adoraban pues esta cruz, pero la tenian en gran respeto, sin saber el como ni el cuando llegaron á poseerla, ni el motivo de semejante consideracion por ese objeto. Luego que llegaron los españoles, dice Garcilaso, en seguida la adoraron y tuvieron en mayor veneracion, despues de lo que sucedió á Pedro de Candia, lo cual sigue refiriendo el mismo autor.... El testimonio del Inca Garcilaso, añade el P. Lafiteau, me choca mas que todo, pues ni puede casi ser negado, ni esplicado.» El sábio jesuita, dice en otra parte: «Aunque el demonio puede abusar de todo ¿seria creible, sin embargo, que ese maligno espíritu hubiera propuesto á la veneracion de sus adoradores, ese signo de nuestra salvacion por el cual fué vencido, y que por otra parte fué objeto de burla para los gentiles, asi como de escandalo

para los judíos? ¿O bien seria esto una prueba de que el cristianismo ha penetrado en América, antes de su descubrimiento en estos últimos tiempos?... Bien pudiera haber sucedido, que alguna de las naciones que la habitaban, no hubiese pasado á esa parte del mundo sino algunos siglos despues de la muerte de Jesucristo, y despues que los apóstoles y sus sucesores anunciaron el evangelio en el Ponto, en la Capadocia, en la Escitia, en la Persia, en la Media, y en las grandes Indias, y que algunas de estas naciones, á quienes ya el evangelio habia sido predicado al trasladarse á América, no hubiese retenido mas del cristianismo que esta señal suya, y veneracion al signo de la cruz. Puede ser tambien, que la verdadera cruz cautivada por los persas, bajo el imperio de Cosroés, obrase allí tales prodigios y maravillas, que fuesen conocidas de todas las naciones limítrofes, por lo que se atrajese un singular respeto, el cual ha perseverado hasta los últimos tiempos entre estas naciones idólatras, de las que algunas pudieron haber pasado despues de esto al Nuevo-Mundo.»

A la conjeturas mas ó menos probables del P. Lafiteau, nosotros hemos añadido el hecho irrefutable de la presencia de un obispo católico en la América del norte, desde principios del siglo XII: dejamos al lector el cuidado de apreciar todas las consecuencias posibles de su apostolado, y el de los sacerdotes adictos á la colonia europea de Winland.

Antes de presentar á los españoles navegando bajo la direccion de Cristóbal Colon, hácia el continente, del que se habian alejado los scandinavos, reproducirémos una oportuna reflexion del P. Gumilla. Este jesuita considera los americanos en tres diferentes estados. Examinando desde luego lo que eran antes de los reinados de los incas en el Perú, y de Motezuma en Méjico, lo que fueron bajo la dominacion de esos príncipes, y lo que han sido despues de la conquista española, Gumilla asimila esta tercera época, al reinado de Tiberio, que hizo dueño á su cetro de toda la mejor parte del antiguo continente: «Y así como esta union y sujecion del universo, entonces conocido, al imperio romano, fué un efecto de la providencia que se valió de este medio para facilitar los progresos del evangelio en toda la estension del imperio de los Césares; del mismo modo, la conquista de casi todo el Perú por el Inca, y la dominacion de los principales reinos de Méjico por Motezuma, fueron dirigidas por el Ser Supremo, á fin de que, despojados de su corona esos príncipes, el evangelio encontrase menos obstáculos en esas vastas provincias. Y así como la luz de la fé tardó mas en difundirse entre las naciones que habian conservado su incultura y su barbarie, por no haberse querido someter al yugo y disciplina de la política romana, lo mismo ha sucedido con los pueblos de la América, que antiguamente no estuvieron sujetos ni al Inca, ni á Motezuma, que son tanto mas bárbaros é intolerables, cuanto mas alejados se encuentran de aquellos centros de la civilizacion americana.

CAPÍTULO XXXII.

Los religiosos franciscanos, gerónimos y dominicos, promueven la espedicion de Cristóbal Colon. — Un religioso mercenario, es el limosnero de la flota. — Un franciscano, erige la primera iglesia en Haiti. — Un benedictino, es el primer vicario apostólico del Nuevo-Mundo.

El descubrimiento de la América, ilustró el reinado de Fernando é Isabel, quienes tuvieron además la gloria de poner fin á la dominacion de los musulmanes en España, acontecimiento que en vano el sultan de Egipto, trató de prevenir. Este, mandó como de embajador al rey católico D. Fernando, al franciscano Antonio de Milan, guardian de Monte-Sion, con encargo de que previniese al rey, que sino renunciaba á la conquista de Granada, en represalias, haria caer todo el peso de su venganza, sobre los numerosos cristianos que se contaban en Egipto y Siria, y el rey de Nápoles, aliado del príncipe infiel, se apresuró á transmitir por su parte á D. Fernando, tan singular amenaza. Los consejos, y el gran

valor y prudencia de Isabel de Castilla, tranquilizaron á su esposo, aterrado con semejante conflicto. El enviado, Antonio de Milan, fué recibido con todas las consideraciones debidas al puesto que á su pesar representaba, y Fernando mandó al hermano Pedro Mártir de Angleria, á Nápoles y al Cairo, para notificar su negativa. Este embajador llevaba encargo de decir, al rey de Nápoles, que no habia apariencia, ni podia creerse que el sultan de Egipto, solo por vengarse, consintiese en privarse de las cuantiosas contribuciones y rendimientos pagados por los cristianos de su imperio; y al príncipe mahometano, que la conducta de Fernando é Isabel, en esta ocasion, estaba conforme á las leyes de justicia, puesto que se limitaban á recobrar una parte de su reino de los usurpadores, que solo con la fuerza, y sin derecho á aquella, así como al resto de España, se habian apoderado sin razon y sin derecho. Granada se rindió por fin el 25 de noviembre de 1491, y la dominacion sarracena, ocasion de los martirios y persecuciones, que atrás dejamos descritos, cayó junto con este postrer baluarte, y refugio del islamismo en España. Durante el sitio de Granada, fué cuando la reina Isabel se determinó por fin á realizar los ardientes deseos de Cristóbal Colon, resolucion providencial, pues ninguna otra nacion, sino la española, á la sazon, se encontraba en posicion y estado de establecer el cristianismo en el Nuevo-Mundo, que se iba á descubrir. » Todos los reinos de Europa, escepto la España, dice Charlevoix, estaban embrollados en guerras intestinas ó estrañas, ó fueron muy luego teatro funesto, donde la heregía representó sus mas sangrientas tragedias. España sola, tranquila en medio de tanto escándalo y trastorno, conservó la fé en toda su pureza. Debemos confesar, prosigue, que los reyes católicos, y sus sucesores, han demostrado siempre el mayor celo por la conversion de los idólatras, y por asegurar sus conquistas espirituales en estos vastos paises. Las magníficas fundaciones que han estendido por todos los puntos de América, son y serán siempre eternos monumentos de piedad, que otra nacion alguna nunca podrá borrar. »

Como la consideracion de una gran ventaja material ha sido ocasion de tantas conquistas espirituales, entraremos, bajo este concepto, en algunos detalles y observaciones preliminares al gran acontecimiento. En el siglo XV los italianos eran casi los únicos que hacian el comercio de Asia, proveyendo á la Europa principalmente de las especerías y de otros productos vegetales y juntamente de varias manufacturas de aquella parte del mundo. Los aromas y especias en particular venian de algunas islas situadas cerca del Ecuador, de las que los mismos isleños ó sus inmediatos vecinos las transportaban á aquella parte de las Indias, que está entre aquel archipiélago y Europa, y los comerciantes europeos iban allí á procurárselas. Antes que los árabes ocupasen el Egipto, el comercio se hacia por el mar Rojo, como en el tiempo de los fenicios. Desde las orillas de este mar se transportaban las mercancías en camellos á las orillas del Nilo; el rio los conducia en barcos á los puertos del Egipto, y allí acudian á cargarlas los buques de Venecia, Génova, Amalfi y Pisa. Cerrado por los árabes el pasage para el comercio en el golfo arábigo, los comerciantes se dirigieron al Pérsico, de donde, por el Eufrates, por el Indo, ó por el Oxo, llevaban los géneros de la India al mar Caspio ó al mar Negro, y de aquí al Mediterráneo. Aquí los iban á buscar los italianos para estenderlos luego por todas las costas de Europa, y aun en lo mas interior del continente hasta las heladas regiones de la Moscovia y la Noruega, donde tenian tambien sus factorías. Despues de tantas travesías se concibe fácilmente que el precio de estos artículos de comercio, debia ser en su orígen muy pequeño, y que la necesidad impuesta al consumidor de pagarlos muy caros, era una consecuencia de los inmensos gastos de transporte y riesgos en su conduccion, pasando los géneros por doce manos diferentes antes de llegar al consumidor europeo, y aun con todo eso, la ganancia era de un duplo, subiendo

siempre el precio á proporcion que crecia el esclusivo monopolio. Cuando los árabes prohibieron totalmente el comercio del mar Rojo, los genoveses se unieron con el emperador cismático de Constantinopla para establecer un comercio esclusivo por la parte del mar Negro, por la Tartaria, y por la Persia, y cuando el sultan de Egipto, despues de haber sugetado á los árabes, restableció el camino del Nilo, los venecianos, sus aliados, se apoderaron del comercio de los genoveses y se quedaron los únicos espendedores de los productos de la India. En una palabra, ya por un lado, ya por otro, el monopolio hácia á todas las naciones tributarias de los italianos. El acrecentamiento y la estension del lujo, y el deseo de disminuir las dificultades y los gastos para aumentar el consumo, hicieron el que se discurriesen los medios de procurarse las mercancías de las Indias de primera mano. Como por la elevacion y descenso de la estrella polar y del sol, habia ya seguridad de que la tierra formaba una línea curva de norte á sud y del este al oeste, y que siendo por consecuencia de una forma esférica, se la podia dar la vuelta, se despertaron esperanzas de poder conseguir esto, saliendo del estrecho de Gibraltar, siguiendo luego las Molucas ó islas de las especerías; ya costeando el Africa y singlando luego hácia el este, ó bien atravesando el océano Atlántico hácia al oeste. Este último camino fué el que atrajo todo el estudio y atencion de Colon.

El ilustre genovés ya reunia á una profunda instruccion en cosmografía una gran esperiencia en la navegacion, cuando su matrimonio le hizo fijar su residencia, ya en Lisboa, y alguna vez en Madrid y en Porto-Santo. Justamente era esta la época en que los portugueses continuaban con el mayor ardor los descubrimientos á que habian dado principio en los primeros años del siglo. Lisboa llegó á ser la reunion de las personas de todas las naciones mas hábiles en geografía y arte de navegar. Por el mismo tiempo, Florencia era uno de los principales asilos de los sábios á quienes la caida del imperio griego y la toma de Constantinopla por los turcos habian espulsado del oriente, y esa ciudad veia florecer en su seno, de repente, las artes y las ciencias, cuya propagacion facilitaban cada vez mas las relaciones comerciales. Las obras de Platon, de Aristóteles, las de Diodoro de Sicilia y de otros sábios, esplicadas y comentadas, anunciaban la existencia de regiones situadas muy lejos de las columnas de Hércules, hácia el occidente, donde la tierra, fértil sobremanera y fecundada por grandes rios navegables, estaba cubierta de ciudades y suntuosos edificios. Las relaciones de Marco Polo, que á fines del siglo XIII habia visitado y descrito las Indias orientales, la China y el Japon confirmaban la opinion de los antiguos filósofos. Semejante acuerdo llamó sobremanera la atencion de Colon, quien dió parte de sus presentimientos á Paulo Toscanelli, florentin, el cosmógrafo mas célebre de la época. Este sábio, en carta de 21 de junio de 1474, apoyó sus conjeturas, y le alentó á ensayar la direccion del poniente para abordar los costas donde se criaban las especias y los aromas. Las observaciones de antemano hechas sobre las costas de las Azores, de Madera, y Porto Santo, no dejaron á Colon la menor duda sobre la existencia de tierras situadas al oeste, ya dependiesen del Zipangri ó Zipango, mencionado por Marco Polo, ó ya mas allá de ese pais. Con la conviccion pues de un éxito, por lo menos probable, hizo desde luego homenage de su proyecto á su patria; pero la república de Génova le rechazó con desprecio (1). Colon no

(1) Fué verdaderamente cosa providencial, que habiendo tratado antes Colon sobre su descubrimiento del Nuevo-Mundo con potencias marítimas, como la señoría de Génova, Portugal, y aun Venecia, como afirma Bossi, en todas ellas se le tuviera por visionario, y que pareciesen tan estrañas las cosas que decia, como si jamàs hubiesen pensado ni discurrido sobre tal cosa, y solo en España tuvieran acogida sus ideas, logrando unos simples religiosos, como lo eran los del convento de S. Agustin de Salamanca, y el guardian de la Rabida, que apoyando sus opiniones, lograsen conformarse con ellas los mayores letrados de aquella escuela. A esto alude el mismo Colon, cuando dice en un documento suyo: « Me abrió Nuestro Señor el entendimiento con « mano palpable á que era hacedoso navegar de aqui á las Indias, « y me abrió la voluntad para la ejecucion dello, y con este fue- « go vine á V. A. Todos aquellos que supieron de mi impresa,

tuvo mejor recibimiento en Portugal, cuyo rey, despues de haber hecho lo posible por aprovecharse deslealmente de la revelacion de su secreto, le trató de visionario. La Inglaterra, á donde Cristóbal Colon envió á su hermano, tampoco quiso aprovechar las ventajas de su proyecto. Por último, desahuciado por todos, pero sin desanimarse, el año 1484, salió secretamente de Lisboa, y llegó al puerto de Palos de Moguer, en España, que era entonces el apostadero del comercio de Sevilla. En esa poblacion residian los mas esperimentados marinos de España, notables sobre todo por su carácter intrépido y aventurero, y una de las familias mas distinguidas de esa villa era la de los Pinzones, uno de los cuales, segun Mr. Estancelin, ya habia acompañado al capitan Cousin en su viage de 1486 á 1488 (1). El acogimiento hospitalario que hizo á Colon el franciscano Juan Perez de Marchena, guardian del convento de la Rabida, recompensó por entonces al genovés de sus disgustos y trabajos anejos á la precaria situacion en que se encontraba. Este religioso tambien se habia dedicado al estudio de la cosmografía, y la realizacion del pensamiento que le confió Colon, enardeció al piadoso religioso por su deseo de libertar tantas almas de las tinieblas de la muerte, y esclarecerlas con la antorcha de la fé en aquellas regiones desconocidas. Animado el P. Marchena de tan buenas disposiciones, y aprovechando el poco crédito que tenia en la corte de Castilla, por haber sido durante algun tiempo confesor de la reina Isabel, solicitó, y obtuvo para Colon, la proteccion del nuevo confesor de la reina, Fr. Fernando de Talavera, geronimiano; pero eso no obstante, hasta el 1486, el ilustre genovés, no pudo trasladarse

« con risa le negaron, burlándose de la ciencia de que dije arriba « no me aprovecharon ni las autoridades dellas: *en solo V. A. quedó la fé y constancia.* ¿Quién dubda que esta lumbre no fué « del Espíritu Santo?» Navarrete, col. diplom. n.º 140. (N. del Trad.)

(1) No puede dudarse que Colon recibió algunas noticias de navegantes anteriores sobre la existencia del Nuevo-Mundo, pero no tantas como algunos quieren suponer, ni tales que le quiten la gloria de ser su primer descubridor. La fábula que cita tambien como tal Mr. Henrion en una nota anterior, de que un piloto de Huelva llamado Alonso Sanchez; navegando de España á las Canarias por el 1484, fué arrojado por una tormenta á la isla de Santo Domingo y que volviendo á la Tercera comunicó á Colon su viage y derrotero, lo oyó contar el Inca Garcilaso á su padre que sirvió á los reyes Católicos y á los contemporáneos de los primeros descubridores y conquistadores. Del Inca la tomaron Alderete, Caro, Solórzano Iranzo y otros posteriores. Gomara y el P. José de Acosta refieren el suceso sin citar al descubridor. Gonzalo Fernandez de Oviedo tuvo esta narracion por falsa ó por un cuento que corria entre la gente vulgar, y por último, Irving que se esfuerza en probar lo falso del cuento de Gomara, concluye con una razon que basta por todas. «Colon dice, en 1474, diez años antes del supuesto viage de Sanchez de Huelva, comunicó su proyecto de descubrir nuevas tierras á Paulo Toscanelli. Estas cartas en que el genovés anuncia su proyecto de antemano, pueden verse en los apéndices de Navarrete. Pero este si bien niega igualmente esta conseja añade lo siguiente: » Pudo ser así respecto á la persona de Alonso Sanchez y á las circunstancias de su viage; pero Fr. Bartolomé de las Casas, que tuvo á la vista unos libros de memorias escritos por el mismo Colon, refiere, que tratando en ellos de los indicios que habia tenido de tierras hácia el Occidente por varios pilotos y marineros portugueses y castellanos, citaba entre otros á un Pedro Velasco, vecino de Palos que le afirmó en el monasterio de la Rabida, habia partido del Fayal, y anduvo ciento y cincuenta leguas por mar, descubriendo á la vuelta la isla de las Flores: á un marinero tuerto, que hallándose en el puerto de Santa María y á otro gallego, que hallándose en Murcia le hablaron de un viage que habian hecho á Irlanda y que desviados de su derrota, navegaron tanto al N. O. que avistaron una tierra que imaginaron ser Tartaria y era Terra-Nova ó la tierra de los Bacalaos, la cual fueron á reconocer en diversos tiempos dos hijos del capitan que descubrió la isla Tercera, llamados Miguel y Gaspar Cortereal que se perdieron uno despues de otro. Añade el mismo Las Casas, que los primeros que fueron á descubrir y poblar la Isla Española, á quien él trató, habian oido á los naturales que pocos años antes que llegasen habian aportado allí otros hombres blancos y barbudos como ellos. Los vascongados pretenden tambien haber descubierto un paisano suyo llamado Juan de Echaide los bancos de Terra-Nova muchos años antes que se descubriese el Nuevo-Mundo.» Hasta aquí Navarrete; pero todo esto prueba á lo mas que Colon no desdeñó de oir estas relaciones y su gloria no se empaña porque tuviera datos y presunciones agenas de la existencia de un Nuevo-Mundo, pues su empresa no fué la vision de un sonámbulo sino el producto de la ciencia del valor y del genio, tanto mas, cuanto que estas especies eran vagas y sus datos, muy anteriores á todas ellas, ciertos y seguros. Todavia ofrecen mas duda los descubrimientos de América que se suponen anteriores á Colon por Martin Beben y los hermanos Zenos y aun el mismo viage del Capitan Cousin que cita Mr. Henrion. El ilustre italiano Cesar Cantú espone estas y otras tradiciones sin darles la importancia de creerlas verdaderas. Véase el tomo 14 de su Historia Universal. Lo que no puede negarse, y Navarrete no hace mencion de ello, es que Colon viajó á Tule ó Islandia, en febrero de 1477, pues su hijo Fernando lo dice, en su Historia del Almirante, y aun tambien que pasó cien leguas mas adelante. Allí si que pudo adquirir noticias de la Vinlandia, y de los viages de descubrimientos que hicieron los groelandeses en los siglos IX y X. en la parte de la América del norte, y de los que latamente hablamos en nuestra nota anterior, pero esto no pudo tampoco ser la primera fuente de sus ideas, puesto que en 1474, tres años antes de poder saber esto, ya habia espresado á Toscanelli su proyecto de hacer un viage en busca de las indias. (N. del Trad.)

á la corte (1). Despues de haber seguido por espacio de cinco años á los soberanos, ocupados entonces en la guerra de Granada, y engañado siempre en las esperanzas que se le hacian concebir y que nunca se realizaban, resolvió por último, aburrido y cansado de dar pasos inútiles, el marcharse á Paris, donde tenia algun antecedente de que el rey de Francia acogeria su idea. No obstante, antes de dejar la España, quiso volver á ver á su protector y amigo Fr. Juan Perez de Marchena, á quien habia dejado confiado su hijo único durante su estancia en la corte. El guardian de la Rabida, sorprendido de la resolucion de Colon, y apreciando en lo que valia el perjuicio inmenso que su marcha iba á ocasionar á su pais, no omitió diligencia alguna para impedirlo. Convocó á sus amigos mas íntimos, y á aquellos navieros de Palos mas capaces de juzgar los proyectos de Colon. En esta reunion figuraba Alonso Pinzon, gefe de la familia, para quien la existencia de un pais situado al sud-oeste ya no era una hipótesis, si es cierto que uno de sus miembros navegó con el capitan Cousin. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que, Alonso, entusiasmado, entró con celo en los grandes pensamientos de Colon, y franqueándole su bolsa, le ofreció por su parte contribuir á los gastos de la proyectada espedicion, como lo cumplió mas tarde, embarcándose con sus dos hermanos y esponiendo su vida á la arriesgada empresa que dirigió el atrevido genovés. Pero la intervencion mas eficaz de todas, fué la del franciscano Marchena, quien, consultado por la reina Isabel, insistió siempre en las frecuentes conversaciones que con ella tuvo sobre ese asunto, en la utilidad, y sobre todo, en la santidad de una empresa de la que dependia la salvacion eterna de tan inmenso número de almas. Con esto, y con asegurar á Colon el asentimiento de Fr. Fernando de Talavera, del cardenal Mendoza, de Luis de Santangel y de Alonso Quintanilla, personas todas muy influyentes con los reyes católicos, logró que se le diesen para su espedicion, un navío y dos carabelas con ciento veinte soldados y el dinero y demás cosas necesarias. El 17 de abril de 1492 se firmaron los artículos de un tratado, por el cual Cristóbal Colon recibió los títulos hereditarios de almirante y de virey de todos los mares, islas y tierras que descubriese (1). Por lo que va dicho, ya vemos lo mucho que contribuyó el franciscano Juan Perez de Marchena por su intervencion en favor del ilustre genovés, en que se propagase la fé en una parte del mundo, entonces desconocida. Tambien contribuyó á esto y tiene su parte de gloria, el dominico Fr. Diego Deza, profesor de teología en la universidad de Salamanca y preceptor del príncipe de Asturias D. Juan, teniendo como tuvo ocasion, en muchas conversaciones con Colon, de reconocer el génio, probidad y gran ciencia de este hábil navegante. Fontana y Touron, dicen,

(1) El convento de franciscanos de la Ravida, testigo de las conversaciones de Colon con el célebre P. Marchena, era ciertamente uno de los gloriosos monumentos al que estaba enlazada la historia del descubrimiento del Nuevo-Mundo, pues allí condujo la providencia á Colon, pobre y errante en compañía de su hijo para encontrar dentro de sus muros á un religioso que reanimó su abatido espíritu y fué su mejor aliado en la grande empresa que los sábios no comprendian, y que cupo en la mente del que estaba encerrado en un claustro. El vandalismo de esta última época, al suprimir las órdenes religiosas y dejar abandonados los conventos, hizo lo propio con éste, que hubiera llegado á arruinarse por si mismo ó por la mano de algun especulador de derribos, sin el celo y patriotismo por las glorias nacionales de los Serenisimos infantes duques de Montponsier, que salvando esta joya histórica de su ruina, han restaurado el templo é Iglesia, que tan ilustres recuerdos ofrecen y hasta repuesto en su lugar la gran cruz de piedra de la entrada, sobre cuyas gradas descansaron fatigados el genovés y su hijo antes de pedir hospitalidad en el convento. Hoy dia este monumento sostenido por esos príncipes es una curiosidad para los estrangeros que acuden á visitarle, y si al contemplarle recuerdan á Colon, su vasta empresa, y la gloria de la España que la tomó por su cuenta, tampoco olvidan al franciscano Marchena en cuya celda puede decirse que quedó resuelto el mayor de los problemas que ha podido y podrá en adelante presentar la ciencia (N. del Trad.)

(1) En las capitulaciones que hizo Cristóbal Colon, con los reyes católicos, antes del descubrimiento del Nuevo-Mundo, se contienen las gracias siguientes: título de almirante de todas las islas y tierra firme que descubriese, y de virey y gobernador general en todas ellas; la décima parte de todo el oro, plata, especerias y demás mercaderías que allí se encontrasen y ganasen, y la octava parte de la ganancia que resultase del comercio de los navios y escuadras, que se armasen para tratos y negociaciones en América. Se otorgaron estas capitulaciones en la ciudad de Santa Fé en 17 de abril de 1492. Navarrete Colec. diplom.ª núms. 5 y 6. (N. del Trad.)

que Fr Diego tomó la palabra ante los reyes y fué el que mas decidió á estos, á que se equipasen los tres buques con los que Colon debia ir á descubrir el Nuevo-Mundo. Remesal, citado por el prelado Balufi, sienta tambien que los soberanos de España son en parte deudores á Fr. Diego, de la conquista de la América (1). El buque que montó Colon fué llamado *Santa María*; el segundo, mandado por Alonso Pinzon, la *Pinta*; y el tercero, á las órdenes de Yañez Pinzon, hermano del anterior, la *Niña*. Martin Pinzon el mas jóven de los tres hermanos, era piloto de la *Pinta*. El general de la Órden de la Merced dió por compañero de Cristóbal Colon, al P. Solorzano, para que fuese su confesor y el limosnero de su flota, que se dió á la vela el viernes 3 de agosto de 1492. « Este ministro de Jesucristo, dice la *Historia de la Orden de la Merced*, desempeñó sus funciones con tanto celo y buen éxito, que él fué el primer apóstol del Nuevo-Mundo. Su Órden fué por ello recompensada por los grandes establecimientos que poseyó despues en América, donde tuvo ocho grandes provincias, y cuyos religiosos procuraron admirables conversiones (2). »

El descubrimiento del Nuevo-Mundo, abierto por la misericordia divina á la activa caridad de los misioneros, tuvo lugar en la noche del 11 al 12 de octubre del citado año 1492. Al rayar el dia, se apareció á los navegantes la isla de Guanahami, una de las Lucayas. *Un Te-Deum* se cantó en seguida (1). El almi-

(1) Colon conoció á Fr. Diego de Deza en Salamanca cuando los religiosos de San Estéban le favorecieron, dándole alli aposento y comida y haciendo el gasto de sus jornadas Este religioso llegó á ser luego arzobispo de Sevilla y cada vez mas protector suyo, por lo cual de él dice el mismo Colon, « que de de « que vino á Castilla le habia favorecido aquel prelado y de« seado su honra, y que él fué causa que SS. AA. tuviesen las « Indias. » Véase Navarrete introd. pág. 92. (N. del Trad.)

(2) Esta peregrina especie del religioso mercenario que acompañó á Colon en su primer viage, que con tanto empeño quiere defender Remon en su Historia de la Merced y con otro tanto contradecir el P. Torrubia en sus Anales de la Órden de S. Francisco, no se encuentra apoyada por ninguno de los autores coetáneos que hablaron de los viages de Colon, y ni este, en la relacion de su primer viage, ni su hijo, en la vida del almirante, ni Las Casas, ni Oviedo que escribieron en su época hacen mencion de semejante religioso, antes por el contrario, todo conduce á demostrar que en el primer viage de Colon, no fué sacerdote alguno con él, pues si asi fuese, alguno de los anteriores autores hubiesen apuntado ese hecho. Sin embargo, el P. Remon, descubrió una especie singular que solo trae Pedro Mártir de Angleria, en sus décadas de Orve-Novo, y es la siguiente, que como único fundamento de su opinion, espondremos. Dice Pedro Mártir: que en el segundo viage que hizo Colon el 1493, queriendo saber si Cuba era ó no tierra firme, echó gente en ella y cuando los soldados hacian agua y cortaban madera, uno de estos se alargó en la espesura de un bosque, para ver si podia cazar algo que comer, y estando en esto, divisó de repente á un hombre vestido con una túnica blanca, *que á primera vista creyó ser un cierto religioso de la Orden de Santa Maria de la Merced, que consigo llevaba por sacerdote el almirante.* Luego se aparecieron otros dos, y despues hasta treinta, y al verlos huyó, etc. El cronista de la Merced, para probar su aserto, quiere suponer que este soldado que cita Martir de Angleria, estuviese en el primer viage de Colon, y que el recuerdo del fraile mercenario, que le vino, al ver á aquellos indios con túnicas blancas, se refiera al religioso que acompañó á Colon en el primer viage, y no á ninguno de los otros; que consta ya de cierto que le acompañaron en el segundo, bajo la direccion del P. Boil, que era el jefe de la mision, y añade además Remon, que el tal religioso, se llamaba Solorzano de apellido, especie nueva que no dice de donde la sacó, pues el soldado que recordó al mercenario, no cita el nombre, ni la crónica de la Órden dá mas datos. Son tantos las consejas y fábulas que se han ingerido en las historias del Nuevo-Mundo, que no dudamos que esta sea una de ellas, y si acaso merece alguna fé el dicho de ese soldado, debe referirse á algun mercenario, que fué con la mision en el segundo viage, y no en el primero, del que historiador alguno hace mencion. Menos crédito merece la opinion contraria del P. Torrubia, que sostiene que acompañó á Colon en su primer viage, el franciscano Juan Perez de Marchena, y que en él, al tomar posesion de la isla española el almirante, dijo alli la primera misa, y erigió al Altisimo el primer templo cristiano, hecho de ramas de árboles y estacas, cuando es indudable, y lo refieren muchos autores, que esto acaeció en el segundo viage, y no en el primero, como lo afirma el mismo Henrion mas adelante. Estraño es á la verdad, que en la primera espedicion de Colon, no fue ese sacerdote alguno; quizá por parecer demasiado arriesgada, ni los reyes, ni el almirante mismo, quisieron comprometer á nadie para ese cargo, hasta ver si el hecho era ó no cierto, lo cual no deja de ser probable; pero de todos modos, el simple y vago dicho de un soldado, que á pesar de la interpretacion de Remon, puede referirse á el segundo viage, no es bastante para contrarestar el unánime silencio de todos los demás autores, y la absoluta carencia de documentos en un punto tan importante. (Nota del Traductor.)

(1) Al doblar Colon su rodilla, sobre la primera tierra del Nuevo-Mundo que descubrió, dirigió al cielo la siguiente plegaria: « Oh! Dios omnipotente y eterno, que con sola tu palabra, « criaste el cielo, el mar y la tierra! Sea bendito y glorificado « tu santo nombre, sea alabada tu magestad y soberana digna« cion, que valiéndose de mi, tu humilde siervo, ha querido que « tu santo nombre se conozca y se publique en esta otra parte « del mundo. » Esta misma oracion recitaron despues el adelantado Balboa, Cortés y Pizarro, por determinacion de los reyes de Castilla, cuando descubrieron nuevas tierras. Esto prueba tambien lo que antes apuntamos, de no haber asistido sacerdote alguno en este primer viage, pues, ya al decir esta oracion, ya al entonar el *Te-Deum* y la *Salve*, que se rezó en esta ocasion, segun dice el mismo almirante, era regular que tomase parte el sacerdote de la espedicion, si es que le habia,

rante Colon, con el estandarte real de Castilla en la mano, puso el pié en tierra, se prosternó con lágrimas en los ojos y levantándose tomó posesion en nombre del rey de España de esta isla, á la que dió el nombre de *San Salvador*, porque este descubrimiento salvaba su vida, que ya habia estado amenazada por los que le acompañaban (1). Los indígenas, que en la costa se presentaron, le parecieron buenos y sencillos, pero llevaban pendientes de sus orejas pequeñas planchas de oro, que provenia de un pais situado hácia el sud, direccion que ellos le indicaron señalando con su brazo hácia esa parte. El color de su rostro era algo aceitunado, y tanto hombres como mugeres estaban completamente desnudos. Aprovechando las noticias de los indios, Colon continuó su viage en busca del pais que producia el oro, y descubrió, el 27 de octubre, la isla de Cuba, la mas estensa del archipiélago de las Antillas. Pero aun debia encontrar mas oro, en otra tierra, al oriente, es decir en la isla de Haiti á la que Colon llamó *Española*.

« Es cierto, dice el P. Margat, jesuita, que cuando el Almirante abordó por primera vez á la isla de Haiti, no solo le sorprendió su grandeza, sino la prodigiosa multitud de sus habitantes. Esta tierra, de doscientas leguas de longitud, por sesenta ú ochenta de anchura, le pareció habitada por todas partes, no solo en las llanuras que se estienden desde la orilla del mar, hasta las montañas que ocupan el centro de la isla, en toda su longitud; sino aun en las montañas mismas, las cuales, aunque escarpadas, formaban Estados considerables. Si creemos á los historiadores españoles, no habria allí menos de un millon de indios, cuando Colon la descubrió, y al describirnos las guerras y batallas que estos conquistadores del Nuevo-Mundo tuvieron que sostener, nos los representan combatiendo contra ejércitos indios, de ochenta ó cien mil hombres, que estaban bajo las órdenes y estandartes de un solo cacique, y contando en la isla cinco ó seis caciques, como estos, cuyo poder era igual, y que se fueron sometiendo unos despues de otros, resulta una gran poblacion que puede suponerse un poco exagerada por estos historiadores, para dar mas valor y lustre á las victorias de sus héroes; pero el P. Bartolomé de las Casas, que no fué por cierto el mejor panegirista y admirador de su nacion, cuenta un número mayor de indios en Haiti, y sobre él funda una buena parte de las amargas reconvenciones que hace á sus compatriotas por su posterior despoblacion. » Segun Las Casas, Haiti contaba, cuando la conquista, tres millones de habitantes, y la isla se dividia en cinco reinos muy poderosos, que tenian gran número de vasallos, y muchos de ellos, señores independientes de particulares distritos. Uno de estos reinos se llamaba reino de la *Magna*, es decir, de la llanura, porque se estendia á ochenta leguas, desde la mar del sud hasta la del norte, y á su derecha é izquierda, tenia elevadas montañas en que habia grandes minas de oro. En esta cadena es donde está la provincia de Cibao, cuyas minas han sido tan famosas, á causa del oro tan superior que daban. El último rey de este pais se llamaba Guarionax, y tenia vasallos tan poderosos, que muchos le daban treinta mil hombres de contingente para la guerra. La segunda soberanía de la isla española, era conocida bajo el nombre de reino de *Marien*, y comenzaba en el punto que hoy se llama Puerto-Real, estendiéndose hasta la llanura, y ella sola era mas grande que el Portugal, y capaz de tener mas poblacion por su riqueza y fertilidad,

y que entonces, mas que en ninguna otra ocasion, se hiciese mencion de él, como en lo mas privativo de su sagrado ministerio, y por el contrario, nada de eso consta ni aun remotamente se indica. (N. del Trad.)

(1) Segun las observaciones del sábio Navarrete, examinado detenidamente el diario de Colon, sus derrotas, recaladas, señales de tierras, islas, costas y puertos, parece que esta primera isla que Colon descubrió y pisó, poniéndola por nombre *San Salvador*, debe ser, de las Antillas, la que está situada mas al norte de las turcas, llamada del *Gran Turco*. Sus circunstancias, continua, conforman con la descripcion que Colon hace de ella. Su situacion es por el paralelo de 21° 30, al norte de la mediania de la isla de Santo Domingo. Navarrete. Colec. de viages, tom. I, pág. 21. (N. del Trad.)

que aquel reino. Allí se encontraron muchas minas de oro y cobre. Su príncipe se llamaba Guacanagary. El tercer reino, era el de *Maguana*. El clima aquí es muy sano, y el terreno muy productivo. Estaba gobernado por el rey Canoabo, el mas valiente de los del pais, el mas respetado y el mas espléndido. *Xaragua*, era el nombre del cuarto reino de la isla, el cual ocupaba el centro. Su corte era mas culta y civilizada, los usos y maneras mas delicadas y corteses, y el idioma mas perfeccionado. Las personas tenian un aire mas distinguido, y trage mas decente, y la nobleza ó clase superior, era mas numerosa y mas brillante. Este pais tenia por rey á Behechio, el cual murió y dejó la corona á su hermano. Por último, el quinto reino era el de *Higuey*, gobernado por una reina llamada Higuanama, que disponia de un grande ejército. (1)

El P. Charlevoix, jesuita, nos refiere las tradiciones de los isleños de Haiti, sobre el orígen de los hombres. Los primeros, segun ellos, salieron de las cavernas de su isla. Irritado el sol de su salida, cambió en piedras á los guardianes que habia puesto en estas cuevas, y transformó á estos hombres que salieron de aquel encierro, en árboles, en insectos, y en otras especies de animales; sin embargo, el universo no dejó por esto de poblarse. Segun otra tradicion, las mujeres no aparecieron en el mundo sino mucho despues que los hombres, y el sol y la luna salieron tambien de una gruta de la misma isla, para iluminar el mundo, y los indígenas iban en peregrinacion á esa gruta que estaba adornada de pinturas, y guardada por dos ídolos, á los que se tributaba homenage. Se conjetura que la gruta de que hablamos, es la misma que se vé en el territorio de Dondon, á seis ó siete leguas de Cabo-francés. Esta tiene cincuenta piés de profundidad, y casi otro tanto de altura, pero es muy estrecha, y recibe luz por su entrada y por una abertura practicada en la bóveda. Por aquí creen que salió el sol y la luna para colocarse en el cielo. Toda la bóveda es tan bella y regular, que parece imposible que sea obra de sola la naturaleza. No se vé en este lugar ninguna estátua, y si, algunas figuras grabadas toscamente en la roca, y toda la caverna está como dividida en muchos como nichos altos y profundos, que se creen hechos á propósito para algun uso. Las fábulas que acabamos de contar, demuestran que los isleños de Haiti, no dudaban que la tierra hubiese comenzado por su isla, y pocas son las naciones de América donde no se haya encontrado la misma prevencion por su pais.

A falta de anales escritos, las tradiciones se perpetuaban en Haiti, por medio de cantos populares, que por lo general, siempre iban acompañados del baile, que se ejecutaba con bastante regularidad y compás, mezclados hombres y mugeres, si bien algunas veces, danzaban separados los dos sexos. En las fiestas públicas, y ocasiones importantes, se bailaba y cantaba á son de tambor, y el cacique ó la persona mas condecorada de la tribu, era quien le tocaba. *Cacique*, en la lengua del pais, significa príncipe ó señor, y los españoles hicieron de ese nombre una palabra genérica, de que se servian para designar á cualquier gefe ó soberano de la América, escepto al emperador de Méjico, y á los Incas del Perú.

Los indígenas haitianos, faltos de luces y aun casi de la razon natural estaban llenos de groseras supersticiones, y poco debió costar al espíritu del error, el adquirirse allí honores diversos. Si creemos á los autores contempo-

(1) Esta exagerada poblacion, tanto de esta isla de Santo Domingo, como de toda la América, al tiempo de su conquista, fué idea que propaló primero Fr. Bartolomé de Las Casas, quien no merece fé en esto, asi como en otras muchas cosas que refiere, por las infinitas contradicciones en que incurre sobre este mismo punto; lo que demuestra, atendida su sistemática idea de acriminar á los españoles para defender á los indios, que exageró la poblacion de una manera fabulosa, para hacer resaltar mas la diminucion de los indígenas, ocasionada esclusivamente segun el, por mal trato y crueldad de los españoles que colonizaron la isla. Historiadores mas imparciales, y que no tenian una idea fija como Las Casas, reducen muchísimo esos guarismos que han aumentado aun mas los estrangeros, émulos envidiosos y constantes detractores de las glorias españolas, que tratan de empañar, ya que no pueden oscurecer, ni mucho menos destruir. (N. del Trad.)

ráneos, el demonio se aparecia á esos isleños bajo diferentes formas, y les daba oráculos, que servian de norma y regla á este pueblo. Las diferentes apariencias que tomaba el demonio, les habian hecho persuadir que existian muchos dioses; pero por su fealdad, les creian mas capaces de causarles mal que bien, y así temian mas que veneraban á sus ídolos, á los que llamaban *Chemis* ó *Zemes*, y procuraban apaciguarlos con ofrendas. Hacian estos ídolos de piedra ó barro cocido, y los tenian en sus habitaciones, y aun imprimian en su cuerpo sus imágenes. Viéndolos tanto, y teniéndoles tan á la mano, nada tiene de estraño que creyesen que se les aparecian en sueños. A sus dioses les daban diversas atribuciones; unos cuidaban de las estaciones, otros de la salud, otros de la pesca, y cada uno tenia su culto y ofrendas particulares Algunos han creido que los haitianos, miraban á los zemes como divinidades subalternas, ministros de un Dios soberano, único, infinito, todopoderoso, é invisible; pero no increado, porque le daban una madre. A este dios supremo, ni á su madre, no se les daba culto alguno, al menos esterior; á menos que no se confunda aquella con el zeme que adoraban, bajo la figura de una muger, teniendo á su lado dos como principales ministros, uno, encargado de convocar á los otros dioses, cuando la diosa queria mandarlos á escitar los vientos, la lluvia ó lo demás que los hombres la pedian; y el otro, con la mision de castigar con inundaciones, á los que rehusaban tributar á la diosa, los honores que esta les exigia.

En los mas antiguos autores, se encuentra la descripcion de una solemnidad, la única y principal ceremonia de estos pueblos. El cacique señalaba de antemano el dia que habia de celebrarse, por pregoneros públicos. Comenzaba la fiesta por una procesion, á la que asistian todos los casados, hombres y mujeres, adornados con lo mejor que tenian, y los solteros y doncellas, desnudos del todo, como de costumbre. El cacique, ó la persona de mas consideracion en el pueblo, iba á la cabeza tocando un tambor, y en esa forma iban todos á un templo lleno de ídolos, cuyas figuras, mejor parecian representar diablos que dioses. Los sacerdotes, dando aullidos, recibian las ofrendas, que consistian las mas en tortas de harina que llevaban las mugeres en canastillas adornadas de flores. Terminada la ofrenda, se bailaba y se cantaban canciones en honor de los zemes, y alabanzas de los antiguos caciques, con plegarias y votos por la prosperidad de la nacion. Los sacerdotes distribuian luego las ofrendas entre las cabezas de familia, y los fragmentos de aquellas, que cada uno recibia, se guardaban por todo el año, creyéndoles un preservativo contra toda clase de accidentes. El cacique no entraba en el templo, se quedaba á la puerta tocando siempre el tambor, y viendo pasar por delante de sí toda la procesion, cuyos individuos, uno á uno, se presentaban delante del principal ídolo, é introduciéndose una varita en la garganta, provocaban el vómito, ceremonia ridícula que significaba, que para presentarse ante la divinidad, era preciso tener el corazon limpio, y como quien dice, en los lábios. (Pl. XL, n.° 1.)

Los zemes se comunicaban sobre todo á los *butios* ó sacerdotes del pais, que eran al propio tiempo médicos, pero aunque el demonio, si hemos de creer á los autores, entraba en parte en el ejercicio de su ministerio, entraba por mucho mas, ó casi en todo, la charlatanería y el engaño. Cuando estos impostores consultaban al zemes en público, jamás se oia la respuesta del dios, y no se juzgaba el oráculo, sino por las acciones del sacerdote. Si este bailaba, era buena señal, y el oráculo era favorable; mas si al contrario, estaba quieto y con aire triste y lloroso, el que consultaba ó pedia algo al dios, ayunaba ó aumentaba sus dones, hasta que apareciesen señales de que se habia aplacado su rencor. Los butios, no se distinguian en el esterior, sino por una figura de Zemes, que llevaban siempre sobre sí. Por último, se les respetaba mas



como sacerdotes, que como médicos. Cuando un enfermo moria, á pesar de las predicciones y cuidados del butio, se acusaba á éste de mala fé ó de ignorancia, y los mas próximos parientes, reunidos alrededor del cadáver, le cortaban las uñas, y algo del pelo, que mezclaban con el jugo de cierta yerba, y derramando esta composicion en la boca del muerto, le invitaban á que declarase, si habia sucumbido por falta del médico. Si la respuesta obtenida por mágia, ó fingida con malicia, acusaba al butio, y éste no habia tenido la precaucion de largarse á punto seguro, le hacian pedazos entre todos. Mas para llegar á este caso, era preciso que contra el acusado, ya hubiese antiguas prevenciones, ó se descubriese que era un falso y supuesto sacerdote.

Estos isleños, tenian una débil idea de la inmortalidad del alma, y de la otra vida. Creian en un lugar de recompensa para los buenos; pero nada hablaban del suplicio para los culpables. Cada uno colocaba el paraiso en su comarca ó distrito, y se figuraban una vida deliciosa á su manera, alegrándose sobre todo, de que allí encontrarian á sus parientes y amigos, y que tendrian mugeres donde escoger. Algunos creian, que el paradero de las almas estaba hácia el Tiburon, donde hay grandes llanuras, todas cubiertas de mameys, especie de fruto, al que se ha dado el nombre de albaricoque de Santo-Domingo. Pretendian que esta fruta, era el ordinario alimento de las almas que le iban á recoger por la noche, permaneciendo durante la claridad del dia, ocultas en sitios montañosos, ó de dificil acceso. Esta opinion imprimia cierta especie de carácter sagrado al mamey, fruto por otra parte escelente, del que se abstenian de comer, por respeto, los vivos, á fin de no esponer los muertos á la falta de alimento.

Colon reconoció esta isla por su punta mas occidental, recorriendo toda la costa que forma la parte del norte, y remontando de este á oeste, echó anclas en un puerto del reino de Marien, al que llamó Puerto-Real. Ya hemos dicho que allí reinaba Guacanagary. «Nada tenia de bárbaro en sus maneras este cacique, dice el P. Margat, jesuita. Sus súbditos se aunaron bien pronto con los estrangeros, cuya vista les sorprendió en un principio. Les recibieron con toda la cordialidad posible, disputándose unos á otros, sobre quien agasajaria mas á los nuevos huéspedes. Estos, desde luego, hicieron ver que el oro era el principal objeto de sus investigaciones. Los indios, al saberlo, con prontitud y gusto se despojaron al punto de sus ricos collares, zarcillos y otros adornos de ese metal, para ofrecérselos á sus nuevos huéspedes. Una campanilla, ó alguna otra chuchería de vidrio que se daba en cambio, la encontraban preferible á cuantas riquezas sacaban de sus minas. Altamente prevenidos en favor de los estrangeros, á quienes consideraban como venidos del cielo, hacian lo posible por conformarse á su maneras, y así, una gran cruz que se plantó en medio de sus chozas, fué muy luego para ellos objeto de su veneracion. A ejemplo de los españoles, se arrodillaban en tierra; se daban golpes de pecho; alzaban sus ojos y manos al cielo, y parecia que ya tributaban homenaje al verdadero Dios, á quien no conocian, sino de una manera imperfecta. La carabela que montaba el almirante, habia anclado en un mal fondo, y desanclada, el viento de repente la estrelló contra las rocas á flor de agua. Este imprevisto percance, desconcertó las medidas de Colon, y le dejaba por decirlo así, y por de pronto, aislado, y á merced de los indios. El buen rey Guacanagari, hizo cuanto pudo por consolarle de esta pérdida, y dispuso sobre la marcha, que se aprestase una numerosa escuadra de canoas para socorrer al buque estrangero, y para que hubiese el mayor órden y seguridad, él mismo dirigió la operacion con su presencia. En un momento quedó descargado el barco de cuanto contenia, y sus efectos fueron trasportados á una especie de almacen á la orilla del mar, y custodiados con esmero. Por último, enternecido por la afliccion de Colon, aquel buen príncipe derramó

lágrimas, y para resarcirle de esa pérdida en cuanto le fuese posible, ofreció al almirante cuanto poseia en la estension de sus estados, rogándole que fijase en ellos su residencia. Obligado Colon á volver á España, á dar cuenta de su descubrimiento, despues de dar gracias al cacique por su generoso ofrecimiento, le contestó que le era imposible permanecer por mas tiempo en esa isla, y que mientras volvia otra vez, que no tardaria mucho, dejaria en su compañía á una parte de su gente. El cacique, enseguida, mandó construir una habitacion grande y cómoda, para sus nuevos huéspedes, y con los restos del buque destruido, se pudo arreglar una especie de fuerte, al que Colon llamó de la *Natividad*, por haber arribado á esa bahia, el dia de la Natividad del Señor. Por defuera, le guarneció con un buen foso, y dejó para su defensa, una compañía de cerca de cuarenta hombres, al mando de un bravo cordobés, llamado Diego de Arana. Dejóles además, un artillero esperto, algunas piezas de campaña, un carpintero, un cirujano, y les proveyó á todos de víveres, para un año entero.» El 4 de enero de 1493, el almirante tomó el rumbo para España, y llegó el 15 de marzo, al Puerto de Palos.

Fernando é Isabel, se encontraban á la sazon en Barcelona, donde Colon hizo su entrada triunfal, marchando en medio de los americanos que habia traido consigo, y que conservaban aun el trage de su pais. El oro y las demás curiosidades traidas del Nuevo-Mundo, iban delante de él, en bandejas descubiertas. Los reyes católicos, que le aguardaban en su palacio sentados en su trono, se levantaron á la aproximacion del almirante. Colon se arrodilló á sus piés, y le mandaron sentarse en su presencia. Despues que el ilustre navegante, dió cuenta de su viage, y presentó á los reyes las primicias de sus descubrimientos, todo el mundo se arrodilló, y se cantó en la sala misma del trono, un solemne *Te-Deum*, en accion de gracias (1). La educacion cristiana de los siete indígenas que acompañaban al almirante, quedó á cargo de los soberanos, y el rey y la reina, fueron padrinos en las fuentes bautismales, de estos primeros elementos de la nueva cristiandad (1).

(1) Es por cierto una cosa muy chocante, el que ni el diligentísimo historiador Zurita, ni los demás cronistas de Aragon, hagan la mas mínima mencion de esto suceso tan importante acaecido en Barcelona, dejándole desapercibido, mientras refieren otros del mismo año de mucha menos importancia. Es aun mas raro, que ni en los dietarios de Barcelona, donde casi dia por dia, se iban anotando los sucesos mas importantes que acaecian en esa ciudad, se encuentre rastro alguno de esta recepcion, ni en los archivos de la diputacion, ni en los del ayuntamiento, ni aun en el inmenso depósito del archivo de la Corona de Aragon. Esta absoluta carencia de datos en la capital misma donde acaeció el suceso, ha hecho á algunos hasta dudar de su existencia, á pesar de estar espresamente consignado con todos sus detalles en la mayor parte de los historiadores de América. El dicho de estos, y de muchos de ellos que fueron testigos presenciales de la recepcion de Colon en Barcelona, es una prueba evidente, y contra la cual nada puede contrarestarse. Bernaldez, cura de los Palacios, refiere como de propia vista, este acontecimiento, y sobre todo, Gonzalo Fernandez de Oviedo, que estaba en Barcelona cuando fué herido el rey Fernando por el loco, y cuando Colon se presentó en la corte con los indios que trajo de vuelta de su primer viage, se espresa en estos términos: « Y en aquel mismo año (1492) descubrió Colon estas « Indias, y llegó á Barcelona en el siguiente de 1493 años en « el mes de abril, y falló al Rey asaz flaco, pero sin peligro de « su herida. Aquestos notables se han traido á la memoria para « señalar el tiempo en que Colon llegó á la corte, *en lo cual yo « hablo como testigo de vista*, porque me hallé paje muchacho en el cerco de Granada, y vi fundar la villa de Santa Fé « en aquel ejército y despues vi entrar en la ciudad de Granada « al rey e reina católicos cuando se les entregó, e vi echar los « judios de Castilla y estuve en Barcelona cuando fué ferido el « Rey como se ha dicho, *e vi alli venir al almirante D. Cristo- « bal Colon con los primeros indios que destas partes alla fue- « ron en el primero viage e descubrimiento*, asi que no hablo de « oidas en ninguna destas cuatro cosas, sino de vista, aunque « las escriba desde aqui, ó mejor diciendo, ocurriendo á mis me- « moriales, desde el mismo tiempo escriptas en ellos. » El silencio de los escritores catalanes y aragoneses y la falta de datos en los archivos de ese reino y ciudad de Barcelona, puede atribuirse á una intencion meditada, para no dar importancia á un suceso en que el reino de Aragon no habia tomado parte, y si toda la gloria recaia sobre Castilla, cuya magnánima reina habia empeñado hasta sus joyas para los gastos de la espedicion. No estando aun definitivamente unidas ambas coronas, los catalanes y aragoneses miraron sin duda con ceño ó envidia este gran acontecimiento en que no habian tomado parte, y para no verse obligados á ensalzarle como lo requeria su importancia, tomaron el partido de omitir completamente su relato. Barcelona hoy dia no piensa ya de esta manera, y en el pasado año de 1860, al pisar su suelo la reina Isabel II, solemnizó sus públicos obsequios y festejos á la soberana de España y condesa de Barcelona con una especie de simulacro ó representacion de esta misma entrada de Colon en la capital de Cataluña, revistiéndola con todo el aparato y propiedad posibles, consultando para ello las historias y costumbres de la época, y supliendo el estudio á la verdadera descripcion de esta fiesta, que en los archivos faltaba. (N. del Trad.)

(1) Despues de vuelto Colon de su primer viage, los Reyes

Sin embargo, para mas asegurarse, Fernando é Isabel suplicaron al papa que aprobase la conquista y la toma de posesion de las tierras que ya estaban, ó que en adelante fuesen descubiertas y reconocidas, alegando para ello, las ventajas espirituales que la predicacion del evangelio iba á proporcionar á los americanos. Alejandro IV, aceptó la promesa hecha por los reyes de España de ocuparse personalmente en la conversion é instruccion de los indígenas; permitió en su consecuencia la conquista, que confió á su habilidad, poder y celo, y firmó el 3 de mayo de 1493, la famosa bula llamada de la *Línea Alejandrina*, en favor de los reyes de Castilla, concediéndoles la absoluta soberanía sobre todas las tierras que se descubriesen al sud y al oeste, de una línea tirada de un polo al otro, á distancia de cien leguas de las Azores y de Cabo-Verde; separacion aumentada mas tarde á trescientas diez leguas hácia el nuevo continente, por convenio mútuo entre España y Portugal. En esta Bula, se recomienda muy especialmente á los soberanos de Castilla y Aragon, el que hagan estender la religion cristiana por todos los pueblos que habiten las islas y continentes descubiertos, y que se descubran, y que manden allí personas de reconocida virtud y saber, á fin de que instruyan á los habitantes en la fé, y les inspiren el deseo de mejorar sus costumbres, etc.; sobre esta recomendacion del papa, dice el P. Margat. «debe hacerse justicia al celo y la piedad de los reyes católicos Fernando é Isabel. Mas ansiosos aun del deseo de estender el imperio de Jesucristo, que el de su propia dominacion, tomaron las mas sábias precauciones para establecer la fé entre sus nuevos súbditos, y asegurar su tranquilidad y bienestar. Nada mas cristiano, que las piadosas y sábias instrucciones que se dieron á los gefes de esta noble empresa, á quienes se recomendó sobre todo, que el interés de la religion, fuese el móvil y norma principal de su conducta; que guardasen las mayores consideraciones á los indígenas de esos paises, no empleando para su conversion, sino los medios ordinarios que la Iglesia prescribe, atrayéndoles, mas por la dulzura, por la razon y buenos ejemplos, que por la fuerza y violencia. Sobre todo, la reina Isabel, que miraba, y con razon, como obra esclusiva suya el descubrimiento de las Indias, añadia por su parte los mas vivos y mas respetuosos sentimientos, que la religion inspira. Y así en los diferentes viages que hizo Colon, al dar cuenta á sus señores del éxito de ellos, y de lo nuevamente descubierto, la reina, con la que tenia frecuentes audiencias, de nada se informaba con mas empeño y estension, sino de los progresos que iba haciendo la fé en los pueblos sometidos, teniendo lo demás como objeto secundario, y de menor importancia. Pero desgraciadamente sucede con frecuencia, que los reyes no encuentran en su ministros, unos fieles ejecutores de sus mas espresas voluntades, y mucho menos, en los que ejercen su mando en paises lejanos, donde su conducta, no puede ser fácilmente intervenida, y por lo tanto, mas dispuesta á cometer abusos. Esta reflexion, en nada comprende al almirante Colon, quien fué, en todo sentido, uno de los mas grandes hombres de su siglo; y el buen éxito de su arriesgada empresa, noble esfuerzo de genio, de valor, y de resolucion magnánima, le inmortalizan con justicia. Su piedad singular, su adhesion sólida y tierna, á todas las prácticas de la religion, contribuyeron por mucho á tan buenos resultados. Pero hubo la desgracia de que un hombre tan grande como él, no fuese secundado como lo merecia. Los nuevos argonautas que conducia este moderno Jason, no eran todos héroes como él, ni esto debe estrañarse, y si en muchos de ellos resplandecia el valor, en otros, faltaban la templanza y moderacion. Eran en su mayor parte, hombres á quienes la espe-

Católicos por una real provision de 20 de mayo de 1493 concedieron á él su linage y decendientes un castillo y un leon mas en sus armas por premio de sus servicios, y por otra, le dieron un Albala de diez mil maravedis anuales durante su vida, por haber sido el primero que vió y descubrió la tierra en el primer viage. Se le confirmó además el título de visorey y gobernador de las Islas y Tierra Firme que habia descubierto y descubriese. (Nota del Trad.)

ranza de la impunidad de los crímenes de que se habian hecho culpables, desterraba voluntariamente de su patria, y que espuestos en ella á una muerte poco honrosa, aspiraban en cambio, á las inmensas riquezas que les proporcionaria la conquista. El mal carácter y modo de conducirse de algunos de estos nuevos conquistadores, causó la pérdida de muchas almas, que con el tiempo hubieran podido fundar una numerosa cristiandad. » (1)

Al tener que designar Alejandro VI, un vicario apostólico para el establecimiento de la fé en América, tenia que escogerle entre las diferentes órdenes religiosas que entonces se conocian, y si bien los franciscanos y los dominicanos, se habian hecho cada vez mas ilustres en la carrera de las misiones, sin embargo, pertenecia de derecho á los benedictinos, como mas antiguos é inmortales civilizadores del antiguo continente, el comenzar al menos la civilizacion del nuevo, tributando así ese homenage á la familia de S. Benito, cuyos hijos, desde el siglo IV de la Iglesia, habian difundido la antorcha de la fé, por todos los ámbitos de la Europa, siendo ellos, por espacio de nueve centurias, los esclusivos propagadores casi, de todas las cristiandades conocidas (2). Estos ilustres misioneros, cuya inspirada voz renovó la faz de Europa, debian tener un representante y un continuador de su apostolado en América. Con efecto, Bernardo Boil, catalan, benedictino del monasterio de Monserrate, persona de gran reputacion de piedad, y de saber, fué el indicado al papa por los reyes católicos, para ese cargo tan importante (1). Alejandro VI, accediendo á sus deseos, le nombró superior de una mision compuesta de doce sacerdotes, parte seculares, y parte religiosos, de diferentes órdenes, confiriéndole los poderes de vicario apostólico. Fué una equivocacion sin duda, el haber presentado al P. Boil como abad de Monserrate, siendo así que la historia de esta abadía no le menciona, sino como un simple monge. El ni llegó á tener, ni la dignidad de obispo, ni menos de patriarca, y tampoco es exacto, lo que algunos dicen, que sus compañeros de mision, fueron todos benedictinos (2). El 25 de setiembre de 1493, salió de Cádiz el nuevo vicario apostólico con sus demás asociados, en compañía de Cristóbal Colon, que al frente

(1) Como prueba de esto mismo que dice Mr. Henrion y de la dificil que fué en aquellos tiempos reclutar gente honrada para tan aventurados viages, Navarrete, entre los documentos que trae en su coleccion de viages, en el 9.º trae una provision de los reyes católicos fechada en 30 de abril de 1492, *mandando en ella suspender el conocimiento de los negocios y causas criminales contra los que van con Cristóbal Colon, fasta que vuelvan.* Mas adelante, se encuentran igualmente otras provisiones en que se conmuta la pena de ciertos delitos en ir á colonizar á las Indias. Con estos elementos, únicos que habia en los principios para atraer gente ¿qué estraño debió ser, que á pesar de la vigilancia de las autoridades no se cometiesen desmanes? (N. del Trad.)

(2) Justo era en verdad que se tributase eso homenaje á la familia de S. Benito y de S. Gregorio el Grande; de S. Agustin, apóstol de la Inglaterra; de S. Nicolás, inglés, apóstol de la Noruega; de S. Chilian, apóstol de la Franconia; de S. Ewaldo, apóstol de Westfalia y mártir, de S. Lamberto, obispo, apóstol de Toxandia, y mártir, de S. Bonifacio, obispo, apóstol de casi toda la Germania, y de la Frisia, y mártir; de S. Estéban, apóstol de la Suecia y de la Helsingia, y mártir; de S. Wiberto, de los sorabos y frisones, y mártir; de S. Abbon, abad, apóstol de los gascones, y mártir; de S. Adalberto, obispo, apóstol de la Bohemia, de la Hungría y de la Polonia, y mártir; de S. Bonifacio, obispo, apóstol de los hunnos, de los eslavos, de los rusos, y mártir; de S. Gerardo, obispo, apóstol de los húngaros, y mártir; de S. Adalberto, obispo, apóstol de los rusos; de S. Bruno, apóstol de los prusianos y lituanios, y mártir; de S. Chilian, obispo, apóstol de los atrebatas; de S. Willibrord, obispo, apóstol de la Frisia; de S. Amando, obispo, apóstol del Brabante, de la Flandes, de los eslavos y gascones; de S. Wilfrido, obispo, apóstol de la Holanda; de S. Luzgario, obispo, apóstol de los sajones y frisones orientales; de S. Swiberto, obispo, apóstol de los frisones, de los holandeses y sajones; de S. Auschavio, obispo, gran apóstol de los suecos, de los godos, de los dinamarqueses y demás regiones del Norte; de S. Oton, obispo, apóstol de la Pomerania; de S. Vicelin, obispo, apóstol de los vándalos y de los eslavos; de S. Libwin, obispo, apóstol de Over-Isel; de S. Wimon, obispo, apóstol de los godos septentrionales, etc., etc. (N. del Autor.)

(1) Segun Argaiz, Boil, no debió ser catalan sino valenciano, pues el apellido corresponde mas á Valencia que á Cataluña, y así se esplica mejor, que el papa Alejandro VI, que era originario del reino de Valencia, por la casa de Borja á que pertenecia, escogiese á un paisano suyo, con preferencia á otros de la misma familia benedictina de Monserrate, en la que ya habia sido muy conocido otro Bernardo Boil, tio del anterior, y abad del dicho monasterio, con el que no debe confundirse el sobrino que fué á América. (N. del Trad.)

(2) Con efecto, consta que fueron en esta mision sacerdotes seculares y religiosos de diferentes órdenes, y entre ellos el célebre Fr. Juan Perez de Marchena, franciscano y amigo de Colon, quien en manera alguna no acompañó á Colon en su primer viage, siendo lo mas cierto, como atrás dejamos probado, que en esa primera espedicion no fué sacerdote alguno. (N. del Trad.)

ya de una flota de diez y siete buques, emprendió su segundo viage con direccion á Haiti. (Pl. XI, n.º 2.)

Al llegar á esa isla, el 26 de noviembre, ya no encontró Colon, ni los españoles, ni el fuerte que para su resguardo habia dejado. « La ausencia de un gefe sábio y enérgico, dice el P. Margat, jesuita, fué la causa de la destruccion de esta primera colonia. Lo primero que recomendó á los suyos el almirante, al marcharse, fué que se comportasen con los indios como personas de honor y verdaderos cristianos y lo mismo fué perderle de vista, que ya olvidaron sus sábias advertencias. La division introdujo el desórden, y el libertinage le llevó á su colmo. Igualmente codiciosos, que disolutos, se estendieron por los lugares circunvecinos, apoderándose del oro, y violando las mugeres de los isleños, y tanto apuraron la paciencia de estos, con sus continuos desmanes, que en lugar de amigos sínceros, se convirtieron en enemigos irreconciliables. En vano Guacanagary, les hizo toda clase de reflexiones, diciéndoles sobre todo, que si seguian de esa manera, no podria contener á sus súbditos, vejados hasta el último estremo, pero nada les hizo mella, y siguieron sus rapiñas y desórdenes, y abandonando la fortaleza, penetraron en las naciones vecinas, dejando por todas partes funestas huellas, y hostiles impresiones de su libertinage. Tantos crímenes, no quedaron por largo tiempo impunes. Los indios, que no conocian á estos estrangeros mas que por sus violencias, les fueron preparando emboscadas, y acabando con ellos en detalle. Caonabo, uno de los caciques de la isla, sorprendió algunos en el acto de apoderarse de algunas de sus mugeres, y los mató á todos. Este acto, fué la señal del alzamiento general contra aquellos pocos españoles, y ya no se dió cuartel á cuantos pudieron ser habidos. El buen éxito de sus primeras tentativas, alentó á los indios, que ya se apercibieron, que no era cosa dificil acabar con ese puñado de hombres que en un principio les parecieron tan terribles, y cuya sola vista les hacia temblar. Caonabo, al frente de muchos de sus vasallos, se adelantó hasta el fuerte de la Natividad, donde ya no habia mas que cinco soldados, que fieles á las órdenes de su gefe, jamás quisieron abandonarle. En vano el celo y la amistad de Guacanagary, hizo lo posible para salvar á sus amigos. Sorprendidos por un ataque tan brusco, apenas tuvieron tiempo de prepararse. Las gentes de Caonabo, mas numerosas y fuertes, arrollaron á las de Guacanagary, y herido este cacique, se vió obligado á retirarse, abandonando á su mala estrella, á sus nuevos aliados. ¿Qué podian cinco hombres, contra un enjambre innumerable de bárbaros? Sin embargo, se defendieron con valor, y los indios, de dia, no osaron acercarse, pero habiendo ocupado los fosos, á favor de las tinieblas, pusieron fuego al fuerte, que muy pronto quedó consumido por las llamas. El pronto regreso del almirante, hubiera podido restablecer la tranquilidad muy luego; pero la gente que le acompañaba, en su mayor parte sin principios, é insubordinada, no sirvió mas que para agriar el mal. La mayor parte de los gefes que estaban bajo sus órdenes, celosos de su autoridad y prestigio, no le obedecieron como debian, y obrando en el interés de sus particulares miras, no guardaron las consideraciones y contemporizacion que exigia el estado de una colonia naciente. Irritados además los españoles en su orgullo, al ver la inesperada resistencia que hallaron en los isleños, no dieron cuartel á ninguno..... Tres años les costó el reducir á estos desgraciados. Si la suerte de las armas hubiera dependido del mayor número, los indios hubieran defendido mejor su libertad; pero las espadas y las armas de fuego de sus contrarios, sobre cuerpos desnudos y desarmados, daban á estos una inmensa ventaja. Estos infortunados sufrieron al fin, la ley del mas fuerte, y permanecieron por algun tiempo tranquilos. El poder y el crédito de Guacanagary, contribuyeron mucho á esta paz. Este cacique, fiel y constante amigo de los castellanos, llevó su

celo hasta el estremo de acompañarles en sus espediciones. Su mediacion acabó por pacificar los ánimos, pero nuevos escesos encendieron de nuevo la guerra; los indios creyeron poder sacudir un yugo que les era insoportable, y el medio que para ello emplearon, les fué mas fatal que á sus propios enemigos. Tomaron el partido de abandonar el cultivo de las tierras, y no sembrar nada de lo que acostumbraban para alimentarse, creyendo que en los bosques y montañas, á donde se retiraron, la caza y los frutos silvestres, les proveerian abundantemente á su subsistencia, y que sus enemigos se verian obligados por la esterilidad y falta de víveres á abandonar el pais. Pero se engañaron. Los castellanos recibian contínuamente provisiones de Europa, y la resolucion de los indios les incitó mas á perseguirlos, hasta en los puntos que ellos creian mas inaccesibles. Acosados sin cesar, huyendo por las montañas, su miedo y contínua fatiga, les causó mas víctimas, que la espada enemiga, y los que sobrevivieron á tantas calamidades, se vieron obligados á entregarse á discrecion del vencedor, que usó de sus derechos con todo el rigor posible.»

La presencia de los ministros de Jesucristo era la única que pudiera rehabilitar la civilizacion europea en el concepto de los americanos oprimidos, pero á poco de llegar á Haiti, ya medió desacuerdo entre el vicario apostólico y el almirante. Viendo Colon que los actos de desobediencia se multiplicaban al infinito por parte de los españoles con respecto á sus gefes, y que por otra parte, los indígenas tenian que sufrir culpables violencias, quiso hacer un ejemplar escarmiento, que contuviese al mayor número en su deber. Dictó muchas sentencias de muerte, cuyo rigor, si en tiempos normales hubiera parecido desproporcionado á las faltas de los condenados, en aquella sazon, le creyó necesario y reclamado por las circunstancias. Boil, á quien desagradó la que él creyó exagerada é inoportuna justicia, sometió al almirante á las censuras eclesiásticas Algunos han asegurado que Colon en represalia acortó los medios de subsistencia al vicario apostólico; pero Philipon, ó mejor dicho, el benedictino austriaco, que ocultó su nombre bajo ese seudónimo, desmiente esa injuriosa asercion y añade que el almirante pidió y obtuvo, que se alzasen las censuras. Hasta tal punto se restableció la buena inteligencia entre ambos, que al formar Colon un consejo de administracion, bajo la presidencia de su hermano, incluyó á Boil entre sus vocales. Acompañando á este vicario apostólico, vino tambien á Haiti, un caballero catalan llamado Margarit, á quien confió Colon el mando del fuerte de Santo Tomás. Habiéndose el almirante dirigido á la isla de Cuba, el 24 de abril de 1494, Margarit dejó el puesto que se le habia confiado, y sin autorizacion del almirante, se volvió á España, siguiéndole á poco tiempo el mismo Boil, quien parece que no volvió mas á América (1). Las falsas imputaciones y cargos que Margarit hizo á Colon ante el gobierno español, obligaron á este á regresar á la peninsula en 1498, para sincerarse con los reyes católicos de su conducta, y altamente satisfechos estos piadosos príncipes de las esplicaciones del almirante, le mandaron por tercera vez al Nuevo-Mundo. En este tercer viage, es cuando Colon tuvo conocimiento del continente de la América, cuyo descubrimiento quiso disputarle Américo Vespucio.

Entre el número de sacerdotes que acompañaron al vicario apostólico Boil, en 1493, se contaba el hermano Juan Perez de Marchena, guardian de los Observantes de la Rabida, á quien hemos visto influir con tan buen éxito, sobre la voluntad de la reina Católica en el primer viage de Cristóbal Colon. Al llegar á

(1) Segun Argaiz, en su *Perla de Monserrate*, lo que estuvo Fr Bernardo Boil en la isla de Santo Domingo, fueron tres años poco mas ó menos, y volvió á España por mandato de los reyes católicos, quienes segun Illescas, en su *Historia Pontifical*, mandaron á la isla á Juan Aguado, su repostero, para que viendo la discordia que habia entre Colon y Boil, hiciese venir ambos á España. El rey católico premió los trabajos de este benedictino, nombrándole abad perpétuo de S. Miguel de Cuxan, monasterio ilustre de Cataluña, del obispado de Elna, donde vivio segun el mismo Argaiz, hasta el 1520 (N. del T)

Haiti, y en la primera ciudad que fundaron allí los españoles llamada Isabela, arregló en seguida una humilde choza, en la que celebró los misterios de nuestra religion y depositó en su sagrario la sagrada Eucaristía. Tal fué la primera iglesia dedicada al verdadero Dios en América (1). Cuando despues, Bartolomé Colon, hermano del almirante, fundó por órden de este, á la embocadura del Ozama, la ciudad de Santo Domingo, que llamó así en honra de su padre, que tenia ese nombre. Fr. Juan de Marchena erigió allí la segunda iglesia, bajo la advocacion de S. Francisco de Asis, con una casa adjunta para religiosos de la misma Observancia. Construidos ambos edificios de prisa y á la ligera, fueron en un principio de tierra, pero Colon, cuando llegó á ser rico y poderoso, los reemplazó por un gran templo y magnífico convento de piedra, dando así testimonio de su reconocimiento al franciscano á quien, despues de Dios, Colon debia su fortuna, y la España, el ser señora de dos mundos. Otro Juan, franciscano tambien, y por sobrenombre, de Borgoña, evangelizó especialmente el reino de Magua, ó de la Llanura, y obró innumerables conversiones; pero habiendo despues los españoles maltratado á su rey Guarionax, los misioneros fueron arrojados del pais por los indígenas.

Bzovio, citado por Fontana, dice, que los agustinos y los dominicos acudieron en compañía de los franciscanos y benedictinos á evangelizar la América. Por el año de 1495, Fontana cita ya el activo apostolado de los religiosos dominicos, que familiarizándose muy luego con el idioma local, sobre los ídolos arrojados por tierra, plantaron el estandarte glorioso de la cruz. Sin embargo, la llegada de los dominicos á América, creemos sea algo posterior á esta época.

En 1499, Cristóbal Colon formó establecimientos españoles en muchos puntos de la isla de Haiti, y al distribuir tierras á los colonos les entregó con ellas, como en clase de *encomienda*, cierto número de indígenas de las tribus vecinas, encargando mucho á estos colonos que instruyesen á estos idólatras en la religion cristiana, y permitiéndoles en recompensa de su celo, el que los empleasen en el cultivo de los campos. Tal es el orígen de las *Encomiendas de Indios*. El P. Las Casas, hace observar sobre esto, que al confiar el pontífice romano la conquista al celo religioso de los reyes de España, nunca pudo ser su pensamiento delegar el cuidado de la predicacion del evangelio á otra persona alguna, lo mismo que la conversion é instruccion de los americanos, y el ministerio que debia inspirarles la inclinacion á las costumbres puras y práctica de virtudes cristianas. De este principio, resultaba la consecuencia, que los reyes no podian dispensarse de cumplir directa é inmediatamente las promesas aceptadas por el papa en favor de la religion, y eterna salvacion de tan gran número de almas, y que aquellos faltarian á sus deberes, confiando á personas estrañas el cuidado de los indígenas, aun cuando las impusiesen la obligacion de predicarles el evangelio, enseñarles las verdades del catecismo y hacer de ellos hombres religiosos; porque los soberanos no tienen el derecho de sobreponerse á una ley que les prescribe el cumplimiento de deberes inherentes al carácter de tales. Lo que prueba aun, prosigue Las Casas, que los reyes de España no pudieron delegar á ningun particular el cuidado de convertir á los americanos, es que la conversion de esos pueblos, como todo lo

(1) Todos los autores convienen, en que esta fué la primera iglesia, y la primera misa que se celebró en América, lo cual contradice aun mas la especie que atrás queda refutada, del mercenario que acompañó á Colon en su primer viage, pues si este ó algun otro sacerdote hubiera ido en la espedicion, entonces y no ahora, se hubiera celebrado por primera vez el santo sacrificio en el Nuevo-Mundo. El P. Torrubia, para apoyar su idea de que este hecho del P. Marchena, debe referirse al primer viage y no al segundo; objeta de que si la primera misa fué en el segundo, es muy estraño que se cediese el honor de decirla al P. Marchena, y no al vicario de la mision, Boil ó á algun otro sacerdote; mas á esto puede responderse, que siendo Marchena, amigo y confidente de Colon, nada tiene de estraño que este influyese con el gefe de la misma mision, para que el franciscano y no otro, tuviese esa gloria, y tanto mas, cuanto que á él, en gran parte, se debia el descubrimiento del Nuevo-Mundo, por la decidida proteccion y apoyo que dió al que lo descubrió (N. del Trad.)

que debia acompañarla, pedia la mayor dulzura y un trato el mas humano. La autoridad real, debia ser fiel á ese sistema, porque no podia tener interés alguno en conducirse de otro modo, en vez, que el señor delegado, por querer sacar el mayor partido posible de la persona del indígena, por su ventaja propia, le maltrataba y sobrecargaba de trabajo, descuidando la instruccion cristiana y la buena conducta religiosa de los indios, ocupacion que ninguna ventaja material reportaba al esplotador de los indígenas. La reina católica, desaprobó estas encomiendas ó repartimientos de indios, á quienes declaró de hecho y de derecho libres, y únicamente sugetos y dependientes de la corona de Castilla, como todos los demás castellanos, y habiendo Cristóbal Colon asignado algunos de estos isleños á varios españoles para su servicio particular, los que siguieron á sus amos en España, la reina quiso que inmediatamente fuesen puestos en libertad, y devueltos á América, órden ejecutada el 1500, cuando D. Francisco Bobadilla partió para gobernar el Nuevo-Mundo, acompañado en este viage por el franciscano Juan Trasierra, que se aplicó con el mayor celo á instruir y convertir los idólatras, Bobadilla debia conducirse de tal suerte, que los americanos, atraidos por el buen trato de los españoles, tomasen gusto á su sociedad, y concibiesen una ventajosa idea de la religion que se les proponia abrazar; pero en cambio, estableció en 1501, la disposicion abusiva y tiránica de emplearlos en la esplotacion de minas, separándolos por esto de su familia y afecciones, y mandándoles á puntos lejanos para ocuparlos en la mas ímproba tarea. Otro artículo de las instrucciones de este gobernador decia, que se prohibiese la entrada en América á los judíos y musulmanes, aun los convertidos á la fé; pero que se podrian introducir en ella esclavos negros bozales que sirviesen á los cristianos (1).

(1) Mr. Henrion, como todos los historiadores estrangeros, incurro en la misma mania que ellos, de denigrar cuanto puede á los españoles en el discurso de su obra, al tratarse do la conquista de América. Para ello amontona, pone en relieve, y pinta con el mas negro colorido, los escesos, puramente personales unos, hijos de las circunstancias otros, cometidos por los primeros conquistadores en el Nuevo-Mundo. El héroe y sostén principal de todas las acusaciones, es el célebre obispo de Chiapa, Fr. Bartolomé de Las Casas, á quien ensalzan hasta las nubes, por haber llevado con tanta exageracion su empeño del protectorado de los indios, que para defenderlos, lleva la parcialidad hasta un punto tan escesivo, quo mezcla en sus escritos la verdad con la calumnia; sostiene proposiciones inadmisibles y hasta ridículas; se contradice en muchos lugares; no se hace cargo de las circunstancias ni de los tiempos; no distinguo entre hechos ciertos y dudosos, entre lo que vió y lo que le contaron, entre los hombres buenos y malos; en una palabra, sus escritos, de los que tanto han abusado los estrangeros para ensañarse contra los españoles, cuando ellos mismos han cometido en sus colonias centuplicadas atrocidades, sin compensacion alguna de beneficios, llevan el sello de una idea sistemática, de una oposicion constante y acusacion permanente á la España, como lo pudiera hacer el enemigo mayor de su patria, sin mas razon que el ver, que durante su vida, no fueron esclusivamente adoptadas sus ideas, que las circunstancias de la época no permitian realizar, y quo despues, por sí mismas, y sin esfuerzo alguno, tuvieron su cumplimiento, siendo el gobierno de la América Española, desde fines del siglo XVI, hasta su emancipacion el mas benéfico, el mas paternal y el mas protector de los indígenas, que ha habido en todas las colonias del mundo. Si Las Casas hubiera nacido algunos años mas tarde, ó si despues de medio siglo, hubiera resucitado, de seguro hubiera considerado históricamente de otra manera, aquellos mismos hechos quo tan exagerada y apasionadamente juzgó durante su vida, y ahora mismo, si fuera posible quo viviera, y considerára el daño quo ha hecho á su patria con sus obras, y lo quo de ellas han abusado las naciones estrangeras, émulas siempre y envidiosas de nuestras glorias, de seguro, le pesaria mucho no haberlas condenado al fuego antes de dejar este mundo, y tendria ocasion sobrada de emplear sus recriminaciones, con mucha mas justicia y acritud, contra esos mismos estrangeros, que en circunstancias muy diferentes de las de la época de la conquista, han cometido en la parte del Nuevo-Mundo, quo tuvo la desgracia de caer bajo su dominacion, infinitas, impunes y autorizadas atrocidades con sus indígenas, que no pueden nunca compararse con los escesos parciales de algunos aventureros españoles, siempre, y constantemente condenados y reprimidos en lo posible por el gobierno, nunca tolerados, mucho menos autorizados, y no pocas veces severamente castigados. En el discurso de esta obra, y siempre que se trata de América, verán nuestros lectores reproducidos todos los hechos y todas las vulgares acusaciones, que copiándose unos á otros, y todos tomando por texto á Las Casas, se han dirigido contra los primeros conquistadores del Nuevo-Mundo. El hablar sobre cada una de ellas en particular, seria trabajo pesado y falto de

CAPÍTULO XXXIII.

Conversion de los mahometanos de Granada. — Mision de los franciscanos y dominicanos en la India. — Primera nocion del cristianismo llevada á la Australia.

El P. Fr. Fernando de Talavera, geronimiano, cuya proteccion buscó para Cristóbal

Colon su amigo Fr. Juan Perez de Marchena, fué nombrado arzobispo de Granada, último baluarte del islamismo en España, tan gloriosamente conquistado por Fernando é Isabel. La conversion de los musulmanes fué el primer objeto de la solicitud de este prelado, y del no menos célebre Fr. Francisco Gimenez de Cisneros, franciscano, y entonces arzobispo de Toledo. Digno émulo de S. Francisco de Asis, y sediento como este patriarca de la salvacion de las almas y de la gloria del martirio, siempre tuvo Gimenez de Cisneros fija su vista en las costas de Africa, conmoviéndole profundamente el lamentable estado de tantas almas sumidas en el error, por cuya salvacion hubiera sufrido gustosamente el martirio. Pero Dios reservaba otro destino á este humilde franciscano, el mayor hombre sin disputa, y el mejor ciudadano que ha producido la España. Consultado este dignísimo prelado sobre los medios que se habian de emplear para atraer á la fé á los musulmanes del reino de Granada, Cisneros fué siempre de dictámen que se emplease la dulzura. Tal fué el buen éxito de las instrucciones que los ministros de Jesucristo, dieron á estos infieles, bajo la direccion de ambos arzobispos que en un solo dia, 16 de diciembre de 1499, el de Toledo administró por sus propias manos el bautismo á mas de tres mil catecúmenos (1).

unidad histórica, para poner la verdad en claro, y asi mas adelante, en otra anotacion mas estensa, reasumirémos y compararémos el mal y el bien que España ha hecho á sus colonias de América: pondrémos en su verdadero punto de vista el mal que tanto se exagera, y harémos lo propio, y descubrirémos en toda su claridad el bien que los estrangeros ocultan ó aminoran, porque estos beneficios por sí solos, son una acusacion tácita contra aquellos que no los han imitado, pudiendo, para neutralizar siquiera en algo su conducta, digna de reproche en sus principios, y lo quo es peor, culpable siempre, y hasta en nuestros dias, en que la civilizacion es mayor, y en los que tanto se decantan los principios humanitarios, que ellos son los primeros en hollar, acusando en los demás añejos abusos, que hoy practican ellos mismos ya autorizados, y convertidos en leyes. (N. del Trad.)

(1) Muchas de estas conversionos fueron simuladas y aparentes, con el fin de quedarse en España los moriscos, que así se llamaban los musulmanes convertidos. Practicando luego en secreto las creencias de su secta, y en conspiracion continua con los moros de Africa, turbaron infinitas veces el órden público, y dieron lugar á las ejecuciones que tanto so decantan de Torquemada, y no bastando aun esta severidad contra esos súbditos rebeldes, que en su general alzamiento, en tiempo de Felipe III, pusieron al reino de Granada en inminente riesgo de recaer otra vez en manos de los infieles, hubo necesidad de espeler á todos del reino, medida que tanto nos han echado en cara los estrangeros, y que á no haber sido por ella, quizá la media luna ondeária aun hoy dia sobre las torres de la Alhambra. (N. del Trad.)

La Iglesia se vengaba así de los horribles escesos cometidos en la estremidad de Europa por los turcos otomanos, sobre las poblaciones cristianas. Por no citar sino un solo ejemplo de su cruel fanatismo, diremos que en el año anterior incendiaron una ciudad de Polonia, en la que habia un convento de franciscanos que no quisieron abandonar dos venerables religiosos. Era el uno, el hermano Juan de Hungría, lleno de virtud y santidad, y el otro, el hermano Boguslavo, compañero de S. Juan Capistrano, en la gloriosa jornada de Belgrado. Ambos fueron asesinados con el hacha. El guardian del convento y otros siete que huyeron, cayeron en manos de los bárbaros, y fueron hechos cautivos.

Por este tiempo, varios misioneros embarcados en navíos portugueses, volaron hasta las Indias orientales, para hacer resonar allí de nuevo la palabra de salvacion, anunciada ya mucho tiempo antes, por los hijos de Sto. Domingo y S. Francisco, y si los trastornos políticos de Asia habian cerrado á los apóstoles de la fé, el camino por tierra que anteriormente seguian, para llegar á la India, la mar, dócil y obediente, les conducia con mas seguridad y prontitud, al amparo de aquella mision abandonada.

El próspero resultado de las tentivas de Colon, y las reflexiones de los portugueses sobre la falta que habian cometido, menospreciando los ofrecimientos de aquel estrangero, tratado como visionario, les inspiraron despues una noble emulacion, y deseo de indemnizar á su patria, por otro lado, de la pérdida que su imprudencia habia causado, y así, cinco años despues del descubrimiento del Nuevo-Mundo, y diez del del Cabo de Buena-Esperanza. Vasco de Gama, salió del puerto de Lisboa, el 9 de julio de 1497, arribando el 17 de

diciembre, al punto donde Diaz habia llegado. Desde este, siempre avanzando hácia el norte, los portugueses penetraron en el mar de las Indias. Los árabes mahometanos, poseian entonces á Mozambique, Quiloa, Mozamba, Melinde, y pasando por cerca de estos puntos, Gama llegó á la costa del Malabar. Echó el ancla el 20 de mayo de 1498, delante de Calicut, capital de Samorin, y el 14 de setiembre del año siguiente, las campanas de Lisboa, anunciaban el regreso de un viage, el mas largo y mas dificil que se emprendió en aquellos tiempos. Desde entonces, el camino de la India quedó franco para los obreros apostólicos.

El hermano Enrique de Coimbra, con otros siete franciscanos, y algunos otros sacerdotes seculares, se embarcaron el 13 de marzo de 1500, en la flota, que al mando de Pedro Alvarez Cabral, se dirigió al Malabar. Muy pronto, tuvieron á la vista estos religiosos las costas occidentales de Africa, donde otros misioneros de su órden, ejercian ya su celo. Wadingo, cita entre otros á Francisco de Mont-Barros, genovés, que murió este año en el archipiélago de Cabo-Verde, que estaba ya sometido á la corona de Portugal. Antes de doblar el Cabo de Buena-Esperanza, Cabral, se ladeó tanto al oeste, que se encontró el 24 de abril, al frente de una tierra desconocida. Desembarcaron algunos portugueses para reconocer el pais, y en la playa, erigieron, lo primero un altar, donde se ofreció la hostia de propiciacion, predicando el hermano Enrique en esta primera ceremonia. Aunque los indígenas que la curiosidad habia atraido á ver los estrangeros, nada comprendian de cuanto veian y oian, con todo, presenciaron el santo sacrificio con respeto, y escucharon el sermon en silencio. Una cruz se elevó en seguida en la playa, circunstancia á la cual debió por entonces el Brasil, el llamarse Tierra de la Santa Cruz. El descubrimiento del Nuevo-Mundo, por Colon, habia sido fruto de grande estudio, de un genio activo, ilustrado por la teoría, y guiado por la esperiencia, y ejecutado con arreglo á un plan fijo y premeditado; pero la aventura de los portugueses en este año de 1500, así como la del capitan Coussin, que les precedió en el casual descubrimiento del Brasil, el 1488, demuestran lo bastante para creer que estaba ya en las miras de la providencia, el que la América no quedase ya por mucho tiempo privada de la luz del cristianismo, pues si la sagacidad de Colon no hubiese hecho descubrir el Nuevo-Mundo á los españoles, algunos años mas tarde, un suceso fortuito como éste, en que el dedo de Dios se conocia visiblemente, hubiera conducido allí á los portugueses. Cabral mandó á Gaspar de Lemos, y á un franciscano á Portugal, para noticiar al rey este nuevo descubrimiento, y el soberano, en vista de su relacion, hizo partir para el Brasil una flota, donde se embarcaron muchos franciscanos, casi todos italianos. Estos misioneros trabajaron en la conversion de los indígenas, con mas ardor que fruto. Despues de haberse familiarizado con el idioma local, fueron escuchados al principio con admiracion, por los idólatras, pero despues, estos los despreciaron y maltrataron. Uno de ellos, al querer pasar un rio, cuya profundidad no conocia, se ahogó desgraciadamente, lo que dió á aquel el nombre de *Rio del Fraile*. Perseguidos los demás por los indígenas, fueron cruelmente asesinados. (Pl. XLI, n.° 1.) La sangre de estos primeros mártires, regando la tierra brasileña, la fecundó por su fé; y el instituto de los franciscanos reformados, de cuyas venas salió aquella sangre benéfica, verdadera semilla de cristianos, llegó á poseer en el pais que habia fertilizado, conventos de esa órden, suficientes para formar una provincia.

Cuando Cabral tomó la ruta de las Indias, una tempestad hizo naufragar la mitad de sus buques, de los que, aun en no muy buen estado, pudo conservar seis, con los que visitó á Mozambique, Quiloa, Melinde, y de allí la isla de Anchedive, á doce leguas de Goa, donde el hermano Enrique, administró á todos los portugueses que allí iban, los sacra-

mentos de la penitencia y Eucaristía, pero no sabiendo el idioma local, y careciendo de intérprete, no pudo anunciar el evangelio á los isleños.

Ya estuviese mejor informado esta vez de la fuerza real de los portugueses, ó ya creyese deber disimular para preparar mejor su defensa, el Samorin de Calicut recibió amistosamente á los estrangeros despues de haber allanado algunas dificultades, se dieron rehenes por una y otra parte, y el bajá recibió al nuevo embajador. El soberano, hindo, se habia rodeado esta vez de una pompa que no habia manifestado cuando recibió á Vasco de Gama, ya mas enterado del ceremonial que habia de mediar en adelante entre la nacion portuguesa y los pueblos de Oriente. Cabral llevaba presentes, que por su magnificencia igualaban, si es que no sobrepujaban, al fausto que desplegaban los moros cuando renovaban sus embajadas. Sin embargo, á pesar de aquellas demostraciones amistosas, vióse desde su orígen cuán poco habia que contar con convenios que necesitaban la intervencion de los musulmanes. Ajustóse por fin un tratado, por la mediacion de Aires Correa, el cual se grabó, segun dice una relacion contemporánea, sobre una plancha de bronce. Pero luego vieron que hay algo mas duradero que los convenios grabados en el bronce, y que los ódios de raza y de religion escritos en los corazones, viven mas todavía que semejantes tratados. Despues que el Samorin se hubo servido de una caravela portuguesa para apresar un gran buque enemigo, que entre otras cosas transportaba elefantes de guerra; despues que vió por sí mismo la prodigiosa superioridad que daba á los ejércitos la artillería europea, contemporizó durante algunos dias, obedeciendo á la política habitual y simulada de los hindos. Pero un acontecimiento inesperado le probó luego, que no le cabia conservar por mucho tiempo su neutralidad aparente entre los cristianos y mahometanos. Habiéndose apoderado Pedro Alvarez Cabral de un buque cargado de especias que pertenecia á los moros, esta accion violenta que no han acertado á esplicar los historiadores contemporáneos, y segun todas las apariencias, tan poco consecuente con los pacíficos instintos y conducta en todo lo demás del general portugués, escitó la indignacion de los comerciantes árabes, tolerados desde mucho tiempo en Calicut. Aunque el apresamiento arriba dicho fué verdaderamente el pretesto para romper las hostilidades, la verdadera causa, que tarde ó temprano hubiera producido siempre el mismo efecto, consistia en su monopolio mercantil, que quedaba perjudicado por la concurrencia de los portugueses. Los mercaderes árabes se reunieron y andaban recorriendo la ciudad dando voces contra los cristianos. El Samorin no hizo ninguna demostracion en favor de los recien llegados. Los moros embistieron de improvisto á los portugueses, que ignoraban cuanto habia pasado. Trabóse el primer encuentro en la playa, los árabes mataron á tres hombres y perdieron ocho de los suyos. Despues de haber resistido por largo tiempo á aquella muchedumbre armada que se abalanzaba contra ellos, sesenta portugueses que se habian reunido, se vieron precisados á buscar un refugio en la casa de la factoría, donde mandaba Aires Correa. Entonces empezaron los moros el ataque de aquella habitacion, donde no habian podido reunir los portugueses fuerzas imponentes. Los acometedores eran unos tres mil, y poco trabajo les hubo de costar el derribar las paredes de una casa que no estaba destinada para sostener un sitio. Aires Correa pidió socorro á la escuadra, y continuó en tanto una generosa resistencia, pero hecho cargo de que no era posible defenderse por mas tiempo de aquella muchedumbre enfurecida, resolvió dirigirse á mano armada á la playa, donde estaba cierto de ser recogido por las embarcaciones portuguesas, que hasta entonces habian hecho un fuego infructuoso. En esta salida, digna de mejor suerte y emprendida con una resolucion heróica, Correa perdió la vida con mas de cincuenta portugueses, no salvándose mas que unos veinte hombres, que pudieron llegar á

bordo de la escuadra. Pedro Alvarez Cabral consideró entonces el tratado reciente que acababa de ajustar con el Samorin como roto, apoderóse inmediatamente de diez buques propios de los comerciantes árabes, que en aquel momento estaban surtos en el puerto, y mandó degollar en represalias á sus tripulaciones. Tan suma violencia asustaba á la poblacion hindu, y tras esta hazaña, se vieron los europeos amenazados por el hambre; pero por fortuna hallaron los portugueses á bordo de los bajeles árabes cogidos, tres elefantes que sin duda iban á transportar á algun punto de la costa, y estos enormes animales sirvieron de alimento á los europeos.

Mientras en Calicut pasaba todo esto, Fr. Enrique y sus compañeros habian dado principio á la mision, con buen éxito de parte de los indígenas, pero en el movimiento popular de que acabamos de hacer mencion, Fr. Enrique y otros cuatro religiosos, llenos de golpes y heridas pudieron salvarse en los buques, pero tres apóstoles de la fé sucumbieron á manos de los musulmanes y malabares.

Tras este rompimiento terminante, Pedro Alvarez Cabral, partió de Calicut, llevando á su bordo á los misioneros que habian quedado, y fué á pedir ausilio al rajah de Cochin, y por el camino apresó dos pequeñas embarcaciones, que se dirigian al puerto de donde acababa de salir. La ciudad de Cochin, que mas tarde habia de ilustrar con su predicacion, el apóstol de las Indias, S. Francisco Javier, está á treinta leguas portuguesas de Calicut, el rajah que allí mandaba, habia declarado la guerra al Samorin. Recibió pues, con amistoso afan á los portugueses; pero la dificultad estaba en entenderse, para establecer las bases de un tratado; pero en esta ocasion, un guzarate que pasaba voluntariamente á Portugal, sirvió de mediador é intérprete, entre Cabral y el monarca hindo. Diéronse rehenes recíprocamente, y se estipularon ciertos convenios comerciales. Pero habiendo el rey de Calicut mandado á las aguas de Cochin, una escuadra de ochenta y cinco velas, Cabral tuvo por conveniente evitar el encuentro, para dirigirse al reino de Cananor, partiendo con los rehenes, y abandonando á los portugueses, que se quedaron en tierra, accion por cierto que nunca podrá paliarse, pues por ese imprudente descuido, espuso á aquellos compañeros suyos, á ser víctimas del Samorin, lo que afortunadamente no sucedió, porque los isleños de Cochin los acogieron, y dieron todo el ausilio y proteccion posible. En Carangolor, á algunas leguas de Cochin, encontró, dicen los autores, á una mora de Sevilla, y dos cristianos de Santo Tomás, que le pidieron pasage para ir á Roma. De este modo iban siempre en aumento los conocimientos positivos, que se adquirian sobre el pais. En Cananor, Pedro Alvarez, estableció relaciones de amistad, y completó su cargamento con unos 400 quintales de canela, que le entregaron á su demanda. Un factor portugués, que habia hecho su papel en esta espedicion, llamado Pedro Alvarez, se quedó en Cananor. Diéronse entonces á la vela, y el 31 de enero, se hallaban ya en medio del golfo de Melinde, donde apresaron un bajel ricamente cargado. A pesar de todas las precauciones que se tomaron en el viage, uno de los buques de la espedicion, mandado por Sancho Tobar, dió contra un bajío, perdiéndose con todo su rico cargamento de especias, habiéndose salvado no obstante la tripulacion. Despues de haber doblado felizmente el Cabo de Buena-Esperanza, y pasando por Bezeneque, no lejos de Cabo-Verde, continuó su derrota á Portugal, llegando á Lisboa, á últimos de julio. De doce buques de que se componia su espedicion, volvia con solos seis solamente. Fray Enrique y sus compañeros, tuvieron que aguardar otra ocasion para volver á continuar sus apostólicas tareas en la India.

Cuando supo el monarca portugués, la matanza de sus súbditos en Calicut, y las disposiciones favorables del rey de Cochin, encargó á Vasco de Gama, creado ya almirante de las Indias, que fuese allá con una considerable escuadra. Esta imponente flota, determinó

á todos aquellos príncipes que mandaban en la costa oriental de Africa, á someterse sin resistencia, y Gama fundó establecimientos en Mozambique y Sofala. Partió en seguida para Cananor, donde el terror de su nombre le habia precedido, y de allí arribó á Cochin.

Vasco de Gama halló en el rajah que mandaba en Cochin, un aliado sincero, y la conducta moderada que con él observó el almirante prueba lo que hubiera sucedido con los otros soberanos hindos, si esos hubiesen puesto en sus transacciones la lealtad y la confianza de aquel príncipe. Sin embargo, ya le hubiesen movido las inmensas ventajas comerciales que la permanencia de los estrangeros podia proporcionar á su pais, ó ya le hubiese fascinado el valor indómito de aquellos, Triumpara, que así se llamaba el soberano de Cochin, se abandonó al parecer á una confianza, que con justicia, no cabia exigir de los otros soberanos hindos. No solo ajustó con los europeos tratados políticos y comerciales, sino que se entregó á la direccion de Vasco de Gama, con quien tuvo varias conferencias, durante las cuales, alejó á su séquito, orillando por su parte, toda especie de pompa régia.

En esta nueva espedicion vino embarcado Fr. Enrique con nuevos misioneros, que muy luego encontraron ocupacion. Estando en Cochin, los cristianos de Santo Tomás, cuando vieron en los portugueses, unos correligionarios suyos les hicieron un escelente acogimiento. Los de Cangranor, principal residencia de los Nazarini, enviaron desde luego á Gama sus diputados, con el encargo de presentarle en señal de sumision, el cetro de sus antiguos reyes, que era un baston encarnado guarnecido de plata, del que colgaban tres campanillas del mismo metal. Sus vestidos eran blancos, tenian barba larga y espesa, y el cabello que habian dejado crecer, lo tenian rodeado á la cabeza á manera de turbante. (Pl. XLI, n.° 2.) Fray Enrique y sus compañeros, inspiraron al almirante, sentimientos de amistad y benevolencia hácia aquellos cristianos que venian á Cochin, y á quienes aquellos se disponian á ir á evangelizar á Cangranor, para sacarlos de sus errores y enseñarles la fé en toda su pureza. Gama recibió á los diputados con la mayor cordialidad, aceptando el ofrecimiento de los Nazarini, de ponerse bajo la proteccion del rey de Portugal, que nada mas deseaba que sustraerles del yugo de los idólatras, prometiéndoles, que á su vuelta él alcanzaria del soberano, que se les enviasen los socorros necesarios para ello. Los franciscanos por su parte, se comprometieron á proveer á sus necesidades espirituales, mientras que el monarca portugués se ocupase de las temporales. Irritado el Samorin, porque el príncipe de Cochin no queria entregarle los portugueses, ni arrojarles de sus Estados, le declaró la guerra, incidente, que interrumpiendo por el pronto las comunicaciones, fué un obstáculo para que los misioneros pudiesen completar la instruccion de los cristianos de Santo Tomás, quedando así paralizados los esfuerzos de los franciscanos, para propagar la fé, y aun teniendo mucho que sufrir ellos mismos, á consecuencia de esta guerra.

La familia de Santo Domingo, émula siempre de la milicia de S. Francisco, contribuyó igualmente á la India con su tributo, y el P. Juan, provincial de los dominicos de Portugal, designó, en 1503, para cultivar allí la viña espiritual, doce misioneros dominicos, cuyo vicario general y superior era el P. Domingo de Souza. Deseando además el rey de Portugal que hubiese ya en las Indias un obispo que ejerciese allí las funciones pontificales y confiriese las órdenes sagradas, el papa Alejandro VI, accediendo á su ruego, nombró para ese cargo al P. Eduardo Nuñez, obispo de *in partibus* de Laodicea y predicador ilustre. El celoso prelado, y los demás dominicos, evangelizaron principalmente el reino de Ceilan y territorios inmediatos, donde obraron muchas conversiones. Mas adelante, el vicario general, aumentada ya la mies, pidió nuevos operarios á su órden, y Julio II, dispuso que se le agregasen otros religiosos dominicos.

Los franceses quisieron á su vez compartir con los portugueses el honor y la fortuna de nuevos descubrimientos. Una compañía de comerciantes armó á su costa en el puerto de Honfleur, un barco, que se dió á la vela el 5 de junio de 1503 dirigiéndose al mar de las Indias. Binot-Paulmier de Gonneville, se encargó de esta espedicion, y al doblar el Cabo de Buena-Esperanza, le asaltó una tempestad que le arrojó á una tierra desconocida, desde la cual, despues de permanecer seis meses en ella, regresó á Francia, trayendo consigo al hijo del rey de aquel pais, donde habia recibido la mas hospitalaria acogida. Un descendiente de ese jóven príncipe, que se hizo cristiano, publicó despues cuantas pruebas y datos pudo reunir, relativos á este importante y estraño descubrimiento.

Habiendo abierto el camino á las Indias orientales la flota portuguesa del generoso Vasco de Gama, y los reyes de Portugal hecho frecuentar esa via, Lisboa se vió á poco tiempo colmada de riquezas venidas del oriente, cuya perspectiva deslumbró á varios comerciantes franceses que traficaban en su puerto, de tal modo, que formaron el designio de seguir las huellas de los portugueses, y mandar por su cuenta un navío con direccion á esas Indias famosas. Este buque fué equipado de todo lo necesario en Honfleur, villa marítima del bailiage de Rouen y diócesis de Liseux. El mando de la espedicion se confió al señor de Gonneville, el cual levó anclas en junio de 1503, y dobló el Cabo de Buena-Esperanza, llamado en su principio, Cabo Tormentoso y Leon del Océano, á causa de sus frecuentes tempestades. Gonneville vió luego por propia esperiencia que le cuadraban perfectamente semejantes nombres, pues le sobrevino á esa altura una tan récia y continuada tormenta que le hizo perder el camino, y totalmente desorientado, y á merced del viento y de las olas, se encontró en un mar desconocido, donde nuestros franceses se consolaron al ver muchos pájaros, que parecian ir y venir de la parte del sud, lo que les persuadió que habria tierra cercana hácia el mediodia; y la necesidad que tenian de agua y de reparar el barco, les obligó á dirigir el rumbo á esa parte. No tardaron en hallar lo que buscaban, pues se les presentó una gran comarca á la que su relacion dá el nombre de Indias meridionales, segun la costumbre de aquel tiempo, que llamaban Indias á todos los paises que nuevamente se descubrian.

El barco ancló en un rio que ellos compararon al de Orne, que es el que baña las murallas de la ciudad de Caen. El tiempo que permanecieron en esa tierra fué sobre seis meses, que fueron necesarios para ocuparse en la recomposicion del buque y en buscar cargamento para su retorno á Francia, el cual fué resuelto por negarse toda la tripulacion á pasar mas adelante, bajo pretesto de lo endeble y mal estado del barco.

En este largo intervalo tuvieron tiempo de sobra para reconocer bien esta tierra y las costumbres de sus habitantes, y así lo hicieron efectivamente con mucho detenimiento y curiosidad, pero tuvieron la desgracia, á su regreso, de caer en manos de un corsario inglés, estando al frente de las islas de Jersey y Guernesey, y costas de Normandía, de cuya tropelia dieron su queja al almirantazgo, acompañándola de una declaracion de su viage, habiéndola requerido el procurador del rey, con arreglo á la disposicion vigente de las antiguas ordenanzas de la marina, las cuales disponian que el marinero francés depositase en el archivo de estos juzgados las memorias detalladas de las navegaciones largas.

Esta declaracion del capitan Gonneville, que es un documento en toda regla, judicial y auténtico, tiene la fecha del 12 de julio de 1505, y está firmada de los principales gefes del navío, y sobre la cual, un historiógrafo de S. M. cristianísima, de los mas conocidos y que no la creyó indigna de ser referida y anotada, nos dice, que ese pais es fértil y poblado, haciéndonos ver además que aquellos australios hicieron tan buen recibimiento á nuestros europeos que les inclinó á hacerles nuevas visitas.

Reproduciré aquí sus propios términos creyendo que á pesar de su ruda sencillez no será desagradable su lectura.

«Item, dicen, (estas son las palabras del «original) que durante su permanencia en la «dicha tierra conversaron buenamente con las «gentes de ella despues que se fueron domes-«ticando con el buen trato y algunos regalos «que les hicieron los cristianos, siendo los di-«chos indios gentes sencillas, y no deseando «sino pasar la vida alegre y tranquila, sin gran «trabajo, viviendo de la caza y pesca, de lo «que la tierra daba por sí y de algunas legum-«bres y plantas que siembran. Andan medio «desnudos; algunos llevan unos como mantos, «ya de ciertos tegidos, ya de pieles ó de plu-«mas, como se vé en este pais á los egipcios ó «bohemios, solo que son mas cortos, y con «una especie de delantales ceñidos por cima de «las caderas, que caen hasta las rodillas á los «hombres, y á media pierna á las mugeres, «porque hombres y mugeres van de la misma «manera, solo que el trage de la muger es mas «largo. Estas mugeres llevan collares de oro y «conchas, y los hombres arco y flechas con «puntas de huesos afilados, en lo que consis-«ten sus armas. Las mugeres, llevan la cabeza «descubierta, con el cabello curiosamente tren-«zado con cordones hechos de yerbas pintadas «de varios colores. Los hombres llevan los ca-«bellos sueltos y sugetos con un aro hecho de «plumas de colores vivos y bien arreglados.

«Dicen además, haber entrado en dicho «pais dos jornadas por el interior, y mas á lo «largo de las costas, tanto á derecha como á «izquierda, y que han notado que el dicho pais «es fértil, provisto de muchas bestias de fuerza, «de aves, peces, y de otras cosas singulares «desconocidas en la cristiandad, de muchas de «las cuales, el difunto maese Nicolás Lefebure, «de Honfleur, que estuvo de voluntario en el «viage, hombre curioso y persona de saber, «sacó varios diseños, los que se han perdido, «junto con los diarios del viage, cuando el «apresamiento del navío por los piratas, cuya «pérdida es causa de que se omitan decir «muchas cosas que no pueden recordarse.

«Item, dicen que el dicho pais está pobla-«do medianamente, y las habitaciones de los «dichos indios consisten en villorios de 30, 40, «50, ú 80 cabañas hechas de madera, rama, «y hojas entrelazadas, con un respiradero por «arriba para dar salida al humo, y las puertas «son de palos unidos que se cierran con llaves «de madera, como en Normandía se acostum-«bra en las cuadras de los establos. Sus camas, «son de tela rellena de hojas ó plumas, y las «mantas, de una especie de estera, pieles ó «plumas; los demás utensilios, de madera, me-«nos las ollas que son de barro muy cocido y «bastante gruesas para que el fuego no las «pase.

«Item, dicen, haber examinado que el di-«cho pais está dividido en pequeños departa-«mentos, que cada uno tiene su rey, y aunque «estos reyes no están mejor alojados ni con mas «comodidades que los otros, son á pesar de «eso muy venerados de sus súbditos y ninguno «se atreve á desobedecerlos, teniendo aquellos «derecho de vida y muerte sobre sus vasallos, «de lo cual algunos de nuestros compañeros «vieron un ejemplo digno de memoria, en una «jóven de diez y ocho á veinte años, que en «un momento de despecho, dió un bofeton á «su madre, lo cual sabido por el rey, aunque «la madre no se quejó, mandó buscar á la jó-«ven, y la arrojaron al rio con una piedra al «cuello, presenciando este castigo todas las «jóvenes de aquel pueblo y otros inmediatos «que fueron llamadas por pregon, y no hubo «remision, á pesar de que se pidió su per-«don por muchos y aun por la misma madre.

«El dicho rey que hizo esto, lo era de la «tierra donde arribó el navío, y tenia por nom-«bre Arosca. Su pais distaba aun una jornada y «estaba poblado de doce aldeas, que cada «una tenia su gefe particular, obedeciendo «todos al dicho Arosca, que parecia tener «unos sesenta años, y era viudo, con seis hi-«jos de quince á treinta años, y todos ellos «venian muchas veces á visitarnos á nuestro «navío. Era hombre de continente grave, es-

«tatura mediana, grueso, mirada afable y es-
«taba en paz con los reyes sus vecinos, pero «tanto él como estos se peleaban con otros «pueblos que estaban mas al interior de la «tierra, contra los cuales fué dos veces á «campaña durante nuestra permanencia allí, «volviendo cada vez con quinientos ó seiscien- «tos hombres prisioneros, y en la última cam- «paña, su retorno fué celebrado con grande «alegría por todo el pueblo, por haber con- «seguido una gran victoria; las dichas guer- «ras, no eran mas que pequeñas escursiones «de pocos dias sobre el enemigo, y tuvo mu- «chos deseos de que alguno de los que éra- «mos en el navío le hubiera acompañado en «alguna de ellas con sus armas de fuego y la «artillería, para infundir pavor y derrotar á los «dichos sus enemigos; pero no se tuvo por «conveniente darle gusto.

«Item, dicen, que ellos no han notado señal «ó distintivo alguno particular que distinguiese «al dicho rey y hasta otros cinco mas del di- «cho pais, que vinieron á ver el navío, que «les diferenciase de los demás indios; á no «ser, que los reyes llevan en la cabeza plu- «mas de un solo color, del cual, los vasallos, «ó al menos los mas principales, para usar el «color de su señor, llevan en su cabeza algu- «na que otra pluma, y el color que usaba Aros- «ca era el verde.

«Item, dicen, que aun cuando los cristia- «nos hubiesen sido ángeles bajados del cielo, «no hubieran sido mas queridos y reverencia- «dos por estos pobres indios, que estaban tan «sorprendidos y embobados con la grandeza «del navío, la artillería, los espejos, y otras «cosas que veian en el buque; y sobre todo, «lo que mas les sorprendia, era, como un pe- «dazo de papel, sobre el que veian escribir, «era capaz de hacer venir los marineros que «estaban en otra parte, y que por él compren- «diesen aquellos lo que se les mandaba, no «pudiendo persuadirse cómo el papel podia «hablar. Por esto, y otras cosas, los cristia- «nos eran temidos y respetados por ellos; y al «mismo tiempo, agradecidos á los cortos re- «galos que se les hacian, de cuchillos, hachas, «espejuelos, y otras chucherías de vidrio, nos «querian tanto y estaban tan sumisos y ama- «bles, que voluntariamente mandaban á los «cristianos provisiones de carne, pescado, «frutas, víveres, y demás que creian que les «era agradable, como pieles, plumas, made- «ras de tinte, y en cambio se les daban bisu- «terías de quincalla y otras cosas de ningun «valor.

«Item, dicen, que queriendo dejar una se- «ñal en aquel pais de que allí habian aborda- «do cristianos, se hizo una gran cruz de ma- «dera, de treinta y cinco piés de alta, y muy «bien pintada, la que fué plantada en una «altura á la vista del mar, cuya ceremonia se «hizo á son de trompeta y tambor batiente, «en un dia señalado, que fué el de la gran «Pascua de 1504, y la cruz fué llevada al si- «tio donde se iba á colocar por el capitan y «los principales del navío, que iban con los «piés descalzos, y ayudándoles en esto el di- «cho señor Arosca, sus hijos, y otros indios «de los mas notables, á lo que se les invitó «por honor, y ellos se mostraron de ello muy «complacidos. Seguia luego, el equipage con «armas, cantando la Letanía, y un gran nú- «mero de indios que asistieron á la fiesta, que «estaban muy callados, y con mucha atencion «al misterio. Elevada la dicha cruz, se hicie- «ron muchas descargas de mosquetería y ar- «tillería y otras fiestas, y se dieron con ese «motivo regalos al dicho señor Arosca y á los «principales indios, y en cuanto al pueblo, «no hubo un solo indio que no recibiese algu- «na cosilla, de poco valor pero de mucha es- «tima para ellos, haciéndoles entender los «cristianos por signos y de la mejor manera «que pudieron, que siempre conservasen y «honrasen aquella cruz. En ella se gravó de «una parte, el nombre de N. S. P. el papa de «Roma, el del rey nuestro señor, el del al- «mirante de Francia, y los del capitan ar- «mador y demás del equipage y tripulacion, «desde el mas grande hasta el mas pequeño, «y esto lo hizo el carpintero del navío, que

«le valió un regalo de cada uno de los com-«pañeros. De la otra parte se grabó un dístico «latino, compuesto por Maese Nicolás Le-«Febure, que de una manera ingeniosa, de-«claraba la fecha del año en que se colocó la «dicha cruz, y decia:

« Hic sacra Palmarius posuit Gonivilla Binotus
Grex socius pariter, neutra que progenies »

«Dicen además que habiendo sido por fin «el barco arreglado, calafateado, y provisto «de todo lo necesario, de la mejor manera «que se pudo, se determinó el regreso á Fran-«cia, y como es costumbre, para los que lle-«gan á descubrir nuevas tierras de indios, «traerse algunos de ellos para acá, para ha-«cerlos cristianos, pareció á todos conve-«niente que el dicho señor Arosca consintiese «que uno de sus hijos, que ordinariamente «estaba casi siempre muy avenido con los del «navío, se viniese á tierra de cristianos, pro-«metiendo al padre y al hijo el que se le vol-«veria á las veinte lunas lo mas tarde (porque «así entendian ellos los meses); y para en-«trarle mas en gana, se hizo creer que los que «se viniesen con los cristianos se les enseña-«ria á manejar la artillería, que era lo que «ellos mas deseaban para vencer mejor á sus «enemigos, como tambien á hacer espejos, «cuchillos, hachas y todo lo demás que ellos «admiraban y codiciaban tanto, que para ellos «era lo mismo que prometer á un cristiano «oro, plata, piedras preciosas, y aun ense-«ñarle la piedra filosofal. Todas estas ofertas «fueron creidas por el dicho Arosca, que es-«taba lo mas gozoso de que se llevasen á su «hijo, que se llamaba Esomerico, y le dió «por compañero de viage á un indio de trein-«ta y cinco ó cuarenta años de edad, llamado «Namoa, y su padre, y todo el pueblo, vi-«nieron á despedirlos y acompañarlos hasta «el navío, el cual, á la fuerza, llenaron de «toda clase de víveres, de hermosos pluma-«ges y otras rarezas, para que con ellas se «hiciese un regalo, al rey nuestro señor. Y «el dicho señor Arosca y los suyos esperaron «el momento de que el navío echase á andar, «para hacer jurar al capitan de que volveria á «las veinte lunas, y cuando el barco se hizo «á la vela, todo el pueblo hizo aclamaciones «de despedida, y para dar á entender que «conservarian bien la cruz, hacian la señal de «ella con los dedos.

«Item, dicen, que al fin partieron de aque-«llas Indias meridionales, el tercer dia de ju-«lio de 1504, y despues no vieron tierra, «hasta el dia de S. Dionisio (10 de octubre), «habiendo corrido diversa fortuna, y bien «atormentados de fiebre maligna, que acome-«tió á todos, y de la que murieron cuatro, «entre ellos el médico del navío, y el indio «Namoa. En cuanto á éste, se estuvo en duda «si se le bautizaría ó no, para evitar la perdi-«cion de su alma; pero maese Nicolás dijo: «que eso seria profanar en vano el bautismo, «puesto que el dicho Namoa, no sabia aun la «creencia de nuestra santa madre la iglesia, «como deben saberla los que reciben el bau-«tismo, teniendo ya la edad de la razon, y «se siguió el parecer de maese Nicolás, como «el mas sábio del navío, y teniendo despues «escrúpulo de eso, así que el otro jóven in-«dio Esomerico se puso malo y en peligro, «fué bautizado por consejo suyo, administrán-«dole el sacramento el dicho maese Nicolás, «siendo los padrinos, el dicho de Gonneville, «capitan, y Antonio Tierry, y en lugar de «madrina, se tomó á Andrés de La-Mare por «tercer padrino, y se le puso por nombre «Binot (Benito), nombre de bautismo del ca-«pitan. Esto fué el 14 de setiembre, y pare-«ce que el dicho bautismo, le sirvió de me-«dicina al alma y al cuerpo, porque despues «de él, el indio fué cada vez á mejor, se cu-«ró, y al presente, está en Francia.»

El abate Binot-Paulmier de Gonneville, di-ce de este jóven príncipe, «que así tuvo la felicidad de ser las primicias del cristianismo de las naciones meridionales:» «Él recibió, continúa, con el bautismo, el nombre del ca-pitan que le habia traido, y adoptó su mis-mo apellido con gran gusto de este gefe, que agradecido en cierto modo al buen recibi-

miento que le hicieron los australios, y para desquitarse de lo que en justicia debia hacer en favor del que artificiosamente habia transportado del lado de su padre y de los suyos á pais estrangero, procuró á su ahijado cuantas ventajas estuvieron á su alcance, y un matrimonio que le emparentó con su familia, del cual nacieron varios hijos, uno de los cuales, muerto en 1583, fué mi abuelo paterno, y al presente, por la estincion de la línea directa, yo me encuentro el gefe, y el mayor de la familia de aquel primer cristiano de las tierras australes, y bajo esta cualidad, me veo en el compromiso de invitar á la Europa cristiana, la ejecucion de las promesas hechas á los suyos.» (1)

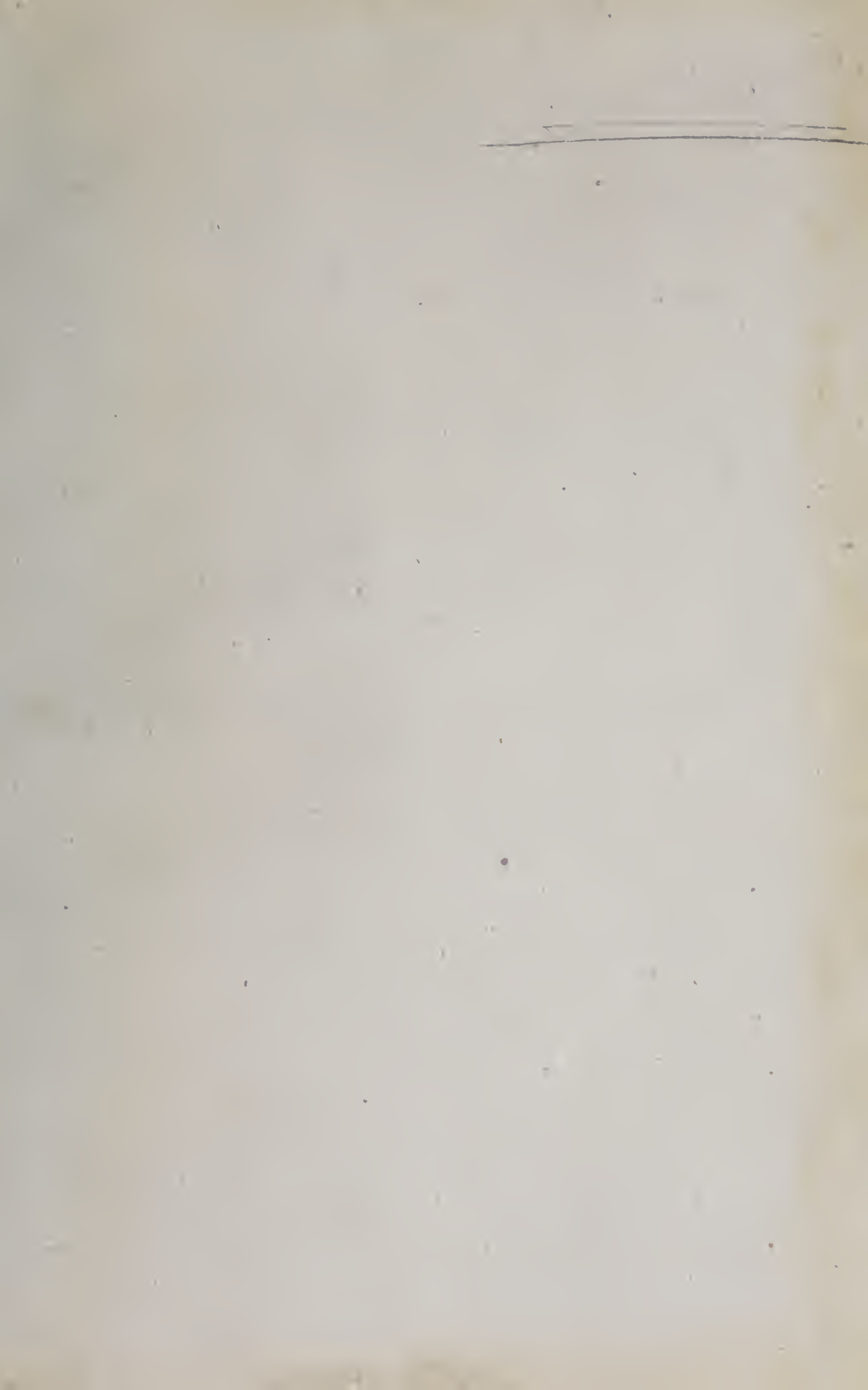
Han variado las opiniones acerca de la situacion del pais donde arribó Gonneville. No sabiéndose de fijo á que distancia del Cabo de Buena-Esperanza se encontraba el navegante, cuando fué asaltado por la tempestad, ni sabiéndose la duracion de la tormenta que le separó del camino que llevaba, y solo la direccion que dá Gonneville del lado del sud, hácia el cual la presencia de las aves le determinó á virar, con la esperanza de encontrar tierra; con solo la designacion de este rumbo, se ha podido presumir que el pais á que aportó, no pudo ser otro que la Nueva-Holanda. Los detalles que dá este navegante acerca de las costumbres y usos de los habitantes, verdad es que no están en consonancia, ni se parecen en nada con las que hoy dia se conocen como privativas de los naturales de esta parte del mundo; pero no se encuentra otra tierra desconocida, que del lado del sud, pudiera presentársele mas que esta. Para decir que esta tierra que vió fué Madagascar, que podia en efecto no ser conocida aun de Gonneville, puesto que no fué descubierta por los portugueses, sino hasta el 10 de agosto de 1503, algunas semanas antes del dia en que este navegante arribó, es preciso atribuir la designacion de la palabra *sud*, á un error del copiante. Como razon para decidir, añadirémos, que una carta marítima, manuscrita, dibujada en 1547 por Vallard, cosmógrafo en Dieppe, y la que en 1805 se encontraba en la coleccion del príncipe de Tayllerand, prueba evidentemente, que á esta época, tan cercana á la vuelta del viage de Gonneville, las costas del norte y del oriente de la Nueva-Holanda, habian sido ya visitadas y reconocidas con un cuidado y atencion notables (1).

Este episodio del descubrimiento de la Australia por los franceses, ha interrumpido el hilo de la historia de las misiones de la India, que es preciso reanudar.

(1) Creemos bastante aventurada la opinion de Gonneville, de suponer, ser la Nueva Holanda el punto donde arribaron los navegantes de Honfleur, tanto mas, cuanto que no está bien marcado el rumbo que los vientos hicieron llevar al barco, y mucho menos convienen las noticias que contiene esta relacion, con ninguna de las islas de la Oceania, que tan minuciosamente describen en las historias de ellas, Dumont d'Orville y Mr. Rienzi, que escribieron la de esta quinta parte del mundo. (N. del Trad.)

(1) El verdadero descubrimiento del mar Pacifico, y por consiguiento de las inmensas islas que se contienen en su Océano, que han venido á formar otra parte del mundo, que desconoció Colon, se debe al célebre español y estremeño Vasco Nuñez de Balbon, que halló lo que Vasco de Gama, estuvo muy lejos de presumir, y lo que Colon habia andado buscando en vano el camino de la China y de la India por el oeste. En 1513, Vasco Nuñez de Balbon, gobernador de la colonia española de Santa Maria en el istmo de Darien ó Panamá, sabedor por sus guias, que desde una montaña vecina se podia ver el mar, trepa por ella solo, llega á la cumbre y al contemplar aquel magestuoso Océano opuesto al Atlántico, se hinca de rodillas, dá gracias á Dios por el importante descubrimiento que acaba de hacer, traspone rápidamente el espacio que le separa de la playa, se arroja al agua y cubierto de su broquel con la espada en la mano y en nombre del soberano de España, toma posesion de un Océano que cubre cerca de la mitad de la superficie del globo, sin sospechar siquiera que contuviese otro mundo. Esta inmensa estension siguió aun desconocida por espacio de siete años, y el portugués Magallanes fué el primero que se arrojó á los espacios inmensos de aquel Océano misterioso. Los últimos años del siglo XV y los primeros del XVI, fueron una época de prodigios. ¡Qué hombres eran los españoles y portugueses de aquel tiempo! Sus hazañas, su valor indomable, sus acciones todas rayan en lo fabuloso. Entonces pudo la península ibérica envanecerse completamente. Las demás naciones parecian haber trabajado solo para estos dos pueblos. La brújula, la pólvora, la imprenta, los progresos de la geografía, lo fueron preparando todo al parecer, para dar una nueva gloria á españoles y portugueses. Jamás, dice un escritor, apareció el hombre mas grande, que cuando metiéndose en un frágil leño, arrostrando las tormentas, los abrasadores rayos solares de la zona torrida, los horrores del hambre, de la sed, y los tormentos de la esclavitud; recorrió la circunferencia de nuestro globo, para ir en busca de nuevos mundos y de nuevos miembros del a gran familia humana. (N. del Trad.)






GETTY CENTER LIBRARY
3 3125 00061 1364